EL BUEN SENTIDO
DE LA FÉ,

EXPUESTO

EN CONTESTACION Á LAS OBJECIONES FILOSÓFICAS
Y CIENTÍFICAS DEL DIA

POR

EL R. P. CAUSSETTE,

VICARIO GENERAL, SUPERIOR DE LOS SACERDOTES DEL
SAGRADO CORAZON DE TOLOSA.

VERSION CASTELLANA

DEL

DR. D. CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO

CATEDRÁTICO, POR OPOSICION, EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA; LICENCIADO EN DERECHO
CIVIL Y CANÓNICO, ETC.

CON UN PRÓLOGO-CENSURA

DEL I. SR. D. BUENAVENTURA RIBAS Y QUINTANA, PBRO.,

DOCTOR EN TEOLOGÍA, EN JURISPRUDENCIA Y CANÓNIGO DE ESTA SANTA IGLESIA.

Es indispensable acompañar
nuestra fé con nuestra razon.

MONTAIGNE, LIB. II, CAP. 12

PARTE PRIMERA.
LA AFIRMACION.

BARCELONA.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA,

CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16.

1878.

PRÓLOGO-CENSURA.

M. I. Sr.

Un escritor de talento más agudo que vasto, en un libro más bien escrito que bien pensado, consignó una verdad, cuya trascendencia en el terreno ortodoxo, no compensa los sinsabores que ha causado en el corazon de nuestra Santa Madre la Iglesia, por sus temerarias y obstinadas negaciones, en todo lo que mira al órden sobrenatural; pero verdad que es una confesion, cuyo alcance él mismo no comprendia tal vez, por que es la negacion de todas sus negaciones. «Solo el catolicismo, dice, tiene el privilegio de consolar á las almas, y de ser profesado de los espíritus honrados, nobles y sinceros, contrarestando los horribles principios del materialismo y proponiéndose el objeto más grato y laudable; guiar á los hombres á la otra vida, por el camino del deber, de la virtud, de la sabiduría y de la esperanza (*A*).» Y la obra cuyo exámen y cuya version al castellano van á ocuparnos, es un llamamiento á las almas honradas que desean arraigar sus convicciones, á los espíritus fuertes que, con buena voluntad, á sangre fria, quieran estudiar la razon filosófica, hasta la teológica del catolicismo, tal vez sin pedirle á Dios que ayude su incredulidad, porque es el *tolle lege* que se ofrece á tantas almas en ruina, á tantos corazones que sufren en torno de nosotros: tabla de salvacion para tantos náufragos en la fé, á quienes atormenta sin cesar el pensamiento de sí, lo que de la vida presente se les enseña es una verdad, y la duda de si es ó

(*A*) Louis Figuier: *La vie future selon, la science*, c. 17-Paris 1860.

no es una mentira, lo que se les anuncia para más allá de la sepultura.

Sabido es, M. I. Sr., que al Catolicismo no se le combate hoy en el esclusivo terreno del dógma, ni desde las regiones de la Metafísica, como en siglos anteriores, pues los modernos arrianos le han declarado guerra á muerte en nombre del naturalismo de Kant, del liberalismo de Coignet, de la filosofía positiva de Augusto Compte, del naturalismo de Büchner, y sobre todo, en nombre de las ciencias naturales cuyo ha de ser el porvenir del mundo sabio, segun acaban de proclamarlo Renan (*A*) y Draper (*B*). Pero, esto tiene de admirable y de consolador la apologia católica: enriquece sus parques y arsenales, á medida que el enemigo prepara las embestidas; se defiende,—raras veces ataca—no, en su propio terreno, sino en la misma arena á que se la llama, con las armas que elige el adversario: que es de buen lidiador mostrar indiferente el arma y contar sólo con la destreza del brazo y con su propia fuerza. El catolicismo no teme la luz de la discusion: quizás es la discusion de poca luz, hija legítima de la ignorancia lo que la mortifica, ya que poca filosofía aparta de la religion y mucha filosofía conduce á ella, segun es ya de todos repetido; que si en el órden moral, el encadenamiento de las virtudes constituye un santo, en el orden intelectual, la íntima relacion de todas las ciencias obtenida por el hombre de estudios forma el sabio. Por esto, el autor del *Buen Sentido de la fé* al examinar la negacion científica contemporánea, lamenta el esclusivismo de los llamados especialistas, que no ven más que lo que les permite el prisma de su esclusivismo, sin que, como á la escuela de Juvencel acontece, puedan elevar sus indagaciones á las causas generales que unidas á menudos detalles producen la armonia del conjunto (*C*).» Distingo, dice el P. Caussette, en lo más alto de los cielos, un ojo que vela constantemente por mí: en cada beneficio resultante de la creacion, una tierna solicitud y en la creacion misma, una casa paterna,

---

(*A*) *Questions Contemporaines:* Avenir religieuse des Societes modernes, pág. 337.
(*B*) *Revue des questions scientifiques:* Janier 1878.
(C) *Le Genes selon la science* chap. 10-París 1875.

dentro de la cual, sea el que quiera el lugar en que me lamente, despierto ecos cariñosos y una especie de seno amantísimo, que me lleva entre sus brazos amorosos, que en nada se parecen á un engranaje de metal.—Por esto, desafío al hombre á que ponga sin repugnancia la negacion de la Providencia, como base de las cosas, convencido de que, á medida que la ciencia vaya escribiendo semejante blasfemia, el corazon la borra y acusa á la ciencia de haberle engañado (*A*).

Gira esta obra en torno de dos polos igualmente combatidos: la creacion en el órden material y la redencion en el órden moral. Que las ciencias naturales toman hoy vuelo asombroso; que con osadía no menos asombrosa, se encaran contra la veracidad del Génesis, no hay para que ocultarlo, pero, que la apología católica no vuelve la espalda, es de todos conocido. Que un racionalismo intemperante niega la humanidad de Jesu-Cristo y hasta su misma personalidad y su mision, harto hemos debido de saberlo, sobre todo en los sacudimientos y delirios de estos últimos años; pero que la obra del P. Caussette es otro de los comprobantes de que cuándo se ataca al catolicismo, no se ataca á un moribundo y mucho ménos á un muerto, viene comprobado en el plan que aquí se desarrolla, al probar que el hombre es un sér esencialmente religioso: que la religion ha de ser por necesidad sobrenatural, que tal carácter es esclusivo de la religion de Jesu-Cristo y que el verdadero cristianismo es el catolicismo. Con esto, ha consignado una distincion que creemos indispensable, desde la aparicion de la secta protestante y de sus poco ménos que innumerables manifestaciones, cual es, la de que no debe continuar la confusion de cristianos que se dan todas las sectas disidentes, y el dictado de católica que tan sólo conviene á la religion verdadera que, es católica, porque es la genuina cristiana: en lo cual como en otros puntos de la obra, ha estado el autor oportunísimo, demostrando que el catolicismo de la Iglesia Romana es el verdadero cristianismo. Con esto y con valiente maestría, cierra las puertas á todos los sofistas que se han levantado contra la divinidad de nuestra santa religion y contra

(*A*) Tomo 2.º p. 199.

la necesidad de creer, que es el punto concéntrico del sincretismo moderno.

Sin entrar en un análisis detenido de todas las materias que contienen los dos tomos del P. Caussette, porque sobre ser innecesario, seria trabajo difuso é impropio del presente escrito, y concretándonos sólo á las cuestiones culminantes que nos salen al paso, debo manifestar á V. S. que es de mano maestra el tratado que se ocupa sobre el tema de que fuera de la Iglesia no hay salvacion, tema que, bien puede asegurarse que en todos tiempos ha sido la piedra de toque *omnium theologorum ingenia torquens*, y que actualmente excita la nerviosa caridad de los que apuntalan la casa agena, dejando desmoronar la propia. «La Iglesia, dice, que no ve las disposiciones interiores, debe condenar en masa á las sociedades que se han desprendido de su seno, destrozándola, pero deja á Dios el juicio de sus indivíduos. O bien un cristiano se ha separado de ella por su propia voluntad, y entónces es justo que sufra la pena merecida, ó bien se ha separado inocentemente, y entónces la Iglesia la reconoce á él, sin que él la haya reconocido. ¡Qué escelente madre la que estrecha en sus brazos, con un amor jamás comprendido, al hijo que la rechaza, porque no la conoce! De donde resulta que la Iglesia reina donde no reina el Pontífice, y que hasta en los países del cisma y de la herejía, cuenta con numerosas poblaciones que la proporcionan una soberanía inmensamente más poderosa que la de Isabel la Católica; y si bien es verdad que no existe mano humana que pueda dibujar el mapa de este catolicismo movible, puede desconocerse que existe trazado en el pensamiento de Dios, que deja caer su bondadosa mirada sobre este sublime rebaño, para mantener en su corazon una misericordia siempre más grande que las ingratitudes de la humanidad (*A*).» ¡Qué claridad en la esposicion de tal doctrina de la cual brotan dulces, muy dulces consolaciones! Y con la melancólica fruicion de quien há cumplido un deber penoso, ó pasado por un sendero cubierto de abrojos, miéntras con trémula mano separa de sus ensangrentados piés puntas de zarzas, esclama «acabo de salvar en

(*A*) Tomo pág. 169.

el terreno de la doctrina, á numerosos séres en la porcion de la humanidad que compone el alma de la Iglesia; si soy ménos liberal respecto de aquellos que, perteneciendo á su cuerpo en virtud de su nacimiento, hánse separado del mismo por rebeldía de educacion, es porque Dios no ha establecido en vano, una verdad en el mundo, y porque no puede tener reservado igual destino á los que no le conocen y á los que le desdeñan. Ruego á mis lectores que se persuadan de que con verdadero dolor he llenado semejante deber, pues cuando se ama á los hombres, no se les condena por el mero placer de asustarles. — Un predicador se presentó un dia al elocuente Massillon, pidiéndole consejos sobre la ciencia oratoria, y éste le contestó sencillamente: «Joven, procura tener corazon.» El corazon no es ménos necesario al apologista, que al apóstol del Evangélio (*A*).

¿Es Jesu-Cristo un compilador astuto y venturoso? ¿Es el Catolicismo una evolucion de la religion inmanente en la humanidad? ¿Reconocen uno y otros por principios derivativos, al *Krisna*, á los *Pouranas* y *Vedas* de la India, ó al *Chou-King* de la China con sus tres millones, dos cientos sesenta y seis mil años de antigüedad, ó el mismo Menes de los egipcios, nacion que segun los últimos descubrimientos jamás tuvo cronología? ¿Es el fundador de la Iglesia Católica un plagiario de Zoroastro, ó el Minos de Creta, el Magnes de la Frigia, el Manos de la Lyclia ó el Manu de la Germania, ó el electicismo de la escuela de Alejandría segun pretenden en España, los Srs. Salmeron y Castelar (*B*). ¿A estos estudios, á estas investigaciones dedica el autor pacientes tareas que dan por resultado la verdad y la evidencia, á la luz de la historia, de su filosofía, en sus orígenes positivos de la verdadera religion, á los cuales la crítica actual no ataca más que con hipótesis, nunca con datos y con fechas positivas.

La infalibilidad del Pontífice, dógma sobre el cual los católicos de nuestros dias no siempre tienen la claridad y precision de conocimientos que conviene tener en doctrina tan candente

(*A*) Pag. 174.
(*B*) Discurso sobre la idea del progreso, pag. 275 y sig. Madrid 1861.

y de oportunidad: sobre la cual la ignorancia, el despecho y la mala fé amontonan todo el virus de la sátira, de la injuria y de la herejía, está esplicado con una sobriedad, con una lucidez que encantan y llevan el convencimiento al que tan sólo sin prevencion lo estudie: y cuya doctrina viene sintetizada con la bellísima consideracion de que, Jesucristo no se propuso elevar á su Vicario á costa de nuestra sumision, sino por el contrario, dar garantías á nuestra sumision, por medio de las prerogativas de su Vicario.

Termina el primer tomo con una esplicacion curiosa é imparcial de los caractéres distintivos de la Iglesia católica, tan á la vista de las impugnaciones de sus detractores, que nada oculta de lo que contra ella se ha publicado, y le acompañan algunas piezas justificativas escritas por quienes no militan en nuestras filas, pero á cuya fuerza es imposible resistir, si la preocupacion no domina la curiosidad del lector.

Comienza el 2.° tomo, con un exámen que bien podria llamarse anatómico-psicológico de las pasiones que oponen sus obstáculos y sus estragos á que la fé entre en ciertas almas: exámen en que el escalpelo y la sonda descienden á los últimos pliegues del corazon, con una maestría y una seguridad que asombran. Y esto, sin esceptuar el estudio de la pasion política que á tantos arrastra, que tantas ruinas amontona, tantos caractéres rebaja, tantas divisiones engendra, tantos odios provoca y tantas virtudes prostituye. «Los partidos, dice, se parecen á estas máquinas cuyo engranaje arrastra el cuerpo entero, con tal que haya hecho presa en un solo dedo». La pasion política hemos de repetir nosotros una vez más, con intensa amargura de nuestra alma, es la única pasion que no tiene entrañas.

Entrando luégo, con desembarazo admirable, con una serenidad que enamora y con la confianza de que pone el pié en terreno de cuya firmeza tiene seguridad completa, en el exámen de las ciencias naturales en sus relaciones con la fé, nos hace participar de su asombro, al recordar lo que el primer capítulo del Génesis tan sólo, ha costado al racionalismo científico, y á la ciencia ortodoxa cuyos principales apologistas son los Seccis, Cuvier, Brougniart, Deluch, Marcel de Serres, Fleming,

Hugo Miller, Sir O' Brewter, Jamesson, Eduardo Turner, y en nuestro país entre otros, el Dr. Almera en su preciosa obra de Cosmología y Geología y el Rdo. P. Llanas de la Escuela Pia, cuya modestia no tenemos reparo en mortificar, por cuanto sus conferencias dadas en la iglesia de Nuestra Sra. de las Mercedes y algunos de los discursos predicados en la Catedral Basílica de esta ciudad, durante la pasada Cuaresma suben de punto en su mérito y en su clara profundidad, porque—y nos complacemos en consignarlo,—estando cuasi todos sus materiales contenidos en el libro que motiva estas líneas, el hijo de S. José de Calasanz, apénas conoce más que por el título el concienzudo trabajo del Rdo. Superior de los Sacerdotes del Sagrado Corazon de Toülouse.

Estableciendo como punto de partida cardinal el principio de que Moisés no escribió la historia del orígen y desarrollo de los conocimientos sobre la naturaleza, y de que la Iglesia no ha aceptado fechas en cuestiones que, en estos mismos dias, dividen á los hombres de la ciencias físico-matemáticas, la mayor parte de las cuales cuentan aparicion muy reciente, el P. Caussette, con notable desenfado consigna y refuta las travesuras de todas ellas. De la Geología, porque, segun el sistema que sustenta cada uno de sus discípulos, y porque sus investigaciones no se remontan á más fecha que la de setenta años, conceden á la creacion centenares de miles de años, ó la fijan de época muy reciente; de la Paleontología, que tanta privanza tiene con las ciencias médicas, porque nacida ayer, ha de pasar por lagunas profundísimas y por abismos insondables, para merecernos autoridad en sus impugnaciones de la narracion genesíaca, en lo que mira á la raza de animales y vegetales que en otro tiempo existieron en nuestro globo, y cuyos restos aparentes ó reales se encuentran entre las costras y cavernas de la tierra: de la Fisiología cerebral que es ciencia tanto más peligrosa en sus deduciones, cuanto tiene más íntima conexion con la psicología y cuyas consecuencias han de ser trascendentales en el órden espiritual, por todo lo que se refiere al aparato encefálico, asiento del alma, segun la escuela católica, ó el alma misma segun afirma Cabanis; de la Antropología en sus diversas ramificaciones sobre el

orígen, unidad, constitucion y cantidad del hombre, sintetizadas en el ruidoso Darwinismo, con su generacion espontánea, que nos hace descender, no ya precisamente del mono, ó del gorila, sino hasta de los animales microscópicos que se rebullen dentro de una gota de agua. «Singular sistema que toma por creador, una pellita de lodo desecado en su pantano; un poco de movimiento sin objeto, pedido á los vientos y á las olas; un poco de calor pútrido tomado á un rayo de sol; y además, un instinto pedido á una potencia sorda vegetativa, y todo esto para prescindir de Dios, ó para relegarlo á los abismos de la abstraccion y de la inercia (*A*); y de la Etnología que es estudio arqueológico sobre los pueblos, bajo el punto de vista de su antiguedad, la época de su nacimiento ó aparicion sobre la tierra, grados de su civilizacion en lo que se relaciona al conjunto de la Biblia y á las historias que contiene.

En cuanto á la Astronomía, con todo y abarcar el espacio sideral y los asombrosos cuerpos que lo pueblan, el autor la considera ménos inofensiva que las demás ciencias físico-matemáticas, ya por su antiguedad, y, por ser fuente perenne de supersticiones: y esto que sus observaciones se ciernen sobre espacios que están á distancias larguísimas de la superficie en que están enclavados los piés del hombre, y de la cual apénas puede elevarse algunos metros, sin peligro y sin temeridad.

Para la Teología católica está por decirlo así, sobre el tapete y de dia en dia agranda sus proporciones, la cuestion sobre la pluralidad de mundos: cuestion llena de complicaciones que la poesía y la incredulidad, dándose de mano con la astronomía heterodoxa esplotan contra la fé, la cosmogonía de Moisés la eficacia de la redencion, el catolicismo de la Iglesia Romana, y contra el plan divino, en toda su vasta estension, y hasta contra la misma dignidad de los que habitamos en este planeta, realmente imperceptible en la incalculable inmensidad del éter. El catolicismo tiene preparadas soluciones para todos los problemas del libro de Flamarion; y el P. Caussette los examina en todas sus faces, con parca sobriedad, pero oponiendo afirmaciones

(*A*) Tomo 2.° pág. 334.

positivas, á unas negaciones que tienen más de fantásticas é ilusorias que de razonadas. Es «una falta gravísima de nuestro siglo el convertir en novelas las ciencias de la naturaleza, como lo ha hecho con sus costumbres: de aprovechar sus conocimientos todos, para convertirlos en motivo de distraccion, ó de argumentos contra Dios; y de no poder descubrir sin falsificarlo todo, en perjuicio de la verdad moral (*A*) (*B*).

Tal es, M. I. Sr., *El Buen Sentido de la fé* considerado en sus partes capitales; como quién dice á vista de pájaro, pues otra cosa no consiente el encargo que V. S. ha confiado á mi buena voluntad, más bien que al corto alcance de mi aptitud. Vista en su conjunto, tiene esta obra un sabor en su estilo, y una uncion, que se apoderan del ánimo del lector de una manera poco ménos que irresistible. Participa de la sávia evangélica que, en Jerusalen convertia á millares á los que oian la voz de S. Pedro: que en Aténas hacia enmudecer al Areópago: que confundia el eclecticismo de la escuela de Alejandría; que con el dulcísimo S. Francisco de Sales convertia regiones enteras, y que en la *Imitacion de Cristo* ha santificado más almas que letras contiene. Y atendido el giro que hoy ha debido tomar la apología del catolicismo, ruda y perseverantemente combatido en el terreno de la ciencia, más que en el del dógma, esta traduccion exigia, no ya la mera traslacion del francés al castellano, sino el conocimiento del mecanismo tecnológico de las ciencias de actualidad; y el traductor, ya por la clase de estudios á que viene dedicándose desde algunos años, con renombre y con provecho, en muchísi-

---

(*A*) Tomo II. pág. 288.

(*B*) P. Secchi; *Le soleil*. Paris, Gautier Villasa 1877. *Revue Catholique*. Lovain Septembre 1877, p. 246.

No dejan de ser muy notables las palabras del P. Secchi sobre esta materia. «¿Qué pensar de estos espacios inmensos y de los astros que los llenan? ¿Qué pensar de estas estrellas que son sin duda como nuestro sol, centros de luz, de calor y de actividad destinadas como él, á mantener la vida de una série de criaturas de toda especie? Por nuestra parte, nos parecerá absurdo mirar estas vastas regiones como desiertos inhabitados: deben estar pobladas de seres inteligentes y razonables, capaces de conocer, de honrar y de amar á un criador; y tal vez estos habitantes de los astros son más fieles que nosotros á los deberes que les impone el reconocimiento hácia Aquel que les ha sacado de la nada. Querémos esperar que entre ellos no hay esos séres infortunados que llevan su orgullo hasta negar la existencia y la sabiduría de Aquel, á quien ellos mismos deben su existencia y la facultad de conocer tantas maravillas.»

mas de estas páginas, nos ha mostrado una vez más, la maestría del catedrático, la fruicion del católico y la admiracion que tiene con justicia merecida el P. Caussette, que á nuestro humilde entender, es uno de los primeros apologistas de este siglo. Lo que fué Tertuliano en los primeros tiempos del Catolicismo, lo que S. Agustin y S. Juan Crisóstomo despues: lo que Santo Tomás de Aquino al concluir la edad media, lo que Suarez y Belarmino en el siglo 16, con todos sus discípulos, y el insigne Balmes, de cada dia más apreciado, esto es, el autor del *Buen Sentido*: brillante de primera magnitud en la diadema de defensores que hoy, como en todos tiempos, circunda la inmaculadas sienes de la esposa del Cordero, que asiste á su Iglesia con los ausilios que reclaman las necesidades de cada época.

Hombre de mundo el autor en cuanto tal dictado es aplicable al Sacerdote, que, hijo de su siglo lo conoce, entusiasta por los libros los estudia, y médico de las llagas del alma, con mirada perspicaz penetra las dolencias que grangrenan la sociedad en que vive, por la cual trabaja y sufre, el autor en desempeño de un ministerio del cual ha dicho el Divino Maestro, *qui autem fecerit et docuerit hic magnus vocabitur in regno cœlorum* (*A*), hace destilar por estas páginas una ternura que no es lo que ha de llamar ménos nuestra atencion, por la caridad con que habla de su tiempo y de sus hermanos. No con vinagre y sal, sino con aceite y vino se cicatrizan ciertas heridas; y á un siglo le sucede lo que á un hombre: para decirles la verdad con fruto, es preciso amarles y darles á conocer que se les ama, porque, el que se lamenta de su tiempo con esceso y se irrita con sus hermanos, ultraja á la Providencia y demuestra que ignora la historia.

Otra de las pruebas de que el P. Causette conoce á fondo la sociedad en que vive, y de que ha sabido tomarla el pulso, es el apelar al buen sentido de sus lectores, católicos ó racionalistas, para hacerles admirar lo que puede la razon humana ausiliada por la fé; porque se remonta á unas alturas en las cuales se pierde de vista con Sto. Tomás de Aquino, ó profundiza abismos sin fondo, con la Geología Católica, para cantar en los espacios

---

(*A*) S. Mateo, v. 19.

las glorias de nuestra Santa religion, y para encontrar en las entrañas de la tierra séres y objetos que justifiquen la existencia de Dios, con evidencia deslumbradora, pero evidencia que en el hombre en manera alguna debe permanecer silenciosa, só pena de ser irrisoria. «El buen sentido dice que si la religion para ser posible (*A*), debe proceder de una creencia positiva; para ser razonable, es preciso que esprese públicamente esta creencia. La religion que consiste en respetar á Dios, sin ofrecerle testimonio alguno de respeto, ha sido siempre la de los hombres que no quieren ninguna. La naturaleza no reconoce un culto clandestino. No hay en nuestra alma movimiento alguno que no lo traduzca el cuerpo por medio de la correspondiente manifestacion, ¿se concibe pues, que en tanto todos nuestros respetos y todos nuestros amores nos arrancan gritos elocuentes, sea nuestra fé el único respeto y el único amor condenado á silencio eterno? Un objeto que nos cause admiracion, nos inspira ditirambos; caemos de rodillas para expresar nuestras apasionadas simpatías, ¿sólo Dios estará privado de obtener en tiempo alguno el público testimonio de nuestro amor?»

Es verdad que, como todos los hijos de la nacion, cree y afirma que su patria es la nacion más católica de la tierra. «Si por acaso, dice (*A*), vais á Constantinopla, prestad oido atento á las brisas del Norte, y percibiréis el rumor del pueblo encargado de echar la losa sobre la tumba de los sultanes. Y no se crea que esto son ensueños de una política supersticiosa: no, ese sepulcro se habria abierto ya, si la Francia no hubiese interpuesto su veto. Confirmacion manifiesta de mi verdad, pues así como no se desprende un sólo cabello de nuestra cabeza sin el permiso de la Providencia, tampoco puede desprenderse una sola piedra de la bóveda de las monarquías europeas, sin el consentimiento del más cristiano de los pueblos que existen en la sobrehaz de la tierra.»

Pero este y otros muy contados, son lunares que en manera alguna afectan el mérito de una obra, pasto de la inteligencia y

(*A*) Tomo 1.º pág. 113.
(*B*) Tomo 1.º pág. 252.

del corazon de un sábio en toda la estension de la palabra, como en una de las purísimas mañanas de Abril, una nubecilla perdida en las inmensidades del firmamento, no deslustra la brillantez del sol.

Por todo lo cual M. I. Sr. despues de haber leido con toda atencion la obra titulada el *Buen Sentido de la fé* y no haber sabido encontrar en la traduccion, doctrina alguna que no esté, conforme al dógma y la moral del catolicismo, salvo el sabió parecer de V. S., creo que puede conceder la autorizacion que se solicita para publicarla.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Barcelona 25 de Abril en 1878, *Festividad del evangelista S. Márcos.*

Dr. Buenaventura Ribas y Quintana. Pbro.

M. I. Sr. Vicario Capitular de la Diócesis de Barcelona.

El M. I. Sr. Vicario Capitular ha tenido á bien decretar lo siguiente:

Barcelona 27 *de Abril de* 1878.—En vista de la favorable censura que ha recaido en la obra titulada *El Buen Sentido de la fé*, damos licencia para su publicacion, debiendo presentarse antes dos ejemplares visados por el censor á nuestra Secretaria de Cámara. Lo decretó y firma el Muy Ilustre Señor Vicario Capitular de que certifico.—*Juan de Palau y Soler.*—Por mandato de S. Sria.—Licdo. *Ignacio Palá y Martí.* Canónigo Secretario. » Lo que traslado á V. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde á V. muchos años.

Barcelona 27 *de Abril de* 1878.

Ignacio Palá y Martí.

Sres. Viuda é Hijos de J. Subirana.

Á LOS INCRÉDULOS.

A vosotros se dirije este libro: á vosotros lo dedico. De cuantos desgraciados existen en el mundo, ninguno más digno de compasion: y se comprende perfectamente, puesto que la muerte de la fé en un alma, presupone la muerte de las esperanzas. La pérdida de Dios, es la desgracia más intensa que pueden experimentar el corazon y el pensamiento del hombre.

Y sin embargo, de cuántos desgraciados existen en el mundo, vosotros sois los que ménos compasion inspirais. Para los hombres de fé, vuestro mal es tan inconcebible, que les repugna creer en su existencia: los que de ella llegan á convencerse, siéntense hasta tal punto escandalizados, que presumirian contaminarse, con sólo concederos su simpatía.

Por lo que á nosotros toca, debemos confesar que asumimos decididamente toda la responsabilidad que puede provenir de esa caridad mal comprendida, fundándonos para ello en la consideracion de que la más bella de las limosnas que, pueden tributarse á nuestros semejantes, es la que tiene por objeto enriquecer con los tesoros de Dios á aquellos que de tales bienes tienen exhausto el corazon.

«Los que no hayan probado las dificultades que se experimen-
«tan para distinguir el error de la verdad, y para encontrar el ver-
«dadero camino de la vida en medio de las ilusiones del mundo,
«dirémos con san Agustin, pueden proceder rigorosamente con vo-
«sotros.»

Lo que es nosotros, que con frecuencia hemos merecido ser

vuestros confidentes en vuestras amarguras, mereceríamos á justo título el nombre de crueles y olvidadizos si os tratáramos con severidad.

Por esto en el presente libro os hablarémos con afecto y cariño, cual á los enfermos que yacen postrados en el lecho del dolor.

Y áun cuando en medio de las tinieblas en que yaceis sumidos, vislumbremos un tenue rayo de luz, no por esto pronunciarémos con sarcasmo estas santas palabras: «*No ha querido instruirse para obrar bien*» (1), pues recordarémos que si es cierto, por punto general, que el hombre posee la fe que merece, es posible que su incredulidad sea al par su desgracia y su propia obra.

La naturaleza y la educacion abren con frequencia, entre la verdad y ciertos espíritus, abismos de profundidad tan horrenda, que desconfiaríamos de salvarlos y conducir á aquellos al opuesto borde, si no supiéramos que pueden más las luces de la divinidad que los débiles susurros de la enseñanza humana. No de otra suerte la luz se propaga en el espacio con mayor rapidez que él sonido.

Por vuestra parte os suplicamos que no exijais una demostracion palpable de lo que en manera alguna puede tenerla. La religion se halla suficientemente demostrada, estándolo bastante más que muchísimas de esas creencias y opiniones naturales á las cuales consagrais vuestra existencia.

En esta noble investigacion poned vuestro sentimiento al servicio de vuestra inteligencia, recordando que esta, cuando se halla debidamente dirigida, léjos de disminuir la razon, completa al hombre. *Siendo Dios amor*, cuanto más, en este sentido nos parecemos á El, tanto más aptos nos hallamos para comprenderlo. Por esta razon un gran matemático del siglo XVII, no definia la fé, diciendo que fuera un teorema de geometría, ni una evidencia filosófica, sinó Dios mismo *hecho sensible al corazon* (2).

Leed además estas páginas sin perder de vista la profunda sinceridad que las ha inspirado: áun cuando no os sean gratas, tienen derecho á vuestra indulgencia, por lo mismo que han sido escritas por amor á vosotros; y dado que no os parezcan decisivas, son por lo ménos acreedoras á vuestro respeto, por lo mismo que no podeis oponer á ellas objeciones de la misma fuerza.

Y si por ventura vuestra incredulidad admite el dogma de un

(1) Salmo 35, 4.
(2) Pascal. *Pensamiento.*

Dios capaz de oir los suspiros de su criatura, pareciéndoos en esto al tierno infante privado de vista, que para tender al padre sus amantes brazos, no ha menester la luz que falta á sus ojos, pronunciad conmigo esta plegaria compuesta por Bacon para rezarla antes de empezar su estudio.

«¡Padre mio, que habeis comenzado todas vuestras obras crean-«do la luz visible, y las habeis terminado dando vida á la luz inte-«lectual, ya que inspirásteis vuestro aliento en la faz del hombre, «obra maestra salida de vuestras manos, dignaos dirigir y protejer «esta obra, que teniendo por principio vuestra bondad, debe tener «por fin vuestra gloria (1)!»

---

(1) *Novum organum.*

RAZON Y PROCEDIMIENTO DE LA COMPOSICION DE ESTE LIBRO.

I.

Escribimos en un momento solemne de la historia del catolicismo (1). En breve se hará oir la voz potente de la Iglesia, por el órgano incomparable de ochocientos obíspos congregados en la Ciudad eterna. Cuando va á hablar semejante autoridad ¿qué autoridad doctrinal puede merecer la atencion publica? Esto nos hemos preguntado; mas meditando en ello, hemos convenido en que semejante coincidencia léjos de aminorarla, aumenta la oportunidad de nuestro trabajo. EL BUEN SENTIDO DE LA FÉ sirve de preparacion á los espíritus para que más fácilmente puedan aceptar los decretos que van á promulgarse; tiende á formar en la opinion de los lectores esclarecidos una adhesion anticipada á todas las enseñanzas dogmáticas de lo porvenir, y en tanto que el Concilio no se impone de hecho, sino como derecho, nada más que á las conciencias y á las inteligencias sometidas á la Iglesia, trabajamos por nuestra parte para llevar el convencimiento á las que no quieran reconocer las decisiones del Concilio.

Si ahora se nos pregunta ¿qué necesidad hay de una nueva apología de la religion? Contestarémos que las antiguas no bastan en manera alguna. Como en la guerra, los procedímientos del ataque

(1) Mantenemos esta alusion histórica, porque fija la fecha de la composicion de este libro. Por punto general nos abstendrémos de hacer aplicaciones exclusivamente nacionales ó contemporáneas, á fin de conservar, en cuanto podamos, á nuestro trabajo apologético un carácter de oportunidad universal.

han variado de diez años á esta parte en las polémicas contra la fé: la defensa ha caido en mora en lo que á la modificacion de los suyos se refiere. No cabe duda que nuestra verdad es inmutable; pero tambien es cierto que se ofrece bajo diversos aspectos, segun sean los momentos que su eternidad deba iluminar. Es como la luz de un faro que ofrece diversos colores sin cambiar ella misma, y que desde el centro de su inmovilidad, ilumina sucesivamente todos los puntos del horizonte.

Cierto que la apologética solo es completa á condicion de unir sus argumentos tradicionales al interés de actualidad y de permanecer antigua siempre, no obstante su contínua renovacion; mas, con todo esto, puede muy bien afirmarse que, por punto general, es tanto más útil cuanto más apropiada á las necesidades de los tiempos. Nuestro libro es una concesion á esta legítima exigencia del espíritu.

Háse echado en cara al sacerdote, su repugnancia en amoldar su inflexible ortodoxia á las aplicaciones contempóraneas, y su persistencia en permanecer encerrado en la tradicion, hasta el punto de ser injusto con lo presente, por admiracion sobrado exclusiva respecto de lo pasado: por nuestra parte hemos procedido con toda la fuerza de nuestra razon y de nuestra caridad contra esa tendencia retrógada, considerando á la sociedad actual como una especie de auditorio, al cual debe conocerse perfectamente para decirle la verdad, y á quien es indispensable amar, para hacérsela agradable.

En este concepto podemos asegurar que nos presentamos á nuestros contempóraneos con benévola imparcialidad. Deshacerse en desmesuradas alabanzas èn favor del siglo en que se vive, vale tanto como caer en la bajeza de la alabanza propia: denostarlo, es lo mismo que proclamarse superior á él. Entre esas dos opuestas manifestaciones del amor propio, existe un lugar á propósito para la verdad, y este lugar, este prudente justo medio, es el que procuramos establecer.

Considerando las cosas bajo este punto de vista, nuestra época se nos ofrece como una confusa amalgama en la cual andan revueltos el bien y el mal: el primero con fuerza suficiente para mantener viva la esperanza; el segundo harto amenazador para excitar grandes alarmas. El espectáculo de semejante dualismo debe inspirar las ideas y el acento de la controversia teológica. No cabe duda en manera alguna, que desde el dia en que Lamennais fulminó su elocuente acusacion contra el indiferentismo, la sociedad europea, en

lo que al concepto religioso se refiere, ha experimentado al par y simultáneamente un doble trabajo de restauracion y de disolucion, hasta tal punto que la segunda mitad del siglo décimo nono es al propio tiempo mejor y peor que la primera. ¡Contraste singularísimo, que es indispensable conocer, para que pueda comprenderse del modo debido el mundo de que se forma parte y en ocasiones hasta para comprenderse uno á sí mismo!

La mejora se manifiesta por medio de una porcion de síntomas halagüeños, toda vez que, no obstante los cantos de triunfo entonados por el adversario, han podido escribirse en nuestro tiempo, en Francia, sobre el *Despertamiento cristiano*, páginas elocuentísimas que constituyen un cuadro irreprochable de nuestros progresos evangélicos. Cierto que á la ironía de Voltaire han sucedido las odiosas y repugnantes coaliciones del *Solidarismo;* mas no se pierda de vista que hasta el ódio es ménos irreligioso que la burla. Detestar á Dios, es en cierto modo tomarlo en sério: podria decirse que es una manera indirecta de reconocerle, teniendo en cuenta que el hombre es incapaz de odiar lo que no existe. En tanto que el blasfemo se ha impuesto, á pesar suyo, las formas del respeto, la fé, desde el comienzo de este siglo, sigue, en determinadas clases, el camino de una progresion siempre ascendente. Digan lo que quieran los observadores mal informados, las comuniones pascuales aumentan: las obras de caridad práctica pululan por do quier: las leyes reparadoras en favor de la libertad de enseñanza rinden copiosos frutos: las desventuras de Pio IX han escitado simpatías y producido sacrificios que no obtuvieron, ni con mucho, la ancianidad proscrita y destronada de Pio VI, ni los infortunios del augusto cautivo de Fontainebleau: hemos asistido al más bello de los centenarios de la muerte de S. Pedro de que conserva memoria la Iglesia: lo más selecto de la juventud católica se nos ofrece unas veces viviendo á la manera de levitas, formando parte de la asociacion de S. Vicente de Paul, otras se nos presenta muriendo cual los antiguos cruzados en defensa del trono pontificio: nuestro clero inferior y nuestro episcopado no ceden ni en ciencia ni en dignidad á ninguno de los que han vivido en otras épocas.

La autoridad, vacilante antes en todas partes, fortificase de dia en dia en el catolicismo, merced á una marcada agrupacion de los espíritus y de los corazones en derredor de la supremacía papal. Gracias á esta disposicion y merced al concurso del vapor, el sucesor de S. Pedro puede reunir en el Vaticano, en el breve espacio

de tres meses, á los obispos de las cinco partes del órbe, con el fin de exterminar en gérmen los cismas y las heregías. Por último, nuestro tiempo manifiesta por la verdad religiosa una curiosidad, que Dios tendrá de seguro en cuenta, si es su móvil el respetuoso deseo de conocerla, no la orgullosa pretension de encontrarla en falta. Si el siglo más enfermo no es el que se apasiona por el error, sino el que mira la verdad con criminal desdén, dista mucho el nuestro de ocupar el último grado en la escala de la decadencia, puesto que si desprecia á los hombres, es precisamente porqué ellos han comenzado por envilecerse, trocando su noble título de hijos de Dios, por el brutal abolengo de descendientes del mono; mas áun asi, conserva la santa pasion de la verdad.

Y no venga un pesimismo estúpido ó mal intencionado á oponer sus negaciones á estos consoladores resultados: podrán cerrarse los ojos á la evidencia de los hechos históricos; mas ante el elocuente lenguaje de los números, no queda más arbitrio que enmudecer. La obra de la Propagacion de la fé, que en 1823 no producia más allá de 80,000 francos, distribuye en el dia más de seis millones á quinientas diócesis esparcidas en los dos hemisferios: las conferencias de S. Vicente de Paul, que en la propia fecha contaban solo ocho miembros, compónense al presente de más de treinta mil indivíduos, que socorren en su domicilio á más de cien mil familias menesterosas: las Hermanitas de los Pobres, institucion nacida como quien dice ayer mañana, al soplo de la ardiente caridad de una humilde criada, alimentan en sus asilos á más de veinte mil ancianos: los Hermanos de las Escuelas cristianas que en 1804 contaban apénas con quinientas casas, poseian más de mil en el año de 1870: y para no multiplicar datos, terminarémos diciendo, que en el breve espacio de cincuenta años, se han construido ó abierto al culto católico más de 10,000 iglesias. Pruebas son estas completamente irrecusables de perenne y robusta vitalidad en nuestra fé, á pesar de la existencia de muchas apariencias contrarias, que conozco perfectamente, y con todo y existir opuestas corrientes, que en manera alguna pretendo disimular (1).

Ni cabe tampoco desconocer, que la fé se mantiene viva en las masas, siquiera oculta, como la chispa en las entrañas del pedernal: para que se manifieste es indispensable el choque. Un padre

---

(1) Las cifras de esta estadística comparada, están tomadas de la obra de M. Guizot *Meditations sur la religion*. Ser. II.

la ha comparado á la naturaleza que, semejando muerta durante los rigores del invierno, brilla con todo su explendor en cuanto asoma la riente primavera. Miéntras permanece aletargada, los enemigos de la fé creen, ó afectan creer, que ha muerto; pero á todos esos plañidores de oficio que entonan endechas cabe la nueva hija de Jairo, les dice Dios por medio de milagros inesperados. *La niña no está muerta, sino dormida* (1).

Este maravilloso poder de resurreccion, respuesta elocuentísima á los que pretenden guardar su tumba, será el testimonio perenne del triunfo del catolicismo; del mismo modo que la confianza que abrigamos en sus constantes renacimientos, no es hija de una vana supersticion, sino de las afirmaciones de la historia y de una vision de lo porvenir que se refleja en las enseñanzas de lo pasado.

Por lo demás no hay para que mirar á lo pasado ni á lo futuro para cobrar esperanzas: lo presente por sí solo basta para alentarlas; pues cuando se tiene la dicha de tratar á las nobles almas de los tiempos presentes, y de adivinar, en cierto modo, en las palabras que brotan de sus labios, las pulsaciones del corazon de la Iglesia, se comprende, que no porque se concentre en el interior, hay temor de que se extinga la vida del catolicismo. Ello es que la sociedad moderna ha podido contar con los diez Justos, para defenderla contra la justicia de Dios, y contra los rigores de lo porvenir.

Bajo la inspiracion de esas ideas y de estos hechos innegables, un pensador profundo y perfectamente impuesto de las cosas de su tiempo, ha podido resumir en los siguientes términos sus apreciaciones respecto de los últimos cincuenta años. «A pesar de los obs-«táculos, de las vacilaciones, de las desviaciones, y de las faltas que «pueden observarse, no puede ménos que distinguirse el desperta-«miento cristiano. Ha habido progreso en la fé cristiana, progreso «en la ciencia cristiana, progreso en las obras cristianas, progreso «en la fuerza cristiana: progresos incompletos é insuficientes; pero «reales y fecundos, síntomas de una vitalidad poderosa y llena de «porvenir. Desengáñense los enemigos del cristianismo: pueden «hacerle como le están haciendo una guerra á muerte; pero han de «tener la conviccion de que no se la hacen á un moribundo.»

Pero si son evidentes las señales del progreso, no lo son ménos las de la descomposicion, de suerte que nuestro siglo ofrece al par los bellos celajes de la aurora, y la bruma aplomada del crepúsculo

---

(1) San Lúcas, 8, 52.

de la tarde. No vaya á creerse sin embargo que al expresarnos en estos términos pretendamos significar que deba verse en él un dia explendente, precursor de una noche espantosa; mas no cabe desconocer que estarémos en lo cierto comparándolo á un alumbramiento, ya que, como en semejante acto, concurren en él esperanzas que alientan y dolores que torturan. Hemos hablado ya de las esperanzas de la fé que abrigamos en nuestro corazon: bosquejemos ahora el cuadro de los dolores.

En el siglo XVIII hallábanse trabajadas por el escepticismo las clases más elevadas de la sociedad: hoy por el contrario es la base de la misma la que está corroida y esto indica que se halla en gran manera comprometida la solidez del edificio. Hay más áun: la intensidad del mal ha crecido al compás de su desarrollo. En 1820 asustada la incredulidad por la siniestra experiencia de la Revolucion, experimentaba una especie de placer, algo parecido á legítimo orgullo ó virtuosa satisfaccion refutando á Condillac, y se detenia ante las tímidas conclusiones del deismo: hoy por medio de fórmulas capciosas avanza hasta las negaciones más radicales. Antes, y no hace de esto muchos años, dejaba subsistir á Dios y al alma humana sobre las ruinas del símbolo cristiano: al presente hace tabla rasa de todas aquellas verdades que no pueden ser ensayadas en la piedra de toque de la ciencia. Ayer, sostenia que todas las religiones eran igualmente buenas: hoy las anatematiza todas por perniciosas, y en lugar de los dogmas positivos, enarbola esta orgullosa quimera, cómplice en todas las pasiones del corazon y en todas las aberraciones del pensamiento individual: ¡la religion!

Aun considerada la cuestion, bajo el punto de vista exclusivamente natural, no puede imaginarse mayor atentado contra la humanidad que esa supresion de la fé! La fé es la participacion de la divinidad en las ideas del mundo. Los indivíduos como los pueblos, desprovistos de ese nimbo celeste, experimentan dolorosísimas caidas: el arte, la poesía, el mismo amor se desvanecen en cuanto ha desaparecido la fé, y arrojado Dios de la inteligencia humana, no transcurre mucho tiempo sin que ocupe en ella su lugar, una esencia infernal, siendo frecuente el espectáculo de los creyentes convertidos en locos ó en mónstruos.

Y téngase en cuenta que los pueblos que presumen ser posible apostatar impunemente de la fé, reciben siempre el condigno castigo! No tenemos que buscar la demostracion de nuestro aserto léjos de nosotros: fíjese la mirada en nuestra sociedad escéptica en

materias de religion, y se observará que tambien se ha hecho escéptica en política. con la circunstancia de que el escaso pudor que le resta respecto del particular, es más bien efecto de un noble orgullo que la obliga á permanecer fiel á sus tradiciones, que no resultado, de verdadera fé en los principios. Y cómo en política es escéptica en filosofía, puesto que ha prestado oido á las estúpidas teorías de la identidad de los contrarios: es escéptica en moral, toda vez que la distincion entre el bien y el mal, no es para ella otra cosa más que una convencion basada en intereses de momento: es escéptica en materia de sentimientos, y el crímen horrendo de no creer en Dios, vése en ella castigado por la desgracia de no creer los hombres, los unos en los otros: es por último escéptica en lo que á su propia existencia se réfiere, porque los que en nada creen, es imposible que crean en su alma, y despues de haberlo negado todo, acaban por negarse á sí mismos: *Aquí termina la razon humana* (1).

Y hé ahí á la inteligencia girando sin cesar sobre un mismo círculo hace seis mil años, sin haber conseguido aprovecharse de las enseñanzas adquiridas. Afortunadamente con la tentacion que ciega la conduce al abismo, existe en ella una fuerza invencible que la remonta á los cielos. Ese *freno* verdaderamente providencial, impedirá que nuestra civilizacion, desde la cima del Calvario dónde se transfiguró, descienda á inferior nivel del paganismo, que á lo ménos respetaba los dógmas que nosotros abjuramos.

Entre los medios empleados, en nuestros dias, por el anticristianismo *para destruir la bóveda celeste*, segun su desatentado lenguaje, es el más poderoso el que consiste en apoderarse de todas las concupiscencias y de todos los dolores sociales, para arrojárselos como merecido reproche á la faz de la Divinidad; en convertir en poderosa palanca las pasiones más anárquicas; en cebar, si así puede decirse, á los pueblos con el ateismo, disfrazado con las seducciones de la revolucion. El orgullo y la ambicion sin límites, han prestado numeroso contingente al alistamiento abierto para llevar á cabo tan nefanda empresa. Y así como para dar curso á la moneda falsa, es indispensable darle cierto baño que la de apariencia de buena, háse inventado tambien una palabra que cubra las malas artes y hasta los crímenes de semejante conspiracion. Esta palabra es... Libertad! De ello ha resultado un manantial fecundo de antagonismos irreligiosos.

---

(1) *Ensayo sobre el indiferentismo.*

Y no es extraño; porque semejante palabra ocasionada á mirajes y decepciones, á verdades y mentiras, á llamamientos generosos y á peligrosas provocaciones, háse convertido en una especie de críterio segun el cual todo se juzga, de tal manera que al paso que nuestros padres habrian rechazado como peligrosa la libertad que no hubiese estado conforme con la fé, hoy no se admite la fé que se halla en desacuerdo con la libertad, naciendo de ello un sin fin de errores contrarios á la religion. Sus enemigos la llaman constantemente á ese insidioso campo de batalla, considerando que es más cómodo comprometerla por medio de la impopularidad, que vencerla valiéndose de la razon.

No permita Dios que progreso social alguno se vea jamás comprimido por los principios de nuestra ortodoxia. No es lícito tomar partido contra la libertad, de una manera absoluta, por lo mismo que es de institucion divina. El régimen más libre fué el del Eden en el cual el hombre no tenia otros conocimientos que Dios y la familia: el pecado, viciando las pasiones, creó la tiranía; siendo, hasta cierto punto, esas dos últimas opresiones necesarias entre sí.

Las pasiones de los indivíduos excusan los escesos del poder, en tanto que sus virtudes harian de ellos un verdadero crímen. Tanto es así, que la gran falta de los tiempos presentes no tanto consiste en buscar el medio de reconquistar la libertad política, como en no trabajar cuanto es menester para santificar el uso de la libertad moral en una medida proporcionada. Debilitar los poderes fortificando al propio tiempo las pasiones, constituye el procedimiento revolucionario: disminuir las pasiones con el objeto de que los poderes no se salgan de su órbita, constituye la obra del cristianismo. El fin es el mismo: el establecimiento de la libertad: los medios no pueden ser más opuestos.

Mas de tal suerte restablecida la verdadera nocion de la libertad, ¿hay quien pueda contemplar sin espanto todas las candideces y todas las malicias; todo el desinterés y toda la concupiscencia; todas las nobles aspiraciones y todas las torpes maldades que se agrupan hoy en derredor de esa venerable enseña? Conformes todos en el nombre, pocos están de acuerdo respecto de la cosa. La libertad de los que poseen, dista mucho de ser la misma de los que quieren poseer: la libertad de los que destruyen es completamente distinta de la que tienen los que tratan de edificar: la libertad de los tribunos populares no es igual á la de las oposiciones monárquicas. De manera que con idéntico distintivo se va en pos de fines

opuestos: ostentando la misma divisa vénse coligados espíritus que se mueven á impulsos del ódio, y cegados por el túpido velo de semejante falsedad, los que hacen profesion de socavar los cimientos sobre que se asienta el órden social, trabajan con más empeño, y hasta con verdadera fruicion en su obra destructora, sin curarse poco ni mucho de los derrumbamientos, bajo los cuales muchos de ellos han de quedar aplastados. Afortunadamente, Dios hace brotar la luz de esos choques formidables, y por las brechas que de tanta ruina resultan, penetra de nuevo en los corazones y en la escena del mundo.

Al presente se trata de acudir en ausilio de los hombres de buena voluntad á fin de que venzan en la noble empresa en que se hallan empeñados. No tenemos por que ocultarlo: el espectáculo de la agonía de las creencias, á nosotros que atendemos á las enfermedades de las almas y trabajamos en su salvacion, nos causa un dolor y una compasion que es imposible expresar. Ojalá pudiéramos vislumbrar un largo porvenir para obrar como apóstoles y lanzar durante dilatado período la protesta de nuestro *Credo*, á la creciente marea de blasfemos orgullosos,... mas los predicadores se extinguen antes de los sesenta años, y por nuestra parte experimentamos una especie de desesperacion en la cual entra por mucho el buen deseo, siempre y cuándo consideramos que los defensores del bien son de sobra efímeros comparados con la permanencia del mal.

A semejantes ideas somos deudores de la inspiracion de hablar hasta desde el interior de la tumba. El buen libro es el misionero perenne de la verdad. Cierto que hay una parte de grandeza en nuestra conversacion con las muchedumbres desde lo alto de la cátedra cristiana; pero su accion es rápida y aislada, como las vibraciones del aire. El libro por el contrario es señor del espacio y del tiempo, alcanza sobre la tierra una especie de ubicuidad que recuerda la presencia universal de Dios, y cuando ha terminado su mision de moralizar lo presente, la extiende á lo porvenir. ¡Felices aquellos que merecen tener á la posteridad por auditorio! ¡Gracia, siquiera, para aquellos que á semejante premio aspiran, movidos exclusivamente por el sentimiento de caridad! Pedimos para nosotros el beneficio de esta circunstancia atenuante.

Cuando no se abrigan respecto del público, más ilusiones que respecto de sí mismo, es fuerza convenir en que se necesita mucho valor para escribir en el dia obras de controversia religiosa! Los hombres de nuestro tiempo tienen otros quehaceres en que ocu-

parse, para que podamos congratularnos con la idea de que han de leernos. Absorbida completamente su atencion por los acontecimientos que se realizan en el interior de los gabinetes europeos, por las peripecias que la bolsa anuncia, por las escenas que tiene establecidas la literatura recreativa, ¿qué les importa lo que solo atañe á la fé y á las costumbres? Cuando Platon se presentó inesperadamente en los juegos olímpicos, la multitud abandonó el espectáculo escénico, para agruparse en derredor del filósofo. Si la Francia contempóranea tuviese la dicha de poseer un sábio tan grande, ¿abandonaria sus teatros, sus novelistas libidinosos, sus periodistas callejeros para oir al nuevo Platon? Permítase que lo dudemos. Sea como quiera, no vacilamos en manifestar que esperamos muy poco de su atencion; pero esa misma frivolidad, rasgo característico de nuestro siglo, léjos de descorazonarnos nos obliga más y más: cuanta menor sea la esperanza que respecto del éxito de nuestro libro abriguemos, mayor es la necesidad que sentimos de darlo á luz. Sucede con la expresion de las grandes convicciones, lo que con los gritos de júbilo y los ayes que arranca el dolor: no se exhalan para que se escuchen, sino porque es imposible contenerlos. Escriban pues otros por amor á la gloria, ó por las simpatías que esperen conquistar: por lo que á nosotros toca, dirémos con el Profeta. *Creí y por esto hablé* (1).

II.

¿Qué procedimiento hemos seguido en la composicion de este libro? Es decir: ¿cuyos son los puntos de vista desde los cuales considera la fé; cuál es la extension que abarca; el objeto particular que se propone; el método que lo caracteriza; la utilidad especial que al cabo ha de justificarlo?

La justificacion de este libro no sólo se halla en la actualidad de los puntos de que trata, si que tambien en la manera de tratarlos. Hásele impuesto el título de *Buen sentido de la Fé*, porque expone la razon sometida al Evangelio, bajo la simple direccion del sentido comun. Este procedimiento por demás sencillo, es el más apropiado al tiempo y al país poco metafísico en que vivimos.

En resúmen, nuestro siglo apénas desciende á combatir en detalle los artículos de la fé; pero en cambio los ataca colectivamente.

(1) Salmo 115, 10.

Tomando nuestro símbolo por sus dos polos, que son la creacion y la redencion, ha amontonado sobre los orígenes del mundo y sobre los del cristianismo densos celajes y oscuras nubes que, desde dichos puntos, se derraman y extienden sobre todos los demás dógmas. No cabe dudar que su oposicion, ménos que de pruebas, se compone de hipótesis tan atrevidas como ingeniosas; pero con los materiales que le proporciona esa romancesca erudicion, obstruye las dos entradas principales de nuestro edificio religioso.

Es evidente que tan culpable trabajo tiene por objeto principal el afan de encumbramiento, más que el deseo de destruccion, y por lo mismo el cuidado principal de la controversia presente, más que á apuntalar los muros del edificio, que no amenazan desplomarse, debe dirigirse á desembarazar las cercanías. No se trata de acopiar materiales para la reedificacion del templo, sino de quitar estorbos; bien así, cómo acontece con esas antiguas basilicas de Roma, que en cuanto se las libra del lecho de polvo en que por la mano del tiempo yacian sepultadas, surgen completas y explendentes del suelo en que fueron construidas.

Nuestros esfuerzos se consagran pues al presente á un trabajo preliminar, y este libro pertenece por consiguiente á la clase de aquellos que distinguian los Padres de la Iglesia con el nombre de *Preparacion evangélica.*

Convencidos de que entre los que están desprovistos de la verdad, son muy pocos los que se hallan en estado de descubrirla, ó de recobrarla mediante un profundo y detenido estudio de los dógmas, imaginaron nuestros primeros apologistas el sistema de guiar á los disidentes por medio de razonamientos prejuiciales. Al efecto establecieron una série completa de pruebas generales que contenian en gérmen todas las verdades del cristianismo; especie de apología popular, que sin discutir detalladamente verdad alguna, dejaba fuera de combate todos los errores. En rigor, podrá decirse que no era esto otra cosa más que una especie de pórtico establecido sobre el suelo del templo de la doctrina; mas esta porcion del edificio, desde Eusebio de Cesaréa, hasta nuestros dias, ni ha sido la ménos atendida, ni la ménos notable para las inteligencias que van en pos de las verdades de la fé. En otro tiempo los neófitos se purificaban en el átrio de la basílica material: al presente, las más de las veces, los incrédulos deponen sus preocupaciones y abjuran de sus errores en el vestíbulo de la ciencia sagrada.

¡Espectáculo verdaderamente estraño y digno de llamar la aten-

cion! Los refulgentes destellos del Santo de los santos, es decir los explendores de la Teología, suelen ofender la vista del que vive sumido en la oscuridad; por el contrario una polémica más vecina á la tierra que al cielo, no solo no le ofende, sino que hasta se le hace simpática. No de otra suerte la Divinidad, para humillar los vuelos atrevidos de la razon, la condena á volver al redil por la modesta senda que abandonó para extraviarse: por los senderos del sentido comun.

La Preparacion evangélica se divide en dos corrientes, perfectamente distintas, en el gran rio de nuestra tradicion escrita. Esta doble direccion de la defensa, responde perfectamente á los dos focos principales de donde procede el ataque: la heregía, y la filosofía anti-cristiana. A los herejes, es decir, á esos enemigos de lo intrínseco, que pretenden substituir con imprevistas innovaciones la fé del pasado, nuestros padres oponian invariablemente la inadmision diciendo: Llegais tarde para promulgar un falso Evangelio distinto del que todos los siglos han admitido como verdadero; vuestro símbolo se halla en flagrante contradiccion con el de las Iglesias apostólicas, por consiguiente áun ántes de que se os entienda, estais condenados por el argumento de las *Prescripciones*. A los filósofos, esto es, á los enemigos de lo extrínseco, á los que se encarnizan contra el cristianismo naciente, en nombre de la razon escandalizada, el cristianismo les decia: Vuestra razon se vé obligada á violentarse más para rechazarme que para admitirme: sin contar con la certeza histórica, están de mi parte todas las probabilidades de una sana lógica, por consiguiente en tanto no tengais en vuestra mano la evidencia para objetarme, yo reinaré en virtud de las *Presunciones* que militan en mi favor. Por nuestra parte nos valdrémos de esta segunda táctica.

Digámoslo siquiera de paso. No puede dudarse que el estudio de la primera rama de la *Preparacion evangélica* bastaria para confundir á muchos pretendidos novadores, que no son otra cosa que restauradores de añejos sistemas, disfrazados con el oropel deslumbrante de los tiempos presentes. ¡Qué raudal de luz, especialmente para los protestantes, el que se encierra en las dos obras tituladas, la una *Prescripciones*, por el elocuente autor de la *Apologética*, la otra *Advertencias* por Vicente de Lerins! en la cual, el génio de la refutacion se eleva por decirlo así hasta la profecía puesto que en sus cortas páginas se encierra una rotunda contestacion á todas las herejías futuras. Muchas veces me he lamentado de que la imprenta no haya tenido espacio para vulgarizar los grandes monumentos que

nuestros padres nos dejaron, ántes que tuviera lugar la revolucion del siglo XVI. De seguro que muchos de los flamantes reformadores al verse retratados de mano maestra y combatidos por nuestros más ilustres antepasados, con quince siglos de anticipacion, habrian retrocedido ante el vetusto cuadro de sus nuevas aberraciones. En mi concepto nada habria sido más decisivo contra la herejia, que una obra que hubiese desenvuelto debidamente el siguiente tema: Lutero presentido, juzgado y condenado por Tertuliano.

Mas con todo esto, el argumento colectivo sacado de las *Presunciones*, ha alcanzado mayores victorias que el de las *Prescripciones*, por la sencilla razon de que está más al alcance de mayor número de inteligencias. Desde la famosa tésis de Nicole contra los calvinistas, intitulada *Preocupaciones legítimas*, empleada, bajo el mismo nombre contra los racionalistas contempóraneos, por el venerable Pedro de Ravignan, no se ha ofrecido arsenal más abundante donde haya podido la verdad procurarse argumentos más sólidos, más incontestables y más comprensibles. Frayssinous, Lacordaire, el Padre Félix, Augusto Nicolás han cultivado el mismo género de polémica con un brillo y un éxito que vivirán mucho tiempo, y muchos que de seguro no habrian dejado convencerse por medio de pruebas esencialmente teológicas, no pueden ménos que ceder ante la evidencia de la demostracion refleja que se deduce, ora de una verosimilitud racional, ora de una analogía ingeniosa entre la economía de la naturaleza y la de la fé, ora en fin de esas mil presunciones legítimas que corroboran todas las verdades reveladas sin establecer aisladamente una sola de ellas.

Nosotros que venimos mucho tiempo despues y muy de léjos seguimos á nuestros maestros, áun cuando no sea más que bajo el modesto título de catequistas, deseamos formar parte del apostolado que constituyen. Es verdad que marchando sobre sus huellas, no queda mucha gloria para conquistar; pero en cambio puede practicarse aún mucho bien. Semejante consideracion ha bastado por sí sola para alentarnos en la empresa de esta apología al alcance de aquellas inteligencias que carecen de tiempo y de paciencia para ocuparse en obras de más importancia.

Podemos decir tambien que nuestros maestros no han realizado nuestro propósito, porque han ido más allá. De ellos, los unos, obligados á recorrer una dilatada via consagrada á la enseñanza, se vieron en la precision de desparramar sus luces á fin de iluminar su camino hasta el fin: por nuestra parte nos limitarémos á recojer

los rayos diseminados, en provecho de aquellos que no se sienten con fuerzas para reunir por sí mismos los que son menester para formar un hacecillo. Otros, procediendo con el valor y decision que son propios del génio, lanzaron por todos lados deslumbrantes resplandores, que más tenian del fulgor del rayo, que de la grata claridad del dia: á estos destellos irresistibles para los ojos tímidos, sustituirémos la claridad calma y serena, preferida por la inmensa mayoría de los espíritus cultivados. En una palabra: los maestros fueron los verdaderos iniciadores: nosotros nos limitamos á vulgarizar lo que ellos hicieron; pero desde lo más íntimo de nuestro corazon bendecirémos al Señor por la gracia que nos ha concedido, si tenemos la dicha de que, al reclamar un incrédulo un guia que pueda volverle al verdadero camino, desde la tenebrosa senda en que vive extraviado, le ofrecen estas páginas su hija ó sus amigos. Ser el Ananias de tal ciego, es mucho mejor, vale infinitamente más que la gloria que el autor pueda adquirir: es la más bella recompensa que puede codiciar el corazon de un sacerdote.

Nos prometemos que nuestras esperanzas no han de verse completamente defraudadas; porque si bien es verdad que el fondo de las consideraciones que vamos á exponer no ofrece novedad, tampoco puede negarse que su síntesis no existia. ¿Hemos conseguido darle la última mano? Léjos de nosotros semejante presuncion; mas consuélanos anticipadamente de las imperfecciones que pueden existir en nuestra obra, la consideracion de que puede ser útil, sin ser por esto irreprochable. Las buenas intenciones, como las flores. tienen una belleza independiente de su agrupamiento: un haz de luz no ha menester hallarse regularmente compuesto para que ilumine.

La luz: tal es en efecto el traje más bello con que el espíritu humano puede vestir á la verdad, especialmente en la Francia contempóranea en la cual todo el mundo quiere comprender sin tomarse la pena de meditar. Convencidos de que basta con hacerse entender, sin quitar lo más mínimo á la gravedad de nuestro asunto, harémos cuanto podamos para no aumentar su peso con esos procedimientos germánicos que consisten en obscurecer las cosas, so pretexto de trascendencia científica, y en perderse entre las nubes por inmoderado deseo de elevarse. *Quien esconde los granos*, dice la Escritura, *será maldito de los pueblos* (1). Amenaza terrible para los

(1) Prov. 11-26.

controversistas que disfrazan la verdad en lugar de presentarla desnuda, más atentos á sorprender que á convencer. Por lo demás la regla de gusto está en este punto de acuerdo con la conciencia: las tinieblas no son más que la ilusion de la profundidad; hay algo más elevado que las nubes, el sol. Seríamos ménos disculpables que el comun de los autores, si lo hubiésemos olvidado en este trabajo, por lo mismo que no nos proponemos abrir senderos desconocidos, sino hacer un libro, que sin valerlo realmente, pueda suplir á otros muchos.

Añadamos tambien, que existe una cualidad más comunicativa, mejor *conductora*, en cierto modo, de lo verdadero, que la claridad del libro; y esta cualidad estriba en la simpatía del autor. El calor de los rayos solares alcanza donde no llega su luz. De la propia suerte el amor convence mejor que el talento. ¡Ojalá pudiésemos difundir esa afectuosa explicacion de la verdad sobre todas las obscuridades que somos incapaces de iluminar! Se lo pedimos á Dios de todo corazon, cómo aquel que con fundamento desconfia de sus débiles fuerzas, pero convencido al propio tiempo de su voluntad y buen deseo.

Este ensayo de *Preparacion evangélica* se compone de dos órdenes de pruebas completamente distintas. Las unas constituyen las presunciones directas en favor de la afirmacion cristiana: las otras las presunciones contra la negacion opuesta á aquella. Ambas tienen su autoridad particular y por lo mismo podrian constituir dos obras distintas; mas hemos creido que debíamos reunirlas formando una sola, en virtud del principio lógico que constituye un todo con la exposicion de la tésis y la contestacion á las objeciones; con la parte positiva y el lado negativo de un mismo sujeto. Por lo demás esas dos categorías de pruebas se reunen sin gran esfuerzo bajo el título sintético de *Buen sentido de la Fé*.

Las pruebas de la afirmacion se deducirán de una série de proposiciones que conducen gradualmente la razon á la fé cristiana, por medio de sencillas indicaciones de buen sentido: esas proposiciones cuyo enunciado puede carecer de la seduccion de la novedad, hállanse tratadas sin embargo bajo un punto de vista que aprovecha en gran manera á las necesidades actuales de los espíritus.

Su desarrollo que es al par una exposicion de la controversia católica, y un resúmen de la doctrina filosófica de nuestro tiempo, gira sobre estos tres ejes. 1.° la naturaleza del hombre reclama una religion sobrenatural: 2.° la verdadera religion sobre-

natural es el cristianismo: 3.° el verdadero cristianismo es el catolicismo.

Cumplida esta parte de la tarea, era indispensable tomar la ofensiva contra la incredulidad, demostrando que si todas las probabilidades están de nuestra parte, puede contar por la suya con muy pocas. Y en efecto, facilísimo es demostrar *a priori* que toda incredulidad está radicalmente herida de incompetencia y desnuda de autoridad, por lo mismo que es resultado de una disposicion enfermiza del linaje humano, ora por dimanar de un desórden de la voluntad; ora de una debilidad de la razon; ora de una fuerza de espíritu adquirida torcidamente, y que produce una como plétora intelectual, ocasionada con frecuencia por estudios demasiado exclusivos. De aquí tres causas de escepticismo que combatimos sucesivamente en la segunda parte. 1.° las influencias de la pasion: 2.° las de la enfermedad intelectual: 3.° las que yo llamaria *especialismo* científico. Es indudable que la incredulidad proveniente de éste, se halla comprendida de lleno en la que engendra la enfermedad intelectual; más debe tenerse en cuenta que en la actualidad los especialistas forman entre nuestros adversarios una clase tan preponderante, como llena de arrogancia, razon por la cual hemos creido útil reducir á su justo valor su encarecida autoridad en materias de religion.

Séanos lícito añadir en interés de las almas á quienes ofrecemos la luz, que la segunda parte, no sólo es la más oportuna, sino tambien la ménos explorada; pues si bien es cierto que son muchas las indicaciones que en diferentes partes se encuentran sobre el mismo asunto, podemos asegurar que no existe un cuadro completo de esos puntos de vista apologéticos. Somos los primeros en lamentar que la lógica del plan que nos hemos trazado, nos haya conducido á dejar para lo último lo que haya tal vez de más útil en este trabajo: razon por la cual no vacilamos en aconsejar al lector que no tenga necesidad ni decision de seguirnos en todo el proceso del mismo, que tome el segundo volúmen ántes que el primero.

Quiera el Señor protejer, durante este apostolado de gabinete, una debilidad que se asustaria de sí misma, si no contara con verse apoyada. Es tan difícil hacer pasar las almas de un buen argumento á un acto de fé, que desconfiaríamos de alcanzar la victoria, si no supiéramos que Dios pone al servicio de los defensores una fuerza superior á aquella con que pueden contar: la gracia, que se impone á veces, como un hecho superior y casi ineludible, á aquellos que no la reconocen.

Establecer mojones en el camino que debe recorrerse, tal cual acabamos de practicarlo, equivale á difundir la luz sobre el mismo. Por el bosquejo que de nuestro asunto hemos presentado, puede venirse en conocimiento de que, léjos de salirnos del asunto, estamos completamente dentro de la *Preparacion evangélica.* ¿Entra en los designios de la Providencia, que desde estos rudimentos apologéticos, ascendamos á aquella enseñanza más elevada que S. Agustin distinguia con el nombre de *Demostracion evangélica?* ¿Despues de haber expuesto este aspecto externo de nuestra religion, el *Buen sentido de la Fé*, podrémos dar algun dia el plan interior en un trabajo complementario y más profundo, que se titularia la *Razon de la Fé?* mejor que nosotros lo sabe Dios.

Recorriendo las márgenes del Rhin, tuvimos ocasion de contemplar á varios jornaleros ocupados en desembarazar de construcciones impropias la espléndida catedral de Colonia: aquel espectáculo despertó en nuestro corazon vivísima simpatía en favor de aquellos modestos obreros, por lo mismo que al paso que adelantaban en su penosa tarea, ponian más al descubierto la incomparable belleza de tan magnífico edificio. Tal es la imágen de la humilde tarea que nos proponemos realizar respecto del santuario de nuestra verdad. Hoy nos limitamos á desembarazar de malezas los alrededores de la Basílica: acaso un dia mostremos las magnificencias que se encierran en su interior.

LIBRO PRIMERO.

LA NATURALEZA HUMANA
EXIJE
UNA RELIGION SOBRENATURAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

Creer, ley de nuestra naturaleza.

Desde que se dieron á luz las últimas apologías de la religion, los tiempos y los hombres han cambiado, y han surgido nuevas necesidades que imponen nuevos deberes á los defensores de la verdad. El sacerdote, que es eterno por su carácter, debe ser del momento por su enseñanza, porque si bien las pasiones son siempre las mismas en la tierra, los errores son diferentes. Cierto que el error varía ménos en el fondo que en la forma, y que no seria difícil poner de manifiesto los girones de un incesante plagio, ocultados por los adornos y arambeles de la moda; pero por lo mismo que el cristianismo se desenvuelve por medio de las evoluciones que para su defensa vése precisado á realizar: por lo mismo que las pruebas se multiplican al compás de las objeciones: por lo mismo que en oposicion á cada nueva falsedad, Dios pone de manifiesto una de las innumerables fases de su verdad, pudiendo decirse que entre todos los séres, cuanto más atacado, mejor conocido; es conveniente y oportuno combatir á aquel, sea el que quiera el disfraz bajo el cual se presente.

Vamos, pues, á hablar de nuestro siglo; pero sin decir de él mucho mal. Acontece con un siglo lo mismo que con un hombre: para decirle la verdad con fruto, es indispensable amarle. Por lo demás, el que se lamenta en demasía de su tiempo, ultraja á la Providencia y demuestra que ignora la historia. El verdadero conocimiento de lo pasado predispone á la indulgencia respecto de los contemporáneos.

Sin embargo, como sentimos por nuestro siglo verdadero amor, sin que nos ciegue el amor propio de pertenecer á él, tenemós la obligacion de decirle y áun demostrarle que no ha blasfemado ménos que el precedente, sustituyendo la falsa erudicion á la agudeza de ingénio: la cortesía á la burla. Este trabajo, proseguido bajo la apariencia de una inexorable imparcialidad, y de un rigor científico dispuesto á demolerlo todo para averiguarlo todo, ha producido más confusion que ruinas, y por lo mismo que no hay que reedificar, ensayemos los medios conducentes á desvanecer la confusion.

El primer fundamento de esta apología descansará sobre una base mucho más robusta que la ciencia y la filosofía hóstiles á la fé. Convenimos en que esta no tiene el derecho de prevalecer sobre la evidencia científica y las verdades filosóficas; mas en tanto la ciencia enemiga no pueda oponerle más que teorías conjeturales, y la filosofía anticristiana no cuente con otros recursos que con objeciones mil veces más contestables que las pruebas que por nuestra parte podemos aducir; la religion alcanzará fácilmente razon de una y otra, apelando de sus decisiones ante el tribunal de la naturaleza. La naturaleza: hé ahí el *criterium* más infalible del espíritu humano, y la verdad fundamental segun la cual están discernidas todas las demás.

En este mundo donde todo se pone en tela de juicio, las tendencias, que son leyes de nuestro sér, se imponen con una autoridad irrecusable. La razon padece frecuentes equivocaciones: la naturaleza no se engaña jamás. De manera, que en cuanto hayamos demostrado que la *religiosidad* es una propension invencible en el hombre, nos será imposible eludir la conclusion siguiente: luégo la religion es al par en el hombre un deber y una necesidad.

Desde luégo puede verse, pues, que los verdaderos enemigos de la naturaleza son los naturalistas que no vacilarian en mutilarla, sin tener en cuenta los tormentos que la causarian, suprimiendo las creencias, que son elemento indispensable de su vida moral. En vano pretenden eliminarnos de la discusion en nombre de la ciencia positiva y so pretesto de que somos visionarios de la hipótesis metafísica; pues es completamente falso que vivamos de simples hipótesis: no, nosotros no llevamos al debate sistemas ni descubrimientos discutibles, sinó el testimonio más irrecusable para la razon humana; el mismo hombre. Siendo como es nuestra religiosidad un hecho universal, indestructible, nuestra constitucion moral seria una aberracion de la naturaleza, si ese sentimiento no tuviese un objetivo real.

Argumento de sentido comun que decide la cuestion áun antes de plantearla, por lo mismo que pone de manifiesto que de todas las hipótesis, es la más grosera el positivismo, por lo mismo que prescinde de la humanidad. No se olvide que toda ciencia que no pese los fenómenos morales al mismo tiempo que los hechos materiales, y que divida el mundo para tener un fundamento que le sirva para negar aquello que no quiera ver, solo encontrará ridículas mistificaciones en el fondo de sus falsificados crisoles.

Para comunicar á semejantes aserciones la solidez de un verdadero principio, vamos á verificar las premisas, y á examinar si es cierto que existe en la naturaleza el sentimiento y la necesidad de la fé, siquiera para ello, si nos es lícito expresarnos de esta suerte, debamos profundizar los cimientos hasta dar con la roca granítica. Esta cuestion es al par preliminar y perentoria; pues del mismo

modo que el sentido de la vista supone la luz y recíprocamente de manera que la una de sus obras maestras careceria de razon de ser sin la otra; de la propia suerte el sentimiento de la fé en nosotros, supone fuera de nosotros el objeto de la fé. Y así como el ojo humano prueba la existencia del sol, cuyos rayos le hieren, puede decirse que nuestra necesidad de creer en Dios, atestigua la existencia de Dios. De manera que, sentadas estas premisas, puede deducirse esta consecuencia: suprímase á Dios y el hombre es el sér mas inexplicable de la creacion. Fijemos nuestra atencion en nuestros movimientos más expontáneos, y obtendrémos inmediatamente estas dos verdades iniciales: 1.° Creer, es una ley esencial de nuestra naturaleza en general. 2.° Creer, es una necesidad de cada una de nuestras facultades en particular.

I.

Creer, no es en manera alguna afirmar un sistema cualquiera, sino adherirse á dogmas sobrenaturales verdaderos ó falsos. En este sentido puede decirse, que la necesidad de creer es una verdad de sentido comun que se prueba principalmente por su evidencia. La fé es en tal manera una verdad de nuestro sér, responde de tal modo á una inclinacion de nuestra alma, que el hombre ha sido definido un animal religioso. Por consiguiente, desde el punto y hora en que rechaza esta porcion integrante de su personalidad moral, la fé se coloca en una situacion contraria á la naturaleza, y pretendiendo elevarse, se mutila, se empequeñece. El Indio, prosternado ante Brahama, no está tan opuesto á las leyes esenciales del órden, como el racionalista colocado en esa situacion anormal, entre la animalidad religiosa y la que no puede serlo, la que rechaza serlo.

La fé, pues, en lugar de reducir nuestra naturaleza, la completa, confirmando esta verdad los axiomas populares, que son la más elevada expresion del sentido comun. El hombre considerado *sin fé y sin ley*, se juzgará siempre como ejemplar degenerado de la especie, y en la opinion del mundo el apodo de incrédulo será siempre la mayor injuria que pueda dirigirse á un hombre. De manera, que hasta las lenguas salen en favor y defensa de la verdad, áun despues de haber los hombres apostatado de ella. Por consiguiente, los pensadores que tanto hablan de la necesidad de comprender, deberian conceder la parte correspondiente á la necesidad de creer. Esta necesidad es uno de nuestros sentimientos más indispensables: puede desviarse; pero es imposible que pueda perecer, y si la fé es libre, en el sentido de que cada cual elige la que más le conviene; no lo es ménos en el sentido de que el hombre no puede prescindir enteramente de ella, sopena de declararse la guerra á sí mismo.

No ignoramos, nó, las extrañas vicisitudes porque pasan las almas. Hay horas de vértigo en las cuales se considera no solo posible, sino hasta cómodo prescindir de Dios. Mas esto constituye la apariencia de la vida, no la vida misma. El blasfemo que ve seducciones en la epicúrea embriaguez de la prosperidad, y amargas voluptuosidades en la desesperacion, es desconocido por el alma que entra de nuevo en posesion de sí misma. La hora de la desgracia, en particular, es casi siempre santa para el hombre. Derramando lágrimas sobre una tumba, dificilmente es incrédulo, y este grito en que suele prorumpir en medio de su amargura: ¡Oh Dios mio, Dios mio! es un acto de fé arrancado á la naturaleza por el dolor, contra el cual es imposible que pueda prevalecer materialista alguno.

Mas, esta invencible inclinacion de nuestra alma hácia la fé, ¿de dónde procede? Procede de que la fé, segun distinguidos naturalistas, es el rasgo característico de nuestra especie (1). Lo que distingue al hombre de los animales, dicen, no es la razon, ni la perfectibilidad, ni el lenguaje; pues animales existen en los cuales se hallan informes rudimentos de semejantes condiciones: de manera que, bajo este punto de vista, la diferencia entre ellos y nosotros estriba en el más ó el ménos de tales perfecciones, no en una perfeccion ménos ó en una perfeccion más. En cambio la facultad religiosa ó la religiosidad, constituye la nobleza especial y exclusiva de la humanidad. Y es tan especial y exclusiva, que no existe raza alguna, por más degradada que esté, que de ella no se halle dotada, ni animal por más perfecto que sea, que de ella no esté desprovisto. Por consiguiente, equivocáronse de medio á medio los que juzgaron simplemente como una rama del reino animal á la descendencia de Adan. Lo que caracteriza al animal consiste en que es gobernado por la materia, en tanto que el hombre la gobierna á ella. El animal, dice Platon, es un cuerpo que tiene un alma: el hombre es un alma que tiene un cuerpo. Así es que el hombre domina todo el resto de la creacion desde una altura inconmensurable, y por la prerogativa excepcional únicamente á él concedida, de conocer á Dios y adorarle, constituye un reino verdaderamente escepcional.

Confieso que no tenia necesidad de semejante demostracion para reducir á su justo valor la hipótesis, ó mejor, demos á las cosas el nombre que merecen, la impertinencia anti-científica, y anti-humana que hace descender nuestra raza de los mamíferos quadrumanos del centro del Asia. De todos modos gracias sean dadas, en nombre de Dios y en el de los hombres, á la ciencia antropológica por sus conclusiones que redundan en mayor honra y gloria de nuestro orígen.

El hombre establece indudablemente su supremacía sobre el reino animal cuando dice: Yo pienso; por consiguiente en tanto los oranguta-

(1) *Unidad de la especie humana*, por Quatrefages.

nes no hayan compuesto su Iliada, y pronunciado sus Discursos sobre el Método, y fundado en medio de los bosques sus escuelas Normales, tengo para mí que no hay inconveniente en rechazarlos en el concepto de progenitores. El hombre afirma indudablemente su superioridad cuando dice: Soy perfectible, nosotros progresamos constantemente al paso que los monos del tiempo de Faramundo alcanzaban idénticos grados de civilizacion que los de nuestros dias. El hombre prueba indudablemente tambien la preeminencia de su orígen cuando dice: Yo hablo, yo escribo: y de seguro ha de transcurrir mucho tiempo antes de que los héroes de la Fontaine nos reunan en la Sorbona para darnos lecciones de elocuencia. Por último el hombre afirma y prueba sus incomparables ventajas cuando dice: Soy bimano y bípedo, y ando con el rostro levantado y mirando al cielo; los gibones que se le oponen, hechos para mirar al suelo, y para encaramarse, difícilmente se sostienen sobre sus pretendidos piés, al paso que el hombre no se vería completamente apurado para marchar sobre sus manos. Existen sin embargo naturalistas quisquillosos, que, siquiera en reducida escala, pretenden distinguir en el animal, la inteligencia, el amor, la estructura y hasta la moralidad propias del hombre. Pero cuando el hombre se levanta en medio de la naturaleza exclamando: *Creo en Dios Padre*, todos los animales se separan para saludarle respetuosamente. Porque los animales cómo los mundos, obedecen á Dios sin conocerle; y cuando el hombre se humilla ante el Criador, es cuando más se muestra el rey de la creacion (1).

En vista de esto, no queda á la ciencia más arbitrio que rectificar sus cuadros de historia natural, ni más partido á Linneo que introducir una modificacion en sus clasificaciones. Los cuerpos terrestres, no se reducen á los minerales que crecen (2), á los vegetales que crecen y viven, y á los animales que crecen, viven y sienten: hay además los hombres, que crecen, viven y sienten como los animales, y creen y adoran como jamás creerán y adorarán los animales!

De aquí puede deducirse todo lo que tiene de criminal y absurda la loca pretension de privar á la humanidad del sentimiento religioso, bajo el supuesto de que constituye una debilidad que nos pondria por debajo del nivel de nuestros predecesores los gorilas, entre los cuales no se ha observado, hasta el presente, indicio alguno de tal estado morboso! ¿Se ha pensado bien en ello? Aquí no se trata de corregir á la humanidad de un defecto insignificante, sino de refundirla, de hacerla completamente nueva. El poeta de la

---

(1) Para el estudio de esta cuestion véase el tomo II, en cuyo capítulo *Antropología ó constitucion del hombre*, se halla tratada científicamente.

(2) Así lo creen algunos geólogos.

negacion sensualista, el Tirteo del escepticismo contemporáneo lo ha dicho.

Pasar como un rebaño, puesta en tierra la mirada
Y maldecir de lo demás... ¿Es esto ser feliz?
Nó, es dejar de ser hombre (1).

Tal es la verdad, y no en sentido metafórico; sino bajo el más absoluto rigor científico. Pidiendo perdon al orgullo del espíritu, no puedo ménos que decir, que el rasgo distintivo de lo que fué llamado *mundo hominal*, no tanto es el talento como la fé, y M. de Quatrefages que osó arriesgar ese neologismo de clasificacion, frente á frente con la antropología materialista obtendrá de la misma más negativas que refutaciones.

De aquí que no me sorprenda que Plutarco juzgara más fácil fundar una ciudad sin suelo donde establecerla, que una sociedad sin religion y sin altares. Pero en cambio prodúceme indecible sorpresa el que se hable de lanzarnos de nuestras catedrales para enviarnos de nuevo al vasto templo de la naturaleza! Los verdaderos templos de la naturaleza son aquellos de los cuales la naturaleza jamás ha podido prescindir. La humanidad levanta sus templos del mismo modo que las abejas labran su panal, con la conciencia y además con la razon (2).

Y esta necesidad innata, instintiva de adoracion, debe parecernos tanto más profunda, cuánto más difícil de explicar. Por lo mismo que es esencialmente espiritual y se dirige á lo invisible, parece que las barreras del mundo sensible al aprisionarla, acabarían por sofocarla. Las pasiones en vez de alimentarla la espantan: hasta los mismos explendores de la creacion tienden á detenerla, absorviéndola en provecho propio; mas en vano, pues el sentimiento religioso admira la creacion y pasa más allá.

No de otra suerte los chapiteles de nuestras catedrales, se elevan por encima de las cúpulas de nuestros teatros, de nuestras bolsas y de nuestras academias: no de otro modo la necesidad de fé, domina á la humanidad, y no la dominan la necesidad de placeres, de riquezas y de saber. Y téngase en cuenta que bajo una ú otra forma, constituirá siempre la más noble é inextinguible de sus pasiones. Hasta las mismas falsas religiones deponen en favor de esta verdad, puesto que si bien son falsas con relacion á la verdadera, son verdaderas en el concepto de que ponen de manifiesto á la naturaleza privada de la divina revelacion, amparándose del oprobio de la supersticion, para librarse del tormento de la incredu-

---

(1) A. de Muset.—*Esperanza en Dios.*
(2) M. Aug. Nicolas: *El arte de creer.*

lidad. La irreligion absoluta es una quimera monstruosa que pueden acariciar los cérebros enfermos; pero que rechazarán constantemente los pueblos sanos en el sentido intelectual y moral. Un linage humano sin creencias es una cosa tan incomprensible como un linage humano sin ideas y sin amor: esta conclusion tiene más alcance del que á primera vista parece, porque la prueba más patente de que Dios no es una ilusion que la humanidad se ha forjado, la tenemos en que es absolutamente imposible arrancársela.

II.

Reconocida la necesidad de creer, como ley de la naturaleza, para establecer mejor esta verdad, hagamos aplicacion detallada á la naturaleza inteligente, á la naturaleza amante, á la naturaleza perfectible y á la naturaleza moral del hombre, de manera, que si interrogadas esas cuatro facultades contestan acordes á la tésis que dejamos sentada, podrémos sostener que la palabra *Creo*, léjos de ser una débilidad de los espiritus enfermos, constituye la expresion de una aspiracion inextinguible en la tierra, y que el que no la pronuncia, se coloca en oposicion con la humanidad y consigo mismo.

Las creencias, consideradas generalmente como un yugo, ¿no constituyen un beneficio para el pensamiento? Habiéndose con razon definido el hombre un sér enseñado, es indispensable que para llegar á distinguir, empieze por creer. Esto es cierto así en el órden de los conocimientos naturales cómo en el órden de la fé. Aquel que rehusara su adhesion á toda enseñanza natural, se veria condenado á la ignorancia, del mismo modo que el que no quiera creer en los dógmas sobrenaturales se verá castigado por la duda. ¡La duda! Situacion dolorosa para el espíritu, por lo mismo que es anormal. Y sin embargo éste es el nivel más elevado á que puede ascender la opinion antireligiosa, puesto que por más que haga, jamás podrá el incrédulo llegar á la certeza contra la fé. Todo aquel que se encuentra con un aserto tan autorizado como el que sostiene; pero opuesto al suyo, no puede en manera alguna adherirse razonablemente al suyo sin temor. Así como dos fuerzas iguales, obrando en opuestos sentidos, se neutralizan, dos afirmaciones equivalentes y contradictorias se resuelven en ese resultado negativo; en ese cero de la conviccion, que se conoce con el nombre de duda. Coloquemos, pues al libre pensador, no ante una autoridad que contrabalancee la suya, sinó ante el cristianismo entero, con sus diez y ocho siglos de propaganda, con sus hombres de génio, con sus legiones de sacerdotes, con sus beneficios, sus monumentos, sus incalculables falanges de

vivos y de muertos, y convengamos en que para rechazar sin vacilacion este testimonio inmenso, tendrá que adjudicarse á sí mismo un acto de fé mucho más difícil que aquel que niega al Evangelio.

Por consiguiente la negacion no puede producirse bajo la forma dogmática, por lo mismo que, sea el que quiera el orígen de dónde proceda, se resuelve siempre en el escepticismo. La historia nos da de ello una elocuente confirmacion, harto conocida para que pretenda dársela como nueva al lector.

Preguntado Juan Jacobo Rousseau qué debia pensarse de las sanciones eternas, contestó: Lo ignoro. No faltó quien pretendiera haber alcanzado la certidumbre respecto de semejante creencia, y Diderot le dijo: Lo dudo. Por último, en presencia de Voltaire hubo quien se jactara de haber demostrado su falsedad, y Voltaire exclamó: Gran dicha es la vuestra: lo que es yo no he llegado tan léjos. De manera pues que el punto culminante de las opiniones contrarias á la fé, se reduce á ¡Un quién sabe! ¿Y se pretende levantar sobre tan espantoso vacío el edificio de los destinos humanos? Semejante proceder equivaldría á lanzar enormes mentís á la naturaleza humana, y á empujarla al crímen por el camino de la desesperacion.

¡Quién es capaz de pintar las angustias de un mortal avanzando al través de los tiempos, viendo delante formidables tinieblas, dejando tinieblas formidables á su espalda, con grave peligro de verse precipitado en insondables abismos á impulsos de un acceso de fiebre, ó por resultado de una congestion! ¡Que martirio el de un sér ávido de conocimientos, que levanta los velos trás los cuales el porvenir se mantiene oculto, que contempla hasta el fondo de los sepulcros, que llama á las puertas de todas las escuelas para interrogar á los oráculos, y que rendido de cansancio, jadeante regresa al fondo de su alma sin llevarle más soluciones que un ¡quién sabe! Vuelvo á preguntarlo, ¿lo que de tal modo reduce la humanidad á tal extremo, puede constituir elemento de su naturaleza?

Para fortalecer la prueba no tenemos que hacer más que volver al revés la hipótesis. ¡Qué dulce bienhestar, qué plácida satisfaccion la del alma, el dia en que trás luengas peregrinaciones en el campo de la falsedad, pisa los linderos del palacio donde mora la verdad perdida y prorumpe en esta palabra santa: ¡Creo! Sí, creo, es decir: mi vida y mi muerte no son un misterio, ni mis dolores la injusticia de una fatalidad sin entrañas. Creo y por consiguiente en lo sucesivo no me perderé en preguntas sin respuesta, cuando la conciencia en las horas de la reflexion me pregunte: *¿Dónde está tu Dios?* Creo y por lo tanto puedo dormir tranquilo, porque existe una Providencia que vela por mí, y puedo aventurarme sin temor en el camino de lo porvenir, porque distingo á su término á un Padre cariñoso que me tiende los brazos para recibirme al otro lado de la tumba. Creo y la vida me parece carga ligera, y el mundo comple-

tamente bello, y este valle de lágrimas mansion explendente de celestes claridades! Nada puede igualar la felicidad de ese pobre ciego que, resintiéndose áun de las caidas que en su viage ha experimentado, descansa como San Juan sobre el seno de la Verdad, y encierra todas las certezas necesarias al descanso de la vida en esta sola palabra: Creo.

Y á esta necesidad, á esta aspiracion de la naturaleza inteligente ¿qué contesta la negacion? La Alemania que se conceptua una especialidad en materia de descubrimientos, ha imaginado un tipo de grandeza y de felicidad intelectuales que oponer al precedente, tipo que ha designado con el nombre, tan bárbaro cómo la misma cosa, de *el dudador perpétuo!* El dudador perpétuo es un dilettante de blasfemia, un apasionado de lo irresoluble por el simple pensamiento, un sofista trascendental, en suma, un corruptor de las inteligencias.

Digámoslo de una vez para siempre: tenemos en más la potencia que la seguridad del génio aleman. El por su parte tiene en muy poco el buen sentido francés para que este se halle muy obligado á la reciprocidad. Hace poco tiempo que un profesor de Goetinga, compadecido de que Francia perdiese lastimosamente el tiempo, tal era por lo ménos su opinion, en ensayos de obras científicas, le aconsejaba que no se moviera de su aptitud natural, consistente en dar el tono al mundo en lo que concierne á cuestiones de moda. Cierto que somos los principales iniciadores en cuanto á la moda se refiere, sea el que quiera el género á que la moda pertenezca, circunstancia de gran provecho para los soñadores de la Germania, que de este modo pueden vulgarizar muchos sistemas extravagantes. De seguro no habrian atravesado tales concepciones las densas nieblas del Rhin, si nosotros no las hubiésemos dispensado el honor de explicarlas á la Europa traducidas al francés.

Quién sin nosotros sabría, *lo que Berlin ha soñado!*

Cierro aquí este paréntesis y sigo. El dudador perpétuo podrá inventar á su sabor nuevas maneras de oscurecer el sol; pero por más que haga, no logrará producir una nueva humanidad. Si el hombre depravado por el Kantismo y por el Hegelianismo, cual los héroes de Ossian, se goza encerrándose en los palacios de flotantes brumas, el hombre, creado por Dios, ha menester descansar sus piés en la tierra firme. Si aquel se complace meciéndose en eterna duda y diciendo: Busco; el otro siente necesidad de marchar sobre un terreno seguro diciendo: Creo; y cuando se presenta la duda, que es la inmovilidad del espíritu, como un estado de progreso y un movimiento de avance, no podemos admitirlo como prueba en favor de que se adelante en su marcha á la humanidad: juzgamos más bien que los que de tal suerte proceden, imaginan hallarse delante de

ella por la razon sencilla de que al quedar rezagados le han vuelto la espalda.

Al llegar á este punto dejo á la decision de la conciencia la cuestion oscurecida por los manejos de la sofística. Es indudable que el hombre que no cree en una religion, sólo cree en sí mismo ó en las autoridades á que se somete. Ahora bien: siendo como son débiles el *yo* y las autoridades que se asigna, sólo pueden alcanzar de la razon adhesiones dudosas, por lo mismo que sólo la infalibilidad inspira y guia la certeza. ¿Qué puede acontecer y acontece pues á los libre pensadores que ignoran esta ley? La humillacion de tener un símbolo religioso más variable que sus opiniones políticas, y de vagar sin trégua ni dignidad sobre las alas de un pietismo nómada, que por la mañana descansa en la afirmacion y en la negacion por la tarde, convirtiendo en judíos errantes del progreso indefinido á cuantos espíritus lleva á remolque. Ahora bien: así como la marcha á un fin determinado es razonable, la que no tiene término propuesto constituye un movimiento desordenado. Acontece con el espíritu del hombre lo que con el hombre mismo: los viajes le distraen y le enseñan: el vagar á la ventura le desmoraliza y hace desgraciado.

La facultad volitiva, cómo la precedente, exige de nosotros las satisfacciones, por no decir el complemento de la fé. Limitado el hombre por sus pensamientos, es en sus aspiraciones infinito; de donde se sigue que si abandona la religion por un sistema, abarca un objeto limitado, es decir dicho sistema, con un sentimiento que no lo es. De aquí una ruptura en el equilibrio de su alma, y un seguro malestar. Mucho se habla de la dificultad de creer: ¿Qué es sin embargo comparada con la de no creer? La incredulidad, segun dejamos dicho, es el pensamiento vacío de lo divino, es decir, el vacío que más horror inspira á la naturaleza. El hombre que en tal estado se halla, tiene indispensablemente abierta en su corazon una profunda herida, que nada limitado puede cicatrizar, y avanza por el camino de la vida á la manera de los réprobos, es decir, herido por una desgracia tan grande como el Dios que ha perdido! Podrá afrontarse esa ley; pero es absolutamente imposible sustraerse á ella: tanto es así, que en los siguientes acentos al uso moderno, más vemos un grito de la naturaleza que un simple arranque poético.

..... A mi pesar me inquieta lo infinito,
y cuando á él mi espíritu se lanza
entre la duda cruel y la esperanza
vacilante yo siento que me agito.
Y mi razon se espanta, y le da enojos
sentirse ante él estéril ó impotente
y verle escapar siempre de la mente
y no apartarse nunca de los ojos (1).

---

(1) A de Muset. *Ibid.* (Esta traduccion es debida á D. J. M. B.)

¿Qué falta á esas víctimas del escepticismo para que cesen los dolores que les causa el *tormento de lo infinito?* Creer lo que vislumbran y no pueden comprender. La fé, por lo que á la inteligencia se refiere, consiste en abarcar, en tomar posesion de lo infinito: mediante ella lo hacemos penetrar en nuestro pensamiento, del mismo modo que Dios lo ha puesto en nuestros corazones, y el establecimiento de este equilibrio, léjos de violentarnos nos proporciona una verdadera felicidad.

No lo olvidemos pues: la razon más poderosa, no basta al corazon ménos exigente, porqué la esfera de la razon es limitada, en tanto que la del corazon carece de límites. En nuestras crencias necesitamos perspectivas tan inmensas como nuestros deseos, sopena de vivir en contradiccion con nosotros mismos: solo la fé puede establecer esta proporcion. Por consiguiente, los que la juzgan como un límite, son unos verdaderos insensatos, porqué lo único á que pone límites es á nuestras pasiones; pero en cambio dilata los horizontes sobre los cuales fija la mirada nuestro corazon. Si la razon es la mirada natural del espíritu, la fé es el cristal telescópico que aumenta su potencia: con justo motivo se le ha llamado pues *una prolongacion de la vista.*

Ahora bien, este aumento, igualando el alcance de nuestras afirmaciones especulativas al de nuestras intuiciones de sentimientos; nuestra respiracion moral á nuestras aspiraciones, coordina en nuestro interior lo que la duda pone en desacuerdo, y nos proporciona un grato bienestar, en tanto que el estado opuesto nos coloca en la situacion más dolorosa. ¡Consoladora economía, que han podido experimentar en repetidas ocasiones aquellos que tienen tanta facilidad en amar como dificultad en creer! El escéptico que no ha experimentado jamás este fenómeno, ha contemplado los cielos... y no se ha encontrado á si mismo.

Hé ahí pues la condicion del órden en mi alma. Así como amo mucho más de lo que puedo expresar, y espero más de lo que puedo tener, ó debo creer más de lo que puedo comprender, ó mi vision no está en correspondencia con mis demás facultades. Por consiguiente, existiendo en nosotros el sentimiento de la fé, todo lo que se encamine á destruir su objeto, tuerce la inclinacion de la naturaleza, y reemplaza con un dolor el ejercicio de una facultad. ¿Porqué razon los herejes y los paganos apénas se convierten, en tanto que los filósofos se retractan fácilmente? Porqué los herejes, y hasta los mismos infieles, tienen creencias sobrenaturales, y si bien se hallan fuera de la verdad, no están fuera de la naturaleza; pero el filósofo por el contrario, es una insurreccion contra la naturaleza y contra la verdad, y lleva dentro de sí una aspiracion jamás satisfecha, que siendo la enfermedad de la falta de Dios, sólo puede ser curada por medio de la reaparicion de Dios en sus ideas. Las lamentaciones de los grandes escépticos desde Byron á Alfredo de Muset y desde

Rousseau á Jouffroy, constituyen una bella demostracion de esta verdad, para aquellos que buscan la verdad con la mano puesta sobre el corazon.

He nombrado á Jouffroy, y no quiero pasar adelante sin detenerme, siquiera por un momento, en la contemplacion de esa figura melancólica, ya que de tal contemplacion podrémos deducir que nada prueba mejor la necesidad de creer que la desgracia de no creer. ¡Cuán conmovedora es la página en que ese filósofo refiere el término casi trágico de su fé religiosa! Era una fria noche de diciembre: despues de un largo trabajo preparatorio, iba por último á pronunciar su postrer palabra sobre las cosas divinas. La negacion, como una especie de creciente marea, iba invadiendo paulatinamente sus más profundas convicciones. Al cabo de poco tiempo, creencias, tradiciones de familia, recuerdos de la infancia, toda su primera vida, en una palabra, habia desaparecido sumergida bajo el oleage devorador, y cuando nada quedó en este pensamiento devastado; cuando á las tres de la madrugada, rendido de fatiga, arrojóse sobre el lecho, parecióle, dice, que *penetraba en una nueva existencia sombría y desierta*, y, añade estas profundas palabras: *Era incrédulo y maldecia la incredulidad*. Sublime protesta de la naturaleza contra las apostasias de la razon. Y ahora pregunto: ¿porque motivo la irreligion de Jouffroy ha venido á ser un espectáculo casi religioso? ¿Porque este hombre ha pasado como uno de esos culpables sagrados de que nos habla la antigüedad; como una especie de Edipo en Colonna de la incredulidad? Porque en su desgracia lleva el correctivo de su rebelion y sus inconsolables tristezas moralizan su negacion, atestiguando que si el hombre tiene libertad para no creer, la incredulidad puede llevarle á morir desesperado.

En presencia de tales ruinas, que deberémos pensar de ese estoicismo desnaturalizado de la negacion, que consiste *en saber prescindir de las esperanzas?* Hánse presentado ciertos Catones del libre pensamiento acusándonos de administrar á la humanidad cloroformo en vez de luz, diciéndonos modestamente: Vosotros sois el consuelo: nosotros somos la verdad, ¿Ellos la verdad? Esta es la cuestion. ¿Conque fundamento proceden prejuzgándola y resolviéndola en su favor? Que nosotros somos el consuelo: Es esa una inmensa presuncion en favor nuestro, y nos sorprende que no la hayan comprendido. Podrán insultarse las necesidades del alma; pero téngase en cuenta que por más que se haga, será imposible vencerlas: y áun suponiendo que todas las cosas fuesen iguales, siempre será preferible á la que la sume en la desesperacion, la doctrina que lleva consuelos á la humanidad. El sello de nuestra verdad, decia Montaigne, consiste en que nos comunica virtud (1): otro sello no ménos positivo, lo tenemos en que nos comunica reposo. La virtud, es

(1) *Ensayos* libro II, cap. 12.

en nosotros la señal del órden moral: el reposo, el indicio del órden material: dos fundamentos de la verdad sobre los cuales descansa la naturaleza, y que no pueden ser destruidos sin que al propio tiempo se la destruya.

Creer es tambien una necesidad de lo que llamaré nuestra facultad progresiva, es decir nuestra perfectibilidad. Estraña confusion de ideas la que considera la fé una especie de petrificacion intelectual! No es cierto que la razon de los creyentes se halle trocada en estátua, como la mujer de Loth, cuando se toma la libertad de mirar. Cierto que la fé sujeta el espíritu á un punto fijo; pero un punto fijo, colocado bajo los piés de un agente, no le reduce en manera alguna á la inmovilidad; sinó que por el contrario le sirve de apoyo indispensable para imprimir á sus movimientos direccion y fuerza. Dad á Arquimedes un punto de apoyo, y levantará el mundo; con el auxilio de un punto fijo el cristianismo lo ha renovado. Por lo demás la fé no tiene con mucho la fijeza de un valladar destinado á cortar el vuelo al espíritu humano; sino la de un terreno gratúitamente adelantado al talento, para que en él levante sus edificios. Señores y libres sobre ese suelo sagrado, arrojad atrevidamente vuestras concepciones más personales: el suelo será de Dios, la arquitectura será vuestra. Podría decirse tambien que el símbolo cristiano es un centro de gravedad en el mundo intelectual, como en nuestro sistema planetario lo es el Sol: cada cual de describir es libre en derredor de ese centro, órbitas reducidísimas como el catecismo, ó parábolas inmensas como la *Summa* de Sto. Tomás. Mas, porque exista regulado el movimiento, ha podido decirse jamás que en el espacio exista la inmovibilidad? Pues de la propia suerte la inmovilidad tampoco constituye la religion, siquiera dependa de ella; y áun debemos añadir que sin esta dependencia no hay progreso posible.

La fé produce desde luégo el progreso de la fecundidad. Monsieur d' Archiac, poco sospechoso de empirismo místico, conviene en ello: el materialismo solo produce esterilidad (1). Por el contrario: el cristianismo multiplica profusamente sus obras maestras intelectuales, como sus catedrales. Así tenemos que al paso que la incredulidad jamás ha podido fijar una tésis verdaderamente célebre, ó digna de serlo, pues Dios le ha negado la inmortalidad en estado de movimiento, la Verdad, desde la *Apologética*, hasta el *Discurso sobre la historia universal*, desde la *Ciudad de Dios*, hasta el *Genio del Cristianismo*, ha inspirado casi todas las obras consideradas como las columnas de Hércules del pensamiento humano. Y no hay para que sorprenderse: he hablado hace un instante de las gran-

(1) *Introd. al estudio de la Paleontologia estratigráfica.*

des catedrales: es muy natural que las catedrales de ideas, como las catedrales de piedra sean resultado de la fé. ¿Cual es el hombre de talento que por haber sido religioso ha tenido ménos? No se le hallará por más que se le busque. En cambio, ¡cuantos espíritus se han empobrecido, como el pródigo, gracias á la disipacion, y siéndo así que comenzaron produciendo grandes obras, bajo la disciplina de la fé, emancipados de ella, solo han logrado dar vida á miserables enjendros!

Léjos de mi la pretension de que para ser un génio sea indispensable ser creyente; mas prescindiendo de que el espíritu está más sujeto á la incredulidad que el génio, por lo mismo que no cuenta para sus obras con el sublime patron de lo infinito, no es cosa rara que pierda el génio al propio tiempo que la fé: y en tal caso nada más lamentable que el espectáculo de esas ruinas intelectuales; nada más instructivo que esos balbuceamientos del talento vuelto á la infancia á consecuencia de la rebelion, y condenado al oprobio de no poder pensar, en castigo de haber dejado de creer! Los hechos que en nuestro apoyo podríamos aducir son numerosos: callemos los nombres y divulguemos la cosa. Por consiguiente que no se nos venga con alabanzas del progreso por la negacion: la obra maestra del ateismo está por nacer: la nada trabajada por la inteligencia humana de mejores condiciones, jamás podrá producir otra cosa que la nada.

La fé es un medio de progreso porque fecunda el espíritu; pero tambien y principalmente porque lo desenvuelve. Singular inconsecuencia del racionalismo, hacer del hombre una inteligencia, que tiene simultáneamente el derecho de comprenderlo todo y el deber de progresar sin descanso! ¿Como es posible que pueda progresar en religion el dia en que todo lo haya comprendido? No cabe dudar que el término de su viaje, será para él la señal de una detencion eterna, y entónces se comprenderá la extraña contradiccion de un sér progresivo por naturaleza y estacionario por necesidad.

La fé resuelve esta dificultad, porque áun cuando sea invariable en su esencia, no es en manera alguna improgresiva ó estacionaria. Los cristianos no son términos ó piedras miliarias, en el dominio de las ideas. No hay más diferencia sinó que en tanto que el progreso filosófico es una especie de libertinaje intelectual que admite las ideas de hoy para repudiarlas mañana, el progreso en la fé constituye más bien una ascension que un cambio de direccion: de tal manera que sin suprimir el eje de sus pensamientos, el espíritu humano distingue mejor los contornos, y puede estenderse incesantemente en su descubrimiento, sin perder cosa alguna de su fijeza.

De esta suerte la revelacion se desenvuelve en lugar de modificarse. Cierto que en el centro de sus misterios, queda un núcleo, un santuario inpenetrable; pero Dios ha cuidado de dejar un vestíbulo transparente, una especie de atmósfera brillante, al rededor de es-

te punto obscuro, y cada cual puede establecerse en ella más cerca ó más léjos. Bossuet y san Agustin ocupan un lugar más adelantado que aquel en que se halla establecida la generalidad de los creyentes: los Ángeles preceden al génio: la Vírgen María á los Ángeles, y el hombre puede subir indefinidamente hácia esas cimas radiantes, aproximándose constantemente al foco ocupado por el pensamiento solitario de Dios. Hé ahí cuáles son para nuestro espíritu, las verdaderas condiciones del desenvolvimiento en la fé. Puede decirse de él, lo que del hombre han dicho los teólogos; esto es; que está en viage, *in via;* y esta marcha de una á otra claridad, que constituye ya nuestra felicidad en la tierra, constituirá tambien la ocupacion de nuestro paraíso eterno: *Ascendam de claritate in clarite* (1). ¿Puede imaginarse viage más bello que este, abierto á nuestras ambiciones de progreso?

Decia Lessing que si Dios se lo hubiese presentado llevando en una mano la verdad y en la otra la investigacion de la verdad, habria contestado á Dios: Guardad la verdad y dejadme el placer de buscarla. En materia de religion esta dicha solo puede poseerse mediante la condicion de creer: el que todo lo vé, no tiene necesidad de buscar cosa alguna. En cambio para nosotros, el mismo misterio constituye un incentivo para el descubrimiento y un incesante *ascende superius*, por lo mismo que todos los caminos que al mismo conducen, se hallan abiertos á nuestras investigaciones, áun en el caso de que su esencia permanezca incomprensible. Obreros del pensamiento, avancemos pues constantemente y no permanezcamos en el quietismo, en el letargo por la fé: los cristianos representan el movimiento perpétuo en la fé. Apártense otros si quieren del camino: por lo que á nosotros toca, proseguirémos nuestra marcha conquistadora al través de la region de las divinas revelaciones. Curiosos siempre; pero siempre adoradores; curiosos de lo que puede abarcar la mirada humana; pero al propio tiempo adoradores de las inescrutables profundidades de lo infinito.

Enhorabuena, se dirá, supongamos que la fé no sea la teoría de la inercia; pero nadie podrá negar que es por lo ménos la de la servidumbre intelectual, por lo mismo que el derecho de dudar, es una parte esencial de la libertad: la esclavitud, por más que pueda alcanzar los más bellos resultados, no deja de constituir un estado deshonroso. Tantos despropósitos como palabras. Lo que nos echais en cara, podríamos contestar al incrédulo, no constituye la servidumbre, sino la dependencia; ¿mas, con qué derecho pretendeis emanciparos de ésta, vosotros que, escepcion hecha, de la del espíritu, admitís todas las autoridades? Como nosotros os constituis en dependientes de las leyes morales en lo que atañe á vuestra sensibili-

---

(1) II Cor., 3-18.

dad: de los poderes gerárgicos, por lo que se refiere á vuestra voluntad: en todas vuestras facultades; en fin, de una regla que limita su ejercicio, ¿sólo vuestra razon es tan poderosa, que no ha menester la más insignificante salvaguardia? Vana utopia. La fé es la regla, la ley moral de vuestra inteligencia; por consiguiente no podeis rechazar un freno intelectual, sin afirmar al propio tiempo que no hay mal alguno en el órden del pensamiento, puesto que esto os llevará inmediatamente á negar el mal en el órden de las acciones. Cuando reivindicais la libertad ilimitada del espíritu, que tiene por corolario lógico la libertad ilimitada de la pasion, os constituís en falansterianos de la filosofía, y sin daros cuenta de ello, implícitamente pasais de la blasfemia á la inmoralidad.

Por lo demás, ¿ha faltado por ventura en tiempo alguno la libertad de exámen á los cristianos? ¿Nos hallamos acaso constituidos en dependencia sin haber convenido en ello? Oh, no. Cuando he constituido la fé, en gobernadora de mi espíritu, lo he hecho en virtud de un acto libre de mi libre razon, y cada uno de mis actos de fé, como funcion de un órden por mí mismo establecido, constituye indispensablemente un acto de mi libertad, de la propia manera que cuando hemos sancionado un poder por la fuerza de nuestros sufragios, confirmando por medio de la obediencia al mismo la obra de nuestra voluntad, manifestamos indirectamente la proclamacion de nuestra soberanía. Envanézcanse los que quieran con la triste gloria de libre pensadores: no les envidiamos, les compadecemos: nosotros tenemos en más estima la gloria de podernos proclamar pensadores libres! Pero entiéndase bien: libres, como todas las fuerzas bienhechoras de la creacion que se dejan dirigir. Una fuerza sometida á la ley, es la fecundidad y la vida: una fuerza sin ley es la destruccion y el cáos. Libres, pero no á la manera del rio que saliendo de madre lleva la destruccion hasta dónde alcanza, sinó á la manera de aquellos que admiten diques para que, debidamente conducida la corriente, fertilice y derrame la abundancia dó quiera llegan sus aguas. Y hé ahí por que nuestra libertad en la fé, ha producido la civilizacion moderna, en tanto que la libertad sin la fé, nos amenaza con sumergirnos en una segunda barbárie.

Por último, la necesidad de creer es principalmente un resorte indispensable á nuestra naturaleza moral. No exageramos: la humanidad, ó mejor algunos hombres sin creencias religiosas son capaces de ciertas virtudes que podemos llamar naturales; pero por más que haga, jamás realizará todas las virtudes de que es capaz desprovisto de este apoyo y de este freno. Conozco los esfuerzos de cierta escuela para prescindir de Dios en el establecimiento de las costumbres, y para constituir la moral sobre la base de la justicia inmanente, de suerte que sea cosa hacedera la santidad compatible con el ateismo. Sueño impotente que juzgarémos más adelante: al

presente por toda refutacion, nos limitamos á decir que solo deseamos á los partidarios de la moral independiente, esposa, hijos y criados que la profesen.

Y se comprende sin gran esfuerzo. ¿A qué se reduce la incredulidad tomada en conjunto? Á la supresion de los dógmas: ahora bien, siendo al par los dógmas los motivos y las sanciones de la moral, desprovista ésta de las creencias que la engendran, conviértese en absurda crucifixion, en convencion tiránica y se anonada como un efecto sin causa. Consecuencia: que el vicio es el hijo legítimo de la blasfemia: la corrupcion no es más que la incredulidad aplicada, y dado que el incrédulo ofrezca un tanto de verdadera moralidad, ha de resultar precisamente de escaparse de la inmoralidad por medio de inconsecuencias generosas, y de que tenga sus propias opiniones en ménos estima que su persona. Y en efecto obrando así, es que piensa en que no podria proceder de otra manera sin deshonrarse, ya que al traducirse lógicamente en actos muchísimas de sus negaciones, caerian bajo el dominio de la policía correccional. No puede pues llamarse filosofía la profesion de unas doctrinas cuya práctica convertiria al hombre en malhechor.

A más de qué, ¿á qué se reduce la incredulidad considerada en detalle, es decir en sus diversos sistemas? Unas veces á la negacion del libre albedrío: otras á la negacion de toda diferencia entre el bien y el mal: ora á la legitimacion de la pasion: ora á su impunidad eterna y siempre á su responsabilidad despues de la muerte; es decir, el catecismo del crímen y la garantía de los criminales.

De suerte que la naturaleza libertada de la fé, sólo será capaz de virtudes fáciles y de una moralidad de convencion. Conozco las predilecciones del mundo en favor de los santos del calendario filosófico, precisamente porque no hacian la señal de la cruz; mas no se pierda de vista que tales santos, no fueron por lo comun, otra cosa más que héroes de teatro, que cubrieron con méritos populacheros humillantes bajezas: sus virtudes no eran más que una deslumbrante representacion, llevada á cabo sobre tablados corroidos por la podredumbre. Si la sociedad, harto exigente respecto de los santos verdaderos, se muestra con respecto á aquellos indulgente en demasía, proviene de que, discurriendo lógicamente, considera que en rigor debian haber muerto en presidio, puesto que no conducen á otro fin los principios que profesaron, y no puede ménos que mostrárseles agradecida por el mal que han dejado de hacer.

¿Quiere saberse, y por cierto de buena tinta, lo que en el órden moral puede esperarse de la naturaleza desprovista de creencias? Una noche que d' Alambert y Condorcet se divertian haciendo burla de Dios, Voltaire que se hallaba presente, dió órden á los criados que les servian en la mesa para que se retiraran, despues de lo cual dijo: «Ahora, señores, podeis continuar; si nuestros criados hubiesen comprendido cuanto acabais de decir, no me habria

sorprendido si esta noche me hubiesen asesinado.» Tal es la moralidad del blasfemo deducida con tanta gracia como buen sentido. Sosténganla los predicadores quiméricos de la teoría del bien por el bien, que se rebelan ante la idea de que puedan proponerse *intereses de ultra tumba para la práctica de la virtud*. Es imposible que exista para la humanidad ley alguna, el dia en que carezca de fé: sobre las ruinas de todos los dógmas, para castigar á los que hayan destruido los demás, solo quedará uno. El derecho del más fuerte.

Lo que constituye el prestigio de la negacion, consiste en que jamás se ha tomado en sério para someterla á la experimentacion. Siempre ha demolido: jamás ha edificado. Pero, imagínese por un momento que se trata de someterla á la prueba de las aplicaciones prácticas: que la Europa, convertida al racionalismo hasta en sus costumbres, sustituye á la caridad el *otroismo;* el positivismo, al Evangelio; á la divinidad de Cristo, la de la materia; en una palabra, que vive en conformidad á lo que cree, ó mejor á lo que no cree, y la Europa veria tan terriblemente castigada su apostasía, por sus crímenes y por sus dolores, que este momento del abandono de Dios en nuestra historia, constituiria el espanto de las generaciones venideras.

De lo dicho se desprende, pues, que verdadera ó falsa, el hombre ha menester una fé religiosa; y que cree, espera y ama en virtud de una inclinacion irresistible de su propia naturaleza. Así se explica cómo á pesar de tantas pasiones conjuradas contra nosotros, es tan difícil acabar con nosotros. Como nosotros representamos á Dios y á la naturaleza, dos poderes que no mueren nunca, llevarémos al sepulcro á muchos de nuestros adversarios que pretenden acabar con nosotros. No me hago ilusiones halagüeñas respecto de nuestra época, y harto se me alcanza del trabajo de desmoralizacion que se está realizando, para que pueda permanecer tranquilo; pero no cabe dudar, en cambio, que si las masas son más incrédulas que hace cien años, las clases elevadas tienen más fé. Ahora bien: en el órden social, como en la creacion material, la Providencia coloca los para-rayos en las alturas. Antes del 89, las alturas eran las que se hallaban invadidas por el mal, y esto explica que no pudieran conjurarse las tempestades del 93. Á Dios gracias hoy los peligros son menores.

Pero aún tomando el asunto bajo el peor punto de vista; si una catástrofe á esta parecida viniera á dar la razon á los temores de los pusilánimes y á las esperanzas de los enemigos, ¿podria el génio del mal sentarse con orgullo sobre las amontonadas ruinas de nuestros tabernáculos, y gritar como el lictor de la antigüedad: Todo acabó, *actum est*? Nó, para nosotros, en el instante en que todo concluye, debe empezarse de nuevo. Todo habia acabado en la antigua Roma, cuando Tácito exclamaba *Christiano nomine deleto*, y sin em-

bargo, de la tumba de las víctimas brotó una generacion espontánea de cristianos. Todo habia concluido en Nangasaki cuando el tirano Taïcosama trató de anegar en sangre cristiana la Iglesia del Japon, y al cabo de doscientos años, de las catacumbas de ese país, salian más fieles de los que sus cárceles podian contener. Todo habia acabado en Africa despues del paso de los Moros, y esta Iglesia vió reverdecer las palmas de sus mártires. Todo parecia terminado entre nosotros despues de las saturnales de la diosa Razon, y sin embargo, nadie lo habria dicho contemplando las últimas fiestas celebradas en Roma. Sí, áun cuando merced á un cataclismo social, sufriera nuestra Iglesia la suerte que un dia experimentaron Pompeya y Herculano, no habria acabado todo. La Iglesia se parece á esas plantas que florecen preferentemente entre ruinas, y el uso que la Francia hará de estas en lo porvenir, consistirá en levantar un templo para cantar en él el *Credo* de su bautismo. Podrá olvidarse. durante algun tiempo, de recitar dicho *Credo;* pero sus palabras jamás las olvidará, porque es tan incapaz de faltar á la palabra que tiene empeñada á Dios, como á su palabra de honor. Por lo demás, todavía tengo una garantía más positiva respecto de la esperanza de que la fidelidad de Francia es el testimonio de la naturaleza: si, al decir de los incrédulos, Dios empleó millones de siglos para hacer el hombre, necesitaria de seguro muchos más para volverlo á hacer.

CAPÍTULO II.

Conciliacion de esta ley con la dificultad de creer.

Bossuet ha dicho: «La naturaleza humana conoce á Dios: esta sola palabra basta para colocar á los animales hasta el infinito por debajo de él (1).» Esta verdad, que habia sido enunciada antes por Ciceron, habia pertenecido hasta nuestros dias al dominio religioso y filosófico. Al presente, M. de Quatrefages la ha elevado, segun dejamos expuesto, á la naturaleza de demostracion científica. La religiosidad es el carácter distintivo de nuestra raza, dice, y establece una demarcacion terminante entre nosotros y los animales. Por consiguiente, este atributo especial hace de nosotros una categoría, un reino aparte, en el cual, colocado el hombre en el puesto de honor que le señaló el Creador, semeja, segun una célebre expresion, un ángel empequeñecido, más bien que un animal desarrollado. Pero la religiosidad crea en nosotros la necesidad de creer que se hace sentir en cuatro focos principales de nuestra alma: la inteligencia, el amor, la perfectibilidad y la moralidad. Cada una de estas facultades, atentamente observadas, rinde un testimonio fehaciente á la verdad de esta ley. Prueba concluyente de que el hombre no es un Dios, la tenemos en que necesita adorar á otro: prueba, sobre todo, de que no es un simple animal, lo vemos en que está plenamente demostrado que desde el insecto más insignificante, hasta el mono antropomorfo, no hay animal alguno que sienta la necesidad de adorar.

Al establecer esta verdad, ¿habríamos acaso suscitado una objecion? La dificultad de creer constituye en nosotros un hecho innato y persistente, como lo es la necesidad de creer: ¿cómo puede consignarse la autoridad de lo primero, sin contar con lo segundo? Nos hallamos tanto más dispuestos, en cuanto este estado es doloroso de suyo, y entre todos los ciegos, ninguno más digno de compasion que el que no ve á Dios. Nada existe más lleno de desen-

---

(1) *Del conocimiento de Dios y de sí mismo*, cap. 5.

canto, que los pensamientos de un alma desamparada que lleva simultáneamente en sí misma toda la fé que ha menester para ponerse á cubierto de la incredulidad, y toda la incredulidad necesaria para ponerse á cubierto de la fé! La tentacion de la duda es la más cruel por lo mismo que obstruye las fuentes de la fuerza sobrenatural á las cuales acuden en busca de socorro las demás tentaciones.

Sin embargo, por lo que se refiere á la facultad de creer, conviene establecerse de manera que pueda contarse con sentimientos independientes de toda convencion. Desde luégo, piedad, mucha piedad para la duda, siempre y cuando constituya un sufrimiento, no un modo de ser; una enfermedad, no la elegancia de ciertos espíritus ligeros que no se preocupan poco ni mucho de la posibilidad de ser aplastados bajo el peso de sus problemas. Mi corazon ha latido á impulsos de la simpatía arrancada por los gritos desgarradores de Werther, de Childe-Harold y de otros tipos atormentados por la incredulidad. Debo confesar, sin embargo, que mi razon ha reaccionado inmediatamente sobre el sentimiento, no solo porque la poesía de semejante desolacion me ha parecido mal sana, sinó tambien porque he creido descubrir en esos séres, presa de la desolacion, algo parecido á los niños llorones, que esfuerzan sus lloriques para que se les atienda. No hay comedia más ridícula que la de las lágrimas.

Líbreme el cielo, sin embargo, de faltar á los deberes de la caridad respecto de las víctimas de tal infortunio! El hombre que ha perdido á su Dios, y que me suplica que se lo devuelva, es de todos cuantos desgraciados existen el que más profundamente me conmueve. Por lo mismo que comprendo toda la intensidad de su dolencia, hago cuanto puedo para no agravársela. Léjos de mí esa apologética restringida, que no acertando á distinguir en sus adversarios más que gentes de mala fé ó de costumbres perniciosas, no quiere tomarse la pena de fijar en ellos la atencion, por considerar que creerán cuando de ello sean dignos. En el abuso de semejante proceder, puede entrar por más la ignorancia que el orgullo. Despues de haber tratado las inteligencias que padecen en los libros y en la vida, he sentido que de este comercio brotaba en mi alma, una conmiseracion inmensa respecto de ellas, y de este sentimiento nace mi confianza al abordarlas. Compadecerlas equivale á comprenderlas, y comprenderlas, ¿no constituye la fundada esperanza de ser comprendido?

Estudiemos pues con verdadero deseo de acierto y sin determinacion preconcebida esta cuestion capital: ¿De dónde procede la dificultad de creer, y como puede consistir y armonizarse con la necesidad de creer? La cuestion será más explícitamente resuelta cuando nos ocupemos detenidamente en el estudio de las fuentes de la incredulidad; mas en tanto que este momento llega, es indispensable que fijemos los puntos de una tésis preliminar. La dificultad

de creer proviene, 1.° de la naturaleza de la religion: 2.° de la naturaleza del hombre: 3.° de un vicio en el método empleado por el hombre para apreciar la religion.

I.

La religion es por su naturaleza una autoridad para la razon, y una regla para las costumbres. Esos atributos están de tal suerte adheridos á la misma, son en ella hasta tal punto necesarios, que ni Dios puede despojarla de los mismos; pero esas dos dominaciones, la autoridad y la regla, exigen del hombre sacrificios, y de estos sacrificios resultan un gran número de repulsiones contra la fé.

La religion se halla fundada en la certeza, no en la evidencia, y el espíritu humano que se satisface con la certeza, respecto de otro órden de conocimientos, aspira sin razonable fundamento, á la evidencia en materia de religion. No se olvide que hasta lo incomprensible, cuando lleva el sello de la divinidad es tan digno de fé como la evidencia humana. Nuestra razon recibe de dos maneras las verdades á que suscribe: directamente, esto es, por el explendor que inmediatamente las rodea; é indirectamente, es decir, gracias al testimonio que las garantiza. No cabe dudar que Dios es el único que ha podido presenciar toda la historia: probablemente no existe hombre alguno que haya comprobado todas las conclusiones deducidas por la ciencia; y sin embargo todo el mundo presta fé á la ciencia y á la historia, apesar de que no puede constituirse en testimonio ocular. Admitir como bueno únicamente aquello que se puede explicar, no es más por consiguiente que la mezquina filosofía del vulgo que sólo acepta aquello que ve, y reducir el campo de la certidumbre, al estrecho círculo de las comprobaciones personales: fenómeno parecido á la ilusion del niño que asigna por límites al mundo los del horizonte que le rodea.

Pero en el dominio de la fé, más que en otro alguno, dice un gran doctor de Inglaterra, conviene saber, que es imposible saberlo todo (1). Una religion positiva es un comercio entre lo infinito y lo finito, es decir una manifestacion de Dios á la inteligencia humana. Ahora bien: Dios que es el objeto de esta vision es inmenso; la inteligencia que es el sujeto, es limitada, y por consiguiente la imágen de Dios cayendo sobre un recipiente más reducido, debe por fuerza desbordarse. Es una simple regla de proporcion. Así

(1) Chalmers.

pues el hombre que rechaza la verdad religiosa porque no puede abarcarla en su conjunto, gracias á lo limitado de su comprension, procede como el insensato que negara el sol, porqué al abrir su ventana no ha podido conseguir que la luz derramada por el astro, penetrara en su reducida habitacion.

Sentados estos precedentes, el misterio no es ni un enigma ni una cosa imposible: representa pura y sencillamente el alcance á que puede llegar nuestra mirada al dirigirse á Dios. Ni más ni ménos. No existe en manera alguna una poesía supersticiosa de las revelaciones: toda revelacion completamente comprendida degeneraria en sistema filosófico, y dejaría de ser razonable, precisamente por el mero hecho de ser exclusivamente racional. Poco importa que en su símbolo existan sombras, si á falta de evidencia existen pruebas. En último resultado no debe confundirse la noche con la oscuridad. Las sombras dan testimonio de la presencia del sol en el firmamento: la noche por el contrario, atestigua su ausencia. No de otra suerte ciertas obscuridades pueden deponer en favor de la presencia divina en los dogmas, estampando en los mismos el sello de lo infinito.

Guardémonos pues de estrechar los límites de la razon, so pretexto de exigencias ultra-científicas. La pretenciosa fórmula de Bayle *La comprension debe ser la medida de la creencia*, revela más orgullo que verdadera filosofía. Sólo á los séres privilegiados está permitido distinguir y reconocer sus fronteras. Próximo Laplace á expirar, algunos amigos complacientes se deshacian en elogios de su ciencia y de su gloria: «Callaos, les dijo, lo que conocemos es muy poco: lo que ignoramos es incalculable.» Confesion es esta muy digna de tenerse en cuenta. Acontece con las verdades, lo que con las estrellas: todos los dias se descubren otras nuevas, y en el cielo del pensamiento como en el éter, las regiones que se han explorado son muy poca cosa comparadas con la inmensidad de los espacios desconocidos. Que nos contestaría la ciencia si le dijéramos: Repudiamos tus verdades comprendidas, porqué todavía guardas dentro de tu seno algunas que son incomprensibles? ¿Qué diría además si añadiéramos: Nuestras sombras os escandalizan: venid, dadnos cuenta de vuestros numerosos *deseos*?

Cuál es por ejemplo esa fuerza inicial, que dió á los astros la señal de partida, que mantiene en los cielos ese movimiento contínuo, en vano buscado en la tierra, y que hace que los mundos prosigan eternamente su curso á través de las inmensas llanuras del firmamento sin entrechocar, sin interrumpirse? El nombre de esta fuerza lo conocemos. La gravitacion: ¿Su principio? Misterio.

¿En qué consiste esa energía subterránea, que de una semilla hace brotar un tronco, que impulsa hácia arriba plantas cuyo peso debería precipitar hácia abajo, y que de la podredumbre de los gérmenes, saca las flores más delicadas y los frutos más sabrosos? Á esta energía se le ha dado el nombre de vejetacion; más ¿cual es su naturaleza? Misterio.

¿En qué consiste, por último, el espácio que todo lo contiene y que á su vez no es contenido por cosa alguna? ¿Qué son la union del alma y del cuerpo, y la causa de las ideas? ¿Qué es la luz que difunde la claridad sobre todas las cosas, y que sin embargo substancialmente no es por nadie conocida? Misterio.

Ahora bien, exigentes adoradores de la evidencia científica: desvaneced vuestros misterios antes de atacar los nuestros.

Por una deplorable anomalía, los mismos hombres que se muestran descreidos respecto de los misterios de Dios, son superticiosos por lo que se refiere á los misterios de la naturaleza. Decidles que hay fuego en lo profundo de los infiernos, y se sonreirán con aire compasivo, fundados en que no han tenido ocasion de analizarlo; pero decidles que Saturno y Júpiter pesan tantos kilógramos, y lo creerán á pié juntillas como si los hubiesen tenido en los platillos de su balanza. Pero que esos mismos hombres tengan en su inteligencia verdades demostradas, que para el mísero gañan no pasan de la categoría de misterios, y lo consideran la cosa más natural del mundo, al paso que no se deciden á admitir, más áun, consideran inadmisible que Dios posea evidencias que permanecen para ellos sumidas en la oscuridad. Y en tanto que su vida entera se orienta sobre probabilidades perfectamente establecidas, *no pudiendo deducirse el todo de la nada*, no tendrán para nada en cuenta las probabilidades concluyentes que existen en favor de Dios, en tanto no tenga Dios la galantería de dejar de ser infinito, para reducirse á la menguada proporcion de un espíritu que en manera alguna puede serlo. Si esto se llama filosofía, me cabe siquiera el placer de manifestar que dista mucho de ser razon.

La circunstancia de ser además una regla, es un nuevo motivo para que haya dificultad en creer la religion. ¿Cómo se explica, nos hemos dicho, que siendo tan imperiosa la necesidad de creer, se oponga á ello la dificultad de creer? ¿En qué consiste que el hombre solo con repugnancia ceda á esta necesidad, cuando cumple todas las demás con verdadera fruicion? Varias razones pueden aducirse para explicar este hecho, siendo indudablemente la principal, la de que la religion constituye un freno, y nadie cree sin pena lo que no sufre sin que sean sus consecuencias penosas.

Sí, por más que estemos perfectamente equilibrados, nos es imposible permanecer indiferentes respecto de una doctrina que no es inofensiva para nuestras pasiones. Despues de Malebranche se ha repetido muchas veces que si las matemáticas gozan incuestionable evidencia, consiste en que no hay debilidad humana alguna, interesada en ponerlas en tela de juicio; pero si el cuadrado de la hipotenusa, ó el binomio de Newton llevaran consigo el cumplimiento de obligaciones morales, hasta la geometría se convertiría en tema para el sofisma. Aun cuando el Instituto consiguiera elevar á teorema las prescripciones del sexto y séptimo

mandamientos, de seguro existirian para ellos tantos incrédulos como viciosos y malhechores existen en las cinco partes del mundo.

Así se explica el doble movimiento de atraccion y de repulsion que experimenta el corazon humano respecto de la fé, con la circunstancia de que la repulsion es tan intensa que puede llegar á revestir las formas del ódio. Divina anomalía, digna por cierto de llamar la atencion! Los cultos, ó los sistemas considerados falsos, míranse con desvio, no con repulsion: sólo Jesucristo y su doctrina escitan en el alma de sus disidentes una antipatía que podríamos llamar privilegiada. Afortunadamente, así del amor, como del ódio extraordinario que inspira, pueden deducirse consecuencias igualmente decisivas en favor del Evangélio. Por su lado simpático, adáptase perfectamente á los buenos instintos de nuestra naturaleza; por su lado repulsivo, opone á los malos un verdadero correctivo: en lo que responde á la necesidad de creer, se muestra muy natural; en cuanto triunfa de semejante facultad, parece sobrenatural. Existe en esto un equilibrio admirable, tanto más conforme con nuestra razon, en cuanto es ménos propicio á nuestros egoismos: tanto más digno de Dios, en cuanto es la ley indispensable para moralizar al hombre.

Muchos he conocido que siguiendo el ejemplo del sobrino de Mme. de Sévigné laméntanse de que no *saben creer*. Sin emplear respecto de ellos, uno de nuestros argumentos clásicos, me permitiré sin embargo preguntarles: ¿provendría esto acaso de que no sepan vencerse? No se olvide que no se puede ser religioso como se es músico, ó pintor, por una vocacion irresistible, por inclinacion de temperamento, sinó por virtud. Dios procediendo en esto como en todo, con su sublime sabiduría, ha hecho de la religion una necesidad y una dificultad: un atractivo y un sacrificio. Á aquellos que pretenden ver en ella un esfuerzo contrario á la naturaleza, se les presenta como una necesidad; á los que se complacerían en contemplarla como una vana poesía del alma, y un encanto estéril de la vida, se les ofrece como una virtud. Mas para justificar á Dios, basta con decir que sea la que quiera la dificultad de semejante virtud, la necesidad que de ella tenemos, comunicará siempre á la misma el encanto suficiente para que la humanidad no se libre de ella como no sea violentándose.

Y no hay para que nos admiremos de que la inteligencia tenga su parte en esta virtud, en tanto que para los demás basta con la voluntad. En esta disposicion hay que reconocer una estimable sabiduría. Suponiendo que la fé fuese un arrebato del espíritu, arrastraría indefectiblemente la libertad de nuestra adhesion y Dios concedería al espíritu una beatitud sin moralidad, por lo mismo que no sería el premio del dolor. Es pues indispensable que la fé ilumine nuestro viaje, como la columna de nubes y de fuego del desierto, obscura por un lado, para hacer de nuestra sumision un acto me-

ritorio; refulgente por el opuesto, para que sea un acto razonable. Mas exigir ó pretender siquiera, la facultad de contemplar un dia la verdad en su esencia, antes de haberla adorado en sus sombras, es ambicionar para lo presente una inteligencia sin dependencia alguna, y para lo porvenir el premio de recompensas sin merecimiento. Verdadero trastorno de la razon substituida á las dificultades de la fé.

En determinadas ocasiones, el lado luminoso de la columna se vela, y entónces se presume hallarse condenado á vivir eternamente sumido en las tinieblas; pero esto no pasa de ser una ilusion pasajera: dejemos que transcurra algun tiempo y las nubes se disiparán. Saber esperar, en la dificultad de creer, es el medio más seguro para *saber creer*. Un dia se dirigió á Copérnico la siguiente objecion: Si el mundo se hallara dispuesto cual pretendeis, Venus ofrecería fases semejantes á las de la Luna ¿qué decís á esto? Copérnico contestó: Por mi parte nada; pero Dios permitirá un dia que se encuentre solucion á este problema (1). Un siglo despues Galileo inventaba los telescópios, mediante los cuales podian apreciarse las fases de Venus. Copérnico murió creyendo en la existencia del fenómeno, á pesar de que no lo habia visto. Concedamos pues á Dios el acto de fé al par ciego y sublime, hecho por Copérnico á su propio génio, y cuando la dificultad de creer nos presente obscuridades impenetrables, contestémonos á nosotros mismos: Dios permitirá un dia que se encuentre solucion á tales dificultades, y no transcurrirá mucho tiempo sin que la necesidad de creer justifique la esperanza que hayamos fundado en su luz.

II.

Es una verdad elemental la de que existen en nosotros dos naturalezas: la buena y la mala: son los dos hombres que S. Pablo ha señalado en el hombre y que Luis XIV pretendia conocer perfectamente. De la buena naturaleza procede la necesidad de creer: de la mala, la dificultad. La naturaleza descaecida, lleva en efecto consigo enfermedades morales é intelectuales: dos fuentes de ceguedad respecto de las cosas divinas.

Para dejar de ver no es indispensable estar ciego: basta contener un velo ante los ojos. Apuradamente en la constitucion física del hombre el órgano de la vision es el que con más facilidad se altera. Basta que en él penetre un grano de arena para que el viajero deje de distinguir las pirámides del desierto: una pequeña inflama-

(1) J. de Maistre.

cion en la retina, una lágrima sobre la pupila, son obstáculo suficiente al paso de la luz. Los oculistas enumeran con sorpresa, las enfermedades de toda especie á que está sujeta esa órbita reducida que reflejando hoy la inmensidad de los cielos, puede mañana la simple picadura de un insecto cerrar para siempre jamás. Pues tantas y no ménos terribles son las afecciones oculares del alma. ¡Cuántos incrédulos hay que no ven á Dios, porque no ven á grandes distancias! ¡Cuántos no le distinguen porqué padecen de estrabismo! No hay más diferencia sinó que en la oftalmia física, jamás se niega la realidad del objetivo porque se deje de distinguirlo, al paso que los ciegos de incredulidad, en cuanto han perdido los ojos afirman que se ha extinguido el sol.

La primera causa de semejante catástrofe, es la pasion, ó sea la enfermedad moral. Misticismo á un lado, no puede negarse que toda pasion es una tempestad: ahora bien, el efecto inmediato de toda tempestad ¿no consiste en el obscurecimiento de la atmósfera? *Bienaventurados los que tienen puro su corazon: porqué ellos verán á Dios* (1). Es esta si así cabe decirlo una ley tan física como sobrenatural. De la pureza del aire depende el brillo de los rayos solares; nada tiene más afinidad con la luz que la serenidad.

Esto sentado ¿porqué parece obscuro el símbolo? Porqué impone el cumplimiento del decálogo. Al pié del Sinaí dónde promulgó el Señor sus mandamientos las pasiones desencadenadas lanzaron al aire puñados de polvo, cual los fariseos que se hallaban embarazados para contestar á la predicacion de S. Pablo: véase pues de que manera las exigencias de la ley engendran las rebeliones contra la fé.

La voz de Dios ha dicho: «No fornicarás» (2) y cuantas heregías han resultado de la voluptuosidad, desde Herodes hasta Enrique VIII, desde las impuras fantasías de los gnósticos, hasta las negaciones de nuestros libertinos de salon, provienen de lo prescrito en este mandamiento. ¡Cuán evidente seria para muchos la existencia de Dios sino exigiera cosa alguna! Durante el paganismo el lujurioso fabricaba los dioses á su imágen, para ponerse á cubierto de su lujuria á la sombra de esa semejanza: en pleno cristianismo no le es posible hacer la imágen á su semejanza y cómo no quiere ser á semejanza de la divinidad, para librarse de ella adopta el expediente de suprimirla. De manera que las pasiones de la carne, oscurecen con más fuerza la luz sobrenatural, que el polvo levantado por la marcha de todos los progresos. Idéntica causa de incredulidad se encuentra en las sociedades que no son cristianas. Los primeros pueblos conver-

(1) Mateo. 5, 8.
(2) Marc. 12-31.

tidos al Evangelio eran monógamos. La mayor parte de los que al mismo oponen resistencia no lo son. Como Cristo entendiera el precepto de la castidad á la manera de Mahoma, en pocos años el mundo seria completamente suyo. Mas precisamente en esa intransigencia para todo lo que parezca transaccion, es en lo que estriba su gloria. Nunca se ofrece con más marcado carácter de divinidad, que cuando prefiere la integridad de su doctrina al imperio universal: y cuanto más le rechazan la corrupcion y la barbárie, tanto más creo en él.

Otro mandamiento hay que dice: «*Amarás á tu prójimo como á tí mismo* (1)» y hé ahi que á tales palabras, despues de las negaciones de la lujuria, se elevan las del ódio. No hay para que sorprendernos: para comprender la bondad del Dios del Evangelio es indispensable tener el corazon bondadoso. Conocidas son las ceguedades del amor: el ódio tiene tambien su venda que puede ocultarle el cielo; y si segun S. Juan, *Quien no tiene amor no conoce á Dios* (2), ¿no puede de esto deducirse que no está muy distante de desconocerlo? ¡Cuántos son los encomiadores de la vida privada que achacan á la religion todos los agravios que infieren á los hombres religiosos, y ponen mala cara á la verdad, nada más que por que tiene por amigos á algunos de sus enemigos! ¡Cuántos que se erigen en defensores de la política, no perdonan á Dios el que no se haya puesto al frente de las huestes del partido á que pertenecen, y creerian, si accediéramos á predicar una revolucion que sometiera las ambiciones de los demás, y permitiera utilizar sus talentos! Mucho se habla de los cristianos de sentimiento. ¿Hay quién no conozca incrédulos por resentimiento?

Otro precepto existe, que dice: *No codiciarás los bienes ajenos*, y la codicia á su vez, forja sus sofismas para eludir el cumplimiento de unas palabras que ponen á prueba su probidad. Y se comprende: el dia en que Dios que es el primer acreedor, quede abolido, quedarán saldadas todas las deudas: hasta el mismo robo se convertirá en propiedad legítima, el dia en que no pueda alegar derecho alguno el gran propietario del cielo y de la tierra. ¿Y quién será capaz de fijar tambien el número de los incrédulos á quienes incita á la rebelion el gran Mammon de iniquidad! Y aquí debo decir que á la cabeza de ellos he visto marchar no sólo á los bolsistas que no admiten la fé, porque les obligaria á pagar muy importantes *diferencias*, sinó tambien á ciertos literatos, que insultan á la religion porque se enriquecen con tales insultos, del mismo modo que emplearian sus plumas en la defensa, con tal que esto se tradujera en más pingües resultados; y los Erostratos bufones de los periodiquillos callejeros de quienes nadie se acordaria, como no habla-

(1) Marc. 12-31.
(2) I Joan, 4-8.

ran mal de Dios, y que hacen su negocio dando á luz sartas de blasfemias; y por último la turba inculta de esos hombres llamados *positivos* que á fuerza de fijarse en los intereses, han olvidado totalmente los principios, imagínanse enemigos de Dios por exigencias de la razon, en tanto que lo son únicamente por indigencia de virtud.

Finalmente la voz divina exclama: *Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon* (1). Y á tales palabras el orgullo humano ha contestado: No quiero que aquel reine sobre mí, porque *el principio de la soberbia del hombre es apostatar de Dios* (2). Esta relacion es fácil de comprender: nadie niega la fé á Dios como no sea por esceso de fé en sí mismo. Hé ahí pues un nuevo manantial de negaciones, en esta nueva caida.

En primer lugar encontramos la incredulidad de los heresiarcas. ¿Quiérese de ello una prueba irrecusable? Recuérdese la agonía de Lamennais, y póngase atencion por una parte en la voz del anciano Corneille, lanzando sobre la frente del réprobo el célebre anatema:

Dios no se abate sobre las cimas demasiado elevadas,.....

en tanto que por la opuesta, el ángel del sacerdocio arrasados los ojos en llanto murmuraba esta plegaria: *Señor, lo que habeis ocultado á los soberbios, lo revelais á los humildes* (3).

La incredulidad de los sectarios, que creerian en Dios si no hubiesen hecho juramento de librarse de semejante debilidad, y cuyo orgullo hace su negocio obstinándose en juramentos sacrílegos, cual si pudiese existir una palabra de honor en provecho de los compromisos que no son honrosos.

La incredulidad de los escritores, que han formulado su sistema en contra del Evangelio, y que para reconocerlo, veríanse obligados á confesar que escriben malos libros, cosa mucho más difícil que escribirlos buenos.

Por último la incredulidad de esos innumerables orgullosos de la vida pública, que hallando en la blasfemia la popularidad, temerian perderla sometiéndose á la fé, y no vacilan en vender á Jesucristo, á trueque de merecer los aplausos del partido á que pertenecen ó los interesados panegíricos del periódico cuyas doctrinas comparten. La verdad es que cuando se desnuda á la incredulidad del ropaje de que se cubre, queda uno sorprendido de la parte que en los crímenes más grandes del pensamiento, tienen los sentimientos más mezquinos.

---

(1) Mat. 11-23.
(2) Eccle. 10-14.
(3) Luc. 10-21.

De manera que la negacion, considerada como un ejercicio legítimo de la libertad intelectual, no es con frecuencia otra cosa más que una desviacion de la libertad moral. Suprímanse las defecciones que diariamente lleva á cabo la humanidad, y en el mismo instante se disminuirán proporcionalmente sus sombras; porque si en el órden natural es la razon la que informa á la conciencia, en materia de fé la luz procede de la conciencia á la razon. Y es necesario que así sea, para que la conquista de las verdades más santas sea la recompensa de un esfuerzo moral, no de una intuicion privilegiada, á fin de que Dios no sea más accesible al génio que á la virtud. Por consiguiente los hombres de nuestros tiempos que en la portada de sus libelos escépticos han escrito «*como concluyen los dógmas*,» deberian mirar un poco ménos al través de los telescópios un y poco más al interior de su alma, y de esta suerte acaso descubririan la manera *como concluyen las dudas!*

Y no son únicamente las desviaciones de la voluntad, las que en materia de creencias debemos temer para la seguridad de nuestra mirada, puesto que tan temibles como aquellas son las enfermedades del espíritu. Ellas son la segunda causa de las innumerables dudas que brotan del fondo de nuestro pensamiento, como las nubes del seno del mar.

Y aquí es ocasion de dejar consignado, que la incredulidad no constituye en manera alguna el sello de una penetracion escepcional. Si así fuera, en las naciones como en los indivíduos, habria un grado determinado de cultura, al cual corresponderia el nacimiento de las dudas. Debajo de semejante nivel sólo se verian creyentes: encima del mismo solo incrédulos podríamos distinguir. Pues bien, esta ley no existe. Ignorantes hay cuya fé vacila tanto como la de ciertos sábios: estos por su parte, dudan, con todo y ser sábios, no en el mero hecho de serlo, y la prueba de ello la tenemos en la existencia de sábios que indudablemente lo son más, y que sin embargo no dudan. Rectamente juzgando, ¿puede presumirse que Voltaire tuviese, respecto de las cosas invisibles, una inteligencia superior á la de Descartes ó Pascal, y con relacion á las de la naturaleza, pudiese colocarse al lado de esos ilustres creyentes llamados Cuvier, Ampère, Cauchy y Biot? Por consiguiente lo que se opone á la religion, no es en manera alguna la ciencia del hombre, es el hombre mismo, el hombre por sus debilidades intelectuales lo mismo que por sus pasiones. Contentémonos con nombrar al presente algunas de esas debilidades sobre las cuales más tarde tendrémos que insistir.

Desde luégo podemos hacer mencion de los escépticos de temperamento, que por inclinacion divagan en vez de afirmar, tratando el pro y el contra en todas las cuestiones con una complacencia muy cercana al pirronismo, y contemplando la indecision como el ideal de la superioridad, como la *última palabra de la ra-*

zon sobre sí misma. ¿Qué tiene de particular que dude de la religion el que duda de todo lo demás?

Vienen despues los escépticos de falso espíritu, que no distinguen la verdad, porque tienen un esguince intelectual que casi invenciblemente les inclina hácia el lado opuesto: artistas, ó literatos, hacen profesion de explotar lucrativas paradojas; hombres de mundo, pasan la vida acariciando el absurdo por prurito de originalidad.

Más léjos encontramos los escépticos de escritorio ó de gabinete que, con una elevada cultura profana, no han recibido educacion alguna religiosa, y viven y mueren sin conocer á Dios, bajo la fe de los errores más groseros. Los paganos de los primeros siglos acusaban á nuestros padres de adorar una cabeza de jumento: la incredulidad de estos tiempos nos proporciona mejores modales, en cambio, por punto general, no se preocupa gran cosa respecto de lo que no debe aceptar!

Despues de los espíritus enfermos por una especie de conformacion, hay otros que llegan á serlo por los contactos que experimentan, y por los medios en que habitan: sabido es que los medios reaccionan sobre los cuerpos que los penetran. Siendo los espíritus más impresionables que la materia, experimentan *á fortiori* esta accion sútil, y la inteligencia como la esponja, embebe las corrientes en que se halla sumergida. Y hé ahí la razon porque muchos hombres que se imaginan autores de su propia incredulidad, no son más que recipientes más ó ménos pasivos: ¿Qué es lo que les falta para ser cristianos? Nada más que haber pertenecido á una familia, á una escuela, ó á una asociacion ménos hostiles al cristianismo.

Al escepticismo formado por la accion de los medios podemos añadir el que resulta de la profesion. Son verdaderamente dignos de lástima los que en el foro, en la tribuna ó en el periodismo, vense comprometidos á defender el pro y el contra, y á presentar bajo idéntico aspecto, ora el bien, ora el mal: no es cosa rara sinó muy comun, que el resultado de semejante ejercicio les lleve á mirar con igual desprecio el uno y el otro.

Y el escepticismo creado por la posicion que se ocupa, ¿no se infiltra acaso en el espíritu, más sutilmente áun que el de la ocupacion á que uno se consagra? Desgraciados por ejemplo aquellos que tratan á los hombres en fuerza de un poder cualquiera, porque, del mismo modo que en todas las grandes experiencias de la vida, existe la tentacion del escepticismo en la autoridad. Lógicamente, deberia dudarse de los hombres despues de haber dudado de Dios: prácticamente acontece todo lo contrario.

Terminemos este cuadro de las debilidades intelectuales poco favorables á la fé, mencionando la más perniciosa, el especialismo. Este es realmente el gran azote de los espíritus en los tiempos pre-

sentes. Sin embargo, como para tener el derecho de hacer justicia, es indispensable ser justo, honremos al hombre especial, desconfiando del especialista.

Los estudios especiales, esto es, aquellos que ponen en ejercicio una aptitud particular de la inteligencia, sin paralizar las demás, forman los hombres eminentes. Los estudios exclusivos, es decir, los que amasan una vida anormal sobre un punto determinado del cerebro, dejando los demás sumidos en la inercia, constituyen un desenvolvimiento contrario á la naturaleza, una excrecencia de la vida intelectual y producen los falsos juicios. Sabemos que hay entre los sabios, personas dotadas de profunda penetracion; pero como el Cíclope, no tienen más que un ojo y áun cuando distinguen perfectamente un punto determinado, el campo que pueden abarcar es por demás reducido. Ahora bien: del fondo del crisol de estos altos gigantes, levántase en el dia ese estrépito, iba á decir esa canturia de afirmaciones pseudo-científicas, de las cuales no hay una solo que esté comprobada, por lo ménos con relacion á aquellas que probarian algo contra la fe. Para tales hombres la ciencia cuando de ella no pueden deducir certeza alguna, es un fantástico tejido de hipótesis, y desempeñan en su provecho el papel del amigo en esceso complaciente del que decia un conocido pleitista.

.....Me sirve de testigo
Y hasta jura por mí siempre que lo he menester (1).

De todos modos no hay que descorazonarse en presencia de tan engañosos paramentos. Afortunadamente, siendo como es Dios antes de la religion y de la naturaleza, no es posible que la segunda de sus obras le oculte, al propio tiempo que la primera le pone de manifiesto. La religion no tiene pues porque temer cosa alguna de la ignorancia de los especialistas, por lo mismo que para nada ha menester de la ignorancia de sus adeptos, y por una hora de preocupacion que pertenece á las afirmaciones aventuradas, lo porvenir pertenecerá constantemente á la fe. Los grandes, los verdaderos sabios, es decir aquellos que estudiaron la creacion moral al propio tiempo que las cosas físicas ¿no fueron por ventura profundamente religiosos? La fe de Descartes convirtió á la reina Cristina: Pascal era creyente apesar de la sombría misantropía del jansenismo: Leibnitz y Eulero se apoyaban para sus trabajos en la teología: por último Biot escribió estas palabras dignas de estar esculpidas en mármoles. «Para comprender la materia es indispensable estudiar mucho; pero más áun para descubrir que no es nada.» Estos son en semejante debate los verdaderos testigos de Dios. Despues de sus

(1) RACINE.—*Los pleitistas.*

manifestaciones, ¿qué le importan á la verdad la oposicion de esos espíritus exclusivos que se empeñan en un callejon sin salida, y que toman el campo de sus exploraciones por los últimos límites del universo! Sabios ilustres y al par ignorantes soberbios, que hacen abstraccion de Dios, porque no declina el nombre de sus elementos moleculares; del hombre porque distinguiéndole únicamente al través de la claraboya de sus laboratorios, no le conocen tal cual es; del sentido comun en fin, que apesar de todo quedará consignado, siquiera no deje el más insignificante resíduo en el fondo de sus retortas.

Pruebas irrecusables de las cuales no debe hacerse un cargo á Dios porque un reducido número no acierte á distinguirlas. Imagínese la tierra poblada de corazones y espíritus puros y la razon humana se cambiará en un himno de adoracion.

Mas al llegar á este punto, oigo que se me dirige una objecion especiosa. Si los espíritus no son como deberian ser, no es suya la culpa; sinó de Dios que les dió forma con su propia mano. Si fuera la pasion culpable la que produjera nuestras tinieblas, podria acusársenos; pero cuando las tinieblas resultan de nuestra constitucion intelectual, ¿no seria la mayor de las injusticias vernos castigados por una mano, que por su misma providencia ha sido la causante de nuestras desgracias?

No califiquemos de absurda esa justicia, para tener el derecho, ó por lo ménos una razon para prescindir de ella. Si fuera cierto que á falta de fe, pudiéramos prevalernos de una invencible buena fe, nada habria que temer: el hombre no podria ser castigado por haberse equivocado inocentemente; la Iglesia lo ha proclamado una vez más por boca de Pio IX (1). Bajo esta hipótesis, acontece con el fenómeno de la incredulidad lo que con el de la locura, esto es que Dios concede á nuestra naturaleza así como á la libertad el seguir su camino, áun cuando sus desviaciones deban producir verdaderas monstruosidades, sometiendo este desórden aparente á este órden sublime: el hombre es responsable de sus faltas, no de sus desgracias.

Pero las disposiciones enfermizas del espíritu como las del cuerpo, ora son innatas, ora adquiridas: ora resultan del temperamento, ora provienen de una higiene viciosa, y si la inteligencia no es en manera alguna culpable de su debilidad constitucional, lo es indudablemente de las deformidades contraidas por el uso ilícito de sus facultades. ¡Cuantos espíritus hay que si están enfermos lo deben exclusivamente á haberse envenenado á sabiendas! ¡Cuantos que habiendo sido formados con toda regularidad, hoy se encuentran torcidos y contrahechos, gracias á los abusos que han hecho de su libertad!

---

(1) *Enciclica* del 18 de agosto de 1863.

Por consiguiente la incredulidad puede ser al par una ilusion ó un crímen, y á veces, en el seno de un mismo pensamiento las dos cosas á la vez. ¿Hasta qué punto la ilusion? ¿Hasta qué punto el crímen? Abandono á Dios esta decision formidable. Por lo que á mí toca me siento demasiado inclinado á la amistad del incrédulo para que pueda erigirme en juez; mas apesar de mis sentimientos, y á causa tal vez de estos mismos sentimientos, debo manifestar que hay motivos poderosos para asustarse ante la obstinacion que tantos hombres sin conviccion religiosa ponen en no dejarse convencer. La historia contemporánea ofrece de ello una prueba fehaciente.

El Rdo. Gorini, modesto cura de aldea prematuramente arrebatado al servicio de la verdad, ha compuesto un libro escelente, en el cual con datos incontrovertibles demuestra que los graves historiadores modernos, no han sabido comprender los textos originales que aducen contra la Iglesia (1). Voluntarias ó no, las alteraciones son evidentes. La cándida sinceridad de Agustin Thierry no pudo ménos que conmoverse ante el espectáculo de esas prudentes manifestaciones, conviniendo en que despues de haber detenidamente estudiado los documentos merovingios, y reconstruido respecto de determinados puntos la historia moderna, nada sabia de las dos cosas más importantes y más augustas del mundo moderno: el Cristianismo y la Iglesia. Noble confesion que habria acompañado con la reparacion, si la muerte no le hubiese sorprendido. Pero, que han hecho los otros acusados, ante las pruebas de su infidelidad, siquiera material? Casi todos se han encerrado en la majestad del silencio, sin cambiar ni una palabra á las ediciones que sucesivamente han ido dando á luz. El mundo sin embargo sigue su marcha en pos de los sábios que gozan gran nombradía, con preferencia á los modestos correctores de sus yerros. Ya se vé. Quién se acuerda, como pertenezca al Instituto, de que un pobre cura de un villorrio, pueda con su erudicion, sacar á plaza las distracciones históricas, en que han incurrido los académicos más encopetados? Pero me equivoco: el mundo ignora tales cosas; los autores se empeñan en no saberlas, y merced á la ignorancia de los unos y al orgulloso empeño de los otros, la falsa ciencia oprime incesantemente á la verdad, hasta un punto que en el tribunal de lo porvenir, será la vergüenza del presente siglo. Si las represalias fueran generosas, tendríamos motivo para refutar á la negacion valiéndonos de uno de sus más celebres argumentos. *«Hay en la sinceridad grados diferentes.»*

---

(1) *Defensa de la Iglesia contra los errores históricos.*

III.

Existe además una tercera causa que explica hasta cierto punto nuestra dificultad de creer, y que consiste en el método vicioso empleado para llegar á la creencia. *Creer* dice el Ángel de la escuela, *es un acto de la inteligencia inherente á la verdad divina, por órden de la voluntad puesta en movimiento por la gracia* (1). Es imposible descomponer la fé sobrenatural con más precision y exactitud. A su formacion concurren tres elementos: la inteligencia, la voluntad y la gracia. Respecto de la primera, dejamos enumeradas las dolencias de que debe preservarse, para estar en condiciones propias para semejante vision: relativamente á la segunda hemos consignado el lugar y la pureza que ha menester para reflejar la luz que procede de lo alto: averiguemos ahora cuales son las condiciones dentro cuyo círculo obra la gracia.

El verdadero método para llegar á la fé que tiene un fin práctico, no puede ser en manera alguna un trabajo especulativo, sinó un procedimiento experimental. Y no se tome lo que acabamos de decir por una exigencia apologética, pues no perdemos de vista que estamos escribiendo un libro y no predicando un sermon. Los antiguos daban por atributos á la duda una antorcha y un palo: aquella representaba la discusion; con el palo pretendian indicar que á la informacion teórica era indispensable reunir el estudio práctico de la verdad buscada. ¿Dónde están los investigadores que así han empleado el palo como la antorcha para encontrar la fé de su infancia? Observacion por cierto bien digna de tenerse en cuenta. En un siglo en el cual la ciencia, hace de la experiencia la piedra de toque de todas sus convicciones, el incrédulo eleva empíricamente sus paradojas; y esos fanáticos de la observacion, esos intrépidos experimentadores, que han llegado á veces á inocularse determinadas enfermedades á fin de conocerles con mayor perfeccion, jamás han inoculado en su alma, por espacio de cinco minutos, la verdad cristiana, con el objeto de hablar de ella como profundos conocedores. Y sin embargo se encierra más filosofía en estas palabras de Jesucristo: *Qui facit veritatem venit ad lucem* (2) que en toda la filosofía del que duda por sistema.

Por lo demás no se crea que sea esto un argumento de fé dirigido contra aquellos que carecen de ella. Yo no exijo la accion cristiana como revelacion mística, sinó como medio adecuado al fin que

(1) *Ipsum credere est actus intellectus assentientis veritati divinæ, ex imperio voluntatis a Deo motæ per gratia.* Summa theolog., II, 2, quest. 15, art. 9.
(2) Juan 3-21.

se pretende alcanzar. En general los medios deben ser proporcionados al fin, y siendo la fé sobrenatural, es cosa lógica que sólo se obtenga por medio de actos sobrenaturales. No basta pues con que se sepan al pié de la letra cuantos libros constituyen su biblioteca, siquiera esté esta formada con discrecion y verdadero talento, ni hacerse sábio hasta el punto de ser un grande hombre á la manera de los retratados por Plutarco, sinó que es indispensable emplear los procedimientos necesarios y apropiados al órden de conocimientos á que cada cual pretende remontarse. Aquel que aspirara á conocer la química sin analizar la materia, no sería ménos insensato que él que pretendiera alcanzar la fé sobrenatural sin instrumentos á propósito, es decir superiores á la naturaleza.

Y al llegar á este punto veo la intencionada sonrisa del escéptico, y escucho el acento de su voz que irónicamente me contesta. Hétenos ya llegado al punto de las conclusiones morales! ¿Porqué no si tienen un alcance dogmático?

Un célebre apologista contemporáneo, y aquí nos cumple decir que él mismo fué quien nos refirió el hecho, vióse interpelado en un salon en esos términos capciosos: «Permitid caballero que os diga, que nos haceis girar incesantemente dentro de un círculo vicioso, puesto que nos pedís la práctica de buenas obras para llegar á la fé, y lo que habríamos menester es fé para la práctica de buenas obras.»—A semejante interpelacion hecha por un hombre de gran ingenio, contestó el profundo pensador cristiano. «Debo manifestaros que mi círculo nada tiene de vicioso, desde el punto y hora en que es posible salirse de él: practicad la fé que tengais y no tardaréis en alcanzar la que os falte.»—Al oir semejante respuesta las sonrisas maliciosas cambiaron de direccion. Ahora bien: permítame el lector que le ruegue que haga aplicacion personal de este rayo de luz. Sus convicciones, por más malas que sean ¿no valen infinitamente más que sus obras? ¿No se ha hecho digno de estar privado de la luz perdida, el que se ha resistido á valerse de la que posee? Por ejemplo: la filosofía natural nos dice y enseña que hay en el cielo un Señor á quien debe homenaje y respeto toda criatura inteligente y libre, y sin embargo ello es que hemos dejado transcurrir largos años sin haber cruzado las manos ni doblado las rodillas en su presencia: practiquemos la fé que tenemos y no transcurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta. La filosofía natural nos enseña que debemos respetar la mujer ajena como si fuera la nuestra, y sin embargo, triste es decirlo, jugamos sin reparo con esta ley de la justicia y del órden social: practiquemos la fé que tenemos y no transcurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta. La filosofía natural nos enseña que por medio de la caridad el hombre se proporciona un bien estar, asegurándose las bendiciones de los desgraciados, y sin embargo no sabemos privarnos del más insignificante placer, para proporcionar á

nuestros semejantes el placer más pequeño: practiquemos la fé que tenemos y no transcurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta. Por último la razon nos dice que siendo la fé una virtud no puede ser únicamente el fruto de una liberalidad divina, sin que en algo contribuya por su parte la libertad humana; y para conseguir la dicha de ver á Dios, nos tomamos ménos trabajo que para alcanzar un destino, ó para aumentar nuestras rentas: practiquemos la fé que tenemos y no transcurrirá mucho tiempo sin que alcancemos la que nos falta.

Sean las que quieran las concesiones que hagamos á la dificultad de creer, no podemos ménos que reconocerla, de otro modo no consagraríamos el presente libro á atenuarla; mas no porque nuestro acto de fé implique sacrificios, hemos de deducir que Dios sea injusto, ni que el mundo no le pertenezca. Toda incredulidad carece de excusa, si pudiendo elejir entre la fé y la negacion, la humanidad se siente más generalmente inclinada hácia la primera que hácia la segunda. Afortunadamente esto es lo que sucede porque, ¿cuál es la situacion de las diferentes categorías de inteligencias relativamente á la fé? Los pequeñuelos creen á ojos cerrados lo que su madre les asegura: las mujeres, que constituyen la más dulce mitad del género humano, encuentran fácilmente la fé en el fondo de un corazon amante y puro el pueblo se inclina á Dios con toda la fuerza de sus dolores y con toda la espontaneidad de sus sentimientos: por último de un cabo á otro de su historia, de uno á otro polo del universo, en los cultos verdaderos como en los falsos, la humanidad enjuga sus lágrimas y obedece á la naturaleza: Creo: ¿Fuera de este concierto que queda? Unas cuantas docenas de hombres cuya instruccion les proporciona más objeciones que pruebas, por lo mismo que se encamina preferentemente á la inquisicion de las objeciones más que á la busca de las pruebas. Ahora bien, el estudio que es la fuente de las dificultades, es tambien la de la luz: sus resultados dependen de la direccion que le imprime la conciencia. Dígase lo que se quiera, es natural y justo que la fé cómo las demás virtudes, constituya el precio del buen uso que se hace de la libertad.

Quedan por consiguiente fuera de cuestion la bondad y la justicia de Dios, y los incrédulos serán siempre una minoría insignificante respecto de los creyentes. Difícilmente constituyen la oposicion necesaria para certificar que bajo este punto de vista del mismo modo que en todas nuestras obligaciones morales, con la inclinacion al bien, nos queda la libertad para el mal. Lo que hay es, que cuesta creer, como cuesta el bien obrar, sin que sea esta una razon para declinar el deber que para ello existe. La religion, dice un gran apologista, es al par una pasion y una virtud: como pasion, responde á la necesidad de creer; como virtud, suscita y esplica la

dificultad de creer. No tenemos por qué quejarnos porque Dios nos haya colocado entre esas dos corrientes: es indispensable la posibilidad de desconocerlo, para que sea meritorio el privilegio que tenemos de adorarlo.

La verdadera justicia y la verdadera moralidad consisten respecto del particular en comprender que Aquel que es el Padre de la luz, es igualmente el Padre de los hombres, y que si el amor que á los hombres profesa es un impedimento que tiene para castigar los errores involuntarios, su amor por la luz le fuerza á vengar la de aquellos que no tienen ni una razon suficientemente equitativa, ni un juicio bastante humilde, ni un corazon bastante sereno, para conseguir el merecimiento de alcanzarla.

CAPÍTULO III.

Autoridad comparada de los creyentes y de los incrédulos en el conjunto de la humanidad.

La dificultad de creer proviene de la naturaleza misma de la religion, que sin constituir una evidencia, es una regla; de la naturaleza del hombre, que busca á Dios con mirada enferma, ora por las dolencias morales ó por las malas inclinaciones del espíritu; y finalmente, de un vicio metódico, que consiste en marchar tras el descubrimiento de la verdad, valiéndose de medios que no son proporcionados ni apropiados al fin. Esto sentado, la razon se ve forzada á concluir que son muy pocos los que se pueden considerar completamente inocentes de su incredulidad, por lo mismo que no son muchos aquellos en quienes la dificultad de creer sirva de contrapeso á la necesidad que tienen de creer. Así se explica, dice Hamilton, que muchos que rechazan todos los elementos de conviccion, se dejen convencer por los sones de la campana que anuncia su agonía! Cierto que el solidario resiste tambien á este argumento supremo; mas para exaltar su siniestro valor, vése precisado á sobrescitar su pasion de sectario, siendo la prueba de que en semejante determinacion, más bien que seguir sus impulsos, hace violencia á su naturaleza, la consideracion de que para vencer en la lucha, debe levantar la barrera de un juramento para impedir el encuentro de Dios y de su alma.

Prescindiendo de todo razonamiento intrínseco, es un hecho que la necesidad de creer se presenta bajo la garantía de una autoridad exterior, más grande que la de la dificultad de creer. Vamos á demostrarlo por medio de una tésis preliminar que constituirá una inmensa presuncion contra los que pudieran negarlo. Sabemos que una presuncion no es en manera alguna una prueba directa; pero en defecto de luz, ofrece verdaderas seguridades. Y ¿por qué no ver una luz en estas mismas seguridades? La Escritura nos dice que en el templo de Salomon existian aberturas laterales que proyectaban sobre el sagrado pavimento una luz sesgada.

Una de esas aberturas es la que al presente pretendo abrir en el interior de nuestra basílica doctrinal.

Los creyentes tienen en su favor, en el asentimiento del género humano, la garantía más importante de que pueda rodearse una afirmacion. Y no vale oponer á este aserto, que la apología por via de autoridad no es científica: la ciencia que pretendiera oponer una interdiccion á ese modo de transmision á nuestra verdad, quisiera obtener tales beneficios en provecho propio. Las masas que han aceptado los principios que sustentan confiadamente, bajo la palabra de hombres especiales, jamás llegarán á comprender otra cosa que sus conclusiones generales, de manera que, del mismo modo que la fé, realizan su peregrinacion por el mundo, apoyados en los brazos de la autoridad. De manera, que el libre pensador que considera eminentemente sábios á los que en la Sorbona se inclinan á su partido, califica de supersticiosos á los que están de nuestra parte; y al paso que entre los primeros seria tachado de oscurantista todo aquel que se atreviera á exponer la duda más insignificante respecto de la distancia que nos separa de las estrellas, entre los segundos, se adjudica con mayor facilidad, el título de sábio dotado de la más clara percepcion, al que niega con más audacia.

Sin eludir las cuestiones de fondo, debemos, pues, reconocer desde luégo, que la autoridad será siempre el árbitro providencial para la mayoría inmensa de los espíritus. Prescindir á sabiendas de semejante guia, valdria tanto como condenarse al oprobio de no saber nada, al propio tiempo que al tormento de no creer cosa alguna. Mejor que debilidad, hay en el hombre necesidad de orientarse respecto de una afirmacion escogida y venerada, y cuando esta afirmacion merece por su certeza la confianza que se le concede, léjos de rebajar la dignidad humana, la realza poniéndola á cubierto de vacilaciones humillantes, y concediéndole sobre la fé agena, una seguridad que no podria inspirarle su propia conducta. Tal es el motivo de hacer, por mi parte, una mocion que trae consigo la luz, en favor de aquellos que se sienten ménos impresionados por el valor de las doctrinas que por el de las autoridades. La situacion puede compararse con la de los Israelitas, cuando en medio del desierto vacilaban respecto del camino que debia conducirles á la tierra prometida. Empecemos, pues, por establecer un guia que nos sirva en nuestra peregrinacion.

Dios conoce perfectamente la necesidad que tenemos de recibir de fuera una verdad garantida, con preferencia á sacar de nosotros mismos una verdad dolorosa y llena de incertidumbre, y de aquí que en medio de la confusa mezcolanza de sistemas y negaciones, haya levantado la autoridad de su Iglesia, especie de mojon jigantesco que señala en el camino el punto de bifurcacion en el cual el espíritu ha de perderse en el caos por la senda del orgullo, si no es que prefiere encaminarse directamente al sol, por medio de la obe-

diencia. Mas, por lo mismo que la autoridad de la Iglesia es sobrenatural, la inteligencia de los contemporáneos la considera con esta sombría repugnancia que le causa lo divino doquiera lo encuentra; y áun cuando nuestro acto de fé sobre la palabra de la Iglesia sea eminentemente racional, en el sentido de que en teoría filosófica, la razon solo se adhiere á la Iglesia despues de haber reconocido sus títulos, la razon se cree absorbida, en el mero hecho de hallarse sometida, y se rebela ante el temor de verse condenada á esclavitud.

Ahora bien: toda vez que se recusa la autoridad de Dios, vamos á constituir una autoridad humana capaz de imponerse por el número y por el valor de los testigos: es decir, una especie de jurado religioso, cuyas decisiones deberán admitirse, sopena de faltar á las más sencillas prácticas de sentido comun. Esta prueba considerable hállase establecida en favor de la necesidad de creer, por el valor colectivo y comparado, 1.°, de sus defensores; 2.°, de sus adherentes.

I.

Consignemos, ante todo, que al hablar de la autoridad apologética de los defensores de la religion, nos referimos solo á la de nuestro cuerpo docente; mas tambien debemos consignar, que no consideramos á dicho cuerpo como divinamente asistido, pues esto equivaldria á exigir actos de fé, cuando de lo que se trata es de reconducir los espíritus á la fé, sinó como una vasta gerarquía doctoral que se extiende desde san Pablo hasta el último misionero del Evangelio; y tomando esa haz de hombres especiales por su lado natural, es decir, con las virtudes y los talentos que les distinguen, establecemos en su favor una presuncion que formulamos del modo siguiente. En tanto no se demuestre lo contrario, no puede prevalecer contra sus afirmaciones negacion alguna, porque constituyen la autoridad más esclarecida y al propio tiempo más sincera.

En este momento no podemos ménos que experimentar los inconvenientes que resultan para esta cuestion, de hallarnos revestidos del carácter sacerdotal; mas este mismo ministerio hace que envidiemos la suerte de los apologistas que no se hallan con él investidos, pues por lo mismo que no tienen á su cargo la defensa de la verdad, sus razones son más convincentes; sus argumentos más poderosos. Todo lo contrario acontece respecto del sacerdote, pues áun en aquellas ocasiones en que llena el más grato de los deberes, parece que no hace más que desempeñar las obligaciones que el oficio le impone. ¡Singular inconsecuencia de la opinion! Si fuésemos profanos, y

desde lo más alto de una encumbrada posicion dirigiéramos algunas frases de mero cumplido al cristianismo, los libre pensadores se sentirian impresionados por este acto de fé; mas en el mero hecho de afirmar nuestro símbolo con todos los sacrificios de la vocacion, y con los estudios de la vidatoda, ha de escucharsenos como testigos sospechosos. Protestamos contra este proceder contrario á la equidad. En general, toda controversia es dirimida por el juicio de personas especiales: los arquitectos deciden en cuestiones de arquitectura, en las de estrategia los generales, en asuntos de arte los artistas. Entónces, ¿por qué se niega á los teólogos el que puedan entender en los que á la teología atañen? «Joubert dice: En asunto de poesía, es muy fácil engañarse cuando no se siente como los poetas, así como en los de religion, cuando no se piensa como los Santos (1)!»

Todo aquel que habla de una ciencia, sin haberla estudiado detenidamente, no pasa de la categoría de simple aficionado: pero como los aficionados á la polémica negativa gozan de grandes preeminencias, es muy posible que entre en este número la de ser tenidos por autoridades. Si tuviera la osadía indispensable para componer un volúmen de herejías contra las más acreditadas conclusiones de la ciencia médica, de seguro que tan presuntuosa inmixtion me causaria á mí mismo más descrédito que á los mismos médicos: y sin embargo, tratándose de religion, médicos, artistas, filósofos, arqueólogos, no vacilan en escribir contra ella, y lo que es más extraño, adquieren más crédito, se les presta más fé que á los Padres de la Iglesia. Basta que haya quien pretenda hablar de lo que no sabe á fondo, para que pierda la consideracion de las personas juiciosas; mas aparece el primer advenedizo haciendo profesion de libre pensador, y este es ya título suficiente para que pueda arrancarnos el Evangelio de las manos y dar de él un comentario diametralmente opuesto al nuestro. ¿Es esto tolerable? Nó, porque hay en ello una contradiccion y una injusticia. A despecho de toda preocupacion contraria, es menester que el racionalismo reciba sus grados en teología, si quiere que se le reconozca como potencia beligerante en su guerra contra el sacerdocio. Este, con orgullo tan legítimo como el de Alejandro, puede decir: «Dadme reyes por adversarios, ó no lucho.» Es principio de derecho natural, que ninguno puede ser juzgado más que por sus iguales.

Y téngase en cuenta que la autoridad sacerdotal es la única, en el Cristianismo, que no es puramente mística. En Egipto los sacerdotes poseían la ciencia; mas la guardaban para ellos. En todos los demás pueblos afirman; pero no razonan: imponen los dogmas; pero no los justifican. Entre nosotros el sacerdote es al par ministro y apologista de su creencia. Cuando Fontenelle ha dicho que la

---

(1) Pensamientos.

religion cristiana es la única que emite pruebas, ha querido indicar que el clero cristiano es el único que las da. Por consiguiente, considerados en conjunto y en nuestras obras doctrinales, constituimos la más antigua y perfecta escuela Normal que ha enseñado en el mundo moderno.

Confesemos, de paso, que no merece este el nombre de discípulo agradecido, puesto que apénas se ha visto emancipado de nuestra enseñanza, nos ha negado cuanto nos debia, proclamando en alta voz que la ciencia se habia hecho láica. Hablemos claros y sin ambajes. ¿De qué ciencia se trata? ¿De la profana? No tenemos inconveniente en ello: hay más áun, renunciamos el cetro en favor de los que tienen la modestia de adjudicárselo. ¿Trátase de la ciencia religiosa? La cuestion varia de especie y no podemos ménos que hacer constar, que si bien es cierto que muchas cosas se han secularizado, no le ha alcanzado hasta ahora la secularizacion á la teología; que el depósito de la misma hállase áun bajo los sagrados lábios del sacerdote; y que todo aquel que quiera proceder juiciosamente en materias de religion, deberá acudir al sacerdote y ceñirse á lo que él le diga, como no tenga de su parte la evidencia.

Cierto que el sacerdote no sabe más que una cosa; pero de esta cosa, saben tan poco los que aspiran á suplantarle, que apénas sí hay uno entre ellos que se halle en estado de responder corrientemente á un cuestionario de conferencias eclesiásticas; y además de saberla poco, la saben tan mal, que les es imposible hablar, sin poner en evidencia este defecto de educacion primaria, que es causa de que se mezclen los errores más garrafales á la ciencia no aprendida.

Repetimos que el sacerdote apenas sabe más que una sola cosa; pero esta cosa la ha estudiado sin que le hayan distraido ni un solo instante inquietudes de fortuna ni preocupaciones de familia, y bajo una disciplina moral que, concentrando en la inteligencia sus pasiones todas, le ilumina á la vez con mil luces distintas. Por esto cuando aparece á las miradas del mundo uno de esos venerables maestros que han encanecido en servicio de nuestra verdad, si este veterano de la teología, despues de haber atravesado en todos sentidos el mundo intelectual,—á la manera que esos filósofos de la antiguedad, que habian recorrido el mundo entero para preguntar á los oráculos que mayor celebridad tenian adquirida,—presenta á sus semejantes el fruto de sus tareas, diciendo: Hé ahí la verdad; no reconozco á autoridad alguna anticristiana el derecho de adelantarse á ella.

Ya sé que tenemos en contra nuestra adversarios sábios; pero lo que saben y lo que ignoran, influye igualmente en que carezcan de autoridad. En efecto, entre sus glorias académicas cuentan la de que jamás se les confundirá con los doctores de la Iglesia: en sus programas de estudios todo tiene cabida ménos el símbolo de los

Apóstoles, que ha sido de ellos eliminado. De manera, que desde el baron de Breteuil que, obligado á decir quién fué el autor de la oracion dominical, se la atribuyó á Moisés, hasta Francisco Arago, que por primera vez en su vida oyó dicha oracion, rezada por la piadosa hermana que le velaba en su agonía; los sábios, respecto á lo que á la religion se refiere, no representan más, con harta frecuencia, que la ignorancia más peligrosa; la ignorancia ridícula y pedantesca incapaz de proceder con justicia, por lo mismo que no se conoce.

En ciertos conventículos de periódico hase puesto hoy en moda amenazar la influencia sacerdotal en nombre del progreso de las luces. El sacerdote no teme en manera alguna las luces del progreso; lo que teme es su orgullo. Si el siglo XVII, que contaba á Port-Royal en las filas de la oposicion, y que se gozaba con las tesis de la Sorbona, nos hubiese condenado á ostracismo en nombre del progreso, habríamos podido doblar la cabeza ante la aparente autoridad de semejante principio; pero en unos tiempos como los presentes, ante una sociedad compuesta de novelistas y especuladores, de periodiquillos y de gacetilleros, he de confesar que en lugar de entristecerme sólo á risa me provoca el empeño decidido en presentarse candidato á la sucesion de nuestra tiara.

Y no se vaya á creer que la incredulidad se consagre con más insistencia al estudio profundo de la religion, fundándose en la circunstancia de dar á sus elucubraciones el título de *Estudios de historia religiosa*, por qué las cosas no han cambiado lo más mínimo, desde aquellos tiempos en que Labruyere decia. «¿Ignoran los esprits forts que se les llama así irónicamente?» Lo único que puede observarse es, que la ciencia de la religion ha sido sustituida por la que ha dado en llamarse, *ciencia de las religiones*. Muchos son los eruditos que han profundizado extraordinariamente en los cultos de Grecia, de la antigua Roma, de Persia y de la India; pero que son incapaces de exponer un artículo de su símbolo sin desfigurarlo. Las religiones vienen á ser para ellos un tema fecundísimo, ora de notables descubrimientos, ora de ingeniosas clasificaciones, ora de generalizaciones arbitrarias; pero de ningun modo el objeto de una curiosidad verdaderamente doctrinal. Así se explica que haya sábios capaces de explorar la filosofía de todas las religiones, ignorando el catecismo de la suya y que lleguen á alcanzar á veces toda la importancia de Pontífices en las filas de la crítica racionalista, sin haber leido un tratado de la religion verdadera.

Ya sé que no es cosa fácil convencer al vulgo de las gentes, de que, respecto del particular, un pobre cura de aldea, puede estar mejor enterado que todo un señor miembro del Instituto. Cuando el espíritu público ha llegado á sublevarse contra las autoridades divinas, se postra de hinojos delante de los ídolos. Y sin embargo, nada más razonable que aquel axioma popular: Cada cual de su ofi-

cio. Bossuet, con aquel dominio que tenia de la lengua, ha resumido en breves palabras el error de los libre-pensadores respecto del particular. «Blasfeman de lo que ignoran y corrompen lo que saben.» Doble forma de incompetencia especial y propia de los espíritus cultivados, que no lo son sin embargo bajo el aspecto teológico; lo que hace que áun cuando su inteligencia no esté desprovista de valor, sus negaciones carezcan completamente de él.

Y no se me acuse de calumniarlos para tener más fácilmente razon. ¿Donde hallar hoy las pruebas de la ciencia anticristiana como no sea en sus libros? Apelo al testimonio de aquellos que los conocen y de seguro convendrán en que, realmente no ha dado á luz un solo sofisma, que no date de la persecucion de Juliano el Apóstata y que no haya sido refutado ora en el tratado de Orígenes contra Celso, ora en la *Preparacion evangelica* por Eusebio de Cesarea, ora en la *Ciudad de Dios* de S. Agustin. Las objeciones de los exejetas contemporáneos, consideradas por ellos como verdaderos descubrimientos, hace mil años que están reducidas á polvo, en el polvo de nuestras bibliotecas. Mas ya se vé, como no las conocen, nada tiene de particular que la crítica, para presentarse como nueva, sólo tenga necesidad de presentarse como archi-vieja. Publicista hay que comete verdaderos crímenes, para que las gentes se formen ilusiones respecto de su originalidad, y sin embargo no es más que un desgraciado plagiario de la Alemania materialista, ó de antiguas herejías perdidas en los infolio de *Cornelio á Lápide.*

Adjudíquese si se quiere, un premio á estos señores: no hay inconveniente en ello con tal que los académicos paguen los gastos que ocasione; mas admitir, bajo la fé de semejante testimonio, que hace diez y ocho siglos la Iglesia está explicando la Biblia sin entenderla, y que toda nuestra civilizacion ha sido el resultado y el juego de semejante inconveniencia, vale tanto como pisotear en nombre de la ciencia el sentido comun.

Por lo demás, permítaseme que lo pregunte: entre nuestros impugnadores hay sólo sábios? No tengo para que decir que por temperamento y por educacion la injuria me es repugnante en alto grado; pero no hay para que enervar la defensa, por medio de arreglos intempestivos y es conveniente levantar la visera á los combatientes que tenemos en nuestra presencia. ¿Quienes son, generalmente hablando los que hacen la guerra á Jesucristo? Pensadores corrompidos, escritores muy poco incorruptibles, verdaderos malhechores de la pluma, que prenden fuego al templo para alcanzar que se hable de ellos. Por otra parte ¿quienes son los que permanecen al lado de Jesucristo? Una legion de sacerdotes que, considerados en sus diez y ocho siglos de historia, representan mejor que otra clase alguna, la moralidad y el desinterés de las convicciones. ¿Quienes son los enemigos de nuestra verdad? Dramaturgos, poetas, folicularios, algunos filósofos, en suma, las autoridades más frívolas del órden in-

telectual. ¿Y quienes son los defensores de nuestra verdad? Bossuet, Tomás de Aquino S. Agustin, es decir: los jigantes del pensamiento, las lumbreras de la humanidad errante por este valle oscuro, las inteligencias verdaderamente monumentales de la era moderna. Despues de lo dicho invito á los espíritus que tienen más fé en los talentos concienzudos que en las revelaciones divinas, para que elijan entre ambas autoridades. El dia en que Orígenes se presentó inesperadamente en las lecciones públicas de Plotino, este no tuvo valor para continuar delante del Padre de la Iglesia. En la actualidad no hay sacerdote alguno en el órbe católico, que tenga la autoridad de Orígenes; pero todos los sacerdotes reunidos tienen mucha más, y la única actitud que en presencia de este jurado conviene á la incredulidad, es la respetuosa deferencia de Plotino.

Ni basta á una autoridad, para alcanzar nuestra aprobacion, el que sea sabia; es necesario además que sea sincera. Al llegar á este punto, tocamos más bien á una cuestion de honra, que á un tema doctrinal; mas siquiera heridos con frecuencia en este terreno, mediremos nuestras palabras para evitar el que con ellas podamos inferir herida alguna. El mayor error de aquellos que no creen, consiste en persuadirse facilmente de que no se puede creer! Mas al paso que nosotros admitimos, en determinados casos, la buena fé de su negacion, ellos no vacilarian en calificar de mala nuestra buena fé.

¿Es posible que esta multitud de pastores, predicadores y confesores, que marcha discutiendo, sufriendo y rogando al través de las edades cristianas, sea menos honrada que la posterioridad de Voltaire? Podría contestar con la indignacion del orgullo ultrajado; pero prefiero ceder á la noble tristeza del amor desconocido. ¿No es acaso el perdon de las injurias, la mejor refutacion que de las mismas se puede hacer?

La cuestion se halla mal planteada por nuestros adversarios; pues afectan considerar al sacerdote como un desheredado de la fortuna, que, embarazado por sus propias pretensiones, tiende la mano á la Iglesia, diciéndola con los hijos de Helí: *Dimitte me ad partem sacerdotalem ut comedam buccellam panis* (1), cuando lo que sucede, es precisamente todo lo contrario. En primer lugar no es cuando niño, sino á los veinte y tres años, cuando el sacerdote establece con la Iglesia sus lazos indisolubles. Hasta aquel momento habia estudiado como todos los que estudian, mejor ó peor, porque la conciencia le habia dirigido y la inocencia le prestaba sus luces angélicas. Hallábase pues en todo el explendor de una conviccion profundamente arraigada, merced á largos dias de virtud y de trabajo. En dicho instante el levita, vió anticipadamente todos los sacri-

(1) Reyes, 2, 36.

ficios de su vocacion, desde las mortificaciones, con frecuencia mal comprendidas de la juventud, hasta las horas solitarias de la agonía, y seducido por la amargura de este cáliz, llevólo amorosamente á sus labios diciendo: Esta será mi parte. El mundo apareciósele por su lado, y el mundo entónces le era harto desconocido para que le pareciera seductor. Algunos esfuerzos más y el levita lograría hacerse plaza en las magistraturas, en la enseñanza, en la administracion, mas ¿qué valian tales esperanzas para esa alma tocada por la mano de Dios y enajenada de amor celeste, que despues de haber medido la tierra, no habia encontrado lugar más apropiado y bello, que las gradas del altar? Y llegado el momento de la consagracion, preguntad á cuantos la presenciaron si el nuevo Samuel dejó de verter lágrimas hasta regar las losas del pavimento, y preguntad tambien á los amigos que más tarde le recibieron en sus brazos, si esas lágrimas eran la expresion de una tristeza, ó si daban lugar á que se dudara de su buena fé! Inefables gozos del dia más hermoso de la vida: acaso por lo mismo que tanta felicidad encontrasteis en vosotros mismos, Dios os niega la recompensa de los aplausos humanos.

Y con posterioridad á este momento, ¿ha hecho algo el sacerdote que le haga acreedor á la sospecha infamante con que se han pretendido manchar sus convicciones? No, para honrarlas se transfigura, para obedecerlas se crucifica, agota sus fuerzas en su defensa y siempre se halla dispuesto á morir confesándolas. ¿Con qué derecho, pues, se viene á insultar tan bella historia con suposiciones perversas? Instituya la filosofía un profesorado para el cual se exijan quince años de preparacion, continencia perpétua, impopularidad, pobreza y el apostolado hasta el martirio, y verémos si semejante institucion, contará muchos adeptos en su seminario de las misiones extranjeras. Por lo demás ¿cómo se explica que la incredulidad, que admite la buena fé en todos los blasfemos, se atreva á poner en duda la de los sacerdotes, sobre todo teniendo en cuenta que nuestro ministerio es un reconocimiento auténtico de la suya, puesto que está consagrado á contestarla, y teniendo en cuenta que no puede rehusarnos la misma consideracion, sopena de inferir mayor injuria á su equidad que á nuestro carácter?

Yo bien se que puede acusarse al sacerdocio de estimarse en más de lo que merece; pero en tal caso, el sacerdocio contestará á sus detractores, del mismo modo y con idénticas palabras que cierto cardenal herido en su honra. «Cuando me juzgo, me tengo en muy poco; pero cuando me comparo me estimo en mucho». Y en efecto, defensores de la verdad y defensores del error dejemónos de consideraciones y vamos á compararlos.

Comparémosles desde luégo bajo el punto de vista de la dignidad de sus asertos. La del sacerdote tiene en su favor la presuncion de la abnegacion; porque al paso que de un lado se ve al hombre inmolando su personalidad intelectual, á un símbolo que en

manera alguna es obra suya; distínguese en el opuesto el orgullo del individualismo, la ambicion de la celebridad, y esta repugnancia invencible que experimenta el talento extraviado, en confesar que fué engañado ó engañador. Nuestra asercion tiene la presuncion del desinterés: porque de un lado vemos al sacerdote, hallando siempre en su doctrina, más sacrificio que positivo provecho; en tanto que del otro, distinguimos al filósofo obteniendo de la suya numerosas ediciones y lucrativas simpatías, y para el cual una nueva religion no es en manera alguna ni un ayuno ni una limosna, sinó un procedimiento nuevo para llamar la atencion pública y allegar pingües ganancias. La primera afirmacion tiene en su favor la presuncion de su consistencia: porque de un lado está el sacerdote consecuente consigo mismo en todas las vicisitudes de la vida; al paso que del otro encontramos al filósofo que en materias de religion gira como la veleta, á todos los vientos del progreso indefinido, y cuyo escandaloso Evangelio fué cien veces retocado, al compás de las necesidades y los gustos que van privando. Por último tenemos en favor nuestro el testimonio de nuestra muerte: porque de un lado distinguimos al sacerdote, hallando en su fé antigua, fuerza suficiente para sonreir en medio de los dolores de la agonía; al paso que del otro distinguimos al filósofo, resistiendo concluir segun los dogmas de la religion por él inventada, y haciendo honrosa penitencia de su filosofía, en cuanto se ve asaltado por una leve enfermedad.

«¿Cual es el filósofo, exclamaba Rousseau, que llegando á co-«nocer lo verdadero y lo falso, no concediese la preferencia al error «inventado por él, sobre la verdad descubierta por otro; que con «tal de alcanzar los aplausos de la gloria, no consintiera en engañar «al género humano entero; y que en el fondo de su corazon, se pro-«ponga otra cosa que distinguirse? Para él es lo esencial pensar de «un modo distinto que los demás: entre los creyentes es ateo, en-«tre los ateos seria creyente (1).» Antes de poner en duda nuestra buena fé, que la negacion establezca la suya. Por nuestra parte no estamos obligados á creer más que ella misma.

Comparemos ahora los adversarios, bajo el punto de vista de la moralidad que garantiza sus asertos. No cabe dudar que no es necesario ser un santo para tener razon; pero al propio tiempo nada más natural que buscar en los actos de los hombres garantías en favor de sus principios. Admitido este precedente, ¿donde se encuentra el areópago que, mejor que el sacerdocio cristiano, certifique su doctrina por medio de sus sacrificios? ¿Existe entre los representantes del libre pensamiento, un cuerpo escogido más digno de la confianza de los espíritus, que los sucesores de Jesucristo? Yo

---

(1) *Emilio.*

bien se que algunos incrédulos han dado con un medio expedito para preservarse de la inmoralidad, que consiste en suprimir la moral: tampoco ignoro que exajerando las escepciones que, á primera vista, parecen darles la razon, hacen escarnio de la inmensa mayoria que les confunde; mas no importa, con tal que sigan guardando respecto de nosotros las apreciables susceptibilidades de su escándalo! En último resultado sus exigencias son, á pesar suyo, y respecto de nosotros, actos de fé en la santidad de nuestro ministerio; y si es cierto que hay en todos los hombres algo de la naturaleza humana, lo único que importa averiguar es donde se presenta esta más manifiesta, si entre nosotros, ó entre aquellos sacerdotes tan difamados por la filosofía.

De tan conocidas premisas, se desprenden las siguientes consecuencias que lo son ménos: Luégo nosotros merecemos más crédito, que un libertino que niega á Dios, por lo mismo que tiene motivos muy poderosos para desear que no exista: Luégo es al par un absurdo y una injusticia, despreciar la verdad de los santos, en virtud de asertos frecuentemente emanados de una pluma corrompida ó venal; Luego hay una verdadera violacion de la lógica y del sentido moral en dar la preferencia á Voltaire sobre Jesucristo, porque la conciencia de un hombre vale lo que su palabra, y la afirmacion del espíritu virtuoso, es despues de la Iglesia, el más hermoso Sinaí, donde con más explendor brilla la verdad.

Comparemos por último á las partes beligerantes en la ira conque sostienen sus asertos. La buena fé, del mismo modo que el afecto, tiene en la muerte su supremo testimonio. El hombre que está siempre dispuesto á manchar su palabra con una mentira, jamás ha podido hablar con verdad de su sangre vertida. Y hé ahí la explicacion del procedimiento jurídico de la edad media, en virtud del cual se verificaban por medio de suplicios las deposiciones de los delincuentes. Pues bien: convoquemos á la prueba suprema del juicio de Dios á los testigos que deponen en favor de Jesucristo y á los que deponen en contra. La historia revela un contraste glorioso en favor de los defensores de la verdad. En tanto que la asercion filosófica, difícilmente se ha decidido á arrostrar el dolor para dar más fuerza á sus razonamientos, de manera que no existe una sola impiedad sellada voluntariamente con la sangre de su autor, nuestra religion cuenta más de doce millones de testigos que por ella han dado su existencia, sin contar el número de los que estaban dispuestos á hacer otro tanto, si hubiese llegado la ocasion. El cristiano que reza el credo con verdadero fervor, implícitamente es un mártir. La Iglesia es comparable á un Coliseo inmenso á cuya arena desciende consciente todo verdadero discípulo, en cada uno de sus actos de fé.

Sí, el sacerdote es el maestro de tan decididos atletas; el sacerdote perpetua en la tierra la hermosa tradicion del juramento

por el sacrificio de la vida. Gracias á esta fé inquebrantable, se nos puede arrojar de un estado; pero es imposible atentar á la probidad de nuestra afirmacion. El dia en que se nos notificaran los edictos de proscripcion; cuando, derramando lágrimas de amargura, nos acompañasen los verdaderos católicos hasta la orilla, todavía podríamos hacer una manifestacion suprema, puesto que encarándonos con la impiedad podríamos decirle: Volved á abrir los anfiteatros, nombrad vuestros procónsules, y atreveos á hacernos vuestra intimacion postrera; y dirigiéndonos despues al pueblo le diriamos: Ya que nuestra palabra de honor se pone en duda, creed por lo ménos nuestra muerte. Y con tal que el sacerdote se envolviera en el sudario bañado con su sangre, su misma tumba profetizaria, y al hallarle cubierto con la púrpura del martirio, el porvenir absorto exclamaria. « *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios* (1).»

Sean pues confundidos por la inverosimilitud de sus invenciones, los que buscan la explicacion de semejante martirológio en los prodigios del charlatanismo. Ozanam ha citado como el más bello ejemplo de la buena fé religiosa, á esos eclesiásticos convertidos del anglicanismo, que abandonando sus beneficios de noventa y de cien mil francos, se trasladan á París, donde con su enseñanza se proporcionan los medios indispensables para sustentar á sus hijos y á sus esposas. Hay sin embargo un espectáculo más bello todavia y es el de los jóvenes sacerdotes, á quienes he visto besar los piés en la iglesia de las Misiones Extranjeras, y que, por amor al prójimo, iban á buscar en los más remotos confines de la tierra, la muerte tan gloriosa como oscura de S. Cipriano y de S. Ireneo. Ante semejante espectáculo, desaparecen todos los demás. El sacrificio más grande que puede el hombre hacer en favor de sus convicciones, más que en vivir, consiste en morir por ellas.

II.

La autoridad de los discípulos de la fé, en general, constituye, racionalmente hablando, un testimonio todavía más imponente que el de los defensores de la fé. Coloquemos esta ciudad de Dios, frente á frente á aquella que de Él blasfema; la Iglesia de la afirmacion, frente á frente á la de la negacion, y reduciendo las creencias á mera cuestion de votos, demostremos que las verdades eternas están aseguradas al mundo en virtud de una posesion indestructible. No es esto seguramente lo que pretenden los adversarios, y en prueba de ello vamos á citar un argumento especioso que nos prodigan con más ruido que razon.

---

(1) Mat. 27-54.

Contemplan los explendores temporales del pontificado y se regocijan y áun aplauden el que hayan existido. Luégo ponen sus miradas en la historia y fijan la atencion en la monarquía católica de S. Luis, en el entusiasmo de las Cruzadas, en las virtudes de la antigua Tebaida y dicen: Esto pasó. Por último consideran el reducido espacio que la Iglesia ocupa sobre la tierra y discurren de esta suerte: Entre los cien mil millones de séres que ocupan el globo, apénas si hay cuatrocientos millones de cristianos; de este número deben descontarse los filósofos que no quieren la religion, los indiferentes que no se acuerdan de ella y los pobres de espíritu que no saben lo que quieren ni áun lo que piensan; lo poco que resta carece de fuerzas para que pueda subsistir mucho tiempo. En la época de Juliano el Apóstata se echaba en cara á la Iglesia su juventud, haciéndole un cargo de que sólo contara tres siglos: hoy volviendo el argumento al revés, se le dice que ha envejecido lo suficiente y se la amenaza con que no vivirá más que trescientos años! Es inútil decir que existen espíritus superficiales, que se prometen presenciar el descrédito de ese Dios condenado por el sufragio universal! Y tampoco tenemos porque recordar que no transcurre un sólo dia, sin que, sectas más efímeras que el polvo y que el humo, pasen ante la figura de Jesucristo diciéndole: Es completamente inútil que tengais pretensiones á la vida, en realidad estais muerto.

Trátase al presente de demostrar, que tan siniestros presagios sólo se hallan fundados en falsedades ó preocupaciones completamente desprovistas de razon. Desde luégo debemos hacer hincapié en el hecho de que el argumento vá dirigido contra los católicos y no contra los creyentes: contra el cuerpo de la Iglesia, no contra el gran partido de la Fé, por consiguiente los que así proceden están fuera de la cuestion. Léjos de seguirlos en su camino, trataré-mos de hacerles penetrar de nuevo en el terreno de la lucha.

Para refutarlos, nada más óbvio que aplicar á la religion las notas de la Iglesia, y por consiguiente, que aducir en favor de la primera contra los incrédulos, los argumentos empleados por la segunda contra los herejes; sobre todo cuando semejante asimilacion, no se halla completamente desprovista de certeza. La Iglesia léjos de constituir un imperio ceñido de murallas como la China, se extiende, en el espacio, de un extremo del mundo al otro, y en el tiempo, desde Adan hasta la consumacion de los siglos. Su alma, que constituye su verdadera medida, no sólo comprende á los católicos, sinó tambien á todos los cristianos disidentes que con la mejor buena fé viven en el error. A cada momento se acrece con el contingente de los infieles que habiendo practicado la ley natural durante su vida toda, ántes del término de ella, merced á la misericordia preventiva de Dios, ven sus virtudes elevadas á un órden sobrenatural. Así constituida y de tal modo entendida la vasta

comunion de los creyentes, constituye, por la masa de sus afirmaciones, una probabilidad tal, que el espíritu humano, por más que haga, jamás podrá afirmar cosa alguna descansando en más imponente testimonio. Ahora bien, descomponiendo este testimonio, me resulta que el deber de creer, incumbe á la razon por los motivos al presente más incontestables: la autoridad de las mayorías; la de las capacidades; la de la santidad; y la de la universalidad.

Ocupémonos en primer lugar de la autoridad de las mayorías. Si detallamos este innumerable escrutinio, que se compone de los votos de todo el género humano, encontrarémos que la incredulidad se halla condenada por la casi unanimidad de los votantes. En efecto, ¿á qué se reducen las negaciones contemporáneas una vez desprovistas de la máscara de su especial fraseología? Al ateismo, al materialismo y al escepticismo: en puridad de verdad estos son sus nombres. Ahora bien: semejantes crímenes del pensamiento, nunca han podido alcanzar más que un reducido número de adhesiones en el gran concierto de la opinion universal. Puestos fuera de la ley por la conciencia de todos los pueblos, sólo pueden circular echando mano del recurso de valerse de títulos atenuantes y á veces hasta religiosos para engañar la religion de las muchedumbres; del mismo modo que ciertos malvados sentenciados por los tribunales, toman un nombre supuesto para mejor eludir la persecucion de la justicia. Llega un dia sin embargo, en que las muchedumbres, deslumbradas por un instante, vuelven en su acuerdo, ven claro en el asunto, y reconocen á esos blasfemos disfrazados; pues sabido es que las muchedumbres no se dejan engañar por la impiedad que se dirije contra la naturaleza. En tal caso los blasfemos, para quienes, Dios, Providencia, vida eterna, no son más que *bellas palabras anticuadas y un tanto enojosas*, ven que en frente de ellos se levantan, no sólo la Iglesia católica, sinó tambien el protestantismo, el mahometismo, el paganismo, es decir: una autoridad numérica, bajo el peso de la cual todas las negaciones quedan aplastadas.

Yo bien sé, que se procura eludir semejante reprobacion unánime, bajo el frívolo pretexto de que existen pueblos cuyo vocabulario no encierra este adorable substantivo ¡Dios! más esto como se comprende más que un argumento es un subterfugio. Si tales pueblos carecen de la idea de Dios, en singular, la tienen perfectamente clara en plural; díganlo sinó sus ídolos, sus templos, sus sacrificios: son politeistas, no ateos; se engañan; pero creen. Despues de lo dicho, y en el supuesto de que los salvajes escaparan á la ley esencial de nuestra naturaleza, la necesidad de adorar, ¿la excepcion destruiria la regla general? Nó: social el hombre por su naturaleza, no puede considerarse en el estado que le corresponde como no sea viviendo en sociedad. Los ateos imaginarios de que puebla los bosques la filosofía, no deben computarse en este escru-

tinio de una votacion hecha por medio del sufragio universal, del mismo modo que en los usos comunes no se computan ni áun toman parte en la votacion los jóvenes que no han llegado al completo desarrollo de su razon, ni aquellos que despues de haber llegado á ella la han perdido. Prueba evidente de que, para hacer tábla rasa de las creencias, seria indispensable hacer abstraccion de la humanidad, que constituye una potencia invencible contra la cual no existe otra alguna que pueda prevalecer. Precisamente á este propósito ha podido repetir: Hay quien tiene más intencion que Voltaire, y este es el mundo.

Imaginemos á los incrédulos constituidos en sociedad en una especie de nueva Icaria, ¿qué espacio ocuparia este Estado? difícilmente podria ser una nueva república de San Marino. Frente á frente de esos hermanos separados de la gran familia humana, convoquemos la asamblea más ecuménica de que pueda tener idea el espíritu, reunamos todos los creyentes presentes y pasados del universo, y dígase si el contraste que resulta, no basta por sí sólo para llevar á los ánimos la más honda conviccion.

Imagínense ahora las innumerables generaciones de antepasados y de santos, que ántes del cristianismo y despues del cristianismo, en Oriente y en Occidente, pertenecientes á la verdadera religion y á las religiones falsas, han hecho su peregrinacion por la tierra, diciendo: Creo. Ante tan considerable muchedumbre, no puede presentarse uno sólo de los contados discípulos del libre pensamiento que pueda decir con conviccion: No creo. Y que no se ponga en tela de juicio la autoridad de las edades pretéritas, so pretexto de que nuestro siglo tiene más saber que todos los demás juntos; porque si bien es cierto que ha hecho muchísimo en lo que se refiere á las ciencias naturales; nada, absolutamente nada ha inventado en favor ni en contra de la religion. Ni contra la religion decimos, y no hay porque sorprenderse; pues escepcion hecha de algunas opiniones gratuitas sobre el orígen de las cosas, la cuestion es siempre la misma: los problemas que hoy se ventilan, son los que se discutian en el siglo XVII, y los motivos que para creer tuvieron Bossuet y Fenelon son los mismos que á nosotros nos asisten. ¡Hemos nombrado á Bossuet! ¿Créese que su fé habria vacilado poco ni mucho en vista de la moderna exegesis alemana, que ya presintió en las primeras atrevidas proposiciones de Richar-Simon, ó á consecuencia de esta paleontología materialista que ora da sus quimeras, ora sus dudas, como decisiones formuladas *ex cátedra*? Pues bien si la única ciencia completa es la ciencia de este siglo, la única religion razonable es la del pasado, y los que fueron nuestros padres continúan siendo nuestros maestros. Respecto de la materia, sabemos algo más qué ellos; pero en cuanto al espíritu concierne, en lo que se refiere al alma y en lo que se refiere á Dios, constituyen y continuarán constituyendo una autoridad irresistible.

Despues de haber contado á los antepasados, es indispensable, tratándose de completar el testimonio, agregar los contemporáneos que, sin distincion de nacionalidad, de culto, ni de color, fraternizan en la comunidad de este sentimiento: Creo en un sólo Dios, creador del Cielo y de la tierra. Cierto que en tan bello unísono, pueden percibirse algunas discordancias filosóficas; mas al paso que de una parte se halla la humanidad, de la otra se encuentran las escepciones y las anomalías, no en manera alguna lo más selecto como se pretende acreditar. Y si Tertuliano confundia al paganismo del siglo II valiéndose del argumento de la multiplicacion cristiana, ¿qué diria hoy viendo la ínfima minoría que blasfema, y mostrándole las cinco partes del mundo postradas de hinojos ante Dios vivo y personal? Hubo un tiempo en que se creyó decir una gran cosa manifestando que el sol no se ocultaba nunca en los dominios de la monarquía española; pues bien, no hay poder alguno, ni existe en la tierra soberano alguno que pueda gloriarse de un personal tan numeroso como el que presta adoracion al Rey del cielo y á su Verbo hecho carne para nosotros. Semejante personal es el Cristo místico de que hablan algunas veces los Padres de la Iglesia; un Cristo más gigantesco que aquel debajo del cual se doblaban las espaldas de S. Cristóbal. Así se explica que no exista fuerza bastante para abrirle una tumba, porque ocupa el órbe entero de uno á otro polo; ni haya revolucion alguna capaz de destruirlo, porque nuevo Samson, bástale con remover la historia, para que vacilen hasta sus cimientos más profundos las columnas sobre las cuales descansan los imperios, y para sepultar debajo de inmensas ruinas esos débiles antagonismos que, relativamente á su afirmacion, están en la misma proporcion en que se hallan algunas unidades respecto de centenares de millones.

Y áun seria algo si los incrédulos dispersos sobre la superficie del globo pudiesen oponerse en haz compacta á nuestra verdad; pero ello es que por más que han hecho, nunca han podido constituirse en sociedad compuesta de veinte individuos. La esencia necesaria del racionalismo es el fraccionamiento hasta lo infinito. Sus adeptos sólo logran entenderse cuando tratan de atacarnos: entre sí, jamás han conseguido ponerse de acuerdo, y de esto resulta un contraste que redunda en favor nuestro, pues al paso que cada uno de nosotros tiene en apoyo de sus afirmaciones á toda la humanidad presente y pasada, el incrédulo sólo cuenta para las suyas con su propia personalidad. En tanto que la fé es la sociedad de los espíritus y de los corazones, la incredulidad es siempre el individualismo en hecho y en sistema. De aquí resulta indefectiblemente el que se considere cosa imposible un pueblo de ateos, á pesar de lo mucho que del mismo se habla: seria tan imposible reunirlos sin que el mundo se conmoviera, como hacerlos vivir juntos sin que se revolvieran entre sí y fueran los unos la desesperacion de los otros.

Hemos oido á las mayorías: consultemos ahora las capacidades.
La mayor parte de sus adeptos hace en cierto modo del partido de la religion el del sentido comun, por lo mismo que el espíritu humano no puede ver la verdad dónde hay la confusion; y por el contrario, se agrupa instintivamente á todos los puntos al rededor de los cuales encuentra multitudes unánimes y desinteresadas. Sin embargo, las mayorías por sí solas constituyen una fuerza ciega; al paso que las mayorías robustecidas por la adhesion de las capacidades, forman la verdadera autoridad. Por esto decimos que no basta con contar a los creyentes: es menester pesarlos. Al presente vamos á establecer nuestra tésis sobre las ruinas de una objecion. Si las mayorías constituyen el criterio de la verdad doctrinal, la incredulidad puede decirnos: el cristianismo debe desaparecer ante el paganismo de Buda y de Confucio, que cuentan con un doble número de adeptos. Para hacer frente á semejante reparo, dividirémos el argumento en dos partes, la una dirigida contra la incapacidad de los idólatras que creen en lo falso y cuyo gran número se nos opone, la otra contra la capacidad de los filósofos que no creen nada, y cuyas luces se nos oponen.

Por lo que se refiere al paganismo, no ha de temer el lector que hable sin justicia ni sin estudio. Conozco las celebradas maravillas de la civilizacion india del mismo modo que sus espantosas caidas; y por lo mismo puedo afirmar con seguridad, que la poblacion cristiana del globo, representa por si sola más caudal de inteligencia que esa porcion de la humanidad. De manera que no podemos atinar, que es lo que se prometen nuestros sábios que en tan poco tienen la opinion del vulgo en Europa, cuando nos oponen esas muchedumbres de árabes, de budhistas y de antropófagos cuya fé, filosóficamente hablando, dista mucho de pesar lo que el *Credo* de S. Agustin y de Sto. Tomás. ¿Qué puede ante una razon imparcial, la autoridad de cinco ó seis cientos millones de idólatras, comparada con la de nuestros diez y ocho siglos evangélicos? De seguro constituirá una vergüenza para nuestra época, el hecho de haber empleado una crítica tan exigente contra el cristianismo, que tiene una historia tan clara como la de Francia, siendo así que tantas complaciencias ha guardado para con las supersticiones que ofenden al buen sentido. Bajo este punto de vista nuestros contemporáneos han cometido atentados tales, que serán el escándalo de la posteridad! Cada vez que pienso en esas *Revistas* pérfidamente hostiles que han osado colocar á Jesús, al lado y á veces debajo de Sa-Kiamouni, llego á presumir que la incredulidad europea experimenta el castigo de haber descendido hasta la barbárie indiana, en justa recompensa al crímen de haber osado ponerla en parangon con el Evangelio.

Yo me guardaré muy bien de inferir injuria á sus talentos en lo que concierne á la pequeña iglesia del libre pensamiento; mas di-

gase en buena fé si desde el comienzo del mundo ha existido jamás mayor suma de inteligencia empleada contra Dios. Hasta el siglo XVIII, la negacion no contaba ni con filosofía ni con literatura propias: posteriormente ha contado entre sus ilustraciones con más hombres de ingenio que de génio, pues el verdadero génio siempre ha temblado ante la inmortalidad del blasfemo, y ha abandonado gozoso esa gloria fácil á las inteligencias de segundo órden, incapaces de conquistar otra. Y si no ¿á qué se reducen actualmente las obras maestras del anticristianismo? A algunas docenas de libros de erudicion sospechosa, que no resisten á esta funcion subalterna del entendimiento: la crítica. Todo lo cual en nada obsta ni á los prodigios de invencion, ni al culto de la grande originalidad; pero en cambio supone las obras maestras reemplazadas por elucubraciones pedantescas, el pendon de la impotencia levantado sobre las obras del espíritu humano, y el derecho de insultar al talento, esplotado en provecho de las medianías envidiosas que carecen completamente de él.

Los escritores incrédulos deberían recordar que su abolengo no pasa de un siglo (1), que podría sepultárseles fácilmente debajo de los escritos compuestos por los que defendieron lo mismo que ellos atacan, y que su capacidad apénas representa una gota de agua en el océano inmenso de la inteligencia cristiana. ¿En virtud de que lógica, puede prevalecer contra la natural pendiente de todos, la hostilidad de algunos? ¿En virtud de que principio, sobre todo, los que hacen gala de insultar á Dios, pisoteando al par nuestras capacidades y nuestra mayoría, quisieran poner por encima su infalibilidad ateista? Pensadores inconsecuentes que han abolido los privilegios delante de la ley civil, y que por lo que atañe á su oposicion á adorar, aspiran á las inmunidades por ante la ley natural.

Tenemos pues que lo mismo cuando se trata de orientarse sobre el valor numérico, que sobre el valor intelectual de aquellos á quiénes se pretende seguir, es indispensable ponerse de nuestra parte: otro tanto acontece cuando se consulta su valor moral. Siempre serán más fácilmente creidos aquellos que para creer han de realizar mayores sacrificios. El hombre que se hace superior á sus pasiones comunica á sus conclusiones el peso de su virtud, y al par el de su inteligencia. Por esto cuando considero que la necesidad de creer, apesar de las obligaciones que impone, se conquista más convicciones que el culto fácil del libre pensamiento, encuentro la fé divina, no solo por razon de la moral que prescribe sino tambien á causa de la moralidad que obtiene. ¿Dónde y cuándo, bajo el imperio del ateismo, se han visto florecer virtudes com-

(1) Celso, Porfirio etc., no eran incrédulos en el sentido rigoroso de la palabra, sino politeistas... defendian una religion falsa; pero no profesaban la irreligion absoluta.

parables á las del mundo cristiano? Abra la incredulidad sus filas, y haga salir si puede una procesion de vírgenes, de apóstoles y de confesores que pueda compararse á la pintada por Flandrin sobre el friso de la Iglesia de S. Vicente de Paul en París.

No, fuera de la fe, y especialmente de la fé cristiana, existen vicios que los moralistas ni siquiera atacan, por que desesperan de salir vencedores. Allí se santifican las debilidades, para hacer á los santos una especie de concurrencia que nada cuesta; se considera á la pureza como una preocupacion, para excusarse de observarla; se falsifica el deber para declinar la vergüenza de no cumplirlo; y á fin de ocultar mejor su impotencia, se procura sofisticar la verdad histórica, hasta el punto de quitar al cristianismo los honores de la moralizacion cristiana. Pero, poco importa que se nieguen las virtudes de los creyentes, por los que están interesados en negar la utilidad de las creencias: la vida de los Santos es un milagro que no puede ser destruido. Poco importa que Voltaire, con un descaro por el cual pido perdon á Dios y al lector, haya llevado su impudencia hasta el punto de decir: ¡Que durante cien años, *fué sólo la canalla más abyecta la que abrazó el cristianismo!* ¿Qué entendia por ese epíteto de doble sentido, que apénas me atrevo á repetir para rechazarlo? ¿El parásito servil de los reyes aludiria acaso á la pequeñez de mis abuelos? Si así fuese lo aceptaría con orgullo. ¿Es una calumnia lanzada contra su inocencia por el burlador de Dios y de sus Santos? La rechazo con toda mi indignacion. Fijemos el valor de las expresiones: existe la canalla de los hospitales y la canalla de los presidios; la que padece hambre y la que delinque: la primera pertenece á Jesucristo, que hace de ella sus miembros pacientes; la segunda pertenece al libre-pensamiento por lo mismo que lógicamente procede de sus principios. Tome cada uno la parte que le corresponde, y que los grandes crímenes como las palabras de efecto, queden de cuenta de los insolentes.

Sabido es que una poblacion numerosa, sana, y esclarecida, revela el poder de una dominacion; mas para completar su grandeza necesita además que sea muy extensa; pero no con una extension cualquiera, sinó con la extension en el tiempo y la extension en el espacio, dos carácteres clásicos de la verdad, á los cuales he dado el nombre de universalidad de la fé: *quod semper, quod ubique.*

En el tiempo su imperio carece de límites: toda incredulidad es efímera por su propia naturaleza. La de los individuos, libres ya de las tempestades de la juventud, no resiste por punto general á la experiencia de su edad madura; la de los pueblos, comenzada por un desvanecimiento de orgullo filosófico, concluye al cabo de breve tiempo por las catástrofes de una revolucion. Sea como quiera, la incredulidad que sigue, no es en caso alguno continuacion de la que precede: entre una y otra existe solucion de continuidad. Pero

así como la religion no tiene pátria, porqué las abarca todas, tampoco pertenece á ningun siglo, por lo mismo que todos los comprende. Vuélvase la mirada á todos los confines de la tierra ; fíjese la atencion en todas las páginas de la historia, desde el primero hasta el último dia del universo, y se verá que siempre ha tenido á la especie humana subyugada á sus mandatos. ¿Porque ha de causarnos pues sorpresa, cada vez que oimos decir con visible afectacion que cada uno pertenece á su tiempo? Nó, á todos los tiempos pertenecemos: somos del pasado, del presente y de lo porvenir: pertenecemos á la eternidad. A la eternidad sí, porque Dios puede levantar nuevos universos sobre las ruinas de este; pero la fé subsistirá en todas las creaciones donde existen séres dotados de razon. Una cosa hay que no puede extinguirse, como no sea que desaparecieran el cielo y la tierra, y es el conocimiento de Aquel que las hizo de la nada. «La religion ha penetrado en el mundo con el primero de los hombres y solo saldrá deél cuando desaparezca el último (1).»

Conviene demostrar ahora que su universalidad no es ménos ilimitada en el espacio que en el tiempo. El pueblo sin altares de que nos habla Plutarco, no se ha encontrado todavía. Doquiera fije el hombre su planta, se postra de hinojos: allí dónde vierte lágrimas, sean de gozo, sean de amargura, se exhalan de su pecho testimonios de adoracion. ¡Que diferencia, entre el reino de la fé, y el de las preocupaciones opuestas! Las coaliciones filosóficas casi nunca han tenido más que un sólo país por teatro, ni han alcanzado más duracion que la de un cuarto de siglo: ¿Qué son para el género humano las negaciones de algunas celebridades del Instituto? ¿Qué significan las pandillas racionalistas comparadas con la poblacion de ambos hemisferios? Convenido que la blasfemia puede proporcionar una inmortalidad de breves años á orillas del Sena; pero la influencia que de ella nace, se desvanece al cruzar la cordillera pirenáica, cuando toma la direccion del mediodia, ó se hunde en las aguas del Rhin, si da la preferencia al camino del Norte. Por consiguiente, todas las dominaciones, excepcion hecha de la de Dios, tienen un terreno circunscrito. Sólo á la religion es dado expresar, no las tendencias de un hombre, sinó las de la humanidad; no las necesidades de la localidad, sinó las del universo entero.

El hijo de Adan, lo he dicho y lo repito, cree y adora, de la misma manera que llora, rie y ama. Cuando el peso del dolor inclina su cabeza hácia la tierra, su pensamiento se remonta al cielo. Y es esto tan natural, valiéndonos del lenguaje de la Escritura, como el piar á los hijuelos de la golondrina. Así se explica que existan países en los cuales la civilizacion esté completamente desconocida; pero no hay uno sólo en el cual no exista religion. Siquiera no

---

(1) Monsieur Darboy. *Mandement du Carême* 1869.

pueda formarse idea del mundo en que vive, por su estado de rudeza y selvatiquez, concibe que más allá hay algo superior, bien así, como se ha dicho del pájaro, que á medida que hiende los aires, comprende que tiene alas. Por consiguiente la pretension de librarse de la santa ley que nos impone la fé y la adoracion, vale tanto como pensar de un modo distinto que la mayoría; que el génio; que la virtud; en suma, equivale á tomar puesto fuera de las filas de la humanidad racional; en las falanjes, faltas de brújula y gobernalle, del libre pensamiento, á las cuales, la desgracia de no creer en la religion, tan pronto conduce á dar fé á las mayores locuras, como á no dar crédito á la misma evidencia.

Conclusion: en todo y para todo aceptamos autoridades, ¿á qué emanciparnos pues en materia de religion? Este órden jerárquico en la transmision de la verdad, hállase basado en la razon, y Dios al disponer que los hombres hayan menester los unos de los otros, no ha pretendido humillarlos sinó recordarles su pequeñez. El sacerdote aprende de profesores especiales, la jurisprudencia, las ciencias, las artes y otras muchas cosas, ¿por qué razon entónces ha de rehusarse al sacerdote la enseñanza teológica que constituye su especialidad, sobre todo cuando esta especialidad es las más de las veces una completa garantía?

Próximo Bossuet á exhalar el postrimer suspiro, aproximóse á su lecho un escéptico de aquel tiempo, preguntándole si habia siempre creido lo que habia enseñado. Al oir semejante pregunta el sublime agonizante, con un acento más arrebatador áun que el de sus oraciones fúnebres, exclamó: ¡Creo! Tal es el ideal del testimonio sacerdotal. Al contemplar á Bossuet recitando el símbolo con la mano puesta sobre los Evangelios, he experimentado la conmocion más profunda que, despues de la palabra de Dios, pueda producir la palabra del hombre en la razon humana.

Y, sin embargo, existe una presuncion más bien fundada todavía, y es la que resulta de la autoridad colocada en la multitud de los creyentes. Escuchemos, pues, al género humano anterior y posterior á Bossuet, profiriendo su acto de fé en todas las lenguas del universo, y convengamos en que no es posible que la razon pueda excluirse de esta adoracion universal, sin librarse del cumplimiento de las leyes que le están impuestas. He citado repetidas veces á Bossuet y á Fenelon. Convengo en que ambos, en cierto modo, fueron profetas desde el claustro materno, y que por lo mismo puede considerárseles como iluminados desde el instante en que nacieron; mas fijémonos en Pascal, hombre de mundo, que reconquista por medio del razonamiento, la verdad que poseía por tradicion de familia; y cuando contemplemos á ese génio privilegiado, despues de haber descubierto, niño áun, hasta la trigésima novena de las proposiciones de Euclides, componer una humilde plegaria para alcanzar la pa-

ciencia necesaria á fin de soportar sus acerbos dolores, nos será imposible desconocer al Dios que presidió aquella vida y aquella muerte. Y si despues nos acordamos de Descartes, tambien hombre de mundo, que penetró hasta los más profundos abismos de la certeza, en presencia de esta razon tan exigente y al par tan sumisa, rezarémos nuestro símbolo con ménos incertidumbre y con mayor conviccion. Porque nuestro símbolo es el de Descartes y el de Pascal, y el de los mártires, y por consiguiente no debemos balbucear tímidamente lo que otros más grandes que nosotros cantaron con verdadero entusiasmo. Es imposible imaginar una fé más bien comprobada y mejor certificada que la nuestra. Sin embargo, para poseerla dignamente, no es lo más seguro fijar los ojos en los que la profesan, sinó elevarlos al Cielo de donde procede: aquí clavó Dios las antorchas que difunden su luz sobre el mundo; de aquí desciende esta sobre los espíritus vacilantes. No lo olvidemos pues, porque si bien es cierto que el hombre nada debe temer por sus errores, cuando estos no son hijos de la malicia; tambien es verdad que el hombre que se dirige al Señor, diciéndole cada dia, *Dios mio, aumentad mi fé* (1), puede tener la seguridad de que recorrerá todo el camino sin extraviarse un solo instante.

(1) Luc. 17, 5.

CAPÍTULO IV.

La pretension de libertarse de la fé religiosa, da como resultado, ó creerlo todo ó no creer cosa alguna.

Con anterioridad á todo razonamiento intrínseco, la necesidad de creer se presenta al espíritu bajo la garantía de una autoridad exterior más grande que la dificultad de creer. Esta autoridad se compone del doble testimonio de los defensores y de los discípulos de la religion en general. Los defensores, por su competencia y sinceridad incomparables, constituyen un jurado doctoral, ante el cual, *á priori*, toda negacion tendrá en contra suya una presuncion desfavorable, miéntras no demuestre que de su parte se halla la razon. A más de lo dicho, debe tenerse en cuenta que los adherentes agrupados y considerados en una especie de agregacion cosmopolita, constituyen una autoridad superior á todas por la cuádruple ventaja de su número, su capacidad, su moralidad y su universalidad. De manera que puede componerse sobre la tierra una ciudad de Dios más extensa que la Iglesia visible, en el seno de la cual, el individualismo de las negaciones, se pierde como las ligeras discordancias en un inmenso concierto.

Hé ahí, pues, la dificultad de creer aminorada por una vasta presuncion constituida en favor de la necesidad de creer; mas siquiera quede esta dificultad reducida á pequeñas proporciones, no lograrémos hacerla desaparecer completamente, porque á pesar del afecto de Dios respecto al hombre, éste tendrá siempre la libertad de negarle su adhesion. Afortunadamente, este mismo desórden contribuye á una armonía sublime, toda vez que la fé y las obras del hombre son tanto más estimadas, cuanto mayor es la posibilidad y hasta la tentacion de pensar y obrar de otra manera.

Supongo, sin embargo, que el incrédulo pertenezca desgraciadamente al número de aquellas almas de que habla Bossuet, capaces de desafiar en vida y en muerte la necesidad de creer, por la dificultad de creer; ¿podrá fijarse en una fé de justo medio que sa-

tisfaga á semejante necesidad, y al par escape á dicha dificultad? Para alcanzar semejante resultado, ¿bastarále, por ejemplo, con reemplazar las religiones positivas por una religion personal, de la cual sea el individuo al par sugeto y pontífice? ¿Bastará que se dé por satisfecho con decretar que no hay dogmas religiosos, sinó un sentimiento religioso cuya presion es arbitraria hasta tal punto, que los templos en vez de constituir el lugar destinado á las manifestaciones de un culto obligatorio, vengan á convertirse en una especie de ateneos en los cuales pueda cada individuo consagrarse á su manera á ejercicios piadosos, como pudiera en otras partes dedicarse á la realizacion de trabajos artísticos, en el modo, en la forma y en la proporcion que reclame su temperamento?

Tan espantosa locura ha llegado á concebirse; mas, por fortuna, jamás alcanzará los honores de una aplicacion social: el dia que desde los libros pasara á formar parte de las costumbres públicas, asistiríamos de seguro á la representacion de escesos altamente injuriosos al sentido comun, porque los unos, estableciendo en vez de esta religion privada, todos los ensueños de su extraviada fantasía, se entregarian á las más degradantes alucinaciones,—que la civilizacion moderna es incapaz de imaginar lo que á fuerza de no creer, son capaces de creer los pueblos;—al paso que otros, no viendo en la religion otra cosa más que un ideal desprovisto de toda realidad objetiva; el nihilismo envuelto en una especie de poesía virtuosa, convertiríanse en mónstruos de impiedad más ó ménos desembozada, al modo que los paganos ilustrados de la decadencia romana, que segun Gibbon, bajo las vestiduras del pontífice, ocultaban sus sentimientos completamente ateos.

La religion, tan escelentemente representada entre nosotros por el cristianismo, nos pone á cubierto de ambos peligros. Salva de un cataclismo el sentido comun, tanto por lo que prohibe, como por lo que manda creer, y cuando Tertuliano exclama: Nuestra curiosidad se ha extinguido con la venida de Jesucristo, creemos en él, y además creemos que en nada más que en él debemos creer (1), indica el secreto de una armonía que no puede encontrarse fuera de la fé cristiana, por lo ménos para aquellos que fueron educados en el cristianismo.

En efecto: cuando el hombre sale de la religion por la negacion, ó bien cede á la necesidad de creer, y entónces se aparta de la fé revelada para extraviarse en el misticismo de la supersticion, ó cede á la dificultad de creer, y entónces se hunde en la insondable nada de toda creencia religiosa. Esto sentado y convencidos de ello, vamos á intentar la demostracion de que los incrédulos, por una lógica fatal, se ven impulsados ó á exagerar inmensamente la fé que recha-

---

(1) *Tratado de las Prescripciones*, VIII.

zan, ó á perder la fé que quisieran conservar; es decir: 1.° ó á creerlo todo, 2.° ó á no creer cosa alguna: dos humillaciones á las cuales no puede ceder la razon, como no sea abdicando su poder.

I.

No es cosa nueva llamar á los filósofos raza crédula, pues Ciceron lo dijo ya: *Philosophis, credula gens.* Hoy como entónces, los pensadores que tienen más profundamente arraigada la credulidad, son los que tienen ménos creencias. La prueba resaltará con verdadero explendor, al paso que adelantemos en el desarrollo de esta proposicion. Abrazan una religion ménos razonable, opiniones ménos probables y determinaciones ménos seguras que la fé de que se emancipan.

He dicho una religion ménos razonable y voy á revelar la manera como se realiza semejante trastorno. La necesidad de creer tiene legítimas exigencias, pero al propio tiempo está rodeada de grandes peligros: sólo la religion puede contenerla dentro de justos límites. Al terminar la tempestad revolucionaria, cuando la Francia libre de su vergonzosa embriaguez, pudo apreciar con calma y serenidad, las espantosas bacanales, unas veces torpes, otras sangrientas que mancharon su culto á la Razon, avergonzóse de las locuras de su devocion filosófica, y uno de sus legisladores exclamó: «Léjos «de sostener que la superstición sea resultado del establecimiento «de las religiones positivas, puede afirmarse que sin el freno de las «doctrinas y de las instituciones religiosas, no habria términos «para la credulidad. La fé sirve para llenar en el hombre el lugar «que la razon deja vacío y que la imaginacion llenaria indudable«mente muchísimo peor. Los hombres en general han menester un «culto para no degenerar en supersticiosos, así como para no ser «crédulos es indispensable que sean creyentes (1).» Palabras graves, pronunciadas por un testigo ocular respecto de un gran experimento de nuestro pasado, por lo mismo que demuestran que nuestra religion no es ménos bienhechora cuando nos prohibe creer lo que ella no nos enseña, que cuando nos enseña lo que debemos creer, porque los escesos de la fé son una debilidad más conforme á las inclinaciones de la naturaleza, que las de la incredulidad.

El hecho es patente: ¿cuál es la causa? La necesidad de Dios, la más imperiosa de las que existen en el alma humana, cual esos rios que se abren un nuevo cáuce cuando se les obstruye el verda-

(1) Portalis: *Discurso sobre el Concordato.*

dero lecho, se acojen á la sombra de lo divino, cuando les falta la realidad. En virtud de esta tendencia, en cuanto el hombre ha perdido su Dios, lo diviniza todo para proporcionarse siquiera una imágen, bien así como esos pobres insensatos, que extraviados por la muerte de un sér querido, se figuran distinguirlo en todas partes. Si el amor correspondido, se ha dicho, no ve al objeto amado donde se encuentra, el amor privado de este, sabe distinguirlo hasta donde no existe. Así se explica el orígen de la idolatría y de la supersticion.

El cristianismo de la naturaleza, de que nos habla Bossuet, no se insulta impunemente. Creado el hombre para abrazar los dogmas sobrenaturales, apodérase de él una terrible enfermedad, á ninguna otra parecida, tan pronto como dichos dogmas le son arrebatados. Al paso que disminuye el sentimiento religioso, aumentan los casos de suicidio y de locura, porque dicho sentimiento, como toda fermentacion que carece de punto de escape; hace pedazos el recipiente en que se realiza, y de aquí que la humanidad cuando se apercibe de que la fé la abandona, para evitar aquellos peligros, llene por medio de la supersticion el vacío resultante en su alma. Nada causa más impresion, cuando se recorren las páginas de la historia, que las pruebas de su apasionada creencia en lo increible.

Desde los magos de Egipto la falsa revelacion ejerce una fascinacion tal sobre los espíritus que desechan la verdadera, que de seguro no podria esplicarse, si no se supiera que el demonio, segun ha dicho uno de los Padres de la Iglesia, obrando como mono del Criador, procura por medio de la imitacion de las obras divinas, erigirse en Dios de los que no lo tienen. Y no se crea que sea esto teología mística, es historia y pura historia. ¿Qué sucedió en los primeros tiempos del cristianismo? Que al paso que los primeros perseguidores rechazaban nuestros dogmas, asistian á las misteriosas ceremonias de la liturgia: Simon el Mago era el taumaturgo de los que no creian en los milagros del Evangelio: Juliano el Apóstata consultaba temblando las entrañas de las víctimas sagradas: y los incrédulos de la Edad Media, ridícula amalgama de ciencia y astrología, balbuceaban misteriosamente las premisas de la negacion divina en sus adivinaciones y sortilegios.

He hablado del siglo XVIII. En esa época de desenfrenado blasfemar, ¿dióse acaso con el medio de librarse de caer en la supersticion al sacudir el yugo de la fé? Nó, apénas quedó abandonado lo maravilloso divino, los espíritus se precipitaron en lo maravilloso diabólico. Lamettrie negaba la existencia de Dios, y creia en la de las brujas; Hobbes creia en los aparecidos; el Marqués de Argens se sentia atormentado por la maléfica virtud del número 13; un mariscal de Francia, *esprit fort* de los más resueltos, murió de espanto porqué se volcó el salero; finalmente aquella generacion educada por Voltaire que habia dicho: *Todo debe creerse ménos lo*

que creyeron nuestros padres (1), vió terminar sus saturnales filosóficas en las evocaciones del mesmerismo: el entusiasmo que sentia por Cagliostro, fué el justo castigo de haber renunciado á Dios.

No ignoro que el libre pensamiento de nuestros dias tiene la pretension de concluir con todo esto; pero no lo conseguirá, porqué para cada filósofo capaz de no dar crédito á cosa alguna, habrá una multitud de gentes dispuestas á creerlo todo. Á medida que el racionalismo se convierte en epidémia popular ¿dónde se refugian las almas sedientas de lo sobrenatural para disfrutar semejante felicidad prescindiendo de la fé? Á la Iglesia misteriosa del espiritismo. En ella, los que niegan á Dios el poder de los milagros, se quedan embobados ante las ingeniosas salidas de los espíritus burlones: los que se burlan de los profetas, hacen un acto de fé de la adivinacion magnética: los escépticos acostumbrados á mofarse de los ángeles y de los demónios, tratan con la mayor seriedad de los génios de las mesas giratorias y parlantes: y yo he conocido á un libre pensador materialista, que se suicidó á consecuencia de los fatídicos augurios que le hizo el velador de su gabinete.

Tal es el sentimiento religioso de la humanidad: se desvía; pero no puede extinguirse, divaga; pero destruye las barreras que se le oponen, en el mismo instante en que se creia tenerle sujeto. Por consiguiente en tanto no habrá perdido el hombre el sentido de lo infinito, no descenderá su fé al dominio de las filosofías, y el positivismo que no puede atender á tales necesidades, no es más que una mutilacion de la vida y de la sabiduría de los corazones impotentes. Por lo demás el dia que los pueblos se encararan con ese mismo positivismo diciéndole: Toma mi alma y ayúdame á llevarla, imaginaria cabe las cunas y junto á los sepulcros prácticas religiosas, condenadas al cabo de poco tiempo á la inmortalidad del ridículo, y de nuevo se verian las locuras del culto de la Razon, sustituidas á la razon profunda de nuestro culto.

Porque en efecto: lo que ha sucedido, dice la Escritura, es lo que ha de suceder. Ahora bien, ¿qué es lo que sucedió en la Roma atea de los Césares? Que en ella eran honradas, segun el testimonio de Tácito, todas las supersticiones del resto del Universo: *Externæ superstitiones valuerunt* (2). ¿Qué es lo qué acontece dónde quiera que los espíritus han roto con la teología? Que se entregan al estudio de la demonologia, de la adivinacion, de las ciencias ocultas, y qué se ven castigados del delito de no creer en Dios, por una fe insensata en todos los charlatanismos.

La historia nos ha conservado el recuerdo de una visita de

(1) Lacretelle.
(2) Tácito, *Anales* XI, c. 15.

Fontanes á Cárlos Bonnet, que encierra respecto del particular circunstancias y detalles por demás característicos. Acontecia esto en 1787 cuando la incredulidad lo invadia todo. La entrevista tenia efecto en la casa de campo del segundo, situada á orillas del lago de Ginebra, y la conversacion recayó naturalmente sobre los iluminados de Suiza. En tanto que Cárlos Bonnet se sorprendia viendo la supersticion difundirse con la filosofía, Fontanes le contestó: «Amigo mio, el mundo actual padece la ausencia de Dios, y este vacío sólo Dios mismo puede llenarlo. Si Dios no vuelve á ocupar en el pensamiento humano el lugar que le corresponde, veréis al hombre divinizar las fuerzas de la naturaleza y caer en un politeismo absurdo, porque jamás está tan dispuesto á creerlo todo, como cuando dice orgullosamente que no cree cosa alguna.» Y Cárlos Bonnet, confirmando el pensamiento de su interlocutor añadió: «Es verdad, para que la fé no eche mano de alimentos nocivos, es indispensable que se la den alimentos sanos (1).»

Ahí teneis la historia de vuestras falsificaciones en materias de religion, podemos decir ahora á nuestros adversarios. Hablais de abolir nuestras pretendidas supersticiones; ¿alcanzarán las vuestras mayor duracion? El mundo no lo cree así, porque os ha visto ocupados en vuestra obra y sabe lo que de vuestro pasado puede prometerse para lo porvenir. En cuanto hayais hecho tabla rasa de nuestras creencias, espantados ante la desolacion de una pátria sin Dios, os apresuraréis á declarar que es permitida la existencia del Sér supremo: justamente alarmados al cabo de poco tiempo ante lo espantoso de los crímenes, decretaréis la inmortalidad de las almas criminales y por último, de los misterios de la diosa Razon pasaréis á los de la teofilantropía; y cuando vuestro espíritu haya descrito una revolucion sobre sí mismo, sin descubrir cosa alguna nueva, como no sea su impotencia, despues de haberlo recorrido todo desde lo más infame á lo más ridículo, el dia de Pascua de 1902, Jesucristo levantará de nuevo la losa só la cual le hayais sepultado, y confundirá vuestro culto engañoso, por medio de la reaparicion luminosa de su verdad.

Hay otra inconsecuencia resultante de la negacion racionalista, que consiste en afirmar opiniones ménos creibles que la religion. Por fuerza han de ser crédulos, se ha dicho, aquellos que creen cuanto quieren. Y esto es tan cierto, que no acabaria nunca si quisiera formar una lista de sus supersticiones.

Supersticiones en el órden filosófico: Por un contraste sorprendente un mismo indivíduo profesa en filosofía un dogmatismo extraordinario, y en religion un escepticismo absoluto. ¿Consiste esto

(1) *Obras de Fontanes*; t. II, p. 142.

en que la segunda se halla ménos demostrada que la primera? Todo libre pensador se halla inscrito en una escuela, ora como soldado, ora como general: ¿habría acaso descubierto una combinacion de ideas, que se recomiende por su duracion, por sus adhesiones, por sus beneficios, tan grandes, numerosas é importantes como las del Cristianismo? La evidencia resuelve semejante cuestion en sentido negativo. Y ¿dónde está el sistema filosófico incapaz de ser destruido por otro sistema? ¿Dónde el filósofo resuelto á verter su sangre en defensa de su programa, como lo hemos hecho nosotros para el nuestro doce millones de veces? Por consiguiente si el incrédulo profesa numerosas certezas en filosofía, al paso que en materias teológicas sólo establece puntos de interrogacion, no es porque posea más garantías en el primer caso que en el segundo, sinó porque, respecto del particular, tiene tomadas de antemano resoluciones ó interesadas ó ilógicas.

¿Se quieren pruebas? Nada más fácil. No puede admitir que Dios haya creado el mundo; pero encuentra muy natural y por consiguiente admisible, que el mundo se haya creado á sí mismo. Una fuerza inteligente y libre colocada en el principio, le causa repugnancia; pero una fuerza ciega le satisface completamente. En su concepto es imposible que exista un ordenador supremo de todo lo creado; pero considera por demás admisible la explicacion del órden bellísimo del universo por medio de la fortuita justa posicion de los átomos que en revueltos torbellinos giran en la inmensidad del espacio. Por lo demás no hay para qué hablarle de la existencia de las almas, pues jamás ha dado con una de ellas, el escalpelo que emplea en sus disecciones: en cambio decidle que un poco de barro organizado ha producido el génio de Napoleon y la virtud de San Vicente de Paul y lo comprenderá como si lo estuviera viendo. Por consiguiente es para la razon un verdadero castigo el que no se pueda rebelar sin disparatar, toda vez que en cuanto se subleva, se ve forzada á creer mucho más de lo que la sumision le impone, y en verdad que no puede llamarse libre pensador el que, por pensar de distinto modo del que dispone el Evangelio, si bien no tiene la dependencia de la fé, profesa la supersticion del sistema.

Otra supersticion del incrédulo, es su opinion política. Afirma hasta el fanatismo y á veces hasta la muerte. Pero este símbolo, sea el que se quiera, ¿estará mejor establecido y más exento de oscuridades que el símbolo de los Apóstoles? No permita Dios que pretenda erigirme en campeon de la doctrina inmoral del indiferentismo político; mas admitiendo que se prefiera una opinion á otra, ¿hay entre todas las opiniones una sola que no se preste á más objeciones que la teoría cristiana? Al cabo de cien años de discutirse en todos los parlamentos del mundo los diversos sistemas del derecho público, de que parte se ha visto surgir la luz desprovista de sombras? Y sin embargo, ¿en qué consiste que un mismo individuo afirme porfia-

damente sus principios políticos, y niegue con pasion sus principios religiosos, y que el escepticismo que es de buen género en materia de religion, sea mirado como una debilidad de carácter, como una desercion del campo de batalla en política? Evidentemente tales interpretaciones son contrarias al deber y por lo tanto no es la razon quien las ha dictado.

Seria por cierto muy culpable si pretendiera enervar en el lector el vigor de sus convicciones. Nó, dónde quiera descubro la fé, por reducidas que sean sus manifestaciones, la saludo como una consagracion de la dignidad humana, y como un lazo de union entre el alma que la lleva y la mia. Pero por lo ménos estipulemos los derechos de esta fé supraeminente que por sus pruebas domina á todas las demás. Cuando encontrais el Evangelio plagado de dificultades y vuestra teoría democrática ó constitucional exenta de toda oscuridad; cuando al término de vuestra carrera, os dais por satisfechos por haberla empleado en servicio de un partido, y no habeis considerado á Dios digno siquiera de hacerle una genuflexion; cuando, por último, dudais de Jesucristo, y prestais al sufragio universal el tributo de vuestra adoracion, no puedo ménos que confirmarme en la facilidad con que el espíritu se precipita en el fetichismo por huir de la fé. De seguro entre todos los dógmas que suscribís, no hay uno que sea tan digno de aceptarse como aquel á que no quereis adheriros, y sacrificais á la credulidad, precisamente por sostener que la firmeza de vuestras creencias, no se sugeta segun su motivo de credibilidad.

Convengamos sin embargo, en que si el hombre cree en las más locas utopias sociales, y no cree en los dógmas más perfectamente demostrados, consiste en que su fé política es la expresion de sus afecciones y la consagracion de sus derechos, al paso que su fé reconstituye principalmente el código de sus deberes. Entiéndanlo no obstante los paladines de todas las políticas: hay una religion más clara que la que ostenta en sus estandartes, y esta es la de su bautismo, y si tan afirmativos están sobre la primera con detrimento de la segunda, consiste exclusivamente en que de esta hacen un enigma por espíritu, de sistema, al paso que á aquella, por el propio espíritu la consideran como una evidencia.

Nuevas supersticiones del libre pensamiento: sus opiniones en materia de arte. Tampoco, respecto del particular es siempre fácil la confusion de la verdad absoluta. Muchas son las herejías que la han desfigurado; muchas las sectas en que se hallan divididos sus discípulos: lo bello del partido romántico no es lo bello de los antiguos clásicos. Los realistas y los idealistas están muy léjos de entenderse. Estos dan la preferencia á la brillante paleta de la escuela Veneciana, aquellos ensalzan el pincel místico y sóbrio en colorido de los pintores de Umbría. Los unos están por las figuras deslabazadas de los flamencos; estos por los rostros blancos y los

rosados de la escuela boloñesa. Para nosotros es lo más grande lo debido al siglo de Luis XIV, marchando apoyado sobre los ejemplos de Grecia y Roma; para los Ingleses, Shakespeare y Byron creando al par sus reglas y sus obras maestras. En una palabra: lo bello absoluto es tan poco susceptible de una fórmula absoluta, que segun se ha dicho, no hay para que disputar sobre el gusto en materia de colores. Recuérdese que Mme. de Sèvignè entre Pradon y Racine, optó por Pradon.

Y sin embargo, ¿quién ha negado lo bello, á causa de las líneas indecisas de su imágen? Nadie. Hasta puede decirse que respecto del particular, siquiera abunden los disidentes, no existen incrédulos. Y hé ahí porqué, apesar de la envidia que silbó la *Athalia*, y no obstante la ignorancia que durante mucho tiempo tuvo relegada á un desvan *La comunion de san Gerónimo*, la posteridad, en presencia de lo bello expresado en tan importantes páginas, no haya vacilado en exclamar: Creo.

Aplíquese si se quiere idéntico procedimiento para decidir respecto de la cuestion religiosa, abandonando al sentido comun la solucion de esas objeciones teóricas, cuya única especulacion jamás tendrá término; mas nó, la estética se considera evidente, y la fé cubierta siempre de tinieblas y sin ver que esas diferencias proceden exclusivamente de que los siete pecados capitales falsean la prespectiva en el segundo caso, se pasa la vida en afirmar cosas mil veces ménos ciertas que la religion,

Por último, supersticiones en el órden científico. Cúmplenos manifestar que conocemos á las verdades demostradas de la ciencia, la consideracion que se les debe, con todo y que podríamos dispensarnos de ello, llevando las represalias hasta el extremo, teniendo en cuenta que la ciencia que pone en duda la metafísica y no debería olvidar que no ha faltado quien haya puesto en duda la certeza física, y que toda negacion puede ser vencida por otra más radical. Demos sin embargo ejemplo de respeto al sentido comun, y no tengamos la crueldad de recordar á la ciencia algunas de sus célebres equivocaciones, entre las cuales podríamos citar, por ejemplo, el *Cupido de la viña Pía*, atribuido por los arqueólogos romanos al mismo Fidias, siendo así que lo habia esculpido y enterrado algunos dias ántes el célebre Miguel Angel; las *Tablas de Trivalore* que daban al género humano una antigüedad prodigiosa, y que en último resultado se encontró que databan nada más que del siglo decimo tercio, es decir, de *pocos años antes que nuestros misioneros enseñaran á los Chinos á componer Almanaques* (1); y sobre todo el famoso zodíaco de Dendhera, que tanto debia contribuir á mistificar la cronología Bíblica y que al cabo y al fin resultó ser simple-

(1) *Veladas de san Petersburgo*, t. I, p. 181 y 182.

mente una escandalosa superchería. ¿Quién es capaz de enumerar las creencias científicas de otros tiempos, que se hallan reducidas á simples leyendas, y áun las de nuestros tiempos que constituirán la mitología científica de lo porvenir? En tiempo de santo Tomás no faltaron alquimistas que, en nombre de la ciencia positiva, se burlaron de las especulaciones del Angel de la escuela; la posteridad se ha encargado de demostrar quien tenia adquiridos más títulos á su confianza, entre los fabricadores de oro y el investigador de la verdad.

De todo lo cual resulta, que la ciencia, es ménos exigente en sus pruebas que en las nuestras. ¿Quién es capaz tambien de enumerar sus supersticiones en materia de método? Antiguamente cuando se le ponia de manifiesto lo sobrenatural diciendo: Esto hay, luégo esto es posible; se inclinaba con tanta lógica como respeto: hoy contesta: Esto es imposible; por consiguiente no puede haber tal cosa, y abandona completamente la prueba experimental por el empirismo de la teoría preconcebida. Y ¿qué dirémos de sus supersticiones históricas? Cuando se trata de los orígenes del cristianismo todo le parece misterioso; pero cuando se trata del nacimiento de los mundos que han precedido á éste, lo describe con tal minuciosidad, que no parece sino que estuvo presente. Y ¿de sus supersticiones geológicas? Mostradle, dice el Conde de Maistre, ciertos peñascos gigantescos del Perú, preguntándole si son obra del hombre, y os dirá inmediatamente, no lo he visto, pero es posible; mas presentadle al propio tiempo un fragmento de roca calcárea de la propia naturaleza, y entónces ya será otra cosa: un Peruviano puede fabricar el granito de repente; pero Dios no puede conseguirlo sin que transcurran lo ménos sesenta mil años (1). En una palabra, unas veces, cuando su sistema lo exige, plantea problemas para elevarlos á la categoría de axiomas; otras elude la evidencia que les es contraria por suposiciones trascendentales, y de una ú otra manera, siempre halla medios para desembarazarse de la verdad.

Afortunadamente la ciencia lleva en sí misma el correctivo de sus atrevimientos. Como estos no pasan en general de meras suposiciones, con dos ó tres suposiciones apologéticas podemos destruirlas, y cuando, al recorrer las galerías de sus museos paleontológicos, oimos referir las maravillas del mundo primitivo, por aquellos que juzgan demasiado lejano el siglo de los Apóstoles para ver claro en tal asunto, tenemos el derecho de decirles: Decididamente los sábios tienen una fé más robusta que los cristianos.

No cabe dudar que todas las ciencias proceden de Dios; pero no es igualmente cierto que todas conduzcan á Dios. No ignoraba Dios que las ciencias á que especialmente me refiero, debian tener para

(1) *Veladas de san Petersburgo*, t. I, p. 181 y 182.

nosotros sus peligros, y esta es la razon de haberlas revelado las últimas, siendo así que por órden de formacion debian haber sido las primeras, precisamente porque proceden del testimonio de los sentidos. Y sinó, ¿porqué se han dirigido nuestras miradas á lo alto, antes de penetrar en las entrañas del globo? ¿Porqué el género humano antes que químico, ha sido metafísico? ¿Porqué ha promulgado Dios los dos Testamentos antes de revelar las leyes de la gravitacion universal? Porqué sabia que las ciencias naturales solo son religiosas cuando alcanzan cierto grado de profundidad, y que el hombre ha menester una larga educacion cristiana, para no abusar de sus sorprendentes revelaciones. Por consiguiente, Dios habia previsto la aparicion de esa ciencia supersticiosa que halla más sencillo el creer en un mundo increado que en un Dios creador. y por lo mismo que lo habia previsto no prevalecerá contra El. Por consiguiente, en tanto que la ciencia avanza como un minero audaz hácia el centro de la tierra, diciendo: un paso más y descubro la nada, ¿qué podemos contemplar nosotros en todos los instantes del tiempo? Un paso más, y «treme la tierra» retumban los cielos, los reinos vacilan, la majestad suprema se descubre y la humanidad entera se postra de hinojos exclamando: Ahí está Dios! Pues siempre será Dios! *Deus*, *ecce Deus*.

Tercera y última inconsecuencia de la supersticion racionalista: que abraza un partido ménos seguro que el nuestro. Si la supersticion es un culto que no es racional, la incredulidad, por más razonada que esté, es una determinacion que no es razonable. Cuando se ha sacado la cuestion del terreno del sentido comun, conviene volverla de nuevo á él. Yo no conozco término más mal definido en las ideas comunes que el de la duda contra la fé. La duda no es una simple vacilacion en la conviccion religiosa, sinó el estado de una inteligencia solicitada por un pro y un contra que se contrapesan exactamente. Los antiguos la representaban bajo la figura de un anciano sosteniendo una balanza en perfecto equilibrio. Ahora bien: ¿cual es el libre pensador que tiene tantas razones en pro como en contra, de la existencia de Dios, del alma humana y de la responsabilidad eterna? ¿Dónde está la teoría de la incredulidad que arrojada á uno de los platillos de la balanza, tenga fuerza suficiente para equilibrarse con el Evangelio? Es inútil buscar dudas, dónde únicamente pueden encontrarse repugnancias y veleidades contra la fé.

Prescindiendo de la razon, el incrédulo se ve obligado á no tener en sus acciones más seguridad de la que tiene en su conviccion. ¡Y es sobre una vacilacion donde su incredulidad descansa! Y por una vacilacion que le atrae hácia el abismo, ¿resistirá á esa masa de garantías que le impele en sentido opuesto? Y por esa vacilacion que no puede servir de motivo determinante á la más insignificante de sus empresas, ¿aventuraria el formidable tesoro de

su eterno porvenir? Convengamos con La Bruyere, que el espíritu fuerte es el espíritu débil; porque la negacion, áun cuando sea verdadera, es tambien tan soberanamente imprudente como inverosímil.

He nombrado hace un instante á un gran moralista, autor de un dilema que viene como de molde en la presente ocasion. No desdeñemos, pues, el antiguo buen sentido, contestando á las antiguas preocupaciones. Dado que la religion sea falsa, ¿qué arriesgamos admitiéndola? Desde luégo rodeamos nuestra vida y nuestra muerte con el encanto de una ilusion bienhechora. Y en el caso de que sea una verdad, ¿qué arriesgamos rechazándola? Ser víctimas eternas de una temeridad inexcusable. Pues bien: el arrostrar semejante disyunctiva, ¿no constituye un desórden que participa del suicidio y del desafío hecho á la justicia de Dios? Tiene la fé una importancia tan decisiva, que no es posible tomar respecto de ella el partido ménos seguro. Por esto cuando veo al incrédulo esperar la muerte con la mayor sangre fria, á pesar de las razones que para que tiemble existen, le juzgo más inmoral, y sobre todo más repugnante que al Gladiador, buscando la manera de caer en una postura académica para más complacer al César. Si el general que intenta la victoria en el combate; si el médico que experimenta sobre la vida de sus semejantes, teniendo de su parte cien probabilidades contra una, son reputados culpables, debemos convenir en que es digno de todas las desgracias que padece, el que aventura la inmortalidad de sus destinos sobre la garantía de un acaso.

II.

Consideracion simple y decisiva: el cristiano que no cree en su religion, es el único hombre que no tiene ninguna. No faltan quienes cambian de religion cuando no están contentos de la suya; mas no por esto dejan de ser religiosos, á veces lo son más todavía. Por el contrario, el cristiano que apostata de su religion, no lo hace para abrazar otra, porque sabe perfectamente que no la puede elegir mejor, y por consiguiente abjura de sus creencias propiamente dichas, por una filosofía embriagada y embriagadora que le conduce á una ú otra de estas anomalías: ó creerlo todo, ó no creer cosa alguna.

Degradaciones ambas; pero la segunda más vergonzosa áun que la primera. En efecto, en el órden de la moralidad intelectual, hay todavía algo más malo que la supersticion, y este algo es la incredulidad absoluta. La supersticion presta á Dios homenajes desordenados; pero la incredulidad suprime á Dios. No basta, sin embargo, con adherirse al primer sistema que se nos presenta, para profesar una creencia; pues la mayor parte de los sistemas, especialmente

contemporáneos, implican la negacion de toda creencia. Tanto es así, que fijándonos en los racionalistas verémos que al paso que los unos caen en la supersticion, los otros no son más que meros escépticos de diversos matices, que ocultan el vacío de toda conviccion religiosa, bajo apariencias más ó ménos determinadas.

Para evidenciar perfectamente esta verdad, tomemos de la incredulidad la medida más extensa, el ateismo, y demostrando que cada sistema anticristiano de estos tiempos, viene á perderse en la nada de la creencia religiosa, nos será fácil probar á sus prosélitos, que tienen ménos fé todavía de la que quisieran tener. El ateismo, lo repito, es el non-plus-ultra de la incredulidad, porque, si Dios no es verdad, casi nada lo es, y lo único que subsiste sobre las ruinas de este dogma, más bien que el hombre, es el orgullo del hombre, ya que el hombre sin Dios es un enigma muy parecido á una quimera. Aproximemos, pues, á este término de comparacion todas las negaciones contemporáneas, regimentadas bajo sus jefes principales, y levantemos contra ellas esta presuncion concluyente: creyendo en ellas, no se cree cosa alguna.

Y ahora preguntamos: ¿dónde irémos á refugiarnos saliendo del cristianismo? ¿En los brazos del materialismo? Pero el materialismo no es la corrupcion, es la completa extincion de toda fé religiosa. El materialismo es el suicidio de la inteligencia que deliberadamente se sumerge en el fango: es el alma perdiendo la conciencia de su realidad y declarándose propiedad del organismo: es la criatura racional asimilándose substancialmente al bruto y patentizándose á sí misma el honor de esta ignominia. En una palabra: es, implícitamente, la destruccion del hombre y la destruccion de Dios, por la negacion del principio espiritual. Ahora bien: cuando ni Dios ni el hombre son cosa alguna, ¿puede ser algo la fé? Nó, puesto que el sugeto y el objeto de la fé han desaparecido. Por consiguiente, vosotros, los que os encontrais en semejante situacion, afirmais; pero no creeis nada. No faltan quienes gozan el privilegio de permanecer religiosos á pesar de su incredulidad; pero vuestra religion se representa por cero, desórden que constituye una desviacion fuera de las santas leyes de vuestro sér. El que ha dicho: *al polvo y á los gusanillos: sois mis hermanos*, comete en sí mismo el crímen de lesa humanidad. Se reduce al presente á la vida animal y á la nada en lo porvenir.

Y si abandónamos á nuestro Señor Jesucristo, ¿á qué puerta irémos á llamar? ¿Acudirémos al templo del panteismo? Pero en él, siquiera se dogmatice, tampoco se cree. Comprendiendo el libre pensamiento que degradaba á la humanidad, diciéndole: Eres un hato de brutos, ha creido ensalzarla y ensalzarse, diciéndole: Eres una raza de Dioses. Mas, ora se considere la tierra como un Olim-

po, ora como una coleccion zoológica, el resultado será siempre el mismo: abolicion absoluta de toda religion.

Y el panteismo, ¿qué es? Un sistema que solo reconoce una substancia, á la cual le da el nombre de Dios. Segun esa peregrina invencion, Dios no es personal, puesto que en lugar de subsistir en sí, y de vivir de su propia vida, tiene una existencia repartida en todas las moléculas del universo. Dios no tiene ni inteligencia ni amor que propiamente le pertenezcan, porque sólo llega á la conciencia de sí mismo en el hombre, que resulta el único *yo* de la creacion. Dios no tiene libertad, es una fuerza ciega, que se desarrolla bajo la forma del mundo y de la humanidad. Dios carece de unidad, es la expresion y la asociacion de los contrarios, del espíritu y de la materia, de la libertad y de la necesidad, de lo verdadero y de lo falso. Dios carece de inmutabilidad, jamás puede considerarse completo, sino en cambio constante, en contínua evolucion, en perpétuo *porvenir*, toda vez que se modifica en virtud de un desenvolvimiento indefinido. Digamos de una vez la última palabra de esta grande iniquidad doctrinal. Dios es todo y nada: de suerte, que este nombre bajo el cual ha humillado siempre su cabeza el linaje humano, es el nombre más vacío de sentido que en tiempo alguno haya podido concebirse, puesto que es la fórmula de la nada.

Sepamos ahora cuál es la suerte del hombre en ese monstruoso antropomorfismo, que ha comenzado por suprimir la Divinidad. El hombre no puede tener deberes, porque siendo una fraccion animada de Dios, sus inclinaciones todas han de ser por fuerza divinizadas. El hombre no puede tener responsabilidad eterna, porque la muerte es el término de su personalidad y determina el momento de su absorcion en el inmenso océano de la vida universal. En resolucion: el hombre es Dios, por lo mismo que constituye el único *yo* de la creacion; y el hombre es nada, puesto que constituye únicamente un fenómeno pasajero: y al propio tiempo todo es Dios, puesto que cuanto subsiste es su realizacion, y Dios es nada por lo mismo que su nombre no expresa ninguna realidad determinada y concreta.

Ante semejantes conclusiones no me sorprende que Malebranche al enterarse por vez primera del sistema panteista de Spinosa, tratára al autor de miserable, y de espantosa quimera al sistema por el mismo concebido. ¿Era posible á la dignidad humana abismarse en más vergonzoso anonadamiento, y al espíritu reproducir más fielmente la humillante historia de Nabucodonosor? Y no vaya á creerse que lo absurdo de semejante doctrina constituyese su correctivo. En la India, en Grecia, en Alemania, en Francia, constituye la sima fascinadora que atrae y destruye los espíritus más notables cuando tienen la desgracia de explicar las cosas prescindiendo de la verdadera revelacion. Podría decirse que el dogma de la unidad de substancia es el objeto de las adoraciones, en la mayor

parte de los pueblos en que no se adora al Dios de los Cristianos, si no es que debe suprimirse la palabra adoracion de aquellos idiomas de los cuales se ha borrado el nombre de Dios.

Apelo al testimonio de la conciencia: ¿existe el más leve testimonio de fé en esta orgía de sofística? ¿Y el panteista es más, por ventura, que un ateo que quiere guardar el incógnito á fin de no comprometerse?

Supongamos, sin embargo, que no se apostata de la fé ni por el materialismo ni por el panteismo: ¿en cual de las negaciones contemporáneas irán á buscarse las ventajas de la incredulidad? En el criticismo, contestarán los fundadores de la más orgullosa é impotente de las escuelas que nos han declarado la guerra. Sí, la más orgullosa, porqué los sectarios de dicha escuela, pretenden asemejarse el hombre espiritual de S. Pablo, que juzga y no es juzgado. Ahora bien, para discurrir de esta suerte respecto de las obras del espíritu, es indispensable proclamar su propia infalibilidad y creerse en posesion de un criterio perfecto que todas las inteligencias reconozcan, sin relevarse á sí mismo de la inteligencia personal. Y como la más orgullosa la más impotente, porqué el criticismo no es más que la inspiracion destronada por la pedagogia, y el genio reemplazado por una generacion de pedantes.

Y con todo esto debe tenerse en cuenta, que con ser mucha; con ser extremada la jactancia de esa pandilla, áun es mayor su irreligion. Y no se la confunda con una especie de tercer partido teológico que concede cierto y determinado lugar á la negacion templada, porque léjos de esto, constituye más bien un sincretismo formado de todas las blasfemias de mayor nombradía, y un panteon abierto á todas las revelaciones imaginables, excepcion hecha de la verdadera. Tanto es así, que si se pregunta á tales visionarios por su teódicea, de seguro contestarán: Dios es la *categoría del ideal:* es decir, una fantasía, no una realidad; la creacion, no el creador del linaje humano. Si se les pregunta que es lo que constituye el espiritualismo, contestarán: Es una opinion absurda, *que divide al hombre en dos partes, cuerpo y alma y halla muy natural que el alma sobreviva en tanto que el cuerpo se corrompe.* Si se les pregunta, que es lo que piensan de la creencia en la vida futura? Nos dirán que es *un egoismo que nos hace buscar intereses de ultratumba*, *como préstamo hecho á la virtud.* Si les preguntamos por último: ¿en qué consiste su perfeccion moral? Nos contestarán que en el orgullo, *que es una especie de elevacion de espíritu que sólo se alcanza acostumbrándose al desprecio.* Por esto *se envanecen de haber fundado la doctrina del desden trascendental*, *verdadera doctrina de la libertad de las almas que proporciona la paz* (1).

---

(1) RENAN: *Ensayos de moral y de crítica.—Vida de Jesús.*—Passim.

¿Cabe imaginar mayor aberracion de ideas, disfrazada bajo los hábiles matices del estilo? Y sin embargo, tal es el punto donde pretenden llevarnos esos correctores oficiales de los desvíos de su tiempo: es decir, no á un término medio igualmente distinto de la impiedad y de la fé, sino á la negacion radical: no á la adoracion de nuevos dioses, sino á la abolicion de todos. Precipicio sin luz y sin fondo, al borde del cual retrocede siempre asustada la humanidad, siquiera vea cubierto de flores la boca de la sima.

Los representantes de esta escuela, son por punto general muy hábiles y muy ladinos, pues que procuran inculcar la impiedad á las muchedumbres sin producir gran estrépito, temerosos de que conocido el juego se llamaran á engaño, y que rodean el ateismo con una especie de fraseología sagrada, para ilusionar el sentimiento religioso, del cual al propio tiempo confiscan la religion. Afortunadamente hanse expresado con tanta claridad, que han concluido por desacreditar sus propias reticencias, y al presente estamos asistiendo á una reaccion muy instructiva contra los mismos. Chamfort, decia á propósito de los incrédulos de su tiempo: «Tanto dirán, que acabarán por hacerme ir á misa.» Pues bien: tanto ha dicho la escuela crítica, que ha concluido por alcanzar un resultado diametralmente opuesto al que se proponia. Muchos de sus corífeos han sucumbido á los golpes certeros que se les han asestado, y la humanidad que tomaron de la mano, para servirle de guia en el camino que va derecho á la nada, les ha vuelto la espalda y ha continuado yendo á misa.

Y fuera del materialismo, del panteismo y del criticismo, ¿seríale dable al pensamiento refugiarse en alguna parte donde pudiera negar, sin prescindir completamente de creer? Quizas en el escepticismo. Pero del criticismo al escepticismo, media sólo un paso, y áun ménos tal vez, porqué no cabe dudar que los grandes errores hállanse contenidos los unos dentro de los otros. Hay más áun: la reunion de todos los errores produce una resultante, y esta resultante es precisamente el escepticismo. Abdicacion vergonzosa, supremo desfallecimiento del espíritu, que un hombre interesado en la causa ha osado definir *la última palabra de la razon respecto de ella misma* (1). Esta enfermedad ora revestida de formas filosóficas, ora velada bajo la seductora y vacía fraseología de los salones, tiende á ocupar en todas partes el lugar de la fé. ¿Podrá conseguirlo? No, porqué no hay nada de fé en esta postracion intelectual, que consiste en tratar las verdades que profesa, con tanto desamor como los errores que combate y en mirar en todas las cosas el pro y el contra, como una nueva partida de juego, que puede ganarse

---

(1) Jouffroy.

ó perderse segun sean mayores ó menores los grados de habilidad y destreza de los respectivos jugadores.

Debemos ahora añadir que si el jugar con el sí y el no, constituye en estos *dudadores* un verdadero crimen, su pretension de exhibirse como verdaderos innovadores, no pasa de una estúpida ridiculez. En efecto, no falta quien, para probarles el movimiento, se les haya anticipado, hace la friolera de tres mil años, y en rigor puede decirse que reinaban en Grecia en los tiempos de Protágoras y de Gorgias. Sócrates tuvo la gloria de purgar de semejante bajeza á su patria descreida. ¡Ojalá pudiera yo prestar idéntico servicio á la mia!

Y ¿podemos esperar satisfacer nuestra necesidad de creer acudiendo á esa categoría de pensadores degenerados, acusados por Platon de haber *corrompido las inteligencias*, á esa secta de espíritus vagos, de corazones sin amor, de carácteres desvanecidos? ¡Vana ilusion! Los que no creen en sí mismos, no pueden creer en cosa alguna: con su razon han negado su fé, y es una gloria de la segunda el que no puede subsistir donde la primera no le sirve de base.

Por último, ¿dónde irémos á buscar la religion como no sea en las religiones positivas? Será en ese grupo considerable de incrédulos, ó mejor en ese grupo de incrédulos considerables, que pretenden mantener los dogmas fundamentales de la religion natural, y los principios esenciales de la moral, es decir entre los racionalistas espiritualistas? Reconozco que ellos son los representantes de la filosofía que se respeta á sí misma y que respeta á los demás y que hay una gran diferencia entre esta incredulidad de compadrazgo y las repugnantes blasfémias de los sistemas precedentes; pero esta filosofía de transaccion, no proporciona en grado alguno la felicidad de la fé en los temperamentos de incredulidad.

Fácilmente se comprende lo que acabamos de decir, en cuanto se admite la siguiente proposicion teológica. El género humano en su estado actual, no puede, por lo ménos moralmente hablando, como esté destituido de toda revelacion sobrenatural, componer sin mezcla de errores, el conjunto de las virtudes y de las obligaciones naturales. Una aplicacion de este principio al espiritualismo antiguo, nos conduciría demasiado léjos. Contentémonos pues con saber, inquiriéndolo de nuestros contemporáneos, en que consiste la religion de los racionalistas ménos irreligiosos.

Cierto que adoran á un Dios; pero es un Dios á quien nada piden, porque escucha sin conceder. Cierto que reconocen una Providencia que rige los destinos del mundo; pero que es incapaz de obrar un milagro, porque no reina ni gobierna. Cierto que admiten alguna vez la condenacion sobre el dógma de la creacion; pero se sublevan contra la revelacion, como sino fuera más fácil para Dios hablar al hombre que crearlo. En cambio no admiten lo sobrenatu-

ral, porque no pueden tener la seguridad *de visu;* y sin embargo creen en Dios y en el alma á pesar de ser invisibles. Por otra parte la vida eterna no es para ellos otra cosa más que una ***probabilidad sublime*** (1). Y por lo que se refiere á la necesidad de un culto, la enseñan, sin precisar la naturaleza ni los límites de este homenaje.

En suma, semejante escuela sólo nos ofrece verdades incompletas ó truncadas. De aquí que cuando sus adeptos han hecho un esfuerzo, durante algun tiempo, para sostenerse en las elevadas esferas del espiritualismo, no ha sido extraño que, vencidos por su propio peso, se hayan precipitado debajo de su sistema. Como constituyen una especie de aristocracia doctrinal, muy respetuosa respecto de sí misma, no desertan ostensiblemente al campo del positivismo; pero sin darse cuenta de ello, encuéntranse á veces más próximos á las opiniones de esta escuela que á las suyas propias, llegando un momento en que la fé de su alma no vale tanto áun como la de sus libros. Proviene esto, como dice una ilustre autoridad, de que el Dios del racionalismo, *no es más que la estátua de Dios. El verdadero Dios, no existe. Sólo los cristianos poseen el Dios verdadero. Fuera del órden sobrenatural, las creencias religiosas son superficiales y muy ocasionadas á ser vanas* (2).

¿Las corrientes de la opinion pública, no vienen á confirmar estas ideas? ¿A dónde se dirijen al presente tantos espíritus emancipados de la conducta de la fé? ¿Al espiritualismo, ó al positivismo? Por lo que á nosotros toca, la contestacion es óbvia á despecho de ciertas aserciones de un optimismo oficial interesado en negar el mal. Consúltese la sucesion del cristianismo en Europa, y podrá observarse que Condillac tendrá en la herencia una parte más considerable que Cousin, porque la cuestion se estrecha de cada vez más entre estos dos términos extremos: el Evangelio ó el ateismo; y el mundo actual no tiene más alternativa que adorar á nuestro Dios, ó no tener ninguno.

Los diversos sistemas que acabamos de analizar, combinados en diversas proporciones, pueden dar vida á otros muchos que en último resultado producirían un término idéntico. De manera que así como fuera de la Iglesia no es posible á las sectas cristianas conservar la verdadera nocion de Cristo; fuera del cristianismo no pueden las escuelas filósoficas conservar durante mucho tiempo la verdadera nocion de Dios. De dónde resulta justificada esta célebre deduccion. A mayor cristianismo, mayor religion, por lo ménos entre los pueblos que fueron cristianos. Calamidad por demás terrible de la cual nos hallamos amenazados, y cuyo espantoso horror, pueden sólo atestiguarnos las horrendas catástrofes que nos reserva lo por-

(1) Cousin.
(2) Guizot. *Meditaciones* t. I.

venir. Calamidad no ménos espantosa para la dignidad de nuestra especie, que para su felicidad, porque si la facilidad en dar crédito á todo, constituye el carácter distintivo del hombre poco ilustrado,—se ha escrito con una crudeza que la verdad no consiente mitigar—*el privilegio de no creer cosa alguna, pertenece únicamente al bruto*.

Cuando los corifeos de la negacion se han encontrado metidos en ese callejon sin salida, han tratado de salvar su honra por medio de una distincion.

Al efecto han dicho: no confundamos la religion con las religiones. Las religiones son formas que importan muy poco á la divinidad: la religion es el fondo del cual la humanidad va satisfaciendo á su autor. De dónde se sigue que los dógmas no influyen poco ni mucho en la cosa; que la facultad de la imaginacion de exaltarse ante lo infinito puede hacerlo todo; y que á poco que ayude un temperamento místico, puede tenerse mucha religion, sin profesar por esto culto alguno, y hasta hacerse un santo sin creer en Dios. ¡Singular teoría de la apoteósis! ¡Concepcion radical y abominable que hace de la religion un pietismo sin Dios, una estética sin objeto, y como si dijéramos, la poetizacion de la nada! Insistirémos en esta paradoja, que debemos apartar de nuestro camino para que podamos avanzar sin obstáculo. Miéntras llega este momento, contentémonos con notar que la blasfemia, cuando llega á cierto grado de extravagancia, deja de ser peligrosa, porque cae bajo la implacable refutacion de la burla. Al presente nos basta con este juicio sumarísimo; mas adelante la someterémos á un proceso motivado y formal.

Si el espíritu humano fuese capaz de guardar medida en el camino de la negacion, no cabe duda que le comunicaria un carácter de verdad; pero al par que la fé pierde el equilibrio, y se inclina hácia uno ú otro de estos extremos: la supersticion absurda, ó la incredulidad radical. El hombre confeccionando su religion sin el apoyo de Dios, puede creer en todo si da oidos á su necesidad de creer, y no creer en nada si se siente arrastrado por la dificultad opuesta á esa necesidad.

Si el lector se hallase á tal extremo reducido, le suplico que se penetre por lo ménos de la conviccion de que no puedo yo sólo por mis propias fuerzas librarle de su enorme desdicha. Dios respeta mucho la libertad humana, para convencernos sin nosotros; es preciso pues, que, si así cabe decirlo, le prestemos auxilio, procurando salvarnos un poco por medio de nosotros mismos.

Por consiguiente, no hay para que negar las angustias inherentes á un estado semejante. Despues de las tinieblas del infierno, las más insoportables son las de la incredulidad, por lo mismo que unas y otras nos impiden la vista de Dios. No olvidemos, sobre

todo, que el asiento de la fé, lo mismo que el de todas las virtudes, está en nuestra voluntad por medio de la gracia, y que poco influye en nosotros la pendiente opuesta, puesto que se tiene el mérito de creer, cuando se posee sinceramente la voluntad de creer. Por lo demás y por lo mismo que puede mezclarse á la fé de intencion cierta incredulidad de inclinacion, Jesucristo nos ha enseñado á comparecer á la presencia de su padre con esas disposiciones á primera vista incompatibles: *Yo creo, Señor; mas venid en ayuda de mi incredulidad* (1). Armonía de gran potencia para las convicciones que tienen más buena voluntad que sentimiento, porque Dios recompensa nuestra fé voluntaria, y nos dispensa nuestra incredulidad que no lo es.

Díganos ahora, qué filósofo podrá encontrar una súplica como esta, en oposicion con su sistema. ¡Ay del incrédulo que del fondo de sus desolaciones y de sus ruinas, no ha escuchado veces mil escapársele ese grito! ¡Sí, Dios mio, venid en apoyo de mi incredulidad! ¿De qué me sirve haber medido los soles, sondeado las profundidades del espacio y explorado la inmensidad, si os he perdido? Desde el dia en que habeis traspuesto mi horizonte, mi corazon permanece triste como un sepulcro. He llorado vuestra desaparicion como la muerte de un padre, y ansio la aurora que ha de poneros de nuevo ante mis ojos, como se desea el regreso de un sér amado. ¡Ah qué pocos atractivos tiene para mí el mundo desde el dia en que dejásteis de habitarle! ¡Me siento con fuerzas para negaros y sin embargo carezco de ellas para vivir sin vos! Oh sí, en cuanto he intentado pediros cuenta de vuestra existencia, vuelta al cielo la mirada, me he sorprendido contemplándome puesto de hinojos, con los ojos arrasados en llanto, y tendiéndoos los brazos cual si me maldijera por haberos rechazado. Afortunadamente, oh Dios mio, en esta desolacion de mi incredulidad hay una prueba para mi fé, porque lo mismo que para mi inteligencia, sois para mi corazon un sér necesario; y es que hay para el hombre una cosa más difícil que creer en vos, y es el vivir sin vos!

(1) Marc, 9-23.

CAPÍTULO V.

El objeto de la religion ni es quimérico, ni puramente natural.

Si el hombre, dejando de ser religioso, cede á la necesidad de creer, cree hasta la debilidad de espíritu; y si por el contrario obedece á la dificultad de creer, cae hasta la incredulidad absoluta. Sólo la fé cristiana puede fijar y fija el espíritu en el punto central en que comienzan esas dos pendientes igualmente peligrosas. Hemos visto que cuando el hombre se extravía por esceso de credulidad, tan pronto suscribe á los principios de una religion ménos razonable, como á las opiniones ménos probadas, ó á un partido más afortunado que la fé cristiana; y que cuando yerra por falta de creencias, cae inevitablemente ó en el materialismo, ó en el panteismo, ó en el criticismo, ó en el escepticismo, ó finalmente en el racionalismo espiritualista, expresiones diversas de la negacion contemporánea, y fórmulas más ó ménos francas de la irreligion absoluta. Ahora bien: como el espíritu humano abandonado á sí mismo, carece de fuerzas para mantenerse en medio de ámbas pendientes, igualmente resbaladizas, debe convenirse en que semejante situacion es del todo anormal. El signo más característico de lo falso es el ser imposible.

¿Qué pueden oponer á tales argumentos los partidarios del libre pensamiento? Los hay que los aceptan, declarando el fin de las creencias, el fin de una ilusion perniciosa: elúdenlos otros, prometiendo una religion de creacion filosófica capaz de sustituir las instituciones sobrenaturales.

Los primeros dicen: las creencias son una necesidad ficticia, puesto que carecen de objeto positivo, y persiguen un ideal desprovisto de toda realidad concreta, y siendo esto así, acontece con la religion lo que con la imaginacion: es decir, que disminuirá al paso que la humanidad envejezca, quedando reducida de cada vez más, al paso que aumenten los progresos de la razon. Así se explican los secuaces del positivismo, de cierto determinismo, y de otros sistemas fundados en la observacion, por lo mismo que habiendo comenzado

por establecer la idea de Dios como una quimera, no pueden ver más que ilusiones en los homenajes que se le tributan. La exageracion brutal de su método salta á la vista. Acostumbrados á someterlo todo al procedimiento experimental, han llevado la religion á la mesa anatómica del anfiteatro, y como quiera que no haya podido resistir las cortaduras de escalpelo, han decidido que debian declararla cosa fuera del dominio de la ciencia, es decir, una mera hipótesis. A esa categoría de espíritus que se juzgan rigorosos porque son mezquinos, conviene demostrarles que el objeto de la religion, siquiera inmaterial, es real.

En cambio, existen otros que no consideran la religion como una aspiracion engañosa hácia lo imaginario; pero que, no obstante, la rechazan, porque quisieran creer segun sus conveniencias particulares, no segun un programa dictado por autoridad superior. Por esto dicen: ya que la religion es una aspiracion de la naturaleza, ¿por qué no dejar á esta el cuidado de reglamentarla, y, sobre todo, por qué razon no atenerse á los dogmas y á los deberes del órden natural, evitando la dificultad de la ascension hasta lo sobrenatural, camino por demás tenebroso ante el cual retroceden asustados tantos y tan grandes espíritus? A esos incrédulos moderados, ó mejor, á esos creyentes inconsecuentes, que admiten las verdades supra sensibles, es menester revelarles la razon de las creencias sobrenaturales. En otros términos: la necesidad de creer, exige un objeto correspondiente que es indispensable abrazar, y este objeto es al propio tiempo: 1.° una realidad inmaterial, 2.° una realidad sobrenatural. Dos situaciones perfectamente determinadas, y que indican con toda claridad el punto de vista á que debemos elevarnos.

Tales motivos de controversia parecerán casi ofensivos á la fé de cierto número de lectores; pero téngase en cuenta que nos obligan á ello las necesidades del tiempo. La defensa no es dueña de elegir el terreno del combate, sinó que debe aceptar aquel en que se la cita, sean las que quieran las condiciones que ofrece. Por lo demás la Iglesia, para su obra apologética, siempre se ha entendido con los vivos, dejando á los espíritus retrasados el que se entiendan con los muertos. Por lo que á nosotros toca, por lo mismo que ántes de ofrecérselo á los demás, hemos saboreado el veneno que se encierra en tales objeciones, sabemos que nada contiene que sea peligroso, y estamos persuadidos de que léjos de perjudicar á los temperamentos robustos, en cuanto ha terminado la reaccion, sólo deja un invencible horror respecto de la ponzoña, y sólo engendra una inmensa compasion en favor de los envenenadores. Para mejor conseguir el fin, procuraremos suplir la aridez del asunto por medio de la claridad en la exposicion.

I.

Para cada una de las necesidades reales de la humanidad, existe un objeto correspondiente destinado á satisfacerla. Así, la necesidad de alimentarse, por ejemplo, implica la existencia de alimentos; la de dormir, la del sueño; la de amar, la de un sér nacido para ser amado; y la de creer, la de un sér que es el término de la creencia. Una necesidad que no tuviese su objeto especial, constituiria una burla de la naturaleza. De aquí que de la necesidad constante y universal que la humanidad experimenta de creer en Dios, se deduzca razonablemente la existencia de Dios. Mas, ¿qué recursos emplea la negacion contemporánea para eludir semejante conclusion? Establece sencillamente el principio de que el sentimiento religioso es el único que carece de realidad determinada: es decir, considera á aquel como un mirage que flota ante las miradas de la humanidad en marcha, ó como una puerta del alma abierta sobre el vacío. ¿Quiére conocerse ahora cómo se arregla para reducir todas las creencias á la categoría de hipótesis, echando mano para ello de la hipocresía más audaz? Un jefe de cierta escuela alemana, ha proclamado paladinamente, lo que los más osados de la nacion francesa sólo se atreven á revelar con cierto temor. Oigamos esa repugnante fórmula del ateismo. «Que adores á Jehováh ó al dios Apis, al «rayo ó á Cristo, á tu sombra ó á tu alma, lo mismo da... la fé sólo «tiene por objeto lo que se forja la fantasía. Creer no es más que figu«rarse que lo que no es, es realmente. Por consiguiente, sólo puede «encontrarse á Dios en la fé, es decir, en la imaginacion del hom«bre (1).»

Para destruir tales disparates, nada mejor que ponerlos en evidencia: el castigo más ejemplar que contra el crímen haya podido imaginarse, es la exposicion á la vergüenza pública... Dos medios hay para concluir con esa degradacion de la sofística alemana. El primero, consiste en demostrar nuevamente la existencia de Dios; pero como Clarke y Fenelon nos han dejado sobre el particular dos tratados, que los adversarios no han conseguido destruir, no obstante los desesperados esfuerzos que para ello han empleado, no hay para qué emprendamos de nuevo la tarea. La pirámide se mantiene erguida é indestructible: el ateismo contemporáneo no ha logrado remover ni una sola de sus piedras. Continuemos, pues, en posesion de la fé universal, y no contristemos nuestras almas poniendo de nuevo en tela de juicio al sentido comun, nada más que porque á ciertas inteligencias torcidas, se les antoja oponer imaginaciones en lugar de argumentos.

---

(1) Feuerrbach. *La religion.*

El segundo medio consiste en tomar la ofensiva contra esas mismas imaginaciones y en demostrar lo que pesan en la balanza de la razon. Este es el que adoptamos.

Y entrando desde luégo en materia, decimos: ¿Qué es lo que se pretende con esta definicion arbitraria: *creer es figurarse que lo que no es, es en realidad?* Una de dos; ó Dios existe, ó no existe: si existe, la fé no es en manera alguna un fenómeno puramente subjetivo, puesto que tiene como término un objetivo sublime, y por consiguiente el axioma materialista de la impiedad cae en lo absurdo; pero si nuestros adversarios admiten que Dios no existe, la humanidad les pide que lo prueben, y áun exige que se la pruebe á ella misma. Y se comprende, puesto que cuando ella niega á Dios, no puede negar en manera alguna la necesidad que de Dios experimenta. De nada sirve que un cínico de la decadencia romana, haya dicho: «El temor es quien ha dado vida á los Dioses»; porque Dios continúa en la fé del género humano, no por el temor, sinó á pesar del temor que inspira; porque no pueden desprenderse de él, el pensamiento y el corazon de nuestra raza; porque negándolo, se suprime un misterio y se suscitan mil; porque la pequeña secta de los ateos, jamás gozará contra esa creencia más autoridad que la que tiene contra los derechos paternales, el número reducido de los parricidas; porque, finalmente, el hombre comprende que al destruirla se destruye á sí mismo.

Sí, si el sentimiento religioso es un *sursum corda* quimérico, un movimiento anormal que tiene en la imaginacion su punto de partida, y cuyo término definitivo no existe en parte alguna, es preciso convenir en que el hombre se halla atacado de una locura deplorable. Si Dios no es más que una sombra, cuanto existe se halla ocasionado á convertirse en sombra; y cuando Laplace, despues de haber organizado el conjunto de las cosas segun su sistema materialista, exclama: todo puede explicarse sin Dios, se me figura escuchar á la humanidad entera presa de la mayor desolacion, gritando: Todo escepto yo.

¡Creer es figurarse que lo que no es, es realmente! ¡Qué trastorno de ideas! Dispongámonos para reconstruir en sentido opuesto el edificio de nuestras convicciones. En adelante sabrémos que la religion, considerada hasta hoy como una grandeza moral de la humanidad, no es más que una bajeza; que el sentimiento religioso, en virtud del cual todas las cosas se hallan ordenadas en nosotros, es de todos el más desordenado; que somos perversos, por lo mismo que se nos reputaba virtuosos; locos, porque se nos reputaba sábios; bárbaros, en lo que se nos tenia por civilizados; en suma: que en tanto no se corrija el hombre de esa necesidad que le mueve á convertir á lo alto sus miradas, y no vuelva á ese ideal de perfeccion representado en nuestra historia por el año 1793, en cuya época el Sér supremo no habia sido áun sacado de la nada, el mundo marchará confuso, revuelto y barajado. Para hablar de esta suer-

te, y suponer al género humano presa, respecto del particular, de tan incurables vértigos, dígasenos en puridad si no es indispensable hallarse atacado de la enfermedad que se le supone.

¡Creer es figurarse que lo que no es, es realmente! ¡Difícilmente puede imaginarse invencion más gratuita, y mil veces ménos explicable que lo que se pretende explicar! Porque, ¿á qué se reduce, en último resultado, cómo no sea á dirimir la cuestion por la misma cuestion? Y siendo así, toda vez que os place proponer como axioma, que sólo existen cuerpos, ¿por qué os burlais del idealismo que sólo admite espíritus? Y toda vez que sólo admitís el testimonio de los sentidos como criterio de verdad, ¿qué opondréis al racionalismo de Kant rechazando toda certeza objetiva á semejante testimonio? En una palabra, y valiéndonos de una de vuestras expresiones, vosotros partís la humanidad en dos: ¿con qué derecho, pues, os preguntamos, deducís que la porcion conservada por vosotros, la materia, es más verdad que la porcion rechazada, el espíritu? Por lo que á nosotros toca, áun haciendo abstraccion de nuestra apologética, tenemos en contra de vosotros dos inmensas ventajas: la prescripcion y la humanidad. Á vosotros es, pues, á quien corresponde aducir las pruebas, porque nosotros no podemos abdicar una posesion que data desde el orígen del mundo. Mas la pretension de llevarnos á vuestro terreno en lugar de darnos la batalla en el nuestro; y la de establecer vuestro sistema, y erigirlo en principio, y oponer á una institucion esencialmente espiritual, que poneis, la no existencia de los espíritus, vale tanto como excusar la lucha: esto no es ganar la partida; esto se llama una mistificacion, no una victoria.

¿Y no podríamos añadir tambien, que si algo prueba, es más bien sutileza que lógica? Para demostrarlo, fijémonos en las aplicaciones contradictorias que de su principio hacen los materialistas. El centro, el punto inicial de sus deducciones, es siempre el hombre. ¿Trátase de constituir la moral independiente? En este caso demostrará en el hombre el sentimiento del deber, lo que ellos llaman la *inneidad* de la justicia, y de ella deducen la realidad de la moral. ¿Trátase de establecer la verdad de la estética? Pues inmediatamente sorprenden en el alma el sentimiento apasionado de lo bello, y afirman, por consiguiente, su existencia. Pero se trata de la religion, y áun cuando se ven obligados á convenir en que el sentimiento de lo divino es uno de los más vivos é imperiosos de nuestra naturaleza, no obstante todas las indicaciones precedentes, declaran esta aspiracion una quimera de la imaginacion humana.

Ahora bien, ó no existe lo que se llama sentido comun, ó semejante procedimiento vale tanto como contradecirse y faltarse al par al respeto. El medio excogitado para cojer en falta á la religion, consiste en pedirle lo que en manera alguna nos debe. Ya he dicho y probado que no nos debe la evidencia filosófica, porque

siendo uno de los principales caractéres de lo infinito la incomprensibilidad, el rehusar la creencia en el sér supremo porque no se le comprende enteramente, vale tanto como decir que no se cree en Dios porque es Dios. Pues bien, la religion todavía nos debe ménos la evidencia material, y sin embargo ¡cuantas objeciones se han producido, completamente desprovistas de razon, que solo consisten en exigir la prueba palpable de las cosas que no se ven! ¿Y puede decirse qué la moral no es cierta, porque no pertenece á la categoría de los cuerpos ponderables? ¿Y puede decirse qué el honor no existe, porque no se le ha visto por medio de los más poderosos telescopios del mejor observatorio? ¿Y puede decirse que la virtud necesite exhibirse en los aparadores de una exposicion universal, para ser clasificada en el número de las realidades? Y sin embargo, la existencia de Dios será dudosa porque no defiere á los caprichos de esos Tomases de todos los matices, que para confesarlo, exigirán hasta la consumacion de los siglos, haberlo palpado antes?

¿No es verdad qué llevada la cuestion á semejante extremo, hay en la negacion, más ó ménos conscientemente, algo que la comunica cierto colorido de mala fé? La religion se halla comprobada por la historia: pues bien, el anticristianismo, que refiere cual si los hubiese presenciado, los hechos de los tiempos prehistóricos, reduce á polvo las verdades más incontestables de la historia cristiana, pasándolas por el tamiz de una crítica disolvente. La religion se apoya en razonamientos metafísicos: pues bien, el anticristianismo niega redondamente la metafísica, para que no sea posible valerse de ella para la defensa. La religion es por su naturaleza invencible: el anticristianismo reduce la certeza al dominio de lo sensible. En otros términos; suprime una gran parte de las ciencias, á fin de colocar la religion fuera del alcance de la ciencia, é inmediatamente le echa en cara el ser extra-científica.

Dios que tenia prevista la dificultad que un dia experimentaria la fé del hombre para adorarle sin verle, se compadeció de los deseos de su criatura, y por esto el *Verbo se ha hecho carne y habita entre nosotros y su gloria ha podido ser contemplada* (1). Pero el positivismo que desconoce al Dios invisible de la creacion, todavía admite ménos al Dios hablando y obrando de la redencion. En el primer caso le echa en cara el mantenerse demasiado alto, en el segundo no le recononoce el derecho ni el poder de descender tanto. De manera que el hombre siempre halla medio de hacer frente á la verdad, áun valiéndose de aquellas razones que bastan para hacerle postrar de hinojos.

Llegado á semejante extremo, y no queriendo ceder á Dios, ni pudiendo librarse de la obsesion de su presencia, el anticristianis-

---

(1) San Juan, 1-14.

mo ha adoptado el partido de considerarlo como una aparicion, mejor como una *secrecion* del pensamiento. El hombre, dice, recoje todas las nociones de justicia, de bondad, de perfeccion; las categoriza, y compone un ideal que personifica, y este concepto de la imaginacion humana ha recibido el nombre de Dios. De manera que, segun este raciocinio, si tal nombre merece, aquel que *es* por esencia, se convierte en lo que no es, y la palabra inefable, Dios, no es más que la enseña puesta por la humanidad al borde de la nada, para recorrer el abismo sin medir toda su horrible profundidad.

Ante tan perversa invencion, no pueden ménos que sublevarse mi corazon y mi entendimiento. Mas nó, ¡oh Padre de todas las cosas! Yo no os he imaginado, no sois para mí una quimera, áun cuando no haya llegado á comprenderos; no constituís el fruto de mi pensamiento porque mi pensamiento no puede conteneros; no os he colocado dentro de mi espíritu, porque me es imposible borraros de él; no sois un producto de mi razon, porque dado que mi razon pueda negaros, mi naturaleza os llama siempre; vos no sois en fin obra mia, porque yo me reconozco obra vuestra. Inútil es pues que la humanidad trabaje para anonadaros, porque sea por el amor, sea por el temor, no puede ménos que precipitarse en vuestros brazos amorosos, y así como vuestra imájen sobrepuja á mis pensamientos, mi corazon está tan léjos de abarcarla, que os adora mil veces más de lo que podría expresar. Afortunadamente esta imposibilidad de igualar el acto de fé de mi conciencia, es mi garantía al propio tiempo que mi tormento: cuanta más profunda y arraigada es mi creencia en Dios, tanta mayor es mi incapacidad para confesarlo y menor mi capacidad para haberlo inventado (1).

Digámoslo, pues, sin profanacion y sobre todo sin comparacion absoluta: en el fondo de los dógmas existe una especie de presencia real. La religion no es en manera alguna un santuario vacío; Dios se halla detrás del velo. Cierto que las falsas religiones lo desfiguran; pero en un grado ó en otro, de una ú otra manera, todas lo presienten y lo expresan, y ese vuelo infatigable de la humanidad en pos de Dios, no terminará nunca. Tales son las condiciones dentro de las cuales la humanidad avanza, podríamos decir de rodillas, como ciertos peregrinos, y en cuanto pretende tomar otra actitud para marchar con mayor celeridad, se agita, vacila y no tarda en caer.

Inútil es pues que los ateos se den cita para ciertos entierros en los cuales no se vé signo alguno religioso, con el propósito de hacer creer que son muchos; inútil que se pongan en evidencia en nuestras

---

(1) Véase, en las notas puestas á la conferencia quinta, la antiquísima refutacion de esta pretendida novedad: *Dios es la categoría de lo ideal.*

reuniones políticas para que se les crea representantes en parte del alma de la nacion, porque si así lo hacen les recordarémos que hasta la Francia de Robespierre ha renegado de ellos. Si un dia llegaran á legislar, no hallarían de seguro un príncipe capaz de firmar la proscripcion del Rey de reyes, y dado que lo hubiera, no se encontraria un pueblo capaz de ratificarla. En cambio serían muchos los que, despues de haber defendido por medio de la palabra este artículo principal de nuestras creencias, lo harian bueno con sus cabezas; en los cadalsos y hasta en las tumbas, Dios acabaría por tener razon.

No falta quien presuma que despues de algunos años de progreso, la religion no tendrá razon de ser. ¿Qué motivos tienen para hacerle semejante injuria? ¿Por ventura se ha roto uno solo de los argumentos tradicionales en favor de la existencia de Dios? ¿Es qué Proudhon por ejemplo, ha logrado destruir la sublime teodicea de San Agustin, de San Anselmo, de Fenelon y de Leibnitz? ¿Es de temer que prevalezcan sobre la humanidad entera, un par de docenas de visionarios de Francia y de Germania, que se engalan con la ridicula pretension de haber inventado el ateismo científico? «Nó, en todos los siglos, ha escrito Platon, ora más, ora ménos, han existido gentes dominadas por esa monomanía, pudiendo añadirse, además, que, por punto general, ninguno de aquellos que en su juventud ha sostenido la opinion de que no existia Dios, ha persistido en ella hasta su ancianidad (1).

Por consiguiente no demos nuevas contestaciones á preguntas que distan mucho de serlo: «¿Qué es lo que han descubierto, dice «Bossuet, esos génios peregrinos, que no lo hayan descubierto los «demás? ¿Presumen acaso haber visto las dificultades, á las cuales «han sucumbido, mejor que aquellos que han sabido vencerlas?» El ateismo contemporáneo con sus fórmulas capciosas, continúa bajo el peso de esta indignacion magistral. Por lo demás, supuesto que un dia triunfara por la fuerza, su triunfo no sería verdadero: la historia nos dice que Dios, más fuerte que Samson, aplasta bajo las ruinas á aquellos que le insultan. Si el Viernes santo, aniversario del primer deicidio, ha hecho derramar tantas lágrimas, imagínense si es posible, los males que sobrevendrian tan pronto como se consumara en la conciencia humana ese deicidio doctrinal. El primero, siquiera, ha dado principio á nuestra civilizacion; de seguro que el segundo acabaría con ella: y tal vez tenemos la prueba más patente de que Dios existe, en que no podemos figurarnos que sería del mundo si Dios no existiera.

Sea en horabuena, dice el racionalismo vencido en este punto:

---

(1) Platon, *Las Leyes*, libro X.

el objeto de la religion, siquiera inmaterial, es real: convenido pues que nuestros homenajes sean reales como el Dios que los reclama; pero al propio tiempo deben ser como él invisibles, y por consiguiente á las manifestaciones sociales y convencionales del sentimiento religioso, substituyamos la piedad del foro interno. En este punto mi contestacion al ateismo contemporáneo, se complica con la solucion de una objecion deista.

El buen sentido dice que si la religion, para ser posible, debe proceder de una creencia positiva; para ser razonable, es preciso que exprese públicamente esta creencia. La religion que consiste en respetar á Dios, sin ofrecerle testimonio alguno de respeto, ha sido siempre la de los hombres que no quieren ninguna. La naturaleza no reconoce un culto clandestino. No hay en nuestra alma movimiento alguno que no lo traduzca el cuerpo por medio de la correspondiente manifestacion, ¿se concibe pues, que en tanto todos nuestros respetos y todos nuestros amores nos arrancan gritos elocuentes, sea nuestra fé el único respeto y el único amor condenado á silencio eterno? Un objeto que nos cause admiracion, nos inspira ditirambos; caemos de rodillas para expresar nuestras apasionadas simpatías, ¿sólo Dios estará privado de obtener en tiempo alguno el público testimonio de nuestro amor?

La moral y la naturaleza protestan contra semejante corruptora abstencion. Corruptora decimos y lo es: en primer lugar para la sociedad, porque el que de su religion hace un secreto, arrebata á la sociedad el valor que comunica el ejemplo, ya que por desgracia el hombre para practicar el bien, ha menester el espectáculo de sus semejantes, obrando de la propia manera. Por consiguiente de poco le aprovechan nuestras adoraciones *in petto*. Semejantes adoraciones tiene el derecho de conocerlas, como nosotros el deber de manifestárselas, puesto que constituyen una propiedad perteneciente á la comunidad de las almas de que formamos parte: por esta razon nos manda el más humilde de los maestros que dejemos ver nuestras obras, á fin de que el padre celestial sea glorificado. Y por otra parte, semejante religion sin culto, no sería acaso desmoralizadora hasta para nosotros mismos? El sentimiento vive de su propia expansion, y toda religion que carece de un medio para dar salida á la explosion de afectos que brota del alma de sus adeptos, se extingue como un hogar en el que falta el aire. Declaremos, por ejemplo, en nuestros códigos que el respeto filial estará dispensado de testimonios respetuosos, y el amor de los hijos, debiendo vivir encerrado en su corazon, acabará por extinguirse. Pues bien, cerremos herméticamente la religion en las almas y de seguro, y por la misma razon, la verémos sofocarse, porque la religion del hombre, como el mismo hombre, se asfixia cuando le falta aire que respirar. Por consiguiente, podemos concluir que son unos insensatos, los que niegan á la paternidad de Dios la publicidad en las demos-

traciones filiales que pretenden para sí. La palabra de Pascal, *es indispensable doblar la máquina* (1), constituye la expresion de un profundo golpe de vista sobre las necesidades religiosas de la humanidad.

Para concluir respecto de esta quimera de un hombre religioso que no pertenece á ninguna religion, juzguémosla segun una regla de apreciacion vasta é indiscutible como la misma naturaleza. Tres cosas constituyen la expresion normal y el aparato indispensable de las creencias: el culto, los sacerdotes y los templos. No hay sociedad alguna en que pueda traducirse el sentimiento religioso sin el concurso de esos tres elementos, y el hombre que no puede decir cual sea el culto que presta, ni quienes los sacerdotes á los cuales escucha, ni cuyos los templos que frecuenta, queda excluido de sus pretensiones religiosas por el gran jurado de los siglos y de la humanidad.

Por consiguiente, nada de religion sin derecho á un culto. La fé enjendra su expresion pública, que es la liturgia. Del mismo modo que tienen su manifestacion particular, la amistad, el respeto y el amor la adoracion, que es el más elevado sentimiento del alma, debe tener tambien la suya. Yo bien sé que no falta quien haga mofa de las ceremonias religiosas; pero no se olvide que el ceremonial de las córtes y basta el de las lógias masónicas se ejecuta hasta con emulacion. Se juzga cosa extraña y ridícula el traje de los ministros del Señor, y sin embargo se contemplan con admiracion y hasta con envidia, los distintivos del senador y del capitan general. Lo hemos dicho: todo órden de sentimientos debe tener su manifestacion sensible y la religion no puede escapar á semejante ley. Por esto doquiera se encuentren trazas de religion, deben encontrarse y se encuentran en efecto ritos sagrados, ritos que, en su esencia, serán siempre verdaderos, áun cuando sea falso el objeto que los motiva.

Mas, podrá decírseme ahora, ¿qué culto es el de los libre pensadores? Cuando en el corazon del hombre palpita un sentimiento religioso, sea este el que quiera, el hombre inclina la cabeza, se hinca de rodillas, y aquel sentimiento no sólo le inspira homenajes privados, sino tambien adoraciones sociales. Ahora bien, ¿cual es el país del mundo en qué se ha visto al hijo de Voltaire tomando parte en esos sacrificios, en esas invocaciones, en cualquiera de esos ritos, en una palabra, que constituyen el fondo de la liturgía universal? Bajo pretexto de no afiliarse en ninguna religion, no practica culto alguno; y por consiguiente, nada tiene de estraño que el buen sentido público, le considere un simple artista en materia de religion; pero en manera alguna un hombre religioso. Por lo demás esto es siempre una ventaja para la moralidad de las muchedum-

(1) *Pensamientos.*

bres, porque, ¿qué juicio han de formar de esa religion fácil y secreta sinó el de que es una farsa, cuando la de los filósofos no es más que un objeto de irrision?

Nada de religion sin comunicacion con un sacerdote. El orgullo humano quisiera suprimir el intermediario entre el hombre y la divinidad; pero la ley de la necesidad se opone á ello. El hombre se halla demasiadamente interesado en su símbolo religioso, para que pueda guardarle con imparcialidad perfecta. Pedir que la tierra se convierta en una especie de Sinaí perpétuamente iluminado, en el cual todo mortal tenga el derecho de dirigirse á su Criador y de recibir sus oráculos, es lo mismo que erigir en sistema la inmoralidad y la confusion. La confusion sí, porque el pensamiento de Dios expuesto á la interpretacion del mundo entero, corre riesgo de sufrir alteraciones, de que está completamente libre, sometido á crisoles elegidos y purificados: la inmoralidad, porque decretar que cada cual podrá juzgar en último grado de apelacion, de la regla de la fé y de las costumbres, vale tanto como disponer que los malhechores redacten y apliquen el código penal, y es lo mismo que reconocer que el primer pelafustan reune tanta sabiduría é integridad como el soberano Pontífice: en una palabra, es transferir á los simples y á los perversos la infalibilidad de que se despoja á la Iglesia.

Tenemos pues que si para orientar la vida religiosa de los pueblos, se suprime una gerarquía especial, los pueblos caen en las más degradantes alucinaciones. Y ahora preguntamos: ¿dónde están los séres esclarecidos, que sea por sus propios sacrificios, sea por delegacion social, han merecido la honra de ser consagrados sacerdotes del libre pensamiento? ¿Dónde está la cátedra de S. Pedro del racionalismo; dónde su Iglesia; dónde el sagrado magisterio; dónde en fin sus árbitros supremos respecto de las creencias y del deber? Lo que hay es, que el que se proclama gran sacerdote de su religion no puede tener religion; porque se pone en pugna con todas las tradiciones religiosas de su especie y deifica su personalidad sobre la autoridad destronada de la naturaleza y del mismo Dios.

Por último, nada de religion sin la frecuentacion de los templos. En cuanto el hombre conoce á Dios, busca y elige lugares á propósito para honrarle. El hogar doméstico es el cenáculo del culto privado; el templo el del culto público. Desde la iglesia cubierta de hojarasca, de las regiones Australianas, hasta la magnífica basílica del Vaticano, lo mismo las falsas religiones que la verdadera, celebran sus solemnidades en recintos sagrados. Y no es que desconozca lo mucho que se ha dicho y se ha hecho respecto del templo de la naturaleza: convenido que la bóveda celeste tachonada de brillantes estrellas, constituye la más sublime de las bóvedas que puedan imaginarse; pero la verdad es que no existe culto alguno funcionando al aire libre. Es indispensable un lugar especial, elegido de

antemano, para que puedan celebrarse en él los actos de adoracion colectiva; para que nuestra sociabilidad religiosa pueda reunirse al objeto de orar en comun y hacer comunes nuestras satisfacciones y nuestras amarguras. Por lo demás fácilmente se comprende que el dia en que sólo podamos contar con la bóveda celeste, para que sirva de cubierta á nuestras reuniones religiosas, será menester mucha fuerza de voluntad, especialmente en invierno y más áun si el cielo nos envia el beneficio de la lluvia, para congregarnos á fin de orar y más áun para perseverar en nuestras oraciones en lugar tan poco acomodado. De seguro no serian los filósofos que tan húmedas y tan lóbregas encuentran nuestras catedrales, los últimos que se retiraran del decantado santuario de la naturaleza. Cuando los grandes errores caen en el ridículo, el razonamiento se encarga de refutarlos, y la burla acaba con ellos.

Más digasenos ahora: ¿dónde encontrarémos las basílicas de la religion filosófica que se nos anuncia? Teniendo como tiene el hombre necesidad de relaciones extra-domésticas con Dios y con las almas, ¿cuyo será el lugar dónde podrá satisfacer esa inclinacion irresistible? Vuestra opinion política ha podido construir una lógia masónica, á la cual acude para mantener vivo el entusiasmo de las ideas vuestro gusto literario ó artístico cuenta con círculos y con clubs, en los cuales presta culto á tales inclinaciones; pero vuestra fé religiosa ¿con qué compañía y bajo qué techo recitará su símbolo especial?

Y téngase en cuenta que no reclamo para las almas, placeres de supererogacion ni mucho ménos: el sentimiento natural que las llama á las adoraciones populares, no puede desconocerse impunemente. Del mismo modo que ese sentimiento eleva y serena á las muchedumbres por sus arrebatos regulares, cuando carece de punto de salida, remonta como un vértigo doloroso y se apodera de la mente humana. Así se explica que los casos de locura sean más frecuentes dónde son ménos frecuentados los templos; y teniendo esto en cuenta, podemos anunciar sin temor de vernos desmentidos, que á medida que disminuya el número de las iglesias en los pueblos racionalistas, tendrá que aumentar el de los establecimientos para alienados, las cárceles y las casas de correccion. No en vano se ha dicho que los templos son los hospitales de las almas enfermas. El hombre orando y llorando con todo un pueblo, lanza al cielo gritos más proporcionados á su intenso dolor, y por el contrario, en el momento en que le falta ese poderoso derivativo, el conjunto de sus lágrimas se agolpa en su débil naturaleza y la hace estallar en explosiones desordenadas. En vano es pues, que se pretenda corregirnos de la necesidad de rogar á Dios en familia; el primer movimiento de los hombres en sociedad, consistirá siempre en dirigírsele en familia, porque reuniéndose á sus piés, comprenden que se unen, que se fortalecen, y nada demuestra con tanta elo-

cuencia que son hermanos, como el acto de reconocerse hijos de un mismo Padre. Tenemos pues que toda filosofía sin culto, sin sacerdotes y sin altares, por más que se decore con el paramento de un misticismo ideal, no es más que la hipocresía de la religion, dado que no sea la negacion de la misma.

II.

El objeto de la religion es real, siquiera inmaterial, y áun cuando sea invisible, le debemos homenajes visibles: por consiguiente, es indispensable que semejante objeto sea sobrenatural.

Ya que el hombre no puede vivir sin religion, ¿puede darse la que le conviene? ¿Las revelaciones todas no están acaso destinadas á verse sustituidas por un culto puramente racional? ¿La civilizacion que comienza por la fé, no debe coronarse, cuando llegue á su completo desenvolvimiento, por una religion exclusivamente filosófica? Nó, es menester que la verdadera religion proceda de más elevado lugar que la naturaleza y para ello existen tres motivos á cual más poderosos, que consisten en que la naturaleza no puede componerla, ni imponerla, ni circunscribirla.

Hemos dicho que la naturaleza no puede componer la religion. Cierto que la razon, con el auxilio de la gracia, descubre la verdadera religion; pero á pesar de ello sería impotente para inventarla; y no obstante la felicidad que experimentaría el orgullo, pudiendo trazar su símbolo religioso, del mismo modo que formula su profesion de fé política, se vé precisado á suscribir ciertas verdades de las cuales no puede proclamarse autor. El cristiano por sí mismo, nada puede ni debe componer respecto de su fé: la busca; pero no la forma, y cuando históricamente ha demostrado el hecho de la revelacion, encuentra en ella todas las verdades. Supongamos por el contrario, á un pensador que pone en tortura su inteligencia con el objeto de crear su Evangelio: ¿de dónde sacará sus materiales? El espíritu humano nos ha dicho cuanto puede decirnos, respecto del particular, y lo que de sus experimentos puede esperarse es lo que vamos á ver.

¿Trátase, por ejemplo de determinar la nocion de Dios? Pues en tal caso, á la bella teodicea de un Dios único, substituye el anticristianismo un verdadero pueblo de dioses fantásticos, con una genealogía imposible, con aventuras ridículas, y una biografía tan escandalosa, que un hombre honrado se desdeñaría de tenerlos por amigos; ó caso que desprecie las supersticiones del politeismo, se limita á adorar la imágen espantosa de la nada encerrada bajo fórmulas más ó ménos falaces. Es decir, que si los pueblos se hallan en su

infancia, todo es Dios para ellos, como no sea el verdadero y único Dios; y si por el contrario se engalanan con el título de civilizados, nada hay que sea Dios incluso Dios mismo. Se ha dicho que si Dios no existiera sería preciso inventarlo; pero estas palabras que son expresion profunda de un sentimiento elevado, carecen completamente de verdadero sentido filosófico, toda vez que es muchísimo más fácil al espíritu humano creer en Dios que inventarlo.

Y la razon, tan mal inspirada de suyo en lo que á la invencion de su Dios concierne, ¿lo estará mejor en la creacion del deber? Para contestar á esta pregunta basta con recordar los preceptos del decálogo, y lo que ha hecho el hombre respecto del particular. La santificacion de todas las malas pasiones, la afirmacion rotunda de que la propiedad es un robo, y de que Dios es el mal, la apoteósis del regicidio, la castidad de los falansterios, la probidad del comunismo, los ódios y las concupiscencias del socialismo, constituyen las últimas palabras de la razon sobre la verdad moral. Y si de tarde en tarde algunos soplos de refrigerante brisa animan esta masa de sueños impuros, podemos asegurar que no son más que reminiscencias evangélicas, que sólo sirven para poner más en evidencia la pobreza de la moral independiente, toda vez que en el momento mismo de renegar de la doctrina cristiana, se vé obligada á cometer hurtos con los cuales pueda cubrir su hedionda desnudez. ¡Cuántas veces podría responder Tertuliano á los falsificadores de nuestros mandamientos! «¡Oh Marcion, de nada te sirve el haber «trabajado, porque debajo de tu falso Evangelio, reconozco al ver«dadero Jesús (1)!»

El espíritu humano impotente para crear la religion por la vía de composicion, no conseguirá mejor resultado por vía de compilacion. Utopistas templados han existido, que han acariciado semejante quimera. Para ellos el *Credo* de lo porvenir, quedaría reducido á una simple cuestion de eclectismo, esto es, á un conjunto de plajios llevados á cabo por la razon individual, hechos al tesoro de la razon general. Consideran esos tales, que así como un pintor de la antigüedad pudo realizar una figura bella hasta el idealismo, reuniendo hermosos rasgos y detalles, que pertenecian á diferentes indivíduos; un concilio de reveladores competentes, atemperándose á semejante sistema, podría formar la verdad total, coleccionando las porciones de verdad diseminadas en la civilizacion universal.

Ilusion por demás pueril, porque semejante trabajo de compilacion sería no ménos difícil que una verdadera creacion. Para elegir la verdad parcial es indispensable llevar la verdad completa en el fondo del pensamiento, lo que vale tanto como decir, que para descubrir la religion es indispensable poseerla: círculo vicioso, en el cual la razon, girando sobre sí misma, es presa del vértigo.

(1) Tertuliano. *Contra Marcion*. IV, n.º 43.

¿Por ventura no ha grabado Dios esta verdad en la historia, por medio de la enseñanza que resulta de un contraste famoso? Cuando el hombre inventa, dentro de los límites de la ciencia de lo finito, alcanza lo sublime; pero en cuanto pretende inventar dentro de la ciencia de lo infinito, sólo consigue llegar á lo ridículo. Proviene esto de que, en semejante órden de conocimientos, Dios ha querido reservarse el derecho del descubrimiento. Él sólo produce, Él sólo promulga, y el hombre no tiene más obligacion que verificar lo que no entiende; callar y obedecer. Yo comparto mi imperio contigo, parece decir el Creador: avanza en el camino de las cosas profanas y serás Homero, y Pindaro, y Demóstenes, y Platon, y Ciceron, y Corneille y Racine; no te impongo más límites que lo finito; mas deten tu planta junto al dintel de las cosas divinas, y deténla respetuoso, porque sino quieres portarte como hijo por la sumision, tendrás que hacerlo en virtud de tus propios disparates.

Véase, en prueba de lo que acabamos de decir, la inferioridad de las religiones, comparadas con las demás manifestaciones de la inteligencia humana, durante los mejores tiempos de la antigüedad. En las artes, en las letras, en la sabiduría alcanzais el punto más elevado en el edificio de la civilizacion: vuestros ensayos constituyen verdaderas obras maestras, y los primeros iniciadores continúan ofreciéndose como modelos siempre imitados y siempre inimitables. En religion, por el contrario, ¡qué caos de incoherencias, y qué escesos casi estúpidos, ora de parte de los reveladores, ora de parte de los creyentes! Nunca del mismo suelo se han visto brotar á un mismo tiempo frutos más desemejantes. Y si de la antigüedad nos trasladamos á nuestra era, en la cual hay mayor refinamiento en la civilizacion, ¿encontrarémos resultado distinto? En nuestros dias el génio del descubrimiento á todo se aplica ménos á la fabricacion de nuevas religiones. En este género, más bien se deshace que se hace, por lo mismo que se siente la imposibilidad de hacerlo mejor. Podrá un hombre mantener escitada la curiosidad pública en virtud del anuncio de una epopeya, producto de su inteligencia; pero si en lugar de una epopeya ofrece una religion, de seguro que no conseguirá otra cosa que escitar la burla y el desprecio. Mortales capaces de producir obras maestras se encuentran en todas partes: los nuevos Moisés y los nuevos Cristos, sólo se hallan en las casas de locos. Prueba instructiva y popular de que la verdad religiosa no puede salir de un laboratorio filosófico, y de que solamente el espíritu de Dios es capaz de producirla y de hacerla aceptar.

Y así como la naturaleza no puede componer la religion, tampoco puede imponerla. Entre religion y sistema media una diferencia radical: un sistema no puede ménos que reconocer la existencia de otro que valga lo que él; una religion, ó debe proclamarse ra-

zon soberana, ó deja de ser tal religion. Ahora bien: para obtener de la fé de las muchedumbres una adhesion tan extraordinaria, no basta el talento, porque un sábio halla siempre otro que sabe más que él, ó uno ménos sábio que no lo comprende: tampoco basta la sabiduría, porque la de Sócrates y la de Epicteto les ha valido más admiradores que adeptos: tampoco bastan todas las grandezas de la humanidad reunidas en uno sólo de sus individuos, porque no hay ni puede haber hombre alguno que, bajo pena de condenacion eterna, pueda imponer sus creencias á los demás. Tenemos, pues, que al que quiera apoderarse de la fé de sus semejantes, le es indispensable, más que un poder natural, una mision divina, probada por actos divinos.

Napoleon, señor de Europa, estaba convencido de que le era más fácil penetrar en Viena y en Petersburgo, que en la conciencia de sus súbditos; por esto: cuando en 1802 se le aconsejó que se proclamara jefe de la religion, contestó: «No estoy decidido á «subir al Calvario para que me crucifiquen, pues sé positivamente «que no resucitaria al tercer dia.» ¿En qué consiste, pues, la imposibilidad que hace retroceder al presente á ese génio para el cual no existen imposibles?

Consiste en que no hay nada más fácil que crear un sistema; pero al mismo tiempo tampoco hay nada más difícil que hacerlo aceptar como una verdad absoluta: consiste, principalmente, en en que el autor de una religion debe gozar del don de infalibilidad para garantir sus aseveraciones, y del de hacer milagros para garantir su infalibilidad: sin tales condiciones deja de ser un revelador, para convertirse en jefe de una escuela.

Y hénos llegados ya por la fuerza de los hechos, á la necesidad del milagro para acreditar la religion, hasta tal punto que precisamente aquello que constituye el escándalo de la razon, viene á ser su garantía indispensable. ¿Hay manera de que el hombre pueda tener la certeza de lo que existe sobre la naturaleza, sin una manifestacion que sobrepuje á la naturaleza? Prescindiendo de los misterios de hecho, tales como los milagros, ¿podrian los misterios de fé, ser certificados por medio de un testimonio proporcionado? Nó: sólo lo infinito puede proporcionar la medida adecuada de lo infinito: para probar los dogmas sobrenaturales son menester actos sobrenaturales.

Sábios hay, no lo ignoro, que, quisieran hacer gracia á la religion de los hechos milagrosos, en cambio de una belleza de doctrina y de una santidad de moral suficientes á servirles de caucion.

Pero la belleza de una revelacion no es un testimonio bastante en su favor: los ciegos no serian capaces de apreciarla. Ni basta tampoco la santidad de una revelacion, ni siquiera la de un revelador, pues los corrompidos podrian rechazarla: en cambio, una derogacion de las leyes de la creacion; lo que se ha llamado un golpe

de estado en el gobierno del mundo, se impone perfectamente á los que tienen ojos para ver, y que no tienen la voluntad decidida de no ver. Por esto el mismo Jesucristo no hacia de su palabra su supremo testimonio; sinó que en favor suyo invocaba sus prodigios, diciendo: «*Si no dais crédito á mis palabras, creed por lo ménos en mis obras.*» Por lo demás, la humanidad, de acuerdo en esto con Jesucristo, siempre ha visto en los milagros el sello de la divinidad impreso á la mision de un hombre, y si no adora lo divino donde quiera que el milagro se manifiesta, es porque posee inauditos recursos que le permiten oscurecer semejante manifestacion.

Sentadas semejantes premisas, es imposible eludir la siguiente conclusion: luégo la naturaleza es incapaz de componer ni de imponer la religion, porque la primera de tales obras constituye un milagro de infalibilidad, y la segunda un milagro de autoridad: la naturaleza es el instrumento y el teatro de los milagros; pero no contiene la virtud.

Se dirá, sin embargo, que la naturaleza, ya que no puede componer ni imponer la religion, será capaz de circunscribirla, es decir, de impedir que se convierta en sobrenatural. Tampoco. La religion puramente natural no basta ni á la naturaleza ni á la necesidad religiosa de la humanidad. No basta á la naturaleza, porque esta tiene una elasticidad ilimitada que no pueden llenar sus propios pensamientos. Traspasa fácilmente sus límites dirigiéndose al cielo, y sólo lo sobrenatural puede colmar la medida de su vuelo y de sus aspiraciones. Hay más áun: un culto puramente natural no satisface en manera alguna nuestro sentimiento religioso, porque, en último resultado, ¿en qué consisten los dogmas, en qué los deberes, en qué las sanciones de este culto? Tres cuestiones que constituyen otros tantos enigmas para la razon, si no busca la solucion de ellos en las religiones positivas. Tenemos, pues, que la religion natural es más bien una abstraccion que una realidad histórica: en teoría se la separa de las religiones sobrenaturales; mas en el terreno de los hechos no puede separarse, por lo mismo que dónde desaparece lo sobrenatural, desaparece la religion, no quedando más que una filosofía.

«Una religion, dice Cousin, se distingue de los sistemas filosó-«ficos, en tanto admite un dato sobrenatural superior á toda con-«troversia; al paso que la filosofía sólo busca verdades naturales, «sin más auxilio que la sola luz natural (1).» Esta es la primera y la última palabra del buen sentido respecto del particular. Si con frecuencia se resuelve mal, consiste en que con más frecuencia áun se propone mal. Por consiguiente, no hay para qué hablar del pró-

(1) *De lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.* Lec. V.

ximo fin de las religiones sobrenaturales, porque esto seria el fin de la religion: que no se nos venga anunciando el futuro advenimiento de la religion natural; porque esto valdria tanto como instalar la filosofía en el gobierno de las conciencias lo mismo que en el de los espíritus. Semejante religion, con la incertidumbre de su símbolo, la elasticidad de su decálogo, y la impotencia de sus frenos, jamás pasará de un pretexto para abandonar la verdadera, sin seguir ninguna otra. Yo pregunto á los pensadores aristócratas que quisieran contentarse con esta dósis moderada de respeto hácia el cielo, sin perjuicio de dejar á las muchedumbres el máximum de este deber, si podrian manifestarme el grado de cultura que debe poseerse para dispensarse de hacer la señal de la cruz. Y, sobre todo, ¿podrian explicarme por qué razon el Creador tendria dos medidas en sus exigencias respecto de la humanidad, una para los párias del espíritu, obligados á doblar las rodillas; otra para las grandes capacidades, á las cuales deberia bastar con que votarán en favor de Dios en ciertos artículos de revista? Evidentemente no puede ser así, porque la religion tiene de comun con el sol, el no tener lugares reservados, sitios de preferencia para su luz, y mucho mejor áun que ante la ley, somos todos iguales ante la verdad. Y tampoco puede ser así, además, porque siendo la religion la expresion de lo infinito, por más cultivados que estén sus discípulos, en el momento mismo en que pretenden aprisionarla en la naturaleza, rompe esta camisa de fuerza para extenderse y derramarse por todas partes, convirtiéndose en lo sobrenatural divino si se encamina á lo verdadero, y en lo sobrenatural diabólico si tuerce hácia el lado falso.

El sacerdote demostrando la religion de que es ministro, ofrece todo el aire de renovar al famoso orador que trabajaba *pro domo sua*. Convenido de ello, cedo gustoso la palabra á autoridades profanas sobre la doble tésis que acabo de establecer: es decir la verdad de lo supra sensible y la de lo sobre natural en el objeto de la religion.

Á aquellos que admiten únicamente las realidades materiales, les hablarémos con las palabras de un libre pensador contemporáneo, palabras que llevan impreso un sello de espanto y de verdad tales como podrán juzgar nuestros lectores.

«Cuando se deja de creer en Dios personal é invisible, el alma «se halla solicitada por el abismo, no tarda en caer al suelo derri«bada, y á veces se sumerje en el fango. Cuando la filosofía no «cuenta con otro Dios que con el universo, ni con otro hombre que «con el más notable de los mamíferos, no es más que historia natu«ral. Esta es la ciencia de las épocas materialistas. Y, digámoslo «de paso, á este punto hemos llegado. Téngase en cuenta sin em«bargo, que el materialismo constituye la última etapa del género

«humano. Corrompida y debilitada, la sociedad se deshace á con-«secuencia de inmensas catástrofes; el rastrillo de hierro de las «revoluciones troncha los hombres como las yerbas de nuestros «campos. En los surcos ensangrentados germinan las nuevas gene-«raciones, las almas desconsoladas vuelven á creer, convierten al «cielo sus miradas, hallan de nuevo el lenguaje de la oracion, y la «humanidad se levanta para comenzar de nuevo (1).»

¿No es verdad que no podia esperarse tan elocuente defensa, de un protestante racionalista? Por lo que se refiere á los que confesando las verdades inmateriales, se han detenido en esta primera estacion, sin lograr ascender hasta lo sobrenatural, les rogamos que escuchen la voz de un gran protestante sobrenaturalista que les dice: «Salgamos de las crisis enfermizas de la humanidad, para «penetrar de nuevo en su historia formal y permanente. La creen-«cia en lo sobrenatural es un hecho natural, primitivo, universal, «en la vida del linaje humano; en todos los tiempos, en todos los «lugares, en todos los grados de la civilizacion, encuéntrase al gé-«nero humano creyendo expontáneamente en los hechos, en las «causas exteriores de este mecanismo viviente llamado naturaleza. «Por más que se ha hecho para comprender, explicar y magnificar «la naturaleza, el instinto de las masas humanas jamás se ha sa-«tisfecho y siempre ha trabajado para ver algo superior.

«Y esta creencia instintiva y hasta ahora indestructible, este «hecho general y constante en la historia humana, se pretende des-«truir. ¡Vana quimera, increible fatuidad humana! ¡Porqué en un «rincon de mundo, en un dia de los siglos, se ha combatido lo so-«brenatural, se le proclama vencido! De manera que habeis olvida-«do completamente la humanidad y su historia (2).»

Terminada esta exposicion se ve lo que debe pensarse de este procedimiento de la negacion que consiste en resolver la cuestion en provecho propio, echando mano para ello, de ciertas frases en boga. La ciencia ante las preocupaciones, dicen los blasfemos; pero precisamente se trata de saber si ellos constituyen la ciencia. La sinceridad ante las convenciones; pero ¿se está realmente seguro de que representemos nosotros las convenciones y ellas la sinceridad? La verdad ante los consuelos, añaden; pero el caso es que nosotros pretendemos que su verdad es puro engaño, y como en tal caso no son únicamente la falsedad que engaña, sino tambien la falsedad que corrompe, y el engaño que martiriza, no tienen derecho para erigirse en mártires de su franqueza y de su saber, porque no son más que el juguete de una locura voluntaria, ó el instrumento de una pasion malhechora.

---

(1) Scherer. *Miscelánea de crítica religiosa.*
(2) Guizot. *Meditaciones*, primera série.

CAPÍTULO VI.

Realidad de lo sobrenatural.

Probado dejamos que la necesidad de creer va en pos de un objeto que es real, siquiera inmaterial, y que la expresion de esta necesidad, ó sea la religion, debe ser exteriormente sensible, áun cuando su objeto no lo sea. Añadamos ahora, que es de esencia en este objeto no sólo el ser sobrenatural, sinó que además es necesario que sea sobrenatural, por lo mismo que la naturaleza no puede por sí sóla descubrirlo, ni imponerlo, ni circunscribirlo. Ocasion es esta la más apropiada para hacer notar que los filósofos que admiten el acto creador, es decir lo sobrenatural en la causa del mundo, son los que ménos fundamento tienen para rechazarlo en sus efectos: de aquí la razon del famoso axioma, *nada fuera, nada sobre la naturaleza*, que constituye la fórmula exacta de toda negacion que no cree en un autor de la naturaleza; pero esta misma fórmula constituye una contradiccion en boca de un espiritualista, que, en el mero hecho de reconocer un Dios distinto de la naturaleza y superior á ella, admite en su filosofía lo sobrenatural que no quiere admitir en la religion.

El presente capítulo se dirige á tales ilógicos deistas. Porque no basta demostrarles que el objeto de la religion debe ser sobrenatural, importa saber si lo es en realidad. ¿Hállase el hecho de acuerdo con la teoría anteriormente anunciada? Esta es la cuestion capital, pues Spinosa sienta, no recuerdo donde, que habria abrazado el cristianismo si hubiese llegado á creer la resurreccion de Lázaro. Su conclusion estaba perfectamente fundada; por consiguiente, lo que importa es sentar y establecer de un modo claro y terminante las premisas que él no supo descubrir. El milagro no constituye, como el vulgo imagina, el conjunto de lo sobrenatural; sinó que lo sobrenatural se halla ordinariamente certificado por el milagro, segun se desprende de esta célebre definicion: *El milagro es el título de crédito de la Divinidad.*

Lo sobrenatural en su acepcion más lata, y al propio tiempo más óbvia, puede definirse una accion especial de Dios, ora en

el órden intelectual, ora en el órden físico, ora en el órden moral, que produce efectos superiores á las fuerzas de la naturaleza. Considerado en este conjunto, y áun podríamos añadir bajo esta reunion de prodigios, lo sobrenatural se extiende hasta constituir no sólo la prueba, sino tambien la esencia de la religion. De tal manera que defendiéndolo combatimos *pro aris et focis* y Dios y el mundo se hallan igualmente interesados en esta revindicacion de la fé contra el naturalismo.

Entre los adversarios de lo sobrenatural, pueden fácilmente distinguirse tres cuerpos de ataque, de distinto color y procedencia. El primero avanza en nombre de la razon pura, y dice: *A priori*. lo sobrenatural es imposible, por consiguiente no existe. A estos les contestamos tambien en nombre de la razon pura: *A priori*, es imposible que lo sobrenatural no exista, luégo existe.

El segundo se adelanta en nombre de la naturaleza y nos dice: La naturaleza constituye el conjunto de la obra divina, por consiguiente, cuanto está fuera de ella ó es superior á ella, no puede ser admitido. Á lo cual contestarémos. La naturaleza no constituye el conjunto de la omnipotencia divina, sinó que constituye la base y el lugar de espera de un coronamiento futuro, por consiguiente lo sobrenatural que constituye el remate y no una superfetacion de la naturaleza, debe ser admitido.

Adelántase, por último, el tercero en nombre de la crítica histórica y dice: Nadie ha verificado científicamente lo sobrenatural, por consiguiente, sólo puede admitirse como simbólico ó legendário. A lo cual contestarémos en nombre de la historia. Lo sobrenatural se halla tan bien establecido, como los hechos más incontestables de lo presente y de lo pasado; por consiguiente no es ménos incontestable que dichos hechos. En términos más concisos vamos á demostrar la realidad de lo sobrenatural teniendo en cuenta que: 1.° la razon lo exige: 2.° la naturaleza lo desea; y 3.° la historia lo atestigua.

I.

Cuando el racionalismo espiritualista sostiene que no existe lo sobrenatural, porque es imposible, prescinde de la realidad para encerrarse en un *á priori* arbitrario, y á fin de declinar la evidencia, se contenta con hacer sofismas. Cuando nosotros afirmamos la existencia de lo sobrenatural, porque es indispensable su existencia, permanecemos fieles al sistema experimental; nos fundamos en los hechos, y no en una teoría complaciente, para establecer nuestro punto de partida: por consiguiente estamos autorizados para decir que la razon reclama y exige lo sobrenatural, por lo mismo que

constituye la única religion lógica, la única religion garantida, la única religion posible.

Sus relaciones lógicas con la religion, pueden ser probadas por la misma filosofía espiritualista. Comprendese perfectamente que los ateos y los panteistas acostumbrados á sepultar á Dios en la naturaleza, atado de piés y manos, segun expresion de Heine, se sepulten á su vez del propio modo; pero debe convenirse tambien en que admitir un Dios personal y almas inmortales, y entre Dios y esas almas comunicaciones positivas, por medio de homenajes de dependencia de una parte y de atenciones paternales de otra, no es más que la inauguracion de lo sobrenatural hasta en el dominio de la filosofía. Un Dios creador de la naturaleza y por lo mismo independiente y señor de la naturaleza, pertenece á lo sobrenatural. Toda accion de la Providencia especial, distinta de las fuerzas de la naturaleza, pertenece á lo sobrenatural. En una palabra: Dios, atendiendo á una plegaria, pertenece á lo sobrenatural, porque en el momento en que dejan de ser necesarias estas relaciones entre el Creador y la criatura, escapan al engranaje de las causas y efectos ciegos que constituyen la naturaleza. Resulta de lo dicho, segun fácilmente puede comprenderse, que la diferencia existente entre el naturalismo espiritualista y nosotros, consiste en que aquel admite los milagros invisibles, y nosotros sólo creemos en los milagros sensibles: en otros términos; en que el primero admite el comercio real, nominativo, si así puede decirse, de Dios con cada uno de los hombres para la conservacion, al paso que nosotros lo estimamos no ménos admisible por la revelacion.

Dicho se está que no debe absorverse el órden de naturaleza en lo sobrenatural; pero áun respetando esta distincion, es innegable que resultan extra-naturales las libres relaciones entre el amor de Dios y nuestro amor, en cuanto se halla aquel colocado fuera de la naturaleza. ¿Qué falta pues á semejantes relaciones para ser clasificadas en la categoría de los milagros? ¿Ser hechos aparentes, no ciertos; ser hechos derogatorios de las leyes de la naturaleza? Fijémonos en esta distincion importantísima: la naturaleza física, partiendo de la base de que está sometida á leyes inmutables pertenece al dominio de la fatalidad; en cambio la naturaleza moral constituye el teatro de la libertad. ¿Puede pues concebirse, que Dios sólo pueda responder á las súplicas de la libertad humana, en virtud de un órden inexorablemente mecánico? ¿Y el supremo ordenador confiaría á la fatalidad, el gobierno del imperio de la libertad; á las fuerzas ciegas de la materia, la direccion, ó mejor, la opresion de los espíritus? Esto sólo puede concebirse admitiendo una inmanencia inerte del Creador en su creacion. Ahora bien, reconocida la trascendencia del obrero sobre su obra, debe trabajar en ella constantemente, sinó para perfeccionarse á sí mismo, lo ménos para ejer-

cer acto de soberanía, y no convertirse en esclavo de su propia obra.

Debe convenirse por consiguiente en que el milagro que sobrepuja al órden de la naturaleza física, se halla perfectamente de acuerdo con las leyes de la naturaleza moral. Así se explica que los incrédulos materialistas que sólo reconocen la primera, concluyan diciendo: lo sobrenatural es imposible, luégo no existe: y así se explica tambien, que los racionalistas espiritualistas que reconocen por algo en el conjunto de las cosas, la personalidad de Dios y la del hombre, es decir, los dos agentes de la libertad, se vean obligados á volver el argumento al revés, diciendo: es imposible que no exista lo sobrenatural, luégo existe.

Es imposible que no exista, si nos fijamos en el hombre, y más áun si tenemos en cuenta la humanidad. ¿Qué es lo que hace Dios obrando milagros? Comunica una expresion popular y social á la economía oculta que acabo de exponer. Para que Dios y su accion fuesen mejor conocidos, y para que todos los hombres recibieran al par la debida enseñanza, sería indispensable trasladar el milagro, de la conciencia individual á la plaza pública. Lo sobrenatural encerrado en el interior de una alma sola, puede ó pasar desapercibido, ó considerarse fantástico: lo sobrenatural á la faz del mundo se impone, y no puede ménos que imponerse. Y hé aquí como tratándose de las operaciones divinas, todo hasta lo incomprensible, se justifica y se explica. No consintamos pues en que se nos arrebate la religion de lo sobrenatural, puesto que es la única prácticada y practicable. Sin ella Dios y el hombre no son más que dos potencias unidas por vínculos ineficaces, que en la sombra y el silencio se extinguen como dos fuerzas que no pueden evitarse. Con ella Dios y el hombre son dos amores que se solicitan desde el cielo á la tierra, libres siempre de huirse, y siempre felices por encontrarse.

Ordenamiento bellísimo, en virtud del cual el autor del universo para alcanzar la salvacion de las almas, no se desdeña de tocar los rodajes con el objeto de demostrarles, lo poco que estima á estos en comparacion de aquellas: en suma, por su propia libertad sobre la nuestra, que es como si dijéramos, obrando como una persona, sobre otras personas, no como una fuerza sobre otras fuerzas, y fundando entre él y nosotros esta union por encima y más allá de la naturaleza, que es la esencia de lo sobrenatural.

Entiéndanlo bien esos deistas distraidos y poco fieles á su principio: el milagro no es un desenvolvimiento inútil del poder divino, sinó su manifestacion lógica. Un Dios más grande y más elevado que el mundo, constituye ya de por sí el más grande de los milagros; atacar la posibilidad de los otros, es destruir la certeza del primero. De manera que no cabe á aquellos más recurso que ó negar á Dios, ó reconocerle el derecho de mostrarse por medio de intervenciones que revelan su poder. Un Dios sin el derecho de hacer

milagros, equivale á un Dios desprovisto de la facultad de moverse y de hablar: no es un Dios, es un ídolo; del mismo modo que un hombre que rehusa escuchar ese lenguaje sublime de Dios, es ateo sin darse cuenta de ello; pretendiendo ocultárselo; en manera alguna un hombre religioso.

Tenemos pues, que lo sobrenatural es la única religion lógica: añadamos ahora que es la única religion garantida. Hay un sobrenatural visible que prueba el que no lo es. Bajo este punto de vista lo sobrenatural se sirve de prenda á sí mismo en cierto modo, porque, si por sus misterios es la dificultad, por sus milagros es la solucion. Dios, segun se ha dicho, es el milagro en potencia; el milagro es Dios en accion. En el primer caso lo sobrenatural se oculta; en los demás lo sobrenatural se pone de manifiesto, y al paso que no faltan hombres de letras que no creen en el Evangelio por oposicion á la presencia de lo sobrenatural, puede decirse que en rigor no deberian creer en él, en el caso de que hubiera ausencia.

Convenido que habria debido bastar la naturaleza para ponernos de manifiesto á su autor. «Mas la naturaleza, apesar de la be«lleza de sus espectáculos, acaba por parecer ménos admirable á «consecuencia de la costumbre adquirida de admirarla (1).» Lo cierto es que los grandes espectáculos de la naturaleza más bien han servido á una ciencia corrompida, para formular objeciones contra el Dios creador, que para testificar su gloria. Por esto, añade S. Agustin, Dios, en tiempo oportuno realiza obras superiores á la naturaleza, á fin de herir á la humanidad por medio de golpes sinó más grandes, por lo ménos más singulares dando al par una demostracion de su existencia y poder, que no sea debilitada por la costumbre, ni susceptible de ser oscurecida por la sofística.

Convenimos tambien en que el milagro podría ser puesto en duda como hecho; pero es imposible que lo sea como prueba, y por lo mismo que esta prueba es cierta, la incredulidad se empeña en destruir la certeza del hecho. Tales sorpresas constituyen la notificacion más auténtica del acto de Dios en medio de la creacion: porque cual acontece con ciertas obras maestras de mecánica por demás complicadas, cuyos inventores son los únicos que pueden desmontarlas sin descomponer los resortes, sólo su autor, es capaz de modificarla de tal modo sin destruirla. Por esto cuando los espíritus se hallan acostumbrados á las maravillas ordinarias de la armonía universal, Dios despierta su atencion por medio de variantes y sorpresas inesperadas. En el momento en que la humanidad, familiarizada, por ejemplo, con los prodigios de la ley *Creced y multiplicaos*, la juzga como resultado exclusivo de una energía natural; Dios promulga esta

(1) S. Agustin *S. Juan, coment.*

excepcion inesperada al curso ordinario del nacimiento y de la muerte: *Lázaro alza de la tumba;* de manera que aquellos que no le ven en el perpétuo milagro de la creacion, no pueden ménos que adorarlo en el extraordinario milagro de la resurreccion.

He hablado del milagro de la creacion, ¿qué necesidad hay de probar los demás á los que admiten éste? ¿Acaso el Dios personal, repito, no constituye el primer milagro? ¿Por ventura no es el segundo la creacion? ¿Y la conservacion no constituye el tercero? ¿Con qué derecho, pues, se niegan los menores, confesándose como se confiesan los más notables? No se nos venga con nuevas objeciones respecto de la potencia, ó mejor de la impotencia suprema. Siendo inmutables, no necesarios los movimientos de la creacion, los hechos milagrosos habrian podido ser establecidos como la regla, y ¿por qué no ordenados á título de excepcion? La verdad es que no constituye para Dios mayor dificultad hacer retrogradar el sol sobre el horizonte, que hacerlo ascender por él; devolver la vida al cuerpo, que concedérsela; comunicar el conocimiento de lo porvenir, por el don de profecía, á la inteligencia, que resucitar lo pasado por los fenómenos de la memoria. De manera, que «la cuestion de saber si Dios puede derogar las leyes por él mismo establecidas, seria impía, si no fuese absurda. Al que la resolviera negativamente, se le haria demasiado honor castigándole, deberia encerrársele (1)!»

Ni tienen más valor las objeciones hechas en nombre de la inmutabilidad soberana, porque habiendo previsto Dios sus milagros al propio tiempo que las leyes modificadas por los mismos, tan inmutable es obrando dichos milagros, como observando esas leyes. Hay filósofos espiritualistas que prescriben la oracion como súplica, so pretexto de que implora de la bondad de Dios un cambio en las leyes que no puede derogar y que concede en virtud de la solicitud de un milagro. Me gustaria saber si esos señores prescinden de llamar al médico cuando están enfermos, teniendo en cuenta que el curso normal de los decretos divinos no puede ser torcido por la ciencia. ¿Por qué la libertad humana ha de ser más impotente en el órden moral que en el órden natural? ¿En qué su accion es más contraria á la inmutabilidad divina, en el primer caso que en el segundo? No, no, Dios lo ha previsto todo, pero condicionalmente al libre concurso de su criatura; por consiguiente, reservándose el llegar á un término invariable por caminos que varían, es decir, llegando al fin por una escepcion á la regla si se lo pedimos, por la aplicacion de la regla si no se lo pedimos.

Así, en este magnífico ordenamiento que comprende las leyes y las derogaciones, el milagro no constituye un cambio, puesto que

(1) Juan Jacobo Rousseau.

Dios al operarlo, obra conforme á sus eternas previsiones; ni un retoque, porque modificando la naturaleza, va en pos de un designio más vasto, al cual la misma naturaleza está subordinada como instrumento; ni una violacion, porque por encima de todas las leyes existe una más general que somete la creacion en su existencia al autor supremo, en sus movimientos al supremo motor, y en su fin al fin de todas las cosas. Prescindiendo de esta economía, sólo queda lugar para la fatalidad musulmana. Mas, si nos viéramos forzados á abrazar esta religion de la desesperacion, nos seria imposible vivir en ella, porque la humanidad jamás ha comprendido que la perfeccion de Dios le quitara el poder de hacérnos bien. ¿Y no es una prueba en favor de los milagros, el que estemos siempre dispuestos á negarlos, y que siempre nos veamos obligados á esperar en ellos?

Finalmente, nada de objeciones en nombre de la sabiduría divina. Por esos toques de maestro, distribuidos aquí y allá en los acontecimientos del mundo, es principalmente por lo que pone Dios de manifiesto su intervencion en él. Al contrario, la perpétua uniformidad de sus relaciones con la naturaleza, tenderia á hacerlo confundir con ella. No detengamos, pues, su brazo, so pretexto de su solicitud por su dignidad: nada es más digno de Dios que probarse á sí mismo, haciendo acto de libre presencia en los movimientos del universo. No vayamos á hundirlo, pues, para siempre jamás en el sudario de sus propias obras, diciéndole: No os movais y creerémos en vos. Si se le niega obrando, ¿qué seria permaneciendo inactivo? Una vez más, plaza á la libertad de Dios en el gobierno de su creacion, porque el dia que sea el cautivo eterno de las leyes por él decretadas acontecerá otro tanto en el alma de sus hijos respecto de su santa imágen y de su religion.

«Con la fé en el milagro, dice un crítico poco sospechoso, seria «perdido el secreto de la vida divina. ¡Ah! se habla mucho de es«piritualismo cristiano, de religion de la conciencia, y hasta hay «quien imagina ver un progreso en la religion, en el abandono del «milagro! ¡Ojalá pudiera expresar con toda la vehemencia de mi «corazon, cuanto semejante opinion tiene para mí de repulsiva! «Cuando la fé en el milagro siento que vacila en mí, veo tambien «debilitarse ante mis miradas la imágen de mi Dios: paulatinamente «va dejando de ser el Dios libre, viviente, personal, el Dios con el «cual habla el alma como con su amigo, y una vez interrumpido «este santo diálogo, ¿qué queda?..... Nada de cielo sobre nuestras «cabezas. ¡Oh! no lo dudeis, lo natural es la esfera natural del alma, «es la esencia de la fé, de su esperanza, de su amor (1).»

(1) Schèrer. *Miscelánea de crítica religiosa.*

¿Qué significan, preguntamos ahora, estos actos de fé escapados á aquellos que no creen? Que lo sobrenatural es, en cierto modo, inevitable, y que por lo mismo que constituye la única religion posible, por una inclinacion natural del corazon se vuelve á él, cuando á consecuencia de un crímen de la razon, se ha llegado á prescindir del mismo. Sí, lo sobrenatural, considerado por la filosofía negativa como un rebajamiento y un yugo intolerable del pensamiento, constituye por lo contrario su encanto necesario; tanto, que el hombre no sabe ser religioso sin lo sobrenatural, y que la historia no ha contemplado en todo su curso la existencia de una religion exclusivamente natural. La creencia en el milagro es tan antigua como el mundo y tan universal como el género humano. Entre los paganos se extiende hasta las más locas supersticiones, y entre los incrédulos hasta la más ridícula credulidad. ¿No se ha visto acaso al siglo décimo octavo que derribaba impasible los templos, temblar como un azogado junto el trípode de Mesmer; y al décimo nono, despues de haber intentado *derribar la bóveda celeste,* inaugurar por medio de truenos de comedia y otras terroríficas fantasmagorías las iniciaciones de las sociedades secretas? De manera, que hasta esos hechos demuestran que la propension del hombre á lo sobrenatural, es más poderosa que su propia voluntad, y que en cuanto ha conseguido combatirla, en perjuicio de la fé, se apresura á restablecerla en provecho del fanatismo y de las pasiones.

Por consiguiente, la filosofía se equivoca cuando considera lo sobrenatural como una especie de ilusion ante-humana. «Precisa- «mente el alma aspira á algo, sobrehumano no ante-humano, y ese «algo lo espera de lo sobrenatural. El mundo finito entero, con to- «dos sus hechos y todas sus leyes, el hombre incluso, no basta al «alma del hombre; quiere tener algo más grande que contemplar «y amar. De esta ambicion sublime y suprema nace y se nutre la «religion.

«Sea, pues, la que se quiera la corriente de los tiempos moder- «nos, la abolicion de lo sobrenatural es una empresa dificilísima, «por no decir de imposible realizacion. La creencia en lo sobrena- «tural, ha sido el manantial y continúa siendo el fondo de todas las «religiones.»

¿De quién procede esta solemne voz? A la verdad no es hija de una autoridad católica; pero cuanto ménos se inspira en la Iglesia ese testimonio, más imponente es para la negacion, máxime cuando con una especie de acento profético exclama:

«Desengáñense, pues, los que se jactan de cristianos, áun des- «pues de haber abolido la creencia en lo sobrenatural, porque lo «que ellos destruyen es la misma religion en general, y particu- «larmente la religion cristiana. ¿Se ha pensado en lo que se hacia? «¿Se ha imaginado lo que serian los hombres y las sociedades si

«desapareciera realmente la fé? No quiero deshacerme en lamenta«ciones morales y en presentimientos siniestros; pero no vacilo en «afirmar que no hay imaginacion alguna capaz de representarse con «la verdad necesaria, lo que sucederia en nosotros y al rededor de «nosotros, si el lugar que ocupan las creencias cristianas se encon«trara vacío de repente y su imperio anonadado (1).»

Al término de este desenvolvimiento y ante el naturalismo espiritualista levántanse dos argumentos. El primero encierra una cuestion de principios. ¿En qué consiste que esta escuela que no quiere admitir en el hombre dos vidas diferentes, la de la naturaleza y la de la sobrenaturaleza, pueda refutar el materialismo que niega, por los mismos motivos, la doble vida del cuerpo y del espíritu? Los moderados de la negacion rechazan lo sobrenatural so pretexto de que nadie lo ha visto ni tocado; pero puede volverse inmediatamente contra ellos ese razonamiento imprevisor. Dios, el alma, el mundo moral, la misma religion natural, es decir todas las verdades impalpables serán eliminadas á su vez en virtud de semejantes fines de no aceptar. Así el racionalismo espiritualista de los últimos cincuenta años ha sido el precursor lógico del racionalismo positivista de nuestros dias; y la misma filosofía que nos libró del sensualismo de Condillac, cae en él por haber ensayado en vano á mantenerse encima, sin el apoyo de lo sobrenatural.

El segundo argumento encierra una cuestion de prudencia y de moralidad. ¿Qué freno podrá emplearse contra las pasiones, que supla debidamente al de lo sobrenatural? Léjos de sér incompatible con el progreso como pretenden los jueces interesados, constituye su condicion indispensable; eleva á los pueblos sobre el nivel de los horizontes terrestres, y los lleva hácia lo infinito y casi todo cuanto hacen grande en el órden de la virtud, lo cumplen bajo este impulso saludable. Por el contrario, una vez caida de las alturas de lo sobrenatural, la humanidad no hace más que una corta permanencia en el naturalismo espiritualista; al cabo de poco tiempo, manchada y moribunda se precipita desde esas regiones ideales á la sima del materialismo, y pasando del de las ideas al de las costumbres, se la vé mutilada y embrutecida en cierto modo del lado de la cabeza y del corazon, tendiendo á absorverse en los sentidos. ¿Qué no será capaz de ensayar esa escuela de barbarie? Desgraciadamente, ó por mejor decir, afortunadamente, no hay ejemplo de civilizacion alguna en que lo sobrenatural, verdadero ó falso, no haya hecho algun beneficio. El dia en que los pueblos se conviertan en naturalistas, los filósofos, espantados de su obra dejarán de serlo.

(1) Guizot. *Meditaciones*, 1.ª série.

II.

Lo sóbrenatural está conforme con las exigencias de la razon. ¿Hállase en oposicion con la naturaleza? Cierto que la domina, pero no puede decirse que le sea contrario. Si se considera á la naturaleza bajo estos dos aspectos generales, el órden físico y el órden moral, resulta que, si así puede decirse, es simpática á lo sobrenatural. Físicamente lo acepta como una armonía, y moralmente como un complemento.

Sí, lo sobrenatural es una armonia aunque las apariencias lo presènten como una disonancia. Por supuesto que yo me guardaría muy bien de proponer semejante idea á un adorador de la unidad de substancia, porque siendo para él la materia todo cuanto existe, no podría existir cosa alguna capaz de modificar sus evoluciones. Y por otra parte, si el mundo encerrara la totalidad del ser ¿qué órden podría resultar de sus perturbaciones? Téngase en cuenta sin embargo, que la naturaleza y el mundo visible no son más que una porcion del sér: por encima de él está Dios, la libertad humana al lado, y el concurso armónico de estos tres agentes, constituye la armonía general. Por consiguiente cuando la naturaleza realiza un movimiento derogatorio de su mecanismo ordinario, bajo la presion de una voluntad divina, solicitada por la libertad humana, existe milagro, pero no desórden; porque ese desórden aparente de abajo es la condicion de un órden más elevado: la derogacion de la ley particular entra en las necesidades de una ley más extensa y el Creador retocando su obra física con un fin más grande que ella, compone una armonía invisible con las discordancias de aquellas que nosotros contemplamos. En una palabra los milagros son en la economía de la naturaleza, lo que en la música los falsos tonos que contribuyen á la perfeccion de ciertos acordes.

Y no hay para que mencionar la inflexibilidad de los resortes de la creacion relativamente á las variantes sublimes que Dios arroja á veces en medio del concierto universal. Esta inflexibilidad es constante, no necesaria. El Creador era libre de establecer como regla lo que constituye el milagro actual ¿porqué no habia de serlo pues, para hacer brotar el milagro de la suspension momentánea de esta regla? Las leyes porque se rige nuestro globo, habrian podido ser diferentes de lo que nosotros vemos: segun los astrónomos hay planetas que se rigen por leyes distintas de las que presiden en el nuestro: segun la paleontología, no eran en otro tiempo las mismas que hoy las leyes del universo: profetas tiene la ciencia que aseguran que en un porvenir remoto las generaciones se regirán tambien por otras leyes. ¿Y Dios, con un fin so-

brenatural no podría ejercer aquí el imperio que de otro modo se le reconoce? ¿Y en tanto que el hombre tiene la pretension de obrar revoluciones en la obra divina, su autor tendría ménos derecho y ménos poder? ¡Extraña contradiccion! Los pensadores de nuestro tiempo tienen por cosa facilísima el que el rayo, la tempestad, y la creacion entera se sometan á su voluntad, y sin embargo, no saben comprender la docilidad de la naturaleza cuando no es el génio el que la manda, sinó la virtud del hombre servida por la omnipotencia divina; y no obstante, ¿puede darse cosa alguna más legítima que este movimiento de la creacion, bajo la doble autoridad de su rey y de su autor?

Si la naturaleza física acepta lo sobrenatural como una diversion armónica, la naturaleza moral la solicita como su complemento. Aquí se ofrece á nuestra atencion esta cuestion preliminar. ¿Cuál es la nocion dogmática de lo sobrenatural? Para definirla bien, importa determinarla perfectamente y para demostrar con mayor perfeccion en que consiste lo sobrenatural, empiezo por decir lo que no lo es.

Desde luégo debemos manifestar que no lo es lo misterioso, por que el órden natural tiene tambien sus misterios no ménos incomprendidos é incomprensibles que los de la religion.

Tampoco es lo maravilloso, el espiritismo, por ejemplo, ó la demonología, porque áun cuando todo esto supone fenómenos y fuerzas que se hallan fuera del curso regular de la naturaleza, no es más que una manifestacion de lo sobrenatural; pero no lo sobrenatural.

Por último, tampoco es lo milagroso, por lo ménos subordinado al órden físico; porque si bien es cierto que el milagro, así entendido, es un aspecto y la firma divina de lo sobrenatural, no constituye la esencia, pues lo sobrenatural, segun luégo verémos, es la reunion de muchos órdenes de milagros.

¿Que es pues lo sobrenatural? Vamos á explicarlo de un modo tan comprensible como lo consienten las cosas superiores á los sentidos. Entre Dios y el hombre existen relaciones esenciales, que emanan de los derechos del Creador, existentes en Dios, y de los deberes de la criatura que incumben al hombre. De aquí resulta un comercio primordial establecido entre uno y otro, bajo el nombre de religion natural. Mas como por los motivos anteriormente indicados, semejante religion no era bastante, Dios añadió á esas relaciones fundamentales una intimidad más elevada entre él y el mundo. Siendo la razon, como dice Leibnitz, una revelacion natural de la cual es Dios el autor, ¿habria dejado incompletas su obra y nuestra educacion, prescindiendo de dotarnos de una segunda revelacion, que viene á ser una especie de razon sobrenatural? En una palabra: despues de haber hecho de nosotros sus obras maestras por via de creacion, ¿no nos ha constituido hijos suyos por via de adopcion? El naturalismo dice que no, pero la humanidad responde afirmati-

vamente y esta conviccion se halla justificada por la universalidad y la perpetuidad de las religiones sobrenaturales.

Segun estas premisas lo sobrenatural no es más que una participacion de la humanidad en las creencias, en las obligaciones, en una fuerza y en las esperanzas superiores á la naturaleza. En el cristianismo, las creencias sobrenaturales son la revelacion; las obligaciones sobrenaturales, son los preceptos evangélicos; la fuerza sobrenatural, es la gracia; la esperanza sobrenatural, es la vision beatífica. Estos cuatro prodigios forman la economía de este prodigio genérico, lo sobrenatural; y vienen á resumirse en Jesucristo, que es su centro como autor de la fé, promulgador de la ley, fuente de la gracia, y mediador de la vision celeste. En otros términos: la religion natural es Dios y la humanidad, conociéndose mútuamente; pero separados por abismos inconmensurables: lo sobrenatural son los cielos y la tierra puestos en comunicacion, porque entre ambos extremos se halla el Dios-hombre tendiendo una mano al hombre y una mano á Dios y juntándoles en la union inefable de su personalidad (1).

Dada esta explicacion, no me sorprende que Pascal haya dicho: «Sólo se conoce á Dios útilmente por medio de Jesucristo: sin Jesucristo el mundo no subsistiría, porque ó bien sería indispensable destruirlo, ó convertirlo en un infierno (2).» Sí, no cabe duda qne Jesucristo es al par el punto culminante desde el cual la vista se extiende sobre todo el panorama de lo sobrenatural, y la fuente de dónde emanan todos los beneficios de la vida sobrenatural.

Concebido de este modo lo sobrenatural, ¿puede decirse que constituya una tiranía contra la naturaleza? Todo lo contrario, puesto que más bien puede decirse que forma su remate y su gloriosa restauracion. Cierto que la humanidad, en el estado de inocencia, se hallaba constituida en el órden sobrenatural; pero este repara su caida siquiera la haya precedido.

El hombre es un Dios caido que se acuerda de los cielos,

y del fondo del abismo, contempla con mirada melancólica las altas cimas en que discurrió su infancia, y aspira incesantemente á reconquistar la pátria perdida. Ahora bien, la asuncion de la humanidad hácia sus grandezas originales, se realiza mediante el concurso de lo sobrenatural.

Esta accion múltiple se compone, si así puede decirse, de cuatro milagros. Y aquí me veo en la precision de suplicar al escepticismo de mi lector, que no me salga al paso diciendo que no hay

(1) Como todavía no hemos demostrado cual es la verdadera religion, invocamos el cristianismo, no á título de prueba sino como ejemplo explicativo.

(2) *Pensamientos.*

milagros, porque si bien es cierto que los prodigios del órden físico son ménos frecuentes que en otro tiempo, consiste esto en que son más numerosos los motivos de credulidad. La conversion del mundo, que es el milagro más sorprendente del cristianismo, á los ojos de una razon atenta, vale para todos los demás. Proveyendo Dios á nuestra fé de socorros proporcionados á sus dificultades, los primeros cristianos pudieron distinguir muchos más prodigios, por lo mismo que no habian contemplado el cumplimiento de las profecías, que es un prodigio *siempre subsistente* (1). Para nosotros que somos testigos de ello, la concesion de mayores garantías, léjos de proporcionarnos más luz, nos deslumbraría completamente.

Esto sentado respecto de los milagros de lo pasado, vengamos ya á los que no cesan jamás, y consideremos desde luégo el milagro de las creencias sobrenaturales.

Es una verdad elemental que la razon sola es moralmente incapaz de fijar, sin mezcla de error, el código de las verdades siquiera naturales. Ahora bien, á esta laguna de la razon, el cristianismo adapta una vision complementaria, la fé, y gracias á las luces que de la misma se desprenden, la revelacion se prueba por el explendor de sus efectos á aquellos que no la reconocen en sí misma. «Al presente el pueblo tiene tanta conviccion y vé tan claro en «aquellas cuestiones, respecto de las cuales los filósofos sólo pue-«den contestar balbuceando, que hace más sábios un simple cura «de aldea, con sus instrucciones familiares, de los que con todos «sus pomposos discursos podría hacer el mismísimo Platon (2).» Aquí pues estaríamos en el caso de repetir á aquellos que piden milagros; abrid los ojos, el género humano estaba ciego y vió: ¡*Cœci vident!*

Pero todavía no es esto todo: considérese ahora el milagro y el beneficio de las obligaciones sobrenaturales.

La virtud tiene eminencias á las cuales jamás podrá alcanzar la naturaleza abandonada á sí misma; y halla en el deber dificultades que suprime, convencida de la imposibilidad que tiene de vencerlas. Sólo lo sobrenatural ha sido capaz de producir ciertas creaciones al mismo reservadas. ¡Quién es que en el número de esas rarezas evangélicas no ha contado la humildad, la castidad, la caridad de la beneficencia del apostolado, del martirio, y en fin esa ascension suprema en la escala de la moralidad, que se llama santidad; realizacion ideal de la perfeccion, de la cual, no da ni la nocion ni la fuerza, filosofía alguna de cuantas existen y han existido: Thabor sublime de la grandeza moral, por la cual el hombre no se transfigura en manera alguna sin un concurso especial de Dios, porque este

---

(1) Pascal. *Pensamientos.*
(2) Frayssinous. *Conferencias.*

estado es igualmente sobrenatural para quien tiene en cuenta la corrupcion natural, como lo sería el de un organismo, que libre de las leyes de la gravedad, marchara al través del espacio! Hé ahí pues un segundo milagro no ménos permanente que el primero: el género humano se hallaba cubierto de lepra y fué curado: *Leprosi mundantur.*

Viene despues el milagro y el beneficio de la fuerza sobrenatural. Es un hecho fuera de toda duda que la voluntad humana es naturalmente incapaz de realizar todo el bien á que aspira, y que á veces sin quererlo y hasta á consecuencia de estériles é incomprensibles deseos de virtud realiza el mal. «El hecho de la impotencia «de la razon y de la voluntad en teoría y en práctica, es cierto y evi«dente:» dice Bossuet. Pero hé aquí que lo sobrenatural tiende su robusta mano á este poder que desfallece, y no contento con esto, á la energía humana reducida al último apuro, le dá un motor divino, la gracia: por medio de esta fuerza sobrenatural es posible al hombre triunfar de sus vicios naturales. Trasladaos con la imaginacion á una biblioteca de Bolandistas, y comparando los santos del cristianismo con los de Plutarco, es decir la humanidad transfigurada por la gracia, con la humanidad henchida por el estoicismo, y en presencia del que hace diez y ocho siglos se está realizando en el mundo, os desafío á que os atrevais á negar los milagros: el género humano estaba cojo y anda: *Claudi ambulant.*

Finalmente, ¿puede darse milagro mayor que el de las esperanzas sobrenaturales?

Nada más incierto para la religion natural que nuestro destino futuro. Rousseau, cansado de no descubrir más que el vacío en su eternidad de deista, exclama: «Filósofos: acabad ya de recorrer la «campiña, y decidnos de una vez con que sustituís el cielo y el «infierno (1).» Pues bien, lo sobrenatural disipa estos densos celajes. Nos pone de manifiesto al hombre brotando del seno de Dios por la creacion, separado de Dios por el pecado, vuelto á Dios por la redencion, y unido á Dios por el abrazo indisoluble de la glorificacion. De esta suerte nuestro destino se ilumina y adquiere inmensas proporciones de uno á otro extremo, y esta necesidad de ver la verdad esencial, que es al par, el tormento y el enigma de nuestra peregrinacion sobre la tierra, se encontrará satisfecha con la posesion definitiva de Dios. En otros términos, el poder que hace revivir en la tierra las almas por la gracia, reanimará los cuerpos por las felicidades de la gloria; y los milagros encadenándose de esta suerte con los milagros, haran que los ángeles canten sobre el sepulcro glorificado del género humano, como al presente cabe los confesonarios y las fuentes bautismales: Los muertos han resucitado: *Mortui resurgunt.*

---

(1) *Emilio*, t. III, p. 187.

En resúmen, lo sobrenatural no está en oposicion con la naturaleza física. Si uno de los hombres fósiles que se pretende haber descubierto entre los restos de un mundo inferior á éste, hubiese oido decir que llegaría un dia en que conversáramos de uno á otro hemisferio al través de las olas del océano, de seguro habria acojido con la risa del incrédulo el anuncio de la telegrafía eléctrica. Reconozcamos pues en Dios el poder de los milagros, de que nos ha hecho casi donacion, y no hagamos de lo sobrenatural lo sinónimo de lo imposible. La naturaleza moral lo acepta por su parte como su complemento, en vez de rehusarlo como cosa impropia y fuera de lugar. La naturaleza moral es una realidad suprema, ineludible, que los naturalistas, acostumbrados á no ver cosa alguna más allá de sus floras y de sus faunas, por lo comun tan erróneas, deberían cuidar de no omitir en sus clasificaciones. A poco que sobre el particular se la consulte, responde que lo sobrenatural no la fatiga con un peso inútil, sino que la completa; que no constituye para ella una superfetacion, sino un felicísimo remate; y el hijo de Adan que no comprende estas cosas, ni sabe lo que es religion, ni conoce siquiera lo que pasa en su interior.

III.

¿De qué sirve, no obstante, que lo sobrenatural halle gracia ante la razon y ante la naturaleza, si está condenado por la historia? Téngase en cuenta que la crítica moderna, cual si se tratara de lanzarle otros tantos retos, le ha dirigido una dilatada série de preguntas á las cuales se ve precisado á contestar, sopena de caer en descrédito. En primer lugar le dice: ¿Quién ha visto lo sobrenatural? Y suponiendo que sea visible; ¿quién es capaz de comprobarlo? Y dado, que pueda comprobarse, ¿quién es capaz de distinguir lo verdadero de lo falso? La refutacion de esas insidiosas objeciones, existe íntegra en el desenvolvimiento de esas tres afirmaciones: 1.° lo sobrenatural se ha visto: 2.° puede ser comprobado: 3.° puede ser discernido.

¡Espectáculo verdaderamente curioso el que ofrecen la posicion relativa de la afirmacion y la negacion, respecto de la cuestion de lo sobrenatural! La afirmacion, poniendo de manifiesto los anales de la humanidad dice: Miradlo; habla, obra, pasa y repasa ante nuestros ojos hace más de seis mil años; es tan cierto como aquellos hechos á los cuales dais más crédito; ó debe admitirse, ó es indispensable negar toda la historia, ya que descansa sobre las mismas garantías. ¿Qué es lo que en contra de semejante hecho podeis alegar? La negacion contesta: No tengo para que discutirlo; es im-

posible. De esta suerte por medio de un *a priori* que rechaza todas las pruebas contrarias, se elude hábilmente el antiguo axioma, *ab actu ad posse valet consecutio:* la cuestion queda prejuzgada sin exámen prévio, en provecho de la parte adversa, que se proclama vencedora, por haber decretado que no tiene el deber de combatir.

La verdad es que no puede concebirse mayor petulancia, lo mismo si se fija la atencion en lo escaso de las garantías que se ofrecen, como si se considera lo extraordinario de las garantías que se exijen. Lo sobrenatural que se halla en posesion de una adhesion sesenta veces secular, tendria derecho perfecto para declinar la obligacion de aducir pruebas, y sin embargo no se opone á suministrarlas procediendo en esto como Jesucristo, que se deja ver y tocar por todos los discípulos incrédulos que se resuelven á acercársele y se rodea de confirmaciones textuales de tanta fuerza que bastaría la décima parte de las garantías que ofrece, para tener por incontestables los hechos más ináuditos del órden natural.

Consultemos en primer lugar la historia del linaje humano.

De su exámen se desprende que lo maravilloso no se encuentra exclusivamente en la cuna de los pueblos. Con mayor ó menor intensidad, ve mezclarse los prodigios á la trama de su historia en todos los momentos de su existencia. Siempre se ha creido en las intervenciones superiores. No existe lugar ni siglo en el cual la religion no haya sido *positiva*, es decir, compuesta de creencias y de prácticas que componen una revelacion, y por consiguiente fundada en un comercio verdadero ó fabuloso entre el cielo y la tierra. «Doquiera se presta adoracion á Dios, exclama un eminente orador, «se realiza este acto en virtud de una doctrina sobrenatural... Con«viértase la mirada dónde se quiera; penétrese en el templo que «mejor plazca, y en el mismo dintel saldrán al paso la profecía y «el sacramento: la profecía que es una palabra de Dios que contie«ne verdades inaccesibles á la razon; el sacramento que es un acto «dotado por Dios de una eficacia superior á todas las fuerzas de la «naturaleza (1).»

He ahí, pues, una propension universal y necesaria de nuestra especie. Por de contado que el imperio de los agentes sobrenaturales háse debilitado en la opinion popular, al paso que ha crecido el de la ciencia; pero ese imperio subsiste áun en los individuos y en los pueblos, sea el que quiera el grado de su cultura y civilizacion, con la circunstancia de que sólo puede concluir con el mundo á que pertenecemos. Así lo exige la ley invariable de la historia. ¿Y precisamente en nuestros dias despertaría la humanidad de un sueño que es coetáneo con su nacimiento? ¿Y este fenómeno, tan permanente hasta ahora, estaria destinado á pasar con el siglo decimono-

---

(1) Lacordaire. *Conferencia* XXVI, *t.* 2.

no? No, la naturaleza se parece á los rios que arrastran los diques opuestos á su corriente; pero que no retroceden jamás.

Consultemos la historia del paganismo:

La idolatría se estableció y se sostiene por medio de manifestaciones sobrenaturales. Desde el paraiso terrestre, en la cual la falsa revelacion se puso en competencia con la verdadera, la razon humana marcha entre las dos, libre en su eleccion; pero obligada á reconocer que los carácteres de la falsa que rechaza, son como los de la verdadera completamente sobrehumanos. Convenido que tales carácteres no son más que una falsificacion de lo sobrenatural; pero falsificacion que constituye la prueba, puesto que ella misma está fuera del curso de la naturaleza. Recuérdense por ejemplo las evocaciones de la pitonisa de Saul; los prestigios de los magos de Faraon; las iniciaciones de la teúrgica y de la ciencia cabalística, considérese que cada religion de la antigüedad tiene sus dioses, sus trípodes, y sus medios de entrar en comunicacion con las potencias invisibles: recuérdese, en fin, que no existe ídolo que no goze de virtud; ni santuario que no cuente con sus milagros, y en vista de todo esto dígase si son ó no dignos de lástima aquellos que pretenden explicar todos esos fenómenos, como simples habilidades de juglaría sacerdotal, ó como efecto de ciertos brebajes escitantes.

Reconozco que, en determinadas ocasiones el charlatanismo de los sacerdotes pudo embaucar la pública credulidad; pero habrian llegado á ejercer tanto dominio los oráculos y las falsas divinidades, si siempre hubiesen mentido y no hubiesen alcanzado á apoyar su crédito por medio de algunos prodigios reales? Cuando se posee el sentido de la historia, es imposible admitir semejante suposicion. Por lo demás el paganismo moderno atestigua el mismo hecho. Los observadores ménos supersticiosos y más verídicos han visto en las maravillas de ciertas pagodas, en las de ciertos árboles encantados y en ciertas prácticas de la idolatría india intervenciones, evidentemente extranaturales, puesto que sobrepujan las fuerzas de toda superchería humana. Y esta inmixtion de un poder superior en los cultos politeistas, no sería más que pura fantasmagoria? Si así fuera, el desprecio, que se supone, de seis mil años, constituye un prodigio tan sorprendente como lo sobrenatural que se rechaza. Me parece mucho más sabia la siguiente conclusion de Arago, «Da pruebas de esceso de ligereza el que, escepcion hecha «de las matemáticas puras, pronuncia la palabra imposible (1).»

Consultémos la historia del cristianismo.

«Felicitémonos, escribia á su hijo el canciller d' Aguesseau, de «que los milagros en que descansa nuestra fé, sean hechos tan «ciertos como las conquistas de Alejandro y la muerte de César.» En

---

(1) *Anuario de* 1853.

efecto, lo sobrenatural cristiano se halla tan perfectamente establecido, que su negacion destruye toda certeza histórica. Tejido en cierto modo con la trama de la crónica general, su supresion destruye completamente las demás mallas de la red tradicional. Hay más áun, por un privilegio exclusivo, los milagros del Evangelio y de los Apóstoles han tenido por historiadores testigos oculares que han muerto en apoyo de su afirmacion. Esos testigos eran demasiado numerosos y harto diferentes, para que hubiesen logrado ponerse de acuerdo respecto de una falsedad tan complicada; y sobre todo no eran bastante locos para sacrificar su vida en aras de la mentira que habian imaginado. De todos modos no habrian podido encontrar, al otro dia de haberla propalado, doce millones de cómplices dispuestos á sostenerla hasta la muerte; ni los padres de la Iglesia determinados á defenderla; ni diez y ocho siglos de la civilizacion más adelantada para servirle de juguete. ¿Y este maravilloso que, una vez anonadado por una crítica quisquillosa en la historia sagrada, se encuentra en la historia profana; ese sobrenatural que de los libros del Nuevo Testamento pasa á los anales de la Iglesia, de tal modo, que esto solo constituiria un milagro más prodigioso que los mismos que se pretende negar, en el supuesto de que la Iglesia no hubiese estado formada sin preparacion milagrosa, todo esto, decimos, habia de ser resultado de un engaño, puesto en evidencia en el siglo más distante de su orígen? Ocasion llegará en que probemos lo contrario, al presente yo alego contra la negacion, la inverosimilitud de sus hipótesis.

Consultemos por último la historia contemporánea.

Lo sobrenatural que no desaparece ante la inmensa claridad proyectada por los modernos descubrimientos, ¿tendria necesidad, para acreditarse, de la obscuridad de las épocas de ignorancia?

Apelamos desde luégo á nuestros procesos de canonizacion. Un protestante distinguido por su cultura, que pudo enterarse en Roma de los documentos justificativos de varios milagros, exclamó: Si la Iglesia no admitiese otros qne éstos, tan plenamente probados, no tendríamos por nuestra parte dificultad alguna en suscribirlos. Pues debeis tener entendido, le contestó el prelado á quién se dirigia, que la Congregacion de Ritos no ha admitido úno sólo de esos milagros que vos juzgais tan plenamente comprobados, por no haberlos considerado suficientemente establecidos. Dadas estas premisas podemos apresurarnos á deducir la siguiente consecuencia: luégo nuestro siglo asiste á la realizacion de milagros, y milagros que se hallan fuera de duda, ya que la canonizacion de los santos es una comprobacion tan severa de los hechos sobrenaturales, y que pocos siglos han sido más ricos que el presente en canonizaciones.

Apelo igualmente al culto de Maria. Trasladémonos al templo de Nuestra Señora de las Victorias, y contemos si es posible los innumerables *ex-votos* que en él se ostentan; pasemos de él al de la

Fourviere, y contemos tambien; al de Nuestra Señora de la Guardia, en Verdelais, y sigamos contando; recorramos en fin todos los santuarios del universo consagrados á la Madre de Dios. ¿Y en presencia de tales y tan innumerables y perpétuos testimonios de una intervencion prodigiosa y bienhechora en provecho de las miserias humanas,—intervencion tan notable que Pio VI, oida la deposicion de nueve cientos testigos de diferentes comarcas, no pudo ménos que instituir la fiesta de Nuestra Señora de los Milagros,—habrá valor para sostener, que, relegados éstos á la leyenda, no pueden formar parte de la historia contemporánea?

Apelo tambien á todos los observadores de los fenómenos religiosos. ¿No se han visto á veces ciertos resultados de la oracion, completamente inexplicables por medio de la ciencia? ¿Y en semejante situacion, viéndose la ciencia en grave compromiso, no se la ha visto extenderse en explicaciones absurdas, á fin de no tener que confesar lo sobrenatural? Y sin embargo esas curaciones realizadas en Pibrac, cabe la tumba del cura párroco de Ars; en Lourdes, en presencia de tantos y tantos peregrinos; han de ser mera ilusion por parte de unos y convencion ó acuerdo prévio de parte de los demás? ¿Y todos esos votos de gracias que suben de la tierra al cielo y todos esos auxilios que del cielo se reclaman, solo podrían tener lo imposible por objeto, y habian de expresar de parte de la humanidad una monomanía errónea é incorregible?

Por último apelo hasta á lo maravilloso diabólico, puesto que la medalla de lo sobrenatural puede ofrecerse por el lado de su reverso. Por lo mismo que el alma humana experimenta una necesidad invencible de mantener relaciones con el mundo sobrenatural, cuando no puede conseguirlo por medio de la verdadera revelacion, procura alcanzarlo echando mano de la falsa: y como nuestro siglo es refractario á la primera, en virtud de la ley que oportunamente dejamos enunciada, debe hallarse más que otro á merced de la segunda. Concedo á las causas naturales no estudiadas, la parte que les corresponde en ciertas apariencias maravillosas; pero hágase lo que se quiera, la falsedad histórica jamás podrá destruir la historia. Y ahora pregunto yo á la historia que no tiene préviamente tomada una determinacoin: ¿esas mesas giratorias ó parlantes, esos *mediums* que se expresan en idiomas que jamás han aprendido, esos veladores que se extremecen de júbilo ó de ira segun sea la impresion que se les comunica, todo cuanto se ha referido de los convulsionarios de S. Medardo, sobre la religion del espiritismo, sobre los espíritus *golpeantes*, sobre los espíritus *visitantes*, sobre sus *manifestaciones físicas é históricas*, sobre las costumbres y prácticas de los demonios; en una palabra, tantos pretendidos hechos naturales, que carecen de explicacion natural, todo esto no contestaria á nada objetivo? No, esto prueba á aquellos que declaran increibles los milagros, que la humanidad creerá siempre en

ellos, y á los que los juzgan imposibles, que un poder especial los está realizando incesantemente.

No hagamos coro, pues, á aquellos que dicen: si yo viera un milagro creería en ellos. ¡Milagros! La humanidad los pide y sin embargo no los quiere.

«Se dice que un milagro convertiria, cuando no se le vé, con-«testa Pascal; las razones, vistas de léjos parecen limitar nuestra «vista; pero cuando se llega á ellas, se empieza á ver hasta más allá; «nada detiene la volubilidad del espíritu; y entónces se dice no hay «regla sin escepcion (1).» Por esto Nuestro Señor, que hacía milagros de sobras para convencer todas las oposiciones, decia de la de los Judíos: áun cuando resucitára Móises en persona, tampoco creerian. Y ¿cabe imaginar que sea más contentadiza y fácil de convencer la oposicion de los filósofos? Oigamos la confesion de J. J. Rousseau: «Por todo lo de este mundo no quisiera ser testigo de la re-«surreccion de un muerto, pues temería volverme loco en vez de «convertirme en creyente (2).» ¿Entónces cómo triunfar de estas sofísticas obstinaciones? Hay que compadecerlas; es inútil cuanto para vencerlas pueda hacerse, porque Dios, respetando en nosotros la libertad de la contradiccion, puede hacer milagros, pero no obligar á que se confiesen. Por lo demás bueno es recordar que sinó creemos, no proviene de que Dios se oculte á nuestras miradas, sinó de que, segun sus palabras, *no pertenecemos á su rebaño* (3).

Supuesta en nosotros la intencion sincera de confesar los milagros ¿existe la posibilidad de comprobarlos? Hé ahí el campo de batalla de muchas argucias antiguas y modernas. Afortunadamente y por más que se haga, jamás tendrán fuerza para obscurecer los siguientes principios de sentido comun: si se trata de milagros presentes, debemos creerlos por el testimonio de nuestros ojos; si se trata de milagros pasados, debemos aceptarlos por el testimonio de la historia, toda vez que se la ha reconocido el carácter de verídica.

Para esta demostracion tenemos suficientes conocimientos. En vano es que demos como pretexto, que es indispensable el conocimiento del conjunto de las leyes de la naturaleza, para estar ciertos de la derogacion de una de estas leyes; pues basta para ello con saber que la naturaleza procede de un modo invariable respecto de un determinado órden de hechos. Si la objecion fuese fundada, la ciencia jamás podría definir un órden general de fenómenos, como no fuera que se le pusiese de manifiesto el órden universal. Por consiguiente podemos decirles á los sábios: el mismo derecho que teneis vosotros para formular una ley de la naturaleza, tenemos nosotros para afir-

(1) *Pensamientos.*
(2) *Cartas de la Montagne.*
(3) Juan XV, 25-26.

mar la derogacion de dicha ley; y así como vosotros estais seguros de no equivocaros, al decir que la muerte es una regla comun, tambien lo estamos nosotros, diciendo que la resurreccion constituye la excepcion de esta regla.

Lo desconocido no puede invocarse como prueba en contra de lo conocido; y desde el instante en que científicamente estais seguros respecto de una série de hechos, habeis de estarlo de que no será en manera alguna desmentida por otra série. Si se rechazaran vuestros descubrimientos so pretexto de que las pruebas de hoy pueden ser desmentidas por las de mañana, de seguro contestaríais que lo eventual nada puede probar contra lo terminantemente demostrado, y que la ciencia de lo porvenir levantará su edificio, sin tocar cosa alguna en sus cimientos. Siendo esto así, os hallais presos en las redes de vuestra propia sabiduría. Porque así como vosotros estais seguros de que las aguas siguen necesariamente la pendiente, nosotros lo estamos del prodigio que detiene su curso: así como vosotros estais seguros de las leyes de la gravedad, nosotros lo estamos de que un cuerpo humano, sostenido en el aire sin soporte alguno, constituye una escepcion á dichas leyes: así como vosotros estais seguros de que los muertos no vuelven, nosotros lo estamos de que hay una accion divina en la vida de aquellos que vuelven. De manera que la ciencia se destruye á sí misma por medio de los argumentos que emplea contra nosotros, y nuestra certeza, respecto del particular, descansa en las mismas bases que la suya.

. Para la demostracion del milagro, todavía tenemos motivos de conviccion suficientes. Estraña paradoja la de pretender que anteponiéndose la verdad de una ley de la naturaleza, á la de su derogacion, esta no podría ser debida é incontrovertiblemente certificada. Cuando la derogacion está demostrada cual corresponde, se hace tan indudable como la misma ley. En efecto, la naturaleza que contesta satisfactoriamente en el primer caso, contesta con más autoridad en el segundo, porque la naturaleza física modificada en provecho de las almas es un milagro razonable; pero la naturaleza moral trastornada hasta el punto de que el hombre deje de estar cierto de aquello que ve, es un milagro imposible, puesto que implica la negacion de la razon del hombre y de la de Dios.

Por consiguiente no dejemos sorprendernos por este conocido juego sofístico. «Si París entero viniera á decirme que en Passy ha «resucitado un cadáver no lo creería; porque es más fácil que Pa«rís entero se engañe que no que un muerto resucite (1).» ¿Qué hay que decir á esto, suponiendo que esto signifique algo? Que un millon y quinientos mil testigos hayan visto en un mismo instante á Lázaro en la tumba, despidiendo el infecto olor de un

(1) *Cartas de la Montagne.*

cadáver sepultado hacia cuatro dias, y á Lázaro saliendo de la tumba con todo el explendor de una vida floreciente, ¿no merecería crédito semejante deposicion? La verdad es que si tantos espectadores, distintos por sus intereses y educacion creyeron contemplar lo que no existia, y tocar lo que realmente no tocaban, puede decirse que existen tantas derogaciones de las leyes de la naturaleza como testigos; de manera que para rechazar el milagro de una resurreccion, se admiten un millon y quinientos mil milagros de alucinacion.

Es preciso ponerse en guardia contra esta justificacion paradojal de un mismo principio: para dar crédito á los hechos sobrenaturales, sería indispensable tener razones sobrenaturales. Sabido tenemos que el *cómo* de los hechos sobrenaturales, sólo puede explicarse por medio de un conocimiento sobrenatural; pero la existencia de estos hechos depende del testimonio natural, como todos los acontecimientos de la historia. La prueba del milagro continúa pues sobrenatural del lado de Dios que lo realiza, pero natural del lado del hombre que lo comprueba, por lo mismo que sólo se adapta al espíritu humano por sus aspectos finitos. En otros términos: la prueba del milagro constituye la explicacion del mismo con relacion al pensamiento divino; con relacion al pensamiento humano sólo puede ser el atestado. Erigir en principio que lo sobrenatural no podría ser creido sin existir un medio de comprobacion sobrenatural, y por consiguiente, que será menester constantemente un milagro incesante que sirva de garantía al milagro precedente, vale tanto como pedir á Dios que haga ordinariamente cosas extraordinarias, y al par condenar al hombre á marchar incesantemente en pos de la verdad metido en un círculo vicioso, puesto que sería constantemente el milagro desarrollándose ante sus ojos, sin que pudiese aprenderlo en su creencia.

Por último, nosotros tenemos garantías suficientes en esta afirmacion. Algunos exigen para la demostracion del milagro, considerado como derogacion de las leyes de la naturaleza, el conocimiento de todas esas leyes. Nosotros hemos visto que basta con conocer la ley á la cual está derogado. Otros exigen para la demostracion del milagro, considerado como un hecho sobrenatural, medios de verificacion sobrenaturales. Nosotros hemos visto que, si fuese menester una inteligencia superior á la naturaleza para comprenderlo, basta para atestiguarlo con el testimonio natural, porque si la *cosa* se realiza por encima de la razon, el *hecho* cae bajo el dominio de los sentidos. Hé aquí sin embargo que han comparecido nuevos antagonistas, que para llegar al mismo grado de certeza, exigen garantías científicas: de manera que será indispensable escribir en todas partes, escepto en el Instituto de Francia, y en la residencia de sus correspondientes, aquel dístico famoso.

..... Se prohibe á Dios
hacer milagros en este sitio.

Sí, pídense comisiones para inspeccionar las obras divinas, y registrar, en cierto modo, las manos de la divina omnipotencia, á fin de saber si para su obra echa mano de medios prohibidos.

Y sin embargo, hemos visto que semejante comision existe en Roma: que esta atiende y escucha las defensas del naturalismo contra los hechos sobrenaturales: que en su tribunal la ciencia tiene sus abogados como los tiene la religion: y que la Iglesia sólo acepta un milagro despues de diez años de juicios contradictorios, sostenidos ante el jurado más concienzudo que se pueda imaginar. ¿Qué son en comparacion de esta, las comisiones científicas, en las cuales, cuando los intereses y las pasiones no constituyen el móvil, un miembro habla, dos escuchan, hay cuatro ausentes y todos firman por sentimiento de confianza y en las cuales cuando hay de por medio las pasiones y los intereses, son menester esfuerzos increibles y años y siglos para llevar la evidencia á los espíritus? Puedo añadir además que semejante comision ha existido siempre. ¿Créese acaso, que antes de la creacion del Instituto, la humanidad no podia darse cuenta exacta de los milagros? ¿Por ventura no tienen las muchedumbres el mismo derecho que los doctores y los licenciados para certificar respecto de los hechos sensibles? Vosotros que pedís informaciones, cuando se os piden actos de buen sentido, ¿queréis saber cuales han sido las comisiones instituidas por Dios en los tiempos pasados, á fin de juzgar de sus intervenciones?

Para los milagros de Moisés, la córte egipcia y todo el pueblo judío: para los de Elías, la córte de Achab y los sacerdotes de Baal: para los de Daniel, la córte de Persia y los ministros de Balthazar: para los de Jesucristo el mundo moderno, que en garantía de sus afirmaciones posee algo mejor que diplomas, puesto que como prueba de lo maravilloso evangélico tiene en su favor las maravillas de su civilizacion. Despues de lo dicho, ¿podrá venirse con la pretension de congresos de químicos, fisiólogos y críticos en unos siglos en los cuales ni siquiera existian esas ciencias? ¿Es que Dios debia esperar para realizar milagros y para que el mundo los creyera á que Napoleon fundara las cinco academias? ¿Los doce Apóstoles derramando su sangre para atestiguar que vieron á Jesucristo vivo, muerto y despues de haber resucitado, y persuadiendo de ello al universo, no tienen tanta autoridad, por lo ménos, como doce comisionados retribuidos por el Estado? Por esto cuando la crítica viene á decirme que hasta ahora no ha habido milagro alguno científicamente demostrado, no puedo ménos que preguntarle si sueña ó se chancea, y poniéndole de manifiesto los siglos, los mártires,

los santos, el Thabor, el Calvario, el monte Olivete, en una palabra, todos los recuerdos cristianos, le contesto: La venganza de lo sobrenatural contra vosotros, consiste en que, vosotros no podeis atentar á su verdad histórica sin comprometer vuestro honor científico.

La famosa comision existe pues, y ha existido tal cual la razon la exige: añadamos ahora que no puede existir tal cual el racionalismo se atreve á reclamarla. Esos señores quisieran que el taumaturgo fuera á recibir órdenes suyas ántes de realizar el milagro, no considerando que precisamente Dios hace los milagros para imponer las suyas. Y de seguro su pretension llegaria hasta el punto de prescribir á Dios el dia y la hora; y nombrarian sus jueces y les designarian el lugar, las condiciones y los límites de la operacion! ¿Y el prodigio ha de carecer de valor porque no se realice en su morada? ¿Y no podrá considerarse científico, áun cuando tenga por testigo á la Europa entera, sinó lo preside un reducido congreso de sábios? ¿Y si merece la fé de mil adherentes más sábios áun que esos árbitros oficiales, no tendrá que tomarse en cuenta? ¿Y si despues de una primera prueba no han llegado á convencerse plenamente todos los árbitros, Dios tendrá que comenzar de nuevo é indefinidamente, hasta tanto que deban ceder á la evidencia, sopena de que Dios no alcance el voto unánime de los jurados en ese proceso verbal? ¿Y la humanidad deberá esperar junto á la puerta de ese concilio en miniatura, á que se decida de sus destinos por medio de procuradores, sin que se le conceda siquiera el derecho de votar en una deliberacion tan capital? A decir verdad, no puedo manifestar qué sentimientos son los que en mí dominan al llegar á este punto, pues no comprendo si es aversion ó lástima lo que siento. ¡Obligar á Dios á que se presente en los teatros levantados por una ciencia impía, para que se exhiba y ponga de manifiesto ante la pública expectacion, y prostituir el ejercicio de la divina omnipotencia para recreo y pasatiempo del espíritu humano, no es buscar la verdad, es insultarla!

Lo sobrenatural se ha visto y se ha demostrado, vamos á probar que puede ser discernido. Hay en el mundo dos falsificaciones de lo sobrenatural divino, con las cuales se corre el peligro de verlo confundido, y de las cuales importa sobremanera distinguirlo. La primera es lo sobrenatural prestigioso ó la manifestacion inexplicada de ciertas fuerzas ocultas de la naturaleza.

Que existen los demonios, es decir, que en castigo del mas criminal de los abusos de la libertad que pueda haberse cometido, hayan sido esos grandes culpables, apartados para siempre jamás del camino del bien, que voluntariamente abandonaron, para verse arrojados en el del mal, que voluntaria y deliberadamente eligieron; que no contentos con haber dado la preferencia al mal, impelen há-

cia él al mundo, por ódio á su autor y á la justicia que les castiga; que desprendidos de la materia y obrando con la rapidez de espíritus, ejercen en la creacion un imperio superior á todo poder natural; que Dios consiente esta lucha sin permitirles triunfar, y que de ella ha hecho al par la condicion de nuestra moralizacion, despues de habernos dotado de armas para la defensa, y la condicion de su propia gloria, separando el órden moral del desórden aparente de tal antagonismo, es un dogma constantemente justificado por fenómenos innegables (1).

El demonio puede, pues, llevar á cabo ciertas revoluciones en la naturaleza; pero ¿cuál será el sello de este sobrenatural de falsa ley? Resultará de un principio por demás sencillo: *Los efectos participan de la naturaleza de sus causas*. Por consiguiente, tal es la causa de los milagros, tales son los milagros y estos llevan casi siempre si asi podemos decirlo el sello y marca de dónde proceden, que consiste en la semejanza que guardan con su autor.

Tenemos, pues, que el demonio no imprimirá jamás á sus milagros la belleza moral, por la sencilla razon de que no la posee, y que en tanto que los de Dios se atraen el respeto por la grandeza que les rodea y por las virtudes que inspiran; los de Satán pueden reconocerse por el ridículo que por punto general los caracteriza, por la puerilidad que los degrada, y por la corrupcion que fomentan ó garantizan.

Tenemos, pues, que el demonio no imprimirá jamás á sus milagros la bondad, por la sencilla razon de que no la posee, y que en tanto que los de Dios son benéficos y subyugan como manifestacion de un amor infinito; los de Satán, por punto general, son enojosos, como expresion de un poder odioso y repulsivo que goza con el mal.

Tenemos, pues, que el demonio no imprimirá jamás el sello de la verdad á sus milagros, porque es el padre de la mentira, y si por un momento consigue transformarse en ángel de luz, echando mano de palabras ó acciones conformes con el Evangelio, es únicamente para mejor ocultar la guerra irreconciliable que contra él sostiene.

Y no se me objete ahora, que despues de haber probado la verdad por medio de los milagros, probamos ahora los milagros valiéndonos de nuestra verdad. Nó, los milagros de la Iglesia son siempre más grandes que aquellos que se les oponen: «el cisma y la here-«jía llevan más señales de error, que sellos de verdad su milagro, «y hé ahí la razon porque si hubiese milagros contra milagros, «siendo los de la Iglesia primeros y más grandes, seria preciso «creerla contra los milagros. Entre dos autoridades la principal es «la que distingue (2).»

---

(1) Véanse las obras de M. de Mirville: *Los espíritus*, etc.
(2) Pascal, *Pensamientos*.

Tenemos, pues, que el demonio jamás conseguirá imprimir á sus obras el carácter del poder supremo, porque, si bien es verdad que puede más que el hombre, le falta mucho para poderse igualar á Dios. Por esto pertenecen al satanismo las perturbaciones inferiores del órden natural sólo á Dios; los actos de autoridad soberana tales como dar vida, resucitar á los muertos, trocar la substancia de las cosas, predecir lo futuro.

Tenemos, pues, que el demonio jamás podrá contar como auxiliares suyos á los santos, honrados con el respeto de la posteridad; y en tanto que los instrumentos de los milagros divinos aparecen como los modelos y el ideal de la pureza moral, los instrumentos del milagro diabólico, desde Simon el Mago y Apolonio de Thyana, hasta los *mediums* y las pitonisas del espiritismo, constituyen un tipo misterioso, mescolanza informe de creyente y de juglar, que causan al mundo más espanto y desconfianza, que admiracion y cariño. Basta con lo dicho respecto de este paralelo, pues con lo expuesto puede notarse la diferencia de las causas por la de sus efectos. A los milagros divinos corresponden las glorias de la civilizacion cristiana: á los prestigios de Satán, las estúpidas abominaciones de la barbárie pagana. A aquellos los progresos de nuestra última exposicion: á estos la rutina insistente que caracteriza á los pueblos de las márgenes del Ganges y del Indo.

Despues de los prestigios del infierno, solicitan nuestros sufragios los de la ciencia, no tanto para conseguir la categoría de divinos, como para hacer creer que los prodigios divinos no tienen tal divinidad. Existen, se dice, en la naturaleza ciertas fuerzas desconocidas, que solicitadas por un agente especial, producen la apariencia de lo sobrenatural. Esas fuerzas disciplinadas, clasificadas, y convertidas á un principio genérico, constituyen la rama especial de los estudios de nuestro siglo, designada bajo el nombre de magnetismo. Segun esta doctrina, los cuerpos se hallan sumergidos en un fluido universal por medio del cual se comunican, y este fluido puesto en movimiento por la voluntad de ciertos operadores, produce efectos insólitos, ora en los objetos materiales que parecen animarse cuando se cargan con sus eflúvios; ora en los organismos humanos, que transforma, cuando sirven de vehículo á su transmision. Dado este enunciado, no es necesario estar provisto de penetracion extraordinaria para deducir la consecuencia que del mismo se deriva. Con todo, áun cuando para ello sea indispensable hacer violencia á nuestro sentimiento moral, asimilemos por un momento á la accion divina esta prestidigitacion sospechosa, y perdónenos el lector que comparemos el magnetizador con el taumaturgo, teniendo presente para ello el fin que nos mueve, que no es otro que ahorrarle motivos de desprecio.

¡Que diferencia en la higiene preparatoria! El magnetizador se

ve precisado á seguir un régimen tónico y reparador, para conservar sobre sus débiles pacientes el dominio de la energía muscular. El taumaturgo, saca de la extenuacion resultante de la penitencia, y de la maceracion y mortificacion á que somete la materia, la fuerza divina que le permite mandar en los demás.

¡Qué diferencia en los sujetos sobre los cuales se opera! El magnetizador solo actúa sobre sujetos préviamente elegidos, que ceden á la superchería en virtud de cierto compadrazgo de antemano concertado, ó sobre sujetos impresionables que ceden á las influencias del fluido en virtud de determinadas disposiciones catalépticas. El taumaturgo se dirige al primer enfermo que se le viene á las manos, sordo ó ciego, leproso ó paralítico, pueblo ó individuo, diciéndole: Sanad, lo quiero; y su mandamiento queda realizado: *Volo mundare.*

¡Qué diferencia en los teatros de accion! El magnetizador requiere un auditorio numeroso y simpático para que no resulten contrariadas las corrientes del fluido que brotan de su cuerpo, lo cual casi equivale á decir, que solo convierte á los que ya creen de antemano. El taumaturgo hace brillar su poder en las cimas de los montes, al borde de los lagos, sobre las olas del mar, en medio de las plazas públicas, y hasta en presencia de los fariseos que están tratando su muerte, porque su mision no consiste en entretener á sus adeptos, sinó en convencer á los incrédulos!

¡Qué diferencia en los procedimientos! El magnetizador ejecuta pasas capaces de hacer dormir al más despierto, y se fatiga para que se desprenda de su cuerpo una virtud física sujeta á mil vicisitudes y peripecias, en tanto que el taumaturgo actua en virtud de un poder interno, y sin preparacion, sin escitaciones neurálgicas, sin experimentos que puedan fracasar. Así dice de un enfermo ausente, Ya está curado: y el hijo del centurion se levanta de su lecho de muerte.

¡Qué diferencia, por último y principalmente, respecto de los resultados obtenidos! ¿Á qué se reducen en definitiva, los milagros del magnetismo? Á algunos fenómenos de adivinacion, ó de segunda vista, en los cuales la parte de la verdad jamás ha llegado á separarse completamente de la del charlatanismo. Por consiguiente, como no sea abdicando del buen sentido y de la justicia, es imposible colocar los descubrimientos llamados milagros de la ciencia, al nivel de los que verdaderamente son milagros sobrenaturales. Ordénese á la física que detenga el sol en su carrera; á la medicina que alimente con cinco panes á cinco mil personas hambrientas; á la química que con un pellizco de polvo desleido en una poca saliva vuelva la vista á los ciegos; y á la fisiología que desde el camino del cementerio devuelva los cadáveres á la vida, y si tal consiguen, no tendrémos inconveniente en considerar á los sábios como los verdaderos taumaturgos del universo. Mas entretanto deben resignarse

á adorar la divina omnipotencia, sin pretender rivalizar con ella, porque los sábios que aspiran al prodigio, como el mismo Satán, no son más que los falsificadores de la obra de Dios.

En resúmen; el órden sobrenatural constituye para nosotros un acrecentamiento de la razon, por las visiones de la fé: de la moralidad, por el cumplimiento de la ley: de la fuerza, por el apoyo de la gracia: del sentimiento, por la esperanza de lo infinito: y por tanto podemos decir que en él se encierran los títulos de la nobleza, y la apología de nuestra creencia. Háse pronunciado contra el naturalismo la última palabra, desde el instante en que se ha podido decir que nos empequeñece, en tanto que la fé nos agranda, lo cual equivale á la siguiente asercion de un contemporáneo: suprimir lo sobrenatural es decapitar la humanidad, y por contrario modo el reino de lo sobrenatural constituye el engrandecimiento de los individuos y de las naciones, en y por Jesucristo.

Jesucristo y su obra serán el objeto del libro siguiente. Entretanto, juzgamos un deber de conciencia para todo lector formal, detenerse en este punto, examinarse y disponerse cual corresponde para que su naturaleza se halle debidamente preparada para recibir las glorias de esa sublime coronacion: lo sobrenatural.

Para conseguirlo, purifiquemos la naturaleza de sus egoismos, y practiquemos el bien para alcanzar el premio de contemplar la verdad: tales fueron las limosnas y las oraciones que proporcionaron al centurion Cornélio la saludable visita de S. Pedro. Purifiquemos la naturaleza de todos esos amores propios de espíritu y de posicion, con los cuales no gusta Dios comunicarse: la puerta que conduce á las santas revelaciones es baja como la entrada del cielo, y las inteligencias altaneras no pueden penetrar por ella. En fin lavemos las manchas que afean nuestra naturaleza y no pasará mucho tiempo antes de que lo sobrenatural se adhiera á los que se hayan hecho dignos de sostenerlo, por que hay un sentido muy profundo en las palabras del Evangélio: *Heme lavado y he visto* (1). Con tales sacrificios el hombre coopera al nacimiento en su alma de esta luz divina: la fé. Facultad doble que participando al par de la naturaleza por la razon y de lo sobrenatural por la gracia, y que uniéndolas en nosotros como en ella misma, conviértese en el medio de comunicacion lógica, y en una especie de escala proporcionada de uno á otro de dichos mundos (2).

---

(1) JUAN, IX; 11.
(2) Véanse el P. Félix y el P. Martignon, *De lo sobrenatural*. de la Luzerne, M. A. Nicolás, el Rdo. Besson, *De los milagros*.

LIBRO SEGUNDO.

LA VERDADERA RELIGION SOBRENATURAL

ES

EL CRISTIANISMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Pluralidad de las religiones: verdad de una sola religion.

Lo sobrenatural constituye una realidad conforme con las exigencias de la razon, con las aspiraciones de la naturaleza y con los testimonios de la historia. La razon se une á él como á la única religion lógica, como á la única religion garantida, como á la única religion posible. La naturaleza aspira á él porque forma una diversion armónica en su economía física, y perfecciona su economía moral. Por último la historia lo ha visto, demostrado y distinguido con certeza, y para ponerlo en duda, es indispensable sacrificar á repugnancias teóricas, la evidencia práctica y los testimonios de la experiencia.

¡Son tantas sin embargo, se dirá, las religiones sobrenaturales! ¿Qué pensarémos de semejante diversidad? Segun opinion de algunos todas son igualmente buenas: otros, por el contrario, opinan que todas son malas; mas sea la que se quiera la opinion que entre estas tan diametralmente opuestas se adopte, siempre resultará que no existe religion alguna verdadera. ¿Tendrémos que resignarnos á semejante conclusion?

Hé ahí uno de los mayores peligros á que se hallan expuestos los pueblos que han llegado á completa madurez. Cuando la experiencia de las cosas de la vida se halla separada del estudio, no constituye de ningun modo una luz segura para orientarnos en nuestra fé religiosa. A fuerza de mostrarnos los hombres y los acontecimientos bajo sus múltiples y variados aspectos, la experiencia relaja nuestro espíritu; redondea los ángulos salientes de nuestras convicciones, en virtud de los roces que se establecen; intimida y paraliza la vida de nuestras afirmaciones, en virtud del choque perpétuo con el pró y el contra inherentes á las cosas humanas; y nos comunica una indulgencia que se acerca mucho al escepticismo.

Muchos son los viajeros superficiales, que se han hecho librepensadores, á consecuencia de haber salido de la madre patria.

Y se explica: en sus excursiones hanse encontrado al paso con muchas religiones diferentes de la suya, y con muchos hombres que profesan una religion distinta de la por ellos profesada. Semejante situacion les pone en el caso de apreciar algo bueno en los cultos falsos y de distinguir algo malo en los secuaces de la verdad: doquiera convierten la mirada perciben, siquiera sea en diferente grado, las tres virtudes teologales, al lado de los siete pecados capitales, y en vista de ello sus conclusiones vienen á resolverse en complacientes fórmulas de tolerancia, no siendo caso raro que al compás que van acaudalando tesoros en el confin más remoto del mundo, vayan empobreciendo por lo que respeta á la posesion de su Dios.

Al presente ha multiplicado las ocasiones de caer en semejante error, la frecuencia y la facilidad de los grandes viajes. Marinos hay y no pocos, que por haber visitado una pagoda, ó penetrado en una mezquita, imaginan tener ideas más precisas y más abundantes que el mismo Bossuet sobre el génio religioso de la humanidad. «Muchos, dice Labruyere, acaban por corromperse y por perder la «poca religion que les resta merced á dilatados viajes: no pasa dia «sin que presencien un nuevo culto, costumbres nuevas, ceremo-«nias distintas, y parecidos á los que entran en un almacen sin «ánimo deliberado respecto de las estofas que pretenden adquirir, «atúrdense ante el número verdaderamente extraordinario de las «que se les ponen de manifiesto, y como en todas encuentran algo «que les satisface, sin llegar á resolverse por ninguna, salen al fin «sin haber realizado el propósito que les guiara al entrar (1).»

Valiéndonos ahora del estilo pintoresco de Labruyere, dirémos que todo hombre razonable y que piense, debe hallarse animado del propósito de adquirir el siguiente convencimiento. *La pluralidad de religiones no prueba en manera alguna que no exista una sola verdadera.*

No es que ignore que, no obstante la propaganda cristiana realizada durante diez y ocho siglos, existen áun en el mundo seis cientos millones de paganos: que el emperador de la China, cuenta en la tierra, con más súbditos que Nuestro Señor Jesucristo: que los cismáticos, los herejes y los infieles, forman una poblacion superior á la del cuerpo de la Iglesia; resultando de todo ello, que si hay una religion verdadera, y no lo son las demás, las cuatro quintas partes de la humanidad se hallan condenadas al infierno, por el único delito de no haber visto la luz en una de las latitudes católicas. Y siendo esto así, ¿á que viene á reducirse la justicia divina? ¿No sería preferible, y sobre todo, más piadoso, mantener la nocion de Dios sacrificando las religiones, que afirmar la verdad de una religion

(1) *Caractéres.*

comprometiendo la justicia de Dios? Todo esto, sin embargo, no son más que preocupaciones que fácilmente pueden desvanecerse, y verdades aparentemente contradictorias, que con muy poco esfuerzo es factible conciliar. Para conseguirlo creemos que bastará con que hagamos una exposicion sincera y luminosa de la segunda parte de la proposicion. *La verdad de una sola religion, no prueba en manera alguna que Dios sea injusto respecto de aquellos que no la conocen.*

I.

Del mismo modo que la moneda falsa, verifica y aquilata el valor de la verdadera, las religiones falsas demuestran y acreditan la existencia y excelencia de la verdadera religion. Cuanto grande ha hecho Dios ha sido objeto de falsificacion por parte de hombre, y áun puede añadirse que no ha existido sér alguno más desfigurado, en virtud de las falsificaciones, que la persona de Dios. Pero así como los falsos dioses deponen indirectamente respecto de la verdad de un Dios, las religiones falsas nos garantizan de que existe una verdadera, de la cual son ellas alteracion más ó ménos acentuada. Para establecer esta tésis bastaría con reproducir un libro muy famoso contra el indiferentismo, libro tan perfectamente hecho, á pesar de sus declamaciones y de sus digresiones, que no ha podido ser refutado ni por los veinte años de apostasía de su autor. Con todo, en vez de encerrar á los adversarios dentro de esas líneas de circunvalacion, tan sábiamente dispuestas, prefiero ponerles en evidencia, por medio de consideraciones óbvias, que el honor de Dios, la moralidad del hombre, y la suerte de los pueblos se hallan igualmente interesadas en la verdad del siguiente programa: un solo Dios, una sola fé, y un solo bautismo. De suerte que guardando á todas las religiones idénticos respectos, no sólo se las trata con idéntico menosprecio, sino que se establece el principio de la más nefanda confusion.

En primer lugar, el honor de Dios nos obliga á reconocer la verdad de una sola religion, porque no podemos negar este dogma sin obscurecer sobre la tierra la nocion del bien y del mal. Cuando se hallan frente á frente religiones distintas, de las cuales una enseña el pro y otras el contra, y por consiguiente la una lo verdadero y todas las demás lo falso; el sostener que Dios, la verdad por escelencia, no se halla más interesado en favor de la primera que de las segundas, vale tanto como negar á Dios y la verdad. Es negar la verdad, porqué si la verdad existe, no pueden ser igualmente verdaderas religiones opuestas: es negar á Dios, porque si Dios existe,

no pueden serle igualmente agradables, religiones que no son igualmente verdaderas. Seria por lo tanto indispensable proceder, con más prudencia y circunspeccion antes de proclamar la igualdad absoluta de las religiones. Semejante igualdad, que puede tener su razon de ser delante de la ley, es absurda ante la conciencia individual lo mismo que ante la lógica. El autor del *Emilio,* lo ha dicho en términos formales. «Entre tantas religiones que se excluyen, «solo existe una buena (1).»

Al presente nuestros hábitos de tolerancia civil engendran los juicios más erróneos en materia de teología. El estado pretende tener sus motivos para mantenerse indiferente con respecto al principio religioso; pero un particular está obligado á ser más exclusivo. El hombre público está en su derecho aplicando al foro externo un principio ateo; pero no tiene derecho alguno para ser ateo en su foro interior. Y sin embargo, en el terreno de la práctica, ¡cuantos materialistas de la jurisprudencia existen, que dejan á la ley el cuidado de formar su conciencia, y fundándose en el hecho de que se halla abolida la religion del Estado, deducen que el hombre está dispensado de elegir la suya! No se crea que dirija cargo alguno á nuestra legislacion; pero conviene recordar al indiferente, que despues de haber honrado todos los cultos en su vida social, debe un acto de fé y homenajes reservados al que es único verdadero. Y conviene tambien y principalmente hacerle observar, que nadie puede sustraerse á esta obligacion en nombre de su particular cultura intelectual, porque del mismo modo que hoy se someten todas las religiones á una igualdad comun delante la ley, la razon somete á todos los hombres á la igualdad comun delante la religion, y toda vez que en 1789 renunciamos con entusiasmo nuestros privilegios, no debemos ser inconsecuentes conservando ahora el mayor de todos, es decir el de no tener Dios, en tanto que el pueblo lo ha tenido siempre, y lo que es más, siempre lo tendrá.

La verdad de una religion es pues un dogma necesario para la honra de Dios: vamos á demostrar que no lo es ménos para la moralidad del hombre. No hay para que hacerse ilusiones: los que guardan consideraciones idénticas á todas las religiones imaginadas, son aquellos que, generalmente hablando, no quieren seguir ninguna: hónranlas en general, para dispensarse de buscar la verdadera en particular. Fácilmente se comprende que el hombre no está obligado respecto de Dios, sinó en la proporcion de sus conocimientos; mas qué dirémos del que obra en razon opuesta de sus conocimientos, es decir, en contra de la religion que por lo ménos considera más razonable, so pretexto de que la humanidad entera no participa de se-

(1) Tom. III, p. 118.

mejante conocimiento! Existen muchas religiones, dice el indiferente, pues bien, yo no profesaré ninguna: existen muchas religiones, responde la conciencia moral, pues bien, cada cual será juzgado segun las enseñanzas de la suya. Por consiguiente, el mahometano y el pagano que cumplen de buena fé la ley natural, tal cual se les ha enseñado, siquiera estén en error, no son culpables. En cambio el cristiano, que del espectáculo de tantos hombres fieles á su religion, deduce que no tiene porque ocuparse de la suya, colócase bajo el punto de vista de la moralidad en un nivel al del infiel inferior: *Est infideli deterior*.

«Sólo existen dos clases de hombres razonables, dice Pascal, «los que aman á Dios con todo su corazon porque le conocen, y los «que con todo su corazon le buscan porque no le conocen (1).» Sin embargo, ¿cuántos libre pensadores hay que prefieren declarar *á priori* que la verdadera religion no puede encontrarse, á tomarse la pena de buscarla?

Tienen el propósito de comprar, como dice Labruyere; pero no han tenido espacio para determinar su eleccion. Sin embargo trátase de averiguar si semejante eleccion era de suyo importante, para que se hubiesen tomado el trabajo de fijarse en ella. De mí sé decir que me avergüenzo por mi razon y por mi especie de la lijereza con que veo eludir tan árduas cuestiones. ¿Quién ha consagrado á semejante asunto, el tiempo que ha invertido en sus exámenes en la escuela politécnica, ó en sus ejercicios para la licenciatura ó el doctorado? De manera que por lo que se refiere á la primera ciencia de la vida, se persevera en la indiferencia, se muere en las preocupaciones, y para excusar esta incuria inexcusable, se tratan todos los cultos cual si fueran enigmas indescifrables, entre los cuales es en vano ir en pos de la verdad, puesto que solo puede allegarse cosecha de dudas.

Y sin embargo, si el resistir á la verdad que se conoce, constituye una inmoralidad, lo es, y mayor todavía, oponerse á conocerla. ¿Quién es capaz de enumerar las verdades que perecen, cuando la inteligencia, so pretexto de que existen muchas religiones, se desentiende de la verdad religiosa? Colocado en esta pendiente el espíritu vése arrastrado á un abismo lleno de ruinas del cual es imposible salir: pero la lógica aparece y le dice: existen muchas filosofías, luégo no existe la verdad filosófica; existen muchas política, luégo no hay verdad política; existen muchos tipos de belleza, luégo no hay verdad estética; existen numerosas divinidades, luégo no hay Dios. En una palabra, solo se pretende suprimir una piedra del templo de la doctrina santa; pero como esa piedra es la clave que cierra un arco, el arco cede, la bóveda se viene abajo y el

(1) *Pensamientos.*

edificio entero se derrumba. Prueba manifiesta de que la neutralidad en religion, contiene en gérmen el escepticismo universal puesto que lo produce. Prueba sobretodo de que estamos obligados á distinguir la verdad de la fé, hasta dónde nos sea dable, sopena de hacernos indignos de ella, porque la verdad de nuestra religion debe sernos más importante que la identidad de nuestra madre: y lo que acabo de decir se impone á la conciencia sin necesidad de demostracion; es una de esas evidencias tan anteriores al raciocinio, que en el instante mismo en que la razon las concibe, dice Fontenelle, le parece reconocerlas.

La verdad de una religion es cierta, porque interesa á la honra de Dios y á la moralidad de los individuos, pero tambien y principalmente, porque interesa á la suerte de los pueblos.

Es un error por demás grosero suponer que la religion no es más que un juguete destinado á recrear la imaginacion de los pueblos, cuando en realidad de verdad constituye el crisol en que la moralidad se purifica y recibe su forma característica. Las virtudes de una sociedad no son más, en rigor, que su religion aplicada, y así las buenas como las malas acciones pueden ser comparadas á un fruto del cual las creencias constituyen las raices. Siendo esto así, como lo es, tendrémos que todo falso dogmatismo encierra, metafísicamente, el gérmen de una moral y de una sociedad depravadas; por esto nada puede darse más instructivo, que la demostracion de las analogías entre la religion de los pueblos y su historia.

En el Norte los Germanos y los Scandinavos se representan la divinidad con rasgos mucho ménos voluptuosos que crueles, y constituyen tribus aústeras que, á ejemplo de su Olimpo, ofrecen una bizarra mescolanza de castidad y de barbarie. Roma instala en su Panteon todos los génios inmundos del universo; y de aquí que ni la cínica pluma de Suetonio, ni el implacable buril de Tácito, puedan trasladarnos todas las infamias y bajezas de su decadencia, áun valiéndose de la lengua ménos pudibunda que los hombres han hablado. El Oriente nos ofrece el budhismo con su impura mitología y su panteismo indolente: y por esto vemos á las poblaciones indias sometidas por su mitología á una languidez ponzoñosa, en tanto que su panteismo las encierra en una inmovilidad místicamente infecunda, bajo dogmas en los cuales el gran todo absorbe completamente la personalidad. Por último, el Islamismo contempla en un harem eterno el fin de los hijos del Profeta; sus medios y sus derechos en la cimitarra; y de aquí que, como la hierba bajo la planta de las huestes de Alarico, el pudor y la civilizacion desaparezcan del suelo sobre que asientan su planta las tribus de Mahoma. Sí, cuáles son las religiones, tales son los pueblos: cuáles los símbolos, tales las costumbres; porque, como ha dicho Diderot, *todo error de doctrina debe*

influir en una criatura razonable y consecuente. Por lo mismo es indispensable que exista una religion verdadera y una verdadera civilizacion, y todo aquel que carece de la felicidad de conocer esta religion, y no tiene por otra parte la voluntad necesaria para encontrarla, debe por lo ménos proclamarla en principio.

No hay para qué insistamos respecto del particular. Las verdades de sentido comun son siempre más claras en sí mismas que en sus pruebas: para convencerse de ello basta fijarse en las consecuencias engendradas por la negacion que estamos combatiendo. En el Indostan, por ejemplo, los adoradores del dios Djaggernat se arrojan bajo las ruedas de su carro, á fin de hacerse aplastar por devocion; en Cartago, las madres cegadas por una mal entendida piedad, degüellan á los hijos de sus entrañas sobre los altares de Moloch; en las Galias, á cada nueva calamidad pública se apacigua la ira de Teutates con el derramamiento de sangre humana; en Corinto, la deidad bondadosa inspira en su honor misterios que la historia no se atreve á referir; en la Meca se inmolan hecatombes musulmanas, cuyas deletéreas emanaciones envian la epidemia á la Europa meridional; en Francia, la diosa Razon se porta en sus altares más bien que como una sacerdotisa, como desenfrenada bacante. ¿Y puede imaginarse, siquiera, que Dios sea igualmente glorificado en esas orgías de sangre y de voluptuosidad, que en las puras adoraciones del cristianismo? ¿que las virtudes de un Vicente de Paul, no estén más conformes con la verdad esencial que las disipasiones de un sultan, ó las extravagancias de un faki? No insistamos más, seria abusar de las ventajas de la victoria.

Dos maneras hay de suprimir á Dios: la primera consiste en negarlo en sí mismo; la segunda consiste en negarlo en su verdad. Por consiguiente, á los que en este terreno toman la ofensiva, se les puede contestar: Si creeis en Dios, basta con demostraros que vuestra negacion es deicida por via de consecuencia, para que desistais de vuestro empeño; y si no creeis, ¿qué necesidad teneis de presentaros al debate bajo la falsa apariencia del indiferente? Tened el valor de levantar vuestra visera, y en cuanto se os conozca sereis vencidos; declarad paladinamente vuestro ateismo, y no le combatirémos inútilmente: adversarios hay contra los cuales, á semejanza de lo que acontece con esos criminales respecto de los cuales la indignacion pública hace justicia ántes que la ley, nada deja hacer al raciocinio la completa desconsideracion que inspiran.

Al llegar á este punto, veo surgir dos objeciones respecto del modo como á fin de ponerla más de relieve propongo la exposicion.

La pluralidad de las religiones, se dice, prueba que si todas son buenas, no hay ninguna verdadera; porque siendo Dios el autor de la que lo fuera, no podria consentir que las demás le tuvieran amenazado, y que á veces prevalecieran contra él.

Al que me propusiera semejante reparo, le preguntaria inmediatamente: ¿Bajo qué bandera militas? ¿Seria mi adversario uno de esos espiritualistas inconsecuentes, que reconociendo en Dios el derecho de suscitar la creacion, le niegan el de tocar á los resortes despues de haber montado el maravilloso mecanismo? «¿Que hacen á Dios el honor de pronunciar su nombre sin confiarle otro cuidado que la guarda servil y el espectáculo inerte de los mundos que ha creado; pero que no gobierna? (1).» Entonces, ¿cómo se explica que los que suprimen en Dios el poder de los milagros, le echen en cara el que no los haga? Es decir, que no creerán en la verdadera religion, miéntras no llegue el momento en que todos sus impugnadores se vean obligados á bendecirla á pesar suyo! ¡Pero esto seria el prodigio de Balaam perpétuamente renovado! Digásenos una vez más, ¿de dónde se quiere que salgan los prodigios, cuando el Dios de los prodigios se ha suprimido?

Supongamos por el contrario, que mi impugnador pertenece al grupo de los espiritualistas que creen en la omnipotencia divina. En tal caso, pedir el amordazamiento eterno del error, por medio de una intervencion visible de la soberanía divina, vale tanto como exigir el despotismo más absoluto de parte de Dios, y el servilismo más completo de parte del hombre. Dios nos trata de muy distinta manera; pues se ha impuesto hasta tal punto el respeto á nuestra libertad, que prefiere verse negado é insultado por ella, á hacerle la más pequeña violencia; tanto es así, que de esas sublimes disposiciones del Creador respecto del libre alvedrío de la criatura, han nacido todas las falsas religiones. ¿Hablan acaso formalmente los que con tanta facilidad se indignan contra todo obstáculo puesto por la Iglesia á la propagacion del error, cuando niegan al error no sólo el derecho de vivir sino tambien el de nacer? ¿Es que existe mayor intolerancia en limitar la extension de lo falso, como lo hacemos, que en ahogarle en el seno paternal, como ellos quisieran hacerlo? ¡Estraño liberalismo el que defiende por un lado la causa de las falsas religiones, y por el otro no perdona á Dios el haber permitido su existencia! Si Dios hubiese querido reinar sobre el pensamiento humano como desapiadado autócrata, y hundir por medio de los rayos de su ira la cabeza de los disidentes, de seguro se le habria tenido por verdadero monarca; pero sometidos á esa espantosa teocracia, habríamos quedado reducidos al papel de simples autómatas; y nosotros que tanta sangre hemos vertido para conquistar la libertad política, ¿echaríamos voluntariamente por la ventana la libertad moral, sin la cual no seríamos dignos de ninguna? No insultemos, pues, las inefables tolerancias de Dios respecto de las falsas religiones. Semejante espectáculo será hasta el

(1) Vitet. *La ciencia y la fé.*

fin el consuelo más íntimo de toda paternidad ultrajada en sus legítimos derechos; y será además, y sobre todo, el ejemplo más augusto que pueda proponerse á las autoridades á quienes se pida la libertad de la comprobacion. Dios, callándose en la eternidad cuando se le disputa el imperio, constituye el apoyo más poderoso de los poderes atacados ó desconocidos, comparacion que contiene las garantías de los soberanos, del mismo modo que las de los súbditos, porque el Rey de Reyes se somete al contraste sin consentir que se le arroje del trono que ocupa, y si abandona los siglos del tiempo á los derechos de la libertad, consiste precisamente en que reserva el porvenir eterno á las represiones de la autoridad.

El escándalo que experimentamos por la existencia de las falsas religiones prueba pues que ignoramos las consideraciones debidas á la libertad del hombre, y más áun el misterio profundo del amor de Dios. Es achaque propio del egoismo, el considerar sus exigencias como la medida de su profundidad. El amor, llegado á cierto grado de grandeza, es como los reyes que dan y no reciben; á medida que se eleva se hace desinteresado, porque cuanto más piensa en el objeto querido, ménos ocasiones se le ofrecen de pensar en sí mismo. Segun esta ley, el amor de Dios, que es de todos el más completo, debe ser tambien el más modesto, y esto nos explica la longanimidad adorable del Señor de las cosas, respecto de los errores y de los hombres que empequeñecen su dominacion.

Sobre la superficie de este pequeño planeta en que nos hallamos establecidos, cuéntanse apénas doscientos millones de católicos: de estos son muy pocos los que adoran en espíritu y en verdad, y sin embargo esos elementos imperfectos componen una obra magnífica, porque cuanto bueno por ella se hace, es fruto de la libertad. La entrega de un corazon puro, que podría negarse á Dios, le regocija y satisface más que las armonías fatales de todas las creaciones sometidas á la necesidad. Una lágrima de Santa Teresa influye más que los crímenes de Babilonia en la balanza en que se pesan los destinos del género humano. De esta suerte, en tanto tenga la verdadera religion diez justos que presentarle, no se verá confundido en sus obras, porque los homenajes de la libertad humana le harán olvidar los extravíos, y en tanto vea sobre la tierra una huella de la sangre derramada por su hijo la contemplará con verdadero amor. Sí, el amor constituye en este punto la palabra sublime que explica los misterios divinos, porque explica á Dios mismo! Siendo el amor el principio de la fecundidad, puede decirse que el mundo es hijo de tan gran sentimiento, y como es el amor quien lo creó, es el amor quien lo preserva de la destruccion.

El mal puede desbordarse y crecer, como las aguas del diluvio, hasta sumergir las montañas más elevadas; el mundo sólo podrá desaparecer el dia en que se extinga completamente el sentimiento de caridad. Y si fuese cierto que ha de llegar un dia en que una nueva

humanidad huelle nuestras cenizas, como nosotros marchamos sobre el polvo de las generaciones preadamitas, segun establecen algunas hipótesis que, debemos decirlo francamente, no hacen en nosotros mella alguna; cuando los habitantes de esa nueva época removieran los despojos de la nuestra, al encontrar en el subsuelo más pagodas y mezquitas que iglesias; más sepulcros paganos que losas marcadas con la cruz de la redencion; en vez de blasfemar del Creador, hincados de rodillas sobre estas ruinas exclamrian: ¡Así es como Dios amó este mundo! ¡*Sic Deus dilexit mundum* (1)!

La segunda objecion es de un órden más práctico, con la circunstancia de que los hombres prácticos no nos la economizan. Dejad pues nos dicen, fantasear cuanto se quiera respecto de la cuestion de la verdadera religion. En cuanto los hombres se convenzan de que han dado con ella, se convertirán en perseguidores de los demás cultos, y se verá reaparecer la intolerancia fanática de las guerras de la religion.

Pocas palabras existen en nuestro vocabulario de las cuales se haya abusado más que de la palabra tolerancia. Consiste esto en que son contados los que expresan en grado idéntico el bien ó el mal, segun el sentido que se les dá. En el lenguaje de los hombres que comprenden lo que dicen, hay tres especies de tolerancia.

La primera es la tolerancia civil: la Iglesia ha manifestado recientemente el concepto que de ella tiene formado y por consiguiente, por lo que á nosotros toca, basta con que á ella nos refiramos, y recordemos la distincion que establece entre lo que está prescrito en tésis absoluta, y lo que es tolerable en hipótesis: es decir, que cuando los pueblos no pueden realizar lo más perfecto, consiente que de su cuenta y riesgo, ensayen lo que más puede acercarse á la perfeccion. Ahora bien, como nosotros no hacemos casuística de derecho público, y la objecion de que tratamos vá derecha á los Estados más bien que á la conciencia individual, prescindimos del obstáculo, por lo mismo que no se opone á que prosigamos en nuestro camino. Declaremos, sin embargo, que por más que otros siglos ofrezcan para nosotros motivos de admiracion, ninguno los tiene en tanto grado como el nuestro, por cuya razon proclamamos en alta voz nuestros sinceros respetos por la *verdadera* tolerancia civil.

La segunda tolerancia es la que llamarémos personal. Guerra á todos los errores, amor y estimacion para todas las personas, y guerra sobre todo al error por el amor á las personas. Tal es la doctrina de la Iglesia. No cabe duda que existe en ella el derecho de represion contra sus malhechores; pero sacrifica su derecho á su amor, y si por ventura no se la ha comprendido bien respecto del

(1) S. Juan, 3, 16.

particular, no ha podido ménos que llorarlo con lágrimas de sangre. Pero esta sangre que ha manchado su inmaculada vestidura, la ha lavado con sus lágrimas; no tenemos pues porque hacerle por ello cargo alguno. Sólo los espíritus mezquinos, es decir los hombres que no saben elevarse, son capaces de achacar á la doctrina los crímenes en su nombre cometidos. Si por nuestra parte imputáramos al anticristianismo los doce millones de mártires que ha hecho en nuestras filas, le achacaríamos un terrible Saint-Berthélemy; y del mismo modo inscribiríamos una espantosa partida en su cuenta de cargo, si haciamos responsable á la democracia de todos los escesos y de todos los crímenes del 93. Ya seria tiempo de poner término á esas recriminaciones infundadas y desprovistas de buena fé. *La Iglesia tiene horror á la sangre:* tal es la expresion proverbial de sus institutos respecto del particular.

En aquel tiempo presentáronse al tribunal de Salomon dos mujeres disputándose la maternidad de un niño: la una consentia en que la criatura fuese partida en dos; esta no era su madre. Hé ahí la imágen del error suscribiendo á la concurrencia, y no debe sorprendernos porque el error es usurpador. La otra mujer, por el contrario reclamaba al niño entero; pero prefería perderlo vivo, á recobrarlo hecho pedazos. Esta es la imágen de la Iglesia, madre desolada, que tiene derecho al imperio de la humanidad entera; pero que á pesar de esto, prefiere la vida de sus hijos al triunfo violento de su derecho. Inútil es pues que Felipe II de España, y Juan III de Portugal desnuden el acero, sopretexto de defender á esta madre, porque con su proceder sólo le proporcionan victorias que aborrece. Su intolerancia se reduce á los celos engendrados por el amor, y no consiste en manera alguna en la crueldad de los suplicios. Es la Esposa de Aquel que conquistó el mundo tendiendo á todos sus brazos desde lo alto de la cruz sin consentir en que se derramara más sangre que la suya. No fué la fuerza, sinó la dulzura; no el Leon de Judá, sinó el Cordero inmaculado el que llevó á cabo la conquista de la tierra: *¡Emitte Agnum dominatorem terræ* (1)! Esto quiere decir, que pedimos tregua para siempre jamás, á todas las sevicias en la propagacion de la fé, en favor de la tolerancia personal.

Pero existe además una tercera tolerancia, que en manera alguna puede glorificarse, y que por el contrario es indispensable anatematizar: esta tolerancia es la teológica, que pretende instalar en el mismo sólio á Zoroastro y á Confucio; á Brahma y á Bouddha, á Mahoma y á Jesucristo, sin más diferencia que colocar á este en lugar preeminente.

Semejante tolerancia podría definirse el respeto oficial á todas

(1) Isaias, 16, 1.

las religiones; pero respeto sin franqueza, que tiene mucho de una genuflexion de pretorio, y que encierra la negacion absoluta bajo las formas prudentes de la abstencion. Por punto general los hábitos de neutralidad en los negocios humanos nos inspiran poca estimacion, pues para nosotros la neutralidad ó es el privilegio de los incapaces ó la prudencia de los egoistas. Los antiguos la conocian tan á fondo, que en Atenas existian penas especiales para aquellos que en tiempo de revuelta no se decidian por partido alguno, moviendo á aquellas gentes, al proceder de esta suerte, el que nadie disfrutara del beneficio de las abstenciones interesadas. Y no siéndonos permitido permanecer indiferentes respecto de las cuestiones vitales que traen agitada la humanidad, ¿echarémos mano de la indiferencia dogmática como de un privilegio especial de nuestro rango ó de nuestro saber? ¿Y en tanto que en política, en filosofía nos consideramos obligados á llamarnos blancos ó negros, so pena de vernos mirados con menosprecio, podrémos permanecer indecisos, respecto de la grave cuestion de Dios, sin que corra riesgo nuestra dignidad moral? Ha querido hacerse de esta neutralidad una especie de pedestal para el amor propio filosófico, y sin embargo no es más que una postracion de la conciencia humana, y un desprecio sacrílego de la verdad divina. Gracias pues sean dadas á la tolerancia divina bien entendida; gloria á la tolerancia personal; pero anatema perpétuo sobre la tolerancia teológica.

De que exista un gran número de religiones no debe deducirse, que no haya una verdadera, lo hemos dicho; mas de ¿que exista una sóla religion verdadera, puede deducirse que Dios sea injusto respecto de aquellos que no la conocen?

II.

Hasta ahora hemos visto á la negacion haciéndose la escandalizada del mal que existe, á fin de tener un argumento contra la Providencia: vamos á contemplarla ahora negando, ó poco ménos, este mismo mal, á fin de poder elevar sus quejas contra la justicia de Dios. El mundo es un caos, cuando se trata de censurar las distracciones del Criador; el mundo es una obra maestra, cuando se pretende borrar toda pena despues de esta vida. Aquí el incrédulo se transforma en filántropo y dice: Que Dios consienta en la existencia de las falsas religiones, porque le bastan los homenajes de la buena, es una prueba de que con poco se contenta; pero ya que nada prueban contra el verdadero los cultos falsos, no hay para que sean amenazados con las penas eternas aquellos que no lo hayan conocido. ¡Cuantos absurdos se atribuyen á nuestra verdad para tener un pretexto para no observarla!

Consignemos desde luégo que Dios quiere la salvacion de todos los hombres; pero no está obligado á salvarlos á pesar suyo, y consignemos tambien, que un órden de cosas en el cual cada uno de nosotros constituye un sér inmortal, que hace el bien y el mal de su cuenta y riesgo, es mil veces más honroso para el Creador y para nosotros, que no lo sería un rebaño de esclavos conducidos por la fuerza ó á la nada ó á beatitudes inmerecidas. ¿Ha producido Dios hombres, con antelacion al advenimiento de nuestra humanidad? ¿Los producirá acaso despues que nuestro mundo haya concluido? ¿En qué condiciones morales, es decir, en que proporciones de inteligencia y de libertad estuvo ó será constituida cada una de esas familias? Lo ignoro; pero lo que sé positivamente es que Dios puede variar hasta lo infinito la creacion espiritual como la creacion material. Lo que sé es, que Dios en esas diversas creaciones llega al mismo fin por dos caminos, idénticos es decir al órden, por la justicia y por el amor: porqué solamente el amor y la justicia pueden entrecruzarse y extenderse en combinaciones innumerables y hé aquí como se conciertan con relacion al ciclo moral que nosotros componemos.

No existe verdad alguna peor comprendida que la célebre máxima «fuera de la Iglesia no hay salvacion.» Los unos, gracias á un liberalismo teológico verdaderamente insensato, quisieran suprimirla, sin tener en cuenta que constituye la fórmula necesaria de un símbolo que se afirma verdadero, con exclusion de todos los demás. En efecto sin ella, deberia decretarse *ipso facto* la salvacion de todo el mundo. Confesemos sin embargo que las exclusiones pronunciadas por este axioma, debidamente comprendido, repugnan mil veces ménos á la razon, que un estado de cosas opuesto, que coloca en un mismo paraiso, y uno al lado de otro, á Luis XVI y Robespierre, á Jesucristo y á Judas el traidor.

Los otros por ceñirse al sentido literal del axioma, desnaturalizan su sentido: pues no establecen la distincion necesaria entre el cuerpo y el alma de la Iglesia, y á un principio razonable, substituyen un dogma estrecho y cruel. Cruel, porqué condena á penas espantosas á una porcion inmensa del género humano, cuya única falta consiste en haber nacido más cerca de Pekin que de Roma; estrecho porque en virtud de semejante interpretacion, Jesucristo reinaria sobre un número de súbditos más reducido que el Emperador de la China. Ahora bien, sea la que se quiera la libertad que conceda Dios á los extravios del hombre, parece que seria destronado del imperio del mundo, si en este punto perdiera su gobierno (1).

El regazo materno de nuestra Iglesia, dice S. Gerónimo, no es

(1) Como todavía no hemos probado la Iglesia, no la presentamos en este lugar como la verdadera sociedad religiosa, sinó como la prueba de que puede admitirse en su sentir la verdad de una sóla religion, sin herir ni la razon humana ni la justicia de Dios.

tan estrecho que pueda fácilmente vivirse fuera de él, como no sea con decidida voluntad de hacerlo. Así como el océano sale de su inmenso receptáculo por medio de filtraciones subterráneas, y rodea la tierra en estrecho abrazo, ora formado de espumosas oleadas, ora por medio de desagües invisibles; de la propia manera la Iglesia militante prolonga sus ocultas ramificaciones hasta lo más profundo de aquellos paises de los cuales se halla proscrita y va desde uno á otro extremo á tender su mano á los hombres de buena voluntad. De esta suerte en las profundidades de su alma, vasta como el mundo, abraza completamente al género humano, y si existe alguna porcion que se robe á esos abrazos amorosos, no consiste en manera alguna en que no puedan extenderse hasta los lugares en que aquella reside, por lejano y remoto que sea el pais.

Sí, por lo mismo que la Iglesia es un sér moral compuesto de hombres, debe tener como el hombre un cuerpo y un alma, un cuerpo visible y un alma que no lo es. Su alma la constituye la reunion de todos aquellos que á ella están unidos por el vínculo interior de la fé y de la caridad. Y esta Iglesia espiritual no es en manera alguna la parroquia de aldea, como algunos presumen, en la cual sólo cojen los habitantes de la misma, sinó el templo verdaderamente católico, es decir tan vasto como el universo, en cuyas anchurosas bóvedas pueden refugiarse cuantos existen. Enseñanza de las más importantes, lo mismo para el libre pensador que quisiera asegurar la impunidad eterna para todos los crímenes, que para ciertos católicos que adoran al Cristo con los brazos limitados del Jansenismo, juzgando el honor de su ortodóxia interesado en esperar el cielo en la compañía más selecta que puede imaginarse. Tal es respecto del particular, no la pequeña teología, sinó la de la Iglesia, que como en sus admisiones, es tolerante por demás, hasta en sus propias exclusiones.

Considerando la verdadera religion, no en su organismo interior sinó en su alma, ¿quién será capaz de evaluar el número de los que penetran en ella por *adopcion*? Esta alma abraza desde luégo á los niños regularmente bautizados por los cismáticos y los herejes, y como la mitad de los hombres muere antes de llegar al estado de razon, resulta de ello una porcion inmensa de séres racionales, librados de la perdicion eterna. Y es que como el bautismo les ha comunicado la fé y la caridad infusas, sus cunas han sido predestinadas gracias á ese don gratuito, y uno de los espectáculos más conmovedores del paraiso será indudablemente esa innumerable falange de inocentes, recompensados sin haber trabajado y á los cuales la Iglesia triunfante, para eternizar su agradecimiento dirá: *Pequeñuelos, alabad al Señor* (1). Cierto que no podrán tomar par-

(1) Salmo, 112, 1.

te en este coro angelical las criaturas muertas antes del bautismo; pero con todo esto podrán bendecir á su madre y á Dios, por haberles concedido la existencia, segun luégo verémos. Toda la creacion moral desde el primer Angel, hasta los últimos séres responsables, descansa en la ley de las desigualdades. Sin injusticia, Dios puede dar á quien mejor le parece aquello que á nadie debe. Imponerle la igualdad absoluta en sus obras, sería interdecirle la variedad, y arrebatarle la libertad. Por lo mismo no puede hacérsele un cargo por no conceder á cada uno de sus hijos idéntica beatitud, ni de distribuir por un modo distinto las dotes de inteligencia. Un padre no deja de serlo porque mire con cierta predileccion á alguno de sus hijos, con tal de que no deje de ser bueno para todos.

Ni es ménos importante el número de los elegidos que pertenecen á nuestra verdad por la via de *adjuncion*, pues el alma de la Iglesia encierra tambien en sus brazos á todos los cristianos de las comuniones disidentes, cuando se engañan en virtud de una invencible buena fé. La Iglesia que no ve las disposiciones interiores, debe condenar en masa á las sociedades que se han desprendido de su seno destrozándola, pero deja á Dios el juicio de sus individuos. O bien un cristiano se ha separado de ella por su propia voluntad, y entónces es justo que sufra la pena merecida, ó bien se ha separado inocentemente, y entónces la Iglesia le reconoce á él sin que él la haya reconocido. ¡Qué escelente madre la que estrecha en sus brazos, con un amor jamás comprendido, el hijo que la rechaza porque no la conoce! De donde resulta que la Iglesia reina, dónde no reina el Pontífice, y que hasta en los países del cisma y de la herejía, cuenta con numerosas poblaciones que la proporcionan una soberanía inmensamente más poderosa que la de Isabel la Católica, y si bien es verdad que no existe mano humana que pueda dibujar el mapa de este catolicismo invisible, no puede desconocerse que existe trazado en el pensamiento de Dios, que deja caer su bondadosa mirada sobre ese sublime rebaño, para mantener en su corazon una misericordia siempre más grande que las ingratitudes de la humanidad.

Otros séres hay que pueden contarse en el número de los hijos de la Iglesia por *privilegio*. El alma de esta es un mar sin límites, que tiene bahías profundas y nunca exploradas hasta en el mismo seno de la gentilidad. Cierto que el infiel, siquiera lo sea de buena fé, no forma parte, en vida, de nuestra madre la Iglesia; pero esta, por su inagotable misericordia, le concederá que entre en la misma en el instante en que penetre en la eternidad. Imagínese á un infiel que haya practicado el bien, tal cual se lo haya revelado su conciencia natural, sin haber tenido lugar para conocer la revelacion divina, ¿puede presumirse que ha de verse excluido por esto de la eterna beatitud? En manera alguna. Yo bien sé que no tiene una fé

tan explícita como la mia en el redentor prometido; pero participa de ella en virtud de la fé que guarda á la revelacion primitiva: *El Verbo era la luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo* (1), y participa además y sobre todo en virtud de la fé en el reparador universal, difundida en las tradiciones de la gentilidad. Por consiguiente, ¿qué hará Dios respecto de esa alma que ha permanecido fiel á su ley? La tocará en su corazon antes del fin, por una operacion de su gracia, y por este medio, elevando hasta lo sobrenatural las virtudes naturales que le proporciona, hará un elegido de ese pagano consciente! ¡Ah! yo me represento aquí con verdadero arrebato de júbilo, las dulces sorpresas de esas almas rectas en el momento de pasar desde las sombras divinas que adoraron á la presencia deslumbrante de la inefable realidad.

Como hubiese escrito Santo Tomás que Dios enviaria un ángel á ese infiel, á fin de evitar su condenacion eterna, Rousseau se burló de esa *máquina* que el mundo jamás ha visto funcionar, deduciendo de esto que la humanidad no bautizada se halla condenada préviamente á servir de combustible al fuego eterno. El ángel en cuestion no se ofrece como el único medio, sinó como la medida de la buena voluntad de Dios respecto de los infieles que observen la ley natural. Ese ángel significa que Dios hará milagros, y por cierto de los mayores, ántes que consentir que un sólo inocente de su imperio sea despreciado para toda una eternidad. Pero, ¿cuál será esa máquina de salvacion, valiéndonos del lenguaje de Rousseau; cual este sacramento *in extremis* para hablar como la Iglesia, que será aplicado á esas almas por la bondad divina? El medio es el secreto de Dios; pero el designio en sí mismo no constituye un secreto, puesto que San Pablo nos asegura de ello, diciéndonos: *Cuando los gentiles, que no tienen ley escrita, hacen por razon natural lo que manda la ley, estos tales no teniendo ley son para sí mismos ley viva* (2). ¿Puede imaginarse una justicia distributiva haciendo de su intolerancia doctrinal más tolerantes aplicaciones? Por esto la Iglesia castiga los errores, pero salva á aquellosque los profesan sin culpa. Jamás persigue en los desvíos intelectuales, ni la fatalidad del nacimiento, ni los azares de la educacion, y lo único que su seno material rechaza, á imágen y semejanza del seno de Dios, es el crímen sin arrepentimiento.

Aquí oigo al incrédulo añadir con amarga sonrisa. ¿Y las criaturas muertas ántes del bautismo? Librémonos de la confusion resultante de las malas inteligencias. La Iglesia estima tanto la felicidad de ver á Dios en la eternidad, que suele llamar condenacion á la desgracia de estar privado de ella. Mas en la tierra no se ve á Dios, y sin embargo no falta quien en ella se encuentre muy

(1) S. Juan, 1-9.
(2) Rom, 2-12.

bien, tan bien, que no quisiera dejarla, ni áun para gozar de la presencia de Dios. Ahora bien, nuestro Padre comun ha de tal modo templado, para los séres no bautizados, los dolores de su ausencia, que son felices con vivir, sienta San Agustin, puesto que prefieren la vida á la no existencia. Y en rigor, podemos decir que su destino sereno es más bien una especie de beatitud natural que una verdadera perdicion. Por consiguiente, á aquellos que llegaren cubiertos por la gracia sobrenatural, la felicidad sobrenatural de la vision intuitiva; á aquellos que sólo llevaren ante su Juez las ventajas naturales, una felicidad proporcionada, que sólo es el vestíbulo de la primera: es imposible imaginar mayor equilibrio entre las causas y los efectos. Y no se me pregunte por qué razon no hace Dios en favor de los niños muertos sin bautismo, el milagro de salvacion que realiza en favor de los paganos de buena fé, porque, en tal caso, me veré obligado á contestar que los últimos han llorado, han trabajado, han combatido; al paso que los primeros, segados en flor, han desaparecido áun antes de haber ellos segado miés alguna.

Esas almas cándidas, errando por el interior de misteriosos limbos en los cuales se ama á Dios sin verle, le servirán como reparadores de la incredulidad que no cree en sus sufrimientos, y que saca de ellos el pretexto de sus blasfemias contra el Creador! Lo que aquí puede añadirse á la inconsecuencia de la negacion, es que, en definitiva, nada puede ofrecer mejor á sus elegidos que esa beatitud, y que por lo mismo no se comprende con qué derecho puede exigir más de la Iglesia; lo que puede añadirse principalmente á lo odioso de la negacion, es que, en general, condena en masa á la humanidad á la nada, y cuando se arroja mezclado y confuso sin amor y sin justicia en la sima de una muerte eterna, el bien y el mal, los santos y los mónstruos, no hay derecho para hablar siquiera de las sublimes reparticiones de la paternidad de Dios respecto de nosotros.

Tal es, pues, la Iglesia, cuyos contornos habia ofrecido diseñar. Como puede verse, no es un simple oratorio; sinó una catedral inmensa dentro de la cual coje la humanidad holgadamente. Abarca todas las fronteras, dentro de ella se ven todas las nacionalidades, se escuchan todos los idiomas, se experimenta la temperatura de todos los climas; cismáticos, herejes, infieles excusados por una ignorancia invencible, hombres sinceros y puros de las diversas regiones del espacio y del tiempo, avanzan hácia la montaña de Sion. Esta es la única basílica cuyas puertas no se cierran jamás, cuyos cantos no cesan nunca, y en la cual la presencia divina jamás ha menester ser renovada en el tabernáculo. *Omnes diebus usque ad consummationem* (1). Y esto, sin contar que el monumento se compone de tres naves, de las cuales sólo hemos medido una. La

---

(1) Mateo. 28-20.

Iglesia triunfante y la Iglesia padeciente, unidas á la Iglesia militante, forman la obra maestra de este conjunto, y la raza de Adan, pasando diariamente en miriadas incalculables, del uno al otro de esos tres santuarios, fraterniza en ese abrazo sublime que se llama la comunion de los santos. ¡Ah! si es cierto que Dios haya creado otras humanidades, sin que esto sea poner en duda su poder inmenso, ¿es posible que las tenga destinado un órden de cosas más bello y más perfecto?

Y nuestra verdad, que abre la mano hasta tal punto cuando se trata de admisiones, ¿no procede del mismo modo en lo que á las exclusiones se refiere? No tenemos inconveniente en contestar afirmativamente. De manera, se dirá, que lo que hoy se nos predica es que son muchos los elegidos! Indudablemente. Entónces, ¿cómo se conciliarian las conclusiones de este libro, y las opiniones de Massillon, si este por una gracia especial de la divina Providencia volviese á la tierra para anunciar la palabra de Dios, él que conmovia profundamente al auditorio de San Eustaquio, sosteniendo todo lo contrario? Con todo el respeto que nos inspira la memoria del gran obispo, debemos decir que la obra maestra de Massillon relativa al reducido número de elegidos, ha causado más admiracion por su magnificencia oratoria que por su rigor doctrinal. Mas, con todo esto, yo me guardaria muy bien de contradecirle, porque es imposible saber de un modo cierto, si su verdad está de la mia tan léjos como parece, por lo ménos en lo que concierne á la suerte de un gran número de cristianos.

Por más liberal que en sus admisiones se ofrezca la Iglesia, por más que sean holgados los caminos que á ella conducen, y espaciosos los recintos que la forman, existe una cosa que no puede admitir en manera alguna: el mal impenitente. Dios quiere la salvacion del hombre, pero es menester que el hombre la quiera tambien. Dios, cediendo á un hombre que le resistiera, constituiria el trastorno del órden moral, y se ofreceria como una abdicacion de la autoridad soberana á los manes de la anarquía del hombre. Mas, ¿en qué proporcion subsistirá en la eternidad el desórden de esta resistencia? ¿Cuál será la porcion refractaria de la humanidad eternamente excomulgada de la ciudad santa? Nadie es capaz de profundizar los misterios de nuestra hora postrimera, ya que, en opinion de algunos teólogos, no han faltado elegidos ni áun entre las mismas víctimas del diluvio. En aquel momento supremo hállanse una frente de otro el alma y su Juez, y jamás persona alguna ha asistido á semejante tremendo acto; pero lo que sí puedo decir con completa seguridad es, que si el Juez es siempre clemente para la incredulidad que es hija de una verdadera ceguera, debe ser siempre severo para aquella que constituye una verdadera rebelion.

Tienen los libres pensadores por costumbre hacernos un cargo

de la condenacion sistemática de todos aquellos que no profesan nuestra religion, y la verdad es que deberian lamentar algo ménos la suerte de los otros y mirar algo más por la que á ellos les espera. De todos los disidentes, no son por cierto los más dignos de compasion los que no entrarán jamás en la Iglesia, sinó los que de ella han salido. Es posible ser completamente inocente de no haber conocido la fé; pero casi no se concibe que una vez conocida se haya abjurado de ella sin ser culpable. Por esta razon los infieles muertos por una imprescindible necesidad en las supersticiones del paganismo, pueden estar más seguros de la clemencia divina, que un filósofo desertor del cristianismo en una sociedad cristiana. Entre el error de los primeros y el de los segundos, hay la diferencia que media entre la ignorancia y la apostasía, y alarmarse respecto del destino de los unos más áun que respecto de la responsabilidad de los otros, vale tanto como desconocer la naturaleza de la fé, y áun la de la buena fé.

¡La buena fé! Por mi parte la presumo siempre áun entre nuestros adversarios, por consideracion á ellos y á mi mismo; mas debo confesar que para ello debo valerme muchas veces del auxilio de la caridad. Conozco perfectamente la influencia de los medios sobre determinadas constituciones intelectuales; me pongo de parte del falso espíritu y de lo que podria llamarse espíritu naturalmente perverso en la interpretacion de las cosas divinas, considerando que Dios dispensará á tales enfermos el rigor ó el perdon en proporciones equitativas. Por lo que á mí toca, prefiero imitar la mansedumbre de la Iglesia componiendo luengas letanías de sus santos, y no inscribiendo un sólo pecador en el catálogo auténtico de sus réprobos; mas es indispensable que lo diga con Fenelon, sopena de faltar á mi Evangelio: «Amad la verdad con el mismo empeño con «que atendeis á vuestra salud, á vuestra vanidad, á vuestros place- «res y á vuestra fantasía, y la encontraréis. Hombre hay que em- «prende un viaje al Monomotapa y al Japon para encontrar lo que «no ha de curarle uno sólo de sus males: ¿cuándo se encontrarán «hombres que hagan, no un viaje en que den la vuelta al mundo, «sinó un pequeño esfuerzo de curiosidad para venir en conocimiento «del gran misterio de su estado? Súrcanse mares por demás proce- «losos, y atraviésanse espacios de cuatro mil leguas en busca de la «pimienta y la canela, que para muy poco sirven, ¿y no puede «atravesarse la Mancha para aprender á ser bueno y digno de una «bienaventuranza eterna? Es indispensable hacerlo para confundir «al incrédulo y cubrirle de vergüenza por su ignorancia (1).»

Las cosas no han cambiado desde los tiempos de Fenelon. ¿Cuál es el incrédulo de nuestros dias en cuya biblioteca podamos encon-

---

(1) *Carta sobre los medios concedidos al hombre para llegar á la verdadera religion.*

trar tantas apologías de la fé, como libros contra la fé? Por esto pululan las preocupaciones en las acusaciones que nos dirigen. La verdad de Jesucristo avanza como Jesucristo mismo al través de los siglos, entregada á la persecucion del falso testimonio, y el deicidio de las doctrinas podria excusarse como el del Calvario, diciendo que sus autores no saben lo que se hacen si veces mil, en el curso de su existencia, no hubiesen rehusado saberlo.

No, no, no es que el incrédulo se ponga en oposicion contra la fé de su madre, sin prévio aviso de la conciencia. Al cabo de poco tiempo afirma decididamente las blasfemias que al principio sólo temblando balbuceaba, y confunde la seguridad de su endurecimiento con la de la buena fé; pero Dios cansado al fin, se oculta á un orgullo indigno de verle, y ¡ay de aquellos que toman por una verdadera tranquilidad filosófica el silencio de tan desolador abandono!

Acabo de salvar, en el terreno de la doctrina, á numerosos séres en la porcion de la humanidad que compone el alma de la Iglesia: si soy ménos liberal respecto de aquellos que perteneciendo felizmente á su cuerpo en virtud de su nacimiento, hánse separado del mismo por rebeldía de educacion, es porque Dios no ha establecido en vano una verdad en el mundo, y porque no puede tener reservado igual destino á los que no le conocen y á los que le desdeñan. Ruego á mis lectores que se persuadan de que con verdadero dolor he llenado semejante deber; pues cuando se ama á los hombres no se les condena por el mero placer de asustarles. Hace poco he citado á Massillon, y su nombre me trae á la memoria una anécdota, que bajo este punto de vista acabará de poner en evidencia el fondo de mi fé y el de mi corazon. Un predicador de la distinguida casa de Roquelaure, se presentó al elocuente obispo pidiéndole consejos sobre la ciencia oratoria, y éste le contestó sencillamente: «Jóven, procura tener corazon.» El corazon no es ménos necesario al apologista que al apóstol del Evangelio.

Pues bien: mi corazon es el que me hace desear ser el ángel revelador de que habla Santo Tomás, respecto de aquellos para quienes he escrito este libro, á fin de poner ante sus ojos un rayo de luz entre el cielo y la tierra. Mi corazon es el que me mueve á decirles: si Jesucristo es Salvador para los hombres que son dignos de él sin conocerle, será juez sin piedad para los que abusen de su conocimiento hasta el punto de vivir cual si no le conocieran. Mi corazon es el que me mueve á recordarles que si Cristo se ha sacrificado por nosotros, ha sido bajo condicion de que trabajáramos por nuestra parte, porque la redencion como la creacion, son dos campos de una fecundidad infinita, pero que no fructifican sin nuestro trabajo. No abusemos, pues, de la pluralidad de las religiones contra la verdadera, pues las falsas religiones no son obstáculo para la sal-

vacion de aquellos que las siguen de buena fé, y pierden á aquellos que se valen de ellas como de un pretexto para sustraerse á las obligaciones que la suya les impone. Atacar la verdad de una sola religion, es acusar el corazon de un Dios, porque debe salvarnos en virtud de la sangre que ha vertido, y negar la necesidad de buscar y seguir esta religion, es hacer de Dios un sér que sólo tiene deberes respecto del hombre, y del hombre un sér que sólo tiene derechos respecto de Dios.

CAPÍTULO II.

La verdadera religion y los cultos de Oriente que se le contraponen.

De que existan muchas religiones no debe deducirse que no exista una verdadera: la honra de Dios, la moralidad del hombre y la suerte de los pueblos están igualmente interesados en esta cuestion. Sin embargo el Autor de la verdadera religion no falta en manera alguna á lo que le debe, no creando obstáculos para que las falsas religiones no se produzcan, porque léjos de mantener el órden moral, el suprimir en el hombre la libertad de engañarse sería trastornarlo. Los secuaces de la verdadera religion, reconociéndola tal por su parte, no corren riesgo de faltar á la caridad respecto de los discípulos de la falsa, porque, hablando própiamente, es exclusiva, pero en manera alguna intolerante. Hay más áun: de la existencia de una verdadera religion no se desprende en manera alguna que Dios sea injusto respecto de aquellos que mueren sin conocerla, porque esta es tan liberal en sus admisiones, y en sus exclusiones tan parsimoniosa, que no rechaza de su seno víctima alguna de error involuntario y sólo es desapiadada respecto del crímen de mala fé. Conclusion ménos espantosa para los disidentes de nacimiento que para los librepensadores, porque éstos difícilmente pueden reclamar en beneficio del error enteramente invencible.

Resuelta la cuestion de la verdad de una religion, preséntase inmediatamente otra por órden de sucesion y es la siguiente. ¿Entre tantas religiones positivas, cual es la verdadera? Antes habríamos resuelto dicha cuestion en provecho del cristianismo, abstraccion hecha de todo paralelo: al presente nos hacemos un deber en compararla con otras revelaciones, con lo cual ponemos de relieve toda su divinidad, que resulta inmediatamente del hecho de ser incomparable. Semejante procedimiento defensivo nos está por otra parte impuesto por el sistema actualmente empleado en el ataque.

Hoy los escépticos más sutiles, no niegan directamente la divinidad de Cristo y la del cristianismo, sino que reconstruyen con afectacion la historia de Bouddha y del bouddhismo, la de Mahoma

y del mahometismo, dando á entender por medio de hábiles suposiciones, que todos esos fundadores y todas esas fundaciones pueden tener igual valor. El bouddhismo principalmente háse convertido para ellos en objeto de especial predileccion á causa del gran número de sus adeptos, y siquiera consideren la cosa más natural del mundo que un pequeño cenáculo de ateos, en Europa, tenga más razon que la humanidad entera, no pueden admitir que la inmensa capacidad constituida por los pueblos cristianos, tenga el derecho de prevalecer contra la estupidez incurable de las muchedumbres paganas. Si se tratara de adoptar la civilizacion de semejantes muchedumbres, de seguro los librepensadores retrocederían horrorizados; más tratándose de las religiones, todas son igualmente buenas para desembarazarles de la suya, y emplean los recursos más hábiles, estaba por decir más indignos, para probar que el paganismo podría ser muy bien la fuente del cristianismo. Vamos á demostrar el procedimiento que se ha seguido para concebir y llevar adelante esa gran mistificacion.

Los ataques más especiosos y rebatidos contra la verdadera religion provienen de un conjunto de estudios críticos sobre las lenguas, las antigüedades, la historia y las religiones del Oriente, estudios que tienden á fundar una ciencia nueva á la cual se da unas veces el nombre de orientalismo, otras el de indianismo. Hánse consagrado á semejante taréa algunos hombres especiales, con la doble ventaja de las personas que, por lo mismo que pueden establecer ideas nuevas, pueden contar con el interés de la curiosidad, y por tanto que hablan de luengas tierras, no han menester grandes esfuerzos para compajinar lo atrevido de sus asertos, de manera que ofrezcan semblante de verdad, seguros de que han de ser contados los que se hallen en estado de desmentirlos. Entre esos sábios los hay que han adquirido todos sus conocimientos en la ciencia orientalista en un paseo marítimo verificado á las factorías de Madrás ó de Calcuta, ó en una visita de mero aficionado de Benarés á los valles de Cachemira. Otros se han hallado convertidos en indianistas hechos y derechos sin salir de las bibliotecas de París, y han conseguido adquirir en el sanscrito y en las lenguas semíticas una superioridad tanto más incontestable, cuanto que en las márgenes del Sena no se encuentran Sírios ó Indos que puedan enmendarles la plana.

Tanto éstos como aquellos pretenden que las religiones del extremo Oriente explican naturalmente la formacion del cristianismo en su historia, en sus enseñanzas y en sus ritos sagrados: unos y otros desenvuelven el propio tema, guardando respecto de nosotros una grave impasibilidad, que tendría mucho de benevolencia, si no fuese la fina expresion de un desdeñoso escepticismo: unos y otros establecen sus conclusiones con una confianza todavia superior á su talento, en escritos desmesurados, que á veces solo parecen obra de sábio en que son muy extensos y sólo son extensos porque se ven-

den á medida y no á peso; peso científico, se entiende: por último, unos y otros sin negar nada directamente, proponen y establecen una série de asertos que implican discretamente el orígen puramente humano del cristianismo; y como vienen dedicándose á semejante taréa con incomparable perseverancia, desde hace muchos años, es seguro que no ha de existir uno solo de sus lectores que no se halle inficionado del veneno que sus páginas destilan. Al expresarme en estos términos, tengo en cuenta que cada uno de ellos, participando de la suficiencia de sus iniciadores, se considera como el gran sacerdote de una revelacion nueva, y contemplando á los que creen desde lo alto de una soberbia casi olímpica, declara que la fé constituye únicamente el partido de los ignorantes.

De juicio tan presuntuoso apelo á las pruebas. El cristianismo, ha dicho Fontenelle, es la única religion que puede ofrecerlas. Averigüemos si la ciencia moderna ha logrado descubrirlas en apoyo de sus falsas revelaciones: y puesto que novadores hay que afectan devocion á Brahma, á Bouddha, y al Coran, juzgamos conveniente examinar si tales cultos llevan impreso el sello de la verdad absoluta. Por supuesto que el judaismo deberia entrar en este múltiple paralelo; pero como constituye el fundamento del cristianismo, la oposicion racionalista adopta el partido de rechazar los dos, por temor de verse obligado á aceptar el uno despues de haber aceptado el otro. No importa, les seguirémos en su camino y en vez de hablar de Israel cual si fuera nuestro rival, lo considerarémos nuestro antepasado.

La verdadera religion ofrece caractéres particulares que constituyen el signo y la garantía de su verdad. Semejantes criterios son de muchas especies; pero vienen á resolverse en uno sólo que es el milagro. El milagro ha sido definido de varios modos. En rigor doctrinal es una derogacion de las leyes de la naturaleza, producida por operacion divina, sea en el órden físico, sea en el órden intelectual, sea en el órden moral: tres grandes bases de apreciacion, sobre las cuales el cristianismo convoca todas á las religiones venideras para que se midan con él, desafiándolas á sostener una próxima semejanza siquiera con su superioridad divina.

I.

Hemos visto á la negacion dando cita á lo sobrenatural en un anfiteatro científico, en presencia de la Academia, rogándole que comenzara y volviera á comenzar sus experimentos, para satisfacer el caprichoso deseo de los espectadores. El resultado ha sido una derrota, que se ha tratado de ocultar bajo las formas de una insolente provocacion. Es condicion propia de lo sobrenatural que no pueda producirse como deferencia humillante para Dios, segun las

exigencias de la curiosidad humana: por consiguiente, es condicion de su propia naturaleza el que aparezca en la tierra en virtud de la súplica inspirada por el amor; pero no á consecuencia de las órdenes dictadas por el orgullo. Busquésele dónde debe manifestarse, y de seguro se le encontrará; mas rechazarlo so pretexto de que no se le ve dónde es imposible encontrarlo, equivale á desconocer la esencia de lo sobrenatural y la historia, ó á burlarse de una y otra.

Sí, la historia constituye el cuadro dónde debe buscarse lo sobrenatural. Considerado en sus milagros físicos, depende de ella; forma parte de una contextura de acontecimientos tan acreditados, que no puede negarse sin negarlos y sin proclamar el pirronismo histórico. Ciñámonos al presente al Nuevo Testamento.

El verdadero padre de la historia es indudablemente el que reveló al mundo el secreto de su nacimiento, once siglos antes de que Herodoto viniera á él. Por otra parte, ¿ha existido en tiempo alguno historiador más digno de fé que Moisés? Gracias á la prodigiosa longevidad de los primeros patriarcas, sólo se hallaba separado de Adan por el intermedio de seis generaciones: en el tiempo en que vivia, no habría sido imposible encontrar hombres que hubiesen conocido á José, cuyo padre habia visto á Sem, que conoció á Mathusalem, el cual durante muchos siglos fué contemporáneo de Adan. Por consiguiente, por la tradicion primitiva, de la cual es el oráculo inspirado, Moisés se remonta al orígen de las cosas; por la era histórica que empieza, tiende la mano á lo porvenir y alcanza hasta nosotros. Una vez levantado ese sol sobre el horizonte de los siglos transcurridos, todo se ilumina en lo pasado; nuestros anales se desarrollan sin solucion de continuidad, y los autores del Antiguo y del Nuevo Testamento, relevándose incesantemente en la tarea de escribir la historia de la revelacion, no consiguen llenar la laguna inmensa comprendida entre la creacion, y el instante en que la Iglesia recibe el depósito sagrado, y lo acrecienta y certifica por medio de una de esas palabras cuya autoridad jamás tendrá igual entre las afirmaciones del espíritu humano.

Tened un dia la noble curiosidad de conocer cuanto de decisivo se ha escrito sobre la autenticidad, la integridad y la veracidad de los libros del Antiguo Testamento, y de seguro quedaréis sorprendidos, de la fidelidad de esos monumentos que refieren la historia de los primeros dias del mundo, con la precision de un diario; de la imparcialidad de semejantes narraciones, ante la cual podria dudarse si han sido escritas por amigos ó por enemigos de Israel; de la inmutabilidad, evidentemente inalterable, de esos textos sagrados de los cuales, los Judíos, segun expresion de Josefo, conocian el número de palabras y de letras y que debia copiar por su propia mano cada uno de sus reyes; de la exquisita vigilancia en fin, que ha debido indispensablemente ejercer respecto de semejan-

tes memorias, al par nacionales y divinas, un pueblo que era en sí mismo una especie de tradicion viviente, y que en aquellas páginas veia á la vez sus ritos sagrados, su historia, sus leyes, y hasta las genealogías de sus familias. Por esto cuando contemplo á nuestros racionalistas contemporáneos enseñando, por medio de la Escritura, á aquellos para quienes constituia el catecismo cotidiano, y trabajando en la obra de hacer prevalecer las imaginaciones que fantasean, sobre los oráculos que cuatro mil años de testigos oculares nos han completamente garantido, no puedo ménos que preguntarme qué es más sorprendente, si los prodigios que no quieren ver, ó el que les permite distinguir una cosa distinta de la que existe realmente.

Ahora bien, tal es la autoridad de la historia bíblica, cual la de los milagros que encierra. La segunda y la primera se completan recíprocamente, pues ó la parte puramente natural de semejante relato, que la negacion admite, debe ser rechazada, ó la parte sobrenatural, que rechaza, debe ser admitida. La verdad es que, virtualmente la segunda se halla á veces comprendida en la primera. Ejemplo de ello: el precepto de la pascua judáica, descansa sobre los hechos milagrosos de la libertad del pueblo de Israel y del paso del mar Rojo, de cuyo hecho constituye una verdadera consagracion; la fiesta de Pentecostés es un memorial perpétuo de la promulgacion de la ley sobre la cumbre del Sinaí; la oblacion de los primogénitos del pueblo judío, recuerda la exterminacion divina de los primogénitos egipcios. De manera que durante cuarenta siglos, el milagro forma parte tan integrante de esta historia, que no puede ser referida, si se le separa de ella. Y esto es tan cierto, que cuando el simbolismo aleman ha tratado de reemplazar los milagros bíblicos por un vasto sistema de figuras, no ha podido conseguirlo oponiendo unos hechos á otros hechos, sinó estableciendo premisas arbitrarias, de las cuales resulta que los hechos son inaceptables, únicamente porque son milagrosos. De modo que así el mitismo aleman como el naturalismo francés, se resuelven en este ingenioso argumento: Declaro que los milagros deben ser falsos; luégo lo son.

Hé aquí una série de conclusiones á las cuales no puede suscribir la razon, como no sea aceptando las imposibilidades de lo absurdo en lugar de las obscuridades de lo divino. ¡Cómo! todo lo maravilloso de la antigua alianza, tan completamente confirmado por los monumentos que continuamente se descubren bajo el suelo de Oriente; esos hechos divinos tan extendidos en las tradiciones universales, que hoy ha sido posible reconstruir la Biblia sin la Biblia; todo el profetismo, con el cortejo de milagros concomitantes y subsiguientes que lo justifican; esta concordancia tan complicada entre el primer Testamento y el segundo, que hace del primero un libro cada una de cuyas hojas, desgarrada de intento por la Providencia, espera su complemento en lo porvenir, y del segundo un

complemento que confrontado con la matriz, se adapta perfectamente certificando la unidad del plan divino, no debe considerarse más que como una porcion de coincidencias fortuitas? ¿Y la perseverante creencia de los pueblos más inteligentes de la tierra en tal economía, debe probar únicamente, de una parte un hábil sistema de imposturas, y de otra una predileccion obstinada por las mistificaciones? Por mi parte creo en la Biblia, mil veces más fácilmente que en semejante explicaciones.

Pasemos al cristianismo. En el órden físico, está igualmente lleno de lo sobrenatural. A su tiempo nos ocuparémos en el valor histórico de los libros del Nuevo Testamento, y convendrémos en que el P. Hardouin, atribuyendo la Enéida á un monje del siglo décimo tercio, es ménos audaz, en materia de crítica, que los modernos que ponen en duda la autenticidad del Evangelio. Con la mitad de las sutilezas empleadas contra esta divina narracion, bastaría para hacer pasar las obras de Demóstenes, Platon, Tácito y Tito Livio, por invenciones de falsificadores, y si la crítica tiene secuaces cuando se muestra escéptica hasta el absurdo, respecto de los autores divinos, y sólo obtiene sonrisas cuando aplica idéntico sistema respecto de los autores profanos, consiste en que en el primer caso cuenta como cómplices con pasiones con las cuales no puede contar en el segundo. La última palabra del buen sentido respecto del particular, se encuentra en la siguiente confesion mil veces rebatida, sin que por esto haya llegado á comprenderse perfectamente. « Los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están mucho ménos demostrados que los de Jesucristo. »

Sí, los milagros de Jesucristo se imponen con el engarce histórico en el cual por decirlo así se hallan montados: se imponen porque tienen un carácter tan perfectamente inimitable, *que el inventor sería más sorprendente que el mismo héroe:* se imponen porque son tan evidentes, que ni los mismos judíos los han negado, siquiera los hayan atribuido al demonio; y Celso, Porfirio y Juliano el Apóstata, en la imposibilidad de recusarlos como hechos, los consideran operaciones mágicas: se imponen porque hasta la misma historia profana los garantiza, en términos de que Chalcidio menciona la aparicion de la estrella que condujo á los Magos al pesebre de Belen; Macrobio cita algunas circunstancias de la degollacion de los inocentes; Lampridio da cuenta del propósito de Adriano y de Alejandro Severo de elevar un templo á Jesús; y Phlegon, liberto de Adriano, consigna el eclipse de sol que tendió un velo de sombras y de duelo sobre el espantoso deicidio: se imponen porque Pablo, ese sublime visionario que habia sido incrédulo, afirma haber presenciado el mayor de los milagros, Cristo resucitado: se imponen finalmente, porque áun cuando se nieguen las narraciones evangélicas, no puede negarse que sus autores perecieron para certificarlas, pues es un hecho que Mateo, Juan, Pedro, Jaime y Júdas, testigos y á

veces instrumento de los milagros de Jesucristo, sellaron con su sangre sus palabras.

Los que se complacen en las incertidumbres de la historia para autorizar las de sus convicciones, no pueden negar la virtud de semejante testimonio. Que se engañen y mueran defendiendo ideas preconcebidas y preocupaciones de nacimiento, los que con ello hacen su negocio se concibe; pero ¿cómo es posible que se engañen aquellos que extendiendo la mano sobre un relato de que son autores, exclaman: *Lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida, es lo que os anunciamos* (1)? Que hombres interesados por amor propio en una falsedad se embriaguen con los aplausos, hasta el punto de sacrificar á ellos la verdad y hasta la vida, se comprende; pero que los hombres sacrifiquen su existencia en aras de una mentira, sin otra perspectiva que el desprecio en este mundo y castigos eternos en el otro, no puede comprenderse; de suerte, que los testimonios de Jesucristo serian locos, si no hubiesen sido sinceros, y no merecerian fé alguna si no la hubiesen tenido tan profunda.

Y además, hagamos un simple llamamiento al buen sentido del mundo moderno. Esta persona inefable de Jesucristo, que no es más que lo sobrenatural hecho hombre, y las resurrecciones y las curaciones de que el Evangelio nos da cuenta, y los prodigios de la Pentecostés, y los milagros de la Iglesia en el dilatado período de más de diez y ocho siglos, ¿no serian más que engañadores mirages de un tiempo que fué, fenómenos de hypnotismo, ensueños y alucinaciones de los pueblos más ilustrados del universo?

Ya sé que se han escrito libros encaminados á oscurecer ese sentido comun de la verdad histórica; pero semejantes tareas producen más ganancia material que verdadera reputacion. Para hacer tabla rasa de los anales cristianos con un sistema de suposiciones malévolas, se necesita más valor que delicadeza. La crítica, que de tanto ha sido capaz, jamás conseguirá purificarse de su atentado; ¿por qué? porque con su obra deicida ha sufrido más su honor que nuestra fé, y si es que ha llegado á descubrir, como pretende diferentes grados en la sinceridad de Jesucristo, podemos por nuestra parte librarle acta de que nadie absolutamente los ha encontrado en la suya.

Y ahora pregunto: ¿existe vestigio alguno de semejante testimonio en una sola de las religiones positivas, que no llevan el nombre de Jesucristo? Cierto que la humanidad ha podido contemplar lo maravilloso mezclado constantemente á la trama de su historia; pero ¡qué diferencia entre lo sobrenatural verdadero y el debido á la composicion humana! Venid, peregrinos aventureros que pretendeis

(1) I San Juan, 1-1.

haber contemplado religiones superiores á la nuestra en las dos pendientes del Himalaya; venid, indianistas provocadores, que incesantemente nos oponeis las gigantescas producciones del génio de Oriente, y puesto que el brahamanismo y el bouddhismo son la muestra más notable de las creaciones sobrenaturales que Dios haya inspirado, averigüemos si resisten á la prueba suprema de nuestro primer criterio.

El milagro físico en el cristianismo, descansa, como filon de oro, sobre un lecho histórico que le sostiene y lo garantiza. El milagro físico en el bouddhismo es una vision ó una pesadilla, sin apoyo alguno en los hechos. El primero se sienta en un órden de acontecimientos aceptado como verdadero por los pueblos experimentados del Occidente; el segundo, jamás ha sido otra cosa que un entretenimiento de naciones que se han estacionado en preocupaciones estúpidas, y que segun se ha dicho, estan destinadas á perecer, no de vejez, sinó de una infancia prolongada.

Lo sobrenatural de la Biblia y del Evangelio refleja la belleza ideal de su autor; el de los *Vedas* y de los *Puranas* no es más que una coleccion de imbecilidades grandiosas: el primero escita el llanto; el segundo sólo mueve á risa: el primero ha elevado y redimido de la esclavitud á los pueblos occidentales; el segundo derrama sobre el extremo Oriente la obesidad de la anestesia: el primero civiliza á los hombres; el segundo los hace irremediablemente impropios para la civilizacion: el primero es un deismo grande y puro; el segundo una mitología ménos ingeniosa y más repulsiva que las de Grecia y Escandinavia. ¡Ah! es que para el hombre es casi tan difícil inventar milagros racionales como hacerlos. Incrédulos existen en Francia que se han erigido en los Padres de la Iglesia tibetina: para castigarlos de sus preocupaciones anticristianas, quisiera que se les condenara á leer las maravillosas narraciones que pretenden admirar. En cuanto á creer en ellas, ya es otra cosa. ¿Hay por ventura cosa alguna comparable en extravagancia á las ficciones de los apocalipsis védicos? Los milagros de la leyenda dorada no pueden ni de léjos compararárseles. «Esos reveladores hacen mar- «char miriadas de dioses y de mundos y trastornan cielo y tierra con «circunstancias tan pueriles, y una monotonía y una insulsez tan «estúpidas que fastidian al cabo de un instante (1).»

De mí sé decir que considero como un verdadero castigo infligido al libre pensamiento semejante ceguedad respecto del Evangelio, y semejantes alucinaciones brahmánicas. Y la verdad es que ya seria hora de que terminaran esas singularidades de que se hace gala como de un gusto original, y que sin embargo no son otra cosa que un rebajamiento de la razon. Cuando contemplo espíritus que

---

(1) Taine.

se sienten repelidos por las oscuridades de Santo Tomás, extasiarse ante las claridades de la filosofía vedanta, comprendo hasta qué punto nos hace adelantar nuestro sobrenatural, por lo mismo que veo hasta qué extremo podemos retroceder abjurándolo. Afortunadamente, como tiene echadas raices muy profundas, disfruta una vida muy resistente, y por lo mismo estoy por demás satisfecho cada vez que me detengo á considerar que los repetidos ataques de la crítica más encarnizada, no han logrado conmoverlo por más esfuerzos que se han hecho en el transcurso de un siglo, al paso que lo sobrenatural bouddhico, léjos de resistir á los ataques de Strauss ó de Salvador, es como una de esas pompas de jabon sobre las cuales es imposible soplar, por que se desvanecen áun antes de acercarse á ellas.

Y ¿constituiría un inventor de lo sobrenatural más digno de nuestra fé el «gran» Mahoma escalando los cielos montado en un hipógrifo para recibir el Coran de boca de Allah? ¿Tendría su revelacion criterios al nuestro superiores en el órden físico y en el moral, y por consiguiente capaces de desvanecerlo? No, declarémoslo desde luégo fuera de concurso en semejante paralelo. Existen en el dia preocupaciones depravadas que escatiman su admiracion á Jesucristo, y la prodigan al fundador de la Hegira. No nos hagamos indirectamente cómplices de esta iniquidad, concediéndole el honor de una refutacion demasiado directa. ¿Dónde están los milagros del famoso camellero, sea en libros, sea en hombres, sea en beneficios materiales, sea en mejoras morales, que puedan compararse con los del Evángelio? El islamismo es un hecho evidentemente humano, realizado por medios humanos, que ha tenido la violencia por instrumento; la pasion y la ignorancia por cómplices. Mejor que una religion, constituye una conquista; su propagacion en vez de probarlo lo estigmatiza, porque la sangre sólo tiene la virtud del testimonio cuando se derrama por amor. Su demostracion escrita ni existe ni puede existir. Hasta sus prodigios del órden intelectual son actos de vandalismo contra el pensamiento, y Amrou incendiando la biblioteca de Alejandría es la imágen perfecta del amor que su raza profesa á las luces. El brillo efímero proyectado por las letras árabes en la edad media, más bien aprovecha para componer una aureola poética al kalifato, que para fundar la summa teológica del Korán. En cuanto á su historia, más auténtica que la del bouddhismo, es en cambio más vergonzosa: es la antítesis de la historia de la civilizacion; es decir, un abominable inventario de crueldades y de disipaciones escrito con lodo disuelto en sangre. De sus grandes hombres nada tenemos que decir, sinó que la posteridad está reducida á tratarles como escepciones gloriosas, cuando no son un verdadero azote. Algunos han sido poderosos, pocos han existido buenos, ninguno puro. La vida de los santos del islamismo no puede ser escrita sin grave ofensa del sentido moral.

Mas ya que no tenga otras cualidades, ¿puede por lo ménos en-

galanarse esta revelacion con las prendas de la originalidad? En manera alguna: puesto que los elementos que la constituyen vienen á formar una especie de consorcio nefando entre el monoteismo de los cristianos y la corrompida moral pagana; una ingeniosa combinacion fundada por un lado en las ruinas del politeismo que rechazaba la razon, y por el otro en pasiones innobles, gratas siempre á la naturaleza caida. Ahora bien, esa repugnante mescolanza de espiritualismo en el dogma, y de materialismo en la moral, en la cual una pequeña porcion de la verdad viene á consagrar un número inmenso de errores, es lo que constituye la vitalidad del islamismo. Los ídolos paganos caen hechos pedazos en cuanto con su mano los toca la razon; pero las costumbres paganas cimentadas en la creencia en la unidad divina, constituyen una agregacion punto menos que indestructible. La Francia y el Evangelio experimentan semejante resistencia moral despues de cerca de cuarenta años de hallarse la primera establecida en Argel. Afortunadamente el experimento cede en beneficio del cristianismo y en contra de los que lo rechazan, porque si ha logrado conquistar la antigua Roma más fácilmente que los desiertos de Africa, prueba que la humanidad degradada del siglo de Neron, estaba más cercana á la verdad que los pueblos embrutecidos por el despotismo corruptor de Mahoma.

II.

El milagro del órden intelectual que sirve de criterio á la verdadera religion, es un cierto grado de conocimiento que traspasa los límites de la naturaleza y que está producido por una especial iluminacion de Dios. Este conocimiento sobrenatural puede tener por objeto, ó bien hechos venideros colocados más allá del alcance conjetural del espíritu, y entónces se llama profecía; ó verdades abstractas que no guardan proporcion con la fuerza creadora del pensamiento natural, en cuyo caso, este conocimiento sobreminente se llama la escelencia de la doctrina.

La profecía constituye indudablemente uno de los mayores milagros. El taumaturgo vuelve la vida á lo que ha dejado de ser; el profeta la comunica á lo que no ha sido todavía: aquel resucita lo pasado, este suscita lo porvenir. El cristianismo se hallaba anunciado por numerosas profecías de las cuales unas tenian por objeto á Jesucristo y otras lo tuvieron por autor, y esas profecías son tan exactas en sus detalles que, al decir de S. Jerónimo, más bien que el anuncio de lo futuro, parecen la historia de lo pasado. Además, son hasta tal punto anteriores al advenimiento de Jesucristo, que los Judíos reconociendo la profecía sin reconocer el acontecimiento,

vienen á ser una especie de archiveros del cristianismo tanto más desinteresados, cuanto que son sus enemigos. ¿Y esta perfecta justa posicion, entre causas y efectos separados por largos siglos de distancia, no ha de considerarse sobrenatural? ¿Y este engranaje, este encadenamiento perfecto de los hechos profetizados con las profecías, debe considerarse únicamente combinacion del azar, ó ilusion óptica que alcanza á millones de visionarios? Convengamos en que tales hipótesis serían áun más milagrosas que el milagro.

Cuando los arqueólogos de Roma descubrieron en sus escavaciones una obra maestra de escultura, que atribuyeron á la antigüedad, y cuya propiedad revindicó Miguel Angel, este para demostrar que era él autor de la obra, se valió del medio, por demás ingenioso, de producir el brazo de la estátua, que no se habia hallado al practicar la escavacion, y como se adaptaran perfectamente los anfractuosidades del mármol á las que ofrecia la estátua, no pudo ya dudarse que aquel y esta eran obra de un solo artista. Pues bien: Jesucristo es una figura sublime ejecutada en diversas proporciones en los dos Testamentos. Cuando contemplo todas las partes nuevas de esa obra nobilísima, adhiriéndose perfectamente á las antiguas, á pesar de la diversidad de los operarios y de tiempos que han trabajado en la labra de la imágen, no puedo ménos que reconocer que todas esas adapciones providenciales, están muy por encima de los medios naturales para que no deban tenerse por sobrenaturales. Y cuanto más imposible me parece esta obra maestra humanamente considerada, más divino me se figura su autor. Por lo demás la exactitud del acuerdo entre las profecías y los acontecimientos profetizados no debe sorprender. Solamente el espíritu divino podia, guiar á los vaticinadores al tomar sobre sí la responsabilidad de un porvenir para ellosségurísimo, puesto que Moisés ordenó la muerte del que anunciara sucesos que no se realizaran.

Abramos ahora los anales del paganismo indio, y tibetino: ¿encontrarémos en ellos un sistema de predicciones y de hechos vaticinados, que sea sombra siquiera de semejante testimonio? ¿Quiénes son los Isaias y los Daniel de esa ley misteriosa? El brahamanismo y el bouddhismo que vienen á ser el Antiguo y el Nuevo testamento de esa religion no tienen una historia formal. Algunas verdades perdidas en el seno de inmensas tinieblas, como piedras miliarias desparramadas en la inmensidad de vasto desierto, hé ahí lo que son sus anales: y en lugar de nuestras profecías colocadas frente á frente y en espectativa de los acontecimientos y de la bella armonía que ofrece la confrontacion de las unas con las otras, ¿qué es lo que vemos en la cronología de los Indos? Sombras y más sombras envolviendo un pasado de antigüedad problemática, y un abolengo de pergaminos redactados á gusto del consumidor.

Todos los pueblos que profesan el panteismo, y por consiguien-

te la eternidad de la materia, deben atribuirse una remotísima antigüedad, por lo mismo que establecida en principio la existencia eterna del mundo, no puede conformarse el espíritu con la aparicion del hombre sobre él como hecho relativamente moderno. Por esto cuando Moisés que escribia cerca de los Asirios, los Caldeos, los Egipcios, los Indos y los Chinos, todos infatuados con una antigüedad fabulosa, fija atrevidamente la época de la creacion actual en una fecha mucho más reciente, paréceme tanto más inspirado cuanto que obraba contra el amor propio nacional y contra una corriente universal y por lo mismo que facilita más y más los médios para que pueda verse desmentido. La histórica de los Indos, empieza pues por una falsedad cronológica, y continua por medio de una série de imaginaciones fantásticas, en la cual todas las verosimilitudes flotan en las sombras de un caos legendario. Segun los más decididos indianistas, sus *Vedas* son posteriores al *Pentateuco;* sus primeras vislumbres de certeza histórica no se remontan más allá de tres mil ochocientos años antes de nuestra época, pululando de tal modo las fábulas más ineptas en sus anales, que el eclectismo más sutil y penetrante se ve en la imposibilidad de distinguir lo verdadero de lo falso. M. Barthelemy Saint-Hilaraire, para escribir la historia del famoso Bouddha Sakiamouni, se ha visto precisado á dividirla en dos partes, compuesta la una de hechos sobrenaturales que considera apócrifos, y la otra de hechos naturales que se ha convenido en admitir como ciertos. Por consiguiente su libro es una obra de mera fantasia, en manera alguna el trabajo de un crítico, ya que lo natural y lo sobrenatural se entrelazan de tal modo en la trama de una misma existencia, que si el segundo cae, el primero no puede sostenerse.

Nosotros, cuando la razon moderna nos pide garantías, y se lamenta de no haber contemplado milagros, podemos responderle: Asistís al mayor de todos, al cumplimiento de las profecías. Gracias á ello, lo porvenir, que era un misterio para vuestros mayores, constituye para vosotros una prueba y esto prescindiendo de que todos los hechos por ellas predichas se han realizado á la luz de una publicidad contrastada por la vecindad y por el exámen de la razon occidental, en tanto que en la historia de las encarnaciones bouddhicas, no se distingue otra cosa que los ensueños de una humanidad en estado de delirio infantil y enfermizo. Y sin embargo, ¿quién lo dijera? publicistas contemporáneos existen, para quienes los orígenes del cristianismo se ofrecen más obscuros que los del culto de Brahma. Cuando tales cosas se escriben, podrá estimarse mucho la pluma; pero no vacilo en afirmar que no se la respeta. Por toda la gloria de Voltaire, no quisiera haber dado á luz, respecto del particular, las inexactitudes poco honrosas que ciertos flamantes orientalistas han tomado á su cargo. Investigadores soberbios de nuestro pasado, os habeis equivocado de tiempo

y de pais. Hay anales más embrollados que esclarecer que los de la Iglesia, porqué la Iglesia, por lo mismo que ha existido siempre, tiene muy buena memoria. Abandonad, pues, la pretension de enseñarle su historia, y ofreced vuestros servicios á los dioses de quienes os mostrais devotos, establecidos en las riberas del Ganges ó del Indo.

Otro milagro del órden especulativo en apoyo del Evangelio, es su inapreciable sublimidad.

La excelencia de la doctrina cristiana es una verdad que se ha puesto en duda. Su divinidad está áun para algunos puesta en tela de juicio. Que el Evangelio es un producto superior á la naturaleza, Napoleon lo prueba valiéndose de términos de una originalidad muy digna de recordarse. «Ni los mismos impíos, nos dice, han osado «jamás negar la sublimidad del Evangelio: en él todas las palabras «dependen y son solidarias la una de la otra cual las piedras de un «edificio. El espíritu que las une, es un cemento divino: cada frase «tiene un sentido completo que demuestra la perfeccion de la uni-«dad y la profundidad del conjunto. Libro único en el cual el espí-«ritu encuentra una moral hasta entónces desconocida, y una idea «de lo infinito superior á la que sugiere la creacion. ¿Quién más «que Dios podia producir ese tipo, ese ideal de perfeccion igual-«mente exclusivo y original, en el cual, nadie es capaz de criticar, «añadir ni quitar una sola palabra? Libro diferente de todo cuanto «existe: absolutamente nuevo sin tener precedente ni subsi-«guiente (1).»

Antes que este sorprendente apologista, Rousseau, expresándose en el propio sentido habia dicho: «Contemplad la pequeñez de los libros de los filósofos, con toda su pompa, comparados con este. ¿Puede concebirse que un libro al par tan sublime y tan sencillo sea obra del hombre?» Nó, es indispensable mayor credulidad de la que á primera vista podría imaginarse para presumirlo así, por lo demás habiendo afirmado su propia divinidad el autor de tanta sabiduría, lo que importa es saber si nuestra razon no experimenta mayor dificultad en despreciarle como un impostor, que en adorarle como un Dios. Tanta hay, que en esto tambien lo más natural es lo sobrenatural. No pronunciemos sin embargo la última palabra respecto de una prueba que tendrá un lugar más propio y oportuno en otra ocasion.

Al presente, siquiera debamos fatigar y fatigarnos, juzgamos indispensable proseguir el paralelo. ¿Existe un Evangelio de Sakiamouni, capaz de rivalizar con el de Jesús? ¿Qué puede oponer el lamaismo á los libros de los *Proverbios*, de la *Sabiduría*, de *Job*,

(1) *Memorias de Santa Elena.*

de los *Salmos* y de las *Epístolas de S. Pablo?* Una literatura pomposa y exuberante como la vegetacion de la India, eso sí; pero al propio tiempo una amalgama incoherente, de la cual de tarde en tarde brota algun destello de luz, y la única obra del espíritu humano, que es imposible leer sin ceder al cansancio. Obras problemáticas por otra parte, de las cuales todos hablan, y que muy pocos comprenden, por lo mismo que es muy reducido el número de los extractos que se han publicado traducidos á las lenguas europeas; y áun cuando existen críticos que, á primera vista, podría creerse que estan familiarizados, como brahmitas, con los textos sagrados de la India, la verdad es que no conocen de ellos otra cosa más que el compendio ó resúmen escrito en lengua latina por Anquetil du Perron, para uso de aquellos sabios que no tienen inconveniente en leer el sanscrito, en idiomas que conocen más á fondo. Obras de imaginacion, principalmente, no apologías, que si prueban el genio de las razas, nada dicen respecto de su religion. Cierto que hojeando las enciclopedias sagradas del Tibet, de la Mongolia, de Ceylan y de la China, y compaginando y disponiendo con cierto órden algunos de los apotegmas de su moral, pueden hacerse algunas citas curiosas; pero estas no son más que hábiles recortes en un fondo que el buen sentido no puede contemplar, y que por su parte no es capaz de sostener las miradas del buen sentido. Los orientalistas depuran los libros canónicos del bouduhismo para hacerlos admisibles, y los falsifican con el objeto de hacerlos admirables; mas en esta tarea perderán por su parte más de lo que ganará la mitología india. póngase en presencia de esas montañas de repeticiones, de contradiciones, y de vetustos relatos, las obras maestras de nuestros dos Testamentos y de nuestra tradicion escrita, desde Tertuliano hasta Bossuet y dígase si no constituye una verdadera gloria para nuestras Escrituras el contar por enemigos á los que son capaces de admirar todas las *Biblias de la humanidad*, escepto la verdadera, y de honrar lo ridículo, mejor que de adorar lo divino.

Y no es esto todo; pues no faltan quienes no contentos con asimilar las revelaciones indias á las verdades del Evangelio, han preferido aquellas á estas, manifestando que las segundas proceden directamente de las primeras: aserto en cuya virtud no solo dejaria Jesucristo de ser un verdadero Dios, sinó tambien un fundador original, puesto que su doctrina no seria más que un sincretismo de las mejores tradiciones orientales. Hay más áun, firmando una obra que no era suya, habria usurpado la gloria de otro, y merecido justamente el puesto innoble que se le asigna al lado de Mahoma, en un libro tristemente célebre, titulado: *De tribus impostoribus.*

Cuando se han estudiado los mamotretos de la parte adversa, se necesita toda la calma del mundo para contenerse ante semejante audacia de defensor de oficio. ¿Es posible que los brahamanes hayan formado á Jesucristo?

Si el evangélio no fuése más que la última palabra de una filosofía anterior, depurada en el crisól de un espíritu ecléptico, esa palabra habríala de seguro pronunciado algun sábio familiarizado con las escuelas antiguas, no un jóven aldeano que jamás abandonó su tienda de carpintero, y del cual nadie ha dicho que tuviera maestros que le enseñaran.

Si el cristianismo no hubiese sido más que una combinacion de plágios hábiles, habríanse necesitado eruditos que lo interpretaran y lo definieran y hasta para que lo propagaran, y la verdad es que los propagandistas de tales verdades fueron los Apóstoles gentes por demas incultas, que en sentir de algunos no merecian la mejor opinion, puesto que se les juzgaba aficionados á la bebida.

Si el cristianismo no hubiese sido más que una eflorescencia de los gérmenes diseminados en una filosofía cualquiera, de seguro habria encontrado en la filosofía en general, cierta complicidad de concurso ó de tolerancia: es así que esta no lo reconoció, pues durante cuatro siglos persiguiólo de muerte; posteriormente y repetidas veces ha tratado de ahogarlo en la sangre de la persecucion, y áun hoy dia no le perdona el que no haya llegado á ponerse de acuerdo con ella, luégo no puede admitirse que de la filosofía proceda.

Si el cristianismo, finalmente, hubiese sido un progreso puramente natural, como todos los progresos de la inteligencia, habria empezado por la iniciativa de espíritus adelantados, y descendido á las multitudes desde las clases más elevadas de la sociedad. Pues bien, de cuantas revoluciones se han llevado á cabo en el transcurso de los tiempos, el cristianismo es la única que se haya operado de abajo arriba, y la única tambien en la cual los oráculos de la ciencia hayan recibido la luz de los ignorantes. No negarémos que existen en él verdades más ó ménos presentidas por Zenon, por Platon, por Bouddha, por lo mismo que la verdad completa debe abarcar las verdades parciales; pero afirmar, como se ha afirmado, que con recoger esos fragmentos ha habido bastante para componer el Evangelio, es simplemente faltar al respeto que los lectores se merecen.

Tal es la objecion resuelta en principio; mas ¿qué pensarémos de ella, considerada simplemente como hecho? ¿Será cierto que el cristianismo nacido en Palestina, fué concebido en la India? ¿Será verdad que áun cuando lleve el nombre de Cristo, sea Bouddha su verdadero padre? Tentemos ese globo hábilmente hinchado por ciertos teólogos de ocasion, y verémos la resistencia que opone.

Desde luégo debemos hacer constar, que la base del cristianismo es la unidad de Dios, el monotehismo: la del bouddhismo, es la pluralidad de dioses, el politeismo; y se explica perfectamente porque la humanidad caida es incorregiblemente idólatra, donde quiera que para corregirse en sus extravíos, no cuenta con una luz sobrenatural: de aquí que la raza india vea dioses en todas las cosas, y

cosas en todos los dioses. El cristianismo enseña la espiritualidad de su Dios: el bouddhismo confunde el suyo con la materia, de tal suerte, que el mundo emana, procede de él, como el arroyo del manantial, y la tela de la araña. El cristianismo enseña la creacion del mundo por una omnipotencia infinita: el bouddhismo cree en la eternidad del mundo. Jesús nace en un establo: Bouddha sobre el trono de Magdalha. Jesús descendiendo del seno de su Padre hasta nosotros, ha tomado la naturaleza humana para elevarla hasta él; Bouddha, ántes de su advenimiento con forma humana, reviste la figura de un elefante adornado con sus defensas, que tiene la cabeza roja y soberbia, y marcha ricamente encaparazonado. Jesús se declara formalmente Dios: Sakiamouni, jamás ha osado arriesgar la apoteósis. El Evangelio profesa la inmortalidad de las almas en una misma personalidad y en un estado de felicidad ó de malestar permanente: el bouddhismo cree en la transmigracion de las almas, ofreciendo fases de decrecimiento repetidas hasta el absoluto anonadamiento. Segun el cristianismo, la vida es un bien y es necesario fecundarla: el bouddhismo sostiene que es un mal, y que, por consiguiente, importa reducirla. Por último: Jesús ha revelado á los hombres su dignidad y su igualdad bien entendida: Brahma divide nuestra comun familia en cuatro castas separadas por fronteras que no pueden ser traspasadas. El bouddhismo, ha dicho M. Barthelemey Saint Hilaire, despues de haberlo estudiado con una benevolencia que en manera alguna arguye rigor, «es un espiritualismo «sin alma, una moral sin libertad, una virtud sin deber, una caridad «sin amor, un mundo sin naturaleza y sin Dios... El único servicio que «por su contraste puede prestarnos, se reduce á enseñarnos cuanto «ha costado á la humanidad no creer lo que nosotros creemos (1).»

Pero, ¿cómo se explican, dirán nuestros adversarios, las singulares analogías, que apésar de tan esenciales diferencias pueden observarse entre la moral de los Indos, y la ley del Sinaí y otras tradiciones mosáicas? Muy sencillamente, porque estos principios están tomados de la Biblia. El pueblo judío, del mismo modo que los Apóstoles en tiempo de Jesucristo, fué en el suyo el gran misionero de la verdad, encargado de sembrar sus gérmenes doquiera sentara la planta. Salmanasar, Assar-Haddon, Nabucodonosor, condujeron sucesivamente al pueblo de Israel cautivo al extremo Oriente, y sería él colmo de la insensatez imaginar que ese pueblo se limitó á llorar su cautiverio bajo los sauces de los rios extranjeros. Desde este punto avanzado, pasaron en numerosas carabanas á la India, al Tibet y hasta la China: y lo que ha sucedido es que los modernos al encontrar en su camino las huellas de esas antiguas emigraciones, en vez de honrar al pueblo de Israel considerándole autor de las mismas, ha

(1) Bouddha y el Bouddhismo.

preferido injuriarle llamándole plagiario de sus propias tradiciones. Por punto general, cuando entretejido con otras historias se encuentra un hilo de la tradicion bíblica, se procura referirlo á su verdadero orígen; pero por lo mismo que los Indos tienen la monomanía de ser más antiguos que el mundo, tómanse el trabajo de dar fechas muy remotas á lo que han tomado de otras partes, procediendo en esto, como el falsificador que desfigura los objetos robados para que en sus investigaciones no pueda orientarse el verdadero propietario. De aquí que los orientalistas que en semejante manejo tienen su parte de complicidad, digan de la Biblia que no es más que una copia, siendo así que constituye el original que los Indos han copiado. La verdad es que en tales conclusiones hay un esceso de lijereza que se compadece muy mal con el aire de autoridad magistral que afectan nuestros adversarios.

Mas entónces, continúan éstos, como se explica el hecho de haber encontrado en el Tibet los viajeros que visitaron aquellas comarcas, en el siglo último numerosos monasterios, procesiones solemnes, peregrinaciones concurridísimas, una córte pontificia, colegios de lamas; en suma, una organizacion sacerdotal semejante á la de la Iglesia romana, hasta tal punto que Voltaire y Volney pudieron ya decir que el cristianismo procede del bouddhismo tibetino y que el culto católico deriva de las ceremonias lamáicas?

El mismo error en las premisas debe dar siempre por resultado las mismas falsas consecuencias. Para quien haya estudiado nuestro pasado, dice Claudio Buchanan, el apostolado de Sto. Tomás en las Indias, es tan auténtico como la muerte de S. Pedro en Roma. Posteriormente mantuviéronse sin interrupcion las relaciones entre el extremo Oriente y los predicadores del Evangelio, y desde el tiempo de S. Panteneo hasta muy entrado el siglo quinto, enseñóse un cristianismo más ó ménos ortodoxo en los pueblos situados á orillas del mar de las Indias. No es posible desconocer que por este tiempo el islamismo estableció una muralla de hierro y un mar de sangre entre los creyentes del Asia superior y los de Europa; pero no lo es ménos que Vasco de Gama encontró todavía en Ceylan indivíduos que ofrecian muy marcadas señales de cristianismo. Antes que ese osado navegante doblara el cabo de Buena Esperanza, habian tenido efecto las Cruzadas y la invasion de Tamorlan y con este motivo las dos civilizaciones europea y asiática, desbordándose de sus cauces naturales, encontráronse repetidas veces en los campos de batalla, se mezclaron, se confundieron, y al volver, pasada la tormenta, á sus lechos respectivos, encontráronse en medio de sus aguas, los restos que mútuamente se habian arrebatado: el Oriente habia cedido al Occidente la brújula, y este habia enseñado nuevamente á aquel el verdadero cristianismo y la constitucion de la Iglesia.

Y áun no fué esta la última de las influencias ejercidas por el

Evangelio en esas remotas regiones. Las misiones católicas fundadas por Oderico de Frioul, y establecidas en la Tartaria y el Turkestan, contribuyeron durante muchos siglos á que penetraran elementos cristianos en la religion de Bouddha, de manera que la suposicion de Voltaire considerando un plagio hecho por la Iglesia al bouddhismo, no era más que un nuevo testimonio de la fuerza y originalidad de aquella y al propio tiempo una nueva prueba, de que la ciencia suele tomar por antiguas cosas que son sin embargo muy nuevas, y vice-versa. Mas, ¿se cree que esto ha de corregirla de sus rotundas y precipitadas afirmaciones, en contra de nuestras tradiciones y creencias? En manera alguna: para ello sería menester que se juzgara ménos infalible que la Iglesia; y francamente, no lleva camino de confesarlo. ¿Qué sería menester para que no dudara de la religion? Que supiera dudar de sí misma y esta es una dificultad infinitamente más insuperable que todas cuantas ofrece la religion.

III.

El milagro en el órden moral es una accion ó una série de acciones propias de los fundadores ó de los sectarios de una religion, que traspasa los límites de la naturaleza moral, y sólo puede resultar de una mocion especial de Dios. Prescindamos por un momento de los fundadores, y fijémonos en los sectarios de las dos religiones comparadas, ora en la realizacion práctica, ora en la confesion, ora en la propagacion de su verdad.

Aun haciendo abstraccion completa de todo punto de vista místico, la vida de los grandes cristianos constituye un verdadero milagro del cristianismo. Aun cuando los mártires no fuesen más que una simple miriada de testigos voluntarios, que arrostraron y padecieron la muerte sin vengarse y sin odiar siquiera á sus verdugos; si las vírgenes del Señor no fuesen más que las enfermeras y las maestras de los pobres; si los fundadores de las órdenes no fuesen más que los padres de una posteridad bienhechora para el género humano; si los pontífices fuesen simplemente los jefes de la tribu más pura que en tiempo alguno haya instruido y moralizado á los hombres; si en los doctores no debiésemos ver otra cosa que los guias más seguros que en todo tiempo han marchado á la cabeza de la humanidad, en resolucion; áun cuando la santidad no fuese más que el ideal del imperio sobre sí mismo y del sacrificio en aras de Dios y del prójimo, la religion merecería indudablemente ser proclamada la más perfecta escuela de virtud que el mundo hubiese conocido. Por mi parte debo añadir que el moralista que contemple atentamente

semejante espectáculo, podrá fácilmente comprender que la naturaleza no puede llegar á esas alturas, sin contar con un auxilio superior á ella, y que si la vida de los hombres ilustres de Plutarco, rebela sábios profundos y personajes eminentes, la de los grandes modelos del cristianismo nos da testimonio de las obras divinas.

En efecto, siendo como es nuestro Dios, esencialmente perfecto, debe imprimir los carácteres de su semejanza á las virtudes que inspira, de manera que pueda arrostrar con ello el éxito de las falsificaciones. En cambio: en el instante mismo en que la naturaleza escitada por un falso tipo de la divinidad, pretende imitar nuestros sacrificios, los desfigura, y el mismo esfuerzo que en la verdad produce los santos, engendra los mónstruos en el error. Los grandes ascetas del bouddhismo constituyen una prueba de lo que acabamos de decir.

¿En qué han convertido la contemplacion? En una especie de anonadamiento. Del mismo modo que el Dios respecto del cual meditamos, constituye un acto puro en su esencia, y un amor inmolado en la cruz; cuando, terminada nuestra plegaria, nos sumergimos de nuevo en la vida real, corremos al sacrificio práctico, haciéndonos tanto más útiles á la tierra, cuanto mayor es el afecto que el cielo nos inspira. El bouddhista por el contrario, adorando al ser indeterminado eternamente inmóvil, ha de considerar el colmo de la perfeccion lo único que esta puede ser bajo el imperio de esa divinidad inerte; es decir: la inercia. Cuando el alma enfermiza de los Indios ha llegado á extraviarse en este océano inanimado de la existencia, más bien que vive, vejeta suspendida en idiótico balanceo sobre la humanidad. Nuestra santidad, constituye para nosotros la accion fundada por la oracion; para ellos la esterilidad de la imaginacion entregada á los ensueños de la fantasía: la nuestra es el trabajo constante; la suya el sueño cataléptico: aquella un esceso de vida; esta una muerte anticipada. El que quiera ser un samnita perfecto, dicen sus textos inspirados, ha de proceder cómo el hombre á quien se hubiesen cortado sus cuatro miembros. No cabe dudar que de ese quietismo visionario podrán salir legiones de bonzos y de solitarios alucinados, petrificaciones vivientes de su ley; pero de seguro no resultará jamás un S. Vicente de Paul.

No intenten jamás tales santos alcanzar de Roma la canonizacion, porqué Roma no admite ni coloca en el catálogo de sus santos á los que solo para ellos lo han sido. La Cartuja y el Carmelo, los desiertos todos de la contemplacion cristiana, hállanse poblados de corazones que laten para la salvacion del mundo: hasta la religiosa encerrada dentro las paredes del claustro, reparte á la miseria humana la más súblime de las limosnas, la oracion: santa Teresa rivaliza en proselitismo con S. Francisco Javier... en suma, entre nosotros no puede haber ni hay santidad sin amor. El esfuerzo del indio empleando su vida en confundir su *yo* en el yo universal cons-

tituye la obra de un egoismo gigantesco y loco; en manera alguna un ejemplo moral. Y sin embargo ¡cuantos sábios que murmuran de los piadosos holgazanes de nuestros claustros, se confiesan edificados ante el espectáculo del desocupado asceta que pone á contribucion al viajero que circula por los caminos del Japon y del imperio de los birmanes!

¿Qué hay en las virtudes de estos, que no sea ridícula paródia de los nuestros? Nótense los contrastes sobre los cuales no fija la atencion el frívolo viajero. Jesucristo ha dotado del espíritu de caridad, no sólo á determinados individuos, sinó tambien á ciertas costumbres públicas sin que para ello haya echado mano del estímulo de la ganancia, y si por el contrario de la compañía de la pobreza. Los monjes mendicantes de Fao y de Xa-ka truecan los placeres de los sentidos por los goces de la fortuna y son puros, del mismo modo que entre nosotros ciertos séres despreciables son disipados, por la cuenta que les tiene. Jesucristo recomienda la mortificacion puramente indispensable para que el alma conserve su supremacia, lo que es puramente sobrenatural: los bonzos exageran la penitencia hasta la ostentacion voluntaria, y esto está en oposicion con lo natural. Finalmente Nuestro Señor nos ordena disimular e ayuno para que no encuentre un apoyo en la admiracion de los hombres: los *Negoros* y los *Foquexos* parecidos á esos mendigos que avivan sus llagas y las exponen al público para escitar más fuertemente la compasion y la caridad, hacen ostentacion de sus mortificaciones para conquistarse el aplauso de los circunstantes. En una palabra, las virtudes cristianas reflejan la belleza moral de Cristo: las virtudes del bouddhismo son extravagantes y monstruosas como el dios que las inspira. En la virtud, como en todo, existe un punto que constituye la exactitud de la proporcion y por consiguiente la obra maestra, y como este punto sólo se ha encontrado en el cristianismo, hay motivo de sobras para considerar sus virtudes como el criterio de la verdad.

Constituye un milagro del órden moral, tan sorprendente como nuestra manera de practicar la fé, el modo que tenemos de confesarla. Doce millones de mártires de todas edades, de diferentes sexos, de todos los paises, y de diferente cultura, sucumbiendo, víctimas de suplicios inauditos, con sin igual mansedumbre, algunos para dar testimonio de hechos que habian presenciado, todos para confesar una creencia que fácilmente habrian podido cambiar, salvando con ello su propia vida, y á veces conquistando inmensa gloria, constituyen un testimonio que no puede ofrecer ninguna otra religion. Las siguientes palabras expresan perfectamente la impresion profunda que semejante espectáculo producia en el alma de Napoleon. «En todas partes sucumben los cristianos y en todas partes triunfan.» Expresion bellísima y prueba más bella al par, porqué

sólo lo que es inmortal puede fortalecerse por medio de la muerte.

Verdad ès que tambien tienen sus mártires las falsas religiones; pero compárense con los de la nuestra bajo el punto de vista del número, y al paso que los primeros apénas se cuentan, los segundos no pueden contarse: compárense bajo el punto de vista de su actitud, y al paso que con frecuencia verémos á aquellos con las manos tintas en sangre, pues al recibir la muerte han procurado darla; los segundos han inclinado la cabeza y han doblado la rodilla ántes de recibir el último golpe: los primeros han sucumbido presa del ódio, porque Dios no permite al error la simulacion de la caridad; los otros han amado hasta exhalar el postrer suspiro, como J. de Britto, estrechando en amoroso abrazo á su verdugo; ó S. Cipriano, dando al suyo cincuenta monedas de oro, en pago de su trabajo y en señal de agradecimiento. Por último, los primeros han ofendido á la razon poniendo mientes en lo sublime: los segundos por el ascendiente de lo sublime han triunfado de la razon. No se me hable pues de esos indios que se hacen aplastar bajo las ruedas del carro de su dios, puesto que semejante proceder no es más que el suicidio supersticioso: en cambio póngase la mirada en los Apóstóles y en esos discípulos que dan su sangre generosamente para afirmar que han visto á Jesucristo resucitado, y dígaseme si existe posibilidad para rechazar su creencia, no diré ya á las especulaciones capaces de producir visionarios, sinó tambien á hechos cuyos testigos oculares se dejan decapitar.

Finalmente, último milagro y postrer criterio del órden moral propio de la verdadera religion: su propagacion. ¿Puede imaginarse una empresa más grande y más prodigiosamente realizada? Con doce pescadores sin ciencia, sin medios de fortuna, sin influencia; sin poder ofrecer á sus secuaces más galardon que el desprecio, la persecucion, y á veces la muerte, establecer, en vez de un culto halagüeño para las pasiones, la mortificacion de la carne; la beatitud de la pobreza; el amor á los enemigos; el desprecio de sí mismo; y el perdon de las injurias, y colocar sobre los altares del universo un crucificado que, hacia poco tiempo, con la vida habia perdido el honor, son acontecimientos verdaderamente extraordinarios. Pero todavía es más sorprendente la realizacion de este fin, apesar de la preocupacion popular que protegia las divinidades antiguas; á pesar de las leyes políticas que las defendian; á pesar de la corrupcion que las hacia simpáticas; apesar de la filosofía que estaba de su parte; apesar del paganismo y de la sinagoga coligados para la oposicion; apesar de los antiguos sacerdotes que se escandalizaban; apesar en fin de los emperadores que fulminaban edictos sanguinarios. Convengamos en que es este un prodigio muy capaz de hacer pensar á aquellos que no se deciden á admitirlos. Y sin embargo este prodigio es indubitable. En tanto que la crea-

cion obedece á la ley del desarrollo sucesivo, y que Dios emplea medio siglo para el desenvolvimiento completo del hombre, en ménos de cien años logra realizar su universalidad. Desde el Asia superior hasta el fondo de las Gálias, dice Plinio el jóven, las ciudades y los campos estaban invadidos por el contagio del cristianismo, y Jesús, el dia despues de su muerte, hallábase ser el primer potentado del universo: *Non civitates tantum, sed vicos et agros, christianæ superstitionis contagio pervagata est.*

¿Puede encontrarse en el pasado del bouddhismo un supremo esfuerzo de su poder de proselitismo, que sea á este comparable? Nó, y téngase en cuenta que las conquistas del cristianismo duran áun, puesto que es el único que á través de los siglos sostiene en pié su obra de propaganda. ¿Puede darse más rídicula irrision que compararla bajo este punto de vista al paganismo indio, que pegado, como planta expontánea, al suelo donde brota, jamás ha logrado traspasar los límites del mismo? Religion limitada, que solo subsiste merced á la proteccion de los gobiernos y á la anestesia que provoca, y que al parecer solo consigue conservar sus adeptos, por medio del adormecimiento que ha de impedirles cambiar de sitio. Cierto que este culto es antiguo; pero su antigüedad ¿es más que la caducidad que en tres mil años le ha impedido dar un solo paso adelante? Cierto que se halla muy extendido: pero su fuerza de conversion hállase agotada mucho tiempo hace, cuenta solo con el temperamento indo-chino, y no puede naturalizarse en otro terreno, porque no es más que el delirio de una raza y no la religion de la humanidad.

Poco me importa, pues, que cuente con mayor número de almas que el cristianismo: en último resultado, esto significa que los dos tercios de la humanidad todavía son idólatras, cosa que en verdad nada tiene de nuevo. La universalidad de la verdad no consiste en poseer la mayor parte del mundo, puesto que no depende Dios de la mayoría de votos; sinó de su ubicuidad en todas las regiones del mundo y de su aptitud para vivir y florecer en ellas. La vitalidad de un organismo no tanto estriba de la grandeza de sus formas cómo en su potencia vital. Tanto es así, que nada debemos temer del coloso casi extinguido del politeismo indio. Establecido detrás de las fronteras del Asia superior, permanece estacionario á las puertas de la civilizacion europea sin penetrar en ella, ni dejarla penetrar en sus posiciones. ¿Quién se acuerda hoy de los peligros de una invasion de ideas chinas ó indias? No, no, Jesucristo no tiene porque llorar, cual Carlomagno en los postreros años de su existencia, ante los buques que vislumbraba en el horizonte de su imperio y que un dia debian devastarlo. El San Francisco Javier del bouddhismo no ha emprendido áun su viaje; sus teólogos no se hallan en disposicion de presentarse á la Sorbona para imponer silencio á Bossuet; ni la Europa sueña en convertir sus iglesias en pagodas, ni en dejar á Jesús por Sakiamouni. Y en cambio, ¿qué hace

Jesucristo en tanto que el *inmobilismo* indio permanece en su característica inaccion? Realiza conquistas en los países de Brahma y del lamismo. Conducido unas veces por la palabra del apostolado, otras por la influencia de Francia, ora por los buques de Inglaterra, ofrécese, como el heredero presunto de los falsos dioses, sobre todas las playas bañadas por el mar de las Indias: y estoy seguro de que este hecho se realizará tarde ó temprano, no sólo porque mi fé me inclina á semejante creencia, sinó tambien porque todas las evidencias de la historia lo prometen á mi verdad.

Para aquellos que leen, acabo de exponer una tésis muy útil, porque son muchos los publicistas que tienen la pretension de pasar en revista á ambos mundos en cada uno de sus artículos, consignando en ellos, respecto del particular, con aire pérfidamente reservado, enormidades peligrosas á propósito de antiguos errores que lo son muy poco. ¿Quién podría imaginar, por ejemplo, que haya existido uno de esos reveladores que no ha vacilado en manchar su honor filosófico, con la responsabilidad de esta frase: *La doctrina de los vischnuvitas es superior con mucho á la teología cristiana!* Lastimosa conclusion si se conoce la teología cristiana, y más lastimoso procedimiento áun si no se conoce. Abandonemos estas aserciones culpables al aprecio de la razon indignada de la civilizacion europea.

Para aquellos que no acostumbran leer, este capítulo parecerá como que cuenta diez y ocho siglos. ¿Cómo, podrán decirnos, tratais al bouddhismo como una especie de iglesia rival de la verdadera? Pero el bouddhismo, como el fetichismo, como el sabeismo, como los demás matices del mismo error, es la idolatría: remitid, pues, á vuestros adversarios á la *Apologética* de Tertuliano, y á la *Summa contra los gentiles;* pero no os tomeis el trabajo de rebatir á aquellos que creyéndose iniciadores no son más que resucitadores de ideas viejas. Los autores de semejante razonamiento, no saben comprender que pueden existir otros que padecen una enfermedad de que ellos están libres, y que, en todos los siglos, ha sido indispensable dar á la apologética carácter de actualidad, ora para apropiar la defensa á las variantes del ataque, ora para que no pueda decirse que se pretende salvar la verdad, dejando á cargo exclusivo de los muertos el cuidado de combatir á los enemigos vivientes. Semejante manera de combatir, con muy poco trabajo produciría grandes resultados y no ménos honra.

Convengo, sin embargo, en que, prescindiendo del bouddhismo de las revistas, y fijándonos exclusivamente en el de la historia; dando de mano al de los escépticos que sólo se convierten á él por oposicion al cristianismo, ya que no al de los verdaderos observadores que este no convierte, héle concedido una atencion mucho mayor de la que su importancia merece. En presencia de esa mezcla

de caducidad y de infundada persistencia; de pereza y de crueldad, que constituye lo que se llama bouddhismo, y comparándolo con ese prodigio del órden físico, moral é intelectual, que se llama cristianismo, creo escuchar la voz de mi Maestro, que me dice: ¿Con quién me has comparado? *¿Qui assimilasti me?* Perdóneme Dios si le he ofendido, y considere que he debido compararle á los cultos á que nuestra época afecta conceder la preferencia.

Preciso es convenir en que despues de diez y ocho siglos de reinado durante los cuales ha dispensado innumerables beneficios, no debia esperar la vergüenza de semejante paralelo; pero la verdad es que cuánto más le comparo, más le admiro, y que cuánto más le rebajo en mis hipótesis, tanto más le ensalzo en mis adoraciones.

CAPÍTULO III.

Jesucristo y los demás fundadores de religion.

Fijándonos, abstraccion hecha del cristianismo, en el único establecimiento religioso que, en razon de su importancia numérica y territorial, se nos opone al presente, hemos probado que el boudhismo no posee criterio alguno de la verdadera religion, por lo mismo que carece completamente de todo sello de verdadero sobrenatural. Los cultos del extremo Oriente no pueden, en efecto, hacer ostentacion de los tres milagros del órden físico, del órden intelectual y del órden moral que constituyen la marca divina impuesta á la verdadera revelacion. No insistirémos, pues, en este paralelo, por temor de dar una extension inútil, á lo que no debe revestir otra forma que la de una instruccion necesaria. Prosigamos, sin embargo, este curso que con razon podríamos llamar de religiones comparadas, y puesto que las hemos ya considerado bajo el punto de vista de sus garantías intrínsecas, fijémonos ahora en las personas de sus fundadores. Sentemos, desde luégo, que habrémos alcanzado no poco en favor del cristianismo, demostrando la falsedad de la siguiente máxima admitida por muchos como moneda corriente. «La verda- «dera religion es para cada uno aquella que ama; la religion siem- «pre es verdadera en la creencia del pueblo (1),» y deduciendo de ella que existe realmente una religion verdadera en sí misma. Pero el cristianismo que es de una verdad incomparable, ¿es realmente de orígen divino? Seamos más explícitos aun, pues conviene. No cabe dudar que una religion en virtud de la cual Dios obra milagros, es divina en sus pruebas: que una religion de que es Dios el fundador, es divina en su orígen. Pues bien, ¿es este un rasgo característico de la nuestra? Véase ahora en qué términos se propone la cuestion.

Unos cuatro mil años despues de la creacion del mundo, mil trescientos despues de la uncion de David, y seiscientos pasados de

(1) Renan.

la cautividad de Babilonia, reinando en Roma el primer César, y el primer Herodes en Judea, en el siglo más esclarecido de cuantos componen la historia antigua, en una insignificante aldea de Judá, nació un Niño que, andando los tiempos, debia ser el hombre más grande del universo. Yacía sobre un puñado de pajas, y voces celestiales se cernian en derredor de su humilde cuna: moraba en un establo, y las estrellas servian de guias á los magos del Oriente que corrian á adorarle: dejaba oir su voz, y las ciudades enteras, arrastradas por la mágia de su palabra omnipotente, le seguian al desierto: muere, y los astros se eclipsan en señal de duelo: es sepultado, y pasados tres dias sale de su tumba. Prodigio único de debilidad y grandeza, que ha logrado producir en el mundo una sensacion tan profunda que áun pueden apreciarse los extremecimientos. Y esto es cierto: el mundo se halla tan impregnado de semejante recuerdo, que lo mezcla á todos los demás; y cuando se le pregunta en qué tiempo ha tenido lugar el nacimiento ó la caida de los imperios, suele contestar: Tantos años despues del dia en que tuvo lugar el advenimiento de Jesucristo. De manera, que el tránsito de ese mortal incomparable, es en la historia un punto culminante en el cual convergen los dos Testamentos, y una especie de sol al rededor del cual gravitan todos los acontecimientos: y al propio tiempo un signo de contradiccion delante del cual ó se apasiona el hombre hasta la adoracion ó se exalta hasta el ódio; de tal manera, que transcurridos diez y ocho siglos, los hombres mueren diciendo: Jesucristo es Dios, al paso que otros matan diciendo, Jesucristo no es Dios.

Ahora bien: ¿á qué debemos atenernos? ¿Jesucristo es Dios ó no lo es? Cuestion formidable, puesto que va á echar en el platillo de nuestra balanza la personalidad más augusta que en tiempo alguno haya pisado la tierra; cuestion decisiva, sobre todo, porque si Jesucristo es Dios, son muy pocos los enigmas teológicos que pueden quedar, y si no lo es, todo se abisma en esta negacion; hasta la nocion misma de la Providencia, resultando juguete de la más infame superchería los sucesos, los hombres y las instituciones que se han sucedido en el transcurso de diez y ocho siglos.

Nuestra época, en sus ataques contra Jesucristo, se fija en los dos términos del misterio de la encarnacion: es decir, en la naturaleza divina y en la naturaleza humana. Por un lado le niega la divinidad, por el otro la gloria de una humanidad sin igual. Los unos niegan á Dios, procurando reducirlo á las proporciones del hombre; los otros empequeñecen al hombre insinuando que han existido otros hombres tan grandes como él. Los primeros han confesado paladinamente que las pruebas aducidas para establecer la divinidad de Jesucristo, podrian emplearse con el mismo éxito en provecho de Bouddha y de Mahoma: los otros se han dado por satisfechos, exagerando las cualidades de Mahoma y de Bouddha, guiados por el propósito de colocar á estos en lugar tan elevado, que entre su ele-

vacion y la de Jesús, no quedára más distancia que la de una mera preocupacion. De esto resulta que el Dios-Hombre se halla doblemente ultrajado por la sofística contemporánea, con la circunstancia de que el ultraje reviste á veces los honores del panegírico, puesto que ha inventado el expediente de alabarle, para dispensarse del deber de prestarle el tributo de su adoracion, haciendo del elogio *la más repugnante forma de la blasfemia* (1).

¡Quién pudiera ahogar, por medio de un sólo grito de la razon, todas las discordancias de la incredulidad respecto de este punto, y condensar en reducidísimo número de páginas, sólidamente afirmativas, la contestacion á todos los libelos y á todas las novelas que la negacion ha producido! Para alcanzar semejante resultado, nada más seguro, que someter á Jesucristo á una prueba, que de seguro no resistiria hombre alguno en el mundo; es decir, establecer un paralelo entre Él y Dios. ¿Qué es Dios? El lector lo ha dicho ántes que yo. Lo infinito en duracion, en sabiduría, en poder, en santidad, en amor y en esencia. Si ahora se me pregunta, ¿Qué es Jesucristo? Contestaré que es lo infinito ó lo sobrehumano en su duracion, en su sabiduría, en su poder, en sus virtudes, en su amor, en su constitucion. Exposicion victoriosa, de la cual resultará evidentemente la siguiente consecuencia: luégo, Jesucristo es Dios, puesto que reviste sus atributos, y es el único hombre que sea Dios, puesto que no ha existido otro que los haya revestido.

I.

Cuando la teología católica establece su primer fundamento, suele expresarse en los siguientes términos, por todo extremo solemnes: «De Dios y de sus atributos.» Pues bien, para poder apreciar debidamente si Dios y el gran fundador en que nos estamos ocupando constituyen dos equivalentes, apliquemos al segundo la medida del primero, y tratemos de Jesucristo y de sus atributos. El rasgo característico y constitutivo de los atributos de Jesucristo es lo infinito, puesto que son muchos los aspectos bajo los cuales puede ser considerado, que ofrecen al pensamiento esa inmensidad cuyos límites y cuya extension escapan siempre y se hallan siempre fuera del alcance del espíritu humano. Resulta de aquí, que puestos en el caso de hablar de ellos, se experimenta ál par una felicidad y una verdadera desesperacion: la felicidad de poder decir algo; la desesperacion de no poder decir todo cuanto seria menester. Por esto se ha dicho: Jesucristo es el único mortal cuyo elogio no pue-

(1) Montalembert.

de pecar de exagerado. Por esto, á la manera que el más sublime de sus historiadores, despues de haberlo pintado con toda la fidelidad de la inspiracion y del amor, abandona la pluma desconortado, diciendo: *Muchas otras cosas hay que hizo Jesús: que si se escribieran una por una, me parece que no cabrian en el mundo los libros que se habrian de escribir* (1), nosotros que le estudiamos despues de haberlo dicho todo de Jesús, nos veremos obligados á completarnos, confesando que nada hemos dicho todavía.

Entrando pues en materia, ¿puede darse más notable diferencia que la existente entre Dios y el hombre bajo el punto de vista de su duracion? El rasgo característico de la duracion del hombre consiste en ser sólo presente: el rasgo sobrehumano de la duracion de Jesús estriba en ser ahora como era en el principio y será en los siglos de los siglos: *Christus heri, hodie et in sæcula.* El hombre colocado entre un ayer en el cual no existia, y un mañana en el cual habrá acabado de existir, ocupa solo un punto en la série de los tiempos: sólo el Hombre-Dios ha preexistido en todo lo pasado, y sobrevivirá en todo lo porvenir, de manera que para él jamás ha existido ni existirá ayer ni mañana; siempre es y siempre será hoy.

Jesucristo posee esta inmensidad retrospectiva en el seno de la duracion, que consiste en una existencia tan antigua como el mundo. Nadie como él ha vivido sobre la tierra cuatro mil años antes de aparecer en ella. Sólo él ha sido objeto de una esperanza universal y nadie como él en virtud de un amor que existia ya en los corazones, áun antes de que se le viera en la cuna, ha merecido el nombre de *el Deseado de las naciones.* La idea mesiánica, atraviesa de un cabo á otro toda la antigua alianza, sin eclipsarse un instante siquiera á las miradas de Israel. Y esta vida anticipada de Jesús es tan cierta, que mucho antes de su advenimiento á la tierra, se conocian los rasgos de su fisonomía, se le saludaba, se imploraba su misericordia, y concedia la salvacion mediante la virtud unida á la esperanza de su reinado. El mundo antiguo se halla poblado de oráculos que le preceden, como otros tantos heraldos, encargados de anunciarlo. El pueblo escogido tiende continuamente los brazos, hácia esa aparicion consoladora exclamando: *Tú eres, oh Señor, mi valedor y protector.—No tardes Dios mio* (2). Los mismos pueblos paganos cansados de las falsedades y de las vacilaciones, preguntaban á sus guias: Hasta cuando han de durar las tinieblas de la espera? Á cuya pregunta se contestaba. Hasta tanto que haya parido una virgen: *donec virgo pariat.* En fin el presentimiento universal respecto del reparador futuro, hallábase de tal suerte apoderado de los espíritus que en el momento en que tuvo lugar la aparicion de

(1) S. Juan, 21-25.
(2) Psalmo 39-18.

Jesús en Judéa, se improvisaron una porcion de mesías en diferentes puntos, y Dositeo, Menandro, Barchochebas, Simon, Apolonio de Tiana y otra porcion de magos y de charlatanes, debieron el éxito que lograron alcanzar, á la circunstancia de haberse apoderado, en provecho propio, de la conviccion generalmente extendida, de que el Justo estaba próximo á ver la luz poniendo término á la éra provisional, y de que el mundo se preparaba para tener un nuevo Rey.

Y téngase en cuenta que era imposible padecer equivocacion alguna respecto del particular, porqué los enviados ántes que él para anunciarlo y predecirlo, lo habian hecho en términos tan claros que era absolutamente imposible confundirlo con otro. Jacob y Daniel habian precisado el momento de su llegada; Micheas, llama al lugar de su nacimiento, Bethleem Ephrata; Isaias refiere anticipadamente los milagros que ha de obrar; Zacarías le pinta en su dolorosa pasion; David le ve y le canta en su resurreccion gloriosa; en una palabra las profecías constituyen un cuadro tan perfecto y acabado del destino de Jesucristo, que las coincidencias entre el anuncio y la história, han bastado para que el mundo se convirtiera el dia despues del Calvario, es decir cuando Jesucristo en su vida futura en la tierra, era áun desconocido, y cuando en su vida presente era todavía objeto de discusion.

¿Donde están los demás fundadores de religion que puedan hacer ostentacion de un testimonio semejante? Que vengan y que nos digan cuales fueron los símbolos, las tradiciones, los personajes predestinados para abrirles paso? Sólo Jesucristo ántes de su existencia real ha preexistido en la fé del universo, como en una especie de claustro materno, dentro del cual se le sentia extremecerse cada vez que tenia lugar algun grave acontecimiento. Cierto que su encarnacion tuvo lugar con posterioridad al año 4,000; pero su aparicion sobre los horizontes de la historia coincidió con el primer dia del universo, de manera que al tiempo de su llegada á la tierra, segun la grandiosa figura de un doctor, encontró cuarenta siglos postrados de hinojos al rededor de su cuna.

Y ¡prodigio no ménos extraordinario! Este hombre que ántes de su nacimiento disfrutó tan larga existencia, disfruta otra no ménos sorprendente despues de su muerte. Vive en efecto en su Iglesia, que es una continuacion de su persona á través de los siglos, y vive como mortal alguno subsiste en sus obras. La prueba de ello la tenemos en las pasiones opuestas que escita, porque los muertos apénas inspiran amor ni ódio, y sobre sus tumbas enfriadas por el tiempo no tarda en sentarse la justicia. Mas por lo que toca á Jesús, dado que hubiese sido rey de Egipto, no habria llegado áun el dia de poder ser juzgado por el tribunal de los muertos, porque en realidad el porvenir no ha comenzado áun para él, y las muchedumbres se apasionan en favor ó en contra como en los primeros dias de

su reinado. Los dioses del extremo Oriente sepultados en el seno de sus pagodas, sólo salen de ellas para turbar el reposo del mundo: en cambio no existe un sólo rincon en la tierra en que se hable con indiferencia de nuestro Dios hecho hombre. Ó se le adora, ó se le ódia: ó se le ve colocado sobre los altares ó proscrito de ellos. En los etorios de la Conchinchina, se grita: *Sea crucificado* (1) y desde s afortunadas playas de la Europa cristiana, se embarcan los mioneros en el primer buque que á tales regiones endereza su rumbo, diciendo: Bien *vamos tambien nosotros y muramos con él* (2). De manera que hasta aquellos mismos que no quieren conceder á su vida inmortal el homenaje de un acto de fé, la reconocen por la inesplicable repulsion que les causa.

Vive, pues, toda vez que enjendra apasionamientos y vive, toda vez que no le destruye la disolucion. La señal más positiva de la muerte es la descomposicion: nada atestigua mejor el fallecimiento de todo Lázaro que el hedor de su tumba infecta. ¿Podria la dominacion de Jesucristo escapar á tal ley? Hasta en la prosperidad excesiva existe una fuerza disolvente. Los triunfos continuados proporcionan á los imperios una especie de plenitud pletórica que determina la apoplegía en el poder y lo precipita hácia su decadencia. Pues bien, apesar de tales obstáculos la Iglesia permanece en pié, triunfante en sus victorias, como en sus reveses, y su fortuna goza en la tierra la inmortalidad de las cosas que no son de este mundo.

Resulta pues que Jesucristo está vivo, puesto que no participa de la disolucion; pero más áun porque se mueve y porque crece. Contémplense las religiones no cristianas: y se verá que no sólo despiden la fetidez del cadáver corrupto sino que además ofrecen su perfecta inmovibilidad. Y es que el movimiento y el crecimiento constituyen las señales más ciertas de la vida, y que esos cultos, al modo de las mómias orientales, pueden muy bien conservar en medio de la muerte las apariencias de la vida, pero no fingir su movimiento. Y si no dígase si puede darse *statu quo* más verdaderamente sepulcral que el destino de Bouddha y de Mahoma. Y en cambio, casi todo el terreno perdido por estos ha sido conquistado por Jesucristo! Miradle: hállase en todos los puntos del espacio, y en todas las etapas del tiempo. El mismo Mahoma lo tiene por un gran profeta de Dios: Lutero y Phocio se arrodillan ante sus altares: hasta los filósofos que no le adoran, procuran asimilarse algo de su sávia, insinuándola en sus mismas negaciones.

Si, Jesucristo es quien avanza en esos apostolados innumerables que se cruzan en todas direcciones sobre la superficie de ambos hemesférios, y dobla los cabos más lejanos con la celeridad del

(1) San Mateo, 27, 23.
(2) S. Juan, 11, 16.

viento, y al paso que con la una mano toca á las regiones del Polo Norte, alcanza con la otra los últimos confines de la Austrália. Ni la barrera de las ideas, ni la de las costumbres, ni la de las nacionalidades, ni la de las religiones enemigas puede detener su marcha progresiva. Y en tanto que las religiones no pueden realizar conquista alguna en sus dominios, él las realiza constantemente en los contrarios. Á lo léjos, desde lo alto de la gran muralla, aguarda con fundadísimas esperanzas á los pueblos de Oriente, en el instante en que renazca su civilizacion. En Europa, si el mundo, á consecuencia del impulso de corrientes ignoradas, se convierte de nuevo al paganismo, puede decirse que en cambio, gracias á la existencia de muchas otras, marcha decididamente hácia Jesucristo. Sí, apesar de todos los antagonismos, Jesucristo conserva el universo por territorio, y lo más selecto del linaje humano por poblacion. No tenemos pues porque dejarnos imponer por un puñado de blasfemos de Francia y de Alemania, que hacen la contra á ese sufragio inconmensurable, y si bien es verdad que, en determinadas circunstancias, su voz á todas sobrepuja, mejor áun, sólo la suya se puede distinguir, proviene esto, no de que sean más en número, sinó de que mete más ruido un centenar de individuos que hablan, que tres cientos millones que no quieren tomarse el trabajo de desplegar los labios.

Y todavía hace subir de punto el prodigio de la vida perpétua de Jesús, la circunstancia, dignísima por cierto de ser tomada en consideracion, de que al paso que todas las religiones falsas, cual plantas trepadoras, han menester para sostenerse el auxilio del poder temporal, del cual se han hecho esclavas, la de Jesucristo no sólo no necesita de semejante apoyo, sinó que ha sido poderosa á establecer por si sóla un imperio esencialmente espiritual, que sostiene sin contar para nada con los reyes, y muchas veces á pesar de los mismos. Si le ofrecen su brazo á título de respetuoso apoyo, acéptalo agradecida: si se lo niegan, no se preocupa por ello poco ni mucho: si contra ella se revuelven, pára los golpes, siguiendo impávida su camino, pues ello es que no existe potentado alguno cuya vida y cuyo trono tengan más condiciones de vida que Jesucristo.

Su vida constituye uno de los fenómenos más indelébles é indestructibles. Para anonadar la memoria de los inmortales que viven á nuestro lado, bastaría con derribar algunas estátuas y reducir á cenizas unas cuantas docenas de volúmenes; pero el espíritu de Jesucristo está de tal modo encarnado en todas las manifestaciones que constituyen la civilizacion moderna, que si se extirpaban las creencias viviria en las costumbres: si se le arrojaba de los templos, permaneceria en nuestra historia, reinaria en nuestros hábitos: palpitaria en nuestras virtudes; respiraria en nuestra legislacion; está en nosotros y fuera de nosotros: forma parte de la atmosfera

que respiramos, y sería tan imposible suprimirlo como recorrer el mundo en que vivimos sin reconocer en él su palabra que lo formó y sus virtudes de que se halla impregnado. En suma: extírpese del seno de la humanidad á Jesucristo con la série de patriarcas, profetas, y acontecimientos figurativos que le precedieron; con el cortejo de santos, virtudes y transformaciones s ciales que le siguen, y sólo se logrará abrir en la historia y en el mundo moral una especie de hiato, ante el cual retrocederá espantada la razon.

La vida inextinguible de Jesucristo entre los hombres, convierte no sólo en locura sino en crímen todas esas obras de erudicion perniciosa y discutible, destinadas á arrebatarnos á nuestro Cristo, so pretexto de nuevos descubrimientos históricos. Nada han descubierto esos pretendidos exploradores, que no lo haya la Iglesia conocido antes que ellos, y á lo cual no haya contestado; y no existe, sobre todo, descubrimiento alguno que pueda prevalecer contra esta inmensa presuncion: Hace diez y ocho siglos que Jesucristo se halla en posesion de las adoraciones del universo civilizado; ahora bien, ¿tienen algunos soñadores motivo alguno para pretender que lo conocen más á fondo, que los doce Apóstoles que por el vertieron su sangre? ¿Pueden algunas sutilezas filológicas, y algunas suposiciones gratuitas tener fuerza suficiente para destruir el testimonio de los evangelistas, la deposicion de los mártires, las demostraciones de los doctores, la autoridad de los concilios y de los santos, y la unanimidad de tantos siglos comprometidos en nuestro acto de fé? No tienen porqué acariciar semejante presuntuosa esperanza: nada ha cambiado en las afecciones del mundo cristiano desde la celebracion del concilio de Nicea, en el cual los obispos que habian sufrido el martirio en defensa de la fé, se tapaban los oidos para no oir las innovaciones introducidas por Arrio; ni con posterioridad al concilio de Efeso, despues del cual el pueblo cubria de flores el camino que debian recorrer los Padres que declararon á la Madre de Jesús, Madre de Dios. El buen sentido no puede vacilar entre Dios hecho hombre, y aquellos que creen únicamente en sus propias concepciones; podrá si se quiere dejarse sorprender por los que no se dan punto de reposo en la tarea de sobornar; mas vuelto en su acuerdo convertiráse de nuevo á Cristo más amante que nunca, diciéndole: *¿Señor á quien iremos? tú tienes palabras de vida eterna* (1).

Hé ahí pues dos vidas en Jesucristo: la una, anterior á su cuna, la otra posterior á su tumba; con la circunstancia de que ambas son exclusivamente suyas. ¿Qué podemos deducir de ese destino tan extraordinariamente escepcional? Qué Jesucristo es el único mortal viviente siempre sobre la tierra. Prerogativa semejante sobrepuja en muchos puntos á la mayor grandeza que del hombre se

---

(1) S. Juan, 6, 69.

puede concebir, para que no deba considerarse sobrehumana. La Iglesia canta pues una verdadera apología, cuando hace del nombre de Jesús el siguiente elogio del que sólo un Dios es merecedor: A Vos que vivís y reinais en los siglos de los siglos!

II.

Y del mismo modo que en su duracion, ¿no lo es tambien en su sabiduría? Para juzgarlo debidamente, es indispensable que coloquemos una al lado de otra, la medida de la sabiduría del hombre, y la medida de la sabiduría de Jesús. De la diferencia podrémos sacar nuestra prueba, porqué entre el punto extremo de la primera y el punto inicial de la segunda existe una distancia que el espíritu humano puede apreciar con harta dificultad; pero que por más que haga no puede traspasar.

Desde luégo tenemos que la sabiduría de Jesús es sobrehumana por su originalidad. Fíjese la atencion en todos los sábios que han proporcionado revelaciones á la tierra, y se verá que por una especie de germinacion gradual surgen del suelo en el cual han nacido. Tómese un hombre de génio cualquiera, y la historia os designará á los maestros, los libros y los acontecimientos en que se ha aleccionado. Sea por ejemplo Mahoma y podrá observarse que fué más bien que un inventor un compilador, puesto que su religion no es más que una impura mescolanza de la Biblia con el sensualismo de Epicuro. Bouddha era un personaje extraordinario más bien que un creador, porque procede de antepasados conocidos, y su escesivo ascetismo, era muy del gusto y formaba parte de muchas sectas religiosas del extremo Oriente. En cambio ¿dónde está, cual es el libro generador del Evangelio? ¿Quién es el maestro que ha formado á Jesús? ¿Cuáles los sucesos históricos que determinaron su generacion? ¿Quién puede referir la genealogía de esa sabiduría? *Generationem ejus qui enarrabit* (1). Nadie. Jesucristo es el único sábio que no tiene parecido. Y esto consiste en que no obstante haberse predicho su advenimiento, al aparecer en la tierra, nadie acertó á conocerle. Único maestro sin ascendientes intelectuales, su fisonomía tiene algo de imprevisto, por lo mismo que no habia precedido transicion alguna que lo preparara, y por más que hubiesen hecho los hombres, no habrian conseguido imaginarlo tal cual era, porqué áun cuando lo esperaban, esperábanlo muy distinto. Ninguno de los mesías que el rabinismo concibiera fuera

(1) *Act.* 8, 33

de la inspiracion profética, tenia fuerzas suficientes para hacerlo presentir, y esto explica perfectamente el que su advenimiento haya sido una esperanza de cuatro mil años, y su aparicion constituya una verdadera sorpresa.

Por lo demás, el espíritu humano, en general, más bien áun que el judaismo, veíase constreñido á realizar semejante concepcion. Un Cristo mero producto filosófico, habria ostentado los caractéres del país en que se imaginara. El camellero de la Meca, es árabe de pura raza; como indio y nada más que indio el reformador de Kapilavastou. Jesús, lo mismo en su persona que en su sabiduría, revela un ideal de perfeccion que es de todos los tiempos y de todos los países. Y en verdad que, teniendo esto en cuenta, no puede concebirse la extraña aberracion de la exégesis enemiga, que tiene valor y osadía para echarle en cara el no haber sabido el griego! De seguro no debia desconocerlo, cuando tan bien y con tanta facilidad supo enseñárselo á sus Apóstoles; pero entraba en sus planes no aparecer como Hebreo, ni como Griego, es decir, no afectar carácter alguno local, y sí hacerse, en lo que á la inteligencia se refiere, compatriota de todos los hombres, y ciudadano de todos los países. De esta suerte, Cristo tiene nacionalidad y antepasados, mas nó su doctrina. Judío de nacimiento, su sabiduría es cosmopolita. Ahora bien, una sabiduría que de tal modo pertenece á la humanidad entera, que no ha echado sus raices en determinado punto de la tierra, debe de haber nacido de sí misma, y todo lo que procede de sí mismo, es decir, todo lo increado, es divino.

Y todavía se reconoce la divinidad de esta sabiduría en su infalibilidad. Confesamos con toda ingenuidad, que la sonrisa asoma involuntariamente á nuestros lábios cuando pasamos en revista las quimeras y las fantasías qué han mezclado con sus sistemas los génios más profundos desprovistos de fé. Hasta los mismos doctores cristianos han dejado escapar notas discordantes en los grandes conciertos de la verdad; y por esto el sentido moral se extremece al considerar lo que seria del mundo si se humillaba ante la infalibilidad de Zoroastro, de Confucio, ó del gran Lama. En cambio, ¿quién es capaz de señalar el lado débil del génio de Jesucristo? ¿Cuál la página de su Evangelio que haya pasado á la categoría de las especulaciones desdeñadas? La verdad es que Jesucristo es el árbitro hasta de aquellos que no le adoran, y tanto es así, que muchos que no lo aceptan como Dios, reconocen la infalibilidad de su sabiduría, con lo cual, sin darse cuenta de ello, reconocen implícitamente su divinidad. De manera, que los pensadores contemporáneos que han declarado al Verbo hecho carne, inferior á Marco-Aurelio y al dulcísimo Spinosa, llevan la penitencia en la extravagancia de su propia blasfemia. «Jesús es único en todo, y nada, absoluta-«mente nada puede comparársele. Mucho tiempo habrá transcur-«rido desde que deje de prestarse fé al milagro físico, y Jesús

«continuará siendo un milagro psicológico. No será posible com-«prender que el contemporáneo de Hillel y de Schammaï sea su «hermano segun el espíritu, y que la misma savia haya producido « paralelamente el Talmud y el Evangelio, el monumento más sin-«gular de la aberracion intelectual, y la creacion más elevada del «sentido moral (1).» Tan cierto es que el espíritu humano hace actos de fé, siquiera involuntarios, hasta en ciertas blasfemias, y que ni áun negando á Jesucristo puede tratársele como de potencia á potencia.

¿Y esta sabiduría que no desfallece, ganaria en seguridad, aumentando en timidez? En manera alguna: pues posee lo infinito de la aberracion. De ella ha podido decirse que es la única continuamente sublime. Y téngase en cuenta que lo sublime, es uno de esos hechos mágicos, á los cuales ni áun el génio puede alcanzar con frecuencia. Los trasportes que experimenta cuando lo ha conseguido, revelan elocuentemente que sufre una violencia que viene de lo alto, y cuando desciende, confuso, sorprendido como San Pablo, al bajar del tercer cielo, vése obligado á preguntarse: ¿era yo ó era otro el que hablaba? Lo ignoro; enagenado cuando tales sucesos se realizaron, no puedo decir lo que sucedió. Sólo Jesucristo ha sido siempre sublime, con la circunstancia de que lo ha sido sin salir de sí mismo. No ha de realizar esfuerzo alguno para alcanzar las mayores alturas, porque esas alturas constituyen su medida ordinaria. Para convencerse de ello, basta con fijarse en la naturalidad de sus discursos, áun en aquellos en que trata los asuntos más superiores á la naturaleza. Habla, por ejemplo, de la Trinidad, y lo hace en los mismos términos con que un simple mortal hablaria de su familia: ocúpase del paraíso, y no parece sino que trata de su propia casa. Su ciencia no es ni aprendida ni inspirada, puesto que ni se distingue en ella el esfuerzo de un trabajo personal, ni el reflejo de una iluminacion exterior. Por poco que se observe, puede comprenderse que esta ciencia no es más que su propio pensamiento, nacido en el secreto que revela, y que constituye el sol y no el rayo de la luz que difunde. Esto explica el porque el espíritu que se llega á cansar de las obras más perfectas realizadas por el hombre encuentra siempre nuevos motivos de delectacion en las páginas del Evangelio. Comprendo que Napoleon reconociera en esa palabra tranquila y profunda, como en lo infinito de los espacios celestes, un reflejo de la divina inmensidad. Sí, podemos sumergirnos incesantemente en esas lejanas profundidades sin alcanzar jamás al fondo, y ante la majestad de las Escrituras, lo mismo que ante la de la creacion, el espíritu reconoce lo divino por la admiracion siempre inagotable que le inspira.

---

(1) Renan. *Historiadores críticos de Jesús.*

Esta sabiduría acostumbrada á volar por las celestes regiones, ¿podría ocultarse á las miradas de los ignorantes? No, puesto que tambien es sobrehumana por su misma sencillez. Como el sol de que acabo de hacer mencion, lo mismo dora las más encumbradas cimas de la cordillera más elevada, que penetra en los repliegues más escondidos del valle más profundo. ¡Yo os aseguro que Jesús así sabia cautivar la atencion de los pequeñuelos como la de los infatuados miembros de la Sinagoga; que así se apoderaba del corazon de las pobres mujeres del pueblo cuyo orador era, como del de los sábios de Israel! En general, los grandes espíritus no se dejan comprender del vulgo de las gentes: pierden en claridad cuanto ganan en profundidad, y sólo logran insinuarse á la cabeza, en perjuicio del corazon; pero Jesús ha sido á la vez el orador más elevado y el más popular. Poseía el secreto de ser sencillo en Galilea, dirigiéndose á los aldeanos de las riberas de Tiberíade y apologista, bajo los pórticos del templo, centro de la controversia rabínica. Cuando enseña, no hay hombre alguno que no reconozca á su Maestro, ora proceda aquel de las Pieles-Rojas del alto Canadá, ora viva en medio del refinamiento de la más perfecta civilizacion. Cuando él habla, quien lo oye se siente fascinado, lo mismo si en él domina la inteligencia más elevada, que si se mueve sólo á impulsos de la más esquisita sensibilidad.

Recordemos sinó su retórica tan descuidada como infiel á las tradiciones establecidas. Él se afirma; pero jamás se prueba. En su Evangelio no se halla un sólo silogismo, y no obstante penetra en las convicciones del mundo, como en sus pueblos, es decir, sin armas, porque se halla revestido de una fuerza tal, que le pone á cubierto de todo temor y le asegura respecto á la necesidad de tener que dar golpe alguno. Ni una vez siquiera ensayó la demostracion de su divinidad que nos ocupa en este instante; y en verdad que no tenia por qué tomarse semejante trabajo, porque el sentimiento público no se engaña jamás, y el corazon de los pobres iluminado por el amor, influía para que á su paso se dijera: Nó, no es así, como hablan los hombres. *Numquam sic locutus est homo* (1).

No vaya á creerse, sin embargo, que Jesús dejara siempre á la lógica del corazon el trabajo de deducir esa consecuencia; pues no transcurre mucho tiempo sin que llame en su auxilio lo infinito de su presencia, y le ordene que brille en su palabra para certificarla. Al presente, ¡oh, Dios mio! acudiré á vuestras revelaciones, y me pondré al alcance de vuestra mirada, procurando escrutar aquello que no ha sido áun! Hé ahí un don que no pueden reivindicar en su favor, ni el profeta de la Arabia, ni el famoso Sidartha. Recór-

---

(1) San Juan, 7-46.

rase el Coran ó el *Loto de la buena ley*, y por más que se lega no podrá encontrarse cosa alguna que siquiera de muy léjos se parezca á las siguientes profecías, tomadas al azar entre otras cien que podrian citarse.

Entónces Jesús dijo á sus Apóstoles: *Subimos á Jerusalen aquí se me escupirá al rostro; seré azotado y crucificado; mas no temais, pues resucitaré al tercer dia.* Entónces Jesús dijo á S. Pedro: *En verdad te digo que me negarás tres veces en esta misma noche antes que cante el gallo.* Entónces dijo de la Magdalena: *Donde quiera que sea predicado el Evangelio, será celebrado en memoria mia lo que ella ha hecho hoy.* Y cuando en París se discurre por delante del templo que lleva el nombre de la Pecadora, y se la contempla esculpida en el fronton del edificio, puesta de hinojos ante Jesús, en tanto que el mundo se postra delante de ella, se comprende el respeto debido á la palabra de nuestro Señor, merced á las vicisitudes de lo porvenir. Entónces, en fin, Jesús predijo á la infiel Jerusalen el espectáculo de sus moradas desiertas; las madres maldiciendo de su fecundidad; sometida á la espada vencedora de Tito; y por último la hace asistir, viva áun, si así cabe decirlo, al trance desgarrador en que habia de exhalar su postrer suspiro, y la llora con tal fidelidad de prevision, que la negacion para declinar la autoridad de esta profecía, no puede ménos que juzgarla interpolacion calcada en la narracion del suceso ya realizado, siendo así que el suceso se realizó al pié de la letra del modo como la profecía lo habia anunciado.

Sí, cuando Jesús interpela los acontecimientos ocultos, jamás le contradicen: cuando apela á lo porvenir en apoyo de su palabra, jamás deja el porvenir que sus palabras resulten falsas. Y téngase en cuenta que al paso que los otros se llaman los profetas de Dios, este declara que es el Dios de los Profetas: de dónde resulta, que ya que no sea Dios, es un personaje inexplicable, de manera que distan mucho de estar en lo cierto los que juzgan más sencillo honrarle como un sábio, incomprensible al buen sentido, que como un Dios inexplicable por la simple razon.

Pero mucho más todavía que por su presciencia de Profeta, Jesús es sobrehumano por su prevision de conquistador. Contemplemos por un momento á ese nuevo invasor que aspira nada ménos que al dominio universal; penetremos en el santuario de sus consejos y tomemos acta de sus vastísimos planes. En casos tales un simple mortal se rodea de generales probados en las lides, derrama con gran profusion las proclamas más seductoras, y antes de descargar el primer golpe, procura por todos los medios ganarse las voluntades. Esto hecho inclínase sobre un mapa y señala las fronteras que debe borrar y los imperios que aspira á reducir. Despues arrebatado en alas de la fantasía, lanza cuerpos de ejército en la direccion que más bien cuadra á sus planes ambiciosos; debela las

comarcas; reduce á polvo los pueblos que rechazan la proposicion de someterse, y cuando ha conseguido clavar su planta de manera que domine desde el septentrion hasta el mediodia, contémplase en el apogeo de su fortuna y juzga satisfechas sus ambiciones todas. En una palabra: todo conquistador excogita medios proporcionados al fin que se propone realizar. Bouddha, por ejemplo, con todo y descender de sangre real, solo ha dominado los pueblos cuando ha sometido sus reyes, y por lo que á Mahoma se refiere, de seguro no habria logrado reunir un centenar de creyentes sin el concurso de la cimitarra y las seducciones de la poligamia: solo Jesucristo llevó á cabo sus conquistas y previó que las llevaria á cabo, marchando al encuentro de todas la ideas recibidas, y de todas las pasiones desencadenadas.

Fíjese en ello la atencion: El no dijo jamás esgrimiré la espada de los antiguos reyes de Judá mis primogénitores, con objeto de sostener una moral fácil, enseñanzas populares, ó preocupaciones nacionales, sino que manifestó que se veria pobre, y despreciado y calumniado y azotado. ¿Y despues? Despues de esto con el cuerpo inundado en sangre, y la cruz á cuestas, me presentaré á la faz del siglo de Tiberio y de Neron, y exclamaré: Hé ahí al hombre y ese siglo me matará. ¿Y despues? Despues elegiré como herederos mios á doce pobres pescadores, que hablarán, sufrirán y morirán á su vez. ¿Y despues? Despues suscitaré otros muchos que hablarán y morirán del propio modo, y con tal que durante tres siglos no me falte sangre para recrear los ócios de los Césares, ni elocuentes ejempl s que parangonar con la lujuria pagana, mis fines se habrán realizado y el mundo es mio.

Y bien; ¿qué decís de esto? No es verdad que semejante propósito carece de sentido comun? Indudablemente, puesto que se halla muy por encima de todo lo imaginable. Humanamente hablando es un verdadero absurdo; mas precisamente por este motivo su realizacion prevista le comunica el carácter divino. No se me oculta, que por lo mismo que hemos visto constantemente realizado semejante plan, hemos concluido por juzgarlo la cosa más natural; mas téngase en cuenta que para comprenderlo debidamente, la razon necesita hacer un gran esfuerzo, y como Jesús comprendió anticipadamente la existencia de tales efectos como resultantes de esas causas, hemos de convenir en que no pudo ser en virtud de una intuicion humana, puesto que la humana prevision debia esperar todo lo contrario.

Atrás pues las sabidurías rivales de esta. Desafia á todas las revelaciones que han fijado la admiracion de los hombres, y no hay una sola que pueda igualarsele. Desprecio y compasion especialmente, por la ficcion pueril del islamismo, segun la cual los ángeles entregaron al fundador de la Hegira una vitela azul y una pluma de diamante con que escribir en ella el Coran. La única ley digna de

ser escrita por la mano de los ángeles, porque es un Dios quien la ha dictado, es la ley de Cristo. Siendo como es sobrehumana en su originalidad, en su infalibilidad, en su elevacion, en su sencillez, en su presciencia, no cabe más medio que ó negar todas las leyes de la analogía, ó adorar en Jesús la sabiduría divina. Y no se crea que la que acabamos de plantear sea una conclusion meramente metafórica: cuando en el pedestal de Platon, de Mozart ó de santo Tomás esculpimos el título de *divino*, incurrimos en una hipérbole hija de nuestra laudatoria admiracion; pero cuando decimos el *Divino Maestro*, la alabanza deja de ser una figura, y el epíteto no es más que la expresion adecuada del substantivo, porque Dios y Jesús son dos sinónimos que se asocian por la completa identidad de su significacion.

III.

Del propio modo que la suprema sabiduría, el supremo poder, atestigua en la accion del hombre una fuerza divina. Y no se pretenda salirme al paso oponiéndome la objecion tantas veces rebatida, de que toda religion tiene sus milagros y de que cada fundador ha hecho los suyos. Semejante asercion resulta falsa pues precisamente el explendor y la autenticidad de los milagros de Jesucristo es lo que le distingue de los demás fundadores hasta tal punto, que jamás el buen sentido ha colocado taumaturgo alguno al lado de Jesús. En cambio resulta cierta si se considera que además del poder de Dios, existe un poder superior al del hombre, que es el poder del demonio, y del cual este se vale algunas veces para acreditar sus obras. Negar pues esas dos especies de manifestaciones sobrenaturales, es negar á sabiendas la evidencia, y cerrar los ojos á los testimonios de la historia. Pues bien, coloquemos en frente de los milagros de Jesús los resultantes de la influencia diabólica, y los del laboratorio científico, y sepamos si en la tierra ó en el infierno, existe fuerza alguna capaz de equipararse á la omnipotencia divina.

Tres especies de soberanía ha ejercido Jesucristo en la tierra, en cada una de las cuales se ha medido con los poderes del órden natural y del órden sobrenatural, con los cuales se le objeta, dejándolos á todos á muchísima distancia. Por ejemplo, el génio médico lucha con éxito con la enfermedad y con la muerte: comparémos sin embargo su obra con la de Jesucristo y demostrémos las diferencias. La ciencia ha menester un mes para curar una enfermedad, como hays llegado á revestir la forma crónica: hé ahí al hombre. Jesús le dice á un paralítico que hacía treinta años se hallaba en este estado: «Levántate,» y el paralítico toma su lecho á cues-

tas y se marcha por su pié como si tal cosa: hé ahí á Dios. A lo más á que ha podido llegar la ciencia respecto del cadáver ha sido á imprimirle, por medio del galvanismo, una contraccion pasajera ó un movimiento aparente; ó á retardar la descomposicion echando mano de tiras de lienzo y de substancias aromáticas: hé ahí al hombre. Jesús dice á un hombre que hacia cuatro dias estaba muerto: «Sal de la tumba,» y es obedecido: hé ahí á Dios. Ahora bien, ¿dónde está el magnetismo que puede parangonarse con la obra de Jesucristo? Si existe, que extienda su mano sobre la piedra de los sepulcros, que nos muestre su Lázaro y creerémos en él.

Los físicos y los naturalistas, por su parte, han alcanzado gran dominio sobre la materia inorgánica; pero por más que hagan siempre quedarán muy por debajo de Jesucristo. Explican las substancias sin cambiarlas; clasifican los fenómenos sin modificarlos; demuestran las leyes sin poderlas dominar: hé ahí al hombre. Mas así como el Padre celestial ha producido las substancias, el Hijo las reproduce en Canáan; así como el Padre dijo: *Sea hecha la luz. Y la luz quedó hecha* (1), el Hijo dijo á los ojos de los ciegos: *Epheta*, y se abrieron á los resplandores del dia; así como el Padre infundió vida á la materia, el Hijo hizo otro tanto en tres resurrecciones igualmente célebres; y así como el Padre ha decretado las leyes de la naturaleza, el Hijo las suspende á cada momento: hé ahí á Dios. Hay más aun: para que no sea puesto en duda el poder sobrenatural de Jesús, transmítelo á su Iglesia, la cual realiza idénticas maravillas en virtud de aquellas palabras: *Quien cree en mí, ése hara tambien las mismas obras que yo hago, y las hará todavía mayores* (2).

Despues de haber impreso el sello de su poder á la materia física, Jesús ha querido imprimirlo tambien en la naturaleza moral. Contemplemos, bajo este nuevo aspecto, las obras del hombre y las obras de Dios. Los filósofos, que forman y transforman la humanidad, dice Voltaire, jamás, han logrado ejercer su influencia en las costumbres de la calle en que moraban. Voltaire no estaba en lo cierto al expresarse en tales términos: los filósofos no han conseguido dominar á sus vecinos en cuanto con el bien tenia relacion; pero han ejercido influencia sobre el mundo entero en lo referente al mal: hé ahí al hombre. Jesús, en cambio, pronuncia algunas palabras sobre el alma de la humanidad, y hace brotar novedades tan sorprendentes como la fecundacion de la nada: hé ahí á Dios. De la misma manera que, en un principio, cada una de las palabras del Verbo creador suscitaba nuevos globos á la vida; cada una de las palabras del Verbo redentor constituye un *fiat* omnipotente que realiza prodigios

(1) Gen., 1-3.
(2) San Juan, 14, 12.

más grandes áun. Espectáculo sublime debió ser sin duda alguna el de los mundos surgiendo de la nada á la voz del Creador, y marchando á ocupar en el espacio el lugar señalado á las órbitas dentro de las cuales gravitan; pero, con todo esto, no fué ménos solemne en el tiempo, el instante en que las virtudes cristianas brotando de la palabra divina, aparecieron sobre la superficie de la tierra, y la Iglesia, con sus miriadas de predestinados, salió del costado herido de Jesús. Entonces el Maestro dijo: *Vende cuanto tienes y dáselo á los pobres* (1): y mediante tales palabras, sembraba innumerables cenobitas en lo porvenir. El Maestro añade: *No tengais miedo de los que matan al cuerpo* (2): y con tales palabras, engendrábanse infinidad de mártires. Por último, el Maestro dijo: *Ama á tu prójimo como á ti mismo* (3), y los monumentos, los héroes, los tesoros, las invenciones de la caridad, nacen de la virtud oculta en este gran mandamiento. De manera, que así como Jesús, taumaturgo del órden físico, actuó solamente durante algunos años, como taumaturgo del órden moral no descansa nunca: en tanto que la creacion material duró únicamente seis dias, la creacion espiritual es incesante, y cuando haya llegado, para la primera, la hora de la destruccion, la segunda, compuesta de nuestras virtudes, brillará con explendor inextinguible en el firmamento de la eternidad: *Quasi stellæ in perpetua æternitates* (4).

Por último, Jesús ha ejercido su soberanía sobre un fondo más resistente que la naturaleza física y la naturaleza moral; pues ha obrado sobre los acontecimientos venideros, ó los futuros contingentes. Ya hemos dicho que para preverlos es indispensable la ciencia de un Dios; mas tambien es precisa la potencia de un Dios para trabajarlos y dirigirlos en sentido opuesto á sus naturales corrientes. Ahora bien, medítese con la debida detencion ese gran milagro de Jesucristo fundador. Bouddha, fué sólo un conquistador feliz gracias á haber puesto de su parte los reyes y las pasiones; Mahoma logró imponerse porque al paso que con una mano mostraba una ley llena de seducciones, con la otra ponia de manifiesto la corva cimitarra, diciendo: cree ó muere. En suma, todo fundador ha hecho del prestigio de su gloria ó de su fuerza material el resorte, el secreto de su imperio: tal es el hombre. Jesucristo perece en un patíbulo, y de la infamia de su muerte, y de la debilidad de sus medios, hace el nervio de su dominacion: hé ahí á Dios. Otro habria fiado su fortuna á prudentes combinaciones, y apoyándose por una parte en la política y por otra en los intereses; por un lado en

(1) San Mat., 19-21.
(2) San Luc., 12-4.
(3) San Mat., 19-19.
(4) Dan., 12-3.

determinados rios, por otro en tales ó cuales montañas, habria dicho: Dueño de esta posicion inexpugnable reinaré: hé ahí al hombre. Jesús le dice á un pobre pescador desprovisto de toda instruccion: Tomarás esta cruz que constituye el padron de ignominia del esclavo, y la execracion del universo entero, y desprovisto de numerario, de calzado y hasta de báculo, te dirigirás á la capital impura donde Tiberio y Neron reciben el incienso debido á la divinidad: allá increparás al César, señor del mundo que yo te mando conquistar; allá atacarás la idolatría dominante bajo la salvaguardia de las haces imperiales y de preocupaciones envejecidas, y la destruirás; te encaminarás al Panteon donde se hallan representados los dioses de todos los pueblos y despues de haberlos derribado colocarás en su lugar á tu Crucificado de Jerusalen; y por último, á esa Roma que se juzga señora del mundo, la dirás, Yo soy tu señor; y cuando esa Roma haya hecho befa de tus palabras, y burla de tu pobre sayal, y haya derramado tu sangre, quedarán echados de tal suerte los cimientos de mi edificio, que todos los poderes del mundo serán impotentes para destruirlos, y hallaréme convertido en el mayor potentado de la tierra: hé ahí á Dios. Vosotros, los que pedís milagros, ahí teneis uno que dura todavía. El cristianismo, es decir, el poder más formidable de la tierra, descansa sobre dos ignominias: una cuna, un puñado de paja extendida sobre el suelo de un establo; y una cruz, un patíbulo levantado en la cumbre de una montaña. La fuerza brotando de la miseria; la inmortalidad, producto de la muerte. Despues de lo dicho, puedo á justo título preguntar: ¿se concibe que no sea el autor de la naturaleza, el que así la muda y tergiversa?

«Mahoma se estableció matando; Jesucristo haciendo matar á «los suyos. Si Mahoma ha elegido el sistema de triunfar humana«mente, Jesucristo ha elegido el de sucumbir humanamente. Y en «lugar de deducir que, puesto que Mahoma consiguió sus propó«sitos, nada tiene de particular que alcanzara los suyos Jesucristo; «deberia decirse: que por lo mismo que los alcanzó Mahoma, el «cristianismo habria debido sucumbir, á no haberle apoyado una «fuerza divina (1).» Tales son las diferencias características entre el poder del hombre y el poder de Dios.

Demostrado que Cristo ha dado pruebas inequívocas de su poder divino, no sólo en lo que se refiere á la naturaleza física, sino tambien en lo que dice relacion á la moral y á los acontecimientos históricos, no se concibe que los deistas contemporáneos se atrevan á reducirle á las proporciones de hombre.

Ya sabemos que le niegan el honor de las curaciones de que da

(1) Pascal.—*Máximas.*

cuenta el Evangelio; mas, suponiendo que respecto de este asunto estuviera de su parte la razon, equivocaríanse en sus conclusiones, puesto que no es menor el poder sobrehumano que se necesita para los milagros que desconocen, que el que se ha menester para los que suprimen. Lo mismo contradice las leyes de la naturaleza la existencia de un santo que la resurreccion de un hombre. De la misma manera que el rio marchando en sentido opuesto á su natural corriente, los acontecimientos que se realizan en sentido opuesto á las leyes de la historia, constituyen una derogacion de las de la naturaleza. Pues bien, para destruir á Jesucristo taumaturgo, no basta con borrar del Evangelio las curaciones maravillosas que llevó á cabo; es necesario además probar que un hombre tiene el poder indispensable para producir todos los santos y toda la santidad del cristianismo, y cambiar el mundo, sin más auxiliares que una docena de ignorantes completamente desconceptuados. Ello es fuerza convenir en que la resurreccion del mundo no es ménos milagrosa que la de Lázaro.

Con todo esto, no puedo ménos que preguntar á los evangelistas segun el racionalismo, por qué razon suprimen los prodigios físicos en los actos de Jesús. ¿Consiste acaso en que semejantes hechos son incompatibles con su sistema? ¿Desde cuándo un sistema sin pruebas debe prevalecer sobre hechos perfectamente probados? Y sin embargo, la verdad es que los hechos realizados por Jesús se hallan mil veces más probados que los de Sócrates. Lo están por su evidencia histórica, toda vez que se realizaron ante los ojos del pueblo romano en el apogeo de la civilizacion judáica, y ejerciéndose una vigilancia desconfiada y suspicaz, en una época en que la historia distinguia tan perfectamente, en esta materia, lo verdadero de lo falso, que sepultó en el olvido los milagros de veinte mesías contemporáneos, para transmitir á la inmortalidad los obrados por Jesús. Esos hechos están probados por la confesion implícita de testigos interesados en negarlos, puesto que los Judíos, movidos por pasiones implacables y por obstinadas preocupaciones, han acusado á Jesús de satanismo; pero en manera alguna de juglaría. Lo son por el sentido comun crítico, porque los milagros del Evangelio tienen el mismo grado de verdad histórica que su doctrina; y admitir esta para rechazar aquellos, es una contradiccion destituida de juicio: honrar una verdad moral que se presenta bajo la salvaguardia de las mayores ficciones que hayan servido para embaucar al mundo, no es en manera alguna eclectismo, es pura supersticion. Lo son por la afirmacion de testigos oculares que han muerto para confesarlos. Nieguen cuanto se quiera los milagros; pero, jamás podrá negarse que los Apóstoles y los discípulos hayan vertido su sangre para confesar que fueron testigos de ellos. Y téngase en cuenta que esos hombres no estaban locos, toda vez que su obra es sublime; no eran hipócritas, puesto que se hicieron matar por su fé; no eran

visionarios, por lo mismo que los habian visto con sus ojos y tocado con sus manos. Ahora bien: tened entendido, que si rehusais aceptar su creencia, no podeis ménos que creer en cosas mucho más extraordinarlas.

Tendréis que creer por ejemplo, que el Evangelio, es decir el libro más bello y más perfecto que se conoce, ha sido compuesto por cuatro hombres sin talento y sin honor: que este universo, que no pudieron conquistar un Alejandro y un César, lograron conquistarlo doce oscuros soñadores: que esos soñadores, sin que mediara para ellos interés alguno, ántes bien en contra de su propio interés, han hecho de su muerte una mentira colectiva en provecho de un hombre despreciable, puesto que si no son milagros lo que hizo, deben considerarse verdaderas farsas. La verdad es que supuesto que Jesucristo no haya sido taumaturgo durante su vida, sería este un milagro de ultratumba, de todo punto irrecusable.

Todavía podemos añadir que semejantes prodigios se hallan además probados por el número y por la calidad de adeptos que inmediatamente han subyugado. Los sábios y el pueblo, las ilustraciones intelectuales de los primeros siglos, como las Vírgenes de Roma y los libertos de la casa de los Césares, han creido en ellos de la propia suerte. Las persecuciones constituyen un combate de cuatrocientos años dado en este terreno, precisamente en una época en que la proximidad de los tiempos y de los lugares, hacía más fácil la comprobacion. Y sin embargo, para sostener los dos grandes milagros de la divinidad y la resurreccion de Jesucristo, presentáronse siempre más campeones de los que pudo sacrificar la tiranía romana. Esto sentado, ¿con qué derecho se viene, desde las profundidades de lo porvenir, y mediando el lapso de dos mil años, con qué derecho, repito, se viene á decir á San Juan, á S. Policarpo, á Atenágoras, á Arnobio, á S. Epifanio, á S. Justino, á Clemente de Alejandría, en suma, á todos los Apóstoles y á todos los Mártires, á todos los testigos oculares y á todos los contemporáneos, ú os engañásteis, ó bien habeis engañado? Cuando se han suprimido los milagros del Evangelio, todavía queda por explicar la manera como tantos hombres eminentes por su saber y por su virtud, que han podido verlos y juzgarlos de cerca, han creido en ellos. De manera que como siempre, tenemos los milagros de la negacion, ocupando el lugar de los de la fé; pero sin destruirlos. Milagro por milagro, se ha dicho, prefiero el que deroga por la voluntad divina una ley del mundo físico, al que por consecuencia de la locura humana, destruye una ley del mundo moral.

IV.

Del mismo modo que la duracion, la sabiduría y el poder, la santidad constituye en Jesús una grandeza por la cual soprepuja

igualmente los límites de lo humano. En el órden moral todos los modelos son inferiores á este, puesto que, sea el que se quiera el punto de vista desde el cual se le considere, resultan patentes en favor del mismo las siguientes ventajas: perfeccion absoluta; verdadera medida dentro de esta perfeccion y ser inexplicable en esta misma perfeccion.

Ó Dios, es decir, lo absoluto en substancia no existe, ó una santidad que lleva impreso el sello de lo absoluto debe ser divina. Tal acontece con la de Jesús que carece de límites. La perfeccion humana se reconoce siempre á consecuencia de algun vacío: ¿dónde están los vacíos en la parte moral de Jesucristo? Los hombres más perfectos que estamos acostumbrados á ver, ofrecen siempre una virtud saliente sobre el conjunto de sus demás virtudes, por lo mismo que su santidad es parcial: nadie es capaz de indicar la virtud sobresaliente de Jesús, puesto que las posee todas. No sólo ha puesto de manifiesto al mundo una moral completamente desconocida, sinó que además fué á la vez ejemplo y revelador; y si era indispensable ser un Dios para revelarla, no ménos se necesitaba serlo para ofrecer en sí mismo un ideal tan perfecto.

Por lo demás, en tanto que los otros fundadores tienden á la dominacion, este subordina sus designios todos á la perfeccion y á la purificacion de los hombres. Sólo él, sin más vínculo de union que la comunidad de virtudes, ha logrado establecer el reino de las almas y la república universal de las conciencias. Creacion aparte, que no entraba en manera alguna en las ideas del hombre, y que sólo puede sér producto de una moralidad divina. En efecto, en el seno de esta creacion, Jesús siembra virtudes cuya aparicion ha sido el comienzo de una era: la castidad, la humildad, la pobreza voluntaria, la obediencia por amor, la compasion para con los pobres, la indulgencia respecto de los pecadores, la piedad para con los recien nacidos, son otros tantos timbres que ennoblecen el alma humana, que considerados hasta entónces como vicios ó debilidades, vénse por él convertidos en instrumento de universal transfiguracion.

La plenitud de la santidad de Jesús, no tiene igual áun puesta en parangon con todos los santos de la humanidad. Como con tanta exactitud lo ha dicho M. Nicolás, podemos á nuestra vez repetir: imaginad un sabio cualquiera, y de seguro descubriréis en él rasgos de fisonomía que os lo harán semejante ó parecido á otro, más buscad un rostro que pueda ponerse al lado de la santa Faz, sin que resulte perjudicado el sentido moral, y de seguro no lo encontraréis. Sócrates podrá ser comprado á Platon; Boudha á Confucio; Mahoma á Zoroastro, sólo Cristo es parecido á sí mismo, y separado de la tierra por una especie de pedestal místico, no puede compararse á nadie absolutamente de la tierra, porque sus iguales son únicamente el Padre celestial y el Espíritu Santo. Únicamente él

puede decir á sus acusadores, lo que hombre alguno tiene el derecho de decirles: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado* (1)? Y ante semejante palabra, brota de su frente una luz deslumbrante: los santos callan y adoran; los fariseos enmudecen y perecen de despecho; diez y ocho siglos cierran los labios sin atreverse á balbucear una palabra para desmentirle, y la humanidad entera se ve obligada á inclinarse delante de él, apesar de su resistencia á humillarse, porque comprende que semejante provocacion tiene más alto asiento que su miseria, y que por más que hiciera no lograria triunfar.

Hay sin embargo un mérito no ménos dificil que la perfeccion y es la medida en la perfeccion. Una de las cosas más antipáticas á la humanidad, es la sobriedad en la sabiduría tan recomendada por S. Pablo. Naturalmente nos inclinamos hácia el bien, huyendo los escesos del mal y sólo Dios es capaz de ese perfecto equilibrio, de ese justo medio proverbial en el cual consiste la virtud: ello es que nadie, antes de Jesucristo, supo dar con el punto imperceptible, más allá, ó más acá del cual, termina la perfeccion. Contemplad por ejemplo á Caton en su impasibilidad imperturbable, y un sentimiento íntimo os dirá: es una actitud fuerte; pero extremada: contemplad á S. Simeon Stylita en su columna; á Francisco de Asís, bajo los harapos de su pobreza; al inocente S. Luis Gonzaga en el fervor de su niñez inmaculada, y la conciencia os dirá: es respetable; pero más fácil de admirar que de imitar. En una palabra, en todas partes en la humanidad, ese defecto de exageracion, que consiste en no saberse preservar del mal, como no sea arrojándose en la exageracion del bien. Jesucristo es el único que no ha menoscabado su virtud en lo más mínimo, ni siquiera por esceso de perfeccion. Si le colocamos al lado de todos los séres perfectos formados en su escuela, de seguro quedarémos ménos sorprendidos por el espectáculo del adorable modelo, que por el de sus discípulos. Semejante á esos edificios cuya magnitud desaparece ante la exacta proporcionalidad de sus dimensiones, persuade de que para imitarlo basta conseguirlo. Más bien solicita nuestra imitacion que influye para que desesperemos de alcanzarla; pues así como la virtud de los santos nos asusta, la suya nos atrae. En vano el presidente romano poniéndolo de manifiesto al pueblo exclamó: Hé ahí el hombre, pues ánte el aspecto de aquella fuerza tan tierna, de aquella magestad tan sencilla, de aquella dignidad tan paciente, de aquella santidad tan templada, de aquellos matices indescriptibles, en una palabra, que constituyen su carácter moral, la razon se ve obligada á exclamar. Hé ahí un hombre-Dios.

Y al llegar á este punto, permítaseme manifestar, que áun cuando

---

(1) San Juan, 8, 46.

se me amenazara con las más atroces suplicios, tendría que renunciar á establecer un paralelo entre la belleza moral de Jesús y la de los demás fundadores de religion. Convengo en que la moral del boudhismo no es impura; pero no puede negarse que en cambio es soberanamente ridícula. Un mundo construido á su imágen, sería una caricatura: un mundo poblado de hombres parecidos á Jesús, sería un paraíso. En cuanto á la moralidad de Mahoma, basta con decir, que al paso que veo á la pasion anticristiana empeñarse en semejante rêhabilitacion, me siento mayormente humillado por las inepcias perversas que la época presente osa exhibir á su credulidad. Y gracias áun, que cuando de virtud se trata, no se mencione jamás al disipado legislador de los hijos de Ismael; pues no puede negarse que fué un hombre perverso, más bien que un reformador; un hombre que se mostró vicioso hasta la desvergüenza, no sabiendo ser puro hasta el sacrificio. Al morir dejó nueve viudas; habíase casado públicamente con quince mujeres, sin contar las concubinas. Los que ven en el Coran un libro edificante, y en su autor un digno rival de Jesucristo, darían indudablemente en contra suya terribles pruebas, si estuviese averiguado que sólo hablan de los libros que han estudiado y de los hombres que conocen.

Mas, ¿qué necesidad tenemos de someter la santidad de Jesús á esas odiosas comparaciones? La misma negacion nos dispensa de ello. Strauss ha puesto término á uno de los libros más anticristianos de nuestro siglo, con esta inesperada concesion. «No ha existido persona alguna capaz de alcanzar el mismo grado de vida religiosa que Jesucristo (1).» Inconsecuencia flagrante, puesto que si Jesús no fué más que un hombre, no se concibe que no pueda ser igualado por otro. Inconsecuencia, por otra parte digna de respeto, porque demuestra que el espíritu occidental, está tan completamente lleno de la divinidad de Jesucristo, que áun en los momentos en que la niega en sus premisas, implícitamente lo confiesa en sus consecuencias.

Sin embargo entiéndase que no acepto en favor de mi adorado Maestro esos irrisorios homenajes, puesto que si por la santidad no se eleva hasta Dios, desciende hasta un nivel inferior á la honradez humana. No olvidemos en manera alguna que no deja pasar ni una sola ocasion, y de ello son testigo los Evangelios, en que no afirme su divinidad aceptando la prueba de ese papel difícil en lo porvenir. Boudha no se presenta como Dios, sinó como iniciador destinado á librar á los hombres por medio de un nuevo método de anonadamiento. El visionario de la Meca proclama que sólo Dios es Dios, y que Mahoma es su profeta. En una palabra, no existe reve-

---

(1) Strauss, t. II, p. 779.

lador alguno que haya osado colocarse sobre los altares, y reclamar adoracion: sólo los tiranos son capaces de semejante locura. En cambio Jesucristo hace su propia apoteósis, y exhibe títulos en su apoyo. De manera que admitiendo que no sea un Dios, no cabe más recurso que considerarle como un criminal; y sino es adorable como el santo de los santos, merece ser despreciado como el más orgulloso, el más egoista, el más ambicioso, el mayor tirano y el más abominable de los hombres.

Admitamos la naturaleza divina en Jesucristo, y todo cuanto ha dicho de sí mismo y todo cuanto de nosotros exije, todos los derechos que se reserva, y todos los deberes que nos impone, confirman su perfeccion ideal; mas escatimémosle la naturaleza divina, y lo reducimos á un sér problemático, en el cual no debemos ver otra cosa más que el charlatan, el loco, ó el malhechor. Perdóneme Jesús esa blasfemia arrancada por la hipótesis que al par oprime mi corazon é ilumina mi inteligencia: mi fé desmentirá por medio de sus íntimas adoraciones, cuantas injurias va á trazar mi pluma.

Sí, suponiendo que Jesucristo no sea Dios, debe considerársele como un impostor, puesto que no una, sino cien veces, con hechos y con palabras reveló su divinidad. Y es un impostor despreciable, que aducia falsos milagros en apoyo de sus asertos, y que corroborando sus embustes con ridículas mistificaciones, no vacilaba en descender hasta el último extremo de la degradacion en materia de impostura, es decir hasta el charlatanismo. Hay más áun, es un impostor que no tiene disculpa, por lo mismo que en la sinceridad no existen dos medidas: siquiera se establezca diferencia entre el que nunca miente, ó el que sólo miente alguna vez, y áun cuando fuera verdad que no hizo más que aceptar, sin buscarlo, el papel de taumaturgo, siempre resultaría que en el mero hecho de no haber protestado de ello, descendió de las alturas de su Olimpo hasta el tablado del farsante. Ahora bien: dígame el lector sinceramente, si puede imaginar capaz de tan negra combinacion á ese sábio de los sábios, á ese tipo deslumbrante de candor y de amor, qué santificó el universo, que practicó tantas virtudes, que consumó tantos trabajos, y que selló sus virtudes y sus trabajos con la sangre más pura que en tiempo alguno haya regado la tierra?

Y ya que Jesús, atestiguando falsamente su divinidad, no sea un embaucador, preciso sería convenir en que es un visionario, y un visionario tanto más extravagante, cuanto que habría estado poseido de la más extraña locura que pueda imaginarse, la de creerse el Sér supremo; y un visionario tanto más imprevisor, en cuanto inscribiendo al pié de sus obras la firma de Dios, toma á su cargo un papel que no es posible desempeñar, y se prepara la inevitable vergüenza de un fracaso ridiculizado por el porvenir; un visionario en fin, tanto más ciego, en cuanto descendiendo de un carpintero y habiendo nacido en un establo, constituye el colmo del

absurdo en la impiedad, el mero propósito de aspirar á ceñir desde la tierra tan imcomparable corona. Y ahora pregunto: ¿existe hombre alguno, dotado de sentido comun, capaz de consentir que se cubran con esa túnica de insensatez los hombros del mayor moralista, del legislador más sublime, del jefe de imperio más ilustre que haya existido jamás?

Finalmente, si Jesús haciéndose el Dios, no es un loco, es un malhechor, y un malhechor muy culpable para con el cielo, puesto que pretende abolir el paganismo, y haciéndose tributar honores inmerecidos, por lo mismo que sólo corresponden á la divinidad, lo eterniza, merced á una habilidosa transformacion; y un malhechor no ménos culpable respecto de la humanidad, por lo mismo que la extiende sobre la misma cruz en que se le ajusticia, y la hace caer de rodillas á su presencia, y la sacrifica á su gloria, y la condena á un eterno torcedor, resultante de las dificultades de la imitacion. El racionalismo sentimental de nuestros dias no debe en manera alguna honrar como á un sábio á tan empedernido mistificador! ¡Nó, no es digno del nombre de sábio el que echando mano de sortilegios y brujerías, engaña á los mártires, y usurpa en provecho propio las adoraciones del mundo. Respecto de él sólo pueden admitirse cuatro juicios, se ha dicho hasta la saciedad: ó bien debe considerársele como un charlatan, segun declaraban los Judíos, *seductor ille;* ó como un insensato, segun lo consideró Hérodes; ó como un malhechor, siguiendo en esto al anticristianismo; ó como Dios y Señor de todo lo creado, segun le proclama Santo Tomás!

No le saludeis pues como á un nuevo Sócrates, puesto que la reverencia sería filosófica, y supersticiosa la genuflexion: Jesucristo no acepta este cetro de caña. No existe término medio entre los cuatro puntos del argumento: ó es un saltimbanqui, ó un loco, ó un malhechor, ó el mismo Dios: es indispensable optar y decidirse por uno de estos extremos, y obrando á impulsos de la razon y de nuestras propias convicciones, decir con Voltaire: «*Aplastemos al infame,*» ó con la hermana de Lázaro exclamar: «*Señor: creo que tu «eres Cristo el Hijo de Dios vivo, que ha venido á este mundo* (1).»

Mas para evitarse semejante conclusion, es indispensable llevar la herida más allá áun que á Jesucristo. Comprendo que se haya escrito: si un hombre ha podido realizar el designio de usurpar la autoridad de Dios sobre toda la tierra, es que no existe Dios en el cielo. Indudablemente es esta la victoria más importante alcanzada por la impiedad humana contra Dios. En último resultado los autores de falsas religiones le honran, bajo formas distintas, sin ocupar su puesto; sólo Jesús ha sido capaz de pronunciar esta tremebunda palabra: Soy Dios, y la humanidad se ha inclinado con fé ante se-

---

(1) San Juan, 11-27.

mejante pretension. Este éxito inaudito, constituye la más desesperadora opresion de la verdad, ya que no sea su triunfo más legítimo. Si se supone que el cristianismo no es la manifestacion más pura de Dios, debe admitirse que es su destronamiento definitivo, y si Jesús ha sido cuanto llevamos dicho, el mundo moderno háse asociado por medio de incomprensibles adoraciones á las falacias, á la locura y á los crímenes del más extraño de los fundadores.

Sí, falacia en la Iglesia y en sus testimonios, en los Apóstoles que la propagan, en la historia que la certifica, en los apologistas que la defienden, en los pontífices que la gobiernan, en los templos que levanta, en los siglos que la prestan obediencia.

Locura en la ciencia, en las tradiciones, en el génio y en las obras maes.ras de la era cristiana.

Maldad en el mundo convertido y civilizado, en la familia y la sociedad regeneradas, en las virtudes de nuestro martirológio, do quiera en suma exista un hombre que predique á Jesus, y un hombre que escuche, un sér que ofrezca la cruz como símbolo de consuelo, y un alma desgraciada que se abrace á ella al tiempo de exhalar el postrer aliento.

Ahí teneis una demostracion por medio del absurdo que os desafía á contestar. Acabais de ver en que se convierte Jesús, en que se convierte al mundo, á que quedais reducidos vosotros mismos, á que se reduce Dios en fin, á consecuencia de los tiros asestados por vuestra negacion. Adorad á Dios en Jesucristo, y todo se ilumina con la historia moderna: mas suprimid á ese mismo Dios, y no puede explicarse cosa alguna sin un cálculo de perversidad de su parte, apoyado en complicidades de tal manera inadmisibles, que dado que fueseis capaces de creer en semejante imposibilidad, más bien que en la divinidad de Jesucristo, sería preciso rogar por vosotros, sin intentar siquiera el trabajo de convenceros.

V.

Todavía existe en Jesucristo otro atributo que, más si cabe que los otros, le hace aparecer verdaderamente sobrehumano: el amor. Esa palabra profanada; pero no profana, segun se ha dicho, no expresa solamente un aspecto del divino Maestro, lo resume, si hemos de juzgar por la siguiente palabra de Dios pintado por sí mismo. *Dios es caridad* (1).

Hay en las emanaciones de un corazon distinguido, un encanto

(1) S. Juan, 4-8.

penetrante que comunica suavidad á la palabra del hombre, union á su intimidad, amabilidad á sus rasgos; que proyecta algo de la esencia divina sobre la frente de los hijos de la tierra, y cuyo suavísimo perfume atrae un respetuoso amor. Nadie como Jesús ha llevado hasta tan alto punto el imperio de semejante fascinacion. Bagavath reunió todas las seducciones de un hijo de estirpe real; bello, virtuoso, dulce, fué sin embargo más inofensivo que amante. En cuanto al profeta árabe, dominador cruel y vengativo, no puede ser citado, tratándose de tiernos y santos sentimientos, sinó es ofreciéndolo como repulsivo ejemplo de un alma que no los conoció. Y en cambio, ¿por qué cuando se me aparece la faz adorada de Jesús, experimento la dulce conmocion que se traduce en las lágrimas de que me siento inundado ;por qué se agita mi corazon conmovido; por qué me siento hasta capaz del sacrificio, llegando en ocasiones hasta el extremo de desear la muerte para mejor imitarle? ¿En qué consiste que se encuentren en su Evangelio tantas páginas palpitantes; en su vida tantos acontecimientos que hacen llorar; en su recuerdo esta virtud que sobrepuja al sufrimiento; en su nombre ese sabor que endulza mis lábios como miel delicadísima, y sume mi alma en deleitoso arrobamiento, como acariciada por el mismo cielo? Ese prestigio del Salvador no es en manera alguna irradiacion de sus otras grandezas sobrehumanas: es la suave exhalacion de un corazon en el cual laten ternuras infinitas. Sí, ese nimbo que rodea la santa imágen, y esa atraccion indefinible que de ella desciende, no son más que los reflejos de un amor divino derramado sobre una frente adorable, que le circunda con una aureola del santo amor de que somos objeto.

Se ha hecho observar que en todos los grandes fundadores, la fuerza del pensamiento devora la fuerza del sentimiento, y que la vida concentrada se refujia en la cabeza al paso que abandona el corazon: Jesús es al par el más profundo de los fundadores, y el más tierno de los hombres. Sí, tan tierno, que su corazon fué para el mundo una novedad más sorprendente áun que su misma moral; tan tierno que la mayor revolucion con que purificó la tierra, enciérrase en esta sola palabra: ¡Caridad! El paganismo jamás pidió que sus dioses fuesen amados, bastaba para serles grato con que se les temiera. Jesús fué el primero que introdujo el amor en las relaciones entre el cielo y la tierra. A los ojos del paganismo existian señores y esclavos, patricios y plebeyos; á los ojos de Jesús habia únicamente almas. Esto sentado, ¿quién es capaz de enumerar los amores súblimes que deben resultar de haberse proclamado semejante igualdad? Amor á los cautivos, amor á los leprosos, amor á los pobres, amor á los pecadores, amor á los enemigos, amor en una palabra, á las almas bajo el manto de todas las degradaciones y de todas las debilidades, de todas las razas y de todas las naciones..., tal es el rasgo más original y característico de la revelacion de Jesús.

Y hasta podría añadir el más divino, porque era al par el más necesario y el más imposible á la miseria humana. Nó, no era solamente un hombre, no era simple mortal el que reunió en sí esos dos extremos naturalmente incompatibles: la fuerza del génio mas poderoso, y la sensibilidad de la mujer más débil; las preocupaciones del conquistador, y el candor ingénuo del niño. Contempladle al pasar bajo los pórticos del templo de Betthania: hace un instante meditaba sobre las bases del imperio universal; al presente llora sobre la tumba del amigo que ha dejado de existir. Desgraciado aquel que leyendo en el Evangelio no ha sentido algo de esta conmovedora demostracion. Regreso inefable del hijo pródigo al hogar paterno, dulce recuerdo de la Samaritana y la Cananea, y la beatitud de los que lloran, y el perdon de la Magdalena, y los niños envueltos en caricias, y las lágrimas vertidas sobre Jerusalen, y la súplica por los verdugos que no saben lo que hacen! Recuerdos imperecederos de una sensibilidad sobrehumana, que constituyen para mi corazon manifestaciones de la Divinidad no ménos positivas que los rayos del Sinaí. Por esto cuando se pretende que los soberbios de la tierra se humillen ante la divinidad de Jesús, es indispensable recordar á los unos la manera como enseñaba: á los otros cuales fueron su vida y su muerte: á los de más allá de que manera resucitó; mas á mis ojos, el mayor de sus milagros es su corazon, y para adorarle me basta con recordar la intensidad de su amor.

Esta tésis es más decisiva áun, cuando se la invierte para poner en evidencia la manera como fué amado Jesús. Mucho se le ha insultado y negado: si como la verdad que constituye su divina esencia es el sér más odiado de este mundo, es tambien el más querido. A la manera que los padres mueren á veces en el corazon de su posteridad, ántes áun de que hayan dejado de existir; así como los grandes de la tierra se ven abandonados en su agonía, cuando no han exhalado áun el último suspiro del mismo modo en fin que los recuerdos de nuestro corazon renuévanse en nosotros casi anualmente, como acontece con las flores en la primavera; y que somos tan desgraciados en el órden del sentimiento, en cuanto segun se ha dicho, podemos resistir ménos tiempo la intensidad del dolor, existe un Crucificado que con haber muerto hace diez y ocho siglos, todavía ve visitada su tumba incesantemente. La Europa entera se ha levantado siete veces blandiendo millares de espadas, sin más objeto que reconquistar el frio sepulcro dónde fué sepultado: el catolicismo se postra con devocion sobre todos los lugares en que posó su planta, desde Jerusalen hasta el fondo de Samaria: hijos hay que arrancan á sus madres lágrimas de dolor, al abandonarlas para ir á buscar una muerte segura y gloriosa en las regiones más remotas, á las cuales dónde se trasladan para defender la palabra de Jesús: lo mismo los reyes que los cristianos más humildes, se inclinan hasta el

suelo para adorar respetuosamente la huella impresa por su pié ensangrentado: por él se muere en el interior de los cláustros; sobre ignominiosos catafalcos; en medio de desiertos espantosos: contémplasele hasta el éxtasis: se le respeta hasta la adoracion: se le ama hasta la locura: en fin, es el padre de los desgraciados que se resignan: el último grito de los santos que mueren: la pasion inmortal de una humanidad que no es capaz de vivir sin amar, ni de amar durante mucho tiempo un mismo objeto. ¡Hé ahí la medida sobrehumana de las afecciones que inspira!

Argumento poderoso como todas las afirmaciones que pronuncia el hombre puesta la mano sobre el corazon. Él constituia la mejor prueba para Napoleon I, toda vez que herido en Sta. Elena por este pensamiento, el gran capitan dedujo de él una consecuencia sublime. Desde lo alto de su melancólico peñasco, paseando por la historia su mirada penetrante, convencíase con honda amargura del escaso amor que acompaña á los grandes hombres más allá de la tumba. Atento á esto media á la humanidad en su comportamiento para con Alejandro, para con Anibal, para con César, para con él mismo: despues hacia lo propio respecto de nuestro divino redentor, y comprobada la diferencia, exclamó con inspirado acento: «¡Ah Bertrand, conozco mucho á los hombres, y puedo asegurarte que Jesucristo era Dios!» Este acto de fé, llevado á la Europa escéptica desde aquel lecho de muerte, constituye uno de los testimonios más concluyentes que puedan imponerse á la razon. Escuchando tales acentos no se concibe que no inspiren profunda compasion los sábios extraviados capaces de escribir: «Todas esas pre«tendidas demostraciones de la divinidad de Jesucristo, podrian «igualmente aplicarse á otros personajes, por ejemplo al Bouddha Sakiamouni (1).» A nuestros ojos solo hay una desgracia que pueda igualar á la que resulta de haber escrito esta contra-verdad, y es la de morir sin haber reconocido su irritante injusticia y su suprema inconveniencia.

VI.

Finalmente, Jesús es tambien sobrehumano en su constitucion. Nada más fácil de imaginar que un personaje de novela, porque, si bien es cierto que todos los hombres son distintos, tambien lo es que todos se parecen, y que con buen acopio de rasgos comunes, es muy fácil componer un rostro que no lo es. Pero Jesucristo es un tipo hasta tal punto inconcebible, que para ser pintado, necesaria-

(1) E. Burnouf. *Ciencia de las religiones.*

mente ha debido presentarse tal cual lo vemos, puesto que, de lo contrario, el inventor de su historia seria más sorprendente que el mismo héroe. Esta fusion de dos naturalezas en una sola persona, sosteniéndose constantemente de uno á otro extremo del Evangelio, no solo en las enseñanzas doctrinales, sinó tambien en los actos de Jesús; esta alianza de Dios y del hombre absorviéndose ó desmintiéndose mútuamente, constituye á no dudarlo una creacion indudablemente sobrehumana. El espíritu era tan incapaz de concebirla antes de verla, que áun despues de haberla visto apénas creia en ella. Y sin embargo la razon está obligada á reconocer perfectamente, conforme con sus exigencias lógicas, lo que no lo está con sus instintos, puesto que las armonías del misterio de la Encarnacion le encantan, en tanto que la manera de ese misterio la desconcierta.

Afortunadamente lo que ella no comprende, es decir, la constitucion de Jesucristo, le parece tan divino como lo que acierta á explicarse, esto es, las causas y la oportunidad del advenimiento de Jesucristo. El retrato del Hombre-Dios segun el Evangelio, encierra realmente una verdadera apología en su súblime originalidad. Es demasiado inverosimil, humanamente considerado, para no ser divinamente verdadero. Nótese el paralelismo realmente sobrenatural de estas dos vidas, en una vida misma, tal cual resulta del texto sagrado.

San Lúcas y S. Mateo nombran á los antepasados de Jesús segun la carne, á traves de una série de setenta y siete generaciones, desde los príncipes de Judá, hasta Zorobabel, hasta David, hasta Adan, hasta Dios: esta es la generacion del hijo del hombre. San Juan exclama: *En el principio era ya el Verbo, y el Verbo está en Dios, y el Verbo era Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros* (1)! Esta es la generacion del Hijo de Dios.

Jesús viene al mundo en un establo, sujeto al dolor, á la humillacion y á la pobreza: era el nacimiento del hombre; pero los Angeles cantan sobre su cuna, los astros le sirven de nuncio, los pastores de las montañas y los reyes de Oriente le llevan el tributo de sus adoraciones, mas áun, el universo entero se conmueve ante semejante aparicion: era el advenimiento de un Dios.

Jesús amenazado por la sombría ambicion de Heródes, huye á la tierra de Egipto que sirvió de refugio á su abuelo Jacob: era el destierro del hombre; mas segun las tradiciones los falsos dioses tiemblan y la estátua de Júpiter-Cassio se hace pedazos á su aproximacion: hé ahí el paso de Dios.

Jesus crece en edad y en sabiduría, en el trabajo y en la oscuridad, como los demás niños de Nazareth: era la educacion progre-

(1) S. Juan 1-1, 14.

siva del hombre; pero va á celebrar la Pascua á Jerusalen, mézclase con los doctores en el templo, les sorprende por las incomparables luces de su palabra: hé ahí la ciencia infusa de Dios.

María que lo ha perdido entre la multitud, exclama llena de amargura al encontrarse nuevamente con él. *Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de afliccion te hemos andado buscando* (1): Era la advertencia dirigida al hombre. Jesús responde. *¿No sabiais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre* (2)? Hé ahí la justificacion de Dios.

Llegado el tiempo de la vida pública, Jesús abandona el taller de Nazareth, se confunde con la multitud arrepentida, recibe el bautismo de manos de S. Juan: es la humildad del hombre. Mas al propio tiempo los cielos se abren, el Padre celestial dice: Este es mi Hijo amado; el Espíritu Santo desciende bajo la figura de paloma, en una palabra, la Trinidad completa se manifiesta: hé ahí la gloria de Dios.

Jesús pasa al desierto: vé á Satán que se le aproxima, y se somete á la tentacion cual podría haberlo hecho otro hombre: pero pronuncia una palabra y esto basta para que el tentador se declare vencido, en tanto que los Angeles descienden del cielo para servirle cual convenia á la majestad de Dios.

Jesús no tiene una sola piedra dónde descansar su cabeza, sufre el hambre y la sed, el ayuno le postra, la fatiga le abate, la tristeza le devora, la pérdida de sus amigos le hace llorar: es la sensibilidad del hombre. En cambio con cinco panes y algunos peces da de comer á miles de personas, sujeta los elementos á su voluntad, cura los enfermos, seca las lágrimas en los ojos de los desgraciados, y con esto manifiesta su naturaleza divina.

Jesús ha predicado, los Fariseos resuelven matarle, se oculta para sustraerse á su persecucion: vémos en esto la debilidad de la humana naturaleza: Jesús reaparece, los Fariseos le obligan á condenar la mujer adúltera, y basta con que les señale ciertos signos trazados sobre el polvo para que huyan aterrados: hé ahí la fuerza de Dios.

Contemplad á ese desgraciado que cae rendido de fatiga, despues de la flagelacion del pretorio: es el hijo del hombre. Contempladlo ahora deslumbrante de luz, transfigurado en la cima del Tabor: es el Hijo de Dios. Contempladle lleno de zozobra y bañado en el sudor de la agonía, esforzándose por volver de su sueño á los amigos que lo han abandonado y por los cuáles va á morir: es el hijo del hombre. Védlo ahora anunciando en son de profecía que el reino de las tinieblas ha concluido, y que es de los suyos el que va á entregarlo

(1) S. Lucas 2-48.
(2) S. Lucas 2-49.

á traicion: es el Hijo de Dios. ¿Quién es esta víctima prosternada en el polvo del huerto de Gethsémani, que con voz dolorosa exclama: «*Padre mio, si es posible, no me hagas beber este cáliz* (1)?» Es el hijo del hombre. ¿Quién es ese sacrificador que se incorpora, y que con una de sus palabras hace postrar á los enemigos que van á aprisionarle, para hacer patente que es el señor de aquellos que van á convertirle en su juguete? Es el Hijo de Dios. Por último, contemplad á ese condenado conducido de uno á otro tribunal, que ha sido interrogado, escarnecido, negado repetidas veces y por último juzgado como un malhechor: es el hijo del hombre. Contemplad en cambio al pobre paciente que cura la oreja á Malco, que amenaza á Caifás, cuyo sólo recuerdo basta para inspirar á Júdas desesperados remordimientos, y cuya imágen puesta patente en todos los pretorios de la cristiandad, hará temblar constantemente á los jueces prevaricadores: es el Hijo de Dios.

Posteriormente Jesús exhala su postrer aliento diciendo: *¿Dios mio, Dios mio porqué me has desamparado* (2)? era el decaimiento la postracion del hombre; mas si muere es porque ha querido morir: era la soberanía de Dios. Muere y es sepultado, cual se hace con los restos mortales del hombre; pero el sol se eclipsa, la tierra treme los peñascos se hienden, las tumbas se abren: es el duelo de la naturaleza por la muerte de un Dios. Muerto, su cuerpo es custodiado por guardias de vista, y su sepulcro cerrado y sellado para que en todos tiempos pueda hacerse constar que allí se encierra el cadaver de un hombre; mas al tercer dia ni Pedro, ni Juan, ni Magdalena logran encontrarle dentro de la tumba en que fuera depositado, en tanto que los discípulos de Emaus le reconocen en el modo de partir el pan: era la resurreccion de un Dios. Por último por espacio de muchos dias, Tomás y otros muchos pueden verle, acercársele y poner la mano en sus heridas, para adquirir la conviccion de la identidad del hombre; mas el dia de la Ascension reune á sus Apóstoles y á setenta y dos dicípulos en la montaña de las Olivas, y asciende al cielo en su presencia, para probarles que es Dios para siempre jamás impasible y glorioso.

Hé ahí á ese tipo múltiple de Jesucristo, que no puede ser explicado como hombre sólo, ó como Dios sólo, y en el cual Dios y el hombre están de tal suerte confundidos y entrelazados, que es imposible separarlos sin anonadar la personalidad que les une, y elevar lo absurdo á la categoría de misterio (3).

Tal es Jesucristo: coloquemos ahora al lado de ese verdadero retrato los cristos convencionales imaginados por la herejía ó por nues-

(1) San Mateo, 26-39.
(2) San Mateo, 27, 46.
(3) Véanse las notables *Conferencias* del Rdo. Besson, *sobre el Hombre-Dios*.

tros autores de idilios orientales. Para apreciar la manera como el primero es divino, basta con demostrar cuanto hay de imposible en los de creacion humana. Arrio fué el primero que negó la consubstancialidad, y por consiguiente la divinidad del Verbo; pero los santos confesores de Nicea, con una mano puesta sobre la doble historia que á grandes rasgos acabamos de trazar y la otra sobre sus cicatrices, dijeron: Por el Hombre-Dios es por quien hemos padecido; un Hombre-Dios es á quién confesamos, y bastó esto para que quedara destruido el primer falso retrato de Jesucristo. Aparece despues Nestorio, que descomponiendo á Cristo en dos personas, suponía en Jesús un Dios y un hombre en lugar de un Hombre-Dios; pero la Iglesia alarmada á la vista de ese Dios que no siendo hombre, no podia satisfacer por nosotros, y de este hombre que no siendo Dios, no podia conciliarnos con él, y resistiendo verse defraudada en la felicidad de su redencion, levántase con S. Cirilo, con el concilio de Efeso y con todo el Oriente; con el Papa S. Celestino, con el concilio de Roma y con todo el Occidente para anatematizar el segundo falso retrato de Jesucristo. Fué el autor del tercero Eutiches, que destruyó en Jesucristo la naturaleza humana; pero en presencia de este Cristo que no habría sabido sufrir humanamente, puesto que sólo la apariencia tenia de hombre; y que no podría consolar, por lo mismo que habria ignorado lo que es sufrir, el mundo cristiano respondió: Un redentor llorando del mismo modo que yo, hé ahí como debe ser el mio, y los Padres de Calcedonia, rechazaron el tercer falso retrato de Jesucristo. Finalmente: de Eutiches á Sergio, y de este á Socino, la herejía se agota en falsificaciones sobre la misma cabeza, sin saber imaginar un Cristo capaz de borrar al Hombre-Dios de las páginas del Evangelio.

La filosofía como la herejía ha querido tener su Cristo y no ha podido alcanzar hacerlo filosófico. El primer retrato ha salido de manos de Voltaire. No hay para que recordar la indignacion del mundo producida por la criminal alteracion de la divina semejanza: no pudiendo aplicarse á aquella figura el epíteto de *infame* escrito al pié de la misma, desprendióse de dicho sitio para caer sobre la frente del autor. El segundo retrato es de Dupuis. Este en su *Origen de los cultos*, osa ver en Jesús un ser puramente imaginario, y llega hasta el extremo de negar su realidad histórica: absurdo semejante cayó completamente en descrédito, de manera que sólo se cita como un hecho pasagero. El tercero es de Strauss y de Salvador. Representa la vida de Jesús, no como una fábula sinó como un mito, es decir, como un recuerdo vaporoso, mitad verdadero, mitad falso, ocupando el justo medio entre la fábula y la historia, y concediendo á Jesús una existencia problemática como la de Hércules ó la de Lino. Ante semejante balumba y mescolanza de falsa erudicion, la razon europea se ha sentido movida por la curiosidad; mas al cabo de muy poco tiempo ha vuelto la es-

palda con solemne desden, convencida de que aplicando idéntico sistema crítico á todos los acontecimientos del pasado, puede suprimirse completamente la historia. Finalmente no hace mucho tiempo ha aparecido el último retrato del mismo original: este no nos ofrece á Jesús desfigurado por los sábios, sinó á Jesús transformado por los novelistas.

Háse encontrado un artista sacrílego dispuesto á hacer de la vida de Jesús un drama en tres actos que podrian titularse la pastoral, la comedia, y la tragedia. La pastoral tiene lugar en Belen y en Nazareth; la comedia durante la vida pública de Jesús; la tragedia se realiza en el Calvario. Falsificacion toda la obra cual jamás se haya imaginado otra alguna, porque la pastoral de este nuevo evangelio es un fragmento de fantasía literaria: la comedia era irrepresentable por ser imposible por su propia naturaleza: pudiendo decirse que la tragedia, habria sido legítima, de ser la comedia verdadera. Sí, la comedia era imposible, porqué los milagros del Salvador no pueden en manera alguna ser explicados por el poder atribuido al *contacto y al sonrís de un ser excelente* (1). Ensayen los apasionados del criticismo el tratamiento de las *sonrisas* sobre los ciegos de nacimiento, y el de los *contactos más excelentes* sobre los cadáveres en descomposicion, y verán el resultado que obtienen. En fin no vacilo en repetir que la tragedia habria sido legítima, si la comedia hubiese sido verdadera, porqué suponiendo que Jesús hubiese sido un bribon que hubiese logrado imponerse y llevar á los ánimos la perturbacion echando mano de falsos prodigios, Judas habria hecho perfectamente entregándolo, Caifás y Herodes enviandolo al juez, Pilatos sacrificandolo, los Judíos deshaciendose de él, y todos los sayones y verdugos castigandolo; y el único criminal verdadero que apareceria en los anales del deicidio, sería precisamente ese mismo Dios, falsamente adorado por el universo como modelo, esperanza y vengador supremo de los inocentes.

De manera que de todos los retratos imaginados para reproducir á Jesucristo, sólo hay uno que se imponga á la razon y este es el verdadero. Ahora bien, este es demasiado sobrehumano para que pueda considerarse de composicion humana, demasiado sobrehumano, sobre todo, para que cuatro historiadores, debiendo pintarlo separadamente, hubiesen concordado hasta tal punto en su identidad, que lo reprodujeran del mismo modo sin olvidar el rasgo más insignificante. Conclusion dulce y fecunda en la cual mi alma encuentra una evidencia de razon y una evidencia de fé, y adora simultáneamente la divinidad de su Cristo y la de los Evangelios.

Juzgaría completamente recompensados mis esfuerzos, si al tér-

---

(1) Renan. *Vida de Jesús.*

mino de este estudio, se encontrara un sólo lector que incrédulo respecto del Dios que acabo de demostrar, le adorase con la embriaguez incomparable del ciego de nacimiento, cuyos ojos al abrirse á la luz, descubren al par rasgos de Jesús y su divinidad. Es una felicidad indescriptible la que resulta sintiendo latir el corazon en presencia de esta cabeza demudada por el dolor que abrigó tan grandes pensamientos; ante esa mirada inefable cuya expresion arrancaba raudales de lágrimas á S. Pedro; ánte esa boca suavísima cuyas palabras constituyen el consuelo y la sabiduría de los siglos; ánte esas manos cuyas bendiciones hacian las delicias de la niñez; ánte esos piés con frecuencia cansados de marchar en pos del extraviado rebaño de Israel; ánte esos brazos en fin tan prodigamente extendidos sobre la tierra, que es imposible que escape miséria alguna á los abrazos de su misericordia.

En esta adoracion existe la solucion de multitud de problemas, la contestacion á muchos dolores. Semejante acto de fé, encierra el compendio de todos los consuelos, el resúmen de todas las pruebas. Desgraciadamente, al tocar á su término, siento que me asalta la tartamudez de que habla San Pablo, porque la verdad es que jamás se ha dicho de Jesús todo cuanto deberia decirse, porque cuando el espíritu ha terminado, el corazon quisiera empezar de nuevo.

Es que «cuando debe hablarse de Jesús se experimente una especie de opresion involuntaria, escribia en 1840 Sainte-Beuve. Cuando se pronuncia su nombre, como no sea postrado de hinojos en actitud de adoracion, se teme profanarle: la simple repeticion de ese nombre inefable para el cual el respeto más profundo podría trocarse en blasfemia, aterra al hombre pensador (1).»

Por desgracia, ese mismo hombre ha renegado más tarde de Jesús, seducido por el brillo escandaloso de una popularidad póstuma y deletérea: ello es que puede aplicarse á la segunda mitad de su existencia esta sentencia que fulminó durante la primera. «Los que niegan absolutamente á Jesucristo, llevan la penitencia en su pecado. Fijáos en los más notables de los anticristianos modernos, en Federico el Grande, en Laplace, en Goethe, y podreis convenceros de que todo aquel que ha desconocido completamente á Jesucristo, en el espíritu ó en el corazon, no ha tenido cuanto habia menester: le ha faltado algo (2).» El autor de la cita constituye un número más que debe adicionarse á esta lista de séres incompletos.

---

(1) *Historia de Port-Royal*
(2) Idem.

CAPÍTULO IV.

Efectos sociales propios de la verdadera religion.

El cristianismo lleva en sí mismo los caractéres de la verdad sobrenatural; que brillan singularmente en su divino autor: con la circunstancia de que es tan clara esta última verdad que haria violencia, á la adhesion de los espíritus, si no existieran siempre motivos que los engañaran; teniendo en cuenta, por otra parte, que no se hallan animados del vehemente deseo de no serlo. Hemos visto que el fundador del cristianismo traspasa los límites de la humanidad por su duracion retrospectiva en los acontecimientos que le han precedido, y por su duracion póstuma en las revoluciones que han venido en pos de él. La sobrepuja por su sabiduría que marcan con el sello de lo infinito una originalidad, una elevacion, una infalibilidad, una simplicidad y una presciencia sobrehumanas. La sobrepuja por la milagrosa soberanía que ejerció en la naturaleza física, en la naturaleza moral, y en los contingentes futuros. La sobrepuja por una santidad tan absoluta, que sirve de regla á las apreciaciones y á las acciones morales del género humano civilizado; tan medida, sin embargo, que es al par el modelo más completo y más asequible; tan necesaria, en fin, que si no se admite á Jesús como un sér divinamente perfecto, hay necesidad de considerarle como un sér humanamente despreciable. La sobrepuja por los amores sobrenaturales que ha sentido y revelado, y por aquellos que ha querido inspirar. La sobrepuja, en fin, por una constitucion dentro de la cual Dios y el hombre se asocian en condiciones tales, que jamás hombre alguno hubiese sido capaz de concebir semejante figura, como Dios mismo no la hubiese ejecutado. Ahora bien, colocar al lado de este otros fundadores, por más cuidado que se ponga en disfrazar las blasfemias, á fin de no causar alarmas, vale tanto como sacrificar la historia y el sentido comun á las propias preocupaciones. Despues de haber comparado las religiones positivas en sus pruebas intrínsecas y en sus fundadores, procuremos distinguirlas segun sus efectos sociales.

Si el hombre ha menester la verdad, es preciso convenir en que

tiene una disposicion desordenada para la falsedad, especialmente cuando esta constituye una brillante paradoja, bastante por sí sola á poner de relieve el talento de su autor. Al presente, son de todo punto innumerables, los crímenes intelectuales que la monomanía de la originalidad produce sin cesar, pues así los filósofos como los literatos lo afirman todo, hasta lo absurdo, impulsados por el afan de la originalidad.

Entre las injusticias inspiradas por la inclinacion á los puntos de vista desconocidos, es una de las más repugnantes la que tiene por objeto negar al cristianismo los beneficios de la era cristiana. Presentar la civilizacion moderna como una eflorescencia de la razon humana llegada á completa madurez sin el Evangelio, y acaso, á pesar del Evangelio; decir de Jesucristo, al cabo de diez y ocho siglos iluminados y formados merced á su palabra, que nada se le debe, como no sean preocupaciones y retardo en el progreso, y en manera alguna este mismo progreso, es el colmo de la ingratitud elevada al delirio. Hoy el fondo de la filosofía de la historia consiste en el anti-cristianismo.

Para apreciar debidamente lo que Europa debe al Evangelio, seria indispensable suprimirlo por completo, y verla tal cual la habria producido la razon abandonada á sí misma. Semejante abstraccion no puede fácilmente concebirse, por lo mismo que nos hallamos impregnados de cristianismo hasta tal punto, que nos vemos forzados á introducirlo hasta en nuestras objeciones anticristianas. Esto sentado, es de todo punto imposible saber hasta qué punto seríamos desgraciados si no fuésemos cristianos. Con todo, en defecto de una medida exacta y rigorosa, podemos dar una idea aproximada de la deuda que tenemos contraida para con el sublime autor del Evangelio.

Tres cosas, representan, en el seno del mundo moderno, los ejes del órden universal, y estas tres cosas constituyen lo que hay de más bien establecido en la fé misma de aquellos que no creen: estas tres cosas son la propiedad, la familia y la sociedad. Ahora bien: me dirijo á los fervientes adoradores de estas tres instituciones, y les pregunto, de qué manera podrian hacer de ellas una verdad cierta, si fuese incierto el cristianismo que les sirve de base. De modo que, profesar esos tres cultos hoy en boga y no inclinarse delante de nuestro Cristo, es una inconsecuencia sin corazon, toda vez que derivando evidentemente de Jesús semejantes beneficios, no se concibe que pueda haber empeño en no referirlos al mismo. Y si son divinos dichos beneficios, ¿por qué no ha de serlo su autor?

Al visitar la ciudad de Roma, tuve ocasion de notar un contraste que me llamó la atencion de un modo extraordinario. Poniendo en relacion las ruinas cristianas con las ruinas paganas, no podia ménos que decirme: Hé ahí dos mundos que se hallan separados por medio de insondables abismos, con todo y mediar simplemente

entre los dos el intérvalo de un solo dia. Históricamente se tocan; bajo el punto de vista de las ideas, más bien que la continuacion, son el uno la destruccion del otro. Dirijámonos al Palatino para inquirir qué debemos pensar de la propiedad, de la sociedad y de la familia, y fijemos la contestacion en nuestra mente: dirijámonos despues á las catacumbas para hacer idéntica pregunta á los pontífices cristianos, y siendo opuestas las contestaciones, no podremos ménos que concluir, que la diferencia entre ambas doctrinas es demasiado radical y la transicion harto brusca, para que el espíritu humano haya podido por sí solo recorrer instantáneamente el trayecto que media entre unas y otras. Sí, el espíritu no va del uno al otro de esos puntos sin hacer estaciones intermedias, y sí salva en un sólo dia espacios que el hombre, dado lo limitado de su naturaleza, no puede en manera alguna atravesar; debe precisamente deducirse de ello, que ha sido guiado por un poder divino.

I.

Prescíndase de Jesucristo, y desaparece la propiedad sólidamente constituida, por lo ménos en los pueblos cristianos. La razon humana que en la antigüedad estableció la esclavitud, dejándose llevar hoy por la pendiente opuesta, tiende á proclamar la igualdad absoluta; principio del todo disolvente, porque la propiedad para subsistir ha menester, como consecuencias prácticas, la desigualdad en las fortunas y en las condiciones. Al presente, la igualdad socava los fundamentos de la propiedad, donde quiera que el cristianismo no sirve de contrapeso á la primera y de salvaguardia á la segunda, y sólo restan meras repugnancias de mal parecer, y no un verdadero antagonismo filosófico entre estas dos proposiciones: «Jesucristo no es Dios.» «*La propiedad es el robo.*»

Efectivamente: en las teorías de los pensadores que organizan el mundo sin Dios, la propiedad tiene sólo dos bases. Los unos aducen en apoyo de su posesion, la autoridad de la naturaleza, expresándose en estos términos: cuando el hombre siente una necesidad imperiosa, esta necesidad constituye su derecho; por consiguiente, no hay para qué decir dónde existe el derecho de la propiedad, de la cual experimenta el hombre esa necesidad imperiosa. Véase ahora la aterradora respuesta del enemigo á este argumento fundamental: Lo que legitima vuestra posesion consiste en que es una necesidad de la naturaleza; por consiguiente, debeis convenir en que los que nada poseen viven fuera de la ley de la naturaleza. Vosotros decís: la propiedad es una necesidad del hombre, por consiguiente, guardo lo que tengo; á esto respondo: la propiedad es una necesidad

del hombre, por consiguiente reclamo mi parte. En consecuencia, perezcan las leyes que consagran tales desigualdades, perezca la sociedad que consagra tales leyes, perezcan si es menester los defensores de estas leyes y de esta sociedad, y rectifíquese el censo catastral de las naciones, hasta tanto que la abundancia en que nadan los unos, no constituya el insulto lanzado al rostro de los que mueren de hambre.

Semejante pretension ha sido rechazada por muchos libre pensadores; pero por más que han trabajado no han conseguido refutarla. De su parte están la fuerza y el derecho; pero la lógica reside en el campo contrario, y en ella permanecerá en tanto no venga la fé á robustecer las apologías de la propiedad.

Los otros órganos del derecho racionalista fundan sus argumentos en la autoridad de la tradicion. La propiedad, dicen, descansa sobre una convencion antigua y sagrada que se pierde en la noche del pasado. Cuando nuestros padres concluyeron su pacto social, arreglaron la transmision de sus bienes mediante determinadas condiciones; y nosotros que, virtualmente estábamos contenidos en ellos, no podemos destruir ese contrato sin faltar á la piedad filial, y sin subvertir un órden público más digno de nuestro respeto, que el mismo techo debajo el cual hemos abierto los ojos á la luz. Mas al llegar á este punto, siento el rugido del oleaje comunista minando las bases sobre que estriba ese edificio, gritando: ¡Cómo! ¿quiére exigirse que guardemos respeto á un órden que no respeta ni nuestra miseria ni nuestra dignidad? ¿Será cierto que la voluntad de nuestros antepasados, decretando para nosotros el servilismo y el hambre, ha de ser inviolable? No, nosotros no reconocemos á los jefes de raza como representantes de unos siglos que no pudieron expresar su opinion. Nuestros padres no tenian el derecho de atarnos á su contrato social; nosotros por nuestra parte, no tenemos el derecho de atar á nuestros descendientes; por consiguiente pedimos que cada lustro tenga efecto la movilizacion de la tierra, y que de acuerdo todos en la parte á cada uno correspondiente, existan en nosotros tantos reyes como ciudadanos.

No hay para qué decir, que cuando semejantes paradojas se han querido trasladar de las bibliotecas á la plaza pública, se han puesto con justicia fuera de la ley; mas convengamos en que habria sido mucho mejor destruirlas por medio de argumentos que valiéndose de los cañones y de las bayonetas, pues es una verdad indubitable, que el racionalismo propietario cuenta sólo en su favor la razon de la fuerza, en tanto para alcanzar la fuerza de la razon no echa mano de la revelacion.

Es por consiguiente indispensable excogitar un principio que establecer en la linde de nuestras propiedades, capaz de crear un obstáculo á la audacia de los invasores. Pues bien, Dios únicamente posee la autoridad suficiente para establecer esta salvaguardia. Solo

él puede decir á todas las concupiscencias: yo soy el propietario único y universal; los cielos, la tierra, los mares me pertenecen en pleno dominio, y por esto otorgo su posesion á quien me parece: *Domini est terra et plenitudo ejus* (1). Cuando establezco una sociedad, donde quiera que sea, le cedo la administracion de mis bienes: y cuando por la fuerza de los tiempos y de las costumbres han llegado á fijarse las porciones, autorizo con mi firma esos contratos, esos derechos de mi derecho supremo, y sentado en la linde de cada heredad, impido que la codicia se acerque á ella, siquiera en la forma de simple deseo.

Y no tiene el pobre por qué sublevarse contra esa particion que le impone sacrificios. Ese desórden aparente concurre á un órden sublime. Con los pobres Dios forma santos; de los desgraciados de este mundo hace los privilegiados de una pátria mejor, y gracias á esas compensaciones desaparecen de entre los cristianos todas las desigualdades, ya que para ellos la vida viene á ser un drama en dos actos: el primero pasa entre lágrimas; en el segundo hacen vida de reyes. Los desheredados de la tierra son como esos colonos de ultramar que no poseen nada en nuestro hemisferio; pero que en el otro poseen millones. Por consiguiente, no se cuenten en el número de los pobres, los pobres que son propietarios del reino de los cielos. *Beati pauperes, quoniam ipsorum est regnum cælorum* (2)!

Este sólo principio basta para guardar eficazmente los palacios y los tesoros de la opulencia, y este principio sólo el cristianismo puede sentarlo. Es por consiguiente indispensable consentir en deber sus bienes ó en recibirlos del Señor de todas las cosas, que confiere derechos inmutables como él mismo, ó de un Estado que en todos los instantes puede tomar lo que concede. En el principio sólo pueden admitirse dos propietarios, mas bien uno, es decir, ó Dios, ó el delegado del sufragio universal: y cada cual debe reconocerse como habiente derecho del primero ó del segundo. Hé ahí la razon de haberse escrito, que para creer en la propiedad sin creer en Dios, es indispensable ser propietario. Es lógico y moral que no exista en la tierra señor alguno en posesion de lo suyo, cuando se ha desposeido al Señor de todas las cosas.

Y ahora conteste sin ambages el libre pensador: ¿con qué título considera más asegurada su propiedad y que garantía considera más poderosa, la ley que dice: *No codiciarás la casa de tu prógimo, ni su buey, ni su tierra, ni cosa alguna que le pertenezca* (3), ó las utópias de Raynal, Babeuf y demás corifeos de la escuela socialista? Y no se diga que la propiedad no constituye una institu-

(1) Psalmo, 23-1.
(2) San Mateo, 5-3.
(3) *Exodo*. 20, 17.

cion exclusiva de las sociedades cristianas; porqué reconociendo el hecho dirémos que fuera de estos tiene su legítimo apoyo en los principios religiosos y filosóficos de cada país. Ahora bien: entre nosotros se ha eliminado el derecho religioso como fundamento de nuestra propiedad; y como nuestro derecho filosófico en lugar de apoyarla va minando sus cimientos, resulta de ello que el edificio social, merced á nuestras negaciones se encuentra desprovisto de base, de manera que el dia en que estas hayan dado la vuelta al mundo hay fundados motivos para sospechar que el mundo entero desaparezca envuelto en el torbellino que ha de producir un verdadero cataclismo.

Apelo para ello no sólo á la lógica especulativa sinó tambien á la enseñanza de los peores tiempos de la historia: el dia en que *los dioses se vayan*, los propietarios deberán hallarse dispuestos para seguir su camino. Por consiguiente podemos decirles á los pensadores anti-cristianos: Esta verdad que sirve de escudo á vuestros derechos más sagrados, es ciertamente indispensable, y pues no dimana su orígen de una metafísica sin aplicacion, esa fé que no podeis negar sin exponer á vuestros hijos á verse arrojados merced á vuestros mismos principios del techo por vosotros edificado, vosotros que teneis devocion al séptimo mandamiento, porqué proteje vuestros derechos y despreciais todos los demás preceptos del cristianismo por lo mismo que os impone deberes, sois culpables contra la razon y contra la ley moral.

II.

Sin Cristo, lo hemos demostrado, no puede concebirse la existencia de la propiedad: pues con más razon todavía podemos añadir: sin Cristo, es imposible la existencia de la familia. Los beneficios del cristianismo son como los de la naturaleza, tantos en número y tan constantes que ya no nos causan la menor sorpresa. Pero el hombre se halla tan inclinado á atribuirselos, especialmente si pertenecen al órden doméstico, que no ve inconveniente en disputárselos á Dios. Acostumbrase á considerar su dicha, sus goces íntimos, como la obra de su corazon, no como un presente del cielo, moviéndole á ello ó el deseo de honrar su propio corazon, ó el de dispensarse de su gratitud para con el cielo. ¡Ilusion culpable! ¿Se quiere una prueba de ello?

Cuando sentados cabe el hogar entre la tierna compañera que se mira en vuestros ojos, y los pequeñuelos que enredan sobre vuestras rodillas y acarician vuestra cabellera que ostenta algunas canas prematuras, ¿imaginais acaso que la naturaleza por sí sóla ha

bastado para producir esa sociedad unida estrechamente por purísimos amores? Os engañais. La naturaleza era la misma ántes del cristianismo, y sin embargo entónces el padre tenia el derecho de vida y muerte sobre esos pequeñuelos, cuyo simple recuerdo hace latir vuestro corazon; y esa mujer que reina en vuestra casa como verdadera soberana, no era más en la civilizacion antigua, que una de tantas esclavas como existian sometidas al dominio y al capricho del señor. La naturaleza ha sido la misma despues de la Encarnacion, y sin embargo la verdad es que no se ha pronunciado negacion alguna anti-cristiana, con respecto á la familia, sin que como consecuencia precisa se hayan roto los vínculos que la mantienen unida. Fijaos en la obra de la religion de Mahoma, y veréis reemplazado el hogar doméstico por el harem; el santuario del honor, en el cual cada uno de los que en él intervienen consagra su dignidad por medio del sacrificio, por un bazar inmundo en el cual el despotismo más repugnante va á encenagarse en voluptuosidades groseras en las cuales el corazon no toma parte alguna; el amor puro, casto, sagrado de la mujer cristiana, por la caricia involuntaria prestada acaso por el temor que inspira la cimitarra del eunuco. Contemplad ahora la obra de la negacion del siglo décimo octavo. El filósofo más sentimental de esa época enviaba á sus hijos, con todo y llamarse padre, á morir en un hospital: Y se comprende, ¡qué otra cosa podria esperarse de quien opinaba que las relaciones entre la madre y los hijos debian durar lo que entre los cuadrúpedos, es decir durante la época de la lactancia; y suprimia en el hombre el deber del reconocimiento y gratitud respecto de sus abuelos, so pretexto de que siendo su vida resultado de un acto placentero, no podian reclamar la recompensa para una manifestacion de su egoismo! Fijaos por último en la obra de la negacion del siglo presente: á la casta union de dos almas, substituye asociaciones impuras; á la monogámia bendecida por el Evangelio, las aberraciones de los falansterios; y cuando se ha echado en cara á esos sectarios del epicureismo, el asimilar el género humano al mismo bruto, con cinismo el más grosero ha contestado que entre el uno y el otro, *no existe más diferencia que el vestido.* Tal fué la solucion de los más atrevidos. ¿Cual es la de los más moderados? Reemplazan la promiscuidad por el divorcio, especie de poligámia hipócrita, que despojando al matrimonio de su carácter más venerable, la indisolubilidad, lo transforma en un contrato, á voluntad rescindible, sacrificando de esta suerte los destinos de la descendencia á las veleidades de dos antepasados inconstantes.

Por consiguiente, ya que no es el corazon, ni el progreso intelectual ni una determinada inspiracion de la naturaleza lo que ha dado vida á la verdadera familia, ¿cual es su orígen, y de dónde viene la fuerza de cohesion que estrecha sus vínculos?

Un dia, atraida por la poderosa seduccion de sus discursos la

muchedumbre habia seguido á Jesús hasta la orilla opuesta del Jordán. Los Fariseos interrogaron al divino Maestro respecto del matrimonio, con la intencion de tenderle una red y él les contestó. *El hombre dejará á su padre y á su madre para unirse á su mujer, y serán dos en una misma carne, y lo que Dios ha unido, el hombre no podrá separar* (1). Tal es el *fiat* creador que produjo la familia: tales los acentos supremos que despertaron en el corazon humano, la novedad sublime de los amores indisolubles: tal, finalmente, el motivo en virtud del cual el padre, la madre, el hijo, esa trinidad conmovedora del hogar, mantenga al presente enlazados sus brazos y sus destinos con una ternura que no comprendia el mundo, cuando moraban unidos sin poder asegurar un mañana á su amor.

Lector que eres jefe de una posteriodad, y que no doblas la rodilla delante de Cristo, advierte que tu negacion es al par una inconsecuencia y una ingratitud. Jesucristo es tan verdadero como todas tus felicidades domésticas, pues que él es quien te las ha proporcionado. El que le debe el amor sin egoismo de su madre, la inviolabilidad del corazon de su esposa, las religiosas caricias de sus hijos, en una palabra, el honor y los más puros encantos de su hogar, no puede negarlos sin deshonrarse y llamar sobre sí la desgracia.

En las peregrinaciones de mi apostolado he tenido ocasion de encontrarme con un pensador ilógico, idólatra de la familia y descreido en lo que se refiere á Dios y al Evangelio. Arrastrado por el calor de la discusion, dejóse arrebatar un dia hasta el extremo de ofender la memoria del Crucificado. La esposa que no habia conseguido siempre en el hogar domestico la felicidad que al mismo llevara, vengó con una sóla palabra la ofensa inferida al objeto de su adoracion. «Si me amais, dijo, no hableis de este modo de mi Dios, puesto que sin él, hace mucho tiempo que no estaríamos juntos.» Herido en mitad del corazon por este rasgo inesperado, el libre pensador se sintió enternecido: su orgullo humillado intentó sobreponerse por un momento á las inclinaciones de su amor; pero este venció, la luz penetró en su alma al través de la herida abierta en su corazon, y al cabo de un instante habia vuelto á creer y á adorar por conviccion y por gratitud.

De esta suerte ese conmovedor conjunto de dolores y de afecciones que se llama familia, se encierra en los brazos de Jesucristo, y no sólo reune y mantiene unidos sus miembros todos, sinó que los protege á todos y á cada uno por un respeto especial creado para ampararlos.

En las casas dónde reina, multiplica las cunas: dónde su influencia no se deja sentir, el amor se sustrae á las cargas de la ley que dice: *Creced y multiplicaos:* la tierra se despuebla, y el hombre

(1) San Marcos, 10, 9.

tiende á establecer en un desierto su egoista dominacion. Y con que solicitud despues de haber velado sobre las fuentes de vida, atiende el cristianismo al cuidado de los recien nacidos, cuando no pueden contar con el auxilio de la madre que les abandonó! El es quien del tierno infante, del cual no se cura la política, y mira la codicia como carga onerosa, ha hecho un sér conmovedor y hasta sagrado: quien lo insulte, ha dicho, tal vez le haya dado acaso la existencia. Sin esta religion de amor, ¡quien sabe si sus desnaturalizados padres le hubieran arrojado al nacer á la corriente de caudaloso rio, como hacen los Indios, ó abandonado en medio de las tinieblas de la noche en mitad de la calle, para ser recogido al otro dia como repugnante inmundicia, segun en otros paises se practica! El bautismo ha salvado más infantes en las regiones cristianas, que víctimas ha causado la guerra (1). Sin contar que áun la misma guerra, bajo la influencia del cristianismo, ha perdido mucho de su antigua barbarie, porque con las pasiones que impiden el nacimiento de la humanidad, ha refrenado las ambiciones que en haces numerosas la arrojan en los brazos de la muerte.

Y todavía no son los que acabamos de consignar los únicos beneficios que dispensa á la sociedad doméstica, pues al paso que imprime su imágen sobre la frente de la paternidad, hace un sentimiento divino del respeto y del amor que proceden de la misma. Merced al recuerdo de la madre purísima de nuestro divino Salvador, hace sagradas á nuestras madres, y les asegura en la familia un dominio que realzan el prestigio de sus lágrimas y el de su misma debilidad. En la Polynesia extiende su mano tutelar sobre los padres ancianos que una piedad filial mal entendida y hasta cruel destina á la muerte, para evitarles los achaques é incomodidades de la vejez. En el extremo Oriente, conserva á los pequeñuelos las madres que han visto morir á sus esposos, y á las cuales una legislacion atroz condena á perecer en la hoguera que consume el cadáver del que fué su marido. Ha hecho desaparecer de nuestras moradas ese auxiliar degradado, que carecia hasta de la propiedad de su existencia, el esclavo, reemplazándolo por el servidor voluntario, y enseñando al dueño y al que le sirve, que sus almas han sido redimidas por el mismo precio sobre la cruz. Por último, despues de haber cubierto con sus cuidados más exquisitos á todos los individuos de la familia, Jesucristo ha establecido un culto particular en favor de los difuntos, culto piadoso que no sólo les garantiza el recuerdo de los que les sobreviven, como acontece en todas las religiones, sinó tambien el viático de nuestras plegarias durante la separacion, proporcionando de esta suerte estrechísimos abrazos entre los que vivieron y viven en un mismo hogar, abrazos del corazon, que llegan más allá de la tumba.

---

(1) *Ensayo sobre la indiferencia.*

¡Oh Jesucristo! ¡Oh mi divino Maestro! ¡Oh Dios mio! Vos sois quien preside á nuestras uniones para asegurarnos felicidades harto inseguras. Vos sois quien vela sobre nuestras herencias para conservárnoslas. Os somos deudores de nuestras familias, de nuestros patrimonios, de nuestras virtudes, de todo cuanto poseemos, escepto de nuestras desgracias y de nuestros pecados. Perdonad á los que se empeñan en desconoceros, y no les inflijais jamás el castigo de abandonarlos.

III.

Sin Jesucristo es imposible la existencia de toda sociedad civilizada. Sea esto dicho como contestacion á esa escuela, más cándida que política, que pretende explicar el mundo cristiano sin el cristianismo, y saluda nuestros progresos como una germinacion natural del suelo moderno y una evolucion expontánea del progreso indefinido. Para convencernos de las relaciones que unen nuestra fé y nuestra civilizacion, contemplemos los pueblos paganos, y en el extremo de nuestro horizonte, y no obstante los adelantos realizados en el transcurso de diez y ocho siglos, de que tanto se ha aprovechado la Europa cristiana, podrémos ver á esos pueblos manteniéndose estacionarios y hasta orgullosos de su inmovilidad, sumidos en las tinieblas más densas. Tinieblas tanto más características del politeismo, en cuanto no es posible verlas disipadas, miéntras no se ven penetradas por nuestro Jesucristo, ni traspasar el límite de nuestras fronteras, si Jesucristo no sale de ellas. Y despues de habernos fijado en las naciones que jamás fueron cristianas, dirijámonos á las que han dejado de serlo. En otro tiempo la luz brilló con deslumbrantes resplandores bajo el cielo de Hippona y de Alejandría; mas no bien hubo abandonado Jesucristo esa tierra sagrada, cuando sus habitantes descendieron hasta la abyeccion de las razas degeneradas, y la civilizacion, sumergida bajo el oleaje del islamismo, sepultóse para siempre jamás, no para permanecer en el mismo estado como Pompeya debajo las lavas y las cenizas, sinó para corromperse y consumirse como los cadáveres en el seno de las tumbas.

Volved la vista á Pekin, y podréis convenceros de que en ese país no se adelanta en mil años, lo que adelantamos nosotros en una sesion legislativa. Dirigidlas á Yeddo: ¿qué falta á esas razas inteligentes y robustas para igualarnos? No faltará quien diga, nuestro régimen postal ó financiero: nosotros decimos decididamente, nuestro Evangelio. No cabe dudar que Jesucristo se propuso en primer lugar la salvacion de las almas, y como consecuencia la de las naciones, motivo en virtud del cual decia que su reino no era de este

mundo; pero tampoco puede desconocerse que los reinos de este mundo no alcanzan jamás el grado de civilizacion que han menester, miéntras viven fuera de su ley. La civilizacion, reducida á sus términos más sencillos, es un progreso eminente en las luces, en el amor, en la autoridad, en la libertad, en la moralidad y en la estabilidad. Ahora bien, si es cierto que semejantes grandezas se encuentran en todas partes en estado rudimentario, su apogeo solo puede observarse bajo las influencias evangélicas, de suerte que la sociedad debe optar entre los dos términos de la siguiente disyuntiva.

O Jesucristo, ó las tinieblas de la inteligencia ¡Inconsecuencia singular del anti-cristianismo! Tiene la pretension de haberlo descubierto todo, y al propio tiempo pretende que el cristianismo se lo ha encontrado todo hecho. Y es que, abstraccion hecha de toda creencia, el Evangelio inaugura un movimiento sublime del espíritu humano. El siglo cuarto de nuestra era, apesar de la imperfeccion que, en la forma, ofrecen sus obras, ha desvanecido más tinieblas que las épocas clásicas de Pericles y de Augusto. ¡Qué tesoros de virtud depositados por la fé en el fondo del espíritu público! ¡Qué poderosas corrientes de sentido comun lanzadas por el Evangelio á la circulacion intelectual del mundo! Suprimid los dos Testamentos, la coleccion de los Santos Padres, la Historia eclesiástica, y las obras maestras de Teología, y decid donde nos encontraríamos bajo el punto de vista intelectual. De seguro no seria nuestro nivel superior al de los Chinos y al de los Tártaros: es de suponer que sería más bajo áun, ya que procediendo segun la antropología moderna, hemos de suponer que esos pueblos, debieron de ser nuestros maestros.

El suelo y el espíritu de Europa son dos campos que han sido sembrados por los predicadores del Evangelio, y cuando la cosecha ha estado en sazon, los sábios que de ella se han aprovechado, han tenido el valor de tratar de perezosos á los sembradores. Pero por más que traten de negar la deuda que respecto de la Iglesia tienen contraida, no podrán desquitarse de ella, sobre todo cuando las fuentes de la ciencia moderna carecen de caudal suficiente para conseguirlo. Voltaire con más franqueza decia: «Al contemplar á «la razon haciendo tan prodigiosos progresos desde el momento en «que se inicia la predicacion del Evangelio, es menester conside- «rar á la fé, no como enemiga, sinó como aliada..... Para satisfac- «cion nuestra y para nuestra instruccion, yo quisiera que todos los «grandes filósofos de la antigüedad, volvieran al presente sobre la «tierra; que departieran con Pascal, que digo con Pascal, con los «hombres de ménos saber de nuestros tiempos, que no son siempre «los más desprovistos de sentido comun, y estoy seguro, y perdó- «neme por ello la antigüedad, de que esos sábios harian muy triste «figura! ¡Pobres charlatanes! De seguro no lograrían vender sus

«drogas y específicos en los andenes del Puente Nuevo!» Cómo se vé, Voltaire no tiene un gran concepto de sus cofrades de los tiempos pretéritos: por mi parte me guardaria muy bien de tratar en los propios términos á sus cofrades presentes, con todo y que proceden de muy distinto modo respecto de nosotros. ¿A que emplearse en guerra de escaramuzas cuando pueden darse grandes batallas? Más debemos manifestar á esos señores, puesto que amigos de Platon, lo somos más de la verdad, que si restituyen á la civilizacion cristiana los elementos que para combatirla le han emprestado, sus drogas y específicos bajarán en precio, todo lo que en precio aumente el Evangelio.

O Jesucristo, ó las tinieblas del espíritu: lo hemos dicho y acabamos de demostrarlo; mas cuanto llevamos expuesto, constituye únicamente el primer grado en la escala de la decadencia anticristiana. Véase ahora el segundo: ó Jesucristo, ó la barbárie en los sentimientos. Preciso es convenir en que el hombre por su propia naturaleza, se siente poco inclinado á amar á sus semejantes; ménos áun cuando se trata de los desgraciados; todavía ménos refiriéndose á los que sufren ó padecen y ménos si cabe al tratarse del culpable y del que se ha degradado; afectos que, experimentándose como se experimentan, vienen á constituir otros tantos amores sobrenaturales que Jesucristo ha hecho brotar de las entrañas de la humanidad, como otras tantas pasiones sublimes. Novedades milagrosas y fecundas en milagros que, para el bien estar del mundo, importan tanto por lo ménos como el descubrimiento del telégrafo y el de la fotografía. Pero Jesucristo en su adorable sencillez, no se ha tomado la pena de hacer levantar acta de sus beneficios; no ha cuidado de reclamar, y perdonéseme la palabra, privilegio de invencion para las obras más originales. Así se explica que no hagan más que marchar sobre sus huellas los plagiarios que le combaten, y que los inventores del altruismo y de la filantropía especialmente, al pretender crear un sistema anticristiano, hayan debido recurrir indispensablemente á las ideas cristianas, y echar mano hasta de las palabras empleadas por Jesucristo.

En prueba de lo que acabamos de decir, basta con recordar la insensibilidad del corazon humano ántes de que lo hubiese enternecido el Evangélio. Séneca apellida á la piedad, vicio de un alma débil: el profundo Marco-Aurelio, transcurridos más de cien años de haberse pronunciado el sermon de la montaña, prohibe hacer coro á los lamentos de los desgraciados: fiel á esa filosofía cruelísima, Galerio reunia los mendigos de su imperio en buques que hacia sumergir: los indigentes que no podian utilizarse como esclavos, eran mirados en la antigüedad como inferiores á los animales, puesto que muchas veces se les arrojaba como pasto á esas mismas bestias: en resolucion, el paganismo se preocupaba tan

poco de la miseria, que la mayor venganza del cristianismo naciente contra sus perseguidores consistió en alimentar y amparar á los pobres del paganismo lo mismo que á los suyos.

Hoy mismo podemos dejar comprobada con hechos la impotencia de la naturaleza humana respecto del particular. Consideremos lo que ocurre en los países que no son cristianos, casi podríamos decir, que no son católicos. En ellos la beneficencia constituye uno de los servicios de la administracion. En ellos se sirve al prójimo del mismo modo que se ingresa en el cuerpo de aduaneros ó en el ejército, es decir por medio de la suerte ó para tener una carrera. ¡Ay! mi corazon llora lágrimas de sangre, cada vez que considera que en medio de tantos millones de almas que no conocen á Jesucristo, no existe una Hermana de la Caridad, ni un sólo Sacerdote de la congregacion de la Buena Muerte que pueda secar sus lágrimas!

Hay más áun: sin el cristianismo los hombres carecen de las fuerzas indispensables para atender á su recíproca conservacion. Para que puedan formarse idea exacta de su valer y con la virtud que es necesaria para sacrificarse los unos por los otros, es preciso que abriguen la conviccion de que fueron rescatados por una sangre divina. Por esto no existe nacion alguna, como sea cristiana, en que la vida de un hombre se tase por dinero, pues el mundo cristiano entero, se considera pobre para pagarla. En esa misma Roma dónde César hacia degollar veinte mil Galos en una sola naumaquia, con el objeto de proporcionar distraccion á un pueblo corrompido, y Neron iluminaba sus jardines con cristianos bañados en resina, ha podido verse al santo padre Gregorio imponerse la condena de ayunar seis meses á pan y agua, por haber muerto de hambre un hombre en sus Estados. ¡Oh revolucion admirable, única que á nadie ha costado la vida y que en cambio la ha conservado á muchos! Cuando se cuentan los pobres, los leprosos, todos los abandonados á quienes la Iglesia ha proporcionado no sólo pan, sinó tambien la felicidad en la miseria, puede comprenderse que exista quien no la acepte como madre; pero no se concibe que haya quien le niegue las condiciones de tal.

O Jesucristo, ó la ruina de la autoridad. La autoridad lo mismo que el hombre, puede sucumbir á consecuencia de dos enfermedades de carácter completamente opuesto: por plétora ó por debilidad. En el primer caso toda la vida de la sociedad se concentra en su cabeza: la sociedad se halla en la situacion de un edificio que teniendo un remate superior á la fuerza de resistencia de sus cimientos, se viene abajo en virtud de su propio peso; es la disolucion resultante del despotismo. En el segundo caso los miembros del cuerpo social absorviendo toda la vida y rehusando comunicarla al cérebro, el poder se convierte en una fuerza sin direccion, en uno como organismo sin cabeza; el resultado es la disolucion por la

anarquía. A estos excesos en la constitucion de la autoridad, el cristianismo opone sus correspondientes correctivos.

Sí, el cristianismo constituye el correctivo más apropiado del despotismo; del verdadero despotismo se entiende, no del que nos imaginamos que constituye la norma de todas aquellas autoridades que miramos con prevencion. El cristianismo ha introducido en las ideas de la humanidad esa bellísima distincion. Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Hasta el momento de la proclamacion de la nueva doctrina, Dios y el César habian permanecido confundidos y ese nefando contubernio dió como resultado espantosas autocrácias que habrían acabado por aniquilar el universo, si Dios, comenzando por aniquilarlas, no se hubiese adelantado á extirpar todos los gérmenes de ponzoña que en su seno rebullian. Y esto es tan cierto, que áun así, dónde no domina Jesucristo, sólo se ven Estados envilecidos por una obediencia sin garantías; monarquías generalmente, orientales que sólo se mantienen erguidas como las momias de sus tumbas, porque no se mueven. Y para que resulte todavía más profundamente confirmada la verdad que acabamos de exponer, no tenemos que hacer más que dirigir una mirada al seno mismo de nuestra civilizacion. ¿Cuyo es el ideal político de los que sueñan en un porvenir independiente del Evangelio? La dictadura socialista investida con los atributos del cetro y de la tiara, sojuzgando al par los cuerpos y las almas bajo el yugo de su doble autoridad, y distribuyendo todas las mañanas la porcion góngrua de pan y de libertad á una demagogia castigada por innumerables abyecciones de su divorcio con Jesucristo.

Y teniendo como tiene el cristianismo, una especie de virtud específica contra el despotismo, ¿habia de ser impotente contra la segunda de las enfermedades de la autoridad, la anarquía? Abstraccion hecha del Evangelio las autoridades políticas son siempre discutibles por un número determinado y por tanto revocables por medio de la fuerza. El cristianismo constituye, no el derecho divino en determinada categoría de hombres en particular, sinó el derecho de Dios en el representante del poder en general, consistiendo en esto el hermoso misterio establecido por el Señor de los Señores en provecho de sus representantes en la tierra. Dios se ha ocultado consecutivamente trás el velo del sacramento, con los harapos del mendigo, ó valiéndose de los rasgos de los superiores legítimos; y del mismo modo que la primera de sus emanaciones no resulta manchada por la indignidad del sacerdote, ni la segunda por la indignidad de los mendigos, tampoco lo resulta la tercera por la indignidad del superior, siquiera éste no sea un vano pretexto para la rebelion.

Tal es la fuente de esta religion de la segunda majestad, como la llama Tertuliano, hablando del respeto en favor del poder. Tal es la razon de ser los imperios cristianos fuertes y duraderos, sin que sus súbditos resulten jamás humillados. Los que desconocen á Cristo

se rebelan ante la consideracion de tener que obedecer al que juzgan su igual, sino su inferior; al paso que el pueblo rejido segun los preceptos del Evangelio jamás se juzga humillado en su dependencia, puesto que, en las autoridades que honra, reconoce constantemente la soberanía de Dios. Y esta consagracion subsiste sobre la frente del poder, áun cuando no lo haya confirmado la uncion de Reims. Al apercibirse Rodolfo de Hapsburgo de que habia olvidado el cetro para la ceremonia de su coronacion, descendió las gradas del altar, y tomando en la mano un crucifijo y levantándole en alto, dijo: «Este es mi cetro.» Felices los poderes que saben consagrarse santificando su orígen, porque el sufragio de Dios es el más constante y el más seguro apoyo que puedan ambicionar los tronos. Los cetros cambian frecuentemente de sitio dónde no están unidos á la cruz, y sin ella y léjos de ella, sólo acierto á distinguir autoridades que caen, ó poderes que merecen caer.

O Jesucristo, ó la esclavitud. Desgraciados siglos fueron los siglos paganos, porqué en ellos la autoridad carecia del reflejo divino; pero más desgraciados áun, porqué en aquellos tiempos la sumision sin dignidad podia descender hasta el servilísimo! Legislacion horrible la que hacía de una parte de la humanidad el objeto de un tráfico infame; de criaturas formadas á imagen de Dios, un mero artículo de comercio y que permitia á un famoso patricio jactarse de sus riquezas diciendo: « Poseo cuatrocientos mil esclavos! » Y sin embargo, ese virus bajo este ú otro nombre, hallábase inoculado en la sangre de los pueblos, hasta tanto que Jesucristo la purificó! Para que sepamos lo que valemos fué menester que el Divino Maestro fuese vendido por treinta dineros: tan execrable compra vino á constituir el contrato de nuestro rescate.

Posteriormente se crean institutos magnánimos cuyo único objeto consiste en la redencion de cautivos; S. Vicente de Paul se coloca en el cuello la cadena que aprisionaba á uno de ellos, y san Gregorio devolviéndoles la libertad les dice: « Amigos mios: vosotros sois servidores de Dios: ahora bien, como servir á Dios es reinar, no está bien que los reyes vivan aherrojados; y pues sois cristianos, sed libres.» Palabra sublime á la cual ha prestado ya obediencia todo el mundo evangélico. Las resistencias de una parte de América han sido cruelmente castigadas, para que con ellas pueda objetársenos! No se diría sinó que el cielo, permitiendo que corrieran rios de sangre al través de esas inmensas llanuras, se propuso lavar la huella del sudor que las fecundó durante dilatado período, para deshonra de la dignidad humana, y con menosprecio de la redencion de Jesucristo.

Ó Jesucristo ó la disolucion de las costumbres. «El hombre cristiano, dice M. de Bonald, no está más libre de pasiones

que el pagano ó el mahometano, y sin embargo, ¡qué diferencia respecto de la moralidad del uno y la de los otros! Así como ántes existian enfermedades horribles que, afortunadamente, han desaparecido del todo, porqué se ha purificado la atmósfera y se ha perfeccionado la higiene general; existia tambien un cierto grado de corrupcion, propio del paganismo, completamente desconocido en los pueblos cristianos, por lo mismo que el aire ambiente, hace imposible al parecer depravacion tan espantosa. ¡Cuantos vicios existieron en los pueblos de la antigüedad, que hasta carecen de nombre en las lenguas modernas! Lo que mejor caracteriza las costumbres paganas es que su historia no puede referirse sin reticencias. Sus crímenes, que no pueden estigmatizarse como no sea empleando un lenguage que haga subir el rubor á las mejillas, la hacen asemejar, se ha dicho con razon, á esos parricidas que caminan al suplicio, cubierta la cabeza con un velo negro.

¿Cómo se explica que á una hora dada, por medio de una súbita transfiguracion, hayan salido ciertos paises de semejante embrutecimiento? Porqué el cristianismo les ha tendido la mano como hizo Jesús á Lázaro en la tumba. En tanto que por una parte derrama sobre las costumbres corrompidas de Roma y de Corinto el aroma destinado á purificarlas, revela por otra, en el órden moral, sacrificios jamás imajinados y reemplaza en el suelo los sábios con los santos. La caridad, la humanidad, la castidad de las edades cristianas! En vano las buscaríamos antes de Jesucristo; en vano las buscaríamos despues de él en los lugares de los cuales hubiese desaparecido, puesto que el signo más característico de su ausencia en su alma ó en una sociedad, estriba en la ausencia de tales virtudes.

Sí, en vano opondríamos un pueblo de filósofos buenos, á un pueblo de malos cristianos; lo cierto es, dice Rousseau, que la filosofía no puede formar virtud alguna que la religion no produzca, en tanto que esta da vida á muchas que no puede producir la filosofía.

Finalmente: Jesucristo, ó la instabilidad de los imperios. La injusticia más grande de nuestros racionalistas, consiste en considerar el cristianismo, como causa determinante de catástrofes políticas. Fijemos la atencion en ese universo purificado de cuatro mil años de ignominias á la mera contemplacion de una cruz; y esos bárbaros trocados en mansos corderos merced á la palabra de los santos; y esos paises en los cuales el Evangelio ha resucitado la edad de oro; y esos pobres convertidos por el cristianismo en príncipes del pueblo; y todos los beneficios que dejamos enumerados, y tendremos que convenir en que lo que de tal suerte eleva las sociedades, debe hacerlas duraderas. El dia que Ciceron, conducido ante el tribunal popular, se limitó á decir en su defensa «*juro que he salvado la pátria*», á cuyas palabras contestó la multitud diciendo:

juramos que ha dicho la verdad, obtuvo un triunfo completo, y la absolucion siguió de cerca á la acusacion presentada contra el ciudadano ilustre.

Pues bien: el dia en que Cristo, deseoso de confundir las calumnias de determinada filosofía de la historia, se presente ánte sus pretores diciendo: Juro que he salvado la pátria, no quedará su apología sin eco ni pruebas. Todo el mundo contestará: Juro que ha dicho la verdad, y sus acusadores quedarán confundidos. Y todavía lo quedarían más si, en virtud de un acaso providencial, llegaba á desaparecer un instante de la vida de las naciones. No transcurriria mucho tiempo sin que el peso de los cetros, el servilismo de la obediencia, las epidemias morales y especialmente la caducidad de los imperios, nos revelaran el renacimiento de esos siglos de hierro de la éra pagana, cuya salvaje grandeza sólo tiene la poesía que le prestan los mirajes clásicos y la distancia de veinte siglos.

¿En qué consiste que no debamos presenciar actualmente los derrumbamientos gigantescos de monarquías é instituciones, que con tanta frecuencia conmovieron las sociedades del mundo antiguo? ¿Porqué razon sólo se tratan cuestiones de equilibrio en los campos de batalla, que eran en otro tiempo el sepulcro de una nacionalidad? En primer lugar porqué la religion penetra hasta el interior de los campos de batalla para evitar los abusos de la fuerza, y para humanizar la victoria; y despues y principalmente, porqué desde el punto y hora en que la sávia cristiana se ha difundido por las venas del cuerpo social para vivificarlo, los más grandes colosos están ménos expuestos á la disolucion y pueden inclinarse sin romperse.

Comprendo que se nos opondrá la estabilidad de la China y de la Turquía. La China y la Turquia son el oprobio del anti-cristianismo, no su defensa. Por lo que respeta á la primera, si ha subsistido tanto tiempo, es porque las distancias han servido de baluarte á su insolencia, y de barrera á nuestras represalias. Las circunstancias locales son las que la han hecho y las que la sostienen. Encerrada dentro de su inmensa muralla, gusta de mantenerse en completo aislamiento, temerosa de caer hecha pedazos al choque más leve proveniente del exterior. Si así puede decirse, háse rodeado de un círculo de hierro con el objeto de evitar que sus moléculas se desagreguen interiormente. Vanas precauciones sin embargo! Del seno de esos trescientos millones de esclavos háse levantado un grito que resonando en el corazon de las naciones europeas, ha llevado la justicia de Dios hasta el mismo palacio de Pekin, en términos de que obligado por un lado por nuestras escuadras y por otro por las revueltas intestinas, hállase hoy el Celeste Imperio á la víspera de grandes expiaciones, si la cruz plantada por nuestros misioneros sobre tantas instituciones caducas, no hace descender sobre las mismas el fuego de la regeneracion.

Por lo que á la Turquía se refiere, no será mucho lo que diga temeroso de turbar su penosa agonía. No exageramos: si se fija la atencion en las pulsaciones de ese cuerpo aniquilado por las disipaciones, se comprenderá fácilmente que en las orillas del Bósforo se están preparando unas solemnes exequias. Si por acaso vais á Constantinopla prestad oido atento á las brisas del Norte, y percibiréis el rumor del pueblo encargado de echar la losa sobre la tumba de los sultanes. Y no se crea que esto son ensueños de una política supersticiosa: no, ese sepulcro se habria abierto ya, si la Francia no hubiese interpuesto su veto. Confirmacion manifiesta de mi verdad, pues así como no se desprende un sólo cabello de nuestra cabeza sin el permiso de la providencia, tampoco puede desprenderse una sóla piedra de la bóveda de las monarquías europeas, sin el consentimiento del más cristiano de los pueblos que existen en la sobrehaz de la tierra.

Diríase á primera vista que las consideraciones que preceden son puramente especulativas; pero si se fija la atencion de un modo detenido, se verá que de ellas se desprende la siguiente conclusion: nosotros, que tan orgullosos nos mostramos de las maravillas de nuestro tiempo, y que de uno á otro polo visitamos las obras maestras de la civilizacion cristiana, ¿por qué nos humillamos ante los efectos, sin adorar la causa de los mismos, que fué Nuestro Señor Jesucristo? Toda vez que el cristianismo es tan necesario para la inteligencia y la armonía de las cosas, convengamos en que merece mayor respeto que si se tratara de un simple sistema, puesto que siendo imposible que Dios estableciera el gobierno del mundo sobre una falsedad, implica su verdad la necesidad del cristianismo. Por lo demás, nada más perentorio en apoyo de esta tésis, que la experiencia de un pueblo al cual se hubiese completamente descristianizado. Supongamos que han vencido los sofismas, y que Jesucristo, arrojado de enmedio, empuña su baston de viaje para darnos la última despedida. Qué dia más horrible para la Francia, aquel en que, de pié sobre el dintel de los templos, le dijera sacudiendo el polvo de sus piés: ¡Oh, tú que fuiste en otro tiempo la hija predilecta de mi Iglesia, recibe al presente por mi abandono, el justo castigo que mereces por haberme abandonado. Yo abandono tu propiedad, yo abandono tu familia, yo abandono tus leyes, yo abandono tu poder, yo abandono tus costumbres, yo abandono tu vida pública y privada, yo abandono tus tabernáculos, y te hago volver á lo que eras hace diez y ocho siglos, despojada de todo cuanto me debes y sin dejarte de mi pertenencia otra cosa que el recuerdo. ¡Cómo al otro dia de haberse realizado esa partida del Señor, la Francia, reconcentrada en sí misma, mediria horrorizada el vacío resultante en su seno por la ausencia de Dios!

¡Ah! semejante vacío no sería en verdad una laguna fácil de

llenar, puesto que supondria la mujer envilecida, las iglesias cerradas, el sacerdote reemplazado por la anarquía intelectual, las hermanas de la caridad sustituidas por delegados de la filantropía, el pudor por las gemonias, el cetro en mano de los pretorianos, el poder á merced del más fuerte, el órden pisoteado por los fautores de la insurreccion,... imposible es evaluar por el simple pensamiento, la suma de dolores y de lágrimas que representaria ese interregno de Jesucristo! Y despues, cuando las naciones vecinas pasaran cabe nuestras ruinas, preguntándonos: ¿Qué es lo que habeis hecho de vuestro Dios? ¡Qué desesperacion la de este pueblo que jamás ha dejado en la estacada ni á un aliado, ni á un amigo, el tener que confesar en presencia del mundo escandalizado, que su primera traicion fué la apostasía de la cruz!

Para completar la fuerza de ese testimonio ficticio, volvamos al revés la hipótesis, é imaginemos que despues de un prolongado destierro, Jesucristo se halla dispuesto á repasar la frontera para vivir nuevamente entre nosotros. ¡Qué aglomeracion de gentes en los sitios por los cuales debiera pasar! ¡Qué alegres repiques de campanas en nuestras catedrales! ¡Qué solemne *Te Deum* entonado á los piés de los altares! ¡Qué hosanna de parte de las madres, de las vírgenes, de los sacerdotes y de los reyes! En verdad, los transportes de júbilo de un dia semejante no pueden concebirse, y si Jesucristo no impone á los que rechazan la prueba resultante de sus beneficios, la proveniente de las desgracias de su ausencia, es sin duda alguna porque la libertad moral del mundo, no resistiria un experimento de tanta trascendencia.

CAPÍTULO V.

Efectos individuales reservados á la verdadera religion.

Despues de haber demostrado, directamente, la divinidad de Jesús, la hemos hecho resaltar de la accion divina que ejerce sobre las tres grandes instituciones que constituyen las bases fundamentales del órden universal: la propiedad, la familia y la sociedad. Suprimido Jesucristo, la propiedad resulta sin derecho inviolable, la familia sin vínculo indisoluble, la sociedad sin verdadera civilizacion, y el progreso mutilado y desprovisto de cuantas mejoras debe al Evangelio, reducido al quietismo é inmovilidad de la barbarie pagana.

Si pasamos ahora de la sociedad al individuo; de los hombres al hombre tal cual lo ha formado la revelacion cristiana, ¿podremos descubrir en él efectos sobrenaturales, que nos pongan de manifiesto la realidad y el trabajo de una causa sobrenatural? Cierto que no existe religion que no exija sacrificios á sus adeptos, y que todo dogmatismo engendra la moralidad correspondiente; pero entre la moralidad producida por el cristianismo, y la que nace de las falsas religiones, ¿no existe por ventura la diferencia que media entre lo divino y lo que no lo es? Cierto que todos los cultos imponen á la humanidad ritos, oraciones, y en determinadas circunstancias, hasta privaciones por demás dolorosas; mas, entre esas prácticas y las virtudes cristianas, ¿no existe siempre la distancia que separa al estoicismo más ó ménos supersticioso, de la santificacion verdaderamente sobrenatural?

Ménos que las falsas religiones, tiene derecho á negarlo la falsa filosofía, puesto que imposibilitada de establecer su moral sobre las creencias que rechaza, vése en la precision de fundarla en el amor natural del deber. Para resolver una dificultad ha creado dos, puesto que si es por demás difícil la determinacion del deber, no lo es ménos su práctica. Para conocerlo, es indispensable la luz; para realizarlo, precisa la energía; de manera, que si existe en el cristianismo una virtud evidentemente divina, esta es la que eleva la vo-

luntad humana hasta el heroismo de la santidad, ya que si por un lado ha reducido los límites de la conciencia, sugiriéndole delectaciones desconocidas, ha extendido por otro la influencia de esta misma conciencia, haciéndola capaz de sacrificios hasta entónces imposibles, dando por este medio un testimonio de su suprema verdad, no ménos brillante que sus prodigios materiales, es decir, sus virtudes. Por esto ha podido decir Bossuet: La fé sostiene las costumbres, y estas atestiguan la fé.

Sí, el Evangelio ha llevado á cabo una obra propia del poder divino, devolviéndonos el imperio sobre ese enemigo cuyas tiranías causan tantas víctimas: la pasion. La pasion no es exclusivamente para nosotros la ponzoña de la felicidad, es además la ilusion; y ésto hasta tal punto, que encerrando en su interior dolores sin cuento, y una solemne mentira, no constituye su crueldad más terrible el arrebatarnos la felicidad, sinó el despojarnos de ella precisamente cuando nos la promete. ¡Quién es capaz de referir cuanto en contra del bien estar de la humanidad han hecho las pasiones desde el paraíso terrenal! Individualizando la cuestion y trasladándola del drama complexo de la historia universal á su conciencia, el hombre no puede ménos que sentirse aterrado ante la consideracion del tiempo que le han robado las pasiones; de los enemigos que le suscitaron; de las ruinas que han producido; de los remordimientos que ocasionan; de la vergüenza que producen. Nada hay que pueda compararse á la amargura resultante de no poder contemplar un rostro sin que el rubor de la vergüenza inunde nuestras mejillas; de no ser posible escuchar las oraciones de los hijos sin sentirse acusado; no poder oir sin temblar, el plañidero son de las campanas que tocan á muerto; no poder, finalmente, refugiarse en la propia conciencia sin despreciarse. ¡Ay! ¡cuán terrible es esa vengadora economía que de la pasion, considerada en sus momentos de embriaguez, hace algo semejante á una llamarada, á un deslumbramiento fugaz, á una apoplegía de cinco minutos, como decia Chamfort, y de la pasion, considerada en sus consecuencias, un dolor que puede durar hasta más allá de la tumba!

Mas entre todas las desgracias que la pasion ocasiona en la tierra, ninguna como la tiranía con que se impone. ¡Horrible suplicio el de hacer el mal, contemplando el bien y maldiciéndose al propio tiempo! Sí, maldiciéndose, porque ello es que en el fondo de las almas existe todo un reino interior, que semejante á los pueblos presa de la revolucion, experimenta angustias inmensas provenientes de la conviccion de que carece de gobierno.

Esto sentado podemos preguntar: ¿Dónde se encuentra el verdadero gobierno, para la conciencia que no está sometida á las influencias cristianas? Los hechos han contestado. Cuando la conciencia humana no habia alcanzado el corroborante de la fuerza cristiana, la última palabra de la miseria moral en que se hallaba

sumida consistia en este grito de desesperacion del poeta. «*Deseo el bien y realizo el mal.*» Al presente, fuera del cristianismo, todavía se legitiman ciertos vicios, con el objeto de no combatirlos, y se niega la parte heróica del deber, para no tener que sufrir la acusacion de faltar á su cumplimiento. Y es que para triunfar de esa potencia desordenada que se llama pasion, no bastan las palancas más ó ménos poderosas de la moral independiente, es indispensable en la voluntad humana un acrecentamiento sobrehumano. En otros términos: para igualar el poder de nuestras virtuosas resistencias, con el de nuestras perversas inclinaciones, ha sido necesario el restablecimiento de muchos equilibrios que se habian perdido, y este resultado sólo podia conseguirlo Aquel que hizo el hombre de la nada. El milagro de semejante reparacion, se nos presentará verdaderamente divino, contestando á las siguientes cuestiones absolutamente doctrinales. 1.ª ¿Cuál es el motor de la moralidad cristiana? 2.ª ¿Con qué medios cuenta? 3.ª ¿Qué prodigios realiza? 4.ª ¿Cuyos son sus límites?

I.

No hay hombre, como esté dotado de talento, y tenga de su parte la fortuna, que, si se lo propone, no pueda llegar á fundar un imperio: en cambio el establecimiento de una religion, despues que Dios lo ha realizado, es tan superior á las fuerzas humanas que dónde quiera se ha intentado semejante empresa, no ha pasado mucho tiempo sin que sucumbiera bajo los golpes del ridículo. ¿De dónde proviene esta disposicion del espíritu público? En parte de la imposibilidad en que se halla para inventar dogmas que engendren la certeza; pero principalmente de la imposibilidad en que se halla para conseguir que de tales dogmas resulte una virtud práctica ó la santidad.

En mi juicio el carácter más incontestablemente divino del cristianismo consiste en su poder santificador. Todos los símbolos completamente vacíos de Jesucristo, autor de la fuerza que moraliza, permanecen en el estado de mera especulacion: sólo el cristianismo ha pasado de las convicciones de la humanidad á costumbres humanamente impracticables. No se entienda por esto que quiera suponer que las demás religiones no se han practicado jamás sin fé por parte de sus adeptos; mas, ¿qué importa esa fidelidad si halaga las pasiones en lugar de reprimirlas? En cambio, ¿por qué razon el Evangelio, es decir la religion más incómoda que en tiempo alguno se haya imaginado, no ha quedado reducida á un sistema prácticamente estéril, como si dijéramos *la república de Platon*? ¿En qué consiste que el culto de la cruz haya seducido á la humanidad hasta

el punto de alcanzar de ella, no sólo la adhesion que consiguen los programas filosóficos, sinó tambien el sacrificio y el amor llevados hasta el extremo de morir gozosamente por la misma? Este fenómeno se explica teniendo en cuenta que en el seno de dicha doctrina se encierra una influencia misteriosa: y esta influencia que, semejante á un poderoso iman, imprime su movimiento al mundo moral; esta influencia, que no puede falsificar la habilidad de los innovadores y que falta siempre á su Evangelio, de la propia manera que el punto de apoyo á la ciencia de Arquímedes, para elevar al género humano despues de haber abusado de su credulidad, no se demuestra como una vana teoría, sinó como un hecho íntimo y soberano: no se inquiere á fuerza de argumentos ni por medio de telescópios, sinó que se siente: no gira en fin en las inconmensurables regiones del espacio, sinó que se agita en lo profundo de las conciencias, y el cristianismo la apellida, la gracia de Dios.

¡La gracia de Dios! En estas palabras se encierra un encanto indefinible y omnipotente que sostiene nuestra debilidad, por lo mismo que expresan la idea de una fuerza más grande que nosotros mismos, y sobre la cual descansamos con la misma confianza que el niño sobre el regazo materno. Pues bien, la humanidad que no sabe proyectar, esperar ni resolver cosa alguna, como no sea con, ó por la gracia de Dios, no conoce la virtud moralizadora de la misma, razon por la cual consagro la presente enseñanza á poner de manifiesto semejante secreto y esta prueba.

La humanidad se salva, del mismo modo que se perdió; por medio de una transmision genealógica. Un hombre culpable ha inoculado á toda su raza, con la sangre de sus venas, la falta cometida; un Hombre-Dios comunica sus méritos, con la virtud de su sangre, á toda la descendencia del primero. De esta suerte las fuentes de la generacion, que el pecado habia corrompido, hállanse purificadas por medio de la regeneracion. El vírus moral que la generacion distribuyera en nuestras venas era la concupiscencia; el correctivo divino infundido en ellas por la regeneracion es la gracia; y así como la una constituye la participacion de cada uno de los indivíduos en la corrupcion de Adan, es la otra una comunion incesante de nuestras almas en la santidad de Cristo, y una efusion imperecedera de su naturaleza divina en el seno de la humanidad. Bajo este punto de vista es sumamente fácil comprender la definicion que de la gracia dá la teología cuando expresa que, es un don gratuito y sobrenatural, concedido por Dios á la criatura racional para alcanzar la vida eterna.

Este don equivale á una verdadera creacion, porque al paso que constituye un principio de vida sobrehumana, unido á la naturaleza, es una obra tanto más divina, cuanto que para tener la capacidad necesaria para rehacer al hombre, es preciso haberla tenido para hacerlo. Pero por más que sea tal energía excelentísima en s

misma, es más difícil conocerla por lo que ella es, que por sus resultados.

Ahora bien, la gracia, considerada con relacion á nuestra naturaleza es una ley de equilibrio y de armonía. De todos los séres de la creacion orgánica el hombre es el único que puede elevarse sobre el nivel de la naturaleza por sus sacrificios, y descender debajo del mismo por su depravacion. ¿Cómo se llama este enigma y de que manera se explica semejante anomalía? Cuando el hombre se coloca debajo del nivel que le corresponde, es que obra en virtud de una inclinacion que le es peculiar, y que al par constituye una desgracia y una prerogativa de su libertad. Por el contrario, cuando el hombre se sobrepone á ese nivel, es porque obra á impulsos de un poder superior á su voluntad natural, por cuya razon se llama sobrenatural. La fuerza que lo impele hácia el fondo es la pasion: la que le impulsa á elevarse es la gracia. Yo he contemplado á la primera rebajando á Nabucodosor hasta el nivel del bruto: yo he visto la segunda exaltar á los grandes imitadores de Jesucristo, hasta una suerte de deificacion en el deber, *divinæ consortes naturæ;* y como la una sirve de contrapeso á la otra, constituye esto en la humanidad no una contradiccion sinó un equilibrio. Al llegar á este punto, permítame el lector que apele al testimonio de su conciencia, porque de seguro habrá experimentado más de una vez, en el interior de su alma el combate, de esos movimientos, combate que habrá concluido por producir la armonía como resultante de ese principio sublime que se llama libre alvedrío, libertad.

La gracia considerada con relacion á la voluntad, es un complemento, puesto que concluye nuestra personalidad moral. Nuestra razon se completa mediante su union con la fé, y nuestra voluntad, herida en Adan, recobra su energía mediante la union con la gracia. La fé y la gracia constituyen pues para nosotros apoyos y suplementos, la una del espíritu, la otra de la voluntad, y por consiguiente, un desarrollo, no una mutilacion de la humanidad. Los que considerais ciertas virtudes como un ideal quimérico expuesto á las miradas de un misticismo alucinado; los que habiéndolas buscado en vano en la filosofía jamás habeis comprendido que se las encuentre con la religion; los que, finalmente, las habeis considerado siempre mera escepcion de temperamento, y no como gloria de una voluntad victoriosa, sabed cual es la causa de vuestro error. Consiste este en que en el interior de vuestra naturaleza corrompida habeis visto la medida suprema de la energía humana, siendo así que vosotros sólo representais la humanidad empobrecida de resultas de una enfermedad hereditaria: consiste en que el hijo de Adan, abandonado á sí mismo, es incapaz de elevarse á ciertas alturas en las pendientes de la moralidad, en tanto que restaurado por Jesucristo lo puede todo en Aquel que le fortalece.

La gracia considerada relativamente al corazon, reune el encan-

to y el imperio de un atractivo. ¡Admirable correlacion de las cosas divinas! Una seduccion perdió al hombre en su orígen: una seduccion le salva al presente. En efecto, la gracia es ese sabor íntimo que va adherido á nuestras buenas acciones: es este gusto de Dios que comunica en favor nuestro el placer al bien, de la propia suerte que la caida nos subleva; de manera que valiéndonos de una definicion conocida, podríamos llamarla la concupiscencia de la virtud sobreponiéndose en nosotros á la del vicio, y una especie de poder atractivo suspendido sobre la naturaleza caida, para conducirla más allá de sus límites, de la propia suerte que la luna levanta los mares. ¿Quién hay que una vez ú otra no haya escuchado esa voz interior que recompensa ó castiga despues cada uno de nuestros libres movimientos, y que no puede proceder de nosotros, puesto que apesar nuestro resuena en nuestra conciencia? Accion enérgica y suave al par, que perfecciona nuestra libertad en lugar de violentarla porque favorece los movimientos sin forzarlos. La caida original nos inclina al mal cuando viene la gracia á impulsarnos en sentido opuesto, y con ello léjos de resultar aplastados podemos erguirnos; léjos de estar oprimidos, nos encontramos tan completamente libres para elejir el camino que mejor nos cuadre, que, por decirlo así, reconquistamos nuestro primitivo aplomo.

En fin la gracia, relativamente á la razon pura es la solucion de una dificultad terrible. Sin la gracia el pecado original, es decir, la culpabilidad de todos por la prevaricacion de uno sólo, constituye una economia inexplicable; pero con la gracia, como todos han pecado en Adan, dice el Apóstol, todos se han justificado en Jesucristo. La imputacion de una mancha que no fué obra nuestra, se halla contrabalanceada por la de un mérito que no nos es propio: el beneficio de la solidaridad espiritual, compensa la desgracia de la solidaridad carnal, y el segundo Adan proporcionándonos por medio del bien, cuanto nos dió el primero por medio del mal, viene á constituir una gran misericordia puesta, segun el plan divino, frente á frente de un gran castigo. Y este castigo y semejante misericordia se corresponden como en Dios la justicia y el amor, y justifican la caida hereditaria por medio de una redencion que no lo es ménos.

Tal es el móvil que impulsa á este mundo á la realizacion de nuevas virtudes y de sacrificios superiores á la naturaleza, que lleva el nombre de santidad cristiana. Sí, y en vano se esforzarán los doctores del racionalismo en falsificar esa santidad sin participar de la virtud del mismo orígen, porqué quedarán confundidos por la inanidad de sus tentativas, toda vez que ese trabajo, tan impío como ridículo, no es más ni ménos que la investigacion formal de los efectos sin causa. Voltaire, ocupándose de una inconsecuencia á esta semejante, decía que esto se llama *perder el alma convirtiéndose en hazme reir de los demás.*

Mas al llegar á este punto paréceme escuchar la voz del génio del materialismo contemporáneo que desde el fondo de sus laboratorios me dice: ¿Qué motor latente es este que escapa á las demostraciones científicas, y al cual las leyes mecánicas no pueden regular? ¿Qué fuerza es esta cuyo orígen y direccion se ocultan en el cielo, cuyos resortes jamás pudieron contemplar los hombres, y cuyo calibre no ha podido determinar la matemática? Nada puede darse de más incomprensible que los exploradores exclusivos de la materia puestos en presencia del órden moral. Con todo, la gracia cuenta tambien con demostraciones positivas, y en prueba de ello ponemos á continuacion la respuesta que puede dar á los que la echan en cara el no ser una realidad ponderable. A estos tales puede decirles: merced á mi existencia los paganos han visto, todos los pueblos de la tierra han oido, doce millones de mártires han corrido al combate, han aparecido innumerables vírgenes, los pobres son honrados, abrazados los leprosos, multiplicados los humildes de corazon, perdonados los enemigos, cambiadas las costumbres públicas y privadas; en una palabra, la vida de los santos constituye mi prueba, la regeneracion del mundo es obra mia: si mi naturaleza es un dogma, mis efectos caen bajo el dominio de los sentidos.

¿En qué consiste que la civilizacion cristiana se distinga por la existencia de virtudes que no se encuentran fuera de ella? No cabe dudar que este efecto debe de reconocer una causa, y esta causa ¿dónde reside sinó es en la gracia? Y no se pretenda eludir el argumento, contestando que para conseguir tales resultados basta la conciencia religiosa, porque en este caso preguntarémos, ¿porqué razon en las falsas religiones no puede alcanzar la conciencia lo que alcanza fácilmente en la verdadera? Con la historia en la mano, es de todo punto imposible considerar la gracia como un fenómeno psicológico, puesto que nada existe que mejor demuestre la realidad de un agente sobrehumano, que las acciones sobrehumanas, y si la necesidad de un primer motor en el órden material prueba la existencia de Dios, la indispensable necesidad de un motor en el órden moral, para explicar la moralidad cristiana, lleva directamente al hecho indubitable de la gracia y á la divinidad de su autor.

II.

Conocido tenemos el motor de la moralidad cristiana. Sepamos ahora cuales son sus medios de accion. La gracia llega al alma por una porcion de medios. Podría compararsela, si la imágen fuese digna del sujeto, á una suerte de clave místico, colocado en me-

dio de los méritos de la redencion, capaz de herir las voluntades que la ponen en ejercicio, por medio de melodías que varían hasta el infinito. Los movimientos de la voluntad humana que provocan las efusiones de la gracia, no pueden por consiguiente ser tenidos en cuenta. Pero existen mociones más poderosas de la voluntad humana procedentes de los desbordamientos de afecto más abundantes del auxilio divino, que constituyen entre Dios y el hombre, esas místicas comunicaciones que conocemos con el nombre de sacramentos. La oracion, el ayuno, la limosna y las demás buenas obras son los arroyos; los sacramentos constituyen el rio mediante el cual la redencion circula y se distribuye en el seno de la humanidad. San Agustin los define un signo evidente de la gracia invisible, instituido para nuestra santificacion. Enseñanza fecunda, de dónde resulta que los sacramentos fueron instituidos como *signos y agentes* de la moralizacion cristiana y como representacion y reproduccion de la gracia purificadora. Vamos á ver ahora de qué suerte, mediante ese doble aspecto, se imponen á los respetos de toda razon que no tiene tomado de antemano el partido de no respetar.

Desde luégo nada más racional que la virtud de este agente. Cierto que es imposible que el espíritu pueda comprender de qué manera un signo natural transmite una gracia sobrenatural, porque entre esta causa y semejante efecto media un abismo que sólo puede llenar un milagro. Mas una vez admitido el gran milagro de la divinidad de Jesucristo, son perfectamente admisibles cuantos de él derivan y este en especial. Jesucristo se encuentra situado en medio de la humanidad como el árbol de la vida en el centro del Edén. Los jugos corruptores de este han inficionado al género humano, la sávia regeneradora de aquel, infiltrándose en las venas de la posteridad, lo ha transfigurado. Nuestra union con Adan por medio de la carne es causa de nuestras caidas: nuestra union con Cristo por medio del espíritu es orígen de nuestra restauracion.

Mas, ¿de qué modo se realiza la adapcion de nuestra humanidad degenerada con la humanidad regeneradora de Cristo? ¿En qué consiste ese enjerto divino que de tal manera y tan íntimamente nos une con el Arbol adorable, que su vida circula en la nuestra? La ligadura sobrenatural que hace de nosotros y de Cristo un sólo cuerpo del cual es él la cabeza y nosotros los miembros, son los sacramentos. Hé ahí cuáles son las arterias que llevan la sangre teándrica á la moralidad del género humano para divinizarla. Al descender por esos canales misteriosos, la encarnacion se individualiza, la redencion se ramifica, y donde quiera que el hombre se pone en contacto con la gracia sobrenatural, asimílase algo de la inocencia de Cristo; porqué así como el pecado original no es más que un desbordamiento de la culpabilidad de Adan, la rehabilitacion es simplemente la superabundancia de la santidad de Jesucristo difundida por el universo.

Tal es la razon que me explica el porqué la humanidad desesperada ánte la consideracion de los males que la aflijen, exclame junto al tronco del arbol del Eden. *Una mujer me ha dado á probar de ese fruto y yo lo he comido* (1), y al pié de la cruz juzgándose dichosa al recibir una reparacion más grande áun de lo que fué su caida, grite llena de júbilo, refiriéndose á la Iglesia depositaria de los sacramentos. ¡Una Madre me ha dado á probar de esos frutos y yo los he comido! Madre bendita, frutos incomparables que constituyen el uno el guardian, los otros la prueba de la verdad. La humanidad verá siempre, merced á una propension invencible, la doctrina más santa, allá donde encuentre las virtudes más heróicas.

Nada más racional que la funcion de este agente; nada más moral y más moralizador que su accion. He leido en un tratado de ateismo aleman que la gracia de Dios no es otra cosa que la alienacion de la libertad del hombre, y el sacramento un mérito proveniente de Dios que dispensa al hombre de la obligacion de adquirirlos por su propia cuenta (2). La primera de esas imputaciones constituye una contradiccion como pocas torpe, toda vez que corrigiendo en nosotros la gracia, la inclinacion perversa por la buena, coloca á la conciencia en situacion desinteresada respecto de su eleccion, y favorece el vuelo de la libertad en vez de comprimirlo. Por lo que se refiere á la acusacion de buscar en los sacramentos, una santificacion pasiva que nos dispense de la santidad activa, es una calumnia de la razon y de las virtudes cristianas, á la cual sólo la ignorancia puede dejar la excusa de la buena fé.

No puede ponerse en duda el que los sacramentos tienen una virtud intrínseca; pero esta se halla subordinada, en sus consecuencias efectivas, á las disposiciones del sujeto. Su influencia *ex ópere operato* se halla determinada por nuestro concurso *ex ópere operantis*. El *agente* hállase modificado en su aplicacion por el estado del *recipiente* y, de esta manera, los verdaderos santos no son aquellos que participan, sin correspondencia, de los sacramentos, sinó los que se depuran y perfeccionan para hacerlos fructificar.

Por consiguiente, no puede sostenerse que nos restaurara completamente el mero hecho de la muerte de Cristo: semejante redencion tendria poco de moral, puesto que sin imponeros obligacion alguna, nos salvaría sin que en ello cooperáramos poco ni mucho. Para que la gracia no se encaminara á alentar las pasiones mundanales, convino que nos fuese aplicada en virtud de un acto de nuestra voluntad y segun las proporciones de nuestro concurso. A este fin Dios ha establecido canales diferentes por medio de los

(1) Gen. I.
(2) Feuerbach. *Esencia del cristianismo.*

cuales puede llegarse á obtener su plenitud, y así como recorriendo esas diversas vias de derivacion, la gracia se especializa para cada una de las miserias que la solicita, de la misma manera cada una de dichas miserias sólo puede asimilársela, aspirando á ella por medio de esas vías. Ahora bien: las inmensas exclusas por cuyo medio la celeste fecundidad penetra y se derrama en el alma de los mortales; las ondas milagrosas bajo las cuales vense florecer en el seno de la corrupcion original las virtudes hasta entónces desconocidas, son los sacramentos.

No hay para que hacerse ilusiones: el cristianismo, haciendo del género humano un catecúmeno, para lavarlo de las impurezas de cuatro mil años, no lo sumergió en una atmósfera de sabiduría especulativa, sinó que se valió de sus purificadoras abluciones. No por medio de una nueva filosofía, sinó echando mano de prácticas divinamente moralizadoras, proporcionó á las sociedades modernas una especie de vestido de inocencia, ánte el cual el paganismo de Roma y de Corinto hubiese huido avergonzado, si no le hubiesen ya reducido al último extremo los escesos de su propia disolucion.

De manera que esos estóicos experimentadores que distinguen la virtud cristiana y repugnan aceptar los medios que ofrece, no harian más con su sistema que comenzar de nuevo la tela de Penélope. Si pudiésemos ser sin los sacramentos, lo que con ellos somos, Jesucristo habría sobrecargado la religion con un ceremonial inútil; siete ilusiones que, del mismo modo que la verdadera hubiese podido imaginar cualquiera otra religion, habrian engendrado milagros de santidad, que hasta ahora no ha producido religion alguna, y por consiguiente habria motivo para desesperar no sólo de la virtud de la Iglesia, sinó tambien del buen sentido de la humanidad.

Los sacramentos constituyen, pues, el principio de la verdadera moralidad cristiana, y dadas idénticas pasiones, así como todo hombre provisto de ese viático divino practica más la virtud que un cristiano meramente especulativo, todo pueblo que lo rechace, descenderá, arrastrado por sus vicios, á un nivel inferior al de aquel que confiese y comulgue. Por lo demás, ninguna demostracion más palmaria de lo que acabamos de decir, que la siguiente escala de proporcion justificada por la historia. El catolicismo que conserva intacto el depósito de los sacramentos es la religion que alcanza mayor número de sacrificios de parte de la conciencia humana: sigue en pós el cisma griego que los desfigura: viene despues el protestantismo que rechaza la mayor parte: y por último, el racionalismo que no reconoce uno sólo, con todo y pretender ocupar el sitio más preferente y honorífico en la marcha del movimiento intelectual, es el más atrasado de los símbolos en el camino de la verdadera moralidad.

Y al expresarnos en estos términos no hay para que se nos salga al paso parangonando la pureza más ó ménos auténtica de ciertas

poblaciones rusas ó anglicanas con el relajamiento de las católicas meridionales. Es indispensable ponerse en guardia ántes de pronunciar este fallo anti-francés que pone á la pátria de S. Luis por debajo del embrutecimiento moscovita, y de las sentinas de Lóndres ó de Nueva-York. Los que en ódio á Jesucristo, hacen traicion á su pátria y en el terreno de la filosofía, ó en el de la historia, se pasan al campo enemigo, sólo merecen el concepto de criminales razonadores, y la consideracion que alcanzarian, si de igual suerte procedieran en el campo de batalla. De todos modos no debe olvidarse que al establecer el paralelo he cuidado de decir á pasiones idénticas y siendo esto así, dígasenos con franqueza ¿son los mismos los móviles y los impulsos y los atractivos de la pasion bajo el aplomado cielo de Siberia ó Alemania, que en las zonas ardientes de España é Italia? ¿Qué sería de la cacareada cordura de las naciones heréticas, si sus miembros robustos y bien alimentados, se hallaran sometidos al influjo del sol que hace hervir nuestra sangre? El error ha huido los países difíciles de gobernar, bajo el punto de vista del temperamento, para establecerse en aquellas regiones en las cuales el frio de la atmósfera influye en que las costumbres sean debidamente respetadas; pero el dia en que los sacramentos, especialmente la Penitencia y la Eucaristía, llegarán á abolirse, al otro lado de los Alpes ó de los Pirineos, surgirian de nuestros climas caliginosos, tantos y tan corrompidos miasmas que llevados por el viento del mediodia bastarían á inficionar la Europa entera hasta un punto tal que asustados los sábios ánte los resultados del contagio, apresuraríanse á decir á la Iglesia. Abrid de nuevo las piscinas probáticas, y purificad en sus ondas milagrosas las gangrenas morales del universo: *Haurietis aquas de fontibus Salvatoris*.

El sacramento, pues, como agente de la gracia, es racional, moral y moralizador; mas, sometido á nuestro exámen filosófico, ¿encuentra tan fácilmente su justificacion, considerado como signo de la gracia? Sí, cada cosa tiene su representacion debajo del sol, dice el conde de Maistre, y es imposible que la gracia se sustraiga á esta ley general. La naturaleza sirve de escabel y sustentáculo á lo sobrenatural; el cuerpo de morada al alma; en una palabra, cuanto existe de espiritual, tiene su vestidura aparente en nuestro mundo, por lo mismo que no se halla poblado de espíritus puros. Pues bien, por la misma razon, la gracia debe tener su expresion ostensible para que nos sea anunciada al propio tiempo que la sintamos evaporarse, y que nuestro comercio con ella sea ó esté exento de todo peligro de alucinacion. Si el sacramento hubiese sido instituido para los ángeles, probablemente el Señor lo hubiese despojado de su signo; mas como fué instituido para nosotros, para nosotros que vivimos reducidos á las prisiones de la materia, tenemos necesidad de comunicaciones materiales para comprender, y lo que es

visible se convierte para nosotros en vehículo indispensable de los subsidios que no lo son.

¿Qué es, pues, lo que podríamos echar en cara á esas formas tan óbvias y razonables de la gracia sacramental? ¿El hacer brotar un efecto espiritual de una causa sensible? En este caso, diremos que la concupiscencia, que nada tiene por cierto de material, se transfunde en nosotros por el acto material de la generacion: y por consiguiente, es lógico que la regeneracion se realice en virtud de la misma ley, y que Dios calque, si así podemos expresarnos, nuestra reparacion sobre el patron de nuestra caida. ¿Podríamos decir que no es suficientemente filosófica? Mas, ¿existe cosa alguna, por ventura, más conforme á nuestros instintos, y si así podemos decirlo, á nuestros hábitos? Para conferir al hombre el título de caballero le dais el espaldarazo; ¿qué motivo teneis para reiros de que hagamos del hombre un cristiano por medio de las aguas del bautismo? Vuestra firma, es decir, vuestro nombre manuscrito, basta para crear ó destruir un sin fin de cosas; no se comprende, pues, que sea motivo bastante para fruncir el entrecejo el que, Dios mediante, se trate de transformaros por medio de la bendicion en que desempeña especial virtud su santo nombre.

¿Es que vuestros signos esteriores, es decir, las cruces y veneras, las firmas y formalidades oficiales, por ejemplo, os confieren, en general, mayores privilegios, gozan más eminente virtud que los signos sacramentales? ¿Es que vuestras cintas y bordados representan más exactamente vuestro poder gerárquico; que nuestras bendiciones, nuestras abluciones, nuestras unciones, y nuestras imposiciones de manos, no traducen debidamente las virtudes diversas que de ellos emanan? ¡Ah! Cuando Dios no se manifiesta por un signo, decís: No le he visto; cuando se manifiesta, exclamais: No le he reconocido, cuando su signo es profundo, decís: No es bastante popular; cuando es popular, objetais: No es bastante profundo. Confesad paladinamente que no quereis á Dios; pero cejad en esa guerra de sutilezas, y no olvideis, por otra parte, que los sacramentos insultados y desconocidos en su verdadero signo, se revelan por medio de otro más merecedor de vuestros respetos, el rebajamiento donde os conducen, y la elevacion donde os llevan y el renacimiento moral del universo que de los mismos resulta.

III.

Valiéndome de la última de las ideas que acabo de verter, penetro en la tercera parte del capítulo, los prodigios especiales, únicos de la moralidad cristiana. Ese gran triunfo de la gracia, lo prueban los razonamientos y lo demuestran las obras. De manera, que

la apologética contemporánea se ha enriquecido con un argumento apénas explotado por nuestros antecesores: el que resulta de las virtudes reservadas á la verdadera religion. Sí, es este un testimonio irrefragable prestado al motor y á los medios de la santificacion evangélica, que quedará de relieve por medio de esta demostracion. Tres grados de impotencia afectan la voluntad humana, desprovista de asistencia divina: carece de fuerza para conservar la moralidad en estado de inocencia; para restaurarla cuando ha llegado al estado de degradacion; y para desarrollarla hasta hacerle adquirir el estado habitual de heroismo. Efectos todos que, si así podemos decirlo, la gracia del Calvario ha naturalizado en los habitantes todos del mundo cristiano.

Imagínese, por via de ejemplo, un adolescente en el cual ha de revivir un dia la familia á que pertenece, y que ha fundado las más lisonjeras esperanzas en ese sér cuya frente adorna el más hermoso candor. La paz de muchas generaciones está unida á la serenidad de su mirada. ¿Qué tutela puede extender sobre esa inocencia que le es tan querida? La verdad es que no existe otra verdaderamente eficaz, que el saludable freno de la conciencia cristiana. La estadística moral de la infancia en aquellos países en que no reina Jesucristo, constituye para la historia un capítulo vergonzoso hasta el punto de que, no siendo posible escribirlo, debe confiarse al oido. Ló que en el islamismo y en ciertas sectas del extremo Oriente, es de esos séres débiles y desamparados, lo sabemos, pero no podemos referirlo: bajo el punto de vista moral es una contínua degollacion de inocentes, tanto más deplorable, cuanto que ya no se deplora siquiera. Mas, si del Oriente pasamos á nuestras sociedades cristianas, ¿dónde encontraremos á la juventud pura, como no sea allí dónde cuenta con el apoyo y la fuerza que la práctica de la virtud cristiana le comunica? La pubertad, ¿no constituye acaso un verdadero cabo tormentoso, que pocos doblan sin naufragar? Donde quiera que ha aparecido el famoso *Emilio* de Juan Jacobo, al cual no se habla una palabra de Dios hasta tanto que cuenta la edad de veinte años, ¿se ha visto más prodigio que el de la degradacion, en ese ensalzado prodigio de la educacion pagana?

Nó, fuera de la observancia de los sacramentos, que tanto contrarían las pasiones de la juventud, es imposible encontrar en nuestros hogares flores que no estén marchitas. Léjos de la influencia sacerdotal, es decir, de esos hombres en cuyo ejemplo se aprende la manera de gobernarse en medio de los combates de la juventud, es imposible de todo punto conservar la castidad. Suele decirse, que Mitrídates arrojaba puñados de oro para contener la persecucion de los romanos: pues bien, Jesucristo ha hecho más: Jesucristo ha cubierto de piedras preciosas el interior de nuestras moradas, al sembrar en ellas las virtudes que constituyen la paz y el honor de

nuestras familias; y si esta hermosa seduccion no basta para desarmar á sus enemigos, no consiste en que su razon sea difícil, sinó en que su corazon es corto de vista.

Esto sentado, no debemos conceder importancia al visionario racionalista que, arrastrado por sus preocupaciones, ha dicho: *Unicamente la madre puede educar á sus hijos: lo que es la religion sólo logra absorverlos* (1). Esto no es más que un miserable juego de palabras, con la pretension de decir algo: semejantes antítesis jamás prevalecerán contra la deposicion de nuestros propios recuerdos. ¿Quiére conocerse el irrecusable testimonio de la experiencia? Pues bien, esta nos dice que dónde quiera se encuentra una inocencia que se ha mantenido pura, no ha realizado el milagro un pedante escéptico, sinó un ministro de la gracia cristiana; y que donde no se encuentran tales querubines para guardar ese nuevo Eden, solo se ven llorosas Raquels que no quieren ser consoladas, porque sus hijos han muerto para la virtud. Y puesto que se invoca en contra de nosotros á la santa guardiana del hogar, acepto su deposicion. Nadie con más seguridad que Jesucristo puede decir: Apelo al corazon de todas las madres.

Y la moralidad en estado de degradacion, ¿puede ser curada sin el auxilio de la gracia? En manera alguna: la voluntad ha menester un agente sobrenatural para triunfar de sus vicios naturales, hasta tal punto, que si convertimos nuestras miradas hácia el teatro de la más bella experimentacion, el corazon humano, de seguro dirá como yo, y mejor áun que yo mismo. Fácil es descender; pero muy difícil subir desde los profundos abismos á que se ha descendido. ¡Cuántos mortales precipitados al abismo á que su pendiente les inclinaba, hánse convertido en teatro de un conflicto terrible en el cual, como en el seno de Rebecca luchan, dos séres, en tanto que el ángel se halla constantemente rechazado por el hombre! Caer es una debilidad de la naturaleza; mas levantarse despues de haber caido, constituye un triunfo que la sobrepuja. Despues de haber permanecido durante mucho tiempo sumido en el fango del vicio, procúrese salir de él por medio de un esfuerzo de estoicismo, y se verá con cuánta razon pudo Dios decir con toda la autoridad de su Evangelio: *Nada podeis hacer sin mi auxilio* (2). Señor del mundo, podreis imponer al mundo vuestros caprichos si así os place; pero no podreis imponeros un dia entero á vuestra carne, si no me acomoda. Poco os importa, sin mi gracia, la pureza de los principios. Con las más nobles convicciones, sólo lograreis arrastrar una vida de penalidades, y juguete de las pasiones, sin que puedan impe-

(1) M. Michelet. *La Madre.*
(2) S. Juan, 15-5.

dirlo los mejores deseos, os entregareis al encenagamiento del vicio, esperando que la nieve de los años cubra con su manto de hielo ese organismo no apagado, y que Dios os devuelva á la virtud no tanto por el sacrificio como por el hastío.

Tal es la ley comun: los que la sufren no quieren confesarlo; pero no les queda más recurso que cubrir su miseria con el énfasis de la moral filosófica: si los hombres se dejan arrebatar la enseña, Dios maldice los sepulcros blanqueados. ¡Cuántas veces me he encontrado en mi camino con el incurable de las pasiones humanas achacando su irremediable debilidad ora al temperamento, ora á las ocasiones, muchas veces á la Providencia, y reducido siempre al más espantoso de los escepticismos, al que consiste en dudar de sí mismo, y por consiguiente del deber! ¿Qué medio existe para que, dado este grado de rebajamiento, puedan renacer las virtudes? No hay que contar para nada con la naturaleza, porque se ha agotado en la lucha, y desesperando de sí misma, ha proferido acaso esa blasfemia histórica: *¡Virtud, no eres más que una solemne mentira!* Unicamente puede obrar el prodigio de semejante resurreccion un tratamiento sobrenatural. Vengan los sacramentos en auxilio de esa voluntad caduca y desesperanzada por el desengaño, y se verá renacer inmediatamente su juventud.

Ante tales promesas, de seguro soltará la carcajada el incrédulo libre-pensador; pero no importa: al paso que no faltará quien diserte sobre sus ruinas, nosotros las harémos palpitar con auxilio de los sacramentos: al paso que algunos le explicarán el movimiento, nosotros se lo comunicarémos con el auxilio de los sacramentos. No hay para que se nos objete con la contradiccion teórica: nosotros somos los exploradores de la conciencia, nosotros hemos contemplado á la humanidad fuera de las situaciones más ó ménos teatrales de la vida pública y como testigos oculares podemos rendir la siguiente deposicion: La voluntad, destituida de un auxilio sobrenatural, es incapaz por sí sola de retroceder expontáneamente en el camino del mal. Un culpable sin fé puede conocer el decaimiento, la decepcion, la debilidad; pero jamás podrá conocer el *arrepentimiento* ni la *enmienda* en el sentido regenerador que debe darse á tales palabras y despues de haber perdido la primera inocencia, no alcanzará la segunda como Dios no le tienda la mano.

Por lo demás, ¡cuantas veces nuestra sociedad, á pesar de su proverbial ligereza, ha sentido emanar de la sencilla túnica de un ministro del Evangélio, como de la de Jesús, una secreta virtud! La sombra del sacerdote, semejante á la de san Pedro, realiza milagros dónde quiera que se proyecta. Y no se diga que ese poder de la gracia es un sueño de los éxtasis cristianos, porque áun cuando somos libres de negarlo como doctrina, se impone como hecho, y si separamos su virtud milagrosa, permanecemos en presencia de sus milagros.

Estos son demasiado numerosos para que los eludamos. Magda-

lena y Thais encenagadas ayer en el fango del mundo, alcanzan en pocos dias los brillantes explendores de la divina intimidad, san Pablo, derribado sobre el camino de Damasco, concibe la conquista del mundo, y se levanta exclamando: todo lo puedo con Aquel que me fortalece; san Gerónimo, al otro dia de sus orgías de Roma, alcanza sobre sí mismo, por medio de la mortificacion cristiana, triunfos que no habia podido lograr su energía de Sármata y su orgullo de hombre práctico; san Cipriano pudo distinguir en un abrir y cerrar de ojos, *sus dudas disipadas y destruidos cuantos obstáculos le detenian;* por último san Agustin, sacudiendo la cadena de veinte años de sensualismo, pasa desde una especie de vergonzosa esclavitud á una como transfiguracion angélica. Sublime Thabor en dónde, iluminado siempre por el génio; pero extinguido por la pasion, permanece durante largo tiempo suspendido entre el cielo y la tierra, como para servir de testimonio á esta gracia que es la única que puede adaptar á una juventud de pródigo, una madurez de serafin.

¿Podrá la voluntad, sin la gracia, alcanzar en la moralidad las alturas del heroismo? Ménos áun. No se vaya á imaginar que pretendo decir que lo sublime en el órden moral, no ha existido en la tierra ántes de aparecer en ella el Evangélio: la palabra de honor de Régulo, el juramento de las Thermópilas, el desinterés de Cincinnato, otros mil grandes recuerdos de la antigüedad pagana acudirian á la mente del lector para desmentirme. Sin embargo todos ellos deben considerarse únicamente como brillantes destellos de sentimiento moral, ráfagas de luz cruzando un firmamento que cubren sombras densísimas. Sin la gracia, la humanidad no realiza el bien más que sobre un punto y por intérvalos; por la gracia lo lleva á cabo de una manera contínua y universal y realiza esta ascension suprema en la escala de la perfeccion llamada santidad. La santidad es pues un don especial de orígen evangélico, y este es tan cierto en sus detalles como en su conjunto.

¿Puede imaginarse un don más divino que la humildad de los cristianos? La gloria constituia el nervio de la virtud antigua, el honor lo es de la virtud moderna: abolida la prueba de la opinion, desaparece casi inmediatamente la moralidad natural del género humano; pero yo conozco un sabio cuyo estudio consiste en serlo sin parecerlo, que es más digno de admiracion si cabe en el interior de su hogar que en la plaza pública, que pasa su vida en hurtarse no sólo á los aplausos de los demás, sino tambien á sus propios ojos; que áun cuando no existieran en el mundo más que Dios y él, procederia de la propia suerte. Ante este ejemplo deben retirarse de sus pedestales todos los héroes del catonismo pagano y racionalista. Se ha dicho que no existe hombre grande para su ayuda de cámara: debe hacerse una escepcion á este juicio pesimista en fa-

vor del santo, por lo mismo que es más grande por su lado visible que por su aspecto exterior.

¡Sorprendente condicion la castidad de los cristianos! El hombre sin la gracia, se considera dueño de su carne hasta el extremo de despedazarla como hacen ciertos bonzos de la India; para refrenarla una vez, como lo atestigua la continencia de Scipion; para preferir la lucha á la muerte, cual acontece con las vestales del paganismo: pero para elevarse la virginidad voluntaria hasta esa altura gloriosa entre los habitantes de la tierra y los del cielo, y mantenerse en las cimas de esta *montaña del incienso* que es la castidad perpétua; para imprimirnos esta fuerza superior á nosotros mismos y semejante á un milagro que nos hiciese marchar, siendo paralíticos, ó que nos diera alas para volar, es indispensable un elemento más grande que nosotros: es indispensable la gracia de Jesucristo.

¡Sorprendente condicion la caridad cristiana! No atribuyamos semejante descubrimiento á la fecundidad espontánea del corazon humano. No obstante todos nuestros ditirambos respecto de la fraternidad, no constituye en manera alguna nuestra obra, y la prueba la tenemos en que el dia en que la prescribió Jesucristo, cuidó de advertir que imponia al mundo un nuevo mandamiento, *mandatum novum do vobis*. Toda la moral antigua descansaba en el siguiente principio de justicia: No hagais á los otros lo que no quisiérais que os hiciesen á vosotros mismos. El Evangelio ha elevado el corazon de la simple justicia á la simpatía. En suma era indispensable una verdadera revolucion divina para conducir al hombre al amor de su semejante, y para que le amara más que á su fortuna, en la caridad de la limosna; más que á su dignidad, en la caridad del perdon; más que á su libertad, en el voto de castidad; más que al mundo, en la vocacion religiosa; más que la vida, en fin, en el martirio. Amores todos, encerrados en el santo amor de Dios y del prójimo, que al hacerlos Jesucristo brotar en el corazon humano, fué llevando á cabo un prodigio mucho más divino que el obrado por Moisés haciendo manar las aguas de un peñasco situado en mitad del desierto.

Finalmente, hasta en sus sublimes locuras la sabiduría del heroismo cristiano constituye una divina rareza. La voluntad, se vé en la precision de maniobrar entre escollos, cuando se lanza á la realizacion del bien sin contar con el auxilio sobrenatural; pues ó bien pretende hacerse superior á su debilidad, en cuyo caso comunica á sus resortes una tension extraordinaria, y forzando á la naturaleza se arroja hasta las orgullosas bravatas del estoicismo, ó so pretexto de condescendencia respecto de la naturaleza, la mima en vez de reformarla, dejándola que se deslice por la agradable pendiente del epicureismo. La gracia mantiene la voluntad en el justo medio que señala el ideal de la moral perfeccion.

Sí, el cristianismo no puede tacharse de sospechoso de debilidad en materia de sacrificio. ¿Existe en los anales de la virtud filo-

sófica cosa alguna que pueda compararse á la heróica exaltacion de las ocho bienaventuranzas? Bienaventurados los pobres, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que padecen persecucion. Es imposible establecer de un modo más perfecto la sabiduría natural como base de la santidad. Cuando el cristiano sube á esas cimas inexploradas, no procede como el estóico, por la fuerza llevada al paroxismo, sinó por el amor elevado hasta la sublimidad: los santos están dotados del vigor de los leones, y de la ternura de la mujer: sobrehumanos por la voluntad, son verdaderamente hombres por el corazon. Milagro de equilibrio que pone patente en ellos una influencia que no es realmente suya. Por esto cuando contemplo á Caton negando que el que le ha dado una bofetada le haya ofendido, experimento una sensacion repulsiva, nacida de la consideracion de que en semejante acto solo hay el orgullo con que pretende anonadarse al ofensor, con todo el peso del desprecio; nada del sentimiento elevado que mueve á extender sobre el adversario el manto del perdon. Aqui hay impasibilidad, no misericordia. En cambio cuando fijo la mirada en el Hijo de Dios subiendo al Calvario, dulce y silencioso como el corderillo que marcha al matadero, sin sér parte á evitarlo me siento subyugado por un ascendiente poderosísimo; porque la verdad es que se necesita una revelacion divina para comprender de una manera exacta toda la extension de la virtud humana.

Gracias á esos prodigios de la moral cristiana podemos apreciar la inquebrantable solidez del cristianismo. Para destruirlo, no bastaría con anonadar su demostracion escrita, sería menester poner en evidencia que es posible á otra doctrina formar santos sin Jesucristo y tambien como Jesucristo. Por consiguiente, ó que los fundadores de religiones antiguas y de filosofías nuevas produzcan una hagiografía digna de ser colocada al lado de la nuestra, es decir, á falta de pruebas, hombres capaces de confundirnos, ó que se declaren confundidos para siempre jamás por los hombres y por las pruebas que les oponemos.

IV.

¿Es cierto que, sin la gracia, podamos hallarnos en posesion de determinadas virtudes? ¿Es cierto que, áun contando con la gracia, nos sea imposible alcanzarlas? Tal es la doble cuestion que he pretendido abarcar en la que sigue relativa al motor de la moral cristiana: ¿Cuyos son los límites de su poder? Cuando se ha adquirido alguna ciencia, no tanto por el estudio de los libros, como por la observacion del corazon humano, se encuentran dos antagonismos di-

versos levantándose, ora en estado de teoría profunda, ora bajo el aspecto de objecion popular, contra la influencia santificadora del cristianismo. Esos antagonismos, siquiera dirigidos á un mismo punto, parten de extremos opuestos. Pretende el uno que en el órden de la virtud, el hombre puede cuanto quiere: es decir niega como inútil el auxilio de la gracia. Afirma el otro que en la lucha contra las pasiones, el hombre se halla fatalmente sometido á la humillacion de la caida y que para librarse de la corrupcion de la inmoralidad, no hay más medio que cambiar las leyes de la moral: es decir que niega la gracia teniendo en cuenta su impotencia. En otros términos el primero niega la necesidad; el segundo la eficacia de la gracia. A estas dos causas de escepticismo práctico, el estoicismo y el epicureismo, no opondrémos en manera alguna especulaciones teológicas, contentándonos con hacer un simple llamamiento á la conciencia.

Y ahora séanos lícito preguntar si el honor entregado á sí mismo es capaz de producir todo el bien que desea. No puede dudarse que la moral natural varía segun los sistemas, de manera que puede retarse al filósofo más eminente, á que manifieste en que consisten los preceptos de la filosofía. Y no obstante el filósofo es todavía más incapaz de *cumplir* el deber que de conocerlo, por lo mismo que le falta la palanca, más bien que la nocion, de la verdadera moralidad.

Vengan pues los puritanos de la moral independiente, que se jactan de una santidad adquirida ápesar del Evangelio, pues hay razones fundadas para revisar los títulos de su canonizacion. La verdadera moralidad no es en manera alguna este comportamiento que no se halla en contradiccion con las prescripciones del Código penal, y que no choca en manera alguna á los ojos de la opinion, sinó lo rigidez de costumbres que, así en público como privadamente. están de acuerdo con los principios. Esto sentado, ¿qué pueden alegar en favor suyo y de su pretendida perfeccion esos estóicos *constructores*, que hacen gala del más inexcusable de los charlatanismos, el charlatanismo de la impecabilidad?

¿Hábitos de beneficencia? Cierto que poseen las condiciones fáciles; pero carecen de las que cuestan algo: no brillan por su moralidad, sinó porqué les son naturales. ¿La delicadeza de su honor? Cierto que son quisquillosos en materia de honor, es decir en lo que se refiere al juicio de la pública opinion; mas no porqué miren al cumplimiento de su deber, es decir por respeto á Dios y á si mismos, de manera que tampoco es esto moralidad, sinó amor propio. ¿Una probidad intachable? Cierto que no sustraerían de la casa de sus amigos por valor de un alfiler, sin despreciarse á sus propios ojos; pero no vacilarían en robarle la esposa y las hijas enorgulleciéndose de la victoria alcanzada; de manera que aquí no

hay moralidad, hay simplemente lo que en la moderna gerga se llama ser vividor. Añádase á lo dicho que consideran la ambicion, como la ocupacion más noble del hombre de valer; la voluptuosidad, como una necesidad hija del temperamento; la venganza como legítima defensa de la dignidad ofendida; el lujo y el sibaratismo como régimen natural de su posicion. En una palabra, su decálogo se reduce á no atentar á los bienes ni á la vida de su prójimo. Y desde lo alto de este pedestal irrisorio, bien comidos, bien bebidos, nada cuidadosos, habitando en moradas en que el lujo rebosa por todas partes, rodeados de toda suerte de comodidades, osan disputar el premio de la virtud á los santos del cristianismo. Convengamos en que es menester haber perdido el sentido moral para juzgar de esta suerte de la moralidad.

Por lo demás, ménos que un tema de escuela, es esto cuestion de buena fé. Si un libre pensador de treinta años me aseguraba, puesta la mano en la conciencia, que se sentia perfectamente dichoso en su estado moral, la educacion me impediria contestar á su palabra; pero nada me impediria creer que á fuerza de engañar á los demas habia concluido por engañarse á sí mismo. Pues bien, yo he conocido á ese acabado comediante que se goza representando con toda maestría, bajo la máscara de la filosofía, para poder mejor retar al Evangelio; pero sabeis lo que he visto al aplicar mi oido á su corazon? He visto que se hallaba devorado por ódios impacables; he visto apetitos desordenados que le fuerzan á arrastrarse por el fango, bajezas y humillaciones que vengan á la sociedad de las falsedades que vierte sobre ella; he visto, por último, postraciones sin remedio que le hacen doblegar bajo el peso de su miseria, como Atlas debajo del de su montaña de fuego.

Y en semejante situacion, cuando el mundo se goza en aclamar vuestras virtudes, un juez mejor informado, se inscribe en falso contra los panegíricos del mundo, y este juez sois vos mismo. Porque si sois incapaz de ejercer esta justicia respecto de vos, es un desencanto más, puesto que ello prueba que hasta la nocion de la virtud os es desconocida, y que habeis perdido ese reflejo augusto por medio del cual el hombre contempla su interior, la conciencia. Mas, sumido en tales profundidades por lo ménos, no os subleveis contra el motor de la moralidad cristiana, porque nada prueba mejor la necesidad que de ella teneis que el aprecio que haceis de la misma.

Yo bien sé que los partidarios de la moral independiente, llegado este caso, se refugian tras la siguiente calumnia: Los cristianos celosos, pueblos ó individuos, no tienen ménos debilidades que los discípulos del anticristianismo. Tratándose de pueblos, la objecion queda contestada y completamente destruida con lo que en el capítulo precedente dejamos consignado. Procuremos, pues, fortificar nuestras contestaciones valiéndonos de esta juiciosa apreciacion proporcionada á la tésis por el buen sentido de Bonald. «Los

espíritus mezquinos sólo se fijan en los vicios de los pueblos cristianos, por lo mismo que las virtudes constituyen su estado ordinario, y el único autorizado: en cambio, los entusiastas, cuando á los paganos se refieren, se fijan únicamente en las virtudes, porque el vicio constituía el estado comun y el único permitido por las leyes (1). ¿Qué seria, pues menester para burlar y castigar á los detractores de la moral cristiana? Obligarles á elejir domicilio en los países donde no es conocida. Seis meses de permanencia en la China ó en el Japon, bastarian para que se reconciliaran con el Evangelio de la Europa civilizada.

Por lo que dice relacion á los individuos, la objecion no es un argumento, sinó un epígrama. Cierto que el hombre acostumbrado á dominarse, en la lucha consigo mismo, exige algo más respecto de sus semejantes; pero, en cambio, el hombre acostumbrado á seguir sus inclinaciones, es propenso á la tolerancia para que sean tolerantes con él. ¿Y qué resulta de aquí? Que los cristianos tienen caprichos y sus adversarios vicios. Sí, los mismos cuyas ridiculeces silvamos, porque son religiosos, tendrian pasiones escandalosas si fuesen impíos. Imaginemos dos ciudades pobladas, la una por los primeros y la otra por los segundos, y coloquemos en ámbas el mismo número de personas, el mismo grado de cultura, igual cantidad de atractivos, y de seguro á la vuelta de veinte años la poblacion cristiana hará ruborizar á la libre pensadora. Y si entre esas dos estadísticas morales, el mundo no establece diferencia, es porque las pesa en una balanza desigual, procurando cubrir la vergüenza de sus obras por medio de sus juicios.

En pos de los moralistas presuntuosos vienen los desconfiados. De estos, unos exageran el poder, otros la debilidad de la voluntad humana. Por una consecuencia necesaria de su sistema, estos suprimen las leyes del órden á fin de que no exista el desórden, é identifican el deber con el placer, á fin de halagar el primero por el segundo, y capitulan en vez de combatir. El dogma de la santificacion del placer no es, en realidad, el acto de desesperacion de una debilidad gastada en la lucha, y que sustituye sus derechos á los de Dios para no tenerle que dar cuenta de sus acciones.

La historia protesta contra esta cobardía de una voluntad que se abandona á sí misma. La vida de los santos prueba lo que puede Dios en el alma del hombre, á pesar de lo poco que el hombre puede. En tiempo de S. Agustin, eran muy pocos, relativamente, los bienaventurados que militaban en las filas del catolicismo, y no obstante bastó el ejemplo de esos denodados predecesores, para que exclamara: «*¿Y por qué razon lo que está al alcance de esos pocos, no lo*

(1) Bonald. *Legislacion primitiva*.

ha de estar al mio?» Posteriormente creció de un modo extraordinario el número de los apóstoles; la sangre de los mártires fluye sin cesar; las vírgenes abundan sobre la tierra como en el mes de mayo las flores en los campos; en una palabra: catorce siglos de heroismo han enriquecido prodigiosamente nuestro martirologio, y esos nombres de nuestra época que miden los espacios celestes, que allanan los montes y que han tratado de suprimir por inútil la palabra *imposible*, ¿serán capaces de poner en duda la posibilidad de la virtud? ¿Vale la pena de cometer crímenes odiosos en favor de tantas libertades inútiles y perjudiciales, para sacar de todo ello la negacion de la más sagrada de todas, la de producir el bien?

Y téngase en cuenta que, además de lo dicho, la conciencia protesta contra esta abdicacion, porque somos incapaces de arrastrar la cadena de la inmoralidad sistemática: mas fácil nos es resistir á la seduccion que sustraernos á los remordimientos, y la conciencia que es un latido de la verdad divina en las profundidades del alma, no depone nunca falsamente. A su vez la naturaleza protesta porque las pasiones más imperiosas sólo rugen por intermitencia. Solo de cuando en cuando tienen una hora difícil: dichoso aquel que en esos supremos momentos sabe ser prudente, y dichoso sobre todo aquel que en trance tan apurado, reclama de la gracia las luces de la prudencia y la fuerza para el combate. De seguro alcanzará la palma de la victoria en esas satisfacciones interiores que resultan de los actos respecto de los cuales proclaman otros la imposibilidad del triunfo. A su vez, por último, protesta la fé, considerando todo lo que tienen de fácil las condiciones del triunfo. Un sólo instante basta para la caida, un sólo instante basta para la reparacion: el mismo que ha empezado el dia siendo un miserable, puede concluirlo siendo un santo. Hasta nuestras faltas son utilizadas por la gracia, puesto que hasta con las ruinas por nosotros acumuladas nos labra el pedestal sobre el cual debemos elevarnos, de suerte que hasta el haber cometido un poco de mal, puede redundar en nuestro provecho haciéndonos capaces de mayor bien. No teneis, pues, porque temer los que á falta de inocencia guardais teneis en el corazon un poco de arrepentimiento: los publicanos tienen buena acogida ante la divina misericordia, y sea lo que se quiera de vuestras debilidades, como no persevereis en ellas, siempre os será concedido un puesto de honor entre Agustin y Magdalena, al lado de aquellos que pecaron mucho; pero que áun lloraron más sus pecados.

Despues de lo dicho, ¿continuarémos aduciendo nuestra impotencia como excusa legal de nuestra debilidad? Lo comprenderia perfectamente si estuviésemos sólos, si pudiéramos contar únicamente con nuestras fuerzas para hacer frente á la dificultad; mas en virtud de la gracia, reúnense en nosotros dos hombres y nuestra debilidad de miserables gusanillos, y desaparece nuestra fuerza se cen-

tuplica, merced á lafuerza de Jesucristo. Ahora bien, no se olvide que cuánto mayor y más fundada es nuestra propia desconfianza, tanto más digno es Dios de nuestra fé. La Escritura nos dice que marcha y que hace marchar los siglos delante de sí: aparece y basta una sola de sus miradas para destruir los imperios culpables: dícele al templo, *Volverás á reedificarte*, *y es obedecido*: dice á Jerusalen: *Te mantendrás en pié, y sus órdenes son ejecutadas*. Nuestra pequeñez es, pues, omnipotente, puesto que por tal mano se halla sostenida. Perdone el Autor de la gracia á esos hombres de poca fé que no se acuerdan de sus milagros y que se desesperan sumidos en el fango de sus iniquidades inveteradas, cual si jamás hubiese hecho andar á los cojos, ni resucitado á los muertos.

Mas al llegar á semejante situacion, el epicureismo encuentra una nueva tangente para escapar á sus propias conclusiones. No contento con proclamar las pasiones invencibles, las honra como una fuerza de la humanidad, y las canta para que no sea posible echárselas en cara. En tiempo del politeismo, las levantaba altares; en la época del racionalismo, las considera como un apoyo de la naturaleza, y no quiere una moralidad que, en su concepto, empequeñeceria al hombre, arrancándole ese suplemento de grandeza.

Ilusion grosera la que presume que suprimimos las pasiones, porque exigimos para ellas una direccion y un freno. Nó, tambien abrigamos nosotros nuestras ambiciones; pero son tan grandes y de tal naturaleza, que considerando pequeño para satisfacerlas el ámbito de la tierra, necesitan para verse satisfechas nada ménos que la inmensidad de los cielos: tambien acariciamos nuestros amores; pero tan escelsos y elevados, que juzgando la criatura indigna de sus sueños, no se satisfacen con ménos que suspirando por Dios. Lo repetimos, las pasiones no se hallan extinguidas en el pecho de los cristianos. ¿Por ventura no se derrama ya la sangre humana para la propagacion de la fé? ¿Por ventura no existen ya aquellos séres que truecan el raso y el terciopelo por el burdo sayal de la hermana de la caridad? ¿Dónde pueden encontrarse pasiones más vehementes que en Sta. Teresa y en S. Francisco Javier? ¿Qué es por punto general la santidad, sinó la pasion del bien llevada hasta lo súblime de la locura? El amor á Dios y á la virtud es la última de las pasiones que subsisten en el corazon del hombre para consolarle de las decepciones y amarguras que resultan de todas las demás. Cuando el frio del escepticismo ha devastado las almas, y dejando de adorar han dejado de sentir, la virtud cristiana reanima en ellas el fuego sagrado durante esos períodos de amargo desencanto que acompañan al desvanecimiento de las creencias. Nuestra suprema embriaguez consiste en la satisfaccion del bien obrar: nuestro entusiasmo mayor resulta de nuestro acto de contricion, y en estos casos, léjos de echar en cára á la religion el que librándonos de las pasiones nos empequeñezca, la rendimos el testimonio

de nuestra más profunda gratitud, persuadidos de que rechaza las pasiones que nos degradan; enalteciendo en cambio todas aquellas que contribuyen á nuestra elevacion.

En resúmen, hoy como en tiempo de la Samaritana, Jesucristo se halla sentado junto al pozo de Jacob: la humanidad culpable avanza, el Maestro le revela una miséria que ella por sí sóla no es capaz de conocer, le dá á beber un agua que produce la vida eterna, y ante el espectáculo del cambio operado en la pecadora arrepentida, son muchos los que creen en el Hijo de Dios. Es esta una verdadera demostracion que llevan en sus costumbres los pueblos cristianos, y semejante espectáculo que no han podido imitar religion ni filosofía alguna, contiene la prueba concluyente anunciada por Montaigne con las palabras: *El sello de nuestra verdad es nuestra virtud.* La razon que dá de ello es por demás sencilla. *La humanidad sólo puede conseguir lo que se halla al alcance de su mano, y carece de medios para abarcar más de lo que sus brazos permiten.*

De todo lo dicho resulta pues que la voluntad sin la gracia, carece de armas para la lucha, y que es indispensable un impulso divino para sobreponernos á la corrupcion natural. Hemos visto al estoicismo y al epicureismo poner en duda la eficacia de esta ley, exagerando unos su fuerza, sosteniendo los otros la santidad de su debilidad; mas lo cierto es que la experiencia les ha confundido, puesto que, en este terreno, la apologética resulta de la observacion moral y los mejores argumentos provienen de los hechos. Contemplemos pues los hechos deslumbrantes de la moralidad cristiana, y aprendamos á adorar la causa en los efectos. Un oráculo antiguo proponia la solucion del siguiente enigma: ¿Cuál es al par el sér más grande y mas pequeño de la creacion? El más pequeño es el hombre inferior á sí mismo por el abuso de la libertad: el más grande es este mismo hombre elevándose hasta Dios, mediante el auxilio de la gracia.

CAPÍTULO VI.

Orígenes positivos de la verdadera religion. Sus libros.

La verdadera religion se ha manifestado por medio de los carácteres divinos de sus pruebas, de su fundador, de sus efectos sociales, de sus efectos sobre los indivíduos. Esta última accion se ha desenvuelto ante nuestras miradas á la luz de una exposicion doctrinal formulada del modo siguiente: ¿Cuyo es el motor de la moralidad propia del cristianismo? ¿Cuáles son los medios principales puestos al servicio de ese motor? ¿Qué prodigios realiza? ¿Cuáles son los límites de su poder? La contestacion nos ha llevado á velas desplegadas á la paz y al explendor de la siguiente conclusion: «la única religion sobrenatural que comunica al mundo una cualidad verdaderamente superior á las fuerzas de la naturaleza es el cristianismo.»

De esta suerte hemos contemplado á la razon humana avanzando constantemente, guiada en su camino por las luces del buen sentido y de la historia, desde la necesidad de creer, hasta el seno de la sociedad cristiana. Pero una vez llegados á este *Sancta Sanctorum* de la verdad doctrinal, nos queda todavía por cumplir un nuevo deber que comunique mayor seguridad á nuestras creencias, y este deber consiste en verificar los fundamentos en que descansa el edificio dentro del cual se abrigan. ¿Apóyase el cristianismo sobre testimonios ciertos, ó sobre datos supersticiosos? ¿Sus monumentos primitivos merecen completa confianza, ó fueron y deben considerarse únicamente como una estratagema, con la cual se trató de embaucar á nuestros crédulos abuelos? En otros términos, los escritos, los hechos, los dogmas de la sociedad cristiana ¿proceden de orígen divino, ó tienen únicamente una autoridad que no pasa de legendaria? Hé ahí el punto sobre que versa la cuestion debatidísima entre la escuela crítica y el cristianismo.

Esa discusion suscitada en Alemania hace muy cerca de un siglo, y trasladada á Francia de algunos años á esta parte, ha alcanzado una boga extraordinaria, sumamente perjudicial para las creencias de algunos. Conviene simplificar los términos y deducir

la conclusion oportuna, para poner en evidencia, que si un soplo insignificante basta para levantar nubes inmensas de polvo liviano, todos los huracanes del mundo son pocos para derrumbar el edificio que acabamos de construir, que no puede ser derribado ni tan sólo conmovido.

Resultado de una verdadera intuicion de malevolencia, la negacion dirije sus ataques contra la cuestion de nuestros orígenes, persuadida de que no existe medio más expedito para concluir con las creencias. Si el cristianismo carece de bases divinas, no puede ser más que el resultado de acontecimientos históricos, y por consiguiente no existe para nosotros religion alguna positiva. Por otra parte, si el mundo es el resultado de la accion de las fuerzas mecánicas é impersonales de la naturaleza, no se concibe la existencia de religion natural. Arrojado de todas sus trincheras el anti-cristianismo, resistiría áun en esas dos ciudadelas, sinó se le hubiese lanzado de ellas ignominiosamente; pero como canta sus derrotas en vez de confesarlas, no hemos de consentir que las presente como verdaderas victorias.

Al leer de nuevo las piezas de ese proceso, hemos experimentado uno de los mayores escándalos que en tiempo alguno se hayan inferido á nuestra honradez. Cuando los ignorantes ven puestos en duda los textos y las narraciones sagradas, por sábios eminentes de Francia y de Alemania, que para mayor autoridad atiborran sus escritos de citas y notas marginales, llegan á presumir que se ha llevado á cabo algun descubrimiento importante contra la autoridad de nuestras Escrituras; pero la verdad es que, respecto del particular, nada absolutamente se ha inventado que, contradiga la fé de otros tiempos. Nuestro siglo ha negado, no en virtud de datos positivos, sinó en fuerza de una teoría de antemano preconcebida: ha imaginado un sistema filosófico que implica la negacion sobrenatural de esos orígenes cristianos, y lo sobrenatural de esos orígenes ha sido sacrificado al sistema.

De manera que la revision calorosa de los textos y de los hechos, que constituye el fondo de las obras del criticismo, no debe considerarse en manera alguna como un resultado científico, sinó como fruto de una pasion especulativa. Hay más áun, todo ese aparato de erudicion, por cuyo medio se pretende ocultarla, no es más que un empréstito hecho á la exegesis cristiana y convertido en contra del cristianismo por medio de hábiles falsificaciones. ¿Qué vemos en el fondo de esos ataques considerados como cosa nueva? Nada más absolutamente que las observaciones de la crítica ortodoxa convertidas en objeciones, es decir los elementos proporcionados por Ricardo Simon, ofrecidos en sentido inverso por Strauss y Paulus, y los estudios escriturarios del siglo décimo séptimo convertidos, por medio de manipulaciones germánicas, en fuente perenne de la negacion contemporánea. Por lo demás, tenemos á favor

nuestro, respecto del particular, la confesion de nuestros adversarios: «Cuando la ciencia láica empieza á ocuparse en tan difíciles «asuntos, no tiene que hacer más que resumir, bajo su punto de «vista especial, es decir en sentido negativo, los trabajos emprendi- «dos por la erudicion sagrada (1).» ¿Cabe más innoble proceder para con el adversario á quien se ha despojado? ¿Se concibe mayor indignidad que herirle con sus propias armas, despues de haber trabajado en envenenarlas?

No puede dudarse que Ricardo Simon se hizo acreedor á los rudos ataques que le dirigió Bossuet, en contestacion á las aventuradas opiniones emitidas por el sapientísimo padre del Oratorio en su *Historia crítica del Antiguo Testamento:* cierto que existian razones muy poderosas para incluir en el Índice la *Historia crítica del Nuevo Testamento* del propio autor, pues campean en ella algunas proposiciones heterodoxas; mas tampoco debe desconocerse que Ricardo Simon, inferior á Bossuet por el talento y por el rigor doctrinal, le sobrepujaba en conocimientos exegéticos. Ni cabe tampoco desconocer que en sus trabajos bíblicos desplegó un saber inmenso y una crítica perspicaz, capaces de imprimir, mediante correccion un movimiento muy ventajoso á nuestros estudios. Por último tampoco puede pasar desapercibido, que los eruditos alemanes, tan encomiados en los presentes tiempos, han aprendido más en la escuela del sábio francés, que los franceses que no han sabido aprovecharse de sus lecciones. El doctor Reithmayer ha tenido la suficiente franqueza para confesarlo. «Bajo el punto de vista científico, son «muy inferiores á las obras de Ricardo Simon, las obras que pos- «teriormente se han dado á luz. La misma *Introduccion al Nuevo «Testamento*, de Hug, escrita con gran talento de exposicion, está «muy por debajo de aquella, por lo que se refiere á conocimientos «teológicos... Sensible es que los católicos no hayan seguido el mo- «vimiento impreso á la ciencia por Ricardo Simon, pues sin adop- «tar sus errores podia haberse aceptado cuanto habia en él de bue- «no; por lo mismo que, de esta suerte, se habria levantado un dique «más poderoso á la invasion de la crítica negativa, que surgió poco «tiempo despues en las escuelas protestantes (2).»

Tomamos acta de estas confesiones no por amor propio nacional, sinó movidos por un interés puramente apologético. Resulta de ellas que los motivos de las dudas exegéticas eran los mismos para Ricardo Simon que para los sábios de la Germania, y que si estos han dudado incomparablemente más que aquel, ha sido por pura inclinacion á las negaciones radicales, especialmente por las necesidades de sistema altamente comprometedoras para la autoridad de sus

(1) Renan. *Historiadores críticos de Jesús.*
(2) Reithmayer. *Introduccion*, t. I, p. 21-22.

conclusiones. Tal es, en resúmen, la razon de ser de eso que se ha dado en llamar el «dogma nuevo, el principio fundamental de la crítica moderna (1).»

Dios se presenta confundido con el universo cuyas evoluciones se hallan determinadas por leyes inmutables y necesarias. Dios confundido con la naturaleza no puede manifestarse por hechos sobrenaturales. Así pues, el milagro que es una derogacion de las leyes fatales del órden natural, es inadmisible. Así pues *es indispensable* que los libros santos, archivos inmortales de lo sobrenatural, resulten desprovistos de toda autoridad y que lo maravilloso contenido en esas páginas inspiradas, carezca de toda realidad concreta. Así pues *es indispensable* que sea rechazada toda religion fundada en la creencia en lo sobrenatural, sin discusion alguna, y que la evidencia histórica sea reducida á la nada, para que ocupe su lugar la abstraccion de un spinosismo brutalmente negativo. Tal es la *ultima ratio* que tuerce la autoridad de los hechos más irrecusables, en los espíritus que se juzgan poderosos porque resisten al sentido comun.

Cuando se sabe que el orígen divino de los Evangelios y su conservacion integral hasta nuestros dias se hallan atestiguados por innumerables documentos; cuando se considera que durante diez y ocho siglos los filósofos y los herejes han puesto en duda las doctrinas, pero sin poner en duda su procedencia apostólica, causa verdadera estupefaccion el hecho de que en pleno siglo diez y nueve un hegeliano pretenda conocer más profundamente esos monumentos que san Justino ó san Clemente, y todo porque la doctrina de lo absoluto no debe ser desmentida ni áun por la historia más innegable. ¿No es esto la rábia de la especulacion contra el método experimental, llevada hasta el delirio?

Afortunadamente, en esto como en otras muchas cosas, la Providencia ha permitido que el mal llevara su remedio en sus mismos excesos. Cuando la moda se inclinó á las interpretaciones místicas, el espíritu humano comprendió que sinó era auténtica la figura de Cristo, eran muchas las figuras que debian recibir retoques. ¿Cómo prestar fé á la integridad de la *Iliada* si se negaba la del Evangelio? Así se explica que Homero cayese inmediatamente bajo el dominio de la leyenda: sus poesías no obstante la poderosa unidad de su inspiracion, fueron consideradas como una simple compilacion de fragmentos y fué negada su identidad. En pos de él, Aristóteles y Platon, derribados de su pedestal y despojados de su realidad histórica, se convirtieron en simples pseudóminos inscritos al frente de obras colectivas é impersonales. Por último, el P. Hardouin que negaba la autenticidad de la Enéida, tuvo émulos extremados, y la crítica

(1) Littré. *Conservacion, revolucion y positivismo*, pref., p. 26.

que habia repugnado al buen sentido, dejó de ser peligrosa para la razon. Cual la lanza de Aquiles, y perdóneseme el uso de tan repetida comparacion, curaba las heridas que producia, demostrando que así como en el órden filosófico, negando á Dios, queda únicamente la nada; en el órden histórico, suprimido Jesucristo, solo queda el cáos.

Describir todas las evoluciones del ataque en este terreno, es materialmente imposible. El plano de ese campo de batalla no puede ser levantado, porque el terreno ha experimentado profundas y continuadas remociones. La batalla no se presta á la descripcion, porque las líneas de los combatientes se han confundido veces mil. Pero lo que del cuadro pondrémos en evidencia por medio de nuestra exposicion apologética, bastará para que pueda adivinarse lo demás. El órden que vamos á imponernos, proyectará, por lo ménos así lo esperamos alguna luz sobre un conjunto asaz oscuro, porque nosotros podemos decir de los exegetas racionalistas del siglo décimo nono, lo que Descartes hablando de los filósofos de su tiempo. «Abrámos algunas ventanas y hagamos penetrar la luz en esta cue-«va dónde se han encerrado para apalearse.»

El edificio de los orígenes del cristianismo, descansa sobre tres columnas principales que la negacion ha pretendido derribar una en pos de otra. Si ha causado mayor ruido la lucha emprendida sobre la cuestion de los libros, no proviene de que absorviera por completo el interés de la campaña, sinó porque ocupada esta posicion, no habia ya de ofrecer graves dificultades el apoderarse de todo el recinto. Las tres piedras fundamentales del cristianismo, las que pudiéramos llamar piedras de toque de su divino orígen, son sus libros, sus hechos primitivos y sus dogmas. Los libros se han presentado por el criticismo como producto de otros autores y de otro tiempo de aquellos á quienes se atribuyen. Sus hechos primitivos han sido ora negados por la interpretacion racionalista que no los admite como maravillosos, ora por el sistema mitológico que no los reconoce como reales. Sus dogmas han sido repudiados en el concepto de que no constituyen el producto de una inspiracion sobrenatural, sinó una formacion sincrética resultante de los diversos elementos proporcionados por el Philonismo, por la religion de Zoroastro, y por la escuela de Alejandría. Trátase pues de levantar de nuevo, en algunas páginas importantes, la verdad sobre estas tres cuestiones, y demostrar la autenticidad de los libros, la certeza de los hechos y la divinidad de los dógmas que constituyen la esencia del cristianismo.

Circunscribiremos la cuestion á los límites de la polémica actual, evitando, en cuanto sea posible, el aparato científico, á fin de poder deducir con más facilidad las conclusiones apologéticas, y asumiendo todo el trabajo de investigacion con el propósito de evitárselo al lector. De la *Vida de Jesús*, escrita por el Dr. Strauss,

hásе dicho, que «los incrédulos no la leen; pero que la hallan irrefutable.» El criticismo suele valerse de este medio para alcanzar fácilmente el triunfo; mas por lo que á nosotros toca, debemos manifestar que no nos satisfaria el tener razon á este precio.

Vamos, pues, á emprender el trabajo de poner en claro, tan completamente como podamos, los tres puntos objetos del debate, empezando por manifestar, respecto de lo que á la autenticidad de los libros dice relacion, que nos ocuparemos sucesivamente: 1.°, del estado de la cuestion; 2.°, de la exposicion de las pruebas; 3.°, de la refutacion de las objeciones.

I.

Para resolver debidamente la cuestion, es indispensable plantearla en términos claros y precisos. Digamos, pues, que un libro santo es *auténtico*, cuando está escrito por el autor cuyo nombre lleva: *verdadero*, cuando han acontecido los hechos que refiere: *divino*, cuando el que lo compuso estuvo sobrenaturalmente inspirado para no caer en error: *canónico*, cuando forma parte del catálogo de los que la Iglesia considera como divinos. Esto sentado, debemos añadir que al presente se trata de la autenticidad de los Evangelios, no á la manera que habria podido establecerse hace un siglo, sinó bajo un punto de vista que podríamos llamar de actualidad. Ahora bien, para que dicha autenticidad resulte clara y terminante, se hace indispensable una verdadera exposicion. Semejante procedimiento no es ocioso, puesto que la exposicion de la tésis es la base indispensable de toda refutacion.

Al presente la negacion de la autenticidad de los Evangelios procede de un mero principio sentado á *priori*, formulado próximamente en los siguientes términos: «Dios no puede encarnarse en un hombre; pero lo está en toda la especie humana: hé ahí la clave de la verdadera cristología. El sujeto de los atributos que da la Iglesia á Cristo, en vez del individuo es la humanidad: solo ella constituye la verdadera reunion de las dos naturalezas, y el Dios hecho hombre (1).» De estas gratuitas premisas se deriva lógicamente la siguiente consecuencia: luego los Evangelios que son la historia de un Dios hombre en una sola personalidad, deben ser apócrifos. Y como en apoyo de esta suposicion moderna se aducen objeciones antiguas, resulta esa mescolanza indigesta de conocido y desconocido, de vejeces y de novedades heterodoxas que constituye, respecto

(1) Strauss. *Vida de Jesús.*

del particular, las especulaciones que se han decorado con el pretencioso nombre de crítica histórica.

Sentado que Dios no se hizo hombre individualmente, sinó en la evolucion indefinida de la humanidad, será indispensable cometer verdaderos atentados contra la evidencia, para la justificacion de tal sistema; mas no por esto el sistema se considerará vencido, sinó que por el contrario marchará adelante. Si se le sale al paso con la autenticidad de los Evangelios no tiene inconveniente en manifestar que los tres primeros, llamados los sinópticos, constituyen un conjunto de tradiciones sin valor histórico, que ha recibido su forma en las Iglesias cristianas, á fines del siglo primero: por lo que respeta al cuarto, obra de los discípulos de Juan, solo contiene, en lo que realmente le pertenece, las imaginaciones de un hombre sumido en el aislamiento de la soledad. Como la nocion metafísica del Verbo no estaba al alcance del humilde pescador de Bethsaïde, debe considerarse como producto exclusivo de la gnóstica ortodoxa. Desde el principio existió un proto-evangelio, es decir, un pequeño *librillo* que contenia algunos fragmentos de las palabras y de los actos de Jesús. Este *librillo*, comentado y amplificado por la piadosa fantasía de los fieles, sirvió de modelo á innumerables Evangelios á los cuales se dió por autor á este ó aquel apóstol, ó á un hombre apostólico. Si han subsistido cuatro de estas narraciones, en tanto que todas las demás fueron declaradas apócrifas, consiste no tanto en que sea mayor su autenticidad, sinó en que siendo los únicos que ha encontrado aceptables la Iglesia, ha aceptado en su cánon la responsabilidad. Y respecto de los tres primeros, ¿cuál es el más antiguo? Pregunta ociosa; pues no cabe dudar en manera alguna, que el que con mayor número de detalles dé cuenta de la destruccion de Jerusalen, deberá ser el que se haya escrito con más proximidad á la realizacion del acontecimiento, porque como en principio no debe admitirse la profecía, supuesto que la haya habido, el profeta será un narrador de lo que fué, no pudiendo distinguirlo de lo que ha de ser; es decir, que la misma historia tendrá la precision de desmentirse, para que no pueda desmentirse la teoría.

¿A que exigir, despues de lo dicho, las pruebas de este sistema? ¿Por ventura no tiene la combinacion cuanto de verosímil puede exigírsele, para que por sí misma se justifique? No puede desconocerse que la crítica cristiana aduce pruebas externas en favor de la autenticidad de los Evangelios; mas, ¿qué valen tales pruebas comparadas con la autoridad de tales presunciones? Por lo demás, para admitir los Evangelios, es indispensable creer en los milagros, y los milagros son imposibles. A más de que, ¿no son patentes las discordancias y las contradicciones en lo depuesto por los cuatro historiadores de Jesús? Solo en el relato referente á la resurreccion, ¿no se han descubierto hasta diez antinómias irrefutables?

Hé ahí el fondo sobre el cual se ha ejercitado la sagacidad, mas

bien inventiva que rectificativa de los exegetas alemanes, de cien años á esta parte. Ferd, Chris, Baur, y Schwegler de Tubinga; Zeller, profesor de Magdeburgo; Ritschl, de Zurich; Wokmar, de Bonn; Hilgenfeld, de Jena; Schleirmacher, de Halle; de Wette, de Basilea; Ovald, de Gœttinga; y Michaelis, Eichhorn, Mars, Grats y sus plagiarios de Francia, han vuelto y revuelto en todos sentidos el propio tema, sin deducir de ello testimonio alguno cierto, en perjuicio de los Evangelios. Solo aquellos que abordan la cuestion con opiniones de antemano preconcebidas, opiniones que solo pretenden justificar, han podido ver pruebas fehacientes en esa inmensa balumba de hipótesis dispuestas sistemáticamente.

Es un hecho digno de llamar la atencion el que muchos de los autores que niegan la autenticidad de los libros sagrados, son ó han sido ministros protestantes. Es decir, que el espíritu hegeliano, haciendo maridaje con la exégesis separatista de la reforma, es lo que ha hecho tabla rasa de esas escrituras sobre las cuales ha pretendido establecerse la reforma. Por esto cuando M. Guizot anatematiza los excesos del cristianismo, echando mano de estas profundas y sentenciosas palabras: «Esto no merece el nombre de crítica histórica, esto no son más que sistemas filosóficos y narraciones novelescas, haciendo veces de documentos materiales y de morales verosimilitudes», trabaja, sin darse cuenta de ello, no sólo contra los desvíos de algunos de sus correligionarios, sinó tambien en contra del principio en que se funda la religion que profesa.

Por su parte los exegetas cristianos contestan: Examinémos la historia históricamente, y no segun las reglas arbitrárias de una filosofía preconcebida. En cuanto á vuestras objeciones las conocemos perfectamente, puesto que en último resultado se reducen á la obra de Porfirio, secularizada por algunos innovadores retardados en su camino; de manera que si tales sombras bastan á engendrar en vosotros dudas que no produjeron en nuestros abuelos, es pura y simplemente porqué os habeis saciado de ellas. En realidad de verdad, no es la falta de autenticidad de los textos la que ha destruido vuestra fé, sinó que por el contrario la pérdida de la fé es la que os ha conducido á sospechar de la autenticidad de los textos. ¿Y no es cosa que causa sorpresa que de filósofos ateos os hayais convertido en exegetas deistas? Y no obstante á pesar de todas las violencias inferidas por vuestra filosofía á la verdad escrituraria, la sostenemos decididamente: los cuatro Evangelios canónicos no son en manera alguna un trabajo impersonal aumentado con adiciones legendarias de varias generaciones, sinó la obra de los escritores sagrados que los han firmado. Antes que terminara el siglo primero habian visto la luz. El proto-evangelio, de que haceis derivar los otros como mera supersticiosa amplificacion, jamás ha existido. S. Juan es el autor de la historia que lleva su nombre y las razones que se han alegado para sostener las dudas que han querido sus-

citarle carecen de fundamento. Respecto de las antinomicas existentes en la sagrada narracion, sólo las ha visto Lessing que las imaginó. Por lo que se refiere á esas aparentes contradicciones, constituyen para sus autores un verdadero título de gloria, pues no habia de haberles sido muy difícil ponerse de acuerdo para evitarlas, y áun son mayor timbre de gloria para la Iglesia que las ha respetado, ya que habiéndolas podido hacer desaparecer con algunas plumadas, con lo cual habria destruido el motivo de una guerra sin tregua, á la tranquilidad resultante de la falsificacion, ha preferido el martirio resultante de la sinceridad.

En apoyo de tales asertos la verdad produce testimonios completamente desprovistos de las prevenciones y de las nebulosidades que distinguen á los del error. De Cellerier, La Luzerne, Bergier, Duvoisin, Hug, Lardner, Norton, Tholuck, Olshausen, William Paley, Reithmayer, Adalberto Maïer, Henry Vallon, y por último nuestros obispos contemporáneos contestan á M. Renan; y otros cien representantes de la ciencia, unida al buen sentido, difunden sobre nuestros orígenes una luz tan viva como la del mismo sol. Ante semejante espectáculo las conclusiones escépticas de Nieburh contra la verdad de la historia romana, parecen mil veces más admisibles que las alegaciones de la crítica negativa contra el Evangelio: cosa en verdad que no debe sorprendernos, porque si existe libro alguno, de los que la antigüedad nos ha legado, cuya autenticidad resulte innegable, es este el que nos ocupa: lo es tanto como sospechosos todos aquellos que se emplean en destruir dicha autenticidad, ya que ninguno de ellos puede alabarse de descender de fuentes más puras, ni de tener un pasado mejor garantido.

Establezcamos el órden en este confuso hacinamiento; concentremos la batalla en un punto culminante desde el cual podamos dominar todos los otros. ¿Los Evangelios han sido redactados por los evangelistas? Contéstese categóricamente sí ó nó; advirtiendo que la demostracion palmaria de la afirmativa, basta para apagar los fuegos todos de las baterías enemigas. Ahora bien, como todos los testimonios de la historia están en favor de dicha afirmativa, y en favor de la negativa sólo existen hipótesis y mutismo, dicho se está de que parte se halla la razon. Vamos sin embargo á patentizarla más todavía.

II.

Las deposiciones de la historia comienzan en los mismos orígenes del cristianismo. El Evangelio de S. Mateo fué escrito hácia el año 40 de nuestra éra: el de S. Márcos cuatro ó cinco años despues: el de S. Lúcas en las cercanías del 52: el de S. Juan du-

rante los últimos años de la vida de dicho apóstol, es decir al acercarse el término del siglo primero. Pues bien, á partir de esas diferentes fechas, una série nunca interrumpida de testimonios verídicos, desinteresados, irrecusables, refiere á su autor respectivo cada uno de dichos Evangelios y esto de una manera tan convincente, que no puede concebirse la subsistencia de autenticidad alguna literaria, si esta no puede subsistir.

San Clemente, que fué el tercer sucesor de San Pedro en la sede romana, y que vivió mucho tiempo con el príncipe de los apóstoles y con San Pablo, en su carta primera á los Corintios recuerda las palabras de San Lúcas: «Sed misericordiosos y alcanzaréis misericordia: perdonad y seréis perdonados: segun procedais con los demás así se procederá con vosotros.» Y las de San Mateo y San Marcos: «Más le valiera á este desdichado que se le atara una piedra de molino al cuello y se le arrojara al mar que no que escandalizara á esos pequeñuelos.» De manera que dichos libros debian existir para que pudiesen ser citados, no pudiendo caber la menor duda de que pertenecen por consiguiente á la época de los apóstoles y que fueron escritos por los hombres apostólicos á quienes se atribuyen. Y todavía se corrobora más esta prueba si se fija la atencion en que las cartas de S. Clemente no contienen cita alguna de S. Juan, cuyo Evangelio vió la luz con posterioridad á la muerte de S. Clemente: de manera que los testimonios de la tradicion son decisivos hasta por lo que callan.

Despues de S. Clemente, S. Bernabé, que segun el mayor número de sábios, fué un verdadero apóstol, ó por lo ménos, segun la comun opinion un personaje apostólico, en una carta que lleva el nombre del mayor compañero de S. Pablo, continúa muchos pasajes de los discursos del Salvador, entre otros el siguiente: «No he venido á llamar á los justos, sinó á los pecadores.» Hé ahí pues un nuevo testigo contemporáneo que depone relativamente á la autenticidad de los textos evangélicos.

San Ignacio, obispo de Antioquía, martirizado en el año 107 habia visto, es él mismo quien lo manifiesta, á Jesucristo en carne humana, despues de su resurreccion. No hay para que decir que debió conocer á muchos de los apóstoles y de los primeros discípulos del Salvador. Consta además que pasó la mayor parte de su vida al lado de S. Juan. Pues bien, este doctor emplea frecuentemente en sus escritos varios pasajes tomados de los Evangelios y en particular el siguiente: «El arbol se conoce por los frutos que produce: sed prudentes como la serpiente y sencillos como la paloma.» De dónde resulta, con completa evidencia, la anterioridad de los textos del Evangelio respecto de las epístolas de S. Ignacio y por consiguiente la contemporaneidad de los Evangelios y de sus presuntos autores.

San Policarpo, unido en estrecha amistad con S. Ignacio, bien

que muchisimo más jóven, habia sido igualmente discípulo de san Juan. En su carta á los Filipenses cita tambien varios pasajes de los evangelistas como estos de S. Lúcas: «Si no quereis ser juzgados no juzgueis de los demás.»—«Perdonad y seréis perdonados;» ó este de S. Mateo: «Bienaventurados los pobres de espíritu y los que sufren persecucion por la justicia:» ó, por último el siguiente de S. Marcos: «el espíritu es arrebatado y la carne es débil.» ¿Se necesita más para establecer que S. Policarpio admitia la perfecta identidad de los historiadores de Jesús? ¿Puede siquiera concebirse que los hubiese citado si no los hubiese reconocido tales?

Papias, obispo de Hierápolis, que era contemporáneo de S. Policarpo, escribió una obra en cinco libros intitulada: *Exposicion de los discursos del Señor*. Era discípulo de Aristogiton y del sacerdote Juan, y habla en fuerza de las narraciones que le hicieron los que habian vivido familiarmente con los discípulos de Jesús; de manera que hablando de S. Marcos dice: «que fué intérprete de Pedro y que escribió cuanto conservaba en la memoria con completa exactitud; pero no segun el órden con que el Señor lo habia dicho ó realizado.» y refiriéndose á S. Marcos manifiesta: «Que escribió en hebreo el Evangelio de los oráculos y de las acciones de Jesucristo.» ¿Puede dudarse, en vista de estas citas que nos ha transmitido Eusebio, respecto de la antigüedad y legitimidad de los Evangelios? ¿Puede abrigarse la más mínima sospecha respecto de su existencia desde los primeros tiempos del cristianismo, y de que pertenecen realmente á los autores á quienes se atribuyen?

De los Padres apostólicos, ó discípulos de los Apóstoles, pasemos ahora á los de la edad siguiente.

San Justino, convertido á la fé cristiana á la edad de treinta años, martirizado por esta misma fé en 167, debió conocer en Palestina, lugar de su nacimiento, muchas de las personas que habian vivido con S. Simeon, próximo pariente de Jesús, y segundo obispo de Jerusalen. En su primera apología, presentada á los emperadores Antonino Pio, Marco-Aurelio, y Vero, sienta que las memorias de los Apóstoles, es decir, lo que se conoce comunmente con el nombre de Evangelios, constituye la lectura que se hace en las reuniones de fieles. Y la prueba de que al expresarse en éstos términos, se refiere precisamente á nuestros Evangelios, la tenemos en el hecho de citar de los mismos numerosos fragmentos al pié de la letra. Añadamos ahora que en todas sus obras, supone la verdad de la historia evangélica, y que saca de ella una porcion de fragmentos textuales, cuya enumeracion sería enojosa, pero cuyo empleo demuestra una fé tradicional profundamente fortalecida en la autenticidad del libro que defendemos.

Taciano discípulo de S. Justino, traslada en su *Discurso á los Griegos* pasajes enteros de S. Juan. ¿Lo habria hecho si no hubiese

considerado los Evangelios de orígen apostólico y como fundamentos de la fé? Jefe más tarde de la secta de los Encratitas, no pone en duda la autenticidad de los Libros sagrados que la condenan; contentándose con truncar los textos para mejor acomodarlos á sus errores. Finalmente compone una obra titulada *Diateseron*, que significa, segun los cuatro, obra que no es más que una concordancia de los cuatro Evangelios, y por consiguiente un reconocimiento formal de la existencia de éstos últimos, de su número canónico y del nombre de sus autores.

Athenágoras y Theófilo, obispos de Antioquía, en sus apologías de la religion, que pertenecen á la misma época, citan con mucha frecuencia los Evangelios y aluden repetidamente á los mismos; citas y alusiones que no permiten á una crítica sensata poner en duda la antigüedad y la autenticidad de los textos evangélicos.

San Ireneo, que fué amigo íntimo de S. Policarpo, el cual habia conocido á S. Juan y á otros muchos otros discípulos del Salvador; S. Ireneo que poseia los Evangelios, no de primera mano; pero sí de segunda, y de los cuales habia oido hablar frecuentemente á su maestro, debia saber á ciencia cierta lo que eran y por lo mismo no puede dudarse respecto del valor que merece su irrefragable testimonio, expuesto en los siguientes términos: «San Mateo ha escrito para los hebreos y en la lengua de estos, el Evangelio que Pedro y Pablo han ido á publicar al establecer las Iglesias. Despues de su partida Marcos, discípulo é intérprete de Pedro, nos ha comunicado por escrito lo que este habia enunciado. Lúcas, sucesor de Pablo, ha enseñado el Evangelio que este predicaba; y posteriormente Juan, discípulo del Señor, que habia descansado en su seno, ha escrito tambien un Evangelio durante su permanencia en Efeso.» Para robustecer tan explícita deposicion, añade S. Ireneo que los Evangelios son cuatro; ni más, ni ménos, deduciendo de ello una conclusion mística dependiente de las cuatro regiones del mundo en que está diseminada la Iglesia. Hace notar por último, y esta es una circunstancia capital en esta revista de la tradicion, que los herejes de su tiempo, marcionitas, ebionitas, valentinianos, etc., siquiera no admitiesen todos los Evangelios como base de su doctrina, no ponian en duda la autenticidad de ninguno de ellos. Por esto ha podido exclamar un apologista. «Aun cuando no tuviésemos más que el testimonio de San Ireneo, quedaria completamente demostrada la autenticidad de nuestros Evangelios (1).»

Tertuliano, que escribió á fines del siglo segundo, y que al hacerlo contaba ya una edad muy adelantada, por cuyo motivo sólo se hallaba separado por una ó dos generaciones de San Lúcas, que

(1) La Lazurne.

vivió muchos años todavía despues de haber escrito, establece que nuestra fé se halla fundada entre los apóstoles en el testimonio de Juan y de Mateo, y entre los hombres apostólicos, en el de Lúcas y Márcos, y prueba inmediatamente la autenticidad de sus Evangelios por la antigüedad y universalidad de su difusion en todas las Iglesias. Al siglo décimonono estaba reservado el privilegio de poner en duda la antigüedad apostólica proclamada por Tertuliano, y especialmente el de establecer diferencias entre la autoridad de los distintos Evangelios, sin tener en cuenta las siguientes palabras que el elocuente doctor dirige á Marcio: «¿Por qué razon, lamentándote respecto de los demás Evangelios, admites únicamente el de San Lúcas, sin tener en cuenta que todos han sido igualmente admitidos en la universalidad de las Iglesias, desde el comienzo de las mismas?»

Cerremos aquí el círculo de tales deposiciones. La parte adversa reconoce además, que la tradicion, á partir del siglo tercero, es favorable á nuestra verdad. Por consiguiente, si quiere hacerse hincapié en la opinion de que los Evangelios son supuestos, es indispensable sostener que las obras de San Clemente, de San Ignacio, de San Policarpo, de San Justino, de Athenágoras, de Theófilo, de San Ireneo y de Tertuliano, son apócrifas. Los autores eclesiásticos se sostienen mútuamente por la solidaridad y la filiacion que se establece entre los asertos de ayer y los de hoy. Cuando los eslabones de esta cadena están soldados el uno dentro del otro, es más fácil suprimir la cadena entera que aislar los eslabones; entónces, ¿cómo se concibe la supresion de dos siglos en la historia?

Téngase en cuenta, sin embargo, que no se reducen á las precedentes las pruebas que podemos aducir en apoyo de nuestra tésis. Paralelamente á la línea recta de la tradicion, se ha formado una rama colateral que rinde idéntico testimonio.

Los herejes contemporáneos de los apóstoles, tales como los nazarenos, los ebionitas, los cerinthios, los gnósticos, y más tarde los sectarios contemporáneos de los discípulos de los apóstoles, por ejemplo, Valentino, Heraclio, Ptolomeo, Basílido, Taciano, Julio Casiano, Marcio, Carpocrato, Barclesano, en una palabra, todos los blasfemadores que pudieron contemplar el orígen de las narraciones evangélicas, tenian interés en negar su autenticidad si hubiese sido dudosa, y sin embargo, no hay uno sólo que respecto del particular haya formulado objecion alguna. Unos rechazaban los Evangelios que les eran desfavorables, diciendo que no estaban conformes con la verdad; otros los alteraban interpretándoles torcidamente para mejor acomodarlos á sus especiales opiniones; no faltaron quiénes se proclamaron más sinceros que sus redactores; pero no hubo uno sólo que disputara á estos la gloria de semejante redaccion, y así se explica que San Ireneo dijera: «Puesto que nuestros mismos contradictores emplean en provecho propio los textos sagrados, no cabe

desconocer que confiesan con ello su orígen divino, y al par confirman nuestras demostraciones (1).»

Los mismos paganos de los primeros siglos, estaban en la mejor disposicion para averiguar la verdadera procedencia de los Evangelios, y no obstante de que combatieron constantemente la doctrina, jamás pusieron en duda la autenticidad: el mismo Celso, que aventura la acusacion de haber nuestros padres arreglado la primera edicion de los Evangelios, no admite siquiera la hipótesis de una suposicion fraudulenta. Hasta Juliano el apóstata, no se encuentra quién, combatiendo la divinidad de Jesús, no haya confirmado la de los Evangelios, en virtud de un reconocimiento explícito de su orígen apostólico. «Ni Pablo, ni Lúcas, ni Márcos, dice, han tenido valor para declarar á Jesús, Dios; ese bendito de Juan es el primero que á ello se ha aventurado (2).» ¿Con qué derecho, pues, los racionalistas contemporáneos vienen á poner en duda una evidencia histórica, ante la cual los renegados y los mayores enemigos del cristianismo se inclinaron durante los cuatro primeros siglos?

De manera, que lo mismo las deposiciones de los amigos, que las de los adversarios, hablan en favor de la autenticidad de los Evangelios. Y por si quedaba duda áun, los monumentos paleográficos han venido á confirmar la misma verdad con no menor elocuencia.

En el número de dichos monumentos figuran un fragmento de Muratori, que constituye la cópia de un cánon de las Escrituras que remonta su orígen á los alrededores del año 100; la antigua version itálica de la Biblia; la version siríaca ó Peschita; y por último la version copta, hechas las tres en el comienzo del siglo segundo; y todos los monumentos expresados demuestran no sólo que en dicha época existian los Evangelios, ya que de lo contrario no se concibe que pudieran ser traducidos, sinó tambien que llevaban los mismos nombres bajo los cuales se les distingue actualmente. Una version siríaca más antigua áun, y recientemente analizada por el Dr. Cureton, ha venido á comunicar nueva fuerza á esos antiguos testimonios. Ese manuscrito adquirido en Egipto, y publicado hace diez años en Inglaterra, pertenece, segun la opinion de sábios eminentes, á fines del siglo primero, de manera que si se fija la atencion en el tiempo que debió emplearse para ejecutarlo, se comprenderá que sólo debieron transcurrir brevísimos años despues de la terminacion del original. De todo lo dicho resulta, de un modo evidente, que no puede asignarse á la composicion de los Evangelios una fecha posterior á la que la tradicion indica; resultando además imposible la no adhesion á su autenticidad, puesto que hallándose el de

(1) Id. *Adversus hæreses*, lib. 2, c. 2.
(2) San Cirilo. *Alex. contra Jul.*, lib. 1.

san Lúcas al abrigo de toda sospecha, debe participar de la misma garantía el de san Mateo que fué conocido por san Lúcas, lo mismo que el de san Márcos cuyo texto siriaco, ántes mencionado, reproduce los pasajes más respetados por la crítica moderna.

Y ahora despues de haber presentado en rápida enumeracion esa série de testigos séame lícito preguntar: ¿No es verdad que se necesita cierta ceguedad voluntaria para no ver la evidencia que tan manifiestamente se presenta? ¿No es cierto que sin una opinion preconcebida es imposible desconocer la autenticidad de los Evangelios? ¿Y si este libro no es auténtico, repetimos, cual lo será? Imagínese un hombre que pidiera leer el manuscrito de la Ilíada para creer en la identidad de su autor: para contestarle se le saldría al paso con el sentido comun de la histório, y si ni áun así se daba por satisfecho, se le dejaría sin darle nueva contestacion. Por supuesto que semejante obstinacion en un excéptico de esta naturaleza, podría exigir más todavía, pues podría abrigar sospechas respecto á la autenticidad de la letra, y como el espíritu humano jamás se satisface, complacido en esto podría exigir despues la firma del autor. Pues bien, ese sistema que sería calificado de locura, aplicado á las obras de Homero y de Virgilio, se ha empleado para investigar las fuentes del Nuevo Testamento, honrándosele con el nombre de crítica. Peligrosa seduccion para los espíritus que se pagan de la bandera, sin examinar la mercancía cubierta por la misma.

III.

Mas, ¿á esas pruebas positivas, han opuesto los adversarios negaciones positivamente justificadas y de idéntico valor? Nó, en sus ataques contra los orígenes del cristianismo, lo mismo que en sus objeciones contra el orígen del mundo y del hombre, la ciencia nos hace una guerra de meras hipótesis. ¿Quién es capaz de enumerarlas? ¿Quién, especialmente, será capaz de formularlas? Tomándolas al peso y á elejir, podemos citar las principales: en cuanto á las demás no vale la pena de que en ellas nos ocupemos. En los tres primeros Evangelios, bajo el punto de vista de la disposicion de las materias y de la forma, existe una notable concordancia. Ese paralelismo de hechos y de textos, que es lo que constituye su rasgo característico, ha influido para que se les dé el nombre de sinópticos. Es indispensable, sin embargo, llamar la atencion respecto del hecho de que no obstante sus rasgos similares, no es posible citar dos versículos sucesivos de cada uno de dichos Evangelios, dice Hanneberg, en los cuales el autor respectivo no se distinga por su manera independiente y por una fisonomía personal muy pronunciada. Esas

armonías y esas diferencias, entre los tres sinópticos, han dado pié á la teoría de un protoevangelio. En virtud de tan peregrina invencion, se ha supuesto la existencia de un Evangelio primitivo, escrito en un principio en hebreo, traducido despues al griego, y por último arreglado y aumentado por los primeros copistas, en cuanto á los detalles, bien que respetado por lo que se refiere al fondo, que se difundió fácilmente en las Iglesias. Cada uno de nuestros primeros evangelistas debió valerse de una de esas varias cópias y de aquí sus semejanzas y sus divergencias. Las suposiciones gratuitas y contradictorias á que se han entregado Leclerc, Michaelis, Lessing, Eichhorn y Marsh para autorizar tamaña imaginacion, constituyen uno de los ejercicios más enrevesados de la crítica alemana. Para encontrar un trabajo tan oscuro y empalagoso es indispensable acudir á las mitologías y cosmogonías de la India. Mas áun suponiendo que hubiese existido, ¿qué probaría la existencia del protoevangelio contra los Evangelios canónicos?

Una de dos: ó bien el patron ofrecido por el protoevangelio á nuestros historiadores sagrados, ha sido por estos expugnado y reducido á su verdad definitiva, en virtud de su doble autoridad de autores inspirados y de testigos, en cuyo caso lo mismo da que se hayan aprovechado de las notas de la tradicion, como que hayan escrito puramente inspirados; ó bien se ha de suponer que esas piadosas narraciones de los tiempos primitivos, en un momento determinado, se han visto revestidas y autorizadas con la firma de los evangelistas, sin que estos las hayan declarado sospechosas, cosa que en todo caso debería probarse. ¿Se ha pensado bien en esto? Téngase en cuenta que se trata de la impostura más difícil que se puede cometer. Esta es la ocasion de oponer las hipótesis del buen sentido á las del sistema á todo trance y de la delirante trascendencia.

¿Habríase cometido el fraude en vida de los evangelistas? Imposible; pues de seguro habrían reclamado los cuatro santos cuyos nombres se hubiese pretendido emplear para cubrir semejante falsificacion. Y no habrían tambien denunciado el fráude en cuanto se hubiesen dado á luz los falsos evangelios, los demás apóstoles y discípulos que predicaban el Evangelio verdadero, saliendo con ello á la defensa de las Iglesias; y además todos aquellos que habian tomado á su cargo el trabajo de sembrar la verdad, y por ella morian, habrían contemplado en silencio la alteracion de la misma, precisamente desde su comienzo, prescindiendo de la irremediable corrupcion que de ello habría resultado en lo porvenir? Nó, no es posible inferir tamaño insulto á la memoria de los mártires.

Si la falsificacion no ha tenido lugar en vida de los evangelistas, se dirá, debió llevarse á cabo despues de su muerte. Tan imposible es lo uno como lo otro y vamos á demostrarlo. En el primer caso era demasiado pronto: en el segundo demasiado tarde. Inmediatamente despues de la muerte de los evangelistas vivian áun sus dis-

cípulos que de seguro se habrían apresurado á denunciar la superchería. Los herejes, los judíos y los paganos á quienes preocupaba el rápido desarrollo del cristianismo naciente, hallábanse apercibidos para combatirlo y de seguro habrían preferido poderlo desprestigiar y áun desacreditar cubriéndolo con el oprobio de semejante impostura á tenerlo que combatir con el hierro y los sofismas. Los cristianos de Roma, de Corinto, de Efeso, de Antioquía y de Jerusalen, habian oido la palabra apostólica, y confrontándola con los nuevos textos, habrían podido anonadar con un solo grito esta falsificacion de las Escrituras sagradas. Finalmente, el mundo romano y el mundo cristiano, dos testimonios incorruptibles, se mantenian en espectativa, de manera que, si valiéndonos de la relacion de Tácito, veintisiete años despues de la muerte de Jesús, existia en el Imperio una multitud inmensa de cristianos, *Ingens multitudo;* despues de la muerte de san Juan el cristianismo constituia una especie de segundo imperio dentro del primero; y esas dos sociedades, ante una falsificacion pública, patente, perturbadora del reposo, de las ideas y de la religion, ¿habrían permanecido mudas, sin pronunciar siquiera una palabra de reprobacion? A este punto llegados nos consideramos en el caso de repetir con Lacordaire: «Nada más decisivo respecto del particular que la comun autorizacion: el pueblo es el único notario capaz de darla de su propia historia, porque constituye la reunion de todas las edades, de todos los pensamientos, de todos los intereses, de manera, que sobre ser una cosa nunca vista una conspiracion popular para engañar á la posteridad, es un espectáculo que ni siquiera puede concebirse. Un hombre fabrica el error: un pueblo tiene demasiadas ideas y sobre todo demasiadas y diversas pasiones para ponerse de acuerdo con el propósito de forjar un cuento con que engañar á los siglos futuros. Hay más áun, un pueblo jamás está solo; vive entre otros pueblos contemporáneos cuya historia se confunde con la suya, y en la suposicion de que fuera capaz de una mentira unánime, levantaria inevitablemente en contra suya la protesta del mismo siglo en que hubiese tramado el complot (1).»

Lo que acabamos de consignar se habría indudablemente realizado por lo que al pueblo cristiano se refiere. Olshausen dá de ello una prueba concluyente: En el año 140, encontrábanse en Roma, el papa san Aniceto; san Policarpo, discípulo de san Juan; san Justino, representante de la Palestina y de las Iglesias de Oriente; Marcion de Synope, y Valentino de Alejandría y en esta epoca, nuestros cuatro Evangelios estaban unánimemente admitidos, siquiera mereciesen diversa interpretacion. Ahora bien, ¿puede concebirse que estuviesen de acuerdo en lo relativo á la autenticidad,

(1) *Conferencia* 42.ª

los que en todo lo demás opinaban de diferente manera? De seguro que si el cánon evangélico hubiese sido obra exclusiva de un partido, no le habrían suscrito los demás. Marcionitas y ortodoxos habríanse ligado contra los libros de los valentinianos, y recíprocamente, los Asiáticos habrían rechazado los Evangelios procedentes de Roma; las Iglesias fundadas por san Juan no habrían aceptado una historia sin razon atribuida á su apóstal; los fieles de Grecia no habrían dado crédito al dicho de que san Lúcas hubiese escrito un Evangelio; por último los de Siria y Palestina sabiendo lo propio respecto de los de Márcos y Mateo, habrían repudiado las colecciones falaces que se hubiese pretendido autorizar con esas venerables contraseñas. Mas puesto que todas esas divisiones, en perpétua lucha en cuanto á lo que no se refiere á la autenticidad, estaban de acuerdo respecto de la misma, debemos ver en ello un testigo de mayor escepcion.

En resúmen: ó el protoevangelio ha sido corregido bajo la inspiracion del Espíritu-Santo por los historiadores de Jesús, y en tal caso no perjudica poco ni mucho á la autoridad de los verdaderos Evangelios; ó estos deben ser mirados como variantes fraudulentas del proto evangelio, y entónces queda por demostrar: 1.° que el proto evangelio ha existido: 2.° que ha sido posible el fráude. La crítica no podrá llegar jamás á semejante resultado. No cabe dudar que si el protoevangelio hubiese sido enseñado, traducido y propagado durante cien años en todas las Iglesias, habrían hablado de él los Padres; se habrían conservado algunos fragmentos de ese texto arameo; y por último habría existido una noticia biográfica de Jesús, que al paso que hubiese servido de guía á la fé del mundo cristiano, desde los sucesos inmediatamente posteriores al martirio de san Estévan, hasta despues del sitio de Jerusalen, habría dejado marcada su huella en otros sitios que en las imaginaciones póstumas de una escuela obligada á recurrir á las ficciones inadmisibles para combatir las realidades indubitables.

¿A qué pues admitir errores inverosímiles en lugar de la verdad sencilla? Y la verdad sencilla se reduce á lo siguiente: Los apóstoles ántes de su separacion convinieron en valerse de una plegaria comun, de un símbolo comun, de una enseñanza comun relativamente á los actos del Salvador. De aquí surgieron el *Padre nuestro*, el *Credo* y el Evangelio, difundidos oralmente por medio de la predicacion. Durante mucho tiempo esta predicacion fué el único Evangelio de la Iglesia, puesto que la Iglesia no fué resultado de sus libros toda vez que, lo ménos durante cuarenta años, subsistió sin ellos, descansando en la fé de testigos de vista, que sufrian la muerte para rendir una prueba más manifiesta. Llegó un dia sin embargo, en que deseosos de inmortalizar tan elocuente testimonio, levantáronse cuatro hombres inspirados y fijaron por medio del buril lo que se predicaba en todas las cátedras apostólicas. Sus narraciones toma-

das á la vez del fondo de la tradicion y de sus propios recuerdos, debian ostentar simultáneamente las semejanzas resultantes de una comunidad de orígen y las diferencias provenientes de la diversidad de redacciones y así es como se explican al par el parentesco y las pretendidas antinomias existentes entre los sinópticos. Recusar los Evangelios escritos so pretexto de la precedencia de un Evangelio oral, vale tanto como echar en cara á los evangelistas el ser historiadores y no inventores.

Llegamos con esto á la segunda dificultad que viene á ser el reverso de la primera. La una se fija en las relaciones de semejanza existentes entre los cuatro Evangelios, y de ellas pretende deducirse que su autenticidad es por lo ménos sospechosa: la otra se propone alcanzar idéntico resultado fijándose en sus incidentes contradictorios. En el primer caso se los declara supuestos porque se acuerdan en muchos puntos: en el segundo, porque no pueden concordarse. En uno y otro caso se imagina lo que no es cierto, para destruir lo que lo es.

Que en los Evangelios existen variantes y divergencias que exigen un trabajo de conciliacion, no hay quien lo niegue. San Crisóstomo, san Agustin y toda la exégesis patrológica, satisfacen ampliamente la curiosidad respecto del particular en grado tal, que los vastos salones de la biblioteca del Louvre, no bastarían para contener los innumerables libros de concordancia evangélica escritos durante los primeros siglos. Hasta puede asegurarse que las dificultades de esta naturaleza únicamente escandalizan á los ignorantes en materia de Escrituras. ¿A qué, pues, presentar como un descubrimiento importante esas objeciones que con tanta frecuencia y tan victoriosamente han sido contestadas? ¿A qué sobre todo deducir consecuencias desfavorables á la autenticidad de los libros sagrados, de lo que tan elocuentemente prueba la ingenuidad de sus autores y la sinceridad de la Iglesia? Sí, la ingenuidad de sus autores, porque fácilmente se comprende que por medio de un acuerdo prévio, habrían fácilmente evitado el oprobio de toda sospecha respecto de su testimonio: la sinceridad de la Iglesia, porque suponiendo que hubiese guardado ménos respeto al depósito que se le confiara, no le habría sido muy difícil arreglarlo de manera que hubiese quedado á cubierto de tales ataques; puesto que le bastaba con beneficiar la concordancia bíblica de algunos de los miles de errores insignificantes, bajo el punto de vista dogmático, cometidos por los diversos traductores de la Escritura, para hacer desaparecer todas las contradicciones aparentes.

Digamos pues, que las diferencias de los Evangelios tienen una explicacion perfectamente natural en las diferencias de fin y de medio que inspiraron á sus autores. La narracion típica propagada por el apostolado en las Iglesias primitivas, por lo mismo que no

contenia absolutamente cuanto Jesús habia dicho y hecho, facilitaba el que cada uno de los historiadores se fijára preferentemente en aquello de que habia sido testigo presencial, poniendo especial atencion en las necesidades de aquellos para quienes singularmente escribia. Fija en esto la mente, el sistema de composicion era de importancia secundária. San Mateo y en ocasiones san Marcos, sacrifican la trama histórica á una conexion puramente lógica. San Lúcas, por el contrario, sigue el órden de los acontecimientos. En cuanto á san Juan, teniendo en cuenta que se halla en presencia de herejes familiarizados con las sutilezas metafísicas de la gnóstica, modifica su sencillez de pescador galileo por las fórmulas de la filosofía griega y de la teúrgica oriental, que se conservan en la teodicea cristiana, y mirando constantemente á las circunstancias que determinan la narracion, compendia ó amplifica los discursos del Salvador. Si el encadenamiento cronológico es distinto en todos los evangelistas, procede esto de que recordando cada uno de ellos hechos omitidos por sus antecesores, juzgaban indispensable consignarlos, resultando de semejantes intercalaciones una falta de paralelismo en el relato.

En resolucion, las disparidades de los Evangelios tienen su explicacion natural del mismo modo que sus armonías. Por lo demás debe fijarse la atencion en el hecho de existir una armonía que justifica todos esas disparidades, y es la coincidencia verdaderamente milagrosa en que se halla el pincel de los evangelistas al pintar los rasgos que reproducen la fisonomía de Jesús. Respecto del particular no existe divergencia alguna entre los cuatro historiadores. El Jesús de S. Mateo es completamente idéntico al de S. Márcos, al de S. Lúcas y al de S. Juan; y para que pintores tan distintos hayan podido realizar un ideal, cuatro veces parecido á sí mismo, es indispensable que lo hayan visto. De todo lo cual puede deducirse que la figura de Jesús, estampada como un sello sobre los Evangelios, garantiza al par su orígen divino y su orígen inalterable.

La crítica moderna objeta á la procedencia apostólica de los Evangelios diferencias no sólo en lo que se refiere á su redaccion, sinó tambien á su autenticidad. Segun esta hipótesis, el único historiador exacto de Jesús, es S. Lúcas. «Los evangelios de S. Mateo y S. Marcos distan mucho de ofrecer idéntico carácter de originalidad (1).» «Por lo que se refiere á S. Juan, puede asegurarse que es un autor muy problemático. Papías que pertenece á su escuela, no dice una palabra de una *Vidá de Jesús* escrita por este apóstol. En su Evangélio, «al lado de un plan general, que parece más satisfactorio y más exacto que el de los sinópticos, se encuentran

(1) Renan. *Vida de Jesús*, p. 18.

pasages muy notables que respiran un interés dogmático propio del redactor: reconócense en ellos las interpretaciones de un sectario ardiente, y sorprende no poco que el hijo del Zebedeo haya podido escribir en lengua griega esos libros de metafísica abstracta (1).» Resumiendo: ó bien la crítica supone préviamente establecidas todas las premisas que ha menester para destruir la conclusion, ó bien se contenta oponiendo simples conjeturas á los hechos más perfectamente comprobados, y si ensalza con afectacion la autenticidad del Evangelio segun S. Lúcas, es pura y exclusivamente con el fin de tener un pretexto que la autorice para empequeñecer y eliminar los restantes.

Con todo cumple dejar consignado que en este terreno la crítica negativa queda prendida en sus propias redes. Para establecer toda la historia evangélica, basta con la autenticidad del Evangelio segun S. Lúcas, por lo mismo que se halla perfectamente enlazada con los Actos de los apóstoles, esto es, con un escrito del cual ha podido decir M. Guizot: «Los tiempos antiguos sólo nos han dejado un reducidísimo número de obras cuya autenticidad esté tan perfectamente demostrada. La prueba de semejante correlacion puede verse en el siguiente prefacio por cuyo medio el autor de los Actos se declara al propio tiempo el autor del Evangelio:» «En mi primer li«bro, oh Teófilo, he hablado de todo cuanto ha hecho y enseñado «Jesús desde el principio hasta el dia en que ascendió á los cielos.» Es por consiguiente cosa natural, que la autenticidad del Evangelio de S. Lúcas participe de la de los Actos.

Sin embargo debe tenerse en cuenta, que este Evangelio supone la existencia de otros anteriores, puesto que empieza con las siguientes palabras: «Siendo varias las personas que han emprendido el trabajo de escribir la historia de las cosas que se han realizado entre nosotros, ciñéndose á la relacion que de ellas nos han hecho los que desde el principio las han visto por sus propios ojos, y que han sido ministros de la palabra, he creido etc.» ¿Ahora bien que *personas* son esas que *emprendieron el trabajo de escribir* la misma historia segun la relacion de lo que vieron por sus propios ojos, si no son los dos primeros evangelistas?

De manera que así como los actos de los Apóstoles se refieren al Evangelio de S. Lúcas, el Evangelio de S. Lúcas se refiere á escritos preexistentes que no pueden ser más que los otros sinópticos. De esta suerte la cadena de la verdad evangélica aparece perfecta, y la crítica que ha transigido en la cuestion de autenticidad, bien que respecto de un sóló Evangelio, ha venido, sin saberlo á confirmar la de los demás. Hasta por lo que al Evangelio de san Juan dice relacion, puede sacarse provecho de esta prueba general,

(1) Renan. *Vida de Jesús*, p. 24, 25.

puesto que es evidentemente un suplemento á lo que callan, iba á decir á las lagunas de los sinópticos, de manera que al par que revela la precedencia de estos, ofrece el sello de la época y hasta el del autor á quien se atribuye.

Estas pruebas son tan patentes, que la crítica no ha podido ménos que admitirlas y así se explica que formule del modo siguiente sus últimas conclusiones. «El Evangelio de S. Lúcas lleva la fecha de su composicion: los de Mateo y de Márcos la llevan tambien pues no cabe dudar que el tercer Evangelio es posterior á los dos primeros y ofrece el sello de una redaccion más moderna. Además tenemos, respecto del particular, un testimonio capital de la primera mitad del siglo segundo, es decir el testimonio de Papías, hombre grave, hombre amante de la tradicion, que durante su vida ocupóse en recojer cuantos datos pudo allegar relativos á la persona de Jesús (1).» Hemos visto que este testimonio se halla precedido de muchos otros no ménos autorizados.

Tal es la demostracion comun de autenticidad aplicable á los cuatro Evangelios. ¿Cuales son sus pruebas individuales? Cuanto ha podido imaginarse para hacer del primero una obra impersonal háse llevado á cabo; pero es imposible que pueda prevalecer contra la deposicion del sentido comun histórico, una sóla de las invenciones concernientes al estilo, á la narracion, á las pretendidas antinómias, á las enmiendas y retoques de esta historia sagrada. Esa deposicion nos dice que Mateo escribió su Evangelio en hebreo ó siro-caldeo para los Judíos de Palestina. En virtud de lo expuesto, dice Ricardo Simon, debemos buscar el original de este Evangelio entre los nazarenos descendientes de los primeros cristianos de Jerusalen. Y en efecto los nazarenos lo han conservado. Segun Eusebio, S. Panteneo le encontró en el siglo segundo en la India, donde lo habia llevado S. Bartolomé. Por lo demás el texto de los nazarenos ajustaba tan perfectamente con el original de S. Mateo, que S. Jerónimo afirma haber visto dos ejemplares, uno en la biblioteca de S. Panfilio en Cesárea y el otro en Berés, ejemplares que al decir de ese sábio intérprete, fueron considerados por la mayor parte de los antiguos doctores como manuscritos primitivos de los Evangelios.

¿Cómo se explica que el original del Evangélio en lengua aramea haya desaparecido tan pronto, en tanto que el ejemplar griego de la misma obra se ha conservado? Muy sencillamente si se tiene en cuenta que las Iglesias de la Judéa para los cuales fué escrito el primero, subsistieron muy poco tiempo, en tanto que las Iglesias griegas duran todavía. Con todo, el primero subsistió durante largos siglos entre los nazarenos y los ebionitas que proce-

(1) Renan. *Vida de Jesús*, 18.

dian de los primeros cristianos de la Judéa, de los cuales lo recibió S. Jerónimo. En cambio los demás cristianos lo miraron con indiferencia, y sea porque no comprendieran el caldeo, sea porque los nazarenos y los ebionitas lo alteraron, es lo cierto que las versiones de este Evangelio eran preferidas á sus antiguos manuscritos. ¿Qué otras obras pueden citarse de las cuales sea dable seguir las huellas de sus primeros pasos y que sirvan de prueba de induccion contra hechos tan patentes (1)?

San Mateo ó Leví, en su calidad de antiguo contador de las riberas de Tiberiade, hallábase en mejores condiciones que los demás discípulos para el manejo de la pluma, y por consiguiente era el más indicado para ser el primer historiador de Jesús. San Márcos tenia tambien ciertas ventajas de posicion para componer un Evangelio, resultantes de ser hijo de una cristiana de Jerusalen en cuya casa se congregaban los apóstoles, y si bien es verdad que, dados sus pocos años, no pudo oir la palabra de Jesús, no cabe dudar que desde su infancia trató íntimamente á sus discípulos. Más adelante fué agregado al apostolado de S. Pedro y al de S. Pablo, especialmente al primero cuya narracion siguió é interpretó. Por esto dice S. Jerónimo de su Evangelio, que fué narrado por Pedro y escrito por Márcos, y S. Justino lo ha designado con el nombre de *Memorias de S. Pedro*.

¿Qué puede alegarse contra esa tradicion cuyo primer anillo se enlaza al sacerdote Juan, de los tiempos apostólicos, seguido inmediatamente por Papias, al cual sucede á su vez el testimonio de diez y ocho siglos? Por un lado encontramos hechos indiscutibles: por el opuesto fantasías germanescas. Para ciertos exegetas racionalistas el Evangelio más antiguo, el Evangelio primitivo seria el de S. Márcos; el de S. Mateo debería considerarse únicamente como un arreglo, y el de S. Lúcas como una amplificacion. Otros, en cambio, juzgan á S. Márcos como un plagiario de S. Mateo y de S. Lúcas, no faltando por último quienes consideran el segundo Evangelio como un mosáico compuesto de fragmentos tomados de aquí y de allá. ¿Qué debemos pensar de todo esto? Stor, Herder, Wette, Schleiermacher han acumulado montañas de sutilezas en apoyo de esas hipótesis contradictorias, y es que consultando simplemente los criterios internos, un sofista literario estableceria fácilmente la no autenticidad de cualquiera obra. Mas, hánse desvanecido todas las dudas de esta suerte acumuladas, por lo que al orígen del segundo Evangelio se refiere, y Renan y Reville, rompiendo las telas de araña de la exegesis alemana, han acabado por suscribir á la deposicion de Papias, durante tanto tiempo puesta en duda. «Los detalles materiales tienen en Marcos, una nitidez que en vano se

(1) San Jerónimo. *Coment, in cap.* XII. *Math.*

buscaría en los demás evangelistas. Complácese en reproducir determinadas palabras de Jesús en siríaco-caldeo: abunda en minuciosas observaciones, procedentes sin duda alguna de un testigo ocular, sin que haya una sola que se oponga á que ese testigo ocular, que de seguro habia acompañado á Jesús, y le habia amado y contemplado muy de cerca, conservando de él una impresion vivísima, sea el apóstol S. Pedro en persona (1).» Y ahora dígasenos en puridad si valia la pena de acumular durante el espacio de un siglo tantas tinieblas sobre esta verdad, si al cabo habia de salirse con tan honrosa confesion.

Y puesto que se nos concede la autenticidad del Evangelio de S. Lúcas, juzgamos natural aprovecharnos de esta ventaja, bien que manifestando de paso que no sabemos atinar con la razon en cuya virtud se concede á dicho Evangelio tan especialísimo honor. Y menos se concibe sabiendo que no falta quien haya puesto en duda la autenticidad de sus dos primeros capítulos; al paso que otros lo han considerado como el texto interpolado de Marcion; otros como posterior á la época apostólica; ora ha sido juzgado mera reduccion, ora simple síntesis, en suma cuanto puede imaginarse, porqué la verdad es que en materia de fé, todo puede ser negado por quien tenga formada la resolucion de no creer cosa alguna, de suerte que si dentro de cien años se aplica á los exegetas de allende el Rhin el sistema crítico por ellos establecido, hasta la autenticidad de sus principios críticos llegará á ponerse en tela de juicio.

Por último ¿no se halla tambien á cubierto de toda sospecha de no autenticidad la narracion de S. Juan, llamada por Orígenes flor de los Evangelios? La historia contesta tambien afirmativamente: sólo la teoría dice que no.

Objétase que no es posible que S. Juan pudiera conservar en su memoria los largos discursos que pone en boca del Salvador. Semejante procedimiento equivale á negar rotundamente lo que está en cuestion, es decir la inspiracion divina del apóstol: es negar además el testimonio de la experiencia, porque son muchos los ancianos que recuerdan palabra por palabra cuanto oyeron en su niñez. Nunca recuerda tan perfectamente el hombre los comienzos de su vida, como cuando se acerca al término de la misma; como cuando reconcentrado en sí mismo puede recapitular la historia de los hombres y de las cosas que amó. Se dice tambien qué si el Apocalipsis es de S. Juan, no puede serlo el cuarto Evangelio toda vez que es por toda manera diferente el estilo que campea en cada una de dichas obras; sin embargo todo se explica desde el momento en que se sabe que S. Juan escribió el Apocalipsis mucho tiempo antes que el Evangelio. Aquel lleva el sello de su orígen hebrai-

(1) *Vida de Jesús*, p. 28.

co, porqué escrito poco tiempo despues de haber el apóstol salido de su país, no podía ménos que conservar las locuciones propias del mismo: en cambio redactado el Evangelio en Efeso, despues de una permanencia en el Asia Menor, campea en este una diccion más correcta, que en ocasiones llega hasta á ser elegante. Se objeta por último que la enseñanza de S. Juan contrasta con la de sus tres predecesores; mas respecto del particular debe manifestarse que sin contradecirla la completa.

«Juan, dice Clemente de Alejandría, teniendo en cuenta que lo relativo á la humanidad de Jesucristo quedaba referido en los tres Evangelios precedentes, escribió un Evangelio espiritual.» Es decir, pone de manifiesto la naturaleza divina del Verbo. De manera que de los cuatro evangelistas, tres reproducen la enseñanza parabólica, moral, popular de Jesús, en tanto que el cuarto consigna la parte dogmática, sacramental, mística. En el primer caso se trataba de instruir al pueblo humilde de Galilea; en el segundo á los doctores de la ley, á los letrados de la nacion, á los apóstoles destinados á ser los teólogos de los siglos venideros. Nada tiene pues de extraño que Jesús haya adoptado dos métodos completamente distintos, acomodados á la diversidad de los asuntos y de los auditorios, y que sus historiadores reflejen esos dos lados de su fisonomía intelectual. Háse dicho finalmente que el autor del último Evangelio no fué Juan, sinó el compilador de sus notas orales ó escritas; la crítica contemporánea vencida por la evidencia responde del modo siguiente á estas sutilezas de ayer. La primera epístola atribuida á S. Juan, pertenece indudablemente al autor del cuarto Evangelio. Es así que Policarpo y Papias reconocieron la autenticidad de dicha epístola, luégo..... luégo no puedo ménos que admitir como un hecho inconcuso la autenticidad de los cuatro Evangelios canónicos. Todos se remontan al siglo primero, y todos pertenecen á los autores á los cuales se atribuyen (1).»

Y no se trate de eludir tales conclusiones acudiendo al gastado recurso de que los Evangelios no son en manera alguna obras compuestas por los autores por quienes parecen firmados, sinó tradiciones firmadas por los mismos. Conforme á la usanza del tiempo y segun los ejemplos que nos proporcionan los clásicos griegos, la fórmula *segun S. Mateo* vale tanto como *por S. Mateo*. Por lo demás Grocio, Eicchorn y Olshausen han observado que el título primitivo no se reducia simplemente á las palabras: Evangelio segun Mateo; sinó que decía: Evangelio de Jesucristo, de san Mateo. Más tarde y á fin de evitar el inconveniente de emplear dos genitivos, se designó á los autores de los Evangelios por medio de un giro elíptico. Hé ahí la verdadera explicacion de su título. Por

(1) Renan. *Vida de Jesús.*

lo demás, añade Ricardo Simon, la Iglesia es quien ha redactado los títulos de los cuatro Evangelios, para manifestarnos que fueron escritos por los apóstoles ó por sus discípulos, y por consiguiente desde el momento en que se dá á dichos títulos un sentido diferente del que les da la Iglesia, se suministra la prueba de estarse cometiendo una falsificacion, puesto que nadie como ella puede conocer su pensamiento.

Hánse equivocado tambien los que en el Evangelio de San Juan han presumido distinguir los rasgos de una mano extraña, fundados en que la historia de la mujer adúltera hállase marcada en ciertos manuscritos orientales con comillas y asteriscos que indican una cita. Conste de un modo indubitable que las versiones de los primeros siglos, tales como la itálica y la vulgata, admiten dicha historia como auténtica, en términos que la defienden como tal San Jerónimo, San Crisóstomo y muchos otros Padres; y si bien es verdad que ciertos copistas armenios omitieron dicho pasaje en algunos ejemplares, débese esto á la extremada rigidez moral de que se hallaban poseidos, rigidez que les impulsaba á juzgar como peligrosa y apócrifa la facilidad de Jesús en perdonar.

Resulta de todo lo dicho, que á menos de poner en tela de juicio la evidencia histórica, no puede abrigarse la duda más insignificante respecto del verdadero orígen de los cuatro Evangelios. San Mateo dedicó su manuscrito á la Iglesia de Jerusalen y á los judíos convertidos de la Palestina: San Márcos, á las Iglesias de Roma y de Alejandría: San Lúcas y San Juan, transmitieron los suyos á las florecientes comunidades de la Grecia cristiana, «siendo de advertir que ninguno fué tan solemnemente publicado como el de San Juan, puesto que éste, el Apóstol San Andrés y otros discípulos del Salvador, escribieron una carta encaminada á introducirlo oficialmente en las Iglesias (1).»

No juzgamos del caso, despues de lo dicho, repetir con M. Vitet: «Lo que hay de positivo es que los Evangelios, por más que se les estreche, resisten á la crítica, y subsisten contínuamente como monumentos indestructibles. ¿Qué libro de Herodoto, ó que década de Tito Livio lleva tan profundamente marcada la huella de la buena fé y de la verdad que constituyen el rasgo característico de las narraciones de S. Mateo y de los recuerdos de S. Juan (2)?» La cuestion de buena fé incumbe ménos á la autenticidad que á la veracidad de los libros del Nuevo Testamento, y como esta se refiere más bien que á los *escritos* á los *hechos*, que son el fundamento del edificio cristiano, nos aprovecharemos de esta transicion para enlazar con el presente el capítulo que sigue.

(1) Vilmain. *Estudio crítico sobre los Evangelios.*
(2) *La ciencia y la fé.*

CAPÍTULO VII.

Orígenes positivos de la verdadera religion: Sus hechos primitivos.

Es imposible sostener, con visos de certeza, que los Evangelios pertenezcan á otra época ó á autores distintos de aquellos á los cuales nosotros los referimos. El exámen de las pruebas y el de las objeciones proporcionan, respecto del particular, los más irrefragables testimonios. Existe, sin embargo, un fundamento no ménos indispensable á la certeza de los orígenes cristianos, que la autenticidad de los textos evangélicos. Este fundamento consiste en los hechos por ellos referidos. Nueva tésis capital que requiere ser probada con los documentos fehacientes en la mano, y que excluye toda demostracion por razonamiento especulativo, puesto que pertenece al dominio de la ciencia y no al de la inspiracion.

¡Consideracion verdaderamente digna de tenerse en cuenta, refiriéndose á la certeza de los hechos evangélicos! Al paso que todos los historiadores los admiten, los vemos impugnados únicamente por algunos que se engalanan con el nombre de filósofos, ó por teólogos incrédulos. Esta observacion de Kengstemberg, el más sábio expositor aleman, basta por sí sola para dirimir la cuestion. En efecto, dicho escritor hace notar que en contra de dichos hechos se oponen sistemas, pero no pruebas, y que si son discutibles ante el tribunal de las ciencias especulativas, en razon de tener estas constantemente una teoría al servicio de sus más peregrinas afirmaciones, no lo son en manera alguna ante el de la historia, en el cual sólo los hechos positivos tienen el derecho de prevalecer contra los que no lo son.

Cuando hace poco tiempo, respecto del particular, se metió tanto ruido, lo mismo en Francia que en Alemania, llegaron á presumir los incautos que se habia descubierto alguna impostura ó mistificacion en lo que constituye la base del Evangelio. Todo se redujo á la aparicion de dos especies de soñadores: los unos simplemente racionalistas, pretendian que los hechos del Evangelio nada tienen de milagroso; los otros, puramente mitólogos, sostenian que

los milagros del Evangelio no constituian hechos. Los primeros negaban la realidad sobrenatural: los segundos la realidad histórica de tales acontecimientos; mas, así estos como aquellos, en lugar de producir una sóla justificacion positiva en qué apoyar sus opiniones, limitáronse á presentar nuevas interpretaciones más ó ménos ingeniosas. Es decir, que la crítica acude constantemente á la ciencia experimental, siendo así que ésta no es más que la ciencia de las hipótesis contra la experiencia.

¿En qué se fundan sinó los que rechazan el carácter milagroso de la historia evangélica? Prescinden por completo del fondo del escrito, y se limitan á explicarlo fijándose en el siglo y en las personas que nos lo han transmitido: es decir, en las formas supersticiosas empleadas comunmente en dicha época para describir tales acontecimientos. Si la narracion estuviese consignada con la precision de ideas y de lenguaje que nuestra generacion emplea, de seguro probaria á sus ojos, ó una intervencion de la divinidad, ó una supercheria de los autores; mas, tan ingénuos documentos consignan sin artificio alguno, y hasta sin verdadero rigor histórico, un fondo de verdad, desfigurado por medio de innumerables adornos; acabando por expresar creencias más bien que hechos, correspondiendo por consiguiente á la crítica desentrañar lo que haya de cierto detrás de las fórmulas de esas creencias. Resulta de aquí un trabajo que sólo á ella corresponde, y que consiste en penetrar en el fondo de la historia sagrada, clasificando en la categoría de lo verdadero cuanto pertenece al órden natural; en la de lo falso, todo cuanto á sobrenatural trascienda. Evhemero, Eichhorn, Semler, Paulo, son los principales representantes de este sistema, aplicado por los unos al Antiguo, por los otros al Nuevo Testamento. Mas adelante veremos hasta qué extremo de inverosimilitud han llevado su temeridad y su audacia.

¿En qué se fundan los mitólogos para rechazar no solo el carácter milagroso, sinó tambien la realidad histórica evangélica? Para contestar á semejante pregunta, basta con dejar consignado que consideran dicha historia como un poema formado por la tradicion y como una creacion psicológica de la cual se desprende una idea expresada por medio de acontecimientos casi siempre ficticios. Todas las historias, dicen, han empezado por medio de mitos, y la de los Hebreos no constituye una escepcion á esta regla general. Gabler, Baur, Vater, de Vette, han tratado de explicar todo el Antiguo Testamento fundados en este principio crítico. La tentacion de Eva, el episodio de Noé, el arca de la alianza, la torre de Babel se prestan maravillosamente á tales juegos de interpretacion. Vesklein, profesor de teología en Munster, ha llevado la fantasía de semejante método, hasta el extremo de comparar bajo el punto de vista de la realidad, el rapto de Henoch al de Ganimedes; la aparicion del Angel á Agar, á la de Apolo á Diomedes; Jehová socorriendo á Ge-

deon, á Júpiter salvando á los Troyanos. Finalmente, despues de otros muchos mitólogos eclécticos, aparece el doctor Federico Strauss que ha aplicado la misma teoria y de una manera por cierto mucho más radical, al Nuevo Testamento. Segun este, la crítica no posee instrumento alguno bastante poderoso para separar el elemento real del elemento simbólico en los anales del cristianismo primitivo y por consiguiente es indispensable dar cuenta de todos los hechos del Evangelio por medio de puros mitos, y renunciar á la tentativa de sacar de los mismos el más insignificante residuo positivo. Despues de lo dicho no hay para que advertir que tocamos al escepticismo histórico.

¿Que es lo que puede oponerse á semejantes ataques de naturaleza diversa? En nuestro concepto nada más decisivo que los dos siguientes temas de defensa. Los hechos Evangélicos son verdaderos: 1.° como sobrenaturales; 2.° como históricos. ¿No es cierto que lo mismo las teorias *racionalistas* que las *mitológicas*, se desvanecen como el humo, puestas en frente de esta exposicion de la verdad?

I.

Antes de decir el concepto que tales argumentos nos merecen, no estará de mas consignar el que merecen á sus propios autores. M. Renan considera *ingeniosa* en ocasiones semejante exposicion; pero con más frecuencia *sutil* y *violenta* (1). En cuanto á la segunda dice, « falto del sentimiento de la historia y del hecho, nunca sale Strauss de las cuestiones del mito y del símbolo (2). » El mismo Strauss se subleva «ante el espectáculo ofrecido por esas producciones monstruosas resultantes de un sistema que compone la historia sin freno y sin regla». Por último Baur declara que no obstante los ensayos llevados á cabo, la crítica heterodoxa se encuentra tan atrasada como al principio. Francamente no vale la pena de contestar á quienes se refutan á sí mismos.

Sin embargo, abordemos de frente la teoría racionalista. Desde luégo aduzco contra ella lo ridículo de sus interpretaciones. ¿Porqué razon el texto literal ha de merecer ménos fé que esos comentarios?

Segun ese sistema, ¿á qué se reducen todas las apariciones? A fenómenos explicables por los recursos ordinarios de la angelofanía, es decir, á algo semejante á los rayos, á los truenos, á los accidentes

(1) *Historia crítica de Jesus.*
(2) *Idem.*

catalépticos etc. ¿Qué es el mutismo de Zacarías? Un ataque de parálisis. ¿En qué consiste la vision de los pastores de Belen? En la aparicion de unos fuegos fátuos existentes en la llanada. ¿Qué es la estrella de los reyes magos? Un simple cometa. ¿Qué es la adoracion de dichos Reyes? Una visita de mercaderes árabes que habiendo ido á Jerusalen para asuntos de su comercio, recibieron, en vez de darla, la noticia del nacimiento del Rey de los Judíos. ¿Y la tentacion de Jesús en el desierto? Un efecto escénico preparado por algun fariseo farsante y de buen humor. ¿Y el agua convertida en vino en las bodas de Caná? Un regalo de bodas ofrecido por Jesús á los esposos, bajo una forma agradable y ocasionada al regodeo. ¿Y la transfiguracion? Un éxtasis de Jesús y una alucinacion de los discípulos. ¿Y la curacion de los ciegos? Una sencilla oftalmia producida por el polvo impalpable del país, y curada gracias á la ablucion practicada con un poco de saliva. ¿Y la de los poseidos? Efecto del tratamiento calmante administrado á los que padecen ataques de nervios. ¿Y la resurreccion de los muertos? El término de un sueño letárgico hábilmente determinado. ¿Y la resurreccion del mismo Jesús? La reaparicion de un ajusticiado que no habia sucumbido á las torturas del suplicio al dársele sepultura. Por supuesto que al más lego se le ocurre que si fué enterrado vivo, debia sucumbir á la asfixia producida por los aromas que, debiendo conservar su cuerpo si estaba muerto, no podian ménos que producir su muerte estando vivo; mas á esto se contesta que es una indiscrecion dirijir á la crítica semejante pregunta. Y en efecto no se digna, mejor áun, no puede contestar á ella, como no puede contestar á las innumerables objeciones que se le dirijen respecto de mil incidentes de la narracion sagrada que no llega á explicar. Mas ¿como es posible entenderse con comentaristas que se explican la tempestuosa escena del Sinaí, por aparato fantasmagórico dispuesto por Moisés; y la columna de luz que condujo al pueblo de Israel al través del desierto, por una antorcha sostenida por los exploradores; y la permanencia de Jonás en el vientre del mónstruo marino, por la desaparicion de un profeta y subsiguiente permanencia del mismo en alguna hostería, llamada de la *Ballena*? ¿Como es posible entenderse, repetimos, con tales profanadores de la verdad de las escrituras? No cabe más recurso que repetir por centésima vez, que *el espíritu fuerte, es el espíritu débil* por naturaleza.

Por lo demás, contra el racionalismo moderno, echo mano del racionalismo del tiempo de Jesucristo. Entónces como ahora existian incrédulos, y no incrédulos como quiera, sinó tan extremadamente intolerantes, que no vacilaron en crucificar al Salvador en ódio á su doctrina. Sin embargo esos incrédulos, contemporáneos y testigos oculares de los hechos evangélicos, no negaban su carácter sobrenatural; lo que hacian eran imputárselos á Belzebud, es decir, que no pudiendo explicárselos como milagros, atribuíanselos

al demonio y se los negaban á Dios. Por su parte el Talmud de Jerusalen los confiesa implícitamente, al declarar que Jesús habia arrebatado en el templo el poder del nombre de Jehováh. Finalmente los filósofos paganos convienen en ello, es decir los admiten, puesto que Celso, Porfirio, y Hierocles, Juliano el apóstata y otros los achacan á la mágia y demás ciencias ocultas. Esto sentado no puede comprenderse con que derecho, y despues de tanto tiempo, se pretende contradecir á esos jueces tan desinteresados, tan próximos á los acontecimientos, tan escépticos y tan esclarecidos.

Con los adversarios ataco á los indiferentes. En las cercanías y léjos de Jerusalen los habia á centenares de millones capaces de establecer la distincion que en el dia pretende establecerse, y que jamás se acordaron de ello por la razon sencillísima de que era á sus ojos completamente inadmisible. Y sinó, ¿como se explica que durante los diez años que los apóstoles predicaron en Palestina sobre los lugares que fueron teatro de la muerte de Jesús, y precisamente entre las gentes que más interesadas estaban en demostrar que todo ello fué mera impostura, no surgiera una sola voz de oposicion á esos prodigios, fundada precisamente en la exégesis racionalista? ¿Como se explica que Quadratus, misionero de los tiempos apostólicos, haya podido escribir sin que se le desmintiera: «Los milagros de Nuestro Salvador eran verdad: los enfermos por él curados y los muertos á quienes devolvió la vida, no fueron vistos únicamente en el instante de su curacion ó de su resurreccion, sinó que continuaron su permanencia en el país durante el tiempo que el Salvador vivió en la tierra; con la circunstancia de que algunos de ellos vivieron mucho tiempo despues de haberse aquel marchado, no faltando tampoco otros que han alcanzado nuestros dias (1)». Lo que vale tanto como decir que Quadratus pudo conocerlos en su juventud. Por último ¿como se explica que los autores paganos hablen abiertamente y sin atenuacion racionalista, de los milagros referidos por el Evangelio? Chalcidio filósofo platónico del siglo tercero, alude á la estrella y á la adoracion de los magos (2). Phlegon liberto de Adriano, menciona, segun hemos visto, el terremoto y el eclipse extraordinario que tuvieron lugar en el momento de la muerte de Jesús. El mismo autor refiere las profecías del Salvador y su cumplimiento, especialmente la destruccion y ruina de Jerusalen (3). Thallus autor griego del primer siglo, está de acuerdo con Phlegon en testificar que en el año décimo octavo del reinado de Tiberio, el cielo se entenebreció repentinamente en medio del dia. En los archivos romanos, conservábase, muy entrado ya el siglo tercero, la relacion de la vida, milagros y muerte de Jesucristo, enviada al emperador por Pilatos,

(1) Eusebio. *Hist. ecle.* IV, c. III.
(2) *Historia de las Olimpiadas*, libros 13 y 14.
(3) *Arte de comprobar las fechas.* Prefacio.

de manera que Justino, Tertuliano, y otros apologistas, en sus discusiones con los paganos, apelaban continuamente á semejante testimonio, pudiendo añadir que segun Tertuliano y Eusebio, fué tal la impresion que en el ánimo de Tiberio produjo la relacion de Pilatos, que propuso al senado el reconocimiento de lo que niega la exégesis racional, es decir la accion sobrenatural de Jesús que le colocaba en la categoría de los Dioses.

Hay más áun: ¿porqué razon, Alejandro Severo, segun sienta Lampidio, adoraba todas las mañanas á Jesús? ¿Porqué razon pretendió Adriano hacerle la apoteósis que Tiberio, á causa de una protesta de Sejano, no pudo llevar á cabo? ¿Porqué razon el historiador Josefo, dá á Jesús el nombre de taumaturgo? De seguro que para ello se fijó especialmente en el sello sobrehumano que marca su vida, y en la verdad histórica de este sello, porque de ser este sospechoso, en manera alguna se habría puesto al servicio de semejante causa un testimonio al par tan próximo y tan diseminado y al propio tiempo tan incapaz de ser víctima de la ilusion como de hacerse cómplice de una colision.

Despues de los enemigos y los indiferentes, invocarémos á los amigos. El cristianismo primitivo los cuenta muy notables por su inteligencia tales como esa *muchedumbre de sacerdotes Judíos* que, segun las Actas de los Apóstoles, *se convirtieron á la fé;* tales como Justino, Aristides y otros filósofos: y filósofos y sacerdotes contaban con los medios indispensables para distinguir entre un Lázaro exhalando los nauseabundos miasmas de un cuerpo en descomposicion, y un cuerpo presa de un sueño letárgico, cuya influencia termina mediante el contacto del aire existente en el interior de la tumba; entre la multiplicacion de panes llevada á cabo por un taumaturgo, ó una simple distribucion de provisiones hecha sobre la yerba por los ricos á los pobres; en una palabra entre los asertos evangélicos, y las gratuitas vulgaridades sustituidas á los mismos. ¿Pueden concebirse tales supersticiones en testimonios tan autorizados y sobre todo respecto de tan supersticiosas imaginaciones?

Hay, sin embargo, entre los amigos del cristianismo, una categoría que merece y goza autoridad particular contra la exegesis racionalista: me refiero á los mártires, es decir á aquellos séres que no han vacilado en padecer el más horrible suplicio, por afirmar la historia evangélica tal cual nosotros la creemos, no tal cual la arregla la crítica. Nosotros suprimimos los milagros, y precisamente por los milagros han derramado ellos su sangre. No, S. Pedro no murió por confesar un Mesías cuyo poder se redujo á hacerle marchar simplemente junto al agua, segun interpreta Paulo; sólo un Maestro capaz de apaciguar en alta mar las olas embravecidas, pudo merecer de su parte aquel testimonio de su fé: santo Tomás no dió su vida por un crucificado que, al decir de los racionalistas, sólo hubiese sido ligeramente herido miéntras permaneció en la

cruz, y que se hubiese despues curado clandestinamente mediante cuidados ocultos; la muerte real de Jesús, la permanencia de sus llagas despues de su resurreccion, es lo único que puede explicarnos el trágico fin del discípulo incrédulo. S. Juan no murió para dar fé de que habia visto lienzos blancos, cabe un sepulcro ordinario, como pretenden interpretar los utopistas germanos; de seguro debió ver verdaderos ángeles junto á una tumba vacía, puesto que no vaciló en sellar con su sangre semejante deposicion. Por último san Pablo no dió su vida por certificar que distinguió la caida del rayo en el camino de Damasco; en esta escena es indispensable la intervencion de la voz de Jesús para que no deba considerarse puro enigma la vida y muerte del apóstol de las gentes. De manera que no puede prescindirse de lo milagroso en la causa si quiere mantenerse en proporcion con sus efectos y desde el momento en que se prescinde de lo sobrenatural de la historia cristiana, quedan convertidos en locos los que en ello han creido hasta la muerte; puesto que así como se da la palabra por las verdades naturales, sólo por las verdades divinas se vierte la sangre. Convengamos pues que prestando fé á testimonios tan interesados en examinar debidamente, y tan bien dispuestos para debidamente distinguir una farsa tan poco razonable, se sacrifica la propia razon.

¿Y qué es lo que alegan contra este buen sentido exegético los que niegan á los hechos evangélicos todo carácter milagroso? Que los milagros son imposibles. En suma se permiten negar la evidencia, sin tomarse la pena de aducir prueba alguna en favor de su deposicion. Ahora bien, como hemos demostrado plenísimamente que pueden realizarse hechos milagrosos; que pueden comprobarse que pueden distinguirse, remitimos en este punto al lector á nuestro capítulo sobre la *realidad de lo sobrenatural* para evitarle la pena de oir de nuevo lo que dejamos dicho, limitándonos á consignar una vez más que cuando la crítica pretende conocer la verdades históricas, hace el trabajo del sofista; pero no el del historiador.

II.

Despues de haber refutado á los que niegan que los hechos evangélicos sean prodigios, ¿qué contestarémos á los que no quieren conceder siquiera que tales prodigios sean hechos? Pocas palabras porqué desde el momento en que esta admitida la realidad sobrenatural de semejantes hechos, no hay necesidad de establecer su realidad histórica por lo mismo que la segunda se halla esencialmente contenida en la primera. Con todo consideramos mayor victoria la destruccion del edificio levantado por los mitológos, que poner en evidencia que carece completamente de fundamento.

Empecemos pues por preguntar: ¿Cuyos son los critérios de semejante teoría? 1.° Los hechos deben ser considerados como mitos cuando son contrarios á la experiencia diaria y se presentan con carácter maravilloso. Esto no pasa de ofrecer en lugar de prueba la misma cosa que se ha de probar. Ello es que lo maravilloso de una narracion, no implica en manera alguna su falsedad, si lo maravilloso y la narracion están plenamente verificados; y lo que, por lo demás, facilita el que pueda distinguirse entre lo maravilloso probado y otro inadmisible, y que dificulta que el primero pueda hacerse pasar por el segundo, es la distancia óbvia inconmensurable que existirá eternamente para el lector sensato, entre los cuatro Evangelios canónicos y los apócrifos.

2.° Los hechos de una narracion son simbólicos cuando entre ellos existe contradiccion. Tratándose de contradicciones substanciales, inconciliables, podria admitirse esa regla; mas entre las narraciones evangélicas más bien se observan variantes que verdaderas oposiciones, y la piedra de toque á que las somete Strauss, dista mucho de reunir las condiciones indispensables para que del ensayo pueda resultar la verdad. Para convencerse de ello basta con abrir por cualquiera de sus páginas un libro de concordancias evangélicas.

3.° Si la narracion es poética y el narrador entusiasta. Es esta otra base de apreciacion completamente arbitraria. Puede tenerse razon y decir verdad de una manera poética; y en cambio puede divagarse ocupándose en frias especulaciones. Existe un entusiasmo que extravía la razon, y otro que la provoca: el que anima alguna de las oraciones de Bossuet, ¿puede inducir á sospecha contra la verdad de su fondo? ¿Léjos de excluir el buen sentido, no lo eleva hasta el éxtasis? Por otra parte, ¿la historia de las Cruzadas y la de la Conquista de América, dejan de ser ciertas por tener un fondo poético? Por último, y viniendo á los Evangelios, ¿puede decirse que haya entusiasmo en unas páginas escritas con una impasibilidad tal, que podria dudarse si son debidas á un amigo ó á un enemigo de Jesús? ¿Puede decirse que brilla la poesía en una narracion que es de lo más sencillo que ha brotado de la pluma? Si poesía existe, es de seguro la que resulta del explendor de lo verdadero, no la que procede de los fantasmas que crea la imaginacion acalorada. Tenemos, pues, destruida la tercera de las bases en que se apoya la escuela mitológica.

4.° Si la narracion está en relacion con ciertas opiniones extendidas y parece ser la expresion de esas opiniones envueltas en la forma de los hechos. Esto equivale á decir rotundamente, que la idea mesiánica era conocida ántes del Evangelio, y que los Evangelistas no hicieron más que realzar dicha idea por medio de un drama interesante; mas, prescindiendo de que la idea mesiánica no era un mito, y de que no estaba admitida en todos los pueblos que

han abrazado el Evangelio, Jesucristo difiere completamente del Mesías esperado por los Judíos, lo cual prueba que no es ni pudo ser una encarnacion simbólica de las esperanzas de su pueblo.

Por lo demás, ¿qué es el mito? Un agregado de circunstancias fabulosas que cubre un gérmen imperceptiblemente histórico, en el caso de que dicho gérmen no sea tambien fabuloso, como acontece con los mitos filosóficos. No se olvide que para la formacion de esas capas de nubes, como acontece con los sedimentos geológicos, es menester un lapso de tiempo, que Strauss estima en ciento cincuenta años. Segun la exégesis más meticulosa, los Evangelios fueron escritos ántes que finalizara el primer siglo: «cuanto más reflexiono respecto de ello, tanto más me inclino á creer que los cuatro textos reconocidos como canónicos, nos acercan y aproximan á la edad de Cristo (1).» Ahora bien, ¿cómo se compaginan esas dos opiniones? ¿cómo se explica el que esos textos hayan podido dar cuerpo á los símbolos, ántes de que los símbolos hayan llegado á existir?

No cabe desconocer que es indispensable torturas los hechos y la razon para preferir las garantías de esta interpretacion á las de la historia evangélica. Por lo demás, un sistema que descansa á *priori* en la posibilidad de lo sobrenatural, y que para destruirlo con mayor facilidad, niega el valor de la relacion de los sentidos, del testimonio humano, y de la certeza histórica aplicadas á este órden de fenómenos, es á todas luces un sistema sobornador por lo que se refiere al espíritu; corruptor con relacion á la verdad, y en suma, un miserable instrumento de pirronismo.

Mas, para conseguir que brille con todo su explendor la verdad de la narracion evangélica, mas bien que destruyendo las teorías que la atacan, puede conseguirse poniendo en evidencia su conformidad con la historia. Despues de realizadas las más minuciosas investigaciones respecto del particular, se llega á la siguiente consecuencia que resume la cuestion: «Los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, están ménos comprobados que los de Jesucristo.»

En efecto ¿están los hechos de Sócrates, como los de Jesús, garantidos por ocho escritores contemporáneos, de los cuales seis, Mateo, Juan, Pedro, Pablo, Jaime y Júdas, han visto con sus ojos y tocado con sus manos lo que refieren, y los dos restantes, Márcos y Lúcas, fueron discípulos de los discípulos de Jesús, muchos de los cuales llevan su sinceridad hasta el punto de confesar sus debilidades y sus faltas, y todos dieron su vida en confirmacion de su palabra, con grave riesgo de ser anatematizados en su tiempo y en los siglos venideros por falta de sinceridad? ¿Puede concebirse que á tal punto se lleven el entusiasmo y la abnegacion?

(1) Renan. *Historia critica de Jesús.*

Veamos ahora los hechos de Sócrates. ¿Han sido sometidos á la piedra de toque de tres sociedades interesadas en desacreditarlos, como el judaismo, el paganismo y el cristianismo, que han puesto en tela de juicio los hechos de Jesús? ¿Han tenido por teatro la plaza pública, por testigos muchedumbres innumerables, pasiones espantosas por adversarios, el mundo por conquista, por resultado innumerables sacrificios? ¿Y puede hacerse la abstraccion más arbitraria de todas esas evidencias por medio de un sistema que sólo en quimeras se apoya? Nó, el verdadero mito será siempre y por más que se haga el mitismo, y la historia evangélica perseverará siendo inquebrantada é inquebrantable.

No son, nó, mitos cristianos los que se han propuesto consignar Chalcidio, filósofo platónico, haciendo mencion de la Estrella de la Epifanía, y Macrobio, relatando la degollacion de los Inocentes, y Phlegon, consignando entre los hechos acaecidos en la olimpíada doscientas diez, el eclipse y el terremoto que acaecieron el dia de la Pasion; ni Adriano, proponiendo levantar un templo á Jesús; ni el universo entero trocando las costumbres disolutas y corrompidas de la sociedad pagana por el culto de la cruz: nó, esto no puede admitirse, sobre todo, si se considera que tales mitos habrian sido propuestos por ignorantes como los apóstoles, y aceptados por neófitos de la talla de Justino, Tertuliano, Cipriano y Orígenes; y más áun cuando tales mitos no están destinados como los de la Grecia á extraviar la imaginacion de los pueblos, sinó á imponerse á título de historia y con la pretension de ser examinados, creidos y confesados como hechos.

Se ha echado mano y áun puesto de manifiesto ciertas particularidades de explicacion más ó ménos difícil contra la verdad de la narracion sagrada. Entre ellas podemos citar el recuento catastral de Quirino, el año XV de Tiberio, el Abileno de Lysanias, temas principales de semejantes argucias: mas los libros especiales dan satisfaccion ámplia á todas las curiosidades y á todas las exigencias de la crítica respecto del particular; la armonía de los Evangélios resulta sin la menor discrepancia en toda su extension; y cuando se ha recorrido el círculo entero de discusion semejante, dice M. H. Wallon, se hace uno tan descontentadizo en materia de pruebas, que se siente inclinado á no creer en nada más que... en el Nuevo Testamento.

Y no se diga para eludir la verdad histórica: los Evangélios profetizan la ruina de Jerusalen, es así que no debe admitirse la profecía, luégo ha de concluirse que son apócrifos ó que pertenecen á época más reciente: porque semejante manera argumentar vale tanto como substituir á la lógica, la candidez más supina, ó el cinismo más descarado. ¿No equivale esto, á escamotear la conclusion, más bien que á deducirla, sobre todo cuando se ha hecho la siguiente confesion, «Producto purísimo del cristianismo palestino,

«impregnados del sentimiento vivo y directo de Jerusalen, son los «Evangélios eco verdaderamente inmediato de los rumores de la «primera generacion cristiana (1)?» Y el color de la primera generacion cristiana, ¿no autoriza mil veces más á creer que habiendo precedido los Evangelios, por lo ménos los tres primeros, á la ruina de Jerusalen, la anunciaron, que á suponer gratuitamente la insercion póstuma de la ruina de Jerusalen en los Evangelios, para tener un pretexto que los haga sospechosos? Mas, ¿cuántos disparates se creen, á fin de eludir la obligacion de creer?

Existe una confirmacion de la verdad evangélica no ménos decisiva que el testimonio de la Historia propiamente dicho, y es la que se deduce de la etnografía, de la numismática y de la geografía.

Mas adelante invocaremos el auxilio de la etnografía en favor de la Biblia en general; preguntémosla ahora respecto del Evangelio en particular. Cuanto más cerca se encuentra un escrito de la época de que habla, con más exactitud y más al vivo pinta los sucesos que refiere: en cambio, cuanto más dista de la misma, más vagas é indecisas se ofrecen las líneas y más indeterminados los contornos. Un historiador mitólogo hállase expuesto á mil confusiones en todo lo relativo á la organizacion política, social y religiosa, y á la vida pública y privada de un pueblo; en primer lugar, porque cuando aparece, ha podido alterarse trascendentalmente el recuerdo de los acontecimientos, y despues porque semejante alteracion entra en la lógica de su sistema, que subordina constantemente la exposicion de los hechos á la expresion de una idea.

Pues bien, no obstante lo dicho, es imposible descubrir en los Evangelios la huella más insignificante de semejantes alteraciones. Brilla en los mismos un color local tan acentuado, y se describe en ellos el primer siglo de una manera tan exacta y minuciosa que es absolutamente imposible referirlos á fines del segundo. Examínese el estado político y social del país en que vivia Jesús; estudiense los personajes históricos de Palestina, en dicha época; compárense esos datos con los consignados en los libros históricos del Nuevo Testamento, y se verá un acuerdo tal, que el más descontentadizo lo considerará incompatible con la hipótesis de una composicion mitológica. Sí, los historiadores de Jesús han sido contemporáneos suyos: hablan de la division del reino de Heródes en monarquía y tetrarquía; nos presentan á Archelao reinando en Judea despues de su padre Heródes; y luego de repente, en el año décimo quinto del reinado de Tiberio, hacen aparecer á Poncio Pilatos, que en efecto sucedió á Archelao destronado y desterrado á las Galias:

(1) Renan. *Historia crítica de Jesús.*

mencionan los gobernadores contemporáneos de Poncio Pilatos, tales como Herodes-Antipas, tetrarca de Galilea, acusado por S. Juan Bautista de vivir con la esposa de su hermano Felipe, que era tetrarca de Iturea: dan á conocer las leyes civiles en vigor entre los judios en tiempo de Jesucristo, la sumision de la Judea á los romanos, los impuestos por los mismos establecidos, su autorizacion para que tuvieran fuerza ejecutiva las sentencias pronunciadas por la sinagoga, la impaciencia de los hijos de Abraham contra la dominacion extrangera, sus groseras ideas respecto del Mesías esperado, los rasgos característicos de los Fariseos, secta orgullosa y formalista; de los Saduceos, secta materialista é ignorante; de los Samaritanos en fin, que al principio ofrecieron únicamente el espectáculo de un cisma y más tarde el de una verdadera apostasía.

Ahora bien: esos detalles tan variados como explícitos, hállanse perfectamente de acuerdo con los testimonios de la historia profana. «Al paso que se penetra en el detalle de las opiniones, de los hábitos y de las costumbres que son propias de este período, puede adquirirse más hondo convencimiento de que los autores de nuestros Evangelios, han vivido en la época en que se realizaron los hechos que refieren (1).» Si un historiador posterior se hubiese ocupado en trazar la móvil fisonomía de un Estado que en un breve período pasó por tan diferentes regímenes y experimentó tan radicales y profundas revoluciones, por más cuidado que en ello pusiera, no habria podido librarse de cometer notables inexactitudes. De todo lo cual debe deducirse que los Evangelios no son en manera alguna una coleccion de tradiciones vagas y flotantes, ni los evangelistas escritores que dejándose llevar por la fantasía, componian apólogos en vez de historia. De ser así, de seguro habrian denunciado la farsa descuidos de esos que no puede evitar el más avisado, y en cambio no se descubre en todo el contexto de los libros un solo anacronismo, una pincelada inexacta, una insignificante anomalía capaz de proyectar la sombra sobre la verdad.

Otra prueba puede aducirse en apoyo de la certeza de los hechos evangélicos: las deposiciones de la numismática. Las monedas, ora por la efigie que llevan estampada, ora por su nombre ó su valor, ora por su forma ó su sistema, contribuyen poderosamente á fijar las fechas y los acontecimientos sincrónicos del tiempo en que fueron acuñadas. Mas este conocimiento exige estudios especiales y profundos, porqué nada hay que cambie con tanta frecuencia como las formas monetarias; de manera que un escritor de un siglo determinado no podria hablar de las monedas de plata que hiciese doscientos años estuviesen fuera de circulacion, sin revelar por medio de las ine-

---

(1) Hug. *Introduccion.*

xactitudes que cometiera y por los errores en que incurriese, su orígen posterior. Pues bien, bajo este punto de vista los Evangelios se distinguen por una precision y un rigor hasta tal punto inatacables, que ello sólo dice claramente que es imposible que fueran escritos mucho tiempo despues de los acontecimientos que refieren. Por aquel tiempo circulaba en Palestina moneda griega, romana y judáica, siendo en esta en la que debia satisfacerse el tributo al templo, y esto explica el hecho de encontrarse cambistas *nummularii* en los atrios de la casa del Señor. Los Evangelistas conocian estos hechos y dan cuenta de ellos y de la relacion de valores existentes entre las diferentes monedas con tanta precision, como no habrian podido emplearla historiadores de otros tiempos. Así sientan que los impuestos anteriores á la dominacion de lo Césares, la capitacion por ejemplo, se percibia únicamente en moneda griega (1); el impuesto debido al sostenimiento del templo, en moneda nacional (2); las sumas correspondientes á las transacciones mercantiles y á los negocios civiles, en moneda romana (3). Todo esto se halla perfectamente de acuerdo con las indicaciones que debemos al historiador Josefo.

¡Singularidad digna de tenerse en cuenta! Despues de la ruina de Jerusalen, los judíos sometidos hasta entónces al cen: o, es decir á un denario por cabeza, se convirtieron en tributarios del impuesto comun. Imagínese á un autor escribiendo bajo el imperio de esta ley, y no en el de la primera, y dígasenos si no es cosa facilísima olvidarse completamente de esta y por consiguiente no aludir á la misma ni poco ni mucho; pero los Evangelistas que vivieron todos, y de los cuales tres escribieron antes de que la ciudad santa fuese entrada á saco, mencionan en términos formales esas diferentes fuentes del tesoro público en tiempo de Jesús. Prueba evidente de su fidelidad histórica, porque un autor del siglo segundo que hubiese escrito una leyenda, de seguro habria nombrado el gherah, el hazzi, y otras monedas judías, nombres que á los ojos del numismático hubiesen puesto de manifiesto su fraude ó falsificacion (4).

Queda además de las dichas una última piedra de toque para apreciar la verdad de un documento histórico: las indicaciones geográficas. La guerra, las perturbaciones políticas, la actividad humana contribuyen poderosamente á los cambios que con frecuencia experimenta la topografía de un país, de suerte que cuanto mayor es esa fluctuacion, producida por el choque de los aconteci-

(1) Marc., XII. 42. Luc., XXI, 2.
(2) Mat., XXVI, 25.
(3) Mat., X. 29; XX, 2; XIV. 5; Luc., XII, 6; Juan, VI. 7; XII, 5.
(4) *Los Evangelios y la crítica.*

mientos, mayor riesgo corre de caer en error un escritor que vive mucho tiempo despues de la realizacion de los mismos.

Salta á la vista que los evangelistas se ven obligados por las necesidades de su narracion á consignar muchísimos detalles geográficos. Citan nombres de ciudades, aldeas, corrientes fluviales, lagos, y montañas de Galilea, Samaria, y Judea: determinan exactísimamente la distancia que media entre uno y otro lugar; trazan con toda perfeccion la direccion de las sendas y caminos que cruzan la Palestina y todo esto de una manera tan perfecta que jamás se puede notar la contradiccion más insignificante. Muchos trabajos se han llevado á cabo para comprobar los Evangelios bajo el punto de vista de la geografía: hánse consultado el Talmud, Philon, Josefo y otros antiguos monumentos; y la confrontacion de los cuadros topográficos contenidos en esas fuentes, con los que resultan del Evangelio ha demostrado plenamente la verdad de estos.

Por esto Claike despues de haber recorrido en todas direcciones la Palestina, escribe: «La descripcion geográfica de los libros sagrados comparada con los monumentos, nada deja que desear.» No debe olvidarse que Estrabon, Quinto-Curcio, Virgilio, Tito-Livio, Filostrato han incurrido en graves errores al describir paises que no habian visto. Si nuestros evangelistas hubiesen escrito fuera de la comarca y de la época que historian, y bajo este punto de vista se hubiesen limitado á coleccionar las narraciones lejendarias esparcidas en las diferentes comarcas cristianas, de seguro habrian cometido inexactitudes por demás groseras. En esta suposicion, nada más difícil que el trazar un cuadro del estado judío despues de su ruina. Los numerosos cambios que la precedieron, la horrible catástrofe que tan profundamente conmovió á Jerusalen y sus alrededores, las transformaciones que comunicaron á ese pais una nueva fisonomía, eran motivos poderosos para que un escritor posterior se hubiese encontrado en la imposibilidad de poder ser fiel. Añádase á esto que en tiempo de Adriano fueron completamente arrasadas novecientas ochenta y cinco aldeas y cincuenta poblaciones de más importancia, y se podrá comprender cuanto habria tenido de difícil la taréa del escritor que en tiempo de Constantino hubiese pretendido describir la Judea del tiempo de Tiberio.

La Palestina, dice Cellerier, cambiaba entónces frecuentemente los rasgos de su fisonomía. Ocupada por tres pueblos cuyos usos, cuyas costumbres, cuyo idioma eran completamente distintos, los hebreos, los helenos y los romanos, no podian sustraerse á su triple influencia. Invadida por Pompeyo, oprimida por Heródes, debelada por Tito, y casi anonadada por Adriano, cambiaba diariamente de aspecto y de leyes, así como de habitantes y opresores. ¿Se concibe pues, que un falsario, escribiendo en la época en que los mitólogos lo imaginan, hubiese logrado salir de ese dédalo y en medio de tanta confusion diera con los nombres, las palabras, y las fechas de

una época completamente desaparecida, ya que no cabe dudar que en la de esa pretendida redaccion, estaba completamente borrada la nacionalidad del pueblo judío? Resulta, pues, de todo lo dicho, que los evangelistas han sido testigos oculares, pues las investigaciones más miniciosas, dictadas por la prevencion, no han alcanzado descubrir la más insignificante inexactitud, cosa que de seguro no se habria podido conseguir si aquellos no hubiesen certificado *de visu* cuantos hechos consignaron en sus narraciones (1).

Además de las garantías de la historia, de la etnología, de la numismática, y de la geografía, la verdad de la narracion evangélica dispone de otra, deducida de la integridad de los textos sagrados. Si esos textos, en efecto, son tales cuales los ha producido la inspiracion primitiva, el trabajo de adiciones sucesivas y de adulteracion que supone el mitismo, es imaginario, y hasta condenado el propio mitismo.

La integridad del libro que más se ha copiado, no debe en manera alguna entenderse en sentido absoluto, sinó solamente en cuanto á la substancia de las cosas importantes, lo mismo por lo que respeta al dogma que por lo referente á la moral. Esta integridad es la única que racionalmente debe exigirse, puesto que la infalibilidad concedida á los autores sagrados no puede hacerse extensiva á todos los copistas y á todos los traductores. Proceder de esta suerte valdria tanto como exigir de la Providencia que preservara los libros sagrados de los incendios, las inundaciones, la polilla y los mil accidentes que pueden determinar su destruccion. Evidentemente basta á su objeto que subsista su integridad moral y que ni el tiempo ni los hombres tengan poder alguno contra esa suprema garantía de la verdad en medio del mundo. Tal es pues la conservacion de los textos evangélicos y por consiguiente la verdad de los hechos en ellos contenidos, puesto que la segunda deriva de la primera.

Los mitólogos aceptarian de buen grado la siguiente explicacion de M. Renan: Durante ciento cincuenta años despues de Jesús, la palabra lo era todo, los Evangelios no tenian gran importancia; «prestábanse unos á otros, los hombres, esos librillos; cada cual transcribia en las márgenes de su ejemplar las voces, las parábolas, que habia leido en otras partes y que más honda impresion le habian causado. De manera que por este procedimiento, la obra más bella del mundo es resultado de una elaboracion obscura y completamente popular (2).»

¿Mas, es así realmente como ha sido escrita la historia evangélica? La vigilancia perpétua de la Iglesia no permite admitirlo y esta

(1) El Rdo. Vlimain. *Estudio crítico sobre los Evangelios.*
(2) *Vida de Jesús.* Introduccion.

vigilancia data ya del primer siglo. S. Juan al terminar su Apocalipsis, amenazaba con los castigos más terribles á todo aquél que se atreviera á añadir ó quitar cosa alguna en su libro. S. Justino declaraba que el alterar las escrituras constituia un crímen más grave que el de prestar adoracion al vellocino de oro. Dionisio de Corinto hácia el año 170, llamaba apóstoles de Satán á los que tenian la temeridad de llevar á cabo semejante falsificacion. Todos los Padres, acostumbrados á dirimir las controversias en conformidad á esos textos venerados, conservaban la letra con celosísimo cuidado. Tertuliano y S. Epifanio se levantan contra Marcio porque para defender la causa que adoptara, habia mutilado el Evangélio de S. Lúcas. Por último, los cristianos miraban con tan profundo respeto los Libros santos, que muchos de ellos vertieron su sangre y arrostraron los más crueles martirios, con tal de no entregar aquellos al proconsul. Y ¿conqué derecho habria la Iglesia condenado los ultrages de los hereges contra la Escritura, si por su parte hubiese cometido delitos semejantes? Suponerlo, no es una contradiccion en los términos, puesto que tocar á los textos sagrados equivale á separarse de la Iglesia.

La unidad de composicion en los Evangelios constituye el sello indubitable de su integridad: no es que tengan solamente un carácter de originalidad en el fondo sinó que además lo tienen en el estilo: estilo imperfecto, incorrecto, lleno de hebraismos, dando á las palabras significados y combinaciones que jamás conocieron los clásicos; estilo por otra parte que denuncia claramente la pluma de un Judío que emplea en sus obras la lengua griega; mas con posterioridad á los tiempos apostólicos, los Judíos no abundan en la Iglesia: cuantos escriben son griegos. Y si fuesen estos los falsos evangelistas que suponen los mitólogos en lugar de los verdaderos, ¿habrían renegado de la pureza helénica, para adoptar un lenguaje semibárbaro? En presencia de estos hechos todos los críticos que optan por la opinion de los arreglos consecutivos, se ven obligados á hacerlos remontar á los tiempos apostólicos, es decir, á la época en la cual los testigos oculares abundaban y hacian imposible la alteracion de esa venerable historia.

El estado de los manuscritos constituye igualmente una prueba material, contra todas las deposiciones desfavorables á la verdad que defendemos. Supónese en detrimento de los Evangelios una cosa verdaderamente inaudita en la historia de la literatura, es decir la existencia de copistas alterando impunemente y segun su capricho los textos que tenian obligacion de reproducir. ¿Háse visto jamás espectáculo semejante en obra alguna de las que la posteridad nos ha legado, en las de Herodoto, Platon y Ciceron por ejemplo? Y por ventura no se han hallado estas, mil veces más expuestas á tales falsificaciones que no los Evangelios, que contaban con tantos

vigilantes guardianes, como obispos y fieles existian en la Iglesia? Supongamos sin embargo, en contra de toda verosimilitud, que la transcripcion de los textos sagrados ha sido objeto de un fraude, de una falsificacion contra la cual nada ha podido oponerse, y que cada copista, gozando de idéntico derecho, ha introducido alteraciones en la primera copia, y nuevas alteraciones en cada una de las sucesivas, aumentando las diferencias al paso que se alejaban del orígen de donde procedian. ¿No es verdad que, procediendo de esta suerte, admitiendo esa hipótesis, al tocar á su término el siglo segundo habrian existido tantas obras cuantos hubiesen sido los manuscritos? Pues bien en dicha época los cuatro Exangélios existian en una forma perfectamente determinada y concreta. ¿Pretenderáse sostener que fué este resultado de un pacto préviamente establecido? ¿Mas en tal caso donde está la prueba? ¿Dónde se halla siquiera la posibilidad? Fácilmente se alcanza que un texto, del cual se presume que tan variadas interpelaciones ha experimentado en sus diferentes copias, ha exigido prévio acuerdo, para ser restablecido á la unidad actual bajo la cual podemos contemplarlo; mas, ¿como es posible admitir semejante acuerdo cuando siendo tantas las sectas interesadas en denunciarlo, no hay una sóla que respecto de ello haya dicho una palabra?

Por lo demás, y áun admitiendo dicho acuerdo, ¿cómo puede explicarse la desaparicion de todos, absolutamente todos esos ejemplares, sin que haya quedado uno solo que oponer al texto actual? Las cópias de los Evangelios eran por demás numerosas á fines del siglo segundo. Evaluando cual lo hace Norton, siguiendo á Gibbon, en 120 millones de almas la poblacion del mundo romano, y juzgando que de éstas la cuadragésima parte pertenecia al cristianismo, no baja de 3,000 el número de cópias de la Biblia, con tal de suponer, y el cálculo no peca en manera alguna de exagerado, que para cada mil cristianos existia un ejemplar. ¿Es posible que, no se hubiera salvado uno sólo de ellos? ¿Puede concebirse que esa proscripcion imaginaria, pronunciada á fines del siglo segundo contra todos los textos no admitidos, fuera tan eficaz, que hubiera bastado á hacerlos desaparecer totalmente, sin que quedara un ejemplar siquiera entre las sectas disidentes?

Nó, la verdad es que en tiempo de Orígenes existian ejemplares que contenian defectos debidos á los copistas; mas por lo mismo que ese doctor, consideró cosa fácil un trabajo de comprobacion entre el texto puro y esas cópias defectuosas, hemos de deducir que es puramente imaginaria la corrupcion antigua y general que suponen los mitólogos. Y en tanto es así, que Orígenes señala las variantes, consigna las faltas y ni estas faltas son más graves ni las variantes más numerosas de lo que suele ofrecerse en los manuscritos ordinarios. El tiempo, por cierto mucho más considerable que despues de Orígenes ha transcurrido, multiplicando con las

transcripciones los peligros de error, no ha comprometido en mayor grado la integridad de la narracion sagrada. Cuando el doctor Mill, despues de treinta años consagrados á comparar los manuscritos del Nuevo Testamento, publicó sus treinta mil variantes, prodújose un movimiento momentáneo de sorprésa y de temor; y sin embargo, no habia motivo para ello, puesto que Bentley ha encontrado en Terencio hasta veinte mil variantes. ¿Por ventura no se cuentan más de diez mil en la traduccion oficial de la Iglesia anglicana con todo y ser los impresores por punto general, más exactos que los copistas? A más de que las variantes más bien que contarse deben pesarse. Tanto es así, que de todas cuantas se han observado, apénas si hay una docena que, teniendo alguna importancia, relativamente al dógma, la tengan relativamente á la história evangélica. ¿Y no es esta una nueva prueba de que el Evangelio nos llegó vírgen de todas las interpolaciones imaginadas por la exégesis mitologista (1)?

Esas conclusiones deducidas del estado de los manuscritos, se confirman por medio del estudio de las antiguas traducciones. Muchas de estas nos proporcionan el estado del texto original en época muy anterior á nuestras cópias más antiguas: ahora bien, las versiones siríaca, copta y armenia, que precedieron á la de san Jerónimo, revelan la identidad primitiva de los Evangelios tales cuales nosotros los conocemos.

Todavía existe otra fuente de argumentacion, además de las que dejamos consignadas, y más que las precedentes accesible para la generalidad: nos referimos á las citas de los santos Padres. Y si bien es verdad que frecuentemente citan de memoria, por cuya razon no deben ser invocados en apoyo de esta tésis, como no sea con cierta circunspeccion; todavia, bien que teniendo en cuenta esas incorrecciones, tiene una gran fuerza la siguiente prueba: «Recorred, le dirémos á la crítica negativa, recorred los innumerables «escritos de los Padres de la Iglesia que, en sus comentarios, en «sus tratados dogmáticos, en sus homilías, han transcrito en cierto «modo el Nuevo Testamento en su integridad, y de seguro encon«traréis el sentido y casi siempre las palabras mismas de nuestros «Libros santos. De manera que si fuese posible la desaparicion re«pentina de tales Libros, sería fácil rehacerlos, reuniendo las citas «que se encuentran esparcidas en los diferentes autores eclesiásti«cos. Prueba demostrativa de la integridad constante de los Libros «del Nuevo Testamento, puesto que de ella resulta que nuestros «ejemplares actuales están perfectamente conformes á los de la más «remota antigüedad (2).»

(1) H. Wallon; *De la creencia debida á los Evangelios.*
(2) Duvoisin. *Demostraciones evangélicas.*

Robustezcamos por último la integridad de nuestros santos Libros por el argumento clásico que se ha hecho en favor de su autenticidad. ¿A qué época se refiere su falsificacion histórica, al siglo de los Apóstoles, ó á los siguientes? En el siglo de los apóstoles no puede imaginarse por demasiado cercano á la época en que se realizaron los sucesos, pues los apóstoles ó los hombres apostólicos habrían protestado, y la posteridad cristiana habría conservado la tradicion de semejante acontecimiento. Posteriormente tampoco, por demasiado tarde, porque habiéndose difundido los textos sagrados hasta el punto de hallarse esparcidos por todas las sectas, traducidos á todos los idiomas y leidos en todas las familias, habría sido imposible retirarlos todos de la circulacion para alterarlos colectivamente; sin contar con que la alteracion no habría servido de nada absolutamente, como no se hubiese hecho en la totalidad de los ejemplares. Añadamos que el celo de la ortodoxia, del mismo modo que el de la preocupacion cristiana marchaban de acuerdo para vigilar sobre este depósito sagrado. Como en el siglo IV se apercibiera el obispo Espiridion, de que otro, llamado Trifillus, por vano artificio retórico, trocaba en su sermon una palabra de la Escritura, preguntóle indignado si se juzgaba más hábil que el Espíritu Santo, y salió de la iglesia en son de protesta. Sazomenes habla de una especie de conmocion popular, debida á que otro obispo se permitió en un sermon la misma libertad que se tomara Trifillus. Por último san Jerónimo emprendió su traduccion de la Escritura teniendo en cuenta la gritería que levantaría contra él el pueblo, verdaderamente apasionado por la traduccion de los Setenta, temor por otra parte completamente justificado, ya que durante largos años la lectura de la Vulgata provocó en las Iglesias hondas perturbaciones, á causa de las divergencias que resultaban entre ella y las traducciones anteriores que las muchedumbres se sabian de coro. Es indispensable por tanto, convenir en que no era posible desfigurar impune y clandestinamente unos textos tan queridos, tan guardados y con tanto esmero vigilados.

Terminemos esta demostracion de la verdad histórica del Nuevo Testamento contestando á una objecion conocida, ya que semejante respuesta alcanza la fuerza y autoridad de una prueba. Existen, se dice, Evangelios apócrifos, reconocidos tales por la Iglesia. ¿Por qué razon han de merecer mayor crédito los Evangelios canónicos? ¿Qué mayor autoridad alcanzan sobre los demás, sea en el órden histórico, sea en el órden sobrenatural?

Esto vale tanto como decir, han existido Evangelios apócrifos, luégo todos merecen la consideracion de tales; ó lo que es lo mismo, existe el error, luégo no existe la verdad. ¡Como si las falsificaciones no constituyesen por sí mismas un homenaje tributado al

valor de la cosa falsificada; como si la aleacion no constituyera una prueba en favor del oro, cuyo precio no puede igualar; como si la Iglesia, en el mero hecho de haber eliminado de su cánon, nada ménos que cincuenta evangelios falsos, no fuera más digna de crédito, por lo mismo que sólo admite cuatro como verdaderos!

¡Y qué mejor testimonio en apoyo de la história, segun los verdaderos Evangelios, que la imposibilidad en que se hallan los apócrifos de ser verdaderamente históricos! Cada uno de sus pasos por ese terreno se halla marcado por una caida. El Evangelio de la Natividad de María, remontándose hasta el tiempo que precede á su nacimiento, nombra á un gran sacerdote llamado Isachar, del cual no se halla el menor indicio en el historiador Josefo. El falso Evangelio segun san Mateo, y el protoevangelio de Santiago dan á ese gran sacerdote el nombre de Ruben, con no mayor exactitud. El Evangelio árabe de la infancia de Jesús le hace ir á Memfis en Egipto para visitar al Faraon. El Evangelio de Nicodemo incurre en los más groseros errores históricos y geográficos: así, por ejemplo, hace decir á los judíos dirigiéndose á Pilatos; *nuestra ley* nos prohibe ajusticiar á nadie, siendo así que era su servidumbre y no su ley la que les privaba de este poder. Consigna tambien que tres Judíos es á saber; un doctor, un sacerdote y un levita fueron desde Galilea á anunciar al sanhedrin que habian visto á Jesús subiendo al cielo desde el monte Olivete, cosa absolutamente imposible teniendo en cuenta la distancia. Por dónde se demuestra una vez más cuán difícil es para los inventores el transformarse en historiadores.

¿Alcanzan los apócrifos mejor resultado en la verdad de su maravilloso? Júzguese y se verá que si los milagros del Evangelio llevan impreso el ideal de la belleza moral, los de sus pueriles narradores caen bajo el peso de su propio ridículo. Tal hay que para mostrarnos la naturaleza entera como en suspenso al advenimiento del Hijo de Dios, imagina á ciertos trabajadores llevando á la boca un alimento que jamás acaba de llegar; á un pastor levantando su cayado para castigar á sus ovejas, sin que el cayado llegue á caer, ni las ovejas se muevan del sitio, no obstante verse amenazadas; y á los rebaños acosados por la sed, inclinándose sobre un manso arroyuelo cuyas aguas no pueden alcanzar. En la degollacion de los inocentes, dicho autor representa al Bautista librándose de la muerte por medio de una montaña que se abre de repente y le recoge en su seno al par que á su madre, y cuando Zacarías, su padre, es degollado entre el vestíbulo y el altar, su sangre se trueca en piedra, á la manera que lo refiere el Talmud del hijo de Joíada.

Sienta otro, que el Evangelio de Santo Tomás habla de Jesús cual si fuera un pequeño mago que hace pajaritos de barro que, animándose al influjo de su palabra, emprenden el vuelo ante las miradas del pueblo. Uno de los compañeros de sus juegos infantiles, tuvo el antojo de destruir una pequeña piscina en que Jesús

habia recogido las aguas pluviales, y Jesús le dejó frio y seco, volviéndole á la vida por intercesion de sus padres, acompañando el suceso con detalles repugnantes. Otro niño que corria por la calle le dió un empujon, por cuyo motivo encolerizado Jesús, le dijo: no darás un paso más, y el niño cayó redondo. El Evangelio árabe nos refiere los más extraordinarios prodigios realizados por el agua con que se habia lavado al divino Infante. En Egipto encontróse con un hermoso jóven trocado en mulo por unas mujeres impulsadas por los celos, y le devolvió su forma primitiva para entregárselo á su desconsolada novia. En dicho país y atravesando el desierto, encontró á dos ladrones, y dijo á su madre: «Dentro treinta años seré «crucificado en Jerusalen entre esos dos ladrones: Tito se hallará «á mi derecha y Dumaco á mi izquierda.» Desde este lugar se trasladó con sus padres á una ciudad llena de ídolos, que á su presencia transformóse en colina de arena. A su regreso hácia Belen encontró dos niños enfermos á quienes devolvió la salud: estos niños debian ser, andando el tiempo, San Bartolomé y Simon el Cananeo. Por último, aparecióle Júdas, tambien por esa misma época, bajo la forma de un pequeño poseido que mordia á todo el mundo y que pretendió morder tambien á Jesús; pero Jesús llora y le libra del diablo, que abandona el cuerpo del poseido bajo la forma de un perro rabioso.

¿Citaremos despues de tanto disparate todo aquello de Jesús corrigiendo las faltas que su padre putativo José, desmañado carpintero, habia cometido en la construccion de puertas, arcas y zarandas? ¿Hablaremos de aquel viaje hecho á Jerusalen con el único propósito de ensanchar el trono que el rey mandara construir á José, y que este no supo realizar por haber tomado mal las medidas? Si continuáramos citando, creeríamos faltar al respeto que debemos al lector, y sobre todo á Dios.

Recuérdese ahora el Evangelio verdadero, y dígase si esa série de falsificaciones no es bastante á acreditar su verdad. Y es que nada es de más difícil imitacion que lo procedente de orígen divino. Por más que hagan los mitólogos, jamás lograrán infundir en sus novelas ese sabor delicioso, ese aroma incomparable que penetra hasta lo más íntimo del corazon. Uno de los más sólidos caractéres de la verdad cristiana, estriba en la imposibilidad material en que se halla el hombre de inventarla, y esto puede aplicarse á la historia de esta verdad, como á sus dogmas y á su moral, porque los hechos del Evangelio, como sus sublimes máximas son para nosotros de imposible invencion.

CAPÍTULO VIII.

Orígenes positivos de la verdadera religion: Sus dogmas.

Los libros del Nuevo Testamento son auténticos; su historia es verdadera: ¿son sus dogmas de orígen divino ó de formacion puramente humana? La negacion no vacila en contestar afirmativamente la última de esas preguntas. Cual si por ser divina una enseñanza dogmática no debiese contener verdad alguna conocida, ó como si la totalidad de lo verdadero no debiese contener las parciales: échase en cara al cristianismo, y esto constituye su prueba, el haber coleccionado en un conjunto evidentemente sobrehumano los fragmentos de verdad esparcidos en el seno de la circulacion general. De seguro que se le habria tachado de incompleto si no se las hubiese asimilado; pero como se las apropia, acúsasele de plagiario. Y sin embargo, es cosa sabida que para levantar un edificio nuevo, no es indispensable que sean nuevos los materiales que se emplean, basta con que se dispongan de una manera completamente nueva. El buen sentido jamás escatimará sus aplausos á la gloriosa empresa llevada á cabo por Jesucristo; pero tratándose de la crítica ya es distinto: la crítica es capaz de poner en tela de juicio hasta las pragmáticas del sentido comun, y nada lo prueba tanto como los ataques dirigidos al orígen divino de los dogmas cristianos.

Semejante oposicion, no tanto procede de la erudicion, segun afecta creerlo, como del sistema; pues establece como principio que un símbolo religioso no puede descender del cielo, por lo mismo que el Autor de la naturaleza, si alguno contiene, se contenta con asistir al juego invariable de las fuerzas ciegas ó inteligentes á que dió existencia, sin interrumpirlo jamás. Sienta despues, que las creencias son resultado de la accion lenta del tiempo y de las evoluciones humanas. Establecido este principio, nada más fácil á la negacion que echar mano de pretextos, en defecto de razones y fundamentos; y como dispersos y disgregados sorprende aquí y allá algunos rudimentos desnaturalizados de la revelacion primitiva, que la revelacion cristiana ha cuidado de restaurar, declara terminan-

temente que esta no existe, puesto que, siquiera transfigurándolo, no ha hecho más que trabajar en la masa empleada por la primera, lo cual vale tanto como negar el acto divino de la Redencion por el mero hecho de que supone la creacion.

Los diversos lugares en que se establecieron corrientes precursoras del Evangelio son las religiones del Oriente representadas por la Persia, las teorías espiritualistas de la Grecia, el ascetismo de las ciencias judías y cristianas, y los trabajos de la escuela erudita de Alejandría. En presencia de esas afinidades la negacion no vacila en declarar que el cristianismo debe ser un efecto natural de esas causas, no el resultado de una causa sobrenatural. No importa, demostremos á la negacion que procede empírica y no racionalmente, cuando cambia lo que se cree que debe ser en lo que *es* y que *no es* cierto que el Evangelio sea un sincretismo, formado por los diferentes elementos proporcionados: 1.° por las revelaciones de Zoroastro: 2.° por las de la filosofía griega: 3.° por las del philonismo: 4.° por las del eclectismo de la escuela de Alejandría.

I.

Cumple desde luégo dejar consignado que áun cuando hubiesen existido las doctrinas cristianas ántes de Jesucristo, sería un absurdo decir que él las coleccionó.

Para esto habría sido menester que hubiese adoptado la resolucion de estudiarlas; ¿mas puede concebirse que se le ocurriera semejante pensamiento, siendo como era Judío sincero, y debiendo por consiguiente mirar con prevencion y áun despreciar los sistemas de los pseudo-sábios y el contacto de las sociedades extranjeras? Era menester además, que despues de haber tomado ó siquiera concebido ese pensamiento, lo hubiese llevado á cumplida ejecucion. Moisés, primer legislador del pueblo de Israel, fué educado en el palacio de los Faraones y adquirió en ellos todos los conocimientos del Egipto; pero Jesucristo no era solo y exclusivamente un Judío en toda la extension de la palabra, sinó tambien un artesano desprovisto de ciencia y sin más educacion que la que pudo adquirir en el taller de un carpintero. Era indispensable tambien que hubiese tenido la edad conveniente para llevar á cabo semejante empresa: ahora bien, ¿cómo se concibe que habiendo comenzado á dogmatizar á los treinta años y habiendo muerto á los treinta y tres, en tan breve tiempo y con tan escasa cultura hubiese sido capaz de profundizar y desmenuzar los monumentos filosóficos en los cuales, segun se sienta, fué á beber sus doctrinas? Por último, era menester tambien, que despues de haber llevado á cabo su seleccion doctrinal, hubiese trabajado incesantemente en la conservacion de su

obra, y ¿puede concebirse que en tan corto periodo hubiese tenido espacio suficiente no sólo para establecer su fundacion, sinó tambien para asegurarle en lo venidero su vida inmortal? Todos estos prodigios se explican perfectamente si Jesucristo es Dios; pero son de todo punto inexplicables considerándolo de otro modo.

Elíjase á un carpintero de treinta años, llevéselo á una de nuestras mejores bibliotecas, pónganse ante sus ojos y á su disposicion todas las obras maestras de la filosofía griega y de la civilizacion romana del tiempo de Augusto, y dígasele despues: Abandona los instrumentos de tu trabajo y con esos libros funda una religion nueva que cambie por completo el mundo, y una sociedad indestructible que garantice para siempre tu revelacion. ¿No es verdad que se juzgaría un despropósito semejante proposicion? Mas supongamos que no se trata ya de un simple carpintero, sinó de un magistrado, de un académico, de un profundo legislador: ¿podría emprender la obra con mayores esperanzas de feliz éxito? ¿Y un simple artesano de Názaret, habría acometido lo que Licurgo ó César se hubiesen guardado muy bien de intentar? ¿Habría realizado la ignorancia lo que el génio ha juzgado de imposible realizacion? ¿Habría la juventud llevado á cabo una obra, que sólo el imaginarla, supone la madurez más acabada? Mas entónces, ¿no comprendeis que dais á Jesucristo una estatura colosal, fantástica, y que al negarle la condicion de Dios, que repugna á vuestras creencias, lo convertís en un sér quimérico y como ninguno extraordinario (1).»

Aun suponiendo que el cristianismo se hubiese hallado en gérmen en las fuentes que se le señalan, Jesucristo habría carecido de fuerzas para hacerlo brotar: júzguese pues sinó sube mil veces de punto la dificultad, tratándose de sacar de un fondo determinado, una cosa que no existe en dicho fondo.

Ni existia tampoco en los libros atribuidos á Zoroastro. Hé ahí cuales serían los *orígenes del cristianismo* segun los últimos descubrimientos realizados por la ciencia. «El Zend-Avesta contiene toda la doctrina metafísica de los cristianos. La unidad de Dios, del Dios vivo, el Espíritu, el Verbo, el Mediador, el Hijo enjendrado por el Padre, Principio de vida para el cuerpo, y de santificacion para el alma. Encierra la teoría de la caida y la de la redencion por la gracia, la coexistencia inicial del Espíritu infinito con Dios, un embrion de la teoría de las encarnaciones, la doctrina de la fé, la de los ángeles buenos y malos, conocidos bajo el nombre de *Amschaspands* y *Darvands*, la de la desobediencia al Verbo divino presente en nosotros, y de la necesidad de salvacion. Por último, la

(1) Monseñor Plantier. *Conferencia tercera.*

religion del *Avesta* excluye todo sacrificio sangriento. Al pasar á los Israelitas debia suprimir la inmolacion del Cordero pascual reemplazado por una víctima ideal, y esto es lo que efectivamente se realizó, en primer lugar entre los essenianos y los terapeutas, y más tarde entre los cristianos (1). »

Ocurre ahora preguntar: ¿de qué manera pasaron esos dógmas desde la Persia al Evangelio y posteriormente al mundo? Y á esto se contesta. En tiempo de la cautividad de Babilonia, la religion de Zoroastro dió lugar á que naciera entre los judíos una secta secreta, cuya doctrina transmitida por la tradicion oral se perpetuó pasando de los esenianos de Palestina, á los terapeutas de Egipto, de los Setenta al judío Philon que enseñaba el griego en Alejandría, y en fin, de este á Jesús, que sirvió de iniciador á algunos apóstoles. Lo demás es cosa sabida.

¡Qué descubrimiento más prodigioso sinó fuera pura invencion! Por supuesto que no hay para que poner en tela de juicio la rectitud y honradez de los Bunsen en sus especulaciones relativas al pro y al contra de la religion, asi como tampoco su sentimiento religioso; ¡mas á que desviaciones está sujeto un carácter más original que verdadero, que anda en pos de novedades sorprendentes!

Para desvanecer tales asertos, empezemos por preguntar ¿A qué edad histórica ó mitológica ha pertenecido Zoroastro? ¿Qué participacion ha tenido en la redaccion de los libros que se le atribuyen? ¿No fué él quien tomó de las razas semíticas cerca de las cuales vivia? Y nada digamos de los dógmas iranianos, cosa que hemos demostrado ocupándonos del boudhismo, en los cuales las creencias hebráicas que se encuentran, proceden de haberlas llevado á ellos las emigraciones judías, no de que fueran á buscarlas entre estos. La autoridad que alcanzó Daniel entre los magos bajo los reinados de Dario el Medo y de Cyro, ¿no constituye una nueva prueba de que, hasta en su destierro, el pueblo de Israel en materia de religion, más bien que dominado fué dominador? A más de que ¿no le estaba impuesta esa influencia como una especie de mision que debia llenar en virtud de estas palabras sagradas: «Dios os ha dis- «persado por entre los pueblos que le desconocen, para que refirais «sus maravillas y les enseñeis que no existe más Dios omnipotente «que él (2)?» Esto sentado, ¿puede M. Bunsen afirmar que los gérmenes cristianos del *Avesta* en lugar de ser la causa de nuestra revelacion, no son sinó efecto de ella? Si son efectivamente el efecto de la revelacion primitiva, conservada allí mejor que en otros lugares, por el contacto de la tradicion judía; y si ciertos sábios deducen consecuencias contrarias á la verdad lógica, proviene de considerar las cosas al revés de la verdad histórica.

---

(1) Ernesto Bunsen *Orígenes del Cristianismo.*
(2) Tob. XIII, 4.

¿Se quiere ver, por medio de ejemplos irrecusables, de que manera el mazdeismo ha tomado de nosotros, siendo así que se ha supuesto que nosotros hemos plagiado de él? «Es cosa verdaderamente digna de llamar la atencion, segun M. Spiegel, la analogía existente entre un manuscrito persa y un manuscrito hebreo ó arameo de la Biblia, en cuanto se refiere al arte del copista: la misma forma, idéntica disposicion en las páginas; la misma manera de escribir y entremezclar el texto, la version, las notas; el mismo procedimiento en el enunciado de las divisiones, de las suscripciones. Hasta las palabras técnicas de su arte ha recibido el librero persa de su maestro sirio y de la lengua de Mesopotamia. Ya se comprende que no es de suponer que á lo dicho se limitara, es decir, á la forma exterior de los libros y á su lado puramente material, lo tomado por los persas á otros pueblos. Tanto es así, que en comprobacion de lo dicho podemos citar algunas de sus obras: el *Ardai-Viraf-Namé*, que no es más que un arreglo, para uso de los Parses (Guebros), de un escrito apócrifo, del siglo tercero, conocido bajo el nombre de *Ascension de Isaías:* el *Bahman-yascht*, es una imitacion perfecta del libro de Daniel y de su vision de los cuatro imperios: el *Mino-Khired* obra de muy reciente composicion, pone de manifiesto más de un plágio del propio género. En este, continúa diciendo M. Spiégel, encontramos por vez primera en los monumentos del mazdeismo la sabiduría subsistente y personal (1).»

¡De esta suerte es como se procede en el país de Zoroastro para convertir los escritos nuevos en autoridades de antigüedad inmemorial, y así es como los críticos lijeros refieren á los tiempos de la cautividad de los Judíos en Babilonia obras compuestas mil ó mil quinientos años despues! ¿No obstante cuáles son los lectores de nuestras sábias revistas que están en guardia respecto de tales añagazas?

Consideremos sin embargo bajo el punto de vista doctrinal, esa objecion desautorizada en el punto y hora en que se la ha sometido al juicio de la historia. Cierto que el *Avesta* profesa la creencia en un Dios preeminente, y creador del cielo y de la tierra; pero este Dios no es un creador *ex nihilo* y su preeminencia lo es sólo de nombre, toda vez que sólo ejerce dominio sobre la mitad del universo, teniendo en Ahriman un rival con el cual debe contar, principio no ménos eterno que él y fuente y origen de todo mal moral y físico.

Cierto que los iranianos conceden á su Dios ciertas denominaciones bíblicas; pero la Biblia es monoteista y el *Avesta* no lo es, ya que en ella el sol, la luna, el fuego, el agua, Syrio, celeste conductor de los astros, las horas y las estaciones, se hallan colocadas en el número de las divinidades.

(1) El Rdo. Le Hir: *De los orígenes del cristianismo.*

Cierto que el mazdeismo refleja allá y acullá ciertos resplandores del mosaismo; mas áun así, ¡qué diferencia entre el Egipcio arrodillado delante de un buey, un gato, un cocodrilo y una cebolla de su huerta, y el hijo de la Persia para el cual no existe obra más meritoria que el exterminio de las culebras, los galápagos, las hormigas, los lagartos y otras criaturas de Ahriman!

Cierto que el culto persa tomó algunas palabras del lenguaje de nuestros autores sagrados; pero por más que hizo jamás pudo penetrar el espíritu de tales palabras: por esto á sus ojos era el incesto cosa no sólo lícita, sinó tambien recomendable; en cambio alentar sobre el fuego y hacer al mismo una ofrenda sin cubrirse la boca, matar ó simplemente herir á un perro, constituian verdaderos crímenes para los cuales no habia remision, no obstante eran castigados con pena de muerte.

Cierto que se encuentran en el *Avesta* algunas ideas elevadas relativamente á la pureza de los elementos; mas ¿qué juicio debe formarse de una pureza que consiste en entregar el cadaver de los padres á los animales para que lo devoren, á fin de evitar que se inficionen el agua, la tierra y el fuego; y en creerse purificado merced á la asquerosa y repugnante ablucion de orines de buey?

Añádase á la deificacion de los elementos, la apoteósis de los astros, la del sol en particular, casi identificado con Ormuzd; la de la de la luna unas veces invocada como llena, otras como nueva; la de Syrio, el dios de las irrigaciones, que alternativamente y á su voluntad toma la forma de un caballo lanzado á velocísima carrera, ó la de un robusto toro; ó la de un jóven en la flor de la adolescencia. Añádase al culto de los astros la adoracion de las almas; la existencia de los Ferouers ó génios tutelares destinados á la salvaguardia de los hombres, de las estrellas, de los mismos dioses; póngase la atencion en el hecho de que así como todo hombre es dios por su Ferouer, toda divinidad tiene algo del hombre por su corporalidad, hasta el punto de que ni el mismo Ormuzd escapa á esa ley general que no admite un sólo espíritu puro; su único privilegio consiste en estar dotado del más excelente de todos los cuerpos. Recuérdese por último que Ormuzd tiene muchas esposas, muchos hijos é hijas, ocupando el primer lugar entre aquellos el fuego, y contándose entre las segundas la tierra y el agua y si en esta monstruosa mescolanza de cielo y de tierra, de espiritual y de corporal, de divino y de humano, no se reconoce el embrion de la teología cristiana, atribúyase á falta de iniciacion en los misterios del *Zend-Avesta.*

¿Y esas informes trazas de un monoteismo ahogado bajo el más confuso amontonamiento de ideas politeistas, dualistas, panteistas, habria dado origen á la nocion tan limpia y precisa de la unidad divina enseñada en nuestros Evangelios? ¿Y Jesús que tenia dicha nocion á su alcance en una tradicion hebrea, constante y explicita,

respecto del particular, habríala ido á buscar en Zoroastro, que en último resultado no la poseia, por un camino oculto que nadie ha podido descubrir? ¿Y de ese caos de disparatadas supersticiones habria brotado en virtud de la palabra de un compilador, la bellísima armonía de nuestros misterios? La simple proposicion de tales cuestiones atendida su extravagancia constituye una contestacion satisfactoria.

No se pretenda salirnos al paso con «El Espíritu, el Verbo, el Mediador, el Hijo engendrado por el Padre» y otras palabras artificiosamente combinadas con el propósito de acreditar la idea de una trinidad anterior á la nuestra y tipo de la nuestra, porque en tal caso diremos desde luego que esas triadas se encuentran en todas partes y que lo único que prueban es que la Trinidad cristiana ha sido universal y vagamente presentida; pero que sólo ha podido ser revelada por el Evangelio, por la sencilla razon de que era indispensable una luz divina para conducir al espíritu humano de ese presentimiento á esta revelacion. Diremos tambien que las palabras Hijo, Espíritu y Mediador con las cuales pretende crearse un fantasma, no se encuentran, segun sienta el doctor Spiegel en los antiguos libros iranianos; pues los textos vagos y los escasos fragmentos que al parecer aluden á los mismos, llevan el sello que les hace sospechosos de interpolacion. Diremos en fin que Mithra ó el mediador mazdeano sólo ofrece una engañosa analogía con nuestro dogma correspondiente. En cuanto al espíritu de Ormuzd debe tenerse en cuenta que contiene tres substancias en una persona, en lugar de ser una substancia única en tres personas. A más de que, ¿qué necesidad hay de acudir á las fuentes zoroásticas, para explicar el modo como semejante nocion ha pasado al símbolo cristiano?

¿Por ventura no se repetia incesantemente este nombre en las paráfrasis caldeas ó *Thargums* leidas publicamente en el seno de las sinagogas? ¿No era una expresion usual la que empleaba San Juan Bautista al afirmar que habia visto al Espíritu Santo descansando sobre la cabeza de Nuestro Señor? ¿No nos ofrece Moisés desde el principio al Espíritu de Dios revolando sobre las aguas, y al Creador fecundando el caos por su Verbo ó su Palabra? ¿No ha exclamado Isaías «El Espíritu de Dios está sobre mí,» y adelantando más no llega á enumerar los siete dones del Espíritu Santo? En suma esas palabras teológicas que se encuentran á cada paso en el Antiguo Testamento, es decir en unos Libros, con frecuencia más antiguos que el *Avesta* y á los cuales de seguro acudió repetidas veces el *Avesta*, ¿porqué razon debia Jesús irlas á buscar léjos teniéndolas cerca, y á que achacarlas á una iniciacion persa, cuando eran fruto por demás expontáneo de la educacion hebrea?

De la teoría de las encarnaciones mazdeanas tales como las de Vischnou en la India, y las de Osiris en el Egipto, sólo debemos decir que más bien que el gérmen constituirian la parodia del mis-

terio de Belen, sinó expresaran el sentimiento natural por cuyo medio queria Dios hacer de nosotros el asiento granítico de las creencias sobrenaturales que estábamos destinados á atesorar.

Finalmente la idea de la redencion de tal suerte se desprendia de los anuncios proféticos, de las tradiciones judaicas y paganas, de la esperanza universal, del dogma messiánico que domina en toda la antigua Alianza, que es imprescindible preguntarse si es audacia ó ingenuidad lo que debe verse en el afan de sostener, como hacen algunos, que semejante evidencia histórica procedió por enseñanza secreta desde Zoroastro hasta Jesucristo.

Conclusion victoriosa que con la substancia de esta refutacion, tomamos del eminente sábio Rdo. Le Hir: Si nuestros dogmas en su vasta síntesis, no fuesen más que un plagio hecho á la Persia, ¿cómo se explica que la Persia no los reconociera y áun admitiera en cuanto fueron á predicarlos los Apóstoles? ¿Porqué convirtió en mártires á los que iban á propagar aquello mismo que ella enseñara? ¿Y cuando en el siglo tercero, bajo el gobierno de los Sassanides, tomó nuevo vuelo la religion de Zoroastro, porqué no acogieron ésos príncipes como hermanos á los cristianos, en lugar de convertirse en los más ardientes perseguidores, los que más celo mostraban por su culto? ¿Puede presumirse que Sapor II, por ejemplo, durante su largo reinado de sesenta y seis años, inmoló innumerables discípulos de Cristo, por la sencilla razon de divulgar una doctrina secreta de la Persia, y no porque existiese antagonismo entre la religion del *Avesta* y la del Evangelio? Todo esto es tan claro que no necesita demostracion.

De manera que en tanto la escuela de Tubinga, Strauss y otros muchos por medio de sus arreglos de los Evangelios procuraban retrasar la formacion del dogma cristiano á una época posterior á Jesucristo, M. Bunssen pretende que fué muy anterior al advenimiento de nuestro Redentor. El cristianismo se ofrecía no hace mucho como el fruto más exquisito del semitismo, hoy se pretende que sea el producto directo del aryaismo, y la persona de Jesucristo en la cual reconoce por lo ménos M. de Bunsen al Verbo encarnado de Dios, desaparece por completo en las conclusiones que resultan de su libro. Hé ahí á lo que ciertos doctores de revista llaman «los hechos más generalmente reconocidos y los datos más positivos de la ciencia moderna (1).» Tanto peor para esta, si es capaz de creer lo que asegura respecto del particular, y mucho peor áun si es que no lo cree.

---

(1) *Revista de ambos mundos*, 1.º diciembre 1865.

II.

Despues del mazdeismo, la filosofía griega ha sido considerada como el segundo crisol en el cual se elaboró nuestro dogma revelado. Considerada esta filosofía bajo el punto de vista expeculativo, resúmese perfectamente en el platonismo. El valor intrínseco de este sistema, el sóplo de espiritualismo que lo anima, la estimacion que inspiraba á los Padres de la Iglesia, el uso frecuente que han hecho del mismo en sus apologías, son otras tantas causas que han contribuido á que se le considerara de no poca importancia en sus relaciones con el Evangelio. Platon llegó á ser considerado por algunos como un lejano precursor de Jesucristo, no falta quien le haya llamado su maestro, y en tanto que la conformidad de su doctrina con el dogma cristiano era motivo suficiente para que dedujera la razon una revelacion anterior más ó ménos confusamente difundida en los pensamientos del mundo, el racionalismo solo ve relaciones de causalidad entre esta doctrina y la doctrina cristiana. ¿Qué debemos pensar de esto? Que en nada han divagado tanto nuestros adversarios.

Aun cuando los Padres hayan puesto de relieve el lado verdadero del platonismo como un testimonio de la razon en favor de nuestro dogma, ¿debe de ello deducirse que este se haya enriquecido á costa del platonismo? Esto no puede admitirse ni para las creencias naturales ni para las verdades sobrenaturales de nuestro símbolo.

Las verdades naturales que se hallan en Platon no le pertenecen como cosa propia, sinó que son patrimonio comun de las inteligencias, y rayos de luz difundidos por la religion universal, que el platonismo ha sabido agrupar con verdadero génio. Cierto que Platon es espiritualista; mas el espiritualismo no es esencial ni exclusivamente platónico. Por lo demás, no es difícil observar cuanto palidece el espiritualismo platónico lleno de sombras y contradicciones, sometido al explendor del espiritualismo cristiano. Para depurar el platonismo y asimilarse los fragmentos de verdad que en él se encuentran, sin adoptar ni uno siquiera de sus errores, era indispensable hallarse en posesion de la verdad. Pues bien, esto lo ha hecho el cristianismo, y lo ha hecho sin ocuparse poco ni mucho de Platon y no es extraño; ¿para que necesitaba de semejante predecesor para conocer la existencia y la unidad de Dios, la distincion del alma y del cuerpo, la vida futura, los principios de la moral natural? ¿Por ventura no pertenecen todas esas verdades á la religion primitiva del género humano? ¿Acaso no se conservaron puras é inalterables entre el pueblo judío? ¿Es que el

platonismo, bajo este punto de vista, no está por debajo del Antiguo Testamento? Dígase pues que Platon mediante su vasta lectura ó por medio de los viajes se inspiró en nuestros Libros sagrados, y estará más puesto en razon que sostener que estos procedan de los suyos. Se necesita más valor del que á primera vista puede presumirse, para declarar al Evangelio simple eflorescencia de una filosofía griega; para no reconocer en él una revelacion divina.

Bajo el punto de vista de las ideas sobrenaturales, ¿qué hay de comun entre el platonismo y el símbolo cristiano? Ni siquiera la menor analogía capaz de justificar la solidaridad que se establece. ¿Puede admitirse como cierto que el Verbo de la Trinidad católica estuviese ya bosquejado en el λογος de la filosofía griega? No, porque el λογος de Platon era en Dios la facultad de concebir, y en manera alguna una persona viva. ¿Puede admitirse que nuestro Verbo se halle en ese tipo primordial, en esa idea reguladora sobre la cual, segun enseña el discípulo de Sócrates ha delineado Dios el mundo? No, porque dicho tipo es exterior á la divinidad, como la verdad objetiva está fuera del espíritu que la concibe, en tanto que el Verbo es uno con el Padre; no, finalmente, porque el tipo de Platon no se halla engendrado por el Dios que le copia, en tanto que nuestro Verbo procede del Padre como el rayo de su foco sin separarse jamás el uno del otro. De manera que por un lado tenemos una persona completa, divina, coexistente en la unidad de substancia con otras dos personas en todo iguales á ella misma y entre sí ,es decir, el Verbo de la fé católica: en tanto que por el otro nos encontramos con un no sé qué indefinible, externo en Dios, distinto de Dios, que es, cuando más, atributo de Dios, pero sin personalidad divina: tal es el Verbo de la fé platónica. Para confundirlos, es preciso no conocerlos.

Y habiendo de tal manera caracterizado al Verbo el autor del *Timeo*, ¿ha caracterizado mejor los rasgos del Espíritu Santo? Hay más áun: ¿ha hablado siquiera de él? Algunos han creido reconocerlo en esa alma inmensa por cuyo medio anima al mundo el poético metafísico; mas esa alma inmensa no es más que una partícula de Dios, se compone de materia y de espíritu, y se halla, por último, como aprisionada en la masa inconmensurable á que comunica movimiento, del mismo modo que una inteligencia en sus órganos. Ahora bien: ¿qué relacion existe entre esa concepcion fantástica y el amor substancial del Padre y del Hijo, igual al uno y al otro, espíritu puro como ellos, y que subsiste independientemente del universo á pesar de que preside á sus destinos? En verdad que si existe entre las dos ideas vínculo alguno genealógico, puede decirse que Platon ha desfigurado una tradicion de Israel, y no que una tan sublime creencia haya podido nacer de los sueños de Platon.

Y sentado esto, Platon y Jesucristo, tan divergentes respecto de la Trinidad, ¿se acordarian mejor en cuanto se refiere á la creacion?

Vamos á verlo. Jesucristo enseña la fecundacion de la nada: Platon la eternidad de la materia, de suerte que el Dios á quien llama Padre de la naturaleza y supremo arquitecto, no es más que un artesano vulgar, que procede como el alfarero cuando da forma al barro de que no puede llamarse autor (1). ¿Se asemejan más en lo que se refiere á la santificacion? Platon, esencialmente fantástico y especulativo, se complace en su pensamiento en favor de la misma, habiéndosele con justo título comparado á un hombre inclinado sobre su inteligencia cual si fuera un manso arroyuelo, y que se deleita contemplando el curso de las aguas, sin preocuparse del término dónde van á parar: Jesucristo, por el contrario, es un reformador esencialmente práctico, que subordina toda su revelacion y sus influencias todas á la perfeccion del linaje humano. «Finalmente, Platon no poseía las ideas que se le han atribuido, y su filosofía no se encaminaba á la salvacion, tal cual la entiende el sentido cristiano. Cierto que pretendia restaurar el órden moral y levantar la humanidad de en medio de las ruinas en que yacia; pero los medios que emplea no pueden conducirle al término que se propone. Vé la corrupcion del hombre; pero no conoce las causas ni los remedios; ignora que el desórden que distingue en la sociedad, tiene su orígen en la ruptura del vínculo sobrenatural que une el hombre á Dios; ignora, sobre todo, que la salvacion de la humanidad depende de que se restablezca dicho vínculo. Por lo demás no se encuentra en su filosofía la huella más insignificante de una percepcion, siquiera obscura y confusa, del principio de la redencion (2).

En resúmen: el bien, la razon ó el verbo, y el alma, constituyen los tres términos de la triada platónica, y por lo tanto ha sido menester una gran dósis de buena voluntad en los primeros comentaristas del Evangelio, para ver en esos informes rudimentos la confirmacion del dogma trinitario. Acaso los Padres de la Iglesia han contemplado á Platon al traves de los prismas de la imaginacion oriental, prestándole algunas de sus ideas para aprovecharse de su autoridad en utilidad del cristianismo. ¡Cuál sería hoy su sorpresa si vieran que al presente se tergiversan sus pruebas, haciendo proceder el cristianismo de semejante autoridad!

Y de la misma manera que no puede concederse al platonismo el honor de nuestros dogmas sagrados, tampoco debe atribuirse al estoicismo el orígen de la moral cristiana. No hay para que insistamos mucho respecto del particular; basta con que nos dirijamos á la memoria del lector.

Los estóicos ejercieron durante breve período un verdadero imperio sobre la opinion, gracias á su elevacion moral, y Pompeyo

---

(1) Bossuet.
(2) Becker. *El sistema de Platon en sus relaciones con el dogma cristiano.*

vencedor de Mitrídates, inclinó las haces de la república ante la morada del filósofo Posidonio; pero Posidonio y toda su escuela debian humillarse completamente ante la cruz de Jesucristo.

¿En que se asemejan, sinó la moral del Calvario y la del Pórtico? Esta sólo busca una grandeza con más frecuencia contraria que superior á la naturaleza, en este mundo; aquella no se propone más que la pureza de la conciencia en la tierra, y la conquista de un mundo mejor en lo porvenir. Esta sólo se inspira en una razon seca y en un frio amor de sí mismo; aquella juzga el móvil de sus sacrificios en el amor de Dios y del prójimo. Esta sostiene que la felicidad no puede figurar entre los bienes presentes; aquella la hace consistir en estar desprovisto de dichos bienes, y en elevar el alma humana á la contemplacion de los goces celestiales. *¡Bienaventurados los pobres! ¡Bienaventurados los que lloran!* Aquella es humilde y Chrisipo negaba á los dioses el derecho de tenerse en más que él; es casta y el cinismo de Zenon escede á veces al de Diógenes; está resignada con la modestia, y el *justum ac tenacem propositi virum* de la escuela estóica no es más que una baladronada de firmeza; por último creó la fraternidad, y si el estoicismo hace burla de la venganza, es porque á ella sustituye el desprecio, pues considera el amor del propio modo que el ódio, como una debilidad y tiende á aislar al corazon humano, colocándolo en medio de un desierto espantoso é inaccesible.

Cristianismo y estoicismo carecen pues completamente de vínculos de filiacion y en el supuesto que esta filiacion exista es más bien del segundo al primero, pues por lo que á la moral pública se refiere, el cristianismo comunicó su influencia purificadora al mismo estoicismo. Séneca, Epicteto, alcanzaron proporciones desconocidas á sus predecesores, apoderándose de la substancia evangélica en provecho de su doctrina, y cuando se compara el estoicismo posterior á Jesucristo con el que le precedió, se ven las ventajas que tiene el segundo sobre el primero y no puede ménos que exclamarse: no es Jesucristo quien se ha hecho un pedestal de la sabiduría de Zenon, sinó Zenon, cuyo corazon de acero, é imperturbable impasibilidad, se ablandaron y conmovieron merced á la irresistible influencia de Jesucristo.

III.

Y pues no han inspirado la doctrina de Jesús ni Zoroastro, ni Platon, ni Zenon, ¿encontraremos la esencia de la misma en las sectas judías ó cristianas? No falta quien lo ha dicho; porqué ello es que todo se ha dicho en contra de la verdad y en virtud, de esta teoría Philon, nacido en el seno del judaismo, habria sido el iniciador de Jesús. Ya hemos visto á M. de Bunsen representando á dicho judío helenizante, como el simple intérprete de una cabala zoroás-

trica: al presente lo vemos trocado en corifeo de una preparacion evangélica. Hace poco era el canal, ahora es el orígen del espíritu moderno.

Philon pertenecia á una categoria de judaizantes theosofos que procuraban ensalzar el mosaismo en el aprecio de los paganos, enlazándolo con la ciencia de la Grecia y del Oriente. Acontecia esto en la época de transacciones filosóficas y religiosas. Los judíos entraron en este camino gracias á la influencia de la civilizacion romana, sacrificando en ocasiones hasta los principios de su ortodoxia tradicional. Este espíritu de concesion, poco sensible en Jerusalen, desarrollóse principalmente en las regiones distantes del centro, y particularmente en las colonias judías de Alejandría y de Babilonia. En este teatro fué donde floreció Philon, doctor fariseo, en los tiempos inmediatos á la venida de Jesucristo, merced á una doctrina que más bien que la conciliacion del Antiguo Testamento con la filosofía griega, era la propagacion de esta bajo las formas bíblicas. Ahora bien, ¿hay siquiera sombra de verosimilitud en el sistema que hace de Jesús el plagiario de semejante predecesor?

Una ligera comparacion de ambas enseñanzas basta para demostrar lo infundado de semejante aserto. «Lo que recomienda los escritos de Philon á la atencion de la crítica, no estriba en manera alguna en la originalidad de sus concepciones filosóficas, en las cuales se ven predominar alternativamente los dógmas revelados del Antiguo Testamento, las teorías del espíritu griego y las especulaciones orientales. Su filosofía es un sincretismo en la más estricta acepcion de la palabra, pues toma de Pitágoras, de Platon, de Zenon y de Aristóteles. Discípulo de tan distintos maestros mezcla en ocasiones sus doctrinas, sin que al parecer se aperciba de los diferentes puntos de vista de donde proceden. Ni alcanza mejor resultado cuando pretende fundir esos diversos elementos con las concepciones de orígen oriental. Dualista unas veces con Platon y Aristóteles; partidario otras de un sólo principio, cuyas consecuencias son todas resultado de la evolucion; acercándose en ocasiones al dogma bíblico de la creacion, han sido vanos cuantos esfuerzos se han hecho para coordinar sistemáticamente las opiniones aisladas, y las afirmaciones contradictorias diseminadas en sus obras. Su preocupacion constante consiste en rehabilitar el judaismo á los ojos de los filósofos paganos, por medio de un sistema de arreglos que le permite hallar sus doctrinas en los libros de Moisés y de los profetas; pero, como fácilmente puede comprenderse, no le es posible, en la mayor parte de las ocasiones, alcanzar semejante resultado, como no sea violentando la letra de la Escritura, y desnaturalizando completamente su espíritu (1).

(1) El Rdo. Thomas. *Orígenes del Cristianismo.*

Esto sentado y con las piezas del proceso en la mano preguntemos. ¿Qué es lo que se encuentra en el Evangelio de Philonismo? Podrá decirse por ejemplo, que el método del doctor alejandrino ha dejado impresas algunas de sus huellas en el de S. Justino y de los primeros Padres: podrá decirse que algunas de sus apreciaciones respecto de las theofanias ó manifestaciones divinas del Antiguo Testamento, atribuidas á la persona del Hijo, han alcanzado, mediante ciertos retoques, determinado favor en nuestras primeras exposiciones apologéticas; mas poniendo en contacto el philonismo y el cristianismo, sólo se distinguen diferencias, sinó es que se hallan verdaderas oposiciones.

Su verbo dista más del verdadero que el de Platon, y sin embargo el doctor Alejandrino, se hallaba en mejores condiciones para conocerlo que el filósofo griego; porque en su tiempo habíanse escrito ya los libros proto-canónicos, en los cuales se insinuaba la personalidad del Verbo ó de la Sabiduría, indicaciones que, vagas y obscuras en un principio, toman un caracter más determinado en el libro de los Proverbios, y se hacen mucho más explícitas en los libros deutero-canónicos, compuestos con posterioridad al regreso del cautiverio. Nada tiene pues de estraño que siendo judío y procediendo de una familia sacerdotal, haya conocido Philon esos antecedentes del dogma cristológico; mas lo que sí sorprende es que habiendo podido beber en una fuente tan pura, se haya complacido en corromper sus aguas.

Y la verdad es que las ha corrompido hasta el punto de que bajo su pluma la Trinidad se convierte en una *cuaternidad*. Esos cuatro principios de las cosas son: el Dios supremo, la razon, la potencia creadora y el poder director; y como en este sistema la materia se considera necesaria y eterna, no habría inconveniente en considerarla como un quinto principio. Estas causas primordiales y activas de la *cuaternidad* philoniana, ¿son hipostasis? Como el génio metafórico del autor todo lo personifica, es difícil saberlo. Sin embargo parece cosa averiguada que la razon, la potencia creadora y el poder director, constituyen á sus ojos simples aspectos de la divinidad sin que tengan realidad alguna hipostática. Su λογος no es en manera alguna un yo divino, sinó una fuerza inconsciente é impersonal. Desvanecida la atencion por la fraseología llena de imágenes del autor, podría presumirse lo contrario; mas cuando á aquella se opone la reflexion, se ve perfectamente que su verbo es el pensamiento divino, en tanto contiene las formas archétipos de los séres creados; pero en manera alguna una persona.

«¿Es posible reconocer bajo estos rasgos, preguntamos ahora, el Verbo eterno del cristianismo? Nadie que de sensato y formal se precie, podrá persuadirse jamás de que las incoherentes divagaciones del Judío Alejandrino hayan inspirado el prólogo del cuarto Evangelio. El Verbo de san Juan no es un sér creado, ni la perso-

nificacion alegórica de los atributos divinos; es igual al Padre y consubstancial con el mismo. Lo mismo ántes que despues de la encarnacion posee los carácteres de la personalidad. Es creador segun la verdadera acepcion de la palabra; ha redimido al pecador por medio de su sangre preciosísima. Esta doctrina de la redencion por el sacrificio expiatorio, es completamente extraña á Philon. Su teoría del λογος completamente impregnada de panteismo y de dualismo, mina por su base el dógma cristiano. Que San Juan haya tenido presente, como presumen hábiles críticos, la teoría philoniana, con el objeto de rectificarla ó combatirla, es cosa tanto más verosímil en cuanto su objeto consistia en mantener la pureza é integridad del dógma cristológico, contra los errores dominantes en su tiempo (1).»

No bastan pues algunos vislumbres y destellos de verdad en un sistema religioso para mirarle como la causa generatriz de la verdadera religion. La verdad completa, contiene necesariamente los fragmentos, y cuando en el philonismo se saluda la fuente del cristianismo, porque posee algunos elementos, no se hace más que imitar al insensato que imaginara á todos los artistas iguales á Rafael porque todos han empleado en sus cuadros el rojo y el azul, y á Lulli émulo de Mozart, porque los dos han empleado en sus composiciones las notas de la gamma.

¿Sería acaso el Cristianismo producto de las varias sectas que brotaron en su propio seno, el petrinismo y el paulinismo por ejemplo, y que más tarde se aproximaron y fundieron, merced á la poderosa síntesis de san Juan? Algo de esto se ha supuesto; mas las imaginaciones se desvanecen en exposiciones aventuradas que jamás llegan á probarse. Tal fué la suerte de esta.

En virtud de este descubrimiento, llevado á cabo por la escuela de Tubinga, estarían en mútua oposicion los Evangelios de san Mateo y de san Lúcas. El primero reflejaría la tendencia atrasada y exclusiva de los judío-cristianos, y abundarian en él las preocupaciones rabínicas. Los propósitos del autor se limitarian á combatir las doctrinas de san Pablo, y á hacer la apología de las de san Pedro cuyas prerogativas ensalzaba. En una palabra, semejante escrito vendria á ser algo como el manifiesto de un partido político, que bajo el nombre de petrinismo designaria su particularismo estrecho. Por su parte san Lúcas expresaria la tendencia liberal de los gentiles convertidos que tenian como jefe á san Pablo. Su redaccion tendria por objeto socavar por su base la influencia de san Pedro sosteniendo al partido pauliano. De manera que segun esta teoría dichos Evangelios serian la prueba y la expresion de dos corrientes opuestas en el seno del cristianismo primitivo, corrientes ó tenden-

---

(1) El Rdo. Thomas. *Orígenes del Cristianismo.*

cias que representarian una el formalismo judío, la otra el elemento pagano. En cuanto á san Márcos, posterior á los que acabamos de nombrar, habria trabajado en establecer el acuerdo entre ambos antagonismos, guardando por su parte completa neutralidad; y san Juan, el último de los Evangelistas, habria llevado á cabo la fusion estableciendo la verdadera unidad cristiana.

De todo esto debemos decir: tantos asertos como hechos contrarios á la verdad; mas la hipótesis no está del todo mal combinada, puesto que existen algunos hechos que le comunican cierto color de verosimilitud. No habia menester más la escuela de Tubinga para intentar el ensayo de una nueva paradoja.

Cierto que los judíos convertidos perdonaron difícilmente á san Pablo el negar la necesidad de observar los preceptos legales para alcanzar la salvacion y que por su parte el gran Apóstol les combatió con energía; pero en el concilio de Jerusalen cesaron tales divergencias: todos los Apóstoles estuvieron unánimes en declarar la inutilidad de la circuncision y de las demás prácticas judáicas y por medio de una carta colectiva pusieron su unánime decision en conocimiento de los nuevos conversos de Syria, Cilicia y Antioquia. Este incidente terminado casi en el momento mismo en que acababa de suscitarse, es el único fundamento de verdad existente en la teoría en cuestion. Todo lo demás no es otra cosa que una novela exégética.

Es falso que á partir de este instante haya existido entre los Apóstoles la más pequeña divergencia; es falso que san Mateo sea único en establecer la preeminencia de san Pedro sobre el Colegio apostólico (1); es falso que san Mateo limite al pueblo judío la mision del Mesías; es falso que los textos aducidos en apoyo de esta opinion tengan la menor autoridad respecto de los que sostienen lo contrario; es falso en fin que san Mateo sostenga la observancia obligatoria de la ley ceremonial, y que haya escrito para defender el sistema de los judaizantes.

En segundo lugar es falso que el Evangelio de S. Lúcas, siquiera redactado por un discípulo de S. Pablo, sea la expresion de un espíritu particular impropiamente llamado el paulinismo; es falso que deduciendo el destino universal de la Ley nueva, haya tenido la intencion más insignificante de empeñar y sostener polémica contra S. Pedro, puesto que este habia tenido la vision de los animales puros é impuros y secundaba el apostolado de los gentiles.

En tercer lugar es falso que S. Marcos se propusiera colocarse en una situacion neutral entre S. Mateo y S. Lúcas, segun lo comprueban las dos siguientes razones: primera, que segun la historia

(1) Véanse S. Márcos, 3-16. 8-29. 9-5. 10-28. 14-33; S. Lúcas, 6-14. 8-45. 9-20 y 28.; S. Juan, 1-43. 6-68. 13-6 y sigs. 36 y sigs.

S. Marcos escribió ántes que S. Lúcas: segunda, que no habiendo existido divergencia alguna entre S. Pedro y S. Pablo, no habia para qué empeñarse en establecer un acuerdo.

Por último: es falso que S. Juan escribiera su narracion con un propósito irénico, es decir para llevar á cabo la pretendida fusion intentada por S. Marcos. Todo el mundo sabe que su principal propósito consistió en trazar un cuadro reducido; pero cronológico de la vida del Salvador, y confundir á los discípulos de S. Juan Bautista que habian formado una secta destinada á alcanzar larga vida, y además refutar á los gnósticos y á los docetes.

Por consiguiente lo que se llama el petrinismo de S. Mateo y el paulinismo de S. Lúcas, la pretendida oposicion de ambos Evangelistas, presentada como la expresion de dos escuelas rivales que desgarraron el seno del cristianismo primitivo, y por último, el propósito de S. Marcos de poner de acuerdo ambas escuelas, intento llevado á cabo por S. Juan, no es más que una imaginacion, un sueño, una fantasía, concebida por las nebulosas inteligencias de algunos exegetas alemanes (1).

La conclusion que inmediatamente se desprende de esto, es: que el Cristianismo es la obra de la revelacion de Cristo, y no la de un trabajo póstumo llevado á cabo por sus discípulos.

IV.

¿Han influido más poderosamente en la formacion del dogma cristiano los esfuerzos del eclectismo alejandrino?

Fundada la escuela de Alejandría por Ammonio Saccas á fines del siglo segundo, tuvo sucesivamente por jefes á Plotino, Porfirio, Jamblico y Proclo. Léjos de ser la provisora y el auxiliar del cristianismo naciente, fué más bien su rival. Un dia el paganismo reducido al último extremo por los progresos evangélicos, llamó en su auxilio todas las religiones y todos los sistemas procedentes de su principio, con el objeto de construir un conjunto por cuyo medio pudiera resistir durante algun tiempo la invasion que amagaba anonadarle. Esa amalgama recibió el nombre de neoplatonismo. Ecléctico en su método, el neoplatonismo no creaba doctrinas, las elegía, convencido de que la oposicion existente entre las mismas, es sólo aparente y de que existe variedad, pero nó contradiccion. Práctico en su fin, el neoplatonismo rechaza la forma abstracta de las antiguas filosofías, para anexionarse los misterios y los ritos ex-

(1) Para las pruebas consúltese al Rdo. Vilmain: *Estudio crítico sobre los Evangelios.*

teriores; pues la prosperidad del cristianismo le enseñó que la doctrina para ejercer verdadero dominio sobre las almas, debe convertirse en religion. Dados estos antecedentes, el lector habrá podido comprender lo infundado de la objecion: el neoplatonismo es el que se formó á la manera del cristianismo, y no éste á la manera de aquel. Vamos á demostrarlo.

La cuestion es histórica y poco ocasionada á verse obscurecida por el artificio. La anterioridad del dogma cristiano, con relacion á las especulaciones alejandrinas, será siempre una prueba fehaciente de que no procede de estas, que no es posible que lo hayan inspirado, por lo mismo que aparecieron doscientos años más tarde. No se nos oculta que se pretende eludir este argumento, diciendo que nuestra fé sólo recibió su fórmula positiva en Nicea, y que entre Jesucristo y esta época, nuestras creencias fundamentales, por ejemplo, la divinidad de Cristo y el dogma de la Trinidad, fueron desenvolviéndose al calor de la influencia neoplatónica. Mas esto no pasa de ser un lugar comun más frecuentemente refutado que reproducido. Las doctrinas de los Padres anteniceanos subsisten áun, y prueban que la Iglesia sólo ha recibido su depósito de su divino fundador. Por otra parte, la doctrina de los neoplatónicos demuestra que han tomado mucho sin dar cosa alguna á nuestro símbolo, y que no podian darnos lo que realmente no tenian. Por lo demás, libros de una autoridad tan poco sospechosa como la *Historia del dogma durante los tres primeros siglos de la Iglesia y hasta el concilio de Nicea* (1) establecen paso á paso el orígen y la formacion exclusivamente cristiana de los dogmas cristianos. Es imposible imaginar una contestacion más rotunda y más directa al espíritu de sistema que tiene por objeto falsificar nuestro pasado en provecho de sus utopias y de sus preocupaciones. Cuando se han recorrido esas páginas tan decisivas, verdaderas informaciones de nuestra tradicion apostólica, cuando se las compara á las teorías gratuitas que se le oponen, y sobre todo, cuando se oye á los autores de estas prescindir de tales evidencias para decir en tono de triunfo: «De Alejandría es de dónde procede este nuevo movimiento, cristianismo y platonismo, que debe difundir los rayos de su luz sobre todo el antiguo mundo (2)», se comprende hasta dónde puede llegar el amor desordenado del hombre, respecto de errores que le pertenecen, en detrimento de la verdad de la cuál el mismo depende.

¿Y cómo es posible que el neoplatonismo hubiese producido el símbolo de Nicea sino lo contiene? La Iglesia canta: Creo en un sólo Dios creador del cielo y de la tierra; el neoplatonismo en su

---

(1) Por Monseñor Ginouilhae, arzobispo de Lyon.
(2) Vacherot. *Hist. crit. de l'ecole d'Alexandrie*, t. II, p. 92.

teodicea cosmopolita concede hospitalidad á todas las teodiceas del universo. La idea del Dios viviente y personal, la idea eleática absorbiendo toda distincion en Dios en la unidad pura é indeterminada; la idea emanatista que hace brotar los séres finitos del desenvolvimiento de la unidad indefinida; en fin, la idea dualista que establece uno en frente del otro, dos principios eternos del bien y del mal, todo combinado en relaciones imposibles, ¿serian, por ventura, el dios de Alejandría que hay valor para proclamar como padre del nuestro? ¿Es esto falta de respeto ó esceso de ignorancia?

Y todavía no es esto todo: la triada ó la tétrada neoplatónica constituye la fórmula panteística de la vida universal identificada con la vida divina: es Dios sacando los séres de su seno y convirtiéndose á sí mismo en todo, siguiendo una degradacion insensible que del punto más culminante de su sér, va acentuándose cada vez más, hasta llegar á los grados más inferiores. Al contrario, la Trinidad cristiana excluye la conexion de lo finito con lo infinito, y consagra la distincion substancial del Creador y de la criatura.

En la Trinidad cristiana hay tres hypóstasis consubstanciales: en la alejandrina existe una cuarta, la naturaleza, sin contar con que Basílides y los gnósticos, fecundando esa idea de Proclo, descomponen la divinidad en cincuenta y dos desenvolvimientos sucesivos, cada uno de los cuales comprende otros siete, lo cual forma un total de trescientos sesenta y cuatro momentos hypostáticos en la evolucion de la unidad divina.

¿Y puede concebirse que esta mezcla de metafísica é iluminismo, no ménos insensatos el uno que la otra, haya podido iluminar á los oráculos de Nicea? Y esos doctores alejandrinos, ¿habrian sido los teólogos de San Atanasio? Por toda contestacion me limito á decir, que deseo llegue un dia en que sean tan conocidos como la profesion de fé de San Atanasio: semejante paralelo constituiria la mejor refutacion y el más digno castigo que pudiesen recibir sus admiradores.

«Importa, pues, ser prudente cuando se trata de sostener que una doctrina procede de otra. Para proclamarla con certeza, es indispensable que se encuentren por ambas partes numerosos puntos de contacto, profunda y vigorosamente caracterizados. Mas, para demostrar esa filiacion, no basta con que existan ciertas ligeras correspondencias accidentales, que pueden ser consideradas como coincidencias casuales ó inspiraciones propias y naturales del sentido comun. Apoyarse únicamente en esta base de semejanza superficial é indefinida, para deducir de ello la generacion de una creencia procedente de otra creencia anterior, vale tanto como caer en una temeridad que ofende á la razon.

«Mas, en vez de aceptar el nacimiento ó el parentesco real de los dogmas cristianos, nos complacemos dándoles otros completamente hipotéticos; nos empeñamos, quieras que no, á que se hayan

formado de un pensamiento tomado del Oriente; de otro que del Occidente procede; de un tercero, que deriva del Norte; y para comunicar á nuestras manifestaciones una apariencia de solidez, establecemos corrientes arbitrarias de ideas, á través de los tiempos y del mundo. Los hechos pueden apoyarnos ó desmentirnos; mas no importa: si están de acuerdo con nuestras teorías, tanto mejor; si nos condenan, no por esto nos inmutamos; de todos modos constituye una verdadera maravilla el considerar con qué arte ingenioso, y con qué atrevimiento de invencion hacemos ir y venir, subir y bajar y dar vueltas en lo pasado sistemas enteros, ó fragmentos de sistemas, para llevarlos como otros tantos afluentes, al que pretendemos ser resultado de sus aguas reunidas (1).»

Llegados al término de este estudio, juzgamos de nuestro deber comunicar al lector nuestras impresiones relativamente al debate que acabamos de cerrar. Nuestras impresiones son mil veces más favorables á la divinidad de nuestros orígenes cristianos, que las razones por medio de las cuales hemos pretendido robustecerlas: en cada individuo existe una parte intuitiva en la cual la conviccion va más léjos que la demostracion. Despues de haber compulsado toda la acusacion planteada por la crítica contra la sinceridad de nuestros monumentos originales, nos queda la firme conviccion de que no es otra cosa más que un amontonamiento de nubes suscitadas por el artificio, puesto al servicio del sistema y de la pasion. Decia Bossuet, hablando de la defensa de la religion, que apostaria en favor de ella su cabeza: por nuestra parte aventuraríamos la nuestra con la mejor voluntad.

Mas toda vez que el único medio de que disponemos para dar semejante testimonio consiste en consagrar nuestra inteligencia á la demostracion de nuestra fé, adelantemos, continuemos marchando por la senda abierta ante nuestros pasos. Así como el estudio de nuestros primitivos monumentos nos introduce lógicamente en la Iglesia; de la misma manera la palabra de la Iglesia será dentro de poco la garantía más positiva de nuestros monumentos primitivos. Para alcanzar este aumento de luz, despues de haber dejado establecido debidamente que la verdadera religion sobrenatural es el cristianismo, nos bastará con dejar demostrado que el verdadero cristianismo es el catolicismo.

---

(1) Monseñor Plantier. *Conferencia tercera.*

LIBRO TERCERO.

EL VERDADERO CRISTIANISMO

ES

EL CATOLICISMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

El verdadero cristianismo ha de estar constituido en sociedad, bajo el poder de una autoridad docente.

Al dar por terminado el estudio sobre el valor comparativo de las principales religiones sobrenaturales, nos creemos en el caso de formular la siguiente fundadísima conclusion: ó ninguna de dichas religiones es verdadera, ó sólo el cristianismo se halla en posesion de la verdad. Sólo este puede reivindicar en su favor esta prueba importante, ó mejor ese conjunto de pruebas que se deduce de los milagros realizados para rendirle el testimonio de verdad en la triple esfera del órden físico, del órden intelectual y del órden moral.

Sólo el cristianismo puede glorificarse de tener un fundador con el cual no puede parangonarse jefe alguno de otra religion, y que sostiene el paralelo con Dios, porque es infinito en duracion, en sabiduría, en poder, en amor, en santidad y en el conjunto de su constitucion sobrehumana.

Sólo el cristianismo ejerce sobre la sociedad doméstica y sobre la sociedad civil una influencia civilizadora que no realizan en manera alguna las naciones privadas de su luz.

Sólo el cristianismo proporciona á las almas una energía moralizadora de la cual son tan poco capaces las demás religiones, que no vacilan en negar ciertas virtudes cristianas, convencidas de su impotencia para reproducirlas.

Sólo el cristianismo tiene un orígen que descansa en la certeza histórica, y no en las nebulosidades de la leyenda, segun resulta de un estudio atento de la autenticidad de sus libros, de la realidad de sus hechos primitivos y de la formacion de sus dógmas.

Y ahora ha de permitirme el lector que dirigiéndome á su buena fé le pregunte: ¿No consiste más bien la imparcialidad, verdaderamente filosófica, en confesar que no existe religion alguna que ofrezca tales garantías á la conviccion, que en guardar las mismas consideraciones y en contemplar con idéntico desdén á todas las religiones?

Mas ello es que la dificultad más bien que á desvanecerse, tiende

á retroceder. Así como nos ha sido indispensable elegir entre las diversas religiones positivas, ha llegado la hora de optar entre las diversas comuniones cristianas.

Jesucristo, despues de haber enseñado á los hombres, no podia, sin destruir la economía moral de este mundo, privar á la libertad humana de falsificar su revelacion: ahora bien, subsistiendo incesantemente la libertad de las falsificaciones, era indispensable una institucion tutelar destinada á poner á cubierto de toda alteracion el pensamiento de Cristo. De aquí la necesidad de una sociedad docente que tuviera confiada á su cuidado la conservacion en la tierra del depósito divino. Mas, entre tantas sociedades cristianas, ¿dónde estará el verdadero cristianismo? ¿Qué medio tenemos para distinguir entre tantas iglesias la verdadera Iglesia?

No tema el lector que vengamos á encender de nuevo ódios añejos entre los discípulos del verdadero cristianismo y los disidentes. No permita Dios que seamos ménos indulgentes respecto de nuestros hermanos separados, de lo que lo hemos sido al combatir á los filósofos y á los infieles. La caridad no es solamente el rasgo divino de la apologetica sinó tambien la prueba, ya que siendo Dios todo amor, cuanto más se acerca uno á Él, mejor se le demuestra.

No se pierda de vista sin embargo, que el amor que se siente respecto de los que yerran, no consiente mirar con indiferencia sus errores; pues así como la pluralidad de religiones no excluye la verdad de una sola religion, la multiplicidad de iglesias no ha de ser motivo para que prescindamos de buscar la verdadera Iglesia. No se me oculta en manera alguna la preocupacion generalmente admitida y encaminada á considerar semejante exámen como funesto á la union de los espíritus y de los corazones; mas tampoco desconozco que el rechazar tales discusiones, mejor que de esceso de caridad proviene de falta de fé: que así como el deista que guarda á todas las religiones idénticos respetos, no cree en ninguna, el cristiano que tiene idéntica confianza en todas las comuniones de su religion, sólo tiene respecto del cristianismo una fé que podríamos llamar de mera convencion.

Importa pues conocer los motivos especiales y perentorios que existen para ser católico preferentemente á ser cismático ó protestante. Todas las sectas cristianas exclaman: ¡Cristo! ¡Cristo! mas no cabe dudar que no todas lo poseen segun el mismo título, puesto que no todas lo entienden del mismo modo. Trátase de averiguar en dónde se halla Cristo tal cual él mismo se ha depositado en el corazon y en la memoria de una posteridad de antemano elegida. Convenimos en que semejante cuestion podrá no ser del todo decisiva respecto á la salvacion de todo cristiano que vive en la Iglesia dónde nació, con una buena fé irreprochable; mas so pena de apostasía, se impone á los espíritus en que la misma suscita dudas, y que cuentan con medios para resolverlas.

No para dar satisfaccion á las vanas curiosidades de los hombres de escuela, sinó con el propósito de facilitar esta solucion á los hombres de mundo hemos emprendido este trabajo. Atentos á ello vamos á eliminar del tratado de la Iglesia todo aparato científico, á fin de extraer para el lector profano la esencia que podríamos llamar: el *Buen sentido* del asunto.

La Iglesia puede ser definida ámplia y sencillamente; la sociedad de aquellos que profesan la verdadera doctrina de Cristo. Mas como todas las sectas cristianas abrigan la pretension de poseer el verdadero Evangelio, trátase de orientar debidamente respecto del particular á los espíritus vacilantes ó desvanecidos. Veamos ahora cuales son los errores que se han de rectificar y los principios que deben establecerse para que la razon no confunda ningun pseudocristianismo con la revelacion verdaderamente cristiana.

Salta desde luégo á la vista que es cosa opuesta á la razon el que el cristianismo exista únicamente en el estado individual y no en el social. La Iglesia no puede ser, como pretenden ciertos protestantes, un hombre comentando un libro, tanto porque la revelacion cristiana contiene cosas que no están en el libro, cuanto porque es menester una autoridad doctrinal para conservar, traducir é interpretar el libro, so pena de que en una misma página se encuentre el pro y el contra, la afirmacion y la negacion. Por consiguiente el verdadero cristianismo debe estar constituido en sociedad bajo una magistratura infalible que juzga de las tradiciones y de los escritos concernientes á la fé; por consiguiente imaginar una iglesia cada uno de cuyos indivíduos subsista independientemente del conjunto, vale tanto como imaginar un organismo que carezca de miembros. Para desvanecer esta ilusion vamos á demostrar que el verdadero cristianismo debe estar fundado como sociedad que al par enseña y aprende.

Y si está fuera de razon que la Iglesia sea un cuerpo sin miembros, ménos lo está que sea un cuerpo sin cabeza. Este es sin embargo el error de los cismáticos. En tanto que la herejía prescinde del *magisterio* sagrado, el cisma rechaza el *gobierno* del Pontífice romano: la una se sustrae á la *autoridad doctrinal*, la otra al *primado papal* y por consiguiente deberémos consagrar un segundo capítulo á poner en evidencia que la Iglesia, como todos los cuerpos, debe tener un jefe y que este jefe posee los derechos que le niegan las comuniones disidentes.

Y si es racional que la Iglesia no sea un cuerpo sin miembros, ni un cuerpo sin cabeza, tampoco puede admitirse que sea un cuerpo sin alma, es decir, que deba recibir la vida de la sociedad civil. Es de advertir que así como despues de los herejes que alteran la integridad dogmática, vienen los cismáticos que alteran la unidad de gobierno en pos de los cismáticos aparecen los sectarios políticos, que pretenden que la Iglesia dependa del Estado. Llámense

Marsilianos, Protestantes, Richerianos ó Jansenistas, en último resultado es el mismo el fondo de su sistema. La plenitud del poder eclesiástico, dicen, ha sido confiada *inmediatamente* por Jesucristo al pueblo; y como éste no puede llenar por sí mismo esta funcion, la delega unas veces á los ministros consagrados, otras al jefe del Estado, que elije por sí mismo esos ministros; de dónde se sigue que el poder temporal es la fuente de los poderes espirituales. «Todos «esos atentados, dice Bossuet hablando de los efectos prácticos de «semejante doctrina, estaban fundados en el principio de que no «existia jurisdiccion, sea secular sea eclesiástica, que no debiese «referirse á la autoridad real como á su fuente... Cosa que, sin duda «alguna, constituye la más inaudita y escandalosa adulacion que «jamás haya brotado del espíritu humano (1).» Para salir al paso á esta teología de la servidumbre, será indispensable dejar demostrado que la Iglesia en sus atribuciones espirituales, es una sociedad autónoma, del todo independiente del poder temporal.

Si la razon dice que la Iglesia no debe ser un cuerpo sin alma, enseña tambien que ese cuerpo debe tener una forma determinada, y que esa forma es la unidad. Es pues en vano que ciertos disidentes erijan la variedad infinita de las creencias en sistema, para que no pueda hacérseles de ello una objecion, y consideren la Iglesia como una coleccion monstruosa de sectas, pululando, despedazándose y excluyéndose en todos conceptos, salvo estar conformes en el principio y causa de todas las divergencias: el libre exámen. A esta teoría de la confusion será bueno oponer el buen sentido de la obediencia católica, poniendo de manifiesto que el verdadero cristianismo debe revestir en su forma social el sello de la unidad.

Conocida la forma del cuerpo de la Iglesia, ¿cual debe ser su estatura? Entre los adversarios de la verdad los hay que dicen: Hubo tiempos en que la Iglesia se mantuvo invisible. ¿porqué se exije pues que tenga incesantemente una extension moralmente universal? Otros añaden: es de esencia en las Iglesias el ser nacionales, ¿por qué se quiere pues que traspasen las fronteras de los imperios á que están anejas? A esto contestarémos, que es porque la razon del hombre y la justicia de Dios exigen que, una creacion destinada á proporcionar la salvacion universal, abarque el universo entero, y que el sol de los espíritus como el de los cuerpos brille para todo el mundo. Y para mejor demostrarlo pondrémos en evidencia que el catolicismo permanente, entendido por lo ménos en un sentido moral, es una propiedad esencial del verdadero cristianismo.

Pero una vez resuelta la cuestion de estatura en el cuerpo de la Iglesia, se presenta la de temperamento. El temperamento de la verdadera sociedad cristiana debe contener en sí elementos sobrenatu-

---

(1) *Histor. de las var.* lib. 5.

rales confundidos con la miseria de su parte humana. Debe exhalar un perfume de virtud y una especie de castidad delicada que le haga diferenciar del organismo de las demás comunidades cristianas. Ahora bien: así como existe una grandeza moral propia de los discípulos del cristianismo, existen virtudes reservadas á los adeptos del verdadero cristianismo, y por lo mismo trabajaremos en su provecho, demostrando que está marcado de una santidad ó de un poder de moralizacion perfectamente característico.

Finalmente despues del temperamento, la edad de la Iglesia debe responder á ciertas exigencias lógicas de la razon cristiana. Siendo la funcion de la Iglesia, con relacion al Evangelio, lo que la Providencia respecto de la creacion, es decir, una obra incesante de conservacion, se sigue de aquí, que la edad de la Iglesia en lo pasado debe ser el apostolado, esto es, un orígen tan antiguo como el mismo cristianismo, y que la edad de la Iglesia en lo porvenir debe ser la inmortalidad, esto es, una duracion igual á la duracion de Jesucristo en la tierra.

Estas cuestiones relativas á los miembros, á la cabeza, á la vida, á la forma, á la estatura, al temperamento y á la edad de la verdadera sociedad cristiana, estudiadas en los capítulos subsiguientes, nos conducirán derechamente y por espaciosos senderos á la conclusion de este libro que es la siguiente: luégo el verdadero cristianismo es el catolicismo.

Abramos este campo de exploracion por la primera tésis, á saber, que el verdadero cristianismo debe estar organizado en sociedad bajo una autoridad docente y que por lo mismo se perpetúa en la tierra en un cuerpo completo y no en miembros esparcidos. Dos ideas dominan y resúmen el asunto. 1.° En principio la razon afirma que dicha sociedad debe existir. 2.° De hecho la revelacion nos garantiza la existencia de esta sociedad.

I.

Al probar en otra ocasion la necesidad de un sacerdocio con el objeto de preservar la religion de las usurpaciones, de las corrupciones y de las alucinaciones de la inspiracion individual, hemos puesto de manifiesto anticipadamente la conveniencia esencial de una institucion intermedia entre Cristo y la humanidad, destinada á poner de manifiesto el primero á la segunda y á impedir que la segunda desfigure al primero. Con todo y ser por demás reducido el número de personas con las cuales habló Jesús directamente, debia perpetuarse, universalizarse en favor de todos los mortales en un cuerpo siempre subsistente, siempre docente, á fin de que ningun miembro de su familia se viera privado del beneficio de sus comunicaciones.

En virtud de semejante creacion, hánse realizado además un gran número de sublimes armonías. Como hemos nacido sociables en el órden religioso, del mismo modo que en el órden natural, era menester que el verdadero cristianismo estuviese organizado socialmente á fin de responder á las necesidades de esa sociabilidad. Como somos débiles en nuestros pensamientos, era indispensable que Jesucristo confiara el suyo á un órgano indefectible, á fin de protejerlo contra las mutilaciones ó las tergiversaciones de interpretaciones futuras. Como somos libres y estamos destinados á salvarnos, en virtud del uso que hagamos de esta libertad, era indispensable depositar los méritos de la redencion en un vasto receptáculo, desde el cual fuesen distribuidos y aplicados á cada uno de nosotros segun la proporcion de nuestra correspondencia y de nuestras reclamaciones. Finalmente, como somos un compuesto de espíritu y de materia, era indispensable que la verdad tomara en la tierra un cuerpo visible para manifestarse de un modo cierto y libre de todos los mirajes del iluminismo.

Y hé aquí porque del mismo modo que el Verbo ha revestido nuestra carne en el casto seno de María, se ha hecho carne en una institucion vasta como el mundo y llamada por este motivo su encarnacion permanente en la tierra. En virtud de su primera encarnacion unió su naturaleza divina á la humana; gracias á la segunda asocia indisolublemente su espíritu divino á un organismo que es tan digno como el seno de la Vírgen de constituir el tabernáculo de Dios entre los mortales. ¿No es acaso un cuerpo de Jesucristo completamente venerable, el que ha merecido ser definido: la sociedad de los hombres que profesan la doctrina de Cristo bajo la enseñanza y el gobierno de los pastores legítimos, principalmente bajo la enseñanza y el gobierno infalible del Pontífice romano, sociedad dotada por Dios de la universalidad de lugar, de tiempo y de doctrina para elevar á los hombres á la santidad durante la vida, y á la salvacion eterna despues de la muerte?

Diseñados los lineamientos principales de esta creacion, ¿no es evidente su necesidad como depositaria de la nocion de Cristo, de la revelacion oral y de la revelacion escrita?

Del mismo modo que Jesucristo es el mediador indispensable para el verdadero conocimiento de Dios, la Iglesia es indispensable para mantener la nocion exacta y sobre todo la divinidad de Jesucristo en los respetos del mundo, de tal manera y hasta tal punto que la negacion de la Iglesia conduce inevitablemente á la negacion del cristianismo y de su autor.

O Jesucristo es el salvador de los hombres, ó no es Dios. Pregunto yo ahora: ¿sería salvador inteligente el que habiendo hecho su revelacion no hubiese atendido á los medios de conservarla inalterable y de transmitirla á todas las generaciones? Jesucristo pasó

rápidamente sobre la tierra: ahora bien, ¿qué ventajas habrian reportado de su breve aparicion los que no fueron ni sus compatriotas, ni sus contemporáneos, sinó hubiese encarnado en el seno de una institucion que le enlaza á todos los siglos y que viene á constituir una especie de extension inmortal del mismo dentro de la cual será para siempre jamás contemplado y comprendido? Pues por lo mismo que Dios entregó á los hombres su doctrina, nos debia y se debia á sí mismo el fundamento de un depósito, divinamente guardado, de su poder, de su palabra y de sus gracias; un órgano infalible de sus voluntades, y si no hubiese establecido ese medio de comunicacion entre él y el mundo, el mundo habría perdido muy pronto la integridad de la doctrina de Jesucristo y Jesucristo la gloria de su divinidad.

Sí, Dios no podia ser en manera alguna capaz de semejante imprevision; y esto es tan cierto que no queda mas recurso que optar entre la Iglesia y el Deismo, porqué el protestantismo, que no es más que un estado intermedio, ha sido siempre para el espíritu humano un lugar de transicion y no un estado definitivo.

Tan cierto es que no existiendo Iglesia queda en cuestion la divinidad de Jesucristo, que los grandes lógicos del protestantismo en virtud de necesidades racionales, en cierto modo más poderosas que su voluntad despues de haber negado la Iglesia, se han visto obligados á renegar de Cristo. Standlin se excusa de haber adoptado el racionalismo expresándose en los siguientes términos. «Es indis« pensable admitir que la divinidad, que ha proporcionado al hombre «una revelacion, debe haber cuidado igualmente de impedir que el «sentido de esta revelacion quedara abandonado al arbitrio de un jui«cio subjetivo. La inconsecuencia de Jesucristo faltando á semejante «prevision, me induce á no ver en él más que un sábio bienhe«chor (1).» Véase pues como los que apostataron de la Iglesia so pretexto de que les bastaba con Jesucristo, renuncian á Jesucristo porqué no pueden comprenderlo sin la Iglesia.

Ochin más sábio él sólo que la Italia entera, decia Calvino, ha formulado una conclusion casi idéntica á la precedente. «Conside«rando, por un lado, como habria podido ser que Jesucristo hubiese «establecido la Iglesia regándola con su propia sangre, y por el «otro como ha podido verse completamente perturbada por el cato«licismo como estamos viendo, no he podido ménos que comprender «que su fundador no podia ser el Hijo de Dios, puesto que de otro «modo habria previsto lo porvenir (2).» Dominado por tales reflexiones Ochin abjuró el Evangelio por el judaismo: tan cierto es que sin la Iglesia el Evangelio carece de autoridad, Jesucristo de

(1) *Magasin de l' histoire de la Religion*, parte 3.ª, p. 83.
(2) Diálogos sobre el protestantismo.

divinidad, y que hay una verdad rigurosa, no una fórmula entusiasta en el siguiente aserto de S. Agustin. «No creeria en el Evangelio si no estuviese movido por la palabra de la Iglesia (1).»

Es menester además una sociedad y un magisterio especial para servir de intérprete á la revelacion oral: el libro por sí sólo no es bastante á llenar semejante funcion, en primer lugar porqué no toda la revelacion se encuentra en el libro; y despues y principalmente, porqué el testimonio del libro jamás se halla rodeado de las garantías indispensables y de las luces necesarias para que tal ó cual regla de fé no sea más obscura que la misma fé.

No se concibe que á la enseñanza de la verdadera sociedad cristiana, que abarca toda la revelacion, se prefiera la bíblia que sólo contiene una parte. Esto constituye una inconsecuencia tanto más grosera cuanto que está condenada por la misma bíblia en la cual pretenden escudarse los que la cometen. Que la doctrina de Jesús se encuentre en ocasiones expresada por tradiciones orales, confiadas á la guarda de la Iglesia; que los Evangelios no hayan sido ni redactados, ni dictados, ni prescritos por nuestro divino fundador; que haya establecido su obra de enseñanza por medio de la palabra y no por medio de la escritura y sobre todo por la escritura exclusivamente; que todos los libros del Nuevo Testamento, siquiera inspirados, se hallen subordinados al juicio del divino magisterio que preexistia á su composicion; que el universo haya sido convertido por medio de la predicacion, ántes de tener conocimiento de las epístolas y de los Evangelios; que dichas obras hayan sido consideradas por sus autores como meros auxiliares de una autoridad doctrinal que les es anterior; que apesar de su inmensa utilidad no constituyan parte esencial de la constitucion de la Iglesia, en términos de que esta podría realizar sus funciones sin sus libros, en tanto que ni siquiera puede concebirse, haciendo abstraccion de su cuerpo docente, principios son que están al alcanze del buen sentido teológico. «Conservad, dice S. Pablo á los de Tesalónica, «las tradiciones que se os han trasmitido por escrito *ó de viva «voz* (2).» Por consiguiente no todo se halla consignado en la escritura, y puesto que esta se conserva por sí misma al fijarse, es indispensable la creacion y existencia de personas á propósito para conservar las tradiciones que flotan perennemente miéntras no se llega á fijarlas.

Nada más fácil que acumular citas en apoyo de esta verdad.

«Lo que de mí habeis aprendido ánte un gran número de testi«gos, escribe tambien el apóstol, confiadlo en depósito á los hom-

(1) Epist. fundam. C. V.
(2) Thesat. 2. C. 11.

«bres fieles, que á su vez serán capaces de instruir á los demás (1).»

¿Es acaso un misterio para nadie que el divino Maestro repite incesantemente á los apóstoles: *Predicad*, *instruid*, *id*, *enseñad*, *hablad*, sin que jamás haya dicho, *escribid*? ¿No nos habla S. Juan de varias cosas que hizo el Salvador, y que no pueden encontrarse en los libros? Por consiguiente es indudable que el primer canal establecido para difundir la revelacion en el mundo es la tradicion oral; que el primer vehículo de la doctrina cristiana ha sido la palabra; y que no puede consentirse en señalarle en la propagacion del Evangelio un papel inferior á la Escritura, puesto que la misma Escritura lo prohibe terminantemente.

¡Cuantos pueblos bárbaros, segun sienta S. Ireneo, creian en su tiempo en Jesucristo, *sin papel y sin tinta*,... fieles únicamente á la antigua *tradicion* (2)! ¿Se concibe, en efecto, que el cristianismo debiera esperar la invencion de la imprenta para tener su verdadero instrumento de difusion, y que hasta aquel entónces, la escritura cuyas comunicaciones que sólo por un reducido número eran comprendidas, hubiese sido la única garantía de una religion universal?

«¿De que serviria, pregunta Tertuliano, añadir á las Escrituras «cuando el uno afirma lo que niega el otro? Sabed ántes quien «posee la fé de Cristo á quien pertenecen las Escrituras.. aquí encon«trareis escrituras no alteradas, y todas las tradiciones cristianas. «Para saber lo que reveló Cristo á los Apóstoles es indispensable «haber acudido á las iglesias que fundaron, á las cuales transmi«tieron una *enseñanza oral* al propio tiempo que les dirigian sus «epístolas (3).»

Sí, en semejante materia poquísimas autoridades humanas pueden considerarse superiores á la de tan eminente apologeta. ¿Que es su tratado de las *Prescripciones* sinó una refutacion anticipada de todas las herejías, mediante este argumento decisivo: Os habeis contentado con hacer que prevalecieran determinados textos, estais en oposicion con las tradiciones de las iglesias apostólicas, y por consiguiente no podeis jactaros de poseer la verdad?

Orígenes corrobora la misma doctrina por medio de esta palabra tan rotundamente afirmativa. «La *única* verdad que debe creer«se, es la que en nada difiere de la tradicion eclesiástica y apos«tólica (4).»

San Epifanio hace eco á Orígenes en términos no ménos significativos. «Hay necesidad de la tradicion, dice, porqué no todo «puede probarse por medio de la escritura (5).» ¿No ha llegado el

---

(1) Thesal. 2. C. 11.
(2) Ado hœres. lib. III. c. IV.
(3) De Præscriptio. c. XIX.
(4) De Princip. Prœfat.
(5) Hæres. 55.

caso de añadir con S. Crisóstomo, como conclusion al conjunto de esta tésis: «Es la tradicion: no busqueis nada fuera de ella (1)?»

Despues de lo dicho, ya no causa sorpresa que los más célebres teólogos protestantes hayan seguido, respecto del particular, la senda trazada por los Padres y los Concilios, y hayan hecho en el sentido más católico, multitud de manifestaciones que el fin y las dimensiones del presente libro nos impiden continuar.

«Es, dice Semler, dar una prueba insigne de ignorancia en materia de historia, confundir la religion cristiana con el *Nuevo Testamento*, cual si no hubiesen existido cristianos en tanto no recibió este la última mano (2).» Por su parte añade, Lessing victoriosamente. «Toda la religion de Jesucristo se practicaba ántes de que hubiese empezado á escribir uno sólo de los Apóstoles. La oracion dominical se recitaba ántes de que San Mateo la insertara en su Evangelio, puesto que Jesucristo en persona se la habia enseñado á sus discípulos. Practicábase la fórmula del bautismo ántes de que la mencionara San Mateo, porque Jesucristo la habia prescrito (3).»

Finalmente, si se fija la atencion en que el símbolo de los Apóstoles estaba creido y demostrado con anterioridad á todos los libros inspirados de la nueva alianza, el hecho de que la constitucion de la Iglesia y de su magisterio subsiste independientemente de toda escritura, resulta tan patente, que al tratar de probarlo es más difícil reducir que multiplicar los argumentos, y para negarlo se requiere mucho más valor que conciencia apologética.

Sea como quiera, no puede desconocerse que de tales premisas resultan importantísimas consecuencias, por ejemplo: Ceñirse á la escritura rechazando la autoridad tradicional de la Iglesia, vale tanto como proceder en contra de dicha escritura que consagra la referida autoridad. Puesto que la tradicion constituye la primitiva fuente de la revelacion, es indispensable un colegio docente que vele por su conservacion. No cabe dudar que este colegio docente está del todo conforme á la naturaleza del hombre, sér esencialmente amaestrado; pero es preciso confesar que si nuestro magisterio sagrado tiene la aptitud necesaria para guardar nuestras tradiciones, éstas, por su naturaleza, exigen en gran manera el que se las guarde.

Confiad una verdad ó un simple hecho á los hombres por la mera tradicion oral, y ántes que transcurra el espacio de un dia, tendreis cincuenta versiones distintas de esa verdad ó de ese hecho. Y téngase en cuenta que no habrá habido una sola persona que á sabiendas haya querido faltar á la verdad; pero con todo esto se habrá tergiversado de mil modos, que así como las rocas pierden sus aspere-

(1) Homil 4. in c. 3. 11. ad Thessal.
(2) Elementos históricos de Hirsching, lib. XXII.
(3) Estudios teológicos póstumos.

zas al rodar á lo largo de las pendientes, la historia se desnaturaliza cuando se comunica por el intermedio de la circulacion verbal. Imagínese, pues, lo que habria sucedido con nuestras tradiciones si se hubiesen lanzado al mundo sin que existiera una institucion preservadora encargada de protegerlas: de seguro no existiria al presente en la memoria del catolicismo una sola de las confidencias que se le hubiesen hecho hace mil ochocientos años.

Pero, merced á nuestro magisterio divinamente asistido, la memoria de la Iglesia se ve libre de toda corrupcion y de toda falta: nada se ha perdido de cuanto se depositó en esos tesoros; nada se ha alterado de cuanto contienen los mismos. Puede decirse que esta memoria es la más segura y la más vasta despues de la de Dios, y por lo mismo podemos deducir que confiando Jesucristo á la palabra el porvenir de su obra, debia por prevision instituir un cuerpo docente encargado de comprobarla, y que dicho cuerpo ha llenado por su parte la mision que se le confiara, de tal modo, que ha puesto de manifiesto la divinidad de dicha palabra y la de Jesucristo.

La Iglesia es, pues, necesaria como mediadora entre Jesucristo y la humanidad; lo es, particularmente, como depositaria de la tradicion oral; lo es tambien, y finalmente, como guardiana de la revelacion escrita.

Reducir toda la economía de la Iglesia á una mera conversacion entre la Biblia y su lector, constituye indudablemente una gran simplificacion en el mecanismo, pero esta simplificacion da como resultado el aumento en el número de las dificultades. El insensato que negara la razon de sér de los tribunales y de la magistratura, so pretexto de que basta el código civil comentado, para que cada francés pueda resolver cuantas cuestiones de derecho puedan presentársele, no igualaria en falta de buen sentido al que invoca como regla suprema de la fé un libro que puede decirlo todo á los que lo leen, y que nada dice á los que no saben leer. Para admitir semejante principio, es indispensable suponer que el concurso milagroso que se niega al cuerpo entero de la Iglesia en la interpretacion de las Escrituras, está concedido á cada protestante, puesto que la Iglesia puede engañarse explicando los textos sagrados, en tanto que el protestante no se engaña nunca. Esto, en último resultado, no es más que la infalibilidad del magisterio sustituida por la del individuo; el órden destronado por una especie de logomaquia; el sentido comun pospuesto al sentido privado.

Y cuenta que, respecto del particular, podemos apoyarnos en las explícitas confesiones de nuestros enemigos. «¿Cuál es, dice un «escritor protestante, el principio constitutivo del cristianismo? Es «el principio de la individualidad aplicado á las materias religio-«sas: es el yo que se propone, que examina, que se forma una con-

«viccion; puesto que la conciencia tomada como punto de partida, «como criterio, es el yo elevado al más alto grado. Ahora bien, «como entre los hombres que examinan, no hay dos que vean del «mismo modo en todas direcciones, debe resultar precisamente de «ello la aparicion de Iglesias individuales. La última expresion, la «postrer consecuencia lógica del protestantismo es tantos campa- «narios como bonetes: el individualismo es su destino providen- «cial: reducir la Iglesia á polvo y á átomos, disolverla, es su efecto «inevitable; porque el individualismo es un disolvente tan activo, «un agente tan destructor, que acaba por corroerse á sí mismo, des- «pues de haber destruido y disuelto todo lo demás (1).»

Con posterioridad al tiempo en que fueron escritas dichas líneas, no han cambiado las cosas, y el árbol del libre exámen no ha dejado de rendir sus amargos frutos. Apelo á cuantos están al corriente del movimiento protestante: ¿han perdido nada absolutamente de su triste verdad esas palabras de un conocido calvinista? «Tengo la «mala costumbre de llamar á las cosas por su nombre,... la mayo- «ría de los protestantes no es cristiana. No tanto pertenecemos a la «escuela de la negacion como á la de la duda, lo que es muchísimo «peor. ¿Será menester poner en duda la Iglesia, ó definir la Iglesia «el pirronismo universal?... La grande hipocresía de nuestro tiem- «po consiste en que todo el mundo pretende ser cristiano. ¿Puede «llamarse cristiana la sociedad que no conserva la doctrina cris- «tiana (2)?»

Y un ministro luterano encareciendo, respecto del particular, este punto de vista, que por cierto nada tiene de optimismo, resume en los siguientes términos la teología de su secta. «¿Qué vereis en «ella? Que ha dejado de creerse en la Trinidad, en la divinidad del «Hijo, en el Espíritu Santo, en el pecado original, en la satisfac- «cion, en la muerte expiatoria, en los milagros, en las profecías, «en la resurreccion, en la ascension del Señor, en el bautismo, en «la comunion, y que, en general, cuanto es esencialmente propio «del cristianismo, debe desaparecer para ceder su lugar á la razon «humana. ¿Qué ha quedado, pues, en lugar del cristianismo? El «puro naturalismo. A tal punto hemos llegado, que se da al paga- «nismo la preferencia sobre el cristianismo (3).»

El último sínodo protestante ha puesto completamente en evidencia todas las llagas de esa gran herejía. Léjos de formular los símbolos de su creencia, el primero de los dogmas que establece es la libertad de no tener ninguno; no nos ofrece siquiera los restos de una revelacion, sinó que á duras penas propone los principios de una filosofía, y en verdad que no sabemos comprender el que cier-

(1) *Nouvelliste Vaudois*, 1837. N.º 27.
(2) Archivos del cristianismo, 1848.
(3) De Starck. Entret, filos.

los pastores continúen disfrutando tranquilamente las rentas que les proporcionan los beneficios que les están encomendados, para desempeñar las funciones de un culto reconocido por el Estado, habiendo olvidado el cumplimiento de los deberes que su ministerio les imponia, para convertirse las más de las veces en profesores de irreligion. El espiritualismo de Cousin y de Royer-Colard está muy por encima de la exégesis atea de M. Coquerel.

Tal es el libre exámen en sus consecuencias: no es ménos curioso el juzgarlo en sus inconsecuencias.

En rigor no existe un sólo protestante que lo sea bajo la única fé de la Escritura. Todos se orientan de una manera más ó ménos explícita, siguiendo una regla que han rechazado en teoría, sin perjuicio de no ceñirse á otra en el terreno de la práctica; la autoridad.

La autoridad de la familia es la primera que siguen en sus determinaciones religiosas, puesto que perseveran en el protestantismo únicamente por haber nacido protestantes. Miembros de la iglesia anglicana, presbiteriana, luterana, calvinista, anabaptista, ú otra cualquiera, lo son, no en virtud de una revelacion debida á la lectura de la Biblia, sinó en fuerza de una imposicion despótica, resultado de la educacion que recibieron. Nos objetarán, probablemente, que por nuestra parte somos católicos del mismo modo; mas, nosotros, obrando de esta suerte, somos consecuentes con nuestro principio, en tanto que ellos son inconsecuentes con el suyo. En efecto, entre nosotros la religion no constituye una cuestion ni un problema que cada uno pueda resolver, pues siendo por demás reducido el número de dias que el hombre ha de permanecer en la tierra, para que deba invertirlos en la investigacion del camino que debe seguir, Dios le ha evitado el trabajo que le ocasionaria dicha investigacion, confiándosela á una autoridad docente: de esta manera la religion se le comunica como la vida, y así como la palabra de sus padres le garantiza la legitimidad de su nacimiento, la palabra de la Iglesia es una garantía del orígen divino de su religion. Esto es absolutamente lógico. En cambio, para el discípulo de la reforma, que pretende resultar exclusivamente de la razon individual, ha de constituir una verdadera vergüenza el hallarse á merced de todas las prevenciones domésticas ó nacionales que comunmente deciden de su fé. No depende de la Iglesia; pero en cambio es esclavo de los azares de su nacimiento y de sus relaciones: debe atenerse á las indicaciones de su juicio particular, y todo el mundo gobierna en su conciencia ménos él.

Tambien existe en el protestantismo la autoridad de los pastores, siquiera se halle racionalmente en oposicion con el principio *la Biblia sin comentarios*, *la Biblia lo es todo, nada más que la Biblia*. Francamente, quisiera saber por qué razon un protestante se toma la pena de molestarse yendo al templo con el objeto de oir la palabra del Espíritu Santo, cuando puede escucharla revestida de

la misma autoridad, sin necesidad de menearse del lado de la chimenea; y quisiera tambien averiguar por qué razon los ministros del santo Evangelio, inundan el mundo entero de libros, cuadernos, tratados y glosas de los santos libros, cuando estos se entienden perfectamente por sí mismos, sin necesidad de comentarios ni explicaciones. De todo lo cual resulta que la reforma no puede subsistir como no sea renegando del principio en que se funda, porque despues de haber rechazado el apostolado docente, lo establece en provecho propio, y despues de haber abolido el magisterio, se coloca bajo la proteccion y direccion de los pastores.

La autoridad de la tradicion preside tambien en ciertos actos de fé del protestantismo, por más que abrigue la pretension de no obedecer más que á la Biblia. Y si no, díganos ¿por quién le está garantida la Escritura que admite, sinó por los Padres de la Iglesia, los Concilios, los Pontífices, el consentimiento de los siglos, en una palabra, por la tradicion que rechaza? «Os disputais por la Escri«tura, les dice Bossuet, y no imaginais que la Escritura ha llegado «hasta nosotros por este conducto. Los Evangelios, las Epístolas «de los Apóstoles no han formado la Iglesia; esta las ha precedido, «las ha recibido, las ha transmitido á la posteridad en su verdadero «sentido. Donde existe, pues, la fuente de la fé, es decir, la suce«sion de la Iglesia, allí está la verdad de las escrituras, de las in«terpretaciones ó exposiciones, y de todas las tradiciones cris«tianas (1).»

A esta triple autoridad de la familia, de los pastores, de las tradiciones, podemos añadir la de las condiciones sociales, de las costumbres, de los intereses, y accidentes sin número que influyen en su conviccion religiosa, y veremos que la mayor parte de los adeptos del exámen privado, sin examinar cosa alguna, viven y mueren haciendo oposicion y resistencia á la Iglesia por motivos completamente opuestos á sus propios principios, y enteramente conformes á los de la Iglesia.

Confundida en sus consecuencias y en sus inconsecuencias la regla de fé que dimana del sentido privado todavía está más desacreditada, si cabe, por sus imposibilidades prácticas. ¿Háse pensado en lo muchísimo que hay que saber para ser protestante, segun el método protestante?

Desde luégo es indispensable ser un exegeta consumado. ¿Cuál es el catálogo auténtico de los libros inspirados? ¿Por qué han sido eliminados por la reforma los de Tobías y Judith, en tanto que se ha respetado el de Job? ¿Por qué razon se han declarado apócrifos el de la Sabiduría, el Eclesiastes, y los dos últimos de los Macabeos, en tanto que es aceptado como auténtico por los mismos crí-

(1) *Primera inst. past. sobre las prom. de la Iglesia.*

ticos el Cantar de los cantares? Estas y otras muchas cuestiones está obligado á resolver el protestante sin el auxilio de los libros sagrados, porque la Escritura no puede ser probada por la Escritura, sin el concurso de la tradicion y de la Iglesia, puesto que no pueden ser admitidas; y por la mera *Persuasion interior del Espíritu Santo*, que no persuade del mismo modo á dos lectores. Hé ahí cuánto un honrado luterano debe decidir, sopena de no ser luterano sinó en virtud de una regla católica.

Es menester, además, que sea un consumado lingüista, que posea el hebreo, el griego y el latin, para verificar la exactitud de los textos que se leen en todas las traducciones, desde el original primitivo hasta la última; que penetre el sentido divino de dichos textos, y que haga el recuento de los artículos de fé que en ellos se contienen. San Pedro encontraba en las epístolas de San Pablo cosas de difícil comprension; San Ambrosio apellidaba la Escritura *mar de insondables abismos;* el mismo Lutero sentaba que eran menester cinco años de perseverante cultivo para llegar á comprender las geórgicas de Virgilio; veinte años en el manejo de los negocios públicos para ver claro en las cartas de Ciceron; y cien años de trato con los profetas y los Apóstoles para saborear las Escrituras (1); mas su discípulo, siquiera sea un aldeano ó una pobre mujer del pueblo, deben penetrar á primera vista á través del sello de esos misterios.

Cierto que los doctos han escrito muchísimos y voluminosísimos libros sobre cada uno de los versículos de la Biblia; que las sectas protestantes han dado más de doscientas interpretaciones á estas palabras: *Este es mi cuerpo;* que el doctor Thiess ha registrado ochenta y cinco explicaciones de la parábola del administrador injusto, y ciento cincuenta de un texto de San Pablo; pero gracias al *rayo de luz* ó al *gusto interior,* el protestante deberá distinguir constantemente lo verdadero de lo falso en materia de traduccion, de interpretacion, de aplicacion de escrituras, sopena de dejar de ser protestante, porque desde el momento en que acude al auxilio de autoridades, prescinde de la inspiracion privada para penetrar de nuevo en la fé católica.

Por último, debe ser un teólogo consumado, porque por la sola luz de la Escritura debe dirimir todas las controversias y todos los debates que surgen relativamente á la revelacion. Téngase en cuenta que las escrituras nada contestan á los que las interrogan, no acusan á los que las desfiguran, y sólo pueden proporcionar las pruebas de la revelacion á los que las conocen. Atentos á esto, juzgamos oportuno poner término á la presente exposicion valiéndonos de un profundo pensamiento formulado por Platon en estos términos: «El «hombre que debe á la escritura cuanto sabe, jamás tendrá

(1) Audin. *Vida de Lutero, t.* 2.

«otra cosa que la apariencia de la sabiduría. La palabra es á «la escritura lo que un hombre á su retrato. Esa especie de pro«ducciones se presentan á nuestros ojos como vivientes; pero si se «las interroga, callan dignamente. La escritura no puede defen«derse porque jamás se halla su padre á su costado para sostenerla. «El que imagina poder establecer una doctrina clara y duradera por «medio de la simple escritura, es un solemne mentecato. Si pose«yera la verdad, se guardaria muy bien de creer que con un poco «de licor negro y con una pluma, pudiese hacerla germinar en el «universo (1).»

Si consideramos al presente que esa regla de fé debe hallarse al alcance de todas las inteligencias, y que una gran parte de los individuos no tienen sin embargo ni el tiempo ni los conocimientos indispensables para leer las escrituras; que debe ser aplicada con facilidad, puesto que todos estamos obligados á poseer desde la infancia un símbolo claro y determinado; que debe excluir, no solo el error, sinó tambien los peligros del error, puesto que en materia de fé no se permite la duda, no podrémos ménos que preguntarnos, ¿cómo es posible que puedan existir en la tierra ciento cincuenta millones de hombres apartados del verdadero cristianismo en virtud de semejante mistificacion lógica? Resulta pues que solo prescindiendo de los deberes que impone la razon, y entregándose al indiferentismo religioso que es su resultado natural el protestantismo solo puede constituir el culto de las gentes ilustradas.

Es preciso reconocer que si ese culto fuera verdad, Jesucristo se habria equivocado al proclamar esta nueva: *Los pobres son evangelizados*, porque en virtud de dicho sistema los pobres quedan privados de luz, y todo aquel que no haya recibido la investidura superior en literatura sagrada, en hermenéutica, y en teología, es absolutamente incapaz de llegar á la posesion de la verdad, segun el método de Lutero y de Calvino.

De estas consideraciones resulta de un modo patentísimo la necesidad de una Iglesia docente y la de su infalibilidad. Poco importa en efecto que la Escritura no engañe, si puede engañarse el que la lee ó la interpreta. Y hé ahí una economía fundada en la naturaleza, que solo el catolicismo ha podido realizar.

Por lo mismo que el hombre tiene una necesidad absoluta de la verdad, Dios debia colocar en alguna parte el depósito de la misma; y no pudiendo abrigarse respecto de dicha verdad la duda mas insignificante, sopena de que de ello resultara para el hombre más mal que bien, Dios debia ponerla bajo la salvaguardia de la infalibilidad; y como la infalibilidad no podia subsistir sin órgano que la

(1) *In Phæd.*

entrañara Dios debia crear la Iglesia con el objeto de que llenara tan importante funcion. Nada más conveniente y luminoso que esta economía. La Iglesia es la sociedad de las almas: constituye los Estados de la verdad sobre la tierra: y así como en los Estados ordinarios existe un poder supremo que juzga en última instancia y que no puede ser juzgado, debe existir tambien un tribunal superior en el reino de los espíritus, sin más diferencia que lo que en el órden temporal se llama soberanía, en la esfera dentro de la cual nos encontramos, debe llamarse infalibilidad, puesto que los cuerpos obedecen á un hombre porque empuña el cetro y las almas solo se doblan á la realizacion del mandato, cuando saben que no puede engañarse el que lo dicta.

Hé ahí pues un órden perfectamente conforme á la naturaleza y favorable al reposo de los espíritus. La Iglesia lo ha inaugurado reemplazando las contiendas individuales por una enseñanza maternal. Una madre afirma; pero no demuestra. Los doctores disertan, los maestros argumentan, una madre dice: Esto es ó esto no es: *est, est, non non*, y su autoridad se pone por encima de todas. De esta suerte la Iglesia en su método de propaganda, deja la controversia á las escuelas, limitándose por su parte á hacer ó sugerir actos de fé. Otros adquieren convicciones por medio de razonamientos, ella los forma como Dios, por medio de la palabra, y la humanidad sigue con una especie de maravilloso agradecimiento esa voz que la dispensa de escucharse y de conducirse á sí misma.

Y no se vaya á presumir que la Iglesia cautive simplemente á los débiles de espíritu, pues desde S. Agustin á Bossuet no hay galería alguna de hombres ilustres que á la suya pueda compararse. Ni se crea tampoco que la Iglesia, más bien que firmes convicciones, alcance adhesiones entusiastas: se la cree más que á la ciencia, más que al génio, más que á las escuelas rivales, más que á las muchedumbres, más que á sí mismo, y en tanto que no hay un solo protestante capaz de morir por un descubrimiento ó una inspiracion propia de su sentido individual, nos contamos por millones los católicos que en vista de una tiranía cualquiera, encaminada á quitar un ápice de los artículos de fé definidos por la Iglesia, estaríamos dispuestos á subir al suplicio para levantar nuestra mano y entregar al verdugo la cabeza diciendo: Creo.

Fuera de esta autoridad protectora de la infancia, del pueblo, del vulgo, y hasta de las gentes esclarecidas, contra los peligros del error, ¿qué es lo que vemos? Las anarquías intelectuales cambian; pero la anarquía es inmutable. Unas veces encontramos iglesias nacionales cuya infalibilidad se halla reemplazada por la fuerza: otras millares de sectas, *que hasta de nombre carecen por lo mismo que los nombres sobran:* otras por último una falsa independencia en la cual el libre pensamiento prescinde de la verdadera infalibilidad para someterse á la de todos los fetiches, cuando no se humilla hasta la suya propia.

No me sorprende sin embargo el que las sectas no se decidan á reclamar semejante prerogativa. Consiste esto en que si para alcanzar la fé de los demás, es indispensable proclamarse infalible, no es posible acometer tal empresa sin exponerse á las burlas del universo. Por esto cada vez que me acuerdo de que únicamente el catolicismo ha osado sostener esta pretension, y sobre todo que sólo él la ha justificado desde hace diez y ocho siglos, por medio de su indefectibilidad doctrinal, no puedo ménos que experimentar la más profunda felicidad al recuerdo de esa profesion de fé llegada á nosotros al través de los siglos: me llamo cristiano, me apellido católico. *Christianus nominor, catholicus cognominor.*

II.

Hasta el presente nos hemos mantenido dentro los límites del terreno especulativo. Hemos visto que, lógicamente, el verdadero cristianismo debe estar constituido en sociedad bajo una autoridad docente; mas en el terreno de los hechos, ¿existen esta sociedad y esta autoridad? No vacilo en contestar afirmativamente y voy á probarlo.

Que Jesucristo ha instituido, para los fines que dejamos expuestos, una verdadera sociedad religiosa, es un hecho histórico y un dogma de fé. Apelo en prueba de ello á la sinceridad de todos los adoradores de su divinidad que no estén en camino de renegar de dicha divinidad ó de suscribir á la realidad de una fundacion que ha garantido en términos tan formales.

O el sentido comun escriturario no existe, ó cuando Jesús dirigiéndose al príncipe de los Apóstoles le decia: «Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra *edificaré mi Iglesia*, se referia á la agregacion de fieles que profesa su doctrina y depende de su vicario sobre la tierra. Tambien se referia á la misma sociedad constituida en tribunal supremo al decir: «Si os viereis precisados á levantar queja contra vuestro hermano, dirigidle vuestras correcciones directamente; sinó hiciere caso, amonestadle ante dos ó tres testigos; y si áun así no las escuchara *denunciadlo á la Iglesia:* despues de lo cual, supuesto que resista áun, será considerado como un pagano y publicano.»

¿Qué significado cabe dar á estas palabras de S. Pablo «Jesucristo es *el jefe de la Iglesia que es su cuerpo místico*,» si la Iglesia no constituye una sociedad espiritual en el sentido que dejamos expuesto? Y estas otras, «*Jesucristo ha amado á su Iglesia y se ha sacrificado para conservarla inmaculada* ¿como cabe entenderlas, si la Iglesia no constituye esa organizacion social que se ofrecerá siem-

pre mas clara por sí misma al espíritu del lector, que por medio de todas las definiciones de los apologistas?

Nos hemos tomado el trabajo de contar en los libros del Nuevo Testamento mas de veinticinco pasajes relativos á las persecuciones, á los temores, á los goces de los miembros, partiendo de la existencia de la Iglesia, y si tuviésemos la desgracia de ser protestantes, nos parece que no habria preocupacion alguna hija de la educacion, que pudiera arrebatarnos á las sinderesis que debe excitar en la conciencia del que los desconoce la simple revision de los referidos textos.

Y no se diga que la Iglesia existia cuando dichos textos fueron escritos; pero que desapareció despues; porque semejante manifestacion es contraria á la promesa de Jesucristo: «*Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*» y á esta otra: «*Permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos*. Es contraria á la razon, porque por lo mismo que la revelacion estaba guardada por testigos auriculares en tiempo de los apóstoles, no habia tanta necesidad de que estuviese guardada por la Iglesia; pero más adelante esta fué la depositaria indispensable de una doctrina cuyos primeros discípulos habian desaparecido, y que de seguro habria acabado por desaparecer ella misma, sinó hubiese existido una institucion especial para perpetuarla. De dónde se desprende, que sea el que quiera el camino que sigamos, llegaremos siempre á la misma conclusion: ó Jesucristo fué un fundador sin prevision, ó estableció para lo porvenir y no para una sola generacion de oyentes privilegiados.

Mas, ¿puede concebirse la fundacion de una sociedad destinada á la enseñanza de las generaciones venideras, sin establecer préviamente en dicha sociedad una autoridad docente? La razon no puede admitirlo, porque sin una autoridad para unir las inteligencias que componen la comunidad, solo existirian entre las mismas lazos de compañerismo, no de solidaridad; una aglomeracion de individualidades, no un todo homogéneo. En lo espiritual, como en lo temporal, la idea de la sociedad implica la de un poder que hace un todo de las diversas partes; que constituye el centro de su convergencia y de sus movimientos.

El protestantismo presume poder eludir esta verdad fundamental, designando bajo el nombre de Iglesia, la coleccion de aquellos que sin hallarse sometidos á ningun poder doctrinal ó disciplinario, deducen de la Biblia la regla de su fé y de sus costumbres; pero el sentido comun hace á esta monstruosa concepcion la justicia que merece. Una Iglesia que abrigase, al par, al protestante ortodoxo que admite la divinidad de Jesucristo, y al protestante independiente que ni siquiera admite la personalidad de Dios; al protestante místico que se imagina inspirado por el Espíritu Santo, y al protestante racionalista que ni cree siquiera en la inspiracion de los li-

bros santos, no sería más que una especie de hospedería para las inteligencias, semejante á las que existen en Oriente para las caravanas, y en manera alguna una sociedad de inteligencias: una invencion encaminada á prescindir de la verdadera Iglesia, no una imitacion formal de la misma.

Así es como habla la razon, respecto del particular, y el Evangelio no la desmiente.

Es evidente que Jesús eligió entre sus discípulos doce con el propósito de educarlos de una manera especial; que durante tres años los trató con la mayor intimidad, hablándoles en términos llanos y sin valerse de símbolos ni parábolas; que inflamó su fé, su celo, su valor; y que les preparó para una grande empresa, de la cual les habló solo vagamente.

Es evidente tambien, que más adelante Jesús dejó entrever á dichos discípulos el propósito que abrigaba, ora manifestándoles que como él serian la luz del mundo; ora inculcándoles la necesidad de predicar á las gentes lo que él les confiaba secretamente; ora enviándoles como mensajeros para que ejercieran el apostolado en los pueblos que tenia resuelto visitar; ora confiándoles, ántes de la última cena, que su mision personal iba á concluir, y que estaba próxima á comenzar la de cada uno de ellos.

Por último, llega la hora de su ascension y de legar á la Iglesia su voluntad suprema, y en este instante se expresa en términos más explícitos y confia á sus apóstoles el mandato creador que los transforma en doctores y en conquistadores.

Así como mi padre me ha enviado... yo os envío. Estoy dotado de todos los poderes lo mismo en el cielo que en la tierra: id pues, enseñad á todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, encargándoles que cumplan cuanto os he ordenado, y permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los tiempos.

Y en otra parte: *Recorred el mundo entero, predicad el Evangelio á todas las criaturas. el que crea y sea bautizado alcanzará salvacion, el que no crea será condenado.*

Esto sentado, no cabe más recurso que arrojar el Evangelio ó inclinarse ante las siguientes conclusiones: luégo, y toda vez que los apóstoles fueron enviados, *como á su vez lo habia sido Jesucristo*, heredaron del mismo la plenitud de su poder para enseñar y mandar; luégo, puesto que su mision se estiende *á todas las naciones, al universo entero, á todas las criaturas*, nadie absolutamente puede sustraerse á la autoridad de su magisterio, sin renunciar á la Iglesia; luégo, y toda vez que será condenado el que no crea en ellos, su colegio apostólico es el único medio externo que se ha instituido para llegar á la fé y á la salvacion, y el protestante que se emancipa del mismo invocando la Biblia, no hace más que convertirla en testigo falso contra la palabra de Dios, de cuantas existen la más perfecta y la más indubitable.

Despues que Jesucristo se elevó á los cielos, su institucion no quedó reducida á letra muerta, puesto que continuó funcionando en la manera que habia dispuesto. Completados los doce por la eleccion de Matías, ejercieron una autoridad suprema en la transmision de la doctrina y en el gobierno de la comunidad cristiana.

Dotados del espíritu de verdad en virtud de la promesa de Jesús, predican el Evangelio á los judíos y á los paganos, primeramente en Jerusalen, despues en toda la Judea y la Samaria, y más tarde hasta los últimos límites del mundo conocido, confirmando Dios su promesa por medio de los milagros.

Convertidos al cristianismo por el intermedio del apostolado los judíos y los gentiles, lo consultan en todas sus dudas, le confian la resolucion de cuantas dificultades se les presentan, y se someten á sus decisiones, segun claramente lo dan á entender las epístolas de los apóstoles.

En el punto y hora en que entre los fieles surgen *novadores*, se reunen los apóstoles y los más ancianos, bajo la presidencia de Pedro, y en un juicio supremo definen la verdad que toda la Iglesia recibe de ellos, y confiesa sin apelacion, segun nos lo manifiesta el libro de las actas.

Finalmente, en cuanto empiezan á pulular las herejías, áun en vida de los apóstoles, estos las refutan, las exterminan, y declaran incurso en anatema hasta al ángel que bajara del cielo para anunciar un Evangelio distinto del suyo.

Si todos esos textos, si todas esas demostraciones no prueban hasta la evidencia que la Iglesia ha sido establecida, propagada y defendida por un ministerio de institucion divina, suprimamos la autoridad de Cristo, de los apóstoles, de la era apostólica; y si los protestantes se empeñan en desconocer tan palmaria verdad, digamos terminantemente que no es porque crean mucho en la Biblia, sinó precisamente porque no creen en ella lo bastante.

¿Será preciso añadir que este magisterio ha de haber sido constituido en las condiciones de seguridad y de indefectibilidad suficientes para proporcionar cuantas garantías pudiesen apetecer las inteligencias sometidas á su direccion? Una autoridad con la cual *está siempre Jesucristo*, no podria engañarse sin que se engañara tambien Jesucristo: un poder al cual promete Dios ratificar todos los actos en el cielo, no puede equivocarse sin inducir á error al mismo Dios: un oráculo doctrinal cuyas decisiones es preciso acatar so pena de condenacion, no puede ser falible sin que la salvacion de los hombres quede á merced de un cruel empirismo, y queden sugetas á discusion la justicia y la bondad de Dios.

«Todo el privilegio de la Iglesia consiste en enseñar la palabra «de Dios á los hombres sin que pueda transformarse en error. ¿Cómo «enseñar al género humano, cómo exigirle fé, sin la posesion de la «infalibilidad? De aqui que toda religion que no se proclame infali-

«ble, está convicta de error, puesto que confiesa tácitamente que «puede engañar, circunstancia que constituye el colmo del absurdo «al par que el de la deshonra, en una autoridad que enseña en nom«bre de Dios (1).»

¿Será menester probar tambien que ese magisterio ha sido destinado á todos los siglos y no á uno solo? El sentido comun responde: por lo mismo que Jesucristo edificó para siempre, no puede haber dogmatizado para una sola época; por lo mismo que Jesucristo prometió la universalidad de los tiempos y de los paises á su enseñanza, *omnes gentes, omnibus diebus*, no puede reducir este dominio sin caer en contradiccion, sin desmentirse. Por lo demás, en el momento en que dejara de existir la enseñanza de la Iglesia, prevalecerian contra ella las puertas del infierno, sin que fuese ya posible restablecer la derribada columna de la verdad.

A más de que, ¿es por ventura un misterio que los apóstoles transmitieron el magisterio que habian recibido? ¿No ha vivido en esta persuasion el catolicismo hasta tanto que apareció la protesta suscitada por la doctrina de Lutero? ¿No son perfectamente conocidos el ejercicio, los representantes, las asambleas solemnes, las decisiones irreformables de ese magisterio desde el primer Concilio de Jerusalen, hasta el de Trento? ¿Pueden cerrarse los ojos á esta verdad histórica sin apostatar de la fé de los antepasados ménos sospechosos? ¿Los mismos herejes de todas las épocas, no han empezado por ventura su rebelion por un acto de fé á ese magisterio, apelando de su condenacion al Concilio próximo?

Despues de la escritura y la historia, la experiencia de todos los dias nos enseña que la vía de autoridad es la más breve y la más segura para formar las convicciones en el individuo, para mantener la unidad en la sociedad religiosa, y que desde el momento en que no creen los pueblos basados en la fé de una autoridad doctrinal, no transcurre mucho tiempo sin que no crean en ninguna. No se vaya á presumir que los simples y los ignorantes sean los únicos en reclamar los beneficios de este método de enseñanza; no, los que guiados por su razon más dudas han concebido, son por punto general los más inclinados á erigirse en dependencia, convencidos de lo impotente de sus ensayos, y de lo infructuoso de sus tentativas y vacilaciones.

«No os molesteis, decía Agustin Thierry, á un célebre apolo«gista, me es imposible seguiros en vuestras demostraciones de «filosofía religiosa. Todo ello será muy bueno para otros, mas no «para mí..... Yo no soy más que un racionalista que se confiesa «cansado y se somete voluntariamente á la autoridad de la Iglesia. «Veo los hechos, veo por la historia, la necesidad de una autoridad «divina y visible á fin de que pueda desenvolverse de la manera

(1) Lacordaire. *La Iglesia, segunda Conferencia.*

«correspondiente la vida del linaje humano. Ahora bien, cuanto «permanece fuera del cristianismo no debe tenerse en cuenta; mejor áun, cuanto existe fuera de la Iglesia católica carece de autoridad: por consiguiente la Iglesia católica es la autoridad que «busco y á la cual gustoso me someto. Creo cuanto la misma enseña, y acepto el símbolo de su fé (1).»

¿Qué dirémos de una religion que en las postrimerias de una vida cuyas fuerzas han agotado tremendas agitaciones, y cabe la muerte pronta á devorar el último instante del tiempo disponible para la investigacion, sólo puede ofrecer una biblia para recomponer su símbolo, á esas almas anhelantes y exhaustas? ¿Qué decir, repetimos, de esa religion, sino que prescinde por completo de los intereses de la humanidad, ó que explota en provecho propio la necesidad de la religion?

---

(1) Gratry. Carta al arzobispo de París.

CAPÍTULO II.

La verdadera sociedad cristiana ha menester un jefe infalible.

Que el verdadero cristianismo debe estar constituido bajo una forma social, y en manera alguna formando una mezcla confusa de individualidades independientes entre sí, es un principio afirmado por San Cipriano cuando dice que Dios ha establecido la Iglesia para que sea la depositaria, el órgano, y si conviene, el intérprete de las verdades que Aquel nos ha revelado: la depositaria para conservárnoslas; el órgano para anunciárnoslas; el intérprete para explicárnoslas. Todo lo dicho resulta de nuestra exposicion sobre la necesidad de una institucion destinada á servir de mediadora entre Jesucristo y el mundo, como guarda infalible de la revelacion escrita y de la tradicion.

Hagamos notar, sin embargo, que así como al prohibir á la razon filosófica que pretenda demostrar *las verdades* de la fé, la inducimos á darse cuenta de la *verdad* de la fé, del propio modo; descansando sobre la Iglesia en cuanto concierne al exámen de la verdadera revelacion, nos reservamos el exámen de la verdadera Iglesia, y por este medio, siguiendo la célebre antítesis de M. Bonald, á falta del testimonio de la evidencia, tenemos la evidencia del testimonio más grande que puede constituir la base de una conviccion.

Y hé ahí el motivo que nos obliga á proseguir la investigacion capital de dicha certeza. No nos basta saber que la Iglesia debia ser fundada y que realmente lo fué; nos es indispensable demostrar dónde se encuentra la Iglesia. No basta con haber rebatido los errores concernientes á los miembros de la verdadera sociedad cristiana, nos es indispensable destruir las prevenciones y restablecer los principios relativamente á su cabeza.

¿La verdadera sociedad cristiana debe ser un cuerpo acéfalo, es decir, un organismo sin jefe? Esta concepcion, que así repugna á la razon como al espíritu del Evangelio, constituye no obstante el fondo de los diversos sistemas que niegan la primacía del Papa. Tales son aquellos que hacen de la Iglesia, ó una oligarquía en la cual

todos los obispos tienen los mismos derechos que el romano Pontífice, ó una democracia en la cual los poderes, procediendo de abajo á arriba, salen del seno de la muchedumbre para ser delegados por ella á los príncipes y á los obispos. La teoría democrática tiene por autor á Marsilio de Padua, teólogo cortesano, que se puso al servicio de Luis de Baviera, célebre opresor de la Iglesia en el siglo décimo cuarto. El protestantismo, el jansenismo y el riquerismo no han hecho más que dar vueltas al mismo tema, introduciendo algunas pequeñas variaciones apropiadas al especial punto de vista en que se colocaron. La teoría oligárquica constituye el fondo del cisma griego iniciado por la rebelion de Focio. El presente capítulo está especiálmente consagrado á refutar este error.

Segun los cismáticos de Oriente y de Rusia, Jesucristo no confirió á ninguno de los doce Apóstoles la autoridad suprema concerniente á la enseñanza ó al gobierno de los demás pastores y de los rebaños: si atribuyó á San Pedro alguna superioridad en este concepto, no debe considerarse más que como un privilegio personal que se extinguió con él. De donde resulta que la primacía de los Pontífices romanos no es en manera alguna una institucion divina, sinó una concesion de las iglesias particulares y de los fieles, y una creacion de la historia, producto de causas enteramente naturales.

¿Cómo se ha constituido en cuerpo de doctrina y en vasto establecimiento religioso esa falsedad tan opuesta á la evidencia de las tradiciones cristianas? Vamos á manifestarlo. Constantinopla habíase convertido en capital del imperio: el obispo de esta ciudad no tardó en adquirir una preponderancia suma en relacion á la importancia política de su sede: la ambicion del clero, el espíritu de envidia y de discordia de los Griegos, y el orgullo de los emperadores de Bizancio no tardaron en esforzar, en su propio interés, las usurpaciones emprendidas por los Pontífices de la nueva capital sobre la primacía concedida á los sucesores de San Pedro.

Tímidamente y por medios indirectos en un principio, comenzaron por insinuar que todos los privilegios de la ciudad de Roma inclusos los eclesiásticos, procedian exclusivamente de ser cabeza del imperio; deduciendo de ello, que pues Constantinopla disfrutaba el mismo título, debia gozar idénticos privilégios. En vano les contestó indignado el Papa S. Leon: «Una es la fuente de la autoridad secular, otra la de los poderes divinos;» Constantinopla continuó pérfidamente sus protestas de sumision, y al par sus tentativas de emancipacion respecto de Roma, decidida á ususpar la primacía del Papado, sin perjuicio de tributarle frecuentemente y con afectacion, hipócritas homenages.

En el siglo quinto el patriarca Acasio, en virtud de un simple decreto imperial, se arrogó la jurisdiccion inmediata sobre los patriarcas de Antioquía, de Alejandría y de Jerusalen. Cien años después, Juan IV, secundado siempre por el emperador, tomó el título

de arzobispo de Constantinopla y de patriarca *ecuménico*. Por último Focio, despues de haber derribado al patriarca legítimo S. Ignacio, usurpó su puesto, y como por más que hizo no pudo alcanzar su confirmacion de parte de los Pontífices de Roma, tuvo la audacia de excomulgarlos por herejes.

No transcurrió sin embargo mucho tiempo ántes de que se reanudaran los vínculos de la Iglesia de Constantinopla con la Grande Iglesia, permaneciendo en la propia situacion durante dos siglos, es decir hasta 1034, en que se rompieron de nuevo en virtud de los manejos de Sergio y de Miguel Cerulario, continuando así hasta el Concilio de Florencia de 1439. En este tiempo las Iglesias de Oriente, despues de una larga separacion, se arrojaron en brazos de su madre la de Roma: todo anunciaba una era de completa paz religiosa; los diputados de todas las provincias cismáticas, previa autorizacion del emperador Paleólogo, habian suscrito la primacía del Soberano Pontífice y el símbolo de la Iglesia romana, cuando el espíritu turbulento de los orientales y la invasion musulmana vinieron á destruir la obra de reconciliacion llevada á cabo en Florencia, y á separar lo que tras tan perseverantes esfuerzos habia conseguido unirse.

Los emperadores otomanos interesados en alejar de la dominacion Romana á sus súbditos cristianos, para tenerlos más sujetos á su propio poder, mantuvieron en el cisma á las iglesias de Oriente: los Czares por su parte considerando más cómodo mantener un Papa á sus órdenes, que prestar obediencia al Pontífice, instituyeron en sus estados una primacía ejercida ora por el metropolitano de Moscou, ora por un sínodo de su creacion, resultando de ello la aparicion de una verdadera servidumbre en todos los paises cristianos, sobre los cuales dejó de reinar el Papa.

El cisma griego resultó pues, y así subsiste, en fuerza de cuatro odiosas pasiones, combinadas en proporciones variables: la aspiracion de las capitales políticas á convertirse en capitales religiosas; la aspiracion de los Emperadores á elevarse á Pontífices; la aspiracion de los Obispos á convertirse en patriarcas independientes; la aspiracion de los fieles encaminada á hacer á la Iglesia dependiente de la supremacía nacional. Con todo, como el pudor del alma necesita cohonestar con razones plausibles los sentimientos más inexcusables, inventóse un sistema teológico que por medio de sutilezas doctrinales pretende paliar esa grave defeccion, sistema que consiste en la teoría cismática que niega la primacía del sucesor de S. Pedro.

Expuesta dogmática é históricamente la cuestion, el lector podrá fácilmente medir todo el alcance de los asertos siguientes, que vamos á dejar completamente demostrados. 1.° la verdadera sociedad cristiana debe tener un jefe; 2.° dicho jefe debe ser infalible. Aun cuando la segunda parte de la tésis sea separable de la primera en el terreno especulativo, en el de los hechos es absolutamente lógica

puesto que si el jefe de la Iglesia fuese capaz de engañarla, léjos de llevar á cabo su perfeccion, podrá comprometer sus destinos.

I.

Contra las negaciones de la teología cismática podemos aducir dos verdades á cual más importantes, á saber que Jesucristo ha investido á S. Pedro de una verdadera primacía sobre los demás apóstoles y que esta primacía fué transmitida á sus sucesores. Para negar esta evidencia evangélica ha sido menester hallarse cegado por la pasion. No vaya á creerse sin embargo que la autoridad divina de los Obispos sea incompatible con la supremacía del Papa y que la una sea absorbida por la otra: la Iglesia ha sido definida una monarquía templada por la aristocracia; y cuantos conocen la constitucion de la Iglesia, saben perfectamente que el elemento aristocrático puede ejercer libre y perfectamente sus funciones bajo la direccion de la Primacía monárquica. Esta aristocrácia háse hecho revolucionaria en ocasiones, con el propósito de ascender desde el segundo grado al primero en el divino edificio, y para justificarse de haber destronado al Papa, ha recurrido al ingenioso recurso de sostener que, el sucesor de S. Pedro no era su heredero universal.

Establezcamos en primer lugar que la primacía docente y jurídica fué realmente conferida á S. Pedro y despues demostraremos que no la recibió con caracter exclusivamente personal y vitalicio.

San Pedro no tiene superioridad alguna personal por cuyo medio pueda explicarse la preeminencia que ejercía en el colegio apostólico. S. Mateo, S. Márcos y S. Lucas, escribieron la historia del Salvador; S. Juan mereció el nombre de Aguila de Patmos; S. Pablo será arrebatado hasta el tercer cielo y nos legará inmortales epístolas; mas S. Pedro no posee calidad alguna que le distinga bajo el punto de vista de su talento, de manera que si se convierte en el primero en la Iglesia, despues de Jesucristo, no puede ser en manera alguna en virtud de las dotes que le deba á la naturaleza, sinó por eleccion y disposicion del mismo Jesucristo. Y en verdad que se necesita ser presa de todas las prevenciones para cerrar los ojos á tan providencial economía. Si algun dia recorre estas páginas un enemigo de la dominacion de los Papas, le ruego que puesta la mano en el corazon, medite sobre lo siguiente.

La predestinacion de Pedro á la supremacía relevóse el dia en que Jesus le dió un nuevo nombre. *Al verle Jesús por vez primera contemplóle y le dijo: tu eres Simon hijo de Jona; pero te llamarás*

Céphas que quiere decir Pedro (piedra). Desde este instante se transparenta el designio del Salvador respecto del príncipe de los Apóstoles. Segun los usos judaicos un cambio de nombre, de esta manera impuesto á un hombre, equivalia para él al anuncio de una vocacion, de una ventura ó de un órden de cosas verdaderamente extraordinario. Abraham, Sara, Jacob, son llamados Abram, Sarái, Israel, el primero en memoria de su alianza con el Señor, la segunda por haber concebido y parido en ancianidad, el tercero por su lucha contra el angel. ¿No se ve pues de un modo clarísimo que al llamar Cephas ó piedra al hijo de Simon, quiso el fundador de la Iglesia señalarle y designarle como piedra fundamental de un edificio futuro?

Téngase en cuenta además, que con ser el nombre de Pedro muy significativo, no lo es más que las distinciones de que fué objeto este apóstol. Él es el único que camina sobre el mar con Jesús, el único que es llamado por Jesús por su nombre y repetidas veces; el único que es objeto de una oracion especial; el único que despues de la resurreccion alcanza el beneficio de una aparicion singular; el único á quien se anuncie con gran anticipacion la muerte que le espera; el único, en fin, que es distinguido entre todo el rebaño apostólico, hasta por los mismos ángeles, puesto que el ángel dice á las santas mugeres: «*Anunciad la nueva á los discípulos y á Pedro.*»

Y todavía existen otros datos que ponen más en evidencia su prerogativa. Pedro disfrutará las primicias de todo, será el primero en confesar á Dios, el primero en la obligacion del amor, el primero en la práctica de la penitencia, el primero que disfrutará la visita de Jesús despues de haber resucitado, el primero que propondrá el que se complete el número de doce que resultaba incompleto en virtud de la muerte de Judas, el primero que confirmará la fé por un milagro, el primero que convertirá á los judíos, el primero en recibir á los gentiles, el primero inscrito en las cuatro enumeraciones diversas de los apóstoles hechas en los Evangelios, en suma, el primero siempre, y el objeto de la veneracion del eminente Paulo que, descendido del tercer cielo, va á contemplarle «á fin «de que resulte debidamente establecido, dice Bossuet, que por «más santo y por más sábio que el hombre sea, y áun cuando fuese «otro S. Pablo, es menester que vea á Pedro (1).»

No podrá decirse que sea fortuito semejante cúmulo de circunstancias; mas por si respecto de ello se abrigara alguna duda, podemos citar la preconizacion de este Primado inmortal erigido por el mismo Jesús, valiéndose para ello de palabras más convincentes si cabe, y que jamás se pronunciaron ni sobre la cabeza de los após-

(1) *Sermon sobre la unidad.*

toles reunidos, ni sobre la de cada uno de los apóstoles en particular.

Simon Barjona acaba de confesar la divinidad de su Maestro con una fé y un amor tan entusiastas, que han logrado conmover á todas las generaciones que se han sucedido en el transcurso de diez y ocho siglos, y hasta á su mismo Maestro que le contesta: «*Dichoso tú Simon Barjona puesto que ni por la carne ni por la sangre has tenido esta revelacion, sinó por mi Padre que está en el cielo; y yo te digo en recompensa, que tú eres Pedro y que sobre esta Piedra levantaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*»

Estas palabras pronunciadas en presencia de los apóstoles; pero en provecho de uno sólo, y sin hacer mencion alguna de los demás, ¿no revelan claramente que en esta divina construccion, el que se designa en ella para servir de fundamento á la Iglesia, tiene más importancia que Bartolomé y que Tadeo?

Y todavía existe otra promesa en virtud de la cual resulta más claramente sin par respecto de todos los demás apóstoles, y esta promesa consiste en la investidura única, sublime, anunciada por medio de palabras capaces de causar vértigo. «*Te daré las llaves del Reino de los Cielos*, le dice el que es su Maestro *y cuanto en la tierra perdones, en el Cielo será perdonado.*»

¡Qué elevacion para un pobre pescador! ¿Y es posible equiparar á los doce al que en virtud de tales prerogativas está muy por encima de los demás? Nó, al que dude de la primacía de Pedro, basta con recordarle el divino poder de las llaves.

Añadamos tambien su derecho de confirmar á todo el Colegio apostólico en la fé. Jesús próximo á su fin, movido por el cariño que tenia á la Iglesia le dice á Pedro: *Simon, Simon, has de saber que Satán ha solicitado cribar á todos los que debeis sucederme, del mismo modo que se criba el trigo; pero yo he rogado por tí á fin de que tu fé no se debilite y tú por tu parte confirmarás á tus hermanos.*

¿Y aquel á quien se han hecho tales concesiones, y aquel á quien tales cosas se han predicho, el único en recibir mision tan elevada, el único favorecido con el apoyo de semejante oracion no ha de ser, no es más, respecto de los otros apóstoles que *unus inter pares*? Nó, el recuerdo de la criba como el de las llaves, como el de la piedra fundamental, aseguran evidentemente á Pedro el principado del doctorado y del rectorado universal.

Y sin embargo, todo lo dicho no son más que los preludios y los anuncios de la creacion de esa primacía: en cierta manera podemos poner de manifiesto el momento en que resulta instituido y consagrado el primer Pontífice. Próximo el instante en que Jesucristo va á abandonar la tierra, y resuelto á echar la base de esta sociedad espiritual que hasta aquel momento se habia contentado con predecir, llama á Pedro valiéndose de estas memorables palabras. *Simon*

Juan, ¿me amas más que á estos? y el Apóstol contesta: *Señor, vos sabeis que os amo.* ¿Cuya será la recompensa para ese amor tres veces solicitado por el Maestro, y tres veces jurado por el discípulo? Será indudablemente este poder que es el más grande, el más extenso, el más omnímodo que jamás se haya confiado á mortal alguno. *Apacienta mis rebaños, apacienta mis corderos.*

Y este apóstol, el único que, con relacion á la humanidad, tiene las atribuciones del Pastor, es decir, las de alimentar, conducir y defender el rebaño universal, ese Pastor constituido en vigilante, no sólo de las ovejas, sinó tambien de los rebaños, ¿debe ser considerado simplemente como una oveja semejante á las demás? Entónces, ¿cómo se explica que ninguno de los otros apóstoles recibiera de parte de Jesús encargos parecidos? ¿Y por qué este empeño en Jesús, de decirnos respecto del particular una cosa por otra, de hablarnos en términos que más bien que la expresion de su pensamiento serían un disfraz del mismo?

Y téngase en cuenta que Pedro confirma por medio de sus actos la elevada mision de que se halla investido, y que su primacía no se pone en tela de juicio por ninguno de los obispos ni de los fieles de su tiempo. Jefe siempre, y en todas partes reconocido, del magisterio y del gobierno, marcha á la cabeza de sus compañeros en la obra de la promulgacion del Evangelio. Él funda la primera Iglesia en Jerusalen; él defiende ante el Sanhedrin la causa de los apóstoles; él, en viajes que merecen á justo título el nombre de primeras visitas pastorales, recorre la Judea, la Galilea y la Samaria; él es quien pronuncia la primera sentencia judicial dictada por la Iglesia contra Ananias y Sáphira; él es finalmente el primero en lanzar y confundir bajo el peso del anatema á Simon el Mago.

Los apóstoles y los fieles consultaban á Pedro las dificultades doctrinales y disciplinarias que se les ocurrian; colocábanse los enfermos sobre el camino que debia seguir, y resultaban curados merced á la benéfica influencia de su sombra. Hasta Pablo que ha recibido directamente de Jesús la enseñanza de la doctrina, no da comienzo á las funciones del apostolado sin haber *pasado quince dias al lado de Pedro* á fin de establecer con el mismo comunion de pensamientos y de sentimientos. Y ahora preguntamos: ¿á qué vendría esa peregrinacion, esa visita al príncipe de los apóstoles, más bien que á S. Juan el discípulo preferido de Jesús, mejor que á Santiago el hermano del Señor, el obispo de Jerusalen, rodeado de la aureola de la veneracion, de parte de la naciente Iglesia? Porque, dice S. Juan Crisóstomo, S. Pedro era *la boca y el jefe del Colegio apóstolico.*

Reflexionen respecto de lo dicho los Pontífices del cisma establecidos en Constantinopla ó en San Petersburgo: la primacía de Pedro que con tanto desenfado rechazan, está tan plena y perfectamente demostrada como la mision de los apóstoles de quienes pre-

sumen ser legítimos herederos. Si los textos alegados en favor de la primera tésis carecen de valor, los que establecen la segunda están más desprovistos de fundamento todavía, y el dia en que el Santo Padre, quede despojado de su primacía, no quedará á los Obispos Griegos otro recurso que presentar su dimision.

Por lo demás, y atestiguando con la tradicion, ¿por ventura la dignidad sobreminente de la cátedra de S. Pedro ha experimentado en tiempo alguno comparacion ni concurrencia por parte de alguna otra sede apostólica? ¿No reconoció Antioquía á Pedro como su primer Pastor, no obstante haber sido fundada préviamente esa cristiandad por Pablo y Bernabé? ¿Y más tarde Roma no ha sido constantemente considerada como la ciudad episcopal de Pedro, áun cuando Pablo fué muerto como aquel en ella por defender la fé, y como aquel, y acaso más todavía trabajó en favor de la misma? ¿Cómo explicar todo esto si se prescinde de una primacía de institucion divina en el ministerio, en el gobierno y en el magisterio del primer vicario de Jesucristo?

Los Padres de la Iglesia por su parte forman una aclamacion inmensa con los homenajes reservados al Primado de Roma, y el que fué nombrado el último de los Padres en el órden cronológico; pero que fué acaso el primero por la elocuencia, ha resumido en los siguientes términos ese sublime concierto. «Es esta cátedra romana «tan celebrada por los Padres, á la cual han exaltado como á compe«tencia, el principado de la sede apostólica, el principado princi«pal, la fuente de la unidad, y en el lugar de Pedro, el grado eminente «de la cátedra sacerdotal, la Iglesia madre que tiene confiada la «direccion de todas las demás Iglesias; el jefe del episcopado de «dónde procede la luz del gobierno; la cátedra única en la cual «guardan todas la unidad. Al expresarme en estos términos, me «valgo del lenguaje de S. Optato, S. Agustin, S. Cipriano, S. Ire«neo, S. Próspero, S. Avito, S. Teodoredo, el Concilio de Calcedo«nia y todos los demás; el Africa, las Galias, la Grecia, el Asia, «el Oriente y el Occidente unidos en un todo homogeneo (1).»

¿Dónde han estudiado, pues, la historia los sofistas Bizantinos, para creer que han podido de tal suerte confiscarla en provecho de una revolucion, siquiera haya sido ordenada por los patriarcas ó los archimandritas? En verdad que cuando se observa el espíritu eminentemente autoritorio que se cierne sobre toda la doctrina evangélica, es difícil persuadirse de que Jesús haya fundado sin unidad, distribuyendo la autoridad de su Iglesia entre todos los obispos del mundo. Mas racional seria decir, comprobando el carácter del divino maestro: si no existiera la primacía de Pedro, seria menester suponerla. Pero cuando considero que S. Pedro estableció en Roma

(1) *Serm. Sobre la unidad.*

la sede de su primacía y que nombró un sucesor al cual han seguido tantos otros sin solucion de continuidad hasta Pio IX; cuando reflexiono que cinco Padres de los primeros siglos de la Iglesia han redactado un catálogo de los Obispos de Roma cuya exactitud genealógica no ha podido ser puesta en duda (1); cuando fijo la atencion en esa dinastía de Primados ilustres ejerciendo un poder universalmente reconocido en las causas de la fé y de la disciplina general, en la convocatoria, presidencia y ratificacion de los concilios, en las apelaciones interpuestas ante su tribunal de todas las partes del mundo; en suma y finalmente cuando oigo al baron Starck, que no obstante sus prevenciones de protestante afirma que *la primacía de S. Pedro en Roma goza el testimonio de toda la antigüedad;* y á Basnage que á lo dicho añade *que no existe tradicion alguna que reuna más pruebas en su favor;* á Parson conviniendo en que *ninguno de los antiguos puso en duda la fundacion de la Iglesia romana por S. Pedro, ni la sucesion de los Papas á su herencia;* y por último, á Puffendorf y Grotio, hablar en alta voz de *la primacía de la Iglesia Romana y de su jerarquía legítima*, no puedo ménos que preguntarme si la sofística griega más bien que de refutacion, es sólo digna de desprecio. Y poniéndola luégo al mismo nivel de los teólogos de la herejía que defienden lo mismo que ella ataca, me siento con intento de decirle: «No os ocupeis ya en escribir la historia cristiana puesto que la falsificais, y no os empeñeis en apoyaros en el Evangelio puesto que lo destruis.»

Llegados á este punto juzgamos del caso concluir valiéndonos de las palabras de un apologista por demás autorizado que se expresa en los siguientes términos: «¿Puede darse cosa alguna más «formal, más sostenida, más acabada, que este pensamiento, esta «voluntad que se desarrolla durante todo el curso de la vida mortal «de Jesucristo, y que del estado de proyecto y de promesa pasa al «estado de ejecucion en el preciso momento en que van á comenzar «los destinos de la Iglesia? Si despues de estas palabras tan claras, «tan enérgicas, tan majestuosas, resulta una impostura la primacía «de S. Pedro, no podemos ménos que decir sin temor á Jesucristo: *Si error est, a te decepti sumus* (2).» Y si no obstante la importancia y claridad de tales hechos, tan manifiestos como persistentes, que han venido á confirmar las palabras de Jesucristo, la primacía de Pedro es una impostura, ¿no estamos en el caso de añadir que los siglos y el mundo civilizado están de acuerdo en el mantenimiento de semejante superchería?

No obstante todo lo alegado, la dificultad no está enteramente

---

(1) San Ireneo, Tertuliano, san Epifanio, san Optato, san Agustin.
(2) Aug. Nicolás. Estudios filosóficos, vol. III.

resuelta. No todos los cismáticos y herejes están conformes en negar la primacía de S. Pedro: los hay que la admiten; pero sin aceptar la del Papa, diciendo que la de S. Pedro no podia pasar á sus sucesores. Para ello dicen que así como quedó extinguido con los apóstoles el poder de obrar milagros, la inspiracion divina, y el privilegio de la infalibilidad, la primacía eclesiástica expiró con el primer Vicario de Jesucristo. Cuanto en ella ha querido apoyarse no es más que mera usurpacion. Sembrada en la tierra la palabra divina, la verdad ha germinado por sí sola auxiliada por los escritos divinos; únicamente, en opinion de los cismáticos, es indispensable la existencia de Obispos en defecto del Papa, para velar por la conservacion de dichos escritos; en tanto que, segun la herejía, bastan impresores que los reimpriman, buhoneros que los propaguen, y lectores que los consulten.

Averigüemos pues si es verdad que el primado de S. Pedro no sea hereditario en los que ocupan su sede, y si procede borrar esta gran afirmacion de Bossuet: «No se diga que el ministerio de Pedro «concluyó con él. Lo que debe servir de sostén y apoyo á una Igle«sia eterna, no puede acabar. Pedro vivirá constantemente en sus «sucesores; Pedro hablará constantemente desde su cátedra (1).»

A poco que merezca la razon el derecho de que se la cuente en el número de las apreciaciones teológicas, es menester confesar que no puede imponérsele el sistema cismático so pena de torturarla. En efecto: ella nos dice que la primacía de Pedro, no ha podido tener en manera alguna en la Iglesia, una razon de ser provisional ó transitoria. Esta primacía fué un medio indispensable para constituir la unidad contra los errores y un dique opuesto al desbordamiento de los vicios, y como todos los siglos están sujetos á los mismos vicios y á idénticos errores, la supremacía pontificia debe ser perpétua, so pena de inconsecuencia en el fundador de la Iglesia y de confusion en su obra.

¿Qué pueden, qué fuerza tienen simples obispos diseminados sea para la instruccion, sea para la reforma del universo, cuando los derechos de cada uno de ellos concluyen al pisar los límites de la diócesis del vecino? ¿Qué pueden, siquiera reunidos en concilio general, ya que el concilio por su naturaleza es transitorio, en tanto que las necesidades de la enseñanza y del gobierno eclesiástico son permanentes? Por consiguiente, sin una primacía permanente capaz de imprimir movimiento á los rodajes inferiores, es decir sin una cabeza que pueda mandar á los miembros, no hay en la Iglesia unidad posible, y su movimiento de conjunto se convierte en un completo desbarajuste.

Por lo demás, ¿no es un verdadero contrasentido admitir una

---

(1) *Serm. Sobre la unidad.*

primacía en la Iglesia, cuando esta no tenia necesidad de ella, y rechazarla precisamente cuando la necesita imprescindiblemente? En tiempo de S. Pedro todos y cada uno de los apóstoles estaban dotados de dones escepcionales, segun dejamos manifestado: los fieles eran, relativamente, poco numerosos, más firmes en la fé, más ardientes en la caridad; no es pues cosa completamente destituida de sentido creer que Jesucristo haya querido suprimir la primacía en el preciso momento en que era más necesaria que nunca, es decir cuando los obispos se han aumentado desde doce hasta muchos miles; cuando ninguno de ellos es más infalible ni está más bien inspirado que los demás; cuando muchos son culpables de los delitos de escándalo y herejía; cuando los fieles, en fin, expuestos á todos los vientos de la doctrina, rodeados de toda suerte de errores, dispersos bajo todas las latitudes, separados por toda especie de lenguas, de nacionalidades, de preocupaciones, no podrían entenderse en materia de fé, sin una autoridad establecida en el centro del mundo, para servirles de lazo de union? Es esta una demostracion por absurdo, decisiva contra los adversarios de la supremacía papal, y es indispensable insistir en la luminosa teología de Bossuet.

«Era indispensable en la Iglesia la existencia nunca interrum-«pida de un Pedro, para confirmar á sus hermanos en la fé. Era el «medio más propio para establecer la unidad de sentimientos que «el Salvador deseaba, y esta autoridad era tanto más necesaria, á «los sucesores de los apóstoles, en cuanto su fé era ménos fuerte «que la de sus antecesores (1).»

Sí, era indispensable en la Iglesia la existencia perenne de un Pedro, y por más que se inquiera, no puede darse con la razon en virtud de la cual Pedro habria prescindido de esta fundacion inmortal para abdicar toda la autoridad en el episcopado. Jesucristo llama unas veces á la Iglesia reino, y en un reino no hay más que un rey; otras casa, y en la casa no hay más que un padre de familia; ora nave, y en la nave no hay más que un piloto; ora cuerpo, y en un cuerpo solo hay una cabeza; ora rebaño, y el rebaño solo tiene un pastor. Ahora bien, ó debe prescindirse de todas las semejanzas, de todas las analogías, de todas las indicaciones evangélicas, ó no puede ménos que admitirse el dógma de la primacía.

¿No es además inconcebible el que habiendo Jesucristo establecido un sacerdocio, sus sacramentos y su Iglesia para siempre, se contentara con señalar á la primacía una duracion temporal? ¿A qué esa anomalía de una supremacía momentánea en una sociedad cuyas ruedas todas son inmortales?

¿Y no es más inadmisible áun que Jesús el predicador de la unidad por escelencia, el que en todo la ha establecido en honra y

(1) *Medit.* 72.

memoria de la que existe entre él y su Padre, haya basado su obra sobre una diversidad tan espantosa, que en el caso en que fuera cierto el cisma, resultarian tantos Papas como Obispos existen, y en consecuencia, existirian tantas Iglesias como diócesis? No puede desconocerse que todas las probabilidades racionales están en contra de esta hipótesis y el Focianismo, el Rusianismo, el Anglicanismo, no llevan tan profundamente impreso el sello del pensamiento de Jesús, para que debamos persuadirnos que de él proceden.

Demos de mano sin embargo á las consideraciones filosóficas, y preguntemos á la historia. ¿Qué nos dice con relacion á la perpetuidad de la primacía en los Soberanos Pontífices?

Cuando el cuerpo apostólico recibió de Jesús la mision de enseñar, componíase de dos elementos, á saber: los Apóstoles y su Primado; por consiguiente, si en virtud de estas palabras *estaré con vosotros hasta el fin,* los apóstoles se han perpetuado en sus sucesores, otro tanto ha de haber sucedido con el Primado. En aquel momento solemne S. Pedro gozaba plenamente de su prerogativa; su prerogativa debe pues subsistir siempre presente y en ejercicio en la Iglesia, so pena de admitir que Jesús ha dejado de ser con el Papa, para continuar siendo con los Obispos, lo que constituye el colmo de lo arbitrario en materia de interpretacion. O la palabra del divino Maestro instituyendo el apostolado ha perdido toda la accion de transmisibilidad, áun para los obispos, ó es indispensable que dure áun para el Papa, porque evidentemente Jesucristo ha hablado de los sucesores de S. Pedro como de los de los doce apóstoles cuando ha dicho: *Permaneceré con vosotros.* Por consiguiente, el ministerio de Pedro se ha hecho *ordinario*, *principal y fundamental* en toda la Iglesia.

¡Estraña pretension la del episcopado separado de Roma de tener un árbol genealógico más verdadero que el de los Pontífices romanos! ¡Estraño delirio sobre todo el que consiste en no comprender que segun la doctrina docente, desapareciendo la primacía, ha de desaparecer el episcopado!

¿Justificaria acaso esta distincion inconsecuente la tradicion de los primeros siglos? De ninguna manera, porque despues de la muerte de Pedro, sus sucesores ejercen todos sus derechos sin reclamacion alguna de parte de las Iglesias.

El segundo concilio de Nicea hizo saber á todos los siglos, *omnibus sæculis notum sit*, que el heredero de la silla de Pedro, está dotado de la primacía de jurisdiccion. El concilio de Éfeso decretó que San Pedro debe ser considerado como viviendo siempre y juzgando en sus sucesores. Finalmente, el cuerpo entero de los pastores, que, segun la doctrina de Constantinopla, está en posesion de la infalibilidad, ha proclamado cien veces ántes que apareciera Focio, que era de institucion divina la primacía del Obispo de los obispos. Póngase el cisma de acuerdo consigo mismo, y no le será difícil entenderse con Roma.

¿Tuvieron los Padres, respecto del particular, opiniones distintas de las que nosotros profesamos? De ninguna manera: cuando San Ambrosio decia, *Dónde está Pedro, allí está la Iglesia* (1), de seguro no veía en el Papa un sucesor empequeñecido del primer Pontífice, puesto que en él veía la personificacion incesante de la Iglesia. Y cuando San Jerónimo escribia, *La salvacion de la Iglesia depende de la dignidad de su supremo sacerdote; si este jefe no estuviese revestido de un poder extraordinario superior á todos, habria tantos cismas como sacerdotes existen* (2), de seguro que el sábio anacoreta se referia á una primacía permanente en el gran sacerdote del catolicismo, y no á una autoridad parecida á la de los demás obispos (3). Cierto que en los tiempos heróicos del cristianismo, como en nuestros dias, los mayores santos han tenido, respecto de Roma, momentos de mal humor y palabras duras, resultado de ciertas pruebas; mas no deben confundirse en manera alguna sus torpezas con su doctrina. Estudíeseles en el conjunto de su existencia y no en momentos determinados de su vida; en su teología y no en lo que podria llamarse su retórica, y se les encontrará unánimes respecto del particular, y se adquirirá la conviccion de que los Griegos no han promovido su cisma porque fuera obscura la primacía de Pedro, sino que, por el contrario, han obscurecido la primacía con el propósito de excusar el cisma que promovieron.

Y no obstante lo dicho, la verdad es que se han sublevado contra el sentido comun para autorizar su insurreccion contra los Papas. ¡Cómo! ¿Todo cuanto se ha operado de más grande en el órden moral de diez y ocho siglos acá, la propagacion del Evangelio, la conversion de los infieles, la civilizacion de los bárbaros, los santos, los mártires, la transformacion del mundo, todos esos frutos de la iniciativa y de la cooperacion papales, serian únicamente efecto de una añagaza y de una supremacía usurpada?

En cambio, los escesos sacrílegos cometidos por los heresiarcas y por los príncipes, por la violencia y por la impiedad, por los invasores y por los blasfemos en ódio á los Pontífices, toda esa conspiracion de rencores y de perversidades que de todos los puntos del horizonte se encarniza incesantemente contra el trono de San Pedro, con el objeto de convertirlo en calvario, y contra sus sucesores para trocarlos en una dinastía de mártires, ¿no seria más que resultado de un acto de justicia? Porque la verdad es que si los Pa-

(1) In Ps. 40, n. 30.
(2) In jov. lib. I, n. 24.
(3) Si somos sóbrios en las citas patrológicas, y cuidamos de abreviar todo lo posible los temas de que nos servimos para apoyar nuestros principios, es porqué nos proponemos evitar el cansancio al lector. Dado caso que desee convencerse por sí mismo de los testimonios que respecto de esta materia proporciona la tradicion, encontrará datos abundantísimos en todos nuestros tratados relativos á la Iglesia.

pas no son los verdaderos Primados del catolicismo, deben considerarse como verdaderos usurpadores.

Y esos errores que han sido abjurados bajo su palabra, y esas pasiones que han sido encadenadas por su poder, y esos príncipes que se han inclinado ante su voluntad, y esos pueblos que han tomado direccion distinta obedeciendo á sus mandatos, y todo ese universo que en medio de tantas tormentas se postra de rodillas para recibir sus bendiciones, áun cuando para hacerse obedecer no cuentan con nada más que con su amor, todo esto no ha de ser más que el imperio de una primacía prestada, y resultado de una alucinacion general? Imposible.

Dirijámonos sinó á los mismos enemigos del papado, y veremos que no han vacilado en reconocerlo, en tanto este ha querido reconocerlos á ellos. Desde Valentin y Marcion hasta Enrique VIII, pasando por Arrio, Pelagio, Nestorio, Eutiches, las grandes rebeliones se han dirigido constantemente contra Roma, hasta tanto que Roma se les ha mostrado contraria. Focio decia modestamente á Nicolás I: «Os escribo para defenderme, no para contradeciros,» de dónde se sigue que despues de haber accedido á reconocer la primacía del Papa como acusados, carecen del derecho de emanciparse en cuanto se han visto condenados, y que por consiguiente puede decírselo al cisma oriental: Lo que os alejó de la primacía no fué la luz sinó la pasion, y por nuestra parte remitimos vuestra actual persistencia, á la justicia de vuestros comienzos.

Detengámonos al llegar al término de estas consideraciones en la conclusion deducida por el protestante William Cobden: «O es «menester negar la verdad de las Santas Escrituras, ó es preciso «confesar que Jesucristo en persona promete á todas las generacio- «nes un jefe de la Iglesia (1).» En efecto, todas las generaciones son objeto de la solicitud de Jesucristo: á una mirada y á un amor infinitos les es imposible circunscribirse á más reducido espacio. Por consiguiente, para que la primacía de San Pedro no constituya un argumento contra la sabiduría y la justicia de Dios, es indispensable que continúe al través de los siglos, como una antorcha inextinguible, llevando á los últimos habitantes de este mundo la verdad revelada por Jesucristo.

II.

La Iglesia debe pues tener un jefe. ¿Debe este jefe ser infalible? Una autoridad doctrinal divinamente instruida no se concibe sin el don de infalibilidad, dice Malebranche. Y no basta que esta auto-

(1) Hist. de la Reforma. Carta II.

ridad se crea infalible por ser divina, sinó que, puede decirse que sólo es divina en cuanto se considera infalible. Imaginaos un jefe de religion reconociéndose capaz de engañarse, y que os condena si no os someteis á su fé, y tendreis la barbarie más monstruosa fundada en la más monstruosa aberracion. Para tener el derecho de imponer una creencia, sopena de muerte eterna, es indispensable que el poder que la imponga esté seguro de no engañarse, de lo contrario ese poder degenera en la más atroz y estúpida de todas las tiranías. En este concepto el catolicismo no somete en manera alguna á sus adeptos á una prueba extraordinaria, puesto que la infalibilidad es una necesidad lógica en todo poder que hable en nombre de Dios, y la religion que de ella prescinda jamás logrará obtener la creencia de las demás por la razon sencilla de que no cree divinamente en sí misma. Tres principios existen para conciliar las repugnancias contemporáneas con este dogma tal cual lo entiende la Iglesia: la belleza del órden que constituye, la solidez de las razones que la apoyan, y lo fútil de las objeciones que se le oponen.

Detengámonos un instante en la contemplacion de las armonías y grandeza de esta parte del edificio católico. La infalibilidad de los Papas tiene por centro el lugar más célebre de la tierra. Roma ha superado á Jerusalen en los piadosos respetos de la cristiandad, y si las dos alianzas han llorado á su vez la pérdida de la segunda no hay quien pueda imaginar la suma de desgracias y de ruinas que en el campo de la historia representaría la destruccion de la primera. Hay en la tierra una colonia augusta que participa de la grandeza del Tabor y de la del Sinaí. Como este lanza rayos y torrentes de luz: sus rayos han aniquilado todas las heregías; los torrentes de su luz han servido de faro á la civilizacion en la carrera del progreso que lleva recorrida en el espacio de diez y ocho siglos. somo aquel recibe dicha colina luces superiores á las que proCeden de este mundo, y sus perspectivas ocupan un lugar intermecio entre las visiones de la tierra y las de la eternidad. ¡Singular doincidencia! esta fatídica colina se ha llamado con verdadera racon la montaña de los oráculos ó el Vaticano (1). Existe en ella un zér en el cual reside perpetuamente el Espíritu de Dios, que pronuncia fallos inapelables cuantas veces se sienta en la cátedra de S. Pedro para hablar. No hace la revelacion; pero la guarda: no puede aumentar el tamaño del objeto; pero lo desarrolla: y por esto los decretos que promulga en el transcurso de los siglos, tocan más de cerca los intereses de la humanidad que el descubrimiento de los mundos desconocidos, y la humanidad sólo distinguirá matices y en manera alguna contradicciones entre las decisiones del papado y las revelaciones del paraiso.

(1) De *Vaticiniis.*

No se escandalice el lector si me ve en apariencia comparar lo que es incomparable. La verdad de la Iglesia militante y la de la iglesia triunfante son una misma cosa, escepcion hecha de las tinieblas que todos los dias va desvaneciendo el pontificado. Como Santo Tomás viera arrebatado por la muerte á uno de sus amigos más predilectos, alcanzó la gracia de tener un consuelo á su dolor con las frecuentes visitas que le hacia esa alma tiernamente amada, y como durante una de esas visitas ó apariciones el maestro dijera al discípulo «Oh tú que tienes al presente la dicha de contemplar la «verdad en Dios, dime si en mis lecciones se encierra error.» Este dió esta respuesta sublime al Angel de las escuelas. «Lo que hemos aprendido es lo que hemos visto en la ciudad de Dios. *Sicut audivimus, sic vidimus in civitate Dei* (1).» Hé ahí pues un testimonio que ningun doctor particular puede recibir bajo el mismo título que los vicarios de Cristo. En la tierra la verdad se manifiesta envuelta en el enigma; en el cielo resplandece como la luz del medio dia: y los Papas que tienen la mision de iniciar al linaje humano del uno al otro de esos polos de la luz, son los maestros que más seguridad tienen de escuchar eternamente en boca de los elegidos este sublime himno de gratitud. «Lo que hemos oido en Roma, hemos visto en la ciudad de Dios.»

No hay pues para que se haga á este pueblo un cargo por su inmovilidad. Su inmovilidad, si realmente existe, es como la del eje en derredor del cual gira el mundo incesantemente y con él cuanto en el mismo existe, sin que quede más remedio al que por la tangente pretenda escapar, que precipitarse en los abismos más insondables. Pekin, Constantinopla, San Petersburgo pueden desaparecer de la superficie terrestre sin que disminuya en lo más mínimo la intensidad de la ley; mas el dia en que desaparezca Roma de la sobre haz de la tierra, esta semejante á un buque arrastrado por desecha borrasca, sin faro ni guia en medio de mares alborotados, será juguete de las más encontradas pasiones: sólo pueden dudarlo los que, ciegos de nacimiento, no experimentan el dolor de verse privados de luz, ó los malvados que gustan de la oscuridad por lo mismo que favorece la realizacion de sus intentos criminales.

No se me oculta que la luz que de Roma procede es muy distinta de la que brota de París; pero esta amenaza incendiar el mundo, en tanto que aquella evita que se precipite por la pendiente de un nuevo caos. No desconozco, tampoco, que la salvacion de los pueblos no se entiende del mismo modo en París que en Roma; mas en punto á doctrina social, como acontece con los caminos de Brindis y de Ostia, las vias romanas son las únicas que no pueden destruirse: una generacion podrá cubrirlas con el polvo de su des-

(1) Ps. 47, 9.

precio; pero otra generacion las descubrirá absorta bajo sus plantas, y sobre sus losas inquebrantables y hará pasar el carro triunfante de su civilizacion

Por esto no me ha causado sorpresa ni admiracion, el que nuestro siglo haya contemplado como verdadero martirio el morir en defensa de esa porcion de tierra en que descansan los fundamentos del órden universal. En otro tiempo se vertia la sangre por la fé, hoy se vierte tambien por el suelo desde el cual pronuncia sus verdades. Todas las patrias se han coligado para la defensa de esta pátria comun y así como la madre de Orígenes le guardaba bajo llave sus vestiduras para impedirle que se entregara al verdugo, en nuestros dias se ha visto á las madres católicas haciendo generosamente el sacrificio de su sangre en aras de esta santa causa.

Por desgracia, no obstante tan nobles esfuerzos y tan generosos sacrificios, por esta misma puerta del Pópolo por la cual pasó en otro tiempo Carlo-Magno, penetró la revolucion con el fin de destruir lo que Carlo-Magno edificara. «Señor, decia un dia Canova á Napoleon I, sobre la tumba de los Apóstoles existen recuerdos que ni vos mismo podeis arrebatar.» De esos recuerdos que no pudieron arrebatar los poderes conquistadores, la Italia se ha apoderado por medio de la superchería y del escamoteo. Es de esperar que su usurpacion se detendrá ánte el dintel de la morada de los Papas. El dia en que el Papa se viese desterrado de Roma, sería menester abrir de par en par las puertas de las demás ciudades para que por ellas pasara triunfante la magestad pontificia: el dia en que una dictadura plebeya se instalara en el Vaticano, seria indispensable dar en alquiler la mitad del edificio. Por lo demás la condicion más importante para toda instalacion, es que la casa convenga al inquilino y el inquilino al dueño de la casa. Y la verdad es que de todos los lugares de la tierra, no hay ninguno como el asiento de la infalibilidad, que ménos se preste á la instalacion de una demagogia hija de Machiavelo, que despues de haber confiscado la palabra de Dios, no tendría ni una sóla palabra para garantizar al mundo su honradez.

¡A que repetir las palabras de Jesucristo que dejamos citadas en otro lugar! Y no obstante no podemos prescindir de ello, porque el fundamento de la infalibilidad es el mismo que el de la Primacia Pontificia y sólo por ellas podemos formarnos cabal concepto de la perfecta economía que nos está ocupando.

Un dia el divino Maestro, inquiria la opinion que de él tenian formada sus dicípulos y Pedro tomó la palabra expresándose en los siguientes términos, *Vos sois Cristo Hijo de Dios vivo*. Contestando á esta bella confesion de su divinidad, Jesús le dijo á su vez. *Dichoso tú Simon Barjona, puesto que no es de la sangre ni de la carne sinó de mi Padre de quién tienes semejante revelacion; y yo te*

digo que tú eres Pedro (piedra) *y sobre esta piedra levantaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1).

Esas palabras son las más prodigiosas que en tiempo alguno se hayan pronunciado sobre la cabeza de un mortal. Desde el momento en que fueron proferidas han permanecido sobre el sólio de S. Pedro como un son siempre vibrante y han obrado siempre en la inmensidad de los tiempos. En vano es que se asesine al hombre por ellas consagrado, pues se transmiten á su sucesor con tanta fuerza, que los verdugos más encarnizados no pueden evitarlo. Las formulas sacramentales deben ser renovadas para que produzcan sus efectos, esta descansa sobre la cabeza de todos y cada uno de los pontífices que han existido y han de existir, para consagrarlos, en virtud de una impulsion que cuenta diez y ocho siglos de existencia. Cierto que no es un sacramento; pero es algo superior, pues constituye el orígen de los poderes de ordenacion, de los poderes de jurisdiccion, de la genealogia pastoral, y los pontífices cuya frente con ellas ha quedado marcada, han merecido ser llamados los vicarios de Jesucristo, ó los *Padres de la luz* evangélica en el universo.

¿Queréis saber ahora la razon de no debilitarse esa luz, á pesar de tantos eclipses y tempestades? Pues es muy fácil decirlo: consiste esto en que dicha luz procede del amor, y el amor, como todas las grandes hogueras se aviva, en vez de extinguirse al impulso de los vientos que pasan soplando á su alrededor. ¡Estraña coincidencia! el amor profano constituye un principio de ceguera, y por esto el paganismo lo representó con una venda en los ojos. El amor sagrado, por el contrario, constituye un principio de luz, y tenemos de ello una prueba irrecusable en las siguientes palabras: *Simon-Juan, ¿me amas más que á estos? Sí, Señor, sabeis que os amo.* ¿Y qué recompensa se dará á este amor? Héla ahí. *Apacienta mis rebaños, apacienta mis corderos* (2), es decir, el gobierno del mundo por medio de la infalibilidad.

Sí, el fuego en la Iglesia como en la naturaleza es la fuente de luz. El amor es el principio de la autoridad docente, y hé ahí la razon probable de llevar el órgano de la infalibilidad de la Iglesia, el nombre más dulce que pueda concederse á la soberanía. Los otros dominadores se llaman autócratas ó césares; este lleva el simpático nombre de Padre, Papa; y basta para distinguir su tutela y su enseñanza de tantas paternidades metafóricas como llenan la tierra, los pueblos le llaman Padre-Santo! Es imposible pronunciar este nombre con la imparcialidad de la indiferencia. Cuanto se refiere á dicha paternidad constituye una cuestion de familia de un extremo del mundo al otro, y no puede tocarse á ella sin que el universo en-

(1) Mateo, 16, 17 y sigs.
(2) Juan, 21-15 y sig.

tero se extremezca á impulsos de la emocion, cual si la majestad sagrada de la naturaleza se sintiera ultrajada en su seno.

Cuando en otros tiempos íbase desmoronando el imperio romano, los próceres galos expresaban á Avito la inmensidad de este desastre, diciendo: El universo sufre en Roma. Acaso en tiempo alguno se ha producido con más intensidad, este fenómeno de sentimiento moral, que al presente. Al contemplar el llanto de Pio IX nos hemos sorprendido considerando cuánto puede sufrir un hombre en el corazon de otro que no sea él. Y es que siendo Roma el corazon del mundo, cuando el corazon está lleno de lágrimas, el cuerpo entero padece. Y esta pasion no es nueva, sinó muy antigua: Tertuliano la conocia á fondo y la designaba por medio de ese sublime neologismo *Romanitas*, alusion consonante á este amor, no ménos universal, llamado *humanitas!* El amor de Roma, el amor de la humanidad, dos afectos que en el fondo se responden; pero de los cuales el primero parece ser superior, porque implica al par el amor de los hombres, y el amor de las enseñanzas de Dios.

Si hay quien juzgue exagerado el entusiasmo de mi subordinacion, contestaré: Vos perteneceis á la edad media, yo pertenezco á mi época. Que se guardaran prudentes reservas respecto de la infalibilidad del Papa cuando sojuzgaba á los príncipes y á los pueblos, se comprende; pero hoy dia en que el Pontífice no tiene más fuerza que su debilidad, puedo y debo obedecerlo sin temor de esclavizarme: habria podido poner en tela de juicio su corona de Rey de Reyes; pero me declaro cortesano de su corona de espinas.

Hasta ahora el órden que acabamos de exponer, más bien que convencernos nos admira. Convengamos, pues, en que la infalibilidad del Pontífice supremo se presenta en su historia rodeada del prestigio de los beneficios y de la grandeza de los recuerdos; mas ¿hállase fundada en la verdad ó constituye su base una mera supersticion católica?

No cabe dudar que todo decreto Pontificio, resolviendo *ex cátedra* en materia de fé, de costumbres y de disciplina general, es decir, dirigiéndose á la Iglesia universal, obliga en conciencia, porque el Papa hablando en tales condiciones es infalible. Nos ocuparemos más adelante de desvanecer las dificultades y reparos que á esto se oponen: al presente nos limitaremos á resumir la teología de este dogma, mucho ménos espantoso que otros para la razon, siquiera más rechazado, gracias á las preocupaciones de la época.

Las palabras que establecen la primacía del Papa, basta con que sean expuestas para que sirvan de prueba á su infalibilidad. Abro, pues, el Evangelio, y pregunto á los que tienen la dicha de creer como yo creo.

Se ha dicho al soberano Primado: «Eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,» luégo la Iglesia descansa sobre Pedro,

como un edificio sobre sus cimientos. Y puesto que las puertas del Infierno no prevalecerán contra el edificio, ménos podrán prevalecer contra su base, puesto que si la base pudiese padecer, el edificio dejaria de ser inquebrantable. «Es más claro que la luz del me-«dio dia, dice Fenelon, que la Santa Sede no seria el fundamento «de la Iglesia si pudiese definir algo herético en cuanto ordena «creer.»

Además de esto, el Salvador dijo particularmente á Pedro: «Te «daré las llaves de mi reino, y cuanto atares ó desatares en la tier-«ra, atado ó desatado será en el cielo,» de donde se sigue evidentemente que Jesucristo ha reconocido y anunciado el don de infalibilidad de los Papas, adelantándose á ratificar cuanto será enseñado ú ordenado por ellos, y Dios no puede sancionar ni lo falso ni lo malo. Más adelante se dirigieron idénticas palabras á todo el sagrado colegio apostólico, y tales palabras se admitieron como prueba de la infalibilidad de la Iglesia, cuando conciernen únicamente al sucesor de San Pedro. ¿En qué consiste que no se haya concedido á las segundas el mismo sentido y la misma virtud que á las primeras?

En otro texto hemos visto tambien á Satán deseoso de pasar por el harnero á todos los apóstoles, y á Jesús rogando en favor de San Pedro con el objeto de que su fé no desfallezca, y procure por su parte animar á sus hermanos: y ahora, dirigiéndome á los que con tanta ligereza proceden en estas cuestiones, me permitiré preguntarles: ¿Puede racionalmente admitirse, que habiendo sido instituido para confirmar á sus hermanos, tenga Pedro en tiempo alguno necesidad de ser confirmado por ellos? Dudar de la eficacia de la oracion de Jesús en favor de Pedro, ¿no valdria tanto como dudar del mismo Jesús? Indudablemente, porque si semejantes promesas no expresan que el Príncipe de los apóstoles se halla libre de error, para corregir los errores de los demás, nada significan que sea digno de la razon evangélica.

Finalmente, existe otro texto áun que concluye con las siguientes palabras: «Apacienta mis rebaños; apacienta mis ovejas.» El pasto del rebaño espiritual lo constituye en primer lugar la doctrina; mas si la Iglesia pudiese reformar la enseñanza dada por el Soberano Pontífice, no seria el Pastor quien alimentara los rebaños, sinó que serian estos los que proporcionarian alimento al pastor.

Para escapar á tales conclusiones, no queda más recurso que ignorar el Evangelio; ó sabiéndolo, trastornarlo; ó sabiéndolo y no queriéndolo trastornar, renegar de él.

En su apoyo invoco la tradicion, la tradicion que es la fé viva de las Iglesias desde su orígen. Nada más conmovedor para la fé y para el corazon, que escuchar en los diferentes puntos del horizonte católico, las siguientes deposiciones de las antiguas cristiandades. Tan pronto es la primitiva Iglesia hablando por boca de San Ireneo

y apelando á la cátedra de Pedro, *como regla de fé* (1), tan pronto es Cartago declarando por boca de San Cipriano «que si hay cismas «y herejías proviene únicamente de no estar puestas todas las mi-«radas en el Pontífice que juzga á la Iglesia en nombre de Jesu-«cristo (2);» tan pronto es Cesaréa exclamando por boca de San Basilio: «Si lo que debe creerse no está definido por el Conci-«lio, es menester que lo defina el romano Pontífice (3);» tan pronto es Hipona por boca de San Agustin (4); tan pronto el desierto cristiano, que por el órgano de San Jerónimo sostiene el mismo principio (5).

No nos detengamos en este largo proceso de los siglos, escuchando á Inocencio I, que al escribir á los obispos de Africa, decia: «Cuando se tratan materias que interesan á la fé, el episcopado «debe referirse á la sede pontificia de donde procede su autori-«dad (6);» ni al papa San Leon diciendo al Concilio de Calcedonia. «No se trata de discutir valerosamente, sinó de creer mi carta «á Flaviano (7);» ni al papa San Celestino dando las siguientes instrucciones á sus legados ántes de qne emprendieran su viaje á Efeso: «Si las opiniones se hallan divididas, acordáos que estais allí, «no para disputar, sino para juzgar (8).» Todos estos testimonios de la antigüedad cristiana; todas esas solemnes manifestaciones de los santos y de los doctores, hállanse contenidas en la reciente afirmacion del Concilio Vaticano. Este no ha inventado el dogma de la infalibilidad, lo que ha hecho ha sido definir, fundándose en los monumentos de la tradicion, que el dogma formaba parte de la creencia católica. Su mision no se dirigia á crear una verdad más, sino á arrancarla de la historia de la revelacion, como de una especie de seno materno dentro del cual tenia ya vida: acto, por consiguiente, que puede ser considerado como una especie de aclamacion de todos los siglos en favor de la infalibilidad; puesto que lo establecido por el último Concilio con la asistencia del Espíritu Santo, tiene su base en la deposicion que le han proporcionado los siglos, de modo que si los siglos no hubiesen dicho cosa alguna respecto del particular, el Concilio nada habria establecido.

El asentimiento explícito de la Iglesia universal al dogma de la infalibilidad, no ejerce más imperio en mi conviccion que la adhesion implícita tanto más poderosa cuanto ménos vista. Los decretos de los Concilios relativos á la fé, á las costumbres, á la disciplina

(1) Adv. hæres., lib. III.
(2) Epist. 55, ad Corn.
(3) Epist. 25, ad Athan.
(4) Serm., 131.
(5) Epist., 15.
(6) Epist., 29 y 30.
(7) Epist., 93.
(8) Epist., 17.

general, han pasado siempre por ser ó no ser irreformables, segun que hayan sido confirmados ó rechazados por el Soberano Pontífice. Mas si el Soberano Pontífice no es infalible en la aprobacion ó no aprobacion que concede á las decisiones conciliares, pudiendo aprobar disposiciones que son contrarias á la fé, pero no ratificar otras que son ortodoxas, la Iglesia se hallará forzosamente inducida al error.

Prueba irrecusable de que los Concilios generales y la Iglesia dispersa han siempre creido, bien que implícitamente, en la infalibilidad del romano Pontífice, porque en definitiva, la autoridad del Concilio descansa sobre la del Papa, ya que el Papa es juez de la oportunidad de la convocatoria, presidente necesario de las deliberaciones, fiscal omnipotente de la verdad de las decisiones, y el derecho del Papa unido á la minoría, es superior al de los sufragios de la mayoría separada del Papa.

Nada más léjos de nuestro intento que disminuir la importancia de los obispos como jueces de la fé; mas, entiéndase que son jueces en primera instancia, en tanto que el Papa pronuncia en último grado. Tampoco tenemos la pretension de negar la infalibilidad de la Iglesia en general; pero esta infalibilidad, léjos de excluir la del Soberano Pontífice, la supone, porque aquella no existe sin el concurso de esta, en tanto que ésta tiene por sí sola poder omnímodo para regir y gobernar. El episcopado, siquiera de derecho divino, no es en materia de fé más que el supremo Consejo del Papado, encargado de dar dictámen si el papado le pregunta, y obligado á someterse si prescinde de consultarle.

De esta suerte se desvanece el error, que consiste en ver en la Iglesia dos infalibilidades puestas la una frente la otra, y teniéndose en jaque ó manteniéndose en equilibrio. No, en realidad no hay más que una, la del Pontífice; la otra es únicamente un apéndice, un complemento de la primera, sin facultad para decidir cosa alguna, en tanto el Papa no le concede mision para deliberar y aprobacion para decidir.

Un argumento deducido del principio galicano corrobora singularmente la doctrina de la infalibilidad papal. El Galicanismo colocaba la infalibilidad en el mayor número, á fin de evitar los inconvenientes de la infilibilidad personal: pues bien, el mayor número de los doctores, especialmente fuera de Francia, ha sido favorable al dogma por nosotros sustentado. El de la Inmaculada Concepcion, siquiera ménos contradicho despues de su definicion, contaba ántes con ménos sufragios. Puede decirse que la teología de todos los siglos ha sido ultramontana. Apénas si el cisma de Occidente, á causa de los anti-papas que habia favorecido, suscitó una reaccion de algunos años contra las prerogativas del Pontífice romano. Por lo demás, casi todos los doctores que tomaron parte en ese movimiento, fueron de nuestro país y experimentaron una in-

fluencia cesariana que ha tenido sus principales apogeos históricos en Felipe el Hermoso, Luis XIV y Napoleon I.

De Marca, que estaba bastante apartado de nuestra doctrina, para hablar con desinterés y sin apasionamiento, estaba de ello convencido, si hemos de juzgar por las siguientes palabras: «La «opinion relativa á la infalibilidad del Soberano Pontífice es la única que se enseña en España, Italia y en las demás provincias de «la Cristiandad, de manera, que lo que se llama el sentimiento de «los doctores de París, debe colocarse en la categoría de las opiniones que sólo son toleradas. Todas las universidades, escepcion «hecha, sin embargo, de la antigua Sorbona, convienen en reconocer en los Soberanos Pontífices la autoridad de decidir en cuestiones de fé por medio de un juicio infalible. Hay más áun: al «presente esta es la doctrina que vemos enseñar en la Sorbona.»

Tenemos, pues, que la oposicion teológica á la infalibilidad del Papa fué principalmente francesa: afortunadamente casi ha dejado de existir, y esto prueba que nuestra tésis dejada á la decision de la mayoría, entre los oráculos de la doctrina, y en defecto de la definicion de la Iglesia, podria contar con la consagracion del sufragio universal.

Y siendo esto así, ¿á qué viene el empeño de sostener como legítimas en teoría, restricciones de obediencia que en el terreno de la práctica se juzgarian verdaderas rebeliones? La inconsecuencia ha sido siempre rasgo característico en ciertos adversarios de la infalibilidad pontificia: sí, fieles ó láicos, aceptan todos las decisiones de los Soberanos Pontífices pronunciadas *ex cátedra*: todos miran como heréticos ó cismáticos á los que no tienen esta deferencia, y por lo tanto podemos decir, que los Papas fueron siempre reconocidos como infalibles de hecho, y que la doctrina contraria, léjos de constituir un principio de conducta fundado en la verdad, es simplemente un arma de reserva puesta al servicio de los tiranos y de los apóstatas para las épocas de lucha, y manejada por imprudentes en tiempo de paz.

Será motivo de sorpresa en lo porvenir, el que en nuestra época haya podido ponerse en tela de juicio la infalibilidad de los Papas, despues de haberse demostrado por el precedente de diez y ocho siglos de una experiencia inatacable y nunca interrumpida. Este hecho hace ya mucho tiempo que no constituye un tema de escuela, sino un hecho luminoso. No hay ejemplo de que decreto alguno pontificio, hasta aquellos que se han dictado sobre las materias más escabrosas, haya pasado por erróneo á los ojos de la posteridad cristiana. Los Papas han corregido las ideas de todo el mundo, sin haber tenido necesidad de sér en sí mismos corregidos doctrinalmente. Y esto no constituye la infalibilidad de los Papas afirmada por la misma infalibilidad, sinó la deposicion del sentido comun basada en una verdad histórica. ¿Qué alegan los adversarios de la infa-

libilidad en contra de este aserto? Tres hechos que, en último resultado, nada tienen que ver con la cuestion.

¿La negacion de San Pedro? Esta no fué más que una debilidad moral, no una separacion en materia de doctrina. Por lo demás, no estuvo completamente desprovista de temor, condicion indispensable para la funcion normal de la infalibilidad por la teología. A mas de que en aquella ocasion San Pedro no habia recibido más que la promesa y no la investidura de la primacía, de suerte que si prevaricó como discípulo, no faltó como papa.

¿La adhesion de Liberio á la fórmula de Sirmium? En primer lugar, dicha fórmula no encerraba en manera alguna la herejía arriana, y sólo era reprensible por las reticencias. Además, Liberio no suscribió á ella hablando *ex cáthedra;* sinó vencido por el sufrimiento de un destierro de muchos años, por el temor del suplicio, y más áun, por la pena de saber que la silla de San Pedro se hallaba ocupada por un anti-papa. «Cuanto se refiere de la suscrip-«cion de Liberio, dicen los centuriatos de Magdeburgo, historiado-«res protestantes, no cae en manera alguna sobre el dogma arriano «que no se hallaba contenido en la fórmula; sinó sobre la condena-«cion de Atanasio. La verdad es que Liberio no dejó de profesar la «fé de Nicea (1).» Bossuet absuelve á su vez la memoria de ese Papa que, despues de haber faltado por escasez de valor mejor que por haber hecho traicion al símbolo, murió santamente.

¿El error de Honorio? Pero el error de Honorio no fué más que una debilidad de conducta y no una defeccion en materia de doctrina. La contestacion de este Papa á las preguntas insidiosas de Sergio, no es más que una carta de carácter privado sin valor alguno de juicio pontificio. En una segunda carta declara el mismo Honorio que nada quiso definir, y sin esto no hace profesion de error alguno en las piezas en virtud de las cuales se le acrimina. Si ha sido condenado por el sexto concilio ecuménico, se debe á haber impuesto silencio á los dos partidos, y por haber favorecido á los monothelitas en el mero hecho de no haberlos condenado. Esta complicidad negativa no implicaba en grado alguno la adhesion de Honorio á los errores que no anatematizaba; pero el sexto Concilio le tachó de hereje, porque en aquellos tiempos dicha calificacion se aplicaba á cuantos sin profesar la herejía la favorecian siquiera fuese por medio de una connivencia indirecta, y la prueba más decisiva de que la Iglesia jamás ha imputado á Honorio una debilidad respecto de la fé, la tenemos en que en el octavo Concilio ecuménico el Oriente entero declara que «la verdadera doctrina ha sub-«sistido *limpia y sin mancha constantemente* en la Sede Apostó-«lica (2).»

---

(1) Hist. Ecles. cent. IV, cap. 10.
(2) Act. I. Labbeus. T. 8. Col. 988.

Póngase la atencion en la innumerable multitud de decretos expedidos por los Pontífices en el trascurso de diez y ocho siglos; considérense los peligros de caer en error que han corrido los supremos legisladores de la cristiandad; los pocos errores, siquier dudosos, que han podido echárseles en cara y esto sólo bastará para dar á la infalibilidad papal la autoridad de una verdad histórica.

Hay sin embargo un lado en la cuestion, ménos explorado y ménos concluyente.

Que los racionalistas que no admiten lo sobrenatural no admitan la infalibilidad pontificia compréndese perfectamente; pero que se la nieguen católicos que miran con verdadero respeto al Vicario de Jesucristo, negándole el privilegio de no incurrir en error que él mismo cree tener, constituye al par un respeto y una resistencia que no se comprenden en manera alguna. ¿Qué podemos contestar efectivamente á ese razonamiento de Muzarelli?

Quiere ser tenido por infalible el que pronuncia decisiones dogmáticas, y las dirige á todo el episcopado sin solicitar el consentimiento directo ó indirecto, expreso ó tácito de los Obispos; y les manda publicar y ejecutar sus decisiones; y les prohibe oponerse á las mismas sopena de excomunion; y corrige á los obispos abrigando la pretension de juzgar sus actos; y declara que para nada ha menester sus sufragios; y les exige la obediencia, cual lo han hecho sus predecesores en la Santa Sede durante una larga série de siglos, con el consentimiento de la Iglesia universal.

Es así que esto es lo que han hecho los Soberanos Pontífices en sus constituciones dogmáticas, y esto lo que la Iglesia ha visto, aceptado y ejecutado; luégo los Papas quieren y deben ser tenidos por infalibles, so pena de tener que considerarlos como los usurpadores más tiránicos, más sacrílegos y más orgullosos de los presentes tiempos; y á la Iglesia, por su silencio ó aprobacion, como cómplice de un crimen, diez y ocho veces secular, habiendo en consecuencia dejado de ser esposa del Espíritu Santo, para convertirse en terrestre residencia de Satán.

Despues de lo dicho volvemos á preguntar: ¿como lo hacen los que creen en la infalibilidad de la Iglesia para negar la de los Papas sin destruirlas ambas? Esta pregunta nos conduce al argumento final de esta tesis. Segun nuestros adversarios la prerogativa de no equivocarse reside en el cuerpo de los pastores unidos á su jefe. Admitido este principio podemos decir: Luégo el Soberano Pontífice hablando *ex cáthedra* es siempre infalible.

No es la piedra fundamental la que reclama solidez al edificio al cual sirve de fundamento; no son los miembros los que mandan á la cabeza; no son los apóstoles los que han merecido que se les confiara el poder de confirmar á su jefe, sinó todo lo contrario, de donde resulta que si el Soberano Pontífice en cuanto fundamento, jefe, pastor y gobernador de la Iglesia llegara á errar, no podría

continuar en la tierra como medio divinamente instituido para mantener la Iglesia en la verdad, ni para volver al Soberano Pontífice al buen camino. Es imposible medir el desbarajuste y confusion que de semejante estado de cosas resultaría, ni la gratitud que debemos á Cristo no permitiéndonos la negacion de la infalibilidad, sin infligirnos el castigo de tales consecuencias.

Y finalmente ya que se tiene con razon á honra el ser católico, ¿porqué no serlo por completo? ¿Es que la creencia en el dógma de la infalibilidad es ménos incomprensible á la razon que los dogmas de la Eucaristía y de la eternidad de las penas? ¿Es que esa creencia no nos está garantida por la misma palabra que todos los artículos de nuestro símbolo? ¿Es que cabe repudiarla sin faltar á todos los principios de nuestra comunion religiosa? Convengamos pues en que la impopularidad del Concilio Vaticano es un escándalo enorme de sentido comun, por lo ménos para aquellos que tienen fé en la autoridad de la Iglesia, y que el partido de los *viejos* católicos no es más que una faccion más de *nuevos* protestantes.

Considerada la tesis bajo el punto de vista de sus objeciones, no se impone ménos que por sus pruebas, precisamente porque el valor de las pruebas queda puesto de relieve por la frivolidad de las objeciones. Estas se han prodigado á la nueva definicion con una ingratitud ininteligente, puesto que en último resultado constituye un error grosero la creencia de que el Papa es infalible en beneficio propio, cuando sólo lo es en nuestro provecho. De manera que Jesucristo no se propone elevar á su vicario á costa de nuestra sumision sinó por el contrario dar garantias á nuestra sumision por medio de las prerogativas de su Vicario. Una religion que no se considera infalible no es más que una filosofía, y como todas las filosofías entrega las almas á los tormentos del escepticismo.

Esto es de sentido comun y en nuestro concepto hay más dificultad en adherirse que en sustraerse á esta opinion. ¿Donde está pues la razon de las rebeliones contemporáneas contra la infalibilidad personal? ¿Fúndase acaso en que se atribuye á uno el privilegio de infalibilidad que estaba repartido entre más de mil obispos? Pero la razon nos dice que es más fácil admitir la infalibilidad en un sólo juez que un milésimo de infalibilidad en la sabiduría de cada uno de los padres del Concilio. Las asambleas desde la que decretó la muerte de Luis XVI, hasta el parlamento italiano que decidió el despojo de Pio IX, hanse equivocado con demasiada frecuencia para que estemos á cubierto de preocupaciones respecto de su infalibilidad. Las aberraciones y los caprichos del sufragio universal deponen en contra de la infalibilidad del número y en favor de la del Papa.

No vaya á creerse que pretenda hacer á nuestros Concilios la injuria de compararlos á nuestros conventículos de abogados subal-

pinos; mas no cabe desconocer que la infalibilidad ora se establezca en uno sólo, ora se considere en muchos, constituye un milagro, y milagro por milagro el de la infalibilidad colectiva es más complicado que el de la infalibilidad individual. Por esto se ha dicho con verdadero fundamento de causa, que es más facil tocar un instrumento que dirigir una orquesta. Así los que sostienen la infalibilidad funcionando de una manera parecida al sistema constitucional, sin que de ello se den cuenta, son más bien racionalistas que cristianos. Tienen más fé en las mayorías que en la palabra de Dios, y si al presente se oponen á la infalibilidad del Papa, es por que en otro tiempo suscribieron á la infalibilidad de la Iglesia, en virtud de razonamientos filosóficos y no en fuerza de la conviccion que distingue al verdadero creyente.

No faltan quienes se oponen á este órden de cosas teniendo en cuenta el prodigio que supone en el gobierno de la Iglesia; mas el hecho de este prodigio realizado durante tantos siglos, en una série de tantos pontífices, ese hecho subsistente, sin que de una manera fundada haya podido ser desmentido, ¿no es por ventura el testimonio más irrefragable, históricamente hablando, de lo que en principio parece inadmisible? Por lo demás, cuando se cree en la Trinidad, en la Encarnacion, en la Transubstanciacion, el rechazar por inadmisible un acto de fé ménos exhorbitante que muchos otros, es una inconsecuencia que sólo puede explicarse diciendo que no quieren admitirse los milagros pequeños, despues de haberse prestado asentimiento á los grandes, cuando ambos se hallan garantidos por la misma autoridad: la de la Iglesia.

Otros hay que pretenden eludir la definicion conciliar del Vaticano calificándola de dogma nuevo. Bajo este punto de vista convengamos en que tendrían razon si la calificacion fuese exacta; pero rigorosamente hablando todos los dógmas datan de la época de la revelacion. La Iglesia no inventa dógmas cuando se limita á definir dogmáticamente las creencias contenidas en el depósito que le confió Jesucristo. Una prueba de que el último Concilio nada ha inventado, la tenemos en que los teólogos hostiles á la infalibilidad pontificia se hallan respecto de los favorables en la proporcion de tres á cien: los teólogos opuestos á la Inmaculada Concepcion eran muchos más, ya lo hemos dicho, y sin embargo las pasiones anti-católicas se agitaron ménos. En suma: cuando la Iglesia ha definido la doctrina de la infalibilidad, no ha anunciado una verdad nueva; no ha hecho más que agregar á los artículos de la fé católica, una verdad que era de fé divina, y los que se muestran sorprendidos por esta evolucion, que dista mucho de constituir un acrecentamiento en el objeto de la fé, se mostrarian tan destituidos de lógica como el que negara la Eucaristía porque no se habla de ella en el símbolo de los Apóstoles.

¿Sería más justa la calificacion de dógma absurdo que la de

dógma nuevo á la última definicion? En manera alguna: el dógma seria absurdo si el Papa hubiese sido declarado infalible, absolutamente, sin condicion, en cuanto decide ó prescribe; pero sólo lo es hablando *ex cáthedra*, es decir como Papa ó autoridad suprema y dirigiéndose á la Iglesia universal, para imponer verdades contenidas en el depósito de la revelacion: sólo lo es decidiendo con libertad, con madurez y mediante los consejos que juzga necesarios para el ejercicio de su prerogativa: sólo lo es por consiguiente para guardar y promulgar verdades reveladas, en manera alguna para producir verdades que él crea tales; pues su privilegio no consiste en la inspiracion que crea lo que no existe, sinó en la asistencia que descubre y conserva lo que existe ya: no lo es en manera alguna en geografía, ni en física, ni en astronomía, ni siquiera en teología cuando habla en el concepto de doctor privado, ya que la infalibilidad corresponde á la institucion y no á la persona: no lo es cuando procede en fuerza de la intimidacion, del secuestro ó de toda violencia exterior, como no lo seria el mismo concilio en tales casos: no lo es en fin en su conducta moral, áun cuando lo sea en sus decisiones doctrinales. Muchos Papas, empezando por S. Pedro, han faltado en lo que se refiere á la caridad; ninguno en lo que concierne á la fé. Todos los Papas han necesitado un confesor que les perdonara sus pecados, ninguno ha habido menester un corrector que pusiera á sus errores el reparo debido, y del mismo modo que la vida sacramental puede difundirse por el mundo desde el altar por medio de manos impuras; la verdad puede pasar de la tierra al cielo por el intermedio de lábios manchados, desde el trono de S. Pedro.

En cuanto al fantasma de un Papa obstinándose en el error, y decretando lo falso con perversa temeridad, constituye simplemente una quimera imaginada con el objeto de combatir los hechos acreditados por la historia. Y sinó cítese una sola constitucion pontifícia que haya necesitado ser reformada por tales motivos. Puesto que la Providencia ha cuidado de evitar durante tanto tiempo, todos los obstáculos provenientes de las debilidades de los Papas, para el cumplimiento de las promesas divinas, ¿no hay fundados motivos para presumir que continuará evitándolas en adelante? Atacar la infalibilidad de los Papas fundándose en esta hipótesis vale tanto como suponer en provecho de la objecion, lo que precisamente está en tela de juicio, esto es, que los Papas pueden equivocarse. Dios les ha prometido la infalibilidad, ¿no es pues evidente que ha de proporcionarles los medios para que puedan alcanzar el fin? ¿Qué sacaríamos de saber que son infalibles, cuando definen sin temeridad, sinó supiéramos que en virtud de la promesa divina la providencia no puede permitir que definan temerariamente?

Por consiguiente, del mismo modo que á priori estamos convencidos de que la Iglesia, en concilio general, jamás pronunciará

una decision dogmática, sin tomar las precauciones necesarias á fin de no tentar á Dios, de la propia suerte reconocemos como cosa indubitable que haciendo á los sucesores de S. Pedro la promesa de la infalibilidad, Jesucristo les ha garantido los auxilios indispensables para el ejercicio normal de esta prerogativa, porque, ¿de qué les serviria la infalibilidad si pudiesen engañarse respecto de sus condiciones esenciales?

Despues de lo dicho, ¿hay para qué hacer mérito del número é ilustracion de los antagonistas que ha tenido esta doctrina? En tal caso les diria á los cristianos anti-infalibilistas: Es un hecho que la nueva definicion ha sido combatida por los Césares, que miraron siempre con envidia la influencia de los Papas y la de la Iglesia; mas tales adversarios constituyen un motivo de vergüenza para vosotros y un título de gloria para los que tenemos la dicha de mirarlos como adversarios. Es un hecho que ha sido repudiada por todos los libres pensadores que, por lo mismo que no creen en Dios, no tienen razon alguna para creer en la infalibilidad de su Vicario; pero en lugar de enorgulleceros, deberíais avergonzaros de tener á vuestro lado semejantes adherentes. Es un hecho tambien que esa doctrina es el escándalo de todos los doctores de revista, de todos los teólogos de café, de todos los oráculos de salon que se extravian en la controversia; mas tanto peor para el que es capaz de preferir á la religion del Papa, los papas de semejante religion. Es un hecho finalmente que la oportunidad de este artículo de fé, pareció discutible á una minoría del episcopado de la cual formaban parte autoridades eminentes; mas no vayan los viejos católicos á calumniar á grandes obispos y á mártires escelsos, colocándose bajo su proteccion y amparo, porque estos han renegado de semejante prosapia, apelando de su oposicion de la víspera, á su completa adhesion del dia siguiente.

Y tambien ha llegado repetidas veces á nuestros oidos esta especiosa lamentacion: ¿A qué vienen, qué necesidad hay de nuevas promulgaciones dogmáticas, que aumentando el número de los artículos de la fé, influyen en que disminuya el número de los creyentes; que provocan apostasías y no suscitan un entusiasmo proporcionado; que debiéndolo salvar todo, más bien que la panacea parecen ser el foco del mal en lo porvenir?

¡Estraño conjunto de injusticia y de equivocaciones! No se nos oculta que cada nueva definicion opera reducciones en el cuerpo de la Iglesia; mas esas reducciones, como la amputacion de los miembros gangrenados, influyen en la salvacion del cuerpo. Siempre ha sido lo mismo desde los tiempos más antiguos. La definicion de la Eucaristía produjo reducciones, puesto que afligido Nuestro Señor ante el espectáculo de la separacion de algunos discípulos, les dijo á los demás: ¿tambien quereis marcharos vosotros? Mas no era esta una razon para dejar de instituir la Eucaristía. Tambien produjo

numerosas deserciones la definicion de la *Consubstanciacion* puesto que un dia el mundo, sin darse cuenta de ello se habia encontrado arriano; mas tampoco era esta una razon para que la Iglesia negara la divinidad atacada de su Verbo. En fin, las definiciones del Concilio de Trento produjeron esa inmensa separacion de cien millones de protestantes que se ofrece todavía á la contemplacion de nuestras miradas; mas esa separacion no era tampoco un motivo para que el Papa debiera transigir con Lutero. La Iglesia no consiste en el mayor ó menor número de adeptos; sinó en la unidad de creencia y de gobierno. No definiendo creencias, todo el mundo estaria dentro de la Iglesia; pero esta no se encontraria en parte alguna.

Nó, no hay para que sobrecojerse ante la consideracion de que esas deserciones han levantado una gran tempestad en las tranquilas aguas que surcaba la barquilla de S. Pedro, porque áun cuando dicha tempestad durara tanto como nuestra vida, nada significaría respecto de la duracion de la Iglesia. A más de que la Iglesia es como los astros que permaneciendo sumidos en las tinieblas respecto de nosotros, brillan en el cielo con la misma luz y explendor, y desaparecen en el horizonte para presentarse al otro dia con idéntico refulgente brillo.

No se me oculta en manera alguna la importancia y trascendencia de ciertas defecciones producidas en la familia católica por la resistencia al Concilio; ¿mas qué significan esas contadas escepciones respecto de la masa? ¿Qué significan principalmente con relacion á la autoridad de la Iglesia? Tenemos el deber de creer en la Iglesia no porque sea popular, sinó porque es divina: porque nos revela los oráculos de Jesucristo, no porque los periodistas de nuestro partido le dispensen el honor de estar de acuerdo con ella. Culpable debilidad seria subordinar las convicciones sobrenaturales á la movilidad de las opiniones más frívolas y medir los asertos de Dios por el mismo rasero con que se miden las insinuaciones de una moda caprichosa é impía.

Es por cierto muy poco razonable y ménos generoso exigir de Dios que se rodee de muchas adhesiones para concederle los honores de la nuestra. En tiempo de los Césares los cristianos no esperaban á ser más numerosos para morir en defensa de su símbolo. Jamás acto de fé alguno ha merecido los honores de una impopularidad más horrible que el martirio. Seamos pues de aquellos que en las cuestiones de fé no consultan al número y sí á este infalible polo de la verdad en la tierra: el papado. Ateniéndonos á lo que dice el Evangelio, al volver el Hijo de Dios á la tierra para juzgarla encontrará muy pocos creyentes: ahora bien, ¿hemos de deducir de esto que sea tanto ménos digno de adoracion cuanto ménos adorado? Oh nó: áun cuando fuera por demás reducido el número de los católicos, el catolicismo continuaria siendo la verdad, y si las olea-

das de la apostasía, como las aguas del diluvio, subieran hasta las cimas de las montañas más elevadas; si sitiados en una de esas enhiestas y aisladas cumbres por la invasion de la iniquidad universal, nos encontráramos solos y sin más auxilio que nuestra cruz, nuestro tabernáculo y nuestro evangelio, en medio de las ruinas del mundo católico, con una mano extendida en direccion del lugar que Roma hubiese ocupado, y con la otra puesta sobre la adorada cabeza de nuestro amado Jesús deberíamos exclamar y exclamaríamos: *Señor, cuando el género humano entero se hubiese escandalizado por causa vuestra, nosotros no nos escandalizaríamos nunca.*

Por lo demás es indispensable ponerse á cubierto de los puntos de vista pesimistas relativamente á los efectos del dógma de la infalibilidad, pues si bien es cierto que da lugar á algunas divisiones entre los fieles, en cambio realiza la union entre los teólogos. Las divisiones serán pasajeras; la union durará siempre: aquellas no ejercen gran influencia en el porvenir del catolicismo; la union realizada producirá resultados incalculables, puesto que ha destruido el principio de discordia que de mucho tiempo á esta parte nos tenia expuestos á un verdadero cisma, es decir á las libertades galicanas.

Las opiniones como los hombres deben ser juzgadas por los frutos que producen. Ahora bien, ¿qué revoluciones han tenido lugar, en la Iglesia, fundadas en las usurpaciones llevadas á cabo por la Santa Sede en la gerarquía inferior? Ninguna. En cambio que se cuenten los errores y los atentados cometidos por las insurrecciones de los subordinados contra las prerogativas pontificias y se verá que no tienen término.

Resulta pues que, hablando propiamente, los inconvenientes de la doctrina romana son poco ménos que nulos. ¿Resulta lo propio del galicanismo? ¿Puede jactarse de estar inocente de las perturbaciones religiosas que en los dos últimos siglos han pesado sobre nosotros? ¿No ha proporcionado á muchos, pretextos y hasta verdaderos motivos? Sus males han alcanzado á los espíritus graves desde ántes de su nacimiento.

La asamblea de 1682 no se habia reunido áun; el galicanismo teológico no habia dado señales de vida, y ya Bossuet se extremecia considerando los males que habia de producir el nuevo sér próximo á ver la luz (1).

Si en dicha asamblea, el gran Bossuet no se hubiese impuesto como regulador á los Prelados más ardientes, y si concediendo la falibilidad del Papa, no hubiese hecho declarar la indefectibilidad de la Santa Sede, de seguro habríamos presenciado mayores escándalos en la pátria de S. Luis.

---

(1) Véanse las cartas al Rdo. Rancé.

Posteriormente cuando los *Quesnelistas* interpusiéron apelacion de la bula *Unigenitus* ante el futuro Concilio, ¿de qué principio partieron? De un principio galicano.

Cuando José II abusó de su *placet* imperial, hasta el extremo de determinar el número de cirios que debian arder en el acto de la celebracion de la misa, mereciendo por ello el ser llamado por el rey de Prusia, *mi hermano el Sacristan* ¿que decia para justificarse? Las doctrinas galicanas.

Cuando los discípulos de Ricci despues del concilio de Pistoya quisieron ocultar, bajo un nombre acreditado, su fé de jansenistas y su falta de sumision á la córte de Roma, ¿qué máscara adoptaron? Las opiniones galicanas.

Cuando la constitucion civil del clero separó la Francia de Roma, y dió lugar á un cisma que duró diez años, ¿qué pretexto adujo para fundar su proceder? Monseñor Frayssinous nos dice que fueron las libertades galicanas (1).

Cuando el Febronianismo aleman que constituia el fondo de esta constitucion fué puesto en evidencia merced á cuatro sucesivas instrucciones dictadas por Pio VI, con el objeto de dispensarse de la obediencia, ¿de qué subterfugios echó mano la mala fé de los intrusos? De los subterfugios galicanos.

Cuando treinta y seis obispos se negaron á suscribir el Concordato, so pretexto de que Pio VII habia desplegado una autoridad superior á los Concilios y á los sagrados Cánones, ¿qué razones opusieron? Las razones galicanas.

Cuando Napoleon despues de haber restaurado la Iglesia de Francia con el objeto de cohonestar sus usurpaciones, redujola al extremo de caer en ruinas, ¿de qué sofismas echó mano? De los sofismas galicanos.

Cuando la monarquia de Luis Felipe y de Napoleon III quiso amordazar la polémica religiosa y poner esposas á la Iglesia y dar su aprobacion al Episcopado, ¿dónde fué á buscar su justificacion? En las autoridades galicanas (2).

En suma: siempre y cuando un gobierno pretenda ejercer su tiranía bajo cierta apariencia teológica; engañar á los pusilánimes; desviar las conciencias; perturbar á los Obispos, y desmoralizar una Iglesia; con el propósito de dominarla, ¿dónde encontrará los recursos que haya menester? En las máximas galicanas.

Pues bien, hé ahí un inconveniente que desaparece por medio de la definicion dogmática de la infalibilidad Pontificia. Bajo este punto de vista el Concilio ha prestado servicios que el porvenir estimará más áun que nosotros mismos. Sean las que quieran las

---

(1) Prefacio de los Verdaderos principios.
(2) Vida del Cardenal d' Astros.

tempestades que nos amenacen, no tenemos porque temer, pues contamos con un centro de union en torno del cual la confusion es imposible, y si bien es verdad que no tendrémos que ser tantos á combatir, serémos tanto más fuertes cuanto más apretadas estén nuestras filas.

CAPÍTULO III.

La verdadera sociedad cristiana tiene vida propia é independiente de la sociedad civil.

Queda plenamente demostrado que la verdadera sociedad cristiana ha sido constituida bajo la autoridad de un jefe, y que este jefe debe ser permanente como la misma Iglesia. Tambien hemos demostrado que este jefe es infalible y que su infalibilidad, léjos de ser la piedra de escándalo de la razon, ha sido, por sus efectos, una grandeza de la historia moderna, se halla apoyada en los argumentos más convincentes, y resiste á todas las objeciones del falso cristianismo, y de la negacion filosófica.

Mas de la propia manera que se ha suscitado una rebelion aristocrática en la Iglesia, contra la autoridad del Papa, ha tenido lugar tambien una insurreccion democrática contra los obispos y toda la gerarquía eclesiástica. Segun el primer sistema la infalibilidad reside en el cuerpo episcopal separado de su jefe: segun el segundo todo el poder espiritual nace del pueblo, no siendo los obispos otra cosa más que mandatarios nombrados por él en primero ó en segundo grado, segun que los instituyó directamente ó por los gobernantes por él elegidos.

Hé ahi pues el antípoda de la doctrina y del derecho público enseñados y practicados en la edad media. Entónces lo temporal se hallaba subordinado á lo espiritual: el error que nosotros combatimos considera lo espiritual como una dependencia, como un departamento del Estado. En la teoria social que somete las cosas humanas á las divinas, los reinos á la tiara, los príncipes á Dios, y lo perecedero á lo eterno, respetábanse siquiera el órden moral y el órden lógico; pero el sistema que hace salir los obispos como los reyes de un voto popular, y que ve en el sufragio universal la fuente del derecho de bendecir, del mismo modo que del de gobernar, constituye un verdadero trastorno de todas las leyes del sentido comun y de las garantías de la dignidad humana. Es la teocracia de la conmocion popular y el derecho divino de la revolucion en el interior del santuario.

Es más aun, es una marcha en sentido de retroceso hácia el paganismo, bajo la enseña del progreso. Entónces el pontificado supremo, venia á ser una anexion del poder superior. Uno de los mayores milagros llevados á cabo por el Salvador fué el poner término á esta confusion, y una de las mayores dificultades que hubo de vencer fué el mantenerla. Durante toda la edad media el imperio procuró reducir á la servidumbre al sacerdocio. Afortunadamente Jesucristo se habia colocado entre los dos, con el objeto de impedirles absorverse mútuamente y si el sacerdocio llegó á sobreponerse un momento, fué para la salvacion del mundo moderno, porque lo que se llamó la tiranía de los Papas, no fué más que la salvaguardia de la libertad de los pueblos, y cuando más, la opresion de algunos opresores.

Este retroceso hácia el cesarismo antiguo háse realizado bajo la influencia de dos corrientes: la una decididamente herética, representada por Marsilio de Padua, Lutero, Jansenio, Richer, etc. en ódio á la supremacia Papal, suprime ó mutila su jurisdiccion; hace derivar la autoridad espiritual de la delegacion de los príncipes, ó de la del pueblo y no conoce en el mundo más soberania que la del Estado: la otra más esencialmente política, no se mete en discusiones teológicas, pero en el fondo profesa implícitamente la misma doctrina. Sus adeptos colocan la omnipotencia de la ley por encima de todos los derechos de la Iglesia, tratan á esta como vasalla del poder temporal, del cual debe soportar las más duras condiciones, sin tener derecho para imponer por su parte una sola, y en todas las cuestiones mixtas decide en provecho del interés civil contra la preponderancia y la libertad de la sociedad religiosa.

Resultan de lo dicho dos errores que debemos combatir, en igual grado amenazadores para esta institucion divina á la cual deben los pueblos obediencia y los príncipes no sólo obediencia sinó proteccion. Averigüemos si es cierto que en conformidad al plan de Jesucristo, en lugar de escuchar á la Iglesia, el pueblo pueda gobernarla dándole sus ministros, y si los príncipes en vez de servir á la Iglesia, tienen el derecho de emplearla en provecho propio. En suma, examinemos si la sociedad espiritual tiene vida propia, ó si no es más que una dependencia de la sociedad civil. Para establecer sólidamente la verdad, nos bastará con demostrar en oposicion y en respuesta á los dos aspectos de la negacion, las dos proposiciones siguientes: 1.° La Iglesia debe subsistir independientemente del pueblo: 2.° la Iglesia debe ser independiente de los príncipes.

I.

Existe en la Iglesia un elemento objeto de especial discusion por parte de la crítica protestante y racionalista: la gerarquía. Aféctase considerar á la misma como expresion de las convenciones y de los abusos, y en manera alguna como manifestacion del pensamiento divino. De aquí una larga série de acusaciones formuladas en su mayor parte por M. Guizot, con su gravedad ordinaria; pero con una inexactitud por cierto harto impropia de su autoridad.

En el comienzo de la historia eclesiástica, se dice, se encuentra una éra democrática durante la cual no existía aún la más insignificante magistratura religiosa, teniendo la parte principal en la gestion de la comunidad cristiana, el pueblo, fuese presbiteriano cuakero ó independiente. De manera que establecidos y ordenados por Jesucristo los primeros obispos y los primeros sacerdotes, sus sucesores lo habrian sido en virtud de aclamacion popular, cosa que valdría tanto como suponer que Dios habia confiado á las masas por demás rudas é ignorantes la formacion de su sacerdocio. En el terreno del hecho, como en el del derecho, ¿qué juicio, qué valor merecen tales alegaciones?

En el terreno del derecho es falso que el poder espiritual sea de orígen popular en el sentido de que todo el mundo pueda comunicarlo y todo el mundo pueda ejercerlo. ¿Puede concebirse para el nombramiento de ministros sagrados, un escrutinio público en el cual tomen parte todos los hombres más disipados y más impíos, con el carácter de electores y elegibles; obispos elevados ó depuestos por el capricho popular; predicadores designados por la mayoría de un club jacobino y ateo, sin garantia alguna de capacidad ni de moralidad de parte de los electores ni de los elegibles? Es preciso convenir en que si algo de esto pudiera imaginarse como práctico, habia de dar como resultado inmediato algo mucho peor que lo más abominable en religion, es decir el término de la religion.

En segundo lugar los poderes espirituales, son por esencia sobrenaturales en la autoridad que poseen, en la enseñanza que difunden, en los medios que emplean, en el fin á que tienden; y en cambio el sufragio de las muchedumbres nada tiene que la eleve sobre la esfera natural. Hé ahí pues dos órdenes de cosas no sólo distintos sinó tambien separados por un abismo. Creer que una eleccion puramente natural es la fuente de la jurisdiccion espiritual, vale tanto como empeñarse en que salga de la voluntad de las masas lo que estas no contienen, por lo mismo que la autoridad sobre las almas es de un órden superior á aquel á que podría pro-

veer la naturaleza. Acontece con la autoridad delegada lo que con el agua que no puede elevarse sobre el nivel del receptáculo de que emana.

Esta teoría democrática tan absurda en principio, no lo es ménos en sus consecuencias. Supongamos que fuese la delegacion popular la que constituyera la legitimidad de los pastores, y por consiguiente la verdad de su doctrina, y los plenos poderes de sus gobiernos. En tal caso seria menester que el sufragio universal contara con la asistencia de una verdadera infalibilidad en sus operaciones; de lo contrario sus elegidos ofrecerian tanta variedad en sus matices como ofrece aquel en sus caprichos, de manera que el pueblo en fuerza de oir predicar todas las religiones, acabaria por no querer ninguna.

Y por más que otra cosa se diga, esto es, en último resultado, lo que pretenden los defensores de este sistema que del libre exámen han pasado al libre pensamiento. Ahora bien, imaginar que sin mandato alguno, sin mision de parte de Cristo, y hasta sin adorarlo, es posible ser su intérprete, su embajador, su lugarteniente, su continuador, otro él, con todo y existir la prohibicion expresa de San Pablo, manifestada por medio de las siguientes palabras: *Que nadie se arrogue este honor, sin llamamiento del Señor*, y en virtud de una muchedumbre que pretende expresar la voluntad de Dios sin creer en Dios, es la insensatez llevada hasta lo ridículo.

Y guárdense, sobre todo, los partidarios de tal doctrina, de llamar á la Iglesia un cuerpo místico, porque en un cuerpo cada uno de los órganos tiene señaladas sus funciones sin usurpar el destino de los demás. Si los piés de un organismo pretendieran desempeñar el oficio de los ojos, y las manos el de la cabeza, resultaria indispensablemente una perturbacion que convertiria en mónstruo repugnante ese conjunto de miembros desordenados. Pues bien, lo mismo aconteceria con el cuerpo de la Iglesia el dia en que los gobernados tuviesen la pretension de elevarse á gobernantes. El Salvador no puede haber concebido una obra tan poco digna de su sabiduría, y con tal que se consulten los hechos, siquiera someramente, podrá afirmarse que no la ha llevado á cabo.

«En los primeros tiempos, precisamente en los primeros tiem-«pos, dicen los autores de la objecion, la sociedad cristiana se pre-«senta como una mera asociacion de creencias y de sentimientos «comunes. No se encuentra ningun cuerpo de magistratura. Ya se «comprende que en las diversas congregaciones cristianas existirian «hombres que predicaban, que enseñaban, que gobernaban mo-«ralmente; pero magistrado instituido no habia ninguno.

«A medida que la sociedad de los hijos de Cristo adelanta, se «ven aparecer diferentes magistrados, llamados unos [illegible], ó an-«cianos, que se han convertido en sacerdotes; otros, conocidos con

«el nombre de ἐπίσκοποι, ó inspectores, vigilantes, que más tarde se «han convertido en los obispos; y otros, finalmente, á los cuales «se les distingue con el nombre de διάκονοι, ó diáconos, que tenian «á su cargo el cuidado de los pobres y la distribucion de las li- «mosnas.

«Es punto ménos que imposible determinar cuáles eran las pre- «cisas funciones de esos diversos magistrados. La línea de demar- «cacion era probablemente muy vaga; pero, con todo esto, existe «un carácter dominante, y consiste en que el imperio, la prepon- «derancia en esta sociedad religiosa, pertenece al cuerpo de los fie- «les. Este es el que prevalece al tratar de la eleccion de los magis- «trados (1).»

Pongamos en evidencia la verdad histórica, en vez de ese arti- ficioso conjunto hábilmente levantado por quien, en la presente oca- sion, no justifica en manera alguna el sobrenombre de continuador de Montesquieu.

Digamos, pues, en primer lugar, que *en los primeros tiempos, precisamente en los primeros tiempos*, valiéndonos de las palabras empleadas por el autor de la objecion, la sociedad cristiana contaba con magistrados instituidos. Entre sus numerosos discípulos, Cris- to eligió doce apóstoles, confiriéndoles el poder de atar y desatar, de enseñar á todos los pueblos, de apacentar los rebaños y las ove- jas, de renovar el milagro de la Cena, en fin, de reemplazarle á la cabeza de su rebaño, en términos de que el que les escucha le es- cucha, y el que los desprecia le desprecia. ¿No es esto una verda- dera magistratura (2)?

Más tarde, Matías es elegido por un número reducido de fieles, designados á este propósito, y consagrado por los apóstoles. Estos administran tambien los bienes de la comunidad, puesto que en ocasiones se venden esos bienes para entregarles el precio. Mas ade- lante y con el fin de proporcionarse más tiempo que consagrar á la oracion y á la predicacion, confian las viudas y los pobres á minis- tros subalternos. Por este tiempo, Pablo habla ya del obispo como del *ecónomo de Dios;* de Timoteo como habiendo recibido *la impo- sicion de las manos del presbiterio*, es decir, de la reunion de los sa- cerdotes; y finalmente, las actas mencionan los diáconos como *sir- viendo á las mesas;* ¿y no depone todo esto en favor de un cuerpo de magistrados divinamente constituido?

Inmediatamente despues de los apóstoles, San Ignacio, discí- pulo suyo, hablando á los Magnesianos, exclama: «Obedeced todos «al Obispo, como Cristo obedece á su Padre: obedeced al colegio «de los sacerdotes, como á los apóstoles: reverenciad á los diáco-

(1) Guizot, Hist. de la civil. T. II.
(2) San Lúcas, VI, 13.

«nos que sirven por órden de Dios. Nadie haga cosa alguna de lo «que corresponde á la Iglesia sin el obispo.» Si se recuerda ahora que el mismo Papa, escribiendo á los Thrallianos y á los Filadelfos, ha señalado en términos no ménos formales los mismos grados jerárquicos, no se concibe que haya podido ser negada la jerarquía de los tiempos apostólicos.

El papa San Clemente, contemporáneo de los apóstoles, hace mencion de los tres órdenes mayores que componen la magistratura sagrada, expresándose en los siguientes términos en su carta á los Corintios. «Hay funciones propias y exclusivas del Pontífice; los «sacerdotes tienen sus deberes señalados; los levitas ó diáconos es«tán encargados del servicio que les corresponde, y el láico debe «atenerse á los preceptos impuestos á los láicos. Que cada uno de «vosotros rinda gracias al Señor en la esfera á que pertenece.»

San Justino, en su primera apología, indica de la manera más precisa la diferencia establecida en el año 150 entre los poderes y el oficio de los ministros sagrados, especialmente entre los del obispo y los del diácono. Clemente de Alejandría en sus *stromatos*, dice: «Aquí, en el seno de la Iglesia, los grados de los obispos, de los «sacerdotes, de los diáconos, son, en mi concepto, trasunto de la «gloria de los ángeles.» Orígenes exhala un profundo suspiro ante el espectáculo de los desórdenes del sacerdocio, y representa á los mundanos, exclamando: «Ved qué obispos, qué sacerdotes, qué diáconos,» y con una precision más vigorosa áun, añade: «Se exige más de mí, que soy simple sacerdote, que del diácono, y más del diácono que del láico. En cuanto á aquel que sirve á la cabeza de la Iglesia, el obispo, dará cuenta de todo á la Iglesia.» ¿Cabe mayor exactitud en la distincion de los títulos, los rangos, las funciones, y por consiguiente en los diferentes grados de la jerarquía eclesiástica?

Tertuliano y San Cipriano confirman la existencia de las mismas instituciones durante la época llamada democrática. Por último, los cánones apellidados apostólicos, indudablemente anteriores al primer concilio general de Nicea, hacen frecuente mencion de los diferentes cargos ejercidos en la Iglesia. «Que el obispo, dicen el primero y el segundo, sea ordenado por dos ó por tres obispos, y el sacerdote lo sea por un obispo del mismo modo que el diácono y los demás clérigos.»

Por consiguiente, sea la que quiera la incertidumbre que puedan abrigar algunos escritores modernos respecto á las dignidades eclesiásticas de los primeros tiempos, la antigüedad no da pié para ello, la historia no la justifica, y los historiadores que la sostienen, substituyen teorías arbitrarias á hechos positivos.

Si así podemos decirlo, con lo que dejamos expuesto hemos quebrantado la cabeza de la objecion: destruida ésta, los miembros se destruyen por sí solos. Demostrado que durante el período de-

mocrático existió en la Iglesia una verdadera magistratura, ¿cómo puede sostenerse que perteneciera la preponderancia al cuerpo de los fieles? Convenimos en que, dadas las circunstancias, se solicitaria el testimonio, los consejos, hasta la aprobacion de la muchedumbre; pero obtenida esta, de seguro se guardaria muy bien de concederle ni la decision ni el gobierno. Hoy mismo se consulta al pueblo ántes de ordenar los subdiáconos; pero únicamente la autoridad tiene el derecho de elegirlos y ordenarlos. Unas veces el pueblo, otras veces los principes han gozado el derecho de presentar los obispos al Papa; mas sólo el Papa ó su delegado ha podido nombrarlos. El pueblo unas veces, otras veces los príncipes han gozado el derecho de asistir á los Concilios; pero sólo los obispos han tenido la facultad de emitir sus sufragios. ¿Cuándo se ha visto á los pueblos fundar iglesias, ejercer la justicia contra los fieles culpables, distribuir los sacramentos, ocupar la cátedra del Espíritu Santo para instruirlos? Convengamos en que es indispensable tener contraido el compromiso de defender una religion que destruye la jerarquía eclesiástica, para desconocer hasta tal punto la de la religion verdadera.

En resolucion: Resulta de lo dicho, que es falso que los primeros cristianos hayan sido presbiterianos, y decimos presbiterianos, porqué estos no admiten en el sacerdocio diferentes grados, sinó el presbiteriado puro y simple, y el sacerdocio primitivo se componia de tres categorías. Debe tenerse en cuenta además, que la administracion de las cosas de la Iglesia constituye para el presbiteriado un verdadero derecho; en tanto que para los fieles de la primera época constituia meramente un honor que se les concedia como confesores de la fé, ó un privilegio revocable segun los tiempos y los lugares.

Resulta tambien que es falso que el sistema de la predicacion individual prevaleciera en las asambleas del cristianismo naciente, y que nuestros primeros padres en la fé hayan sido verdaderos cuakeros. Cierto que ántes de la multiplicacion de los sacerdotes, los láicos evangelizaron en determinadas ocasiones en el interior del recinto sagrado; mas ¿es posible que se confundan hasta tal punto cosas tan desemejantes? Si el láico ortodoxo predica, lo hace con el intento de suplir á su jefe espiritual cuya ausencia lamenta; al paso que cuando predica el cuakero, lo hace en la conviccion de que tiene para ello verdadero derecho y de que puede prescindir de la existencia de ministros religiosos. Si el ortodoxo escucha la instruccion del láico, es porque no puede proporcionarse las del sacerdote; en tanto que el cuakero no quiere admitirla sinó de su igual. Los principios de que parten el cuakero y el ortodoxo son diametralmente opuestos: el cuakero excluye la gerarquia; el ortodoxo la supone cuando ménos: el primero considera la magistratura eclesiástica como una corruptela del principio cristiano, el se-

gundo como una fundacion divina. Para admitir el primero y negar el segundo, es indispensable estar preocupado hasta el punto de no reconocer el testimonio de la evidencia.

En conclusion: desde el tiempo de los apóstoles ha habido obispos, sacerdotes y diáconos. El Oriente y el Occidente están unánimes en conceder á los obispos de la provincia, que imponen las manos, el derecho de decidir en las elecciones, perteneciéndoles con mayor derecho áun el conferir órdenes. La intervencion del pueblo en la eleccion de los obispos, fué efecto de una condescendencia momentánea de la Iglesia, que suprimió, sin que nadie reclamara, en el instante mismo en que pudo convencerse de que el pueblo abusaba de su condescendencia. En cuanto á los príncipes, presentan, proponen los obispos al Papa; pero este nombramiento, siquiera más frecuentemente autorizado que la eleccion popular, no confiere poder alguno espiritual. El nombramiento de los Príncipes designa los futuros obispos; pero el Papa es quien los consagra y hace tales obispos.

II.

Es evidente que el pueblo no puede transmitir á los príncipes una autoridad espiritual que no posee; pero es más evidente áun que Jesús no la transmitió á los príncipes, que siendo en su tiempo todos paganos, habrian hecho de ella un uso exclusivo contra la religion cristiana.

Puede decirse que dentro del espíritu de la verdadera revelacion está el mantener la demarcacion entre los dos poderes. Bajo la antigua ley Oseas se halla contaminado de la lepra por haber tocado al arca santa: bajo la ley nueva Constantino el Grande no toma asiento en el Concilio de Nicea en tanto no le han autorizado los obispos, por medio de Osio legado del Papa que le dirige las siguientes palabras: «Dios os ha confiado el Imperio y á nosotros el gobierno de la Iglesia: no nos está permitido usurpar vuestra autoridad; mas al propio tiempo tambien os está prohibido á vos poner la mano en nuestros incensarios.»

Dios ha dispuesto las cosas de este modo en interés de su verdad, que siendo universal, no debe ser nacional; que estando destinada á mandar á los reyes, no puede depender de ellos, y que siendo al par la regla y la protectora de los súbditos, no puede dejarlos abandonados al capricho de los reyes. Por manera que puede muy bien decirse que la libertad de la Iglesia es la garantía más segura de la libertad de los pueblos y de la pureza de la fé.

Para que la religion sea libre, es indispensable que sólo dependa de ella misma, y que no obstante doblar la frente ante el poder temporal, en los negocios relativos al órden temporal, disfrute una autoridad incontrastable en sus decisiones y en su administracion espirituales. Esto importa á la seguridad de las conciencias no ménos que á la dignidad de los carácteres. A la seguridad de las conciencias, porque ¿en virtud de que derecho razonable un soberano será juez de la verdad, sólo porque se halla constituido en poder, es decir, infalible porque es fuerte? A la dignidad de los carácteres porque el despotismo que entra espada en mano en el campo de las almas, es el más insultante, y las almas capaces de aceptar su Dios de tales manos, y con él sus esperanzas, su derecho y su deber, son las más esclavizadas por la opresion.

Y sin embargo esta esclavitud ha pesado sobre las naciones en tanto no las ha librado de ella el Evangelio. Sí, Jesucristo ha sido el primero en restaurar la autoridad de Dios frente á frente á la del César, en separar la soberanía del pontificado, y en fundar, en un poder que no es de este mundo, es decir, en el dominio exclusivamente espiritual, el reino de la verdad en este mundo, de la propia suerte que la libertad y la nobleza de la obediencia religiosa. Y esta distincion de los dos poderes es tan característica del pensamiento de Jesucristo, que cuanto más se separa de ella una secta cristiana tanto más se inclina al cesarismo, y cuanto más se aparta de los Papas, tanto más se coloca bajo el yugo de los emperadores. Tal es la razon en virtud de la cual el cisma y la herejía que constituyen el divorcio con el poder espiritual, no tardan en expiar su escision por medio de una sumision ilimitada á la autocracia temporal.

Dichas consecuencias se hallan fatalmente contenidas en la lógica del cristianismo separatista. Desde el instante en que se desconoce la supremacía doctrinal de la Iglesia, es indispensable echar mano de un recurso cualquiera capaz de reemplazarla, y en tal caso se presentan los reyes unas veces bajo el pretexto de mantener el órden entre los disidentes, otras como jefes manifiestos del sacerdocio, al propio tiempo que del imperio, y las conciencias, por medio de políticos escamoteos, quedan sometidas al yugo de los hombres de ley, ó al dominio de los que empuñan el sable. De manera que constituye una aberracion y una iniquidad de nuestros tiempos, ver en Roma la capital del despotismo religioso, puesto que Roma es la verdadera ciudadela de nuestra libertad de conciencia.

Si en Constantinopla y San Petersburgo impera el despotismo, consiste en que una misma mano domina los cuerpos y las almas; mas de seguro se estrellaría si pretendiera habitar en Roma, por lo mismo que nada puede sobre los cuerpos y ménos áun sobre las almas, que únicamente obedecen cuando están movidas por el sentimiento del amor. No nos dejemos imponer por el fantasma de un

soberano extranjero, tan amenudo evocado á los ojos de nuestro patriotismo con el propósito de asustarlo: el Papa jamás será un soberano extranjero donde quiera que haya almas, por lo mismo que es su monarca legítimo. En cambio el monarca temporal es un soberano extranjero siempre y cuando penetra en el sagrado dintel de una alma, pues este dominio no le pertenece. Por consiguiente ya puede el libre pensamiento desistir en su propósito de ensayar en el buen sentido público la tiranía de sus palabras de efecto. El buen sentido público sabe perfectamente que todo el terreno perdido por el Papa en la conciencia de los pueblos, pasa á mano de los potentados y que los pueblos resultan más perjudicados que el mismo Papa, porqué así como es muy lógico creer en la palabra de un representante de Dios, es absurdo y vergonzoso adorarlo bajo el sable de un dictador que, por punto general, no cree ni adora á nadie más que á sí mismo.

Esto es lo que pasa y lo que forzosamente debe pasar cuando se rompen las relaciones que deben existir entre la Iglesia y un Estado cualquiera. Para convencernos de ello nos bastará con aducir algunas pruebas sacadas de la historia de la herejía y del cisma.

La historia nos muestra á todas las Iglesias heréticas convertidas en nacionales en el momento mismo en que dejan de ser romanas: transformacion humillante por la cual, segun hemos dicho, no tiene porque mostrarse satisfecho el sentimiento nacional, pues en el mero hecho de que el mismo soberano pueda decretar los impuestos y ordenar los actos del culto, es decir, convertir á Dios en agente de la tiranía, la nacion queda reducida á la esclavitud. Ahora bien, la herejía moderna es en sus procedimientos exclusivamente cesariana: la reforma se ha establecido en Europa por la autoridad de los poderes temporales; en Ginebra por el Senado; en Suiza por los consejos cantonales; en Alemania por los príncipes del imperio; en las Provincias-Unidas por los Estados; en Dinamarca, en Suecia, en Inglaterra, por los reyes y los parlamentos; y si en Francia goza una preponderancia limitada, consiste en que le ha faltado el apoyo del trono para extenderse más, y en que la complicidad de los grandes señores y la del reino de Navarra no tuvo fuerzas suficientes para proporcionarle más (1).

No hay para que sorprenderse si como prenda de gratitud por tales servicios, la herejía continúa siendo cesariana en principio: Jurieu ha escrito las siguientes palabras capaces de despertar á los cristianos sepultados en las catacumbas. «Los príncipes son los jefes de la religion cristiana del mismo modo que de la sociedad civil, señores de la religion como del Estado.» ¡Oh valerosos an-

(1) *Jurieu. Carta* 8.ª

tepasados y gloriosos mártires que disteis vuestra vida para obedecer á Dios mejor que á los tiranos enemigos de Dios: en virtud de lo expuesto sólo mereceis el dictado de rebeldes, y vuestros verdugos merecen las palmas que la posteridad ha colocado en vuestras manos!

Finalmente, la herejia es cesariana en su organismo. Contemplad el universo de uno á otro extremo, y en todas partes la veréis al lado, ó mejor marchando en pos de los poderes temporales, convertida en servidora complaciente de los reyes, hasta en aquellos países en que la Iglesia era la tutora de los pueblos. ¿Necesitarémos citar ejemplos en apoyo de esta opinion? Tambien la historia nos los ofrece en abundancia. El rey de Prusia dicta prescripciones litúrgicas en sus estados; el de Suecia lleva el título de inspector supremo de la Iglesia; el de Dinamarca es el obispo de los obispos en el concepto de sus súbditos. La Sajonia, el Hannover, el Wurtemberg, el gran ducado de Baden ni áun tienen el honor de contar al César por jefe espiritual, puesto que hay un administrador de los cultos para desempeñar las cargas inherentes á este asunto. Finalmente, en Suiza el papado que en otro tiempo usurparan Zuinglio y Calvino, ha caido en manos de las autoridades cantonales y los consejos láicos definiendo la doctrina, deponen los ministros y por último representan la sede apostólica de la federacion. ¿Puede concebirse para las almas una servidumbre más humillante, y para la tiranía derechos superiores á los que dejamos expuestos?

No pretendemos sostener que los diversos soberanos pontífices instituidos por el protestantismo, fatiguen en gran manera la Europa con la tiranía de sus decisiones pronunciadas *ex cathedra;* mas ¿de que proviene esto sinó de que su derecho es tan exhorbitante que, por miedo á las consecuencias, apénas osan tocar en él; de que juzgan más cómodo y ménos expuesto á originar conflictos, dejar al pueblo que crea lo que quiera, con tal que este les deje hacer lo que mejor se les antoje; de que bajo su cetro, finalmente, las creencias se fraccionan hasta tal punto, que nadie se apasiona por ninguna, y creando la indiferencia para mantener la paz, hasta la misma anarquía convierten en instrumento de despotismo? Mas el dia en que cada soberano protestante tome por lo sério su supremacía doctrinal, sus súbditos no serán más que un rebaño de corderos. Felicitemos á nuestra nacion por haber escapado á tal peligro, puesto que seria mucho ménos glorioso llamarse Francés, si los franceses no fuesen católicos. Amo á mi pátria por lo que es; pero más áun porque en su seno no hay un alma sola que esté gobernada por la fuerza. Y no se escandalice nadie porque diga que me siento tanto más apegado á mi país, cuanto más lo está él á la Iglesia, puesto que cuanto más respeto guarda á la Iglesia, más respeto y consideracion guarda á mi libertad.

¿Puede acaso envanecerse el cisma de la independencia perdida

por la herejía? Las tres ramas de que se compone recuerdan y personifican otras tantas servidumbres. Pasad la Mancha por ejemplo, *id hasta las islas de Cethym y aprended*. Allí veréis á un rey disipado proclamarse gran sacerdote de la religion, y despues de Enrique VIII el anglicanismo cambia con harta frecuencia de déspota sin cambiar de despotismo. Allí veréis un consejo de ministros sin fé, reglamentar la práctica nacional de la fé, prescribir ayunos, y formar y reformar el ritual. Allí el cetro del soberano pontífice cae en las mismas manos que empuñan la rueca, y la anomalía de la papisa Juana, tan falsamente imputada al catolicismo, se renueva en cada siglo para la Gran Bretaña, sin que su puritanismo se sienta ofendido. Allí, en fin, Elisabeth inspira obispos, y firma mandatos, en tanto que en nuestros dias por el contrario, una reina virtuosa, atraida acaso por el verdadero cristianismo, se ve condenada á conservar su tiara para no tener que desprenderse de su corona! Opresion humillante impuesta á la majestad de Inglaterra como castigo de la que, bajo el punto de vista religioso, impone ella misma, y que convierte las exigencias de la nacion en verdadera justicia contra las sacrílegas usurpaciones de sus soberanos.

Desde Lóndres trasladémonos á la pátria del cisma bizantino y preguntémosle que ha hecho de su libertad religiosa. Cuando la inspirada palabra de S. Crisóstomo, de S. Basilio y de S. Gregorio dejó de oirse en esas regiones de Oriente, cuna de la fé, las rivalidades del carácter local y la preponderancia latina suscitaron en Constantinopla determinadas prevenciones contra Roma. La capital del imperio miró con envidia á la capital de la religion: los prelados, los teólogos y los juristas ambiciosos se mostraron arrogantes respecto del Papa, que era débil y estaba léjos, y humildes hasta el servilismo con relacion al emperador, que era fuerte y estaba á su lado. Las tendencias separatistas fomentadas por una parte por la córte bizantina, y justificadas por otra por la doblez de la sofística griega, se acentuaron de dia en dia, hasta tanto que en 1054, un emperador que queria ser papa, y un patriarca que pretendia ser independiente, hallaron medios para comprar, en ese país donde todo se vende, un conciliábulo de obispos cortesanos decididos á pronunciar la separacion definitiva.

Indudablemente ofrecia ménos dificultad obedecer al sucesor de Pedro, que á un César del Bajo-Imperio. Y no obstante todavía hay algo peor que los Césares del Bajo-Imperio, que al cabo y al fin eran cristianos; hay los sultanes que no lo son, y bajo cuyo yugo dobló la cerviz el cisma oriental. Sí, al realizarse la invasion de Mahometo II, la Iglesia de Roma, madre sublime, ofreció su apoyo á su culpable hija de Constantinopla; pero esta, desvanecida y orgullosa contestó con arrogancia á los enviados de Occidente: *Antes el turbante que la tiara*, y sus criminales votos viéronse realizados. El 29 de mayo de 1453, Mahometo II penetró á caballo en aquella

basílica de Santa Sofía, en la cual cuatro cientos años ántes se habia consumado el cisma. El vencedor estampó su mano enrojecida por la sangre en los frescos de fondo de oro que cubren las paredes del santuario: era el símbolo, y si así podemos decirlo, la marca del nuevo despotismo bajo el cual iba á hallarse sometida la mal aconsejada Iglesia de Oriente.

Desde aquel dia esa mano ensangrentada ha pesado duramente sobre esos cristianos rebeldes. Un dia empuña la cimitarra para degollar á los discípulos del Evangelio, otro dia remite el báculo pastoral al patriarca de Constantinopla. Cuando los pontífices de esa Iglesia no logran ponerse de acuerdo en las cuestiones relativas al dógma ó á la disciplina, el sultan abandona momentáneamente el serrallo para explicarles el Evangelio y hacer que se entiendan, y en el caso de que sus ocupaciones multiplicadas, no le consientan consagrarse á semejante asunto, encárgaselo á un pachá que, por punto general, pone término á la cuestion ó dirime la discordia echando mano del procedimiento mahometano. Testigo de ello la querella suscitada por los Griegos y los Armenios, respecto á la costumbre de mezclar agua al vino del sacrificio: llamado el Turco á resolverla, declaró que el vino es un brebaje impuro y pernicioso condenado por el Corán, y que Griegos y Armenios debian limitarse á consagrar con agua sola. Y dígasenos ahora: ¿hay en esa teología proconsular cosa alguna que pueda tentar nuestra dignidad, ni siquiera nuestra razon?

Finalmente, traslademonos de Constantinopla á Moscou, y nos convencerémos una vez más de la manera «como castiga Dios a los pueblos, que someten sus almas á los señores de la tierra.» El moscovitismo es un retoño trasnochado del focianismo, puesto que la Iglesia rusa conservó su ortodoxia mucho tiempo despues de haber perdido la suya la de Constantinopla. No obstante, no transcurrió mucho ántes de que los czares se dejaran seducir por la omnipotencia religiosa de los emperadores, y los metropolitanos de Moscou no permanecieron insensibles á la idea de convertirse en patriarcas. Y lo consiguieron, bien que siendo unas veces feudatarios del cisma de Oriente, viviendo en otras ocasiones completamente exentos de toda dependencia; mas cuando en 1702 falleció el undécimo de los pontífices usurpadores, Pedro el Grande se negó á darle sucesor, persistiendo en este propósito durante once años, al cabo de los cuales, y como el clero ruso, cansado de esta servidumbre, insistiera de nuevo para que fuese llenada la vacante, el autócrata le contestó con voz amenazadora: *En mí teneis el Patriarca que solicitais.*

Al cabo de breve tiempo ese patriarca omnipotente instituyó un sínodo, ó consejo de administracion eclesiástico presidido por un procurador civil ó militar, y la Iglesia *ortodoxa* se sometió á la tiranía, por haber opuesto resistencia á la autoridad legítima. Aquí desde el

simple fiel á los primeros pontífices las servidumbres se enlazan con espantoso encadenamiento. Los obispos, valiéndonos de las expresiones de Pedro I, marchan á la voz del emperador, como los soldados al toque de los tambores, y más opresores que oprimidos, inflijen al clero inferior el duro trato que á ellos se les prodiga. Los sacerdotes están condenados al matrimonio en virtud de una costumbre despótica, que hace del sacerdocio una casta especial, que se renueva con los séres procedentes de la misma, y que obligada por la miseria, no vacila ante las mayores defecciones inclusa la venalidad. Los apóstoles frecuentemente escoltados por la policía, solo tienen libertad para alabar al czar reduciéndose casi exclusivamente sus funciones á fortalecer la autoridad del sumo imperante. Finalmente, los confesores entregan á los ricos al llegar la Pascua, mediante un puñado de rublos, el certificado de una confesion irrisoria, formalidad peligrosa de la que procuran escapar cuidadosamente los desertores y los reclamados por la justicia, sabiendo como saben, que todos los secretos de Estado, son trasladados por el tribunal de la penitencia al de policía, en virtud de una ley que declara acto de ilegalidad la confesion de un indivíduo sospechoso.

Despues de lo que acabamos de manifestar, juzgamos natural hacer las siguientes preguntas: ¿Deberá buscarse la verdad en el cristianismo cohibido, amordazado y flagelado de S. Petersburgo ó en el cristianismo libre, desarmado y que no tiene más defensa que su debilidad representada por Roma? ¡Oh Iglesia santa de Polonia con tus iglesias enlutadas, tus obispos desterrados, tus vírgenes y tus fieles prefiriendo todos los horrores de Siberia á la horible apostasía, mucha semejanza ofreces con la Iglesia de las catacumbas; para que se te pueda negar el derecho de proclamarte heredera suya! En cambio tú, Iglesia adúltera y perseguidora de los Romanow, ofreces todos los rasgos de la tiranía neroniana, para que pueda dudarse que de ella desciendes. La política de los tiempos presentes puede estar indecisa entre los mártires y sus verdugos; pero el honor y la justicia no vacilarán jamás.

Para la conciencia humana la libertad es la distincion entre las dos sociedades. Esta palabra Iglesia, que nos asusta como la expresion de una mística tiranía, es simplemente el sinónimo teológico de esta: la sociedad espiritual. Ahora bien, donde quiera que el Estado establece la ley religiosa, la sociedad espiritual no existe, y cuando esta concluye, comienza la esclavitud de las almas. Donde esto acontece no se presta obediencia á Pio IX, sinó á Enrique VIII ó á Elisabet; á Pedro I ó á Catalina; á Mahometo ó á otro cualquiera: en suma, al rey, al ministro de este rey, al secretario de este ministro, al agente de policía de este secretario, para que no pueda ocultarse al mundo ni á los siglos, que nadie desgarra impunemente el seno maternal de la Iglesia; que en el castigo se lleva la peni-

tencia de tan ingrato proceder; y que cuanto más se pretende emanciparse, por medio de la herejía, de la unidad de enseñanza, mayores enseñanzas deben sufrirse; y cuanto más se pretende emanciparse, por medio de la herejía, de la unidad de gobierno, tanto más duro es el gobierno que se debe soportar.

CAPITULO IV.

La forma de la verdadera sociedad cristiana es la unidad.

Hemos visto que esta sociedad tiene el derecho de vivir vida propia, porqué tiene una autonomía real que la hace distinta é independiente de la sociedad civil. Hemos reconocido el error y el crímen de esta doble tiranía que se ha levantado contra la Iglesia de dos extremos opuestos, procedente la una de abajo y colocando la fuente de todo poder en el sufragio universal; la otra ejerciéndose de lo alto y haciendo del jefe del Estado el jefe de la religion. En otros términos la verdadera sociedad cristiana tiene una constitucion gerárquica contra la cual no deben prevalecer ni la democracia ni el cesarismo, y este órden no es jamás violado por un pueblo sin que sufra la expiacion en su dignidad rebajada, porqué *Dios*, dice S. Anselmo, *nada ama tanto como la libertad de su Iglesia.*

Pero todavía existe un rasgo más importante para la verdadera Iglesia que la libertad, y este rasgo es la unidad. Fácilmente se concibe, especulativamente, que una Iglesia falsa conserve lo que caracteriza á la verdadera, es decir la unidad social formada por una coleccion de personas que profesan la misma fé y obedecen á la propia autoridad; más en el terreno de los hechos este fenómeno no ha existido jamás y cuando se conocen las condiciones esenciales del mismo, puede asegurarse que es moralmente imposible fuera de la Iglesia católica.

Examinemos la manera como define la unidad el protestantismo contemporáneo desesperando de producirla, y con el propósito de no perder sus ventajas. «Las Iglesias, dice, aparecen no como «instituciones sobrenaturales destinadas á transmitir sacramentos «maravillosos; sinó más bien como una patria religiosa en la cual «puede comunicarse, con el corazon y con la palabra, con muchas «personas cuyas creencias no son las mismas; en la cual las dife«rencias intelectuales vienen, en cierto modo, á fundirse en la co«munidad del sentimiento religioso y del esfuerzo moral; en la

«cual el hombre de ciencia, sin perder su independencia santa, pue-«de fortalecerse en la fé de los creyentes más sinceros. Tal es la ra-«zon que me mueve para desear el que dichas sociedades se hallen «establecidas sobre tan ancha base, que sean capaces de propor-«cionar la mayor hospitalidad que pueda imaginarse. Consideren «otros si quieren la Iglesia como una alianza dogmática sometida «á una tradicion inmutable: respetaré esta manera de ver, sin per-«juicio de considerarla muy distinta é impropia del principio pro-«testante. Por lo que á mí toca prefiero ver en la Iglesia una socie-«dad religiosa abierta al espíritu de exámen, é indulgente por lo «tanto con las diferencias de doctrina (1).»

En otros términos: la Iglesia es la reunion de todos los hombres animados de sentimiento religioso; pero sin creencias ni dependencias comunes, por qué la creencia no se considera elemento de la religion. Vale tanto decir que todos los hombres son miembros de la Iglesia, escepto aquellos que no quieren serlo. Esta unidad, tal cual la entienden los protestantes liberales, equivale á decir que Jesucristo, Mahoma, Boudha, Confucio y Lutero pertenecen á la misma Iglesia. ¿Y porqué nó Voltaire? En nuestros tiempos hemos visto ateos místicos adornados del sentimiento religioso.

Al lado de los protestantes liberales hay otros que se llaman ortodoxos, en opinion de los cuales no puede existir Iglesia sin una fé comun. «Mucho preocupan dice M. Guizot, los progresos realiza-«dos por el espíritu de asociacion; mas así como en política y en «literatura, no existe asociacion sin la previa existencia de un fin y «una regla comun, lo propio acontece con las asociaciones que se «proponen la realizacion de un fin religioso. Lo que es una verdad «en el órden social, lo es igualmente en el órden religioso. Cuando «se trata del estado de las almas; de las relaciones de la sociedad «religiosa con Dios, es cuando más se necesita una fé comun, un «trabajo comun, un fin comun (2).»

De manera que al paso que para los liberales la creencia es indiferente, pues cada cual depende únicamente de su conciencia individual; toda regla de fé es tiránica y la unidad de la Iglesia no es más que la colectividad de esas diversidades, para los ortodoxos los miembros de la Iglesia deben tener creencias y obligaciones comunes, sometidas al principio de la autoridad soberana de las santas Escrituras. Hemos visto y verémos mejor áun, que la unidad realizada en virtud de esta teoría, no es ménos irrisoria que la del protestantismo liberal.

Si segun la herejía, consultamos al cisma relativamente á la nocion de la unidad, veremos que la define: la profesion de la

(1) Sínodo protest. de 1871. M. Pecaut. sesion del 18 de junio.
(2) Idem.

misma fé y la participacion en los mismos sacramentos. Mas como los mismos sacramentos no tienen la eficacia de un mismo gobierno para reunir en una sóla haz, ora el conjunto de las Iglesias griegas, ora los miembros de cada una de dichas Iglesias, resulta entre Constantinopla y Moscou tal variedad en las cuestiones litúrgicas, disciplinarias y á veces dogmáticas, que las hacen dignas de la anarquía protestante.

Sólo el catolicismo concibe y realiza la verdadera forma que conviene al cuerpo de la Iglesia. Precioso sello de verdad en una religion, puesto que la unidad consiste, lo mismo para una institucion que para el hombre, en estar siempre de acuerdo consigo mismo. Este carácter divino es mucho más difícil de comunicar á una institucion que habla á todos los tiempos y que tiene una carrera individual más circunscrita por la duracion y por la trascendencia de sus asertos. Ahora bien, que magnífico espectáculo el de la unidad de la Iglesia en la unanimidad de tantas adhesiones sobre todos los puntos definidos, sin perjuicio de la libertad de discusion respecto de los demás, hasta tal punto que la sumision á la fé, no representa jamás la esclavitud del pensamiento! Despues de haber pesado la importancia y valor de ese conjunto de sufragios, ténganse en cuenta las divisiones de la opinion hasta lo infinito, sea en política, sea en filosofía, sea en el terreno de la ciencia, y se verá que hay una diferencia tal, que no puede ménos que causar profundísima impresion. Pero la unidad de hecho que resplandece en la Iglesia adoctrinada, hállase completada por la unidad de derecho que reside en la Iglesia docente. Evaluemos además el testimonio que constituyen, doctrinalmente, doscientos sesenta Papas, más de ciento veinte mil obispos y cuarenta millones de doctores ó pastores secundarios que han cantado las escelencias y la sublimidad del *Credo* de Nicea, y convendremos sin el menor esfuerzo, en que si la verdad se halla personificada en una autoridad sobre la tierra, en esta precisamente debe estarlo.

¿Puede pedirse ménos al error que el que no caiga en contradiccion? Y sin embargo es lo que más dificilmente alcanza. Si aplicamos á las falsas Iglesias, como piedra de toque, el principio que acabamos de proponer, no encontraremos una sóla que ofrezca la garantía de nuestra unidad de derecho, ni siquiera la de nuestra unidad de hecho, por lo mismo que no existe una sóla que posea ni el elemento activo que impone la unidad, ni el elemento pasivo que la ejecuta, es decir, ni la autoridad suficiente para prescribirla, ni la obediencia indispensable para realizarla, de donde resulta que en la herejía y en el cisma; pero más aun en la primera que en el segundo, solo se encuentra *cierto lo incierto*.

I.

En primer lugar: ¿puede existir siquiera en el protestantismo ese órden y esa armonía que consiste en no desmentirse? En manera alguna, puesto que dicha herejía, como su propio nombre indica, protesta, pero á nadie reune. Sólo es una contra nosotros; pero en sí misma, segun sienta un célebre reformado, aseméjase *á un gusano cortado en mil pedazos*. Fijándonos exclusivamente en su única afirmacion general, la negacion del catolicismo, ¿que es lo que vemos bajo su enseñanza? Individualidades que como los átomos de Epicuro, se persiguen, con el objeto de aglomerarse, sin poder conseguirlo; agregaciones de escepticismo, y amalgamas de incredulidad en todas las dósis imaginables; en fin una verdadera pulverizacion de la doctrina evangélica, dando incesantes vueltas en el campo devastado de la autoridad religiosa y arrastrada por los vientos del libre exámen al nihilismo de la fé cristiana.

¿De qué manera se han producido tales consecuencias? Todo el mundo lo sabe, por lo ménos todos aquellos que quieren saberlo. El cristianismo recibe la verdad por medio de tres afluentes que se completan al reunirse en su seno:, la Escritura, que contiene la revelacion escrita; la tradicion, que es depositaria de la revelacion oral, y finalmente, la Iglesia, ó sea el cuerpo *docente*, que guarda é interpreta una y otra y las preserva de toda alteracion. Ahora bien: ¿qué es lo que ha hecho el protestantismo de esas tres fuentes de la verdad? Desde luégo ha suprimido dos: la Iglesia, puesto que la condena; la tradicion, por lo mismo que la contradice, y si ha conservado la Biblia, es por haber considerado que nada hay más fácil que hacer decir á un libro sagrado lo que á cada cual se le antoja, cuando se han eliminado los intérpretes sagrados.

Semejante atentado constituye evidentemente una mutilacion de la fé cristiana. ¿A qué repudiar las tradiciones auténticas? A nadie dió Jesús la comision de redactar la carta constitutiva del cristianismo: subió á los cielos sin haber escrito ni haber hecho escribir una sola palabra relativamente á este asunto: el mismo símbolo de los Apóstoles, no recibió una fórmula determinada y concreta hasta el Concilio de Nicea, sin que esto fuera obstáculo para que constituyera ley mucho tiempo antes, de lo cual resulta que circunscribir la revelacion á la letra de algunos textos, por más que sean venerables, vale tanto como apreciar judáicamente el conjunto de la fé cristiana.

¿A qué rechazar las tradiciones divinas? ¿A qué especialmente rechazar la Iglesia que es su oráculo divinamente establecido? De la propia manera que la luz natural ha brotado de estas palabras,

«Hágase la luz,» la luz sobrenatural ha resultado de esta órden no ménos soberana, «Id y enseñad.» Desde este momento, es decir, con anterioridad á la existencia de los libros del Nuevo Testamento, existe, pues, una autoridad docente y una autoridad directriz constituidas en el cuerpo apostólico y en sus sucesores. Propágase la doctrina, fórmase la jerarquía, reglaméntase el culto, el mundo, finalmente, se convierte ántes de que se hayan redactado los Evangelios, por manera que la Escritura es evidentemente posterior á la Iglesia, puesto que, si así cabe decirlo, ha nacido en el seno de la misma.

Por lo demás, la Biblia, segun dejamos anteriormente consignado, ¿no es acaso en sí misma letra muerta, incapaz de defenderse de los que la desnaturalizan, así como de darse á entender á los que no aciertan á comprenderla? Y hé ahí la razon en virtud de la cual tuvo Dios de establecer un intérprete y guardian incorruptible capaz de defenderla y explicarla, siendo esto de necesidad imprescindible, porque supuesto que la autoridad doctrinal no se halle en un cuerpo escogido, como es menester que exista, lo buscará en el espíritu de cada uno. Cuando la Iglesia no está en la Iglesia, se revela en el pensamiento individual: en el momento en que la cátedra de San Pedro está abatida, preséntase el juicio particular con el objeto de ocupar su puesto, y en tal caso vuelan hechos pedazos los destellos de la unidad evangélica, bajo los embates dirigidos por esos innumerables protestantismos que nada más tienen de comun que su protesta.

La herejía cuenta con la inspiracion ó con la razon para penetrar en el sentido de las Escrituras. Veamos cuáles son las consecuencias que resultan del primer método. ¿Qué es la inspiracion? Segun unos, un rayo de luz proporcionada por el Espíritu Santo, que pone de manifiesto al alma las profundidades del texto sagrado, de la propia manera que el sol pone de manifiesto los objetos sensibles: segun otros, una intuicion interna en virtud de la cual podemos fácilmente distinguir la palabra divina de la humana, como el paladar distingue lo dulce de lo amargo. Teoría espantosa del iluminismo, que concede á la imaginacion de cada individuo la infalibilidad de que despoja á la Iglesia. ¿Se quiere saber ahora á qué se reduce la unidad, entregada á esa corriente de fanática teosofía?

Apareció Lutero: ¿Qué vió en la Escritura? Que estamos justificados por la fé sin las obras, que el libre albedrío es invencion de la Edad media, que no hay más que cuatro sacramentos, que los religiosos quedan libres de sus votos, que los sacerdotes tienen derecho á casarse con una mujer, y los landgraves de Hesse pueden tener dos mujeres si les acomoda, todo, por supuesto, bajo la responsabilidad del Espíritu Santo.

Vino Calvino: ¿Qué vió en la Escritura? Que la realidad del misterio eucarístico, respetada por Lutero, no era más que una figu-

ra, y que los hombres convencidos de resistencia á las celestes comunicaciones, como Miguel Servet, debian expiar su crímen en la hoguera. Así lo tenia decidido el Espíritu Santo.

Vino Muncer: ¿Qué vió en las Escrituras? Que los títulos de nobleza y las propiedades considerables constituyen una usurpacion impía, y que sus sectarios deben despojar de unos y otras a los grandes y á los ricos, valiéndose de las armas y del fuego. Nueva inspiracion del Espíritu Santo.

Vino Juan de Leyda: ¿Qué vió en las Escrituras? Que la obediencia á las leyes es una restriccion de la libertad cristiana: que él debia echar á un lado los instrumentos de su oficio para ponerse al frente de un populacho desenfrenado, apellidarse rey de Sion, y casarse con catorce mujeres, porque la poligamia constituye el privilegio de los santos patriarcas. Y todo esto, por supuesto, en virtud de una inmiscuicion del Espíritu Santo.

En resúmen, los puritanos, los cuakeros, los metodistas que han ido apareciendo sucesivamente, ¿qué han visto, ó mejor, qué han dejado de ver en las Escrituras? El espíritu no puede calcularlo ni decirlo. Las alucinaciones del protestantismo místico son un lugar comun que no puede referirse. A sus ojos el hombre desaparece delante de Dios, la razon ante la fé, la naturaleza en presencia de la gracia, reina en el mundo una pavorosa predestinacion, el salvarse y el condenarse son únicamente cuestion de fatalidad, en suma, lo único que conviene es tener en su favor la inspiracion del Espíritu Santo. Lo que la locura del fanático en semejante estado puede achacarle al Espíritu Santo, es una de las mayores humillaciones impuestas á la razon por el espíritu de rebelion.

Esto es lo que acontece cuando es la inspiracion el intérprete de la Biblia. Lo que sucede cuando el intérprete es la razon, vamos á indicarlo. Desde luego el exámen individual se eleva á la categoría de un juicio infalible en materia de fé: cada cual pronuncia en última instancia sobre las creencias y los deberes enseñados por los libros santos, y se rechaza con horror toda autoridad religiosa para constituirse en pontífice de su religion, si es que puede darse aun este nombre augusto á los restos informes que en el fondo de sus crisoles deja una exégesis devoradora. Midamos los grados, ó por mejor decir, los abismos en que se arroja el espíritu humano dirigido por la Escritura comentada por el racionalismo.

Lutero abrigó la creencia de poder conservar la divinidad de Cristo, sin perjuicio de negar la de la Iglesia; pero dada esta rebelion general, los blasfemos no debian cejar hasta deducir en el breve espacio de trescientos años, el más crudo ateismo, y la soberbia del Lucifer aleman debia comunicar á su país esa especialidad monstruosa, este orgullo característico, que podria definirse: la impudencia de la negacion.

En efecto: despues de Lutero encontramos á Socino, para el cual

la Escritura le ofrece en Jesucristo un hombre adorable; pero en manera alguna divino. Mas tarde se presenta Kant, que distingue entre la fé religiosa y la fé eclesiástica, y que va á buscar en los textos sagrados lo que place á la primera, rechazando cuanto fortalece á la segunda. Luego, Semler, que prescinde de casi todos los libros de la antigua alianza, y admite únicamente los que tienen una tendencia moral. Despues Eichhorn, que hace extensiva al Nuevo Testamento la crítica negativa aplicada por Semler al Antiguo. Despues Strauss, que ya no se satisface con despojar las Escrituras de su autoridad divina, sinó que además llega al punto de tratarlas como una mitología simbólica. Mas adelante vendrán aquellos de quienes habla Tremblay, que solo emplean la Biblia como introduccion á la razon pura, y que nada afirman de Dios como no sea decir que el hombre virtuoso debe desear que exista uno. Finalmente, Hegel resolverá esta cuestion capital por medio de un ateismo grosero en cuanto cabe, y la Alemania racionalista, cerrando el círculo de sus negaciones, sorprenderá al mundo por una capacidad de aberracion superior mil veces á su poder de investigacion.

¿A qué se han reducido los artículos fundamentales, respecto de los cuales debian encontrarse y estar de acuerdo las divergencias heréticas? Nada de artículos fundamentales en un sistema que ha establecido como piedra fundamental el derecho de juzgarlos, reducirlos y hasta derribarlos. Nada de confesion de Augsburgo, nada de símbolo de la Rochela para un protestantismo tan alejado de su principio que no há mucho arrojaba de su consejo presbiteral, por medio de cinco votaciones consecutivas, al francés más ilustre de su comunion, por la única razon de creer en la divinidad de Jesucristo. «Me han arrojado al par que á Cristo.» exclamaba con voz elocuentísima, manifestando una sorpresa que á nosotros mismos nos ha sorprendido. ¿Ignorabais, ilustre cristiano, que, segun uno de vuestros correligionarios, *la mayoría de los protestantes no es cristiana* (1)? ¿Ignorábais que siendo el yó vuestro *criterio* doctrinal, de la propia manera que no hay dos rostros que se parezcan, es imposible que existan dos conciencias que interpreten del mismo modo? ¿Ignorábais finalmente que si Lutero decia ya de vuestros antepasados *tantas cabezas como creencias* (2), al presente el individualismo ha reducido vuestra Iglesia á polvo, y que para obtener sus sufragios es indispensable afirmar la divinidad de la razon, no la de Cristo, porque la consecuencia inmediata del libre exámen no consiste en que Cristo sea verdad, sinó en que la razon es infalible?

Con posterioridad, á la expulsion de M. Guizot, que fué «arrojado

(1) Gasparin.
(2) Miquel Stiefel. 1524.

con Jesucristo» de cierto conciliábulo protestante, se ha hecho un esfuerzo en el último sínodo nacional, para hacer entrar de nuevo á Cristo en el calvinismo. El mundo conservará durante mucho tiempo el recuerdo de las escandalosas divagaciones de esta nueva Babel. De una parte estaban los liberales, para quienes la Biblia no constituye en manera alguna un libro divino, sinó simplemente un tema de predicacion, respecto del cual, el ministro del santo evangelio puede ejecutar cuantas variaciones se le ocurran, desde la negacion de la divinidad de Jesucristo, hasta la negacion implícita de la persona de Dios. En el campo opuesto encontrábanse los ortodoxos haciendo inútiles esfuerzos para establecer la unidad de fé, sin más regla que un libro del cual el juicio individual puede deducir lógicamente la negacion de la fé. El lado triste del espectáculo consiste en que los oradores autoritarios de la asamblea no eran de lo más consecuente. Recorriendo aquellos escaños entre los cuales los habia que formaban una derecha, una izquierda, un centro izquierdo, una extrema izquierda etc., afectábase uno dolorosamente al ver que la fé sólo existia en esas diversas categorías en razon inversa de la lógica. En efecto: los ortodoxos que hubieran querido imponer prácticamente la autoridad, despues de haberla negado en principio, merecen que se les aplique esta sentencia de J. J. Rousseau. «Pruébeseme que en materia de fé, estoy obligado á someterme á las decisiones de alguno, y desde mañana me hago católico,» palabras que confirman un juicio verdaderamente célebre: «el protestantismo no es más que el lugar de una religion.»

Hemos pues llegado á conclusiones diametralmente opuestas á las anteriores, sin embargo de proceder del mismo punto de partida. En el primer caso la razon se nos ofrecia invadida por un desbordamiento de la fé; en el segundo la fé desaparece bajo las usurpaciones de la razon y los doctores de esta ley mutilada quedan reducidos á profesores de incredulidad, que perciben del presupuesto del Estado, en el concepto de ministros de un culto reconocido.

Ante el espectáculo de esa unidad *hecha pedazos*, el alma se siente gozosa de pertenecer á una religion de la cual no es posible escribir una historia de las variaciones. Someted nuestra unidad á la prueba de las distancias y colocad un católico de París, al lado de un católico de Pekin, y les bastará recitar el símbolo de su fé, para que se reconozcan y se den el ósculo fraternal sobre el seno de su madre comun, la Iglesia. En cambio, colocad un Anglicano de Lóndres al lado de un Mormon de Boston, se estrecharán la mano al pronunciar el primer artículo de su *Credo;* pero ántes de concluir el segundo se habrán anatematizado mútuamente. Someted tambien nuestra unidad á la prueba de los siglos haciendo comparecer un católico de las primitivas catacumbas en medio de las deslumbrantes asambleas de S. Pedro de Roma, y en el nuestro encontrará su símbolo, porque los dógmas que han sido definidos

han dicho relacion á las obligaciones de nuestra fé, no á la fé de la Iglesia, y existian desde el principio en su seno de tal suerte, que dado que en ellos se descubra alguna novedad, no se refiere en manera alguna á la creencia, sinó en el precepto de adherirse á ella.

En cambio, ¿qué deben sentir y pensar los herejes, ante el espectáculo de esos santos de los siglos apostólicos, de los cuales se proclaman herederos siendo así que no pueden envanecerse con el título de discípulos? Cuando contemplo en nuestras antiguas catedrales de Basilea y Westminster, usurpadas por el protestantismo, las magnificas estátuas de nuestros primeros obispos yaciendo sobre las losas que el viajero huella sin postrarse de hinojos, paréceme escuchar la voz de esos muertos ilustres diciéndole á la herejía: ¿Qué habeis hecho del Evangelio que os legamos? Aquí existian altares sobre cuyas aras ofrecíamos el sacrificio de la víctima que se habia entregado para redimir al pueblo, y vosotros los habeis demolido; aquí habia baptisterios y piscinas para la penitencia en los cuales lavábamos los pecados del mundo, y vosotros los habeis destrozado; aquí habia cruces é imágenes de la Vírgen, ante las cuales, el alma anegada en llanto, buscaba un consuelo á sus dolores, y vosotros las habeis profanado. Entónces formábamos un rebaño que conducia un sólo pastor, y al presente cada uno de vosotros es al par pastor y rebaño; entónces éramos uno como Jesús y el Padre, al presente sólo estais unidos en el ódio á la Iglesia y en el principio de division. Nó, no os apellideis hijos nuestros, pues en vuestro rostro no se descubren los rasgos de la fisonomía paternal; no os envanezcais con el pretencioso título de reformadores de la religion, puesto que vuestras obras á nada más se dirijen que á empequeñecerla; no interrumpais nuestro sueño con los murmullos importunos de vuestro culto, porque ni hemos entonado jamás vuestros himnos, ni comprendemos las pláticas y sermones que constituyen vuestra predicacion, y en tanto que repetís una y otra vez el nombre de Cristo, Jesucristo se ha alejado de vosotros como de vuestros templos, para no dejaros más que una imágen desecha en mil pedazos!

II.

No es ménos incompatible con la unidad el cisma que la herejía. Cierto que esta rompe la unidad doctrinal, en tanto que aquel destroza únicamente la unidad de comunion; mas ambos á dos, al separarse de Roma, se deslizan á lo largo de la misma pendiente, sin más diferencia que detenerse el primero en un punto más elevado, la segunda en uno más bajo, y en cambio uno y otra se en-

cuentran desprendidos del poder central y de la fuerza unitaria.

Entre las sociedades cismáticas, ¿podría existir unidad colectiva? Nó, porque la esencia de la doctrina cismática consiste en considerar á todos los obispos como independientes y disfrutando los mismos poderes de órden y de jurisdiccion. De manera que dentro de este sistema, no existe á la cabeza del cuerpo episcopal primacía alguna de derecho divino, y la supremacía ejercida por el Obispo de Roma, durante muchos siglos, fué únicamente un privilegio concedido á la capital del Imperio.

De semejantes premisas han debido deducirse extraordinarias consecuencias segun en otro lugar dejamos demostrado. Convertida Constantinopla en capital, hase atribuido las prerogativas espirituales de una segunda Roma; apoyándose Moscou en idénticos motivos se ha declarado la tercera; Lóndres la cuarta; sin perjuicio de que mañana puedan deducir la misma conclusion Paris, Turin, Viena y Madrid, y que el poder temporal despues de haber absorvido en todas partes al Pontificado pueda exclamar.

Roma no está en Roma, sinó donde yo estoy.

¿Qué debe acontecer en efecto bajo el imperio de una teología que convierte en papas á todos los obispos? No es posible un concilio ecuménico puesto que no existe autoridad universal que pueda convocarlo ni que sea capaz de presidirlo. Y sin embargo, dado caso que sobrevenga una complicacion religiosa, ¿qué medios escogitarán las Iglesias para resolverla, ya que no pueden existir precedentes en los siete primeros concilios ecuménicos reconocidos por todas las Iglesias, por lo mismo que no era posible que en dichos concilios se previnieran todas las dificultades que andando los tiempos podian presentarse? Vamos á decirlo y no se nos tache por ello de exagerados. Cuando el sacerdote griego está descontento de los juicios de su obispo se dirige al patriarca, y este al sultan. En Rusia el pope consulta al archimandrita, el archimandrita al santo sínodo, y el santo sínodo al coronel que recibe las órdenes del czar si la cuestion lo exige. Finalmente, si se propone una cuestion parecida al tribunal de la reina Victoria, su consejo privado se decidirá en favor de los presbiterianos, tratándose de Escocia; en pro de los anglicanos, si el asunto se refiere á Inglaterra. Mas no vaya á creerse que los firmanes de Constantinopla, los úkases de San Petersburgo, y las encíclicas de Lóndres, referentes á asuntos religiosas, constituyan un cuerpo de doctrina que sea igual en todas partes. Compárense las ordenanzas pontificias de todos los soberanos cismáticos con las decretales de los Papas, y se verá que todo lo que tiene en estas de prodigiosa la condicion de unidad, es en aquellas completamente imposible. Guárdenos pues la Providencia, de esos jefes de religion que están al frente de los ejércitos, porque

ó bien la duda que se somete á su decision es puramente espiritual y en este caso, permiten que cada individuo crea lo que mejor se le antoja; ó bien es temporal y en este caso sacrifican todo el interés de la religion al del principio de su autoridad. Al llegar á este punto vése aparecer en el sitio más elevado de ambas sociedades, la colosal figura del despotismo moscovita ó bizantino dominando una gerarquía colosal de autoridades reducidas á la servidumbre, haciendo mover bajo un cetro de hierro los dos escándalos de esta anomalía, la más espantosa diversidad de opiniones religiosas, obedeciendo á la más espantosa unidad del poder civil militar.

Y ¿será más fácil á los pueblos cismáticos la unidad individual que la unidad colectiva? Consultemos su historia, y de seguro nos contestará.

La Iglesia de Focio léjos de tener una fuerza de cohesion sobrenatural, sólo posee la unidad material de los agregados que han incluido dentro de un círculo de hierro. Sus disidencias son llevadas á la barra de un patriarca que pronuncia bajo la sancion del sable musulman y su identidad se halla sostenida únicamente por la política que ofrece el simulacro de la unidad religiosa.

El rusianismo no obstante hallarse sometido á un sínodo director, sometido á su vez á un protector imperial, se ha disgregado á pesar de las cadenas que le estrechan. Vénse en él innumerables sectas que han sacudido el yugo de la Iglesia nacional. Sólo la de los *viejos creyentes* reune trece millones de adeptos y una cuarta parte por lo ménos de los cristianos que viven bajo el dominio de los czares, en el foro interno, se ha emancipado de su jurisdiccion espiritual. Fácilmente puede comprenderse lo que sería de esta ortodoxia vacilante y amenazada de disolucion, sin el apoyo que le presta la prespectiva de Siberia.

Por último, en vano el anglicanismo al nacer de una disipacion real, se prometió conservar íntegro su Credo; pues involuntariamente y hasta á pesar suyo, se ha visto arrastrado á las divisiones y desheredado de las creencias que pretendia mantener. Desde luego se vió arrastrado á las separaciones que no queria, pues en cuanto hubo dicho «Basta de Papas, sólo obispos,» asomó su cabeza el presbiterianismo diciendo: basta de obispos, sólo sacerdotes; y vino despues el calvinismo diciendo: basta de sacerdotes, sólo pastores; y siguieron en pos nuevas sectas diciendo: basta de pastores, sólo predicadores; y por último los cuakeros que dijeron nada de predicadores, cada cual es doctor, predicador y profeta de sí mismo. De manera que toda la gerarquía eclesiástica ha venido abajo en pos del Papa, lo cual es una nueva demostracion de que destruida la clave de la bóveda, es imposible que el edificio se mantenga en pié.

Despues el anglicanismo ha perdido las creencias que se empe-

ñaba en mantener. ¿Qué ha sido del bill de los seis artículos que Enrique VIII hizo jurar á su parlamento y á su pueblo bajo pena de muerte? La confesion auricular, la misa, la transubstanciacion, la infalibilidad de los concilios generales, las indulgencias, el establecimiento divino del episcopado, todas esas creencias que la Iglesia de Inglaterra recibió en su cuna, y que habia jurado conservar hasta la tumba, se han debilitado, desfigurado ó totalmente perdido despues de haber renegado de ellas. Tan cierto es que los errores pupulan á la sombra del cisma como á la de la herejía y que el privilegio de no contradecirse, pertenece únicamente á la verdad.

¿Puede darse contradiccion más repugnante que la que ofrecen las Iglesias disidentes, renegando de su orígen, y de la madre que les dió el ser? ¿Rechazaba la Isla de los Santos la comunion de Roma cuando S. Gregorio le enviaba á Agustin para que la convirtiera; ni la Iglesia de Rusia cuando S. Olga y S. Uladimiro se veian colocados en los altares por mano del Pontífice; ni la Iglesia de Constantinopla cuando S. Crisóstomo imploraba los sucesores de San Pedro en su adversidad? No queda pues más recurso á toda sociedad cismática, que renunciar á su pasado, ó volver sobre sus huellas, adoptando nuevamente su enseñanza.

Esos antepasados pueden decirle: Hemos vivido con el pontificado en la union que habeis abjurado; nuestra Iglesia le es deudora del nacimiento, de la educacion y de los dias más bellos que ha conseguido disfrutar. Si somos nosotros los que nos hemos engañado ¿porque os envaneceis de descender de nosotros? Y si sois vosotros, porqué no creeis lo que nosotros creíamos? El dia en que pronunciasteis esta frase criminal: «Me separo» hacía muchos siglos que viviais unidos con la Iglesia romana. Si no era legítima, fuisteis culpables obedeciéndola: si lo era, os hicisteis más culpables abandonándola. No desprecieis pues las lecciones que de vuestros padres recibisteis. Thomas de Cantorbery sufrió la muerte y San Crisóstomo los rigores de dilatados destierros ántes que humillar al Cesar la magestad del poder espiritual. Al presente haceis del poder temporal el dispensador de las cosas celestes. Habeis convertido la dominacion de Cristo en un reino de este mundo y doblais la rodilla ánte los señores de la tierra al par que levantais con orgullo la cabeza en presencia del representante de Dios. Ah, tomáos el trabajo de acordaros de vuestros antiguos pontífices, y de vuestros mártires, acordaos de vuestros siglos de gloria y de vuestras pasadas promesas, porque desde que no estais con Roma, no estais siquiera con vosotros mismos.

CAPÍTULO V.

De la existencia que debe tener la verdadera sociedad cristiana.

La unidad religiosa sólo puede realizarse y se ha realizado en el seno del verdadero cristianismo. La herejía y el cisma han desfigurado la nocion por la impotencia de formar el verdadero tipo, é ignorando la manera de hacer la unidad, han adoptado el partido de imitarla. Queda no obstante demostrado que la unidad, para el cisma, consiste en todo cuanto está conforme con el capricho de los sultanes ó de los czares, y que dicha unidad, para el protestantismo, es la concordia intelectual que puede resultar de un estado de cosas parecido á este: «Puede distinguirse perfectamente el protestantismo; pero en manera alguna la Iglesia protestante. Entre nosotros no existe más vínculo comun que el ódio al papado. El Protestantismo no ofrece al presente más que una série de ceros sin numerador alguno (1).»

Una vez resuelta la cuestion de forma, en todo cuanto se refiere al cuerpo del verdadero cristianismo, se presenta otra que se contrae á la estatura que debe tener. Dicha estatura, ó sea su desarrollo en el espacio, la constituye su universalidad. Preciso es convenir en que los caminos de hierro y los buques de vapor han reducido al parecer el valor de esta prueba. Cuando los viajes eran difíciles, podia sin dificultad alguna admitirse que una doctrina que habia alcanzado al extremo opuesto del mundo, no podia ménos que ser divina, por lo mismo que sólo una fuerza divina era capaz de hacerla llegar á tan remotas regiones; mas cuando basta un tren de recreo para sembrar de Biblias el espacio comprendido entre San Petersburgo y Cádiz, parece que el catolicismo de la Iglesia, no tanto se debe á la conquista llevada á cabo por los mártires, como á la tarea de los viajeros y á las compañías de navegacion. Con

(1) De Bussière, Schmals protestants, etc., etc.

todo esto, el verdadero cristianismo ha conservado, bajo este punto de vista, un privilegio de universalidad que no resiste comparacion alguna.

¿De qué manera el protestantismo entiende el catolicismo? Difícil es comprenderlo, puesto que este error es esencialmente proteiforme. No puede fotografiarse, porque no permanece un solo instante en la misma posicion. Sin embargo, puede decirse que ha imaginado un catolicismo para su uso particular, y en provecho propio, cómodo sobre toda ponderacion, el dia en que ha definido la Iglesia, la reunion de todos los hombres unidos en virtud de un sentimiento religioso. De esta manera el protestantismo se ha apropiado todas las Iglesias, á fin de que nadie pueda echarle en cara la insuficiencia de la suya. Es la filosofía de aquel mísero anciano que para consolarse decia: nada tengo; pero el universo entero me pertenece. Por lo demás, cual si tuviera el sentimiento de su impotencia de proselitismo respecto de los paganos, el protestantismo ha dirigido todos sus esfuerzos contra la verdadera Iglesia, contentándose con relajar católicos sin conseguir hacer cristianos, lo cual, como fácilmente se comprende, es ménos costoso, y sobre todo ofrece ménos peligros.

Y en cuanto al cisma, ¿qué idea tiene formada del catolicismo? Una idea evidentemente arbitraria y falsa, porque todas las iglesias cismáticas son nacionales, y la nacionalidad se opone al catolicismo. La propagacion de la fé es imposible á esas iglesias, porque teniendo su apostolado el color de la bandera de la pátria, no le es posible penetrar en el campo vecino sin que su propaganda, mas bien que encaminada á evangelizar, ofrezca todos los caractéres de una declaracion de guerra. Preséntese el Evangelio á un imperio bajo la enseña del soberano de otro imperio, y el Evangelio será rechazado como una especie de invasion extranjera en las almas; mas que se presente en nombre del anciano venerable cuyo reino no es de este mundo, y que en lugar de pretender la sumision de los demás á su yugo, él mismo sufre las cadenas de la opresion, y se verá al Evangelio atravesar todas las fronteras y ser recibido en todas las naciones con los brazos abiertos.

Finalmente: ¿qué es el Catolicismo para la verdadera Iglesia? Vamos á manifestarlo en breves palabras. Séanos permitido ántes, sin embargo, hacer notar, que para definir las condiciones de una comunion católica, nuestra Iglesia está más autorizada que todas, puesto que dicha definicion constituye la explicacion de su nombre. Desde el tiempo de los Apóstoles se la ha distinguido por sus mismos enemigos con el nombre de la Iglesia católica, que vale tanto como decir verdadera Iglesia, puesto que el catolicismo, tal cual debe entenderse, constituye un título de grandeza que ninguna otra le puede usurpar. Para convencernos de que el catolicismo es un signo positivo del verdadero cristianismo, basta meditar de qué ma-

nera se realiza, 1.° por el catolicismo, 2.° por las comuniones disidentes.

I.

El catolicismo es la difusion permanente y simultánea del Evangelio en la mayor parte del mundo conocido, y entre un número considerable de sus habitantes.

Cada una de esas palabras encierra un sentido muy digno de ser meditado. La difusion debe ser permanente, porque si dejaba de serlo un solo instante, con relacion al conjunto de la humanidad, resultaria un eclipse de la luz espiritual, mas contrario al órden providencial que no lo seria físicamente la desaparicion del sol. Debe ser tambien simultánea, porque si el reino de las claridades evangélicas fuese sucesivo para las diversas naciones, como lo es, por ejemplo, el paso de un viajero, su extension no seria en manera alguna, geográficamente hablando, católica ó universal. Debe tener lugar, por lo ménos, en la mayor parte del mundo *conocido*, porque cuando Jesucristo les dijo á los Apóstoles: Enseñad á *todas* las gentes, y cuando San Pablo afirma que el Evangelio crece y fructifica en todo el universo, «no deben mentarse en son de burla, «dice Bossuet, la China, las tierras australes, la América, para «disputarles la verdad de la predicacion *escuchada* por el mundo «entero,» ya que la mision esencialmente espiritual de la Iglesia consiste en iluminar con las luces de la fé los países descubiertos, no en descubrir países desconocidos.

Por último, añado que la difusion requiere el ser aplicada á un número considerable de hombres pertenecientes á esta mayor parte del universo, porque si el catolicismo se extendiera por órden divino á todos los hombres, no seria compatible con la libertad moral, y si no se extendiera á un número considerable, no constituiría en manera alguna una prueba, ya que al presente, gracias á los medios de locomocion, es por demás facilísimo á toda negacion tener representantes en las comarcas más lejanas. De manera, que el cristianismo verdadero, debe estar presente á la vez y sin interrupcion, en la mayor parte del mundo conocido y aceptado por un número considerable de sus habitantes. Este prodigio de su constitucion le es propio hasta tal punto, que el error no puede falsificarlo; de manera, que si bien es cierto que el cisma y la herejía alcanzan algun resultado sobre la tierra, jamás alcanzarán el del catolicismo.

¿Y cómo nó, si el catolicismo es una consecuencia de la unidad y de la libertad? Dónde quiera que la razon privada divide infinitamente la creencia, hay tantos cristianismos como cristianos. Su-

cede en este caso que los discípulos de una misma secta se tocan sin adherencia, semejantes á los granos de arena que cubren la playa, y estando cada catolicismo separado por los jalones que fija el pensamiento individual, hay millares de catolicismos; pero no existe un solo catolicismo verdadero. El catolicismo en las sociedades cristianas depende tambien de su libertad espiritual. Donde quiera que el pontificado se halla absorbido por la monarquía, la Iglesia se convierte imprescindiblemente en un anexo del Estado. En tal caso, le sirve de límites una frontera; una línea de aduanas le circunscribe: los políticos y los espíritus mezquinos, se aplauden de haber convertido á Dios en servidor de la pátria; pero las almas varoniles é ilustradas se sublevan, convencidas de que la nacionalidad de la religion es la exclusion de su dominio universal, y por consiguiente una negacion indirecta de la verdad.

No ignoro los prodigios de habilidad realizados por el cisma y la herejía con el objeto de escapar á estas conclusiones, valiéndose, principalmente del medio de comprender dentro de la comunidad católica á todos cuantos creen en Jesucristo, con el propósito de que pueda el que quiera separarse del catolicismo sin salirse de él; pero basta juzgar con el criterio del sentido comun, para apreciar el valor de esta pretension y de este expediente. Renegar el símbolo y la autoridad de la Iglesia, y atribuirse sus caractéres incomunicables; rehusar el ser católico por la sumision y aspirar á serlo por las prerogativas; reclamar, por último, el título de ciudadanía para abandonar la ciudad, é imaginar que se puede formar parte de un árbol no siendo más que una rama separada del tronco, es tener muchas exigencias respecto del catolicismo y poquísimas respecto de la propia razon. No queda, pues, mas recurso al cisma y á la herejía que trabajar en la tarea de universalizarse como nosotros, ó cesar en sus pretensiones de arrogarse los honores de nuestra universalidad. Si somos católicos en virtud de una fuerza puramente humana, tienen á su disposicion abierto el mismo campo, cuentan con los mismos medios, y por consiguiente pueden y deben confundirnos por medio de un éxito igual al nuestro; pero en cambio, si somos católicos en virtud de las promesas que se nos hicieron, y de una gracia de la cual no pueden disfrutar, deben reconocer nuestras ventajas en lugar de pretender su beneficio, al propio tiempo que nos rechazan.

Véase ahora lo que ha hecho la Iglesia para establecer y sostener el milagro de su catolicismo, y lo que jamás podrá hacer sociedad alguna religiosa. Si consultamos la experiencia, nos enseña que la aspiracion de la monarquía universal es un sueño irrealizable. Los errores, como las aspiraciones del hombre, tienen un alcance por demás reducido en su fuerza proselítica: su temperamento no es cosmopolita, puesto que para florecer necesitan un cielo especial. Por esto en un momento determinado, tal montaña

detiene su vuelo, un rio constituye una barrera que no se puede traspasar. Así vemos que el poder desbordado de Cambises, encuentra en Egipto un dique opuesto á su invasion; que el de Alejandro se estrella en las márgenes del Indo; el de Aníbal en Cápua; el de Napoleon en las llanuras de Moscou.

En cambio, el poder de Jesucristo es de tal modo universal por naturaleza, que bajo el pontificado de San Pedro, el Evangelio habia sido ya predicado *á todo el mundo y á todas las criaturas.* En el siglo segundo, cuando la Iglesia no poseía más poder temporal que el reducido ámbito de las catacumbas y los suplicios, sus confesores contestaban á las preguntas de los procónsules: Pertenezco á la Iglesia católica, y Plinio el Jóven se lamentaba de que apénas quedaran compradores de víctimas paganas. Posteriormente, el imperio romano reducíase de dia en dia en virtud de la creciente invasion de los pueblos bárbaros, y al par crecia y se ensanchaba la Iglesia por la adhesion de los bárbaros y la conversion gradual del imperio. Finalmente, despues de esto, la sociedad religiosa más intolerante con las pasiones, es decir, la que prescribe la monogamia indisoluble, la confesion auricular, la adoracion eucarística, ha continuado constantemente siendo la más numerosa, en términos que su poblacion escede á la de todas las sectas cristianas consideradas en conjunto, y segun las estadísticas protestantes, y la autoridad como se vé, nada tiene de sospechosa, en 1830 contaba con treinta y cinco millones de cristianos más que ántes de la rebelion de Lutero.

El libre pensamiento puede, pues, prescindir del trabajo de entonar nuestra oracion fúnebre. Dios ha proporcionado en todo tiempo al catolicismo la verdad sobre la tierra, y continuará proporcionándosela. Y no puede abrigarse, respecto de esto, duda alguna. porque cuando las deserciones del arrianismo comprometieron la integridad de esa extension, la conversion de la Etiopía, de España y de los Sarracenos vinieron á completarla: cuando los Griegos cismáticos se desprendian de este tronco sagrado, adheríanse al mismo los Daneses, los Noruegos, la Suecia y la Hungría; cuando Lutero y Calvino levantaban el estandarte de la insurreccion, Méjico. el Brasil y una gran parte de las Indias y del Nuevo Mundo se sometian al catolicismo, y al presente, léjos de estar en decadencia, como parecen indicarlo los cantos elegíacos que entonan con aire compasivo sus adversarios apasionados ó ignorantes, hállase próspero y pujante como siempre. Para convencerlos de ello y para convencernos tambien nosotros, no tenemos que hacer otra cosa más que acudir á las lecciones de la historia contemporanea.

Tómese un mapa-mundi, evalúense los continentes y los mares, cuéntese, en fin, todo el rebaño del Pastor universal, y que la gran voz de esos pueblos desconocidos responda por Jesucristo. Hace cien años Inglaterra y Escocia sólo contaban en su seno sesenta mil

católicos; hoy abrigan cuatro millones, sin contar catorce sedes episcopales distinguidas, y prescindiendo del restablecimiento de la jerarquía eclesiástica. Hace cien años sólo existia un obispo en los Estados Unidos; al presente se cuentan treinta y ocho, que conducen un rebaño de cinco millones de fieles. Por último, en Alemania, en Asia, en Africa, en Oceanía, en suma, en todas partes sigue el desenvolvimiento católico la misma progresion, y los que cierran los ojos á la divinidad de este hecho, no pueden desconocer el hecho en sí mismo. Solo Pio IX, en su inmortal pontificado, ha erigido más de ochenta sedes episcopales; mas de veinte vicariatos ó prefecturas apostólicas, y ha ensanchado en una décima parte el imperio de la propaganda. Muéstrennos el cisma y la herejía un aumento equivalente, ó reconozcan que su vitalidad, en decadencia, es el síntoma de un fin inevitable. Toda religion que no reemplaza sus muertos, está llamada á desaparecer; y si bien es cierto que los poderes materiales que la sostienen, continúan prestándole el apoyo material bajo el cielo en que vive, llega un dia al cabo en que no obstante conservar el territorio, debe convencerse de que ha desaparecido la poblacion.

Existen alarmistas enemigos de la Iglesia que se toman el trabajo de llorarla anticipadamente. Convengamos en que hay por su parte esceso de solicitud. Las fuerzas vivas del catolicismo son inmensas. Si se tiene en cuenta la plenitud de las pulsaciones en el corazon de la Iglesia, se sorprende uno del pesimismo ignorante capaz de confundir con la agonía, los síncopes de semejante organismo. No, no, los que tenemos la honra de llamarnos cristianos, en la acepcion antigua de esta palabra, no somos tan contados como se dice; de manera que horroriza el número de crímenes que deberia cometer la tiranía que por medio de la espada pretendiera corregirnos de este error.

Pero la mejor contestacion que puede darse á los que nos entierran en vida, la tenemos en la obra de la propaganda de la fé. Cuando la sociedad romana rechazó á la Iglesia, esta se dirigió hácia los pueblos del Norte, diciendo: me voy con los bárbaros. Posteriormente, gracias á esta evolucion renovada oportunamente, ha logrado reparar siempre y con la mayor rapidez los claros que resultaban en sus filas. Recuérdese que en 1836 no existia un sólo aspirante al seminario de las misiones extranjeras; pues bien, hoy se cuentan ciento treinta: que en dicha época no existia entre nosotros cuerpo religioso á las órdenes de la Propaganda, y al presente á duras penas pueden contarse las congregaciones de hombres y mujeres que proporcionan reclutas á este apostolado: que entonces la China estaba cerrada con una doble muralla al paso de los misioneros, y hoy administran el sacramento del bautismo á mas de veinte mil personas en el término de un año: que en 1822 el personal de los misioneros que evangelizan en tierra de infieles, solo se com-

ponia de 27 sacerdotes y de 350,000 neófitos, al paso que el año último (1) el número de los primeros se elevaba á 440 y á 700,000 el de los cristianos. Esas cifras bastan por sí solas para demostrar que no existe peligro alguno de que se extinga la actual familia de Nuestro Señor Jesucristo.

Y tambien podria decir el catolicismo á esos jeremías engañosos ó engañados, que presumen que fuera de la Francia no hay salvacion para la verdad. ¿Con qué derecho me inscribís en el catálogo de los muertos, cuando no soy más que proscrito por vosotros? Si abandono una pátria, no soy yo, es ella la que corre el riesgo de morir; por lo que á mí toca, viviré siempre. Suponiendo por un momento que habeis de conseguir arrojarme completamente de vuestro seno, ¿creeis que ha de faltar un suelo que pisar? Entregadme mis cálices y mis ostensorios; devolvedme mi cruz y mi báculo de peregrino, y emprenderé el viaje hácia el Japon ó Cambodge, á la costa de Coromandel, á las dos Américas, donde de seguro seré bien recibido, y con tales muestras de aprecio, que han de bastar á consolarme de todas las ingratitudes y del más cruel abandono, y sabed que si la gloria de los imperios puede extinguirse con la tierra sobre la cual se levantan, la mia puede cambiar de sitio; pero es inmortal.

II.

Fijándonos ahora en la contra prueba, preguntémonos: ¿Qué debemos pensar del catolicismo protestante? Como carece de unidad social, es imposible que queda poseer la extension territorial y numérica que constituyen la esencia del catolicismo permanente y simultáneo. «El protestantismo es inorgánico, ha dicho un testi-«monio desinteresado: al presente vive áun del primero y rigoroso «impulso que recibió en el siglo décimo sexto, de sus anteceden-«tes políticos, del elemento de la nacionalidad; mas ese impulso se «agota, la tablazon del buque se desconyunta, el edificio cruge y «se grieta y se cuartea por todas partes: las fuerzas auxiliares se «retiran y si bien es cierto que existen protestantes, la verdad es «que no hay protestantismo (2).»

En semejante estado de disolucion el protestantismo consume toda su energía en mantenerse en pié, faltándole completamente todo lo que ha menester para la expansion y la conquista. Care-

---

(1) 1870.
(2) Vinet, protestante.

ciendo de fuerzas para ejercer la propaganda por medio de la palabra, conténtase con distribuir biblias; mas la Biblia mutilada por los que la distribuyen, es frecuentemente profanada por los que la reciben y en verdad que seria el colmo de la insensatez considerar que cada uno de esos volúmenes regalados, representa un alma conquistada para Jesucristo, pues las personas instruidas ven en las Escrituras lo que se les antoja, y los inocentes no entienden ni una palabra. «Entréguense al Papa para que los emplee en las «misiones los caudales que la sociedad bíblica invierte en la dis«tribucion de libros, y en breve tiempo habrá hecho más cristia«nos que páginas tiene cada uno de dichos libros (1).» Ahora bien, qué es lo que debe esperar la reforma en virtud de esta falta de fuerza expansiva? Que dentro de algunos siglos habrá dejado de existir. Semejante á esos montes escuetos de los cuales sólo queda en fuerza de la influencia ejercida sobre los mismos por los agentes atmosféricos, el descarnado esqueleto de piedra, sólo quedará de lo que le dió origen, el orgullo de la razon, causa eterna y eficiente de toda herejía; mas el protestantismo como religion, desaparecerá, y los últimos restos de su existencia se dirijirán indispensablemente á uno de los dos polos constituidos por la afirmacion absoluta, ó por la negacion completa del cristianismo, es decir al catolicismo, ó al racionalismo.

Por lo demás si el protestantismo ha renunciado á la conquista, más bien que para ahorrarse el trabajo que importa, ha sido por el sentimiento y la conviccion que tiene de su esterilidad. No hay nacion cristiana en el mundo que posea un campo más vasto para la propagacion de la fé que Inglaterra, que ejerce dominio sobre una poblacion de cien millones, únicamente en el Indostan. Pues bien, ¿qué frutos ha producido el apostolado anglicano en ese inmenso teatro en el espacio de treinta años? Unas trescientas conversiones entre las cuales no se cuenta la de un solo Bramin ni la de un Rajahpout. Así se explica que los órganos más distinguidos del protestantismo le «hayan aconsejado repetidas veces que abandone «las misiones á la Iglesia católica, fundados en que la reforma no es «atributo propio del cristianismo de las comunidades jóvenes (2).»

Ahora bien: ¿qué es la Iglesia anglicana? «Una momia, un cadáver que no puede sostenerse ni siquiera respirar (3).» Especie de aparicion nómada que se pasea protegida por el pabellon nacional y seguida de cargamentos de libros desde Lóndres al fondo del Indostan, haciendo negocios; mas no conversiones, vendiendo á muy buen precio el ópio, y no logrando colocar su Evangelio ni áun dándolo de balde. Convenimos en que es una empresa expléndida-

---

(1) De Maistre. *Del Papa.*
(2) Monthly Review. 2, 90. p. 323. an. 1822. Gaz. ofi. de Alem. 1833.
(3) *Revue Britannique.* 1838.

mente sostenida; mas en manera alguna un catolicismo: lo que es puramente británico, jamás será universal.

El catolicismo es igualmente y por las mismas razones imposible para el cisma. ¿Que es la Iglesia de Focio? Un producto exclusivamente oriental y un compromiso de la sofística griega con el despotismo musulman, que jamás ha podido imponerse á la recta y firme razon del Occidente.

¿Que es la Iglesia rusa? Una creacion hyperbórea que se mantiene gracias al frio á que la ha reducido su aislamiento, semejante á esos cuerpos inanimados que se conservan merced á la congelacion; pero que ni crecen ni se mueven. Creacion además completamente local, que sólo puede subsistir y subsiste dentro del círculo trazado por una espada cuya empuñadura está en S. Petersburgo, y cuya punta pretende dirigirse hácia el Bósforo sin conseguir traspasarlo. De manera que todas las dominaciones que no representan el verdadero cristianismo, tienen algo de restringido, y sus brazos no pueden estrechar al mundo entero, por la razon sencillísima de que el mundo no les pertenece. Es que Dios jamás abandona al hombre más que un sólo punto del espacio; la universalidad se la reserva para él.

En cambio, ¿quién es ese anciano octogenario cuyo cetro es más grande que el de Alejandro y Sesostris? ¿Cuya es esa autoridad que teniendo el centro de residencia en Roma, su circunferencia alcanza á todas partes? Los mares la han visto llegar y se han replegado delante de ella. *Mare vidit et fugit.* Las cimas de los Alpes y de las Cordilleras han recibido su visita y se han aplanado ante su paso. Goza de todos los temperamentos y de todas las nacionalidades: ha dado la vuelta al mundo y en todas partes está como en su casa: ha vivido en todos los siglos siendo siempre la misma. ¡Oh Sion santa, oh torre de David, faro iluminado en las alturas para que se distinga de léjos: el error podrá desconocerte; mas en manera alguna reproducirte! Por esto cuando considero que tu luz abarca al par ambos hemisferios, en tanto que la del Sol solo baña uno de ellos, léjos de anonadarse mi razon, comprendo que se engrandece en virtud de ese homenaje prestado á tu universalidad, Creo en la Iglesia católica.

Y no se crea que semejante exclamacion sea resultado de entusiasmo de la fé, y una especie de lirismo supersticioso: no, al expresarnos de esta suerte tenemos ante los ojos una estadística reciente (1). La poblacion de la Iglesia sobrepuja numéricamente, no sólo á las de las demás comuniones cristianas, sinó tambien á las de las demás religiones. Cuéntanse 70 millones de cismáticos griegos, 66 millones de protestantes, 100 millones de mahometanos,

(1) Véase la *Civiltá cath.* año 1866.

60 millones de brahamanes, 180 millones de boudhistas, 152 millones de paganos de otras creencias, y *dos cientos ocho millones* de católicos. Si á esto añadimos que la poblacion de esos diversos cultos es el producto de las influencias y de los poderes locales, secundados por la ignorancia, en tanto que la nuestra es el fruto y la expresion de una civilizacion cosmopolita y adelantada, y que la Iglesia está llamada á ganar todo el terreno que vayan perdiendo las demás religiones, no queda más remedio que compadecer á los que hablan de una próxima sepultura. Si el número y la vitalidad deciden del porvenir de las sociedades religiosas, la nuestra no tiene porque ocuparse en sus honras fúnebres, porque el mundo ha de asistir á muchas otras ántes que á las del catolicismo.

A más de que esta expansion caracteriza tan bien el verdadero cristianismo, que las falsas Iglesias no pretenden siquiera ensayar la falsificacion. Separándose pierden el poder y la voluntad de convertir: no realizan conquistas, hay más áun, afectan desdeñarlas, y nada más natural que su esterilidad, por lo mismo que han rechazado el *Esposo* (1). En vano es sin embargo que se consuelen y se envanezcan y hasta glorifiquen semejante inmovilidad: en el mero hecho de vegetar, están en decadencia; en el mero hecho de no difundir sus luces por todas partes, no merecen reinar en ninguna, y abandonando á nuestra Iglesia el glorioso nombre de católica, hacen una confesion implícita de su verdad, asemejándose al inconsecuente y débil Pilatos que escribia los títulos de Jesús y que sin embargo no le prestaba el tributo de su adoracion.

---

(1) De Maistre *Del Papa*.

CAPÍTULO VI.

La verdadera sociedad cristiana ha menester una moralidad que la caracterice.

El verdadero cristianismo tiene su natural desenvolvimiento en el catolicismo, porque debe estar al alcance de todas las almas que quieran encontrarlo. El dógma, fuera de la Iglesia no hay salvacion, implica el del catolicismo: una verdad que, bajo pena de condenarse, debe abrazar el mundo entero, ha de estar al alcance de todas las miradas. No obstante, así como el cisma y la herejía solo realizan la unidad en ódio al catolicismo, es decir, valiéndonos de la expresion de Hegel, *la unidad en la nulidad*, de la propia suerte son incapaces de alcanzar la extension territorial y el dominio universal que constituyen el catolicismo.

La Iglesia está marcada con otro signo que atestigua su divinidad, y es la moralidad escepcional que distingue su fin, su orígen y sus efectos, y que el lenguaje teológico ha llamado la santidad. Cierto que hay en la Iglesia una parte humana que excluye la perfeccion absoluta: donde quiera que alcanza el oleaje de la libertad, deja algo del limo que tiene en suspension; mas la Iglesia permanece incorruptible en los elementos divinos que la componen.

Distincion verdaderamente importante. Jamás se ha dicho que la Iglesia seria asistida en la santidad de sus miembros, sinó en la pureza de su doctrina: que no habria escándalos; pero sí que no habria jamás errores: y nada hay, hasta en la condenacion de los errores por los mismos autores de los escándalos, que no sea una prueba de la inalterabilidad de la doctrina. ¿No es, por ejemplo, verdaderamente sorprendente, que la corrupcion de Alejandro VI, no haya influido en perjuicio de la integridad virginal de la verdad confiada á su custodia, y que «el *Bulario* de ese maestro, como ha escrito, no recuerdo dónde, el conde de Maistre, sea *impecable*?» Es preciso convenir en que semejante contraste ha sido motivo para que en determinados espíritus se fortaleciera la fé. Montaigne nos habla de un indivíduo que «habiéndose dirigido á Roma movido «por el deseo de admirar la santidad de nuestras costumbres, al

«convencerse de la disolucion en que vivian así los prelados como «el pueblo de aquella época, léjos de desilusionarse se afirmó más «y más en nuestra religion, considerando cuanto debe tener de ro- «busta y de divina, cuando puede mantenerse brillante y explen- «dorosa en manos tan viciosas (1).»

No permita Dios que haga de esta tésis una cuestion de personas, y que estableciendo un paralelo entre católicos y disidentes, achaque á los unos todas las virtudes y suponga en los otros todos los vicios. Sé positivamente que entre los herejes y cismáticos hay indivíduos de buena fé, hermanos que llevan impresa la señal de la grandeza evangélica y de la belleza de Cristo. Seria injusto desconocerlos y crueldad sacrílega perder á aquellos que Dios ha determinado salvar. Trátase pues de comparar aquí en la Iglesia y fuera de la Iglesia, no á las personas á quienes conocemos, sinó las instituciones y nada más que las instituciones.

Si juzgamos de estas por el testimonio de los que las han visto nacer y engrandecerse, tendrémos motivos muy poderosos para conceder únicamente un aprecio mediano á la santidad de la herejía y del cisma. «La reforma, dice Erasmo, no tiene más fin al parecer, «que transformar en maridos y mujeres, á los frailes y á las monjas. «¡Así es como se sacrifican!» Posteriormente Fits William, ha podido escribir con mucha razon: «El tránsito de la Iglesia á una secta «se hace casi siempre por el camino de los vicios; en tanto que el «de una secta á la Iglesia, se hace siempre por el camino de la «virtud.» Y semejantes resultados no deberian causarnos la menor sorpresa, cuando sabemos que un autor herético ha osado lanzar el siguiente grito: «Probablemente el mundo no ha visto jamás reunidos dentro de un mismo siglo un hato de bribones como Lutero, Calvino, Zuinglio, Beza y otros célebres reformadores. Todos ellos, segun confesion de sus propios sectarios, estaban manchados por los vicios más vergonzosos. El único punto en que estaban de acuerdo era la inutilidad de las buenas obras (2).» Si es una verdad que en los efectos no debe buscarse más que lo que hay en las causas que los producen, preciso es convenir en que tales fundadores no se hallaban en estado de comunicar la santidad á su fundacion.

Por lo que respeta á la santidad del cisma, sus obras nos dirán lo que debemos pensar. Indudablemente tiene cierta integridad de doctrina, que con la posesion de todos los sacramentos para desarrollar la moralidad en las almas, le dan cierta superioridad sobre la herejía; empero tiene como esta un sacerdocio casado, es decir, infecundo para todo lo grande, porque el celibato religioso es la condicion de nuestra paternidad en el órden de los trabajos y de las

(1) Lib. II, cap. XII.
(2) Cobbet, hist. de la refor. protest.

virtudes heróicas. Fuera de este crisol y de semejante educacion, las almas están condenadas á la medianía: el esfuerzo moral más inspirado por la mirada de los hombres que por el respeto hácia Dios, se cambia en una especie de honradez evangélica, y la santidad se vé reemplazada por la regularidad ó por la hipocresía. Por esto no me sorprende que un escritor ruso exclame: «¿Qué dirémos de nuestros sectarios mezcla confusa de depravacion y de locura, de credulidad cristiana y de licencia salvaje, todo lo que de más extremado puede imaginarse en punto á sencillez de creencias y en fantasías de disipacion (1)?»

Por lo tanto, únicamente la Iglesia católica permanece siendo la verdadera escuela de la moralidad supraeminente. Así como existe un primer grado en la grandeza moral, al cual sólo por medio del cristianismo puede alcanzarse, éxiste todavía otro superior al que conducen únicamente las influencias católicas. Al expresarnos de este modo, no se crea que establecemos una tésis mística, hacemos hablar los hechos más incontestables, poniendo en evidencia que nuestra Iglesia cuenta en su temperamento con elementos divinos, y por consiguiente una superioridad verdaderamente miraculosa sobre los demás, bajo el punto de vista de su orígen, de los medios regeneradores que emplea y de las virtudes que alcanza.

I.

Nada tenemos que decir del orígen santo del catolicismo, puesto que no ha menester ni ser conocido ni ser justificado. Los recuerdos de Jesucristo y de su costado herido, de dónde ha brotado la Iglesia; del cenáculo donde germinó; de Pentecostés en cuyo dia salió á la plaza pública; de los cuatro primeros siglos durante los cuales alcanzó un desarrollo completo, constituyen un ideal de pureza moral tan perfecto, que no es posible que institucion alguna haya brotado de otra más elevada. ¿Seria ofender al cisma, el proclamar que le hace repulsivo lo bajo de sus comienzos? Nó, y no se hagan ilusiones sus más fervientes adeptos: si Enrique VIII hubiese sido casto; si Focio y Miguel Cerulario no hubiesen sido ambiciosos; si dos ó tres ciudades de Europa no hubiesen abrigado la pretension de elevarse á capital religiosa, todos los cismáticos serian todavía católicos. Resultan pues, nó de la santidad de sus fundadores, sinó de sus groseras pasiones: y si por acaso llevan en sí mismo, las huellas, las señales de la santidad, se debe á que los descendientes son mejores que los abuelos, y los cismáticos valen más que el cisma.

---

(1) Ruscol.

¿Y seria hablar mal del protestantismo, decir que estaba juzgado por los ejemplos de sus autores? Al llegar á este punto, debo manifestar que no abusaré de mi posicion. Nada diré de la continencia de Lutero, ni de la mansedumbre de Calvino, temeroso de que se juzgue la justicia de mi palabra, resultado de un sentimiento apasionado; mas no puedo prescindir de manifestar que respecto de este asunto dijo Federico II. «Si redujéramos á su más sencilla ex«presion las causas de los progresos de la reforma, veríamos que «para Alemania ha sido el interés; para Inglaterra el amor; para «Francia la novedad.» Que el protestante Bucer ha dicho, que la inmensa mayoria de los que han aceptado el protestantismo, sólo se ha propuesto sustraerse á la autoridad del Papa y de los obispos, librarse de los votos religiosos, y cambiar una fé embarazosa, por un símbolo que niega la necesidad de la penitencia. Y que el mismo Lutero no vaciló en decir «que hay muchos que son buenos evan«gelistas por la sencilla razon de que restan todavía monasterios «que ofrecen la perspectiva de tierras que repartir y vasos sagrados «que robar (1).»

¡Cuán poco se parece todo esto á nuestros comienzos!

Los cuatro primeros siglos de la Iglesia católica constituyen un apogeo sublime de pureza y magnanimidad, ante la cual el linage humano se inclinará siempre con respeto: en cambio de todos los siglos de la reforma, el primero es indudablemente el más vergonzoso. ¡Qué diferencia entre el verdadero cristianismo en sus catacumbas y el cristianismo de Calvino durante su época de alumbramiento y de combates! Sin pretender reanimar las pasiones dormidas, ni justificar esceso alguno cometido hasta en interés de la verdad, ¡quién osaria comparar nuestros mártires con esos soldados de Juan de Leyda y de Muncer que predicaban la tolerancia cuando eran los más débiles, y el exterminio cuando eran los más fuertes! ¡Quién se atreveria á preferir á nuestros modelos primitivos, esos monjes refractarios que, no pudiendo resistir el freno del catolicismo, prescindian, apostataban de él por incontinencia, sin perjuicio de publicar que se entregaban á la disipacion por esceso de virtud! Los apóstatas de la castidad siempre se han distinguido por el faraisaismo de negarla al abandonarla, y de poner en duda la sinceridad de aquellos que con sus sacrificios les acusan, como si bastara rebajarse descaradamente para usurpar las glorias de la inocencia, y cual si para el honor de esos perjurios cínicos fuera menester contemplar en toda inocencia una degradacion que no tiene la franqueza de la confesion!

(1) Mathesius, XII, disert.

II.

En cuanto á los medios santificadores empleados por el catolicismo, y eliminados ó alterados por los disidentes, seria difícil darlos á conocer detalladamente sin traspasar los límites de nuestro cuadro: contentémonos pues con resumirlos.

¿Qué prueba mayor de la santidad de la Iglesia que su sinceridad doctrinal? ¡Cuan inmaculada es en su fé una sociedad que respeta hasta tal punto las fórmulas! Antes que suprimir una sola palabra de su símbolo, las que se refieren á la consubstancialidad del Verbo, ha consentido en perder las innumerables adhesiones de las sectas arrianas; ántes que transijir sobre la Procesion del Espíritu Santo, ha consentido en sacrificar sus más antiguas conquistas realizadas en el Oriente; ántes que atentar á la indisolubilidad de un sacramento, sufrió la venganza de Enrique VIII y la desercion de Inglaterra; ántes que sancionar sin restriccion los principios del 89, pasa por hacer frente al choque de todas las preocupaciones modernas coligadas contra ella: es decir que no da importancia alguna á su popularidad, en tanto que tiene á la verdad en más que todo, y hace incesantemente cuanto seria menester para ser humanamente sacrificada, si no tuviese en su favor el apoyo divino.

Fijémonos ahora en el último sínodo protestante y escuchemos á los miembros de la derecha MM. Guizot, Bois, d'Hombres, Delmas, reclamando con empeño una autoridad viviente, que no puede consentir su regla de fé; en tanto que los liberales de la izquierda MM. Colani, Fontanés, Coquerel, Martin Peschoud, Pecaut pretendian un naturalismo tal, que de seguro seria motivo suficiente para que no se les admitiera en los colegios para profesores de filosofía: recuérdese al propio tiempo que estos tales, sin creer en lo sobrenatural, y nada más que para no sacrificar sus materiales intereses y sus títulos oficiales, sostienen las ceremonias nupciales y funerarias, es decir una porcion de prácticas sobrenaturales, y dígasenos en cual de las Iglesias brilla con más explendor la firmeza y la honradez en las convicciones.

¡Qué mayor prueba de la santidad de la Iglesia que su pureza doctrinal! Para juzgar de ella nada mejor que compararla con las de las otras. El protestantismo en su conjunto no puede encerrarse en estas palabras que constituyen su programa teológico: «Creerás lo que quieras, y harás lo que creas.» «Sus ministros, dice J. J. Rous-«seau, no saben lo que creen ni lo que quieren, ni lo que se dicen, «ni siquiera puede saberse lo que aparentan creer, puesto que el

«mísero interés es lo único que influye en su fé (1).» Procede esto de que el protestantismo no ha dogmatizado contra las pasiones sinó en favor de ellas. Fué un bill de libertad general: para los príncipes, de toda sujecion espiritual; para los doctos, de toda autoridad doctrinal; para los frailes, de sus votos; para los sacerdotes, del celibato; para los láicos, de la abstinencia, de los ayunos, de la confesion, de las obras *meritorias*, sin contar con que se puso por delante el cebo de la rapiña de los bienes eclesiásticos, y un llamamiento á otras muchas malas pasiones, en virtud de la siguiente consecuencia derivada de este principio. «Cuanto queremos es santo.»

En efecto: á la rigidez de nuestra doctrina dogmática, y á su virtud moralizadora, ¿qué es lo que ha sustituido la reforma? El dógma del *serf-arbitre* que viene á ser una especie de salvo conducto, concedido preventivamente para poder cometer con toda impunidad los crímenes más horrorosos; la doctrina de la justificacion por la fé sin las obras, que es la ruina de todo esfuerzo moral; finalmente la fé en la predestinacion que somete las almas al yugo de la fatalidad y que al propio tiempo destruye la esperanza del hombre y la bondad de Dios. No me sorprende pues que el racionalismo impío, con esta especie de olfato que caracteriza el instinto del ódio lo mismo en el hombre que en la fiera, haya exclamado: «Para descristianizar la Europa es menester protestantizarla. Las mil sectas pro«testantes constituyen otras tantas puertas abiertas, por cada una «de las cuales puede salirse del cristianismo (2).»

¡Qué mayor prueba de la santidad de la Iglesia, que la eficacia de sus sacramentos! No hay que hacerse ilusiones: la Iglesia ha regenerado el mundo moderno, no por medio de las teorías de la ciencia especulativa, sinó en virtud de sus abluciones purificadoras! Permítanos el lector que repitamos en esta ocasion lo que acaso tiene ya olvidado. «El hombre provisto de esta fuerza divina, prac«tica más virtudes que un cristiano meramente especulativo. De la «propia suerte toda religion que rechaza los sacramentos, se colo«ca, moralmente, debajo de la que conserva la confesion y la co«munion. El mejor comprobante de la verdad que acabamos de es«tablecer, es la siguiente escala de proporcionalidad, justificada por «la historia: el catolicismo, que guarda intacto el depósito de los «sacramentos, es la religion que obtiene mayor número de sacrifi«cios de la voluntad humana; viene en pos el cisma griego que los «desfigura; y el protestantismo que rechaza la mayor parte, ocupa «un lugar inferior en el camino de la verdadera moralidad.»

«Y no vale oponer á lo que acabamos de manifestar, la morali-

(1) Carta 11 de la Montagne.
(2) Ed. Quinet.

«dad más ó ménos auténtica de ciertas poblaciones rusas y angli-«canas, comparada con el relajamiento de los católicos meridiona-«les, puesto que al establecer el paralelo, hemos supuesto igualdad «en la fuerza de las pasiones. ¿Y puede sostenerse que exista paridad «de estímulos bajo el cielo aplomado de Siberia ó de Alemania, y «en las ardientes zonas de Italia ó de España? ¿A qué quedaria redu-«cida la cacareada honestidad de las naciones heréticas, si cayeran «sobre sus rollizos miembros los rayos de este sol que hace hervir «nuestra sangre? El error ha abandonado los países difíciles de go-«bernar, bajo el punto de vista del temperamento, para establecerse «en las regiones en las cuales el frio del cielo conserva las costum-«bres en su lugar correspondiente; pero el dia en que los sacramen-«tos, especialmente la Penitencia y la Eucaristía fuesen abolidos, «sea del lado allá de los Alpes, ó del lado allá de los Pirineos, des-«prenderíanse de nuestros ardientes climas tan impuros miasmas, «que conducidos por el viento del Mediodia, bastarian á envenenar «la Europa entera.»

Hemos empleado estas palabras hablando de los sacramentos, en general, que pertenecen al cristianismo; mas nos vemos en el caso de revindicar especialmente los frutos y el honor de esta verdad para la Iglesia católica, que ha conservado el depósito de los sacramentos más moralizadores: la Penitencia, la Eucaristía, el Orden sacerdotal y el Matrimonio. Imagínese en un mismo país, al lado del catolicismo, una religion que repudia esta confesion, en la cual la humillacion de comunicar á otro la falta cometida, tiene su compensacion en poderse levantar con la frente erguida en virtud del arrepentimiento; que rechaza esa comunion por cuyo medio Dios envia al corazon de los cristianos ávidos de su posesion, la ambicion de todas las virtudes; que autoriza el divorcio; que hace y deshace los sacerdotes por delegacion popular: hágase el experimento de ambos cultos en un número igual de almas, igualmente buenas ó malas, y es imposible que la palma del poder santificado no se adjudique al catolicismo.

Es verdad que el cisma conserva de una manera nominal los medios de purificacion moral propios del catolicismo; pero en Inglaterra las alteró al cabo de breve tiempo, y bajo las bóvedas de las iglesias griegas, sólo los administra mediante la autorizacion y el beneplácito del César. De esta manera la fuerza material emponzoña los manantiales de la gracia sacramental, la santidad de esta ha resultado viciada por una immixtion corruptora, y los pastos han perdido sus elementos de vida en cuanto los pastores han dejado de ser legítimos. Por lo demás era justo que este sacerdocio que ejercia su oficio en virtud de una autorizacion imperial, no tuviera más accion que la de un funcionario público, y en manera alguna la de un enviado de Cristo.

¡Qué mayor prueba de la santidad de la Iglesia que la santidad de sus influencias! La Iglesia es relativamente inmaculada en sus miembros, porque existe debajo del sol otra sociedad religiosa cuya santidad se ve continuamente acreditada por el poder de los milagros; de dónde brotan incesantemente tipos de grandeza moral dignos de ser colocados sobre los altares; entre cuyos jefes cuenta 90 inscritos en el catálogo de los santos y 33 en el de los mártires; cuyas mismas pérdidas, en fin, atestiguan la pureza hasta el punto de que la herejía ha podido escribir: «El protestantismo es «el albañal del catolicismo: cuando el Papa escarda su jardin, ar«roja la mala yerba por encima de nuestros muros.»

No hay pues para que insistir respecto de la accion moralizadora de la Iglesia: lo contrario seria injuriar la memoria de nuestros contemporáneos. A sus oidos han llegado las palabras del *Te-Deum* de cincuenta canonizaciones, palabras entonadas en el interior de ese otro *Te-Deum* de mármol que se llama San Pedro de Roma, y si Pio IX se ve un dia rodeado en el cielo de todos los bienaventurados á quienes ha ceñido la mayor corona, la gloria de su reino eterno ofrecerá compensaciones á su realeza temporal despojada y saturada de dolores.

Y esta santidad de la Iglesia es tan absoluta, que alcanza hasta á aquellas regiones en las cuales no se distingue la Iglesia, y llega á absorver todas las demás santidades de la tierra. Así como fuera de la Iglesia no hay salvacion, tampoco fuera de la Iglesia pueden encontrarse estas virtudes sobrenaturales que proporcionan dicha salvacion: cuanto penetra en el cielo debe haberse purificado y por consiguiente debe proceder de este crisol preparatorio, sin que esto constituya una exigencia arbitraria. O bien los disidentes practican la virtud con tenacidad culpable contra la verdad, y en este caso Dios no debe recompensa alguna á los esfuerzos de los cuales no es verdadero móvil, ó son fieles á su conciencia y se mantienen en un estado de irreprochable buena fé, en cuyo caso pertenecen al alma de la Iglesia. En consecuencia resulta que no está en la mano del hombre producir un bien sobrenatural fuera del seno maternal: que la Iglesia es al par la fuente y el depósito de toda santidad terrestre, y que si, lo que es imposible, llegara á desaparecer, el mundo desapareceria con ella, puesto que el mundo sin Iglesia, seria cosa abominable á los ojos de Dios.

III.

Los efectos de la santidad y de la santificacion católica son demasiado numerosos para que puedan fácilmente someterse á clasificacion. Con todo esto, á nuestro juicio, hállanse casi resumidos y

compendiados en esos tres tipos del sacrificio evangélico, que sólo se encuentran en el verdadero cristianismo,—pues, fuera de él, ó no se hallan, ó están muy rebajados,—y que se llaman el Sacerdote, el Religioso, y el Mártir.

El Sacerdote es, entre nosotros, una víctima de oficio, enviada por la Santa Uncion á todos los puestos difíciles de la Iglesia, y algunas veces de la pátria. Es un sér predestinado al cual la Iglesia le dice al consagrarle: adquiero tu vida, y tomo tu sangre en arras para disponer de una y otra en cuanto lo reclame la necesidad pública. Vé, pasa como un bienhechor por entre las iniquidades del mundo; vírgen, con tus fatigas y afanes haz crecer las vírgenes; santo, por medio de tu palabra suscita otros santos. Despues de esto, áun cuando debas permanecer siempre sólo así en vida como en muerte, no elijas una tumba en ninguno de los lugares de esta tierra, porque así como el Angel arrebató al Profeta, yo quiero, segun mi antojo, poderte levantar del suelo y arrojarte á las ciudades ó á los campos, á los pueblos infestados por la epidemia, ó á los cadalsos para que expires en el martirio que me acomode. Hé ahí el sacerdote en su acepcion ideal y tal cual muchas veces lo ha producido el catolicismo.

Miremos ahora lo que pasa á nuestro lado: ¿Qué es el sacerdote en la herejía? Un profesor de religion que da su conferencia cada ocho dias, mediante pingües honorarios; un hombre que ocupa el púlpito, no para enseñar las virtudes heróicas y la locura de la cruz, sino una especie de *decorum* evangélico; finalmente, un padre de familia que con lo sobrante de su prebenda, viste á la mujer, dota á sus hijos, y al cual tres siglos de apostolado no han costado una sola gota de sangre. Nos conviene hacer constar que no deben tomarse nuestros lamentos por recriminaciones anticuadas. En las filas del sacerdocio que estoy juzgando, he conocido figuras dignas del mayor respeto; pero las intenciones más respetables nada pueden contra la esencia de las cosas. Ahora bien, la esencia de las cosas exige que cuando el sacerdote ha perdido su pureza de pontífice, sea incapaz de convertirse en noble víctima. Quien dice víctima, en efecto, dice el sacrificio de su propia persona, y ese sacrificio no se lo pidais á un hombre que se siente ligado al hogar por vínculos los más tiernos, cuando los apestados le aguardan en los hospitales; que no puede expirar sonriendo, porque herirá sus oidos el llanto de los huérfanos que gimen en torno de su lecho; que no tiene siquiera la propiedad absoluta de su sangre, puesto que áun dando la vida no podrá dar su corazon.

Despues de lo dicho, contemplemos al sacerdote en el cisma, y veremos las mismas degradaciones con mayor servilismo. En Rusia, el santo-sínodo está oprimido por el emperador; los obispos por el santo-sínodo; el clero inferior por los obispos, cuyo yugo se ha comparado al de los plantadores. Los detalles de la educacion cle-

rical, dice un sacerdote de esta comunion, horrorizan. El embrutecimiento resultante de los escesos de la dependencia, de las necesidades domésticas, del amor al lucro, y de la embriaguez, habitual en los rangos inferiores de ese sacerdocio, son tales, que apenas nos es dado formarnos idea de ellos. En 1839 sobre ciento dos mil eclesiásticos, el santo-sínodo debió pronunciar cinco mil condenas por delitos infamantes. La casa de los popes es el escándalo de las gentes por las discordias que la deshonran. Finalmente, el clero está hasta tal punto desprovisto de virtudes cristianas y de dignidad social, que hasta el mismo pueblo se avergüenza de la amistad de un sacerdote, y estrecha con desvío las manos sagradas que llevan la Eucaristía y que se extienden sobre las cabezas de los hombres para bendecirlas.

¿Y el cisma de Oriente puede conservar el tipo de la santidad sacerdotal? A juzgar por las deposiciones de testigos irrecusables, sus patriarcas compran frecuentemente su dignidad á fuerza de dinero, que recobran despues á fuerza de impuestos y depredaciones. La venalidad mancha las eminencias de esta jerarquía eclesiástica; la ignorancia los grados inferiores, y el envilecimiento reina desde las eminencias hasta los grados inferiores. Gentes que desempeñaban en el puerto el oficio de marineros, aparecen de la noche á la mañana convertidas en doctores que ocupan la cátedra, ó en sacerdotes que celebran en los altares. En una palabra: la sucesion de San Crisóstomo ha ido á parar á manos de renegados empedernidos, y los descendientes de los pontífices que en otro tiempo hacian temblar á los emperadores, se arrastran á los piés de un pachá turco: tan cierto es que ese sacerdocio al separarse, con sus bocas de oro perdió sus hombres de génio, su gloria, y lo que es más, la santidad que le habia sido concedida (1).

Despues del sacerdote, el religioso, puede ser considerado como la medida de la pureza de una Iglesia, porque en su sacrificio representa tres virtudes que son la esencia de la perfeccion evangélica: la virginidad, la pobreza y la obediencia voluntaria.

La virginidad es una especie de encarnacion del Angel en el hombre, y una transfiguracion de la materia que parece crear jerarquías intermediarias entre los habitantes de la tierra y los del cielo. Santa poesía de la virtud que inspira á la multitud el gusto y el respeto hácia ella, y que conserva la moralidad de los pueblos por sus emanaciones purificadoras, á la manera que ciertos aromas difundidos en una atmósfera evitan los efectos del contagio. Compadezcamos á aquellos que no conocen esta majestad. Creen ade-

(1) Véanse Dœllinguer, *La Iglesia y las Iglesias;* — Pitzipios, *La Iglesia O iental;* —Besson, *La Obra del Hombre Dios.*

lantarnos y retroceden más allá del paganismo, porque los emperadores romanos que pasaron con sus carros triunfantes sobre todas las grandezas de la tierra, lo detenian para dejar que pasaran las vestales. El cristianismo añade todavía en sus soledades sagradas una nueva virtud á la que acabamos de consignar: la obediencia por amor. Dirigíos á un hospital y contemplad trabajando esas criaturas tan dependientes, que hasta han perdido su nombre de familia para tomar, ora el de la Esperanza, ora el de la Misericordia, ora el de la Caridad, y que es tan poco lo que á sí mismas se pertenecen, que todos los desgraciados y todos los séres corrompidos tienen derecho para darles el dulce nombre de hermanas, y decidme, puesta la mano en el corazon, si es posible concebir más noble esclavitud. Finalmente, agrégase á las precedentes una nueva virtud bajo el yugo sublime de la vocacion religiosa: me refiero á la pobreza. Sean las que quieran las dificultades de la castidad y de la obediencia, la humana naturaleza puede ensayarlas si cuenta con el premio de la material recompensa: mas el trapense que trueca el brocado por el burdo sayal; el Mercenario que abandona sus bienes, temeroso de que los enfermos puestos á su cuidado puedan considerar que ellos no los tienen; las servidoras de los pobres, que no satisfechas con abandonar á su madre por extraños cubiertos de llagas, se unen á la pobreza para demostrar que tiene atractivos; todas esas águilas de la vida cristiana no se encuentran junto á la cátedra de cualquiera Iglesia que dogmatiza, sinó y únicamente al lado del altar católico, es decir, en el único lugar en que se encuentra la carne que ha de alimentarlas. *Ubi fuerit Corpus, illic congregabantur et aquila* (1).

Ahora bien: ¿á qué quedan reducidos esos tres florones de la radiante corona que se llama consejo evangélico, en los monasterios del cisma y de la herejía? En Rusia, los conventos abiertos para los hombres que cuentan lo ménos cuarenta años, y para las mujeres cuando ya han cumplido cincuenta, se componen de neófitos que renuncian al mundo despues de haber agotado sus placeres: un superior, nombrado por la autoridad, tiene á su cuidado el cumplimiento de la voluntad del santo sínodo y del emperador: cada neófito tiene asignada la renta de cuarenta francos para su manutencion y cada religiosa la de veinticinco, con lo cual llega á tal extremo la degradacion moral, «que á excepcion del clero secular de Rusia, no existe en la cristiandad, raza de hombres más miserables que los monjes de ese país.» En Oriente los desiertos de la contemplacion y de la mortificacion cristiana se despueblan de dia en dia, y dónde se respiraba el perfume virginal de la vida del claustro, se exhala el hálito infecto de una inmoralidad más propia del islamis-

(1) Mat., 24-28.

mo que del Evangelio. Finalmente la herejía ha hecho desaparecer los monasterios, convencida de que no podia reproducir sus ejemplos, ni soportar su reproche, y acaso estaríamos más en lo cierto diciendo que ha substituido una comunidad por otra..... Hácia el año 1550 un monge y una religiosa secularizados, sentados cabe el mismo hogar meditaban tristemente sobre la larga senda sembrada de sacrilegios y apostasías que habian recorrido. Lutero decia á Catalina Bora su cómplice—Catalina, ese cielo hermoso que contemplamos, no ha sido hecho para nosotros.—Entónces, contestó la interpelada, quiere decir que ha llegado la hora del arrepentimiento.—Es tarde, contestó el heresiarca, asombrado ante el espectáculo de las ruinas que amontonara á su paso.—De esta suerte la sociedad de los placeres impuros se habia sustituido á la de los placeres del sacrificio y el matrimonio colmado de remordimientos se convertia en vengador de los votos de la religion profanados.

El martirio constituye el tercero de los heroismos de la santidad cristiana que no florece fuera del verdadero cristianismo. Nada más frecuente que el valor de derramar su sangre en determinadas circunstancias; pero el martirio religioso constituye, respecto del particular, un acto sublime y verdaderamente inimitable. Morir con la espada en la mano, devolviendo los ataques que se reciben, es en Francia condicion tan generalizada, que sólo llaman la atencion los que de ella se hallan desprovistos; pero morir á pecho descubierto y con el brazo desarmado; ir á buscar la muerte en regiones ignoradas, como se va á buscar la fortuna al otro lado de los mares; morir finalmente con la sonrisa en los lábios, expresando el sentimiento de la dicha, como Sta Perpétua, por ejemplo, que en mitad del circo se atusó cuidadosamente el cabello, para que los espectadores no pudieran imaginar que la dominara el sentimiento de la tristeza, ó como otros mártires que abrazaron estrechamente á sus verdugos para darles una muestra de agradecimiento, constituye una actitud heróica hasta la sublimidad, que el catolicismo ha ofrecido al mundo en repetidísimas ocasiones, y que jamás secta alguna ha tratado de imitar. Y en este punto prescindo de aducir pruebas, porque la evidencia no necesita demostrarse.

Sí, la evidencia histórica nos manifiesta que cuando se trata de la muerte por la fé, el protestantismo se bate en retirada. Cierto que durante las guerras religiosas, en determinadas ocasiones, ha herido y ha recibido la muerte; mas siempre ha sido al par verdugo y víctima, jamás ha sido martir. Cuenta en el apostolado exploradores y viajeros decididos; mas no súblimes combatientes. Su misionero, cuidadosamente preservado del peligro por una esposa y unos hijos amorosamente interesados en la conservacion de su salud y de su vida, viaja para la fé; pero sin confesarla. Su papel se reduce al de comisionista del Evangelio, dejando á otros la gloria

de ser sus apóstoles. Así es como para castigar á la reforma el haber negado la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, Jesucristo ha secado la sangre de la reforma. Toda negacion deshonrosa se ve confundida.

Y la verdad histórica ¿nos pone de manifiesto mártires en el seno de las Iglesias fociana ó moscovita? En parte alguna puede darse con un enviado de los patriarcas cismáticos marchando á la muerte en las misiones extrangeras : los confesores han concluido con el apostolado heróico. Los apóstoles se conservan para su familia, se sacrifican por sus emperadores; pero jamás acortan sus dias en favor de Dios. Tan cierto es esto, que por más que se investigue en los anales de la Rusia separatista, es imposible descubrir un sólo martir..... decimos mal, mártires existen bajo la tiránica dominacion de los czares; pero es de Polonia de dónde nacen y es la Iglesia ortodoxa la que los produce. ¿Ois esas voces plañideras que brotan de las márgenes del Vístula? Son los ayes de una nacion católica que se ve torturada á causa de sus creencias: semejante á Sta. Catalina, háse visto asediada por los sofistas antes de ser despedazada por los verdugos; mas los verdugos de la política, sólo se han adelantado contando con la complicidad de los sofistas moscovitas, y la sangre vertida por aquellos ha caido sobre la cabeza de los últimos.

CAPITULO VII.

De la edad que debe tener la verdadera Sociedad Cristiana.

La cuestion de los miembros, de la cabeza, de la vida, de la forma, de la estatura, del temperamento propios del organismo de la Iglesia, queda resuelta: fáltanos examinar la relativa á su edad. ¿A qué época debe referirse el nacimiento de esta milagrosa institucion? No cabe desconocer que su edad es la edad del apostolado, puesto que toda religion que no procede inmediatamente del mismo Jesucristo por una genealogía apostólica, es necesariamente humana de orígen y de constitucion.

La libertad espiritual, con relacion á la Iglesia, es su prueba política: la unidad, su prueba orgánica: el catolicismo, su prueba geográfica: la santidad, su prueba moral: el apostolado, su prueba cronológica. El apostolado, tal cual nosotros lo entendemos, es para una Iglesia la mision de enseñar la doctrina de Cristo, recibida de los apóstoles por una série no interrumpida de pastores legítimos.

Fundada por el Salvador su obra con carácter de perpetuidad, la Iglesia puede ser comparada á un inmenso árbol genealógico cuyo tronco es Jesucristo, cuyas ramas principales constituyen los doce Apóstoles, siendo los demás pastores las ramas secundarias; pero cuyo conjunto vive exclusivamente merced á la circulacion de la savia divina. Por medio de esta imágen puede comprenderse la importancia que tiene en la sucesion apostólica de una Iglesia, la no interrumpida série de los pastores legítimos. Desde el momento en que dicha série se interrumpe, suspéndese la circulacion de la savia que no puede alcanzar á la rama cortada, y si el pastor es ilegítimo, podrá constituir, si se quiere, el tronco de un árbol nuevo; pero en manera alguna una parte, una rama del árbol divino. Esto es lo que inspiró á Bossuet esta elevada comparacion: «No «existe ni existirá secta alguna, que sin interrupcion pueda llegar «hasta Jesucristo. Las herejías no constituirán jamás esos rios de «corriente constante cuyo orígen fecundo é inagotable les propor«cionara eternamente el caudal de sus aguas; no serán más que tor-

«rentes *que pasan*, *que proceden de sí mismos* y que se secan del «mismo modo que han venido (1).»

Véase ahora de qué manera se plantea la cuestion entre la verdad y la herejía. Tomemos la genealogía pastoral de la sede de San Pedro, y encontraremos un pontífice ilustre que cuenta entre sus predecesores á un Gregorio XVI; á un Benedicto XIV; á un Martin V; á un Inocencio III; á San Gregorio; á San Leon; á San Clemente; á San Pedro, en fin, que fué heredero del mismísimo Dios. De Pio IX á Jesucristo, en el transcurso de diez y ocho siglos, y mediante una série de doscientos cincuenta y ocho pontífices, el hilo genealógico no se interrumpe un sólo instante; la série de los pastores legítimos no experimenta la más insignificante solucion de continuidad.

En cambio, ¿en qué consiste el apostolado de la mision en las iglesias protestantes? En el sínodo de 1872, los calvinistas franceses han decretado en los siguientes términos su constitucion orgánica.—La parroquia será regida por un consejo presbiteral elegido por sufragio universal: superior á la parroquia será el consistorio nombrado por el consejo presbiteral: superior al consistorio será el sínodo particular, elegido por el consistorio, y superior al sínodo particular, será el sínodo general designado por los sufragios de aquel.—Todo esto para subsistir, durante el breve espacio de tres años, sin perjuicio de cambiar inmediatamente este personal y semejantes disposiciones, si se considera que hay motivo para ello, y de reemplazar con simples láicos los pastores que no satisfagan las aspiraciones de los adeptos, y de repetir los experimentos mientras lo juzgue necesario una comunidad indecisa, en la cual la divinidad de Jesucristo ha sido votada por los ministros de la religion por una mayoría de 62 votos contra 39.

Y ahora volveremos á preguntar: ¿Qué apostolado puede haber en ese ministerio evangélico, improvisado por escrutinio, que no ofrece relacion alguna entre los miembros que lo constituyen y los verdaderos apóstoles? Conviene, sin embargo, que el lector sepa cómo y por qué este es capital en la apreciacion de los títulos de una Iglesia.

Que la verdadera Iglesia debe dimanar su orígen de una sucesion contínua de engendramientos espirituales, de la sociedad misma que fundaron los Apóstoles, es un principio de sentido comun elocuentemente establecido en la página de Bossuet que acabamos de citar: «El carácter indeleble de todas las sectas, dice, consiste «en el hecho de que siempre podrán señalarse su comienzo y el ins«tante de su interrupcion, con una exactitud tal, que ni áun ellas

(1) *Inst. sobre las promesas.*

«mismas podrán dejar de reconocer. Es este un remedio eterno pre-«parado por Jesucristo á su Iglesia, para ponerse á cubierto de los «males irrogados por todos los cismas. El Hijo de Dios no deja á los «que experimenten la tentacion de apartarse de esta senda sagrada, «derecho alguno por medio del cual puedan encontrar un comienzo «legítimo. No queda, pues, más recurso que volver á su orígen á «todas las sectas separadas. Ninguna podrá remontar, sin interrup-«cion á Jesucristo: *el punto de ruptura siempre permanecerá san-«griento*, y el carácter de novedad que todas las sectas llevan eter-«namente impreso sobre su frente, hará que constantemente pue-«dan ser reconocidas (1).»

Existe, pues, para las Iglesias, como para los individuos, una antigüedad de raza que es testimonio fehaciente de su verdadera nobleza. Si al producir hasta Adan la ascendencia genealógica de Jesucristo, ha podido decirse que áun cuando no fuera Dios, sería el prócer más distinguido del mundo, hay motivo para decir de la Iglesia verdadera, recomponiendo su línea pastoral hasta Jesucristo, que semejante sociedad sería la monarquía más antigua de la tierra, áun cuando no fuese el vestíbulo del cielo. De suerte, que cuando un granadero católico contestaba á las insinuaciones de un camarada protestante, encaminadas á hacerlo apostatar. «No me hables de tu religion, que no es más vieja que mi regimiento,» dicho soldado, hablaba sin saberlo, como el más profundo teólogo.

La savia apostólica debe circular por las venas del verdadero cristianismo, sin intermitencia, sin interrupcion, como circula la sangre en un organismo natural. Ahora bien: al completar los dípticos de la Iglesia romana desde San Pedro hasta Pio IX, y los de cada Iglesia particular desde su fundacion hasta nuestros dias, no se encuentra un sólo punto en que esté cortada la cadena de los pastores legítimos, no se distingue un sólo lugar en que haya cesado la comunicacion con el tronco apostólico. Así como todos los Papas descienden del primero de los Papas, el cuerpo episcopal procede en línea recta del colegio de los doce Apóstoles. Nada de interrupcion en los eslabones diversos de esta tradicion viviente; nada de substitucion fraudulenta en el innumerable personal de esta larga genealogía. De esta suerte, la virtud emanada de Jesucristo alcanza sin alteracion y sin disminucion á todos los puntos del tiempo y del espacio, gracias á un *conductor* sublime que se llama apostolado. Ciertos admiradores de las maravillas científicas no se confiesan sorprendidos viendo su pensamiento trasladado al través de los medios más diferentes por un simple aparato eléctrico: ¿consideran por ventura más difícil ó imposible para Dios, hacer pasar la gracia docente de los Apóstoles hasta el último Conci-

---

(1) *Inst. sobre las promesas.*

lio, por intermediarios enlazados mútuamente á través de una dilatada senda, que lo es para ellos el hacer correr su pensamiento á lo largo de un hilo imantado de Francia á América debajo las ondas del Océano? En realidad no razonamos porque nos quepa respecto de ello la menor duda, sinó porque nuestros razonamientos ponen de manifiesto la verdad en lugar de oscurecerla.

Resulta de lo que acabamos de exponer, que las sectas proceden contra la Iglesia, como los falsos nobles con relacion á las antiguas razas: en defecto de la sangre toman su nombre, persuadidos de que los que no se fijen en ello, han de confundir fácilmente la identidad del nombre con la de la sangre. Mas las sectas han procurado por todos los medios imaginables proceder de otra suerte; «no hay para «que decir, añade Bossuet, que es imposible nombrar una sola que, «vuelta á su principio, no encuentre el lugar indeleblemente seña-«lado, en el cual una parte se revolvia contra el todo, separándose «de su tronco (1).» Desgarramiento hasta tal punto irremediable, que no es posible cicatrizarlo, y cuya *ruptura* producida por desprendimiento de la rama, permanecerá constantemente *ensangrentada*.

El cisma y la herejía, han procurado constantemente y en todo tiempo pasar plaza de apostólicas, alegando que ya que no la mision, tenian de los Apóstoles la doctrina, mas no hay para que decir que no puede haber doctrina verdaderamente apostólica sin mision de la propia naturaleza. Hay más áun: toda mision procedente de otro orígen que no sea la descendencia jerárquica, deberia probarse lo ménos por medio de los milagros: y la verdad es, decia Erasmo, que no se ha presentado un solo cojo que haya echado á andar para probarnos que Roma sea la nueva Babilonia. Tal es el motivo porque Tertuliano, ántes que admitir los herejes á discusion, los eliminaba diciéndoles anticipadamente, á fin de no tener que entenderse con ellos: «Mostradnos los orígenes de vuestras Iglesias; «exponed á nuestras miradas la sucesion de vuestros pastores; es-«tableced que el primero remonta hasta el origen, y ha sido ó un «Apóstol, ó un delegado apostólico. de lo contrario, ¿á qué viene «remover los límites que vuestros padres han señalado al mundo (2)?» Y en efecto: así como en virtud de la herencia apostólica cada sacerdote es un nuevo Juan, un nuevo Pablo, un nuevo Cristo, de la propia manera todo ministro del Evangelio que intercepta las corrientes del apostolado entre sí y sus abuelos, no viene á ser más que retoño bastardo.

Llamemos ahora á juicio á Focio, Pedro I, Enrique VIII y Lutero, y preguntémosles lo que se pregunta á un obispo el dia en

(1) *Just. sobre las promesas.*
(2) *De prescrip.* cap. 37.

que se le consagra: ¿Teneis letras apostólicas? Todos se ven obligados á contestar: El autor de mi mision soy yo mismo. Entre él y la verdadera dinastía apostólica no existe comunion, mejor áun: la comunion existia y ha sido rota; por consiguiente esos miembros aislados jamás constituirán el gérmen de un organismo completo y viable. Las ramas desprendidas mueren cuando carecen de raices, y por lo tanto no es menester evidenciar á la razon lo que salta á los ojos.

En un momento determinado los dos patriarcas de Constantinopla y de Moscou declaran la primacía del Papa un hecho humano en lugar de ser un derecho divino y dejan de prestar obediencia á Roma, que les retira sus poderes. *Punto de ruptura que todavía mana sangre.*

Mas tarde Enrique VIII se proclama jefe de la religion, convirtiendo á los obispos en papas de Inglaterra, á fin de proclamarse á su vez papa de todos ellos. Desde este momento su Iglesia se desprende de la primacía romana por la independencia de jurisdiccion, no sacando de la rebelion otro provecho que el de disponer de poderes para ordenar, comprometidos al cabo de poco tiempo por los extravíos de una fé sin ritual preciso, ó de un ritualismo sin fé: *Punto de ruptura que todavía mana sangre.*

Finalmente, Lutero arroja á las llamas en una plaza pública de Wittemberga, la bula de Leon X que le condenaba, y rompe con esta Iglesia romana que le hiciera cristiano y sacerdote, bajo el doble concepto de los vínculos jerárquicos y de la unidad de creencias. *Punto de ruptura que todavía mana sangre.*

En cambio, ¡qué antigüedad, qué consecuencia y qué majestad en los fastos de nuestra genealogía pontificia! Los Apóstoles han escuchado á Dios Padre, dando su mision al Hijo junto á las márgenes del Jordan, y han recibido de Dios Hijo la órden de continuarla. Llegado el momento oportuno, la comunican á su vez, en virtud de poder conferido al cuerpo episcopal, como á todos los demás cuerpos, de reproducirse y renacer incesantemente de sí misma. Esta raza más que real, ocupa el trono de San Pedro cuatro siglos ántes de que Clodoveo eche los fundamentos al imperio de los Francos; diez ántes de que Guillermo el Conquistador, establezca la casa de los reyes Anglo-Normandos; doce ántes de que los Señores de Hapsburgo se vean elevados al imperio de Alemania; diez y seis ántes de que los Romanow se enseñoreen de la Rusia; diez y ocho ántes, en fin, de que Napoleon coloque sobre sus sienes la corona de Francia que con la cabeza de Luis XVI rodara del cadalso para caer en un lago de sangre. Y esta sucesion de monarcas espirituales no sufre detrimento á consecuencia de las turbaciones propias de toda eleccion, siquiera la eleccion de los Papas haya sido más frecuente que no lo han sido los acontecimientos hereditarios en todas las dinastías europeas; y esta sucesion no se ha visto interrumpida

por los destierros, ora porque, por lo mismo que los Papas son los únicos monarcas universales, donde quiera que se encuentran están en sus dominios, ora porque si abandonan ó se ven obligados á abandonar su capital, les cabe la seguridad de volver á ella vivos ó muertos. Finalmente, esta dinastía nada debe temer de la extincion que amenaza á todas las demás, porque los Soberanos Pontífices son los únicos príncipes á quienes cabe la seguridad de que no ha de faltarles sucesor.

Y no se olvide que la Iglesia, aprovechándose de los descubrimientos que segun se dice mira con prevencion, podrá dar ántes de mucho á las comunicaciones de su apostolado en el espacio, la grandeza y explendor que los caracteriza en el tiempo. La telegrafía perfeccionada comunica instantáneamente á todos los puntos del globo, las bendiciones del Padre comun, así como á este los testimonios de gratitud y afecto de su familia. Pues bien, los Pontífices venideros, con la rapidez del rayo transmitirán sus decisiones al otro lado del Océano, y comunicarán á todas las Iglesias el mismo acto de fé. Así como antiguamente los fieles del Oriente, debian esperar que transcurrieran seis meses para obtener contestacion á las preguntas que á Occidente habian dirigido, en la actualidad, en un mismo dia puede establecerse el vínculo apostólico entre los dos más remotos confines: en un mismo dia la palabra de Dios puede *correr* desde San Pedro de Roma hasta Constantinopla y Nueva Yorck. De esta suerte en manos de la Iglesia, la ciencia contemporánea, fautora, ó cómplice por lo ménos, de tantas falsedades, se verá reducida á servir de mensajera á la verdad.

CAPÍTULO VIII.

De la edad á que debe alcanzar la verdadera Sociedad Cristiana.

Su edad en lo pasado debe ser la série jamás interrumpida de los apóstoles: su edad en lo porvenir debe ser la inmortalidad. Es imposible que una sociedad que reconoce por fundador á Jesús no proceda del mismo Jesucristo; es imposible que una sociedad destinada á conducir á la eternidad las almas, no deba alcanzar la eternidad y como bajel desmantelado deba sumergirse con la tripulacion antes de alcanzar el puerto. Hemos visto que no pudiendo ser el cuerpo de la Iglesia la persona continuada de Jesucristo, si existe la más insignificante intermitencia entre su existencia de ayer y su existencia de hoy, debe referirse á Jesucristo en virtud de una participacion no interrumpida de su savia: vamos á ver ahora que no siendo más el cuerpo de la Iglesia que el cuerpo místico de Jesucristo, no puede evidentemente perecer, puesto que de Cristo resucitado se ha dicho que no muere.

¿La Iglesia debe alcanzar vida eterna? Semejante pregunta carece de valor para aquel que tenga fé en estas palabras divinas: «*Las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella: yo permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*» Semejante pregunta carece de valor para todo aquel que conoce la economía sobrenatural en virtud de la cual la muerte es la consecuencia del castigo del pecado. Hé ahí ahora una poderosa consideracion que se impone al espíritu. La Iglesia no ha experimentado caida original, de suerte que las glorias de la humanidad en estado de inocencia, fueron las mismas que constituyen las glorias de la casta esposa de Cristo en su pureza inmaculada; y así como la caida de Adan, fué para la humanidad causa de la ignorancia, de la concupiscencia, y de la muerte, del propio modo la Iglesia que se halla libre de toda mancha original, debe estarlo tambien de la ignorancia por la infalibilidad, del pecado por la incorruptibilidad, y de la muerte por la inmortalidad.

Y sin embargo, á los piés de esta institucion que atraviesa los siglos con una juventud inalterable, existen gusanos miserables que perecen diariamente por centenares de miles, y que pasan su vida anunciándole que se halla próxima á la muerte. Esta monomanía vergonzosa para séres efímeros, de predecir la muerte de lo que no puede morir, háse convertido en enfermedad endémica de un determinado número de blasfemos. La ley mata algunas veces á esos transgresores en efigie, el ódio mata el objeto de sus execraciones en esperanza. Esto explica porque la Iglesia que, de todas las cosas del mundo, es la más duradera, sea sin embargo la más expuesta á morir para aquellos que temen que no muera nunca.

Permítanos el lector que nos valgamos de una imágen de sobras trivial; pero que expresa perfectamente el pensamiento: existe una especie de libre pensadores, que se han constituido en rabiosos anunciadores de los próximos funerales de la Iglesia. «Hace dos «mil años se ocupan en abrir la fosa que continuamente sirve para «ellos y en la cual aquella les entierra. Se nos figura estar con«templando á esos insectos de las márgenes del Hypamis, que viven «un dia, y que segun sienta Aristóteles, midiendo el universo por «su corta duracion, anuncíanse mútuamente al declinar el sol, que «la naturaleza debe acabar al cabo de poco tiempo y que el mundo «desaparecerá al cabo de algunos centenares de minutos (1).»

Y no se crea que constituya una novedad de los enemigos contemporáneos de la Iglesia, esta falsa noticia de su próximo fallecimiento. Hace mil cuatro cientos años que S. Agustin los describia valiéndose de los siguientes términos. Así se expresan: «La Iglesia «va á morir, y no transcurrirá mucho tiempo sin que desaparezca «completamente: los cristianos desaparecerán porque ha pasado su «tiempo: y en tanto que se expresan de esta suerte los veo morir «todos los dias, y la Iglesia permanece siempre triunfante anun«ciando la omnipotencia de Dios á todas las generaciones (2).»

Por consiguiente es ya achaque antiguo esto de la sepultura y enterramiento prematuro del catolicismo, por gentes que disfrutan una salud tan quebrantada que en manera alguna puede compararse con la que ella goza. Todas las sectas cristianas posteriores al Gnosticismo han hecho la misma prediccion. La filosofía ha repetido las fúnebres profecías de las falsas religiones con idéntico resultado, y estas y aquellas han obtenido de los acontecimientos y de la apologética tan elocuentes refutaciones, que tanto como tiene hoy de ridículo exclamar: Cristo ha muerto, tanto hay de inútil en responder: *Cristo una vez resucitado no muere.*

Sin embargo, debemos reproducir este último testimonio en fa-

---

(1) Noel et Lap. t. I. citado por M. Aug. Nicolás.
(2) Enarr. in Ps. LXX. 12.

vor de la Iglesia. Su universalidad en la duracion no es ménos decisiva que su extension en el espacio, porque el tiempo es la prueba suprema de una doctrina. Siendo Dios eterno, cuanta mayor verdad divina contiene una doctrina es tanto más duradera. Por esto el catolicismo que no es únicamente una verdad abstracta, sinó Dios mismo, unido á un organismo humano, para servir á los hombres de enseñanza perpétua, debe tener la perpetuidad de Dios.

Al recorrer esta página de seguro no habrá un solo lector que no abrigue el deseo de penetrar hasta un lejano porvenir, con el fin de convencerse de si la Iglesia florecerá todavía. Imagine dicho lector lo que habrian experimentado los Apóstoles cuando morian por la perpetuidad de la Iglesia, fiados en una palabra de su Maestro, si hubiesen podido tener á la vista los diez y ocho siglos de la historia del catolicismo que nosotros podemos contemplar. Por consiguiente nosotros tenemos una prueba más que nuestros padres en apoyo de la inmortalidad de la Iglesia: ellos contaban únicamente con promesas, nosotros tenemos realidades. Examinemos este doble fundamento de la esperanza católica: 1.° Los hechos principales que establecen la vitalidad de la Iglesia en su pasado: 2.° Las principales promesas que le garantizan lo porvenir.

I.

El dia en que se consagra un Papa, la Iglesia hace quemar á su presencia un puñado de estopas diciéndole: *Sic transit gloria mundi.* Y en efecto así es como pasa la gloria de los Pilotos; mas no acontece lo propio con la gloria de la Nave. Y téngase entendido que esto no es una vana esperanza. De seguro el dia en que fué botada al agua, en el cual se dió á los Apostoles la seguridad que expresan las palabras: «Estaré con vosotros hasta el fin,» contaban con la garantía de los milagros de Nuestro Señor: hoy podemos contar con una duracion de más de diez y ocho siglos que es el mayor de todos los milagros. Este porvenir que era la prueba de los primeros tiempos constituye nuestra prueba, y nosotros recojemos este testimonio de la divinidad de Cristo, que nuestros padres no pudieron obtener, que realiza ventajosamente en y por su Iglesia, y que jamás adujo en otro tiempo para sí mismo. Ahora bien se ha dicho: para hacer tales promesas es preciso ser profeta; para cumplirlas es indispensable ser Dios. Midamos la autoridad inmensa de este argumento.

¿Hay en la tierra nada más efímero que los Estados y las doctrinas? Los diversos imperios de Asiria han durado unos doscientos años; el de Alejandría la vida de un hombre; el de Roma cuatro siglos y medio. Sócrates es destronado por Platon, Platon por

Epicúro. Al sensualismo sucede el eclectismo, á este el panteismo, al panteismo el naturalismo. A los gnósticos suceden los arrianos, á éstos los pelagianos, á éstos los maniqueos, á éstos el protestantismo del cual hablará un dia la historia como de un error de tan efímera duracion como lo han tenido los precedentes: no de otra suerte se derrumban las obras del hombre, ora se hayan levantado por medio de los cetros, ora se hayan construido con el concurso de las ideas. Sólo existe una monarquía que sufre, lucha, viaja, derrama su sangre, y á veces ve sus fronteras reducidas, sin que por esto concluya jamás.

Y ménos mal áun si pudiese contar con seducciones al servicio de su propaganda: mas nadie ignora que sus dógmas son misterios pavorosos: su moral, virtudes más pavorosas áun; y en contraposicion solo ofrecelos siete pecados capitales. Y se comprenderia tambien si pudiese contar con el apoyo de una espada invencible; mas sus soberanos se llaman ministros de paz que están dispuestos á entregar su cabeza en cuanto hay quien la exija, en términos que en el dilatado período de trescientos años sólo cuatro han fallecido en su lecho. Y se comprenderia tambien si su marcha fuese un triunfo continuado; pero ello es que muchas veces solo logra la victoria merced á sus derrotas que la ponen en nuevo contacto con el principio de su existencia, la humillacion y el martirio. Así se explica el por qué muchos de sus perseguidores le han proporcionado acaso tantos beneficios como el mismo Constantino, porque las persecuciones, segun se ha dicho, atacando los fundamentos de la Iglesia, han descubierto la mano que la dirije. Por lo demás nada prueba con mayor elocuencia la inmortalidad de una institucion, que el privilegio de sufrir siempre, sin sucumbir jamás. Si pudiera contar con el recurso de las transacciones cómodas y de las concesiones hábiles; pero ello es que nada indica que su fortaleza consiste en saber doblegarse.

Para convencerse de ello basta con presentar la conmovedora imágen de su destino. Un dia Diocleciano mandó llamar á un oficial cristiano de su palacio para exigirle una apostasía, y como no pudiera obtenerla entrególo á los arqueros de la Mauritania que le acribillaron á flechazos, dejándolo por muerto sobre el Palatino. Como San Ireneo fuera á recojer sus ensangrentados despojos para darles religiosa sepultura, apercibióse que en aquel cuerpo latia áun el corazon, y á fuerza de cuidados y piadosa solicitud consiguió volverlo á la vida. Restablecido completamente, ¿sabeis cual será el primer uso que el mártir hará de sus fuerzas? Vedlo, vá á situarse en la escalera del palacio imperial para demostrar al César que si su crueldad no se halla del todo satisfecha, Sebastian cuenta con fuerzas suficientes para empezar de nuevo. Tal fué la vida de ese sublime soldado: tal es la vida de la Iglesia. Hoy se la cree muerta y mañana resucita; en un punto de la tierra se la sa-

crifica, y en otro va ella misma á solicitar á sus verdugos, y cuando le cierran los oidos á las palabras que pronuncia desde la cátedra evangélica, como Pedro de Verona, al expirar escribe con su sangre sobre el polvo de los anfiteatros: Creo.

Y téngase en cuenta que no obstante lo dicho, muchos de sus monasterios han alcanzado una vida tres veces más dilatada que la república romana (1), y si echamos una ojeada sobre esa roca dónde fué colocada como inmortal estilete, viéndola desafiar por encima del polvo levantado por tantas revoluciones, las puertas eternas con una juventud que los golpes no pueden alcanzar, debemos convenir que únicamente una sociedad divina puede tener el privilegio de vivir de un modo distinto y durante mucho más tiempo que todas las demás.

Sí: una vez resucitado Cristo en su Iglesia, no puede morir. En tiempo de Arrio se dijo que iba á perecer, porque el mundo se encontró hereje sin darse cuenta de ello. Vino el Islamismo á prestar poderoso apoyo á los sofistas, y el Evangelio rechazado en Oriente, no tardó en perder en el Oriente sus primeras conquistas é innumerables obispos, solamente en esa Africa que estaba llena de los recuerdos de San Cipriano y San Agustin. Mas las herejías como los torrentes, braman y pasan. Dios que anonada la generacion en los mónstruos, la limita en los enemigos de su verdad. El arrianismo quedó destruido al cabo de breve tiempo; la media luna debilitada, y al presente la Iglesia de Africa ha visto reverdecer las palmas de su martirio.

La Iglesia fué, se decia en tiempo de los albigenses. Estos restauradores del maniqueismo, de acuerdo con los infieles, habian vertido en el corazon de los pueblos fanatizados el desprecio y el ódio á la autoridad papal. Los Soberanos Pontífices, veíanse escarnecidos dentro de su propio rebaño, por los señores feudales y hasta por los míseros campesinos. Habíase dado la señal para una formidable sublevacion, el medio dia en armas hallábase dispuesto á inundar la cristiandad con sus errores y á cubrirla de ruinas. Mas de repente surgen dos milicias espirituales que atacando á la herejía en el terreno de la persuasion, en tanto que los guerreros del norte la reducian en el terreno de la fuerza, logran levantar poderosos diques contra esa invasion de sangre y de lodo que amenazaba sumergir la Iglesia, y la herencia divina resulta de nuevo milagrosamente salvada.

La Iglesia fué, díjose un siglo y medio despues. El papado llegado á su apogeo, vió levantarse contra su poder una reaccion terrible. Un déspota implacable y cauteloso, servido por los hombres de espada y por los hombres de ley nada escrupulosos, Felipe el Her-

---

(1) Montalembert.

moso, dió comienzo á esa revolucion sacrílega. Un Francés renovó la innoble injuria de Malcos sobre el rostro augusto del Vicario de Jesucristo. El más valeroso de los Pontífies abofeteado y proscrito, murió loco de dolor y de espanto. El sólio papal fué trasladado á Aviñon y estalló el gran cisma de Occidente. Los papas de Italia y los de Francia se anatematizaron recíprocamente: la fé de los pueblos y hasta la de los santos se dividió en obediencias distintas: las herejías dan la mano al cisma para desolar las conciencias: la cerrazon era profunda en todos los horizontes de la Iglesia, y el peligro mayor áun que en la época de la cruzada contra los albigenses..... Mas se convoca el Concilio de Constanza, y tomando Dios de nuevo su dominio sobre ese cáos, parece decirle al mundo: Hombres de fé, ¿por qué habeis dudado? En cuanto se han celebrado las primeras sesiones el catolicismo comprende que se ha salvado merced á una intervencion milagrosa, y la Iglesia se ve muy pronto reducida á la unidad bajo el báculo glorioso de Martin V.

La Iglesia fué, se dijo en tiempo de Lutero: la palabra del heresiarca, semejante á un reguero de pólvora, habia brillado con el fulgor del incendio desde los Pirineos hasta Islandia y de la Finlandia hasta los Alpes. En cuarenta años habia conquistado las nueve décimas partes de la Alemania, los dos tercios del Austria, y grandes porciones de todos los demás países. Ante semejante espectáculo los ignorantes abandonaron el catolicismo, como se huye del interior del templo que amenaza ruina, y la reforma cantaba como desvanecida bacante sobre las ruinas de la Iglesia desolada por la apostasía: ¡Cayó, cayó al fin esa bellísima Babilonia, cayó al fin! «*¡Cecidit Babylon, cecidit Babylon!*»; mas pronto la Iglesia monta las carabelas de Colon para contestar á los sofismas de Lutero; á fin de indemnizarse de las pérdidas que en nuestro hemisferio experimentara, lleva á cabo la conquista de América, y vuelta al centro de la Europa conmovida por la tormenta, puede decirle: Por mi parte ni he desmoralizado los pueblos; ni desvanecido monarquías no ménos falsas que la herejía, para hacerme abrir las puertas de los imperios, y no obstante gano mundos en cambio de las provincias que se me arrebatan. Cristianos de poca fé, sabedlo pues, mi verdad cambia de sitio; pero no acaba, no concluye, no muere: mi Cristo viaja; pero es inmortal.

Cierto que la victoria no es completa, ya que el protestantismo afecta áun en ciertos países aires de dominador; mas no hay porque asustarse; semejante escándalo concluirá. Para que se realice el milagro, para que los pueblos herejes ó cismáticos abjuren sus errores, es indispensable que hayan recorrido hasta sus últimos límites la pendiente del racionalismo. Acontece á los pueblos lo que á los indivíduos. Los herejes, ya lo hemos dicho, no se convierten porque por lo mismo que creen algo, ya que estén fuera de la verdad, no están fuera de la naturaleza; pero el dia en que los racio-

nalistas que, sea como quiera, experimentan por consecuencia de su proceder, los dolores que en el sentido de su fé, como acontece con el órgano de la vision, causa el verse privados del objeto de la misma, vuelven en su acuerdo y se enmiendan, convencidos de que están en rebelion perenne contra sus necesidades y contra Dios. En resolucion, en un plazo más ó ménos largo, y si quiera parezca un sueño de nuestras místicas esperanzas, estoy seguro que se llevará á cabo el acto de la abjuracion de sus errores por la Rusia y la Inglaterra. Por mi parte me apresuro á felicitar con semejante motivo al corazon de nuestra santa madre la Iglesia, y si me atreviera, pediria á Dios que nos hiciera testigos de esa fiesta sublime, para compensarnos de los muchos espectáculos vergonzosos y desconsoladores á que hemos debido asistir.

Por último, tambien se dijo el catolicismo fué, en tiempo de la Revolucion francesa: medio siglo de no interrumpidas conspiraciones filosóficas habia tramado su muerte. Cuatro constituciones renegaron de él; cuatro asambleas lo declararon reo de leso Estado, durante diez años de cruentas persecuciones fué perseguido despiadadamente y se derramó su sangre en abundancia; los setembristas danzaron en derredor de su tumba; los sábios de la época dieron fé de haberle visto exhalar el postrer aliento... El dia de Pascua de Resurreccion de 1802, llenaba las ámplias naves de Nuestra Señora de París una inmensa muchedumbre, de la cual formaban parte y entre la misma se distinguian, convencionales que oraban; generales que bajaban la cabeza; veinte obispos que volvian del destierro: sobre un estrado el Primer Cónsul, nuevo Constantino que se gozaba en la contemplacion de su obra: en frente de él la Iglesia Romana representada por su legado que la aprobaba, y por último, en el altar ocupado un dia por una meretriz impúdica, Dios expuesto al pueblo por un Pontífice de noventa años. Sí, el corazon de la Francia se extremeció de placer aquel dia, y al recordar sus extravíos avergonzóse y dió pública satisfaccion de sus blasfemias y ánte semejante espectáculo, impíos y creyentes se preguntaban si era sueño ó verdad la resurreccion de Cristo.

Verdad, verdad era, porque esa Iglesia llamada por Dryden en una de sus sátiras la Cierva blanca, no puede perecer. La anarquía logró imperar un momento, mas de aquel cáos nació un nuevo órden de cosas, tales como nuevas dinastías, nuevas leyes y un renacimiento religioso.

Una leyenda árabe refiere que la gran pirámide fué construida por tres reyes antediluvianos y que es la única de las obras debidas á la mano del hombre que haya sobrevivido al diluvio. Tal fué entónces la suerte del papado. Vióse envuelta en las procelosas aguas de aquella inundacion; pero no por esto se resintieron en lo más mínimo sus profundos cimientos, y al retirarse las aguas apareció sólo y tranquilo en medio de las ruinas del mundo destruido.

La república de Holanda, el imperio de Alemania, el gran consejo de Venecia, la antigua liga Helvética, la casa de Borbon, los parlamentos y la aristocracia de Francia habian desaparecido: Europa entera estaba llena de creaciones nuevas. Los últimos acontecimientos no habian afectado únicamente las instituciones políticas y los límites territoriales; el espíritu y la composicion de las sociedades habian experimentado un cámbio profundísimo en toda la Europa católica: sólo la Iglesia inmutable permanecia en pié (1).

No desconocemos que en el dia nos hallamos en plena reaccion anticatólica; mas ya sabemos lo que duran esos movimientos de la opinion. En vano se ha repetido en todos los tonos que la dinastía de los Vicarios de Jesucristo iba á terminar su reinado; en vano los herejes y los impíos de las cuatro partes del mundo se han dado cita en Roma para asistir á la bendicion del postrero de los Papas; en vano la revolucion, semejante á Tulio, ha lanzado su carro por la vía de la maldad, dispuesta á pasar sobre el cuerpo de un Papa augusto: las miradas acostumbradas á las vicisitudes de la historia, leen siempre encima del trono espiritual del papado estas palabras proféticas. Reino que no debe concluir: *cujus regni non erit finis*.

Durante el siglo décimo octavo la influencia de la Iglesia fué siempre en decadencia. La incredulidad se vió representada en todas las córtes de Europa por ministros y enviados poderosos. El papado respetado al presente en medio de sus desgracias, era entónces objeto de irrision y mofa por parte de los escépticos, de lástima y piedad por los mismos protestantes; y no obstante, añade el historiador ántes citado, con todo y ser protestante, en el siglo décimo nono esta Iglesia decaida entra de nuevo en posesion de su poder y su imperio sobre los corazones y sobre los espíritus es mucho mayor que en la época de la Enciclopedia y del diccionario filosófico. En tanto ni la revolucion moral del siglo décimo octavo, ni la contra revolucion del décimo noveno no han añadido nada absolutamente al poder del protestantismo: durante la primera de dichas épocas todo cuanto fué perdido para el catolicismo lo fué para el cristianismo; durante la segunda todo cuanto el catolicismo reconquistó, cedió únicamente en su exclusivo provecho... Con posterioridad al siglo décimo sexto los pueblos han pasado y vuelto á pasar del catolicismo á la incredulidad y de esta al catolicismo; mas ni uno sólo se ha hecho protestante.

Hechas las precedentes consideraciones, cúmplenos preguntar, ¿no debe verse en el pasado de la Iglesia la garantía de su porvenir? Sin duda alguna, y he de confesar que no concibo que se alarmen respecto del particular los que saben que los pueblos no pueden prescindir de ella, por lo mismo que es la substitucion de Dios

(1) Macauley.

al despotismo de los estados en el gobierno de las almas. Por lo que á mí toca y fundado en las precedentes razones creo en sus destinos como en el buen sentido de la humanidad y en la civilizacion. Mas la razon de mis esperanzas se funda principalmente en la contemplacion del cuadro que rápidamente acabamos de trazar. Meditando sobre esa grande historia se siente crecer en el alma el respeto hácia la Iglesia al compás que decrecen muchos otros respetos. Y cuando el hombre cercano al término de su viaje, ha comprobado que esta fé puede crecer á proporcion de todos sus desencantos, se abandona con inexplicable delicia confiado en la palabra del génio que más sumiso que descorazonado dijo: «Muero el más incrédulo de los hombres; pero el más creyente de los católicos (1).»

II.

Examinemos ahora cuales son las prendas de inmortalidad que posee la Iglesia; examinemos tambien las promesas que se le han hecho. Las recojo de diferentes puntos del horizonte doctrinal. Recorriendo la inmensa distancia que separa el pensamiento de Jesús del de Voltaire, distingo en el espíritu humano relativamente á la institucion divina cinco etapas perfectamente distintas. La primera se halla marcada por el testimonio de Jesús; la segunda, por el del génio cristiano; la tercera, por el de los escritores de conciencia; la cuarta, por el del protestantismo; la quinta, por el del libre pensamiento. De todos esos centros elévase al par el mismo homenaje respetuoso tributado á la inmortalidad de la Iglesia.

Empecemos por el primero de esos testimonios, la promesa de Jesús. Me dirijo á todos los creyentes que la reciban como infalible, y les suplico que mediten detenidamente estas palabras que han herido sus oidos á docenas de veces.

Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella..... Me ha sido concedido todo poder así en el cielo como en la tierra. Como mi Padre me ha enviado á mí, yo os envío á vosotros. Id, pues, enseñad á todos los pueblos y contad que permaneceré constantemente con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

¡Qué responsabilidad para el que pronunció tales palabras, y qué garantía para aquellos á quienes iban dirigidas! Responsabilidad, sí, puesto que de no haberse realizado, resultaba patente la falsedad del cristianismo. Garantías, por otra parte, porque si en virtud de semejante promesa Jesucristo se nos ofrecia como prenda

---

(1) Chateaubriand.

de seguridad, el cumplimiento de la misma nos obliga respecto de él hasta la adoracion. Y efectivamente, los apóstoles que escucharon de sus lábios esa promesa, pronunciada en son de profecía, no asistieron á su realizacion, y no obstante adoraron; y nosotros que hemos sido testigos del prodigio, siempre subsistente, de la perpetuidad de la Iglesia, no hemos sido ménos favorecidos que ellos, puesto que, siguiendo la célebre antítesis de San Agustin, no vieron más que la cabeza y creyeron en el cuerpo, en tanto que nosotros por haber podido contemplar el cuerpo, creemos en la cabeza.

«Pero lo admirable, lo incomparable, lo realmente divino, añade Pascal, es que la Iglesia que ha subsistido siempre, siempre «se ha visto combatida (1).» «Su perpetuidad no se desarrolla en «las costumbres estacionarias del Oriente, sinó en el seno de la mó«vil Europa, pátria de las revoluciones; en un centro de actividad «incesante, donde los hombres y los acontecimientos, las ideas y «los hechos se entrechocan sin tregua ni reposo, furioso Océano «para el cual la sede de la Iglesia ha venido á ser constantemente «el cabo de las tormentas.»

«La Iglesia no ha vivido solamente en medio de esta actividad «devoradora, sinó que ha tomado en ella una parte muy activa, «hallándose constantemente en el lugar de mayor peligro. Hácia ella «y contra ella se han dirigido los diversos agentes de este movi«miento febril; en su mano ha tenido repetidas veces los negocios «del mundo; todos los medios se han juzgado lícitos para comba«tirla; pero la fuerza, la astúcia, la política, el cisma, la herejía, «la filosofía, el epígrama, el cadalso, es decir, todas las puertas del «infierno que habrian bastado para anonadar todo otro poder, se «han estrellado contra ella (2).»

Pasemos al testimonio del génio cristiano.

«El cristianismo ha sido predicado por ignorantes y creido por «sábios, razon que influye para que no se parezca á nada conocido.

«Además de esto ha salido con bien de todas las pruebas. Se «dice que la persecucion es un viento que nutre y propaga la llama «del fanatismo. Sea. En este caso tendríamos que Diocleciano fa«voreció la causa del fanatismo; y por lo mismo deberíamos dedu«cir que la proteccion y apoyo de Constantino debió ahogarlo; mas «lo cierto es que no ha sucedido nada de esto. Lo que es cierto, es «que ha resistido á todo, á la paz, á la guerra, á los cadalsos, á las «humillaciones, á los triunfos, á los puñales, á los halagos, al or«gullo, á la pobreza, á la noche tenebrosa de la edad media, á la «intensa luz de los siglos de Leon X y de Luis XIV. Un empera-

(1) Pensamientos.
(2) Augusto Nicolás, Estudios. IV. vol. Estabilidad de Cristo.

«dor omnipotente y señor de la mayor parte del mundo conocido, «agotó contra ella en otro tiempo todos los recursos de su génio; «nada omitió para restablecer los dogmas antiguos; entregó al ri-«dículo el culto cristiano; redujo á la pobreza al sacerdocio: difa-«maciones, cábalas, injusticias, opresion, fuerza y destreza, todo «fué inútil; el *Galileo* triunfó de Juliano el filósofo.»

«Al presente el experimento se repite con circunstancias toda-«vía más favorables. Nada falta absolutamente de cuanto debe ha-«cerlo decisivo. Si triunfa, el filosofismo puede batir palmas y sen-«tarse sobre una cruz derribada; mas en cambio, si el cristianismo «sale más vigoroso de esta prueba, si Hércules cristiano levanta *al* «*hijo de la tierra* y le ahoga entre sus brazos, *patuit Deus*... ah, «yo abrigo respecto de ello la más firme esperanza, entónces la «Francia será cristiana, la Inglaterra católica, y los pueblos de Eu-«ropa irán á entonar un *Te Deum* en la basílica de Santa Sofía de «Constantinopla (1).»

¿Qué piensan de esto los escritores de una ortodoxia ménos acentuada, siquiera rectos é imparciales?

«Un hombre de talento y de gran corazon dijo un dia delante «de mí (era yo muy jóven todavía). En el dia no hay en el mundo «nada fijo y estable á que pueda adherirse la existencia. Las ideas «y los reyes pasan, todo se saca de quicio, todo se gasta con rapi-«dez pasmosa, la sociedad cambia diez veces de modo de ser en el «período comprendido entre el nacimiento y la muerte de un hom-«bre. En realidad de verdad, en medio de ese movimiento vertigi-«noso, solo hay una ciudad y un hombre, que por su inmovilidad «en el océano del tiempo, ofrecen á nuestra consideracion una imá-«gen de consecuencia y perpetuidad: Roma y el Papa. Encontrad-«me si podeis para aquellos que están cansados de vagar á merced «de todos los vientos, y que piden á la vida la calma de la eterni-«dad, un refugio seguro para prestarles abrigo, un puerto siempre «abierto donde amarrar su barca, como no sea ese peñasco más «alto que todas las tempestades: ¡Roma y el Papado!»

«Tales palabras pronunciadas sin intencion preconcebida, en «una conversacion amistosa, frívola y séria á intérvalos, produje-«ron en mi impresion tan profunda, que jamás se han borrado de «mi memoria. En efecto, para nosotros, almas extraviadas en las «tinieblas de la duda, ¿no constituye un espectáculo capaz de des-«pertar el sentimiento de la fé, adormecido ó ahogado en nosotros, «esta formidable inmutabilidad en la cual el tiempo, la guerra, la «tortura, el desprecio, se han estrellado; esa fijeza de un sólo punto «en medio de todo cuanto pasa; esta luz azotada por el soplo de to-«das las tempestades, sin que soplo alguno la pueda extinguir?»

---

(1) De Maistre *Passim*.

«Ignoro quién sea el autor de este ingenioso dicho: nada es tan «absurdo como un hecho. Sí, el hecho de la víspera que contradice «el hecho del dia siguiente.

«Y más áun, si el hecho es de la naturaleza del siguiente: el «Apostolado confiado por Jesucristo hace diez y ocho siglos á uno «de sus discípulos, háse perpetuado de pontífice en pontífice hasta «nuestros dias: poder decir esto hoy, y tener la seguridad de que «lo mismo podrá decirse mañana, es un hecho que significa alguna «cosa. Y si se considera que desde el dia en que fué pronunciada «dicha palabra en Judea, la barbárie, el cisma, la reforma, la filo«sofía, se han abalanzado al par ó sucesivamente á la sede ocupada «por el mismo Apóstol, continuado en mil vidas; que Roma, la «ciudad eterna de los tiempos modernos, como lo era de los tiem«pos antiguos, ha sido tomada y vuelta á tomar, ocupada, saquea«da y sacudida por cuantos azotes procedentes de Oriente y de Oc«cidente han caido sobre ella; que no hace tres siglos áun, solda«dos embriagados, conducidos por un renegado, penetraron en ella «en nombre de Lutero; que no hace treinta años un emperador, so«berano suyo en virtud de la conquista, le enviaba un prefecto, «como hacian los de Constantinopla en los primeros tiempos de sus «pontífices; ¡oh! en tal caso, la fé, creciendo al compás de la idea, «se hace tan inmensa como el dogma, y sea de ello lo que quiera, «es menester, lo repito, que este hecho sin par, signifique algo.

«En vano seria que pretendiéramos separar la vista de esta pro«digiosa imágen de perpetuidad, los que hemos venido con poste«rioridad á las mayores persecuciones que Roma haya experimen«tado despues de los siglos de los mártires, nos vemos forzados á «decirnos: Indudablemente las promesas de los tiempos tendrán su «cumplimiento. El sueño de la filosofía consistia en destruir el pa«pado, por lo mismo que comprendia que en él residen la cabeza y «el corazon del catolicismo, y que si lograba acabar con él, no po«dia esperar el cristianismo larga vida; porque el papado y el cris«tianismo constituyen bajo este punto de vista un conjunto tan in«separable, que la reforma solo existe á condicion de suscitar y «mantener incesantemente el recuerdo de su rebelion, y que su fé, «fundada en la desconfianza, no puede encontrar algo de la vitali«dad que le falta, como no sea escitándose en el ódio de lo que en «su rabia impotente ha llamado el papismo. La duracion del papa«do constituía, pues, para nuestros padres, la gran cuestion del «porvenir. Diez y ocho siglos constituyen indudablemente un pe«ríodo de largo aliento en el curso de los acontecimientos; mas, «destruido el Papado, ganaria el pleito la filosofía que se proponia «demostrar que sólo puede subsistir mediante el auxilio de la igno«rancia y de la barbárie. Llegó la revolucion, que conociendo per«fectamente la consigna, tiró derecha al corazon, y llevó al Pontí«fice al destierro, donde murió. Mas sucedióle otro Papa: la cadena

«de perpetuidad no se rompió entonces, como no se habia roto en «los peores dias del catolicismo. Entre tanto la filosofía habia pa- «sado de moda, y los destructores duermen en el pasado al lado de «Lutero, la Enciclopedia, la República y el Imperio. Roma continúa «en pié, y en este centro de la cristiandad desgarrado por los ataques «de la incredulidad y de la indiferencia existe un Pontífice, como «existia uno tambien en los tiempos de Neron, cuando el cristianis- «mo naciente se veía desgarrado en el circo por las bestias feroces.»

«En torno de esta milagrosa continuidad, la Europa ha cam- «biado tres veces en su modo de ser: la antigüedad se ha extingui- «do; la edad media ha muerto: han surgido y han desaparecido «completamente los imperios de Carlomagno, Cárlos V y Napoleon; «han deslumbrado al mundo con sus fulgores, pueblos que ya no «existen: descubrióse un nuevo mundo cuyo dominio se repartió «entre el poder temporal y el espiritual, y sólo este conserva su «parte. Todo ha pasado, ideas, pueblos é imperios; solo el Papa ha «permanecido. Hay algo en este hecho, no nos cansaremos de re- «petirlo, que vale bien la pena de que reflexionemos un poco.

«Mas vivimos en una época en la cual se ha inventado, para uso «de los partidos, una lógica hábil que sabe negar la evidencia. Los «ódios antiguos contra Roma no han muerto en nuestros corazones «revolucionarios. Los padres creyeron regenerar el mundo, y los hi- «jos, que aceptaron sin exámen esta creencia, no pueden acostum- «brarse á la idea de que el Papado, desde su altura inexpugnable, «haya contemplado con una mirada llena de tierna conmiseracion «y con una seguridad completa en las promesas divinas, nuestras «tremendas luchas, nuestras poderosas rebeliones, los incendios «producidos en todos los ángulos de la tierra, la sangre derramada «á mares, el estrépito de los tronos derribados y de los monarcas «destruidos, capaz de poner espanto en el corazon más fuerte, de «la misma manera que el anciano marino avezado al fragor de las «tormentas, contempla desde la playa la lucha de los elementos, «seguro como está, por las señales que en el firmamento ha contem- «plado, de que al otro dia, habrá concluido completamente todo ese «espantoso fragor, y que el Océano desbordado volverá á sus pro- «fundos abismos (1).»

¡Qué fuerza, en apoyo de la misma verdad, en este magnífico tes- timonio del protestantismo, producido por el más grande historiador de Inglaterra!

«No existe, dice, ni ha existido jamás sobre la tierra obra al- «guna de la política humana más digna de exámen y de estudio que «la Iglesia católica Romana. La historia de esta Iglesia enlaza las «dos grandes épocas de la civilizacion. Ni una sola de las institu-

(1) Eugenio Robin.

«ciones hoy dia existentes puede remontar su orígen á aquellos «tiempos en que se escapaba del Panteon el humo de los sacrifi- «cios, y los tigres y los leopardos saltaban en el anfiteatro flavio. «Las casas reales de más elevada alcurnia cuentan sólo un dia de «existencia cuando se las compara con esa série de Soberanos Pontí- «fices que, por sucesion nunca interrumpida, remonta desde el Papa «que en el siglo XIX ha consagrado á Napoleon, hasta el que en «el VIII consagró á Pepino: más allá de éste, la augusta dinastía «apostólica va á perderse en la noche de los tiempos fabulosos. La «república de Venecia que venia en pos del Papado, era por demás «moderna en materia de antigüedad, comparada con aquel. Y sin «embargo, la república de Venecia ha desaparecido y el Papado «subsiste, no en estado de decadencia, no como ruina, sinó lleno de «vida y de vigorosa juventud.

«La Iglesia católica envia áun hasta el extremo del mundo mi- «sioneros tan celosos como los que desembarcaron en el condado de «Kent con Agustin, misioneros que tienen el valor necesario para «hablar á los reyes enemigos con la misma decision que inspiró al «Papa Leon X la presencia de Atila. El número de esos hijos pre- «dilectos es al presente más considerable que en ninguno de los si- «glos anteriores. Las conquistas en el Nuevo Mundo han compen- «sado con creces lo que en el antiguo ha perdido. Su supremacía «espiritual se extiende sobre las vastas comarcas situadas entre las «llanuras del Missouri y el Cabo de Hornos, comarcas que, ántes «del transcurso de un siglo, contendrán probablemente una pobla- «cion igual á la de Europa.»

«Los miembros de su comunion pueden, sin dificultad alguna, «evaluarse en ciento cincuenta millones, y es cosa facilísima de- «mostrar, que todas las demás sectas reunidas no alcanzan la cifra «de ciento veinte millones (1). Nada hay que indique la próxima «terminacion de esta larga soberanía, que ha presenciado el co- «mienzo de todos los gobiernos y de todos los establecimientos ecle- «siásticos que existen al presente, y no nos atreveríamos á decir «que no está destinada á presenciar su fin. Era grande y respetada «ántes de que los Sajones pusieran su planta sobre el suelo de la «Gran Bretaña; ántes de que los Francos hubiesen atravesado el «Rhin; cuando la elocuencia griega florecia áun en Antioquía; «cuando en el templo de la Meca, prestábase todavía culto á los ído- «los. Y podrá ser grande áun, y tanto como grande respetada, «cuando algun viajero, procedente de la Nueva Zelanda, se detenga «en medio de una vasta soledad, para dibujar las ruinas de San Pa- «blo, apoyado contra alguno de los derrumbados arcos del puente «de Lóndres.»

---

(1) La cifra de la poblacion católica varía segun las estadísticas; mas todas convienen en reconocer la superioridad numérica en favor del catolicismo, superioridad numérica que sirve de fundamento á algunas de nuestras pruebas.

Finalmente, véase el testimonio del libre pensamiento representado por su patriarca.

«El judaismo, ha dicho, el sabeismo, la religion de Zoroastro, «yacen en el polvo; el culto de Tyro y de Cartago ha caido con es«tas ciudades importantes. La religion de los Milcíades y de los Pe«ricles, la de Paulo Emilio y de Caton, no existen: la de Odin ha «dejado de ser; hasta la misma lengua de Ossiris, convertida en len«gua de los Ptolomeos ha desaparecido de la memoria de sus des«cendientes: el deismo puro jamás existió. Solo el cristianismo se «ha mantenido en pié en medio de tantas vicisitudes, y no obstante «el fracaso de tantas ruinas, inmutable como el Dios que fué su «autor.

«La verdad subsiste eternamente, y los fantasmas de la opinion «pasan como sueños de imaginaciones calenturientas.

«La religion subsiste hace seis mil años, segun confesion uná«nime, en tanto que las sectas son de ayer. *Por consiguiente me veo «obligado á creer y admirar* (1).»

Llegados á este punto de nuestra larga tarea, juzgamos haber llenado el precepto del Apóstol. *«Estad prontos á satisfacer á aquellos que os preguntasen por la razon de vuestra esperanza* (2). Y toda vez que nos hallamos delante del verdadero tabernáculo de la fé cristiana, y que sus puertas acaban de abrirse de par en par á nuestra presencia, detengámonos un instante ántes de atravesar el dintel y besemos la tierra que pisamos puesto que es santa y digamos á la vista de esos sagrados átrios: «Santa Iglesia Romana, madre de las Iglesias y madre de todos los fieles, Iglesia escogida de Dios para unir á sus hijos en la misma fé, en la misma esperanza y en la misma caridad, desde el fondo de nuestros corazones trabajarémos constantemente para el sosten de tu unidad. Si te olvido, oh Santa Iglesia Romana, permite que de mí mismo llegue á olvidarme: que mi lengua se seque y quede inmóvil en mi boca, sinó eres tú eternamente la primera en mi recuerdo, y sinó te nombro la primera en todos mis cánticos de regocijo y alabanza (3).

De esta suerte conduce á la verdadera Iglesia un estudio atento y detenido de las religiones, é introduce en la verdadera Iglesia un exámen comparativo de las Iglesias. Ninguno de los que nos han seguido en esta larga peregrinacion, tiene más motivos para resistir á esta verdad que para aceptarla, más si vacila áun, dígnese acompañarnos durante el tránsito en el camino que en la segunda parte debemos recorrer, y probablemente se confesará vencido.

(1) Voltaire, citado en la razon del cristianismo, palabra *Aveux*. Confesion.
(2) S. Pedro, m. 14.
(3) Bossuet. Sermon sobre la *Unidad*.

CONCLUSION.

Un cristiano ilustre de grata y melancólica memoria, que recibió la confidencia de los tormentos íntimos, experimentados por un amigo suyo escéptico, escribióle, á fin de proporcionar remedio á sus males, la siguiente preciosísima carta que reproducimos como resúmen fiel de nuestro libro, y acabamiento elocuente de nuestro propio pensamiento.

Mi estimado amigo: las dificultades de la religion son como las de la ciencia; constantemente se van ofreciendo algunas nuevas. Mucho alcanza quien logra esclarecer unas pocas; para darse cuenta de todas no hay vida humana que baste. Para resolver todas las cuestiones que pueden suscitarse respecto de la Sagrada Escritura, seria indispensable conocer á fondo las lenguas orientales: para contestar á todas las objeciones de los protestantes, convendria poder estudiar hasta en sus menores detalles la historia de la Iglesia y mejor la historia universal de los tiempos modernos. Esto sentado debe V. convencerse de que por más que haga, ha de serle imposible satisfacer á todas las dudas que para tormento de su corazon y de su alma, ha de suscitarle incesantemente su imaginacion fogosa y animada. Por fortuna Dios no exige tanto para alcanzar la verdad y la certeza. ¿Entónces qué es lo que importa? Importa hacer en materia de religion lo que hacemos en materia de ciencia: asegurarnos de un determinado número de verdades, y dejar á los sábios el cuidado de estudiar las objeciones. Yo creo firmemente que la tierra gira, yo sé que esta doctrina ofrece sus dificultades; pero los astrónomos las explican, y dado que hoy no las explican todas, el tiempo hará lo demás. De la propia suerte podemos decir que la Biblia se halla erizada de dificultades, de las cuales algunas hace mucho tiempo que están resueltas, al paso que otras, consideradas como insolubles, han obtenido su explicacion en nuestros dias: mucho queda por resolver; mas hemos de considerar que Dios lo tiene así dispuesto para mantener el espíritu humano en espectativa y á fin de poner en ejercicio la actividad humana en los siglos futuros.

«Por lo que á mí toca, despues de haber abrigado muchas du-

das; despues de haber pasado largas noches de insomnio, y regado con llanto de desesperacion las almohadas de mi lecho, he asentado mi fé en un razonamiento que puede proponerse á los albañiles y á los carboneros. Héme dicho que puesto que todos los pueblos tienen una religion, buena ó mala, la religion es una necesidad universal, perpétua y por consiguiente legítima para la humanidad. Esta necesidad la ha puesto Dios en nuestro corazon, por consiguiente Dios viene obligado á satisfacerla. Resultado de esto: que ha de haber una religion verdadera. Ahora bien: entre las diferentes religiones que se comparten el dominio del mundo, ¿quién puede dudar—sin que para ello haya menester llevar á cabo estudios detenidos, ni discutir hechos—quién puede dudar, repito, que el cristianismo merece indisputable preferencia, y que es el único que conduce al hombre á su destino final? Pero dentro del cristianismo existen tres Iglesias, la protestante, la griega y la Iglesia católica, que es como si dijéramos, la anarquía, el despotismo y el órden. La eleccion nada tiene de difícil, y la verdad del catolicismo no ha menester demostracion.

«Tal es, mi querido amigo, el breve razonamiento por cuyo medio he penetrado en el templo de la fé, y ya en él me he visto iluminado con nuevas luces y más intensa y profundamente, merced á las pruebas interiores del cristianismo: doy este nombre á la diaria experiencia que me permite encontrar en la fé de mi infancia, toda la fé y toda la luz de la edad madura, toda la santificacion de mis goces domésticos, todo el consuelo que mis penas han menester. Hay en la inexplicable dulzura de una comunion, y en las lágrimas que hace verter, una conviccion poderosísima que me obligaria á abrazar la cruz y á desafiar la incredulidad del mundo entero, áun cuando el mundo entero hubiese abjurado de Jesucristo. Mas estoy muy léjos de tener que exponerme á semejante prueba, dado que, por el contrario, esa fé en Cristo, que se representa como extinguida, conmueve profundamente al humano linage. Acaso ignora usted, amigo mio, hasta que punto es amado áun el Salvador del mundo; las virtudes que suscita y los sacrificios que por amor suyo se llevan á cabo, sacrificios que sólo pueden compararse con los que se realizaban en los primeros siglos de la Iglesia. Basta con citar la juventud sacerdotal que vemos marchar todos los dias á las Misiones extranjeras para morir en Tonkin como murieron san Cipriano y san Ireneo, y esos eclesiásticos anglicanos convertidos, que abandonan beneficios y prebendas que les producen centenares de miles de francos al año y que vienen á París, dónde dan lecciones, para proporcionar los medios indispensables con que atender á las necesidades de sus esposas y de sus hijos. Nó, el catolicismo no está desprovisto ni de heroismo en el tiempo que ha visto perecer á Monseñor de Afre; ni de elocuencia en la época en que ocupa el púlpito el R. P. Lacordaire; ni de todos los géneros de gloria y de autori-

dad en el siglo que ha visto expirar cristianamente á Napoleon, á Royer-Collard y Chateaubriand. . . . .

. . . .

Sí, amigo mio, creo firmemente en la verdad cristiana; si ofrece objeciones, estoy seguro de que tarde ó temprano se resolverán: creo tambien que hay algunas que no se resolverán nunca por la razon sencillísima de que el cristianismo trata de las relaciones entre lo finito y lo infinito. Todo cuanto mi razon me puede exigir, es que no la obligue á prestar fé á lo absurdo, y la verdad es que no puede existir absurdo filosófico en una religion que ha satisfecho la inteligencia de Descartes y de Bossuet; ni absurdo moral en una creencia que ha santificado San Vicente de Paul; ni absurdo filosófico en una interpretacion de las Escrituras que contentaba el espíritu vigoroso de un Silvestre de Sacy (1).»

---

(1) Ozanam. *Cartas*, t. II.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

NOTA AL CAP. V DEL LIB. I.

Contestaciones dadas hace doscientos años á este argumento moderno: Dios es la categoria de lo ideal.

1.° CONTESTACION DE BOSSUET.

Díme, alma mia: ¿Cómo entiendes tú la nada, si no es por el conocimiento del sér? ¿Cómo entiendes la privacion, si no es por la forma de que priva? *¿Cómo la imperfeccion, si no es por la perfeccion de que carece?* Alma mia, ¿no sabes tú que tienes una razon; pero imperfecta, puesto que ignora, duda, se equivoca y se engaña? Mas como sabe lo que es el error, si no es en virtud de la privacion de la verdad, y lo que es la obscuridad y la duda, si no es en virtud de carencia de luz y de inteligencia; y finalmente lo que es la ignorancia, si no es como privacion de saber perfecto, y lo que son en la voluntad, el desarreglo y el vicio, si no es como privacion de regla, de rectitud y de virtud? Existe pues primitivamente una inteligencia, una ciencia cierta, una verdad, una firmeza, una inflexibilidad en el bien, una regla, un órden, ántes de que exista una prescripcion de todas las cosas: en una palabra, hay una perfeccion ántes de que exista una imperfeccion. Ántes de todo desarreglo, es menester que haya una cosa que es en sí misma su regla, y que no pudiendo *suprimirse á sí misma*, no puede en manera alguna ni acabar, ni desfallecer. Hé ahí pues un ser perfecto: Dios, naturaleza perfecta y feliz... Cuando recogidos en nosotros mismos prestamos toda nuestra atencion á las ideas inmortales, de las cuales llevamos la verdad en nosotros mismos, *encontramos que lo primero que conocemos es la perfeccion, puesto que, segun hemos visto, no se conoce el defecto, sinó como una falta de perfeccion.*

2.° CONTESTACION DE FENELON.

«Es un hecho en mí el tener una idea precisa de lo infinito: distingo perfectamente lo que le conviene y lo que no le conviene: jamás vacilo en excluir de él todas las propiedades de los números

Biblioteca Nacional de España

y de las cantidades finitas... Dadme una cosa finita tan prodigiosa como podais imaginar: disponedla de manera que á fuerza de sobrepujar toda medida sensible, se ofrezca *á mi imaginacion con las condiciones de infinita:* siempre *para mi espíritu* será finita: concibo el límite con todo y serme imposible imaginarlo. Me es imposible señalar el punto dónde se encuentra; pero sé positivamente que existe y léjos de confundirlo con lo infinito, concibo evidentemente que se halla á infinita distancia de la idea que tengo formada del infinito verdadero. Y si se me viene á hablar de lo indefinido como de un medio entre lo que es infinito y lo que es limitado, contesto que semejante indefinido nada puede significar, como no sea algo verdaderamente finito cuyos límites escapan á la imaginacion, sin escapar al juicio. En suma, todo cuanto no es precisamente lo infinito, por inmensas que sean sus dimensiones, está infinitamente léjos de parecérsele... Es cierto que yo concibo un sér infinito é infinitamente perfecto. Distingo decididamente de él todo sér de una perfeccion limitada y no me dejaré en manera alguna deslumbrar por una perfeccion indefinida que tiene un cuerpo indefinido. Por consiguiente es un hecho y respecto de esto no me equivoco, que siempre llevo dentro de mí, siquiera sea finito, una idea que me representa una cosa infinita.

«¿De dónde proviene en mí esa idea tan profundamente arraigada en mí, que me sobrepuja infinitamente, que me sorprende, que me hace desaparecer á mis propios ojos, y que me hace tangible lo infinito? ¿De dónde procede? ¿Dónde he ido á buscarla? ¿En la nada? Cuanto existe finito no puede dármela, *porque lo finito no representa lo infinito* del cual difiere infinitamente. Si nada de cuanto existe finito, por grande que sea, puede darme idea del verdadero infinito, ¿podria dármela la nada? No hay para que decir, pues salta á la vista, que yo no he podido dármela á mí mismo, puesto que soy finito como todas las demás cosas de que puedo tener algunas ideas. Muy léjos de poder comprender que invento lo infinito, sino existe real y verdaderamente, no puedo comprender tampoco que un infinito real, fuera de mí, haya podido imprimir en mí, que soy limitado, una imágen parecida á la naturaleza infinita: es indispensable pues que la idea de lo infinito haya venido en mi de fuera de mí, y hasta me siento sorprendido de que haya podido penetrar en mi interior.

Y vuelvo á preguntar ¿de dónde me ha venido esta maravillosa representacion de lo infinito, que participa de lo infinito y que en nada se parece á cosa alguna finita? Ella está en mí, es más que yo mismo, me parece todo, y yo nada. No me es posible suprimirla, ni obscurecerla, ni disminuirla, ni contradecirla. Está en mí, yo no la he puesto, la he encontrado en mí, y la he encontrado, porque estaba ya formando parte de mí, ántes de que me ocurriera buscarla. Permanece invariablemente en mí, *hasta cuando no me acuerdo de*

ella y pienso en otras cosas. Encuéntrola siempre y cuando la busco, y se me presenta frecuentemente áun cuando no la busque: No depende de mí: soy yo quien dependo de ella. Si me extravío, me llama, me corrige, rectifica mis juicios, y áun cuando la examine me es imposible corregirla, ni dudar, ni juzgar de ella, pues ella es la que de mí juzga y á mí me corrige.

«Si esto que distingo es lo infinito inmediatamente presente á mi espíritu, este *infinito existe:* si por el contrario no es más que una representacion de lo infinito que se imprime en mí, esta semejanza de lo infinito debe ser infinita, porque lo finito, como finito, en nada se parece á lo infinito y por consiguiente no puede ser su verdadera representacion. Importa pues que lo que represente verdaderamente lo infinito, tenga algo de infinito para parecérsele y para representarlo.

«Esta imágen de la divinidad será pues un segundo Dios semejante al primero en perfeccion infinita; mas, ¿cómo será recibido y contenido en mi espíritu limitado? Además, ¿quién habrá hecho esta representacion infinita de lo infinito para dármela? ¿Se habrá hecho á sí misma? ¿La imágen infinita de lo infinito carecerá de original que le haya servido de modelo, ni causa real que la haya producido? ¿Dónde estamos? ¡Qué monstruoso conjunto de extravagancias! Es por lo tanto indispensable concluir manifestando decididamente *que es el ser infinitamente perfecto que se hace inmediatamente presente en mí, cuando le concibo, y que constituye por sí mismo la idea que tengo de él.*

3.° CONTESTACION DE MALEBRANCHE.

«Es cierto que veis lo infinito, porque de lo contrario, cuando me preguntais si existe un Dios ó un sér infinito, me dirigiríais una pregunta ridícula, echando mano de una proposicion cuyos términos no comprenderíais; ya que equivaldria á preguntarme si existe un *Blictri*, es decir una cosa determinada sin saber lo que sea. De seguro no hay hombre que no tenga idea de Dios ó piense en lo infinito cuando pregunta «si existe.» Nos seria imposible hablar de lo infinito, ni inquirir la existencia de Dios si no tuviésemos la idea de ello.

«Considerad, sin embargo, que Dios ó lo infinito no es visible por una idea que lo representa. *Lo infinito es la idea de sí mismo. Carece de arquetipo; puede ser conocido, mas no es posible que sea hecho.* Sólo las criaturas, ó tales ó cuales séres son hacederos ó visibles por medio de ideas que los representan áun ántes de ser hechos. Puede verse un sol, un círculo, una casa, sin que existan realmente la casa, el círculo, ni el sol, por lo mismo que todo cuanto es finito puede contemplarse en lo infinito *que contiene las ideas in-*

teligibles: pero lo infinito sólo es dable verlo en sí mismo; puesto que nada finito puede representar lo infinito. Si se piensa en Dios, es indispensable que exista. Un sér determinado, siquiera conocido, puede no existir. Puede verse su esencia (esencia ideal ó metafísica) sin su existencia, su idea sin él; pero no es posible ver la esencia de lo infinito sin su existencia, la idea del sér, porque el sér carece de idea que lo represente. No existe arquetipo alguno que contenga toda su realidad inteligible. Es el arquetipo de sí mismo y encierra en sí el arquetipo de todos los séres.—De lo dicho podeis deducir perfectamente que la proposicion: *Existe un Dios*, es por sí misma la más clara de todas las proposiciones que afirman la existencia de alguna cosa y que es tan cierta como ésta: *Pienso, luégo existo.* Tambien comprendeis perfectamente que es Dios, puesto que Dios y el sér, ó lo infinito, son una sola y misma cosa.

«Los hombres presumen que pueden pensar en Dios sin que exista, porque no se paran en reflexionar que nada finito lo puede representar. Como pueden pensar en muchas cosas que no son, por lo mismo que las criaturas pueden ser vistas sin que existan... imaginan que acontece lo propio con lo infinito, y que se puede pensar en él sin que exista. *Y esto es precisamente lo que influye en que busquen sin reconocerlo, al que encuentran incesantemente*, y que reconocerian, en cuanto se reconcentraran en sí mismos y reflexionaran sobre sus ideas.»

FIN DE LOS DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.

TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DE MATERIAS.

CAPITULO IV.

CAPITULO V.

CAPITULO VI.

CAPITULO VII.

EL BUEN SENTIDO DE LA FÉ.

TOMO II.

EL BUEN SENTIDO

DE LA FÉ,

EXPUESTO

EN CONTESTACION Á LAS OBJECIONES FILOSÓFICAS
Y CIENTÍFICAS DEL DIA

POR

EL R. P. CAUSSETTE,

VICARIO GENERAL, SUPERIOR DE LOS SACERDOTES DEL
SAGRADO CORAZON DE TOLOSA.

VERSION CASTELLANA

DEL

DR. D. CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO

CATEDRÁTICO, POR OPOSICION, EN LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA; LICENCIADO EN DERECHO
CIVIL Y CANÓNICO, ETC.

Es indispensable acompañar
nuestra fé con nuestra razon.
MONTAIGNE, LIB. II, CAP. 12.

PARTE SEGUNDA.

LA NEGACION.

BARCELONA.
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA,
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16.
1878.

EXPOSICION.

Dentro del plan que nos hemos propuesto, la afirmacion cristiana se ha limitado hasta ahora á defenderse, sin tomar un sólo punto la ofensiva: hora es ya de que proceda de otro modo relativamente á la negacion que se le opone, ya que no debemos satisfacernos con dejar establecido que nuestra creencia está probada, sinó que, además, debemos demostrar que no lo está la incredulidad. Dichas manifestaciones vienen á constituir dos faces diferentes de una misma verdad, no ménos demostrativa la segunda que la primera, y áun podríamos añadir más convincente, ya que, en el dilatado trayecto que acabamos de recorrer, los asuntos se imponen al espíritu por medio de inmensas síntesis, consintiendo á duras penas la forma del discurso ó del tratado; cuando en el terreno que se desarrolla delante de nosotros, siquiera existan accidentes, ni son tan numerosos, ni se hallan casi exclusivamente constituidos por el despotismo de las tradiciones teológicas. Esto nos permite exponer anticipadamente nuestro pensamiento, anunciando desde luégo al lector que ofrece mayor variedad y más frecuentes descansos.

¿Cuyo es el génesis de la incredulidad en la humana inteligencia? Si la formacion de las nubes constituye un arcano para la ciencia meteorológica, no ofrece para la apologética la dificultad más insignificante. Antes, empero, de decir de dónde proceden las nubes, digamos de dónde no proceden. Desde luego podemos dejar consignado que no son un producto de la superioridad intelectual. Sólo por un abuso del lenguaje puede distinguirse á los incrédulos con el nombre de hombres de ideas adelantadas; puesto que

siendo Dios la última aspiracion de las inteligencias, todo movimiento contrario á dicho fin es una marcha hácia atrás: de manera que si la incredulidad persiste en distinguirse con el nombre de progreso, proviene de estar persuadida de cuanto le importa ostentar una enseña deslumbrante, al par que pueda mantener vivas sus ilusiones y las de los demás.

¡Aberracion singular la de atribuir las dudas del espíritu al desenvolvimiento del mismo, es decir, su debilidad á su fuerza; sus tinieblas á su luz! Si así fuese, lo hemos visto ya, los talentos privilegiados siempre habrian sido escépticos; sólo fueran creyentes las medianías, el vulgo de las gentes: los que en la escala de la cultura se hallaran debajo determinado nivel, creerian; los que alcanzaran un grado superior, serian incrédulos: aquellos prestarian á Dios el culto de su adoracion; estos renegarian de Dios y de su culto. Orígenes, San Agustin, San Basilio, San Gerónimo, San Ambrosio, y tantos otros defensores de la fé como pudiéramos citar, como hombres de inteligencia están muy por encima de sus detractores Celso y Porfirio; Pascal, Descartes, Bossuet y Corneille, valen mucho más, filosóficamente hablando, que Voltaire y el misántropo de Ginebra; y Cuvier, Ampere, Biot, Cauchy y muchos otros discípulos del Evangelio, no ceden ni en saber, ni en cultura intelectual á los Buckner, Feuerbach, Moleschot y Littré, apóstoles del ateismo. Hay más áun: el siglo décimo octavo, que se distingue por sus negaciones, no sobrepuja mucho, en materia de inteligencia, al décimo séptimo, notable por sus respetuosos actos de fé; del mismo modo que los pueblos idólatras que rechazan el Evangelio, no pueden jactarse de poseer luces superiores á las de los pueblos cristianos. De lo cual resulta que las dudas no proceden de la penetracion del espíritu, sinó que son más bien consecuencia de su estado enfermizo.

Es esta una verdad con la cual se hallan los sábios perfectamente de acuerdo. Agustin Thierry y Maine de Biran han declarado que el momento más explendoroso de su existencia fué el de su regreso á la fé, no el de su negacion. «Unicamente encuentro verdadera ciencia, dice el segundo, allí dónde ántes, guiado por los filósofos, sólo distinguia imaginaciones y quimeras... Sólo la religion es capaz de resolver los problemas propuestos por la filosofía (1).»

---

(1) *Diario íntimo*, 26 de mayo; 30 de junio.

Revelaria, pues, falta de experiencia ó de sinceridad, empeñarse en sostener que en la especie humana, en general, hállase acumulada mayor suma de inteligencia empleada en contra que en favor de Dios, ó que en el mismo hombre, en particular, la fé representa una era de obscurantismo, y la incredulidad una época de progreso. Por punto general, lo contrario es lo verdaderamente cierto.

Sí, más bien que del saber, procede comunmente la incredulidad de la ignorancia, y en particular de la ignorancia relativa; porque con muchos conocimientos, es muy posible no tener conocimiento alguno de esta causa. Debemos convenir, sin embargo, en que la duda no tanto es un indicio de inferioridad, como de preeminencia intelectual. Sea el que se quiera el grado en que el hombre se encuentre en la escala de la capacidad intelectual, puede carecer de fé, no sólo porque la fé procede de Dios, más bien que de la inteligencia, del saber, sinó tambien porque lo que determina la aptitud del espíritu para recibirla, más bien que su elevacion es su equilibrio.

La incredulidad no debe, pues, atribuirse ni á la ciencia ni á la ignorancia del que la experimenta: tampoco es resultado, en todos los casos, de falta de religion. Hay, si así podemos decirlo, una especie de incredulidad involuntaria, en estado de tentacion, que puede apoderarse hasta del ánimo de los cristianos más sumisos. De ella resultan esas intermitencias dolorosas durante las cuales el hombre cree en virtud de su fé de ayer, más bien, en cierto modo, que en su creencia de hoy, moviéndose en el camino del bien en fuerza del impulso recibido, mejor que á instancia de una conviccion actualmente sentida. Generalmente, las cosas se realizan en las almas del mismo modo que en la naturaleza: alternativas incesantès de dia y de noche, de luz y de tinieblas. Sólo la fé es la que no se perturba viendo desaparecer su sol, por lo mismo que cuenta con la reaparicion de la aurora: en cambio, la incredulidad sostiene que el sol se ha extinguido en el momento en que se ha ocultado á sus miradas, procediendo en ello como los salvajes, que durante los eclipses se desesperan, dominados por el temor de que jamás ha de brillar para ellos su explendente luz.

Lo dicho nos explica que el hombre más creyente pueda, respecto de ciertos principios y hasta á pesar suyo, permanecer refractario á la fé, lo cual, más bien que falta, debe considerarse verdadero padecimiento; más siempre y cuando semejante disposicion se haga crónica y consentida, constituye la incredulidad

formal. ¡Pecado no ménos antiguo que el mundo! Oposicion eterna de la humanidad hácia Dios, que se ha presentado en todos los tiempos, que se ha ofrecido en todas las religiones, y cuyo principio, sólo de un modo muy imperfecto, ha logrado estudiarse. Pues bien, lo que nosotros nos proponemos exponer es la naturaleza íntima de este mal. Si Esquirol y otros alienistas han merecido ver sus nombres colocados en el catálogo de los bienhechores de la humanidad, gracias á haber descrito las diversas afecciones morbosas que experimenta su cerebro, estamos seguros de que ha de considerarse incomparablemente superior, bajo el punto de vista utilitario, una buena fisiología de la incredulidad, es decir, una teoría que indique, al par, los manantiales y los remedios de ese desórden méntal en cuya virtud la inteligencia humana está *alienada* de la verdad. Desde Homero hasta Milton, se han dicho muy bellas cosas para expresar la desgracia que experimenta el que se halla privado de la luz del sol, y sin embargo, ¿qué es esta comparada con la que resulta de estar privado de ver á Dios?

Constituye, por consiguiente, un verdadero deber de caridad, que debe llenarse, el estudio de las influencias que mueven la inteligencia humana á la incredulidad. ¿De qué proviene esa ceguera deplorable? Resulta casi siempre de un estado del espíritu opuesto á las condiciones indispensables para formar un verdadero juicio; siendo tres las anomalías principales que falsean dichas condiciones.

Forman la primera, las brumas existentes en la atmósfera intelectual. Dias hay en el año durante los cuales vemos ceñido el horizonte por expléndidas cadenas de montañas; en cambio hay otros en que nada absolutamente distinguimos: en ciertas noches podemos contemplar el espacio tachonado de brillantes estrellas; otras se nos ofrecen en que sólo tinieblas descubren nuestras miradas. ¿Ha imaginado jamás el habitante de Milán, que los Alpes han dejado de existir, cuando los velos de niebla ciñen la cima de deslumbrante blancura del Monte Rose? ¿Existe quién, absolutamente desprovisto de experiencia astronómica, presuma que los astros se han extinguido como una luz que se apaga, cuando las nubes impiden que lleguen á nosotros sus brillantes destellos? Y sin embargo, el espíritu humano es víctima de semejante insensatez cuando se trata de creencias sobrenaturales, insensatez de que no quiere corregirse, y que la conduce á mostrarse admirada de no distinguir los objetos; de no ver claro, siendo así que no comienza por averiguar si se

halla sumido en las tinieblas, si son las nubes de la inteligencia las que le impiden distinguir dichos objetos.

Lo que más poderosamente influye en ofuscar la inteligencia es la pasion. La pasion, lo hemos dicho ya, es una tempestad, un huracan, y el efecto inmediato de todo huracan consiste en acumular nubes. El alma humana puede compararse á uno de esos vasos que debajo de una porcion de licor transparente contienen un sedimento de limo: la sacudida más insignificante basta para turbar la limpidez de aquel. Cuando las pasiones, que son en nuestro corazon el resíduo de la caida original, permanecen dormidas en el fondo del vaso, nuestra zona superior mantiénese transparente, iluminada; pero en el momento en que suben á la superficie. nuestro espíritu se oscurece. ¡Cuántas negaciones son resultado de esta perturbacion! ¡Cuántas incredulidades, presentadas bajo las formas más especiosas, no son más, si bien se mira, que un juicio apasionado! Sólo Dios es capaz de apreciar el caudal de luz celeste robada diariamente al mundo, nada más que por carecer el corazon humano de las condiciones necesarias para reflejarla! Un estudio detenido de las relaciones que existen entre nuestros vicios y nuestras negaciones, revelará una parte de este misterio.

El primer género de incredulidad es, pues, aquel que más ó ménos directamente hállase engendrado por un desórden de la voluntad: el segundo es el que reconoce por causa la constitucion intelectual. En el primer caso las dudas proceden de falta de transparencia en la atmósfera: en el seguudo de defecto en el ojo del observador.

Los ojos del espíritu como los del cuerpo son un órgano delicadísimo, los accidentes más insignificantes pueden producir las mayores perturbaciones: para que el testimonio adquirido por medio de los mismos le inspire completa confianza, es indispensable que estén perfectamente conformados: esto nos dice que hay muchos espíritus que son incrédulos por la razon sencillísima de ser incompletos, é incompletos no así como quiera sinó bajo diferentes puntos de vista. Son incompletos, bajo el punto de vista del temperamento y en este concepto no debe sorprendernos que dude de Dios el que por naturaleza es escéptico, y no presta fé á cosa alguna de cuantas le rodean. Incompletos bajo el punto de vista de la rectitud, y por lo tanto no pueden ver á Dios puesto que estando su sentido mal conformado, no pueden ver á derechas, ó tal como es, lo que sus miradas les ofrecen torcidamente. Incompletos bajo el punto

de vista del equilibrio; es decir, por esceso de razonamiento y carencia de sentimiento; por sobra de imaginacion y falta de juicio; en suma, por un cúmulo de lagunas ó desproporciones en nuestras facultades que predisponen favorablemente para la incredulidad. Incompletos bajo el punto de vista del estado en que se hallan: los espíritus que están fuera de sí á consecuencia de la disipacion; ó que lo ven todo de negros colores á consecuencia de su pesimismo; ó que son poco firmes en sus propósitos por versatilidad de carácter, constituyen recipientes poco firmes para la fé. Incompletos, por último, bajo el punto de vista de la competencia: mucho se ha dicho; pero mucho queda áun por decir, con relacion á la semiciencia religiosa de los sábios anti-religiosos. Media además la circunstancia de que el espíritu puede verse atacado por alguna de esas innumerables afecciones oculares que disminuyen la rectitud ó el alcance de su mirada, de dónde resulta que la mayor parte de las hostilidades dirigidas contra la fé, tiene su orígen en una especie de miopía ó de oftalmia intelectual, tanto más peligrosa para el que la padece, en cuanto no tiene conciencia de ella, y para los demás, por lo mismo que puede aliarse perfectamente con el talento.

Léjos de nosotros la idea de suponer que el incrédulo sea responsable de los errores de su inteligencia cuando á ellos no han contribuido sus defecciones morales; mas importa dejar sentado que los blasfemos serian ménos si existieran más espíritus completamente sanos.

Además de la pasion y de la enfermedad intelectual, existe un tercer principio que engendra tinieblas respecto de la conviccion religiosa, principio que proviene de la distribucion anormal de la luz que debe iluminar la inteligencia. Sabido es que la luz puede cegar cuando no llega á los ojos siguiendo la direccion debida ó careciendo de las condiciones indispensables. De aquí la incredulidad de los sábios que cultivan especialmente una ciencia profesional de un modo absolutamente exclusivo, prescindiendo de la ciencia general y principalmente de los estudios religiosos.

Háse dicho con razon, que el hombre que no conoce más que un libro, es por demás temible: nosotros añadimos que el que sólo posee un ramo de los conocimientos humanos, no lo es ménos; pero en otro concepto, y decimos en otro concepto, porque lo que sabe, mejor que un mérito, constituye á veces una verdadera deformidad. Por lo mismo que se ha desarrollado desproporcionadamente, no existe equilibrio ni exactitud y esto es tanto más irremediable

en cuanto pone su confianza en lo que sabe respecto de un punto y no en lo que ignora respecto de todos los demás.

¡A cuantos epígramas han dado lugar las escentricidades de los sábios que no conocen más que una parte de la ciencia! Y esos epigramas eran justos y fundados, porque los vacíos, las lagunas de su educacion intelectual, hacen frecuentemente de ellos, más bien que séres superiores, entes singulares. Esta anomalía se explica perfectamente por medio de una comparacion tomada de las cosas físicas. Cuando al través de una rendija hacemos penetrar un rayo de luz en un aposento cerrado, léjos de iluminarlo distinguimos mejor su obscuridad: los átomos que flotan en la atmósfera atravesada por el rayo luminoso, ofrécense á nuestras miradas de un modo perceptible, podemos hasta contarlos, al paso que los objetos más voluminosos existentes fuera de aquel, permanecen envueltos en las más profundas tinieblas y por consiguiente sin que los podamos distinguir.

Tal es la imágen de las inteligencias iluminadas por un determinado género de estudios: la luz que llega á su espíritu no penetra al través de una grande abertura, sinó por una hendidura reducidísima practicada en las puertas que la cierran, de manera que en lugar de iluminarlo por completo, como sucedería si se hallara bañado por una atmósfera luminosa, sólo quedan de manifiesto los objetos que se hallan en la direccion de aquel pequeño rayo: dichos objetos se manifiestan perfectamente; todo lo demás queda sumido en la obscuridad. De dónde resulta que una ciencia demasiado restringida puede en ocasiones aumentar ciertas sombras del pensamiento en lugar de disiparlas.

¡Dichosos los sencillos de corazon que ven á Dios por medio de la ingénua impulsion de su alma pura! En este camino no existen obstáculos ni complicaciones que engañen la fé del viandante. En cambio, la ciencia es un laberinto dentro del cual son muchos los que se han extraviado. No cabe negar, ni áun desconocer, que tiene muchos caminos que por ella conducen á Dios; mas tambien es indudable que encierra muchos callejones sin salida, y los que penetran en ellos, sin contar con el hilo de la fé que les guie en esas sendas sinuosas y accidentadas, mueren en el fondo de los mismos, disponiendo de la luz necesaria para ver el horror de sus tinieblas; pero no para salir de ellas.

Con lo que acabamos de decir, dejamos trazado el plan que nos proponemos seguir en el presente volúmen. Hemos fijado los tres

mojones que han de marcar nuestra peregrinacion, teniendo para ello en cuenta que la incredulidad procede de tres causas distintas.

La pasion.

El temperamento intelectual.

Los estudios exclusivos, ó sea el *Especialismo* científico.

¿El conocimiento y el análisis de la causa del mal, no constituye el más apropiado tratamiento preventivo y curativo que pueda oponérsele?

La verdad ha sido comparada á una ciudad puesta en la cima de las montañas. Si bien es cierto que desde todos los puntos se la distingue, no lo es ménos que todos no son igualmente apropiados para que pueda ser apreciada en todos sus detalles. Como los cuadros, como los panoramas, ofrece puntos de vista privilegiados, desde los cuales se revela con mayor perfeccion á la atenta mirada del observador. Más cerca ó más léjos de dichos puntos sus contornos resultan ménos sensibles, y hasta hay ciertos efectos de luz que perjudican su perspectiva.

No son otras las condiciones bajo las cuales se ofrece á nuestra consideracion la verdad religiosa. Existe una situacion, un punto de vista determinado y especial, desde el cual puede distinguirla perfectamente el espíritu humano, y si el incrédulo no la ve, consiste en que no se halla colocado en este punto de vista. Colóquese en él como debe y la verá: por nuestra parte, y á fin de auxiliarle en el cumplimiento de este deber, nos hemos tomado el trabajo de escribir este libro.

En él nos salimos del camino trillado por la apologética tradicional; mas pueden seguirnos sin temor los lectores acostumbrados á los senderos largos y seguros. Si nos apartamos de las que podríamos llamar *vias romanas* de la controversia religiosa, no por esto las perderémos de vista un sólo punto, ya que el presente volúmen no ha de ser, en último resultado, otra cosa más que el desenvolvimiento de una tésis á duras penas indicada por ciertos teólogos clásicos, bajo el título de: *Præjudicia adversus incredulitatem.*

LIBRO PRIMERO.

DE LA INCREDULIDAD

ENGENDRADA POR LAS PASIONES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Efectos del sensualismo en las creencias religiosas.

De todas las pasiones que germinan en el corazon humano, ninguna ejerce respecto de la fé una accion más deletérea que la voluptuosidad. Al expresarnos en estos términos entiéndase que no nos referimos al arrebato pasajero producido por escitacion voluptuosa, sino al vicio, constituido en estado habitual: es decir, que no la consideramos, si así podemos decirlo, romancescamente, sinó como causa de inmoralidad. Debemos añadir, sin embargo, que es frecuente verla llegar á semejante extremo, sin perder no obstante el lenguaje del sentimiento etéreo. El hombre cubre cuidadosamente de flores y perfumes las sentinas de su corrupcion interior, para que su conciencia pueda descender hasta ellas sin que deba retroceder presa del asco inspirado por la repugnancia.

La voluptuosidad así entendida, conviértese con el tiempo en una debilitacion de la luz natural; en una nube de sangre y lodo que se levanta delante de la luz sobrenatural; en una postracion de la voluntad, que vá á buscar en la blasfemia la explicacion y la excusa de sus humillaciones.

Es un hecho indubitable que para creer no basta con tener inteligencia; mas tambien es cierto que toda inteligencia debidamente conservada, se halla más bien dispuesta para admitir y comprender lo que es fé. ¿Habrá pues error en la opinion, generalmente admitida, de que la tiranía de los sentidos agota la sávia del espíritu? Nó: este vicio hurta paulatinamente la energía á la inteligencia para dársela á la materia: distribuye al organismo las fuerzas del cerebro y esta llama que era un presente del cielo cuando tenia su morada en la cabeza, al pasar á los músculos del cuerpo, conviértese en incendio devorador. Es una ley moralizadora y conservadora, impuesta al espíritu por la Providencia, la de que en el momento en que se inflama por la pasion, se extingue para la idea.

Se me dirá tal vez que muchos escritores y artistas de verdadero génio, llegaron á alcanzar renombre general, con todo y distar mucho de ser modelos de pureza; mas no vacilamos en asegurar que jamás fueron grandes y viciosos á un mismo tiempo: la musa de la inspiracion al verse ultrajada en sus hogares, los abandonaria para no volver á ellos en tanto no se la prestaran las consideraciones debidas. En semejante situacion ha podido verse á los hombres de génio remontarse penosamente con alas que se negaban á llevarlos, sin que pudieran alcanzar las cimas de la sublimidad, miéntras no trataran de reconquistarlas por medio de sacrificios regeneradores.

Por lo demás, si existe una edad en que el sensualismo no es otra cosa más que momentánea parálisis del espíritu, hay otra en que se convierte en enfermedad mortal. ¡Cuántas vidas preciosísimas de grandes hombres ha segado en flor! No tengo por qué ocultarlo: así como inspiran profunda compasion las tiernas criaturas que mueren sin bautismo, no puedo ménos que compadecer cristianamente á esos séres privilegiados que habrian sido grandes siendo castos, y que se extinguieron ántes de haber conquistado un nombre que legar á la posteridad, porque las pasiones les impidieron llegar á completo florecimiento! La voluptuosidad es esencialmente mortífera con relacion al génio que nace, y su mayor atentado, despues de la muerte de las almas, consiste en excavar incesantemente en las entrañas de la sociedad, con el objeto de ahogar la inteligencia en estado de embrion, y llevar á cabo lo que podria llamarse el infanticidio del talento.

Generalizando ahora la cuestion, ¿quién es capaz de decir el punto de desarrollo que habria alcanzado la humanidad, si sus escesos no la hubiesen detenido y retrasado en la carrera de su educacion? De seguro no obraba inconscientemente la mitologia pagana, al representar con cabezas de animales á aquellas de sus divinidades que se entregaban á los placeres de la materia. El abuso de las sensaciones carnales agota la vida del espíritu en provecho de la materia, y por este camino el hombre, en mayor ó menor grado, se convierte en bruto. Bajeza funesta que corresponde frecuentemente á una medida proporcionada de incredulidad, porque Dios y la bestia constituyen los dos extremos de la gerarquía inteligente, y cuanto más se inclina el hombre hácia el bruto, ménos aptitud tiene para el conocimiento de Dios.

Tenemos pues que la voluptuosidad predispone el espíritu á la negacion, empequeñeciéndolo y entregándolo al escepticismo.

Escepticismo respecto á los verdaderos deberes del hombre. No hay pasion alguna que dé lugar á más perjurios que la voluptuosidad. La primera vez que el hombre juega con su palabra, generalmente obra impulsado por el deseo de los goces más groseros: no vacila en cometer un perjurio, y lleva sin remordimiento la mano al corazon para mejor disfrazar imposturas del sentimiento. Mas

no se juega impunemente con la falsedad en la conducta, sin que quede algo en el fondo de las ideas. Como todas las verdades se mantienen, el voluptuoso en virtud del desprecio con que mira las leyes del pudor, hállase desde luégo inclinado á dudar de sus sanciones. La fé puede en rigor subsistir en un alma sin moralidad; pero de hecho, la pérdida de la segunda dispone á apostatar de la primera, puesto que la religion del honor y la del Evangelio se apoyan mútuamente.

Escepticismo respecto de la libertad moral. La virilidad del alma muere, como la honestidad de la conciencia, por la opresion del libertinaje. La voluptuosidad procede contra sus víctimas de la propia suerte que Dalila en contra de Sanson, adormece para mejor encadenar. Desgraciado de aquel que se entrega al sueño en brazos de ese encanto arrobador, porque al despertar se encontrará atado. Si es hombre de mundo, se sentirá herido de anestesia moral y solo prestará á las cosas más importantes de la vida una atencion pasajera y de todo punto impotente: si fuere soldado, las delicias de Cápua le detendrán ante las puertas de Roma: siendo rey, incurrirá en debilidades que acabarán por hacer que caiga de su cabeza la corona. Si fuese una raza en lugar de un hombre, la voluptuosidad penetrará hasta los manantiales de su sangre para bastardearla, é imprimirá el estigma de la vergüenza sobre las frentes enaltecidas por los siglos: si fuese finalmente un pueblo, ¡ah, si fuese un pueblo, quién será capaz de contar la ignominia de sus bajezas y envilecimiento! Otros habrán caido estrepitosamente y de una manera digna; este concluirá despues de haber recorrido un camino de lenta y miserable decadencia: aquellos habrán sucumbido bajo la potente espada del vencedor; éste se extinguirá paulatinamente en las sentinas de la disolucion: y en tanto que Cartago, la astuta reina de los mares, alcanza el honor de sucumbir en un dia de batalla, iluminada por los resplandores de inmenso incendio; la impúdica Roma cae pieza á pieza como carne roida por la disipacion, empleando en morir nada ménos que tres cientos años.

Cuando el hombre ha permanecido durante largo tiempo sometido á esa influencia nefasta, queda convertido en despreciable juguete de sus sensaciones; arrástrase por el suelo, dice San Agustin, sin que logre incorporarse por más esfuerzos que haga, declárase libre con respecto á Dios y á todos los demás poderes, y se proclama esclavo de sus propias pasiones. Finalmente, el decaimiento le conduce á todas las degradaciones y á todas las blasfemias, porque para creer en el deber, necesita creer un poco en sí mismo. Dudar del poder que se tiene de obrar el bien, es dudar del mismo bien. Al comunicar impotencia á la voluntad, la voluptuosidad siembra negaciones en el espíritu.

Escepticismo respecto de las cosas del corazon. No conozco falsedad superior á la cometida por el diccionario, cuando emplea la

palabra amor para expresar ciertos placeres físicos. Los paroxismos de la pasion ahogan la sensibilidad, llegándose á ese extremo por medio de una dilatada série de decaimientos y dolores.

Desde luégo tenemos que la voluptuosidad fascinando al corazon, lo rebaja; pues que lo lleva en pos de degradantes miserias, obligándole á mendigar reciprocidades infamantes y reduciéndolo al estado de esas inmundicias que huella con repugnancia el viandante: *quasi stercus in via conculcabitur* (1). Las sensaciones despues de haber agotado la pureza del corazon, lo ensanchan desmesuradamente; proporciónanle felicidades devoradoras, que en vez de calmar su sed, la acrecientan sin cesar, hasta tanto que habiendo llegado á sus pliegues más recónditos, escitado por extrañas exigencias, acaricia los sueños más imposibles exclamando continuamente: dadme algo nuevo, *affer affer*, y embrutecido y hambriento, halla al par en los placeres de la carne el martirio y el decaimiento.

Y no hay por qué sorprenderse: buscaba la reciprocidad y sólo ha alcanzado cruelísimas mistificaciones. ¿Ha conseguido lo que pretendia? Hasta su misma dicha se convierte en causa de desventura. Réstanle largas horas de horribles celos, durante las cuales, luchando entre el amor y el ódio, hallaráse combatido por contrarios sentimientos, suscitados por un demonio que desencadena contra sus víctimas todas las furias del infierno. El corazon desaparece ánte el torcedor horrible de los celos. Hay fatigas de sensibilidad agotada y extragada que hacen más amargas que las otras las voluptuosidades sin afecto. Finalmente, el voluptuoso sólo podrá dar un poco de oro en cambio de algunas vergonzosas caricias. Esta despreciable expresion de las humanas simpatías obtendrá castigos dignos de su bajeza. Horrendas perfidias, famélicas explotaciones que pierden las libertades y sus consecuencias, y que vengan la causa del pudor por medio de innumerables desgracias y desesperaciones. Llegado á tal extremo de latitud el corazon, sólo tiene ya un soplo de vida. El epicúreo vuelve un dia la vista á su pasado, y no descubriendo un sólo recuerdo al cual preste encantos la virtud, ni un sólo afecto que el vicio no haya manchado, declara que el corazon es una mentira. Hace ya muchos años que el Espíritu Santo predijo que la impudicia mata el afecto. *Fornicatio et ebrietates auferunt cor* (2).

Y cuando el hombre no cree en el corazon, ¿en qué puede creer? Siendo Dios el amor por esencia, indirectamente le alcanza dicha negacion, y por consiguiente, toda blasfemia de sentimiento implica virtualmente la impiedad.

Hasta el arte ha venido en apoyo de esta verdad, al hacer del

---

(1) Eccles., 9-10.
(2) Oseas, 4-11.

voluptuoso que ha agotado la copa de los placeres un fanfarron de irreligiosidad. Tal es la idea profunda que ha engendrado esos tipos famosos, colocados por la fantasía literaria en la familia de las Lelia y los D. Juan: creaciones impuras que nos ponen de manifiesto la incompatibilidad lógica que existe entre el sensualismo y la incredulidad, es decir, la impiedad naciendo naturalmente de la carencia de pudor.

Y no se crea que la voluptuosidad eclipse la fé, únicamente en virtud de la accion refleja ejercida por la misma sobre las facultades naturales: nó, además de ésta ejerce una influencia directa. Escepcion digna, por cierto, de notarse: de cuantos fuegos existen, el de la pasion es el único que no difunde rayos de luz. La electricidad resultante de ese choque, llamado con insultante ironía *el contasto de dos epidermis*, no se ha comparado sin razon á una llama; pues por lo ménos tiene de comun con la del infierno, que quema sin iluminar. *Supercecidit ignis et non viderunt solem* (1). La experiencia lo confirma: todo aquel que ha permanecido sumergido durante mucho tiempo en las profundidades de la animalidad, acaba por no distinguir cosa alguna de las existentes en las alturas en que habita Dios: *Animalis homo non percipit ea quæ Dei sunt* (2). De aquí el mayor número de las blasfemias y herejías que se conocen.

¿Cuál fué la causa principal de la rebelion de Lutero? No tanto debe verse en la repulsion con que miraba el heresiarca la supremacía de Roma, como en la impaciencia febril de una naturaleza vigorosa, ora para sacudir el yugo de los conventos en general, ora principalmente para librarse del voto de castidad. ¿A qué se debe el que Montano, despues de haber obrado milagros, despedazara el seno de la Iglesia? A que su fé naufragó en el desbordamiento de sus costumbres. No debe causar sorpresa que tales pecados lleven como justa recompensa tales castigos. En todos los demás desórdenes el espíritu queda vencido por sí mismo: en el que nos ocupa, el espíritu sucumbe á la carne. Que la carne del hombre, dice Tertuliano, se haya degradado ántes de la Encarnacion, se comprende; pero que haya caido en adulterio, despues de haberle dispensado Dios la honra de tomarla por esposa, constituye un olvido y una infidelidad que no merecen ser perdonados.

¡Espantosa teología imaginada por un génio fogoso y desapiadado! Y sin embargo, puede decirse que acaso sea esta la única herejía fundada en la castidad. En cambio, ¡cuántos errores han nacido ó se han propagado en virtud del dominio más ó ménos mani-

(1) Salmos, 57-9.
(2) I. Cor. 2-14.

fiesto de un hábito contrario á las buenas costumbres! De aquí que no tengamos palabras para expresar la compasion que nos inspiran aquellos incrédulos que aquí y allá encontramos en el camino de nuestro apostolado, cubiertos de inmundicia y solicitando la voz de un gran profeta que les ilumine. Para que se levanten basta el auxilio de una mano caritativa. La verdad es una reina á la cual no debe llegarse llevando manchada la frente: para merecer la distincion de ser admitido á su presencia, es indispensable purificarse por medio de santas abluciones, ántes de pisar los umbrales del palacio en que habita. Lo que el hombre no puede comprender mientras permanece esclavo de los sentidos, alcánzalo fácilmente con tal que siga una senda inmaculada. *Intelligam in via immaculata* (1).

Las tempestades de la disipacion en el alma destruyen otra virtud sobrenatural, y reaccionan contra la fé, arruinando la esperanza. ¡Hermosa religion, dice Chateaubriand, la que hace una virtud de la esperanza! ¡Qué concepto formarémos, pues, de una pasion que arrebata á la humanidad este bien y este honor! Y no obstante, el que ha hecho del vicio una costumbre, una necesidad, y casi un sistema fisiológico, se encuentra en oposicion con la esperanza, en virtud de dos tendencias extremas de su pasion: la desconfianza y la confianza llevadas hasta el esceso.

En cuanto á la desconfianza, se comprende fácilmente. El abuso de las pasiones desordenadas engendra paulatinamente en el alma tristísimas decepciones: á fuerza de sentirse débil acaba el hombre por desconfiar de sus propias fuerzas; considera la castidad un ideal quimérico muy bueno para perseguido; pero imposible de alcanzar. Bajo el dominio de esta conviccion, desde las aspiraciones más virtuosas precipítase en los abismos más profundos: durante esos períodos de descorazonamiento, su desencanto provoca sus caidas, las caidas producen más intensos desencantos, y no obstante juzgarse desgraciado por vivir encenagado en el vicio, reincide en él á fin de olvidar su desventura, como el que tiene el hábito de la embriaguez se entrega á la bebida que le embrutece. San Pablo habia previsto esta postracion dolorosa de los voluptuosos, cuando nos los representa precipitándose á la comision de las más desesperadas iniquidades (2).

Y no obstante, en virtud de un contraste inexplicable, el esclavo de los sentidos, que por un lado es presa de la desconfianza, abre por el otro su alma á la presuncion: nada espera de su libertad, y al propio tiempo abriga las más locas esperanzas fundado en la misericordia de Dios. ¡Son sus faltas tan dignas de interés!...

---

(1) Psal., 100-1-2.
(2) Éfeso, 4-19.

¿Cómo es posible que las castigue el Juez Supremo? ¡Las cadenas que le aprisionan son tan duras é inquebrantables, tan excusables las faltas cometidas, que no hay para qué temer el que se le condene á severas expiaciones, tanto más, cuanto que las consecuencias pasajeras de su pecado constituyen con frecuencia harto castigo. ¿Qué necesidad hay, pues, de un infierno para completar esta justicia severa ya de suyo? En una palabra: llega un instante en que el voluptuoso, en lugar de acusarse, se siente dominado por la compasion que á sí mismo se inspira. Laméntase como víctima en vez de juzgarse culpable, y en el fondo de esa piedad interesada respecto de sí mismo, lleva el gérmen de todas las transgresiones contra la ley moral y los dógmas que le sirven de fundamento. Y es que el hombre no puede vivir en el crímen sin contar con algo que le exprese, y no encontrando razon que lo tranquilice, busca la excusa en la blasfemia cuando no logra encontrarla en otra parte. Ya hemos emitido el siguiente pensamiento de un doctor: Los antiguos formaron los dioses á su imágen, para poner sus pasiones bajo el amparo de esta semejanza. El voluptuoso de los tiempos modernos no puede hacer la divinidad á su semejanza, y como no quiere hacerse á semejanza de la divinidad, para asegurar su impunidad, ha recorrido al expediente de suprimirla.

No hace mucho tiempo que los órganos del libre pensamiento nos daban cuenta al par de la vida poco moral de un crítico famoso y de su muerte anticristiana. El correctivo del segundo escándalo hallábase contenido en el primero. En efecto, si Sainte-Beuve vivia de una manera tal, que no puede excusarse en manera alguna en un anciano, procedia de ser incrédulo? ¿No puede más bien decirse que era incrédulo porque vivia como vivia? Hablando de los enemigos de Cristo ha dicho este escritor. «Fíjese bien en ello la aten-«cion: les falta algo en el corazon ó en la cabeza.» Y á él, ¿qué es lo que le faltaba? En primer lugar el desinterés por las glorificaciones ateistas que le embriagaban; despues y principalmente, la pureza de alma que asegura la imparcialidad del juicio.

Hace mucho tiempo, por desgracia, que los transportes de la carne corrompen los pensamientos de la humanidad. Para preservar á Israel de la idolatría, prohibió Dios á su pueblo que pudiera enlazarse con las hijas de las naciones. Cuando Jeroboam quiso obtener apostasías en el seno del pueblo elegido, no le envió profetas, sinó legiones de mujeres perdidas. Hoy mismo constituye este vicio una rémora poderosa para el progreso de la verdad, y la causa de resistir á ella tantos hombres y tantos pueblos, debe buscarse en el principio de que *no quieren comprender por temor de verse obligados á obrar bien y rectamente* (1).

---

(1) Como todo este volúmen es el desarrollo del capítulo titulado: *De la dificultad de creer*, II, Lib. I, Part. primera nos vemos precisados á reproducir algunas de las fórmulas en el mismo consignadas.

Díganos el lector de buena fé, ¿existen muchos incrédulos que, un dia ú otro, hayan dejado de poner la sombra de una vida desarreglada entre ellos y la verdad? Acaso el mal no sea de hoy; pero el hombre sufre la ceguera causada por sus pasiones áun despues de haber estas desaparecido. Es el fango que queda como resultado de una inundacion cuando el rio ha vuelto ya á su cauce.

No permita Dios que consideremos á todos nuestros adversarios como hombres de costumbres depravadas; mas fuerza es convenir que muchos de ellos serian ménos hostiles al cristianismo si tuvieran algo más de la moral cristiana. La lujuria se asemeja á esas afecciones morbosas que llevan consigo la pérdida de la vista; pues áun cuando el efecto de la enfermedad se siente en los ojos, la enfermedad en sí misma reside en otro punto y en él debe ser atacada si se quiere recobrar la luz.

Platon nos ha dejado de esta verdad un bellísimo comentario, cuando hablándonos de las almas obscurecidas y materializadas por la sensualidad se expresa en los siguientes términos. «Tómense esas almas en su infancia; quítese y sepárese de ellas lo que en ellas dejaron las pasiones inmediatas á la generacion; apárteselas de esas pesadas masas adheridas á los placeres de la mesa y á otras voluptuosidades del mismo órden; hágase por desembarazarlas de ese peso que fuerza los ojos del espíritu á mirar á los objetos inferiores, y verémos esos mismos hombres, libres de tales obstáculos, dirigiendo sus miradas hácia la verdad, y penetrar en esta tan profundamente, como penetran hoy en aquellas hácia las cuales las dirije (1).»

---

(1) *Republ.* lib. VII. 519. y lib. IX. 586.

CAPITULO II.

Orgullo é incredulidad.

Nada tiene de particular que el orgullo tenga poder bastante para ocultarnos la verdad, cuando lo tiene para ocultarse de nosotros mismos. No existe pasion alguna que mejor se sustraiga á nuestras miradas. Lo que más bien caracteriza al orgulloso es el creérselo tanto ménos cuanto más lo es.

«La vanidad tiene echadas tan profundas raíces en el corazon humano, que cualquier pelafustan, un pinche de cocina, un miserable galopo se envanece y pretende tener admiradores. ¡Qué mucho si hasta quieren tenerlos los filósofos! Los que escriben contra la gloria quieren tener la gloria de haber escrito perfectamente; y los que lo leen quieren tener la gloria de haberlo leido: yo mismo que esto escribo, me hallo dominado por idéntica aspiracion, y es probable que lo mismo acontezca á los que me leerán (1).»

¡Impenetrables arcanos de la miseria humana! Cuantas humillaciones nos proporcionaria el estudio de nosotros mismos, si no dejara la noble compensacion que indican estas palabras: «Es verdaderamente grande el que conoce su pequeñez (2).»

No pretendemos abusar de las ventajas que contra la incredulidad nos proporciona este argumento. Transformar á todos los adversarios en otros tantos orgullosos que mienten para llamar la atencion, constituiria una manera harto cómoda de deshacerse de ellos.

Añadamos tambien que esto constituiria un juicio más estricto que sumario: en ciertas negaciones existe verdadera sinceridad y pueden hallarse almas muy leales, con todo y estar dominadas por el más grosero escepticismo. Con todo, dentro del campo de la observacion verdaderamente filosófica, ¿no hay motivos para pensar que habria ménos incrédulos, si existiesen ménos espíritus presuntuosos? Toda negacion encierra esencialmente un gérmen de presun-

---

(1) Pascal, *Pensamientos*.
(2) Idem.

cion. La fé es la sumision á la palabra de Dios y á la de la Iglesia. La incredulidad es la preferencia que se da á los pensamientos propios sobre los que proceden de la autoridad religiosa. No hay quien falte á la fé que la verdad cristiana merece, como no sea por esceso de fé en sí mismo. La filiacion entre el orgullo y la blasfemia puede pues establecerse fácilmente. La segunda constituye un acto de escision, de particularismo que implica lógicamente el primero. La Escritura no establece un aserto gratuito cuando sienta que «El comienzo del orgullo humano consiste en renegar de Dios (1).»

Y en efecto: ¿Cuál fué el principio de la eterna ceguedad de Satán? La pretension de igualarse á Dios. ¿Cuál fué la causa de la rebelion del primer hombre? El deseo de saber tanto como Dios. Por su parte el bondadoso autor del Evangèlio anuncia que los secretos, impenetrables para los soberbios, serán revelados á los pequeños. Manifiesto y convincente acuerdo entre la revelacion y la razon para que veamos en la presuncion del espíritu una fuente de obscuridad, y en toda incredulidad formal lo opuesto á la modestia intelectual.

Aun cuando se considere como un mito la caida de Lucifer, no es posible dejar de sentirse penetrado ante la grandeza de una idea que hace brotar las tinieblas de una rebelion del orgullo: áun cuando no se preste fe al dógma de los castigos divinos, es imposible desconocer que en la vida de cada hombre el orgullo constituye la causa más fecunda de los juicios y de los actos erróneos. A poco que nos fijáramos en la parte inmensa que tiene esta pasion en las determinaciones de nuestra especie, nos quedaríamos sorprendidos de que el mundo no se hallara sometido todavía á la confusion de Babel, si no recordáramos que el Evangelio le salva del cáos intelectual por medio de un sacrificio perpétuo de humildad intelectual: el acto de fé en Jesucristo.

Yo bien sé que el incrédulo procura ocultar á sus propios ojos el orgullo de su conclusion, por la sencillez de su intencion. Segun él, dudar es más bien sufrir por causa de Dios que despreciar la divinidad. Las repulsiones que siente hácia la fé, son para él motivo de dolor, y por tanto no pueden ser causa de vanidad. Cuestion compleja en la cual algo de verdad oculta mucho falso. Procedamos, pues, á la diseccion de la incredulidad, y pondrémos de manifiesto los elementos de que se compone.

De seguro son muy pocos los incrédulos que hagan explícitamente esta orgullosa profesion de independencia formulada ya en tiempo de David. «Nuestros lábios nos pertenecen: ¿quién es nuestro maestro?» Mas esta disposicion es el fondo implícito de toda in-

(1) Eccle., x, 14.

subordinacion contra la fé. ¡Quién será capaz de enumerar el cúmulo de amor propio que se encierra en el escepticismo del más humilde escéptico!

Amor propio de explicárselo todo. Esta palabra de Bayle *el comprender es la medida* del creer, constituye esencialmente la incredulidad. Cierto que al espíritu le cuesta creer lo que no comprende; mas, ¿de dónde procede esta repugnancia, sinó es de una ambicion intelectual que querría alcanzar más allá de los límites fijados á la razon? La pretension de abarcarlo todo constituye la expresion de un orgullo trascendental, y, añadamos tambien, de una sabiduría incompleta, ya que, segun sienta Julio Simon, *sólo los espíritus débiles presumen explicárselo todo y comprenderlo todo* (1).

Amor propio de no creer más que en sus propias fuerzas. Constituye para el incrédulo una verdadera monomanía el someter á su juicio particular las verdades mejor probadas, más acreditadas y más extendidas. Y sin embargo, «la docilidad de que procede la fé, no es contraria á la dignidad: lo es únicamente al orgullo. Seamos hombres para con los hombres y niños para con Dios (2).» Por lo demás, esta deferencia está prescrita al hombre, sopena de ser víctima de terribles represalias, porque «el que se rebela contra el Evangelio, se hace esclavo de sí mismo, esclavitud que hace posibles todas las demás, por lo mismo que trae una degradacion en pos de otra (3).» La hermosa ley que dice: *el que se humilla será elevado*, tiene su principal aplicacion á la inteligencia humana.

Amor propio de la singularidad. Dígasenos de buena fé si no entra tambien por mucho en la manifestacion de ciertas negaciones el afan de distinguirse de la mayoría de los espíritus. ¿No es verdad que existe una especie de libre-pensadores, que se empeñan en los sistemas más singulares, movidos por el deseo de apartarse de los caminos trillados, y persisten en el error para alejarse del sentido comun? El amor desordenado de la originalidad es una vanidad característica de estos tiempos: cada cual quiere ser el inventor de una idea, importando muy poco que sea lo más absurdo que pueda imaginarse: el mundo está lleno de gentes que prefieren ser autores de una nueva paradoja á llamarse discípulos de una verdad antigua. El Padre Hardouin decia que no se levantaba á las cuatro de la mañana para pensar como piensa el resto de sus semejantes. Pues bien, son muchos los incrédulos que no tienen, para serlo, más motivo que éste, bien que no lo confiesan con tanta franqueza. ¿Qué seria menester para hacerlos religiosos? Que dejara de serlo el comun de los mortales.

---

(1) *La religion natural.*
(2) Joubert. *Pensamientos*, t. II.
(3) M.me Swetchine. *Pensamientos*, t. II.

Admitamos, sin embargo, que en algunos no reconozca, en un principio, semejante orígen la incredulidad. Si el hombre no llega siempre por el camino del orgullo á la rebelion del espíritu, por lo ménos es muy frecuente que gracias al orgullo persista en ella.

La historia prueba que bajo el golpe del infortunio, de la experiencia y de mil peripecias, los mortales desconocidos se convierten. El sacerdote se encuentra frecuentemente en su camino con séres que despues de haber perdido la fé vuelven á ella. ¡Quién será capaz de enumerar las abjuraciones de esta naturaleza que recibe diariamente en el santuario, sin testigos, de la intimidad sacramental! Y ¿de dónde procede que tales extraviados vuelvan al redil de la ortodoxia sin grave dificultad, siquiera pertenezcan al número de los séres distinguidos? De que la obscuridad les deja áun la libertad de retractarse. En cambio, desde el momento en que el hombre ha adquirido cierto grado de notoriedad en la negacion, vése dominado por esa misma notoriedad: su triste gloria le obliga; la unidad de su vida no le permite retroceder; y en tanto que, científicamente, retoca incesantemente esos sistemas en nombre del progreso, en el órden religioso, bajo el pretexto del progreso, reduce su pensamiento á inmutables negaciones.

Muchos son los filósofos que nos han dejado la confesion cínica de sus faltas; muy pocos, empero, los que han hecho lo propio retractándose de sus falsas ideas. Y es que el hombre pone más fácilmente de manifiesto las llagas de su alma que las debilidades de su espíritu. ¿Por qué razon, despues de haber parodiado á San Agustin en la declaracion de sus debilidades morales, no hacen los incrédulos, á su ejemplo, debida justicia á sus errores? Porque la publicacion de ciertas faltas, por lo mismo que comunican cierto relieve al que las comete, y más áun al que las confiesa, proporciona una satisfaccion de amor propio. No acontece lo mismo con las caidas de la inteligencia. La Rochefoucauld nota con razon que se habla más fácilmente mal de su memoria que de su juicio. Para enmendarse honrosamente en sus opiniones, se necesita más que el valor de acriminar su juicio; es menester tambien una magnanimidad capaz de pisotear los orgullos más tiránicos que pueden señorear la vida humana.

Orgullo del escritor. Escritores irreligiosos existen que se hacen leer, mas bien por su mérito literario que por su incredulidad. Sin embargo, cuando han llegado á conquistar el título de oráculos de un público entusiasta y numeroso, no necesitarian hacer uso de una gran abnegacion para declarar que sus escritos no son dignos de la simpatía que se les concede. Llega para ciertos hombres un momento en que los frutos de la inteligencia constituyen su único y exclusivo amor: la pasion de autor llega á sobreponerse hasta á los afectos de la familia. Este egoismo no les permite distinguir en el

mundo un interés superior, y pedirles que abdicaran una parte de su gloria en provecho de la verdad, constituiria á sus ojos casi un atentado á su honor. Cierto que cubren con frases habilísimas esta negacion de justicia; mas los subterfugios que en el concepto de los hombres pasan por actos de buena fé, serán confundidos ánte la inexorable luz de los juicios divinos.

Orgullo del sábio. Es este uno de los más poderosos que jamás se haya impuesto al espíritu humano. Los literatos, abstraccion hecha de sus ideas, áun pueden ser leidos. Un libro de ciencia, falso en sus principios ó en sus conclusiones, sólo escita la curiosidad de los anticuarios, y cae muy pronto bajo el dominio de la arqueología. ¡Y sin embargo, el sábio ha menester más virtud para reconocer el poco caso que se le hace, que un escritor de imaginacion! Que el geólogo haya levantado su sistema sobre el principio de la eternidad de la materia; desde el instante en que admite la tradicion bíblica, todo su edificio científico se viene al suelo: que el naturalista contemple á la humanidad como el ejemplar perfeccionado y la más acabada edicion producida por la naturaleza, de una raza de animales que aprendió á marchar en dos piés hace muchos millones de años, y este hombre no puede creer en la divinidad originaria de su especie, sin confesar que tomó por ciencia pura los sueños engañosos de imaginaciones calenturientas. Suprímase, en una palabra, la verdad en las obras de los sábios, y esas obras no podrán subsistir, pues el estilo, la forma, no es más en ellas que el paño colocado por un pintor sobre un maniquí. Téngase en cuenta, además, que la ciencia inspira á sus adoradores el más soberano desden hácia las creencias del vulgo; que el amor á los sistemas y á las teorías personales es la concupiscencia del orgullo bajo su forma más atractiva, y se comprenderá cuánto ha de costar al sábio el proclamar que, en materia de religion, los labriegos que cultivan sus fincas han tenido más razon que él.

El orgullo del hombre de partido constituye tambien un obstáculo insuperable para llegar á la verdad, siendo incrédulo. No es necesario tener un conocimiento profundo del corazon y del mundo para comprender la accion que los roces y la atmósfera ambiente ejercen sobre las ideas del hombre. Se sabe tambien que segun la tiranía de la preocupacion lo más honroso es no tanto tener opiniones justas como no cambiar. Bajo el imperio de este error, fórmanse agrupaciones de personas unidas simplemente por la comunidad de ideas: tales son los partidos, las pandillas de la filosofía. El que entra en una de ellas, recibe de sus correligionarios un saludo fraternal: el que se sale, vése tratado como un renegado. A veces el escritor filósofo se vé alistado á título de orador en una lógia masónica y de libre pensador conviértese en sectario, siendo dos, en vez de úno, los vínculos que le encadenan. Cuán difícil es que la fé

triunfe en un espíritu semejante de todas las influencias que le trabajan! ¡Cuántas pequeñas dominaciones sufre esta alma, sin darse siquiera cuenta de ello! Lo que dirán los amigos constituye frecuentemente el móvil de este pensamiento que imprime movimiento á tantos otros.

No se nos oculta que la desercion ofrece en todos los campos algunos carácteres que influyen en que se confunda con la traicion: hay más, reconocemos que existe un lado moral en el sentimiento, que se conoce con el nombre de culto á la bandera: con todo, no hay necesidad de convertirse en defensor de la causa de defeccion, para sostener que los deberes de la fidelidad tienen sus límites. Ante Aquel que penetra en las entrañas y en los corazones, el hombre que no se retracta por orgullo, no vale más, bajo el punto de vista de la moralidad, que el que por interés cambia de opinion.

Orgullo en el hombre público. Cuando se ocupa cierta posicion, se es orgulloso, sin darse siquiera cuenta de ello. Raras veces es completamente natural el porte del hombre que sabe que tiene sobre sí fijas muchas miradas. Por otra parte la opinion, relativa á los incrédulos célebres, no siempre es moral en sus apreciaciones. Mas comun es que recompense la persistencia en lo falso que el volver al camino de la verdad. Para afirmarse en la fé, les es indispensable remontar las corrientes: para combatirla les basta con que se abandonen á su curso: y de la propia manera, en virtud de una deplorable contradiccion, áun cuando las masas estén en favor de Dios, la popularidad está contra Dios. Ahora bien, ¿dónde está el hombre público que tenga fuerzas suficientes para no dejarse vencer por los halagos de la popularidad? De cerca les hemos tratado á esos hombres: personajes de artificio, deben aguardar las últimas noticias para conocer hasta que punto les conviene presentarse buenos ó malos á los ojos de los demás: la hemos visto y tocado esa dorada cadena cuyos eslabones se abstienen de mostrarse cristianos por orgullo de posicion, como si el cumplimiento del deber no proporcionara á todas las posiciones más gloria de la que recibe. Comprendemos que tales hombres nieguen á la verdad el homenaje de una pública adhesion, ya que para llevar á cabo semejante acto de valerosa independencia, habrian menester la libertad de pensar y el derecho de pertenecerse, privilegios que perdieron en el momento de adquirir los demás; pero, y sin que por esto dejen de inspirarnos compasion, que no acusen por lo ménos á la verdad del apoyo que le niegan y de las infidelidades que cometen respecto de ella.

Hasta el orgullo del hombre privado se opone tambien algunas veces á la retractacion de la incredulidad. ¿De qué se trata, en último resultado, para aquel que se ha empeñado en la negacion, de una manera tan poco motivada? De proclamar implícitamente que

se equivocó, ó á sabiendas indujo á otros á error. La manifestacion de lo primero mortifica su espíritu, pues equivale á confesarse hombre de cortos alcances; lo segundo rebaja su dignidad. Son muy raros los filósofos capaces de aventurarse á tales extremos para llenar el cumplimiento de sus deberes. Teóricamente rechazan toda infalibilidad; mas en el terreno de la práctica hacen cuanto pueden para justificar la suya. El siguiente bosquejo del incrédulo, trazado por el Apóstol de las gentes, revela un golpe de vista profundamente observador. «Si alguno hay que no preste aquiescencia á la sana doctrina de Jesucristo, de seguro es orgulloso, é ignorándolo todo, pierde miserablemente el tiempo en cuestiones de poca importancia ó en disputas de palabras, de dónde resultan las envidias, las contiendas, las blasfemias, los pensamientos perversos y el conflicto de las opiniones entre hombres de espíritu corrompido (1).»

Existe por último en el alma humana un postrer orgullo refractario á la luz: tal es el orgullo del hombre derrotado. Séres hay que despues de haber atacado duramente la verdad, no le perdonan el que se haya defendido: hánle dirigido frecuentes y desleales golpes; ha logrado sobreponerse á ellos, y no saben volver del escándalo que les causa semejante audacia. De esta suerte su incredulidad se convierte en inquinia cuando al principio acaso no fué más que pura ilusion. Son muchos los jefes de secta que por haberse visto acogidos friamente en Roma, han salido de ella dándole un adios semejante al de Jugurta. La rebeldía de Tertuliano reconoce por orígen, el mal trato que en su opinion recibió del clero de la ciudad eterna: Lutero para sacudir el yugo de la Iglesia, tuvo por un lado resentimientos de amor propio y por otro un sensualismo desenfrenado: Lamennais alcanzado por los rayos del Vaticano, conservó constantemente un resentimiento implacable, é intentó levantar la única herejía, que no ha tenido más secuaces que su autor. La verdad es que no hay porque sorprenderse respecto de la esterilidad de semejante rebelion. La segunda mitad de esa existencia no podia levantarse de esta condenacion lanzada contra ella por la primera. «Todo aquel que, despues de haber creido, deja de creer, obedece á «las insinuaciones del orgullo ó del sensualismo: apelo respecto «del particular, tan seguro estoy de ello, á la conciencia de todos «los incrédulos (2).» El piadoso Fenelon que tuvo el valor necesario para reducir á cenizas, lo que constituye para tantos otros motivo de adoracion, nos consuela en su suave memoria de esas caidas que no pueden repararse, y sobre todo nos prueba que cuando el hombre se equivoca humildemente, no se equivoca para siempre.

---

(1) A los Gálatas., c. 6. v. 3-5.
(2) *Ensayo sobre el indiferentismo*, t. I., cap. 9.

Hemos escrito estas páginas para aquellos á quienes extravia el orgullo de los incrédulos: en cuanto á éstos, estamos convencidos de que no nos dispensarán el honor de leernos. Al sábio desnudo de fé, puede aplicársele ese bellísimo rasgo irónico de la Bruyere. «Como ve los hombres desde la elevada posicion en que ha logrado colocarse, le sorprende su extremada pequeñez.» Si por acaso abre nuestro libro alguno de esos hombres, de seguro pasará de largo sobre este capítulo: hasta tal punto le ciega el orgullo respecto de este mismo orgullo. Desde los tiempos en que Voltaire escribía, *¿Creeis acaso que Jesucristo tuvo más talento que yo?* y en que Rousseau, terminaba la narracion de sus liviandades, desafiando á todos sus semejantes á que dijeran: *Valgo más que ese hombre;* el espíritu de humildad háse apartado de los apóstoles de la incredulidad. Miéntras se preste culto á la humana inteligencia, no le faltarán pretextos para negar su adoracion á Dios.

En cambio y al revés de lo que pasa en la naturaleza, el hombre sobrenatural no ve ciertas cosas al levantar al cielo sus miradas, y sin embargo las distingue y percibe perfectamente, en cuanto inclina la cabeza á la tierra.

¡Ay de los espíritus altaneros que no logren convencerse de ello! Con frecuencia empiezan por la curiosidad; mas la investigacion impaciente de la verdad, que no prescinde de la impotencia de la inteligencia, truécase brevemente en ambicion desenfrenada. Se jacta de suprimir los límites puestos á la razon; se aspira á la luz desprovista de bruma y se concluye por irritarse contra la luz á causa de las brumas que no se pueden disipar. Es la desesperacion del orgullo engañado.

Por lo demás, cuanto dejamos dicho, manifestóselo substancialmente el Maestro á los Fariseos. «Cómo es posible que podais creer, vosotros que aspirais á la gloria que os prestaís los unos á los otros, y no á la gloria que procede únicamente de Dios?» (1)

---

(1) San Juan. 5-44.

CAPITULO III.

De la pasion por los intereses materiales con relacion á la fé.

Otro mal hay en la tierra por cierto harto frecuente entre los hombres: me refiero al mortal á quien ha concedido Dios el beneficio de las riquezas y que no sabe hacer uso de ellas: es esta una vanidad y una gran miseria (2). Hé ahí la cuestion del dinero establecida hace ya muchos años.

Sí, solo por ignorancia ó por falta de atencion puede ser considerada como cosa nueva la codicia. Hace ya muchos siglos que el rey Midas, simbolizando las tendencias de nuestra especie, respecto del particular, solicitaba de los dioses que convirtieran en oro cuanto él tocara: que Virgilio deploraba como una de las pasiones mas desastrosas el *sacrílego amor* á las riquezas, y que la edad media, guiada por los ténues resplandores de las ciencias ocultas, pretendia descubrir en los laboratorois del alquimista el secreto de la piedra filosofal. Sin embargo nuestra época se caracteriza por relaciones más íntimas con el *Mammon de iniquidad*. Hoy la pasion del lujo es una fiebre devoradora que alcanza á todas las clases sociales: el Edén de las públicas esperanzas es una tierra bañada por el Pactolo; y en tanto que cada siglo tiene un movimiento principal que indica el sentido de su marcha, el nuestro se ha visto sorprendido en una direccion vergonzosa: nuestros abuelos marchaban á la Cruzada; sus descendientes emprenden el camino de California. Dos peregrinaciones que conducen á altares bien distintos!

El amor desordenado al dinero, desarrolla la ciencia de adquirirlo y esto nos explica el porqué de haberse convertido en el siglo de la industria, el siglo de la codicia. Léjos de nosotros la idea de proferir acusaciones añejas contra las innegables grandezas de la época presente; pues sobre ser una verdadera insensatez atacar la

---

(2) Eclo. 6-2.

luz en nombre de Dios que es el sol, la fé no tiene motivo alguno razonable que oponer á los progresos de la ciencia, por lo mismo que todos los progresos dimanan del Evangelio, siquiera hayan aparecido más tarde, aconteciendo con esto lo que con los rayos de luz de ciertos astros, que solo llegan á nuestro horizonte millares de siglos despues de haber brotado de su foco.

Mas si saludamos todos los progresos, es únicamente con la condicion de que el de las almas no se halle en razon inversa de los demás y la industria no rompa equilibrios sublimes, concediendo á los intereses materiales una primacía que corresponde exclusivamente á las virtudes. Ahora bien, ¿puede desconocerse que las preocupaciones materiales, ora se las considere como amor desordenado á las riquezas, ora se las contemple como abuso en los medios de realizar una fortuna, ejercen una influencia mal sana relativamente á las convicciones religiosas? Vamos á contestar á esta pregunta extentendiendo nuestro campo de exploracion desde el corazon del indivíduo al de las naciones.

Existen relaciones lógicas entre la pasion del oro y la incredulidad. Júdas entregando á su Maestro por treinta dineros, constituye al par una figura histórica y un símbolo destinado á enseñarnos que la avaricia es esencialmente madre de la apostasía. Es tan radical el antagonismo entre Dios y el culto al dinero, que segun el oráculo evangélico, *Non potestis servire Deo et Mammonæ* no pueden subsislir simultáneamente en un corazon (1). No hay para que sorprenderse: de cuantas afecciones sentimos, ninguna como esta aleja más nuestro corazon de Dios. El orgullo es el amor á la gloria; la voluptuosidad es el amor á los goces de la materia; la codicia es el amor al polvo. En virtud del primero de dichos amores, el hombre se adora á sí mismo; por el segundo adora á la carne; gracias al tercero adora á un vil metal. En el objeto de sus ensueños orgullosos ó sensuales, palpita siquiera la vida; mas, qué hay sinó lodo y miseria en el fondo de su codicia material! Convengamos en que es la más abyecta de todas las idolatrías.

Esta correlacion entre la investigacion calenturienta del lucro, y la negacion de todo principio, no es en manera alguna una imaginacion de la apologética, es un hecho popular puesto en el dia de relieve por los autores dramáticos como verdad de sentido comun. Los Don Juan de la especulacion que conocemos bajo los nombres de Mercadet, Vautrin, etc., etc., rivalizan en impiedad, en el teatro, con los Don Juan de la crápula y la disipacion. Lo que designa nuestro siglo con el dictado de hombres positivos, expresa generalmente la antítesis del hombre de fé. A los ojos de esos escépticos la sabiduría por escelencia, es el egoismo que vé sus títulos nobilia-

(1) San Mateo, 6-24.

rios en una cartera repleta de billetes de banco, su corazon en una arca de hierro, su *Dios en su vientre*, y que estableciéndose sobre el pedestal de la prudencia económica, aprecia el honor, el sentimiento, el deber y las más santas creencias, en razon del tanto por ciento que redituan.

Tal es el hecho, no cabe negarlo siendo por otra parte muy sencilla su explicacion. La pasion de los intereses materiales concentrando en la tierra todas las afecciones del hombre, no tarda mucho en cerrarle todos los horizontes que miran al cielo; conviértese en el cambio del otro mundo por este y en la negacion implícita de las verdades eternas por una afeccion desordenada de las cosas temporales. Véase ahora la perturbacion que ha llevado al campo de las ideas.

Un dia, á fin de que se le oyera desde más léjos, subió Jesús á las colinas de Galilea y desde ellas exclamó: ¡Bienaventurados los pobres pues de ellos es el reino de los cielos! En tanto vivieron nuestros padres dominados por tan grata esperanza, disfrutaron dias felicísimos y hasta se juzgaron dichosos en este destierro: contemplaban la tierra como un lugar de tránsito, no como una pátria; llamaban á sus moradas casas de hospedaje; á la vida peregrinacion: emigracion á la muerte y no viendo en la tierra ciudad de permanencia, *creian* porque *esperaban*.

Al presente Satán ha proclamado tambien sus beatitudes, y levantado su cátedra en frente de la de Jesucristo; y en tanto que por una parte se decia: Bienaventurados los pobres, él, echando mano de todos los medios que el socialismo contemporáneo le proporciona ha osado gritar: ¡Bienaventurados los que poseen en la tierra, porque el cielo es un misterio impenetrable y acaso acaso una mistificacion! Bajo el encanto seductor y maldecido de tan atroz blasfemia, nuestro valle de lágrimas se ha matizado con los tintes más seductores: los vislumbres que lo enlazaban á la eternidad, como un pórtico á su templo, hánse obscurecido por completo, y el hombre ha sacrificado su porvenir á la adhesion pagana á los bienes perecederos. Ahora bien, la abdicacion de las esperanzas futuras es una blasfemia radical que implica casi todas las demás y es el amor exclusivo á las felicidades de la tierra que lo produce.

Estudiemos pues esta pasion, no tanto en sí misma como en el trabajo social que ha organizado á fin de proporcionarse el logro de sus aspiraciones. Y al hablar de esta suerte entiéndase que no me refiero á la industria, es decir, al movimiento legítimo hácia el bien estar; sinó al esceso que se conoce con el nombre de industrialismo.

Existen muchos puntos de contacto entre semejante enfermedad y la incredulidad. La fé de las naciones depende en gran parte del espiritualismo de sus ideas, de la elevacion de su inteligencia, de la austeridad de sus costumbres, y de la dignidad de sus hábitos é

inclinaciones, grandezas tutelares que el culto de los intereses materiales rebaja en detrimento de las creencias.

Consignemos desde luégo, que el espiritualismo de las ideas está siempre comprometido por el materialismo de las preocupaciones públicas. La historia nos ofrece el testimonio de las relaciones íntimas existentes entre ambos extremos.

Hasta principios del siglo décimo octavo, el espíritu humano partió siempre en sus investigaciones, del dógma de Dios y del del alma, y gracias á estas dos ideas, que hicieron en él oficio de alas, pudo remontarse á las más elevadas esferas; mas al alborear dicho siglo establecióse un vasto sistema de experimentacion, que rechazando esos apoyos tradicionales, consideró los sentidos como la brújula más perfecta de que podia disponer la inteligencia para comprobar sus conocimientos. ¿Qué resultó de semejante revolucion? Que convertidos los sentidos en antorchas del pensamiento, sólo pensaron en trabajar por su propia cuenta. Los espíritus emprendedores que hasta aquel punto se dirigieron hácia los cielos, prefirieron profundizar en las entrañas de la tierra: el globo puesto en el alambique, si así cabe decirlo, dió de sí, bajo la presion de la mano del hombre todos los placeres que áun tenia ocultos en sus profundidades: y por último la impaciencia de gozar creó el arte de enriquecerse, que es el único medio de proporcionarse placeres, ya que el oro y la plata carecen de precio por sí mismos, y no tienen más valor que el que les dá el ser la representacion tangible de dichos placeres. De aquí el conjunto de esfuerzos y descubrimientos, de grandeza y de miseria que conocemos con el nombre de industrialismo.

¿Debe sorprendernos que habiendo salido de las últimas capas del mundo ese peligroso invasor, encamine á ellas el pensamiento humano? Enjendróle indudablemente el materialismo filosófico; mas él en cambio, produjo á su vez el materialismo práctico.

¡Cuantos son al presente los industriales que, completamente sumergidos en el lodo de dónde sacan sus riquezas, imajinan mero sueño las realidades impalpables! Mas semejante estado de degradacion nos explica perfectamente un fenómeno que es en ellos por demás frecuente. Viene la filosofía, y les dice: «sois dioses» y lo creen á pié juntillas; mas luégo viene de nuevo para decirles: «sois brutos, sois animales» y todavía lo creen más. Fácilmente convierten hasta los mismos placeres del espíritu en borracheras poco favorables á la fé. Su ciencia, por ejemplo, debiera ser una especie de teología física, un himno dirigido por la razon á Dios, al través de los inmensos laboratorios de la naturaleza: pues bien, esos industriales la han convertido en instrumento de sus concupiscencias y en proveedora de sus vicios. La literatura debiera ser una elevacion del espíritu público hácia las fuentes de lo bello, valiéndose del arte de bien pensar y bien decir: pues bien, esas gentes la han con-

vertido unas veces en mina de oro, otras en fermento de sensualismo. La pintura, la escultura debieran ser reflejo vivo de la divinal belleza, lanzada por la inspiracion sobre los contornos de la materia: pues bien, en sus manos háse convertido en descarada exhibicion del desnudo, en manifestacion torpísima del realismo más grosero, con el exclusivo propósito de fijar la atencion de los aficionados cuyo sagrado fuego háse refugiado á los sentidos. En una palabra, todo se materializa, hasta la inteligencia, y sus diversas aptitudes apénas si son otra cosa que instrumentos de placer físico, manejados por un siglo de epicureismo, en provecho de sus pasiones más groseras.

¡Consecuencias todas desastrosas para la fé! Porque siendo Dios espíritu puro, cuanto más domína la materia en el pensamiento humano, tanto más se reduce la parte correspondiente á Dios.

Despues de haber corrompido el espiritualismo de las ideas, el cáncer del oro tiende á rebajar el nivel de las inteligencias, efecto naturalísimo y por tanto de muy sencilla concepcion. Así como en la naturaleza existen dos substancias genéricas, que son el espíritu y la materia, en los movimientos del pensamiento existen dos direcciones: las ciencias espirituales que tratan las cosas del alma, y las ciencias naturales que exploran los fenómenos de la materia. Esas dos esferas científicas se mueven como los platillos de una balanza puesto que jamás suben al par. En el punto y hora en que adquieren marcado predominio los estudios físicos, descienden proporcionalmente los literarios, filosóficos y morales. Ahora bien: el amor al oro ha roto el equilibrio de las facultades humanas sustrayendo las fuerzas á las grandes especulaciones intelectuales, para emplearlas en los cálculos materiales; y como la verdadera luz del mundo no es la que brota del hogar de una locomotora ó de un horno de fundicion, resulta de aquí que llega un momento en que los pueblos industriales imajinan avanzar porque se mueven, siendo así que su movimiento más bien que de avance es de retroceso.

Ni exageramos, ni ocultamos la verdad. ¿En qué consiste nuestra filosofía? Ante todo, en la historia, en la solucion de las invenciones de otros tiempos. Y esto es tan cierto, que la doctrina contemporánea no ha encontrado una palabra para bautizarla: bajo su nocion más acreditada, vióse en la precision de llamarse eclectismo, que vale tanto como decir eleccion ó miscelánea; en suma, negacion de la originalidad. ¿A qué se reduce nuestra poesía? No cabe desconocer que nuestro siglo, tuvo al nacer todas las condiciones apetecibles para ser, andando el tiempo, un bardo inspiradísimo, ya que su cuna se meció entre ruinas, y al abrir á la luz del dia las miradas de la inteligencia, sólo pudo distinguir dramas horribles, escenas de desolacion. Téngase en cuenta, además, que para intérpretes de sus emociones pudo contar con tres génios privilegiados. Por desgracia, apénas habian entonado su primer canto, cuando se

percibió el estridente silvar de las máquinas, y ánte tan desapacible armonía, ó bien huyeron asustadas las musas para evitar el rumor que las desgarraba el alma, ó convertidas en bacantes, entonaron himnos lúbricos para no desentonar en medio del unísono general. ¿Qué es nuestra arquitectura? Un plagio inteligente, una resurreccion apropiada de las bellas creaciones de la edad media. Por último, ¿qué es nuestra literatura? Injustos seríamos si le negáramos sus rasgos brillantes, su vigor de colorido; mas esta exhuberancia de vegetacion en el follage, ha impedido su desarrollo y crecimiento, y alcanzada en semejante situacion por la epidemia del tiempo, convirtióse en industrial y descendió hasta el mercantilismo.

El resultado de semejante accion ejercida sobre el espíritu, no puede en manera alguna ser beneficiosa para el Evangelio: toda mutilacion de la inteligencia humana en el mundo debe producir, como consecuencia, un obscurecimiento proporcionado á la fé. Mas, por desgracia, la ciencia de los intereses materiales ha prescindido de una fuente de luz por demás importante, la metafísica: y en consecuencia, le han sido arrebatadas las más elevadas intuiciones del pensamiento, y ha resultado obstruida la abertura principal por cuyo medio la mirada de la humanidad se fijaba en lo perteneciente á las cosas divinas.

Al propio tiempo el órden moral se halla infestado por el vicio, en cuyos efectos nos estamos ocupando. Esta decadencia empieza ordinariamente en el vértigo de un orgullo que tiene su sello especial. El hombre más satisfecho de sí mismo y que más dispuesto se siente á demostrarlo es el advenedizo, es decir, el que de la nada ha llegado al colmo de la posicion social. Por esta misma razon, no hay época más infatuada de sí misma que un siglo poblado de hombres que se han enriquecido merced á su ingenio. En semejante situacion se ponen en tela de juicio los milagros obrados por Dios; pero, en cambio, se ensalzan hasta las nubes los que resultan del agiotage y de las combinaciones habilidosas. El labrador que ha menester para sus tierras el beneficio del rocío celeste, dirige al cielo sus miradas; mas aquel que somete la fuerza de sus máquinas al capricho de su voluntad, y al par posee los secretos del alza y baja de la bolsa, abriga la íntima persuasion de que puede pasarse muy bien de Dios. Hay más áun, no satisfecho con negarlo, se coloca en su lugar, y de este panteismo práctico, de esta opinion exagerada de sí mismo, concebida por una generacion de cortos alcances, pueden resultar todos los delirios y todas las negaciones.

La desmoralizacion que comienza por el orgullo, continúa por el refinamiento del lujo. En cuanto el hombre se ha proclamado dios, es indispensable alojar al nuevo Júpiter del modo debido á su alto rango. Los simples mortales, establecen su morada en las ca-

sas particulares; los magnates, viven en sus casas señoriales; los reyes en los palacios; mas el único palacio que corresponde á la residencia de un dios es un paraíso, y el industrialismo ha puesto manos á la obra con el propósito de llevar á cabo esta construccion gigantesca. Cuando Neron hubo recibido el incienso de los dioses, extendió su mansion desde el Palatino al Celio, y del Celio al Esquilino: su inmensa Casa de Oro cubria tres montañas, enlazadas entre sí por medio de galerías aéreas y subterráneas, y como el Apolo de farsa se considerase áun oprimido en medio de tantas magnificencias, estableció en el Vaticano jardines inmensos, y en todas partes quintas deliciosas, en términos, que á haber vivido diez años más, no habria el imperio entero bastado á contener la importancia imbécil y cruel de esta divinidad.

Pues de la propia suerte, cuando el hombre ha sido consagrado dios del universo, es indispensable que el universo sea trocado en santuario lleno de dorados y esculturas á fin de que le ofrezca digna morada; y el industrialismo es el que toma á su cargo semejante decoracion. Gracias á los modernos inventos, el Oriente puede servir al nuevo dios de habitacion de invierno, y el Occidente de morada de verano. El Norte no dista más del Mediodía que su quinta de recreo de su ciudad natal: los mares hánse trocado en lagos placenteros que embellecen su real residencia; y hasta el rayo, que en otro tiempo constituía el emblema de la divinidad, convertido hoy en dócil mensajero del hombre, transmite sus órdenes de uno á otro continente, y la naturaleza entera se vé atormentada, para convertir en Olimpo deslumbrante, el que es valle de oscuridad y dolor.

En semejante situacion, vénse en los países visitados por ese mentido progreso, banquetes sibaríticos que recuerdan las orgías de Lúculo; príncipes de la banca que levantan palacios de recreo y parques magníficos cuya suntuosidad eclipsa á los de los monarcas; bailarinas y cantatrices que reciben ovaciones y recompensas mayores que los generales que han salvado la pátria, y esplendideces corruptoras en las cuales brilla Dios por su ausencia, y cuyo lujo babilónico suele preceder muy de cerca á las más torpes apostasías.

No se crea, sin embargo, que sea el lujo el último término de la decadencia: la corrupcion es lo que ha de consumar su ruina. Convenimos en que el lujo no constituye por sí mismo el vicio; pero lo engendra, lo produce, y si bien es verdad que arroja sus vestimentas de púrpura y oro sobre las espaldas de las naciones, no debe perderse de vista que esto no son más que presentes insidiosos, empleados por un seductor experimentado, para mejor fascinar y corromper despues, á las víctimas que hayan caido en sus redes. ¿Es menester ser filósofo para sentar que el oro engendra la corrupcion? No, los pueblos son como los jóvenes: cuanto más tienen que gastar, mas se pervierten. El placer es el lujo de la vida que más caro cuesta; y en tanto que la Providencia dispone las cosas de ma-

nera que el hombre pueda comer el pan á bajo precio, hace de ciertas sensualidades una especie de satisfaccion que sólo se halla al alcance de las fortunas más elevadas.

¿Y se concibe que el hombre pueda descender hasta este extremo, sin que resulte perjudicada la fé? No, sus creencias jamás serán independientes de sus costumbres. Hé ahí la razon de haber producido el oro, entre nosotros, mas materialistas que todas las escuelas de filosofía positivista.

Finalmente, puede distinguirse cierto aire de dignidad en las costumbres de aquellos estados cuya conservacion es favorable á la fé, y cuya pérdida las arroja á la pendiente de la incredulidad. El industrialismo opera en nuestras costumbres esta transformacion destructora, substituyendo á un pueblo agrícola un pueblo industrial, á un pueblo soldado un pueblo mercantil, á un pueblo trabajador un pueblo jugador.

Con la cuestion agrícola hállanse íntimamente enlazados los intereses divinos. La despoblacion de los campos en provecho de las ciudades, ocasionada por el deseo de enriquecerse, con ser muy funesta para la fecundidad de la tierra, lo es más todavía para la solidez de las creencias. El hombre que debe atender al cultivo del campo que proporciona pan á sus hijos, y á la conservacion del padre anciano de quien aprendió las labores de la tierra, hállase alistado, en fuerza de una violencia santa de la naturaleza, en el gran partido de los que adoran: en cambio, el obrero que no tiene nada que le una al suelo, que carece de iglesia y de hogar, está siempre dispuesto á formar en las filas de la anarquía y de la impiedad. Imposible es contemplar, sin que el alma se entristezca, esas desordenadas emigraciones de trabajadores. Aléjanse cantando del techo paternal que ántes sólo se abandonaba con las lágrimas en los ojos, y á la esperanza de un lucro muchas veces insignificante, sacrifican casi siempre, durante la mitad de su existencia, el encanto inefable del campanario que les vió nacer, y de la cuna en que durante sus primeros años fueron mecidos. Mientras permanecieron en el campo, sus sentidos todos les hablaban de Dios, porque la naturaleza es un templo en cuyo frontispicio se lee el nombre de su autor: debajo de las bóvedas espléndidas del firmamento, el hombre se siente dominado por el sentimiento religioso, como si se hallara en el interior de un santuario; en cambio, en los antros de la industria, encorvado el hombre sobre su trabajo, no contempla la obra de Dios, y acaba por olvidar á la creacion y al Autor de la misma. ¡Qué diferencia entre ese agricultor de costumbres patriarcales que jamás entró en sus barbechos sin hacer el signo de la cruz, y que no dejó pasar un sólo día festivo sin pedir desde el pié de los altares la bendicion del suelo para sus cosechas, y esas máquinas vivientes de nuestras manufacturas, que ni accion tienen para interrum-

pirse en su tarea, siquiera sea para postrarse un momento de hinojos!

Debe reconocerse tambien que si la pasion del oro al sacar á los hombres del suelo en que nacieron les quita la fé, en cambio no les proporciona la felicidad. El Edén terrestre no se encuentra en las fábricas sinó en las cabañas. Cuando en las vertientes del Apenino ó de los Pirineos me ha sido dable contemplar un valle silencioso que fertilizan las aguas de manso arroyuelo y embellecen espesos bosques bajo cuya sombra dá gracias á Dios el fatigado segador, no he podido ménos que decirme: ¿Será posible encontrar en otra parte el progreso, cuando aquí se encuentran unidas la paz y la virtud? *¡O fortunatos nimium!*

Tambien contribuye á alejar de la fé á los pueblos el convertirles en mercaderes habiendo nacido soldados. Es esta una nueva consecuencia del industrialismo contemporáneo. Preguntad á nuestros padres que es lo que eleva las naciones, y á una voz os contestarán: la justicia. Dirigid idéntica pregunta á los escépticos de nuestros dias, y os dirán: los presupuestos crecidos y los grandes ejércitos. Preguntadles á los hombres de Dios en qué consiste el arte de gobernar, y os dirán: En conducir á nuestros semejantes por el camino del bien, administrando paternalmente sus intereses. Preguntádselo á los hombres de negocios y os contestarán: en aplicar las fuerzas todas del espíritu humano al estudio de los números y de los cuatro elementos, á fin de satisfacer todas las concupiscencias. Dominado por esas preocupaciones populares el espíritu público, no busca el termómetro de la prosperidad y el bienestar en las virtudes de las naciones, sinó en el estado de la bolsa, y el resultado de todo esto es el eclipse y desaparicion de los principios, la ridiculizacion de los derechos, y el acostumbrarse los pueblos del mismo modo que sus señores, á no prestar fé á nada más que á sus intereses materiales.

Espectáculo singular é inconsecuencia no ménos sorprendente. Ya que nosotros, franceses, somos tales cuales Dios nos ha hecho, ¿qué necesidad tenemos de cambiar? Es menester decirlo, sin que por esto se menoscabe en lo más mínimo ninguno de los progresos de la época, y hasta es conveniente recordar que las sociedades mercantiles, han estado siempre expuestas á grandes riesgos, cual les acontece á las casas de comercio. Tyro desapareció dos veces como brillante fantasma bajo las olas del mar fenicio que bañaba sus plantas; los dias más grandes de Roma no fueron en manera alguna aquellos en que los libertos paseaban en carros de marfil, su desidiosa juventud dorada, sinó aquellos otros en que Cincinnato, despues de diez y seis dias de dictadura, volvia á sus tareas agrícolas para extirpar las malas yerbas que verdeaban nuevamente en sus campos. La causa principal de nuestras ventajas sobre Inglaterra consiste en que los descendientes de Guillermo el Conquista-

dor se han convertido en negociantes, en tanto que nosotros hemos continuado siendo soldados. Finalmente, si en 1830 la Francia, como antiguamente la pátria de Scipion, hubiese encontrado montones de oro bajo las ruinas de Cartago, la conquista del Africa no habria sido para ella otra cosa más que un suicidio glorioso; y despues de haber absorvido sus riquezas, la segunda Roma, del mismo modo que la primera, se habria extenuado en medio de convulsiones dolorosas, parecida á un conquistador envenenado. Sueñen otros en buen hora con colonias y factorías, para la fé de Francia vale mucho más esta espada invencible que nunca sale de la vaina sin que el mundo se extremezca! Muchos son los campos de batalla que han presenciado en otro tiempo la alianza de la cruz con esta espada que dista mucho de estar próxima á romperse; en tanto que el génio del comercio es indiferente á las cuestiones religiosas. El Dios de los ejércitos es bien conocido: al de la industria nadie le conoce.

Finalmente, todavía hay algo peor que un pueblo comerciante y este algo es un pueblo jugador. El amor al dinero ha introducido esta vergüenza en nuestras costumbres y casi podríamos añadir en nuestras instituciones. Realizar una fortuna por medio del trabajo ó de la capacidad, constituye para el hombre, con razon, una honrosa victoria; mas fiar al acaso su realizacion, y aprovecharse de esta suerte que no supone ni talento ni valor, es más bien tener fortuna que merecerla. Y sin embargo, el mundo contemporáneo casi no es otra cosa que un inmenso laboratorio y un garito: un laboratorio en cuanto los alquimistas de la ciencia, ponen en el alambique la creacion entera para sacar las pajitas de oro que existen en sus entrañas; un garito en cuanto alquimistas de otra especie ponen todas las probabilidades del porvenir en una urna aleatoria para ganar el oro de los acontecimientos imprevistos. Antiguamente se deseaba conocer el mañana para saber si podia el alma contar con él; al presente se le consulta para saber si conviene vender ó comprar consolidado ó acciones de ferro-carriles. No hay eventualidad sobre la cual no hayan basado sus cálculos los jugadores, ni vicisitud pública que no haya sido fundamento de apuesta. Hombres hay para quienes una revolucion no es más que un golpe de dados; una batalla, una operacion de bolsa; y á la víspera de esos dias decisivos para la suerte de la pátria, todo aquel que juega á la baja se pasa con el deseo al campo enemigo, por la razon sencillísima de haber levantado esperanzas hipotéticas en las desgracias de su pátria.

Desórden no ménos perjudicial á las creencias religiosas que á la dignidad nacional. No hay cosa alguna que más fácilmente acostumbre á las masas á negar la Providencia, que los resultados fabulosos de la especulacion. Lo que mas escita las concupiscencias de las masas, no son esas fortunas que se amontonaron con el transcurso del tiempo y á fuerza de constancia, trabajo y economía, sinó el éxito inmerecido de la lotería, del agiotaje y del negocio. Ante

el espectáculo de esas fortunas maravillosas que desaparecen con la misma rapidez con que se improvisaron, semejantes á aparatosa decoracion de comedia de magia, pónense tirantes los resortes de la atencion pública; desátanse las ambiciones; disminuye la parte que corresponde á Dios en el gobierno del mundo, y el hombre cree únicamente en el poder de sus cálculos.

La conclusion de todo lo dicho no ha de ser en manera alguna un anatema sin fundamento contra todos los progresos económicos de nuestra época, sinó una advertencia dirigida á las almas inmortales para recordarles que las cuestiones de bien estar, vienen en pos de los principios, y que el desarrollo anormal de las unas, es un obstáculo insuperable para el desenvolvimiento de los otros. Motivo de profunda meditacion para todo aquel que estime á su país, son las siguientes palabras del libro sagrado. *Las casas muy ricas serán derribadas por el orgullo* (1). Jamás se ha oido decir que un pueblo haya perecido á consecuencia de su pobreza: en cambio seria muy extenso el catálogo necrológico que podria formarse con los nombres de aquellos cuyas riquezas fueron causa de que su fé y sus costumbres se corrompieran completamente. Desgraciada la nacion que se encuentra en este caso, pues ora se llame Tyro, ora se apellide Albion; sea célebre por su comercio ó por sus flotas; no ha de ver transcurrir mucho tiempo sin que el viento que infla las velas de sus navíos lleve á sus oidos estas palabras del Profeta impregnadas de sangrienta ironía. *Gemid buques de la mar, porque vuestra fuerza está próxima á desaparecer; gemid buques de la mar, porque vuestra metrópoli está próxima á ser sepultada en sus propias ruinas. ¿Quien hubiese podido imaginar tal cosa de esta Tyro que un dia ciño corona, y cuyos negociantes eran príncipes* (2)?

Al llegar á este punto ruego al lector que inquiera de sí mismo si las repugnancias que siente respecto de las cosas divinas, procede de hallarse por demás adherido á los intereses de este mundo, es decir, de estar envuelto en la red, de sentirse fatigado por la influencia de los intereses materiales. ¡Cuantos son los hombres á quienes para salir del bajo nivel en que se arrastran sus ideas religiosas, bastaria con que llegaran con ménos frecuencia á sus oidos los rumores de la Bolsa, y con alguna más, los sermones del cura de su parróquia!

---

(1) Eccli., 21-5.
(2) Is., 23-1, 8.

CAPÍTULO IV.

Los resentimientos privados ó políticos predisponen á la negacion.

¿Qué relacion puede existir entre la incredulidad y la falta de amor al prójimo? De improviso el espíritu no puede comprenderlo; pero la experiencia revela que el hombre sigue más fácilmente la lógica de las pasiones que la de sus ideas. Toda desviacion de su facultad simpática, en particular, corresponde á un desvío proporcionado de su juicio. Mucho se ha hablado de la ceguedad á que conduce el amor: el ódio pone tambien una venda en los ojos, tan espesa por desgracia, que puede impedir el que se distingan los Cielos.

Por lo mismo que *Dios es amor*, todo aquel que odia se separa de Dios en virtud de una oposicion íntima que se transmite á veces del corazon al espíritu. San Juan ha expresado el mismo pensamiento, valiéndose de las palabras que hemos citado repetidas veces por que en las mismas se encierran variadas instrucciones: *El que no ama no conoce á Dios* (1). Ley sublime en virtud de la cual Dios se digna identificar en nosotros su causa con la de su criatura, en términos de ocultarse á veces á la vista del que le odia en su imágen. Es la cólera legítima de Teodosio contra aquellos que habian insultado sus estátuas.

Consignemos, sin embargo, en honra del corazon, que el hombre se vé más fácilmente arrastrado á la incredulidad por los extravíos del amor, que por los del ódio. No se crea sin embargo que por ser ménos extendida la segunda de esas causas, sea ménos eficaz; pues lo mismo en la modesta esfera de la vida privada, que en la más elevada de la vida pública, encuéntranse numerosos espíritus que se apartaron de la verdad á consecuencia de repulsiones del sentimiento mal dirigido. La voluptuosidad es una corrupcion de la simpatía, la animosidad es su muerte: estados ambos contrarios al ór-

(1) San Juan, carta 1, cap. 48.

den, y que colocan al hombre, respecto de la verdad, en una de esas situaciones difíciles en las cuales no puede ver los objetos como son, por la sencilla razon de que los vé torcidamente.

A veces el resentimiento que engendra la incredulidad toma la forma de un escándalo farisáico. Un dia un hombre que abriga mucha hiel en el corazon y poca elevacion en las ideas, se siente herido por otro que, en un grado cualquiera representa la verdad. Esta herida emponzoñada por la reflexion, turba fácilmente la razon de aquel que la recibe, á la manera que un vírus morboso al difundirse por la sangre altera la vista. El herido establece una solidaridad injusta entre la verdad y la mano que le infiere golpes dolorosos. En vano su razon protesta: la susceptibilidad herida se antepone á la razon y la arrastra y de la antipatía que inspira un enemigo religioso, se pasa á negar la religion.

Indudablemente se experimenta una satisfaccion en cargar en la cuenta de su juicio las represalias llevadas á cabo por el ódio. Puede suceder tambien que despues de haber repetido frecuentemente una blasfemia, se persevere en ellas con una especie de imparcialidad aparente porque en nuestro afianzamiento en el mal, acontece lo propio que con nuestra fuerza para el bien. «El valor que se ha tenido forma la mejor parte del que se tiene (1).» Mas en el fondo, la pasion es la causa oculta de la incredulidad de ese hombre: para él la palabra más incomprensible del deber es la siguiente: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, de manera que partiendo de este punto, la obscuridad se ha difundido por todo el Evangelio.

Y sin embargo los agravios, reales ó imaginarios, inferidos por un sacerdote ó un devoto á un incrédulo, prueban precisamente todo lo contrario de lo que este pretende sostener. Si todos los ministros de la religion fuesen santos, ó cuando ménos personas eminentes, habria motivo para deducir que se ha salvado mediante sus esfuerzos; mas como á veces la representan personas de escasas luces, habiéndolas además que nada tienen de dignas, ha de comprenderse que para salvarse se basta á sí misma, puesto que lo consigue á pesar de esos inconvenientes. Este milagro revela mejor que aquel el poder de la divinidad. Sabemos que existen espíritus superficiales que niegan la santidad de la Iglesia á causa de los vicios de sus adeptos; pero en cambio los hay mucho más profundos, que se han confesado vencidos ante el espectáculo de una doctrina tan pura, conservada por manos que distan mucho de serlo constantemente. Unicamente la verdad incorruptible puede escapar libre de toda mancha á la influencia de este contacto.

(1) Mme. Swetchine. *Pensamientos.*

Y sin embargo, la fé de algunos se estrella contra la infundada objecion deducida de las faltas de los católicos, faltas que son en su sentir doble piedra de escándalo, sobre todo si resultan víctimas de las mismas. ¡Cuantos son los blasfemos que han llegado á tales, á consecuencia de una herida de amor propio mal cicatrizada! Desde el simple aldeano que pone mala cara á la Iglesia para vengarse del cura de su parroquia, hasta el heresiarca que abandona el catolicismo en ódio á Roma, puede verse un fermento de animadversion en muchos de los errores sostenidos obstinadamente. Juzgamos conveniente repetirlo: los enemigos de la verdad le echan frecuentemente en cara el tener por discípulos, cristianos que lo son sólo por sentimiento: ¿no podria contestarseles que entre sus enemigos existen muchos que únicamente lo son por resentimiento?

La parte que esta pasion ha tomado en las rebeliones del espíritu humano derrama luz vivísima sobre la historia de la negacion. Cuando Lutero añadia á sus errores una nueva blasfemia, regocijábase anticipadamente considerando el disgusto que con ello iba á proporcionar al Pontifice, expresándose con este propósito en tales términos que nos es imposible traducirlos: de manera que á haber sido menores sus ódios, no habrian sido tan vehementes sus protestas. Si Lamennais, en vez de la bula *Mirari* que le causó vivísimo resentimiento, hubiese recibido el capelo cardenalicio que le prometieran sus discípulos, de seguro no habria llegado al extremo de rechazar los auxilios de la religion en su lecho de muerte. Por último, son muchos los escritores cuya incredulidad solo reviste los carácteres de la obstinacion el dia en que deben experimentar el fuego de sus adversarios; pues al paso que juzgan siempre legítimo el ataque por su parte, consideran injustas y escandalosas las represalias que provocan. Nuestro siglo ha conocido muchos de ellos que pertenecen á esta categoría, y no tenemos inconveniente en nombrarlos.

Durante mucho tiempo MM. Michelet y Quinet fueron libre pensadores muy templados (1); mas como quiera que llegaran á sus oidos las muestras de desaprobacion procedentes del Colegio de Francia, y los actos de oposicion dirigidos á sus obras, transformáronse en enemigos furiosos de la Iglesia, tomando su incredulidad las proporciones de un paroxismo mezclado de alucinacion. ¿Merecen más fé hoy que antiguamente? No, porque de seguro están más vivamente apasionados. El cambio que se ha realizado en su espíritu, más bien que un progreso constituye una caida.

Eugenio Sué fué durante muchos años el novelista favorito de

(1) En comprobacion de lo que llevamos dicho, léase el Prefacio puesto á la traduccion de las *Memorias de Lutero* por Michelet.

la aristocracia: abriéronsele de par en par las puertas de los salones del arrabal de Saint-Germain; pintaba sus costumbres; dirigia sus opiniones, y vivia en comunidad de ideas y de hábitos con los duques y los príncipes. Un dia embriagado por sus triunfos, se creyó con derecho para aspirar á la mano de una de las más nobles damas de la aristocracia francesa; pero una negativa, le hizo comprender toda la distancia que media entre el hijo de un médico y las herederas de los nombres más ilustres de la nacion, distancia que no basta á suprimir la gloria proveniente de una reputacion literaria. Juzgándose ofendido en su dignidad, el autor de *Matilde* abandonó los salones de la aristocracia para escribir el *Judío errante* y los *Misterios de París*, vengándose por medio de una vida entera consagrada á la impiedad demagógica, de las decepciones experimentadas en el terreno monárquico y religioso. De seguro habria Eugenio Sué muerto católico de haber alcanzado la mano de la señorita de Noailles, mas de que se le negara semejante distincion, ¿ha de resultar ménos verdadero el catolicismo?

Otro ejemplo de este género de incredulidad nos ofrece tambien nuestro siglo. Victor Hugo fué en otro tiempo el cantor de nuestros reyes y de nuestras santas tradiciones. Pensionado por la rama mayor de la casa de Borbon, elevado á la dignidad de par de Francia por la rama segunda, miraba con respeto los altares de la fé. Un dia el favor público lo llevó á la representacion nacional y con este motivo pretendió enlazar las palmas del orador con los lauros del poeta; mas como el partido conservador contando con grandes talentos, sólo concedia un débil aprecio á los servicios del diputado novel; como el primer lírico de Francia no se satisfacia con ser el vigésimo órgano político de su partido; y como para sostener su nombradía necesitaba principalmente mover ruido, ¡inclinóse al lado en que le era más fácil conquistar aplausos, y sobre todo aplausos estrepitosos.

Cierto que cuando la oleada revolucionaria le llevó fuera de la pátria, Hugo habria podido sustraerse á su influencia por medio de una nueva conversion; mas la corriente era demasiado violenta para que pudiera remontarla. A mas de que ¿no era preferible hacer del destierro un pedestal para la nombradía, que vivir en París en una medianía modesta y obscura? Sin contar con que los libros fechados en Gernesey, podian venderse á mejor precio que las ediciones sobre las cuales no hubiese ejercido la policía su vigilancia. Bajo la influencia de tales causas, el poeta llega á los últimos años de su existencia con una depravacion de ideas que sólo puede compararse á la impudencia de su musa desvergonzada. Ahora bien, ¿quién ha cambiado desde 1820? ¿El catolicismo ó el autor de *Luis XVII y de Moisés salvado de las aguas*? Este, y sólo este, y como no puede decirse que haya sido en su provecho, creemos tener motivos bastantes para consignar que le habria quedado más fé, á haber tenido ménos hiel.

No se crea, por lo que acabamos de decir, que pongamos en manera alguna en duda la honradez de todos esos energúmenos de la negacion: hay más, si existe en ello empeño, no tenemos inconveniente en llevar nuestra caridad hasta el extremo de creerles sinceros; sinceros, se entiende, á la manera de los hombres sometidos á la embriaguez, que se equivocan inconscientemente; pero que son responsables de haberse embriagado en virtud de un acto de su voluntad. En vano achacan á causas honrosas sus más descabelladas ideas: la razon pública se apodera del hilo genealógico existente entre sus pasiones y sus opiniones, y como, con razon se ha observado, los desposeidos, los que para nada sirven, hállanse siempre dispuestos para alistarse en las banderas de la rebelion y de la impiedad. Chateaubriand achacaba al *Almanaque de las Musas*, los verdugos más desapiadados que tuvo el Terror. Se explica perfectamente teniendo en cuenta que el ateismo lo mismo que el jacobinismo son resultado por punto general, del amor propio profundamente herido.

Algunas veces los resentimientos que conducen á la irreligion, más bien que de rencor, son consecuencia de decepciones, y si bien el fenómeno en su esencia es algo distinto, es completamente idéntico en sus resultados. Los que en política han experimentado alguna derrota son ejemplo de ello. El pesar que produce el haber perdido el poder, el enojo resultante de un quietismo forzado, las ingratitudes que se han experimentado, las esperanzas que se han desvanecido, la elevacion de los adversarios, la imágen de un pasado expléndido reflejándose en la realidad de un presente sombrío y monótono, engendran en el alma profunda melancolía, que si nó vuelve las almas á Dios, las aleja de él. Los unos se erijen en vengadores de la negacion; los otros, es decir los que acabamos de describir, son sus misántropos. Encuéntraseles frecuentemente en las filas de ciertos partidos, que por lo demás tienen muy poco de católicos, y que no perdonan al catolicismo el haber confundido su causa con la de ellos. ¿Qué concepto merece una religion que no ha querido bendecir el estandarte bajo el cual militan, y que se niega á maldecir el de sus enemigos? Toda la razon de su incredulidad encuéntrase en este razonamiento, que como se vé, nada tiene de desinteresado.

Acaso en los dias de crisis se han asociado á medidas ó á responsabilidades impopulares, háse puesto en su frente un estigma tal vez no del todo merecido, viven bajo el peso de una sospecha, en derredor de ellos se hace el vacío. Oprimidos, impurificados en cierto modo por esos recuerdos inexorables, vénganse de ello por una oposicion irreconciliable al órden establecido. Si la cruz fuese un instrumento apropósito para derribar, una máquina semejante á un ariete, en suma, un mecanismo para la destruccion, la adora-

rian como el *primer árbol de la libertad;* más como precisamente representa todo lo contrario, la odian y execran con todo cuanto se ha conservado merced á ella. Encerrados en ese callejon sin salida, se consuelan haciendo todo lo contrario de lo que realizan aquellos por quienes fueron suplantados. Con la mejor voluntad del mundo adorarian á Dios, si fuese en sus contrarios rasgo distintivo no adorarlo. En resúmen, por haberse equivocado en política durante algunas horas, déjanse arrastrar fatalmente por la corriente de la incredulidad para el resto de su existencia. La sociedad los arroja de su seno; y ellos se salen de la comunion de la Iglesia para protestar de la sociedad.

¿Cuantos son los que se creen incrédulos, y que sin embargo no merecen más que el nombre de descontentos, y cuantos por el contrario los que dulcificarian su volterianismo si se hallasen en el número de los satisfechos? Un poco más ó un poco ménos de bien estar, basta la mayor parte de las veces para que suba ó baje el nivel religioso en los espíritus más firmes.

Además de la venganza y de la misantropía políticas, la negacion puede reconocer como causa una afiliacion secreta. No permita Dios que disminuya en lo más mínimo los derechos de la pátria sobre el corazon del hombre, mas el fanatismo político no debe usurpar en las almas el imperio y el lugar que corresponden á la religion. Hay sin embargo quien opina que la razon de Estado constituye una necesidad suprema á la cual hasta Dios debe ceder. Llegados á este punto los incrédulos del catolicismo conviértense en visionarios del socialismo: abandonan la Iglesia para inscribirse en los registros de una sociedad secreta, y en hora menguada juran ódio eterno á la Iglesia por amor á la república universal.

Compromiso funesto que dominará su existencia, como una especie de pacto hecho con el infierno. Ya se comprende que á la poca profundidad de sus creencias se debe el que lo contrajeran; pero al propio tiempo gracias á haberlo contraido, su incredulidad toma un carácter de ceguedad irremediable. En virtud de ese juramento fatal han abdicado del derecho de sentirse arrepentidos, su regreso al camino de la virtud seria considerado como una verdadera traicion. ¡Ah! nosotros hemos visto varias víctimas de la palabra empeñada retorciéndose bajo el peso de sus promesas, sin tener valor para cortar las ligaduras que les oprimian. Libres de estas, habrian muerto piadosamente como sus predecesores; mas envueltos en las redes de la asociacion masónica, hacen de su agonía una especie de negacion de parada. Mas su secta sabe sacar partido de tales escándalos, efecto más bien de una presion ejercida en las conciencias, que de una impiedad real y libremente profesada. ¿Pero qué es lo que prueba en contra del catolicismo, que un solidario haya contraido el compromiso de honor de odiarlo?

Lo que acabamos de decir nos recuerda que en política, al lado de ódios sinceros, existen muchos que mirando únicamente á ciertos respetos humanos, alardean de independencia echando fieros y bravatas contra Dios y los hombres. Si, á la manera que se ven fanfarrones de los vicios, se encuentran tambien en la vida pública farsantes de incredulidad. Arrojados por sus antecedentes ó por sus intereses en ciertas corrientes irreligiosas, préstanse gustosos á desempeñar el papel de súbditos, con la esperanza de llegar á mandar un dia, y se hacen los esclavos de su partido, para mejor asegurarse el llegar un dia á jefes. Si, los partidos se parecen á esas máquinas cuyo engranaje arrastra el cuerpo entero, con tal que haya hecho presa en un solo dedo; por consiguiente es inútil que un sectario político quiera reservarse el derecho de asistir á misa por ejemplo, pues si su secta no asiste á tales actos del culto, debe él abstenerse igualmente só pena de ser mirado por los suyos como hombre de poco valer. Tiranía indigna, que sin embargo sufren con resignacion servíl muchos Catones de diferentes matices, verdaderos Nicodemos de la negacion que se arrodillarian valuntariamente delante de Cristo, si pudiesen visitarle de noche al abrigo de indiscreciones comprometedoras. Dificilmente, áun en el foro interno, convienen en que sean capaces de semejante debilidad, por aquello de que pueden confesarse los vicios, mas no los actos de cobardía; pero no se olvide que en estos nuestros tiempos de libre pensamiento, acaso abunden más en ciertas regiones los hipócritas del mal que los del bien.

Lo que acabamos de escribir no debe considerarse en manera alguna un cuadro imaginario: para convencerse de ello, tómese el lector el trabajo de pensar un momento, y de seguro no han de faltarle nombres que escribir al pié de los retratos. Cuanto más se profundiza en el estudio de la fisiología de la incredulidad, mayor sorpresa causa el descubrir la parte que en las ideas falsas tienen los malos sentimientos.

Cuando los hombres se dividen por las opiniones, fingen citarse en la union para la caridad. Pluguiera á Dios que esa cita fuese dada y recibida sinceramente, que así como el verdadero amor procede de la fé, tambien vuelve á ella. En cambio los que no se inspiran afecto, no sienten necesidad de encontrarse,... ni siquiera en la Iglesia. Y hé ahí la razon principal de que muchos no pongan los piés en ella.

CAPITULO V.

La inaccion de la fé causa frecuente de su muerte.

La fé sin actos, ¿es una fé sincera?

Sincera, sí; duradera, nó. La pereza moral, del mismo modo que la voluptuosidad, el orgullo y el ódio, vése castigada por la pérdida de la luz. Fenómeno sobrenatural respecto del cual es facilísimo dar naturales explicaciones.

Entre los incrédulos y los verdaderos cristianos existe una especie de partido medio que representa la abstencion. En el órden político hay abstenciones que sin embargo y ser sensibles todo el mundo está obligado á respetar, por lo mismo que se hallan impulsadas por móviles elevados, y justificadas por el mayor desinterés; mas todo lo contrario sucede con esas abstenciones que la moral cristiana distingue con el nombre de indiferencia práctica. La primera se sacrifica á su principio: la segunda sacrifica el principio al egoismo más despreciable.

Pertenecemos á un siglo en el cual los hombres que no tienen el valor de sus opiniones inspiran poca simpatía, como tampoco la inspiran las opiniones que no tienen el valor de sus obras. Ya en los tiempos de Solon, existian penas especiales, aplicables á aquellos ciudadanos que en los dias de conmociones políticas no tomaban parte en favor de uno ú otro partido, leyes que, como se comprede, tenian por objeto no dejar á persona alguna las ventajas de una neutralidad egoista. Nunca ménos que ahora nos hemos sentido inclinados á borrar esta sentencia, por lo mismo que el partido de la neutralidad toma proporciones alarmantes en el seno del cristianismo. En tanto que todo principio que permanece en estado de teoría, cuando deberia traducirse en sacrificio, se vé destrozado como bandera abandonada por los que debieran defenderla, las convicciones religiosas se ven frecuentemente desmentidas por acciones que distan mucho de serlo, y á la manera de los manantiales que

se pierden por carecer de punto de salida, una gran cantidad de fé desaparece del mundo, por falta de expresion exterior que la conserve, haciéndola brotar de sí misma.

No se trata al presente de añadir un nuevo sermon á los muchos que van pronunciados sobre los inconvenientes de la fé inactiva, sinó de poner en evidencia sus íntimas relaciones con la incredulidad. Sí, el hombre no es religioso á la manera que es filósofo, es decir por una estéril especulacion de su espíritu: sopena de establecer la contradiccion y la deshonra en su conciencia, su símbolo debe brillar en sus actos. Y esta contradiccion, téngase en cuenta, resulta desde luégo fecunda por demás en consecuencias impías, porque así como se opera una accion recíproca del alma sobre el cuerpo y del cuerpo sobre el alma, nuestras obras dan vida á nuestras ideas, en mayor escala tal vez de la en que vemos que nuestras ideas determinan nuestras obras. En rigor lógico, el ser intelectual deberia formar en nosotros el ser moral; mas en el terreno de la práctica acontece por punto general todo lo contrario.

Y hé ahí una nueva prueba de las palinodias que está dispuesto á cantar el espíritu, para librarse de sus deberes de sumision respecto de la verdad. El hombre quisiera venir á pactos con el cristianismo, mediante las condiciones más descabelladas. Un dia, por ejemplo, le dice: Abandona tus dógmas y observarémos tu moral; otro dia, añade: Permítenos que prescindamos de tu moral y guardarémos tus dógmas. Elija quien quiera y pueda entre esas dos blasfemias, cada una de las cuales envuelve una apostasía. El racionalista niega el símbolo; el indiferente rechaza el decálogo: si este es más creyente que aquel, no puede decirse en manera alguna que tenga una verdadera religion, puesto que únicamente tiene la mitad de la suya.

¿Puede imaginarse abdicacion más tremenda de la razon? Toda conviccion religiosa supone una manifestacion exterior de sí misma, que constituye una práctica. Profesar el sistema de la fé inerte, vale tanto como afirmar que las creencias más imperiosas del alma son la única causa que debe existir sin efecto. Bajo el punto de vista filosófico, esto nos conduciria á la desacreditada tésis del deismo. Mas prescindamos de la fé sin las obras considerada como sistema, y fijémonos en ella cual si fuese una simple inconsecuencia de la voluntad.

Cuando el Apóstol dijo que *La fé sin las obras es una fé muerta*, no formuló un simple aforismo de teología mística; puesto que es una fé muerta en el sentido de que su inmovilidad se parece á la suspension de la vida, y más especialmente en el de que está condenada á perecer, en virtud de una fatalidad inherente á su propia inercia.

Nada más fácil de concebir que este triste fenómeno. El hombre, que no en vano ha salido de las manos de Dios provisto de razon,

obedece á propensiones lógicas más poderosas que toda voluntad contraria. En virtud de esta ley sus actos y sus ideas tienden á ponerse de acuerdo, del propio modo que buscan un mismo nivel las aguas de un estanque, y hé ahí porque, dado caso que sus ideas no originen sus actos, sus actos originan sus ideas. Constituciones morales hay que resisten esta necesidad de equilibrio: mas el mayor número la sufre y cuando el equilibrio no es resultado del choque de la fé especulativa sobre las obras, opérase por el choque de la incredulidad que reina en las obras sobre la fé.

La fé inactiva, socavada ya por este vicio esencial, debe serlo tambien por efecto de su misma inactividad. Todo órgano que no funciona, está herido de una especie de parálisis. Cuando nuestras facultades, sean de la clase que se quiera, han permanecido durante mucho tiempo aletargadas, han acabado por contraer una debilidad semejante á la impotencia. En cambio el ejercicio prudentemente dirigido, es una condicion de desarrollo lo mismo para el cuerpo que para la inteligencia. La fé progresa y declina, vive y muere en virtud de la misma ley. Convenido que la extincion de la caridad que se realiza en las almas por dejar de practicarla, no implique en manera alguna la extincion de la fé; mas no cabe desconocer que influye en que disminuya esa divina antorcha, y si, en ciertos casos, las verdades del cristianismo conducen á sus virtudes, hay otros en los cuales son las virtudes las que ponen de manifiesto sus verdades.

No es menester buscar en la metafísica la prueba de dicho aserto: para descubrirla basta con abrir los ojos. Téngase en cuenta además, que conviene en gran manera que Dios no consienta el que su revelacion pueda subsistir en nosotros en estado de vana teoría como todas las especulaciones hijas del orgullo. De aquí que la fé sobrenatural sea, en el hogar de nuestra alma, una especie de estranjera celestial, que nos abandona en cuanto se rehusa doblar la rodilla para prestarle un tributo de honor.

Tales consecuencias no deben sorprendernos. Por lo mismo que la verdad cristiana es esencialmente experimental, es decir, que se halla destinada á verse realizada por sus adeptos, la práctica de esta verdad viene á ser un sexto sentido concedido al alma para apoderarse de ella. Por este medio logramos disfrutar sabores y visiones íntimas que forman la conviccion sentida, más inquebrantable que la fé razonada. En semejante estado se experimentan los placeres de lo verdadero más bien áun de lo que se comprenden: en cambio, en el instante en que se suspenden los actos religiosos, el espíritu se encuentra extraviado respecto de una multitud de puntos, cuyos extremos sólo pueden explicarse debidamente en virtud de una aplicacion feliz, de manera que cuando se pretende dejar de practicar porque se ha dejado de creer, lo que realmente sucede, es que se ha dejado de creer porque se ha dejado de practicar.

En vano se pretenderia eludir este órden providencial: pocos son los incrédulos que no lo confirman, por lo mismo que es reducido por todo extremo el número de los que han pensado mal ántes de haber obrado de la propia manera. Muchos son en cambio los que se nos han presentado pidiéndonos un complemento de demostracion para someterse á las obras, y este complemento lo tenian en las obras mismas. Tanto es así que en el punto y hora en que han vuelto á pronunciar las tiernas plegarias que en su infancia aprendieran, todo se ha presentado claro ante sus ojos y comprensible á su percepcion: y se comprende perfectamente, porque el hombre puesto de rodillas, no duda jamás. En cuanto acuden al tribunal sagrado y se presentan á la mesa eucarística, la religion no ha menester darles nuevas pruebas: bastan para ello las lágrimas de ternura que brotan de su pecho. Por consiguiente lo que conserva la imágen de Dios en el alma de los creyentes, no es en manera alguna el orgullo de la ciencia especulativa, sinó la conviccion arraigada en una conciencia fuerte y pura.

Si la fé que no practica puede morir á consecuencia de su inercia, con más motivo puede perecer en virtud de sus contradicciones. El valer de los hombres no debe ser medido por los principios que profesan, sinó por las obras que realizan: *A fructibus eorum cognoscetis eos*. Ahora bien, ¿á qué se reduce la vida de un creyente sin creencias manifiestas? A una profesion continuada de incredulidad. Tanto es así, que, en honra de su moral, seria preferible que fuese incrédulo de buena fé, á que fuese cristiano de mera especulacion: incrédulo, valdria más que sus opiniones; cristiano vale muchísimo ménos. Con razon ha dicho el conde de Maistre, que «el hombre de bien que va á misa, vale más que el hombre de bien que no va.» Habria podido añadir, que cuando el hombre de bien que no va á misa, pertenece al número de aquellos que tienen la dicha de creer, pierde en este mero hecho la esencia de su bondad, por lo mismo que obra en oposicion á los principios de su conciencia, lucha contra su bandera, y entrega la fé á la irrision de los que no tienen ninguna.

No es caso raro que este creyente se sienta animado de una virtuosa indignacion contra el impío que nada cree: sin embargo debe tenerse en cuenta que todavía existe un hombre ménos digno de aprecio que éste y es el que creyéndolo todo, no practica cosa alguna. La impiedad puede explicarse por una ilusion del pensamiento; la abstencion en que nos ocupamos, supone una capitulacion deshonrosa para la conciencia. El impío en sus tristes convicciones, ofrece un lado digno de interés: la franqueza y la consecuencia; el indiferente no tiene ni el valor ni la lógica de las suyas. En vano alega su fé como un paliativo de sus obras. Incrédulo le quedaria el recurso de esta excusa, «Padre perdonadlos que no saben lo que se

hacen;» mas creyendo y siendo infiel á la luz, ¿dónde encontrará los medios para justificarse?

Ahora bien, ese antagonismo entre un espíritu que dice: Creo, y una vida que responde: No creo, constituye al hombre en estado de mentira viviente. La costumbre adquirida de llevar en sí el pro y el contra, hace que concluya por no reconocer el uno ni el otro; su conviccion va embotándose paulatinamente, en lo que á las cuestiones de la libertad y del deber se refiere, y llega al escepticismo por el camino de la contradiccion. Se ha dicho de algunos novelistas que á fuerza de identificarse con determinados personajes de su invencion, han acabado por tomar su carácter. No sabemos hasta qué punto pueda considerarse fundado este aserto; mas lo que si podemos asegurar es que el indiferente se convierte en incrédulo á fuerza de representar el papel de tal.

La inaccion prolongada de la fé, puede tambien convertirse en incredulidad por consecuencia de una parcialidad interesada: ¿Cuál es la genealogía de la duda en el mayor número de los que las sufren?

Arrastrado por pasiones calenturientas déjase llevar un hombre en su juventud por el torbellino del mundo. Al principio goza, no discute, y no se ocupa de Dios ni siquiera para blasfemar; mas lo coloca ora en pos de sus ambiciones, ora despues de sus intereses, ora finalmente más allá de sus placeres: tal es su primer paso en el camino de la negacion. La tempestad que se ha desencadenado en esa alma la conmueve profundamente, y no transcurre mucho tiempo ántes de que todas las verdades oscilen ante sus miradas, como esos objetos fantásticos que giran ante los ojos de un hombre violentamente sacudido. Un dia ese distraido, ese disipado del placer ó de los negocios, se encuentra en una situacion tal que le permite pensar en la religion de sus abuelos, y entonces observa el profundo cambio que en él se ha realizado respecto del particular. Abandónola indiferente, y al encontrarse de nuevo con ella, la mira con prevencion; y descontento de ella porque lo está de sí mismo, dispuesto á condenarla porque se siente condenado por ella, se inclina sin pureza de percepcion á conclusiones que se elaboran en él sin pureza de corazon: tal es el segundo paso. Vémosle pues, considerando muy bellas áun las creencias que su madre le enseñara; pero abrigando un secreto deseo de que no sean verdaderas: obligado en conciencia á confesarlas; pero resistiéndose á ello por temor de verse obligado á sufrirlas. Y sin embargo llega el momento de tener que enarbolar un símbolo religioso; lo exigen las circunstancias que le rodean, los empleos que sirve, la sociedad que frecuenta. Mas en vez de proceder con serenidad y calma para ver claro en su camino, atúrdese tontamente, *hace la noche* en este camino á fin de no ver á donde cae, y repite una de las variantes de esa blasfemia siempre nueva y siempre antigua, encaminada á sostener que no

hay Dios. En resúmen la justicia del criminal, sentenciando á muerte á su juez, para que este no le condene.

Milton nos representa á Satán atravesando los abismos del vacío, y encontrándose con el sol. Ante el espectáculo de esa grandeza deslumbrante de explendor, el arcángel siente renacer en el fondo de su corazon algo de su destruida belleza, y arrastrado por un momento de entusiasmo, exclama conmovido: Sol, ¡qué hermoso eres! Mas acuérdase inmediatamente de que este astro es la luz del mundo que odia, y la obra de un enemigo que quisiera aniquilar, y cediendo la admiracion momentánea al arrebato de la ira eterna, exclama huyendo: Sol, te aborrezco. Tales son los dos movimientos opuestos que, con relacion á la fé, experimenta el creyente que no hace obras de tal. Trátase de reconocer la verdad religiosa y no tiene inconveniente en decir: Sol, ¡qué hermoso eres! Mas se trata de seguirla y lo evita diciendo: Sol, te aborrezco. Bien quisiera conceder á sus preocupaciones el honor de un orígen intelectual; mas sus preocupaciones son el fruto de sus crímenes, y su empeño en destruir á Dios, procede de la necesidad de acallar sus remordimientos.

La fé que no se expresa por sus actos, se debilita pues por su inaccion, por sus contradicciones, por su parcialidad y hasta por su concentracion, que es tambien un principio de apostasía. La indiferencia práctica, si bien se considera, no es otra cosa que la supresion del culto exterior: ahora bien, así como el culto exterior es la manifestacion del culto interior, tiende tambien á la conservacion del mismo, por que el sentimiento vive de sus propias manifestaciones. Por esto un pueblo que hoy no fuese más que indiferente, con el transcurso del tiempo y con el auxilio de los acontecimientos, resultaria incrédulo ántes de un siglo. Durante el período de la decadencia romana, no habia uno sólo de los paganos distinguidos del imperio, dice Gibbon, que tuviese creencias; mas para cubrir las apariencias frecuentaban los templos con toda asiduidad, y hasta los mismos ateos disimulaban sus sentimientos bajo las vestiduras del pontífice. Al presente los que se envanecen con el dictado de pensadores no tienen áun tanta prudencia. En tanto que los epicureos de Roma procuraban disimular su incredulidad, nosotros no vacilamos en demostrar por medio de nuestras acciones que la tenemos en mayor grado de lo que es realmente, y cuando se generalizan tales desórdenes, no tarda en descender muchos grados el nivel de las costumbres y de las ideas. ¿Cuál será el castigo social? ¿Consistirá en el azote de las tinieblas, en el de las epidemias, en el de la decadencia intelectual, ó en el de las humillaciones nacionales? Lo ignoro; mas lo que sé positivamente es que siempre y cuando los pueblos rehusan humillarse para la adoracion, Dios los humilla bajo el peso de su cólera; y que esta prueba, de la cual nos da repetidos testimonios la historia de lo pasado, no ha de fallar en el siglo del libre pensamiento.

Y téngase en cuenta que la neutralidad culpable cuyos peligros ponemos de manifiesto, á mas de ser la fuente de la incredulidad, es la causa de su propagacion. Toda accion humana, así para el bien, como para el mal, dispone de un círculo de accion más ó ménos extenso; todo ejemplo lleva en sí su poder de apostolado, de dónde se sigue, que no obstante sus convicciones, el cristiano indiferente hace de la principal autoridad de su vida, de su ejemplo, un atentado contra sus propias convicciones. ¿Qué debemos deducir de todas esas existencias que se van extinguiendo, prescindiendo de las prescripciones divinas? O que Dios es un autómata, para el cual es de todo punto indiferente lo mismo el bien que el mal, ó que es una quimera inventada para servir de diversion á los hábiles y de espanto á los tontos. No tienen pues para que molestarse en hacer propaganda todos esos apóstoles de diversos matices, que atraviesan por entre el mundo que se derrumba, haciendo profesion de sanos principios y exhibicion de perniciosos ejemplos, porque sin ello sabemos perfectamente qué resultados podemos esperar. Hablaran al pueblo de sumision religiosa; mas el pueblo que verá que le hablan de un infierno que ningun temor les inspira, presumirá que se pretende alejarle del mal poniéndole por delante terrores imaginarios, como se hace con los niños á quienes se aleja de ciertos lugares diciéndoles que hay trasgos y duendes que podrian comerlos. De manera que lo que en los unos no pasa de neutralidad, engendra la incredulidad en los otros: los padres pertenecen al partido de la abstencion; pero los hijos militarán ya en el campo de la oposicion. En otros términos, como es imposible proceder á la investigacion de las opiniones, los actos nos dan testimonio de ellas; pero como todos los actos del indiferente revelan incredulidad, cuando esta propaganda se extiende, produce lo que significa, llegando un dia en que los oráculos de las naciones, como los augures antiguos, no pueden mirarse sin soltar la carcajada, porque con la fórmula de la fé en los labios, se hallan sorprendidos de la incredulidad que existe en el fondo de sus corazones.

¡Ojalá encontraran eco nuestras palabras entre muchos cristianos inconsecuentes que hallándose colocados en las esferas más elevadas de la sociedad, son vistos desde muy léjos, y que con las mejores intenciones ejercen sobre los demás perniciosa influencia! Como les diríamos á esos salvadores más ó ménos graves de la cosa pública que la pátria les aguarda al pié de los altares, y que sus buenos ejemplos serian para ella más poderosos que todos los rasgos y habilidades de su diplomacia! Mas es en vano: oyen repetir que su Cristo ha muerto, y no quieren tomarse el trabajo de pasar desde su casa á la iglesia para convencerse de lo contrario. Todo el mundo preconiza la religion por bien parecer; pero apénas hay quien se preste á sufrir su yugo. Nosotros la presentamos á los grandes y estos nos envian al pueblo, el pueblo nos envia á las mujeres y no trans-

currirá mucho tiempo sin que las mujeres nos envien á los niños. Víctima de tantos desdenes la religion avanza humillada, injuriada por los amigos y por los adversarios, y hace ya mucho tiempo que no obstante la nombradía de sus ejércitos, la nacion culpable de tamaña profanacion la habria ya expiado como otra Jezabel, bajo los piés de los corceles extranjeros, si algun nuevo Moisés con los brazos levantados sobre las cimas del Carmelo ó de la Cartuja, no se erigiera en verdadero salvador de su país (1).

Difícil seria medir la responsabilidad que alcanza á los cristianos que pretenden manifestar su fé por medio de obras que no la corresponden. Gracias á ello los creyentes escandalosos producen más incrédulos que todas las teorías de la incredulidad juntas. Las genuflexiones oficiales que, de tarde en tarde, hacen ante la presencia del Señor no bastan para destruir el mal efecto producido por la predicacion impía de sus ejemplos. Atento á ellos, el buen sentido popular pregúntase un dia y otro dia, si existe una cifra en el libro de la contribucion, ó un grado determinado en la escala termométrica de la instruccion pública, que dispense á los que en ellas se encuentran, de hacer la señal de la cruz, y dominadas las masas por semejante espectáculo, acaban por deducir que Dios ha sido inventado por la imaginacion de algun pensador opulento, con el objeto de que pueda vigilar sus arcas de hierro, evitar las revoluciones y hacer que se repartan los dividendos con la debida puntualidad.

Yo bien sé que los cristianos requeridos para que den muestra de tales, encuentran siempre á mano excusas favorables para dispensarse de ello, ¿mas que aprovechan tales excusas delante de semejantes obligaciones? Léjos de nosotros la idea siquiera de negar nuestra conmiseracion á los que carecen del valor indispensable, mas se trata de averiguar si los intereses en cuestion son bastante graves para que valga la pena de concedérsela.

Consideraciones muy dignas de tenerse en cuenta, principalmente cuando se fija la atencion en que los discípulos más celosos del Evangelio, rinden tributo á la indiferencia en el sentido de que no son muchos aquellos cuyos actos valgan tanto como las creencias. Esta infidelidad del hombre á sus propias convicciones, hace perder una gran cantidad de fé á aquellos que no la pierden totalmente. Chateaubriand ha puesto las siguientes palabras en boca de uno de sus héroes salvajes: *Los caminos de la amistad se cubren de abrojos cuando no se ven frecuentados.* Lo propio acontece con las ideas que conducen al hombre de la tierra al cielo: el dia en que dejan de ser fecundas caminan á extinguirse completamente.

---

(1) La última guerra ha justificado plenamente este doloroso presentimiento.

CAPÍTULO VI.

De la incredulidad que proviene de la desesperacion.

La incredulidad puede hallarse en el alma en estado de raciocinio y en estado de sentimiento. Bajo la primera forma constituye una negacion especial de la Providencia, y debe ser combatida como una preocupacion: bajo la segunda es una pasion violenta, que más bien há menester de consuelos que de argumentos. Mas sea resultado de raciocinio ó de sentimiento, es un estado de enfermedad para el alma, que puede acabar por ocultarle el cielo. Toda sacudida violenta turba nuestra vista; nos impide ver la luz del sol, y la que al presente nos ocupa más áun que las otras.

Una mujer que frecuentemente piensa como un hombre, ha escrito este profundo pensamiento: «Resignarse es colocar á Dios entre la desgracia y el que la experimenta.» Si la desgracia al trabajar sobre un alma, no encuentra á Dios entre su víctima y los golpes que la infiere, esos golpes, que nada amortigua, pueden acabar por desmoralizar á la víctima y conducirla hasta la blasfemia de la desesperacion. Doble miseria que encierra al par una desolacion y un error. Ocupémonos sucesivamente en la una y en el otro.

I.

La desesperacion como dolor, como amargura, hállase curada á medias cuando es capaz de esta reflexion: Lo que experimento, constituye un estado escepcional; esperemos, que los accesos de fiebre no duran siempre. En los sufrimientos morales como en todo mal físico, existe un período agudo durante el cual es más fácil dirigir al cielo suspiros que oraciones. Pasado este viene la reaccion; aparecen las lágrimas y con ellas la imágen de Dios. Toda herida que sangra pierde su irritacion.

En tanto el dolor permanece en estado de paroxismo, tiene poco de edificante! ¡Ay de las almas que tienen el triste privilegio de fijarse en esta situacion desolada! En cambio, cuando pasada la crísis, sobreviene el período de remision, casi siempre el alma se encuentra mejor que ántes: como la tierra, para ser fecunda ha menester que se la despedace.

Hé ahí pues la razon de que el dolor produzca impíos ó santos, segun que los desgraciados se fijan en el primero ó en el segundo de los estados que acabo de describir.

En el primero la obscuridad es casi completa por punto general. Dios no brilla en manera alguna por medio de los acontecimientos que más bien parecen acusar la justicia y la bondad de su Providencia; no se manifiesta en manera alguna al espíritu, las sorpresas causadas á la razon por el infortunio, solo suscitan problemas y por último no se hace sensible al corazon, porque un corazon desgarrado no viendo á Dios como no sea al través de sus padecimientos, no se halla en buena situacion para reconocerlo. De lo dicho resulta un cúmulo inmenso de juicios erróneos que no son más que una alucinacion del dolor. En tal estado los unos no pueden creer en la paternidad de Dios, porque su familia experimenta los rigores del hambre; otros dudan de su existencia viendo su crédito arruinado ó abortadas sus ambiciones; otros, en fin, no le perdonan la muerte de un sér tiernamente querido. Respetables, pero locas aberraciones del sufrimiento. Los hombres niegan á veces á Dios el poder de obrar milagros, y le ultrajan sinó realiza uno que les libre de verse desgraciados.

Este período de los pesares es indudablemente malsano para el alma, cuando la fuerza del temperamento moral no logra triunfar. En tales instantes el mismo Job llega á maldecir el dia en que vino al mundo, y tiene valor para pedirle cuenta á Dios de los impenetrables y tristes misterios de nuestro destino. Ni el mismo Jesucristo, con ser Dios, ha podido escapar á la terrible conmocion que nos comunica el choque producido por el dolor. No pudiendo abrigar la menor duda, quiso experimentar el descorazonamiento, y para que nos sirviera de enseñanza, ha dejado impresa en el Evangelio la huella de semejante debilidad por medio de las siguientes memorables lamentaciones: *¡Qué pase de mí este cáliz!—Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis abandonado?*

Ahora bien, si Dios mismo ha tenido necesidad de corregir la naturaleza, para someterla á la voluntad del Padre celestial, ¿debemos sorprendernos de que el hombre se sienta inclinado al escepticismo al hallarse presa del dolor en su jardin de Gethsemaní? Sería desconocer las condiciones de la virtud condenar á Dios por este hecho; y sobre todo sería desconocerlo completamente no permitirle que se lamentara, por temor de que sus quejas pudieran convertirse en murmuraciones.

Quejaos, quejaos sí, vosotros los que jemís bajo la carga terrible de la vida, quejaos; mas no os rebeleis. En esto estriba precisamente la conciliacion sublime de los derechos de Dios, con los de un corazon ahogado por las lágrimas.

Durante esas terribles horas del dolor sin uncion no acuseis á Dios; estais demasiado agitados para que haya en vuestra mirada la seguridad indispensable: cuando haya desaparecido en parte el íntimo interés que hoy os mueve, seréis en la causa jueces más rectos. ¡Ah! si conservais rencor respecto de la Providencia porque puso en vuestros labios la amarga copa de la afliccion, no teneis porque sorprenderos de que se oculte á vuestras miradas! Si el ódio á nuestros semejantes basta á enjendrar la incredulidad, con más motivo puede producirla la prevencion contra Dios, tanto más cuanto que tratándose de Dios, el dudar de su corazon constituye el escepticismo más radical, por lo mismo que Dios no puede concebirse sin amor. Repitamos pues que en tal caso debemos protestar contra las blasfemias del pensamiento por medio de una ciega adoracion, y no tomar por noche eterna, lo que no pasa de pasajero eclipse.

Dichoso, sobre todo aquel que en semejante situacion sabe colocar por medio de la reflexion á Dios entre el dolor y su corazon herido! Resistimos padecer, y sin embargo nos es de gran provecho haber padecido. El poeta lo ha dicho:

Bajo un cielo siempre azul
No se forma el corazon.

Y mucho tiempo ántes que el poeta habia dicho el Espíritu Santo. ¿Qué puede saber el que nunca ha experimentado el dolor (1)? El dolor se parece á esas atmósferas privilegiadas que producen prematuros y sazonados frutos. Hombres hay á quienes, para ser grandes, solo ha faltado una desgracia, uno de esos pesares que fecundan el corazon sin desgarrarlo, como las incisiones practicadas en la corteza de ciertos árboles, que hacen brotar el perfume, sin comprometer los manantiales de la sávia.

Padecer en la tierra, es una ventaja para el hombre de talento: las sacudidas que imprime el infortunio á una naturaleza, rompen á veces el velo que limitaba el alcance de su pensamiento. Herido por la mano de Dios, el mortal lanza un grito, grito que unas veces será la sublime elegía de Job y de Jeremías, ó la melancolía de Tasso y de Chateaubriand, y habrá tantas lágrimas en sus pensamientos que su desgracia será considerada como la parte más bella de su génio.

Padecer en la tierra es tambien una ventaja para el hombre mo-

(1) Eccli., 34-9.

ral. De tales pruebas sacamos lo mejor de nuestro saber y de nuestras virtudes, y si es en el Calvario dónde Dios se anonadó, en el calvario de su dolor es dónde el hombre se transfigura. El dia despues de esas crisis fecundas, se levanta con más inteligencia en el corazon; más profundidad en sus simpatías; más fuerza para experimentar nuevos reveses, y más madurez para el gobierno de su existencia. Es verdaderamente paternal esta economía que comunica sabor á nuestros sacrificios, mérito en las esperanzas y saber en nuestros dolores.

Y dichoso tambien aquel que gracias á la fé, sabe colocar á Dios entre su dolor y su corazon. Felizmente tenemos un Maestro capaz de tomar parte en nuestras amarguras, no somos nosotros los primeros que padecemos el martirio de la cruz: el sufrimiento soportado con resignacion, establece entre la víctima del Calvario y nosotros la sociedad más bella que pueda existir en honor de la criatura. Cuando no se posee la virtud suficiente para parecerse á Dios por la grandeza moral, es por lo ménos una ventaja podernos acercar á él merced á un acto de nuestra debilidad, las lágrimas! Sí, el que se parece á Dios, no es aquel que semejante á Lucifer exclama: Subiré y estableceré mi trono al lado del del Altísimo, sinó el hombre que presa del dolor no deja escapar la más leve murmuracion desde la cima de su calvario, con todo y conocer la intensidad de su mal. Compensacion verdaderamente sublime en provecho de los desgraciados, porque si ha podido decirse que el proscrito está solo donde quiera que se encuentra, el cristiano colmado de amargura no lo está jamás, ya que puede contar constantemente con la compañía de Jesucristo, el amigo de los que no tienen otro, y que estima en todo lo que valen las lágrimas vertidas al pié de su cruz.

El mal ladron es para nosotros una prueba manifiesta de que la cruz no basta para cambiar los pensamientos en todos los hombres; mas en esta compañía casi divina, el hombre se halla ménos inclinado á la blasfemia que á la adoracion, y si el primer momento de su pasion se halla marcado por las blasfemias, el segundo concluye casi siempre por la adoracion.

Finalmente: dichoso sobre todo aquel que merced á la esperanza, sabe colocar á Dios entre su dolor y su corazon. La esperanza es la contestacion que da á todas sus dudas: por esto Dios no sólo la consiente sinó que la prescribe, de manera que la desesperacion constituye un pecado más terrible que la presuncion. Aquellos que realizan su peregrinacion por la tierra, con los ojos bañados en llanto, elevan de cuando en cuando al cielo sus miradas, y no acusan de injusta la divina providencia, por que la esperanza les da más de lo que les han arrebatado la tumba y la adversidad.

Al presente vamos fecundando con nuestras lágrimas el surco que abrimos con nuestro paso; mas en cambio cuando llegue el momento de atar las haces de espigas, podrémos regocijarnos con lo pingüe de la cosecha.

Con tales perspectivas no es posible la blasfemia. A más de que, son harto necesarias para que no las juzguemos probables, y harto probables para que nuestro tristísimo presente no se ilumine con los rayos explendorosos de semejante porvenir.

No nos cansarémos de repetirlo. Guárdese el hombre tratado por la adversidad de juzgar á Dios y las cosas divinas, al llegar á la primera estacion de su Via-Crucis, puesto que en tal instante reinan las tinieblas á su alrededor; adelante animoso por el camino del Gólgota y cuando llegue el momento oportuno, ora bajo la figura de la Verónica, ora bajo la del Angel del Jardin de los Olivos, se le ofrecerá el consuelo necesario, y se le revelará el misterio de los sucesos inexplicables.

II.

Á veces la desesperacion no proviene de simple extravío de la sensibilidad, sinó que, por el contrario, razona su desolacion, la justifica por medio de argumentos que aduce en su favor, y del paroxismo pasa fácilmente al sofisma. Aun cuando, considerada bajo este aspecto, pertenece ménos á la categoría de las pasiones, que á la de los errores del espíritu, juzgamos indispensable disipar el error á fin de acudir al amparo de la desolacion que encierra.

En semejante estado el alma se obstina contra la esperanza por tres motivos que al par la devoran y la desgarran: 1.° porque un Dios bondadoso no puede causarnos tales penas; 2.° porque Dios, por su grandeza se ocupa en todo caso del mundo, mas no de las personas; 3.° porque un Dios inmutable no se deja enternecer. En otros términos: Dios no aflige, Dios no vé, Dios no escucha: ¿Cómo consolarse con Dios de las lágrimas á que permanece indiferente?

Pero ¿es cierto realmente que un Dios bondadoso no debe afligir jamás á sus criaturas con el dolor, y por consiguiente que los llantos que se oyen en su imperio, son una prueba de que no se ocupa poco ni mucho de los séres que lo pueblan? Sentemos con Tertuliano que Dios es bueno, no sólo con esa bondad que compadece y consuela, sinó tambien con esta otra bondad de justicia, que subordina todos los bienes al bien moral. Un padre es bueno, precisamente porque ama á sus hijos les hace llorar con objeto de mejorarlos, ¿y habrian de ser de peor condicion los derechos de Dios respecto del

particular? Un príncipe es bueno áun en el momento mismo en que, obedeciendo á un interés superior, dispone de la vida de sus súbditos ¿y estará intercedido á Dios el derecho de hacer mártires en este mundo para coronar elegidos en el otro? Añadamos á lo dicho que la felicidad universal sobre la tierra, no solo haria el cielo completamente inútil, sinó que ademas lo haria imposible ya que no habria quién fuese digno de él, por la razon sencilla de que nadie estaría debidamente preparado por medio del dolor, aroma purísimo que impide que la libertad humana se corrompa. Para cada hombre que se pierde por falta de resignacion en su desgracia, hay ciento que se deterioran á consecuencia de la felicidad sin correctivo. No hay pues para que hacer de nuestras lágrimas un cargo á la bondad de Dios, puesto que no hay cosa más digna de esta bondad que salvarnos haciéndonos verter lágrimas.

De manera que, siguiendo el pensamiento de santo Tomás y de S. Agustin, *Ut bene faceret et de malo* (1) el mal es en las manos de Dios un instrumento para el bien. ¡Cuántos son los hombres que se han librado de la caida merced á las pruebas á que se han hallado sometidos; y cuantas las virtudes que se han practicado en la tierra, que de seguro no se habrian ejercitado sin tener á la vista la posibilidad del dolor!

Y téngase en cuenta que este no solo moraliza al que lo experimenta, sinó tambien al que lo contempla. De seguro que no existirian tantas hermanas de la esperanza si fuesen ménos los que desesperan: á ser ménos los desconsolados, sería más reducido el número de ángeles del consuelo. Imagínese la tierra poblada de séres completamente felices, es decir sin que los unos necesiten de los otros, y resultará lo que en un mecanismo que no funciona, sus ruedas rozarán; pero sin llegar á engranar los dientes de las mismas: es decir que los hombres formarán una agregacion de individualidades; pero en manera alguna una sociedad. Para que la beneficencia prospere es menester que exista la pobreza: esta suscita aquella, como la beneficencia engendra la gratitud... en una palabra, es indispensable la existencia de una armonía que ponga á los débiles en los brazos de los fuertes, que tenga para cada miseria su grandeza correspondiente y que haga del género humano una especie de conjunto eléctrico y de existencia múltiple, en la cual todos los movimientos resulten comunes.

Nada más cruel que la teoría de la beatitud para todos; porque so pretexto de suprimir unos desgraciados, tiende á producirlos en mayor número. Suprímase la miseria y se hacen imposibles las dulcísimas fruiciones de la caridad; háganse desaparecer los pobres y

(1) *Enchir*, cap. 11.

Vicente de Paul, arrastrará durante ochenta años consecutivos, el desencanto de un corazon inmenso que no le sirve para nada. En resolucion destrúyase la desgracia y no les queda más recurso que el de refugiarse al fondo de las almas, á todos los heroismos creados para aliviarla. Muy triste sería el dia en que debieran borrarse del diccionario las dulces palabras de bienhechor porque nadie hubiese menester beneficios, y de compasion porque se hubiese extinguido el dolor; en que los héroes de la santidad se vieran reducidos al mezquino nivel del buen ciudadano, y la magnanimidad, enferma de concentracion, tuviera que lamentarse á Dios de que habiéndole dado el corazon para el sacrificio, le quitara los medios para sacrificarse.

Por lo demás conviene consignar que en nuestra economía de la solidaridad, nadie resulta sacrificado, puesto que las desigualdades del tiempo se ven corregidas por la justicia de la eternidad.

De suerte que la bondad hace provechosas las lágrimas á nuestras virtudes, y, digámoslo tambien, siquiera como de pasada, no hay cosa alguna, incluso el mal moral, de la cual no haga brotar el bien, *considerando preferible utilizar de esta suerte el mal á no consentirlo* (1).

¿Habria brotado la noble intrepidez de los mártires sin la persecucion de los tiranos? ¿Cómo se manifestaria sin el pecado la inagotable clemencia de Dios? Supongamos un mundo inocente ¿de qué manera se realizarian el arrepentimiento de David, la penitencia de Magdalena, el celo de San Pablo, las inagotables lágrimas de San Pedro? La tierra careceria de Calvario, cierto; mas en cambio el Cielo no tendria tanto precio: las gracias del perdon concedido y las del perdon reconquistado serian desconocidas completamente; en suma, los sacramentos carecerian de su razon de ser. Resulta pues de todo lo dicho, que la bondad de Dios jamás se manifiesta tan patente como en presencia del mal moral, en primer lugar, porque le cubre, y despues, porque siendo, en cierto modo, dicho mal, la abertura por donde llega hasta nosotros y nos inunda el caudaloso rio de la misericordia, Dios hace que dicho desórden concurra á la realizacion del órden más sublime. Sólo de este modo puede explicarse el siguiente pensamiento de Santo Tomás. *Si estuviesen prohibidos todos los males, faltarian muchos bienes en el universo* (2).

La desesperacion no puede fundarse pues en que Dios al afligirnos obre impulsado por falta de bondad, pero ¿tiene acaso más fundamento la presuncion de que al obrar de esta suerte da indicios poderosos de que carece de prevision? Hay un deismo popular que consiste en

---

(1) *Enchir.*, cap. 27.
(2) I parte, quest. 22, art. 2.

conceder á Dios la honra de la creacion, sin perjuicio de relegarlo despues á una eternidad ociosa y solitaria en la cual olvida su obra. Segun este sistema Dios procede como el pintor y el escultor que se separan de su obra en cuanto le han dado la última mano, ó á la manera del potentado que, no pudiendo disponer ni de fuerzas ni de tiempo para todo, resérvase para los asuntos de empeño y transcendencia, y confia á sus delegados el cuidado de las ménos importantes. Los autores de esta malhadada fantasía, no advierten que procediendo de esta suerte, y convirtiendo, si así puede decirse, al Creador en una especie de inspector sumario de su creacion, que distingue los mundos, pero no los indivíduos; en primer lugar bajo pretexto de engrandecerle le empequeñecen, y despues sumen al hombre en la desesperacion, en lugar de fortalecer la base de su creencia, porque cuanto más teme el hombre ser visto por Dios cuando es culpable, tanto más necesita serlo cuando es desgraciado.

No tema sin embargo el desesperado semejante abandono de parte de su Padre. El cuadro ó la estátua para nada han menester la contemplacion del artista, en el punto y hora en que este los ha dado por concluidos; mas el mundo con su complicado mecanismo, con sus innumerables rodajes de los cuales unos obedecen á la necesidad, otros á la libertad; necesita para no desbaratarse, que sobre él se ejerza contínua vigilancia, y hé aquí el motivo de ejercerla Dios incesantemente, con objeto de atender á su conservacion, que viene á ser una creacion continuada por lo mismo que ni el átomo más insignificante escapa á la ubicuidad de su mirar.

Como garantía de este auxilio la fé presenta á la desesperacion la inmensidad divina, que es la omnipresencia de Dios en toda la extension de su obra; el poder divino, que nada fatiga ni nada limita, porque es el brazo de lo infinito; la sabiduría divina, que debe llegar á todos los puntos á que alcanza su brazo, porque es el ojo del Infinito; y por último la bondad divina, que debe cuidar de todo cuanto produce, porque es el amor infinito. Por esto cuando el poeta exclama,

Que tu produces las flores
que son gala del pensil,
y el vergel, avaro siempre,
no diera frutos sin tí.
A los dones que prodigas
todos pueden acudir,
hasta el insecto es llamado
de la natura al festin.

el poeta habla como el Espíritu Santo que ha dicho: El Señor ha hecho al grande y al pequeño y dispensa idéntico cuidado en la conservacion del uno y del otro (1), y habla como San Agustin que ha

(1) Sap., v. 1-8.

escrito: «Dios ha creado los Angeles del cielo y los gusanillos de la tierra, y no se muestra ni más grande en los primeros, ni más pequeño en los segundos (1).» Y despues de lo dicho, permítaseme preguntar: ¿No debe considerarse presa de verdadera alucinacion al que desespera de ser visto por Dios en sus sufrimientos?

El hijo de una madre tan cristiana como de talento, decíale un dia: Me recomendais que tema la mirada de Dios, ¿no comprendeis, madre mia, que Dios tendria mucho que hacer, si al par debiese mirar á todos lados?—Hijo, contestó la madre, verdaderamente inspirada, Dios ha hecho un sol que ilumina toda la tierra, ¿por qué la mirada de Dios ha de tener ménos alcance y extension que la luz del sol?—¡Imágen elocuente y argumento decisivo, que pone de manifiesto hasta qué punto se engañan los que temen que no han de tener en el cielo quién les vea cuando lloran, cómo si la vasta memoria de Dios no bastara á abarcar nuestras vidas todas, y á contar todas nuestras lágrimas!

¿Y no es tambien y finalmente, víctima de una ilusion, la desesperacion, cuando imagina que Dios es inflexible en virtud de ser inmutable? Debemos dejar consignado que en este punto los apóstoles de la religion natural han proporcionado numerosos argumentos al desconsuelo. «Dios, dice uno de ellos, no modifica sus designios, y por consiguiente nuestras plegarias no bastan á apartarle del órden establecido... Si la súplica es séria, equivale á la peticion formal de un milagro.» Mucho tiempo ántes habia dicho Celso: «Suplicar á Dios vale tanto como inferirle una injuria, puesto que lo prevé todo, y es inmutable por naturaleza (2).»

A esta paradoja pueden oponerse dos refutaciones, la una por el procedimiento de lo absurdo, y la otra resultado del sentido comun. Procediendo por la vía del absurdo, puede decírsele á un racionalista que esté expirando, y que no quiera que se ruegue á Dios para que le devuelva la salud, so pretexto de que teniéndolo todo resuelto de antemano, no ha de modificar cosa alguna. «¿Por qué razon llamais al médico? Si Dios tiene determinado que no habeis de morir, de nada sirven los remedios; y si ha dispuesto que sucumbais, es por demás que se practiquen las prescripciones que aquel haya dictado.» El segundo razonamiento conduce al mismo término. De manera, que en tanto la humanidad preste su asentimiento á la virtud de la medicina, ha de creer en la eficacia de la oracion: lo mismo esta que aquella se han instituido por permision de la divinidad, para cooperar á la ejecucion de los divinos designios, no para modificarlos. Debemos insistir, pues, en que Dios prevé y dispone condicionalmente las cosas, con el concurso de nuestra libertad. Si

(1) *Sap.*, v. 1-8.
(2) Orig. *De Orat.*, § 5.

esta interviene con auxilio de sus medios naturales ó sobrenaturales, la voluntad divina llega á su término por el camino natural; pero si no interviene la libertad humana, la voluntad divina realiza sus fines por otra via: en uno y otro caso es al par flexible é inmutable; flexible, en cuanto su designio se ejecuta en favor ó en contra de nosotros, segun cooperemos á la ejecucion; inmutable, puesto que, sea como quiera, su designio al cabo se ejecuta.

Ocupémonos ahora detenidamente en la refutacion que resulta del sentido comun. Para ello resumamos en breves palabras la contestacion dada por Orígenes á las añejas oposiciones dirigidas contra esta invencible propension de nuestro estado moral, que nos mueve á acudir á Dios.

En tanto no se arranque al alma humana la costumbre y la necesidad de exclamar: ¡Dios mio, Dios mio! la oracion tendrá para ella toda la fuerza y valor de una necesidad de la naturaleza. Cierto que Dios es infalible é inmutable en sus determinaciones; mas tambien es benéfico: no puede dudarse, puesto que yo lo soy, y no hemos de suponer que Dios carezca de una de las dotes que me adornan. Hé ahí, pues, dos axiomas de cuya verdad no me es posible dudar, siquiera no me sea dable demostrar su acuerdo. Tengo en mis manos los dos extremos de la cadena, y por consiguiente puedo decir con Bossuet, tengo la evidencia de que existen los eslabones que los enlazan. Esto sentado, si la beneficencia y la inmutabilidad de Dios son indemostrables en sus relaciones, son indiscutibles aisladamente consideradas. Sabemos que las verdades, unas son ciertas porque se las ve, y otras porque no pueden dejar de serlo. Ahora bien, si la eficacia de la oracion no tiene la evidencia de la luz, tiene en cambio la de la necesidad, y por consiguiente la cuestion queda reducida á estos términos concluyentes: O es indispensable que Dios deje de ser, ó es preciso que mis acentos penetren en su corazon.

Por lo demás, vosotros que pretendeis que la bondad y la inmutabilidad de Dios se excluyen mútuamente, ¿teneis de esos dos atributos nociones completamente exactas? Cierto que Dios lo ha previsto todo infaliblemente; mas en la complicada trama de su plan, ha dejado senderos en blanco, por los cuales puede pasar ó dejar de pasar nuestra voluntad sin que por esto se violente la suya. Sí, todo lo tiene dispuesto desde la eternidad; pero tambien tiene dispuesto el reservarse la eleccion del camino y del momento. Roguémosle, y llegará al resultado por el camino de la misericordia; no le roguemos y alcanzará el mismo término por el camino de la justicia. Realmente nuestra súplica determinará su voluntad; mas no la cambiará, ya que, sea lo que quiera, lo que hagamos su Providencia es lo que se ejecuta; sin más diferencia que redundar en nuestro beneficio si extendemos á él nuestra mano, y en perjuicio nuestro si no imploramos su misericordia.

¿Tiene la teoría de la desesperacion algo que sea más claro que la solucion que acabamos de exponer? No, ni la naturaleza ni el buen sentido pueden admitir un Dios que, al enagenar todos sus bienes por esceso de prevision, se ha cerrado el camino de poder hacer concesiones. Es absolutamente incomprensible una misericordia infinita que no cuente con fondos de reserva para hacer frente á las miserias eventuales de sus súbditos. Por lo demás, un Dios que nada diese, constituiría una monstruosidad espantosa, ya que el hombre que no recibiese limosna, de seguro no la daria, y permaneceria insensible á las súplicas, si sabia que las suyas no debian encontrar eco en el cielo. Afortunadamente, puesto el hombre en la alternativa de elegir entre el tierno Padre de los cristianos y la fatalidad antigua, no puede vacilar. Si las lágrimas nos ocultan por un momento el cielo, con el transcurso del tiempo acaban por purificar nuestras miradas, y ora exista la desesperacion en nuestros corazones, como resultado del raciocinio; ora provenga de exacerbacion de sentimiento, encuentra todas las contestaciones que puede desear y cuantos consuelos puede apetecer, en estas hermosas palabras impregnadas de ternura: ¡Padre nuestro que estás en los cielos!

CAPÍTULO VII.

De la felicidad absoluta ó completa respecto de la fé.

El alma humana ha sido ménos estudiada bajo este aspecto que respecto del precedente. No hay desgraciado que no presuma que siendo algo más dichoso se acercaria más á Dios, y sin embargo, tal creencia no pasa de una ilusion óptica producida por el espejismo del dolor. La prosperidad en sí misma, es mucho ménos religiosa que la desventura, en términos de ser infinitamente más los séres extraviados por la una que por la otra. En este verso famoso

«Réstame el placer de haber llorado,»

enciérrase un profundo pensamiento moral, escrito por un poeta que no se distingue por su moralidad.

El manantial de las lágrimas constituye un tesoro para el corazon. Ni esceso de ventura, ni carencia completa de felicidad terrestre: tal es para el alma el justo medio más abonado para su fé y para su virtud.

La felicidad se asemeja á esas esencias exquisitas y al par embriagantes, que deben aguarse y ser tomadas en pequeñas dósis para que no perjudiquen la salud.

Sin mezcla de amargura, la felicidad perjudica á la fé, por lo mismo que acostumbra al hombre á fiar, más bien que en Dios, en su propia fortuna, y á mirar su dicha, más bien que como un don del cielo, como una deuda que tiene derecho á exigir del destino. La ventura, del mismo modo que la desgracia inmerecidas, nos llevan á dudar de la Providencia.

No en vano se ha apellidado insolente á la felicidad que se ofrece en tales condiciones, puesto que se halla colocada entre Dios, de cuyo concurso presume que puede prescindir, y los hombres que con gran frecuencia la han menester. ¡Cuántos escépticos hay que lo fueran ménos, si como viven en el colmo de la dicha, habitaran en el fondo de una cabaña! A más de que, fácilmente se alcanza que la dicha completa en este mundo ha de ser funesta á la fé, porque

nada más natural que no acordarse de que exista el cielo, cuando se está contento en la tierra.

En tal caso, la felicidad degenera casi siempre en epicureismo: *ciñámonos coronas de rosas; gocemos los bienes presentes*, tales son los votos de aquellos, en cuya copa de placeres, no ha vertido Dios ni una gota siquiera de ajenjo que neutralice el efecto del dulzor. Invadido su organismo por una especie de materialismo práctico, la corrupcion se extiende de su vida á sus opiniones; su espíritu cree que sus negaciones proceden de ver mejor que los otros, siendo así que sólo duda por estar gastado: para que conservara su temple, le ha faltado purificarse en el crisol de la adversidad.

La moralidad del presente capítulo puede resumirse en el siguiente notabilísimo contraste. Los desgraciados han dicho: Sufrimos demasiado para poder admitir que Dios se ocupe de nosotros; los venturosos han dicho: *Hemos pecado; mas ¿qué males hemos experimentado á consecuencia de ello?* Lo mismo en un caso que en otro, la voluntad humana se inclina por la pendiente de la blasfemia, precisamente porque extrema las cosas. Vuelva á su asiento, merced á la sábia combinacion de goces y dolores que forma el tejido ordinario de nuestras existencias, é instantáneamente todo cambiará de aspecto: semejante situacion es indudablemente la más favorable á la mirada humana para ver á Dios, y á su alma para adorarlo.

Si al examinar de cerca los efectos de la desgracia y de la felicidad escesivas con relacion á las convicciones religiosas, nos vemos obligados á reconocer que los primeros distan mucho de encerrar los peligros de los segundos, no debemos mostrarnos por ello sorprendidos, teniendo en cuenta que la gratitud no arraiga en nuestra alma tan profundamente como otros sentimientos ménos desinteresados. Cuando necesitamos del auxilio de Dios, nos falta tiempo para solicitarlo; mas en cuanto el peligro ha pasado, ó cuando nuestro egoismo se basta á sí mismo, lo olvidamos completamente.

¿Por qué no hemos de apoyar nuestros asertos en ejemplos elocuentísimos? Laharpe mecido durante treinta años por los fáciles triunfos de la literatura filosófica, desafiaba á Dios, como muchos otros, porque á su sentir para nada lo habia menester. Encerrado más tarde en las prisiones del Luxemburgo por los seides del Terror, un versículo de la *Imitacion*, apropiado al estado de su alma, le dió explicacion satisfactoria á todas las blasfemias del siglo décimo octavo. Sabido es que la reparacion fué animosa y más brillante áun que no habia sido la defeccion.

Muchos son al presente los que han perdido la fé por vivir bajo dorados techos, que podrian encontrarla en el fondo de una cárcel, ó entre las privaciones del destierro. No son los palacios el observatorio más apropiado para el descubrimiento de las verdades sobrenaturales: los espectadores colocados en la penumbra de los mismos, con ser ménos vistos, ven mucho mejor.

CAPITULO VIII.

De la envidia que no cree, por qué los malvados prosperan.

Nuevo ejemplo de las aberraciones del sentimiento que influyen en el extravío del juicio. El alma recta sometida y resignada, no se escandaliza ante el espectáculo de la desigualdad con que están distribuidas las dichas y las lágrimas en la tierra; pero el alma orgullosa y egoista, persuadida de que la divina justicia se lo debe todo, y de que ella no le debe cosa alguna, jamás se muestra satisfecha de la suerte que le ha cabido y hace motivo de blasfemia sus ambiciones frustradas y sus propósitos desvanecidos. La ciencia, atribuyendo á las energías expontáneas de la naturaleza el poder de conducir las cosas á su término, y substituyendo á las de la Providencia sus fuerzas ciegas, presta apoyo poderosísimo á estas debilidades acusadoras. Oportunamente nos ocuparémos con la detencion debida de ese naturalismo que elimina á Dios creador y conservador; mas entretanto no podemos prescindir de contestar á la tentacion del hombre desgraciado, que no cree en la proteccion divina, por la sencilla razon de que padece ó de que hay otros que padecen ménos que él. Para esclarecer y poner de bulto tamaño infortunio, juzgamos indispensable poner de manifiesto la maravillosa economía de la Providencia: 1.° sobre la distribucion de los bienes y de los males en general; 2.° sobre la prosperidad de los malvados en particular.

I.

¿Existe una voluntad inteligente y justa que presida á la reparticion de los bienes y de los males, sea en nuestra primera, sea en nuestra segunda existencia? ¿Existe un punto culminante desde el cual pueda penetrarse así en lo más obscuro, como en las regio-

nes más espléndentes de semejante designio? Bossuet se elevó un dia á esas alturas sublimes, y ante el espectáculo de las bellísimas perspectivas que se ofrecian á su penetrante mirada, no pudo ménos que prorumpir en himnos de júbilo, dictados por la más sublime inspiracion, himnos que vamos á reproducir, y que con ser un bellísimo y acabado fragmento oratorio, valen más áun en el concepto de constituir una apología, presentada bajo las formas de la inspiracion profética.

«Leemos en la Historia sagrada (1) que habiendo el rey de Samaria levantado un castillo que tuviera en alarma y contínuo sobresalto todas las defensas del rey de Judéa, este reunió á su pueblo y llevó á cabo tan poderoso esfuerzo contra el enemigo, que no sólo destruyó la fortaleza samaritana, sinó que aprovechó los materiales de la misma para levantar en las fronteras de su reino dos grandes torres ó castillos que le dieran mayor seguridad.

«Por mi parte he resuelto llevar á cabo una empresa á esta parecida, proponiéndome como modelo para mi ejercicio pacífico este hecho militar. Los libertinos tienen guerra declarada á la Divina Providencia, y no encuentran cosa alguna superior y de más fuerza contra la misma, que la distribucion de los bienes y de los males que les parece injusta é irregular, sin que exista diferencia entre los buenos y los malos. En este punto se hacen fuertes los impíos como en fortaleza inexpugnable, y desde ella, lanzan sus tiros envenenados contra la Sabiduría que rige al mundo, falsamente persuadidos de que es un testimonio de la manera injusta como procede, el desórden aparente que reina en las cosas humanas. Derribemos las altas murallas tras las cuales se baten esos nuevos Samaritanos, y demostrémosles que léjos de perjudicar á la bondad de la Providencia esta desigual distribucion de los bienes y de los males en el mundo, contribuye más y más á que se haga más patente. Demostrémos tambien, fundándonos precisamente en este desórden, que existe un órden superior, al cual, en virtud de una ley inmutable, está todo subordinado, y con las ruinas de la fortaleza de Samaria, levantemos las torres que han de ser nueva defensa para las fronteras del reino de Judá.

«El teólogo de Oriente S. Gregorio Nacianceno, contemplando la belleza del mundo, en cuya estructura se ha mostrado Dios tan sabio y tan magnífico, llámale elegantemente en su lengua, placer y delicias de su Creador (2). Habia aprendido en Moisés que á medida que el divino arquitecto adelantaba en la construccion de ese edificio inmenso, contemplaba admirado cada una de sus partes: «Dios vió que la luz era buena (3);» que al dar por terminada su

---

(1) Reyes. X. 17-22.
(2) Orat. xxiv, t. I, p. 557.
(3) Génesis, I, 4.

obra encareciόla de nuevo considerándola «perfectamente bella (1)» y por último, que habia experimentado el júbilo más inmenso en la contemplacion de su propia obra. Por lo dicho no debe suponerse en manera alguna que Dios tenga un punto de semejanza con los obreros mortales, que por lo mismo que se apenan no poco en la realizacion de sus empresas, y están temiendo siempre por el éxito de las mismas, experimentan íntima y natural satisfaccion al ver terminada una obra que les libra de fatigas y asegura su buen nombre. En cuanto á Moisés juzgando las cosas desde un punto de vista más elevado y con un pensamiento superior y previendo que habia de llegar un dia en que los hombres ingratos no vacilarán en negar la Providencia que rige los destinos del mundo, nos revela y pone de manifiesto que Dios está desde el comienzo plenamente satisfecho de la obra maestra que creó con sus manos, para que, siendo para nosotros el placer que experimentó en formarla, prenda segura del cuidado que en conservarla y dirigirla ha de poner, no pueda asaltarnos en tiempo alguno la duda de que no ha de inspirarle el menor afecto el régimen de lo que con tanto placer llevó á cabo, y que juzgó verdaderamente digno de su profunda sabiduría.

«En consecuencia debemos comprender que el universo en general y especialmente el género humano, constituye el reino de Dios, que rige y gobierna personalmente por medio de leyes inmutables por él mismo establecidas, y nos consagrarémos á meditar los secretos de esta política celeste que rige la naturaleza entera, y que encerrando en su órden la instabilidad de las cosas humanas, no pone ménos atencion en los accidentes que son propios de la vida de los individuos, que en los grandes y memorables acontecimientos que deciden de la fortuna de los imperios.

«Cuando considero la disposicion de las cosas humanas confusa, desigual, irregular, no puedo ménos que compararla á ciertos cuadros que suelen exhibirse en los gabinetes de los curiosos, como un nuevo juego de perspectiva. A la primera mirada sólo distinguimos rasgos informes y una mezcla confusa de líneas y colores, que más bien parecen ensayo de aprendiz ó juego de niño, que trabajo producido por una mano maestra. Mas en el instante mismo en que el que está enterado del secreto, lo coloca del modo conveniente agrúpanse de cierto modo todas las líneas desiguales, la confusion desaparece, y vése aparecer un rostro con todos sus lineamientos y proporciones, dónde no existía antes apariencia alguna de forma humana. Pues bien, semejante mecanismo me se figura que puede darnos una idea bastante exacta de lo que sucede con la imágen

(1) Génesis I, 4.

del mundo, de su confusion aparente y de su órden oculto, de ese órden y proporcionalidad que jamás podemos distinguir, como no sea contemplando á aquel por un punto determinado, que nos pone de manifiesto la fé en Jesucristo.

«He visto, dice el Eclesiastés (1), un desórden estraño debajo «del sol: he visto que por punto general no se confía el correr á los «más diligentes, ni los negocios á los más prudentes, ni la guerra á «los más valerosos; sino ser el azar y la ocasion los que dan todos «los empleos, los que arreglan todas las pretensiones.

«He visto, que lo mismo acontece al hombre de bien que al mal«vado, al que hace sacrificios, que al que blasfema.

«Casi todos los siglos se han lamentado de haber visto triunfante á la iniquidad, y á la inocencia afligida; mas en cambio y para que se vea que no hay nada que pueda considerarse como base segura, tambien en muchas ocasiones ha podido contemplarse la inocencia ocupando el trono, y á la iniquidad subiendo al cadalso. En suma que existe en el cuadro verdadera confusion, y que los colores se han puesto á lo que parece al azar, y sin más objeto que manchar la tela ó el papel.

«En vista de ésto el libertino que carece de reflexion exclama: esto es una confusion, aquí no hay órden, y luégo por lo bajo, en el fondo de su corazon añade, aquí no hay Dios, y si lo hay, preciso es convenir en que abandona la vida humana al capricho de la suerte. Poco á poco desgraciado, refrenad vuestra imaginacion, y no juzgueis tan precipitadamente en asunto de tanta importancia. Acaso lo que juzgais confusion es un mecanismo secreto, y mientras no logreis dar con el verdadero punto de vista, desde el cual deben contemplarse las cosas, no veréis rectificadas todas las desigualdades, ni que aquello que juzgais confusion y desórden es resultado de la sabiduría más profunda.

«Sí, sí: este cuadro tiene su especial punto de vista para ser contemplado; no os quepa en ello la menor duda, y el mismo Eclesiastes que nos ha revelado la existencia de la confusion, nos conducirá al lugar desde el cual nos será dado distinguir el órden que reina en el mundo. «He visto, dice, debajo del sol, á la impiedad «ocupando el lugar del juicio, y á la iniquidad allí dónde debia es«tar la justicia.» Es decir, si no nos equivocamos, á la iniquidad en el tribunal, á la iniquidad ocupando el sólio destinado á la justicia. No cabe mayor elevacion ni ocupar un lugar más indebido. ¿Qué debia pensar Salomon en vista de semejante desórden? Que Dios abandonaba las cosas humanas á sí mismas, sin haber quien las dirigiera. Esto parece á primera vista; mas despréndese todo lo contrario de las palabras de tan sabio príncipe, cuando ante el es-

(1) XI, 11.

pectáculo de semejante trastorno exclama: «Inmediatamente he dicho en el fondo de mi corazon: Dios juzgará al justo y al impío, y entónces acabará el tiempo de cada cosa (1).

«Hé ahí un raciocinio digno del más sabio de los hombres: descubre en el género humano una extremada confusion, y vé en el resto del mundo un órden maravilloso; presume que es imposible que nuestra naturaleza, única que Dios ha criado á su semejanza, sea la única que abandone al azar, y convencido con razon de que debe reinar el órden entre los hombres, al ver que no se encuentra áun establecido, concluye necesariamente que el hombre debe esperar algo. Aquí se encierra todo el misterio del consejo de Dios; tal es la gran razon de Estado de la política del cielo. Dios quiere que vivamos en el tiempo esperando perpétuamente la vida eterna; nos establece en el mundo dónde nos pone de manifiesto un órden admirable para evidenciarnos que su obra está sabiamente dirigida, dejando de intento cierto aparente desórden, para que comprendamos que no ha dado áun la última mano. ¿Para qué? Para mantenernos constantemente en la espectativa del dia grande de la eternidad, en el cual en virtud de una decision postrera é irrevocable, serán todas las cosas debidamente apartadas, y separada una vez más la luz de las tinieblas, puestas en virtud de un postrer juicio la justicia y la impiedad en el lugar que les corresponde. «Y entónces, dice Salomon, habrá llegado el tiempo de cada cosa.»

«Abrid, pues, los ojos, mortales: Jesucristo es quien os exhorta en el admirable discurso que se lee en el capítulo VI de San Mateo, y en el XII de San Lúcas de los cuales vamos á hacer una paráfrasis. Contemplad el cielo y la tierra y la sábia economía de este universo: ¿puede imaginarse nada mejor dispuesto que este edificio? ¿Existe cosa alguna más bien provista que esta familia? ¿Hay nada mejor gobernado que este imperio? Este poder supremo que ha construido el mundo y que nada ha hecho que no sea muy bueno, ha creado sin embargo séres más perfectos y mejores unos que otros. Ha creado los cuerpos celestes que son inmortales, y ha dado vida á las criaturas terrestres que están destinadas á perecer: ha creado animales de desmesurada corpulencia, y pájaros é insectillos cuya pequeñez escede á toda ponderacion: ha producido los árboles gigantescos que son preciado adorno de las selvas, y que subsisten durante siglos y más siglos, y las florecillas del campo que nacen y mueren con el sol del mismo dia.

«Hay desigualdad en sus criaturas, porque esta misma bondad que ha dado el ser á las más nobles, no ha querido enviarla á las que lo son ménos; mas su providencia alcanza lo mismo que á las inferiores á las superiores. Proporciona alimento á los tiernos paja-

(1) XI, 11.

rillos que todas las mañanas le saludan con sus trinos melodiosos, y á las flores, cuya belleza y lozanía se marchitan en breves horas, las viste con tan preciosos colores, durante los cortos instantes de su existencia, que Salomon, en medio de sus pompas y explendores, no tuvo nada comparable á tan preciado ornamento. ¿Y vosotros hombres, creados á su imágen, iluminados con la luz del entendimiento, llamados á disfrutar de su reino, ¿podeis imaginar que os olvide y que seais los únicos entre todas sus criaturas, sobre los cuales no tienda la mirada protectora de su providencia paternal? «¿No sois, por ventura, superiores á ellos?» Si llama vuestra atencion un aparente desórden, si presumís que la recompensa para la virtud se hace aguardar mucho tiempo, y que el castigo no sigue muy de cerca al vicio, pensad en la eternidad de este Sér primero; sus propósitos, sus designios formados y concebidos en el seno inmenso de esta eternidad inmutable, no dependen ni de los años ni de los siglos, que como momentos ve pasar delante de sí, y es menester la duracion entera del mundo para desenvolver completamente las órdenes de tan profunda sabiduría.

«¡Y nosotros, mortales miserables, quisiéramos ver cumplidas todas las promesas de Dios, en el brevísimo período de nuestros dias! ¡Porque nosotros y nuestros consejos, estamos limitados á un tiempo tan reducido, quisiéramos que el Infinito se encerrara tambien dentro de los mismos límites, y que en tan breve espacio desplegara cuánto su misericordia prepara á los buenos, y su justicia tiene destinado á los perversos (1)! ¡Oh! esto no seria justo. Dejemos que el Eterno obre segun las leyes de su eternidad, y léjos de pretender que se reduzca á nuestras dimensiones, trabajemos en alcanzar su extension.

«Si logramos hacernos capaces de esta dichosa libertad de espíritu; si medimos los consejos de Dios segun la regla de la eternidad, contemplaremos sin impaciencia esta mezcla confusa de las cosas humanas. Cierto que Dios no ha establecido áun diferencia entre los buenos y los malos; mas proviene esto precisamente de que ha fijado de antemano un dia para ello, y en él la pondrá de manifiesto á la faz del mundo entero, y este dia será aquel en que se haya completado el número de los unos y de los otros. Esto es lo que ha hecho pronunciar á Tertuliano esas escelentes palabras: «Como Dios ha remitido el juicio á la consumacion de los siglos, no «precipita el discernimiento que es condicion indispensable del «mismo. Muéstrase casi igual sobre toda la naturaleza humana, y «los bienes y los males que envia entre tanto á la tierra son comu«nes á sus enemigos y á sus hijos (2).»

---

(1) S. Agustin. Enar. in Psal. XCI, n. 8, t. IV, p. 986.
(2) Apol., n. 41, p. 37.

«Sí, solo la misma verdad pudo dictar á Tertuliano tan elocuentes como inspiradas palabras. Póngase la atencion en el pensamiento, «Dios no precipita el discernimiento.» Precipitar la resolucion de los asuntos, es propio únicamente de la debilidad que se ve precisada á apresurar la ejecucion de sus designios, porque depende de las ocasiones, y estas ocasiones son, por punto general, momentos contados, cuya rapidez y brevedad exigen que procedan precipitadamente los que se ven obligados á sujetarse á los mismos. Pero Dios, que es el árbitro del tiempo, y que desde el centro de su eternidad desenvuelve todo el órden de los siglos: que conoce su omnipotencia y que sabe que nada puede escapar á su soberano poder, no tiene por qué apresurarse en sus determinaciones! Sabe que la sabiduría no consiste en obrar rápidamente, sinó en hacer las cosas con la debida oportunidad. Permite que los locos y los temerarios censuren sus procedimientos; pero no juzga que deba modificar sus resoluciones por los rumores de reprobacion que pueden suscitar. Bástale con que sus enemigos y sus servidores esperen humildes y temerosos la llegada de su dia: en cuanto á los demás, sabe perfectamente dónde debe aguardarles, y que está préviamente establecido el dia del castigo; no se conmueve por sus reproches, porque ve que tarde ó temprano ha de llegar su dia (1).

«Pero entre tanto, se dirá, Dios colma de bienes á los malvados é impone á los justos terribles penalidades, y áun cuando este desórden sólo durara brevísimos instantes, bastaria para sostener que hay en él mucho de injusto. Desengañémonos cristianos, y penetremos la diferencia existente entre bienes y males, por lo mismo que los hay de dos especies completamente distintas; pues hay bienes y males confundidos que dependen exclusivamente del uso que hagamos de los mismos. Por ejemplo, la enfermedad es un mal; mas podemos convertirla en un bien incomparable, si logramos santificarla por medio de la paciencia: la salud es un bien; mas podemos convertirla en un mal peligrosísimo, si la empleamos en la disipacion. Tales son los bienes y los males confundidos que participan de la naturaleza del bien y del mal, y que se convierten en mal ó en bien segun el uso que se hace de los mismos.

«Téngase en cuenta, sin embargo, que el omnipotente Creador, tiene en los tesoros de su bondad un bien supremo que jamás puede convertirse en mal: este bien es la felicidad eterna; y además tiene tambien en los tesoros de su justicia, ciertos males extraordinarios que no pueden convertirse en bien para aquellos que los sufren, y estos males son los suplicios de los réprobos. La regla de su justicia no permite que los malvados gusten en tiempo alguno ese supremo bien, ni que los buenos deban padecer los tormentos eter-

(1) Psalmo XXXVIII, 13.

nos: por esto cuando llegue la ocasion pronunciará la sentencia que le dicte su juicio; pero en cuanto á los bienes y males que se confunden, los dispensa indiferentemente á los unos y á los otros.

«Esto sentado, se comprende facilmente que esos bienes y esos males supremos corresponden á la época del juicio final, de los discernimientos generales, en la cual los buenos serán separados para siempre jamás de la sociedad de los impíos, y que esos bienes y esos males confundidos, hállanse equitativamente distribuidos de la mezcla que formamos, «porque, dice, S. Agustin, era verdaderamente «indispensable que la justicia divina, predestinara ciertos bienes á «los justos, bienes que no deben disfrutar los malvados en tiempo «alguno y que preparara á estos ciertas y determinadas penas que «no deben experimentar jamás los buenos.»

«Esto es lo que constituirá en el último dia el discernimiento eterno; mas en tanto llega el tiempo prefijado, en este siglo de confusion en que yacen mezclados los buenos y los malos, es indispensable que los males y los bienes sean comunes á los unos y á los otros, á fin de que el mismo desórden que de ello resulta, mantenga suspensos á los hombres de la postrera é irrevocable decision.

«¡Cuan divinamente ha celebrado el santo, el divino Psalmista, esta bella distincion de los bienes y de los males! «He visto, «dice, en la mano de Dios, una copa llena de tres licores: es el «primero vino purísimo; el segundo vino mezclado; el tercero lo «forman las heces.» ¿Qué significa el vino puro? El júbilo de la eternidad, júbilo que no altera mal alguno, alegría que no enturbia el más ligero pesar. En cambio ¿qué significan esas heces sinó es el suplicio de los réprobos, suplicio que no puede templar la más insignificante dulzura? Y este vino mezclado ¿qué representa más que esos males cuya naturaleza puede hacer cambiar el uso, tales cuales en la vida presente los experimentamos? ¡Qué bella distincion de bienes y males la cantada por el profeta, y qué sabia distribucion la llevada á cabo por la divina Providencia? Hé ahí los tiempos de mezcla, los tiempos de mérito, durante los cuales es preciso ejercitar los buenos para experimentarlos, y sufrir á los pecadores para esperarlos: que se derramen en esa mezcla esos bienes y esos males mezclados de que saben aprovecharse los sabios, y de los cuales abusan los insensatos; mas téngase entendido que esos tiempos de confusion acabarán. Venid espíritus puros, espíritus inocentes, venid á saborear el vino puro de Dios, la felicidad sin mezcla. Y vosotros pecadores empedernidos, malvados eternamente separados de los justos, han concluido para vosotros la felicidad, los juegos, los banquetes, los goces mundanos; venid á apurar la amarga copa de las divinas venganzas (1). Contemplad el discernimiento que se-

(1) Salmo LXXVI-9.

parará todas las cosas por medio de una sentencia definitiva é irrevocable.

«¡Cuán grandes son vuestras obras! ¡Cuán justas y verdaderas «vuestras alegrías, oh Señor Dios Omnipontente! ¿Quién será el que «no os bendiga? ¿Quién el que no os alabe oh Rey de los siglos (1)?» ¿Quién dejará de sentirse admirado al considerar vuestra prudencia; quién será el que no tema vuestros juicios? ¡Ah! verdaderamente el hombre insensato no entiende tales cosas y el loco no las conoce (2); «solo vé lo que le conviene y se engaña (3).» Por que vos habeis determinado, oh arquitecto escelso, que no pudiera contemplarse la belleza de vuestro edificio, miéntras no le hubiéseis dado por completamente concluido, y vuestro Profeta ha predicho «que sólo en el último dia podria comprenderse el misterio de vues«tro consejo (4).»

«Mas entónces será demasiado tarde para sacar provecho de un conocimiento tan necesario: anticipemos el momento prefijado; asistamos con los ojos del espíritu al espectáculo del último dia, y situados cabe el dintel del tribunal á cuya presencia compareccerémos, contemplemos las cosas humanas. En este temor, en este espanto, en el silencio universal de la naturaleza entera, ¡qué terrible efecto han de producir las carcajadas arrancadas por el raciocinio de los impíos que hayan perseverado en el crímen, al ver la impunidad de otros criminales! En cambio ellos mismos quedarán sorprendidos al considerar que esta pública impunidad les anunciaba en altas voces el extremo rigor de este último dia. Sí, yo acudo al testimonio de Dios vivo, que da en todos los siglos pruebas manifiestas de su venganza; los castigos ejemplares que impone á algunos, me parecen ménos terribles que la impunidad de todos los demás. Si castigara en la tierra todos los crímenes que en ella se cometen, juzgaria agotada su justicia, y no abrigaria el fundado temor de un juicio más temible. Mas al presente su propia dulzura, y hasta su proverbial paciencia, no me dejan la menor duda con relacion al gran cambio que debemos presenciar. Nó, las cosas no ocupan todavía el lugar que las corresponde: Lázaro, siquiera inocente, sufre áun: el mal rico, no obstante su culpabilidad, disfruta de bien estar: es decir que ni el sufrimiento ni la dicha ocupan áun el lugar que les corresponde: este estado es violento y no puede durar siempre. No fieis en ellos, hombres del mundo: es indispensable que las cosas cambien. Y en efecto, fijáos en lo que sigue: Hijo mio, durante tu vida has tenido solamente motivos de satisfaccion al paso que Lázaro no los ha tenido más que de pena. Semejante des-

(1) Apoc. xv. 3-4.
(2) Salmo xci. 6.
(3) Sap. 11-21.
(4) Jerem. xxiii. 20.

órden podia tolerarse durante el tiempo de confusion, y miéntras Dios estaba preparando una gran obra; mas bajo el dominio de un Dios bueno y justo, era imposible que semejante confusion se eternizara. Hé ahí porque, prosigue Abraham, ahora que habeis llegado ambos al lugar de vuestra eternidad, va á dictarse una nueva disposicion, en virtud de la cual cada cosa ocupará el sitio correspondiente. La pena seguirá constantemente al culpable que se ha hecho digno de ella, y al justo que lo hubiese esperado, seràle concedido el consuelo. Tal es el consejo de Dios expuesto fielmente por su Escritura.

II.

Si por tan elocuente manera justificaba Bossuet los propósitos de la Providencia, no se ocultaban á su mirada ciertos rincones ocultos y determinados pliegues escondidos. Así se explica que despues del magnífico acto de fé, que acabamos de escuchar, parezca turbarse su espíritu cual si se hallara en presencia de un enigma impenetrable, y exclame en consecuencia: «Cuando llamando á juicio los recuerdos de todos los siglos que fueron, veo en manos de los impíos las grandezas de la tierra; los hijos de Abraham y el único pueblo que adora al verdadero Dios, relegado á Palestina, pequeño rincon del Asia, rodeado por las monarquías soberbias de los orientales infieles; y, viniendo ya á algo que de más cerca nos interesa, cuando contemplo á este enemigo declarado del nombre cristiano sostener por medio de las armas las blasfemias de Mahoma contra el Evangelio; someter á la media luna la cruz de Jesucristo nuestro Salvador; disminuir diariamente la cristiandad, merced á la fortuna de sus armas, y considero además que no obstante haberse terminantemente declarado en contra de Jesucristo, este sabio dispensador de coronas, lo contempla desde lo alto de los cielos ocupando el trono de Constantino....

¿Hemos de temer que ante semejante espectáculo la fé de Bossuet vacile, y se arrepienta y retracte de las protestas que constituyen el himno de adoracion que acaba de cantar? De ningun modo y en prueba de ello continuemos prestándole atencion. «Cuando considero que el verdadero Dios no vacila en abandonar á sus enemigos tan vastos y dilatados imperios, cual si fuesen presentes de escaso valer, comprendo fácilmente que no debe hacerse gran caso de tales favores, así como de los bienes que concede para la vida presente. Y tú, vanidad y grandeza humana, triunfo de un sólo dia, soberbia nada, ¡cuán pequeña y despreciable me pareces al contemplarte bajo este concepto (1)!» La eternidad, esta es en efecto

(1) Jerem. XXIII. 20.

la última palabra de los juicios de la Providencia. Sin esta salida la vida se acaba; más no se desenlaza, los destinos humanos no tienen verdadero acabamiento, y Dios continúa sometido á acusacion.

Mas en tanto que semejante solucion se realiza ¿nada podrémos decir en descargo de la responsabilidad divina, en el feliz resultado que alcanzan los malvados?

Empecemos desde luégo por consignar que la adversidad no hace distincion de personas, y que las probabilidades de la mala fortuna son por lo ménos iguales para los buenos y para los malos. En tiempo de hambre no son sólo los inocentes los que sucumben á la necesidad; del mismo modo que cuando la guerra pasea por campos y ciudades, no basta con ser malvado para escapar á sus horrores.

«Nó, nadie ignora que las balas no elijen á sus víctimas..... Si el hombre de bien padeciera por ser hombre de bien, y el malvado padeciese porque es malvado, el argumento no tendria solucion; mas desde el instante en que se supone que el bien y el mal se hallan distribuidos indiferentemente entre todos los hombres, cae por tierra completamente desacreditado (1).»

Y téngase en cuenta que esta indiferencia absoluta de la repartición del bien y del mal no existe. Al hacer la enumeracion de los dolores humanos, espanta el ver la parte que corresponde á las pasiones, precisamente porque de ellas proceden, y las lágrimas vertidas por la disipacion, por la pereza reducida á la miseria, por el orgullo desengañado, por la cólera y la injusticia condenadas á las expiaciones: comparadas con las que vierten las virtudes opuestas, forman un contraste elocuente, demostrativo, en favor de la justicia de Dios en el tiempo. La desgracia no fué el crisol de dónde hizo brotar los santos, la Providencia podria aplazar perfectamente las compensaciones que le reserva, sin necesidad de desaparecer de la escena, puesto que si se oculta frecuentemente imponiéndola á la virtud, se patentiza con más frecuencia empleándola en el castigo del vicio. Y esto que es evidentísimo, considerado el hombre aisladamente, lo es más áun cuando se fija la atencion en esas agregaciones de hombres que se llaman sociedades. Como los indivíduos son inmortales, Dios puede sobreseer, sin perjuicio de proceder de nuevo llegada la hora de la justicia eterna; mas como las naciones son perecederas, es menester que su juez se apresure á fin de que no eludan tales leyes: *La justicia eleva las naciones y el pecado hace miserables á los pueblos* (2). Tal es la razon de que los pueblos no mueran rodeados del prestigio de la gloria inmerecida, siendo en

---

(1) De Maistre. *Veladas de San Petersburgo*, 1. p. 16 á 24.
(2) Prov. xiv. 34.

cambio muy frecuente el que pasen ántes por un dilatado período de decadencia que venga á compensar los escándalos de su elevacion; en tanto que el indivíduo culpable perece ocupando un lugar distinto del que le corresponde, porque basta la tumba para volverle al que realmente merece.

¿Qué pretenden, pues, los espíritus descontentadizos á quienes no satisface semejante órden? ¿Una ejecucion inmediata contra el mal, y la apoteósis instantánea del bien? Mas, semejante economía no tenderia á otra cosa más que á la destruccion de la libertad, de la moralidad humana, y del trastorno de la misma naturaleza física.

Supóngase que en virtud de una disposicion divina, deba caer la mano del ladron en el instante mismo en que acaba de cometer un robo. ¿Qué sucederia en tal caso? Que el ladron se abstendria de robar, como de poner su mano debajo del hacha del verdugo (1). Es decir, que todo seria resultado de la opresion de la espontaneidad, y por consiguiente de la conciencia humana.

Supóngase, en cambio, que en cuanto se lleve á cabo un acto de virtud, ha de descender del cielo un ángel, con el exclusivo objeto de recompensarlo. En este caso lo que resultaria seria llevar á cabo buenas acciones, de la misma manera que se elaboran productos de primera calidad, para obtener el galardon, especialmente si este es muy preciado y valioso. La recompensa inmediata y milagrosamente visible de los actos virtuosos, seria el término de la virtud meritoria.

A más de que, cuando descargue la nube cargada de pedrisco, ¿será menester que este se mantenga en el aire para que no resulte destruida la viña del justo? Y cuando ruede el alud desde la cumbre de la montaña, ¿deberá detenerse en presencia del hombre de bien que atraviesa su camino? Y cuando tenga lugar un naufragio, ¿los buenos deberán salvarse necesariamente áun cuando no sepan nadar? Y si descarrila un tren, ¿sólo habrán de estar expuestos á las consecuencias del choque los perversos y los impíos? De manera, que los incrédulos que no admiten ni la existencia ni la posibilidad de los milagros, quisieran que Dios los estuviera realizando incesantemente, para no abrigar la menor duda respecto de su intervencion en las cosas de la tierra. Exagerad lo falso y resultará lo absurdo.

¡Cuánto más profunda y luminosa es la doctrina de la fé! Dios hace salir el sol, dice San Agustin, para los buenos y para los malos; mas si los bienes de esta vida les son comunes, en cambio, en la vida futura existen otros de los cuales no podrán participar los pecadores, así como hay males de que los buenos estarán siempre libres, resultando con ello restablecido el equilibrio. Hay más áun:

(1) De Maistre. *Veladas* I, p. 23.

la comunidad de bienes y de males no ofrece idénticos resultados para los primeros que para los segundos, porque bajo el imperio de una misma afliccion, el vicio blasfema, la virtud ora, de la propia suerte que bajo la accion del mismo fuego, la leña se consume y el oro brilla con más explendor (1).

Por lo demás, respecto del particular, la antigüedad pagana ha tenido intuiciones, y ha dado testimonios capaces de abochornar al racionalismo contemporáneo. Séneca escribió un tratado famosísimo, bajo el título siguiente, verdaderamente digno de llamar la atencion: «¿Por qué motivo, ya que existe una Providencia, las gentes honradas se ven sometidas al infortunio?» Y se contesta.

«Porque entregando los hombres virtuosos á los embates del infortunio, Dios les trata con un cariño verdaderamente paternal, puesto que trabaja en hacerlos dignos de él, les purifica, les fortalece, los prepara para sí. *Sibi illum præparat.*

«Porque, propiamente hablando, no existe verdadero mal para el justo, puesto que la prueba es para él tan necesaria, como la lucha para el atleta y la guerra con sus peligros para el soldado.

«No debe sorprendernos, continúa, que Dios que ama á los buenos, les conceda la fortuna como adversarios; por lo que á mí toca, nada hallo más hermoso que esta lucha. El hombre fuerte que lucha con la desgracia, es un lidiador digno de la contemplacion de Dios.»

Y Séneca, sin dejar de la mano la historia, continúa haciendo la apología de la Providencia, que opone, á título de correctivo, los héroes á los criminales: es decir, Múcio á Porsena; Fábio á Pyrro; Régulo, esclavo de su juramento, á Mecenas, esclavo de la disipacion; Rutilio, en fin, prefiriendo el destierro y desdeñando el perdon de Syla; al mismo Syla triunfando merced á sus malas artes. De suerte, que sobre la tierra, la virtud se ve con frecuencia oprimida; pero siempre está presente, porque si Dios abandona á la libertad los movimientos del mundo, no se ausenta jamás.

Cuando se considera que tales cosas se han escrito en Roma, en tiempo de un emperador como Neron, no puede ménos que producir admiracion profunda el espectáculo de convicciones mucho más arraigadas que las crueldades de los Césares, y las debilidades de semejante período de decadencia. Pero, sobre todo, aumenta la compasion que inspiran los hombres de nuestro tiempo, el que, despues de diez y ocho siglos de cristianismo, no acierten á descubrir la señal del dedo de Dios en los acontecimientos que han transformado el universo.

¡Cuánta mayor filosofía se encerraba en la sabiduría de David!

---

(1) *Ciudad de Dios*, lib. 1, cap. 8.

Porque no es de nuestros tiempos la existencia de semejante problema, y en las siguientes palabras podemos ver la manera cómo expresaban sus angustias los reyes y los profetas, y la solucion que daban por su parte á dicho problema.

Yo he sentido celos contemplando la paz de los pecadores. Su iniquidad ha parecido brotar de su abundancia; su boca ha blasfemado contra el cielo; hánse aumentado sus riquezas; ha crecido en gran manera su importancia en el siglo. Y yo, en cambio, en vano he justificado mi corazon, y lavado mis manos en medio de los inocentes; toda mi vida he sufrido los rigores de la flagelacion, y mi suplicio comenzó muy temprano. He tratado de penetrar semejante misterio; pero mi razon ha sucumbido en la empresa, mientras no he penetrado en los designios de Dios... y en tanto no he llegado á comprender el postrer destino de esos pretendidos dichosos. Donec intelligam in novissimis eorum (1).

Por consiguiente, todo el misterio se reduce á saber aguardar á que se complete la economía de estas palabras: *He visto al impío elevado sobre la tierra como los cedros del Líbano: pero no he hecho más que pasar, y habia desaparecido ya, y hasta se habia borrado la huella de su paso.*

Tal es el primer grado de la justicia divina.

Cuanto más tiempo haya permanecido el pecador en el seno de las delicias, tanto mayor será el que viva en los tormentos.

Este es el segundo.

Para no creer razonable este órden, es indispensable dejar de prestar crédito á la propia razon.

---

(1) Salmo LXXII.

CAPÍTULO IX.

Del farisaismo incrédulo nacido de las debilidades de los creyentes.

Hé ahí una nueva pasion que es al par fuente y pretexto de incredulidad, y si bien es cierto que carece completamente de fundamento lógico, no por esto deja de ejercer poderosa influencia en las ideas de determinadas personas. Existen almas modestas que sólo se acusan á sí mismas de la carencia de ciertas virtudes; pero en cambio hay otras que achacan á los vicios de los demás hasta la fé que les falta, y que se hallan dispuestas siempre á combatir la utilidad de la religion por la inutilidad moral de los sentimientos religiosos. Balmes tuvo ocasion de conocer ese género de escepticismo personificado en uno de sus amigos, á quien dirigió una carta que responde perfectamente al asunto del presente capítulo. Cedamos pues la palabra sin comentario alguno á ese espíritu observador. Su pensamiento corre con tanta claridad en este fragmento, que le seguirémos gozosos hasta el fin, no obstante las sinuosidades de su curso, y sus repeticiones un tanto frecuentes.

«No podia yo figurarme que la conducta de muchos cristianos le sorprendiera á V. hasta el punto de llegar á suponer que ó finjen hipócritamente estar adheridos á la religion, ó cuando ménos la profesan sin entender una palabra de ella. Dice V. que no alcanza á comprender cómo es posible que enseñando la religion doctrinas tan altas, algunas de las cuales son sumamente trascendentales y hasta terribles, haya hombres que estando convencidos de la verdad de ellas ó las contrarien con su conducta, ó vivan haciendo poquísimo uso de las mismas. Añade V. que concibe muy bien la religion de un S. Gerónimo, de un S. Benito, de un S. Pedro de Alcántara, de un S. Juan de la Cruz, es decir, hombres profundamente penetrados de la nada de las cosas terrenas, de la importancia de la eternidad, y por consiguiente desasidos de todo lo mundano, muertos á todo cuanto los rodea, y atentos únicamente á la gloria de Dios, y á la salvacion de sus almas y á las de sus prógimos;

pero que no comprende, en primer lugar, la religion de los viciosos, esto es, de hombres que viven convencidos de la eternidad de las penas del infierno, y no obstante como que hacen todo lo posible para hundirse en él; que no comprenden la religion de otros que sin embargo de no estar entregados al vicio, dejan correr sus dias con cierta indiferencia, sin afanarse mucho por lo que pueda venir despues de la muerte, ni áun de aquellos que practicando la virtud con cierta tibieza, no mostrándose continuamente poseidos de la idea de que muy en breve van á encontrarse ó con una dicha sin fin ó condenados para siempre á horribles suplicios. Segun parece esto le escandaliza á V. y hasta puede contribuir á mantenerle separado de la religion; pues que si nos atenemos á este modo de mirar las cosas, no hay medio entre ser escéptico ó anacoreta.

«En primer lugar se me ocurre una reflexion que no quiero dejar de consignar aquí; y es: la variedad y contradiccion de los argumentos con que es atacada la religion y lo descontentadizos que con ella se muestran los escépticos é indiferentes. ¿Hay una persona muy cristiana, muy devota, que pasa los dias en la oracion y en la penitencia, que mira todas las cosas del mundo como transitorias y livianas, que se manifiesta profundamente poseida de la nada de todo lo terreno, que con sus palabras y sus acciones muestra bien claro que no se aparta jamás de su mente Dios y la eternidad? entónces se dice que la religion es esencialmente apocadora, que estrecha las ideas, que encoje el corazon, que hace á los hombres misántropos, que los inutiliza y que por tanto sólo sirve para frailes y monjas. Hasta se llega algunas veces á dar consejos de prudencia recordando que si se procurase presentar la religion bajo un aspecto jovial y afable, no se apartarian de ella tantos hombres que si bien se sienten inclinados á seguirla, no pueden consentir en tornarse tristes, taciturnos, andándose cabizbajos y cuellituertos por esas calles é iglesias; y hete ahí, que si hay otros hombres que á pesar de ser profundamente religiosos, de estar altamente penetrados de las terribles verdades de la fé, y quizás muy dedicados á la práctica de virtudes austeras, se muestran no obstante con rostro sereno y apacible, conversacion alegre y festiva, no dejando entrever que se agite en su mente el formidable pensamiento del infierno, entónces se objeta lo extraño, lo inconcebible de semejante proceder, y se echa de ménos la conducta de aquellos otros que poco ántes eran blanco de reprension y tal vez de desprecio y burla. De suerte que si la religion llora, se quejan ustedes de que llora; si rie, de que rie; y si se mantiene sosegada y calmosa la acusan de indiferente. Bueno es hacer notar semejantes contradicciones que dejan en evidencia la sin razon de los que caen en ellas, ya sea por haber meditado poco sobre los objetos de que hablan, ya por dejarse arrastrar del prurito de hacer cargos á la religion, echando mano de todo linaje de argumentos.

«Pero vamos derechamente al punto capital de la dificultad, y veamos si es posible contestar satisfactoriamente á las objeciones de V. ¿Cómo es posible que un hombre religioso sea vicioso? Esta es, si no me engaño la principal dificultad que V. presenta, y me ha de permitir V. que le diga con toda ingenuidad, que muestra muy escaso conocimiento del corazon humano quien propone seriamente una objecion semejante. La vida entera de la mayor parte de los hombres es un tejido de esas contradicciones que V. no alcanza á explicarse; si debiéramos dar alguna importancia á dicha objecion, nada ménos resultaria sino exigir que todos los hombres arreglaran su conducta á sus ideas, y que quien abrigase una conviccion, obrara siempre en consecuencia de ella. ¿Y cuándo y dónde ha existido un proceder semejante? ¿No estamos viendo todos los dias que, áun prescindiendo de las ideas religiosas, se verifica aquello de conocer el hombre de bien, de aprobarlo, y sin embargo ejecutar el mal? *Video meliora, proboque, deteriora sequor.* Veo lo mejor, me gusta; pero sigo lo peor. No hago el bien que quiero, sinó el mal que aborrezco. *Non quod volo bonum hoc ago, sed quod odi malum illud facio.* Hablamos con un jugador y la conversacion llega á girar sobre el vicio que le domina; un predicador en el púlpito no se expresará con más energía contra los males acarreados por el juego. «¡Qué pasion más funesta! le oiréis decir, siempre inquietud, siempre desasosiego y turbacion, siempre incertidumbre y zozobra, ahora nadando en la abundancia no sabiendo que hacerse del oro, un momento despues todo se ha perdido, es preciso pedir prestado á los amigos, ó empeñar una finca, ó enajenar una prenda, ó excogitar algun expediente desastroso para proporcionarse siquiera una pequeña cantidad con que probar fortuna de nuevo. Si perdeis os hallais en la desesperacion: si ganais os veis forzado á presenciar la desesperacion de los demás, á sofocar tal vez los sentimientos de compasion que brotan en vuestro pecho, disfrazándolos y encubriéndolos con chanzas y algazara. ¡Qué momentos más crueles al salir de la casa de juego, al recordar que habeis labrado quizás el infortunio de vuestra familia, ó de la de vuestros amigos, al pensar que íbais con la esperanza de mejorar vuestra posicion, y tal vez de rico que érais habeis pasado á la más estrecha pobreza! No es posible concebir como hay hombres que se abandonen á ese vicio detestable: el jugador es un verdadero loco que va corriendo continuamente tras de una ilusion á pesar de estar convencido de que es ilusion y no más, de haberlo experimentado una y mil veces en sí y en los otros. En un jóven, en el acto de salir de la casa de sus padres, un desliz en esta parte es disculpable hasta cierto punto; en un hombre de alguna experiencia el vicio carece de excusa.» ¿Ha oido V., mi querido amigo á ese moralista tan juicioso, tan severo, tan inexorable con los jugadores? Pues vea V., apénas ha concluido su santa plática, quizás miéntras está perorando saca in-

quietamente su reloj ó pregunta á los circunstantes que hora tienen, ¿y sabe V. para qué? es que el tiempo de la cita está cercano, que la mesita cubierta de paño está esperando y los compañeros se hallan ya colocados en sus asientos respectivos, y barajando con impaciencia y maldiciendo al perezoso y tardío; y su pobre corazon salta de gozo al pensar que en breves instantes va á comenzar la tarea, y los montones de dinero irán girando rápidamente en derredor, ahora en frente de uno de los actores, luégo de otro, en seguida de otro, hasta que al fin en las altas horas de la noche se concluirá la funcion, quedando por supuesto vencedor el moralista y completamente vengado de sus descalabros de ayer. Por lo ménos, él así lo espera, y tan pronto como ha puesto fin al sermon, se levanta, toma el sombrero y echa á correr rabiando por la poca puntualidad. ¿Qué le parece á V. de semejante contradiccion? ¡Oh, se me replicará, este hombre era un hipócrita, decia lo que no pensaba! «Es falso, hablaba con la conviccion más profunda y los circunstantes si no eran jugadores, no eran capaces de comprender toda la viveza con que él sentia lo que expresaba. En prueba de esto, suponed que tiene un hijo, un hermano menor, un amigo, una persona cualquiera por la cual se interesa: él le aconsejará que no juegue y lo hará con todas las veras de su corazon; si tiene autoridad para ello se lo prohibirá severamente; cuando nó, se lo rogará con encarecimiento, y si puede hablar con entera franqueza exclamará con acento de dolor: «creed á un hombre experimentado; este vicio ha hecho y está haciendo mi infortunio, ¡ay de mí! y siempre temo que me llevará á la perdicion.» El desgraciado no deja de conocer el mal que se hace á sí propio, no deja de conocer su temeridad, su locura; se la echa en cara una y mil veces, así en los momentos de calma y buen juicio como en los de furor y desesperacion; pero no tiene bastante fuerza de ánimo para resistir al impulso de su inclinacion arraigada y acrecentada con el hábito para conformar sus obras con sus palabras, con sus convicciones más profundas.

«¿Quiere V. otro ejemplo? Fácil sería amontonarlos hasta lo infinito. Hay un hombre de fortuna respetable, de reputacion sin tacha, que disfruta en el seno de su familia de toda la dicha que pueda desear; su instruccion, su moralidad y hasta su misma educacion culta y esmerada le hacen contemplar con lástima los extravios de otros; no concibe como consienten en sacrificar sus bienes á una pasion liviana, en mancillar por ella su nombre, en hacerse el objeto de desprecio y ludibrio de cuantos los conocen; sin embargo, transcurrido algun tiempo, una ocasion, un trato frecuente, le ha enredado á él mismo en una amistad peligrosa: la hacienda, la fama, la salud, hasta su misma vida, todolo está sacrificando á su ídolo. ¿Ha perdido por eso sus antiguas convicciones? ¿la variacion de conducta es efecto de un cambio de ideas? Nada de esto: piensa como ántes, no se ha desviado un ápice de sus convicciones primi-

tivas, solo las ha puesto á un lado. A los parientes, á los amigos que le amonestan, que le recuerdan sus propias palabras, que le hacen los cargos que el mismo dirigia á los demás, que le escitan á que tome los consejos que él poco ántes diera á los otros, á todos contesta: «si, cierto, tiene V. razon, ya, con el tiempo,.... pero...»

«Es decir que no hay falta de luz en el entendimiento sino extravio en el corazon; está seguro que la dorada copa contiene veneno, pero en su ardor febril se la acerca á sus lábios, con el riesgo, con la certeza de perecer.

«Recorra V. todos los vicios, fije su atencion sobre todas las pasiones, y echará V. de ver esta contradiccion de que voy hablando. Son pocos poquísimos los hombres que desconocen el mal que se hacen, los daños que se acarrean con su propia conducta, y sin embargo, ¡cuán dificil es la enmienda! De dónde resulta no ser nada extraño que una persona profundamente convencida de la verdad de la religion, obre contra lo que ella prescribe, y no es prueba de que no crea lo que dice, el no ponerlo él mismo en práctica.

«Si V. hubiese leido obras de moral ó de mística, ó conversado con hombres experimentados, en la direccion de las conciencias, sabria la triste y angustiosa situacion en que se encuentran á menudo muchas almas, y la paciencia que han menester los confesores para sufrir y alentar á esos desgraciados que proponen dejar el vicio, que lloran amargamente sus culpas, que tiemblan por el eterno castigo á que se hacen acreedores, que á fuerza de consejos, de amonestaciones, de remedios y precauciones de todas clases llegan quizás á resistir por algun tiempo á su funesta inclinacion, y sin embargo reinciden y vuelven á los piés del confesor, y al cabo de algun tiempo tornan á reincidir, padeciendo de esta suerte congojas mortales, hasta que más fortalecidos por la gracia, alcanzan á mantenerse firmes, disfrutando así una vida sosegada y tranquila.

«Si no es imposible, ántes sucede con mucha frecuencia, que quien profesa una religion pura y severa, viva en la relajacion, no es tampoco incomprensible el que otros no sumidos en semejante miseria se porten no obstante con cierta tibieza y frialdad, á pesar de que en su entendimiento se hallen las creencias religiosas muy solidadas, muy firmes y hasta vivas y ardorosas. Son tantas las causas que pueden producir y conservar un estado semejante, que seria enojosa taréa enumerarlas. Baste decir, que inconsecuencias y contradicciones se hallan á cada paso en toda la vida del hombre; que le afectan de tal modo las cosas presentes, que por lo comun olvida las pasadas y futuras; que estando dotado de inteligencia y voluntad, no obstante sufre tambien á menudo la tiranía de las pasiones que le arrastran por camino de perdicion, áun conociéndolo él mismo. Los ejemplos aducidos y las consideraciones que los ilustran, creo que serán suficientes para dejarle á V. convencido de cuán infundadamente atacaba V. la religion y que si semejante discurso

tuviese alguna fuerza, probaria que muchos no tienen principios morales, pues que obran contra ellos; que muchos son hasta el extremo ignorantes con respeto á lo que conviene á su salud, á sus intereses y honor, porque les perjudican á cada paso con sus actos; que el que come con esceso no conoce que le ha de dañar, que quién bebe con destemplanza no sospecha que el vino sea capaz de embriagar, y así raciocinando por el mismo tenor, sería preciso afirmar en general, que los hombres están faltos de muchos conocimientos que poseen sin duda alguna. Digamos que el hombre es inconstante, inconsecuente, que le afectan demasiado las cosas presentes, para que sepa conciliar el interés ó el gusto del momento con la felicidad venidera, y estará explicado todo de una manera cabal y satisfactoria, sin suponerle más ignorante de lo que es en realidad.

«Otra equivocacion de mucha trascendencia padece V. sobre el particular, y es, el que segun indica en su apreciada, opina que la religion produce muy poco efecto en la conducta de los hombres; pues que tanto los creyentes como los incrédulos, suelen vivir como si no tuviesen nada que esperar ni temer despues de la muerte. «Los hombres, dice V. cuidan de sus negocios, satisfacen sus pasiones ó caprichos, forman continuamente grandes proyectos, en una palabra, viven tan distraidos, tan olvidados de su última hora, tan sin pensar en lo que podrá venir despues, que por lo tocante á la moralidad, con respecto al mayor número, podría decirse que el efecto de la religion es poco ménos que nulo.» Para dejarle á V. convencido de cuán falso es el hecho que V. asienta con tanta seguridad, basta recordar la profunda mudanza que produjo en las costumbres públicas la propagacion del cristianismo; pues que este solo recuerdo pone fuera de duda que la enseñanza de la religion no es inútil para modificar la conducta de los hombres, y que ántes al contrario, es muy eficaz y el único medio del cual es dado prometerse resultados felices y duraderos. Tambien ahora como entónces, cuidan los hombres de sus negocios, y tienen pasiones, y se divierten, y viven distraidos y disipados; pero ¡que diferencia entre las costumbres antiguas y las modernas! Si lo consintiesen los límites de una carta, podría aducir mil y mil comprobantes de lo que acabo de establecer, manifestando con cuanta verdad se ha dicho, que se cometian entónces más delitos en un año que ahora en medio siglo. Recuerde V. las doctrinas de los primeros filósofos de la antigüedad sobre el infanticidio, doctrinas que se vertian con una serenidad para nosotros inconcebible, y que revela el funesto estado de la moralidad de aquellas sociedades; recuerde V. los vicios nefandos tan generales á la sazon, y que entre nosotros están cubiertos de baldon y de infamia: recuerde V. lo que era la mujer entre los paganos y lo que es en los pueblos formados por la religion cristiana; y entónces echará V. de ver cuántos son los beneficios

que ha dispensado al mundo el cristianismo en lo tocante á la mejora de las costumbres; entónces comprenderá V. cuán errado es el decir que la religion influye poco en la conducta de los hombres.

«Sucédenos con mucha frecuencia, cuando tratamos de apreciar el bien producido por una institucion, que nos paramos únicamente en los resultados positivos y palpables, prescindiendo de otros que podríamos llamar negativos, y que, sin embargo, no son ménos reales, ménos importantes que aquellos. Atendemos al bien que hace y no al mal que evita, cuando para calcular la fuerza y la índole de ella, no deberíamos pararnos ménos en lo último que en lo primero.

«Como la ausencia de un mal, que sin aquella institucion hubiera existido, ya es de suyo un gran beneficio; es preciso agradecer á ella el haberle evitado, y contar este efecto como la produccion de un bien. Para hacer debidamente este cálculo, conviene suponer que la institucion no exista, y ver lo que en tal caso sucederia. Así, á quien negase la utilidad de los tribunales de justicia, ó pretendiese rebajar su importancia, no habria otro medio más á propósito para convencerle que el que acabo de indicar. Si los tribunales de justicia, se le podria decir, os parecen de poca utilidad, suponed que se quitan; y que el ratero, el ladron, el asesino, el falsario, el incendiario y toda la ralea de malvados, no tienen que temer otra cosa sino la resistencia ó la venganza de sus víctimas. Desde luego la sociedad se convertirá en un cáos, los unos se armarán contra los otros, los criminales se adelantarán mucho más en su carrera de iniquidad multiplicándose el número de ellos de una manera espantosa. ¿Quién evita todo esto? Ciertamente los tribunales; y el evitar este mal es sin duda producir un gran bien.

«Suponga usted, pues, que la religion no existe; que no se nos da desde niños ninguna idea de la otra vida, ni de Dios, ni de nuestros deberes, ¿qué sucedería? Todos seríamos profundamente inmorales; y así el individuo como la sociedad caminarian rápidamente hácia la degradacion más abyecta. Y sin embargo, ateniéndonos al argumento de usted, se podria objetar: ya que cuidamos de nuestros negocios, y vivimos distraidos pensando poco ó nada en nuestros deberes, en la otra vida, en Dios; ¿de qué nos aprovecha el haber sido instruidos en estos puntos, el haber recibido una educacion en que se nos inculcaban de contínuo dichas verdades? Ya ve usted que presentada la cuestion bajo este aspecto, no es posible sostener la solucion que usted pretende darle, y claro es que si este método de argumentar flaquea en el caso presente, no será muy firme en los otros.

«¿Quién le ha dicho á usted, que ese hombre tan distraido, tan disipado, no piensa en la religion que profesa? ¿Cree usted que le ha de estar revelando de contínuo, lo que pasa en lo íntimo de su corazon, cuando tiene á la vista un cebo que estimula sus pasiones, poniéndole en riesgo de faltar á su deber? ¿Cree usted que le ha de

estar narrando cuantas veces las ideas religiosas le han retraido de cometer un mal, ó han hecho que lo cometiera mucho menor?

«Una prueba evidente de los muchos efectos que producen en la conducta de los hombres las ideas religiosas, y de lo presentes que están en su memoria, áun cuando parecen haberlas descuidado del todo, es la rapidez instantánea con que se les ofrecen tan luégo como se hallan en peligro de la vida. Casi puede decirse que se despliegan en un mismo momento el instinto de la conservacion y el sentimiento religioso.

«¿Cómo obra el instinto de la conservacion sobre el curso general de los actos de nuestra vida? Si bien se observa, estamos cuidando incesantemente de conservarnos sin pensar en ella; hacemos de contínuo actos que tienden á este fin, y sin embargo, no reparamos en ellos. ¿Cuál es la causa? Es que todo cuanto se liga muy íntimamente con la vida del hombre está sin cesar presente á sus ojos: no lo mira; pero lo vé: lo piensa sin pensar que lo piense. Lo que se dice de la vida material, puede afirmarse de la vida del alma; hay un conjunto de ideas de razon, de justicia, de equidad, de decoro, que vagan de contínuo por nuestra mente, ejerciendo incesante influencia en todos nuestros actos. Ocurre una mentira, y la conciencia dice: esto es indigno de un hombre; y la palabra que iba á ser pronunciada es detenida por este sentimiento de moralidad y decoro. Se habla de una persona con quien se tiene enemistad; viene la tentacion de rebajar su mérito, ó revelar una de sus faltas, ó quizás de calumniarle; y la conciencia dice: esto no lo hace un hombre de bien, esto es una venganza; y el enemigo calla. Hay la oportunidad de defraudar sin que nadie lo sepa, sin que el honor pueda correr ningun peligro, y sin embargo, no se defrauda; ¿quién lo impide? la voz de la conciencia. Hay la tentacion de abusar de la confianza de un amigo, haciendo traicion á sus secretos, y explotándolos en provecho propio, y sin embargo, la traicion no se consuma, áun cuando el amigo víctima de ella, no pudiese ni siquiera sospecharla; ¿quién lo impide? La Conciencia. Estas aplicaciones que podrian extenderse indefinidamente, muestran bien á las claras que el hombre, sin advertirlo, obedece muchísimas veces al grito de la conciencia, y que áun cuando no piensa, ó no cree pensar en ella, ni en Dios, no obstante obran en su ánimo estas ideas, y le impulsan, y le detienen, y le hacen retroceder y variar de camino, y modificar continuamente su conducta en todos los instantes de su vida.

«Si esto se verifica áun tratándose de los mismos incrédulos. ¿qué sucederá con respecto á los hombres sinceramente religiosos? A los ojos del mundo podrá parecer que ellos se olvidan completamente de sus creencias, que de nada les sirve la fé en verdades grandes y terribles, que el cielo, el infierno, la eternidad, sólo se ofrecen á su mente como ideas abstractas, sin relacion alguna con

la práctica; pero ellos saben muy bien que la eternidad, y el cielo y el infierno, se les presentan en el acto de querer obrar mal, que ora los apartan del camino de la iniquidad, ora los detienen para que no anden por él con tanta precipitacion; ellos saben que despues de haberse abandonado al impulso de sus pasiones, experimentan remordimientos que los atormentan atrozmente y que los hacen arrepentir de haberse desviado del sendero de la virtud. No hay cristiano que no experimente esta influencia de la religion; si es realmente cristiano, es decir, si cree en las verdades religiosas, sufre repetidas veces el castigo de sus malas obras ó disfruta el galardon de las buenas. Esta pena ó este premio, lo siente en lo íntimo de su conciencia; y el recuerdo de lo que ha gozado en un caso ó padecido en otro, contribuye á menudo á que no se permita extravíos contra lo que le prescriben sus deberes.

«No dudo que con esta reflexion se quedará V. convencido de que es un error contrario á la razon, á la historia y á la experiencia, lo que V. afirma de que la religion influye poco en la conducta de los hombres. Es cierto que los que la profesan, no siempre se portan como debieran; es cierto que encontrará V. hombres que tienen fé, y sin embargo son muy malos; pero no es ménos cierto que, en general, la conducta de las personas religiosas es incomparablemente mejor que la de los incrédulos. ¿Cuántas ha conocido usted que no profesando ninguna religion observen una conducta de todo punto irreprensible? Y cuando esto digo, no hablo de cometer delitos de los cuales nos apartan cierto horror natural, el temor de la justicia, y el deseo de conservar la reputacion: no hablo de cierta inmoralidad asquerosa y repugnante de la cual retraen el honor, el decoro y hasta cierta delicadeza de gusto, fruto de la buena educacion; hablo de aquella moralidad severa que rige en todos los actos de la vida de un hombre, y no le permite desviarse del camino del deber, áun cuando en ella no se interesen ni la honra ni los miramientos de sociedad, ni se opongan otras consideraciones que las inspiradas por una sana moral. Me dirá V. que conoce á ciertos hombres que á pesar de ser irreligiosos, son incapaces de defraudar, de hacer traicion á la amistad, y hasta observan una conducta, que si no es tan rigurosa como yo deseara, esta muy léjos de la disipacion y quizás de la liviandad; será posible que usted conozca á incrédulos que sean tales como V. los pinta; será posible que por educacion, por honor, por decoro, por esa luz interior que Dios nos ha dado y que no alcanzamos á extinguir con insensatos esfuerzos, ajusten su conducta una y mil veces á la ley del deber, cuando no se atraviesa algun poderoso motivo que los impulse en sentido contrario; pero no ponga V. á esos mismos hombres á prueba de una tentacion violenta.

«A ese que no cree en nada, ni áun en Dios, y á quien supone usted tan próbo, tan incapaz de cometer un fraude, redúzcale V. á

la miseria, figuréselo luchando entre el apremio de grandes necesidades y la tentacion de echar mano de una cantidad ajena, pudiendo hacerlo de manera que nada pierda su reputacion de hombre de bien; ¿qué hara? V. podrá creer lo quiera; yo por mi parte no le fiaria mi dinero, y me atreveria á aconsejar á V. que tampoco le fiara el suyo.

«Usted mi apreciado amigo, hallándose en una posicion ventajosa y sin otra tentaciones de hacer mal que los ofrecidas por las ilusiones de la juventud, no conoce á fondo lo que es esa probidad que no se apoya en la religion. V. no conoce cuán frágil, cuán quebradiza es esta honradez que á los ojos del mundo se presenta con tanto alarde de firmeza é incorruptibilidad; fáltanle todavía algunos desengaños que recojerá V. muy en breve, cuando rasgándose ese velo, tan hermoso con que el mundo se presenta á nuestros ojos en la primavera de la vida, comience á ver las cosas y los hombres tales como son en sí; cuando entre en la edad de los negocios y vea la complicacion de circunstancias que en ellos se ofrecen, y asista á esa lucha de pasiones é intereses que tan á menudo coloca al hombre en posiciones críticas y hasta angustiosas, en que el cumplimiento del deber es un sacrificio y á veces un heroismo. Entónces comprenderá V. la necesidad de un freno poderoso, de un freno que sea algo más que consideraciones puramente terrenas (1).»

---

(1) *Cartas á un escéptico*, XIV.

LIBRO SEGUNDO.

DE LA INCREDULIDAD
PROCEDENTE DE LAS IMPERFECCIONES DEL ESPIRITU.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la constitucion intelectual, considerada como fuente de preocupaciones contra la fé.

La fé, segun hemos visto y sienta Santo Tomás, es un *acto de la inteligencia;* pero un acto prescrito por la *voluntad*. Como todos los actos humanos implica este esencialmente la *libertad* y el *conocimiento*. Si nos hemos ocupado de los obstáculos creados á la *libertad* por la pasion, antes de hablar de las nieblas difundidas sobre su *conocimiento* por las imperfecciones intelectuales, es por haber tenido en cuenta que, por punto general, lo que más altera los espíritus son las extravagancias de la voluntad. Para combatir la incredulidad, hemos seguido el mismo órden que ella sigue para formarse.

El primer argumento que dirije la razon á las inteligencias rebeldes, se reduce por lo tanto constantemente á la juiciosa observacion de Labruyère. «Quisiera encontrar un hombre que siendo sóbrio, moderado, casto, recto, sostuviera que no hay Dios: siquiera ese hombre no hablaria por interés ó movido á impulsos de la pasion; mas ello es que tal hombre no existe (1).»

Anticipándose extraordinariamente á todos los moralistas, el sublime autor de la verdad cristiana habia abierto este venero apologético por medio de palabras inmortales: «Los hombres han preferido las tinieblas á la luz, porque sus obras son perversas (2).» «Quién sigue la verdad, encuentra la luz (3).»

No se olvide sin embargo, que si el abuso de la libertad es un principio dominante en los extravíos del espíritu, las imperfecciones de este tuercen su rectitud y tienen una parte muy importante en sus errores.

Al penetrar en este terreno nos encontramos con una objecion muy especiosa. Cuando instruimos el proceso á las pasiones que suscita la ignorancia, encontramos al hombre en flagrante delito de

---

(1) *Caractéres* cap. 16.
(2) S. Juan, III, 19.
(3) Id. I. 21.

oposicion á su conciencia, y tenemos derecho para obligarle á marchar por la via recta; mas cuando la incredulidad procede en él de los vicios de su constitucion intelectual, parece que en vez de acusársele debe inspirar conmiseracion. Dar á la incredulidad semejante orígen, ¿no vale tanto como absolverla? ¿Lo que no es más que desgracia de nacimiento, debe convertirse en motivo de responsabilidad? En otros términos, si la justicia divina alcanza al pecado, ¿ha de acontecer lo propio con el error?

Cuestion es esta que no porque se haya debatido hasta la saciedad, debe dejarse abandonada, cuando conviene explorarla en todas sus fases para la completa inteligencia del asunto. Desde luégo debemos decir que no vacilamos en dejar consignado que si las imperfecciones intelectuales de un hombre proceden únicamente de su organizacion, sin que haya podido corregirlas ni por los medios naturales ni por los sobrenaturales que están á su alcance, Dios no le castigará por lo que ignora. Creo haberlo dicho ya: nadie puede ser castigado por la religion por haber caido en desgracia de la Providencia.

Los espíritus de esta clase tienen sin disputa alguna el derecho de revindicar en provecho propio, todos los beneficios de la decision doctrinal dirigida á los obispos de Italia por carta encíclica de Pio IX. «Nos sabemos y sabeis vosotros, les dice, que los que ignoran nuestra santísima religion y observan cuidadosamente la ley natural y sus principios, grabados por Dios en el corazon de todos, y, dispuestos á obedecer á Dios, llevan una vida recta y honrada, pueden, con auxilio de la luz y de la divina gracia alcanzar la vida eterna; porque Dios, para quien nada hay oculto, escudriña y conoce los espíritus, las almas, los pensamientos y las inclinaciones de todos, y no permite en su soberana bondad y clemencia, que el que no es culpable por falta voluntaria, sea castigado con las penas eternas (1).»

Segun esta doctrina prudente y afectuosamente liberal, no existiendo falta de parte del hombre, no debe temerse castigo de parte de Dios. Castigar la incredulidad que proviene de imperfeccion intelectual, seria tan injusto como castigar al tuerto ó al miope porque no ven con la perfeccion que el resto de la especie. Entónces, ¿por qué pretendemos, al parecer, acriminar en este capítulo determinadas debilidades del espíritu? Y sobre todo, ¿por qué tratamos de explicar, por medio de esas debilidades, el orígen de la incredulidad en un buen número de incrédulos? Muchas son las contestaciones que á esa doble pregunta podemos dar.

No puede dudarse que probando que la incredulidad resulta frecuentemente de una deformidad intelectual, nada se prueba contra

(1) 10 agosto 1863.

aquellos que padecen semejante imperfeccion; pero se hace mucho en favor de los que toman á estos por guias, y se presta un gran servicio destruyendo la autoridad de tales oráculos.

De seguro, que aun cuando nuestra voz fuese más autorizada, no conseguiríamos que el más insignificante incrédulo desconfiara de su juicio por causa de incapacidad. ¿Qué espíritu existe, grande ó pequeño, que sea desinteresado hasta el punto de pensar mal de sí mismo?

Mas aquí, no tanto se trata de curar á los incrédulos, como de destruir su influencia. Enseñar á la humanidad que la mayoría de los blasfemos contempla el cielo con un telescopio que produce imágenes inexactas, es enseñarle á ponerse en guardia contra los mismos y establecer un contrapeso á la autoridad del blasfemo.

Tal es la elevada utilidad resultante de poner en evidencia los puntos vulnerables de la armadura en que se abroquelan los grandes adversarios de la fé. Y todavía existen otros motivos que ponen de relieve esta misma utilidad. Los vicios de temperamento intelectual, ménos que de propension fatal, proceden muchas veces de mala direccion impresa al espíritu por la voluntad. En vano se pretenderia eximirlos de culpabilidad so pretexto de que son innatos, pueden ser combatidos ó adquiridos por la direccion comunicada al pensamiento, porque hay debilidades y propensiones enfermizas del espíritu como del cuerpo. A veces son resultado de la naturaleza, otras provienen de higiene defectuosa y de libertinaje. Solo en el órden intelectual el régimen insalubre ocasiona raquitismos y singularidades ménos perceptibles. Sea como quiera, tales anomalías se imputan con harta injusticia á la fé, toda vez que la prueban, al poner en evidencia que el espíritu humano casi nunca abandona el camino de la verdad, mientras no ha perdido su estado de salud.

Digamos, pues, para desvanecer los escrúpulos de los libre pensadores, y sobre todo, para quitarles todo peligroso prestigio, que áun cuando la incredulidad proceda de una voluntad recta, puede venir y viene frecuentemente de una inteligencia indigna de confianza. ¿Qué importa que una inteligencia sea elevada si se halla desprovista de rectitud?

Ahora bien, la mayor parte de los hombres sin creencias, carecen de rectitud á consecuencia de un vicio radical, que así podria llamarse de situacion como de conformacion. En el número de estos ciegos que no se dan cuenta de serlo, pueden colocarse muchos espíritus cuyos más notables ejemplares, siquiera bajo la forma de bien determinadas siluetas, se han ofrecido sucesivamente á nuestras miradas.

Los sábios, que no lo son en materia de religion, y que leyendo de corrido en el gran libro de la naturaleza, desde las entrañas de la tierra hasta más allá del sol, solo logran balbucir la primera página del catecismo; no son más que séres que ven á medias, por lo

mismo que á fuerza de vivir en los laboratorios de la materia, pierden el sentido de las verdades impalpables y sobrenaturales.

Los espíritus falsos que se dejan impresionar menos por lo que es sencillamente verdadero, que por lo que es singular, y que sacrifican voluntariamente el buen sentido al sistema, á la utopia y á la novedad.

Los espíritus escépticos por naturaleza, que vacilando sobre todo, no sabrian ser afirmativos en esto, y que prácticos á veces en sostener el pro y el contra, caen en el pirronismo, impulsados por una especie de falsa elegancia y *dandysmo* intelectual.

Los espíritus prevenidos contra la verdad por influencias de familia, de educacion, de posicion social, y que sólo son irreligiosos en virtud del trato intelectual que sostienen con malas compañías.

Los espíritus desequilibrados que tienen demasiada imaginacion ó poco corazon, y en los cuales la facultad de comprender y la de sentir no forman un todo armónico.

Los espíritus ambiciosos ó absolutos que no reconocen ni siquiera en Dios el derecho de fijarles límites, y que estipulan *á priori* en su favor, el derecho de comprenderlo todo en religion, como si no estuviesen en manera alguna condenados á ignorar siempre mucho en materias científicas.

Los espíritus perezosos, que por melancolía se dejan arrastrar á la incredulidad, y que á fuerza de difundir el negro en todas partes, hasta sobre la luz del cielo, en la alianza de un juicio pesimista con una conciencia cobarde, encuentran siempre razones suficientes para maldecir de los hombres y blasfemar de Dios.

Finalmente, los espíritus disipados, harto descuidados de si mismos para conocer sus necesidades y aspiraciones.

¡Quién es capaz de enumerar todos los falsos juicios producidos por el temperamento intelectual! Suponiendo que en un momento dado la tierra fuese poblada únicamente de inteligencias sanas, las preocupaciones contra la verdad quedarian reducidas por este mero hecho á proporciones difíciles de imaginar. No reclamemos semejante milagro de la Providencia. Lo hemos hecho notar explicando la dificultad de creer: el fenómeno de la incredulidad no es más sorprendente que el de la locura. Dios consiente que la naturaleza y la libertad sigan su curso, siquiera sus extravíos deban dar como resultado verdaderas monstruosidades. Sometiendo este desórden aparente á las leyes de este órden sublime, el hombre es sólo responsable de sus faltas, y recibirá la recompensa debida á las desgracias que experimenta.

Vamos, pues, á poner de manifiesto en este libro, que cuanto más se acerca el espíritu humano á su estado de perfeccion, más simpatiza con la fé; y por el contrario, que la mayor parte de los errores resulta de una enfermedad nativa ó accidental de la inteligencia. Con todo, urge recordar, que para el hombre que va en pos de la inves-

tigacion de las verdades divinas, no todo se reduce á una mera cuestion de rectitud ó de penetracion. La fé no se adquiere solamente por medio de una simple elaboracion teórica. Como pertenece al órden sobrenatural, solo puede resultar de un agente sobrenatural, combinado con el libre concurso de la naturaleza, es decir, de la gracia que se nos ha concedido, secundada por un esfuerzo de la voluntad. Por esto, cuando Montaigne dijo: «es indispensable acompañar nuestra fé con nuestra razon,» apresuróse á añadir: «bien que teniendo en cuenta que la fé no depende de nosotros, y que nuestros esfuerzos y argumentos no pueden por sí solos alcanzar una ciencia tan sobrenatural y divina (1).»

Esta doctrina no data de hoy. «Por vuestra parte,—decia al filósofo Justino, que aspiraba á conocer la verdad, el anciano que le instruía en las enseñanzas del Evangelio,—rogad á fin de que os sean franqueadas las puertas de la luz, puesto que nadie puede ver y comprender tales cosas, si Dios y su Cristo no le conceden la necesaria inteligencia (2).»

Justino, no obstante ser filósofo, siguió dicho consejo: no juzgó indigno de su razon doblar la rodilla, y vióse recompensado por una firmeza en sus creencias, que más adelante debia sellar vertiendo su propia sangre. Antes de recorrer las páginas que siguen, procure el lector incrédulo imitar tan noble ejemplo. Para alcanzar las luces de la fé, no basta permanecer con la frente inclinada sobre los libros, es menester desviarla de ellos, para elevar de cuando en cuando las miradas al cielo.

«Si hay quien sostenga, dice el segundo concilio de Orange, que el principio de la fé, lo mismo que su acrecentamiento, son en nosotros resultado de un movimiento natural, y en manera alguna inspiracion del Espíritu Santo, procede de un modo contrario á los dogmas apostólicos. El bienaventurado Pablo ha escrito: «La gracia os ha salvado por medio de la fé, y esta no procede de vosotros, sinó que es un don de Dios (3).»

Con todo, la naturaleza puede ofrecer al trabajo de la gracia elementos más ó ménos dignos de ser elevados á la fé sobrenatural, y de aquí que sea conveniente describir las disposiciones intelectuales que, ordinariamente, crean obstácnlos á la accion de Dios.

---

(1) *Ensayos*, lib. XII.
(2) *Diálogo con Triphon*, n. 7.
(3) Éfeso. 2, 8.

CAPITULO II.

Semi-ciencia religiosa de los sábios irreligiosos.

Dificultad, y no de poca monta, es persuadir á ciertos sábios de que no lo son tanto como se figuran; pero todavía es más árdua la de convencer al vulgo de que, en materia de teología, es más competente un pobre cura de aldea que el más consumado académico. Y sin embargo la verdad es que son muchas las celebridades contemporáneas á las cuales ha podido dar grandes lecciones, el modesto padre Gorini, siendo cura párroco de una aldea de trescientas almas (1).

Que son muchos los hombres graves é instruidos que viven y mueren en abierta hostilidad contra la religion sin conocerla, es un hecho y al par uno de los más tristes misterios del mundo moral: misterio que no porque sea harto frecuente se ha deplorado hasta el punto que merece serlo; y debería serlo tanto más, cuánto que si un sábio se equivoca sobre las verdades religiosas, jamás redunda la equivocacion en su provecho. Semejante observacion es desconsoladora para aquellos que, como nosotros, quisieran siempre defender la buena fé de aquellos cuyos errores vénse forzados á atacar.

Para que nuestra sociedad pudiese comprender la que le hace falta, sería menester que conociera hasta un punto determinado la ciencia religiosa. La prueba de lo que ignoramos, existe las más veces en lo que tenemos la pretension de saber. Ahora bien, las pretensiones bajo este concepto son inmoderadas, precisamente por lo muy profundo de la ignorancia. Lo que falta á muchos incrédulos, no son precisamente conocimientos, sinó el conocimiento de lo que niegan.

Presumen que sólo puede creerse mediante la aplicacion del principio «cierra los ojos y verás (2)» y sin embargo procediendo

(1) *Defensa de la Iglesia contra los errores historicos.*
(2) Joubert *Pensamientos.*

de esta suerte son víctimas de una vana ilusion, puesto que son muchos los sábios que han creido despues de haber examinado; y ellos mismos para creer, no necesitarian más que examinar con algun mayor detenimiento. Un poco de teología les aparta de Dios; mucha les volveria á su lado. Montaigne tiene un pensamiento que expresa más pintorescamente la propia verdad. «Acontece á los sábios, dice, lo que á las espigas: crecen y se elevan con la cabeza erguida miéntras están vacías; pero á medida que van llenándose é hinchándose los granos que las forman, se inclinan y humillan, vencidas por el peso de la madurez (1).»

La ignorancia de nuestros adversarios, no siempre implica en ellos ausencia completa de cultura religiosa: lo único que revela es que han estudiado la religion de una manera desordenada, á medida que la han habido menester, segun las corrientes de la polémica cotidiana, y sin proceder de lo conocido á lo desconocido. ¿Qué resulta de este método? Que nunca llegan á poseer con verdadera perfeccion y claridad, lo que han estudiado confusa é incompletamente. Poseen en su espíritu los materiales para el edificio más no el edificio en sí. Ahora bien, materiales sin armonía arquitectónica no son más que ruinas: segun sea la disposicion que se les dé, puédese con las mismas piedras construir el Partenon, ó reproducir la imágen del caos. Imagínese un hombre que cada mes estudiése uno de los teoremas de Legendre, sin levantar la cabeza del libro: este hombre podría acabar por saber geometría; pero de seguro jamás sería un geómetra. Imagínese un constructor que quisiera sentar los últimos sillares de una torre sin haber sentado los precedentes, y por más que se esforzara, no llegaría á levantar el edificio. Pues esto es lo que les acontece á nuestros teólogos profanos, que se sorprenden al ver que la verdad religiosa se desvanece en su espíritu, al paso que más se esfuerzan para levantarla en él, y por cierto que la sorpresa es peregrina, puesto que mal puede elevarse, cuando no existen bases en que cimentarla.

Y no sólo no han estudiado dichos hombres la religion con el órden indispensable, sinó que tal vez lo que de ella saben, ha llegado á su noticia de rechazo, es decir por las objeciones, mejor que por las luminosas exposiciones de sus apologistas; es decir como monumento del cual, con haber visto únicamente la parte posterior, se avennturaran á criticar la armonía del conjunto y los detalles de la fachada. San Pedro de Roma visto desde ciertos patios del Vaticano, ofrécese solamente como un grandioso monton de cúpulas y de estátuas; mas contemplado bajo el punto de vista necesario y á conveniente distancia revela, una maravilla del arte. Es decir que para ver como debe verse, no basta con tener ojos, pues se necesita además estar debidamente colocado.

(1) *Ensayos*, lib. II, cap. 12.

Mas ¿qué podemos añadir á lo que llevamos escrito relativamente á la autoridad comparada de los creyentes y de los incrédulos, bajo el punto de vista de la competencia teológica? Nada más que hechos que vendrán á confirmar nuestras observaciones. Podría llenarse una biblioteca con las citas falsas, con las suposiciones gratuitas, con las interpretaciones viciosas, con los asertos vanos que sirven de base á los diferentes sistemas opuestos al cristianismo por la incredulidad sábia. Voltaire, citando una autoridad persa, confunde el título del libro con el nombre del autor. El espíritu satírico de la época recordó á este propósito al mono de la fábula tomando el Píreo por un nombre de hombre. Posteriormente la objecion se ha presentado vestida con más cuidado y elegancia; pero cuando se la despoja de sus adornos, encuéntrase siempre en el fondo la misma ignorancia revestida de cierta fraseología científica.

Para hacer la debida justicia á todas las inexactitudes voluntarias ó inconscientes que abundan y casi constituyen el conjunto de la mayor parte de los libros contrarios á la religion, seria menester reconstruir la ciencia, la filosofía y la historia, es decir; componer una especie de enciclopedia rectificativa que no hay hombre en el mundo capaz de escribir, ni lector que tenga la paciencia necesaria para leerla. Por esto nos contentarémos con tomar al acaso algunos ejemplos ó ciertas confesiones que basten á hacernos formar una idea del conjunto, en este vasto campo dónde tanto abundan los descuidos, las prevenciones, las distracciones y la malevolencia. De cuando en cuando nos será forzoso habérnoslas con nombres justamente ilustres, mas ¿qué remedio? «Por encima del génio que venero, está la verdad que adoro (1).»

M. Michelet en sus buenos tiempos, cuando llamaba á la Iglesia *su buena madre* y celebraba con voz conmovida el celibato eclesiástico, hacia reclinar la cabeza de Jesús sobre el pecho de S. Juan, á pesar del texto que dice «Uno de los discípulos reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús (2).» Más tarde dijo á sus censores: «Os ha sucedido lo que al profeta Balaam que maldijo creyendo bendecir (3)» y la verdad es que el adivino siríaco, colocado delante del campo de Israel, bendijo cuando creia que estaba maldiciendo. En otra parte sienta el propio autor que «Moisés no logró curar al pueblo de Israel de su adúltera idolatría, hasta tanto que le hizo apurar las cenizas de la serpiente de cobre (4)» y no hay lector de la Biblia que no sepa que lo que Moisés hizo beber á su pueblo, fueron, nó las cenizas de la serpiente de cobre, que subsistió hasta el tiempo del rey

(1) Gorini *Introduccion*.
(2) *Hist. de Francia*, t. I.
(3) *Los Jesuitas*, p. 104.
(4) *Hist. Rom.* t. II, p. 308.

Ezechías, y jamás fué reducida á cenizas, sinó las del becerro de oro. Más adelante verémos á M. Michelet, haciendo brotar el culto á la Vírgen María, de la imajinacion mística de S. Bernardo, sin que para nada tenga en cuenta los testimonios innumerables de los nueve siglos precedentes, que lo hacen remontar hasta el mismo Calvario. De manera que el escritor pintoresco que ha definido la historia; una resurreccion, ha hecho de ella un sér completamente nuevo. El proceso de sus infidelidades sería tan fácil como fastidioso: lo único que podemos añadir es, que si M. Michelet ha padecido tantas equivocaciones respecto y en contra de la Iglesia, cuando la respetaba, puede fácilmente imaginarse lo que de su justicia cabe esperar, en los tiempos en que ha llevado hasta el delirio su ódio á la misma! Los locos furiosos están sujetos á frecuentes alucinaciones.

M. Quinet ha introducido tambien en la historia su contingente de tergiversaciones é invenciones más ó ménos voluntarias, siempre en perjuicio del catolicismo. Segun él, San Pedro enseñó en el concilio de Jerusalen la necesidad de los ritos judáicos hasta para los cristianos (1). Pues bien, San Pedro dice precisamente todo lo contrario: ¿Porqué tentais á Dios, imponiendo á sus discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros padres hemos podido sufrir (2)? Ahora bien, ¿quién debe merecernos más fé que el mismo San Pedro, tratándose de su doctrina? En tanto que Jouffroy escribia su obra: *Comment finissent les dogmes* (De que modo concluyen los dógmas), M. Quinet, en sus poemas de *Ahasverus* y de *Prometeo* enseñaba la manera como renacen los dógmas en cada nueva era de la humanidad. Más adelante dará tortura á la historia para que salga al apoyo de esta falsa teoría. Mas renunciemos á instruir este inventario sumarísimo de las contra-verdades antireligiosas dadas á luz por este fanático de la negacion. Démonos no obstante la satisfaccion de sentar, que cuando en un debate debe juzgarse tan apasionadamente, el honor exije recusarse. Un ódio movido por el deseo *de ahogar en el lodo al catolicismo*, ¿tendria inconveniente en oprimirlo si para ello habia de cometer una injusticia?

Inmediatamente despues de los que acabamos de citar, debemos hacer mencion de otros que con razon gozan merecida fama y grande aprecio en la Europa pensadora é ilustrada: debemos advertir sin embargo, que es una coincidencia, no un reproche lo que vamos á manifestar. M. Ampere en su *Historia literaria* y los dos Thierry en varios de sus escritos, esos hombres de un espíritu tan agradable y de una intencion tan inofensiva, han adelantado á su vez sobre los papas y sobre los santos de los primeros siglos, juicios que

---

(1) *El Cristianismo y la Revolucion*, p. 67.
(2) Act. xv. 5 y sigs.

lo porvenir reproducirá, áun cuando estén reñidos con la verdad, por lo mismo que el talento tiene el privilegio de inmortalizar al mismo error, cuando lo toma bajo la proteccion de su buena fé. No hay pues para que sorprenderse de que á ejemplo de los precedentes, MM. Enrique Martin, Fauriel y otros, hayan tocado con ménos benevolencia áun, si cabe, al pasado de la Iglesia y contribuido á la corrupcion general de la verdad histórica, que, só pretexto de descubrimiento, viene realizándose de cuarenta años acá por medio del teatro, de la novela y de todos los géneros que constituyen la literatura popular. Un historiador contemporáneo refiere en el prefacio de su obra, *Diez años de estudio*, los impulsos de cólera que sentia despertarse en su corazon, cuando en los comienzos de su carrera comparaba con los originales las narraciones de Mézeray, de Velli y d'Anquetil. Otro profundo investigador de las fuentes históricas, responde á estos legítimos arrebatos de una conciencia honrada: «Como los habria experimentado yo mismo en el exámen de los Anquetil y de los Velli modernos, si no me hubiese condenado de antemano á una impasibilidad estóica, íntimamente convencido de que los comentarios de la indignacion no valen más ni ménos que los de la ignorancia (1).»

Finalmente hasta el mismo M. Guizot, no obstante la serena elevacion de su espíritu, ha emitido y sostenido opiniones muy poco dignas de su reconocida equidad y del sentido profundo que le distingue en materias históricas, y á pesar de habérsele dirigido objeciones irrefutables sobre el orígen de la jerarquía eclesiástica, y contra el apostolado de San Pedro en Roma (2). Ante el espectáculo que ofrece este campo de lo pasado, plagado de cizaña por manos inexpertas ó mal intencionadas, apodérase del corazon el desaliento. ¿Qué medio existe para detener esta vasta conspiracion contra la verdad? En los errores de la historia contemporánea nótanse principalmente dos corrientes singularmente temibles, injuriosa la una para los grandes hombres venerados por la Iglesia, dirigida la otra contra el papado, y producto ambas de una verdadera falsificacion.

«En tales libros los santos no honran mucho que digamos á la religion; pero ni siquiera á la humanidad. Este, con el propósito de convertir á un príncipe hereje, pronuncia, á lo que se dice, un panegírico del fratricidio. Aquel, ensalza la piedad de una reina, que tiene buen cuidado de que esté bien provisto el harem de su nieto. Tal pontífice ha dejado perecer en su corazon atrofiado el sentimiento del bien moral; tal otro santo prelado, reuníase con unas santas monjas en festines nocturnos dignos de Horacio y de Tíbulo.

---

(1) Gorini, *Introduccion*.
(2) *Historia de la civil. en Francia*.

Aquí tenemos á un ilustre rey de Francia, que hasta el presente se ha considerado como un verdadero santo, y que en todo caso, sólo habria sido, como el mismo Jesucristo, un solemne escéptico. Contemplad á esos misioneros: van á evangelizar á los bárbaros; pero lo que quieren es que se preste adoracion á su orgullo. El ódio, el orgullo y la ambicion, constituyen al decir de esos escritores la trinidad del sacerdote católico.

«Pero lo que principalmente tiene el privilegio de escitar sus iras es el papado. Tal hay que se retira delante del papa para decirle: ¿Quién te hizo rey? Otro por el contrario se pone de rodillas delante de San Pedro; mas no para adorarle, sinó como aquel soldado de Rollon que besaba el pié de Cárlos el Simple, para derribarlo más fácilmente, ¿A qué siglo atribuís la aparicion del papado en la Iglesia? ¿al primero? ¿al quinto? ¿al noveno? ¿al undécimo? No faltarán escritores que lo sostengan todo, para quienes es escelente toda explicacion del poder pontificio, escepto la que da el Evangelio, y que admitirian el establecimiento del Papa por Mahoma pero en manera alguna procedente de Jesucristo (1).

Tal es la exactitud de los historiadores irreligiosos. ¿Qué deberémos pensar de la de los filósofos? Sus confesiones son el testimonio más seguro de sus errores.

Maine de Biran que desde las profundidades de la duda ha ascendido á las regiones de la luz, declara francamente su antigua ignorancia respecto de las cuestiones religiosas. Este órden de ideas estaba cerrado para él, y al presente, añade:—consignemos de nuevo este regreso y esta confesion.—«al presente sólo alcanzo á distinguir verdadera ciencia allí dónde antiguamente sólo veia sueños y quimeras. Sólo la religion puede resolver los problemas propuestos por la filosofía (2).» ¡Cuántos serian los sábios que dirian otro tanto ántes de acabar su carrera, si alcanzaran la dicha de reconocer que el hombre para creer no necesita más, por punto general, que extender sus conocimientos!

Hemos nombrado hace poco á Agustin Thierry, y por lo mismo juzgamos justo hacer mencion de las nobles prendas que ha dado de sinceridad y honradez, corrigiendo uno de sus más bellos libros, conforme á las indicaciones que le hiciera un erudito desconocido. Consignemos las instructivas confidencias que vertia en el seno de una santa amistad.

«En aquel tiempo no me preocupaba gran cosa de la historia de la Iglesia. Cuando fijé en ella la atencion, comprendí perfectamente que el protestantismo no podia ser en manera alguna la religion establecida por Jesucristo... Háse dicho, y es una preocupa-

(1) *Hist. de la civil. en Francia.*
(2) *Diario intimo*, 26 de mayo, 30 de junio de 1818.

cion de que he participado durante mucho tiempo, que la doctrina de la Iglesia se ha ido formando con piezas y fragmentos de aquí y de allá. La verdad es que no puede imaginarse absurdo mayor. Su unidad es incomparable: basta el exámen de los textos, para que se disipen todas las dudas y se desvanezcan todos los errores... Quiero corregir cuanto haya podido escribir contra la verdad en todos sentidos. Todos los dias y todas las noches le pido á Dios que me conceda el tiempo necesario para llevar á término esta empresa: trabajando en ella paréceme que trabajo para Dios. Sí, á veces al sentirme abatido por el cansancio, me animo; y cobro nuevas fuerzas cuando sintiéndome acosado por el insomnio digo: Soy un obrero de Dios (1).

¿Debe tenerse en más estima la autoridad teológica de los literatos?

Otro miembro de la Academia francesa, M. Droz, ha tenido la franqueza de manifestarnos la razon de haber abandonado momentáneamente la fé cristiana, y por qué razon volvió á ella: sus «*Confesiones de un filósofo*» son la historia íntima de muchos otros.

«Sin haber prestado jamás la atencion debida á las enseñanzas religiosas, dice, estaba muy léjos de haber dado á mi creencia las bases sólidas que habria exigido el tiempo en que vivimos. La filosofía del siglo décimo octavo estaba en boga. Los deistas, para ejercer influencia, no necesitaban ni un saber profundo, ni una dialéctica irresistible: la irreligion era lo que más privaba, y habíase dicho que la incredulidad y la indiferencia llenaban el aire que respirábamos. En tanto que me ocupaba en literatura, y descendia prudentemente de la poesía á la prosa, oía frecuentemente numerosas voces repetir con firmeza y seguridad: *La causa del cristianismo queda juzgada, y lo que es más, perdida para siempre.* Por mi parte estaba persuadido de que debia partirse de esta opinion, como de un hecho cierto, cuando se hablaba de religion con los hombres esclarecidos por los conocimientos de su siglo. Así es cómo procedia la juventud de entónces (2).

¿Obra con más prudencia para decidirse la de nuestro tiempo? En las filas de la incredulidad ¿no viven áun muchos ancianos que son verdaderamente jóvenes... dada la falta de base de sus juicios?

Pero hay además de los dichos una clase de espíritus eminentes que no deben contarse ni entre los historiadores, ni entre los filósofos, ni entre los literatos, por lo mismo que no cultivan exclusivamente la historia, ni la filosofía, ni la literatura; pero que, al par, son todo esto. ¿Qué grado de competencia debe reconocerse en

---

(1) *Carta al Arzobispo de París*, para el P. Gratry, *Correspondant* del 29 de Junio de 1855.

(2) *Confesiones de un filósofo cristiano*, por José Droz.

la materia á tales publicistas, cuando no son favorables á la religion? Limitémonos á un sólo ejemplo, que por lo mismo que es de bulto, nos dispensará de alegar otros.

Entre todos los escritores poco simpáticos á la verdad,—no queremos decir que le sean hóstiles,—uno de los más notables por la gravedad, por el respeto de sí mismo y de sus adversarios, por el conocimiento y por el amor con que trata las cuestiones religiosas, es M. Cárlos Remusat. Desgraciadamente, este escritor que se distingue por sus afirmaciones sobre varios puntos, y que procede con el dogmatismo peculiar á la escuela doctrinaria, vacila cuando ménos en todos los artículos de fé que se apartan del programa de la filosofía espiritualista. ¿De qué procede esto? Si no temiéramos que se tachara de inoportuna digresion, diríamos que áun buscando lealmente la verdad, los espíritus delicados no tanto han menester acaso determinar su contorno, como poner de relieve las medias tintas, y que por amor á la originalidad inclínanse á la paradoja: y hasta nos permitiríamos añadir que, sea hijo del hábito ó resultado del instinto, la inteligencia de M. Remusat pertenece á la oposicion, calidad que justamente honrada en política, cuando es señal de desinterés, favorece poquísimo al descubrimiento de la verdad religiosa, porque debilita siempre el derecho de la autoridad, en provecho de la libertad de los disidentes. Mas volvamos al asunto. Pues bien, ese pensador, no ménos espiritual que espiritualista, que tiene escritas páginas dignas de los mejores maestros sobre *Teología natural;* ese talento singular en el cual ha fundido Dios algo de la nebulosidad germánica, con mucho de la brillantez característica del espíritu francés, incurre en frecuentes inexactitudes cuando trata de cosas pertenecientes á la fé. Lo que especialmente le distingue es la manera cómo entiende las medias tintas, y sin embargo, cuando en teología se ocupa, las medias tintas le escapan: tenemos de ello una prueba en las siguientes líneas tomadas de uno de sus artículos.

«La Iglesia, dice, está divinamente inspirada, y áun cuando cueste decirlo, síguese de aquí que estando la Iglesia presente y viviente, su autoridad es mayor que la de la misma Escritura: la primera garantiza á la segunda. Esta consecuencia fatal, no es en manera alguna negada por los apologistas contemporáneos. En cuanto á la cuestion relativa á saber dónde descansa de hecho la autoridad de la Iglesia, es decir, si en la Iglesia entera, en el concilio, ó en el soberano Pontífice, es decir, el sufragio universal, el sistema representativo, ó el gobierno absoluto, es cosa discutible. El catolicismo descansa sobre este problema (1).»

Difícilmente pueden amontonarse más errores en ménos pala-

---

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1.° de enero de 1862.

bras. Para convencernos de ello, fijémonos en el modo cómo destruye los argumentos de M. Remusat un verdadero teólogo, y veamos lo que queda de esas contadas líneas en las cuales, el mayor número de lectores, no habrán visto más, probablemente, que la ortodoxia un tanto desvanecida del hombre de mundo (1).

Desde luégo debemos consignar que no puede decirse que la Iglesia esté *divinamente inspirada*. Los auxilios que incesantemente le presta el Espíritu Santo, para preservarla de caer en error, llámanse asistencia. Solo las escrituras son fruto de la inspiracion. En la Iglesia la infalibilidad resulta de la asistencia. Por esto la Iglesia no ha escrito uno sólo de los libros sagrados, puesto que no está inspirada; pero, en cambio, interpreta todos los libros inspirados, porque precisamente para esto cuenta con la asistencia del Espíritu Santo. Son las que acabamos de exponer distinciones capitales en teología, de las cuales apénas se ocupan los maestros en el arte de bien decir. Así se explica el *quid pro quo*, orígen y fundamento de esta objecion.

En segundo lugar, es muy inexacto decir que la autoridad de la Iglesia es *mayor* que la de la Escritura. El tribunal que guarda, interpreta y aplica la ley, hállase en este mero hecho sometido á la ley. Pues bien, tal es en el fondo el papel que desempeña la Iglesia en lo concerniente á las Sagradas Escrituras. Encargada por Jesucristo de enseñarnos, nos certifica que los Libros santos son canónicos, nos garantiza los textos ó las versiones auténticas, y por último, interpreta el sentido, y todo esto con tanta mayor autoridad, en cuanto que para este trabajo cuenta con el auxilio de la tradicion divina de que es depositaria. Téngase en cuenta, sin embargo, que el arca santa que conservaba las tablas de la ley, no era más venerable que las tablas en que la ley estaba escrita.

Esto sentado, no sabemos ver lo que haya de *fatal* en las consecuencias que deduce M. de Remusat. Aun admitiendo que la *Iglesia garantiza la Escritura*, no puede decirse que su autoridad sea superior á la de la Escritura. La Iglesia se prueba, desde luégo, como un hecho histórico y divino; una vez establecida sobre esta base natural, conviértese lógicamente en órgano de las verdades sobrenaturales, certificándonos el milagro de su historia la infalibilidad de sus decisiones. Nada hay en esto que no esté conforme con las leyes de la razon. Por consiguiente, cuando M. de Remusat nos acusa de hacer á la Iglesia superior á la Escritura, da lugar á presumir que, respecto del particular, ha tenido más en cuenta las autoridades protestantes que las católicas, y cuando nos echa en cara una flagrante peticion de principio, como si probáramos alter-

(1) Para el fondo de esta cuestion, véase la Revista titulada *Estudios religiosos*. Enero 1862, p. 165 y siguientes.

nativamente, la Iglesia por la Escritura, y la Escritura por la Iglesia, renueva, sin darse cuenta de ello, una antigüalla y una falsedad indignas de su imparcialidad y de su saber.

M. de Remusat, ha insistido, no recordamos precisamente dónde, en los inconvenientes del exámen individual de los protestantes. ¿No basta esta sola consideracion para indicar que, al par que la Escritura, ha debido Jesucristo establecer una autoridad docente que interpretara los textos y juzgara las controversias? Esto y no otra cosa es lo que admiten los apologistas ortodoxos contemporáneos sin la menor duda ni vacilacion, no teniendo para qué decir que no hay uno sólo que coloque pura y simplemente la Iglesia por encima de la Escritura.

No se *discute* en manera alguna respeto de la cuestion relativa al fundamento en que descansa de hecho la autoridad de la Iglesia; pues es artículo de fé para todos los católicos, que dicha autoridad reside en el cuerpo de los pastores unido á su jefe el Soberano Pontífice. De esta proposicion resulta:

Que solo á los ojos de los herejes reside la autoridad en la *Iglesia entera,* comprendiendo en ella el clero inferior ó los láicos.

Que todo concilio ecuménico, verdaderamente ecuménico, se halla revestido de una autoridad infalible.

Que el romano Pontífice ha recibido pleno poder de apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal y que toda definicion dogmática que de él emane, es y debe ser irreformable.

Por consiguiente, las palabras, *sufragio universal* carecen de sentido cuando se trata de la Iglesia, puesto que el pueblo no tiene parte alguna en la autoridad.

Por consiguiente la calificacion de *sistema representativo* sólo de un modo inexacto se aplica al concilio general.

Por consiguiente la autoridad del Soberano Pontífice nada tiene que la haga semejar al principio *absolutista*, segun opinion de los mismos teólogos que mayor extension conceden á esta autoridad.

En resolucion, el catolicismo no tiene por fundamento un problema, ya que nada hay mejor definido que tales bases.

Y toda vez que M. de Remusat cita dos veces al padre Perrone, ¿porque no lo ha leido con más atencion? De haberlo hecho, habria encontrado en esta meditacion la respuesta á las proposiciones que sienta, y la verdadera fórmula de las verdades que rechaza.

Nos hemos fijado en M. de Remusat con preferencia á otros publicistas de la misma familia intelectual, porque lo juzgamos uno de nuestros adversarios más justamente acreditados. Si en lugar de uno de sus párrafos, hubiésemos sometido á la piedra de toque sus obras completas, habríamos podido corroborar con más fuerza áun la verdad que nos ocupa. En realidad M. de Remusat juzga al catolicismo con espíritu sereno, y no obstante no debemos ocultar que se halla respecto de él contaminado de parcialidad, puesto que de

las creencias que rechaza, exige más pruebas y mayor claridad que de ciertas opiniones filosóficas y políticas á las cuales está firmemente adherido. Debe tenerse tambien en cuenta, que si M. de Remusat está más bien enterado de la cuestion religiosa que un académico cualquiera, en cambio le falta haber estudiado la teología en las buenas fuentes, mejor que en los libros de la parte adversa, especialmente en los del protestantismo, hácia el cual se siente inclinado en virtud de ciertas amistades intelectuales, y de sus tendencias liberales aplicadas al órden religioso. M. Royer-Collard lo definió en otro tiempo llamándole «el primero de los aficionados á todas las cosas;» pero este juicio que pudo ser exacto, al presente ha dejado de serlo, puesto que hace ya mucho tiempo que M. de Remusat, como escritor de filosofía, ha sobrepujado el nivel de los simples aficionados, hallándose muy cerca del de los grandes maestros. ¿Conviénele sin embargo la definicion de Royer-Collard, considerándolo como teólogo? Preferimos plantear la cuestion á resolverla. Por lo demás existen espíritus de quienes uno se separa para dejar consignado, que el camino que recorren, por más que se aproxime mucho á la verdad, no es el que derechamente conduce á ella; mas al verificarse semejante separacion no hay ruptura, porque se está persuadido de su elevacion de sentimientos, y porque se espera tanto de su sinceridad, que en el momento de separarse de ellos, no se tiene el valor suficiente para darles un perpétuo adios.

Conclusion general, sin aplicacion personal alguna. Existen muchas equivocaciones entre la fé y las inteligencias á veces más elevadas; y de seguro serian ménos los sábios incrédulos, si tuvieran presente que es menester ser tan sábio en lo que se niega como en todo lo demás, para poder negar con la autoridad de su ciencia. Si así fuese, de seguro harian la misma justicia á su ciencia que á su religion, porque esta ciencia que no tiene límites en sus pretensiones, los tiene, y por cierto bien marcados, en lo que á su extension se refiere. Hoy como en tiempo de Ciceron, nos encontramos oprimidos por las opiniones, no sólo del vulgo, sinó tambien de los hombres de instruccion superficial. *Oppressi sumus opinionibus non modo vulgi, verum etiam hominum leviter erudientium* (1).

---

(1) *De oratione*, l. III, c. 6.

CAPITULO III.

De la incredulidad de los falsos espíritus.

Acontece algunas veces que espíritus que se tienen por eminentes, no pasan de ser espíritus falsos. Vienen á ser como brújulas bien construidas, cuyas agujas no señalan jamás el norte, en virtud de la influencia sobre las mismas ejercida por algun cuerpo extraño que se encuentra cerca de ellas (1).

Este pensamiento de un profundo observador pone de manifiesto el orígen de muchas de las prevenciones existentes contra la fé. Hombres hay que al paso que se hallan dotados de gran talento, tienen un juicio muy limitado, de suerte que si se hacen incrédulos, suele atribuirse la causa al talento que les distingue, siendo así que sólo procede del juicio que les falta.

Una inteligencia sin exactitud en sus apreciaciones, debe ver á Dios como ve todo lo demás, es decir con poca verdad. Los juicios falsos son las miradas torcidas del hombre de inteligencia. Dios no puede enderezar milagrosamente esas miradas en el instante en que se dirigen al cielo, porque esto constituiria una derogacion perpétua de las leyes de la naturaleza; basta para su justicia, que no nos sean imputadas como pecado las miradas inocentemente erróneas de nuestro pensamiento. Mas conviene saber que si Dios permite la existencia de los espíritus falsos, á la manera de la de los ojos bizcos, los primeros nada prueban en contra de la verdad que desfiguran, del mismo modo que el estrabismo de los segundos no influye en contra de la realidad de los objetos que distinguen.

Renunciemos á iluminar la incredulidad proveniente de un defecto de rectitud en el espíritu. Se ha hecho observar con razon, que el hombre cura más fácilmente de la locura, que de un juicio falso. No queda pues más recurso que compadecer á esta categoría de inteligencias que serian fatalmente perdidas para la verdad, si

(1) Joubert.

la gracia no ejerciese á veces sobre ellas una accion íntima superior á la de la luz especulativa. Mas sin pretender la conversion de esos espíritus, es conveniente denunciarlos á la desconfianza de la razon pública, cuando se convierten en blasfemos, ya que evaluando su autoridad para que no se le dé más importancia de la que merece, se trabaja en beneficio de la comunidad intelectual.

Es uno de los síntomas más característicos de los tiempos que alcanzamos, y por cierto bien triste, el poco aprecio que se hace del sentido comun. Indiferente por todo lo bello de los siglos pasados, en todo exije emociones fuertes, y se complace hasta con los sofismas, con tal que se le ofrezcan con apariencia de novedad. Bossuet, que era voto en la materia, ha definido el génio un elevado buen sentido, servido por una imaginacion poderosa: nuestra generacion, en la nocion que de lo sublime tiene concebida, ha reducido la parte correspondiente al buen sentido y exajerado la de la imaginacion. Por esto ensalza al génio, avergonzándose del buen sentido: á sus ojos todo aquel que se aparta del camino seguido por la generalidad, pasa fácilmente por original, y esta tendencia ambiciosa engendra innumerables errores, sin que en cambio ponga de manifiesto verdades ocultas.

¡Cuántos son los libres pensadores incrédulos por amor á la novedad! No permita Dios que pretendamos imponer al espíritu humano el dogma de lo trivial ó de la inmovilidad. Los horizontes de la verdad carecen de límites, y la humanidad descubrirá puntos de vista ignorados miéntras realice su peregrinacion en el seno de esta inmensidad. Mas ¿dónde se encuentran los Cristóbal Colon de ese género de exploraciones? Vémonos asaltados por todas partes por espíritus pretenciosos que toman por nuevo lo que es extravagante, ménos cuidadosos de obrar el bien, que de proceder de una manera distinta de la que siguieron sus predecesores, y prefiriendo ser inventores en lo absurdo, á imitadores siguiendo el camino trillado. Es preciso añadir tambien que hasta los mismos espíritus rectos se hacen á veces cómplices en este desórden, animándolo, persuadidos de que admirando la mala originalidad se inclinan á la buena. Solo los hombres verdaderamente juiciosos son capaces de sostener las verdades antiguas, por lo mismo que, por punto general, pagan con su reputacion de atrasados, el valor de ser razonables.

Este valor falta á muchos de nuestros contemporáneos incrédulos, constituyendo en el fondo la razon principal de su incredulidad. Artistas, publicistas, hombres de sociedad, cual para la forma de sus trajes, consultan la moda para la eleccion de sus creencias. Cuantos resisten el cristianismo, nada más que por amor á los primeros filósofos nacidos bajo el cielo de París ó de Berlin. A una nueva opinion sacrificarian voluntariamente el antiguo símbolo de los Apóstoles, sin considerar que á pesar de todo el símbolo conti-

mua siendo la novedad más inalterable de este mundo, por lo mismo que es eterno. Y que esta propension de ciertos espíritus á preferir la originalidad á la exactitud, ha sido en todo tiempo peligrosa para la fé, es un hecho incontrovertible, puesto que el lenguaje eclesiástico designa á los herejes bajo el título genérico de *novadores*, y san Pablo recomienda á su discípulo, que procure evitar al par de los vicios más vergonzosos, las *profanas innovaciones de palabras* (1).

Tenemos pues, que así como existen inteligencias falseadas por la investigacion desordenada de lo desconocido, hay otras que lo son por el espíritu de sistema. Nueva concupiscencia particular de los espíritus de segundo órden, sobre todo cuando quieren pasar por ser del órden superior.

Agrupar hechos ó ideas, deducir de ellos leyes generales, y explicar por semejante procedimiento la armonía de las cosas, es en cierto modo penetrar en el pensamiento creador de Dios, y recomponer el mundo que ha formado. Nobilísima funcion del espíritu, cuando no lleva sus afirmaciones más allá de lo que ha comprobado; pero por demás peligrosa, cuando toma por realidades indiscutibles las más arbitrarias combinaciones.

En efecto, el amor á generalizar, es una inclinacion intelectual muy ocasionada á cometer errores. Cuando el espíritu, de datos penosamente reunidos, ha sacado una consecuencia simpática á su orgullo, si en el camino se le interpone la fé, pasa decididamente por encima de la fé, con tal de mantener firme su conclusion. La operacion relativa á agrupar hechos é ideas, para deducir de ello inmensas consecuencias, ofrece un encanto que participa bastante de la pasion del juego. Organizar un sistema, es algo parecido á una partida de ajedrez que durase lo que la vida: en tanto permanece el hombre bajo la influencia de ese esfuerzo fascinador, carece de fuerza para prestar homenaje á la verdad, puesto que se halla bajo el imperio de una obsesion contraria.

¿Dónde está la causa implícita de las negaciones de Rousseau? En sus ideas preconcebidas sobre las ventajas del hombre en el estado de naturaleza. ¿Y la del materialismo de Condillac? En su teoría sobre el origen de las sensaciones. ¿Y la de casi todos los soñadores contemporáneos? En los innumerables planes de reforma política y social que han inundado nuestro siglo. Sí, no es siempre el ódio á la religion lo que produce los sistemas irreligiosos: es más bien el afecto que estos inspiran, lo que influye en que aquella se mire con verdadera prevencion. Lo que ciertos teóricos no pueden perdonar al Evangelio, es que les inutilice los peones que tienen colocados en su tablero: hánse impuesto la obligacion de enseñar el

(1) . Tim., 6-20.

cielo en toda su extension, al través del ojo de una cerradura, y en la imposibilidad de conseguirlo, niegan la existencia de cuantas estrellas se encuentran fuera de ese campo reducidísimo.

Con todo, el espíritu de sistema, no es tan desfavorable al equilibrio del juicio, como el amor á la utopia. Un sistema, en último término, puede ser verdadero: la utopia, por lo mismo que es impracticable, siempre es falsa. El uno es ordinariamente un error: la otra es una quimera; pero quimera que puede convertirse en fuente de muchos errores. Al presente hay una tendencia á la utopia que reconoce la misma causa que nos hace inclinar á las novelas. Los novelistas son los utopistas de la vida real: los utopistas son los que hacen novelas en el órden especulativo; mas si los utopistas tienen poder bastante para fascinar á sus lectores, júzguese cual debe ser el poder de espejismo que debe ejercer la utopia sobre los mismos que la imaginan! ¡Cuántos son desde la república de Platon, hasta las constituciones *armónicas* de los falansterios, los espíritus elevados que se han dejado extraviar por tan locas imaginaciones!

Por desgracia otros han ido más allá todavía, porque la utopia ejerce tanto imperio sobre las afecciones del hombre, que se ha llegado al extremo de ver á este en Icaria sacrificar no sólo á su Dios, sinó tambien á su familia, á su razon y á su pátria. La utopia es para el hombre lo que el ópio, lo absorbe gozoso, sin pensar que ha de concluir por embrutecerle y hasta por matarle. ¿Debe pues sorprendernos el que siendo la fe contraria á la utopia, esta acabe por vencer á la primera, sobre todo cuando la fé es un yugo, y la utopia constituye una pasion? Babeuf, Saint Simon, Fourier, todos los pretendidos reformadores de nuestra sociedad y sus adeptos, han repudiado el cristianismo precisamente porque era un obstáculo para el desarrollo de sus teorías; mas rechazadas sus teorías por el sentido comun, ¿qué autoridad podian tener en contra del cristianismo?

La tendencia á la utopia se ha convertido al presente en una enfermedad que alcanza hasta el dominio de la ciencia. La utopia no reviste siempre el estilo poético del Telémaco, pues en caso de necesidad, se presenta ostentando formas más severas, y esto es tan cierto, que unas veces la vemos instalarse en una asamblea deliberativa, rodeada del pretencioso aparato de cálculos económicos, y militando bajo el estandarte del socialismo; otra se desliza junto á las ciencias, bajo el título consagrado de hipótesis, recibiendo en el Instituto plácemes y adhesiones que no alcanzan los principios de nuestra fé. Sí, los que no creen en Dios, creen firmemente con frecuencia en meras hipótesis. ¿Cuál es sinó el fundamento de muchos de los sistemas que privan en geología, en paleontología, en antropología y hasta en astronomía? Y sin embargo con ser tales

fundamentos mera hipótesis, no es esto inconveniente para que sus autores hagan la guerra más despiadada á los dogmas más sagrados, so pretexto de que en sí mismos no son más que mera hipótesis. Convengamos en que los hombres más consagrados á las ciencias positivas, son algunas veces los ménos positivos.

Finalmente, los espíritus se sienten tambien inclinados á lo falso en virtud de una disposicion natural á la paradoja. El espíritu de paradoja, se ha dicho, es al espíritu original, lo que la afectacion es á la gracia. Así se explica que los pensamientos contrarios á las opiniones comunes, constituyan para los hombres superficiales el adorno más preciado, porque, lo propio que para el embellecimiento del cuerpo, existe tambien el mal gusto para el embellecimiento de las inteligencias: tal hay que prefiere el brillo del oropel, á la verdad del oro mate; lo extravagante á lo bello, y semejante gusto constituye el motivo oculto en virtud del cual hay muchos incrédulos que forman en las filas de la oposicion á Dios. A sus ojos Dios representa el pasado, y como ellos quieren lo porvenir, á la via recta y anchurosa que Dios representa, prefieren las sendas sinuosas, estrechas y poco frecuentadas. No cabe desconocer pues, que es esta una nueva categoría, que debe suprimirse del número de las autoridades competentes en materia de doctrina. Cuando se considera la rectitud como calidad de poco precio, y lo escéntrico como carácter de distincion intelectual, ¿puede probarse otra cosa, al combatir la verdad, sinó que no se es digno de poseerla? «Un hombre aficionado á la paradoja, es semejante al charlatan, que con objeto de llamar la atencion de los bobos que pasan por el Puente-Nuevo, se viste de la manera más extravagante, para mejor dar salida á sus drogas y específicos (1).» Y sin embargo no es otro el grave motivo porque cierto número de hombres piensan de un modo distinto que Jesucristo.

Tenemos pues, en conclusion, que existen muchos espíritus irreligiosos por estar falsificados por el desordenado amor á la novedad, al sistema, á la utopia, á la paradoja, de la propia suerte que existen muchos ojos alterados por defecto de conformacion. Mas así como los ciegos no se atreven á lanzarse á la carrera, por temor á los obstáculos que pueden cruzarse en su camino, los espíritus falsos, no tienen para nada en cuenta los malos pasos á que puede conducirlos lo falso de sus juicios.

---

(1) Sainte-Foix.

CAPITULO IV.

El escepticismo natural, obstáculo para la fé sobrenatural.

Existe un escepticismo proveniente de la constitucion intelectual, que difiere esencialmente del escepticismo doctrinal. Este es un sistema; aquel un defecto, mejor áun, una debilidad.

Debilidad vergonzosa, por lo mismo que ménos que de la extension del espíritu, resulta de lo vago de las ideas y de las debilidades de la voluntad, es decir, del desvanecimiento de los caractéres.

Debilidad, sin embargo, harto comun, puesto que se multiplica incesantemente esta raza de inteligencias enervadas, que vacilan en vez de afirmar, concediendo al pro y al contra, en todas las cuestiones, una tolerancia que participa mucho del pirronismo y que son casi tan escépticas respecto de las verdades que niegan, como de las que afirman.

Y francamente, nada tiene de particular que un hombre dude en materia de religion, cuando sólo afirma la duda universal. Ello es que en semejante estado, sea el que se quiera su grado de talento, debe considerarse únicamente como una anomalía; pero de ningun modo como una autoridad contraria á la fé.

Un publicista contemporáneo, que bajo una apariencia de honradez y buenhombría parisiense, ocultaba mucho de la proverbial malicia francesa (1), ha bosquejado en sus memorias el retrato de un escritor eminente y honrado, que considera uno de los *más perfectos escépticos* de estos tiempos. En este bosquejo nos lo representa desde luego seducido por los encantos de Chateaubriand y cantando *el Rey de Ivetot;* aplaudiendo los discursos de Fitz-James y los del general Foy; asistiendo por las mañanas á las lecciones del Colegio de Francia y entusiasmándose por la noche con la representacion de los dramas románticos de los cuales se erige

---

(1) El doctor Veron.

en defensor. Este filósofo, andando el tiempo, se hizo hombre político, y llegó á ser ministro, y en esta nueva faz de su existencia, fiel á los hábitos de su juventud, *no habria tenido inconveniente en hacerse á sí mismo la oposicion.*

Un dia, dando con ello indiscutible prueba de valor cívico personal, dirigióse á reprimir las colisiones de obreros y en el camino iba diciendo al que le acompañaba: «Verdaderamente no sé por qué razon vamos á disolver esas reuniones, porque, en mi concepto, creo que esas pobres gentes tienen derecho perfecto para congregarse.» En 1848, asustado durante un momento ánte el espectáculo del furor revolucionario, trabajó para el restablecimiento de una forma de gobierno que habia desaparecido hacía ya mucho tiempo, y como se le preguntara cuál seria su actitud si dicho gobierno llegaba á prevalecer, contestó sin vacilar: Le haré la oposicion (1).

Por supuesto, que hay en el bosquejo una parte de exageracion debida al manejo del lápiz; mas es preciso convenir en que cuando de esta suerte está organizada la inteligencia, debe ser recusada en todo cuanto se refiere á las cuestiones religiosas. El escéptico por temperamento, puede indudablemente ser muy dogmático respecto de muchas cuestiones extrañas á la religion; mas en tal caso, ¿no afirma mas bien en virtud de inclinacion natural, que por hallarse verdaderamente convencido? Es este un problema de resolucion difícil que dejamos á la suprema decision de Dios.

Rousseau ha dicho: «¿Es posible ser escéptico por sistema y de buena fé? Lo que es yo, no lo comprendo.» Como para nosotros la buena fé, del mismo modo que las piedras preciosas, es muy difícil de comprobar, preferimos prejuzgar á juzgar la de nuestros adversarios. Mas ¿no hay motivo para sorprenderse de que ciertos escépticos sean tan resueltos y determinados en política, por ejemplo, y que vacilen tanto en religion? ¿Cómo se explica que puedan más en su espíritu los argumentos aducidos en pro de un derecho dinástico, que las pruebas alegadas en pro del cristianismo? De fijo no será esto consecuencia de hallarse interesados su honor y sus simpatías en la primera conclusion y no en la segunda, puesto que la misma fidelidad, por más que sea bella, puede ser para él cuestion de respecto personal y de bien parecer, mas bien que de fé intrínseca.

Afortunadamente, si el espíritu humano tiene consecuencias desfavorables á la verdad, á veces se contradice en provecho de la misma. Aun cuando el escepticismo constituya una enfermedad crónica, tiene intermitencias luminosas durante las cuales ve muy léjos en el campo inmenso de los cielos, y en este caso se escapan de sus lábios palabras casi sagradas y dignas del mismísimo Platon.

---

(1) Para nosotros el retrato que precede carece de original· solo lo reproducimos por lo mismo que puede aplicarse perfectamente á muchos de nuestros contemporáneos.

«Hay en la razon algo superior á ella misma. Sabe más de lo que ha aprendido: da más de lo que tiene, y por lo determinado de sus límites revela perfectamente su orígen. El que la expuso sobre la tierra, dejó en su cuna señales evidentes de su elevada progénie, y algunas letras medio borradas de la lengua que él habla y que ella ignora completamente (1).»

¡Cuánto se eleva el hombre, cuando las creencias prestan alas á su elevacion natural! Así es como la Providencia coloca el correctivo de ciertos males en las mismas inteligencias que los engendran.

Demostrado el azote del escepticismo, ¿cuáles son las fuentes de dónde procede, especialmente en nuestro siglo y en nuestra sociedad? El temperamento de ciertos espíritus, su alimento, su ejercicio habitual y los desencantos de la vida.

El temperamento intelectual. Muchas son las pendientes que inclinan al hombre al mal: domínale al uno el orgullo, al otro el ódio, este se deja arrastrar por la lujuria, aquel por la incredulidad. Todos estos combatientes logran salvarse por medio de la lucha; mas si las inclinaciones orgánicas atenúan en nosotros los extravíos de la libertad, no bastan, sin embargo, á excusarlos. Poco importa, pues, que no se experimente el júbilo inexplicable de creer, si no se tiene voluntad para ello. Para salvarse, no es indispensable; no se requiere una fé ciega: basta con que se tenga esta fé que reclama de Dios los aumentos de que carece: *Credo, Domine, sed adauge nobis fidem.*

Al presente, los temperamentos intelectuales hállanse inclinados á la incredulidad por una disminucion de vigor que anuncia cuando ménos rebajamiento. Háse empezado por reducir á tema poético *lo vago de las pasiones;* esa vaguedad ha pasado del corazon á los espíritus, y al cabo de poco tiempo la fé, en la esfera de las cosas naturales, ha sido reemplazada por una muelle fantasía. Despues de la teoría del arte, ha venido la de la ciencia por la ciencia, abstraccion hecha de toda verdad absoluta: las ideas han sido para muchos espíritus una especie de balancin para mecerse, no un punto de apoyo para adelantar, y se ha acabado por dudar, tan sólo para no tomarse la pena de concluir.

¡Pereza tanto más culpable en cuanto es más dolorosa! Nuestros padres del siglo décimo octavo, eran escépticos con la sonrisa en los lábios: nosotros lo somos con el llanto en el corazon; pero tronzados por la desgracia de no creer, preferimos continuar sometidos á tan terrible tortura, á hacer el esfuerzo indispensable para librarnos de ella: el desórden es grave y ha arrancado elocuentes palabras de compasion.

---

(1) M. de Remusat.

«Experimentamos tanto dolor en no ser verdaderos creyentes, como sentian nuestros padres en ser incrédulos: de manera que, en nuestro tiempo, se padece una enfermedad ardiente é indefinible que nuestros antepasados no conocieron. Tan pronto lanza una mirada dolorosa hácia lo pasado, como contempla lo porvenir con ojos de esperanza, y sentado sobre los restos de sus creencias religiosas y de su perdida felicidad, investiga el punto donde brillará la nueva fé, de la propia manera que el pastor que ha pasado la noche en arruinada choza, aguarda la aurora que no llega (1).»

Lo dicho no es en manera alguna resultado de un progreso sinó de una modificacion en la constitucion intelectual del mundo. Fortifíquense las inteligencias, y dejarán de dudar. Porque las generaciones presentes no tengan la robustez necesaria para resistir el peso de las armaduras de la edad media, no hemos de deducir que la humanidad esté próxima á su fin. Poco importa pues á Dios eterno que algunos espíritus afeminados no puedan soportar el peso de su pensamiento: en cuanto adquieran nuevas fuerzas recobrarán la fé. ¿No constituye para esta un verdadero honor, no poder subsistir en inteligencias desamparadas y totalmente desprovistas de *criterio* en materia de verdadero y de falso, de bien y de mal?

•

Además del temperamento, puede contribuir al escepticismo de los espíritus, el sistema de alimentacion. Existe siempre una relacion íntima entre el organismo y la naturaleza de los alimentos: pues bien, lo propio acontece en el órden intelectual. El espíritu que se asimila libros y teorías contrarias á la fé, casi siempre se envenena sin darse cuenta de ello. Si dicho espíritu tiene la firmeza y el desinterés indispensable para discutir lo que recibe, puede como Mitrídates acostumbrarse al veneno y hasta digerirlo; mas hoy en que la generalidad de las gentes lee por mero pasatiempo, más bien que para instruirse, la lectura se ha convertido para las inteligencias en un verdadero epicureismo y los libros y los periódicos, elegidos sin conciencia, y aceptados sin prevencion, acaban por propagar con la mayor facilidad el escepticismo que exhalan.

¿Con qué derecho los escépticos, de tal manera formados, pretenden prevalecer contra la fé? Han hecho para perder la suya cuanto ha estado de su parte, y por consiguiente ni tienen motivo alguno para acusar al cielo, ni debemos sorprendernos de su naufragio. «Los más ilustrados buscan su pasto intelectual en los libros y revistas más en boga, los demás se satisfacen con la lectura de algun diario escrito con espíritu detestable, y viven al dia, aceptando todo cuanto se les sirve.

«Ahora bien, nada puede imaginarse más pérfidamente combi-

(1) Silvestre de Sacy.

pado que tales periódicos y semejantes revistas para hacer la duda inevitable. Escepcion hecha de un número reducidísimo, sólo se encuentran en ellos la más insolente blasfemia, lenguaje violento, el cinismo de peor gusto, intolerancia exclusiva. Los que los escriben no discuten, critican: exponen y suponen; pero rara vez sacan consecuencias. Uno de sus principios fundamentales consiste en que entre las proposiciones más contradictorias no hay más que diferencias insignificantes, y el lector se acostumbra á no ver más que esas pequeñas diferencias en cuestiones tan trascendentales como la de la personalidad de Dios, la divinidad de Jesucristo y lo sobrenatural. Por supuesto que todo lo dicho no es obstáculo para que esos hombres se llamen cristianos, en el sentido mal definido de un cristianismo libre, que deja subsistir el nombre de todos los dogmas antiguos, destruyendo la cosa. En cuanto á la verdadera religion no la atacan de frente; pero minan sordamente los fundamentos en que se apoya, y establecen hábiles paralelas en contra de su doctrina revelada, hasta tanto que estallando la proposicion préviamente dispuesta, la derriban completamente, bien que sin intencion aparente de obrar contra la misma.

«Logrado semejante resultado, apresúranse á cubrir de flores las vastas ruinas! Que es entónces el verles llorar lágrimas hipócritas sobre la tumba que acaban de abrir!... Revista hay que, con pocas páginas de intérvalo, ofrece un artículo formalmente ateo, al lado de otro inspirado por la más sólida ortodoxia; pero las contadas concesiones hechas á la verdad, léjos de aprovecharle, sirven sólo para añadir nuevas garantías, y más fascinadora seduccion á los sistemas erróneos.

«Así se explica el que lo verdadero y lo falso, el sí y el no, se mezclen y confundan en los espíritus incapaces de discernir del modo conveniente, hasta tanto que extraviados en esos caminos que se entrecruzan, y cansados de tanta contradiccion, los más moderados ven en la duda el lugar de descanso y la más sublimada sabiduría (1).»

Apelo á la buena fé de los incrédulos que por tal manera han hecho su educacion religiosa: ¿Á quién pueden achacar la responsabilidad de su escepticismo? Apelo principalmente á los que se dejan dirigir por tales jefes: ¿Que prueba ese escepticismo? Que el hombre tiene la libertad necesaria para alterar la salud de su espíritu como la de su cuerpo, por medio de un régimen insalubre; pero de ninguna manera, que los enfermos estén mejor que los que gozan cabal salud.

Además del alimento mal sano, ciertos hábitos intelectuales

---

(1) El Rdo. Baunard. *La duda y sus víctimas.*

pueden ser un tercer disolvente de toda conviccion robusta, y por consiguiente un nuevo manantial de escepticismo. Nada predispone tan fácilmente á dar la misma importancia á lo verdadero y á lo falso, como la costumbre de defender del mismo modo las buenas causas que las malas. Resulta de esto la existencia de toda una familia de espíritus, que viéndose compelidos por su estado á sostener el pro y el contra, hállanse por demás expuestos á caer en el desdén del uno y del otro.

El escritor que ha prestado su pluma á todos los partidos; que ha combatido en todos los campos; que ha visto á los hombres públicos en escena y entre bastidores, acaba por deducir de semejante espectáculo, la triste conviccion de que la vida humana es una comedia en la cual lo blanco y lo negro, pueden ser sostenidos con éxito igual, no siendo lo más importante la moralidad de la accion, sinó la habilidad del actor, y mas especialmente la cifra de sus honorarios. Ahora bien, es muy justo que ese escritor despues de haber empleado su vida jugando con la mentira, obtenga como castigo la vergüenza de no creer en la verdad.

El abogado que hace profesion de cubrir el crímen con los dolores de la virtud, siéntese enternecido en presencia de los monstruos, y más son los culpables á quienes declara inocentes, que los inocentes á quienes logra salvar. Despues de muchos años pasados en hacer brillar con idéntico explendor el bien y el mal, no tiene nada de particular que el sentido moral se ofusque; que se tenga más fé en la palabra que en la verdad, y que no se vea en la religion otra cosa más que una causa que se ha defendido como tantas otras... con circunstancias atenuantes.

El hombre político que ha prestado cuantos juramentos se han exigido de él, y á veces hasta aquellos que no se le han reclamado; que ha pronunciado discursos en defensa de todos los sistemas de gobierno; que ha servido á todos los partidos, burlándose de todos los principios; y que habiendo ultrajado la verdad bajo uno de sus aspectos, se ha creado obstáculos él mismo para contemplarla bajo el aspecto opuesto, ¿puede quejarse con razon si procediendo sin la natural moralidad, pierde sus convicciones sobrenaturales?

El filósofo que se consagra á la especialidad de crearse dificultades sin resolverlas; júzgase satisfecho, no cuando ilustra á la humanidad, sinó cuando, á la manera de Kant, la encierra en un callejon sin salida. «No soy más que un Júpiter amontona nubes, decia Bayle hablando de sí mismo, mi talento consiste en formular dudas.» Muchos de sus sucesores no han hecho otra cosa sin exponerlo tan claramente. Pero ¿qué resulta de semejante costumbre? Qué esos hombres caen desde la filosofía á la sofística, y que acaban por no ver en lo verdadero y en lo falso más que dos ilusiones de un color distinto, susceptibles de ser mezcladas á todas dósis merced á una hábil prestidigitacion del espíritu.

Así se explica que la moralidad del hombre de inteligencia pueda depender de su régimen. Existe un escepticismo hasta natural, harto peligroso para la conciencia, que contrae á veces esta enfermedad no tanto por haber seguido la naturaleza, como por haberla corrompido.

Finalmente el desencanto de la vida, puede igualmante reducir ciertos espíritus á la triste condicion que nos está ocupando. Si el hombre procediera lógicamente, no debería dejar de creer en sus semejantes hasta tanto que hubiese dudado de Dios; mas por una contradiccion que, no obstante ser frecuente, resulta inexplicable, deja de creer en Dios en cuanto ha dejado de creer en sus semejantes. ¡Triste asunto de meditacion el estudio de ese trabajo íntimo de las almas!

Los que han mandado durante mucho tiempo, acaban á veces por sentirse tan cansados de la vida, como los que de ella han abusado: á fuerza de mirar y contemplar á la humanidad bajo todos los aspectos imaginables, han llegado á descubrir en los repliegues de su alma, tan vergonzosos misterios, que se sienten inclinados á negar la alta sabiduría del Dios que la formó. Son tantas las injusticias que han visto; los egoismos que han tocado; las ingratitudes que han debido experimentar; los sentimientos ruines que á cada paso se les han ofrecido, disimulados bajo las más bellas apariencias, que les asalta el pensamiento de si la vida, en lugar de una prueba santificadora bajo la mirada de Dios, no es más que un juego en el cual todas las probabilidades están en favor del más astuto y del más fuerte. Sólo la fé puede influir en que encuentren al hombre grande hasta cuando se rebaja, por lo mismo que únicamente la fé puede ver en el hombre la imágen del Creador y el precio de una redencion infinita.

Y sobre todo, sólo la humildad puede servir de salvaguardia á su fé víctima de las tentaciones resultantes de los sufrimientos de la autoridad; puesto que de cuantas autoridades existen, ninguna tiene tanto derecho á ser severa como la de Dios, y sin embargo Dios ama á esta humanidad que no vacilamos en maldecir, como si de ella no formáramos parte! Pues bien, vosotros los que desconfiais del Creador, porque os sentís heridos por sus criaturas, os condenais, sin daros cuenta de ello, puesto que con vuestras acusaciones demostrais únicamente que teneis ménos paciencia que él.

Pero además de las decepciones que son resultado del mando, pueden tambien ser motivo de blasfemia las ventajas que provienen del mismo. Los halagos de la vida quitándonos la fé humana, ponen en peligro la fé divina en nuestras almas. Existen séres francos, ingénuos, y sencillos que hacen su peregrinacion sobre la tierra con la sonrisa en los lábios, sin comprender la glacial filosofía de la desconfianza; pero llega un dia en que habiendo tocado de cerca la

falta de sinceridad en los amigos, la carencia de desinterés en las opiniones, la miseria y la ruindad de los grandes, el servilismo y versatilidad de los pequeños, se arrepienten con amargura de las ilusiones de su juventud y se hacen incrédulos por esceso de decepcion. Champford ha dicho; « A los treinta años es indispensable que el corazon ó se haga pedazos ó se cubra de bronce.» No es caso extraño que al estallar de dolor el corazon se metalice por medio del escepticismo. Ya lo hemos dicho: El que no cree en el amor, no puede creer en Dios.

Ahora bien, vosotros los que haceis un cargo á Dios por no haber fijado vuestra adhesion, aun cuando hubiese sido por un medio violento, examinad ántes si sois dignos de semejante favor, ó por lo ménos si no habeis empezado por hacerle interiormente la oposicion.

CAPITULO V.

Esceso de razonamiento, ausencia de sentimiento, predisposicion á la incredulidad.

Un obscuro geómetra del siglo décimo séptimo, que asistia á la representacion de la *Ifigenia*, en cuanto hubo terminado el espectáculo volvióse á su vecino, y le dijo. *¿Pero bien y esto que prueba?*

Este matemático representa el estado de muchas inteligencias respectivamente á la religion. Desprovistas de corazon, al contemplarla, sólo logran verla á medias, porque ella es al par luz y amor, y en tanto que se hurta á sus miradas una parte de la antorcha divina, acusan á la antorcha en lugar de achacarlo á la insuficiente extension de su mirada.

¡Cuántos hombres hay que tan sólo son incompletos porque no sienten, y cuantos que son incrédulos únicamente porque son incompletos!

El afecto, cuando no es pernicioso, constituye un complemento indispensable de la superioridad y la superioridad cuando es verdadera, es decir la perfeccion de la exactitud, predispone á la fé.

Contraste sobre el cual no se ha fijado debidamente la atencion! El amor desarreglado constituye un principio de ceguera. La mitología tradujo esta verdad valiéndose de una imágen muy expresiva, al echar una venda sobre los ojos de Cupido. En cambio el amor debidamente ordenado, á la intuicion del corazon añade la del espíritu y constituye la reunion de esos dos focos que produce el dia completo en la razon del hombre.

Y no se crea que esto sea una derogacion de las leyes de la naturaleza, sinó que por el contrario es una confirmacion. En la naturaleza, en efecto, el calor desarrollado hasta cierto grado produce la luz: es conforme á esta economía que, en un órden superior, el fuego engendra tambien la claridad. Sería curioso saber hasta que punto descenderian los conocimientos de la humanidad, el dia en que le fuese arrebatado el suplemento de luz que le resulta de la simpatía.

Conozco muchos escritores de libros y revistas y muchos libre-

pensadores de salon que presumen ser incrédulos por esceso de razon, y que lo son únicamente por indigencia de sentimiento. Consiste esto en que si basta nuestro espíritu para darse razon de la fé, la sensibilidad por sí sola no alcanza á más que á hacérnoslo saborear: una religion de amor ha de ser forzosamente un enigma para los que no aman.

Un publicista contemporáneo echa en cara á la fé cristiana el exigir de nosotros el sacrificio *de la mitad que piensa, á la mitad que llora*. No pasa esto de ser una sutileza indigna. Porque la mitad que llora, léjos de ser en el hombre resultado de inmolacion, es extension de la que piensa. Cuantos han sido los hombres á quienes, para llegar á ser verdaderos génios, sólo faltó haber llorado más! Del corazon, dice Vauvenargues, es de dónde proceden los grandes pensamientos, y como quiera que es el corazon el que duda, en la mayor parte de las gentes del mundo, añade el propio moralista, cuando el corazon se convierte, nada queda por hacer. Hé ahí la razon en virtud de la cual, si se distingue más difícilmente la naturaleza al través de una mirada velada por el llanto, por punto general vénse mejor las cosas de Dios.

Por consiguiente no se conoce al hombre cuando se cree que su espíritu contiene toda su razon: Consiste esta en una proporcionada fusion de inteligencia y afecto, y estas dos cosas se armonizan tan perfectamente la una por la otra, que aquel á quien falta el corazon, tiene en este mero hecho mutilada la inteligencia. Este hombre se cree sin ilusiones y es el juguete de la más grosera de ellas: la de creer que el pensamiento es más seguro cuando está privado de las luces del amor.

No, la escasez de corazon no constituye equilibrio de espíritu, lo que produce es disminucion de juicio. ¿Debe sorprendernos, pues, que semejante laguna influya en que sean ménos perceptibles las luces de la fé?

Los hechos deponen en favor de esta verdad. ¿A qué edad empieza generalmente á dudar el hombre? Cuando los paroxismos de la sensacion han agotado su sensibilidad; cuando las pasiones han aspirado en él la vida del corazon en provecho del organismo; cuando la impotencia de su sentimiento, en fin, con el agotamiento de la simpatía, han echado sobre él el gérmen de todos los escepticismos.

Y en cambio, ¿á qué edad empieza á creer nuevamente? En plena madurez intelectual, es decir, cuando el corazon ha recobrado su imperio sobre la carne, y cuando la facultad de sentir, repuesta de la fatiga de las tempestades, ha vuelto á su estado normal. El otoño de la vida humana es indudablemente la estacion más saludable, y con razon se ha dicho, que si en ella es más triste la tierra, en cambio se ve más bien el cielo.

Ni es menester la pérdida total del corazon para que se resienta

nuestra fé: basta para que vacile, que nuestras facultades simpáticas se empequeñezcan. Hasta la vida de los creyentes ofrece fases tristísimas durante las cuales vése el cielo de color aplomado, resultando adormecido el fervor religioso. Durante ellas se cree en Dios, como se cree en la existencia del sol en uno de esos dias nebulosos de diciembre, en los cuales no pueden llegar á nosotros ni su luz ni sus tibios rayos; mas cuando ménos podria esperarse, el astro disipa las nubes, brota de nuevo el calor íntimo, el corazon que al parecer habia cesado de latir aporta á la fé el contingente de afecto que la completa, y desde el momento en que ama más, el cristiano cree más fácilmente.

Horas privilegiadas de regreso á la fé viva mediante las luces del amor: todo aquel que ha vivido concentrado en sí mismo, os ha experimentado y bendecido.

Si ha existido en tiempo alguno un génio capaz de creer firmemente por la mera fuerza de la razon, ha sido el génio de Pascal. Y sin embargo, ese pensamiento austero, ese incomparable geometra, no ha podido ménos que reconocer que Dios sólo llegaba al espíritu, en fuerza de una especie de reflexion; es decir, despues de haber herido la parte afectiva del alma: por esto define la fé, *Dios sensible al corazon*, y ha formulado la ley que dice: *Sólo se penetra en la verdad por el camino de la caridad* (1).

Gracias á esta economía, cada una de nuestras percepciones, por más que sean inmateriales, tiene su lugar correspondiente, ó más bien su mediador en uno de nuestros órganos materiales. El oido es para nosotros el medio por el cual distinguimos los sonidos, el ojo el que nos deja percibir la luz, la mano es el órgano del tacto, el cerebro el del pensamiento, el corazon el del amor y la fé.

En vano pretende la fisiología materialista que las cosas que salen del corazon pertenecen al dominio de las ilusiones. El hombre puede dudar de la verdad de sus pensamientos, mas bien que de la realidad de sus sentimientos. Dios, al establecer la fé sobre el amor, la ha establecido en el fundamento más firme de nuestro sér. Si Descartes hubiese dicho: amo, luego soy, acaso no se habria atrevido jamás la humanidad á poner en duda la rotunda y conmovedora verdad de semejante criterio. Hé aquí por qué al contemplar sobre nuestro horizonte el crepúsculo del racionalismo, léjos de ver en él un desenvolvimiento de la razon, contemplamos la invasion del egoismo. Es decir, que si se ve ménos á Dios, no tanto proviene de que se hayan abierto más los ojos, sino de haberse cerrado más el corazon.

Por esto áun cuando, segun el órden teológico, la fé engendra el amor, frecuentemente lo que como hecho natural acontece, es que

(1) Pensamientos.

se realice todo lo contrario. Facilísimo nos seria confirmar lo que acabamos de decir, valiéndonos de palabras procedentes de espíritus superiores, si no hubiésemos aducido ya este testimonio. Así podríamos recordar á San Agustin, exclamando en el paroxismo de la conviccion, embriagado de felicidad: *Amar es ver;* ó á San Juan enseñándonos que el principio del conocimiento de Dios por el hombre es el corazon. Por desgracia, los hombres de corazon son contados; en cambio los que presumen serlo son muchísimos, y si en materia de religion no hay incrédulo alguno que se recuse, por causa de mediocridad de sentimiento, proviene de que su amor propio es tan intenso como invencible. Fácilmente se habla mal del propio espíritu, ha dicho Rochefaucoult; mas ¿quién ha maldecido jamás de su corazon?

CAPITULO VI.

Esceso de imaginacion y defecto de razon, nuevo motivo de desequilibrio peligroso para la fé.

El presente capítulo constituye el reverso del que precede.

Así como el raciocinio llevado al extremo, cuando no está contenido por este discernimiento exquisito que nace del corazon, es perjudicial á la fé; de la propia suerte el esceso de imaginacion, cuando no se halla regulada por el buen sentido. conduce al mismo resultado. Lo primero constituye la fria incredulidad de las almas empedernidas: lo segundo la incredulidad entusiasta de los poetas y artistas. Y aquí se vé que ciertos extremos intelectuales, con ser por demás distintos, son completamente iguales en sus efectos contra Dios.

¿Qué diferencia hay entre una imaginacion desenfrenada y un desarreglo mental? ¿Dónde acaba el delirio de la inspiracion? ¿Dónde comienza el de la locura? Cierto que la razon universal no se equivocará jamás sobre este punto de demarcacion; pero tampoco debe pasar desapercibido que de esto, mejor áun que de otras muchas cosas, puede decirse que los extremos se tocan. Los materialistas han definido el génio, una neurosis cerebral. ¿No hay acaso incredulidades provenientes de la misma afeccion?

No cabe dudar que el génio será siempre lo sublime del buen sentido; sin embargo, en algunas artes de imagiuacion, parece excluirlo. Más ¿debe sorprender por ejemplo, que autores acostumbrados á crear ficciones, á nutrirse de ellas, á venderlas á alto precio, en una palabra, á jugar incesantemente con lo falso, concluyan por mirar con repugnancia la verdad esencial? Nada más antipático á la inmutabilidad del dogma que la versatilidad de la fantasía.

El capricho de la musa, para los hombres dotados de imaginacion ardiente, es la primera razon de su incredulidad. Para ellos lo importante no es la verdad absoluta, sinó la verdad del color: no enseñan, pintan. El pró y el contra tienen para ellos los mismos atractivos, con tal que puedan de ellos obtener idénticos brillantes efectos, y si la blasfemia no tiene para ellos encantos, consiste úni-

camente en que representa la originalidad en materia de creencias.

«Cada pasion al pasar por mi alma,
arranca de ella dulcísima armonía.»

Tal es la regla, ó más bien el desarreglo negligente á que se atemperan. Desgraciado pues de aquel que les escucha como oráculos, cuando no son más que débiles ecos! Cierto que hoy cantan la impiedad; mas esperémos, los vientos cambiarán, y á su impulso la lira dejará oir sones piadosísimos.

Además del capricho de la imaginacion, suelen extraviar tambien al génio los accesos de la impresionabilidad. La sensibilidad normal puede ser un guia para el espíritu, porque es una delicadeza de la razon; pero la sensibilidad enfermiza oprime la inteligencia, y la hace zozobrar en vez de perfeccionarla. En semejante situacion el corazon humano, segun la expresion de la Escritura, padece una extraña fantasmagoría; *cor tuum phantasias patitur* (1). Conmovido hasta sus pliegues más íntimos, devora incomprensibles melancolías, lanza al cielo anatemas desprovistos de sentido comun, y forma incrédulos por desencanto. Byron, J. J. Rousseau, son las representaciones genuinas de estos génios no comprendidos, que tocando á lo sublime por uno de sus extremos, caen por el opuesto en lo absurdo y blasfeman, más bien que por haber penetrado los enigmas del mundo, por pasar por él sin saber siquiera lo que pretenden.

Comprendo que el tormento del talento dominado por la imaginacion, pueda causar una noble inquietud, cuando proviene de la paciente investigacion del ideal, y de una aspiracion ardiente hácia lo infinito: hay más áun, considerados bajo este punto de vista, el artista y el poeta, tienen algo de fatídico, si no queremos decir de divino. Sí, cuando se apoderan de los generosos impulsos de la humanidad para conducirlos á Dios, término de todo reposo, la alivian del peso de su llanto interminable y elevándola se elevan; más cuando no saben verter en el seno del infinito el sobrante de sus emociones, este licor que fermenta dentro de un vaso sin salida, acaba por hacer estallar el vaso que le contiene, no siendo estraño que el hombre inspirado, desde el trípode en que se hallaba establecido, vaya á parar á la celda de un manicomio. De aquí nace la opinion vulgar que considera el génio artístico como una especie de estacion intermedia entre el buen sentido y la locura, y desde la cual más fácilmente puede llegarse á esta que volver á aquel. Es extraordinario el catálogo de nombres que se colocan debajo de la pluma para confirmar la opinion popular, nombres que citaría, si

(1) *Eccli.*, 34-6.

el respeto debido á tales desventuras no aconsejara la discrecion.

Es indudable que Childe-Harold, Werther, René, Joselin, Rolla y tantos otros tipos del mismo género como podríamos citar, personifican la humanidad bajo uno de sus más interesantes aspectos; mas tambien es preciso reconocer que esos grandes infortunios, más bien que escitar piedad en el corazon, proporcionan cansancio y fatiga á la conciencia. Desde luégo el corazon, al fijarse en ellos, experimenta el efecto producido por esos niños llorones, que vierten lágrimas para proporcionarse el placer de que se les contemple: despues de esto la conciencia se asusta al considerar que se hallan en una situacion tirante y comprometida, puesto que no les ofrece más salida que la desesperacion, si se empeñan en no creer.

Por punto general los poetas prefieren lo primero á lo segundo por juzgarlo más bello; pero lo peor es que hay almas ingénuas que creyéndoles de buena fé, experimentan al par de ellos esa atraccion vertiginosa.

Y sin embargo, ¿en qué consiste el valor lógico de esas líricas extravagancias? ¿No deponen más bien contra la razon de los poetas, que contra la verdad de la fé?

Resumamos los dos capítulos, deduciendo de ellos la moralidad que encierran. ¿En qué consiste que ciertos espíritus razonadores y consagrados á las abstracciones, sean hostiles á la religion? En que piensan sin corazon. Recuerdo á propósito de esto un testimonio de Rousseau que podríamos agregar á tantos otros. «Razonar constantemente, dice, es la máxima de los espíritus mezquinos...»Un corazon recto es el primer órgano de la verdad.»

En cambio, ¿porque razon ciertas organizaciones artísticas ofrecen á la religion idéntica resistencia? Porque su imaginacion y su razon en vez de formar un todo armónico, constituyen un conjunto desproporcionado, en el cual gobierna la imaginacion.

¿Síguese de estas premisas que el hombre corra peligro de condenarse, por haber tenido sobra de imaginacion, ó falta de sentimiento? No; puesto que no tiene más obligacion que buscar por guias en materia de fé, maestros que no carezcan ni de corazon ni de razon: además y principalmente está obligado á vigilarse á sí mismo, á fin de no perder cosa alguna ni de su corazon ni de su razon, puesto que éstos son los dos ojos por cuyo medio penetra en el mundo sobrenatural, y con el auxilio de ambos, ve mucho mejor que con el de uno solo.

CAPITULO VII.

Influencia de los medios sobre el espíritu, con relacion á la fé.

La ciencia nos enseña que los medios reaccionan sobre los cuerpos con los cuales se hallan en contacto. Ahora bien, como los espíritus son por su naturaleza más impresionables que los cuerpos, deben experimentar con más fuerza esa accion sutil. Y efectivamente, nuestra inteligencia, á la manera de esponja, se empapa en las corrientes en que está sumergida hasta tal punto, que muchos hombres que se jactan de ser autores de su incredulidad, no son otra cosa que meros recipientes más ó ménos pasivos (1).

Segun otra ley física, la luz es más ó ménos refractada, segun la diferencia de los medios que atraviesa. Pues bien, la luz intelectual, en su modo de transmision, hállase tambien subordinada á la potencia más ó ménos refringente de la atmósfera que la rodea.

Cuando examino cuáles son los medios insalubres dentro de los cuales puede la fé contraer semejante enfermedad, descubro cuatro principales, residentes en la familia, en la escuela, en el club ó el salon, y en la sociedad en general. La accion de tales focos insinúa en las ideas una especie de savia corruptora: la incredulidad aspirada por medio de esta absorcion lenta, hácese en cierta manera orgánica, hasta tal punto, que para curar de ella son menester verdaderos milagros de gracia y de trabajo. Del hombre intelectual, puede principalmente decirse, que cae hácia el lado dónde se inclina.

Una idea nos ocurre al emprender el estudio de la influencia ejercida por estos medios sobre las convicciones religiosas: nos resistimos al dogma de la Iglesia, es decir, á la idea de vernos censurados y enseñados, sin apelacion, por una autoridad superior, y desnaturalizamos esta creencia, forjandonos falsas Iglesias, cuando renunciamos á la verdadera. Tal existe, que se juzgaria humillado

---

(1) Tomo I, cap. 2.º

inclinándose ánte la decision de la sociedad católica, y que sin embargo, jura por la dictada por asambleas ménos infalibles. Entre esos oráculos de mera convencion, el primero que se ofrece al hombre es la familia.

No hay un sólo hombre que en lo moral, mas áun que en lo físico, no lleve impreso el sello de la familia. La familia no forma nuestras convicciones por medio de argumentos, sinó con su amor y sus palabras, como hace Dios, resultando de aquí que su accion se ejerce de una manera misteriosa, que recuerda la de la gracia: Podria decirse que viene á ser una especie de inoculacion que se extiende en la sangre del niño y que brota en las ideas del hombre maduro, con la energía latente y fatal de las disposiciones nativas. Por esto, así como existe la fé infundida por el bautismo, hay tambien la incredulidad infundida por la educacion, y si los dos fenómenos difieren en cuanto á la causa, en cambio son muy análogos por lo que mira á sus efectos. No debe, pues, sorprendernos la existencia de espíritus de tan difícil enderazamiento, como lo son ciertos miembros del cuerpo que tienen un vicio de conformacion. Lo que bajo este punto de vista hace una madre, es tan indestructible, que la Iglesia con todas sus fuerzas y á pesar de ser tambien madre, no puede alcanzarlo: de manera, que tratando con esta potencia de igual á igual, y áun dejándose vencer por ella, no debe hacerse un cargo á Dios por esta derrota, teniendo en cuenta que cuanta mayor libertad nos concede, mas honra dispensa á nuestro mérito y á su liberalidad.

¿De qué manera se realizó la conversion de San Agustin? Algo influyó, indudablemente, la larga peregrinacion realizada en el mundo de las falsedades; pero lo que contribuyó principalmente, fué la influencia de aquella madre tierna, á quien predijo San Ambrosio, que no pereceria el hijo que tantas lágrimas habia causado. Un poco, por la inclinacion espontánea de su génio hácia la verdad abstracta; pero mucho más, en virtud de la sublime aparicion de la verdad, bajo los rasgos del amor maternal, que logró conseguir gracias á las perseverantes súplicas de Mónica.

Por lo mismo que el hogar es el primer laboratorio de las doctrinas, vemos confundirse á cada paso la historia de estas con la historia de aquel. Cuando Byron exhalaba el último aliento en Missolonghi, el dia de Pascua de 1822, en tanto que llegaban á sus oidos los acentos del pueblo griego que cantaba en las calles: *Cristo ha resucitado*, el poeta, en vez de pronunciar este nombre adorable, que habria endulzado su agonía desesperada, moria exclamando: «¡Mi hija, mi hermana!» objetos de un culto sagrado sin duda alguna; pero que si bien basta algunas veces para volver á Dios, no puede en manera alguna reemplazarlo.

Y si la irreligion de Teodoro Jouffroy lleva ese sello de deses-

peracion que la convierte en una especie de propaganda religiosa, ¿á quién debe la gloria de sus remordimientos? Él mismo es quien nos lo dice.

«Encontrábame bajo el techo en que habian discurrido los dias de mi infancia, rodeado de las personas que con tanta ternura me habian educado, en presencia de los objetos que tanto me impresionaran; que tan hondamente me habian conmovido; que tan profundamente habian tocado mi inteligencia en los dias más bellos de mi primera edad. Cada voz que llegaba á mis oidos, cada objeto que veía, cada uno de los sitios á que dirigia mis pasos, despertaba en mí, recuerdos que juzgaba completamente extinguidos, que eran otras tantas impresiones desvanecidas de esa edad hermosa; mas al refugiarme en mi alma, esos recuerdos y esas impresiones no despertaban en mí el eco más ligero. ¡Todo permanecia como ántes ménos yo mismo! En la iglesia se celebraban todavía las festividades y se honraban los mismos santos misterios del mismo modo que ántes: al llegar la primavera bendecíanse los campos, los bosques y las fuentes como habia visto en mi edad primera, en la casa de mis padres se levantaba, en dia determinado, el altar guarnecido de flores y verdura como se hacia en mi infancia: el sacerdote que me inculcara las máximas de la fé, aun cuando habia envejecido, permanecia entre nosotros creyendo siempre, y cuanto yo amaba; cuanto me rodeaba, tenia el mismo corazon, el alma misma, idéntica esperanza en la fé. ¡Solo yo la habia perdido; solo yo estaba en el mundo sin saber cómo ni por qué; solo yo, sabiendo mucho, lo ignoraba todo; solo yo me sentia vacío, agitado, privado de luz, ciego, inquieto (1)!»

Esos recuerdos de infancia de Jouffroy combatian su incredulidad; mas, ¡cuántos son aquellos que junto á su cuna encuentran lecciones completamente contrarias! Cuando el vulgo ve á personas eminentes negando la religion, presume que proviene de que han hecho descubrimientos decisivos contra ella, siendo así que, por punto general, consiste en que tuvieron un padre indigno del augusto sacerdocio que se le habia confiado. La fé nos viene ordinariamente como la sangre, por transmision genealógica, y puesto que, en general, la familia hace más bien los incrédulos que estos se hacen á sí mismos, es excusado buscar á su incredulidad una autoridad distinta de la de las preocupaciones de la educacion.

Sé que de la fé puede decirse otro tanto; mas de seguro que las razones no serán las mismas. La familia, al inculcar á los pequeñuelos santas creencias, obedece á la voz de la naturaleza: la familia que enseña blasfemias procede contra ella. Ahora bien, cuanto está de acuerdo con la naturaleza se impone á nuestro respeto, y

(1) *Nueva miscelánea*, p 103.

cuanto es desnaturalizado merece y obtiene nuestra reprobacion.

La escuela, despues del hogar doméstico, es el crisol más ordinario de las convicciones. Los padres son discretos en su profesion de incredulidad en presencia de la familia, sea porque les contiene el pudor, sea porque temen las consecuencias que contra su propia felicidad podrian resultar. La escuela procede con ménos reserva: en primer lugar, porque no es madre; y despues, porque nada debe temer de la impiedad de sus discípulos. Conocido es el hecho de aquel famoso profesor de Veies que, cuando la ciudad estaba sitiada, so pretexto de llevar á paseo á sus discípulos, sacólos y los entregó al enemigo: pues bien, muchos son los profesores que han hecho traicion á la confianza de las familias, entregando á sus hijos al más cruel de los enemigos: el escepticismo!

El hombre no comienza á dudar ó á afirmar su incredulidad, cuando se encuentra en la edad madura, y bajo los esplendores de un cielo sereno y en el apogeo de la razon, sinó que por el contrario y por punto general, forma semejante juicio en la escuela, entre los trece y diez y ocho años, cuando sus pasiones tienen toda la fuerza de la juventud y su espíritu todas las vacilaciones de la adolescencia. Despues de haber levantado su negacion en el aire, vive sobre ese fundamento movible hasta el término de su carrera, y no es raro que llegado á la vejez continue negando, basado en su exámen de colegial. Así se explica que bajo pretexto de progreso muchos incrédulos entreguen su espíritu á preocupaciones juveniles, es decir *á prioris* completamente gratuitos, de tal manera que el cristianismo será siempre condenado en su tribunal, sin que en tiempo alguno se le haya escuchado.

Si se suprimieran en nuestro país todas las incredulidades que han nacido en el liceo, en el colegio de Francia, en Saint-Cyr, en la Escuela Normal, en la Politécnica, en la de Minas, y en otros establecimientos del propio género, seríamos casi un pueblo de verdaderos creyentes. Acaso habria más crueldad que necesidad, en enumerar todas las víctimas á quienes la Universidad arrebató su fé, sin proporcionarles en cambio, la moralidad necesaria para llenar el vacío que resultaba en su corazon.

Téngase en cuenta que esta influencia no es exclusivamente propia de nuestro suelo. Así como los hombres llegan al cristianismo por la enseñanza, tambien por medio de la enseñanza dejan de ser cristianos. Cuando Silvio Pellico escribió estas hermosas palabras: «Estudié y ví que un católico puede como el gran Volta, rezar humildemente su rosario, sin que por esto deje de ser una inteligencia elevada, perspicaz y robusta,» expresaba la profunda reaccion que debió experimentar su espíritu, contra las corrientes pseudo científicas en que se vió á punto de zozobrar. Si Schiller llegó á perder un instante la ingénua fé que su tierna madre le inculcara,

cuando colocada entre él y su hermana Cristobalina les explicaba el Evangelio del dia, y en los festivos les acompañaba á la Iglesia, proviene de que desde la aldea de Marbach pasó á la escuela llamada de Carlos, en Wurtemberg, donde en cambio de la desgracia de dudar mucho, obtuvo la ventaja de aprender muy poco. ¿No bastó á Hegesippo Moreau el simple recuerdo de los padres que fueron sus maestros en el seminario de Avon, para que concibiera estas palabras de arrepentimiento:

Un tiempo fué: mis lábios infantiles,
Abríanse gozosos para orar
Y en los dias mas grandes de la Iglesia,
Ante el Señor, hincadas las rodillas,
Flores y preces le rendia al par.

Despues de estos ejemplos y otros muchos que podríamos aducir, con tal que el hombre esté algo iniciado en los misterios del alma, comprenderá que es por demás difícil borrar completamente la huella de una primera educacion. Por lo demás, ofrece ménos dificultad el corromper á los espíritus que el curarlos; el plantar un arbusto que el enderezar un árbol, y por esto le cuesta tanto á la religion el corregir los males que la escuela lleva á cabo con tan poco esfuerzo. En un principio habria bastado dirigir un solo argumento á ese jóven libertino encenagado en la duda, argumento expresado por las bellísimas palabras de Bossuet. «Limpiad el templo de Dios, y penetrará nuevamente en él»; mas al presente para alcanzar idéntico resultado: para enderezar este cuerpo torcido, es indispensable la realizacion de prodigios de que Dios se muestra avaro, por lo mismo que son contados los mortales dignos de ellos.

Al salir el jóven de la escuela, halla en su camino nuevos medios que influyen para que la fé se debilite y en ocasiones acabe por extinguirse: me refiero á los clubs, á los casinos y á las salones. No en vano y repetidas veces hemos hablado de la influencia ejercida por las sociedades secretas sobre sus afiliados. El error ha tomado de la verdad sus catacumbas, porque en esta existencia subterránea encuentra un poder y un encanto fascinadores. No nos volverémos á ocupar en los funestos efectos de este alistamiento; pero harémos notar sin embargo, que la incredulidad debe contar muy poco en el poder que ejerce sobre las almas, cuando para asegurarse de ellas exige el juramento. La fé que está más segura de su derecho y de su imperio, sólo exige del cristiano meras promesas y promesas tales que se reducen al *buen propósito.*

Los clubs, los casinos y los salones reunen un público más numeroso que los cenáculos de la fracmasonería, ejerciendo tambien una influencia de proselitismo á la cual son muy pocos los que pueden jactarse de escapar completamente. ¡Cuantos son los que no

queriendo prestar crédito á los imponentes asertos de la Iglesia, son escépticos, sin mas fundamento que las palabras de un decidor ingenioso que goza gran prestigio en la sociedad de que forman parte!

Consiste esto en que las malas compañías no son ménos temibles para la fé, que para las buenas costumbres, y esas malas compañías encuéntranse confundidas con las buenas. Por lo demás la incredulidad, lo mismo que la fé, tiene un poder de comunicacion excesivamente rápido y se exhalan del alma que las encierra como perfume por demás penetrante. Así se explica que el contacto habitual con alma creyente baste para hacer inquebrantables nuestras creencias y que las quejas y suspiros de un vecino escéptico, nos hagan partícipes de sus vacilaciones. ¡Dichoso aquel que sabe ponerse á cubierto de esas emanaciones contagiosas, y atender á su fé como á su salud, proporcionándola constantemente la temperatura apropiada á sus necesidades!

Segun una frase popular, los amigos se reunen porque se parecen: lo contrario resulta á veces más exacto, puesto que, en el órden de las ideas religiosas sobre todo, los amigos acaban por parecerse á consecuencia de haberse reunido. Todo aquel que conoce debidamente los círculos literarios de París, sabe donde y de que manera se ha formado, de dos siglos acá, la mayor parte de los incrédulos. Sí, de esas reducidas iglesias del libre pensamiento nacen tantos y tantos descreidos que dan vida á otros muchos; pero cuando puede apreciarse la ligereza habitual de ese comercio de inteligencias, se sabe cual es el valor dogmático de las negaciones que resultan. De un manantial corrompido, no deben esperarse aguas puras.

«Dos cosas existen, dice el conde de Maistre, cuyo recuerdo difícilmente puede olvidarse, el sol y los amigos.» Convengo en ello; pero debiendo hacer constar además, que las amistades intelectuales dejan generalmente en nuestra vida una huella más profunda que las resultantes del afecto: de manera que si son muchas las gentes que piensan mal, no tanto depende de que haya muchas nubes que nos oculten la verdad, como de la existencia de pocos hombres que guarden á sus pensamientos las consideraciones debidas puesto que, en la eleccion de sus amigos de la cabeza, no ponen el mismo cuidado que en la de sus amigos del corazon.

•

Hay sin embargo una sociedad más extendida que aquella en que pasa el hombre sus veladas y es aquella en que discurre su existencia: me refiero á la gran familia nacional á que pertenece, y en la cual se empapa, sin darse cuenta de ello, en los principios de la fé, ó en las máximas del esceptícismo.

Lo hemos dicho ya, el hombre no puede ser eternamente castigado por el crímen de haber nacido en una zona ó en un período histórico sin religion. Dios mide la responsabilidad que nos impone segun los auxilios que nos presta; mas obligacion nuestra es exami-

nar detenidamente, antes de prestar nuestra confianza á un corifeo de la impiedad, si no cree por proceder de un lugar en el cual todo el mundo es incrédulo, más bien que por militar en su favor razones poderosas para ello.

Él espíritu público es un receptáculo inmenso de vida intelectual, donde, sin darse cuenta de ello, se aspira el aroma de la fé ó el deletéreo miasma de la irreligion. Por ejemplo: desde el año 1792 hasta el famoso dia de Páscua de 1802, la nacion francesa entera se entregó á la blasfemia, resintiéndose de ello, como no podia ménos de suceder, la generacion que fué educada en esa época impía. ¿Qué debemos deducir de semejante apostasía? Que los espíritus subyugados entónces momentáneamente por esa epidemia, dudaban porque estaban enfermos; pero no que los *incroyables* del Directorio, ó los energúmenos de la Convencion, tuviesen para dudar, motivos más poderosos que la generacion siguiente. Si de Francia nos trasladamos á Alemania, nos causará verdadera estupefaccion el radicalismo audaz con que proceden en sus negaciones ciertas escuelas de allende el Rhin. ¿Qué prueba esa originalidad, iba á decir esa especialidad, tudesca? Que en su investigacion de lo absoluto, es capaz de extremarse hasta lo absurdo; pero no que el Dios imposible de ciertos soñadores alemanes, esté destinado á destruir al que reina sobre el mundo entero. Finalmente, si salvando la gran muralla, contemplo á los trescientos millones de súbditos del Celeste Imperio, entregados, á lo que se dice, á un esceptismo casi universal, ¿qué deduzco de esta anomalía? En manera alguna el que sean vanas las creencias de la humanidad, sinó que es costumbre en los chinos el no creer, como lo es el ostentar su extraña coleta, y que constituyen un pueblo en decadencia, pero no un centinela avanzado de la civilizacion del porvenir.

Tal es el poder de los medios sobre aquellos que á los mismos se hallan sometidos, potencia ciega que procede de la simple autoridad del ejemplo, es decir de una moda servilmente seguida, y no de una conclusion lógicamente aceptada. Ahora bien, de que un incrédulo tenga un trato intelectual frecuente, capaz de pervertirle, ¿puede deducirse un solo argumento intrínseco en apoyo de su incredulidad? *Y tal es la razon*, le dirémos valiéndonos de un célebre rasgo de ironía, *de ser muda vuestra hija*.

Cuanto más se reflexiona, mayor sorpresa causa el considerar cuantos esfuerzos debe realizar el hombre en contra de su razon, para emanciparse de la fé.

CAPÍTULO VIII.

De los espíritus absolutos que exigen la demostracion científica de la verdad religiosa.

Cada órden de conocimientos tiene sus pruebas especiales. El médio más seguro para que todos los conocimientos bamboleen, consiste en establecer las unas por medio de razones que solo convengan á las otras, ó en exigir de estas las demostraciones propias de aquellas. Uno de los primeros, mejor áun: el primer geómetra del siglo décimo octavo, Eulero, habia ya entrevisto la tendencia que tiene la incredulidad á producir semejante confusion y en consecuencia establecia esta distincion luminosa: «Todas las verdades que se hallan al alcance de nuestro conocimiento, se refieren á tres clases esencialmente distintas. La primera encierra la verdad de los sentidos; la segunda las verdades del entendimiento; la tercera las verdades de la fé. Cada una de estas tres clases reclama pruebas particulares para las verdades que á ellas pertenecen, y todos nuestros conocimientos derivan de alguna de dichas tres clases.

«Las pruebas de la primera se reducen á nuestros sentidos, por ejemplo, cuando puedo decir: *Esta cosa es verdad, puesto que lo he visto, ó me he convencido por vista de ojos*. De esta manera averiguo que el imán atrae al acero, puesto que lo veo, y que la experiencia me lo prueba indubitablemente. Esas verdades llevan el nombre de *sensuales* (ó sensibles) y están fundadas en nuestros sentidos ó en la experiencia.

«Las pruebas de la segunda clase están encerradas en el raciocinio, como cuando digo: *Esta cosa es cierta, puesto que puedo demostrarla por un raciocinio justo ó por medio de silogismos legítimos*..... Por este medio conocemos que los tres ángulos de un triángulo rectilíneo equivalen á dos ángulos rectos... Estas verdades se llaman *intelectuales* y á ellas pertenecen todas las de la geometría y de las demás ciencias, en tanto que se está en disposicion de probarlas por medio de demostraciones.

«Paso á la tercera clase de verdades, es decir á las de la fé, ver-

dades que creemos, porque nos las refieren personas que nos merecen completo crédito, y en cuyo caso podemos decir: *Esta cosa es verdad, puesto que me la han asegurado dos ó tres personas dignas de crédito.* A esta clase pertenecen, pues, las verdades *históricas*... V. A. cree sin la menor duda, que en otro tiempo existió un rey de Macedonia llamado Alejandro Magno, que se hizo dueño de la Persia, áun cuando jamás lo haya visto, ni pueda demostrar geométricamente que dicho hombre haya existido en la tierra. Nosotros lo creemos atentos á la narracion de los escritores de historia, y no ponemos un momento en duda su fidelidad. Pero ¿no está en lo posible el que todos esos autores se hayan puesto de acuerdo para engañarnos? Estamos en lo cierto al rechazar semejante objecion y estamos además tan convencidos de la verdad de estos hechos, por lo ménos de una parte de los mismos, como de las verdades de la primera y de la segunda clase.

«Es menester, pues, que las verdades de cada una de esas tres clases se contenten con las pruebas que convienen á su naturaleza y seria ridículo exigir una demostracion geométrica para las verdades de experiencia ó históricas. Los *esprits forts*, y los que abusan de su penetracion en las verdades intelectuales, padecen ordinariamente el defecto de pretender demostraciones geométricas para convencerse de todas las verdades religiosas, que, en su mayor número, pertenecen á la tercera clase (1).»

Resulta de lo dicho, que si la comprension arguye fuerza de juicio, el deseo de explicárselo todo demuestra debilidad. Pedir que la religion se reduzca á un teorema matemático, es una exigencia que, áun cuando sin razon, se califique de científica, tiene en realidad muy poco de razonable. Desgraciademente la ciencia contemporánea es una potencia ambiciosa que no reconoce límites á su dominio, y hace de la religion un conjunto de sus diversas categorías, excluyéndola del número de las certezas. «Y sin embargo, el saber que existen cosas, que nosotros no podemos saber, constituye un conocimiento tan precioso como seguro. No puede prestarse á la ciencia mejor servicio que la exacta determinacion de sus límites (2).»

Y todavía se comprenderian tan descabelladas pretensiones, si la ciencia estuviese completamente formada; mas ¿qué derecho tiene para sublevarse contra nuestros misterios, cuando sus luces actuales suceden á los misterios de la víspera, así como sus misterios de hoy han de ser las luces de mañana?.

En el seno de una existencia que rodean completamente las som-

---

(1) *Cartas á una princesa de Alemania.*
(2) D. Chalmers.

bras naturales, no hay para qué sorprenderse de que la fé nos imponga las suyas. Cuando los dogmas impenetrables no fuesen más que la expresion de la ley que sienta que el Océano de la verdad carece de límites, y que áun avanzando siempre jamás nos será dado tocar á la orilla, ¿no se trocarian en creencia racional los dogmas supra-racionales?

¿De dónde procede, pues, esta inflexibilidad lógica que no quiere suscribir más que á lo que se halla geométricamente demostrado? De una falta de inteligencia, ó de una estrechez de juicio. Existe la demostracion intrínseca consistente en hacer que se ponga de relieve la evidencia de las cosas. Existe tambien la demostracion extrínseca que consiste en establecer su certeza: esta demostracion indirecta basta para fijar el asentimiento de la razon, y esto nos explica por qué los misterios cristianos, por más que sean incomprensibles, son ménos violentos al espíritu, que la negacion sistemática de sus pruebas. Cierto que son verdades ocultas; mas nada importa que una verdad sea invisible, con tal que sea cierta.

El último testimonio de la razon, dice Pascal, consiste en reconocer que hay una infinidad de cosas superiores á la razon. Esta consecuencia final, por medio de la cual la filosofía va á completarse, mas bien que á perderse en la fé; es siempre de difícil deduccion, y no obstante todavía es más difícil hurtarse á su necesidad.

Puede decirse que la fé en lo incomprensible, forma parte, en cierto modo, del verdadero espíritu científico: en primer lugar, porque siempre habrá para la ciencia misterios de hecho, áun en el terreno sometido á sus exploraciones, y despues y principalmente, porque es indispensable que existan para ella misterios de fé, es decir, un punto más allá del cual debe renunciar á ver, porque en él termina su imperio y comienza otro.

«Los límites del mundo finito son los de la ciencia humana: no hay nadie capaz de decir hasta donde puede esta extenderse dentro de tan vastos límites; pero lo que sí se puede y debe afirmar, es la imposibilidad absoluta de traspasarlos. Solo el mundo finito se halla á su alcance y es el único que puede medir. Solo los hechos del mundo finito están al alcance de sus miradas; solo estos hechos son los que puede abarcar en toda su extension, bajo todas sus formas, y reconocer sus relaciones y sus leyes, que son tambien hechos, y comprobar por consiguiente el sistema de los mismos. En esto consiste el trabajo y el método científico, y las ciencias humanas constituyen el resultado.

«Ya se comprenderá que al hablar del mundo finito, no me refiero exclusivamente al mundo material. En efecto, existen igualmente hechos morales que caen bajo el dominio de la observacion y entran por consiguiente en el de la ciencia. El estudio del hombre en su estado actual, personas y naciones, es igualmente un es-

tudio científico sometido al mismo método que el estudio del mundo material, y que puede tambien poner de manifiesto cuáles son en el órden actual de este mundo, las leyes de los hechos á los cuales se aplica.

«Mas si los límites del mundo finito son los de la ciencia humana, no son en manera alguna los del alma humana. El hombre lleva en sí mismo nociones y ambiciones que se extienden más allá y se elevan sobre el nivel del mundo finito, que son las nociones y las ambiciones de lo infinito, de lo ideal, de lo completo, de lo perfecto, de lo inmutable, de lo eterno. Esas nociones y esas ambiciones son hechos reconocidos por el espíritu del hombre; pero al reconocerlos, se detiene, pues le hacen presentir, ó para hablar más propiamente, le revelan un nuevo órden de cosas distintas de los hechos y de las leyes del mundo finito que observa. Mas así como el hombre tiene el instinto y la perspectiva de este órden superior, no tiene ni puede tener la ciencia: el que su alma entrevea lo infinito y aspire á alcanzarlo, constituye la sublimidad de la naturaleza; mas, en cambio, es el rasgo característico de su condicion actual, el que la ciencia se encierre en el mundo finito en que vive (1).»

De manera, que el misterio es la ley de la ciencia, porque es su límite lógico, por lo mismo que el dominio de la ciencia llega á lo finito, y el misterio pertenece á la region de lo infinito. Ahora bien, nada más científico por parte de la razon que renunciar á medir lo inconmensurable.

Pero así como lo que nosotros ignoramos en el órden científico, podemos extenderlo por medio de nuestras investigaciones, lo que ignoramos en el órden sobrenatural, siquiera reductible por el trabajo del hombre y por la gracia de Dios, es completamente impenetrable. Y sin embargo, debemos conformarnos con ello, porque el supremo esfuerzo de la ciencia estriba en conocer cuáles son las cosas que no le compéten, sin dar ménos garantías á su razon.

¿No causa lástima ver á unos mismos hombres despreciando los misterios de la religion y adorando los de la ciencia?

Y sin embargo, el misterio es ley de esta como de aquella. Toda religion positiva es una manifestacion de Dios á la inteligencia humana, y en esta manifestacion, mejor áun que en la inmensidad de los cielos y en la del mar, hay algo que se halla fuera de los límites de nuestro horizonte, por lo mismo que no ocupamos la altura indispensable para distinguirlo. En nuestra economía religiosa, la porcion de lo divino que abarca el ojo es la revelacion, lo que le escapa es el misterio. Solo una inteligencia inmensa, como la de Dios, es capaz de reflejarlo completamente. Por esto el Verbo y el Espíritu Santo, que son la repeticion adecuada de su inmensi-

---

(1) Guizot. *Medit. Los límites de la ciencia.*

dad, son los únicos para quienes el misterio no existe; mas, escepcion hecha de las tres personas divinas, los hay para todos los séres, segun el grado gerárquico que ocupan debajo de la Trinidad.

De esta suerte, lo incomprensible es, en materia de fé, una necesidad de nuestra condicion; en manera alguna una poesía supersticiosa de las revelaciones. Impedir que Dios tenga secretos para el hombre, es erigir en principio que el espíritu del hombre debe estar hecho á la misma medida que el de Dios, lo cual implica la blasfemia y el absurdo, so pretexto de rigor científico.

¿No es además el misterio una ley de la razon por lo mismo que la traspasa? Sí, porque nada tiene de imposible, ni de contradictorio, ni de incomprensible, que se crea sin que exista razon alguna para creer, ni está opuesto en manera alguna á la razon: es una verdad percibida siquiera no comprendida por la razon, y percibida de una manera perfectamente conforme con los procedimientos racionales. En efecto, el espíritu humano, segun en otro lugar dejamos consignado, recibe por dos conductos las verdades á las cuales se adhiere: directamente, es decir, en su evidencia inmediata, ó indirectamente, esto es, segun el testimonio que las garantiza.

¡Cuántas creencias hay en nuestro espíritu que no tienen otra base que un testimonio digno de fé! ¿Por ventura no merece tanto crédito la Iglesia respecto de las verdades sobrenaturales cuya custodia le está confiada, como el historiador, relativamente á los hechos pasados; el geógrafo, con relacion á los países lejanos; el astrónomo, sobre el mundo sideral; y todos los demás testigos oculares, sobre una porcion de verdades que admitimos con completa confianza? Lo esencial para creer, no tanto estriba en haber visto por sí mismo, como en tener la seguridad de que el hombre no está inducido á error. Cierto que la razon tiene derecho á pruebas de parte de la fé; mas la razon tiene tambien el deber de someterse á la fé cuando esta le ha dado sus pruebas.

Al presente se habla mucho de la experiencia como única certeza. «No se olvide, dice San Anselmo, que la fé ocupa en las cosas religiosas, el mismo rango que la experiencia en las cosas naturales (1).» Así como el observador proporciona á la razon científica la primera materia sobre la cual se ejercita, de la propia suerte la fé nos revela los hechos divinos que la razon clasifica y sobre los cuales descansan sus teorías, y de esta suerte la razon se encuentra hasta en su adhesion á los misterios, porque tiene la comprobacion necesaria antes de admitirlos.

¿Tenemos para que ocuparnos en probar que el misterio es tam-

(1) *De fide Trinit.*, cap. 2, cj.; *Proslog.*, c. 1.

bien ley del mundo? No, porque al lado, ó mejor, debajo de los misterios de Dios, existen los relativos al hombre y á la creacion, que son y serán siempre impenetrables para la ciencia materialista.

«La naturaleza íntima de los seres, dice Laplace, será eternamente desconocida para nosotros: la naturaleza de las fuerzas es y será siempre un misterio.» Eh ahí pues al misterio encima de nuestras cabezas y debajo de nuestros piés. Lo llevamos en nuestra alma; lo llevamos en nuestro organismo, y cuando el mundo entero no es más que un gran misterio lanzado en medio de una inmensidad, que es tambien en sí misma un misterio poblado de misterios innumerables, ¿podemos pretender que la religion, que es Dios hablando y obrando en la humanidad, se ofrezca á nuestras miradas sin el velo más ténue que pueda imaginarse? Por lo que á nosotros toca, sorprendenos la existencia de esas nubes; pero mas nos prenderia el que no existieran.

Si fuese posible negar la admision de lo incomprensable, bajo pretexto de progreso intelectual, se explicaria semejante empeño, más que hemos de hacerle cuando es su ley imprescindible. Filósofos hay que hacen un cargo al catolicismo por su inmovilidad diez y ocho veces secular, sin perjuicio de echarle en cara al propio tiempo la invencion continua nuevos dógmas; mas á esos filósofos les ha probado Vicente de Lérins, que es precisamente todo lo contrario lo que sucede, pues lo que en realidad se verifica es, no un cambio, sinó una expansion, una evolucion de las creencias primitivas, que forma una sublime conciliacion de la inmutabilidad divina, con la marcha ascendente del hombre, y que constituye el misterio que concierta estos dos estados en apariencia contradictorios.

Cierto que la esencia del misterio escapa á nuestra inteligencia; más paréceme que podria representarse por medio de una pirámide en cuya cúspide solo Dios vé y mora, y que está formada por diferentes pisos más ó ménos iluminados. El espíritu humano puede remontarse libremente con el auxilio de sus alas á esas diferentes regiones explendentes de luz; mas á pesar de sus esfuerzos jamás le será dado alcanzar á la cumbre, sin que esto sea obstáculo para que incesantemente pueda ascender en esta direccion. Lo incomprensible de la fé subsistirá siempre: la parte no comprendida disminuirá sin cesar.

A más de que, este incomprensible ¿no es por ventura ley de la naturaleza humana? «El hombre es el mismo en la esfera del pensamiento que en la de la accion, aspira á mayor altura de la que le cabe alcanzar: es su naturaleza y su gloria y si renunciaba á ello pronunciaria su propia caida. Mas es menester que, sin abdicar, se conozca: conviene que sepa que su fuerza en la tierra, es infinitamente inferior á su ambicion, y que no le es dado conocer el mundo de lo infinito y de lo ideal en pos del cual se lanza. Los hechos

y los problemas que en él se le ofrecen, son tales, que los métodos y las leyes que dirigen el espíritu humano en el estúdio del mundo finito no tienen en él aplicacion. Lo infinito es para nosotros objeto de creencia, no de ciencia, y ni podemos rechazarlo, ni nos es posible aprehenderlo.

«Muchas veces, y por cierto con mayor habilidad que al presente, la escuela positivista ha pronunciado sentencia de proscripcion, contra la metafísica que propone los problemas de lo infinito. Pero esta sentencia no la acepta ni la aceptará jamás el espíritu humano... El hombre cree natural y expontáneamente en estos problemas, sin que le sea dado abarcarlos ni medirlos, sin que pueda desconocerlos ni conocerlos, ni adquirir la ciencia, ni privarse de tener fé en ellos (1).»

Añadamos que haciendo tabla rasa de la metafísica como de un sistema de hipótesis, la ciencia experimental cae en flagrante contradiccion. ¿Hánse suprimido las hipótesis metafísicas en virtud de la hipótesis positivista? ¿Con qué razon? ¿Existe ciencia alguna que haya recibido de la experiencia una consagracion más auténtica que esta, por lo mismo que es una necesidad invencible y permanente de la humanidad? El sistema de observacion exclusivamente físico cuenta muy pocos años, la metafísica es tan antigua como el mundo. Para que la primera llegue á ser tan experimental como la segunda, es menester que transcurra mucho tiempo.

Finalmente ¿no es tambien el misterio consecuencia necesaria de la naturaleza de Dios? Sí, la inteligencia infinita debe saber cosas que el hombre no podria descubrir. Si nosotros reconocemos en los sabios el derecho de enseñarnos teoremas que el vulgo de las gentes no comprenderá jamás, ¿quién será osado á negar al Maestro supremo, el derecho de exigir nuestro asentimiento á las conclusiones que nos certifica en el mero hecho de proponérnoslas?

Si hay en filosofía axioma alguno unanimemente aceptado, es el que establece que Dios no es totalmente comprensible. Los principales misterios del cristianismo sobre la Trinidad, sobre la Encarnacion, sobre la Redencion, no son más que la expresion particular de este dato general. ¿Porqué motivo la misma idea adoptada por el racionalismo bajo forma filosofica, es por él rechazada cuando se le presenta por la revelacion? Difícil le es á la razon sublevarse sin contradecirse.

En resolucion, por más que el hombre se esfuerce, solo logrará descubrir fenómenos en la tierra, la substancia de las cosas jamás conseguirá conocerlas. La ambicion intelectual que pretende explicarlo todo, no es más que el orgullo de una debilidad que no se conoce (2).

---

(1) Guizot. *Meditaciones. Los límites de la ciencia.*

(2) Para complemento del presente capítulo véase la primera parte del cap. 2, tom. 1.

CAPITULO IX.

De la versatilidad resultante de intermitencias en la duda.

«El espíritu de los hombres más grandes del mundo no es independiente hasta tal punto, que no se halle sujeto á verse turbado por el rumor más insignificante: no os cause sorpresa que al presente razone mal; es que una mosca zumba junto á su oido (1).»

Tales son, segun Pascal, las vicisitudes de la inteligencia aplicada á las cosas sensibles. Calcúlese despues de esto cuales deben ser sus variaciones en sus relaciones con lo invisible! El Dios del Evangelio ha descrito indirectamente las oscilaciones de la fé, cuando ha dicho á la humanidad: *«Esperad un instante y me veréis, esperad un instante y no me veréis* (2).»

Y en efecto, no es mucho lo que se necesita para que se oscurezca ó para que se ilumine nuestro horizonte intelectual. No es cosa extraña vernos alternativamente creyentes y escépticos, así como nos sentimos robustos ó valetudinarios segun nuestros achaques y el estado de la atmósfera. Afortunadamente la incredulidad que sufre intermitencias, es sólo una fé que padece y que por lo tanto es más meritoria.

Hay fuentes que sólo manan á intérvalos, siquiera no se agote jamás su misterioso manantial. Lo propio acontece con la fé en algunos: siempre subsistente en el fondo, sólo por momentos tiene el sentimiento de sí misma.

Esos letargos, más ó ménos prolongados, de nuestra conviccion íntima, reconocen como causas, ora la instabilidad de nuestras ideas, ora la manera anormal de afectarnos en presencia de lo divino, ora la tentacion. Estas tres causas aisladas ó confundidas en proporciones variables, explican fenómenos todavía mal estudiados, concernientes á la vida de las creencias religiosas.

---

(1) *Pensamientos.*
(2) S. Juan, 7-33, 34.

La instabilidad de las ideas engendra desde luego muchas dudas efímeras que en nuestro concepto equivalen á ausencia de fé, siendo así que constituyen una prueba de ella. Muchos son los hombres que pierden y recobran su fé con la misma facilidad que el apetito ó el buen humor: laméntanse de ello en nombre de la razon, pero son el juguete de sus impresiones y no obstante de que imaginan dirigirse al norte como la flecha de la brújula, giran á merced de los vientos como la veleta.

Todo el mundo ha conocido seres de esos que vibran expontáneamente bajo las más encontradas influencias: creyentes en la iglesia, escépticos en los salones, cristianos al recorrer las páginas del Evangelio, libre pensadores cuando se consagran á la lectura de Voltaire; mudan de religion como de periódico, dispuestos siempre á responder al postrer son que les ha herido.

El deber superior de tales inteligencias, consiste en desconfiar de su primer movimiento, y en someter sus juicios á cuarentenas de observacion, con la circunstancia de que semejante proceder es en ellos obligacion de prudencia al par que deber de conciencia, porque todo aquel que no deduce sus consecuencias con esta lentitud preservadora, compromete la parte séria de su carácter, convirtiéndose al par que en creyente de ocasion, en un espíritu mudable y tornadizo.

Para que sean equitativos nuestros juicios relativos á la religion, es indispensable que las cosas pasen en nuestro fuero interno como en los tribunales; por consiguiente cuando la duda ha presentado sus acusaciones, debe contestar la razon, y oidas las respectivas defensas, y tomándose el tiempo necesario para meditar la sentencia, la conciencia pronunciará el fallo correspondiente. Los que en sus juicios antireligiosos prescinden de semejantes formas, hácense culpables de una negacion de justicia respecto á Dios, porque proceden con él, como los tribunales revolucionarios respecto de sus víctimas, es decir escuchando la acusacion y prescindiendo de la defensa ó rechazándola. Al presente las nubes cubren la diafanidad y trasparencia de la bóveda celeste; pues bien, suspendan hoy sus observaciones y mañana serán más exactas: si la causa perturbadora de la fé fuese una lectura imprudente, busquen en otra lectura la fuerza qne hubiesen perdido: si las repentinas tinieblas reconocen por orígen un disgusto, una decepcion, búsquese la luz en la práctica de buenas acciones: en una palabra, hágase por medio del trabajo meditado, un verdadero contrapeso á las impresiones, y si se dá tiempo al tiempo antes de tomar una resolucion definitiva contra la verdad, esta acabará por triunfar del error.

La incredulidad, por punto general, no es más que una conclusion precipitada. Hay en la vida algunas horas infortunadas que pertenecen á la duda; pero el conjunto de aquella, sus dias más serenos y especialmente su agonía pertenecen á la fé.

Además de la instabilidad de las ideas, existe en nuestro espíritu otra disposicion especial que causa en nosotros eclipses pasajeros: esta disposicion es una anomalía de nuestra impresionabilidad en presencia de lo sobrenatural. Aun cuando todas las almas sean *naturalmente cristianas*, por lo mismo que el cristianismo está en armonía con las buenas tendencias de su naturaleza, no lo son hasta tal punto que el cristianismo las penetre sin esfuerzo, ni lo toleren sin oposicion.

Almas hay á las cuales parece faltar el sentido de lo sobrenatural, como hay otras á las cuales falta el sentido literario, ó el musical, y otras que carecen de eso que la frenología llama órgano de la benevolencia, de las matemáticas, etc. No permita Dios que fundados en lo que acabamos de decir, considerémos la irreligion como un instinto insuperable, y una fatalidad de temperamento. No, la fé se parece á todas las virtudes: los que no la poseen porque no constituye para ellos un encanto, pueden llegar á ella por un movimiento de la voluntad bajo el impulso de la gracia. De esta manera llega á ser más sobrenatural, en cuanto es una predisposicion ménos natural; mas de aquí se sigue que la fé pasa en algunas almas por todas las vicisitudes que caracterizan los actos no espontáneos: se inflama ó languidece, vive ó vejeta en virtud de mil encontrados accidentes. Con todo, áun en sus estados de crísis existe, puesto que sufre, importando muy poco que un alma no sea religiosa por inclinacion; toda vez que si llega á serlo en fuerza de su voluntad es todavía muchísimo mejor.

Son sin embargo, verdaderamente dignos de lástima, los que se hallan en semejante situacion. Por lo mismo que su facultad de comunicacion con Dios está sujeta á error, es ménos *conductora* de los rayos sobrenaturales; sólo en este caso deberían acusar al instrumento, de los eclipses del objetivo, no al mismo objetivo. Cuando las verdades de la fé desaparecen de nuestro horizonte, ¿por qué juzgamos más admisible su no-existencia, que la insuficiencia de nuestro órgano visual?

Y sin embargo ¡cuántos son los hombres que, sin otro motivo, permanecen refractarios á la revelacion, uniendo en su incredulidad, una buena fé de intencion que sorprende á injusticias de hecho que sorprenden más todavía! De semejantes incrédulos decia José de Maistre: «No hay nada más peligroso que los malos libros, escritos por hombres excelentes cegados por la pasion.»

Un dia, en tanto que Beethoven dirigia la ejecucion de una de sus más bellas composiciones, la orquesta dejó de repente de seguir el movimiento marcado por el maestro: este en el primer instante se incomodó, turbóse luégo, é inmediatamente arrojó llorando el arco del violin con que marcaba el compás. Acababa de adquirir el convencimiento de que habia ensordecido.

Los ciegos de que estoy hablando deberian proceder como este

sordo súblime, y si á la primera desaparicion de la luz se lamentan de la luz misma, despues que hayan reflexionado, ¿el espíritu de justicia no les llevará á acusar su conformacion intelectual?

Despues de la poca fijeza de nuestras ideas, y del estado anormal de lo que podria llamarse nuestra facultad religiosa, la tercera causa generatriz de intermitencia en la duda, es la tentacion.

La duda surge unas veces de la region intelectual, otras de las profundidades del alma: en el primer caso es razonada y descansa en las alegaciones positivas del espíritu; esta obra está consagrada á contestarla: en el segundo no tiene nada de lógico, no es más que una angustia instintiva de la conciencia, y deja de ser un acto de razon, para transformarse en tentacion. Angustia cruel, sin embargo, porque nada puede explicar el estado de un alma que incesantemente cree percibir el crujido que le anuncia que el edificio de sus creencias está próximo á derrumbarse, sin poder atinar en el punto de dónde procede el soplo que ha de determinar su ruina.

Desde S. Pedro exclamando: *Señor, salvadnos que vamos á perecer* (1) hasta santa Teresa, comulgando con disgusto despues de veinte años, casi todos los amigos de Dios han sentido esta obsesion dolorosa. Antes de llegar al Thabor su fé se detiene muchas veces en el jardin de Gethsemani; mas en vez de debilitarse con semejantes pruebas, encuentra en ellas una nueva consagracion y una garantía más, porque el actor y el consumador de la fé ha dicho: *Felices aquellos que han creido sin haber visto* (2).

Como semejante duda nada tiene de filosófica, es filosófico oponerle la fé pura y sencilla conocida vulgarmente con el nombre de fé del carbonero. Los actos cristianos son al par el efecto y la antorcha de la conviccion cristiana. Portándose como si no dudara, es del único modo que merece el hombre ver terminar sus dudas.

Por lo demás repitamos á esas almas, víctimas de la incredulidad involuntaria, que Dios no ha establecido el asiento de nuestras virtudes en la inteligencia ni en el sentimiento, sinó en la voluntad. Hé ahí porque un hombre poco casto de imaginacion, de corazon y hasta de cuerpo, puede llegarlo á ser de una manera muy meritoria, como su intencion sea eficaz. Hasta el mismo amor divino, dice santo Tomás, no reside en la sensibilidad, y con frecuencia es efectivo sin ser afectivo, pues Dios es el único sér que se satisface con ser amado de la manera que nosotros tememos serlo, es decir por caridad. ¿Porqué razon ha de acontecer otra cosa con la fé? Si el simple deseo de amar á Dios es un principio de amor, la desesperacion resultante de no creer lo suficiente, constituye una fé superior á la fé comun, puesto que es la expresion de una fé mártir de su propia humildad.

---

(1) San Mat. 8-25.
(2) San Juan. 20-27.

Concluyamos y resumamos valiéndonos de las palabras de oro de un gran apologista.

«Creed que creeis apesar de vuestras dudas: la fé no es en manera alguna el sentimiento de la fé. El sentimiento va y viene: la fé es independiente de él y subsiste sobre una base más estable y más lógica: la palabra de Dios y sus testimonios. Hállase alegada mejor que aumentada por el sentimiento; subsiste tanto más por ella misma, en cuanto se contiene y obra sin este sentimiento y consiste en el más alto grado en la intencion. Es una voluntad activa de sumision y de fidelidad. Ya he dicho que es una lámpara que no ilumina el horizonte sinó el camino, ahora puedo añadir que á veces no ilumina siquiera la mano que la lleva, y entónces está en la mejor condicion meritoria de la fé.

«Convengo en que esta no es la fé comun: por punto general la fé tiene el sentimiento apacible y á veces vivísimo de su objeto y de sí misma; pero la fé que se halla desprovista de este sentimiento, es más de lo que debiera ser por su propia naturaleza: más meritoria, más escelente, más agradable á Dios, que la contempla con complacencia en la prueba á que la somete: es más digna y se halla más próxima al objeto de que se cree indigna y apartada: la union con su Dios (1).»

De todo lo expuesto resultan dos verdades en alto grado consoladoras: es la primera que la fé brilla en algunas almas por medio de centellas irregulares como acontece con la luz de los astros, si quiera la luz de su foco no disminuya en intensidad; consiste la segunda en que la fé, como la belleza, puede poseerse sin darse cuenta de ello.

---

(1) M. Augusto Nicolas. *El arte de creer.*

CAPITULO X.

Dudas resultantes de la disipacion.

El reino de Dios está en medio de vosotros, ha dicho el Evangelio: verdad capital en el sentido místico, puesto que indica el recogimiento como condicion esencial de la perfeccion; pero verdad no ménos importante bajo el punto de vista dogmático, de donde resulta que muchos espíritus sólo se alejan de Dios en cuanto se alejan de sí mismos. Para distinguir á Dios, es indispensable contemplarlo desde el fondo de su propio corazon: cuando se le contempla desde la parte exterior, cosa que acontece cuando no se habita en su propia morada, no se le ve directamente, sinó en virtud de una especie de refraccion que le desfigura.

Existe en nosotros lo que podríamos llamar el individuo y el personaje (1): aquel representa el hombre natural, este el hombre oficial. Á veces el personaje absorve al individuo. Es preciso convenir, sin embargo, en que el primero tiene siempre algo de ficticio, por lo mismo que se halla formado por la posicion y no por la naturaleza, y cuando hace dudar al individuo, la duda es el efecto de una anomalía, mejor que de una tendencia legítima.

«Todo nuestro daño, dice la Bruyere, nace de no poder estar solos (2).» Casi nunca se retrocede delante de pena alguna para poder disfrutar de la ventaja de huir. La vida se recorre en medio de la mayor agitacion, á fin de tener que pasar consigo mismo el menor tiempo posible, y cuando se ha logrado crear una especie de torbellino en derredor de la propia existencia, lo mismo que cuando se pierde un amigo en medio de la barahunda, deja de verse á Dios á través de los obstáculos y de las complicaciones del camino.

Muchos hay que creerian en la verdad, como tuviesen tiempo para ocuparse en ella; mas esos hombres interiores de que nos habla Maine de Biran, que «en medio del mayor movimiento exterior tie-

---

(1) *Idem.*
(2) *Del hombre.*

nen un ojo que mira hácia dentro, que están en presencia de Dios y de su propia presencia, y que jamás pierden de vista los dos referidos polos de su ser (1),» son por desgracia en número muy reducido. De ser este tan pequeño, resulta que abunde extraordinariamente el de los incrédulos, puesto que de la disminucion de la fé, como de la de las buenas costumbres, puede decirse: «Si la tierra se halla desolada por la desolacion, consiste en que nadie se reconcentra en su corazon (2).»

A la cabeza de esta categoría de incrédulos, que podríamos llamar escépticos atareados, colocamos ciertos hombres políticos. Su principal tentacion contra la fé, proviene indudablemente de su poder; la fuerza y la habilidad dánles frecuentemente razon contra la justicia; creen en el poder de sus cálculos más que en la misma Providencia; pero, con todo esto, existe en el fondo de sus conciencias un manantial de incredulidad más peligroso que su mismo poder, y son sus preocupaciones. Encerrados continuamente en un cuarto de estudio que ni siquiera abandonan en los instantes en que permanecen ausentes, no conocen á Dios por sus obras, ó mejor, no le distinguen sinó en virtud de su obra al par más bella y enigmática, el hombre. A la vista de semejante espectáculo, engéndrase en ellos una filosofía pretenciosa, y un desden inmenso por su propia especie, que son gérmenes de escepticismo. El que contempla el mundo con la sonrisa de Talleyrand, no puede distinguir en él á Dios, porque sólo se ve á sí mismo, es decir, el poder de sus combinaciones. En semejante situacion, la vida no es para él otra cosa más que una cuestion diplomática, que debe resolverse en su propio provecho, y el universo un vasto tablero de ajedrez en el cual el primer peon que debe moverse son los principios, si es conveniente ofrecer este sacrificio á lo que se llama razon de Estado. Añádanse á estas tristes disposiciones la serenidad interior, turbada por el tumulto de los negocios, el candor natural marchitado por contactos ponzoñosos, y se comprenderá que basta lo dicho para determinar una enfermedad de la razon y del corazon, irremediablemente opuesta á las afirmaciones religiosas.

¿Qué ha menester ese escéptico de alto coturno para penetrar nuevamente en la verdad ántes de terminar su existencia? El tiempo indispensable para descansar en un hogar virtuoso, pensando algo ménos en los acontecimientos de Europa, y algo más en sí mismo. Aquel espíritu que, presa de la agitacion, no podia reflejar la imágen de Dios, en cuanto haya recobrado la tranquilidad, como las aguas de un lago, será un espejo brillante de la luz celeste. La

(1) *Diario intimo.*
(2) *Jeremias*, 12-2.

Providencia, que para él habia pasado desapercibida en medio de la complicacion de los acontecimientos públicos, aparecerásele en la sonrisa de sus hijos y en las tiernas caricias de su dulce compañera: en una palabra, en cuanto haya vuelto en sí reaparecerá en él la fé, porque su escepticismo no proviene de que sea hombre, sino de ser hombre de negocios.

En el número de los incrédulos por disipacion, pueden incluirse tambien muchos trabajadores. Los primeros son los preocupados por el libre pensamiento, los segundos los ocupados. Trabajadores de la fábrica y del taller, sin derecho al reposo del domingo, ni al de la oracion, dudan, por lo mismo que llegan á sus oidos frecuentes acusaciones contra Dios, sin que al par llegue jamás la justificacion del mismo. Trabajadores de la especulacion ó de la oficina, pasan los dias festivos ocupados en sus habituales quehaceres, y no en la iglesia, y calumnian á la Iglesia, mas por sobra de ignorancia que por esceso de orgullo. Trabajadores del pensamiento, se hacen irreligiosos, porque el culto de la gloria, de la fortuna y de sus propias ideas, ocupa el lugar de todo lo demás, y como por otra parte se halla su espíritu nutrido superabundantemente, en perjuicio de su alma, toda la potencia afirmativa abandona su alma para concentrarse en su espíritu. En semejante situacion, el hombre niega porque le falta tiempo para profundizar; es escéptico porque vive distraido, y acaba por desconocer á Dios perdiendo el conocimiento de sus necesidades más imperiosas.

Despues de los hombres entregados á los negocios de la política y del trabajo, vienen los que pasan su vida en medio de los placeres: espíritus que, por lo mismo que viven constantemente fuera de sí, no pueden ver lo que sólo desde dentro puede distinguirse. ¿Tienen motivos para quejarse de que no distingan los objetos, los que gozan en vivir incesantemente aturdidos? Cuando se vive dentro de la atmósfera de los bastidores y del círculo, del casino y del periodismo, de la política y del mentidero, de la galantería y de la moda; cuando no se sabe vivir como no sea escuchando incesantemente el zumbido de esa colmena humana que se llama la ciudad populosa; cuando sólo se distingue el cielo al través de una ventana que cae á la calle de Rivoli, y la naturaleza en los árboles del jardin de las Tullerías; en suma, cuando se busca el París de siempre hasta en los establecimientos de baños situados en las orillas del Rhin, ó en las faldas del Pirineo, y se arregla la vida de manera que no puede pasarse un sólo minuto frente á frente con el alma, no hay para qué sorprenderse de que se llegue á la muerte sin haber encontrado á Dios en un camino en el que no se encuentra el hombre á sí mismo.

No se pierda de vista que el hombre, corriendo, solo distingue

las cosas á medias: la estabilidad, la quietud, son condiciones indispensables para la recta contemplacion. Acontece con Dios lo que con los demás objetos: para revelarse exige ser contemplado; por esto queda reducido á la condicion de una especie de misterio para los que atraviesan la vida cual si viajaran en tren expreso, y que ni en las estaciones santas se detienen para contemplarlo con la debida atencion.

¡Coincidencia verdaderamente singular! Los hombres más *distraidos*, son los que viven más *hastiados*. Para evitar el fastidio se entregan á la distraccion, y esta les sume de nuevo en aquel. Mucho tiempo ha transcurrido desde que Lucrecio describió con vigorosas tintas esa fiebre devoradora, que consiste en huir los halagos de una morada fastuosa y llena de todas las comodidades apetecibles, para buscar en la plaza y en la calle una distraccion que pueda cautivar el alma; y en dirigirse á la casa de campo, *como si en ella se hubiese declarado un incendio,* y en tomar aprisa y corriendo, apénas llegado á ella, el camino que conduce á la ciudad, por haber encontrado en sus umbrales el hastío de que se pretendia huir. Pues bien, el hastío, que es el terror de ciertas naturalezas, podria devolverles la fé que han perdido; porque el hastío, no lo olviden, es la reflexion obligada y por tanto el correctivo de la distraccion inmoderada. Semejante estado deja como consecuencia un vacío en el alma, y cuando esta advierte que sólo Dios puede llenarlo, entra á veces en posesion de Dios, por una secreta necesidad de salvacion.

Dichosos aquellos que á consecuencia de haber perdido la libertad, ó por reveses de fortuna, ó por las injusticias del mundo, vénse precisados á hacer un alto en su existencia y á sentir el espantoso hastío resultante de la soledad. Muchas veces basta esto para regenerar á los que habia extraviado el ruido del mundo. La nostalgía que experimentan las almas desterradas de la fé, bastaria á salvarlas, si tuvieran el tiempo necesario para examinarse á si mismas; ¡mas ay! cuantos son los que ántes de haber penetrado en el interior de su conciencia, perecen en la embriaguez como el rey de Judá.

¿De qué proviene, por ejemplo, que los habitantes del campo, sean por punto general, más religiosos que los de las ciudades? No de que sean más ignorantes, sinó de que viven más recogidos. La sociedad de la naturaleza conduce al hombre á su interior, en tanto que la de los hombres, le lleva fuera de él: de dónde resulta que la naturaleza se asemeja á esos templos en los cuales hasta las mismas sombras contribuyen á la adoracion, y cuyas sublimes armonías hacen pensar en Dios. Es esta una verdad descrita con las tintas más delicadas por un observador profundo. «En el seno de las ciudades diríase que el hombre es el gran asunto de la creacion: en ellas brilla su aparente superioridad; en ellas parece dominar

la vasta escena del mundo, ó hablando más propiamente ocuparlo sólo; pero cuando ese sér tan fuerte, tan orgulloso, tan lleno de sí mismo, tan exclusivamente preocupado por sus intereses, en el recinto de las ciudades, y entre la muchedumbre de sus semejantes, encuéntrase por azar en medio de una naturaleza inmensa, ¡cuán sólo se contempla ante ese cielo sin fin, ante el horizonte que se distingue en lontananza, y detras de cuyos límites se encuentran todavía nuevos horizontes, en medio de las grandes producciones de la naturaleza que le abruman, sinó por su inteligencia, por su masa! Y mas tarde al contemplar desde la cima de elevada montaña y bajo la luz de las estrellas, pequeñas aldeas que se pierden en el interior de frondosos bosquecillos, bosquecillos que á su vez se pierden en la extensa perspectiva, y considera que dichas aldeas hállanse pobladas por séres tan miserables como él mismo, y luégo compara esos séres y sus miserables viviendas con la naturaleza que les rodea, y esta naturaleza con nuestro mundo sobre cuya superficie, no constituye él más que un punto insignificante, y este mundo con los millares de mundos que flotan en el espacio y para los cuales es él como si no fuera; á la vista de semejante espectáculo el hombre se lamenta de sus pobres pasiones siempre contrariadas, de sus miserables dichas que conducen invariablemente á la decepcion, y, sin que de ello se dé cuenta, ofrecésele la necesidad de saber lo que él es y lo que hace en la tierra, y sin quererlo tambien, propónese el problema de sus ulteriores destinos (1).»

Es decir en resúmen, que así como las fantasmas se desvanecen cuando uno se aproxima á ellas, cuanto más familiarmente se vive con la verdad, tanto más se la encuentra. Y nada tiene de extraño puesto que lo propio acontece con todas las maravillas del mundo desde las bellezas del arte hasta la magnitud de las Pirámides. La contemplacion sostenida influye en que las admiremos: una mirada indiferente hace que no las apreciemos cual corresponde.

Ha dicho Fenelon que la manera de estar sólo, consiste en estar consigo mismo: es esta una soledad de la cual son muy pocas las almas que puedan ser capaces, y como en esta soledad es dónde Dios se ofrece preferentemente, no es difícil comprender la causa de que ciertos espíritus no le vean.

---

(1) Jouffroy. *Misceláneas filosóficas*, p. 314.

CAPÍTULO XI.

De las nieblas procedentes de pesimismo de espiritu.

El mal humor, lo que en el lenguaje vulgar llamamos humor negro, hace en ciertas gentes el mismo oficio que el vidrio ahumado que impide que lleguen á la vista los rayos del sol en toda su intensidad. Esos desgraciados encuentran el mundo triste porque no saben persuadirse de que Dios se ocupe de él. En los dias de dicha la embriaguez les conducia á conclusiones materialistas: en los dias de prueba inclínanse hácia la propia pendiente por falta de valor, con la circunstancia de que la hipocondría es más propensa á la incredulidad que la satisfaccion y la dicha.

No hemos de tratarlos severamente. El incrédulo que lo es en virtud de su temperamento melancólico, es de todos el más digno de compasion: los demás necesitan llorar para que su vista se aclare; este ha llorado tanto que ha perdido la vista. Es que el dolor tiene tambien sus nieblas como tiene sus revelaciones: un ladron confiesa á Cristo en el Calvario; al paso que otro blasfema de él, lo que prueba que el hombre puede abusar de todo, hasta de la cruz que ha salvado al mundo.

Difícilmente podria creerse, sinó se hubiese comprobado, que haya mortales refractarios á la esperanza, que en cierto modo se gozan en su desolacion. Cual si encontraran ser el negro el más bello de los colores, lo emplean y lo ven en todas las cosas, sin perjuicio de achacar á la humanidad la fealdad que es obra exclusivamente suya, y á Dios el mal estar que á sí mismos se proporcionan. Este malestar moral procede generalmente ó de reveses de fortuna, ó de una enfermedad especial, ó de defectos de la conciencia. ¡Cuántos espíritus podríamos señalar ora á sus propias desconfianzas, ora á las de los demás, indicando la filiacion que enlaza su incredulidad á esas diferentes causas!

§

Los reveses de fortuna tienen el triste privilegio de cegar cuando no se convierten en leccion provechosa, y de ocultarnos á Dios,

cuando no nos hacen mejores. Hacen descontentos entre los súbditos del gobierno divino y el hombre descontento de una dominacion cualquiera, es capaz de creerlo todo y de no creer cosa alguna; de creer todo aquello que puede justificar su pasion contra la autoridad, de no creer nada de lo que pueda justificar esa misma autoridad. Bajo este punto de vista encuéntranse en todos los grados de la gerarquía las supersticiones y la incredulidad de la rebelion; pero el consuelo inefable de aquellos que no andan, es pensar que Dios, más que todo otro superior, experimenta el mismo ultraje.

Y se explica perfectamente: los demás superiores, se ven negados en sus cualidades, Dios lo es en su existencia, porque el descontento de su imperio lleva en gérmen el ateismo en sus murmuraciones, toda vez que es imposible negar á Dios sin renegar de él. Y sin embargo ¿hay nada más injusto que este descontento impío?

¿Quiére saberse la razon en virtud de la cual ese pensador malhumorado mira con prevencion á la Providencia y la destierra de su *Credo*? Pues todo consiste en que el pedrisco ha asolado sus cosechas, ó porque le han salido al revés de lo que pensaba sus operaciones bursátiles, ó porque la muerte le ha arrebatado á un sér querido, ó porque padece á consecuencia de su propension á enojarse. Pero ¿sacaría las mismas consecuencias si en lugar de experimentar en sí mismo tales pruebas, afligieran estas á su vecino? Y sin embargo, ¿sería Dios más injusto en el segundo que en el primer caso? ¿A qué pedir en este mundo felicidades que implicarían la inutilidad del otro? El órden moral que hace santos por medio de pruebas, ¿no es preferible acaso al órden material que, suprimiendo las lágrimas, haría egoistas? A más de que, ¿es posible la existencia en la tierra de séres felices como deberian serlo para justificar determinadas exigencias? Y esto sin contar que la igualdad dentro de un bienestar necesario, sería ménos honrosa que las desigualdades resultantes de la libertad (1). Prefiramos pues ser víctimas á ser autómatas, tanto más cuánto que, propiamente hablando, no hay más víctimas entre los cristianos que Jesucristo, puesto que por lo que á nosotros dice relacion, fructificamos cuando nos vemos reducidos á padecer. En tanto debamos contemplar la tierra como lugar de combate, y el cielo para recibir el triunfo merecido, y vivamos desterrados en un valle de lágrimas, y sea un mundo de delicias nuestra morada eterna, todo será compensado, todo tendrá explicacion, y los espíritus morosos que mutilan semejante plan, creyendo tener razones para quejarse, piden lo absurdo para escapar á lo misterioso.

(1) Esta acusacion contra la Providencia, que aquí se nos representa como efecto del pesimismo del espíritu, la hemos visto ya en estado de pasion. Véase T. II. lib. I, cap. 7 y 8.

Despues del pesimismo de indisposicion contra Dios, existe el pesimismo de disposicion: aquel es resultado de los acontecimientos adversos; el otro es hijo de marasmo intelectual y moral.

Refiere la historia que el gran Condé, jóven áun, y padeciendo los sufrimientos inherentes á un amor vehemente, tuvo una enfermedad que puso en peligro su existencia. Llegada la dolencia á un paroxismo supremo comenzó á ceder: á esta crísis saludable sucedió la convalescencia, no transcurriendo mucho tiempo antes de que el héroe se halláse completamente restablecido de sus padecimientos y de su afeccion desordenada. Tal es la inesperada revolucion que ciertas perturbaciones físicas pueden producir en nuestro estado moral: en muchas blasfemias, respecto de las cuales presumen sus autores obrar con completa razon, no debe verse más que *temperamento*.

La misantropía no es completamente extraña á las paradojas antisociales de J. J. Rousseau, y á las rencorosas obstinaciones de Lamennais. Un poco más ó un poco ménos de negra bílis en el organismo basta para cambiar el color de nuestras ideas. Hay ciertos estados neurálgicos durante los cuales no es posible conciliar la existencia de una Providencia maternal con lo que se padece; en cambio existen otros que inspiran el ódio á Dios y el deseo de la nada; y los hay finalmente que empujan á la desesperacion, rodeando de un encanto fascinador ese crímen, que encerraría implícitamente todas las negaciones, si no fuese la consecuencia de un delirio: el suicidio.

Tal es la pendiente recorrida por una multitud de almas á las cuales la neurosis ó la bilis han reducido al último extremo. Semejantes incredulidades más han menester buenos medicamentos que apologías, y especialmente cariñosos afectos que frios razonamientos. Cuando la mirada hosca y zahareña, la cabeza inyectada á veces en sangre y llena de pensamientos siniestros, esos pobres alucinados reclaman socorro, no siempre produce buen efecto predicarles hablándoles de religion; pues áun cuando tengan una inmensa necesidad de Dios, casi no pueden tolerar que se les hable de él: lo que más les alivia es el llanto, de suerte que así como se alivia el organismo quitándole sangre, algunas veces se cura á esos enfermos procurando que viertan lágrimas. Las lágrimas que no tienen salida, así como la sangre que no circula, causan terribles destrozos y para evitarlos ó remediarlos no cabe otro recurso que restablecer la circulacion.

¡Cuántos hombres rendidos y extraviados por la prueba se ven reconducidos á la verdad por medio del benéfico desahogo del llanto! Desde el momento en que los humores han recobrado su equilibrio; el sistema nervioso ha perdido su tirantez; el alma se ve libre de los dolores agudos y las santas verdades recobran su límpido explendor. Por esto todo lo que Dios puede pedir á esos desgra-

ciados es que no se pronuncien contra la fé en tanto conserven un resto de libertad, y que permanezcan fieles, por lo ménos con la voluntad, hasta tanto que el mal quite á esta toda su accion.

Por último: el pesimismo anti-religioso puede provenir tambien del enmollecimiento de las costumbres, y de la cobardía de la conciencia. El amor de que ménos podemos prescindir es el nuestro: cuando lo hemos perdido puede decirse que ménos que degradados somos dignos de lástima, y nos vemos arrastrados á negar en fuerza del decaimiento moral que de ello resulta. Hé ahí la gradacion segun la cual se realiza la corrupcion del espíritu por las costumbres: el hombre se eleva, ó mejor desciende hasta la incredulidad por tres escalones perfectamente determinados. Sus decaimientos le hacen dudar de sí mismo, el descontento de sí mismo le hace dudar de su propio deber, y la dificultad del deber le hace dudar de Dios. Cuando el hombre se desprecia á sí mismo acaba por despreciar á la humanidad, que estima en lo que á sí mismo se aprecia, y sus desdenes subiendo de grado en grado, se extienden luégo desde la obra de Dios á su propio autor.

De manera que lo negro en el fondo de las inteligencias produce el mismo efecto que las aguas corruptas de dónde se exhalan las brumas.

Hemos consagrado tanto espacio al estudio de las disposiciones intelectuales contrarias á la fé, porque del mismo modo que la anatomía en medicina, la diseccion moral en la apologética, es la base del arte de curar. ¡Cuántos incrédulos hay á quienes para reconocer la verdad, les falta únicamente el conocerse mejor!

El terreno en el cual vamos á penetrar, sólo se halla separado de éste por una línea imperceptible, puesto que se refiere á los estudios exclusivos y estos forman parte de los vicios constitutivos del espíritu; mas al presente ha tomado tal vuelo esta fuente de negaciones, que nos vemos obligados á concederle un lugar proporcionado á la influencia que ejerce en la incredulidad contemporánea.

LIBRO TERCERO.

DE LA INCREDULIDAD

PROVENIENTE DE LOS ESTUDIOS EXCLUSIVOS

Ó

DEL *ESPECIALISMO* CIENTÍFICO.

CAPITULO PRIMERO.

Inconvenientes de la ciencia exclusiva, en general, con relacion á la fé.

Los hombres especiales son útiles, los espíritus exclusivos son peligrosos. Los estúdios especiales, es decir, los que ponen en egercicio una aptitud particular de la inteligencia, sin paralizar las demás, están conformes con las necesidades de la naturaleza; en cambio los estúdios exclusivos que, si así podemos decirlo, determinan una especie de vida congestional sobre un punto del espíritu, dejando todos los demás reducidos á la inaccion, constituyen un desarrollo anormal; son algo parecido á una excresencia de la vida intelectual: de manera que así como la especialidad científica produce los hombres eminentes, el exclusivismo científico da como resultado la falsedad en el juicio.

Este es el único de quien debe temer la religion y la verdad es que no hay otro que se le oponga; y si bien es un hecho que nuestros contempóraneos tienen muy buen cuidado de achacar á la ciencia la responsabilidad de todas sus negaciones, debe tenerse en cuenta que la ciencia que sirve de pretexto á esas sutilezas y juegos del espíritu, no es la ciencia verdadera, debiendo añadir que la falta de esta condicion esencial, resulta precisamente y casi siempre de esceso de exclusivismo.

El sabio que se ha concretado á una especialidad, ofrece muchos puntos de semejanza con el hombre que se halla metido en un callejon sin salida: ve una sola cosa; pero no distingue las demás que existen á su alrededor: su mirada podrá ser penetrante y profunda; pero distará mucho de ser vasta y extensa. No se olvide que lo que revela la creacion, no es el conocimiento de un fragmento de ella, sino el de sus leyes generales y el de las relaciones existentes entre las mismas. Desde las alturas á que se remonta el aeronauta, no hay dificultad en comprender que nuestro planeta tenga la forma esférica, porque se distingue la línea convexa y circular de su superficie; mas desde las profundidades de una mina, ó desde el fondo de ciertos valles del Himalaya, nadie es capaz de ver un globo, en lo que se ofrece bajo la forma de un pozo.

Muchos son los filósofos que miran desde el fondo de este pozo, resultando de aquí que solo muy imperfectamente logran vislumbrar el cielo. «La armonía de las ciencias, dice Bacon, esto es, el apoyo que mutuamente se prestan las unas á las otras, es lo que constituye la gran autoridad que la ciencia tiene; mas despréndase del conjunto una sola rama, y esta que empezará por doblarse, acabará por romperse (1).» Efectivamente, la propiedad que tiene de doblarse, revela su carencia de solidez. Por esto desde el momento en que un naturalista se da á raciocinar, cual si no existieran la moral y la teodicea no puede ménos que caer en el absurdo, aconteciendo comunmente que la ciencia se hace irreligiosa, en el instante mismo en que prescinde ó se separa del sentido comun.

No cabe negar que los representantes de esta ciencia son algunas veces hombres de verdadero genio; mas repito que no tienen más que un ojo; y si distinguen con toda claridad un punto determinado, en cambio abarcan muy poco del conjunto, y en el mero hecho de ser más reducido el campo de la vision, es más limitado el sentido de la vista.

«Si fuera dado á nuestra percepcion, contemplar las obras de Dios en el mundo visible y en el mundo moral, no cual las vemos al presente, es decir á pedazos y por fragmentos, sinó unidas en conjunto, en el plan vastísimo de la armonía universal; veríamos indudablemente á la religion establecida por Dios, formando parte integrante del plan general, adaptándose al mismo tan completa y necesariamente, que no seria posible excluirla, sin que el conjunto en masa quedara desorganizado y destruido. El ponerla en evidencia de este modo, es decir penetrando con su influencia la economía y la organizacion de la naturaleza entera, constituiría sin la menor duda la demostracion más elevada y al par más bella de la verdad (2).»

Hé ahí el punto más favorable para la contemplacion de la verdadera religion. El que pudiera considerarla no solo en sí misma, sinó tambien en sus innumerables relaciones con la trama del órden universal, seria quien la distinguiera con más perfeccion. Sólo á Dios y á sus elegidos es dado abarcarla desde lo alto de ese observatorio sublime que se llama cielo, y cuanto más se eleva el hombre en alas del pensamiento, para acercarse á dicho punto de vista, más bien se hace cargo del inefable panorama que se desarrolla bajo sus ojos. El especialista es el hombre ménos indicado para elevarse hasta dicho punto de vista, por lo mismo que apegado á los detalles, acaba por perderse en ellos.

Y sin embargo, hase hecho notar con verdadero fundamento de

(1) *De augm. scient.*, t. VII, v. 300.
(2) Cardenal Wiseman, *Discurso sobre las relaciones entre la ciencia y la religion.*

causa, que áun cuando se presentaran algunas objeciones de detalle, verdaderamente insolubles, no podrian prevalecer contra las numerosas y decisivas pruebas de la revelacion cristiana. Ahora bien, en tanto que una verdad, tan necesaria como la de la religion, conserve grandes probabilidades en su favor, ¿á qué viene el rechazarla, sin más razon que el contener algunos puntos que hasta el presente no han logrado explicarse? En buena lógica seria siempre más difícil suponer falsos todos los sistemas del cristianismo, que admitir que una objecion que hasta hoy no ha podido solventarse, no pueda serlo mañana. ¡Cuantas veces, por otra parte, ha acudido nuestra verdad á proveerse de pruebas en el arsenal en que se elaboraban las armas con que se pretendia acabar con ella!

Por consiguiente cuando los exploradores de la ciencia exclusiva lleven á cabo algun descubrimiento, en apariencia concluyente, contra el dógma, cuiden de concederle el tiempo indispensable para que pueda apercibirse á la defensa, que, seguro de la victoria, no se hará aguardar en el terreno á que se le cite. Especialmente las ciencias naturales más bien que mostrarse agresivas deben contemporizar con la fé. « La Biblia y la naturaleza son la palabra de Dios y por consiguiente es indispensable que estén de acuerdo; y si bien hay ocasiones en que este acuerdo, al parecer, no existe, no está el defecto en la naturaleza ni en la Biblia, sinó en la exégesis del teólogo, ó en la exposicion del naturalista (1). »

Antinomias son estas que jamás aceptará espíritu generalizador alguno, y tarde ó temprano los hechos vendrán á justificar semejante proceder. En cambio al oir al positivismo manifestando que elimina «la hipocresía teológica, tan degradante cuando se ejerce, como opresiva para el que la sufre; y más áun la hipocresía metafísica más enojosa y ménos excusable (2),» preparémonos para ver mezquinas conclusiones. Esta teoría absoluta que consiste en suprimir las ciencias que le estorban, con el propósito de tener más facilmente razon, no ve el mundo en el mundo real, sinó en la lente de un sistema y por consiguiente no ha de pasar mucho tiempo sin que niegue toda la porcion del cielo que se encuentra fuera de ese foco microscópico.

Cierto que la teología y la ciencia de la naturaleza se mueven dentro de dos órdenes enteramente separados; pero áun así, pueden considerarse como los dos hemisferios de un mismo mapa mundi. El naturalista que negara en conjunto la teología, sin conocerla, pareceríase al Europeo que no creyera en la existencia de América porque no distingue la ciudad de Nueva-York desde las torres de Nuestra Señora de París. En cambio la teología admite las ciencias

(1) Kurtz. *Bibel und astronomie*. p. 6.
(2) Aug. Compte.

que la rechazan, pues áun cuando su destino la lleva á ocuparse en las verdades reveladas, estudia aquellas que son objeto de la investigacion humana, sin oponer á ninguna especie de conocimiento la exclusion preconcebida con que se pretende herirla. Roma ha erigido en sus universidades una cátedra de física sagrada, con el fin exclusivo de estudiar los descubrimientos modernos en sus relaciones con los hechos consignados en la Escritura: todos los apologistas de la fé se ocupan en preparar las bases de un acuerdo entre la ciencia y la Biblia: y finalmente, la revelacion tiende la mano á todas las aptitudes especiales del espíritu humano, juzgándose dichosa en poder armonizar sus conquistas con su inmutable símbolo, sin perjuicio de no dar jamás á luz, bajo su exclusiva responsabilidad, otras verdades que las que no son nuevas, dejando á cargo de los especialistas las novedades que no son verdaderas. Y sin embargo, ¿dónde están los naturalistas tan bien informados de nuestras pruebas, como lo estamos nosotros de sus objeciones?

La consecuencia de estas premisas, no consiste precisamente en que las ciencias materiales sean funestas en sí mismas, sinó en que es menester que vayan acompañadas de una cultura filosófica y moral que pueda servirles de contrapeso; pues, como otras muchas cosas, por cierto muy buenas, para que no causen enojo, es menester que sean corregidas. La inteligencia más justa, es pues aquella en que las ciencias del espíritu y las de la materia se desenvuelven en un paralelismo armónico. Por punto general, los sábios más eminentes han sido religiosos, por lo mismo que en esos espíritus profundos los conocimientos marchan acompasados, y en el más perfecto y armónico equilibrio. No me refiero aquí á la instruccion teológica de Descartes y Pascal, de que dejámos hecha mencion; mas no debe echarse en olvido que Newton empleó los últimos años de su existencia en sondear los misterios del Apocalipsis; que Eulero ha dejado una obra que lleva el título de *Defensa de la revelacion;* que Leibnitz estaba lo suficientemente versado en determinadas cuestiones religiosas, para proporcionar réplicas al mismo Bossuet, y que gran número de eminencias científicas de Alemania, Inglaterra y América, sin contar las de Francia, tales como Cuvier, Alejo Brongniart, Binet, Biot, Ampere, Cauchy, Marcelo de Serres y Blainville, pueden testificar, que lo que aleja de la fé, no es en manera alguna la ciencia de la naturaleza que se posee, sinó la ciencia de la religion que no se tiene.

¿En qué consiste sinó, que tantos y tan mezquinos calculadores ó anatómicos encuentren la impiedad, en los mismos estudios que arrancaban á Galileo sus actos de adoracion? En qué, gracias á una educacion incompleta, toman por el conjunto de la creacion lo poco que conocen de ella, y más áun, en que el esceso de carga en uno de los lados de su cerebro, comparada con la escasez que hay en el opuesto, influye en que el platillo de su juicio se incline hácia un

punto determinado. Lo hemos dicho ya: hasta la misma luz, cuando no está repartida y reflejada de un modo normal, puede ocasionar la obscuridad.

Y aquí nos cumple rogar al lector, que no vaya á presumir que el cristianismo al levantar la voz contra la ciencia exclusiva defienda una causa enteramente nueva. Nuestros antepasados fueron ardientes promovedores del verdadero progreso científico; solo que, para evitar que fuera perjudicial, lo querian completo. «Así como en agricultura y en medicina pasa por más experto el que ha estudiado más número de ciencias útiles á dichas artes, nosotros debemos considerar tambien como el más conocedor en nuestro arte sublime, á aquel que sabe encaminar todas las cosas á la verdad, y de la geometría, de la música, de la gramática, y hasta de la misma filosofía saca todo cuanto puede utilizarse en defensa de la fé. En cambio, el que no se haya instruido cuidadosamente, merecerá el condigno desprecio (1).»

Despues de esta formal declaracion de Clemente de Alejandría, la Iglesia no ha profesado jamás el sistema del obscurantismo: sus grandes oráculos, es decir, esos hombres á los cuales ha apellidado piadosamente sus Padres, fueron hasta tal punto versados en las ciencias profanas, dice Bacon, que el edicto de Juliano el Apóstata prohibiendo á los cristianos las escuelas y los ejercicios literarios, les pareció un instrumento más funesto á la fé, que las sangrientas persecuciones de sus predecesores. Cierto que la verdad cristiana no ha menester de un modo absoluto el auxilio de nuestra ciencia; mas seria inferirle un gran ultraje y hacerle una gran injusticia, presumir que necesita nuestra ignorancia.

Esto sentado, vamos á emprender la tarea de evidenciar la convergencia y el acuerdo entre las verdades reveladas y las verdades descubiertas; entre las que Dios nos ha concedido y las que los hombres han conquistado. Ya se comprenderá que no puede entrar en nuestro plan ocuparnos *ex profeso* de todas las ciencias en sus relaciones con el cristianismo, ya que para ello seria menester una aptitud enciclopédica que no poseemos; pero, en cambio, procuraremos clasificar y reducir á términos precisos las objeciones fundadas en los conocimientos que más boga alcanzan actualmente, y concentrando toda nuestra ambicion al modesto papel de meros narradores, probar que si la ciencia, al paso que adelanta, no siempre aumenta el caudal de nuestras piezas justificativas, en cambio *no existe ciencia alguna que pueda erigir verdaderas certezas en contra de la religion.*

¿No constituye, por ventura, el acuerdo más honroso para las ciencias y para el Evangelio, al propio tiempo que la más firme y

---

(1) *Tópica oper.*, t. 1, cap. 9.

poderosa para la razon, el dejar establecido que el Dios de las ciencias, es al propio tiempo el Dios del Evangelio? Dichosos nosotros si logramos comunicar á ciertos exploradores, demasiado exclusivos, del mundo físico, los sentimientos que llenaban el alma de Keplero al terminar una de sus obras de astronomía, y que le movian á decir:

«Antes de abandonar esta mesa sobre la cual he realizado mis investigaciones todas, solo me resta levantar las manos y los ojos al cielo, y dirigir una humilde plegaria al autor de toda luz. ¡Oh, tú, que gracias á las luces que has difundido sobre la naturaleza, elevas nuestros deseos hasta la divina luz de tu gracia, á fin de que un dia nos veamos transportados á la luz eterna de tu gloria, yo te doy gracias, Señor y Creador, por todos los goces que he experimentado en los éxtasis que en mí ha producido la contemplacion de la obra de tus manos! Yo he compuesto este libro que contiene la suma de mis trabajos, para proclamar ánte los hombres la grandeza de tus obras; ¿habríame dejado arrastrar, acaso, por las seducciones de la presuncion, en presencia de su admirable belleza? En cuanto los límites de mi espíritu me han permitido abarcar la extension infinita, héme esforzado en conocerlos tan perfectamente como me ha sido posible, y si algo me ha escapado que no sea digno de tí, házmelo conocer á fin de que pueda borrarlo (1).»

---

(1) Kengstembergs ev. Kirchen-zig. 1830, pág. 411.

CAPITULO II.

Del estudio exclusivo de las ciencias naturales relativamente á las creencias religiosas.

De todos los especialismos (1) en que deberémos ocuparnos, y cuya perniciosa influencia deberémos señalar, ninguno más funesto que este. No cabe negar que es por demás ventajoso el conocimiento de las ciencias naturales; pero el conocimiento exclusivo de las mismas constituye una verdadera desgracia.

La exploracion exclusiva de las cosas físicas, trae consigo una tentacion. A fuerza de penetrar en los secrêtos de la naturaleza, el hombre se acostumbra á pensar que para él no puede haber misterios: y despues al paso que explica el mundo, llega á presumirse en situacion favorable para descubrir que el mundo se ha hecho sólo.

Cuando la naturaleza no es para un espíritu la manifestacion de Dios, conviértese en un velo que la oculta: de aquí que la investigacion de sus leyes, dé como resultado ó grandes adoradores ó grandes impíos. M. Biot ha demostrado con la autoridad de su larga experiencia, que las ciencias naturales sólo son religiosas cuando alcanzan un determinado grado de profundidad. El mundo contemplado con la mirada del alma, conduce á Dios: no debe sorprender que, estudiado físicamente, lo oculte. Contemplando la superposicion de las capas geológicas de nuestro planeta; descubriendo la ruta de los astros; comprobando que los séres vivientes preceden por una progresion graduada á la formacion del hombre, el sabio novicio ó ligero, experimenta al par bien estar en el espíritu y angustia en el corazon: un paso más, y creyendo haber llegado á la nada que

(1) Permitasenos el empleo de esta palabra que no se halla continuada todavía en el vocabulario, no obstante que el frecuente uso de la misma la autoriza suficientemente. —Asi se expresa el autor, por nuestra parte debemos consignar que no hemos vacilado en aceptar el neologismo, teniendo en cuenta que, en el lenguaje filosófico, traduce perfectamente el pensamiento, lo que no se conseguiria empleando la palabra «especialidad.» Esta es á aquel, lo que la *libertad* es al *liberalismo*.

forma la base del sér, sustituye á Dios por fuerzas misteriosas. En cambio, el sábio profundo y verdaderamente digno de este nombre, reacciona por medio de la razon contra este escalofrio que difunden en su alma los descubrimientos realizados en la naturaleza. Comprendiendo que las fuerzas que divinizaba están demasiado bien ordenadas para que no procedan de un ordenador supremo, admira como efecto lo que en un principio adoró como causa, y vuelve á Dios con un empuje proporcionado al doloroso impulso que determinara el alejamiento y la separacion. Así se explica el que ciertos espíritus, despues de haber estudiado la naturaleza, como despues de haber leido un libro peligroso, crean mucho más, al paso que otros creen ménos. La culpa no está en el mundo físico, sinó en los séres que se aventuran sin brújula en esa inmensidad sembrada de escollos.

¿De dónde proviene el antagonismo existente entre la fé y el cultivo inmoderado de las ciencias naturales? De que semejante aplicacion falsea la rectitud del juicio. Sin hacer el proceso de la ciencia, ha escrito con razon Vauvenargues. «Hay mucho que decir respecto de que un vasto caudal de conocimientos conduzca al espíritu de rectitud. La multiplicidad de objetos confunde la mirada, muchos conocimientos diversos destruyen nuestro propio juicio... el número de las gentes que saben utilizar debidamente el espíritu ageno es muy reducido: los conocimientos se multiplican; pero el buen sentido es siempre escaso (1).» Efectivamente, la erudicion mal digerida, léjos de ser una ventaja es un inconveniente. Todo espíritu que absorbe más de lo que puede asimilarse, se hincha en vez de fortalecerse, y si esto acontece respecto de los efectos de la ciencia en general, fácilmente puede medirse cuál ha de ser la influencia ejercida sobre la rectitud del juicio por las ciencias de la materia.

A la direccion recta y sencilla, que es el sentido comun, substituyen la inflexibilidad de la razon geométrica. En cierto modo hacen de las inteligencias algo semejante á un objeto que distinguen perfectamente delante de sí, pero cuya vision es limitada porque no pueden girar sobre si mismas. Matemático hay por ejemplo, que jamás logrará comprender cosa alguna de la religion, porque se empeña en encontrar las pruebas matemáticas que no pueden existir, y prescinde de las pruebas racionales: y en tanto que la religion se certifica por el testimonio de la historia, de la revelacion, de la razon filosófica, y del sentimiento, él sólo admite la verdad de las cifras. Exageracion de raciocinio que, en último resultado, no es otra cosa más que empequeñecimiento de razon. De segu-

(1) *Fragmentos sobre los efectos del arte*, p. 559, edicion Didot.

ro se referia Montaigne á uno de esos hombres tan especiales al trazar ese picante perfil: «Ese sábio supo componérselas tan bien en punto á tirar la cuerda, para enseñar á su alma la manera como debia pensar, que al fin se salió con la suya, sacando de quicio el juicio hasta tal punto, que nunca logró volverlo á meter en caja, pudiendo alabarse de haberse vuelto loco á fuerza de ser sábio (1).»

Cuéntase que como los padres del baron de Cauchy solicitaran los consejos de Lagrange, para dirigir á su hijo, que tan felices disposiciones revelaba, este les contestó. «No le permitais abrir un sólo libro de matemáticas miéntras no haya terminado las humanidades.» Al indicar este plan de estudios á un matemático de tan grande porvenir, sólo se propuso Lagrange someterlo á la disciplina más fecunda; mas por este medio acaso logró tambien sostener la fé de su discípulo, al par que su rectitud de juicio.

El abuso de las ciencias físicas, además de falsear las inteligencias las deprime, y lo que las inteligencias pierden en elevacion, como lo que pierden en certeza, da la medida de su desviacion en el órden de las creencias. Cierto que bajo el imperio de tales preocupaciones se llevan á cabo importantes descubrimientos; pero todo lo que se ensancha el horizonte hácia la tierra, se reduce hácia el cielo. Cierto que entónces se puede entregar el espíritu á un movimiento verdaderamente desenfrenado; pero el progreso se cumple en el sentido horizontal y no en el vertical. En una palabra, la ciencia da cuatro piés al espíritu, pero le corta las alas: de manera que la humanidad adelanta; pero no se eleva. Consecuencias peligrosas para todas las convicciones espiritualistas, puesto que á fuerza de analizar la materia, llega el hombre á persuadirse de que no existe otra cosa en el mundo. Como la fé se ha definido diciendo que es *el argumento de las cosas que no parecen* y la ciencia se ha considerado el estudio de las cosas aparentes, esta acaba por decretar la imposibilidad de la primera y vénse surgir celebridades de laboratorio, que miran con completo desden toda verdad que no deje un resíduo en el fondo de sus retortas. De seguro que como resucitara alguno de nuestros antepasados del siglo décimo séptimo, no habia de confirmar con sus palabras el elevado concepto que de nosotros mismos nos hemos formado, puesto que sin perjuicio de hacer la debida justicia á las ventajas que á su tiempo lleva nuestro tiempo, no podria ménos que decir: cierto que marchais con mayor rapidez, pero en cambio no os elevais á tan remotas regiones; cierto que hablais con los que moran en otro continente por medio de hilos establecidos bajo las olas del mar, pero, por lo que á Dios se refiere, apénas si acertais á balbucear algunas palabras; cierto que habeis logrado medir

(1) Lib. I., cap. 20.

los cielos, mas no conoceis á su autor: así se explica que llameis á vuestro siglo el siglo de la locomocion y no el del progreso; el del vapor y no el de la luz.

Convengo en que el ontologismo de los siglos pasados tendía por sus escesos á la negacion de los cuerpos, como el materialismo contemporáneo suprime las almas; pero, en último resultado, Mallebranche honraba más á la humanidad viendo las cosas en Dios, que la ciencia explicando el mundo sin Dios, y cuando un explorador célebre, de regreso de sus lejanas excursiones dijo al rey de Prusia: «Señor he buscado á Dios por toda la redondez de la tierra y no lo he encontrado en parte alguna,» infirió al espíritu humano un agravio más grande que la lisonja que presumia dirigirle, puesto que puso en evidencia, que el progreso de los descubrimientos puede marchar al par con la decadencia de las ideas.

Las ciencias naturales sin correctivo alejan pues al hombre de Dios, porque Dios mora en las regiones elevadas, y aquellas llevan el espíritu hacia las bajas, con la circunstancia empero de inspirar en sus adeptos ambiciones desordenadas. Un sabio que ha conseguido explicar algunas leyes desconocidas, no puede admitir en manera alguna que no sean explicables todas las verdades; pues imagina que cuando la naturaleza le ha entregado sus misterios, seria en él un acto de debilidad el permitir que Dios le reservara los suyos. Y hay más áun, estos mismos sabios que á veces abrigan supersticiones relativamente á los misterios de la naturaleza, son escépticos respecto de los misterios divinos. Si la religion les dice que el infierno tiene fuego, sonríense irónicamente de esas llamas que no han sometido al análisis; pero si la ciencia les dice que Saturno y Júpiter pesan tantos kilógramos, lo creen á puño cerrado como si ellos mismos hubiesen sostenido la balanza. ¡Contradiccion y flaqueza humanas! ¿Como se explica que la ciencia de las cosas naturales, tan sumisa á la fé en Descartes, se emancipe tanto de ella en Laplace? Es que Descartes para lanzarse á las cimas de lo infinito, contaba con la fuerza proporcionada por la instruccion filosófica, en tanto que los otros, encadenados por las reglas del A más B, no aciertan á ver más allá de su telescópio. Y puesto que hemos escrito la palabra telescopio, aprovechémonos de ella para establecer una comparacion. La ciencia con sus dos ramas de conocimientos espirituales y de conocimientos naturales, parécese á los anteojos cuyos cristales alejan ó aproximan los objetos, segun sea el extremo por el cual se miran: cuando se contempla á Dios por medio del estúdio de las primeras, encuéntrasele fácilmente; pero si se pretende lo mismo por medio de las segundas, acaba por perdérsele de vista. ¡Cuantos son los sabios cuya mirada, en religion, no tiene mucho alcance, precisamente porque emplean al revés su instrumento óptico!

Vengamos ya á la razon más decisiva. Si se ha dicho de la ciencia que es motivo de orgullo, *scientia inflata*, las ciencias físicas, más que las otras, conducen al hombre á la irreligion por el sentimiento exagerado que de su importancia le hacen formar. Cuando nuestros antepasados de la edad media llevaban á cabo sus descubrimientos en el dominio del pensamiento, no abandonaban jamás su modestia, por lo mismo que para ellos el descubrimiento estaba en Dios, y cuanto más se aproximaban á ese rostro adorable, tanto más oprimidos se sentian por tan soberana Majestad; mas desde que el hombre realiza sus descubrimientos en las fangosas profundidades de la creacion, se ha declarado rival del Creador, y en cuanto ha tenido encerrados en sus crisoles los elementos de la creacion, no ha vacilado en eregirse en creador del mismo Dios, segun la feliz y atrevida expresion de Bossuet. ¡Y bien, dice, al parecer, el sabio contemporáneo: ¿cual es el acto por escelencia de la divinidad? ¿Los milagros? pues tambien yo los realizo yo, que ocupando una aérea navecilla héme paseado entre los astros del firmamento; yo, que habiendo dado alas á mis buques, he surcado en todas direcciones la vasta extension del Océano con la rapidez de las aves marítimas; yo, que henchiendo de fuego mis carros he cruzado la tierra de Oriente á Occidente con la velocidad del rayo. Dios creó las olas furiosas y yo las domo: Dios creó la tempestad y yo la subyugo: Dios creó las distancias y yo las suprimo!... ¿Quién semejante á Dios? se dijo un dia en las alturas celestiales: y yo me presento con las pruebas en la mano para sostener la competencia, porque es señor del mundo el que tiene á su disposicion todos los resortes.

Y la ciencia moderna se halla tan empapada en este sueño quimérico, que á cada nuevo descubrimiento que se lleva á cabo, los hombres de poca fé se miran cual si pretendieran preguntarse, si Dios va á ser convencido de falacia, no faltando quienes hayan insinuado al magnetismo que se ocupe en la resurreccion de los muertos, á fin de ver si se daria con medio apropiado para acabar con Nuestro Señor Jesucristo. De manera que el orgullo de las ciencias naturales, del mismo modo que los sofismas de la filosofía, conducen á una misma blasfemia: ¡Somos Dioses, somos Dioses! y el crímen intelectual de la época presente, recuerda el de Satanás.

¿Qué es lo que convendria á ciertos sabios, para que fueran más respetuosos con la fé? El sentimiento de la modestia y la conciencia de su debilidad, que son el más apreciado perfume de las almas elevadas, y el adorno más bello de los espíritus eminentes. Mediante esos elementos harian al par justicia á su ciencia y á la religion, porque el saber, que en sus pretensiones carece de límites, los tiene muy marcados en sus conquistas. Si duda, en materia de religion, no proviene de que sea extenso, sino de que es incompleto. Newton jamás pronunciaba el nombre de Dios sin humillar su po-

tente cabeza en testimonio de adoracion y respeto, dando así una prueba manifiesta de que si la cabeza del hombre se resiste á inclinarse ante su Creador, no tanto proviene de los méritos que le distinguen, como de las circunstancias que le faltan (1).

---

(1) Si en esta parte de nuestro libro somos ménos concisos que en la que hemos dedicado á contestar las objeciones filosóficas, consiste en que al presente nos vemos obligados á ocuparnos al par en la exposicion de los hechos y en el razonamiento apologético, y al propio tiempo en llevar á cabo la educacion científica del lector, y la refutacion de nuestros adversarios.

CAPITULO III.

La negacion científica contemporánea es esencialmente anti-humana.

Señalar los peligros de nuestro especialismo científico, no es revelar sus errores. Tratemos, pues, por medio de una discusion preliminar, de destruir esta autoridad por la base, socavándole ó mejor supriméndole esta misma base: es decir, procedamos como se procede con el árbol que se intenta derribar, en el cual. ántes de cortar las ramas, se comienza por socavar las raices.

Durante la primera mitad del presente siglo, la negacion era audaz; pero no anti-natural: al presente la incredulidad sólo considera la naturaleza separada del hombre, no contándola para nada absolutamente en el hombre mismo. El haber suprimido esta base de observacion ha hecho del método llamado experimental el más hipotético, y reducido al par á la ciencia contemporánea á un vasto cuadro de los tres reinos mutilado por la cabeza. Porque, ¿qué es el hombre abstraccion hecha del alma? Un mamífero que no tiene sobre los otros más ventaja que la de saberlos clasificar, sin tener el derecho cierto de mandarlos; un sér inexplicable que tiene la vana pretension de explicarlo todo.

«El naturalista sólo conoce los cuerpos y las propiedades de los mismos: todo lo que no sea esto es trascendental, y el naturalista considera el trascendentalismo como el extravío de la razon humana (1).»

«El estudio empírico de la naturaleza no tiene más fin que la verdad, sea esta consoladora ó desesperante, estética ó no, lógica ó absurda. conforme ó contraria á la razon, necesaria ó extraordinaria (2).»

Tales son las fórmulas de una teoría hoy en boga, que absorbe

---

(1) Virchow.
(2) Cotta.

ó mejor elimina al par, cuanto trasciende á religion y á filosofía. Segun este delirio de experimentacion material y materialista, el hombre no puede tener certeza de lo que ve con los ojos del espíritu, en tanto no ha obtenido confirmacion por medio de los ojos del cuerpo. Sistema verdaderamente singular, que llega al extremo de aceptar el *absurdo*, con tal que se halle certificado por los procedimientos positivistas; que rechaza hasta al sentido comun cuando no se presenta como *cuerpo, ó como propiedad de los cuerpos;* y que concede más autoridad á la experiencia que á la razon, como si la experiencia no alcanzara todo su valor de la comprobacion y de la direccion que la razon le proporciona.

La transicion del naturalismo espiritualista, en boga hace todavía muy pocos años, al naturalismo ateo, empírico, y brutalmente negativo, cuya repugnante fórmula acabamos de transcribir, háse realizado bruscamente. ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que Kant, Fichte, Schelling y Hegel en Alemania; Laromiguiere, Royer-Collard y Cousin en Francia, ocupaban la atencion del mundo con sus especulaciones ó con sus sofismas ontológicos? Al presente toda la filosofía ha venido á reducirse á la historia natural, y la historia natural á una universal blasfemia. Acúsase frecuentemente á los poderes públicos, y hasta á ellos solos se achaca toda la culpa de la decadencia en que han venido á parar las creencias, y el cargo, en rigor, nada tiene de infundado: fíjese bien la atencion, y se verá que los gobiernos, con el escepticismo de su conducta, pueden determinar el escepticismo en las ideas; pero el movimiento científico de los quince últimos años, ha producido más dudas que todas las oscilaciones de la política europea. ¿De dónde proceden, pues, las brumas que hánse levantado delante de nuestro sol?

Vamos á decirlo. El progreso de las ciencias naturales engendró desde luego en Alemania un profundo desprecio respecto de la filosofía teorética de nuestros últimos cincuenta años: el empirismo de algunos espíritus, positivos hasta la exageracion, reaccionó violentamente contra los maestros de la escuela idealista, y á consecuencia de esta revolucion el cetro de la ciencia pasó de las manos de los filósofos á las de los médicos. Luis Buchner, la expresion más acabada y popular de esta tendencia, profesó el materialismo y el desden por las doctrinas al mismo opuestas, con una franqueza que rayaba en cinismo. La conclusion práctica de su sistema ha sido formulada en los siguientes términos por Rodolfo Wagner: «Comamos y bebamos, que mañana ya no serémos. Los pensamientos más grandes y elevados no son más que vanos sueños, pura fantasmagoría, agudezas de autómatas que tienen dos brazos y andan con dos piés, y se descomponen en átomos químicos para combinarse de nuevo (1).» Cierto que el autor contradice las consecuencias que de-

(1) *Discurso leido en la reunion de los médicos y naturalistas celebrada en Gœtinga.*

duce de su pensamiento; mas no puede impedir al pensamiento el que las formule. En vano se pretenderia imponer al hombre las cargas propias del alma, cuando se le suprime el honor.

Á la sombra proyectada por el estandarte de este radicalismo anti-religioso, marchan otros muchos escritores, que procedentes de puntos distintos, coinciden en la tésis de la incredulidad absoluta. Schopenhaüer, Feuerbach, Bruno Baüer, Max Stirner, Arnoldo Ruge, Moleschot, han expuesto sus variadas negaciones con una crudeza de formas que darian de su país la más triste idea, si no se supiera que la Alemania es al par la pátria de las almas piadosas y de los espíritus audaces. Hasta los mismos gigantes de la incredulidad trascendental han sido tratados por esos materialistas al uso *de charlatanes de ideología* y de *retardatarios anticuados*. En suma, háse llegado al extremo de decir que el ateismo es un sistema demasiado religioso, puesto que puede hacer algo de más provecho que negar la religion, y es olvidarla (1). ¡Revancha desatinada del empirismo contra los escesos de la especulacion *á priori!* ¡Degradacion providencial de la inteligencia siempre condenada á expiar sus blasfemias con monstruosidades!

La filosofía francesa ha roto por su lado con la tradicion espiritualista de Cousin y de Colard, para reanudar la materialista de Broussais y Cabanis. La direccion del movimiento negativo ha pasado desde la escuela normal á la escuela de medicina; las ideas han cedido su lugar á la diseccion anatómica; y por último, la metafísica, la teodicea y la psicología, han sido suplantadas por la fisiología animal, y merced á eliminaciones arbitrarias, hasta la misma nocion de la ciencia se ha visto falsificada, á fin de que ni el alma, ni Dios, ni la religion, pudiesen contar con un sitio á propósito en este dominio que les estaba reservado. Augusto Comte y Littré han suscitado esta corriente, arrastrando en pos de sí gran número de discípulos que les esceden en audacia, sin igualarles en talento. Asustados ánte las consecuencias que de sus principios se deducen, en vano han declarado los corifeos del positivismo, que su doctrina, como ninguna desinteresada, respecto de todas las escuelas especulativas, miraba con la misma indiferencia al materialismo y al espiritualismo, porque en estas atenuaciones hay más galantería que sinceridad. Cuando un positivista define el alma humana «el conjunto de las funciones de la masa encefálica (2),» ¿qué es más que un materialista siquiera no lo confiese? Y cuando identifica *la causa primera con la materia organizada*, ¿qué hace más que profesar decididamente el ateismo, sin tener valor para responder de él?

Por lo demás, es completamente inútil que los oráculos de esta

---

(1) Arnoldo Ruge, *Anales de Halle.*
(2) *Diccionario de Nysten.*

escuela traten de desvirtuar las conclusiones doctrinales de su sistema; pues las gentes han sabido leer lo que puede adivinarse en sus escritos, y nada prueba mejor el ateismo que profesan, que el ateismo que engendran. Lo único que hay es que al paso que los maestros se avergüenzan de sus opiniones, los discípulos se enorgullecen de ellas, y que asistimos á un desbordamiento de incredulidad, que podria ser motivo de sérias inquietudes, si con el limo del espíritu, no aconteciera lo que con el limo de los rios, que despues de haber destruido, fecunda.

Además de las expuestas, existe todavía una tercera causa que ha contribuido á preparar los efectos que lamentamos y son los descubrimientos llevados á cabo recientemente por la historia natural. ¡Extraña contradiccion! Los mismos espíritus que encuentran admirable á Dios, cuando emplea nueve meses en hacer madurar un grano de trigo; cien años en hacer que completamente se desarrollen ciertos y determinados árboles; y mucho más tiempo todavía en enviarnos la luz de los astros, no saben distinguir su providencia creadora en el primitivo crecimiento de nuestro globo y en las sucesivas transformaciones que ha experimentado. En vez de contemplar el orígen de la vida como una produccion divina, sólo ven en ella una accion de las fuerzas físico-químicas. Segun ellos la vida, surgiendo de un prototipo ó proto organismo desarrollado fortuitamente, lanzóse y se ramificó expontáneamente por medio de enlaces incalculables, hasta que al cabo de un número de siglos más incalculable todavía, corrigiéndose y perfeccionándose incesantemente este trabajo sordo de la naturaleza, acabó por hacer brotar al hombre de un intermediario colocado entre él y el mono, del mismo modo que, con el transcurso del tiempo, el hombre dará vida á una especie superior. Esas fantasías desmoralizadoras que flotaban en estado de mera hipótesis desde Lamark, Robinet, y Du Maillet, han obtenido una especie de justificacion científica en el sistema últimamente publicado por Darwin. Como observara este naturalista inglés que las *razas* bajo las influencias de la domesticacion y de lo que él llama seleccion, pueden al cabo modificarse, dedujo que del propio modo pueden ser transformadas las *especies* (1). Semejante gravísimo error rodeado de un gran prestigio de exposicion, y presentado con todas las reservas de una modesta imparcialidad, ha contribuido poderosamente á acreditar la loca fantasía de nuestro orígen químico. Sólo que así como Lamark y Darwin todavía colocan á Dios en la raiz del árbol de la vida universal, sus comentadores no han concedido á este otro seno natal que el lodo, de manera que si nuestros últimos padres han sido los gorilas y los chimpanzés, los primeros fueron los infusorios de los pantanos cuaternarios! ¿Pueden conce-

(1) *Del orígen de las especies* por Darwin.

birse los residuos putrefactos de una antigua vegetacion, macerados en las aguas de algun antiguo diluvio, produciendo el gérmen sublime, predestinado á ser, andando el tiempo, el talento de Bossuet, el corazon de Vicente de Paul ó el alma de Jesucristo?

¡Vergonzosa concupiscencia la que inclina al hombre hácia los misterios que no le merecen respeto, para que le dispensen de la penosa obligacion de respetarse!

Tales son las fuentes del mal: la extension del mismo, sólo Dios es capaz de abarcarla. Antes empero de estudiar los grupos diversos de negaciones que estas negaciones generales suponen, juzgamos conveniente establecer una tésis preliminar, en contraposicion al aparato científico de la época presente, en cuanto encierra de contrario á la fé. Y téngase en cuenta que semejante procedimiento es mucho más positivo que el adoptado por el partido adverso, puesto que en él vamos á fundar nuestra defensa en los hechos de la humanidad. Nuestros adversarios con tal de dar apariencia de verdad á sus lucubraciones, no vacilan en mutilar la humanidad: nosotros, con un propósito más elevado, vamos á restaurar la integridad de semejante testimonio. Todo el método experimental descansa sobre la base de que nada más existe cierto que la evidencia física y las leyes que de la misma se desprenden; mas la evidencia física sólo tiene autoridad en cuanto la comprueba la razon, determinando al par sus límites y condiciones. Por consiguiente no es impropio, sinó por el contrario muy natural en el espíritu humano, el que la experimentacion busque base segura á sus afirmaciones (1). Esto sentado, preséntase la naturaleza humana reclamando para todas y cada una de sus facultades el privilegio concedido únicamente á su inteligencia, de servir de fundamento á la verdad. Sí, nuestra naturaleza no sólo tiene evidencias materiales á disposicion de su juicio; sinó que cuenta además con evidencias de sentimiento, evidencias de dignidad personal, evidencias de sentido comun, y evidencias morales, que constituyen para ella una regla absoluta de certeza. Ahora bien, con presentar á la negacion científica completamente opuesta á todas esas evidencias, queda dicho todo. La naturaleza que es la misma en el hombre que fuera de él, no puede contradecirse: por esto, desde el momento en que nuestro conocimiento del mundo desmiente al que de nosotros mismos tenemos adquirido, el primero, que siempre es más ó ménos dudoso, debe subordinarse al segundo del cual en manera alguna podemos dudar. No es así como proceden actualmente las ciencias llamadas naturales. La prueba más convincente de que explican mal la naturaleza, la tenemos en que constitu-

(1) No debe confundirse sin embargo la Escuela experimental propiamente dicha, representada por M. Claudio Bernard, cuyo determinismo no excluye ninguna de las ciencias por medio de las cuales el espíritu puede remontarse á Dios, con el método positivista que despues de haber dado algunos pasos, se encenaga en el lodazal del materialismo ateo.

yen un atentado contra la naturaleza humana, implicando con relacion á esta, la *deshonra*, la *sin razon*, la *barbárie*, la *inmoralidad* y por tanto el trastorno completo de la economía racional.

I.

Pascal ha dicho: «Hay mucho peligro en evidenciar extremadamente al hombre la semejanza que tiene con las bestias, si al propio tiempo no se pone de relieve su grandeza: tambien existe peligro en poner demasiado de relieve esta grandeza, si al par no se le muestra su pequeñez: lo más conveniente es ponerle de manifiesto la una al lado de la otra (1).» Solo el cristianismo es capaz de mantener á la humanidad en este difícil equilibrio: fuera de él el hombre tiende, ó á suprimir á Dios ó á ocupar su lugar, con lo cual, y es este un contraste muy digno de ser estudiado, desciende de toda la altura que usurpa en detrimento de su Autor.

El cristianismo que se reduce al dogma de un Dios hecho hombre, es para nosotros fuente de grandeza: el anticristianismo que viene á resolverse en el sistema del hombre hecho Dios, sólo nos ensalza para despues humillarnos. En el primer caso, Dios es el principio y el fin de las cosas; y la regla de las creencias y de los deberes se llama teología: en el segundo, el hombre es el único Dios de este mundo; y la ciencia más importante es la que se conoce con el nombre de antropología ó *humanismo*. Pues bien, en realidad el hombre se rebaja en toda la elevacion que en sus errores se atribuye. Si consiente en considerarse simple criatura formada por el poder divino, caida en virtud de un acto de su propia voluntad y rescatada por medio de una sangre reparadora, cree hasta el punto de adquirir proporciones verdaderamente sobrenaturales: en cambio si se arroga la divinidad ó si la niega, llega á experimentar en una miseria sin nombre, el castigo de los ángeles anatematizados. En este sentido es como se realiza la palabra de un profundo pensador: «El que hace el ángel hace la bestia (2).» La historia nos proporciona copiosos y memorables ejemplos de semejantes caidas.

A fines del siglo décimo octavo, como se pronunciara el nombre de Dios en una lectura dada en el Instituto, Cabanis, encendido en cólera, reclamó que no se pronunciara jamás semejante palabra delante de los individuos de aquella distinguida corporacion. Al cabo de algun tiempo, un fisiólogo de la propia escuela, que se vió obli-

(1) *Pensamientos.*
(2) Pascal. *Pensamientos.*

gado á contestar á esta pregunta ¿qué es el hombre? salió del paso definiéndolo: un tubo abierto por sus dos extremos.

Dios quedaba vengado.

Durante una gran parte de este siglo, el panteismo, es decir, la divinizacion del hombre por el dógma de la unidad de substancia, ha sido la opinion acreditada por la filosofía de lo absoluto. La Alemania fué la primera que se dejó desvanecer por los perfumes exhalados por esta doctrina; despues de lo cual pasó la copa primero á Francia, y posteriormente al resto de Europa, que por un momento se dejaron prender en las redes de tan seductora perspectiva. Mas no bien los ideólogos de allende el Rhin dijeron «Somos Dioses», cuando los materialistas les respondieron: «Somos brutos.» Tanto es así, que Burmeister no vaciló en escribir: «El cuerpo humano es una forma modificada del cuerpo animal: el alma humana es un alma animal fortalecida», á lo cual añade Cárlos Vogt: «El hombre no tiene ventaja alguna sobre el animal, su superioridad intelectual, respecto del último, es meramente relativa.»

Tal es la manera como se precipita la humanidad desde el lugar en que le corresponde mantenerse, cuando pretende alcanzar un sitio superior.

Ante semejante espectáculo, represéntaseme Adan naciendo de un soplo de la divinidad, é instituido rey del universo: yo le contemplo en su actitud soberana colocado sobre la tierra y mirando al cielo, para representar la doble predestinacion que le da el mundo presente en propiedad, el mundo futuro en herencia, y finalmente, le considero emanando de Dios por medio de la creacion; reconquistado por Dios por medio de la redencion, y reunido, al cabo, eternamente á Dios por medio de la glorificacion, despues de lo cual me es imposible vacilar respecto del símbolo que debo seguir. La doctrina que me aconseja el desprecio de mí mismo y el de mis semejantes es despreciable: en cambio, la que me eleva y los eleva, es verdaderamente digna de respeto. Por lo demás, y siguiendo esta ley, no hago más que seguir la inclinacion de mis propios impugnadores, porque «hasta aquellos que igualan los hombres á las bestias, quieren merecer su aprecio: para ellos el mejor sitio del mundo se halla entre ellos, pues tenemos del alma humana tan elevada idea, que no podemos sufrir vernos despreciados. Así es como se contradicen á sí mismos en virtud de su propio sentimiento, los que todo lo explican por medio del organismo (1).»

¿Qué es lo que ha resultado de este crímen de la humanidad contra su propia dignidad? Que cuanto ménos se respeta más se estima, y que cuanta mayor es la estimacion que se profesa, ménos concede á los otros, por lo mismo que no le queda mucha de que dis-

---

(1) Pascal. *Pensamientos.*

poner. De aquí resulta una verdadera epidemia de desprecio universal. Hoy los menospreciadores ó mofadores, han reemplazado á los héroes y á los santos, y cuando la humanidad se prodiga á manos llenas el desprecio, no hace más que hacerse justicia, porque ¿qué pueden merecer acá en la tierra, los movimientos de un mono que habla, lucha y gobierna, sinó un poco de curiosidad cuando desempeña perfectamente su papel, y los silbidos de los espectadores cuando fracasa en la ejecucion del mismo?

Y sin embárgo, no le basta al hombre con insultar á su especie: desde el momento en que únicamente ve en ella una coleccion de animales, ha menester adorarse. Por lo mismo que la necesidad de la adoracion es en él innata, y por lo mismo, tambien, que en su concepto, no existe objeto alguno verdaderamente digno de semejante honor, ¿qué inconveniente puede haber en que se lo tribute á sí mismo? Por esto Feuerbach propone substituir la *anthropolatría* á la religion, es decir, sustituir el culto á Dios por el culto del hombre, y Max Stirner, llevando más adelante sus conclusiones, se burla de ese Dios-humanidad, como de la última de las supersticiones, y predica la *autholatría*, desplegando al viento la bandera en que ha escrito: *Quisquis sibi Deus*, cada cual es el Dios de sí mismo. Líbrenos el verdadero Dios de presenciar la aplicacion social de tan perversas invenciones, si es que pueden ser compatibles la sociedad y tales experiencias. Era espantosa seria la que tal ensayo presenciara, puesto que en ella el hombre podria prevalerse de su título de Dios, para revindicar todos los derechos; y de sus inmunidades de animal, para declinar el cumplimiento de todos sus deberes, porque en el momento en que se juzga incapaz de la virtud, tiene razon de sobras para creerse dispensado de ella.

La incredulidad científica contemporánea al arrebatar al hombre la dignidad de su orígen, le hace perder, como consecuencia precisa, su dignidad moral, puesto que le familiariza con tres errores monstruosos que son el deicidio, el suicidio y el homicidio doctrinal.

Existe un crímen más espantoso que el que proviene de atentar á la vida de sus semejantes, ó sea el fratricidio; más horrible que el de bañar las manos en la sangre de los padres, ó sea el parricidio: este crímen es el que consiste en atacar la existencia de Dios, ó sea el deicidio. Semejante esceso hállase virtualmente contenido en la doctrina del ateismo, puesto que esta blasfemia implica la doctrina de lesa divinidad. Pues bien, júzguese por lo que vamos á decir del estado á que ha llegado la decadencia que caracteriza nuestra época. En tanto que la negacion idealista de Dios se disfrazaba cual si tuviera vergüenza de sí misma, la negacion materialista ostentase desembozadamente cual si estuviera satisfecha y orgullosa de su proceder. En otro tiempo la filosofía, despues de haber tra-

bajado en anonadar á Dios, hablaba de él, cual si por semejante medio pretendiera declinar el oprobio proveniente de tamaño esceso; hoy prescinde de sus antiguos pudores, y haciendo del cinismo una especie de franqueza depravada, exclama: «Dios es un cuadro vacío sobre el cual puedes escribir lo que mejor se te antoje (1),» ó bien: «Lo mismo da que adores á Jehová ó al buey Apis, á tu propia sombra ó al *flatus ventris*, pues Dios no es más que el dominio de la fantasía (2),» ó tambien,—y no puedo ménos que sonrojarme al considerar que nuestra lengua ha podido servir para lanzar tan horrenda blasfemia,—«Dios es el mal (3).» ¿Qué pensarian finalmente Newton, Descartes y Keplero y todos los religiosos fundadores de la astronomía, oyendo á una posteridad de pigmeos que sin pruebas de ninguna clase y sin respeto alguno ha osado exclamar: «Los cielos no cuentan ya la gloria de Dios, sinó la de Laplace (4)?»

El anonadamiento del yo, es tambien una tendencia desordenada de nuestro especialismo científico. El mundo echa á veces en cara á la mortificacion cristiana el que se suicide, siendo así que no es más que un desprecio. Disminuir la vida del cuerpo para aumentar la del alma es vivir mas y de ningun modo morir. El verdadero suicidio es el organicismo, que consiste en el abrazo eterno de la nada. Sí, el materialista que ha dicho *al polvo y á los gusanos: Sois mis hermanos*, que ha exclamado *Moriré, y se ha extremecido de placer*, es el que realmente se suicida para toda una eternidad. Y la verdad es que al presente abundan los pensadores que ponen en duda la posibilidad de la inmortalidad individual, acaso porque les asisten poderosas razones para temerla! Cuanto ménos dignos son los hombres de sobrevivir á sus obras, mayor afecto profesan á la nada: por esto los discípulos de la nueva doctrina se hallan poseidos de una especie de furor de destruccion. No se diria sinó que se les infiere una injuria concediéndoles el honor de pensar, cuando se haya extinguido ya su cerebro, orgullosos como están de su nobleza de *hombre-máquina*, de *hombre-planta*, y de otras genealogías que si les hacen superiores al orangutan respecto á inteligencia, les hacen sumamente inferiores al elefante y á la ballena por lo que mira á la longevidad. Lo que han escrito los especialistas de Francia y de Alemania para establecer que, segun las leyes de la naturaleza, *cuanto nace debe morir*, no es para reproducido: el sentido moral desfallece ánte la idea de tener que emprender tan ingrata tarea, sin contar con que las exposiciones desnudas de la extravagancia ó de la perversidad, constituyen un espectáculo peligroso, toda vez

(1) Buchner.
(2) Feuerbach.
(3) Proudhon.
(4) Véase Janet. *Materialismo contemporáneo en Alemania.*

que el hombre al instruirse en sus propias bajezas, se familiariza con lo monstruoso, y corre el riesgo de adherirse á él.

Y nótese que la negacion científica relativa á la vida de ultratumba hace tan fácilmente prosélitos entre los hombres, como en sus propios autores. Por lo mismo que procede del espíritu del mal, que fué homicida desde el principio del mundo, diríase que con el ódio á Dios y al yo, implica el ódio á la humanidad. Sus secuaces admiten fácilmente que las moléculas del cuerpo viven siempre; pero condenan en nosotros á perpétua extincion el principio de vida. A sus ojos la última palabra de los destinos futuros hállase contenida en esta máxima esculpida sobre la puerta de los cementerios por Chaumette: «La muerte es un sueño eterno,» y ponen las siguientes palabras en boca del representante de una tribu salvaje que interpela á un misionero cristiano: «Pretendeis que soy inmortal, ¿por qué no lo han de ser igualmente mi buey y mi perro? ¿En qué me diferencio de ellos, en qué se distingue el hombre del animal, sinó es en ser el hombre mucho más bellaco (1)?» Finalmente, no se diria sinó que se gozan en pisotear desapiadadamente á la humanidad en el interior de las tumbas en que yace, cual si pretendieran impedirle la salida; pero la humanidad á pesar suyo llama á las puertas de su cárcel, y en tanto que la naturaleza física yace enterrada en el fango, la naturaleza moral, sacudiendo ese sudario repugnante, contesta irremisiblemente á la disolucion. «*Espero la resurreccion y la vida del siglo futuro.*»

Tenemos pues, que sea lo que se quiera de las intenciones sentimentales de los incrédulos, sus teorías son inhumanas. No ha faltado uno entre ellos que ha osado decir que *la fé es contraria al amor:* quisiera saber qué filantropía puede existir en el dógma del dolor sin esperanza, y de la impunidad eterna de los malvados.

La negacion contemporánea con la dignidad original y la dignidad moral, destruye tambien la dignidad intelectual de nuestra especie. Al presente se repite con mucha frecuencia la pregunta encaminada á averiguar, porqué no son reemplazados los hombres ilustres que perecen, y porqué razon, nuestro siglo glorioso en su comienzo, se vé condenado á ostentar el sello de la medianía en sus últimos años. Consiste semejante fenómeno, en que los talentos elevados no son, con frecuencia, otra cosa más, que la expresion de la conciencia elevada que tiene el hombre de sí mismo, y en que el génio, si quiere darse alas, necesita creerse predestinado á elevarse al cielo. El arte, la poesía, la elocuencia, la literatura, en suma, los dones todos que se basan en la inspiracion, brotan del alma, y no podrian existir cuando se pone á discusion la existencia de esta.

---

(1) Buckner.

Los hombres políticos atribuyen siempre á las influencias políticas la decadencia intelectual de las naciones; pero bajo este punto de vista, el despotismo no ha cometido, con mucho, todos los delitos que se le imputan, del mismo modo que la libertad no ha llevado á cabo todos los prodigios que se le atribuyen. Lo que principalmente contribuye á fecundar el pensamiento de una generacion son las doctrinas. El siglo de Luis XIV no contaba para inspirarse con las emociones del foro y de la tribuna, y sin embargo cuéntase entre los más grandes en los anales del espíritu. El siglo de Augusto fué la tumba de la libertad romana, lo que no impidió que fuese la cuna de Horacio y de Virgilio; mas la verdad es que en tiempo de Augusto y de Luis XIV las almas creian áun y por consiguiente los espíritus eran poderosos.

En efecto, equivocaríase tristemente el que considerara á la fé como una traba intelectual: su peso es para la inteligencia lo que para el pájaro son las alas, le cargan; pero permiten que remonte su vuelo. Con frecuencia se acusa al despotismo del primer imperio de la inferioridad literaria ó filosófica de este período. Cierto que la savia entónces invertida en las jigantescas luchas sostenidas en el exterior, concentrada en el interior, habria podido dar vida á muchas obras maestras. Mas el fenómeno de que el espíritu francés jamás lograra remontarse durante la era imperial, debe principalmente atribuirse á la filosofía reinante en aquella sazon. La Francia acababa de salir de las aulas del ateismo, levantadas por el siglo décimo octavo y por el período revolucionario; su pensamiento no podia en manera alguna desprenderse instantáneamente de aquella perniciosa influencia y por consiguiente permaneció paralizado hasta tanto, que gracias á una poderosa reaccion espiritualista, abrió de nuevo los ojos y pudo contemplar el camino del cielo. Cuando el materialismo cayó en descrédito, reaparecieron los espíritus eminentes, con la fé que forma la atmósfera indispensable para su vida. Poetas, oradores, filósofos, historiadores brotaron de improviso del reducido círculo en que el sensualismo de Condillac mantenia encadenado el vuelo nacional, y formaron esa hermosa pléyada cuyos últimos representantes nos inspiran tan profundo respeto, como profundo duelo nos produjeron sus últimos muertos.

Transcurrieron algunos años, una nueva invasion de naturalismo ha venido á sumergir el dominio del pensamiento, y las ciencias de la materia han oprimido y esterilizado nuevamente las facultades intuitivas del espíritu. Ante semejante espectáculo no ha faltado quien haya atribuido esta nueva caida al escepticismo de los poderes: otros la han achacado al escepticismo de los pueblos; mas la causa principal debe buscarse en una evolucion científica, encaminada á hacer de este mundo una exposicion permanente de los tres reinos, y en manera alguna el vestíbulo de una pátria mejor. Bajo el imperio de la fé surgen creyentes; el materialismo sólo engendra

ingenieros: con la fé el hombre canta, ruega, espera y ama á sus semejantes; sin ella se agita, calcula, goza y desprecia; y cuando las cosas han llegado á este extremo, áun cuando es verdad que el mundo produce todavía grandes naturalistas, es más bien para vergüenza suya, que como anuncio de progreso, pues lo único que esto indica es que la humanidad, que nada sabe distinguir contemplando el cielo, estudia, estima y abarca la tierra como su seno maternal y su verdadero paraíso.

Finalmente: hasta lo que podríamos llamar nuestra dignidad animal, se halla comprometida por la negacion contemporánea. El hombre de nuestros dias defiende la libertad ilimitada en política, y su servidumbre en el foro interno, sin considerar que no puede merecer el verse emancipado de los poderes, miéntras sea considerado esclavo de sus inclinaciones. La ciencia actual ha puesto su formulario al servicio de esta tendencia culpable, haciendo caer de este modo al rey de la creacion, de las categorías zoológicas en que se habia vergonzosamente colocado, hasta los últimos grados del reino maquinal. Más adelante pedirémos cuenta de este agravio al materialismo en nombre de la moral; pero entre tanto juzgamos indispensable revelar las bofetadas que ha recibido nuestra dignidad. En virtud de este fatalismo fisiológico ¿á que se reducen, en qué consisten la continencia de Scipion y la fidelidad de Régulo? «En la preponderancia de una funcion cerebral sobre las demás.» ¿Qué son un santo ó un héroe? «Una máquina de gran potencia cuyos movimientos se hallan determinados por la fuerza que preside á la circulacion de su sangre y las vibraciones de sus nervios.» ¿Qué es el hombre? «Un teorema que anda.» ¿Qué es la civilizacion? «Una resultante de estas tres diversas influencias: la raza, el medio, el momento.» Por último, ¿qué es el mundo en general? «Una gerarquía de necesidades, un mecanismo universal que se sostiene en virtud de una fuerza interior y forzosa, que hunde en el corazon de toda cosa viviente las tenazas de acero de la necesidad (1).» De esta suerte la personalidad humana desprovista de todo imperio sobre sí misma, se ve sometida al dominio de las leyes de una mecánica envilecedora, y almas y moléculas de materia vénse igualmente arrastradas por un engranaje inflexible. Nó, no bastaba para vuestra humillacion el haber nacido, en virtud de transmutaciones genealógicas, de algun reptil semi-animal, semi-vegetal que se arrastraba hace millares de años en las últimas capas de un mundo desaparecido, debeis ser ménos, mucho ménos que un simple bípedo; debeis ser una fuerza ciega: ménos áun que un animal, debeis contentaros con el modestísimo papel de autómatas.

---

(1) Véanse MM. Littré, Tainne Compte, etc. *Passim*.

Hasta que extremo de degradacion podría dejenerar la humanidad, sometida á tan dura presion, si no existieran rasgos de dignidad, de sensibilidad, de espontaneidad indomable que sublevándose al sentirse oprimidos por tan brutales ataduras acaban por romperlas, es imposible imaginarlo. Por esto no nos sorprende que las costumbres se corrompan, que se pisotee la fé conyugal, que las convicciones se enerven, que los carácteres se empequeñezcan, que las estadísticas criminales asusten á los tribunales de justicia, en suma, que corroan el cuerpo social las gangrenas todas del órden moral: lo que nos sorprende es que con tales doctrinas el mundo no haya llegado á mayor degradacion. La verdad es que si esto no ha sucedido, consiste en que tales doctrinas no tienen fuerza para ello. ¿Porqué, sinó, trabaja el hombre en respetarse más de lo que hacian los cuadrumanos sus abuelos? Entre individuos pertenecientes á tales razas, la primacia no corresponde al más digno, sinó al más diestro. Mas la prueba indeleble de la grandeza nativa del hombre la tenemos en que es incapaz de realizar todo el mal que de él imagina, y en que gracias á su desden ó á su virtud, considera una ofensa hecha á la naturaleza todas las teorías que rebajan la dignidad humana.

II.

La negacion científica, tomada en conjunto, además de rebajar la dignidad humana, constituye una injuria y una especie de violencia inferida á la razon. Y ¡cosa extraña! La incredulidad niega en nombre de la razon, y so pretexto de restituirle sus derechos, la tortura. Y es que, segun se ha dicho, todo es razonable en la fé, hasta el sacrificio que en aras de la misma hace la razon. Por esto desde el momento en que se emancipa de la tutela celeste, cae de las alturas de la religion incomprensible, en los arcanos de una filosofía que no puede comprenderse, alejándose del buen sentido, todo el espacio que interpone entre ella y lo divino. Uno de los caractéres más generales de la ciencia positiva es el ser una mutilacion, un desmembramiento de la razon.

El testimonio de la razon sólo es completo, cuando ha obtenido el asentimiento de todas nuestras facultades respecto de una verdad. En efecto, la luz no nos viene solamente de la induccion especulativa, si el sentido comun no la rectifica. Kant probó de una manera irrecusable que fuera de la esfera de lo subjetivo no puede haber certeza; pero esto no ha sido obstáculo paraque el experimentalismo haya establecido su método de observacion sobre el axioma de certeza objetiva. Por otra parte el entendimiento por sí sólo no

tiene el derecho de sacar una conclusion, sinó la ratifican el sentido íntimo y el instinto moral. *El corazon tiene sus razones que no comprende la razon* (1) y por esto podría preguntarse á los naturalistas que eliminan la fé en nombre de una humanidad quimérica, que suponen sin entrañas y sin necesidad religiosa, «¿qué naturaleza es esta de la cual se nos habla, y quién ha conocido á esa señora (2)?» No debe pues separarse en el hombre lo que se halla en él unido indisolublemente, la facultad de comprobar los hechos y categorizarlos, y la de amar, aspirar y esperar un más allá. Sólo la convergencia de todas esas visiones en una aspiracion comun, puede constituir un juicio racional. Su divergencia es ó una opresion del hombre intelectual por las usurpaciones del hombre moral, ó el sacrificio de este á las exigencias del hombre intelectual.

Tal es el grande atentado del positivismo contra la razon humana. Acusa á los metafísicos de «profundizar incesantemente el abismo de la irracionabilidad y de la divagacion, como una especie de clerecia filosófica incapaz é indigna (3).» Y sin embargo podrian devolversele los tiros resultantes de tales lindezas, porque ese *abismo de la irracionabilidad* consiste en declarar la mirada del hombre, infalible en el exterior, é incierta respecto de los hechos de conciencia, como si la conciencia no fuese el espejo, la cámara obscura dentro de la cual los objetos externos se certifican y reflejan por sí mismos; y en cuanto al *esceso de divagacion* forma parte del programa que coloca las matemáticas, la astronomía, la biología y la sociología en el vasto departamento de los conocimientos humanos del cual sin embargo excluye la psycología; lo cual vale tanto como incluir dentro de la ciencia los astros conocidos por el yo, y dejar al yo fuera de ella, todo con el propósito de tener una razon para establecer que el hombre no es más que un contador viviente, una especie de aparato físico destinado á comprobar las leyes; pero en manera alguna un alma capaz de elevarse á su principio.

«Pero vosotros no me bastais, contesta la naturaleza moral á los que más ó ménos inconscientemente de esta manera la insultan, porque vosotros no me enseñais más que la materia. Vosotros me reducís á lo visible y á lo palpable y yo tengo pensamientos más elevados..... El orígen y el fin de las cosas, problema del cual yo formo parte, me atrae especialmente. Prefiero entregarme á conjeturas en asunto para mí de tanto interés, á saber por medio de razones demostrativas ciertas cosas que me parecen muy secundarias... Vosotros no me quitaréis del espíritu las aprensiones, las curiosidades de ultra-tumba. En el fondo mi negocio principal soy

(1) Pascal.
(2) Jose de Maistre.
(3 Augusto Comte.

yo, lo que me espera á mí, máquina ardiente de ideas y pasiones, en el momento en que ciertos órganos dejen de prestar servicio á la máquina. Ser ó no ser: tal es la cuestion de las cuestiones; prescindiria muy satisfecho de la química y la geometría, y no sabría pasarme de esta contemplacion y de las esperanzas que á la misma van anejas. Disputarme este sueño, no es en manera alguna colocarme en el lugar que me corresponde, es degradarme, porque yo no soy únicamente un animal político, sinó que sobre todo y ántes todo soy un animal religioso (1).

Hé ahí la ciencia verdaderamente positiva, porque no excomulga en manera alguna lo mejor de nuestra individualidad de las verdades científicas. Un crítico burlon de nuestro tiempo echa en cara al espiritualismo el dividir al hombre en dos, cuando admite que una porcion de nosotros puede vivir, en tanto que la otra pudre en el suelo (2). Ironía de un gusto y de un corazon por cierto muy poco delicados. Los que parten el hombre en dos, son los que colocan su experiencia física en oposicion con sus evidencias morales; son los que le dividen para alcanzar de la parte adhesiones que en vano esperarían del todo, desnaturalizando en cierto modo á la naturaleza, para obtener de ella un testimonio falso. Buchner ridiculiza al que cree sin ver, comparándole al hombre que pensara llevando la cabeza debajo del brazo: hay una anomalía más espantosa que esta, y es la del hombre que piensa, al par que pisotea su corazon. Si la fé ciega oscurece, la razon desprovista de corazon disminuye la inteligencia.

La negacion contemporánea por consiguiente empequeñece la razon; pero además es una reduccion de la ciencia. Segun se ha hecho observar, el positivismo no es ni revelador, ni inventor, ni organizador, sinó eliminador. Ha tomado entre manos la carta del mundo científico, y ha suprimido todos los pueblos que mira con prevencion, y en virtud de la más orgullosa de las arbitrariedades, ha dicho á la moral, á la metafísica, á la teodicea y á la psycología, os separo de la ciencia; añadiendo, luégo hablando de sí mismo, yo soy la ciencia: y la credulidad del vulgo se ha dejado sorprender por ese juego de prestidigitacion que pretende pasar plaza de filosófica.

Véase en substancia la descripcion de su procedimiento: no emplear jamás el *como* ni el *porqué* en los hechos del universo y en los de la humanidad; echar mano exclusivamente como medios de conocimiento de la observacion externa y de la experiencia; admitir los hechos que caen bajo el dominio de los sentidos, sin hacer mencion

(1) Dupont White, *Revista de Ambos Mundos*, 15 de febrero de 1865.
(2) M. Renan.

de los que solo pertenecen á la conciencia. Como todos los hechos son esencialmente homogéneos, sólo existe un procedimiento para conocerlos, y cuando no son físicamente observables deben tenerse por dudosos. Por consiguiente en lugar de aventurarse en la investigacion de las *causas* y de las *esencias*, y en las especulaciones de la teología, de la metafísica, de la psycología, y de la moral, es preferible aplicar los recursos del cálculo al estudio de las realidades materiales, puesto que es el único camino cierto para llegar al conocimiento de los séres y de sus leyes. Seis ciencias encierran y circunscriben el campo de la exploracion científica: las matemáticas y la astronomía; la física y la química; la biología y la sociología: fuera de este mundo imaginado por los Colones y los Lapeyrouses del positivismo, no existe para el espíritu humano tierra firme, todo son mares insondables ó regiones fabulosas, en las cuales pueden aventurarse los poetas; pero en que el filósofo no debe imprimir jamás su huella.

Al llegar á este punto ocúrresenos que en nombre de la religion, podriamos pedir al positivismo, estrecha cuenta del destierro extracientífico que le impone. ¿Cómo se arregla en efecto, para suprimir de una plumada lo que llama la hipocresía teológica? Suprime cuantas ciencias pueden estorbarle, y de este modo establece en principio lo que es objeto de discusion; hace un axioma del asunto de la tésis, y en suma resuelve de antemano que siempre tendrá razon contra nosotros, y nosotros no la tendrémos jamás contra él: procedimiento como pocos cómodo, que sólo tiene de positivo la pretension de tal, porque en lugar de avanzar gira sobre sí mismo, semejante á la figura de ciertos antiguos mosáicos que representa una culebra mordiéndose la cola.

Mas quién principalmente tiene derecho para apelar, es la ciencia que ve sus dominios reducidos, restringido su vuelo, y destruida la mitad de sus medios de comprobacion ó de conquista por medio del positivismo. La ciencia puede decir: devolvedme mis grandes hombres, porqué Sócrates, Platon, S. Agustin, Bossuet me han pertenecido y vosotros me los arrebatais; devolvedme mis fronteras porque yo ocupo todo el espacio comprendido entre el estudio de los números y el estudio de Dios, y vosotros me despojais de la mitad de dichos dominios y haceis inscribir la restante bajo vuestro nombre; devolvedme una inviolabilidad, porque la circunscripcion de la ciencia, es decir, de todo lo que el hombre puede saber con certeza, ha sido trazada por Dios, y no existe sistema alguno que pueda disponerla de otro modo. Y en efecto, ¿con qué derecho pretende el positivismo arrogarse el poder dictatorial de fijar los contornos de la esfera científica? «Despues de todo, la escuela positiva es una de tantas en que se halla dividido el campo de la filosofía. Si critica es tambien criticado, cuenta con amigos y con adversarios; no es únicamente juez del combate, sinó que figura en el

número de los combatientes y cuenta ya con sus sectas y con sus escuelas (1).

Finalmente, la negacion hoy dia dominante, despues de haber mutilado la razon y la ciencia, suprime todos los instintos lógicos, puesto que implica la hipótesis gratuita y la contradiccion.

Constituye una idea fija en el positivismo el ver únicamente meras hipótesis en todas las ciencias á las cuales excluye. Segun él la teología, la metafísica, la moral, la psycología, no son más que un mundo de hipótesis: hasta Dios mismo no es más que la primera hipótesis; el alma humana á su vez pasa á la categoría de la hipótesis, y hasta las creencias más universales, más generalmente admitidas y más acreditadas, sólo le parecen un vasto sistema de hipótesis. Entónces, ¿dónde comenazará el granito de las verdades inquebrantables para ese riguroso eliminador? Escuchemos, va á hablar el oráculo: «El saber, dice M. Littré, es el estudio de las fuerzas que pertenecen á la materia, y el de las leyes porque se rigen dichas fuerzas.» Pero si hemos de creer á Aristóteles, «lo que hay de más científico son los principios y las causas» y por consiguiente resulta que M. Littré, no dá á su sistema más base que su propio sistema, y que contra las supuestas hipótesis que combate, sólo tiene el recurso de emplear otra hipótesis.

¿Qué es sino la idea fundamental del positivismo, haciendo evolucionar á la humanidad dentro de un ciclo que empieza por la teología, que continúa por la metafísica, y que acaba por la ciencia de observacion física? Una hipótesis.

Qué es la fórmula sacramental: «Todos los hechos, sean de la naturaleza que se quiera, se hallan sometidos al mismo medio de comprobacion, y toda realidad, para ser reconocida, debe ser directamente observable por los sentidos?» Una hipótesis.

¿Qué es la doctrina en virtud de la cual las cosas carecen de principio y de fin? Una hipótesis.

¿Qué es la afirmacion de una série de causas sin causa primera, de una série de movimientos sin primer motor, y de la inmanencia fatal de las fuerzas de la naturaleza sin primer regulador? Una hipótesis.

¿Qué es en fin la pretension segun la cual decretais que más allá de lo tangible y de lo comensurable no puede haber más que la nada; que la ciencia del yo, del bien, del ser en general, no existe, y que vosotros sois la verdad total? hipótesis y nada más que hipótesis.

No digais pues: *El saber es el estudio de las fuerzas que pertenecen á la materia, y el de las leyes porque se rigen dichas fuerzas:*

---

(1) Janet. *Positivismo é idealismo.*

decid más bien que esto es lo que se trata de averiguar: prejuzgar la cuestion en provecho propio desde la primera palabra, vale tanto como exigir que se os conceda desde luégo lo que estais obligados á demostrar. Y si pretendeis que esto no ha menester demostracion, es porque convertís en evidencias vuestras propias hipótesis, en tanto que convertís en hipótesis las evidencias de los demás. Procedimiento cómodo, en virtud del cual puede cualquiera adjudicarse el privilegio de no equivocarse nunca, sin tomarse siquiera el trabajo de tener razon.

Y téngase en cuenta que el positivismo, basado en este fundamento puramente hipotético, establece sillares sin cimiento que no son más que un conjunto de contradicciones: prestad oido á su confesion.

«Allí se proclama el reinado exclusivo del hecho y se rechazan todos los hechos que contradicen al sistema que se quiere honrar. Por ejemplo: el hecho de la historia humana entera afirmando las ciencias que niega el positivismo: el hecho del pensamiento humano adhiriéndose siempre y en todas partes á las cualidades invisibles: el hecho de la inteligencia humana llevando constantemente impreso el sello indeleble de lo absoluto: el hecho de la conciencia humana, marcado siempre y en todas partes con el sello de la ley moral: finalmente una familia de hechos tan ciertos como los fenómenos observables en sí mismos, dejada á parte sin más razon que la de que, inaugurando la soberanía de los hechos, el positivismo se reserva el derecho de elegir los que están de su parte rechazando los demás (1).»

Otra contradiccion de la misma escuela: prescindir de la metafísica por considerarla un prejuicio, y servirse de ella como de una base. Dejamos ya consignado que el positivismo coloca las matemáticas en la base de su pirámide científica. Pues bien, la verdad matemática no reside ni en los cuerpos que analiza, ni en la extension que mide: hállase sí, en una ley superior y anterior, en virtud de la cual el espíritu analiza y mide; hállase en una generalizacion abstracta que ni áun microscópicamente puede distinguirse; hállase, en fin, en un axioma fundamental del cual se deducen las conclusiones geométricas ó algebráicas; ley, generalizacion y axioma, que vienen á ser la metafísica de este ramo del saber. De manera, que los positivistas cultivan la metafísica sin darse cuenta de ello y hasta á pesar suyo, y que la verdad, lanzada por el sofisma de sus sistemas, penetra de nuevo en ellos por la fuerza.

¿Y no implica tambien contradiccion el querer realizar una construccion científica, prescindiendo del concurso de lo absoluto? No es tan fácil al espíritu humano como se imagina, dice Hamil-

(1) Padre Félix año 1865. *La negacion positivista ante la ciencia.*

ton, «exorcisar el fantasma de lo absoluto.» Para elevar una estructura científica, lo mismo que para levantar un edificio cualquiera, son menester materiales y un plan determinado. Ahora bien, en el edificio intelectual los materiales son los hechos; el órden que los clasifica, y que superpone los sillares, es siempre lo absoluto. ¿Cómo organizar una série de experimentos, sin un principio de organizacion? ¿Cómo constituir la ciencia, sin una regla constituyente? ¿Acaso todo razonamiento no supone un punto de apoyo absoluto, arrojado delante del espíritu humano para ayudarle á salvar el espacio comprendido entre dos proposiciones? ¿Es posible enlazar a un hecho otro hecho, por una ley cualquiera, si no se interpone lo absoluto como intermediario que ha de formar la cadena?

No cabe, por consiguiente, mas recurso que, ó renunciar á la ciencia, ó doblar la cabeza al ineludible imperio de lo absoluto, porque la ciencia constituye un manojo y lo absoluto es el vínculo que lo mantiene unido. Por esto, así como en ciertos jardines simétricos, suele colocarse una estátua en la cual convergen las diferentes sendas y paseos del mismo, de la propia manera, en el término de todas sus ramificaciones, distingue la ciencia la inevitable cara de lo absoluto. Aspecto más ó ménos reconocible de la divinidad, tan íntimamente identificado con el espíritu, que áun negándola afirma, no existiendo para el pensamiento orientacion alguna que sea tan necesaria como esta, puesto que se extravía en el instante mismo en que la pierde de vista.

Finalmente, ¿puede imaginarse más flagrante contradiccion que la que existe entre la fé del positivismo y sus profesiones de fé? No se me oculta el trabajo que se toma para no verse confundido con el materialismo y el ateismo, de los cuales, en verdad, no se distingue, no habiendo más ventaja en su favor, ó si se quiere, mas inconveniente respecto de estos, que el tener ménos franqueza. ¿Necesitarémos insistir en esta idea que dejamos ya indicada? Sí, para que acaben de una vez para siempre los errores y equivocaciones. No es cierto que el positivismo pase al lado de los grandes problemas del destino humano sin pronunciar una sola palabra: esta palabra la ha pronunciado, y de ella resulta que el positivismo es para la fé un enemigo que se oculta tras una fingida neutralidad.

¿Qué concepto merece una escuela que para nada se ocupa del alma, y que, sin embargo, no tiene inconveniente en definirla «el conjunto de las funciones del cérebro y de la médula espinal;» que excluye de su programa las causas finales, y que, no obstante, escribe: «Es una propiedad inherente á la materia organizada adaptarse á un objeto y acomodarse á sus fines;» que nada sabe de las causas primeras y declara, sin embargo, «que es imposible explicar el orígen del mundo, ni por muchos Dioses, ni por uno solo?» ¿Qué hemos de pensar, repetimos, de tal escuela, sinó que se contradice ó se mofa de aquellos á quienes se dirige? Si la contradic-

cion es irreflexiva, tiene para su filosofía muy poco de honrosa, y si es calculada, honra poquísimo á su lealtad.

No venga, pues, el especialismo contemporáneo interdiciéndonos el que hagamos excursiones fuera del círculo científico trazadopor su mano; no se empeña en levantar diques á nuestras aspiraciones hácia lo infinito, ó reducir á lo finito nuestro pensamiento, diciéndole, no te desbordarás; porque por nuestra parte le contestaremos con un elocuente intérprete de la humanidad amenazada por esta prision celular. «Esto es bueno para contado á los topos.» ¿Y si á mí me gusta más contemplar el sol frente á frente; si yo sufro ménos en las alturas en que puedo verme deslumbrado, que sometido á la pálida claridad que reina en un valle estrecho y profundo? Por lo demás, sea el que se quiera el despotismo de vuestras clasificaciones, no ha de influir poco ni mucho en que varien las leyes de la naturaleza, y en que el género humano pierda la costumbre de ejercitar su noble inteligencia en los problemas de su destino, pues su honor está interesado en agitarlos incesantemente.

Mutilacion de la razon, reduccion del terreno de la ciencia, ultrajes repugnantes inferidos á la lógica: tales son los principales cargos que pueden dirigirse al positivismo en el órden intelectual. Pero tomando la negacion actual bajo un punto de vista más lato, todavía podremos echarle en cara muchas otras actitudes antiracionales relativamente á la fé.

Podria concebirse en último resultado, si concediera á la razon el beneficio de una evidencia absoluta; pero por más que he buscado entre todos los sistemas científicos y filosóficos que merecen al presente el favor público, no me ha sido dable encontrar uno sólo que exceda en claridad al símbolo cristiano.

Por ejemplo, ahí tenemos á un emancipador del espíritu humano, empuñando el martillo de la crítica para retocar la fisonomía de Cristo. Suprime el nimbo celeste que rodea la santa faz del Crucificado; substituye al hombre Dios, un hombre casi divino, y con esto presume haber reconciliado al cristianismo con la razon. Y sin embargo, la razon ofendida le contesta: Realmente, el misterio de un Dios hecho hombre es superior á mis fuerzas; pero una cristología que admite á un sábio desempeñando el papel de Dios, y á un santo echando mano de la supercheria para alcanzar adoraciones idolátricas, me revuelve, y creo, para escapar á semejante creencia.

¿Y qué motivo puede alegar para excusarse esa mitología que considera únicamente como símbolos los dos hechos de la encarnacion y de la redencion? Ninguno más sinó el de que su filosofía sólo cree lo que se explica. Es decir, que elude un problema por medio de otro. ¿Por qué, sinó, en el momento en que tales hechos se cumplieron, encontrábanse los pueblos dominados por fatídicos presentimientos? ¿Por qué sinó, desde aquel dia, los conquistadores mar-

chando á pié desnudo y padeciendo el rigor del hambre, adelantaron hácia el centro del mundo con más rapidez que las legiones romanas? ¿Por qué, finalmente, la humanidad, al otro dia de haberse realizado tales acontecimientos, se asemeja tan poco á la de la víspera, que no parece sinó que han surgido nuevos cielos y tierras nuevas en el pensamiento de los mortales? Aun cuando en las lejanas nubes de lo pasado, aparecieran esas consecuencias, completamente separadas de su verdadera causa, formarian un misterio histórico ménos admirable que las sombras correspondientes de la teología.

Supóngase ahora que se trata de un panteista orgulloso, que juzga más sencillo declararse Dios, que adorar á un Dios verdadero. Preguntésele como puede concebirse que descubra en la piedra con que tropieza, en los vegetales que crecen en su huerta, y en los séres peores de la creacion, la divinidad que no sabe reconocer en el autor de todas las cosas, y de seguro os parecerá incomparablemente más exhorbitante su maravilloso que el de la fé.

Ahora nos las hemos de haber con un naturalista que no conociendo cosa alguna anterior á la fuerza y á la materia, no quiere oir hablar de la creacion del mundo. Mas si un mundo creado de la nada es para la razon motivo de admiracion y sorpresa, un mundo sin Creador le repugna. Nosotros, por lo ménos, cuando creemos en una causa actora, adoramos obscuridades lógicas, al paso que el atéo creyendo en un efecto sin causa, adora un absurdo.

¡Quién no conoce á alguno de esos razonadores difíciles que se hurlan de la inmortalidad segun el cristianismo, y que para simplificar, aceptan la inmortalidad segun la metempsicosis!

Así se explica el que los pensadores más puntillosos de la tierra sean frecuentemente los más supersticiosos, y que para corregir la seduccion infernal inseparable de la blasfemia, Dios condene á esta á creer más dificultades de las que ha resuelto.

Y si el blasfemo viola la razon cuando se apasiona por negaciones más obscuras que nuestras afirmaciones, con mayor motivo cuando alega objeciones que hacen oficio de pruebas. Por esto ha podido escribirse con verdadero éxito un libro que lleva por título: *Los apologistas involuntarios, ó la religion cristiana demostrada y defendida por los ataques de sus propios enemigos*. De manera que así como los pilotos utilizan los vientos contrarios, han podido aprovecharse en beneficio de Dios las oposiciones de que es objeto.

Por ejemplo, ¿qué incrédulo hay que no haga un cargo á la religion por las sombras que la oscurecen?—no nos cansarémos de repetir lo que, por más que se diga, jamás llegará á comprenderse. —Semejante escándalo de espíritu no proviene en manera alguna de exigencia filosófica. Porque esas sombras no constituyen en manera alguna la noche, sinó que son la parte de la esfera dogmática que se encuentra debajo de nuestro horizonte. Si el pensamiento

humano lograra elevarse más, veria brillar el sol en los mismos puntos en que presume que se extingue. Tales sombras prueban pues únicamente una cosa: que el objeto de la creencia carece de límites, en tanto que el espíritu de los creyentes los tiene. Acontece con el campo de la fé, lo que con el campo del eter; nada demuestra mejor su inmensidad, que la imposibilidad de abarcarlo con una sola mirada. De manera que en la religion todo, hasta ciertas obscuridades, engendra la luz; puesto que de ellas puede decirse lo que de Dios fué escrito, que si no existieran seria menester inventarlas.

Espíritus hay tambien que miran con más antipatía los hechos que los dógmas sobrenaturales. Y sin embargo, ¿no son el milagro y el misterio dos aspectos distintos de la misma economía que se justifican recíprocamente? Sin milagro, ¿qué medio quedaria á Dios para darse á conocer y al hombre para distinguir á Dios? Por consiguiente vosotros que menospreciais al cristianismo á causa de lo sobrenatural de su historia, abusais de tales premisas, porque yo soy cristiano, precisamente por la misma razon que á vosotros os impide serlo. De esta suerte me apodero de la negacion contra la misma negacion, y llego á la verdad con los argumentos del error.

Finalmente, ¿cuántos son los hombres que se obstinan en vivir irreligiosamente á causa de los abusos que existen en la práctica de la religion? Extraña filosofía es la que acabaria por decretar la abolicion de Dios, teniendo en cuenta únicamente el mal que algunas veces se realiza en nombre suyo. Esto recuerda á aquel loco que puso fuego á su casa á fin de destruir las arañas. Los que movidos por el ódio que las alianzas religiosas les inspiran proscriben la religion, deberian cambiar sus conclusiones. No quieren ser partícipes en una verdad que cuenta criminales entre sus representantes: Juan Strafort, convertido por los desórdenes de la Iglesia, les contestará que cree en semejante verdad, principalmente, porque no puede perecer á consecuencia de los crímenes cometidos por sus representantes; y gracias á este cambio de frente, la defensa se apodera del enemigo en las mismas posiciones en que se estableciera por juzgarse inexpugnable en ellas. *Incidit in foveam quam fecit.*

Resulta de lo dicho, que ora se la considere bajo la forma filosófica, ora bajo la relacion científica, la negacion contemporánea se ve reducida á disparatar siempre y cuando razona contra Dios. Sus ataques tienen á veces el valor implícito de una apología y llegado al término de este desenvolvimiento, puedo repetir en la lengua monumental de Bossuet: He levantado las murallas de Israel, con las ruinas de las fortalezas de Samaria.

III.

Las aspiraciones del corazon si son permanentes y universales, constituyen un órgano infalible de la vision racional. Si la razon juzga sin esta luz interna, ó á pesar de ella, en lugar de hacerse independiente, se reduce y concluye contra ella misma. Ahora bien, la negacion especialista implica una suerte de barbárie, por lo mismo que es la eliminacion sistemática de ese gran testimonio de la naturaleza.

Y sin embargo, la naturaleza es la divinidad de aquellos que no tienen otra, y por lo que á mí toca, no me inscribo en falso contra el culto que le está consagrado, bajo la condicion de que será respetada en sus sentimientos, del mismo modo que en sus fenómenos, es decir en el hombre moral de propia manera que en sus demás manifestaciones. Por lo demás, Dios mismo no contraría á la naturaleza como no sea en sus desordenadas inclinaciones, y fundando sobre las demás la ley cristiana entera, hace servir su asentimiento de criterio á su verdad. Respecto del particular los hombres estuvieron siempre de acuerdo con Dios, puesto que comprenden que tocar á la naturaleza, es lo mismo que atacar á la humanidad en los manantiales de su dignidad y de su vida: de aquí que los crímenes contra la naturaleza sean castigados de un modo particular por el código de los pueblos civilizados. Mas así como hay crímenes, existen tambien ideas contra la naturaleza que *todo lo suprimen en el hombre, escepcion hecha del sentimiento de su miseria, y le conducen á la tumba entre la inquietud y el disgusto* (1). Doctrinas infames que es imposible que sean la verdad, porque esta jamás conduce á la deshonra ni á la desolacion.

Distingo con el nombre de ideas contra la naturaleza aquellas que, lógicamente, conducirian á la humanidad al suicidio, como hiciera de ellas su filosofía práctica. Segun este principio, ¿cuántos son los crímenes intelectuales de los cuales, por más que haga, no podrá sincerarse el especialismo científico? Por ejemplo, presume sacar conclusiones inofensivas, deduciendo de la fatalidad de las leyes físicas la negacion de la Providencia, y al hacerlo comete un atentado contra la humanidad. En efecto: la humanidad le responde: Eres anti-racional, en el mero hecho de ser anti-natural: no me es posible ver la necesidad ciega en los movimientos de este mundo, sin ahogarme bajo un cielo de plomo. Nada puede represen-

(1) Lamennais.

tar, ni siquiera dar idea de la tristeza del universo, en el punto y hora en que queda vacío de la presencia y de las atenciones de su autor. Vosotros que explicais las cosas para mí cuidad de explicarme con todo lo demás. Miéntras yo sea un enigma, lo será el mundo. Vosotros no teneis el derecho de arrebatarme las creencias que reclama todo mi ser, para imponerme la incredulidad que rechaza, y suscitar al hombre contra sí mismo: esto no es fuerza de razonamiento, es violacion de la naturaleza.

Por consiguiente, no me diga el blasfemo de las causas finales: « la conformidad con el fin ha sido creada por el espíritu reflexivo, que admira un milagro que él mismo ha creado (1)» ni añada luégo: «el plan en el universo no existe: no es más que mera apariencia; las fuerzas obran necesaria, ciegamente, y de su concurso resultan los seres. Creer que la naturaleza obra segun un plan preconcebido, seria un error (2),» porque esto no son demostraciones formales, sino hipótesis crueles que, merced á la crueldad que las distingue, revisten el sello de lo inverosímil. ¡Como! Puede concebirse que una fuerza ciega haya producido mi inteligencia; una fuerza sin corazon mi amor; una fuerza sin paternidad para su obra, esta tierna solicitud de los séres generadores en favor de su posteridad; una fuerza necesaria, en fin, esta nocion de justicia que se rebela en mí ante la idea del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, alcanzando identica suerte y triturados bajo los dientes de hierro de la misma fatalidad? Y ¿cuándo fué que mi especie empezó á tener tales exigencias para las necesidades de su corazon? ¿En qué época volverá á la indiferencia del reino animal, respecto de semejantes cuestiones (*)? Por consiguiente que me de cuenta de mi naturaleza antes de trabajar en hacerme comprender el conjunto de las cosas. porque yo soy el instrumento necesario de mis propias observaciones y no puede haber razon explicativa que deje sumido en la sombra al que da la explicacion.

No acontece así con el dógma de una causa inteligente. En tal caso, si en la naturaleza se observan aberraciones, vese con frecuencia que lo que choca como detalle, constituye una armonía en el conjunto, y que el desórden presente, conviértese, mediante el progreso en órden en lo porvenir. En tal caso se vé en los mónstruos una ámplia economía, que estableció las leyes generales, sin contradecir á las causas segundas, ni la libertad humana en particular. En tal caso se vé en el dolor el fruto de nuestra libre corrupcion, providencialmente empleado por el autor de la humanidad, para evitar que se corrompa completamente. En tal caso distingo

(1) Kant.
(2) De Jouvencel. *El Génesis segun la ciencia.*
(*) Véase la nota puesta al fin del Capítulo.

en lo más alto de los cielos un ojo que vela constantemente sobre mí; en cada beneficio resultante de la creacion una tierna solicitud, y en la creacion misma una casa paterna dentro de la cual, sea el que quiera el lugar en que me lamente, despierto ecos cariñosos, y una especie de seno amantísimo que me lleva entre sus amorosos brazos, que en nada se parecen á un engranaje de metal. Y en cuanto á vosotros, víctimas de esa armonía poco comprendida ó poco amada, silencio! Comienza aquí; pero concluye en otra parte, léjos, muy léjos. Si es causa de vuestras lágrimas, será fuente de vuestras virtudes; cuanto ménos os concede más os promete, porque la esperanza reconstruye la igualdad destruida por la desgracia. Mas si llega el caso de que sus párpados se humedezcan, guárdase muy bien de mirar á lo alto el adorador de un gran todo inexorable y sordo: el gran todo le dió corazon, pero él no lo tiene; el gran todo le causó las heridas que le destrozan; pero carece de compasion; el gran todo permitió que cayera, pero no lo ve caido: por esto desafío al hombre á que ponga sin repugnancia la negacion de la Providencia como base de las cosas, convencido de que á medida que la ciencia va escribiendo semejante blasfemia, el corazon la borra y acusa á la ciencia de haberle engañado.

Hay tambien en la negacion de la inmortalidad un ultraje hecho á la naturaleza, que consiste en el dógma de la Providencia negando del lado allá de la tumba. Profesando semejante opinion se reduce la mejor porcion de la existencia, y se proporciona una segunda muerte. La nada no será jamás la esperanza de aquellos que respetan la naturaleza, sinó la de los culpables que la deshonran. Por lo demás, si segun la conviccion del materialismo, el mundo es una obscura prision que jamás alegra la mirada de Dios, déjenos siquiera una esperanza para lo porvenir: el dolor tiene un derecho sagrado, incontrastable á pensar en el alivio que puede conseguir en el dia de mañana; y la vida no deberia considerarse más que como una burla de la suerte, si durante las borrascas de que es juguete, no puede distinguir en lontananza las playas de esa patria eterna en las cuales cada pasajero lanzará el ancla seguro de haber arribado á puerto de salvacion. En una palabra, en el mero hecho de existir, necesito imprescindiblemente del beneficio de la inmortalidad, pues de lo contrario mi existencia es motivo de vergüenza para su autor. Demostrada esta necesidad de la naturaleza moral, ¿qué es lo que para satisfacerla hace la negacion?

Apénas existe un sistema de incredulidad que afirme resueltamente la supervivencia del alma. No hay quien pueda decirnos en que consiste el paraiso de la filosofía. Ora substituye á la inmortalidad de los individuos la inmortalidad de *todo cuanto existe*, ora reemplaza por medio de incesantes emigraciones las recompensas eternas que ha osado llamar *un delirio de los perezosos*, y casi siem-

pre hace del fin de la vida el fin de la personalidad; de donde resulta que conduce á nuestra destruccion por caminos con más ó ménos franqueza revelados, y mata en masa á la humanidad en la tumba. Pues bien, lo afirmo sobre las entrañas infalibles de la humanidad, la naturaleza se siente ultrajada; la vida es al par emponzoñada y reducida por semejante doctrina; y lo que repugna á la rectitud del alma, es imposible que sea verdad.

Finalmente, ¿no hay tanto de barbárie como de irreligion en la simple negacion de la plegaria? Fuerza es convenir en que discurren de un modo distinto, y áun al reves que la generalidad de los hombres, los que no clasifican entre las primeras necesidades de la desgracia, la de deshogarse en el seno de Dios. ¡Ay! ¿que es lo que puede proporcionarse á los que padecen, cuando no tienen más alivio que el de los lamentos? La sabiduría que niega el consuelo de las lágrimas al corazon lacerado por el dolor, es decir, la única felicidad de que puede disponer el que todas las ha perdido, no cuenta bastante con la naturaleza humana para imponerse á su fé.

En verdad que nuestra religion es eminentemente compasiva para esos venerables desolados, puesto que les da á besar al que por nosotros murió en la Cruz, les deja contemplar los dolores de su atribulada Madre, les ofrece el cielo en perspectiva, y les consuela casi con la misma eficacia que si no tuviera con que recompensarlos. Despues de haber fijado en esto la atencion, convertidla hacia los aridos predicadores del libre pensamiento, y preguntadles qué cordial tienen reservado para el infortunio. La filosofía ha comenzado por negar el dolor, para eludir la dificultad de tenerlo que romper; más tarde ha pretendido desafiarlo y si se ha encontrado en sus filas con seres por demás sensibles, cuyas abundantes lágrimas, no basta á contener la impasibilidad de Zenon, ni logran secar las seducciones de Epícuro se ha contentado con ofrecerles por todo consuelo una copa de veneno, dejando á su cuidado el que dedujeran la última consecuecia.

De manera que así como la negacion conduce lógicamente á la abdicacion de la existencia, las blasfemias contienen implicitamente la desesperacion, y el impío, presa de inmensos dolores, se veria precisado á buscar el descanso en los abismos de la nada, si la autoridad de la naturaleza no prevaleciera en él sobre los extravíos de su pensamiento. En mi concepto no hay cosa alguna que pruebe mejor lo reducido del número de los verdaderos incrédulos, que lo limitado de los que rehusan la vida, habida consideracion á la inmensidad de los que no tienen porque mostrarse satisfechos de ella.

Lo opuesto á dicha tésis, es decir, la ventura de la naturaleza en la fé, no es en manera alguna una ficcion de la poesía cristiana.

«Hijo mio, exclama el autor del *Emilio*, despues de haber establecido los dogmas bienhechores de la existencia de Dios y de una vida futura, ojalá puedas un dia conocer el peso de que se siente el hombre aliviado, cuando despues de haber agotado lo vano de las humanas opiniones, y gustado la amargura de las pasiones, se encuentra, al cabo, tan al alcance de la mano, en la senda de la sabiduría, el precio de los afanes de esta vida y la fuente de felicidad de que habia ya desesperado. ¡Qué inmensa dicha la que resulta de sentirse formando parte de un sistema en el cual todo es bueno! Presa del dolor, lo sufro con paciencia considerando que es pasajero y que proviene de un cuerpo que no soy yo. Si llevo á cabo una buena accion sin testigos, sé que no falta quién la ve, y tomo acta para la vida futura de mi conducta en esta. Cuando soy víctima de una injusticia, digo para mí: El Sér justo que todo lo ordena, sabrá librarme de ella; las necesidades de mi cuerpo, las miserias de mi vida me hacen la idea de la muerte más soportable; estos vínculos de ménos deberé romper cuando llegue el momento de abandonarlo todo (1).»

Respecto del particular, más de una vez este célebre sofista confirmó con su conducta sus confesiones. Un dia se encontró con Bernardino de Saint-Pierre en el monte Valeriano, y despues de un paseo campestre, entraron en la capilla de los ermitaños, en el momento en que estaban rezando las letanías de la Providencia. Impresionados por la tranquilidad del sitio y dominados por una emocion religiosa, los dos filósofos se hincaron de rodillas y unieron sus oraciones á las de los asistentes. Terminada la funcion religiosa, incorporóse Rousseau, diciendo á su amigo: «Al presente experimento lo que se anuncia en el Evangelio: «Cuando muchos de vosotros «se hallen reunidos en mi nombre, yo me encontraré en medio de «ellos.» Aquí se respira una atmósfera de paz y bien estar que penetra hasta el fondo del alma.»

Tal es la naturaleza cuando se la toma tal cual es. Con razon se ha dicho que el corazon del verdadero creyente es una fiesta continuada; que disfruta más con lo que se prohibe, que el incrédulo con lo que se permite; que hasta las lágrimas de la penitencia proporcionan más goces que las faltas que dieron motivo á que se vertieran. Así se explica que el hombre vuelva de nuevo al Evangelio como al redil la oveja descarriada, por la imposibilidad en que se halla de vivir sin él. Maupertuis ha formulado en favor del Cristianismo un pensamiento que vale toda una apología. «Si encuentro un sistema que baste por sí solo á llenar el deseo que tengo de ser dichoso, ¿no debo juzgarlo motivo poderoso y bastante para reconocerlo verdadero? ¿No debo creer que el que me conduce á la felicidad, no ha de querer engañarme?»

---

(1) *Emilio*, tom. III, pág. 119.

Solo una verdad fuerte como la naturaleza es capaz de evocar en su defensa testimonios tan desinteresados. Así es como se procedia en el siglo décimo octavo, cuando el hombre, no habiendo todavía descendido al rango de los animales, juzgaba llevar derechos y una regla fija en sus aspiraciones íntimas. ¿Qué contesta al presente la ciencia á la humanidad desolada por nuevas revelaciones? «¿No seria el colmo de la ridiculez el llorar como niños, porque nuestras tostadas no tienen la suficiente manteca (1)?»

Que un mono nada tenga que oponer á tales consuelos, se comprende; pero cuando se ha contraido la costumbre de ofrecer á los que lloran la imágen de Cristo para que la besen, se sabe lo que estos piensan de esta filosofía desnaturalizada. Una repugnancia invencible le cierra la entrada de sus convicciones, y lo falso les es demostrado por la atrocidad de sus consecuencias.

IV.

La moralidad es uno de los aspectos más venerables del hombre. Muchos de aquellos que niegan la verdad se inclinan en presencia de la virtud. Una buena accion es una de las cosas que están ménos sujetas á las contradicciones del espíritu, y este instinto está tan profundamente arraigado en nosotros, que Dios lo emplea como *criterio* para nuestros juicios especulativos. Para nosotros lo verdadero será siempre lo que produce el bien, del mismo modo que lo falso será siempre lo que nos corrompe. Segun esta regla, el especialismo contemporáneo reviste los caractéres más indubitables del error, puesto que es la teoría del mal. Prescinde completamente de la moral, y bajo su punto de vista tiene razon de sobras; porque si el hombre no es más que un fragmento consciente del gran todo, es Dios y el único Dios del universo, por consiguiente sus inclinaciones todas son legítimas, y su lucha contra sí mismo constituye un esfuerzo desordenado.

En otro concepto, si el hombre no es más que la parte más inteligente de un mundo compuesto de energías fatalmente combinadas, hállase fatalmente inducido á la comision del bien ó del mal, y por consiguiente no puede decirse que haya moralidad donde no existe libertad.

Finalmente, considerando la cuestion desde el punto de vista de la historia natural, puede tambien deducir la misma consecuencia la filosofía negativa. Cuando el hombre se considera como prove-

(1) Buchner.

niente de Dios, débele mucho á Dios que es su padre, y á sus semejantes que, por lo mismo que proceden del mismo seno, son sus hermanos. La moral entera tiene su orígen en esta creencia. Pero cuando el hombre reconoce sus antepasados en los animales, ¿por qué razon ha de considerarse obligado á guardarles consideraciones? Por esto variamos la regla de las costumbres al compás que vacilamos en nuestras creencias, y hemos de considerar una anomalía, sinó es que constituye una quimera, la existencia de un hombre que careciendo de fé en su alma, se halle adornado de virtudes.

Con todo, respecto del particular, la parte adversa carece del valor suficiente para llegar á las últimas conclusiones: para declararse ateo, no debe hacerse gran violencia; pero no sabe resignarse al desairado papel de producir vicios únicamente, aun predicando virtudes. Tal es la razon de trabajar en constituir la moral independiente de toda religion, para lo cual reemplaza los preceptos divinos, por la justicia inmanente é innata existente en el fondo de la humana conciencia; establece toda la teoría del deber en una sábia ponderacion entre los instintos egoistas y las tendencias *altruistas* del corazon, y cuando ha logrado realizar esta sacrílega parodia del primer mandamiento, presume haber dado vida á una nueva moralidad, sin tener en cuenta que para ello ha prescindido de tres elementos indispensables, que son: un agente libre, una ley fija, y las sanciones suficientes.

La libertad moral es la condicion esencial de la moralidad, porque el vicio y la virtud no son más que actos orgánicos desde el momento en que caen bajo el régimen de las fuerzas mecánicas. Pues bien, segun la fisiología materialista, la condicion del hombre no es más que la que dejamos indicada: «Sus nervios, su sangre y sus instintos le conducen: sobrepónese la rutina, la necesidad aguijonea y la bestia avanza (1).» Consecuente consigo misma, esta doctrina establece en principio la negacion del libre albedrío, y considera al hombre moral como un producto provisto de las circunstancias ambientes que lo formaron; como una especie de autómata pensante, cuyas resoluciones cambian segun las influencias atmosféricas, cuya voluntad es juguete del temperamento, y que sin pertenecerse á sí mismo reina sobre los demás séres.

Resultado de esto, la medicina legal sólo ve en el dia enfermos en la mayor parte de los criminales, al paso que ciertas escuelas filosóficas, dejándose llevar de la propia tendencia, reclaman la abolicion de la pena de muerte, por considerar á los asesinos como desgraciados más dignos de compasion que de castigo, y cubriendo de

(1) M. Taine.

este modo con una máscara de filantropía la negacion implícita del alma y de su responsabilidad. Por un contraste sorprendente, los mismos teóricos que son contrarios á la pena de muerte aplicada por la justicia, defienden la imposicion de la misma por el capricho popular, y no tienen inconveniente en erigirse en voluntarios apologistas de esas empresas de destruccion y exterminio llamadas revoluciones. Sin embargo, esta consecuencia, más bien es aparente que real: cuando no quieren que se mate al que ha asesinado, es porque juzgan á este incapaz de obrar de otro modo; cuando rehabilitan á las naciones que se han sumergido en un mar de sangre, es por considerar que su estado pletórico, exigia esa especie de evacuacion reparadora; mas en uno y otro caso, tenemos la afirmacion implícita de la obligacion moral y del libre albedrío, sometidos á las exigencias de la necesidad fisiológica.

Dados estos precedentes ya se comprende á que se reduce la nocion santa del deber. Si cada una de nuestras acciones es la resultante de la funcion fatal de nuestras facultades, todo lo que sucede es porque debe suceder, y todo cuanto se realiza pertenece á la esfera del bien porque no puede ser otra cosa. «El vicio y la virtud son meros productos como el azúcar y el vitriolo.» Así como el hígado segrega la bilis, el cerebro segrega con el pensamiento el bien y el mal. No hay más razon para prohibir al hombre sanguinario el homicidio, que la que habria para exigir del tigre y de la pantera que sean compasivos. Y lo que pone el colmo á nuestra vergüenza en tan repugnante asimilacion del hombre con la bestia, es que el hombre puede descender hasta el extremo de violar las leyes de la naturaleza, en tanto que el bruto las respecta constantemente.

Y desde el instante en que el mal y el bien reales no existen, ¿qué significan las leyes y las represiones divinas ó sociales? Cuando no existe el crímen, los criminales no pueden existir. La impunidad es el derecho sagrado de los que nacen sin responsabilidad; por consiguiente no cabe más recurso que suprimir los jueces, derribar los patíbulos, abolir los premios á la virtud, suprimir todo castigo moral, en suma, convertir las cárceles y presidios en departamentos de los hospitales de alienados y de las casas de curacion. «¿Y qué significa mi violacion de la ley y vuestro derecho de castigar? Palabras, nada más que palabras. Mi delito es una irrision, vuestro derecho de castigar no es más que una ironía añadida á una falsedad. Mi crímen es el efecto de una máquina que funciona; vuestro derecho de castigar no es más que la fuerza de herirme. Mi accion coharta la vuestra, detenedme: mi máquina estorba á la vuestra, vos sois más fuerte, destruidme; pero no me hableis de crímen, ni de castigo, ni de derecho, ni de pública vindicta. En todo esto no veo más que una máquina hecha pedazos por otra máquina que teme verse despedazada por aquella; una fiera destruida para evitar el verse por ella devorado; un loco que en-

carcelais temerosos de que en el paroxismo del furor os hiera ú os asesine (1).»

Lo más triste de semejante negacion es que tiene complicidades simpáticas en los últimos rincones del corazon. Los pueblos y los hombres que han caido, admiten fácilmente la idea de que no eran libres de no caer, pues en esta fatalidad hallan una causa que excusa su caida. Por fortuna no creen en la fatalidad de sus virtudes tan fácilmente como en la de sus vicios, con lo cual el dógma de la libertad moral queda asegurado en sus convicciones. Cuando son viciosos, en vano protesta su conciencia contra la hipótesis de su propia servidumbre; en vano reclama la dignidad humana; en vano la historia con sus castigos y recompensas les muestra la prueba de lo contrario, inclínanse á creerse dominados por la fuerza, para confesarse vencidos por sus debilidades; pero cuando son heróicos no consienten que se les despoje de la gloria de sus esfuerzos en provecho de la necesidad. Jamás podrá persuadirse á la humanidad de que Régulo retroceda á Cartago; de que los mártires se ofrezcan á sus verdugos; de que los apóstoles vayan á buscar la muerte al otro lado de los mares; de que los solitarios se entierren en la Thebaida y de que los santos se mantengan castos y sufran toda suerte de mortificaciones, únicamente porque no pueden pasar por otro punto. La libertad de obrar bien, que en manera alguna podemos negar, siempre nos obligará á reconocer la de obrar el mal. Sólo el hombre corrompido es el que no cree en el libre albedrío por lo mismo que abusa de él.

Bajo el imperio del dógma materialista el agente moral es pues incapaz de moralidad. ¿Será cierta la ley moral? Es esta sin embargo una segunda condicion necesaria á toda accion de esta naturaleza, porque el agente es el sugeto y la ley es el objeto indispensable del deber. Yo bien sé que se ha escrito: Sólo hay una moral, al paso que existen muchas religiones, y estas son dos cosas distintas en teoría é inseparables en la práctica. Por más empeño que pone el positivismo en combinar sus preceptos *egoistas* y *altruistas* en proporciones exactas, fuera de toda creencia religiosa, jamás logrará otra cosa que promulgar un decálogo bárbaro. La idea de Dios es indispensable para establecer la verdadera armonía entre la del yo y la del prógimo. Sin este intermediario, ó se destruyen ó se absorben hasta el punto de crearnos una dificultad mayor que la de llenar nuestro deber y es la de conocerlo.

Por esto la moralidad que se desprende de los recientes sistemas de historia natural es la ley del más fuerte. Despues de tantos años de una educacion laboriosa, el mundo vuelve al punto de par-

(1) El Padre Félix. *La negacion materialista.*

tida de que nos habla la Biblia con las palabras, «*Lex justitiæ nostræ fortitudo est* (1).» Así como segun Darwin los séres débiles son sacrificados á los más vigorosos en la lucha por la vida y el crecimiento por seleccion, de la propia suerte, parece que entre los hombres, el dominio y el porvenir deben pertenecer al despotismo de la fuerza. Prestemos atencion al código moral de los que quieren constituir la santidad basada en el ateismo, y nos sorprenderémos de las disparatadas locuras de sus invenciones.

Por ejemplo: ¿son los mismos los derechos del yo en la anthropologia egoista de Feuerbach, que en las teorías altruistas de M. Littré? ¿El respeto debido al bien ajeno tiene el mismo sentido para el materialismo comunista y para el materialismo conservador? ¿El sexto mandamiento «no fornicar» se entiende del mismo modo por el atéo que tiene una hija que guardar, que por el que bajo este punto de vista no corre el menor riesgo? Finalmente, ¿se comprende de la propia manera la obligacion de no matar por la escuela política de Robespierre, que por los pacíficos sucesores de Augusto Compte? Es que en lugar de escribir: no hay más que una moral, existen varias religiones, debia haberse dicho: sólo existe una moral verdadera; pero hay tantas morales como libre pensadores, y la unidad en la moral sólo puede resultar de la unidad en la religion.

Los límites de la ley son pues indeterminables en el sistema positivista; pero con mayor razon son insuficientes las sanciones. Queda ya apreciada en su verdadero valor la utopía que consiste en predicar la virtud por el amor que en sí misma inspira, abstraccion hecha de Dios, que queda eliminado de la cuestion, cual si fuera un problema insoluble.

Cierto que el bien por el bien, sin esperanza de recompensa en este mundo ni en el otro, constituye una aspiracion tan noble como levantada; pero además de estas condiciones reune las de ser incompleta y quimérica.

Nosotros tambien hacemos el bien por el bien; no por ese bien abstracto que no comprende la muchedumbre, y que bajo tan diversos aspectos consideran los filósofos; sinó por ese bien concreto, personal, viviente que será eternamente el primero y necesario del mundo, Dios. Cuando el racionalismo señala el bien esencial como fin á los esfuerzos de la actividad humana, presume inventar una solucion, siendo así que no hace más que usurpar la nuestra desfigurándola.

¿Pero, es realmente cierto que el hombre pueda inmolarse al bien sin estipular nada en provecho propio? ¿La vista de las penas y de las recompensas de nada ha de servir á las almas para la realizacion

(1) Sap. 11.

de toda la grandeza moral de que son capaces? Creerlo así, más bien que conocer á nuestra especie, es adularla, y conducirla al precipicio por medio de la exaltacion. El ejemplo de la revolucion francesa no se borrará jamás: tambien ella creyó que la sociedad podia prescindir de esperanzas futuras; mas asustada al cabo de poco tiempo de su propia obra, debió proclamar la inmortalidad en medio de la tormenta. Con razon se ha dicho: negóse el infierno y surgió en medio de la Francia para dar testimonio de su existencia. Tal es la verdadera humanidad, sustituida á esa humanidad imaginada por los sofistas unas veces más grande, otras más pequeña que natural.

Convengo en que existen almas especiales á las cuales bastan las delectaciones del supremo bien: no se ha borrado de mi memoria la divisa de los perfectos: Amo por el sólo placer de amar, *Amo ut amem*. Muchos son los santos que han llegado al colmo de la virtud, sin pensar ni en las penas ni en las recompensas venideras; mas es indispensable reconocer que estas son escepciones gloriosas. Por punto general la humanidad sólo alcanza su poder moral abarcando en su fin al bien supremo y á sí misma: toda sancion desprovista de uno de esos móviles, es un punto de apoyo insuficiente para salvar el abismo que separa el mal de las grandes virtudes.

Tambien sé que el materialismo aleman procura á prevencion lavarse las manos, de los crímenes resultantes de su doctrina. «Si por esto tuviese el hombre que detenerse, dice, seria indispensable prohibir el uso de los fósforos porque pueden ser causa de incendio; dictar órdenes de detencion contra las locomotoras, porque pueden atropellar al viandante distraido, y prohibir que se levantáran casas de muchos pisos, para evitar que desde las ventanas superiores pudiese un habitante precipitarse á la calle (1).»

Los fósforos, las locomotoras, y las casas elevadas, son útiles por naturaleza, si dañan es sólo por accidente; mas no acontece lo propio con las doctrinas materialistas: el bien que producen es imaginario; el mal que de ellas puede resultar no puede imaginarse. Suprímanse aquellas y resultarán perjudicados muchos intereses; la destruccion de las segundas libraría á la sociedad de un foco de disolucion que la tiene en constante peligro. Los hombres están por demás interesados en no abusar de las cerillas fosfóricas, de las locomotoras y de las casas de más de un piso, porque en ello les va la vida. Tienen tambien completo interés en declararse animales irresponsables porque con ello se proporcionan un lecho de flores para el logro de sus pasiones en este mundo y la seguridad de la impunidad eterna. Por esto los inventores de nuestros descubrimientos

(1) Reclam. Mus. all.

industriales serán clasificados entre los bienhechores del género humano, al paso que los propagadores del ateismo deben considerarse como sus más terribles azotes.

Y no vale que opongan sus santos de laboratorio á los que nosotros invocamos, ni los mártires de la ciencia á los de la fé. Los dioses del positivismo dorados por la superficie, están interiormente devorados por los gusanos. Niegan los sacrificios evangélicos porque carecen de fuerza para reproducirlos, y en cierto modo cortan el deber á la medida de su egoismo, para tener la ventaja de servir de modelo. Pero la historia que es un testigo incorruptible, ha puesto en evidencia las diferencias que existen entre los ejemplares formados por el orgullo y los que producen las sanciones divinas, y su deposicion, respecto del particular, consiste en la vida de los santos del paganismo, escrita por Plutarco; en la de los del filosofismo, debida á la pluma de Bayle; y en la de los del cristianismo, redactada por Godescard: la eleccion de la posteridad entre esas tres agiografías, jamás será dudosa, y si va á buscar á un lado temas oratorios, ó ejemplos de calma estóica á otro, de seguro se dirigirá al último siempre y cuando pretenda honrar los tipos de la verdadera moralidad.

Antihumano el especialismo científico, en sus radicales oposiciones á la dignidad, á la razon, al corazon y á la moralidad del hombre, en este mero hecho está convencido de error. Sí, nada hay que sea verdad sinó lo es la naturaleza humana, puesto que ella es la que comprueba todas las verdades; cuando la ciencia hace abstraccion de esta parte de la naturaleza, para mejor juzgar de la otra, imita la locura de aquel que con achaque de ver mejor, comenzara por arrancarse los ojos.

NOTA.

Compaginado y dispuesto para la impresion el presente pliego, llega á nuestras manos una Revista bibliográfica en la cual dándose cuenta del volúmen que con el título de MELANJES (Miscelánea) acaba de dar á luz M. Renan, se continuan los siguientes fragmentos del pretencioso prólogo que sirve de introduccion al mismo.

«El periodo que vamos á atravesar, puede y debe ser un periodo de libertad á la americana..... Lo que tendrémos podrá ser muy agradable, muy brillante y muy apetecible, con tal que no nos empeñemos en agregarle las ventajas de un gobierno fuerte. La república solo puede ser fuerte por medio del terror, y el terror está á mil leguas de nosotros..... »

«El partido conservador se deja llevar de alarmas pueriles, imaginando

que nos hallamos en vísperas de escenas de saqueo y devastacion. No es la violencia lo que nos está reservado sinó la molicie. La era que comienza podrá ser altamente provechosa para la iniciativa particular é individual; mas por lo que á la direccion de la alta política atañe, será un tiempo casi absolutamente perdido. Si no turban la paz los acontecimientos exteriores, podrémos ofrecer el espectáculo de una de las más ricas y variadas producciones que pueden imaginarse; mas en vano se buscaria en el fondo del mismo, el resquicio más insignificante de autoridad. La indulgencia universal lo permitirá todo, y con el transcurso del tiempo aparecerá un disolvente general, que acabará con todas las influencias superiores, siempre que procedan de una clase aristocrática, ó de grupos privilegiados.

«Semejante perspectiva no debe sin embargo infundirnos gran temor, porque, probablemente, todos los países vendrán sucesivamente á parar al estado á que nosotros hemos llegado. Los progresos de la reflexion en las muchedumbres, favorecidos por la generalizacion de la instruccion primaria, por el ejercicio de los derechos políticos, por los adelantos de la industria, y por el aumento de la riqueza, harán al individuo cada vez ménos apto para que realice los esfuerzos de abnegacion de que fueron testigos los tiempos pasados. La nacion vive de los sacrificios que por ella hacen los individuos; el egoismo siempre creciente, acabará por considerar insoportables las exigencias de una entidad metafísica que carece de personalidad determinada. Consecuencia de esto será el espectáculo de Europa entera contemplando con indiferencia el rebajamiento del espíritu nacional y de la idea de patria, que implican más de una preocupacion y de un error. La nacionalidad alemana, la última que se ha creado, resistirá durante más tiempo, gracias á sus recientes victorias y al singular instinto de sumision de la raza alemana; pero le será imposible sustraerse á la influencia general, y acabará por seguir el camino de las demás».

Los fragmentos que preceden son al par contestacion categórica á las preguntas. «¿Cuando fué que mi especie empezó á tener tales exigencias «para las necesidades del corazon? ¿En qué época volverá á la indiferencia «del reino animal respecto de semejantes cuestiones?» que herido en sus más nobles sentimientos se dirije el autor de la presente obra, y anuncio del porvenir que ofrecen á las sociedades los delirios del positivismo. En verdad que tiene bien poco de halagüeño, para los que sienten latir su corazon al impulso de los elevados sentimientos que inspiraron los hechos más culminantes por su sublimidad y grandeza que registra la historia, y sienten arder en su pecho el fuego de la indignacion que brota ante la idea de la patria ultrajada y de las creencias escarnecidas. ¡De manera, que para llegar al supremo grado en la escala del progreso, hemos de ahogar en nosotros las aspiraciones más elevadas; que los nombres mágicos de patria, de nacionalidad, de grandeza y poderío, deben ser relegados al olvido y borrados de la mente humana, como fautores de preocupacion y error; que el término de la civilizacion ha de ser un cosmopolitismo indiferente, sin otro objetivo que la molicie más refinada, los goces más groseros, el materialismo más repugnante! ¡Es decir que el ideal que la humanidad persigue, y al cual decididamente le encaminan la generalizacion de la instruccion primaria, el ejercicio de los derechos políticos, los adelantos de la industria y el aumento de la riqueza, es la impasibilidad del reino animal; el estúpido indiferentismo del bruto! Ah, cómo maldeciriamos de tales progresos y adelantos, si el que el positivismo supone, fuese realmente el término á

que conducen! ¡Cómo lloraria la humanidad el haberse colocado en su senda, si la repugnancia invencible que tales conclusiones la inspiran, al cerrar su corazon á la admision de tales despropósitos, no le advirtiera que «lo falso se demuestra por la atrocidad de sus consecuencias!» Nó, en tanto germinen en el corazon del hombre las santas creencias que son móvil de sus acciones más elevadas; en tanto tiña nuestras mejillas el rubor de la vergüenza, al sentir el honor mancillado, la altivez ofendida, la independencia ultrajada; en tanto signifiquen algo, y dispierten ecos, acaso adormecidos, pero en manera alguna apagados, los nombres de patria y nacionalidad, y arranquen voces de aplauso y simpatía los grandes hechos que la historia nos ha legado como testimonio de alto ejemplo; en tanto el hombre no se haya envilecido hasta el punto de convertirse en bruto, no hemos de temer que sea realidad el porvenir que al mundo ofrecen los corifeos del positivismo, y los preconizadores del rebajamiento universal. Sus lucubraciones podrán ofrecer el valor implícito de una apologia; mas, en último resultado, sus argumentos asestados contra la verdad, se volverán contra ellos, cediendo en beneficio de la propia verdad. *N. del T.*

CAPITULO IV.

Parcialidades no manifiestas de la negacion científica contra la fé.

Dejamos probado que es un procedimiento en alto grado paradógico el que consiste en separar la ciencia de la conciencia, el conocimiento de los objetos exteriores del del yo, el estudio de los fenómenos observables del del sujeto observante. El especialismo á que nos referimos añade á este vicio de método un vicio de disposicion natural: me refiero á una pasion antireligiosa oculta bajo la máscara inexorable de la imparcialidad.

Cierto que esta preocupacion no domina el pensamiento de todos los sábios; pero tampoco puede desconocerse que influye en las conclusiones de la ciencia. Contemplando á esta que marcha á su fin con una impasibilidad serena, sin afirmar ni negar los dogmas, habria motivos para presumir si absorta en su propia contemplacion le pasan desapercibidos; mas reflexionando tranquilamente, salta á la vista que lo que podria tomarse como mera distraccion, no es más que una opinion preconcebida, y se ve que muchos de los datos científicos, completamente inofensivos en sí mismos, en cuanto á la religion se refieren, solo deponen en contra de esta, en virtud de una hábil mistificacion de los sábios. ¿En qué consisten esos medios de falsificacion teórica? Difícil sería el determinar su número; contentémonos pues con llamar la atencion respecto de las especies principales.

Deducir de lo desconocido conclusiones hostiles á la fé, que esta podria aprovechar en su favor, constituye una de las injusticias más familiares al génio científico de nuestros dias. Por lo mismo que la afirmacion religiosa se halla en posesion del respeto universal, tendria derecho acaso para utilizar en su provecho cuantas probabilidádes se han establecido relativamente á lo desconocido; mas la negacion se apodera de este terreno, que por lo ménos debería permanecer neutral, y lo explota en provecho propio. Su crítica histórica y su crítica científica proceden de la propia suerte, por suposiciones, sin perjuicio de vestir á la suposicion con las aparien-

cias de la realidad, dando para ello á la frase un valor que realmente no tiene. En el terreno de la historia dice voluntariamente: *acaso*, *es probable*, y llenando todas las lagunas con ingeniosas imaginaciones, reemplaza los hechos por el sistema. En historia natural, ante los problemas que están por resolver, dice *es posible*, *nada impide que*, en una palabra, substituye la fantasía á la explicacion, aduciendo como prueba lo desconocido y elevando á la categoría de argumento su propia ignorancia.

Darwin termina con las siguientes palabras, uno de sus capítulos relativos á la insuficiencia de nuestros documentos referentes al pasado de nuestro globo. «Por lo que á mí toca, considero los archivos naturales de la geología, como memorias conservadas con negligencia, para que puedan servir para la historia del mundo, y redactadas en un idioma alterado y casi perdido. De esta historia sólo poseemos el último volúmen, en el cual se hallan consignados los sucesos acaecidos en dos ó tres comarcas; de este volúmen sólo se ha conservado uno que otro capítulo dislocado y suelto, y de cada una de las páginas á ellos correspondientes solo podemos comprender un reducidísimo número de líneas (1).» Dígasenos ahora si en buena lógica puede sacarse de tales premisas otra conclusion que la duda: pues bien Darwin procediendo de otra suerte, contesta á sus contradictores resolviendo el problema por medio de otro problema. La razon dice: Sabemos muy poco, pues bien no llevemos más adelante nuestras afirmaciones; pero la ciencia moderna, procediendo de un modo diametralmente opuesto dice: Precisamente porque es muy poco lo que sabemos, podemos afirmar mucho, porque el descubrimiento de lo que ignoramos, al par que servirá para desmentir á mis adversarios, vendrá á confirmar cuanto me plazca soñar.

Cierto que la ciencia ortodoxa carece de derecho para dogmatizar relativamente á afirmaciones incompletas; pero á su vez la ciencia negativa debe interdecirse el derecho de presentar como testigos esas lagunas, apelando á las hojas extraviadas del gran libro de la naturaleza. Y sin embargo puede observarse el mismo procedimiento en el fondo de la argumentacion empleada por du Maillet y Lamark, por Geoffroy y Darwin. «Únicamente lo desconocido, dice M. Quatrefages, puede abrir ese vasto campo de especulaciones, en las cuales lo posible se substituye á lo real, y dónde no obstante el saber más extendido y la más firme inteligencia, se llega casi fatalmente á mirar como concluyente en su favor, precisamente aquello mismo que declara ignorar (2).»

Nuestras reclamaciones contra tales medios de ataque son tanto

(1) *Orígenes de las especies*, cap. 7, 10.
(2) *Discusion de las teorías transformistas*.

más fundadas, cuanto son estos más arbitrarios. Y áun si estuviese lo desconocido ménos extendido, se comprenderia la pretension de adivinarlo; pero acontece con el saber lo que con el espacio: la porcion explorada nada significa comparada con la que no se conoce. ¿Quiérese una prueba de ello?

¿Qué es lo que conocen de los espacios siderales, esos astrónomos que, como Lalande, se lamentan de no haber conseguido descubrir á Dios en el extremo de su telescopio en un rincon del firmamento? Hace apénas un siglo sólo se contaban cuatro planetículas: de entónces acá á Ceres, Juno, Palas y Vesta se han agregado tantos asteroides, que el Olimpo entero no ha tenido diosas en número suficiente para darles nombres. Herschel ha calculado que la vía láctea está compuesta por lo ménos de treinta millones de soles. ¿Cuántos habrá fuera de ella? ¿Qué sucede en esas profundidades inconmensurables en las cuales mundos un millon de veces mayores que nuestro sol, ofrécense á nuestras miradas como impalpable polvo luminoso? ¿Cuando se encendieron y cuando se extinguirán los globos que surcan los Océanos del eter en que se balancea entera la creacion? Cierto que se conoce la densidad de algunos de esos astros, y que se ha medido la distancia que los separa y que se ha estudiado la ley de su marcha, y se han descubierto manchas sobre la superficie solar, y elevadas montañas en el hemisferio de la luna que mira á la tierra; pero ¿cuál es la constitucion de los cuerpos celestes, cuales sus cualidades físicas? ¿Quién será capaz de referirnos la historia de su formacion, las catástrofes que han experimentado, los seres que en ellos moran? Cuestiones todas insolubles, que exigen de todo espíritu que sepa respetarse la mayor reserva, á falta de adoracion. Despues de todo, la astronomía que adora á Dios en los insondables misterios del firmamento, es fiel á la razon y á la naturaleza, porque nuestra alma se remonta más allá de los mundos visibles, para ir á buscar á Dios allí dónde no le sigue la mirada de la ciencia; pero el que emplea lo desconocido de la creacion para hacerle deponer en contra de su autor, es un falsificador de la ciencia y un enemigo sistemático de la verdad.

Y si del cielo descendemos á la tierra, ¿sabe la ciencia lo bastante de ella, para creerse autorizada á abusar en contra nuestra de lo que ignora? La tierra no es más que un átomo arrebatado por la gravitacion al través de las llanuras de la inmensidad, y la ciencia que apénas sabe lo que sea la inmensidad, apénas conoce cosa alguna de este punto reducido en que mora y que es su observatorio. Por lo demás la geología, la biología, la paleontología y la fisiología, es decir, los conocimientos más agresivos contra la fé, se hallan en estado de formacion; siendo de advertir que tales conocimientos tienen de comun con el hombre el que, despues de haber negado en su juventud, se hacen religiosos en su madurez. ¿A qué profundidad hemos penetrado en las entrañas de la tierra, para

considerarnos con derecho á hacerle deponer contra su creador? Cierto que la geognosia ha estudiado su corteza y señalado las transformaciones primordiales; cierto que ha abierto la vasta necrópolis del mundo antidiluviano y removido alguno de los grandiosos fósiles que encierra; pero las tres quintas partes de la superficie del globo terrestre, dice Huley, hállanse cubiertas por el agua, y lo han estado desde la época en que el hombre ha podido consignar sus observaciones (1). Las otras dos solo han sido estudiadas hace muy pocos años, y escepcion hecha de Francia, Alemania, Inglaterra y de determinadas comarcas de España, Italia y Rusia, lo demás del globo permanece poco ménos que completamente inexplorado.

Añádase á lo dicho que las mayores profundidades á que se ha alcanzado en las entrañas de la tierra, no alcanzan á la diez milésima parte del radio de nuestro planeta; que las perforaciones practicadas en el seno del globo no representan con relacion á su diámetro, lo que las mordeduras de las hormigas en la cáscara de una naranja; que el arañazo producido por un alfiler sobre una esfera que midiese 90 pulgadas de circunferencia, igualaria relativamente la profundidad de las minas más profundas; que segun Lyell, la extension á que alcanzan nuestras observaciones, no es mayor que la ocho centésima parte del núcleo terrestre, siéndonos lo demás tan desconocido como el interior de los demás planetas; que por último, segun Humboldt nada nos garantiza que conozcamos el conjunto de las fuerzas de la naturaleza, ni que esas fuerzas hayan sido siempre las mismas (2), y dígase si en presencia de este vasto campo de incertidumbres, no deja de ser razonable el hombre que toma pretexto de ellas para sus negaciones, más bien que motivo para confesarse humildemente anonadado. Sí, si la ciencia concede un lugar dentro de ella á las intuiciones conjeturales, Dios, en virtud de este mismo derecho, debe obtener la preferencia sobre todas las hipótesis contrarias, y conjeturas por conjeturas, la ciencia que no prefiere las de las fé á las otras, presta falsedades á la naturaleza para apoyar las suyas.

Sacar de determinadas opiniones científicas inofensivas para la religion, consecuencias ofensivas que realmente no encierran, constituye otra práctica del especialismo contemporáneo. De sistemas conciliables con la ortodoxia, ejerciendo sobre ellos una presion exagerada, las deduce incesantemente el ateismo. Por ejemplo, ¿qué le importa á la fé, que la tierra cuente mayor edad de la que hasta el presente se le ha atribuido? Dios al publicar el acta del nacimiento del mundo, hála firmado con su propia mano; pero sin es-

---

(1) *Uber unsere Kenntniss*, etc., p. 30.
(2) *Cosmos*.

tampar la fecha, dejándonos en libertad para retrasar la época. Por lo demás, cuando se contempla al Creador invirtiendo un año en hacer madurar las espigas de nuestros campos, no comprendemos que deba sorprender el verle invertir miles de siglos en preparar la envoltura sólida de nuestro globo. La gloria de su obra no puede serle arrebatada porque al formarla haga pausas instructivas para nosotros; y los que de la antigüedad de la creacion, hacen una objecion cual si la Biblia le asignara una cronología fuera de la cual no hay salvacion posible, dicen más de lo que saben sobre la antigüedad del mundo y sobre las enseñanzas de la Biblia; pero los adversarios se adhieren á la exégesis ménos aceptable, con el objeto implícito de desacreditar la que lo seria.

Otro ejemplo: suponiendo que, en realidad, se haya descubierto el hombre fósil: ¿puede de ello deducirse cosa alguna en contra de la semana genesiaca? Apologistas hay que en ello no ven siquiera motivo para una objecion, otros lo estiman como un nuevo argumento en su favor. Y en efecto: sin salirnos un ápice del terreno en que nos hemos establecido, ¿no nos seria lícito presumir que la potencia creadora se ha ejercido en la tierra ántes áun de comenzar la obra de los seis dias; que en el tiempo que mediara entre el instante en que Dios sacó el planeta de la nada y el del estado de vacuidad en que Moisés nos lo describe, su autor estuvo trabajando en él de una manera digna de su virtud y poder; que han precedido á la nuestra otras humanidades, como la seguirán otras; que cada uno de esos grupos marcha á su fin providencial merced á contar con medios para ello apropiados; que no siendo por último la Biblia más que la historia del ciclo á que pertenecemos, jamás podrá oponerse á los hechos y creencias de esta elemento alguno perteneciente á los períodos precedentes?

Pero todavía queremos adelantar más; todavía queremos suponer que la exégesis establece el nacimiento de la humanidad ántes de las revoluciones diluviales que han precedido á la era histórica: en tal caso los fósiles humanos constituyen la confirmacion necesaria de su sistema. Admitidas de esta suerte ciertas y determinadas distinciones, queda desarmada la paleontología fantástica. Presumia con sus hipótesis herir en mitad del pecho á la revelacion, y sin embargo esta le pasa por encima sin hacerle el menor caso, y de sus ataques contra el hexameron mosáico sólo restan dos inconvenientes: el de dar vida frecuentemente á fósiles humanos cuya existencia no está probada, y el de que áun cuando en realidad lo estuviera, nada probarian contra nosotros.

Pero dónde más se muestra la parcialidad científica de nuestro especialismo, es en el modo como abusa de la teoría de las generaciones espontáneas. De una opinion indiferente en sí misma, con relacion á la cuestion de las causas primeras ó de las causas finales, hace un manantial de negaciones contra unas y otras. Sin em-

bargo sólo autoriza tales conclusiones la opinion preconcebida y de ello tenemos la prueba en el ejemplo de lo pasado. Cuando los antiguos creian que el número de los animales nacidos expontáneamente, era superior al de los séres provenientes de las leyes normales de la reproduccion, distaban mucho de ser atéos. Cuando Plutarco en sus *Conversaciones de sobre mesa* escribia: «en el seno del limo se forma un número considerable de animales adultos,» no hacia profesion de irreverencia contra los dioses. Cuando el jesuita Kircher, en su *Mundus subterraneus* describe los experimentos realizados para obtener animales creados artificialmente, no niega en manera alguna la existencia de un Creador. Finalmente, cuando el mismo Lamark admite una generacion expontánea incesante, bajo la accion de las fuerzas físico-químicas, recomienda especialmente que no se confunda «la naturaleza con su supremo Autor, por lo mismo que se halla sujeta á las leyes que son expresion de la voluntad soberana que las ha establecido (1).»

Mas la turba multa de comentaristas, experimentadores y discípulos entusiastas que compone el mundo sabio, hace de esta sencilla opinion biológica un principio de negacion universal. Exagerando el pensamiento de Darwin, que respecto del particular es discreto, su traductor admite sin restriccion la multiplicidad de los organismos primarios, no reconociendo más antepasado que nuestro propio planeta, dotado en una de las fases de su existencia *del poder de elaborar la vida* (2). El manual del materialismo aleman afirma por su parte que «la creacion orgánica debe haberse realizado sin la intervencion de una fuerza exterior (3).» Lo cual vale tanto como decir que la fermentacion pútrida de algun detritus post diluviano, ha sido la causa eficiente de la vida universal. De manera que en tanto que los corifeos de la heterogénia hacen remontar al Creador el honor de la creacion, la muchedumbre de sábios en miniatura sólo vé en ella el medio de prescindir de un factor en la explicacion del mundo, y gracias á esta suerte de escamoteo lógico, la parcialidad del especialismo ha convertido al hombre que cree en las generaciones expontáneas, en sinónimo de hombre que no cree en Dios.

Emplear opuestas medidas de apreciacion en conformidad al interés del momento, una muy holgada al tratarse de hechos desfavorables á la fé, y otra por todo extremo exclusiva, cuando se trata de hechos que prueban ó confirman la fé, es tambien una táctica de la negacion frecuentemente empleada en sus libros, y sólo Dios puede

---

(1) *Historia natural de los animales invertebrados*. Introduccion.
(2) Mlle. Royer.
(3) *Fuerza y materia*, por Buchner.

saber hasta qué grado de sinceridad; puesto que así como las pasiones del corazon se confiesan y se acusan, las del espíritu se glorifican ó se ocultan á sí mismas.

¡Cuántas veces ha empleado tan vergonzosa balanza la ciencia contemporánea, principalmente en la interpretacion de las leyes que presiden á la formacion del reino orgánico! Que un Creador inteligente haya dispuesto el ojo, la mano, el sistema nervioso ó el sistema sanguíneo de nuestra especie con órden y prevision, es un principio al cual de seguro no suscribirian ciertos sábios; pero en cambio, les parece muy natural, y por consiguiente muy admisible, el que un molusco gasterópodo, prolongando su cuerpo bajo el imperio de la necesidad, se haga brotar tentáculos ó miembros completamente nuevos. Que Dios haya creado especies, es un hecho inadmisible para la ciencia; pero que un dia cualquiera una planta se haya convertido en un animal, y hasta que los peces «arrastrados por el ardor de la caza y de la huida, ó por la violencia del viento á los arroyuelos de la orilla, hayan visto, bajo la influencia del aire, henderse sus nadaderas, las aletas que les sostenian transformarse en plumas, cuyas barbas se formaron de las desecadas membranas, su escamosa piel cubrirse de plumon, sus aletas ventrales transformarse en patas, su cuello y su boca prolongarse, en suma, trocarse la carpa en pájaro (1),» es lo más natural y sencillo que se puede imaginar. Finalmente, que la religion enseñe las beatitudes corporales reservadas al hombre en un mundo mejor, es cosa que sólo puede escucharse con la sonrisa en los lábios; pero anuncie un evolucionista que el hombre engendrará, andando el tiempo, una especie superior á él mismo, especie de posteridad olímpica que nada tendrá de su abuelo el mono, y todas las facultades de Francia y Alemania pondrán el oido atento para no perder una sola palabra. Es decir, que la ciencia da constantemente la preferencia á lo absurdo de las explicaciones naturales, sobre el buen sentido de las enseñanzas divinas.

¿Por ventura, fundándose en esta misma injusticia, no opone á la fé además de las leyes de la formacion, las de la conformacion orgánica? Darwinista hay que reune en sus escaparates una coleccion de cráneos humanos al lado de otra de cráneos de mono, con el propósito de demostrar que entre los unos y los otros la diferencia está ménos en la naturaleza que en nuestras ideas; pero procurad informaros y averiguaréis que al elegir esos fúnebres fracmentos se ha procedido con premeditacion, escogiendo entre seis mil ejemplares, y que no podrian constituir una regla, por lo mismo que únicamente representan escepciones (2). El mismo Darwin no

(1) De Maillet.
(2) Histórico.

ha sostenido hasta el presente la teoría de que el hombre proceda del mono: sus continuadores son los que le han hecho responsable de tal aserto; mas, ¿qué debemos esperar de la imparcialidad de estos, cuando ven en el hombre de raza caucásica un descendiente del chimpancé, en tanto que no le reconocen vínculo alguno de parentesco con el negro y el mongol? «Y sin embargo, entre el hombre y el mono, dice Huley, media un abismo todavía imposible de llenar.» En vano se afana la anthropología materialista en buscar los intermediarios destinados á llenar este vacío inmenso: relativamente á la estructura anatómica, del mismo modo que bajo el punto de vista del desarrollo intelectual y moral, existe entre ambos extremos la distancia que separa dos especies: y en cambio, entre el hombre blanco y el hombre negro, no existe más diferencia exterior que la mayor ó menor belleza, ni más diferencia interior que la de más ó ménos superioridad. Y sin embargo, ¿qué es lo que hace la ciencia irreligiosa en presencia de esos dos hechos convincentes? Asigna al hombre y al mono, no obstante sus diferencias, los mismos padres, y hace nacer de parejas distintas al blanco y al negro á pesar de sus semejanzas: todo, por supuesto, para tener la ventaja de contradecir la fé, contradiciéndose á sí misma, y de pisotear al sentido comun en favor de dos blasfemias, una contra la unidad, otra contra el orígen divino del género humano.

Finalmente, ¿no es tambien un acto equivalente á alterar los pesos y las medidas, eliminar *á priori* de ese solemne debate, todas las ciencias que podrian deponer en favor de la verdad? No tenemos para qué insistir respecto de esas exclusiones y de este exclusivismo del programa positivista: sabemos lo que debemos pensar bajo el punto de vista de la lógica; mas cuando lo consideramos con relacion á la justicia, no podemos evitar que escape de nuestro pecho un grito de indignacion. ¿Básase el naturalista en una certeza científica para suscribir á los misterios de la heterogenia, y poner en duda las demostraciones psicológicas? ¿cree á sus sentidos externos ó á su sentido íntimo? ¿se inclina ánte las deducciones del darwinismo y se rebela contra los primeros axiomas de la metafísica y de la moral? ¿presta por último asentimiento á todas las suposiciones que pueden oscurecer la fé, y lo niega á todas las evidencias que pueden rodearla de luz? No, no: no es un dogmatismo especial lo que le mueve, sinó la pasion; no es únicamente el espíritu de sistema, sinó una hostilidad no reconocida lo que traza esas clasificaciones arbitrarias, de las cuales resulta que no formando Dios parte de la ciencia, debe ser condenado sin ser oido: procedimiento facilísimo por otra parte, porque es más fácil negar la palabra á Dios que contestarle. Y sin embargo, la suprema iniquidad de la negacion, no tanto consiste en condenar «segun la etiqueta» las ciencias favorables á Dios, sinó en derribarlo haciendo protestas de no ocuparse en él. El no concederle un lugar en el

dominio de las observaciones físicas, seria un acto de justicia; mas cortarle las ramas del saber humano que conducen á la contemplacion de su santa imágen es una traicion, y profesar respecto de él la neutralidad, y trabajar en anonadarlo bajo esa máscara inofensiva, es la más odiosa de todas las hipocresías, la del ateismo.

Oponer colectivamente á la fé teorías científicas que no tienen autoridad colectiva, *puesto que se contradicen frecuentemente*, es tambien costumbre muy arraigada en nuestros adversarios. Por consiguiente, el creer *en globo* á los sábios que no participan de una misma opinion, constituye supersticion pura: tantos geólogos, cuantas geologías, y por lo tanto, antes de negar la Biblia en nombre de esta ciencia, esperemos á que los geólogos se hayan puesto de acuerdo entre sí. Hace poco tiempo, un hombre de mucho ingénio, consignaba bajo formas, al parecer ligeras, las siguientes observaciones que distan mucho de serlo. «M. Littré y otros con él, pretenden que el cerebro segrega el pensamiento, del mismo modo que la mucosa nasal segrega líquidos bajo la influencia de los romadizos. En este sistema, el pensamiento es un constipado del cerebro moral. Por su parte, M. Claudio Bernard—y no vaya á tomarse por inventor de sistemas al hombre que ha dicho: Cuando penetro en mi laboratorio, empiezo por dejar á la puerta el espiritualismo y el materialismo.—M. Claudio Bernard proclama con notoria autoridad que el cerebro no segrega el pensamiento, así como el reloj no segrega la hora. Nótese, pues, que M. Littré, sábio moderno, y M. Claudio Bernard, moderno sábio, se contradicen completamente respecto de la idea fundamental del materialismo. Entónces, ¿porqué os empeñais en persuadir al pobre pueblo de que sabeis lo que dice la ciencia moderna, y de que la ciencia moderna sabe lo que se dice?

«Por lo demás, la materia que piensa, es el sistema de Locke traducido del inglés por Voltaire. La Marquesa de Châtelet que murió hace ciento veinte años, creia en dicho sistema. ¡Y á esto se llama novedad!

«Pero, os veo venir, vais á hablarme de la cronología de la Biblia y de la edad del mundo. Graves farsantes se han puesto de acuerdo sobre el hecho de que el mundo es muy viejo: unos dicen que cuenta veinticinco mil años; otros dos cientos mil; otros en fin de diez á cien millones; respecto del particular están perfectamente de acuerdo: sin embargo para adquirir por mi parte una conviccion, he de esperar que hayan verificado sus cifras.

«Si del mundo pasamos á Dios, tampoco hallaremos acuerdo en esos señores. Un dia M. de Babinet salia del Instituto con uno de sus colegas, matemático recalcitrante, que eliminaba á Dios de todos sus cálculos, como si fuese una incógnita irracional y perturbadora y sostenia el siguiente diálogo:—«De manera, caro cole-

ga, decia M. Babinet, que decididamente Dios no existe.— Decididamente: la ciencia moderna no puede admitir una hipótesis tan absurda como la de un Dios creador.—De suerte que estais convencido, repuso con insistencia M. Babinet.—Perfectamente convencido.—Pues, amigo mio, dijo M. Babinet con su eterna sonrisa, sois más crédulo que yo, puesto que yo no se nada absolutamente (1).»

Tales son los elementos constitutivos de ese testimonio colectivo llamado ciencia. Si dicho testimonio formara un conjunto de opiniones concordantes, seria en realidad imponente; pero como sólo representa individualidades unidas en la negacion, no es posible oponer en masa á la verdad las que están opuestas entre sí. Por consiguiente estar en general en favor de la ciencia contra la fé, vale tanto como tener sobre muchos y determinados asuntos veinte opiniones distintas, sin abrigar una sola conviccion, por lo mismo que dichas opiniones, cuando no se contradicen entre sí, son por lo ménos diferentes.

Acojer con ciega confianza las hipótesis de la arqueología prehistórica, y con injustificadas prevenciones los hechos indubitables de la era histórica, es otro de los rasgos característicos de la ciencia antireligiosa. Por un contraste sorprendente, echando mano de un sistema de crítica que amenaza derrumbar completamente las verdades mejor comprobadas, ha socavado el suelo de la história y especialmente el de la historia cristiana, y establecido sobre esas ruinas la autoridad de la historia antes de la historia, poblando la noche del pasado de creaciones fantásticas y llenando todas las lagunas de los anales geológicos con imaginaciones grandiosas, en una palabra, contando detalladamente los acontecimientos de las ciudades lacustres, de la edad de piedra y de los diluvios primitivos; de tal manera que despues de haber destruido la historia verdadera, la ciencia ha creado otra: no ha prestado fé á aquella; pero en cambio cree á pie juntillas sus propias invenciones.

Sus pruebas de este contraste se encuentran en abundancia prodigiosa. Condúzcase al arqueólogo á las catacumbas cristianas, y se verá que no admite ni el sentido de las inscripciones, ni la significacion de los signos que atestiguan el sentido de esas tumbas gloriosas: mas ponganselе de manifiesto las catacumbas de la época terciaria, y os hablará de guijarros rotos que fueron puntas de flechas y de los instrumentos de hueso y de pedernal que empleaba para rasparse las uñas y cortarse el pelo el hombre testigo de tan lejanas civilizaciones. Si se trata del evangelio de San Juan, se le ocurren doctas vacilaciones sobre el nombre de su autor; pe-

(1) Vita.

ro si el asunto es el hombre fósil, le vereis á dos dedos de deciros el nombre y las cualidades de aquel á quien perteneció la mandíbula descubierta en Moulin-Quignon. En punto á tradiciones católicas no hay condenacion que no salga de sus lábios, siquiera no se pase un dia sin que broten del suelo romano monumentos justificativos: pero tratándose de cuchillos de piedra, hachas de pedernal, rascadores de silex, las cavernas, los dolmens y los túmulos de la leyenda científica, no solo tiene la fé del creyente, sinó la conviccion del predestinado. Finalmente, no se pida su adhesion á la historia bíblica ni á las actas de los apóstoles, es tan obscuro lo que ocurria en Jerusalen hace diez y ocho siglos;... pero remontaos á miriadas de años. á una edad del mundo en la cual los siglos se cuentan como los años en nuestra era, y en esos horizontes en los cuales el pensamiento, semejante á la paloma del arca, no encuentra un solo punto donde posarse, la negacion se encuentra en plena luz y no ve más que certezas que registrar.

¡Cuantas opiniones admitidas en nuestros dias, serán contempladas con admiracion y sorpresa en los tiempos venideros! Entónces la religion se burlará con fundado motivo de esas audaces afirmaciones que cautivan á nuestros incrédulos, y dichas afirmaciones, despues de haber sorprendido durante breves momentos á los espíritus débiles, y apasionado á los espíritus predestinados, permanecerán siendo testimonio eterno de las divagaciones de la razon emancipada de la fé. No se entienda sin embargo lo dicho, en menosprecio de los grandes, de los verdaderos iniciadores de la arqueología prehistórica; mas si profesamos el culto á la ciencia, no queremos ser fetichistas de ella, y como desde el momento en que la ciencia prescinde de Dios deja de respetarse á sí misma, no creo estar obligado á guardarle más consideraciones que las que ella á sí misma se guarda.

CAPITULO V.

Bases de un compromiso entre la fé y las ciencias de la naturaleza.

Acabamos de ver de que manera prescinde la ciencia de la justicia respecto de la fé, y, so pretexto de neutralidad, escapa por la tangente á la oposicion sistemática. Sin embargo, si los naturalistas son capaces de conclusiones precipitadas y de tendencias hostiles á la exégesis ortodoxa, ¿puede sostenerse que esta se halle completamente exenta de prevenciones contra la ciencia? No lo creemos. Exegeta hay, y por cierto inglés (1) que considera la geología como invencion del enemigo de Dios y de los hombres. Por su parte, algunos apologistas franceses reciben sistemáticamente los progresos científicos, con la escéptica sonrisa y la incredulidad infundada que la ciencia opone á la revelacion. Semejantes represalias no son ménos contrarias á la dignidad santa que á la esencia de la verdad. Si al presente la ciencia toma á su cargo el sostén de tésis aventuradas, que rechazará mañana, no es prudente alegar tales temeridades para desprestigiar sus incontestables certezas, ni sus investigaciones para desacreditar sus adquisiciones: hoy por hoy se halla en posesion de una porcion de demostraciones contra las cuales no puede prevalecer la duda más metódica; y así como se hace traicion á la fé, entregándola á los caprichos tergiversadores de la ciencia, seria comprometerla negar la ciencia en honra á la fé.

Nó, la honra de ambas está interesada en el pacto cuyas bases vamos á proponer. Demostrar que es posible ser un sabio profundo y un cristiano perfecto, vale mucho más que anatematizar la luz en nombre de Dios que es el sol! Por más que los dógmas sean inmutables, córrese un peligro inminente en dejar creer que el espíritu humano encuentra siempre esta barrera en el término de su horizonte, puesto que la verdad es que nada detiene su legítimo vuelo.

---

(1) Hug. Miller. Testimony of the Rocks. p. 342.

No de otra suerte el viajero, engañado por una ilusion óptica, imagina tener las pirámides al alcance de su mano, siendo así que se levantan á gran distancia en el fondo del desierto.

Conviene pues que la teología trate á las ciencias naturales como amigas, sin prevencion, sobrellevando generosamente el desarrollo progresivo y el constante desenvolvimiento de estas, con tal que no traspasen sus propias fronteras. Los más eminentes Padres de la Iglesia han empleado en provecho del progreso de la teología cuanto les ofrecia la ciencia profana: y puesto que sus vastos tratados conceden un lugar tan importante á las consideraciones filosóficas, es fácil imaginar cuantas nociones nos habrian transmitido sobre la naturaleza, si con esta se hubiesen objetado más sus opiniones y creencias. Al presente que la generalizacion, y hasta podríamos añadir, la popularizacion de esos conocimientos, aumenta el peligro, es conveniente cultivarlas, para impedir que se empleen en el mal, y trabajar con el propósito de oponer á ese *dilettantismo* de espíritu, que por curiosidad alcanza á todo, estudios profundos y regeneradores, capaces de llevar á cabo la conciliacion y la reconciliacion entre la ciencia y la fé.

Respecto del particular bastará con que digamos muy pocas palabras para que se desvanezcan muchas preocupaciones. El libro de las revelaciones divinas y el de la naturaleza, en manera alguna son antagónicos, puesto que son obra del mismo Autor, y expresion del mismo pensamiento. La Biblia no contiene error alguno, porque es la palabra de Dios: por su parte la naturaleza no enseña tampoco error alguno, porque es el fruto de la misma palabra. Cuando se abriga la conviccion de que el Dios de todas las verdades, es igualmente el Dios de la naturaleza y de la revelacion, ¿no puede presumirse que su voz distinta en la una y en la otra de estas esferas, introduzca la division entre sus criaturas ó las induzca á error?..... «El verdadero cristiano camina por entre las obras del Creador puesta la mente en más altas consideraciones. Para él las palabras grabadas sobre las rocas antiguas de nuestro globo, son las palabras de Dios y no pueden estar en contradiccion con la revelacion escrita, como no lo están las de la antigua Alianza respecto de las del Nuevo Testamento. A veces encontrará el hombre dificultad en conciliar todas las manifestaciones de ambas voces; ¿mas qué importa? ¿Ignora acaso que su inteligencia es limitada, y que vá aproximándose al dia en que desaparecerán todas las contradicciones aparentes entre lo que deberia estar unido?... Un doctor, cuya piedad y benevolencia han brillado mucho tiempo á la faz del mundo, Chalmers, decia delante de una numerosa reunion de sábios: «El cristianismo ha de ganar mucho y no ha de temer nada absolutamente, del progreso de las ciencias físicas (1).»

(1) Quartery Revieuw. Vol. 10 July. p. 56.

Por todas estas razones conviene pues acabar con la ortodoxia mezquina que rechaza sistemáticamente los testimonios de la naturaleza, del mismo modo que con la ciencia presuntuosa que los exagera. Busquemos pues con este propósito los puntos de aproximacion entre las dos partes litigantes y separemos todos los motivos de recíproca hostilidad. Poner en evidencia: 1.° las concesiones hechas por la teología á la ciencia; 2.° las concesiones que la ciencia debe hacer á la teología, es no sólo negociar entre ambas un tratado de paz, sinó tambien una alianza fecunda en positivos resultados.

I.

Las disposiciones de la ciencia sagrada son por todo extremo conciliadoras, por lo mismo que cede voluntariamente en cuanto no le está divinamente prohibido, y abdica todas sus prerogativas, para no revindicar más que lo que constituye su derecho inenajenable. Sus inclinaciones pacíficas se revelan por la amplitud de sus *interpretaciones*, de sus *abstenciones* y de sus *prescripciones* relativamente á las ciencias de la naturaleza.

La Biblia no exige de los cristianos la fé, como no sea en el sentido establecido por los juicios de la Iglesia y el consentimiento unánime de los Padres. Nada ménos conocido, hasta por los sábios más eminentes que la hermenéutica sagrada, ó sea la coleccion de las reglas que deben presidir á la interpretacion de los textos revelados. Y al propio tiempo, nada más fácil, hasta para los espíritus ejercitados, que una buena exégesis, es decir la aplicacion exacta de dichas reglas. ¿Cuándo deben entenderse las palabras santas en sentido literal; cuándo en el sentido espiritual? ¿Cuándo tienen un valor dogmático; cuándo el de una simple metáfora ó alegoría? ¿Cuándo expresan hechos; cuándo no son más que figuras? Hé ahí las fuentes inagotables de dudas, áun para aquellos que creen firmemente en la divinidad de las Escrituras, en tanto no cuentan con el auxilio de la infalibilidad de la Iglesia. De dónde resulta que la ciencia acusa frecuentemente á la Biblia de serle contraria, únicamente porque la explica é interpreta á su antojo, imputándole lo absurdo, para tener un pretexto de poner en duda lo divino.

Por esto cuando la ciencia ataca la narracion bíblica, el conflicto no resulta jamás entre una enseñanza real de la Escritura, y un descubrimiento real de la geología, sinó de una lucha de sistemas opuestos: es decir, sistemas personales de geología por un lado y sistemas personales de exégesis por otro, con los cuales, en último resultado, nada tienen que ver ni la Biblia ni la ciencia. Por esto

motivo la Iglesia que no tiene interés directo en la cuestion, aguarda cruzada de brazos la resolucion del problema, con el objeto de aceptarla, y cuando los dos combatientes trabajan en involucrar en la cuestion el uno la Biblia y el otro la ciencia, puesta la mira en hacerse prosélitos, no hacen más que apasionar el debate en su propio provecho, engendrando la confusion.

Al terminar el siglo décimo sexto, un exegeta herido por la tendencia de ciertos apologistas á identificar la verdad absoluta con sus ideas particulares, y á confiscar, si así cabe decirlo, la autoridad de las santas Escrituras en provecho de sus opiniones, escribia: «Puesto que la Biblia no enseña las ciencias naturales, el teólogo prudente evitará el adherirse especialmente á una manera de ver determinada, en cuya virtud la defienda con demasiado calor, y la declare única conforme con nuestras santas letras. Tambien pondrá gran cuidado en evitar, respecto de los mismos asuntos, las afirmaciones que no estén completamente de acuerdo con los hechos que ha demostrado la experiencia. Finalmente, cuestiones hay respecto de las cuales usan idéntico lenguaje la Biblia y la ciencia, y respecto de las mismas se guardará de considerar tales resultados como pertenecientes á la fé (1).

La Iglesia jamás fué cómplice en semejantes exageraciones de interpretacion. Échasele en cara con cierta apariencia de razon el haber condenado á Galileo; pero esta sentencia dictada por siete jueces ignorantes, no firmada por el Papa, y reformada más tarde por la misma Iglesia, no puede prevalecer sobre una tradicion contraria, explícita y perseverantemente formulada en los escritos de todos los Padres. Sus conclusiones pueden reducirse á estos dos principios capitales: Nada de lo que es científicamente verdadero es contrario á la Biblia, y nada de lo que pretende ponerse en oposicion con la Biblia, está científicamente demostrado, segun fácilmente puede de ello convencerse todo aquel que se tome el trabajo de consultar el conjunto de los maestros y no un sistema particular.

Si hay autoridad alguna en materia de escrituras, es indudablemente la de S. Jerónimo. Pues bien, este gran doctor se expresaba en estos términos. «La Escritura contiene muchas cosas dichas segun la opinion del tiempo, no segun la realidad de las cosas (2). ¡Cuántos descubrimientos científicos adquieren derecho de hospitalidad en las convicciones cristianas, no obstante la oposicion de ciertos textos, en virtud de esta otra regla prescrita por S. Agustin!

«Acontece con frecuencia que, por lo que se refiere á la tierra, al cielo, al mundo y á sus diferentes partes; los astros, sus movi-

(1) P. Pererius.
(2) In Jer. xxviii. 10.

mientos, sus magnitudes, sus posiciones; los eclipses de sol y de luna; la sucesion de las estaciones; la naturaleza de los animales, de las plantas, de las piedras y demás objetos de la propia naturaleza, un infiel, merced á la razon y á la experiencia, ha alcanzado nociones perfectamente exactas. Supongamos pues á un cristiano, que pretendiendo hablar de tales asuntos segun las enseñanzas cristianas, incurre, en presencia de los infieles en tan groseros errores, que estos, viéndole, como comunmente suele decirse, en los antípodas de la verdad, á duras penas logra contener la risa. ¿No es esto vergonzoso? ¿No es hasta perjuicial? ¿No deberia ponerse en evitarlo el cuidado más solícito? Pero no es lo peor el que este ignorante se ponga en ridículo; sino que los infieles, fundados en semejante ejemplo, lleguen á persuadirse de que nuestros autores sagrados aceptan semejantes extravagancias, puesto que, fundados en ello, los desprecian y rechazan, con lo cual resultan perdidos aquellos á quienes tratamos de salvar.

Sí, cuando ven á un cristiano que se equivoca lastimosamente en las materias que ellos conocen á fondo, con la circunstancia además de apoyar sus errores en la autoridad de nuestros libros sagrados, ¿cómo se pretende que crean lo que en dichos libros se consigna relativamente á la resurreccion de los muertos, de la esperanza de la vida eterna y del reino de los cielos? Es imposible expresar los perjuicios, la tristeza que ocasionan á sus hermanos más prudentes esos cristianos presuntuosos, empleando los textos sagrados, sin comprender ni las palabras que pronuncian, ni el asunto á que se refieren (1).»

¿No es esto lo que se puede ver en ciertas apologías modernas? Imprudencia es esta tanto más culpable, en cuanto nuestros textos revelados tienen al par y simultáneamente, muchos sentidos tales como el literal, el espiritual, el analógico, y en su profundidad elástica ofrecen fácil entrada á todas las fórmulas del Progreso. «Por lo mismo añade Santo Tomás, que la Escritura puede ser comprendida de diferentes maneras, nadie debe adherirse con tanto empeño á una interpretacion determinada, que si prueba la verdad del contrario por medio de una demostracion cierta, no se abrace inmediatamente al contrario (2).»

Hé ahí pues abierta la puerta de par en par á las interpretaciones racionales, y la Iglesia que es el intérprete divinamente instituido para llevar á cabo esta tarea, no tiene delante de ella un espacio limitado con parsimonia. Escepcion hecha del episodio, rebatido y amplificado, del proceso antes aludido, ¿dónde y cuándo se la ha visto poniendo trabas ó lanzando anatemas al génio del descubri-

(1) De Gen. ad litt. lib. I, c. 39.
(2) I. quæst. LXVIII, art. 1. c.

miento? ¿Qué nobles inventos ha pretendido ahogar bajo el peso de su intolerancia escrituraria? ¿No se le echa en cara hoy mismo la proteccion que dispensa á todas las novedades pseudo-científicas, diciendo que procede movida por espíritu de interés, en tanto que rechazándolas, se diria que obraba á impulsos de exageracion ortodoxa? ¡Cuantos sabios hay que sienten en el alma encontrar gracia delante de la Escritura, por lo mismo que esto les impide hacer uso del derecho de condenarla!

No permita Dios que en nombre de la Biblia pretenda absolver todas las imaginaciones científicas; mas ¿hay para qué repetirlo? San Agustin en su primer libro relativo al Génesis, dejó ya planteadas muchas cuestiones respecto del Hexameron, que hoy se consideran completamente nuevas, añadiendo: «No he tomado temerariamente partido en favor de determinada opinion en perjuicio de otra exposicion que podrá ser mejor.»

Por su parte el sabio padre Pianciani, en su comentario sobre la obra de los seis dias, afirma que si las ciencias naturales, cronológicas ú otras, proporcionan alguna nueva interpretacion respecto de un texto obscuro de la Biblia, sobre el cual nada tenga decidido la Iglesia, no debe en manera alguna rechazarse semejante luz. Y téngase tambien en cuenta con cuanta amplitud ha procedido la palabra del Espíritu Santo, para dar abrigo en su seno á las diversas formas del dogma científico. Para ella la misma importancia é idéntico valor merecen los neptunianos que los vulcanistas; y los paleontologistas, que creen, con ciertos padres, que Dios creó en el fondo que habitamos, mundos anteriores al mismo, no son en manera alguna condenados. Si es reprobada la opinion de Orígenes que consiste en pensar que los astros son séres animados, la que los considera como mundos habitables y áun habitados es perfectamente libre. Con tal que se guarde la consideracion debida á las raras verdades dogmáticas que se refieren á la creacion del mundo, es permitido admitir todas las soposiciones respecto de la manera de esta creacion, por lo mismo, dice Santo Tomás, que los santos padres han tenido respecto del particular sentimientos diferentes.....

Que la geología explique pues como mejor le parezca los períodos genesiacos; que la paleontología complete sus floras y sus faunas grandiosas de los mundos que fueron; que la cronología en fin, remonte la historia de nuestro planeta, de transformacion en transformacion, hasta el momento en que no era más que una ténue nubecilla que flotaba en el éther, la palabra divina queda muy por encima, por no decir que nada tiene que ver con semejantes debates, y si alguna vez se vió envuelta en ellos, fué más bien por la ignorancia, que como á sus agresores, alcanza á los que la defienden.

Al paso que vayamos adelantando en este exámen comparado de los dogmas religiosos y de los asertos científicos, veremos por ambos lados acortarse las distancias sobre el terreno de las verdades

adquiridas, y perpetuarse únicamente los conflictos, en lo que son hipótesis y erróneas preocupaciones. Y francamente, ¿qué motivos podríamos alegar para sublevarnos contra los resultados de las investigaciones contemporáneas, «nosotros que amamos la ciencia, que la pedimos al cielo y á la tierra y que marchamos en pos de ella con la frente inundada de sudor?... Por lo que á mí toca, tengo la costumbre de considerar esas conquistas como si á mí mismo me pertenecieran, desde el punto y hora en que me he tomado el trabajo de concederles un lugar en mi espíritu... Si tengo la dicha de poseer la fé en Dios, busco y encuentro frecuentemente la manera cómo la nueva verdad se pone de acuerdo con mi fé, y esta ciencia comparada es la fuente de los más brillantes resplandores (1).» Hé ahí el verdadero espíritu científico, es decir, el de la Iglesia y el de las inteligencias verdaderamente dignas de hablar por ella en esta discusion.

Tenemos, pues, que sólo los que son tan ignorantes en teología como en ciencia, se permiten, en perjuicio del dogma, considerar determinadas opiniones científicas *preferidas* ó *admitidas* por la Iglesia. La Iglesia no acepta la responsabilidad de las exclusiones ni de las simpatías que se le achacan respecto del particular. Apénas sí de tres siglos á esta parte, alguno de sus intérpretes ha ensayado falsear su actitud en medio de tales polémicas: hoy por hoy ha vuelto á su preciosa neutralidad de las primeras edades. Y si se imagina que la nueva concordia propuesta, constituye por su parte una hábil retirada, ó por lo ménos un cambio de frente, fíjese la atencion en la voz elocuente y en la elocuente protesta del siglo quinto en apoyo de mis afirmaciones: «En las cosas obscuras, cuando leemos escritos hasta divinos que, sin perjuicio para la fé, pueden engendrar opiniones diversas, no nos precipitemos exclusivamente en favor de ninguna, teniendo en cuenta que si llega á caer la opinion aceptada por nosotros, podemos tambien caer con ella, y que combatiendo de este modo, no en favor del pensamiento de las divinas escrituras, sinó en apoyo del nuestro, trabajamos más bien en poner las escrituras de acuerdo con nuestras ideas, que en hacer que nuestras ideas se conformen con las escrituras (2).

Esta latitud de interpretacion practicada por la ciencia sagrada, parece, al par, lógica y justa, cuando se recuerda la legítima *abstencion* que se impone relativamente á la ciencia profana. En efecto, la Biblia, con una autoridad que sólo proviene de los juicios de la Iglesia y del asentimiento de la tradicion, nos enseña todo cuanto se refiere á la fé y á las costumbres; mas no puede hacer objeto de

(1) P. Gratry. *Cartas sobre la religion*, p. 233-34.
(2) Agustin de Gen. ad litt. lib. I, cap. 37.

sus fines la enseñanza de las ciencias físicas. A los escritores sagrados no les fué dada la inspiracion para aumentar el caudal de sus conocimientos ó el de los nuestros en el órden de la naturaleza; por consiguiente, cuando la Escritura habla de los acontecimientos, de los fenómenos y de las leyes de la creacion, lo hace segun las ideas generalmente admitidas, sin precision ni correccion científica, procurando expresarse de manera que pueda ser comprendida. Su tarea se reduce á traducir la revelacion divina, y por lo tanto abandona á las disputas de los hombres el descubrimiento y la fórmula de la revelacion material. «De esta suerte la Sagrada Escritura muestra su carácter divino en el sentido de que toda la ciencia venidera se encerrará dentro de sus límites, y como no se ha anticipado respecto de ninguna cuestion, no hay ciencia alguna especial que pueda decirle: *si tacuisses* (1).»

Hemos de insistir respecto de este punto: el fin principal que la Biblia se propone consiste en moralizar al hombre, y por consiguiente en enseñarle, respecto de las creencias y del deber, secretos que por sí mismo no podria adivinar. Si el hombre hubiese comenzado su educacion por el conocimiento de la naturaleza, acaso, vencido por sus encantos, no habria sabido elevarse á más altas regiones, y por esto Dios comienza por enseñarle las verdades invisibles, para que no las olvide en ningun tiempo, dejando á su libre investigacion el cuidado de descubrir las demás. Por este mismo motivo, casi nada de lo que es objeto de la ciencia propiamente dicha, confina con el objeto de la revelacion á fin de que resulte perfectamente demostrado, que la ciencia es la revelacion del hombre completamente distinta de la de Dios.

Esto explica por qué, segun Santo Tomás, la Biblia habla de la naturaleza *segun la opinion del pueblo* (2). Esto justifica principalmente la bella observacion de Keplero. «La Escritura, al enseñar verdades sublimes, se sirve, para ser comprendida, de locuciones usuales. Solo incidentalmente trata de los fenómenos de la naturaleza, y, cuando lo hace, emplea las palabras de que se vale el comun de los hombres. Nosotros mismos, astrónomos, no cuidamos de perfeccionar el lenguaje al propio tiempo que la ciencia astronómica, pues como el pueblo, decimos: los planetas se detienen, los planetas vuelven, el sol se levanta, el sol se pone, asciende hácia mitad del cielo, etc., etc. Como el pueblo, expresamos lo que al parecer se realiza bajo nuestros ojos, aunque nada de ello sea verdad. Por consiguiente, y respecto del particular, debemos ser ménos exigentes respecto de la Escritura, puesto que abandonando el lenguaje ordinario para adoptar el de la ciencia, solo lograria confun-

(1) Kurts, *Bibel und astron*, p. 10.
(2) 1, 2. 3, 98 á 3 ad 2.
(3) Epitome astronomiæ copernicæ, p. 188.

dir á los sencillos fieles, sin alcanzar el fin sublime que se propone (3).»

«Supongamos que un fundador de religion, como Moisés, se hubiese hallado ya en posesion de todos los conocimientos astronómicos y geológicos que forman parte de la ciencia, ¿no le habria resultado mucho más perjudicial que útil, emplear el idioma de Copérnico, de Newton, de Laplace, de Werkes, de L. de Buchon y de sir Cárlos Lyell? De seguro durante dos mil años habria sido mal comprendido y peor juzgado, y todo esto nada más que para dar una satisfaccion al siglo décimonono, puesto que, lo que es el vigésimo, ya no participaria de ella (1).»

Por consiguiente, cuando la Biblia menciona los dos astros que presiden al dia y á la noche, hablando de ellos al parecer cual si fueran los mayores que existen, expresa una mera apariencia, no una afirmacion doctrinal. Cuando los Padres discuten para saber si la voz hebrea *Kikajou* expresa un árbol ó un matorral, y si Jonás aguardó la ruina de Nínive á la sombra de ese árbol ó de ese matorral, la Iglesia prescinde del debate con la más completa indiferencia, por lo mismo que la cuestion es para ella completamente ociosa. Cuando Josué exclama: *Detente Sol*, en vez de decir: Tierra, cesa en tu movimiento de rotacion, la Biblia está tanto más de acuerdo con el sentido comun, en cuanto los encargados de las observaciones astronómicas, empleando áun el lenguaje de Josué, señalan todavía la *salida* y la *puesta* del sol, y no las evoluciones de la tierra. Finalmente, cuando el hexameron refiere detalladamente el orígen de las cosas, contiene indudablemente pasajes que pertenecen á la *substancia de la fé*, y que tienen un carácter dogmático ó teológico, por ejemplo, las que se refieren al hecho de la creacion; pero, en cambio, ofrece otros pasajes que sólo incidentalmente (2), dice Santo Tomás, tocan á dicha fé, como acontece con el modo y el órden de esta creacion.

Por consiguiente, en este caso, la Biblia no parte de una decision resuelta, sinó que se entrega á la curiosidad de los sábios, empleando las imágenes de la naturaleza con el mero propósito de desenvolver verdades sobrenaturales. «De donde resulta que respecto de las cuestiones del dominio de las ciencias físicas, no es posible más decision dogmática que la que cabe en las pertenecientes á la gramática y á la medicina, por lo mismo que la Iglesia sólo es intérprete infalible de la santa Escritura, del mismo modo que la unanimidad de los Padres sólo forma regla para la exégesis, en las cosas de fé y de las costumbres (3).

¿Debemos, pues, acusar á M. Ampere de traspasar los límites

(1) Ausland, 1863, p. 410.
(2) In lib. 2, sent. dist. 12, art. 2.
(3) *La Biblia y la naturaleza*, por Reusch.

de la deduccion autorizada, cuando dice: «O Moisés tenia en las ciencias una instruccion tan profunda como la de nuestro siglo, ó estaba inspirado?» Cierto que en esta cosmogonia, cuya exactitud, segun expresion de Cuvier, *se verifica de una manera notable todos los dias*, brilla el génio sobrenatural del legislador hebreo; cierto que era indispensable un golpe de vista inspirado, sea por una revelacion, sea por medio de tradiciones divinas, para poder reconstruir el pasado de manera que pudiese hacer frente á la ciencia de todas las edades, siendo así que no existe un sólo génesis, escepcion hecha de este, que pueda sostener las miradas del buen sentido; mas, áun así, no puede ménos que reconocerse que, en cuanto se refiere á los detalles extra-dogmáticos, el hexameron dista mucho de poder ser considerado como el manual infalible de la ciencia. Pronto se echaria en cara á Moisés el no haber inventado la teoría de la electricidad ó de los pozos artesianos. En suma, por más que la exégesis sea inflexible en cuanto se refiere á la guarda de las verdades reveladas, es completamente tolerante respecto de su hermana encargada de interpretar el libro de la naturaleza, con tal que esta le guarde los respetos y consideraciones que á ella merece. Planteada y áun resuelta en estos términos la cuestion de atribuciones recíprocas, ¡cuántas dificultades desaparecerian, y qué inmensa fecundidad podria resultar de su union!

Lata en sus *interpretaciones* y en sus *abstenciones*, no se muestra más exigente la ciencia sagrada en sus *prescripciones;* porque, ¿á qué se reduce en último resultado la parte dogmática del primer capítulo del Génesis? A cuatro enseñanzas que dejará justificadas la continuacion de estos estudios, mojones tan necesarios en medio de la noche profunda del principio de las cosas, que sin ellos el espíritu naufraga en un cáos de contradicciones y absurdos.

La primera de las verdades de esta historia primitiva, consiste en que Dios es el Creador del mundo y de todo cuanto abarca. Mares y continentes, astros que pueblan el cielo, vegetales que cubren la tierra, animales que nadan en las aguas, que hienden los aires con sus alas, que moran sobre el suelo, finalmente, el hombre que vino en pos de todos, como un rey precedido de un cortejo solemne; nada queda olvidado en esta enumeracion sublime, y nada hasta ahora ha logrado destruir ni la divina autenticidad de la narracion, ni los prodigios qué refiere. ¿Qué valen todas las variantes de la negacion científica contra este dogma fundamental? Mas tarde lo veremos, dejemos ahora consignado que, respecto del particular, la fé protesta y no transige, sin perjuicio de dar sus explicaciones.

Una segunda verdad resulta de la creacion y del arreglo del mundo, y es que concluida la obra, vió su supremo arquitecto *que era buena*. El pesimismo materialista de los tiempos modernos jamás logrará demostrar lo contrario. Ya sabemos que la ley de la li-

bertad humana supone en la tierra la mezcla del bien y del mal en el órden moral, y una ley de justicia, á aquella correspondiente, supone la mezcla del bien y del mal bajo la relacion física; mas la resultante de estas fuerzas opuestas constituye una bellísima armonía, tan bella que, físicamente, será la eterna admiracion de los contempladores del mundo, y, moralmente, el espectáculo de todas las almas enamoradas de los combates de la virtud. Por lo que á mí toca, si tuviera la desgracia de contarme entre los blasfemos de las causas finales, considerando solamente que la duracion del dia no ha disminuido un ápice desde el tiempo de la escuela griega de Alejandría, y que este reloj inmenso que se llama universo, no ha necesitado compostura ni reparacion, caería postrado á los piés de su Autor, y convendria en que lo hecho por él es bueno.

Otra verdad que parece destinada especialmente á vengar á nuestra especie de los afrentosos orígenes que hoy dia se le han atribuido, es la que consigna que cuanto ha sido creado es para el uso del hombre. Fíjese el lector, probablemente afligido, viendo la nobleza de nuestra sangre insultada por las nuevas teorías; fíjese, repetimos, en la siguiente bellísima refutacion de todos los darwinismos, refutacion que, al par, constituye nuestro título de reyes de la creacion, firmado por la mano de la divinidad. Y dijo Dios: «Hagamos el hombre á nuestra imágen y semejanza, y que reine sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre la tierra y sobre los reptiles que sobre la tierra se arrastran. Dios creó, pues, el hombre á su imágen, creóle á imágen de Dios, macho y hembra los creó, y los bendijo y les dijo: Creced y multiplicáos, llenad la tierra y sujetadla, dominad sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. Y dijo tambien: Os doy todas las yerbas que hacen grano sobre la tierra, y todos los árboles que dan frutos y encierran en sí mismos su simiente, cada uno segun su especie, á fin de que os sirvan de alimento, y á todos los animales de la tierra, á todas las aves del cielo, y á todo lo que se mueve sobre la tierra y que está vivo y animado, doy la verdura de las yerbas á fin de que tengan de que alimentarse (1).»

Adan, Eva, las lágrimas de alegría que vierto al abrazaros, me garantizan que sois los verdaderos padres del género humano: en cambio, el horror y repulsion que me inspiran los animales que se me dan como progenitores, constituyen el grito de la naturaleza contra tan abyecta invencion.

Finalmente, cuando se estableció que todo es para uso del hombre, fué preciso disponer tambien que el hombre pertenece á Dios, de donde resulta la cuarta de las verdades promulgadas por el he-

---

(1) Génesis, I.

xameron. «Trabajareis durante seis dias; pero el séptimo es el sábado y el reposo consagrado al Señor, porque el Señor hizo en seis dias el cielo y la tierra, y el séptimo descansó (1).»

De manera, que el precepto del Sábado, ó del culto público respecto de la divinidad, se remonta á los primeros dias del mundo: precede á las prescripciones del Sinaí; resulta, no sólo de la voluntad, sinó tambien de los primeros preceptos de Dios manifestados á la humanidad. De manera, que toda legislacion que ataque el Domingo, atenta contra una de las leyes de la creacion, y sucumbirá bajo el imperio de esta ley que se impone con la autoridad ineludible de la necesidad.

Tal es el contenido dogmático de esta primera página de los anales humanos. Del paralelismo establecido entre la semana divina de la creacion, y nuestra semana, háse pretendido deducir la proporcion exacta de los períodos genesíacos, infiriéndose que, puesto que nuestros dias son únicamente de veinticuatro horas, no debian ser más largos los de la semana hexamérica. Mas tarde veremos detalladamente lo que debe pensarse de semejante objecion: entre tanto juzgamos conveniente dejar consignado que San Agustin, anticipándose á la ciencia, decia hace mil cuatrocientos años: «Los tres primeros dias no podian ser como los nuestros, puesto que el sol no estaba áun en relacion con la tierra para regularlos.»

Tomáos, pues, cuánto tiempo y cuánta amplitud hayais menester para sentar los sillares del mundo, segun el plan que hayais imaginado del mismo: con tal que permanezcais encerrados dentro del cuadro de las cuatro verdades que dejamos consignadas, no traspasareis los límites de la fé. De dónde resulta, que la ciencia puede desplegar osadamente sus anchurosas velas: esos dogmas, mas bien que barreras donde corra á estrellarse, serán faros luminosos que la alumbrarán en su camino. Pero falta ahora averiguar qué es lo que pondrá por su parte, para que pueda llevarse á cumplido término la conciliacion.

II.

La inteligencia entre la ciencia y la fé sólo puede mantenerse por medio de recíprocas concesiones: si aquella retrocede al paso que esta avanza, el momento del encuentro será siempre imposible. Es indispensable pues que la ciencia se muestre liberal á su vez, sopena de no llegar jamás á perfecta inteligencia; y en nuestro concepto no tendrá dificultad en ello, si se hace cargo de tres conside-

(1) Gen., I.

raciones capaces de mantenerla en el lugar que le corresponde: sus *límites*, sus *inconvenientes*, sus *contradictores*.

La ciencia actual no comete solamente el error de fijarse límites arbitrarios, sinó el de traspasarlos, con todo y haber reconocido que carece de derecho para ello. De manera que si mantiene encendida la guerra, es merced á una violacion de fronteras, bastando con que se encerrara en sus tiendas, para que reapareciera la paz. No empiece pues por decretar el conocimiento intuitivo y la creencia constitutiva de los estados de la inteligencia completamente extra-científicos, puesto que, procediendo así, reserva para su uso exclusivo el monopolio de la autoridad racional. En vano pretende suponer que se circunscribe diciendo «Mi dominio consiste en el estúdio de las fuerzas que pertenecen á la materia, y en el de las condiciones ó leyes que rigen estas fuerzas (1).» Sus estúdios sobre la materia son una negacion más ó ménos esplícita del espíritu. En vano dice un dia que permanece agena á las cuestiones metafísicas y religiosas; puesto que al siguiente proclama que «la religiosidad le parece una flaqueza y una confesion de impotencia (2).» En vano prescinde por la mañana de los problemas del destino humano, de las causas primeras y finales como extrañas á su esfera de accion, ó invisibles desde su horizonte, puesto que por la tarde manifiesta que no se ocupa en ello porque son «vaciedades desprovistas de sentido (3).»

Por consiguiente si la ciencia se revuelve contra la fé, es porque se sale de su terreno, para colocarse en el que á la fé corresponde, y así como ciertos teólogos de los últimos siglos pretendian encadenar la ciencia, valiéndose para ello de algunos textos de la escritura mal comprendidos, esta, al presente quisiera someter la fé á las formas de una autoridad con frecuencia convencional. «Sin embargo, dice Schleiden, la primera regla que deben observar las ciencias exactas, consiste en no ocuparse en lo que no corresponde ni entra en el círculo de sus atribuciones, ni para afirmarlas, ni para negarlas. El alma, la libertad y Dios, no pertenecen al dominio de las observaciones físicas. ¿Cómo es posible pues que hable de ellas el naturalista? Qué afirme ó que niegue tales verdades es igualmente inconsecuente; pero si cómo hombre, y no como naturalista, llega á ocuparse en tales verdades, acuérdese de la segunda regla de las ciencias, que consiste en no pronunciar jamás un juicio sobre una cosa, sin conocerla á fondo. Para juzgar una verdad astronómica, es indispensable haber profundizado la astronomía; como

---

(1) Aug. Compte. *Phil. Positiv.*
(2) Idem.
(3) *Der Material.* p. 52.

es menester conocer perfectamente la química, para resolver una cuestion química. Pues de la propia suerte para pronunciar un juicio en materia filosófica, es indispensable haber estudiado profundamente la filosofía, si no quiere caerse en el ridículo (1).» ¡Cuántas veces el especialismo contemporáneo ha caido en tal ridículo, y mas tarde ha blasfemado por haberse cubierto de él!

Los percances ó *inconvenientes* que la ciencia epxerimenta, deberian ser tambien motivo para que moderara el atrevimiento de sus afirmaciones. La Iglesia que puede justificarse con su infalibilidad, puede habérselas con el espíritu humano, por lo mismo que con justo título pone de manifiesto las faltas en que incurre; mas la ciencia que jamás es perfecta y que continuamente se hace y se reace, no tiene derecho en manera alguna para lanzar contra la fé, anatemas de los cuales frecuentemente se ha de retractar. No hay para que empecemos de nuevo la interminable lista de sus mistificaciones. En estricta justicia debemos dejarla que se conteste á si misma antes de contestarle nosotros. Sus sistemas se destruyen tan infaliblemente los unos á los otros cada diez ó veinte años, que podríamos muy bien decirle: Para ocuparnos de tí esperamos á que cuentes mayor número de años de duracion; apresurándonos demasiado corremos el riesgo de atacar cuando hayas ya desaparecido: una verdad tan antigua como la nuestra, tiene por lo ménos el derecho de exigir para atacarte á que cuentes con un mañana: ¿porque tomarse el trabajo de derribar lo que ha de derrumbarse sin el menor esfuerzo?

Sí, nada hay que refute tan bien el error como el mismo error. Acuérdome perfectamente de la época en que los sabios se burlaban del período neptuniano: la tierra cubierta por las aguas les parecia una imaginacion descabellada! Si se les ponian de manifiesto los restos marítimos encontrados encima de las montañas más elevadas, contestaban con Voltaire: son conchas de los peregrinos que han ido á Roma ó á Jerusalen. Pasado algun tiempo reapareció la moda científica de los diluvios: los cataclismos producidos por el agua y el fuego han constituido la solucion casi maquinal de los sistemas geológicos, y los mismos incrédulos que apénas admitian la existencia del agua en los rios del mundo saliendo del cáos, la ponen á cada instante hasta por encima de las más elevadas cordilleras. Hubo un tiempo en que la ciencia rechazaba la existencia del hombre antes del diluvio de Noé, hoy pretende que el hombre ha aparecido sobre la tierra hace miles y tal vez millones de años. «La verdadera geognosia dice Humbolt, es cierta; pero cuanto se refiere al estado primitivo de nuestro planeta, es tan incierto como la materia de

(1) *Idem*. Schleiden.

que está formada la atmósfera de las estrellas (1).» Sin embargo esto no ha impedido que algunos geólogos imaginaran un pasado de la tierra tan lleno de fábulas como las épocas más maravillosas de la antigüedad.

«De la propia suerte en materia científica una probabilidad resulta desacreditada por otra. El progreso de una generacion constituye á los ojos de la siguiente una supersticion ridícula, y para cada hecho incontrovertible existen mil creencias sugetas á cambios y modificaciones. Y es que sólo poseemos fragmentos incompletos de la crónica del mundo escrita bajo las capas de la tierra. Es sensible que se haya olvidado con harta frecuencia. Sabios hay que parecidos á tiernos jumentillos, se sienten inclinados á retozar en el campo de la investigacion sin tener en cuenta los fosos y empalizadas que señalan los límites de sus investigaciones, ni preocuparse poco ni mucho de lo imperfecto de los datos que poseen (2);» mas no transcurre mucho tiempo sin que sus caidas y tropezones les adviertan de que no siempre corriendo se avanza, especialmente si la carrera de mañana consiste en volver sobre el camino de la víspera.

Por último además de sus límites y de los percances que experimenta, debe recordar la ciencia á sus *contradictores*, con lo cual contará más y más con la fé. Y al expresarnos en estos términos, nos referimos á los que contradicen su incredulidad, con pertenecer al número de los sábios. Por su número y por su valer, constituyen una falanje poderosa, que puede hacer frente á los que forman en el campo opuesto, no obstante todos los intereses de amor propio y de independencia que naturalmente deben reforzarlo. Cuando se leen las páginas escritas por un Carlos Vogt, un Moleschot, un Buchner y tantos otros como tremolan audazes el estandarte de la negacion, encuéntrase en el blasfemo algo de aire triunfal, que parece anunciar en toda la línea la derrota de la verdad y la destruccion de sus mantenedores; mas en cuanto se domina la cuestion y se conocen los combatientes empeñados en la lucha, no se sabe qùe es lo que debe causar más sorpresa entre la ceguera y la presuncion de la ciencia volteriana. Ruego al lector que no se halla al corriente de los hombres ni de los libros, y que frecuentemente se siente más impresionado por el renombre de aquellos que por el valor de sus obras, se sirva recorrer la siguiente compendiosa lista de los campeones del saber ortodoxo.

El divorcio entre la ciencia y la fé es de fecha muy reciente. Hasta el siglo décimo octavo, los sábios propiamente dichos, eran talentos universales. La inteligencia humana marchaba entónces

(1) *Ensayo geogn.*, p. 5.
(2) Harley.

apoyada siempre en la metafísica, la psicología y el estudio de la naturaleza, y esos diferentes focos de luz, concentrados en una sola frente, formaban génios completos, en los cuales el saber más profundo se armonizaba con la religion más sincera: Pascal y Galileo, Descartes y Leibnitz, eran la expresion y el producto de esta asociacion fecunda, no obstante y no ser los primeros representantes de la misma.

Ya el siglo décimo tercio nos ofrece en Bacon al naturalista más ilustre, al par que al cristiano más fiel de la edad media: su homónimo Francisco Bacon, en el siglo décimo sexto, escribió el famoso axioma respecto de las ciencias de la naturaleza, «poca filosofía inclina al ateismo, mucha filosofía conduce á la religion (1).» Los tres padres de la astronomía moderna, Copérnico, Newton y Keplero, fueron creyentes hasta la más tierna piedad: Copérnico dedicó al Papa Paulo III su sistema astronómico; Isaac Newton comenta la Biblia descubriendo el camino y las leyes del movimiento planetario; Keplero concluye su magna obra con un acto de fé, verdaderamente extático, al Señor de los cielos que acaba de describir. Finalmente, Eulero se expresaba en los siguientes términos, relativamente á la Biblia:

«Por lo que respecta á las dificultades y aparentes contradicciones que encuentran los espíritus descreidos, debe tenerse en cuenta que no existe ciencia alguna, por más que esté sólidamente fundada, respecto de la cual no puedan dirigirse objeciones más ó ménos especiosas, encontrándose del propio modo contradicciones aparentes de tanto bulto, que á primera vista podrian considerarse insolubles. Sin embargo, aun cuando pudiera demostrarse, no por esto perderian las ciencias lo más mínimo de su certeza. Ahora bien, ¿por qué razon habian de influir en quitar autoridad á la Santa Escritura reparos á esos parecidos? La geometría se considera como una ciencia en la cual nada se supone, que no pueda ser deducido de la manera más distinta, de los primeros principios de nuestros conocimientos. Y sin embargo, se han encontrado gentes que pasaban mucho de meras medianías, que han propuesto contra ella razonamientos tan capciosos que, para refutarlos, ha sido menester no escasa penetracion: á pesar de esto, la geometría nada ha perdido de su valer, y lo mismo aconteceria áun cuando no se bastara á sí misma para destruir completamente las dificultades. ¿Con qué derecho, pues, los espíritus descreidos, pretenden que debe rechazarse la Sagrada Escritura, á consecuencia de algunos estorbos que, por punto general, no tienen con mucho la importancia de aquellos á que se halla expuesta la geometría (2)?

---

(1) *Diction des sciences théol.*

(2) *Demostracion evangélica*, Migne, t. xi, col. 815.

Mas, llega el siglo décimo octavo, y se separan las diferentes ramas del saber humano. La filosofía y la literatura continúan siendo patrimonio de los talentos superiores, la ciencia se transforma en una manipulacion ó en un interrogatorio hábil de la materia, y á fuerza de contemplar la tierra, olvida elevar la mirada al cielo. Con todo, no vaya á creerse que áun en este cultivo anormal de ciertas aptitudes intelectuales, en detrimento de las otras, la ciencia se encuentra siempre y en todas partes inclinada á las conclusiones ateistas: tenemos, si así puede decirse, ante nuestros ojos, una prueba elocuentísima.

En Alemania, por ejemplo, en ese país de las negaciones radicales, ¿se presume, por ventura, que merezca la unanimidad de los sufragios la exégesis materialista? Pues muy léjos de ello: Enrique Steffens, H. V. Schubert, Cárlos V. Raumer, Joh. V. Fuchs, Andrés y Rodolfo Wagner, Federico Pfaf, J. Madler, Joh. Müller, J. Hyrtl, Gustavo Bischof, Hermann, V. Meyer, Cárlos V. Leonhard, Federico Augusto Quensted, K. E. V. Bar y otros muchos, demuestran por medio de sus trabajos, que el respeto á la fé en los grandes espíritus, puede marchar, de consuno, con la ciencia de primer órden.

Y en Francia, donde las escuelas y los periodiquillos hánse convertido en instrumentos de propaganda impía, ¿se presume acaso que la ciencia se haya pasado con armas y bagajes al campo de la negacion? Por la vez centésima podria dejar aquí consignados los nombres de Cuvier, Alejandro Brongniart, Deluc, Binet, Biot, Ampere, Augusto Cauchy, de Quatrefages, Marcel de Serres, de Blainville, Elías de Beaumont, etc., para contestar á aquellos que consideran la fé como patrimonio de gentes atrasadas, y la negacion como el estandarte bajo el cual militan los iniciados en la naturaleza y en los misterios de lo porvenir.

Y en Inglaterra, que es la pátria de Darwin y de sir Cárlos Lyell, ¿habríase abandonado la Biblia por los nuevos génesis de la historia natural? De ningun modo; además del célebre Chalmers, cuenta con un gran número de sabios ingleses ó americanos favorables á la revelacion. Buckland, Wewel, Sedgwick, Fleming, Hugo Miller, Juan Macculoch, Davy, Owen, etc., etc., son de ello prueba manifiesta. Y todavía á estas autoridades de primer órden podemos añadir notabilidades distinguidas, tales como Convbeare y Hitchcock, James Richard, sir O'Brewster, Jamesson, Silliman, Eduardo Turner, y nos seria fácil comprender la imágen de Claudius, representando la naturaleza como un inmenso altar, ánte el cual hincan la rodilla los grandes de la tierra, y las tropas ligeras del mundo sábio pasan con el sombrero calado.

Admitamos, sin embargo, que confundidos con esas tropas ligeras marchen tambien algunos espíritus graves: en tal caso, podremos decir que son hóstiles á la religion, ménos que por su profundo

saber, por especial predisposicion de su naturaleza. Acaso, nada lo prueba mejor que un incidente acaecido en Inglaterra á fines de 1864. Un hombre desconocido en el mundo científico, remitió á otros muchos, muy distinguidos, suplicándoles que estamparan su firma al pié, una declaracion en la cual se expresaba, que no es posible, en manera alguna, la contradiccion entre las revelaciones de la naturaleza y las de la Sagrada Escritura. ¡Cosa apénas creible! Mas de doscientos sábios, entre los cuales se contaban verdaderas eminencias, firmaron expontáneamente dicha declaracion, y si rehusaron hacer lo propio John Herschell y algunos otros, fué con la declaracion expresa de que admitian y suscribian sin restriccion alguna toda la tésis de la declaracion; añadiendo que no la firmaban, temerosos de que en su adhesion, se viera una sombra de protesta contra colegas suyos de verdadero mérito. Esas doscientas firmas recogidas en un sólo país, por un sólo hombre, sin autoridad alguna, y en condiciones tan poco favorables, demuestran que la ciencia podria vivir en muy buena inteligencia con la fé, con tal que los sábios no crearan obstáculos á ello; mas las separan para reinar, en tanto que como obrasen impulsados por el deseo de conciliar, podrian conducir á buen término la aproximacion más honrosa para ambos partidos y la más útil para la paz de las inteligencias.

CAPÍTULO VI.

Enumeracion de las ciencias cuyo cultivo exclusivo predispone á la incredulidad.

Dejamos señaladas las tendencias que, bajo un punto de vista general, relativamente á la religion, distinguen y carazterizan el movimiento científico contemporáneo. ¿Cuáles son las ciencias más fecundas en objeciones é influencias antireligiosas? La contestacion á esta pregunta va contenida en el presente capítulo.

¿Cómo se explica que el espectáculo de la naturaleza, del cual dijo el gran Buffon que «es el trono exterior de la divina magnificencia» pueda llegar á pervertir determinadas inteligencias? En otra parte hemos dado cuenta de esta anomalía. El comercio asíduo con la naturaleza es peligroso, porque á veces se superpone en los espíritus que lo ejercitan, al culto debido á Dios. En tanto se la considera como mero efecto, provoca las adoraciones de la humanidad; pero en el momento en que se impone como causa á la lijereza ó á la indiferencia de la razon, conviértese en motivo indirecto de torpes blasfemias. De aquí una negacion inmensa que resume todas las conclusiones anticristianas de la ciencia contemporánea, y que se formula en los siguientes términos por demás conocidos: «nada existe superior á la naturaleza ni fuera de ella,» que constituyen el primer error en que deberémos ocuparnos, y que podria ser definido la objecion del naturalismo científico. El naturalismo filosófico, que dejamos ya juzgado (1), rechaza todo efecto superior á la naturaleza en el mundo creado, ó sea la revelacion: el naturalismo científico niega toda causa distinta de la naturaleza y por tanto el dógma de la creacion.

Descendiendo de la causa primera á sus obras, y á la cosmología particular, es decir, á cuanto concierne á la ciencia del mundo, nos encontramos metidos dentro de un vasto campo de batalla en el

(1) T. i, cap. 5. *Realidad de lo sobrenatural.*

cual la incredulidad convierte en armas todas las obras de Dios, para esgrimirlas en contra de la divinidad.

Vemos en primer lugar el estudio del universo, aplicado especialmente al génesis del globo, que abarca la forma exterior de la tierra, la naturaleza de sus materiales, y la manera como se hallan dispuestos: y esta ciencia ha producido contra la fé la objecion de los geólogos.

Viene despues el estudio del universo, aplicado á todos los mundos que no son el nuestro, es decir al espacio sideral, y esta ciencia que trata de los astros, de su número, de sus movimientos, de su historia, ha inspirado otra série de oposiciones á los dógmas religiosos: la de los astrónomos.

En cuanto la ciencia se ha dado cuenta de la formacion de la materia inorgánica, apodéranse de su atencion los fenómenos del reino orgánico, y despues de haberse preguntado la manera cómo nacieron los mundos, hállase conducida á examinar el modo cómo nació la vida en el seno de dichos mundos! A esta pregunta la verdad religiosa contesta: no hay más que un modo de generacion, y esta, directa ó indirectamente procede de Dios; mas la incredulidad responde por su parte: existe una generacion incesante y expontánea, resultante de la energía latente y ciega de la creacion: y de aquí la objecion sacada de la biología ó de la heterogenia materialista.

Despues de haber determinado el nacimiento de la materia y el de la vida, resta averiguar el órden como la vida se ha producido en la tierra. Los restos de plantas y animales fósiles que yacen bajo el suelo actual, ¿hállanse superpuestos en un órden conforme á la cosmogonía mosáica, ó son restos de muchos mundos antiguos, completamente independientes de la obra de los seis dias? Las dudas suscitadas por los numerosos problemas del periodo ante histórico constituyen la objecion deducida de la paleontología.

Cuando la ciencia que trata del mundo ha logrado establecer sus bases, preséntase al espíritu la que se refiere al hombre, que fué llamado por los Padres de la Iglesia un mundo grande dentro de otro pequeño. La antropología no es ménos fecunda en misterios que la cosmología. En primer lugar: ¿Es cierto que la humanidad sea resultado del perfeccionamiento de alguna especie inferior, nó de una creacion especial, y que por consiguiente sea el mono, ó uno de sus colaterales, el verdadero padre del género humano? De aquí la objecion de la antropología transformista.

Suponiendo que el hombre haya sido objeto de una creacion distinta y privilegiada, ¿es cierto que haya sido constituido en un estado anatómico, intelectual y moral capaz de *diferenciarle* esencialmente del reino animal? De aquí la objecion de la antropología materialista.

¿Es cierto que la humanidad entera proceda de una sola pareja

primitiva, ó bien ha brotado al par en diferentes puntos de la superficie terrestre y se divide en muchas familias que no están enlazadas por vínculo alguno de parentesco? De aquí la objecion de la antropología poli-genista.

Finalmente, ¿es cierto que los restos humanos ó los fragmentos de la industria humana hallados en las cavernas, los depósitos de huesos y las capas sedimentarias del mundo primitivo, hacen remontar el nacimiento del hombre á una antigüedad incompatible con los cómputos bíblicos? De aquí la objecion de la antropología prehistórica.

Cuando la Religion ha contestado á todas las cuestiones de la antropología física, propónele las suyas la antropología moral: no basta con fijar las condiciones y la época en que nació el hombre; es preciso averigar cuál es su naturaleza; si el principio que anima su cuerpo es un resultado, como manifestacion de las propiedades de la materia, ó bien es una substancia distinta, que por su presencia imprime movimiento á los órganos y regula sus funciones. Los filósofos espiritualistas sostienen la afirmativa, los positivistas y orgánicistas la negativa. De aquí la objecion deducida de la fisiología cerebral.

Esclarecidos el orígen y la constitucion del mundo, y el orígen y la constitucion del hombre, y justificadas en consecuencia las tradiciones cristianas sobre su punto fundamental, ábrese á las miradas de la ciencia un nuevo manantial de objeciones: me refiero al hombre considerado no aisladamente sinó en aglomeraciones sociales. Por esto el primer órden de conocimientos á que acuden los sábios especialistas para proveerse de armas contra nosotros, es la cosmología; el segundo la antropología; el tercero la etnología ó la etnografía es decir, la ciencia que trata de las costumbres, de los usos y de las emigraciones de los pueblos primitivos.

Acaso podria simplificarse más esta division general, diciendo que de todas las objeciones que se nos oponen, las unas son producto de la historia natural, las otras provienen de la historia de las naciones. Sea lo que se quiera del órden teórico á que se dé preferencia, buscarémos por medio de esta clasificacion si la etnología desmiente realmente á la religion, con lo cual se ofrecerá á nuestra consideracion una nueva série de cuestiones que resolver.

¿El mundo histórico ó postdiluviano, data de la época indicada en nuestros libros sagrados, ó debe creerse lo que consignan los anales inmemoriales de la China, de la India y del Egipto? La solucion de este problema contiene la respuesta á las objeciones de los cronologistas.

¿Puede deducirse del estudio comparado de las lenguas que dimanen de un tronco comun, y que por consiguiente la unidad de la familia en el arca de Noé, la confusion de Babel y la dispersion subsiguiente resulten perfectamente establecidas? Esta tésis responde á las dudas de los filólogos.

Finalmente la literatura y los monumentos sagrados y profanos del Oriente, que fué nuestra cuna, confirman de una manera incontestable las tradiciones bíblicas sobre el pasado de la humanidad. Utilísimo por demás es demostrarlo, para responder á las alegaciones de los arqueólogos hostiles y principalmente á los que vienen designados bajo el nombre de orientalistas.

¡Qué inmenso campo acabamos de diseñar! No tenemos en manera alguna la pretension de examinarlo detenidamente; bastará á nuestro propósito con recorrerlo, para demostrar que la religion encuentra do quiera en él pruebas fehacientes que la fortalecen, ó por lo ménos que en ninguna parte halla certezas que la contradigan. Cierto que á veces aparecen problemas al parecer opuestos á sus enseñanzas; pero en rigor no son más que apariencias inexplicadas y de ningun modo realidades inexplicables: lleve á cabo la ciencia una nueva revolucion, y como la tierra, girando sobre sí misma, siempre encontrará al sol.

De dónde resulta, vuelvo á decir, que el hombre duda, no porque sea sábio, sinó á pesar de serlo, y la prueba la tenemos en que muchas veces deja de dudar en cuanto ha aumentado su saber. ¡Cuántas verdades hay que derribadas en nombre de la ciencia del siglo precedente, han sido restablecidas por la ciencia mejor informada del siglo actual! Hay pues distraccion ó falta de experiencia en achacar á la ciencia la incredulidad de quien la cultiva: este es hombre y en este concepto capaz de cuantos errores puede producir la influencia de la pasion, de las flaquezas del espíritu, y de los estudios demasiado exclusivos; y como su saber le proporciona argumentos en apoyo de sus negaciones, se cree que el saber es la verdadera causa, cuando en realidad no es más que el pretexto.

Cuando se considera la série innumerable de asertos históricos, dogmáticos y morales de que se ha hecho responsable á la religion, y al propio tiempo se fija la atencion en que el género humano hace largos años trabaja en valde en cojerla en un renuncio, no cabe más recurso que convenir en que ha de valer mucho una autoridad que no obstante los medios contra ella empleados, no ha podido ser jamás confundida. Se niega á Dios á consecuencia de ciertas veleidades científicas que no le son favorables; ¿por qué no mirar con más desconfianza, ó con ménos confianza ciertas novedades que carecen de pruebas, que á Dios, que tan patentes nos las tiene dadas de su omnipotencia?

«Muchas veces han atraido vuestras miradas y es objeto de vuestra admiracion, dice un apologista célebre, esas exquisitas pinturas que cubren los techos de las habitaciones de los Borgia en el Vaticano, y en las cuales se hallan representadas las ciencias enseñando separadamente: cada una de ellas está sentada en un trono, con los rasgos y el continente de la más noble y más singular belleza, pareciendo reivindicar el homenaje de todos aquellos cuyas

miradas atrae. Júzguese pues, cual habria sido la concepcion del pintor y hasta qué punto se habria elevado su sublimidad de expresion, si hubiese tratado de representar la más noble de todas, nuestra religion divina, sentada sobre un trono, para recibir el homenaje y las adoraciones de todas las demás que son súbditas suyas (1).»

Tal es la idea cuyo ensayo nos proponemos bosquejar. Sólo lamentamos que la obra sea desproporcionada á nuestras fuerzas de obrero; pero, acaso, esta debilidad al propio tiempo que nuestra desventaja nos proporcionará nuevos medios; puesto que Dios concede un especial apoyo á los defensores de su verdad, que no tienen motivos suficientes para contar consigo mismos. Empiezo pues diciendo con S. Pablo: *Cum infirmor, tunc potens sum.*

---

(1) Cardenal Wisemann. *Relaciones entre la ciencia y la religion*. Conclusion.

CAPITULO VII.

El dógma de la creacion y el naturalismo científico.

Existe un naturalismo espiritualista que no admite la revelacion, que consiste en negar los *efectos* que son superiores á la naturaleza ó se hallan fuera de ella: existe igualmente un naturalismo materialista que consiste en negar toda *causa* superior á la naturaleza. En la primera parte hemos refutado el primero: vamos ahora á ocuparnos en el segundo. Lo sobrenatural que debia justificarse ante el naturalismo filosófico, era el milagro bajo su triple aspecto físico, intelectual y moral: lo sobrenatural que debemos sacar triunfante en presencia del naturalismo, pretendidamente científico, es Dios, que no se ha llamado el primero de los milagros, por la razon sencillísima de que no se halla contenido en la naturaleza. De aquí que no conozca fórmula alguna más radicalmente opuesta al axioma: *nada superior, nada fuera de la naturaleza*, que el siguiente: existe un Dios *distinto y creador de la naturaleza*. Demostrar esta verdad, vale tanto como destruir completamente el naturalismo que combatimos: error multiple y monstruoso que, admirándose únicamente del mundo sensible, sin elevarse hasta su autor, se cambia en una divinizacion universal sin Dios, y en una idolatría sin adoracion.

¿De qué manera comenzó el mundo? La verdadera ciencia no puede ignorarlo, porque la concepcion que del mundo y de su orígen tiene formada, determina lógicamente sus creencias y sus deberes. «Segun sea el concepto que se tiene del mundo, así se regulan los espíritus, se forman las costumbres y se agrupan las instituciones.» Tales son los términos en que se expresa M. Littré. Diríase en vista de semejante declaracion, que la escuela positivista se ha colocado en situacion propicia para darnos cuenta de su hexameron; mas la verdad es que en lugar de cumplir semejante compromiso, continúa expresándose en estos términos: «Nada sabemos relativamente á la causa del universo y á la de los habitantes que contiene: cuanto se cuenta ó imagina, no pasa de ser idea, conjetura,

ó manera de ver. La filosofía positivista no se ocupa ni de los comienzos del universo, dado que el universo haya tenido comienzo, ni de lo que acontece á los séres vivientes, plantas, animales, hombres, despues de su muerte, es decir, de la consumacion de los siglos, dado que haya consumacion de los siglos, puesto que cada cual es libre de pensar de todo esto lo que mejor le parezca. No existe obstáculo alguno que impida á nadie el que fantasee á medida de su antojo respecto de ese pasado y de semejante porvenir (1).»

En verdad que si los espíritus se regulan, y se forman las costumbres y se agrupan las instituciones, segun la concepcion que se tiene del mundo, es esta una singular manera de regular los espíritus y formar las costumbres y agrupar las instituciones. Y sin embargo no es este áun el mayor de los crímenes del naturalismo contemporáneo, puesto que despues de haber confesado que nada sabe del pasado ni de lo porvenir del mundo, afirma contradictoriamente que todo sér sobrenatural, creador y ordenador de las cosas, no es más que mera ficcion, y que las leyes naturales, en vez de ser voluntades providenciales, son propiedades inmanentes de la naturaleza, lo que vale tanto como decir que, dado que existiese Dios, sólo la naturaleza lo seria.

El materialismo aleman haciendo coro á las escuelas francesas, afirma por su parte, que no existe fueza sin materia, ni materia sin fuerza: es decir, la eternidad de las fuerzas y de la materia, y el infinito de esta. Añádase á estas negaciones radicales la del eclectismo que enseña con Leucipo, Epicureo, Lucrecio, Bayle y Spinosa, que de la nada, nada se produce, en términos que la creacion es imposible porque encierra una contradiccion absoluta (2) y se convendrá en que si el génesis verdadero se halla precedido de un cáos material, el génesis del error es un cáos intelectual sobre el cual no ha brillado áun la luz del sol.

«En cambio ¡cuanto tienen de luminosas y decisivas las palabras sagradas! *Al principio creó Dios el cielo y la tierra.* De ellas resulta que la materia no forma parte de Dios, como presumen los panteistas: que tiene su orígen, que es el mismo que el del tiempo, porque el tiempo es la duracion de la materia, como la eternidad es la duracion de Dios: y que la materia no es tampoco la obra del acaso, ó la agregacion fortuita de moléculas flotantes en los abismos de la inmensidad, como pretenden los materialistas. Y en efecto, ¿qué es una materia eterna, sinó una materia que sería Dios? ¡Y como suponer un *Dios-materia* dividido en millares de átomos, durante toda una eternidad esparcidos en espacios meramente imaginarios, reunidos un dia en virtud de una fuerza desconocida por

(1) *Filosofía Positivista.*

(2) Cousin. *Introduccion á la Historia de la Filosofía.* Lec. v.

una ley de cohesion arbitraria llamada acaso! Un acaso dotado de poder bastante para lanzar á los cielos las inmensas esferas que recorren sus órbitas; de inteligencia suficiente para fijar leyes á esos mundos de luz; y para abdicar inmediatamente su imperio, hasta el punto de privarse del derecho de modificar, en virtud de una nueva combinacion, el órden fortuitamente establecido: un acaso dotado del ingenio indispensable para realizar la sucesion de los dias y de las noches, de las estaciones, de los eclipses, de las mareas; para infundir la vida á todas las escalas de los séres, y asegurar su perpetuidad; para dar al hombre el alma, al bruto el instinto, á la planta la vegetacion; para improvisar el órden y las leyes de los tres reinos animal, vegetal y mineral; para establecer las rocas graníticas sobre sus inmutables asientos, y velar por la vida del sér microscópico que alienta dentro la gota de agua, ¿no seria por ventura el Dios que se niega á reconocer la ciencia contemporánea, y cuyo nombre paternal dejó Moisés inscrito sobre la cuna de los mundos por medio de las palabras *Al principio creó Dios el cielo y la tierra* (1)?»

Convenimos en que para llevar á cabo esta transicion de la nada al sér, fué indispensable un desenvolvimiento de potencia, superior á la inteligencia humana; ¿mas que importa que el culto de la creacion sea un misterio, si es cierto? ¡Son tantas las cosas de las cuales no puede darse cuenta el espíritu humano, no obstante no quedar duda alguna respecto de su realidad! Por ejemplo nosotros no podemos explicarnos el como y el porqué de la germinacion y de la vegetacion; mas ha de ser esto motivo bastante para negar el hecho? ¿Puede el hombre sorprenderse de no comprender el nacimiento de la tierra, cuando no acierta á comprender la manera como la tierra da nacimiento á la planta y matiza la flor y comunica al fruto su sabor regalado? Es antifilosófico sobre toda ponderacion el adherirse intelectualmente á solas las evidencias, cuando físicamente vése el hombre obligado á suscribir á tantas obscuridades.

Y nótese, además, que los progresos de la ciencia no han dificultado en manera alguna la defensa del dógma de la creacion. Que el mundo haya sido formado de una materia simple, siguiendo un desenvolvimiento regular bajo la accion de ciertas fuerzas, ó que haya aparecido de improviso con todo el explendor de una perfeccion completa; que la tierra haya empezado por el estado sólido ó por el gaseoso; que los globos todos hayan brotado en un sólo y mismo instante, ó que algunos hayan resultado de otros, como se dice por ejemplo, de los planetas, que se sostiene no son más que anillos desprendidos del sol en torno del cual giran; que exista en el ether un polvillo sideral, en estado de formar incesantemente

(1) Darras, *Hist. de la Iglesia*, t. I.

estrellas nuevas, merced á una rotacion continuada dentro de condiciones las más favorables; que por la tangente de ciertos astros, se escapen finalmente, fragmentos destinados á ser otros tantos mundos de fuego, bien así como los árboles al sacudir los gérmenes que en sus ramas se sostienen, inundan de nuevos árboles el suelo en que crecen, misterios son de la fecundacion indefinida, que nada prueban contra la necesidad de una creacion primordial: la generacion espontánea sea en los cielos, sea sobre la tierra, no puede dispensarnos de la existencia de un Creador supremo: porque abstraccion hecha de la fuerza generatriz ¿á que se reduce la generacion?

Estudiemos pues el dógma fundamental de la produccion de las cosas. Es este un problema cuya solucion no acertaba á distinguir el mismísimo Platon: la carencia de la nocion de un Dios creador, es lo que constituye el rasgo característico de todas las antiguas teogonías, que por lo mismo que divinizaban el caos, no acertaban á remontarse sobre él. Por lo que á nosotros toca, el hecho de establecer que el mundo no es eterno, equivale á alcanzar contra la negacion muchas victorias al par, por lo mismo que esta verdad difunde su luz vivísima sobre cuestiones innumerables. Con razon se ha dicho que «Empeñarse en discutir con quien no se forma una idea exacta del hexameron, ni de lo que el cristianismo entiende por creacion del mundo por Dios, sería tan difícil como querer demostrar el dógma de la Inmaculada Concepcion á quien no admitiera la divinidad de Jesucristo (1).»

Precisemos debidamente desde luégo la significacion de las palabras. Crear, no es en manera alguna trabajar en una materia primera cualquiera: el obrero dice Lactancio, ha menester piedras ó maderas para realizar la obra en que trabaja; no puede hacerse por sí mismo los materiales que necesita; mas á Dios, que es el poder supremo, no puede resistirle ni la misma nada. Por esto en tanto que el hombre trabaja con lo que existe, Dios trabaja con lo que no tiene existencia (2). Por esto san Agustin resume en los siguientes términos la enseñanza de la fé: «Creemos que Dios lo ha hecho todo de la nada (3).»

Por lo que á nosotros toca, estamos completamente convencidos de que el fondo de este dógma no tiene alcance; ¿mas no equivale á esclarecerlo, dejar establecido que es inaceptable la opinion contraria? Tomemos pues la ofensiva contra el ataque, probando que si en nuestro campo reinan las sombras, en el opuesto existe la imposibilidad; que si nosotros defendemos lo inexplicable, nuestros

---

(1) Reusch. *La Biblia y la naturaleza.*
(2) Lactan. *Divin. instit.* lib. II. c. 9.
(3) *De fide et sipub.*, c. II. y 2.

adversarios se empeñan en lo absurdo, y el dógma resultará vencedor en esta discusion, con tal que de ella resulte justificada la fórmula de un apologista contemporáneo: la creacion es un hecho cierto, por más que sea un misterio incomprensible. Si, este dógma es realmente la única explicacion completa del *hombre*, del *mundo* y del *deber*, y por consiguiente la única verdaderamente digna de toda razon, libertada de la fascinacion de los sistemas y de las prevenciones de una obstinada negacion.

I.

Si existe principio alguno superior á toda duda y hasta tal punto evidente que la razon no puede dudar, sin dudar de sí misma, es el que establece que «nada hay en el efecto que no se encuentre en gérmen en la causa.» Partiendo de él, fácilmente se llega á la siguiente conclusion: en la creacion existen efectos que únicamente pueden atribuirse á un Dios creador, puesto que no pueden explicarse por otro sistema alguno; por consiguiente, hasta aquellos que consideran dicho dógma como mera hipótesis, están obligados á suscribir al mismo, toda vez que hipótesis por hipótesis, la razon no tiene el derecho de preferir las que nada explican á las que lo explican todo.

Ahora bien, yo pregunto á los espíritus imparciales: ¿Basta el principio de la eternidad del mundo para explicar los fenómenos del mundo? ¿Una materia y unas fuerzas ciegas, pueden producir la inteligencia? ¿Una materia y unas fuerzas indispensables para sus movimientos pueden producir la libertad? ¿Una materia y unas fuerzas insensibles pueden producir el amor? ¿Una materia y unas fuerzas impersonales, pueden finalmente, producir la personalidad? Nó, contesta Aristóteles, porque lo perfecto no puede nacer de lo imperfecto. Por consiguiente sobre la materia y las fuerzas, es indispensable colocar un factor que me ha comunicado lo que no contienen ni las fuerzas ni la materia, ó admitir, de lo contrario que existen efectos sin causa, lo cual convierte en problema indescifrable la explicacion de las cosas. Hé ahí la ventaja inmensa de nuestra verdad: ya que no sea completamente clara, es creible, porque su contradictoria lo es mil veces ménos.

¿Qué dicen, en efecto, relativamente á este punto, así el catecismo de la afirmacion como el de la negacion? Preciso es convenir en que despues de dos ó tres preguntas, ambos se colocan en el borde del precipicio. Mas, entre las dos conclusiones existe una diferencia radical, que consiste en que la razon se ve obligada á abrazar las obscuridades de la afirmacion, y á huir, en cambio, de las

de la negacion, so pena de abdicar. Por ejemplo: si pregunto á la negacion de dónde ha surgido el mundo, me contesta que de la materia: y si añado, quién ha producido la materia, dice que la fuerza: y si insisto, con el objeto de averiguar quién ha creado la fuerza, ya no obtengo más contestacion que la del silencio. En cambio, cuando la negacion me pregunta quién ha hecho el mundo y le contesto Dios, si insiste, con el propósito de averiguar quién ha hecho á Dios, no puede jactarse de reducirme al silencio, porque, con la palabra Dios, tal cual el cristianismo la entiende, suprimo todas las dificultades, en tanto que con la palabra fuerza, solo logran suscitarse dudas: aquella es una contestacion, esta un compás de espera; el primero es una base, el segundo un sillar establecido en el aire; en una palabra, Dios explica al hombre, en tanto que la fuerza convierte en enigma al hombre y á todo el mundo moral.

Ya pueden, pues, envainar sus armas esos metafísicos del ateismo que se han alzado en son de guerra contra Dios, representándole como una creacion ideal del espíritu, completamente vacía de toda realidad objetiva. Para componer una imágen semejante, seria menester que el hombre estuviese compuesto á imágen de Dios. ¿De dónde habria sacado esas nociones de perfeccion que categoriza, y con ayuda de las cuales se eleva á la idea de la perfeccion infinita, sinó del seno paternal que le dió vida? Si, del mismo modo que el alma no puede resultar de las fuerzas inferiores de la naturaleza, el gran pensamiento de Dios no ha podido germinar en los laboratorios de la materia: nos es indispensable la revelacion original de Dios para hacernos capaces de producir la fisonomía. Lo que vale tanto como decir que Dios ha debido existir, para que su concepcion haya sido posible, ó que si no hubiese creado al hombre, la imaginacion de este jamás habria logrado crearlo.

Por consiguiente, no es extendiendo lo finito como llega el espíritu á pensar lo infinito: lo infinito constituye su nocion primera, podríamos decir el rasgo de la semejanza paterna impreso en él. Nunca, por más que haga, será capaz de imaginar á Dios el descendiente de un mono: para ostentar ese sello sobrehumano, es indispensable haber pasado por las manos de un creador divino.

Inútil es, pues, el empeño de los idealistas contemporáneos en hacer de nuestra concepcion una quimera, y una realidad del hombre que la concibe. «¿Por qué razon ha de existir lo imperfecto y no ha de existir lo perfecto? Dirémos en este punto con Bossuet: ¿Consiste precisamente en ser perfecto? ¿Y acaso la perfeccion es un obstáculo al sér? Al contrario, la perfeccion es la razon del sér.»

Esta plenitud, este máximum del sér, los concibe el hombre porque existe su tipo, y por consiguiente constituye un extraño trastorno el decir que dicho tipo existe únicamente en el hombre que lo concibe. ¿Si el Creador no hubiese grabado en mi sér el sello de su infinito, hubiese yo soñado jamás con lo infinito? Y no vaya

á hacerse de esta tendencia un privilegio de mi inteligencia: supuesto que el infinito concreto carezca de realidad, la creacion fantástica y abstracta que de él hago, léjos de ser un privilegio, es indefectiblemente una enfermedad de mi naturaleza. Si, gracias á ello, resulto de peor condicion que los animales que no sufren tales inquietudes ociosas y no se ven ostigados por el deseo de resolver esos problemas insolubles por lo quiméricos. «El buey, dice Chateaubriand, puede echarse sobre un lecho de verdura, levantar al cielo la cabeza, y llamar por medio de sus mujidos al Sér desconocido que llena esta inmensidad; mas, prefiriendo el césped que pisa, jamás se ocupa en preguntar á los soles que, brillando en el firmamento, son el testimonio más evidente de la existencia de Dios. Los animales no se ven asaltados por esas esperanzas que amedrentan el corazon del hombre, puesto que alcanzan sobre la tierra su felicidad suprema: un puñado de hierba basta al cordero, un poco de sangre satisface al tigre: la única criatura que no satisfaciéndose á sí misma, busca fuera de ella su complemento, es el hombre (1).» Bellísimas premisas de esta conclusion: si lo que el hombre busca fuera de él no existe, el hombre resulta juguete de una ilusion perenne, y su investigacion constituye en él una anomalía, mas no una grandeza. Mas, toda vez que semejante necesidad es en él una inclinacion de nacimiento, es preciso averiguar de qué procede. Una causa finita no puede engendrar el mal de lo infinito; por consiguiente, el hombre tiende á Dios porque de Dios procede, y sólo forma á Dios por su pensamiento, porque Dios le ha formado á él con sus manos. ¡*Manus tuæ fecerunt me et plasmaverunt me* (2)!

Si considerado el hombre bajo el punto de vista moral, solo ha podido resultar de una accion creadora, físicamente considerado, no podria ser de otra manera explicada su aparicion sobre la tierra. Mucho se ha discutido y se discute áun la cuestion relativa al tiempo de que data su existencia. Es un hecho que no ha existido siempre, y por consiguiente, es natural preguntar: ¿De qué manera ha venido? Dicen unos que en virtud de generacion expontánea: mas adelante veremos el valor que merece semejante opinion. Digamos, entre tanto, que dicho procedimiento nada más habria dado de sí que séres niños, con todas las debilidades é imperfecciones é impotencias propias de la primera edad. Ahora bien: el hombre, ó más bien el mísero infante de un sólo dia, ¿habria podido vivir sin una madre que le amamantara, le cuidara y le protegiera? De seguro no es este el modo cómo el género humano ha podido comenzar y perpetuarse. Otros han dicho: No ha sido en virtud de generacion expontánea sinó en fuerza de una transformacion lenta de las especies

(1) *Genio del Cristianismo*, t. I, pág. 208, ed. de 1831.
(2) Job. 10-8.

como nuestra familia ha resultado de las otras y se ha constituido sobre todas las demás. Pero esto, como en su lugar y caso demostraremos, constituye una imaginacion que nada justifica. Todos los hechos hasta el dia comprobados, demuestran que las especies no han experimentado cambio alguno notable y duradero. Dentro de una misma especie, las razas pueden variar ó modificarse la una por medio de la otra; pero las especies son inmutables, y de los ensayos practicados para transformarlas artificialmente por medio de cruzamientos entre las especies afines, solo se han obtenido séres híbridos, es decir, marcados con el sello de la esterilidad. Prueba elocuente de que sólo Dios creó las especies, puesto que el hombre no puede imponerles transmutacion alguna esencial.

Y ese testimonio indirecto prestado á la creacion del hombre es irrebatible, porque si el hombre no la comprende, ménos comprende el que no se haya realizado, y si no puede probarla, ménos posible le es admitirla. Ahora bien, nada más cierto que lo que es necesario: lo inevitable no ha menester demostracion.

II.

Pero si el dogma de la creacion es la única idea verdadera y completamente explicativa del hombre, es igualmente lo único que da razon del orígen y de la constitucion del mundo. De manera que la creacion es un misterio inicial que difunde la luz sobre todos los demás, y cuando se compara la ciencia del mundo segun la fé, con la ciencia del mundo segun el naturalismo, queda el ánimo sorprendido ante el espectáculo de las tinieblas que se desvanecen ante la elocuencia de estas palabras: Dios dijo, y todas las cosas fueron hechas. *Dixit et facta sunt.*

Para convencerse de ello, considérese cuanto es indispensable creer, cuando se cree en el Génesis segun el ateismo. En el principio existia el átomo desprovisto de toda cualidad química: despues del período atómico, durante el cual reina la mecánica pura, aparecen las fuerzas químicas contenidas en potencia en la materia y puestas en accion en virtud del medio que les es propio, lo cual constituye el período químico. Todavía no existen planetas ni astros, nos hallamos en plena época molecular: bajo el imperio de las fuerzas inmanentes, y acumulándose siglos sobre siglos, agregase la materia, y produce soles que deben servir de centro á los mundos esparcidos en el espacio: tenemos entónces el período solar al cual sucede el período planetario. Durante este, la tierra, átomo pequeñísimo, desprendido de la gran masa central, como di-

ce M. Renan, comienza á evolucionar en la órbita que habitamos. Llega más tarde un momento en que el sol hiriéndola con sus rayos suscita en ella la vida: la era biológica comienza, y... ya sabeis todo lo demás. Despues de lo que acabamos de exponer no nos vengais diciendo que ignorais el cómo y el cuándo de la existencia del mundo, por que la *ciencia* acaba de referíroslo con tales datos, que es como si lo hubiéseis presenciado todo (1).

Convengamos en que se necesita una buena dósis de circunspeccion para guardar ciertos respetos á tales invenciones; mas revistamonos de toda la que es menester para tratar en serio errores que no lo son. ¡Qué cosmogonía y cuantos misterios aceptados para eludir uno solo! En primer lugar: ¿Han tenido comienzo la fuerza y la masa? «Preciso es suponerlo, dice el propio autor, siquiera sea imposible aceptarlo» primer misterio. ¿Cuyo es el orígen del átomo, principio él mismo de todo lo demás? segundo misterio. ¿Cuál fué el orígen del movimiento que impulsó la universalidad de las cosas desde la era mecánica al período químico? tercer misterio. Y posteriormente ¿de qué manera se las han compuesto en su enlace fortuito los átomos engarabitados para formar esta armonía sin razon, y este concierto sin fin que se llama el mundo? ¿No es esto un golpe del azar mil veces más sorprendente, segun la comparacion clásica, de lo que lo seria la composicion de la *Eneida* merced á un conjunto de letras lanzadas de cualquier modo sobre el plato de una prensa de imprimir? cuarto misterio. Y suponiendo ya arreglada la materia, ¿como se dispuso esa cadencia universal, dentro de la cual se realizan todos los movimientos del universo? quinto misterio. Y finalmente ¿de qué manera lograron los rayos solares hacer brotar la vida del seno de la tierra, enlazándola con sus abrazos de fuego? Ya lo veis; siempre nuevos misterios: y todo para escapar al único misterio de la creacion *ex nihilo*. En verdad que es indispensable dar crédito á muchas cosas para disfrutar la ventaja de ser incrédulo.

¿Habria nadie imaginado que tras luengos años de investigaciones, hubiese venido á parar la ciencia en ese delirio de su infancia, es decir á la teoría del atomismo? Es decir que entre millares de millares de probabilidades, de que las cosas fuesen lo que son, habia una sola... y resultado de ella ha sido el mundo. Y pásese si esta improbabilidad de hecho no tuviese en contra suya todas las imposibilidades de principio; mas lo cierto es que el mundo sin Dios es un dógma cruel. En cuanto ha seducido la razon, la tiraniza por medio de irracionales antinómias.

O el mundo no existe por sí mismo, ó ha sido hecho de la subs-

---

(1) *Porvenir de las ciencias naturales*, por Renan plagiario de Buchner, Darwin y sir Carlos Lyell.

tancia de Dios, ó procede de la nada. Las dos primeras proposiciones son inadmisibles, por consiguiente sólo la tercera es cierta.

¿Es posible que el mundo exista por sí mismo? No, porque todo lo que existe por sí mismo, posee el ser en grado más alto que se pueda imaginar y por consiguiente es inmutable, indivisible, inmenso, absoluto é infinitamente perfecto. ¿Y son estos los caractéres que pueden asignarse al mundo? La evidencia prueba lo contrario, y por lo mismo mi razon vá á buscar fuera del mundo á aquel que con la plenitud del ser, tiene todas las ventajas de la existencia por sí mismo; y abrazando á este autor, á ese padre del mundo, encuentra en esta fé, mil soluciones para una obscuridad, satisfacciones inmensas para el espíritu en cambio de algunos sacrificios, y en una palabra, la calma de la verdad, en lugar de las calenturientas inquietudes del sistema.

Descartada la primera suposicion, pasemos á la segunda. ¿Ha sido hecho el mundo de la substancia de Dios? ¿El mundo Dios no es una verdad? Tal es el espediente de que echa mano el panteismo para escapar á la objecion clásica, nada puede nacer de nada, *ex nihilo, nihil fit*. ¿Mas es posible que puedan hacerse eternas las disputas relativas á tales errores? ¿Hemos pretendido jamás que la nada pueda convertirse en sér y servir por consiguiente de materia prima á la creacion? En manera alguna. Nosotros sabemos que la nada multiplicada por la nada siempre dará por resultado nada, del mismo modo que el cero multiplicado por cero nos dará siempre cero. ¿Mas resultará lo propio en el caso de que siendo la nada lo que se trabaja, no es la que trabaja la nada; de que siendo cero el multiplicando no sea cero el multiplicador? A la izquierda de ese cero que nada expresa por sí mismo, coloquemos una cifra, y el cero se encontrará repentinamente elevado al valor de ese número. Pues de la propia suerte al lado de esa nada, que es el vacío del sér, coloquemos la omnipotencia infinita, que representa la mayor suma posible del sér, y la una fecundando á la otra, sin tomar de ella cosa alguna, veráse surgir el mundo. Operacion divina siempre, indudablemente incomprensible, pero incomparablemente más admisible que los sistemas opuestos.

Hacer pues que lo que no era sea, que lo que no existia empiece á existir, con tal que medie una causa adecuada al efecto producido, es la naturaleza y la necesidad de toda creacion, de las vuestras como de la de Dios. Sois un pensador profundo: de repente hiere vuestro espíritu un rayo que procede de lo alto, surge ante vuestros ojos un mundo de ideas, y lanzais sobre la tierra uno de esos secretos que la hacen extremecer de sorpresa, y la obligan á exclamar Creacion: vos tambien, tambien vos habeis hecho algo de nada. Sois un orador, y bajo el imperio de una grande emocion, vuestras fibras se extremecen, vuestros nervios se ponen tirantes, vuestra voz truena, vuestra palabra hiere como un dardo de

fuego, y deja en la historia una especie de ondulacion eléctrica que se prolonga hasta los más lejanos límites del tiempo: tambien habeis hecho algo de nada. Por último sois un artista eminente: de improviso os sentís asaltado por el Dios de la inspiracion, y se escapa de vuestro pecho la *Plegaria del Moisés*, ó brota de vuestros pinceles la *Virgen de la silla*, ó como Vénus de la espuma del mar, sale á vuestro impulso de un fragmento de mármol blanco el acabado grupo de *Antinoo:* tambien vos habeis hecho algo de nada. Entónces ¿con qué derecho pretendeis negar á Dios un poder que vosotros disfrutais gracias á su liberalidad? Y sobre todo no trateis de eludir las consecuencias, alegando que en vosotros es la inteligencia quien ha creado el sistema; el alma la que ha promovido el movimiento oratorio; la inspiracion la que ha arrancado al génio expresiones supremas: imaginad en Dios todos esos dones, elevados á la potencia infinita, y despues sorprendeos de que haya llevado á cabo la creacion *ex nihilo* ántes de vosotros y como vosotros!

Y para evitar esta dificultad, á que escesos no se lanza la razon del panteista! ¿Qué son las sombras del mundo creado por Dios, en comparacion de las monstruosidades del mundo Dios? Oigamos el repugnante símbolo del *spinosismo* en presencia de la creacion.

El ateismo decia: nada es Dios; el panteismo dice: todo es Dios, lo que viene á ser lo mismo. Aquí no se trata del Jehová de la Biblia mandando á la nada, sinó de un Dios naturaleza, de un Dios fuerza, de un infinito impersonal que se vá desenvolviendo al través del tiempo y del espacio, pasando del estado fluido al sólido, mineral hoy, vegetal mañana, más tarde animal, hasta que llega el momento de convertirse en hombre, punto culminante de su crecimiento, en el cual comienza á tener conocimiento de su propio sér. De manera que el panteismo sólo evita el misterio de la creacion *ex nihilo* lanzándose á toda vela en los abismos del absurdo.

Si, semejante dogma es ya absurdo desde su punto de partida; porque este infinito que aumenta hasta alcanzar límites que no pueden determinarse, por insignificante que se le suponga en su orígen, tuvo uno, ¿quien fué el autor? Si es otro que él, no es infinito; y si es él mismo ¿como lo ha hecho para proporcionarse existencia ántes de existir? ·

Absurdo en sus principios, porque, segun Spinosa, el Sér infinito tiene dos atributos más grandes, que su poder pone en actitud para formar el universo: el pensamiento y la extension. ¿Y qué es la extension? Lo que es mensurable y divisible; por consiguiente, decir que la substancia divina es extensa, es enseñar que no es infinita, puesto que consta de dimensiones: al paso que destruir lo infinito de Dios, es lo mismo que anonadar su existencia, porque la

(1) E. Saisset, *Essais sur la phil.*; p. 60.

una es idéntica á la otra. Hé ahí por qué los discípulos del gran todo no lo definen como persona, sino como cosa pensante, *res cogitans* (1). Mero matiz del ateismo, disimulado por el miraje de las palabras. Por lo demás, los que prohibís la metafísica á la fé, no concedais tanta amplitud á la metafísica contra la fé. ¿Por qué es susceptible vuestro Dios mundo, no sólo de division, sinó tambien de crecimiento? Y si puede crecer, ¿cómo es Dios? y si es Dios, ¿qué necesidad tiene de crecer?

Absurdo, en fin, en sus consecuencias. La verdadera fórmula del panteismo es la union necesaria de lo finito con lo infinito, ó sea la unidad de substancia, lo que equivale á sostener que una misma cosa puede tener, al par, caractéres contradictorios y cualidades que se excluyen: por consiguiente, ser y no ser una misma cosa; ser materia y espíritu, cuerpo y alma, hombre y ángel, rio y montaña, movimiento y quietismo, visible é invisible, perfecto é imperfecto, relativo y absoluto, limitado é inmenso, variable y eterno; en fin, reunir el yo y el no yo, y hasta la verdad y el error en los abrazos de una consubstancialidad universal. Dígasenos ahora, y al preguntarlo nos dirigimos al simple sentido comun: ¿No es más fácil adorar un Dios creador, que semejante creacion del humano pensamiento?

Despues de los ateos que arrojan á Dios del mundo, y de los panteistas que lo identifican con él, cúmplenos ocuparnos de los deistas que creen en «la coeternidad de un universo que constantemente cambia, y de un Dios siempre inmutable (1).» Mas, ¿en qué consiste ese paralelismo entre dos existencias y dos eternidades, avanzando al par, y una al lado de otra, estando de una parte la existencia y la eternidad del mundo, y de otra la existencia y la eternidad de Dios? Es el dualismo maniqueo, la escision de los atributos divinos; en otros términos, la divinizacion del mundo y la caducidad de Dios. «Suprimir á Dios ó redoblarlo, que es lo mismo tambien que suprimirlo, tal es la consecuencia fatal del sistema que admite un mundo coeterno con Dios.»

«Toda substancia es causa, dice esta filosofía: es así que Dios es substancia, luego no puede dejar de ser causa. Nosotros no podemos concebir en manera alguna un Dios sin mundo, ni un mundo sin Dios.» Si no comprendo mal, esto quiere decir que el acto de Dios creador no es libre; por consiguiente, que siendo el mundo necesario en su orígen, como en su vida, no constituye más que un desenvolvimiento inevitable del sér divino, y un apéndice de Dios. Por consiguiente, entre los dos términos teneis necesidad de buscar una salida, pues, de lo contrario, no podeis escapar á las estrechas

(1) Spinosa, *Ethic.*, pars II, prop. 1.

conclusiones del siguiente dilema: ó una creacion libre, y entónces es el mundo saliendo de la nada segun el dogma cristiano; ó una creacion necesaria, y entónces es la substancia del mundo procediendo de la substancia de Dios, lo que constituye esencialmente el panteismo. ¡Tan cierto es que en todo esto nada más hay verdaderamente científico que el testimonio de la Biblia!

No hay, sin embargo, para qué disimular las objeciones de la parte adversa, cosa que es tanto ménos necesaria á la causa, en cuanto le aprovechan despues de haberla obscurecido un instante.

La primera pertenece al órden metafísico y se formula en los siguientes términos: Antes de la creacion Dios estaba sólo, y en vez de dos substancias solamente existia una. Sin embargo, dos substancias hacen una suma de sér, más considerable que una sola substancia. La creacion añade, pues, algo al sér de Dios: ¿cómo debemos hacerlo para poner de acuerdo con él este acrecentamiento con lo infinito que no lo consiente?

Hé ahí, ciertamente, un formidable ataque del panteismo ontológico. Mas si el argumento está debidamente establecido, carece de solidez, por lo mismo que sólo descansa sobre ignorancias y errores.

Desde luégo, y áun cuando realmente fuese cierto que no sepa armonizar la existencia de Dios con la creacion del universo, basta que la una y la otra estén aisladamente bien establecidas, para que no las perjudique la dificultad de su conciliacion. Este es el caso de repetir con San Agustin: No hay necesidad de negar, en una misma cuestion, lo que se comprende perfectamente, porque ofrezca algunos puntos obscuros que no se comprenden. *Non ideo negandum est quod apertum est, quia comprehendi non potest quod obscurum est.* Esto es cierto, especialmente cuando el espíritu se vé obligado á echarse en lo inaceptable para escapar á lo incomprensible.

Mas, ¿será cierto que la substancia del sér creado, uniéndose á la substancia del sér creador, constituya un engrandecimiento del sér, y un acrecentamiento de lo infinito? Esto no es más que una grosera concepcion de las cosas. Colocar en forma de adicion lo finito sobre lo infinito, tirar raya, y totalizar ambos valores, es una operacion absurda: lo finito y lo infinito, lo creado y lo increado no son cantidades homogéneas, y por consiguiente entre ambos factores no puede existir relacion alguna de cantidad: además, lo finito recibiendo de lo infinito cuánto tiene y cuánto es, no podria acrecerlo ni aumentarlo en lo más mínimo.

La montaña, mas su sombra: esto no hace dos montañas, no forma siquiera dos séres; la sombra adicionada ó suprimida nada añade ni quita á la masa (1). Lo propio acontece con el mundo res-

(1) El Rdo. Guiol, *Conferencias de* 1867.

pecto de Dios. Cierto que si fuese de la misma substancia que Dios, seria una extension de él; mas, como es de diferente substancia, no puede aumentarlo, del mismo modo que un alma imponderable é inmaterial, nada puede añadir al peso ni al volúmen del cuerpo que habita.

Todas esas obscuridades provienen exclusivamente de confusion. El mundo no se halla contenido en Dios como una cantidad en otra cantidad, sinó virtualmente, eminentemente, es decir, de la manera que el efecto subsiste en su causa, á veces de una manera superior á él mismo. Por consiguiente, siendo infinita la potencia creadora, el sér de toda criatura se encuentra en esta causa de una manera infinita, y cuando esta causa pone en la criatura la realidad del sér, no puede aumentar ni disminuir la suma de este. Lo que acontece entónces es que hay un número mayor de séres; pero de ningun modo una cantidad mayor de sér, *plura entia, sed non plus entis*. El sér infinito puede compararse á la antorcha en la cual se encienden las antorchas á millares sin que la primera experimente el cambio más insignificante.

Ejemplos más tangibles. Imagináos ser César ó Napoleon I, es decir, la personificacion del poder más absoluto. Un dia se os antoja distribuir esta autoridad entre una vasta jerarquía de representantes: ¿puede decirse, en vista de las creaciones resultantes de esa distribucion de la suprema autoridad, que haya aumentado ó disminuido la autoridad en el mundo? Suponed que os llamais Miguel Angel, Rafael ó Leonardo de Vinci, y que llenais los museos del universo de obras maestras imperecederas; ¿hay quién sea capaz de sostener al contemplar las maravillas producidas por vuestro génio, que haya aumentado ó disminuido la suma del génio en vos ó en la humanidad? Finalmente, supongo que sois un Demóstenes ó un O'Connell, acostumbrado á infiltrar vuestra alma por medio de la palabra en el alma de los pueblos; cuando habeis logrado comunicar vuestra inspiracion á un siglo entero, ¿habrá quién ose sostener que se ha experimentado un cambio en más ó en ménos en las facultades oratorias de la tierra?

Por consiguiente, cuando San Pablo asegura que teneis en Dios la vida y el movimiento, no quiere insinuar en manera alguna que acrezcamos el sér divino habitando en él, sino que enseña sencillamente que estamos de él penetrados. ¿Aumentan por ventura la masa atmosférica, las aves que cruzan el espacio, ni la masa líquida, los peces que hienden los mares? Y además, ¿qué son las creaciones de Dios relativamente á Dios? Para tener de ello una idea, compárese lo que es respecto de lo infinito el espacio indefinido. Para el observador, colocado en la luna, por ejemplo, la cima del Monte Blanco no ofreceria más relieve que el de una cabeza de alfiler sobre la superficie de la tierra; los globos un millon de veces más grandes que la tierra, solo nos aparecen como puntos luminosos en

la region etérea; otros, infinitamente mayores, no los llegamos á distinguir, porque su luz se pierde en el camino; finalmente, si pudiésemos comparar el espacio á una persona, podríamos decir que los mundos que lleva en sus incomensurables pliegues, son á él lo que á nosotros los impalpables átomos de polvo adheridos á nuestros trajes.

Imagínese ahora toda esta region de lo indefinido perdiéndose en lo infinito, como la gota del agua en la mar y si el mar no crece ni áun por el desbordamiento de los rios, ¿no sería locura insigne presumir que el Océano inconmensurable del ser, pueda aumentar por la union de algunas moléculas más ó ménos? El sol emite hace más de seis mil años sus rayos luminosos sin disminucion sensible de su foco; apesar de esto no han faltado físicos que presuman que en el transcurso de los siglos el sol se apagará por consuncion; mas el sér infinito, brilla desde la eternidad sin agotarse, del propio modo que abarca lo infinito sin engrandecer, porque todas sus obras son en él como si no fueran.

Despues de los metafísicos, los naturalistas han intentado substituir á las dificultades del dógma de la creacion, las claridades de la hipótesis que formularan ya los Griegos: la inmortalidad de la materia. Véase el giro desconocido que dan á un antiguo argumento. «La continuada metamórfosis de los séres, el nacimiento y la muerte de las formas orgánicas ó inorgánicas no son el producto de una materia, que antes no existiese: este cambio no es más que la transformacion continua de las *mismas* materias primitivas cuya masa y calidad son siempre y perennemente las *mismas*, por consiguiente es imposible crear lo que no puede ser anonadado! La materia es y será eternamente, porque la única modificacion que puede experimentar se reduce á un cambio de forma (1).»

¡Cuantos errores; qué de falsos raciocinios en apoyo del poético arranque de Shakespeare. «El altivo Cesar, muerto y en polvo convertido, tapa ahora tal vez una rendija que daba paso al viento.» En realidad no necesitábamos á los sabios de Alemania para saber que el torbellino vital realiza en nosotros rápidas metamórfosis; que de un mes á otro somos seres materialmente nuevos, y que nuestros átomos, áun cambiando de sitio y dejándonos de pertenecer, resultan indestructibles: ni negarémos tampoco que todas las materias primitivas datan del principio de las cosas, sin que, posteriormente, haya sido creada ni destruida una sola molécula. La filosofía que enseña el descubrimiento progresivo del mundo en general, la ciencia que enseña el crecimiento de los mundos en particular, bajo la accion de sus diversos medios, vienen en último resultado á decirnos, que durante millares de años de rotacion en el

(1) Rossmaster.

interior de un espacio sembrado de átomos, la tierra no se ha aumentado en uno solo.

Mas sea lo que quiera de esas premisas que influyen muy poco para la conclusion, cuidemos especialmente de poner la conclusion á cubierto de los errores de nuestra razon. Vosotros decís: el mundo no puede ser destruido; luégo no pudo ser creado ¡Ah, que le responderiais al que os dijese: El mundo no puede ser anonadado por el hombre, luégo el que conserva el mundo es un poder superior al del hombre: un mundo destructible probaria que soy más fuerte que su autor; un mundo indestructible prueba que lo soy ménos: tales son los límites extremos á que puede alcanzar vuestra lógica: en cuanto se empeña en adelantar un paso más se desvanece. Y cuando sosteneis que la materia es eterna porque careceis de fuerzas para anonadarla, decís pura y simplemente que Dios no ha hecho el mundo, porque no permite que lo destruyais.

Repitámoslo sin embargo, el tránsito de lo posible al sér es un misterio y siempre podrá aplicarse al mundo como al Verbo divino la palabra santa: *Generationem ejus qui enarrabit?* Mas dicho misterio á la manera de ciertos astros cuyo núcleo es opaco, siendo luminosa la envoltura que lo rodea, es obscuro interiormente y exteriormente claro por demás. Sí, el acto creador es un *fiat lux* cuyos rayos inundan toda la creacion: suprimidlo con el pensamiento, y veréis al espíritu abismarse en el cáos. De manera que nosotros podríamos decirles á nuestros adversarios: vosotros rechazais nuestra explicacion; veamos la vuestra: colocaos en nuestro lugar, nosotros atacarémos, defendeos vosotros. Decís que la solucion cristiana carece de la evidencia necesaria; sepamos si la vuestra tiene motivos para revindicar el apoyo del sentido comun.

Acabamos de nombrar al sentido comun, que suele ser el juez más abonado para la resolucion de semejantes cuestiones. Jamás fué sometida á la prueba de dicho tribunal la accion de un Dios creador. Contemplad el firmamento en una noche estrellada, y al sumergiros en sus profundidades, al considerar sus distancias, al enumerar esos astros, al estudiar esas leyes, al contemplar esa armonía, al ver, en una palabra, esa imágen expléndida de lo infinito, estoy seguro que, sin quererlo, sin daros de ello cuenta, os elevaréis de la imágen á la realidad. Siempre representará mejor á la razon humana, el conjunto del humano linaje que el sabio aislado; porque la razon no se compone únicamente de inteligencia, sinó tambien de intuiciones de sentimiento, que á veces desaparecen del corazon del sabio. Ahora bien, el género humano jamás ha dudado en presencia de la bóveda de los cielos. Háse dicho que estos cuentan la gloria de Laplace; la negacion de Laplace jamás tendrá eco, más allá de determinados conciliábulos académicos, en tanto que de la tierra al sol, del sol á las nebulosas, la gloria de Dios creador será siempre escrita en caractéres de fuego, y cantada eternamente por la armonía de las esferas.

¡Lamentable inconsecuencia! En cuanto la ciencia moderna descubre en una capa geológica utensilios que supone labrados por la mano del hombre, los considera como huella y vestigio que revela el paso del hombre; y en cambio cuando encuentra en el universo las señales evidentes de la inteligencia, del amor, y del poder de Dios, se empeña en no reconocer en ellas el sello de Dios. «Y sin embargo la lógica más sencilla debería conducirnos á un extremo diametralmente opuesto. Si una persona halla al paso un anillo, ó una pieza de metal de forma circular, examinando el hallazgo diráse tal vez: es posible que la casualidad haya dado esta forma á ese pedazo de metal; mas si alcanzándolo observa que de aquel anillo pende otro elaborado de la propia suerte, y del segundo un tercero, y despues un cuarto y otro y otro, inmediatamente desechará su primera opinion y solo verá en aquella cadena formada por varios eslabones el indubitable vestigio de la industria humana (1).» Cuando se contempla determinadamente el mundo, sorprende la muchedumbre de eslabones que, enlazados los unos á los otros, aparecen en esa obra inmensa: y cuando se sigue la no interrumpida série de los eslabones, remontando hasta el primero, la creacion aparece suspendida de esa cadena misteriosa que sostiene potente la mano de un Dios creador.

III.

La creacion *ex nihilo* es pues la explicacion más plausible del hombre y del mundo; pero además es la única interpretacion moral del orígen de las cosas, es decir la única base lógica de las creencias y del deber.

O el mundo existe por sí mismo, ó ha sido sacado de la substancia de Dios. Es la única disyuntiva posible á los ojos de aquellos que no admiten un comienzo de las cosas por acto de la omnipotencia divina. Ahora bien, ya hemos visto que los dos términos de la disyuntiva implican el ateismo, y por consiguiente la única moral que consiente un dógma tan esencialmente inmoral, como el que consiste en el anonadamiento del deber bajo sus tres nociones más genéricas: fé, esperanza y amor.

Si el mundo no ha tenido Padre, el hombre existe por sí como el mundo; es para él su fin y su Dios, y toda adoracion que no sea la del yo, es una verdadera aberracion. Dado este precedente, admitida semejante hipótesis, las creencias y los cultos deben desaparecer. En adelante la única religion permitida será el estudio de las

(1) Car. Wisemann. *Discursos y Conferencias.*

religiones, y puesto que, segun sea la concepcion que del mundo se tiene, los *espíritus se regulan y se forman las costumbres*, procuren orientarse los espíritus respecto del axioma de la materia eterna, y sean las costumbres lo que puedan ser. Los pensadores de cortos alcances imaginan que lo mismo da creer en un mundo que ha sido hecho, que en un mundo que se ha hecho! ¡Cuestion insignificante en realidad, puesto que sólo se trata de saber si hay un Dios fuera del mundo! Desde el momento en que el hombre es un Dios en miniatura, sus deseos son legítimos, sus pasiones son santas y el deber no es más que un atentado contra su libertad. Y en cambio, si la humanidad es un producto de la materia elaborada por las fuerzas físico-químicas, una *especie animal que*, hace cierto número de siglos, *tomó sobre los demás una superioridad decisiva*, miéntras llega el momento de que otros la tomen respecto de ella, ¿á que se reduce, que viene á ser la moral? Una tiranía más estúpida todavía que cruel. ¿Y el deber? Un fantasma inventado por la cobardía. ¿Y la conciencia? Una pesadilla creada por la supersticion. En una palabra, el más inteligente de los animales no es más que un ente alucinado, y una vez suprimidos Dios y el alma, es decir, el objeto y el sujeto de la fé moralizadora, lo propio acontece con la moralidad.

Bajo la nocion de esperanza el deber se une tambien esencialmente al dógma de la creacion. Si Dios no existe en el principio de las cosas, tampoco puede existir al fin, y la perspectiva de este porvenir sin justicia, sólo provoca en el corazon del hombre la corrupcion y la desesperacion. La corrupcion, en cuanto la esperanza no está exclusivamente destinada á mecer el corazon sinó tambien á sanearlo. ¡Cuántas virtudes nacieron, y cuantos vicios han quedado vencidos, por la influencia de ese sentimiento moralizador: creo en la resurreccion de la carne y en la vida perdurable! La desesperacion, porque si Dios no ha creado el mundo, no ha de saber gobernarlo, y nada hay más espautoso para el hombre que el ver su inteligencia presa de un destino ciego; su libertad, víctima de energías fatales; y su pequeñez sometida á un gran todo implacable y cruel, que nos hace verter lágrimas en abundancia, sin ofrecernos la recompensa más insignificante.

En cambio desde el momento en que la creencia en un Dios creador reemplaza á la de la divinidad de la naturaleza, la esperanza brilla sobre nuestro horizonte, y los desterrados en este valle de lágrimas, hallan un manantial de consuelos y de virtudes, repitiendo con el espiritualismo contemporáneo:

«Esperanza divina que haces latir mi corazon en medio de las incertidumbres del entendimiento! ¡Abismo cubierto de tantas nubes, mezcladas con un poco de luz!.... Despues de todo, existe una verdad más explendorosa á mis ojos que todos los resplandores

y todas las luces; más cierta que las matemáticas y es la existencia de la providencia divina. Si, hay un Dios, un Dios que es una verdadera inteligencia, que, por consiguiente, tiene conciencia de sí mismo, que todo lo ha hecho, que todo lo ha ordenado con peso y medida, y cuyas obras son escelentes, cuyos fines son adorables, no obstante ser impenetrables á mis débiles miradas. Este mundo tiene un autor perfecto, perfectamente sábio y bueno. El hombre no es ya un huérfano en el mundo, puesto que tiene un padre en el cielo. ¿Que hará ese padre de su hijo cuando vuelva? Nada que no sea bueno. Sea lo que quiera lo que acontezca todo irá bien. Cuánto ha hecho está bien hecho. Cuanto debe hacer y haga, desde luégo lo acepto. Yo le bendigo. Sí, tal es mi fé inquebrantable, y esta fé es mi apoyo, mi asilo, mi consolacion, mi dulzura en este momento formidable (1).»

Finalmente, tambien depende del dógma fundamental que estudiamos, el amor que reina entre los hombres. Cuando estos proceden de Dios, es decir de un mismo seno paternal, no experimentan dificultad alguna en reconocerse hermanos; pero si resultan en línea recta de las mónadas ó infusorios suscitados por los rayos del sol en las cuatro partes del mundo, los hermanos quedan reducidos á meros semejantes, el vínculo de la familia es reemplazado entre ellos por el de la conformacion, y es indispensable crear una simpatía artificial que substituya á la simpatía real amenazada de extincion.

Nada puede dar una idea del horror que se extendería sobre el mundo el dia en que, averiguado que no eran obra de Dios, se convencieran los hombres de que se hallan en él casualmente, siendo dueños de vivir como buenos amigos, si así les convenía mútuamente, ó de deshacerse los unos de los otros, si se estorbaban. Háblase con un sentimiento de terror del infortunio de ciertos globos que privados de un foco de calor suficientemente enérgico, hánse convertido en glaciares. La supresion del dógma de la creacion produciría uno de esos enfriamientos incomprensibles en nuestra civilizacion, y trocaria la tierra en un verdadero páramo moral. La caridad disminuye entre los hombres cuando no se aman en Jesucristo; pero se extingue completamente cuando no se aman siquiera en Adan. Por esto en cuanto han renegado este santo parentesco, que constituye su primer vínculo de union, la temperatura de sus corazones ha descendido hasta un nivel inconcebible; la poesía ha muerto, el entusiasmo se ha ridiculizado, las almas se secan á impulsos de un viento mortífero, y el hombre recorre la tierra sin salir de su yo, pues conociendo todos los pueblos, sólo se ama á sí mismo.

---

(1) Cousin, hablando de *Santa Rosa*.

Por consiguiente, el deber respecto de Dios, respecto de nosotros mismos, y respecto de la humanidad, está subordinado al dógma de la creacion. Poco importa que sea un misterio. Son tantos los misterios que iluminados por este, le devuelven la luz que reciben, que se suscribe á sus sombras más fácilmente que á la negacion opuesta. Por lo que á mí toca, despues de haber explorado los sistemas, y recorrido con el pensamiento el espacio comprendido entre la tierra y los más elevados cielos, preguntando á todos los mundos: ¿de dónde veuís, á do vais? experimento el alivio de un hombre que despierta de una horrible pesadilla, pudiendo descansar mi alma en esta mi profesion de fé: Creo en Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

«Dios infinitamente bueno, tal es la obra de vuestra sabiduría. Os haceis sentir en mí, ya que no podeis haceros comprender perfectamente. Vos quereis que mi corazon concluya el himno que mi inteligencia debió comenzar. Seguro estoy de que procede de vos, siquiera ignore la manera, y tengo la seguridad de que si mi creacion es vuestro secreto, tambien es obra vuestra (1).»

---

(1) Rdo. Guiol. *Idem.*

CAPÍTULO VIII.

La fé y la geología.

Podemos, pues, decir, que anterior y superior á la naturaleza, existe un Dios autor de ella. Es esta la única explicacion que puede darnos cuenta de la existencia y de la constitucion del hombre, del orígen y de los fenómenos del mundo, de la nocion y de la certeza del deber. ¡Cuántas consideraciones podríamos añadir en corroboracion y como complemento de lo expuesto! Con haberles manifestado á los metafísicos que, siendo el mundo un efecto, debe existir una causa, la razon no ha agotado con mucho el caudad de sus argumentos, puesto que puede decirles á los físicos: el mundo es un movimiento perenne, luego ha de existir un primer motor; y demostrarles á los matemáticos, que *el número actualmente infinito es imposible*, y que por consiguiente, ha habido un instante en el cual ha parecido sobre la tierra el primer hombre, y la tierra ha comenzado á girar en el espacio, ó ha empezado á existir: lo cual equivale á concluir por demostracion científica, con Cauchy, que la materia no es eterna.

Mas una vez establecido el dogma y el hecho de la creacion, cada uno de los grados de la naturaleza creada nos ofrece dogmas y hechos correlativos ó corolarios de éste que justificar. Desde luégo, descendiendo de Dios á su obra, nuestro estudio deberia fijarse lógicamente en el firmamento que encierra la multitud de mundos que componen el universo, del cual la tierra no es más que un fragmento casi imperceptible. Con ello, además, observaríamos el órden señalado á la operacion divina por medio de estas palabras reveladas: *Al principio creó Dios el* Cielo *y la* Tierra. Mas el suelo que nos sirve de morada y que es el teatro de nuestras observaciones, ¿no merece ser conocido ántes que todo lo demás? Para saber más exactamente lo que pasa sobre nuestras cabezas, ¿no vale más averiguar lo que se realiza debajo de nuestros piés? Por nuestra parte así lo hemos creido, y este sacrificio del órden teórico á la certeza práctica, es lo que nos obliga á refutar, con preferencia á todas las demás, las objeciones que nacen de la geología.

Tiene esta por objeto explicar las transformaciones diversas que la tierra ha experimentado, desde los primeros momentos de su existencia hasta nuestros dias, y por consiguiente, el orígen de nuestro globo, su estructura, las diferentes capas y venas minerales que forman su corteza: en una palabra, la anatomía de su inmenso esqueleto, sin contar el estudio de las especies animales y vegetales que yacen sepultadas en su seno. Sin embargo, esa poblacion grandiosa de plantas y de animales que resurge al presente de sus profundas catacumbas, para componer la flora y la fauna del antiguo mundo, pertenece más directamente á la ciencia de los fósiles, ó sea la paleontología.

De cuantas ciencias se conocen, es la geología una de las más modernas. Data su existencia de los primeros años del presente siglo, y por consiguiente, no puede decirse que esté completamente formada. En 1806 contábanse ya más de ochenta sistemas relativos á la tierra, más ó ménos hóstiles á la fé. De todos ellos no ha quedado en pié uno sólo, la misma ciencia se ha encargado de barrer sus fantásticas imaginaciones. En su estado de infancia, la geología anda como los niños, es decir, experimentando frecuentes caidas, bamboleándose continuamente, adelantando algunas veces. Léjos de nosotros el intento de negar su progreso, como justa represalia á sus frecuentes errores, sin embargo, no podemos ménos que recordarle que es de todas las ciencias la que deberia presentarse con más modestia y circunspeccion.

Sí, ninguna en tan breve tiempo cuenta con un pasivo más considerable de ideas falsas y de ridículas invenciones. Por esto, cuando se lanza á inducciones antireligiosas, en lugar de contestarle es preferible dejarla decir, y esperar. «Todos sus sistemas, dice un sábio ilustre, se han levantado unos al lado de otros, parecidos á las movibles columnas del desierto, avanzando en frente de batalla; pero, como ellas, no eran más que arena (1).» No rechacemos, sin embargo, los descubrimientos de la geología positiva, porque nos inspire legítima desconfianza la geología congetural. Lo que ha complicado la cuestion entre la geología y la fé, consiste, por un lado, en la fatuidad agresiva y precipitada de la primera, y por otro, en la oposicion destituida de inteligencia de los representantes de la segunda: de manera, que el antagonismo no existe entre la ciencia y la teología; sinó entre los sábios y los teólogos.

Y se comprende perfectamente: el antagonismo real es imposible cuando no hay empeño en ver en la Biblia lo que Dios no ha querido hacer de ella, esto es, una especie de manual inspirado de todas las ciencias. Por esto no vacilamos en consignar que sólo gratuitamente ha podido llamarse cosmogonía á la narracion de Moi-

---

(1) Cardenal Wiseman.

sés. Propiamente hablando, solo trata de geogonía, pues solo se ocupa en los demás globos que forman parte del cosmos, cuando trata de sus relaciones con la tierra. En segundo lugar, Moisés, cuenta únicamente del nacimiento y formacion de la tierra, aquello que indispensablemente ha menester para que sirva de base y sosten á la revelacion dogmática que se propone. Por consiguiente, todas las curiosidades de lo porvenir relativas á lo interior de nuestro planeta, á la composicion de sus tierras, á la clasificacion de sus especies vegetales ó animales, áun cuando pudo indudablemente satisfacérlas el historiador sagrado, no quiso hacerlo; en primer lugar, porque no entraba en su propósito erigirse en profesor de botánica y de zoología de las generaciones futuras, y despues porque su obra resultaba completa, á pesar de las enumeraciones científicamente incompletas, cuando por medio de ella, hubo transmitido á los hombres las verdades de que Dios le habia encargado en su favor.

Finalmente, descarguemos á la Biblia de las responsabilidades indebidas que le imponen ciertas locuciones llamadas antropomorfismos, que comunican analógicamente á la accion divina ciertos caractéres que son propios de la accion humana. Por ejemplo, Dios, antes de emprender cada una de las creaciones, se dirige á sí propio la palabra; pero esta palabra que certifica el hecho, no debe entenderse que certifique el órden ó el modo de esas diversas creaciones. Habiendo Dios terminado sus obras *vé que son buenas*. Esto no expresa en manera alguna el movimiento de un artista humano que al dar por terminado su trabajo, contémplalo una vez más con el propósito de gozarse en su admiracion, sinó la comprobacion de un Creador divino que presenta su obra á los siglos futuros como la realizacion adecuada de su idea. Por otra parte, ¡Dios se arrepiente de haber hecho al hombre! Esta palabra no supone un cambio en la voluntad del eterno Padre, sinó un pesar, una herida inferida á sus sentimientos paternales. Despojada de esta suerte de sus formas metafóricas, de toda superfetacion de exégesis, y del aparato de los sistemas, la fé nos parecerá ménos obscura que la geología.

¡Ah! si Roma impusiera bajo pena de heregía, todas las opiniones aceptadas por el Instituto, relativamente á los fenómenos de mineralizacion y fosilisacion realizados en nuestro suelo desde el período siluriano hasta el período plioceno, ¡cómo se sublevaría el Instituto contra Roma! Pues bien, la Iglesia es más justa respecto del Instituto. Acoje con favor las imaginaciones más romancescas de la ciencia, con tal que esta no las erija en artículos de fé contra la fé. Detiénese con fruicion ánte el cuadro ideal que representa sus paisajes antidiluvianos, siquiera sepa que distan mucho de encerrar la exactitud de las reproducciones fotográficas, y concede finalmente á la geología toda suerte de consideraciones, en lo cual, por cierto, no se ve por esta correspondida, y no la combate como no sea para defenderse de sus ataques.

No es pues nuestro objeto poner patente que exista entre ellas la concordia, sinó demostrar que deberia existir y que existirá, en cuanto se decidan á transigir sus mútuas prevenciones los campeones de la verdad y los de la ciencia. Por lo demás podemos exhibir los preliminares para la paz firmados por la misma ciencia.

«Durante mucho tiempo, el estudio de la geología háse considerado peligroso para la instruccion de la juventud, hasta tal punto, que podríamos citar un gran país de Europa, en el cual estaba prohibida, por anti-religiosa, la enseñanza pública de dicha ciencia. Estos temores ó aprensiones eran acaso legítimos cuando reinaba y dominaba en la geología la idea, al presente considerada errónea, de las revoluciones generales y de los cataclismos contínuos del globo... Hoy sabemos á que atenernos respecto de este sistema de explicacion. No cabe duda que nuestro globo ha sido teatro de frecuentes catástrofes: su corteza sólida háse visto desgarrada por mil partes distintas, resultando de ello aberturas y grietas al través de las cuales, merced á las erupciones, han brotado á la superficie las materias contenidas en el interior. Esos grandes movimientos han conmovido el suelo, anegado los continentes, abierto valles profundos y hecho brotar montañas elevadísimas; mas todos esos fenómenos, no obstante su poderosa y terrible intensidad, no podian alcanzar á todos los extremos del globo y destruir en consecuencia los séres que vivian en su superficie..... No, Dios no creó especies orgánicas para anonadar cada vez y con su mano, su propia obra. Sería juzgar muy mal de la majestad de sus designios; sería apreciar malísimamente la alteza de sus propósitos, respecto de la disposicion de la naturaleza, el subordinarlos á esas alternativas continuadas, á esos pasos adelante y atrás. Las especies orgánicas murieron de muerte natural segun se dice en el lenguaje vulgar. Las razas deben morir como mueren los indivíduos. El soberano señor que ha creado las razas y los indivíduos, así lo tiene decidido, y en virtud de un plan sábiamente ordenado, los séres que han vivido durante cierto tiempo en el globo, han cedido su puesto á otros frecuentemente más perfeccionados.

«... Otro acuerdo importante de la geología y de la revelacion bíblica ha quedado fuera de duda merced á trabajos últimamente realizados: nos referimos á la cuestion de la existencia de la raza humana en la época del gran diluvio del Asia occidental. Durante mucho tiempo se creyó poder batir en brecha el relato de Moisés, relativo al diluvio de Noé, alegando que el hombre no apareció sobre la tierra, hasta despues del gran sacudimiento geológico que produjo la inundacion de las comarcas situadas al pié de la larga cordillera del Cáucaso. Los descubrimientos llevados últimamente á cabo por diversos geólogos y especialmente por M.M. Boucher de Perthe y Cárlos Lyell, han dejado fuera de duda la existencia del hombre en esta época, demostrando que la tierra estaba habita-

da por la raza humana ántes del diluvio asiático, y verificado por consiguiente la narracion del historiador sagrado (1).»

Tal es la manera como la geología emplea en provecho de la fé las armas que forjara contra ella. En un principio *el hueso maxilar* descubierto en Moulin-Quignon, y los instrumentos de piedra pulimentada ó abrillantada hallados en ciertas cavernas establecian, segun la ciencia, la existencia de generaciones preadamitas, lo que parecia inquietante para la fé. Hoy, esas mismas reliquias arqueológicas sólo prueban la existencia del hombre ántes del diluvio mosáico, lo que es ventajoso para la fe. Aprovechémonos de esta conclusion sin darnos por esto por satisfechos. Es indispensable un debate más formal, para resolver la cuestion, por demás complicada, que se ha suscitado entre la geología y el cristianismo. Vamos pues á demostrar con las pruebas en la mano, que la ciencia de Dios no ha experimentado ni experimentará jamás ninguna denegacion de la ciencia de la tierra, ora considere á la tierra en su *formacion*, ora la juzgue en sus *transformaciones*.

I.

¿De qué manera comenzó la tierra? ¿Fué por los explendores de la juventud como Adan? ¿Fué por el sucesivo desenvolvimiento de un dilatado crecimiento? Libre es cada cual de creer lo que mejor le parezca, con tal que respete la integridad de estas palabras divinas: *Al principio creó Dios el cielo y la tierra.* El estado primitivo de la materia creada es difícil de determinar. Por esto no hay prescripcion alguna que obligue á creer que Dios ha dado el sér á un mundo adulto. Acaso la omnipotencia creadora brilla más explendorosa en la hipótesis de una materia producida en estado simple y perfeccionada ulteriormente por las leyes que actúan incesantemente. Esta opinion, dice el P. Pianciani en su *Cosmogonía natural comparada con el Génesis*, en nada disminuye la accion del Creador; antes bien, nos enseña de una manera más elocuente, la sabiduría que imprimió á las moléculas movimientos tan perfectamente dispuestos, que de ellos debian resultar los innumerables efectos relativos á la formacion y conservacion de los mundos, lo mismo en el pasado más remoto, que en el transcurso de los siglos venideros. *Omnia in mensura et numero et sapientia disposuisti* (2).

De manera que, segun lo dicho, la fé no tiene por qué alarmarse

(1) Luis Figuier. *La Tierra antes del Diluvio.*
(2) Sap. 9-21.

del sistema de geología llamado atomismo. Podemos imaginar el universo compuesto en un principio de los elementos actualmente conocidos; bien que sin haberse reunido áun en fuerza de la cohesion ó de la atraccion química. Esas partículas diseminadas en el espacio no eran en manera alguna el cáos de los paganos, puesto que el desórden sólo era aparente, por lo mismo que la materia que lo constituía, estaba dotada de la energía plástica de la cual debia resultar el mundo. Dados estos antecedentes, la primera materia del universo sólo ha podido estar formada por un conjunto inmenso de átomos. Los que no pertenecian á nuestro sistema solar, agregáronse en fuerza de las mismas leyes que los de la tierra. Además de la atraccion universal, han desempeñado en tales transformaciones un papel importantísimo las afinidades moleculares, resultando de ese trabajo rudimentario, el embrion destinado á ser un dia la tierra!

Esto se enseña en Roma, en presencia, y hasta podríamos decir, bajo la proteccion del pontificado, si el pontificado se decidiera á favor de determinados sistemas. Es decir, pues, que hasta el atomismo deista alcanza gracia á los ojos de la ortodoxia, que tolera cuantas opiniones se formulan, con tal, sin embargo, de que no se propongan destruirla ó siquiera monopolizarla en provecho propio. Por lo demás, no debe sorprendernos esta amplitud de apreciacion practicada por la Iglesia. Así como no puedea dmitirse la doctrina de los átomos que nacidos sin creador, actuan sin ordenador, segun enseña el materialismo las moléculas producidas y agregadas por un poder y una providencia infinitas, entran en el órden de lo posible. Hasta podria decirse que esta suposicion facilita al vulgo la creencia en la creacion. Para los espíritus poco metafísicos, é incapaces por tanto, de comprender que de la nada al sér, media una distancia inconmensurable, cualquiera que sea la cantidad de los séres creados, es más aceptable la produccion de los átomos que la de los mundos. Y sin embargo, idéntico poder exige la realizacion de cualquiera de esas dos operaciones. ¡Qué son, en último resultado, los mundos, sino átomos de lo infinito, ya que los átomos son los mundos del microscópio!

Para nada tiene, pues, porqué meterse la fé con la geología del atomismo, de esta suerte entendido. ¿Corre algun riesgo de parte del plutonismo? En manera alguna, y nos lo demostrará perfectamente una exposicion detenida de esta hipótesis que goza hoy gran predicamento. Redúcese, en último resultado, á considerar la tierra como un sol apagado, una estrella enfriada, en suma, una nebulosa que del estado gaseoso ha pasado al estado sólido. Dada esta hipótesis, es indispensable representarse nuestro planeta en sus primeros momentos como un globo incandescente, y que brillaba con la misma intensidad que Vénus y Júpiter: y como las substan-

cias en el estado gaseoso ocupan un volúmen mil ochocientas veces mayor que cuando se nos ofrecen bajo la forma sólida, hay motivos poderosos para sostener que entónces la tierra tenia dimensiones incomparablemente mayores que en nuestro tiempo (1).

Entre tanto esta masa gaseosa cedia gradualmente una parte de su calor á las regiones heladas del espacio interplanetario donde trazaba su surco luminoso. A consecuencia de ese enfriamiento, continuado durante innumerables siglos, el astro primitivamente vaporoso llegó al estado líquido y disminuyó de volúmen. Todo cuerpo líquido mantenido en estado de rotacion, toma la forma esférica, hinchéndose hácia su centro y achatándose hácia sus polos: de aquí las causas de la figura que actualmente ofrece el esferóide terrestre.

Como el enfriamiento no era bastante poderoso áun para que todas las substancias gaseosas pasaran al estado líquido, habia algunas que permanecian en suspension en derredor del globo, formando una inmensa envoltura aeriforme ó atmósfera. Dicha envoltura tenia entónces una extension tal, que probablemente alcanzaba hasta la luna, y contenia en estado de vapores, la masa enorme de las aguas que componen nuestros mares actuales, sin contar las materias reducibles al estado de gases por efecto de una temperatura de 2,000° que reinaba entónces en la tierra. En el seno de esta formidable hoguera flotaban en pesadas nubes cantidades inmensas de substancias minerales metálicas ó térreas, segun el órden de sus respectivas densidades, que un dia debian licuarse y depositarse en torno del núcleo del astro, al paso que fuera disminuyendo su incandescencia.

«Tal es el modo como giraba nuestro globo en el espacio, arrastrando en pos de sí, la ráfaga inflamada de su atmósfera múltiple, impropia para la vida é impenetrable todavía á los rayos del sol en derredor del cual trazaba su curva gigantesca (2).»

A fuerza de moverse en las regiones planetarias, cuya temperatura estima Laplace en 100° bajo cero, la tierra continua enfriándose y toma en consecuencia una consistencia pastosa: al cabo de poco tiempo se producen en su superficie capas de substancias concretas que al ponerse en contactó se sueldan, como acontece al presente con los hielos de los mares polares, que constituyen por su union bancos movibles. Paulatinamente la existencia de ese fenómeno opera la solidificacion total de la costra terrestre. Al presente el espesor de esa costra se evalua en doce leguas; y como el rádio medio terrestre es de 1584, resulta que la proporcion entre las partes con-

---

(1) Véanse los principales pluto stas, y entre ellos MM. Hutton, Leopoldo de Buch, Bukland, etc., etc.

(2) L. Figuier. *idem.*

cretas y las fluidas, representadas por el agua y por el fuego central, equivale á la de una sutilísima hoja de papel que envolviera una naranja.

La primera corteza terrestre no podia resistir el oleaje de este océano de fuego interior, que alternativamente subia y bajaba, á impulsos del flujo y reflujo cotidianamente determinados por la atraccion de la luna y del sol. Imagínense si es posible las aberturas producidas en la corteza y el desbordamiento que por ellas se verificaba. Torrentes de materias líquidas levantaban y hendian la costra terrestre. Por las bocas de esas inmensas simas brotaban oleadas de granito líquido, que solidificándose sobre la superficie, venian á formar las primeras montañas. Esas inyecciones de materias eruptivas que se abrian paso al través de las grietas ó hendiduras del globo, atravesando los terrenos primitivos para cristalizar al cabo y endurecerse en la superficie, componen al presente nuestros preciosos criaderos de cobre, zinc, antimonio, plomo y otros metales. A veces las erupciones procedentes del interior de la tierra no se elevaban hasta el suelo exterior, y en este caso, el granito proveniente de la parte central llenaba las hendiduras sedimentarias, sin entreabrirlas. De esta manera en la tierra perfectamente redonda y unida en un principio formáronse entumescencias, cavidades, rugosidades y pliegues de enormes proporciones.

No por esto cesaban los progresos del enfriamiento: llegó un instante en que la temperatura del globo no fué bastante para mantener en estado de gas las masas de agua vaporizadas en su atmósfera, y entónces las cataratas cayeron sobre la corteza de nuestro planeta en diluvios de líquido hirviente. Convertidas otra vez en vapor al ponerse en contacto con ese ardientísimo hogar, remontábanse nuevamente á los límites superiores de la atmósfera, donde enfriándose en virtud de la irradiacion hacia las zonas glaciales del espacio, despues de haberse de nuevo condensado, resolvíanse en otras lluvias que se precipitaban sobre el suelo. Este fenómeno extendiéndose y reproduciéndose por todas partes y durante largo tiempo, acabó por cubrir la tierra con cantidades de agua de cada vez mayores. Cuánto tiempo duró este combate supremo entre el fuego y el agua, no puede determinarse: lo que sí se puede decir es que llegó un momento en que el planeta entero quedó sumergido, y en que el Océano era universal. A partir de este instante comienza para nuestro globo un período, relativamente normal, interrumpido únicamente á grandes intérvalos por las conmociones del fuego interior, oculto bajo una envoltura imperfectamente asegurada.

Indudablemente, durante un dilatado período de siglos, la corteza sólida de la tierra fué aumentando en espesor bajo la presion y las aglomeraciones producidas por las aguas cenagosas que la cubrian; mas con todo esto carecia de la consistencia necesaria para resistir á la fuerza expansiva de los gases contenidos en sus entrañas. Las

olas de ese mar interior formado por el fuego central rompieron nuevamente el suelo bajo el cual se hallaban aprisionadas, y por medio de inmensas dislocaciones levantaron el fondo de los mares en montañas esquistosas, cuya cima habia sido primitivamente bañada por las aguas.

Quede á otros el cuidado de evidenciar la verdad de esta teoría por las erupciones de los volcanes, el calor de los pozos artesianos, la elevada temperatura de las minas; y á otros, sobre todo, el enseñar de qué manera, á consecuencia de esa doble accion del fuego y del agua, se formaron los terrenos cristalizados, los sedimentarios, los eruptivos y las diversas estratificaciones. Por lo que á nosotros dice relacion, nos ocupamos en apología y no en geología poética; y si hemos concedido la palabra durante tanto tiempo al plutonismo más autorizado, ha sido con el propósito de preguntarle:

¿En qué se opone á la fé esta grandiosa epopeya de los comienzos de la tierra? ¿Qué motivos pueden asistir al vulcanista más enamorado de sus hipótesis, para no creer en un Criador ni en la Biblia? Hay más áun: cuando refiere las inenarrables preparaciones á que Dios sometió una sola de sus obras, ¿qué idea no ha de concebirse del poder infinito obrando en este inmenso laboratorio de inteligencias y de soles que se llama naturaleza? Y sobre todo ¿cómo desafiar en tal caso la justicia divina, y qué motivo hay para reirse ora de los diluvios pasados, ora del infierno venidero, ya que bastaria al Señor del mundo con abrir algunos de los respiraderos inflamados, cuyos antros tan perfectamente describe la ciencia, para que brotara y cubriera la superficie de la tierra, el fuego que en su seno existe; cuando bastaría con que surgiera una cadena de montañas en el centro del Atlántico, para que echándose este sobre ambos hemisferios, ocuparan las aguas procelosas los lugares en que existen París y Nueva Yorck?

Despues de los vulcanistas partidarios de un núcleo terrestre en estado de ignicion, encontramos á los neptunianos que consideran los volcanes como fenómenos locales, provenientes de ciertas reacciones químicas y en manera alguna de una. masa flúida é incandescente comprimida en el seno de la tierra. Suponen estos que nuestro planeta estuvo compuesto en un principio por un líquido acuoso que tenia en disolucion diversos elementos, que en virtud de la presion ó de diversas combinaciones químicas pasaron al estado sólido y constituyeron las formas cristalinas y las diversas especies de rocas. De manera que así como en el vulcanismo, los granitos, los pórfidos, etc. fueron primitivamente masas en ebullicion, impelidas de abajo arriba, y solidificadas en la superficie segun el neptunismo esos productos fueron depósitos acuosos precipitados de arriba abajo y transformados en el fondo de un mar sin límites. Esta teoría echa mano de explicaciones muy especiosas para

los terremotos, las aguas termales, los fenómenos volcánicos y otros misterios de la naturaleza. En Alemania se le ha dado el nombre de teoría química, en contraposicion de la sostenida por los vulcanistas que lleva el nombre de física; y cuenta entre sus más entusiastas defensores al sábio fundador de la geología allende el Rhin, Abrahan Gottlieb Werner. Despues de haber caido en descrédito durante algunos años, ha encontrado nuevo apoyo en los trabajos de Bischof, Otto Volger, Nepomuceno, de Fuchs, Schaffaütl y Andrés Wagner. Finalmente, si entre los sábios goza ménos crédito que su rival, abriga la pretension de merecer mayores simpatías de parte de los exegetas que, segun la Biblia, explican la formacion de la tierra segun el procedimiento neptuniano.

Por supuesto que esta no pasa de ser una pretension que carece de fundamento, hasta el punto de creernos obligados á protestar de ella en nombre de la Biblia, puesto que Moisés no resuelve en manera alguna la cuestion entre neptunianos y vulcanistas, sinó que se limita á decir que llegó un momento en que la tierra se hallaba sumergida dentro de las aguas, hecho respecto del cual están conformes las dos opiniones. Si no menciona la influencia del agente ígneo en la formacion del globo, proviene de que da una enseñanza religiosa, y no una leccion de geología. Por lo demás la Escritura llena al parecer esta laguna, ora anunciándonos que el *siglo será juzgado por el fuego*, ora prediciendo que tanto cuanto se eleven las aguas del diluvio, otro tanto se elevarán las llamas en el último dia.

Escritas las líneas que preceden siento impulsos de borrarlas, temeroso de conceder al Espíritu Santo las apariencias de un color ó de una preferencia en favor de determinadas cuestiones científicas, y para que no pueda decirse como de Andrés Wagner, que abusó de los derechos que tenia sobre los sagrados textos, al sentar que «con el geólogo más antiguo del mundo, Moisés, y con otro sábio de la antigüedad dotado de una capacidad poco comun, San Pedro, el neptunismo reconoce que la tierra procede del agua, y ha sido formada dentro del agua por la palabra de Dios, opinion que puede justificar científicamente (1).»

El neptunismo cumpliria como debe no mezclando en este asunto á Moisés ni á San Pedro, á quienes, por lo demás, califica, con la mayor impropiedad que pueda imaginarse, de geólogo más antiguo del mundo, y de hombre de capacidad poco comun. Su capacidad, lo mismo la de este que la de aquel, fué un don sobrenatural, que sólo á las cosas sobrenaturales alcanzaba, de suerte que el invocarla en apoyo de determinada opinion, en disputas de escuela, más bien que esceso de fé, arguye falta de respeto. Cuando el teólogo Keerl, comparando por su parte el vulcanismo al sistema de

(1) *Historia del mundo primitivo.*

Copérnico insinúa que el segundo no ha sido condenado; pero que deberia serlo el primero, fundándose en que San Pedro afirma que la tierra salió del agua, el teólogo achaca á San Pedro una intencion que jamás tuvo, un aserto que jamás emitió, por lo ménos en un sentido absoluto, y sobre todo una doctrina científica de la cual en tiempo alguno hizo profesion (1).»

Hay más áun: no contento este exegeta con falsificar el pensamiento de San Pedro, desnaturaliza el Génesis cuando escribe: «La Escritura coloca en el dia tercero la formacion de las montañas,» puesto que la Escritura no contiene palabra alguna en apoyo de semejante fantasía. Lo que nos dice es, que en el dia referido las aguas fueron separadas de la tierra, y que la *seca* pareció, mas no que las desigualdades del suelo hayan sido producidas al propio tiempo que quedaron puestas al descubierto. Importa pues que los sistemas se resuelvan de una vez á ceñirse en sus justos límites; y á solicitar de la Escritura la más extricta neutralidad, si neutralmente la tratan; pero en ningun modo la connivencia, áun cuando sean á ella favorables. Si no logran entenderse ni ponerse de acuerdo, allá se las hayan, nosotros no hemos de intervenir, sobre todo teniendo en cuenta que en esta contienda, como en muchas otras, la verdad podria muy bien hallarse en el medio, ya que los vulcanistas, han menester del apoyo de los neptunianos ántes de llegar al fin, puesto que segun su propia opinion, los terrenos estratificados, cuando ménos, proceden de los precipitados acuosos. En resúmen, resuélvase la victoria en favor de Vulcano, decídase en provecho de Neptuno, poco nos importa, con tal que redunde en mayor honra y gloria del supremo Hacedor.

Estas dos grandes familias de geólogos se subdividen en muchas otras, respecto de las cuales el dógma católico es no ménos liberal, teniendo este poco ó nada que temer de ellas. Y esto no debe causarnos la menor extrañeza: lo que seria verdaderamente extraño y hasta incomprensible es que despues de haber resistido durante tanto tiempo á los asaltos de todas las ciencias y de todas las pasiones, que las más de las veces viene á ser una misma cosa, el cristianismo viniese á quedar confundido por sesenta años de vaguidos geológicos. Podrá decirse, «la historia primitiva de la tierra se encuentra escrita en su corteza, y la geología es la única capaz de descifrar los caractéres en que dicha crónica se halla escrita (2),» pues á tan orgullosa pretension, no faltará quien conteste, dando la siguiente leccion de modestia. «La narracion geológica constituye una historia de la tierra escrita en un dialecto que cambia sin

(1) *Historia de la Creacion.*
(2) Volgt. *Tratado de Geologia*, § 2.

cesar, y del cual únicamente conocemos la última parte, aplicable á dos ó tres páginas: decimos mal, de esta parte sólo poseemos un capítulo muy corto, y de cada página sólo nos quedan algunas líneas dispersas (1).»

¿Y cómo podria argüir de falsedad á la verdad divina, cuando no es más que una ciencia en mantillas, incapaz de probar que las leyes y las fuerzas conocidas en la actualidad, hayan sido las únicas que han presidido á la formacion de la tierra; y más incapaz áun de decir si esas leyes y esas fuerzas han obrado en otro tiempo del mismo modo y tan intensamente como en nuestros dias? Así tenemos los *quietistas* que explican por medio de causas regulares y permanentes, pero de una duracion prodigiosa las vicisitudes del globo: y los *convulsionistas* que atribuyen todas las modificaciones de la corteza terrestre á grandiosos cataclismos, cuyas espantosas peripecias no hay acento humano que pueda referir. Con todo, convulsionistas y quietistas, neptunianos vulcanistas y atomistas, merecerán de parte de la fé idénticas consideraciones, con tal que no le disputen el terreno en que actúa, por otra parte completamente inútil para sus evoluciones y necesario á su existencia. La tierra no es eterna, existe por la voluntad de Dios que la ha creado, y su modo de existencia responde tan bien al arquetipo divino, que si ha sufrido diversas séries de transformaciones, proviene precisamente de que así lo dispuso y ordenó su sapientísimo Autor.

Atenta á esto, la Iglesia no se preocupa poco ni mucho del valor científico de los libros cuya publicacion autoriza, dejando á cada cual en libertad de profesar hasta el absurdo si se le antoja, en el órden puramente humano, con tal, sin embargo, de que respete el divino. Hace quince años publicóse en Roma una disertacion encaminada á demostrar por medio de argumentos físicos, que el diámetro del sol, media únicamente algunas varas. El soberano señor del Sacro-Palacio no se incomodó poco ni mucho, porque hubiese un sacerdote periodista amigo de hacer reir al público á su costa. Por otra parte, en la misma ciudad de Roma el P. Pianciani ha repetido casi todas las ideas de Laplace sobre el origen del globo, teoría en virtud de la cual cada sistema solar sólo habria tenido primitivamente un sólo astro generador, que en su rotacion más ó ménos acelerada, habria sembrado los demás como inmensas salpicaduras difundidas por su fuerza centrífuga.

El oráculo de la fé asiste impasiblemente á estos ensayos en opuesto sentido, porque nada le importan: la fé atiende, en la exposicion de un sistema de dónde hace derivar la materia primera, cómo explica que no haya permanecido eternamente en su estado de reposo; de que manos hace partir el impulso que inició la série

(1) Lyell. *Principios de Geologia.*

de los movimientos y de las transformaciones cósmicas; á que poder, finalmente, refiere las fuerzas destinadas alternativamente á iluminar, enfriar, coagular y condensar la masa del globo, y cuando la fé ha obtenido para con Dios las satisfacciones necesarias respecto del particular, suelta complacientemente las riendas al pensamiento humano relativamente á todo lo demás.

El pensamiento humano usa y hasta abusa de semejante concesion. Nos hemos ocupado de buen número de sus sueños con la detencion debida, no obstante y sernos notorio que despues de habérnoslos opuesto, él mismo los desprecia. Sí, de cuantas bases geológicas acabamos de examinar, acaso no exista una sola que no esté puesta en duda por la geología. Greenhough rechaza la hipótesis del fuego central: Humbolt declara que del estado presente del globo, no puede deducirse conclusion alguna cierta relativamente á su desenvolvimiento retrospectivo: Lyell considera como una opinion desprovista de pruebas, la que supone la primera fase de la tierra distinta de esta (1). Todas las teorías que se han formado para explicar el achatamiento de nuestro planeta, en el sentido del eje de rotacion; para darse cuenta de los volcanes; de las cuencas hullíferas, etc., etc., hállanse contradichas por otras de no ménos peso é importancia. Por último, Vogt declara que los terrenos estratificados y regularmente superpuestos son los únicos documentos auténticos de la geología, y que la época de la tierra en que faltan dichos documentos, es puramente mítica, puesto que la ciencia del globo no puede comenzar ántes de su historia. Despues de semejantes confesiones ¿tiene derecho la geología para echarnos en cara el no estar con ella de acuerdo? ¿Lo está acaso consigo misma?

Mas en cambio no se escandalice la ortodoxia estrecha ante la idea de un mundo formado paulatinamente como las obras del hombre, por considerar que era al parecer más digno de la divina soberanía suscitarlo todo en un estado de completa organizacion, y por medio de un sublime golpe de efecto dirigido sobre la nada. Á esta exigencia irracional contestaré con el buen sentido: Un poder infinito no deja de serlo porque modere voluntariamente su energía. Segun la moral cristiana, Dios procede con lentitud en la ejecucion de sus obras, para enseñarnos á contener la impaciencia en nuestros deseos: segun ciertos teólogos, Dios tenia como testigos en sus preludios de creacion material, á los ángeles que le aplaudian, y cuya caida fué la mayor de las catástrofes ocurridas anteriormente á la época histórica: finalmente, segun la Escritura: «¿Dónde estábais en los momentos en que echaba Dios los cimientos á la tierra? ¿Sabeis acaso quién ha establecido las medidas y extendido la

---

(1) Principios de Geología, (4.ª edicion), t. II. p. 352-372.

cuerda sobre ella; sobre que descansan sus bases y quien estableció la piedra angular; cuando los astros todos de la mañana alababan juntos al Creador, y todos los hijos de Dios estaban transportados de júbilo? Contestad á todo esto si teneis inteligencia y saber bastantes (1).»

Mas al llegar á este punto, despechada la geología viendo que no es para nosotros un obstáculo, no obstante los vehementes deseos que de ello tiene, exclama con voz de triunfo: Convenid, por lo ménos, en que vuestras tablas cronológicas necesitan ser corregidas, teniendo en cuenta las que nosotros hemos formado. Segun Gustavo Bischof, para la formacion de las báses granitóides que sirven de armazon á la tierra, y de los sedimentos que vienen á ser sus carnes, es menester un lapso de tiempo que no baje de 353 millones de años: con este comparado, ¿no constituyen un período insignificante vuestros sesenta siglos de la tradicion mosáica? Por lo que á mí toca, debo confesar, teniendo en cuenta la objecion precedente, que cuantos ménos años de existencia dá á lo que existe el legislador hebreo, más inclinado me siento á creerlo; pues sólo es propio de los narradores sospechosos colocar el teatro de su accion muy léjos, en el tiempo ó en el espacio, á fin de que no vayan á averiguarlo aquellos que les escuchan; al paso que cuanto más acerca y facilita un hombre sus testigos y sus pruebas, más patentes las dá de la sinceridad con que procede. A más de que, no debe confundirse la edad del mundo con la edad del hombre. ¿Puede acaso citarse un sólo exegeta que haya fijado una fecha determinada á ese período de la obra divina *In principio creavit Deus cœlum et terram?* ¿Por ventura la era caótica tuvo jamás su cronología determinada en los cálculos de la exegesis? En vista de esto si no os bastan los 353 millones de años para establecer científicamente el cielo y la tierra, no hay inconveniente en que dobleis la cantidad, puesto que nuestra revelacion no ha de oponerse á ello. Hay más áun: respecto del particular participarémos de vuestras opiniones si es menester, y suscribirémos á vuestros cálculos si los encontramos justos, y nos guardarémos muy bien de rechazarlos sistemáticamente. De manera que la objecion geológica carece de sentido cuando se refiere á la *formacion* de la tierra. Véamos ahora si es más fundada cuando trata de las *transformaciones* que ha experimentado.

---

(1) Job. XXXVIII 4-7.

II.

Cuanto hasta el presente nos ha ocupado se remonta al período llamado primitivo, durante el cual la vida no habia comenzado áun en la tierra: vamos ahora á penetrar en una fase ménos hipotética, siquiera no ménos obscura, cual es la comprendida entre la época llamada por la geología, de transicion, y el período cuaternario. Las transformaciones del globo durante este inmenso lapso de tiempo se resumen en dos acontecimientos geológicos de una trascendencia inmensa: la obra de los seis dias, y el diluvio mosáico. Pero sólo examinarémos esos dos vastos campos de discusion científica en sus relaciones íntimas con la fé, y por consiguiente sólo nos cumple establecer una verdad: las transformaciones de la tierra descritas por la semana genesíaca, nada tienen de contrario á las verdades científicas, y hasta pueden conciliarse con todos los descubrimientos que en adelante se lleven á cabo.

En primer lugar, ¿puede la exegesis admitir que los seis dias de la creacion no han sido de veinticuatro horas, sinó que fueron períodos de una duracion indeterminada? Por mi parte contesto con la más absoluta afirmacion. La teología no siente la menor preferencia en favor de la interpretacion de la palabra dia segun la significacion literal, advirtiendo que si suscribe á otro sentido, no lo hace ni mirando al bien de la paz, ni para evitar responsabilidades que podrian perjudicarla. Aun cuando no existiesen las ciencias naturales, seria laudable el que la exegesis considerara la semana genesíaca como una série de épocas sin medida determinada. San Agustin participaba de esta opinion; obras publicadas en Roma con aprobacion de la autoridad eclesiástica la sostienen, y como la Iglesia es neutral en materia de opiniones científicas, seria hacerle violencia y falsear su espíritu, sujetarla al servicio de la una contra la otra.

Otro principio de solucion que suprime muchas dificultades. Entre el primer versículo del Génesis, *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*, y el momento en que fué suscitada la luz, media un lapso de tiempo indeterminado, un abismo caótico dentro del cual pueden tener cabida no pocas revoluciones, áun admitiendo que los dias genesíacos hayan sido de una duracion ordinaria. En efecto, ¿no ha experimentado la tierra devastacion alguna desde la primera creacion del universo á la organizacion del mundo actual? ¿La obra referida por Moisés es una restauracion ó un primer ensayo? ¿No podrian referirse á esa época de *tohu vabohu* y á las

destrucciones que la precedieron, muchos de los descubrimientos subterráneos que la paleontología clasifica con dificultad? ¿El mundo anterior á este, de que nos hablan algunos Santos Padres, y que debió ser destruido en castigo de la caida de los ángeles, no fué acaso sepultado en la espantosa tumba sobre la cual se escribió el epitafio: *Terra erat inanis et vacua?* Finalmente, irritado Dios un dia ante el espectáculo del creciente oleaje de la perversidad humana, ¿no hará brotar una nueva tierra sobre las ruinas de esta, y un nuevo Moisés no escribirá en el comienzo de los anales de una nueva humanidad esta inscripcion tremenda: *Terra erat inanis et vacua?* Bástame con establecer la cuestion: sin embargo, Jacobo Bæhrne, F. Schlegel, Julian Hamberg, Enrique de Schubert, Baumgarten, Delitzsch, Leopoldo Schmid, Michelis y Westermayer, han afirmado rotundamente lo que por mi parte no hago más que insinuar. Cierto que nada se encuentra en la Escritura ni en la tradicion que venga en apoyo de semejantes opiniones; mas sus mantenedores sostienen que los Santos Padres las han pasado en silencio, temerosos del abuso que de ella habria hecho el gnosticismo. A más de que, ya que la ciencia imagina tantas hipótesis para atacarnos, ¿no ha de sernos permitido aventurar algunas para defendernos?

Contando como contamos con estas dos clases de interpretacion, no pueden servir de tema á una objecion formal las transformaciones terrestres consignadas en la semana genesíaca. Por cada suposicion pueden hacerse veinte que salven al par la ciencia y la fé.

1.° El hombre es libre, por ejemplo, de pensar que bastan los tiempos históricos para explicar todos los fenómenos geológicos, y que los dias de la creacion son períodos de duracion corta, cortisísima, en suma, dias de veinticuatro horas. Cierto que á los partícipes de dicha opinion se les objeta la duracion incalculable que ha sido menester para la formacion de las rocas calcáreas, de los fósiles y de los depósitos de hulla; mas á esto responden.

La calcárea es debida á la acumulacion de dos suertes de animales, los moluscos y los radiados. Ahora bien: mediante un cálculo aproximado basado en el número de dichos animales, y en la cantidad de calcárea que pueden producir, se ve que en solos dos mil años podrian cubrir la tierra de una costra calcárea de más de cien metros de espesor.

En cuanto á los fósiles han podido formarse desde los tiempos históricos, puesto que contínuamente se están formando en Inglaterra, Sicilia y Suecia, y en lo que alcanza la *memoria del hombre* se han producido capas fosilíferas de especies que habian podido observarse vivas. Por lo demás, ¿quién es capaz de enumerar los errores cometidos por la ciencia en este punto? Testigo de ello el esqueleto reputado de hombre preadamita, minuciosamente descrito por Gesner, y en el cual reconoció Cuvier uno de esos bactrianos anfibios que llevan el nombre de Salamandras. ¿Un lagarto petrificado, dijo Campels, puede confundirse con un hombre?

Los depósitos de hulla, segun los partidarios de las Épocas, son cementerios de plantas y de flores, cuyas capas fueron superpuestas por una invasion del mar cuarenta veces repetida, y transformadas bajo la accion de una elevada temperatura y de las fuerzas electro-químicas. Mas observando lo que pasa en la desembocadura del Missisipí, el Rdo. Manpied, sábio coloborador de Blainville, ha calculado que una masa de carbon de ciento sesenta y seis millones de piés cúbicos, solo ha necesitado quinientos años para formarse (1).

2.° Tambien es libre el hombre de pensar que los tres primeros dias de la creacion, no fueron dias ordinarios como los nuestros, por lo mismo que el sol, oculto por los vapores terrestres, no brillaba áun sobre nuestro horizonte; y por el contrario, que los tres últimos dias fueron una sucesion de luz y de tinieblas, resultante de la rotacion de nuestro planeta sobre sí mismo.

3.° Tampoco hay inconveniente en considerar los dias hexaméricos como ciclos más ó ménos extensos, llamados *dias* por pura analogía. En este caso, la palabra *ioum* del texto sagrado, pasa legítimamente del sentido literal al sentido metafórico. Las palabras *mañana* y *tarde* aplicadas á la misma fase, son continuacion de la misma figura. Las dificultades existentes para ajustar esta milagrosa semana á la proporcion de seis veces veinticuatro horas, desaparecen y por último la mayor parte de los argumentos sacados de la geogonía contra la revelacion, quedan reducidos á la nulidad.

4.° Tambien es lícito presumir que la narracion mosáica, en cuanto concierne á los seis dias de trabajo, por uno de descanso, tiene un alcance simplemente moral. ¿Cual era el designio de Dios, en la division de su obra en seis partes? Presentarnos la semana genesíaca como un original divino, del cual debia ser copia nuestra semana. Los seis primeros dias solo se cuentan y designan para preparar la siguiente indicacion. *Y el Señor bendijo y santificó el dia séptimo.* De esta suerte, la sucesion de los seis períodos de la actividad divina reunidos á un período de reposo, servirá de norma para la distribucion de nuestros trabajos y nuestras fiestas semanales, y la semana de Dios servirá de tipo á la semana del hombre. Indudablemente sería mayor la analogía entre esta y aquella si los dias de ambas fueran de idéntica extension; mas basta que las dos lleven el mismo sello característico, el número siete, para que pueda claramente deducirse el precepto moral.

5.° Finalmente, tambien es permitido considerar la narracion bíblica como un resúmen lógico, y no como un cuadro de cronología. En realidad, se puede retar á cualquier adversario formal, á que

---

(1) Para la doctrina que respecto del particular puede adoptarse, véase el capítulo, *La fé y la paleontología.*

cite las patentes analogías que existen entre la narracion de Moisés y las demostraciones paleontológicas; mas no nos cansarémos de repetir que Dios se propuso darnos una leccion de dógma y no de historia natural. Por esto puso de relieve la substancia y miró con indiferencia el órden de la creacion; de la propia suerte que ciertos historiadores dividen su narracion segun la naturaleza de las materias, más bien que ateniéndose á la sucesion de los hechos. En este concepto, los seis dias, si así podemos decirlo, no serian más que la exposicion del acto creador, puesta al alcance, con súblime sencillez, de la inteligencia comun, y siquiera divinamente inspirada en el fondo, despojada, por lo que á su expresion se refiere, de toda pretension de fidelidad cronológica.

Dadas las explicaciones que preceden, ¿qué es lo qué pretende la geología al atacarnos? ¿Que le concedamos un dilatado espacio para que pueda establecer sus tiempos pre-históricos? Lo hemos hecho. Importa confesar sin embargo, que no usa muy discretamente del permiso, y que no habria estado de más el que hubiese puesto muchos interrogantes al final de las arbitrarias suposiciones que respecto del particular se permite. No importa, la exegesis abandona á la ciencia la evaluacion de la edad del mundo, con tal que la ciencia reconozca el trabajo de los seis dias, siguiendo cualquiera de las interpretaciones anteriormente enunciadas. La Biblia consigna que el hombre aparece sobre la tierra en cuanto está embellecida y decorada para la recepcion de su rey, mas una vez establecida esa verdad, ¿cuanto tiempo ha empleado el divino Artífice en adornar esta bella mansion? ¿Este secreto que no lo ha confiado á la revelacion, logrará penetrarlo la investigacion geológica? Lo deseamos.

Existe otra transformacion de la tierra respecto de la cual se dirigen tambien graves cargos contra la fé. Nos referimos al diluvio asiático. Segun los más acreditados geólogos, antes de la aparicion del hombre acaecieron varios diluvios europeos, en tanto que el diluvio mosáico fué posterior. El primer diluvio de Europa fué provocado por el levantamiento de las montañas de la Noruega y Escandinavia, que con sus olas y sus rotos bancos de hielo, llevó sus estragos á las llanuras septentrionales, siendo las pruebas de semejante cataclismo, las *rocas erráticas* que trasladó á terrenos movedizos que en manera alguna podian producirlas. Una de esas masas de granito, hallada en Rusia sobre un suelo permieno, ha servido de pedestal á la estátua de Pedro el Grande; otra, de piedra tumularia á Gustavo-Adolfo.

El segundo diluvio europeo ha reconocido como orígen el levantamiento de los Alpes. La cuenca del Garona, á los ojos de los observadores competentes, es un teatro clásico del trabajo realizado por las poderosas corrientes de esta inmensa inundacion. Estos dos

diluvios son del dominio puramente científico, y nada tienen que ver con la revelacion. Mas, con posterioridad á la multiplicacion de la raza humana, tuvo lugar un tercer diluvio, que la Escritura nos ofrece como histórico y cuyos detalles consigna, asumiendo en lo porvenir la responsabilidad de tan conmovedora narracion. Ahora bien, ¿qué debe pensarse, segun la ciencia, de ese tremendo castigo de las iniquidades humanas? En este punto, las investigaciones más recientes se hallan de acuerdo con la exegesis. Esta no debe hacer más para defenderse debidamente, que conceder la palabra á la ciencia.

«La opinion que fija el nacimiento del hombre en las orillas del Eufrates, en el Asia central, se halla confirmada por un acontecimiento de alta importancia en la historia de la humanidad, y que gran número de tradiciones concordantes, conservadas en diferentes pueblos, colocan en el mismo lugar: nos referimos al diluvio Asiático.

«El diluvio Asiático, cuyo recuerdo ha transmitido á las futuras generaciones la Historia sagrada, fué provocado por el levantamiento de una parte de la larga cadena de montañas, continuacion del Cáucaso. Ensanchada desmesuradamente una de esas aberturas, resultado inevitable del enfriamiento de la tierra, brotó por ese inmenso cráter una cantidad inmensa de materias volcánicas, acompañando á la erupcion de las lavas procedentes del interior del globo, masas enormes de vapor de agua. Esos vapores, condensándose, cayeron en forma de lluvia, y las llanuras quedaron anegadas bajo ese volcan de lodo. La inundacion de las llanuras, en un radio muy extenso, fué el resultado momentáneo de ese levantamiento: la formacion del monte Ararat fué la consecuencia permanente.

«Oigamos la narracion de este acontecimiento, consignada en el Génesis por el historiador sagrado.

«El año 660 de la vida de Noé, dice Moisés, el dia décimo séptimo del segundo mes del mismo año, rompiéronse las fuentes del «grande abismo de las aguas, y se abrieron las cataratas del cielo.

«Y la lluvia cayó sobre la tierra durante cuarenta dias y cuarenta noches. Las aguas crecieron y aumentaron prodigiosamente «sobre la tierra, y todas las altas montañas que existen debajo del «cielo fueron cubiertas; el agua se elevó quince codos sobre la cima «de las montañas más elevadas. Toda carne que se mueve sobre la «tierra fué consumida; todas las aves, todos los animales, todas las «bestias y cuanto se arrastra sobre la tierra, todos los hombres murieron, y generalmente cuanto respira y tiene vida debajo del «cielo.

«Todas las criaturas que estaban sobre la tierra, desde el hombre hasta las bestias, lo mismo las que se arrastran que las que «vuelan en el aire, todo pereció: solo se salvó Noé y los que estaban con él en el arca, y las aguas cubrieron la tierra durante ciento «cincuenta dias.»

«Hasta los detalles más insignificantes de la narracion bíblica pueden explicarse por la erupcion volcánica y fangosa que precedió á la formacion del monte Ararat. Las aguas que produjeron la inundacion de esas comarcas provenian de la erupcion, acompañada de enormes masas de vapores. Esos vapores condensándose en agua precipitáronse sobre la tierra é inundaron las extensas llanuras que parten hoy del pié del Ararat, inmensa sinuosidad montañosa.

«La palabra *toda la tierra* que se lee en la traduccion de la Biblia, conocida con el nombre de la Vulgata, necesita una explicacion. Solo debe ser considerada en sentido figurado y metafórico. Un geólogo á quien se debe un libro de mucha ciencia, titulado *La Cosmogonía de Moisés*, Marcelo de Serres, ha dado una explicacion perfectamente admisible á esta expresion del texto sagrado, pues ha demostrado que con la palabra *haarets*, que segun él se ha traducido inexactamente *toda la tierra*, Moisés pretendió designar únicamente la parte del globo que en aquel tiempo se hallaba poblada, y en manera alguna toda su superficie. La palabra *haarets* no ha tenido siempre, segun Marcelo de Serres, la significacion que le da la Vulgata; sino que con más frecuencia se toma por *region*, *país*, *comarca*, etc.»

Del propio modo explica Marcelo de Serres la expresion *todas las montañas*, que se encuentra en la traduccion de la Vulgata.

«Moisés, dice Marcelo de Serres, solo ha podido indicar, con «las palabras *todas las montañas*, aquellas que realmente conocia; «el número era poco considerable y se limitaba á las comarcas en «su tiempo pobladas, por consiguiente á estas debia aludir al refe-«rirse á la extension del diluvio.»

Varios intérpretes han traducido igualmente este pasaje, no de una manera literal, sino restringiendo las aguas del diluvio á las comarcas frecuentadas por los hombres.

«Entre ellos podemos citar á M. Glaire, que en la *Crestomatía hebráica*, que ha dado á continuacion de su *Gramática*, ha traducido dicho pasaje del modo siguiente: «*Las aguas habian crecido tan prodigiosamente, que las más altas montañas del vasto horizonte quedaron sumergidas*, etc. Esta traduccion da al pasaje un sentido ménos extenso que la Vulgata, puesto que limita á las montañas contenidas dentro del horizonte, las que las aguas cubrieron é inundaron (1).

«Nada impide ver en el diluvio asiático, segun el texto del génesis, un medio de que se sirve Dios para castigar á la raza humana, entónces en el comienzo de su existencia, y que se separaba

(1) Para la justificacion del texto sagrado, basta con que las aguas invadieran toda la tierra habitada entónces por la raza humana.

del camino por su mano trazado. Lo que parece indudable es el nacimiento del género humano en las comarcas que tienen su orígen en el pié del Cáucaso, en los lugares que forman al presente una parte de la Persia; y lo que es cierto, es el levantamiento de una cadena de montañas, precedida de una erupcion volcánica fangosa, que anegó los territorios, enteramente compuestos, en esas regiones, de llanuras de una extension inmensa.

«El diluvio bíblico es pues real; muchos pueblos han conservado la tradicion del mismo.

«Moisés lo hace remontar á quince ó diez y ocho siglos ántes de la época en la cual escribe.

«Beroso, historiador caldeo, que escribia en Babilonia en tiempo de Alejandro, ha compuesto una historia de Caldea en la cual se remonta hasta el nacimiento del mundo, y habla del diluvio universal, cuyo suceso coloca en una época inmediatamente anterior á Belo, padre de Nino.

«Los Vedas ó libros sagrados de los Judíos, que han sido compuestos al propio tiempo que el génesis, hace unos 3,300 años (1), hacen remontar la época del diluvio á 1,500 años ántes de su época.

«Los Güebros hablan del propio desastre, como realizado en la propia fecha.

«Confucio, célebre filósofo chino, nacido por los años 551 ántes de Jesucristo, empieza la historia de la China hablando de un emperador llamado Jas, al cual representa ocupado en hacer manar las aguas que habiéndose elevado *hasta el cielo, bañaban aun el pié de las montañas más elevadas*, cubrian las colinas ménos altas, y hacian impracticables las llanuras.

«Lo repetimos: el diluvio bíblico es real; mas no fué universal sinó local, como acontece con todos los fenómenos de este género, y fué la consecuencia del levantamiento de las montañas del Asia occidental.

«Un diluvio por cierto muy moderno, puede hacernos formar una idea muy exacta de semejantes fenómenos. Recordarémos las circunstancias que ha presentado, para que se comprenda mejor la verdadera naturaleza del diluvio que, durante el período cuaternario, asoló algunas de las comarcas del Asia.

«En 1759, á seis jornadas de la ciudad de Méjico existia una comarca fértil y perfectamente cultivada, dónde crecian en abundancia el arroz, el maíz y las bananas. En el mes de junio, esa comarca vióse conmovida por espantosos terromotos que se sucedieron incesantemente durante dos meses. En la noche del 28 al 29 de setiembre, la tierra experimentó una violenta convulsion; un terreno

---

(1) La contemporaneidad de los *Vedas* y del *Pentateuco* constituye un error histórico que dejamos ya demostrado.

de muchísimas leguas de extension fué elevándose paulatinamente hasta alcanzar una altura de 150 metros, en una superficie de muchas leguas cuadradas. Bajo la influencia del fenómeno, el terreno ondulaba como la superficie del mar, resultando de ello innumerables montículos que subian y bajaban alternativamente. Por último, abrióse una sima inmensa, que empezó á vomitar humo, fuego, cenizas y piedras incandescentes, que eran lanzadas á alturas prodigiosas. Seis montañas surgieron de esa profunda abertura, entre las cuales se cuenta el volcan bautizado con el nombre de *Jorullo*, que actualmente alcanza una elevacion de 550 metros sobre la antigua planicie.

«En el momento en que tuvo comienzo la ruptura del suelo, *las dos corrientes llamadas Rio de Cuitimba y Rio San Pedro, retrocediendo en su curso inundaron toda la llanura, ocupada actualmente por el Jorullo;* pero en el terreno que continuaba ascendiendo abrióse una sima que las tragó. Más tarde reaparecieron al Oeste en un punto muy lejano del antiguo cáuce.

«¿No puede recordarnos semejante inundacion los fenómenos todos producidos por el diluvio de Noé (1)?»

Testimonios son los que acabamos de citar, posteriores á Cuvier, Deluc y Dolomien. Si no son bastantes á desvanecer la falta de inteligencia entre la religion y la geología, no será la culpa de la geología ni de la religion, sinó... de los geólogos.

---

(1) Luis Figuier. *La Tierra ántes del diluvio.* Si citamos con tanta frecuencia á este autor, no es que nos exageremos su autoridad científica; pero nos ha parecido de buena ley, ir á buscar la confirmacion de nuestras pruebas, en las obras de un vulgarizador poco sospechoso de parcialidad en favor de la fé.

CAPITULO IX.

La fé y la astronomía.

La geología nos enseña á conocer el teatro de nuestro observatorio científico: la astronomía nos abre el vasto campo de nuestras observaciones.

Hé ahí una ciencia mucho ménos inofensiva de lo que á primera vista podria creerse respecto del dógma. Su campo es más extenso que el de la geología, puesto que así como esta se limita al estudio de las tierras, aquella explora la inmensidad del espacio sideral con la de los mundos que lo pueblan. Su dominio es poco más que el de las congeturas, pues si el hombre sabe muy poco respecto de lo que pasa á algunos kilómetros debajo de sus piés, mucho de lo que dice, respecto de lo que ocurre sobre su cabeza, tal vez no sean más que meras ilusiones de óptica. Cuanto existe más allá del suelo de los criaderos de hulla, y de las capas atmosféricas á que han alcanzado los globos aereostáticos debe afirmarse con gran reserva. De suerte que se necesita una gran dósis de valor, por parte de la ciencia negativa para oponernos, como si fueran rotundas evidencias, las objeciones que nos dirige. La astronomía en especial, encierra tantos problemas entre sus artículos de fé, que tendria que ser más respetuosa con nuestros misterios. ¡Cuántos serian los incrédulos si un dia llegaba á constituir una religion! Y si la religion quisiera corresponderle haciéndole la misma oposicion que de ella recibe, cuántas imaginaciones, algebráicamente formuladas, se desvanecerian por completo. Afortunadamente para la astronomía, cuando nos discute la tratamos con confianza; nos limitamos á defendernos de sus golpes sin devolvérselos, y ahora mismo, en lugar de decirle, que sabiendo tan poco de lo que le incumbe, ántes de emplear contra nosotros lo que sabe, deberia completarse, preferimos contestarle á dirigirle interpelaciones, y hacer frente á sus dichos, en vez de ponernos á cubierto de su ignorancia.

Bueno será sin embargo recordar á la astronomía la historia de sus variaciones religiosas. En tiempo de Newton y de Keplero, humillá-

base piadosamente en presencia de Dios; si mas tarde, despues de Laplace ha dejado de adorar, ¿no debe atribuirse únicamente á que se ha puesto al servicio de las pasiones filosóficas? ¿Ha llevado á cabo un sólo descubrimiento que justifique este cambio de frente? ¿Imagínase acaso que las utopias pseudo-científicas de Camilo Flammarion sobre la pluridad de los mundos habitados por medio de las cuales pretende, especialmente comprometer á la religion en el rejuvenecimiento de una tésis anticuada, pueden crear graves dificultades á la creencia de Pascal ó de Copérnico? Es una falta gravísima de nuestro siglo el convertir en novelas las ciencias de la naturaleza, como lo ha hecho con sus costumbres; de aprovechar sus conocimientos todos en motivo de distraccion ó de argumento contra Dios; y de no poder descubrir un rayo de verdad física sin falsificarlo en perjuicio de la verdad moral.

Ni estará demás tampoco el recordar á la astronomía sus variaciones astronómicas. Cuando empecé á estudiar los elementos de esta ciencia, sólo se contaban ochenta y cuatro mil leguas de la tierra á la luna: hoy ha cambiado todo esto, y los selenitas, nuestros vecinos más cercanos, han sido relegados á la distancia de noventa y seis mil leguas. Entónces la tierra sólo evolucionaba á treinta y tres millones de leguas del astro central; hoy los manuales más modernos la colocan á treinta y ocho millones doscientas treinta leguas justas, ni una más ni una menos. Cuando Cyrano de Bergerac escribió su *Viaje á la luna* y su *Historia de los Estados del Sol*, este era cuatro cientas veces mayor que la tierra; hoy ha alcanzado una magnitud un millon cuatro cientas mil veces más grande que la de nuestro planeta, siendo esto tan cierto, que se ha llevado el rigor de las matemáticas siderales hasta el extremo de calcular, que así como bastan tres años para llevar á cabo un viaje de circumnavegacion en derredor de la tierra, el la Peyrouse de los solarícolas que quisiera emprenderlo, habria menester 110 años para llevar á cabo su travesía, supuesto que existiesen mares en esas llanuras abrasadas, en las cuales no vemos más que fuego (1). Francamente, el dogma católico no ha variado tanto como todo esto, por más que lo contrario sostengan ciertos astrónomos interesados en hacer patente su instabilidad. Por supuesto, que la astronomía no carece de escusas. Antiguamente, dice, no habia sido posible medir la paralaxe del sol por medio de instrumentos exactos; mas, ¿instrumentos dotados de mayor exactitud, no podrian modificar los datos actuales? De manera, que desde el filósofo griego de quien se hizo tanta burla por haber dicho que el sol era mayor que el Peloponeso, hasta la ciencia de nuestros dias, glorificada cuando enseña que el espacio comprendido entre la tierra y la luna apénas ocuparia la

(1) *Pluralidad de los mundos habitados.*

cuarta parte del diámetro solar, nuestra verdad no ha aumentado ni disminuido en un sólo ápice, en tanto que la astronomía cambia incesantemente.

Y esa incertidumbre de sus pretendidas certezas ¡como la confiesa ingénuamente cuando en ello tiene interés, y como la disimula cuando lo exige la defensa de su causa! ¿Necesita poblar todos los mundos para tener un motivo que la autorice á negar las ventajas de este, é imaginar humanidades planetarias con el objeto de rebajar la nuestra? Inmediatamente pone en ejercicio sus leyes todas en apoyo de su hipótesis; y como es difícil suponer hombres en Mercurio, que recibe del sol siete veces más luz y más calor que nuestro globo, y en Júpiter que recibe veinte y siete veces ménos, y en Urano que recibe trescientas sesenta y cinco veces ménos, y en Neptuno que recibe mil tres cientas veces ménos, y especialmente en la Luna que carece de atmósfera respirable; la astronomía fantástica no se descorazona por tan poca cosa, sinó que dice modestamente: ¿Quien sabe si, de la Tierra á Neptuno, los rayos solares atraviesan zonas ménos refrigerantes que la nuestra? ¿Quién sabe si en derredor de la Luna existe una atmósfera tan sutil que no les es dado á nuestros sentidos apreciarla? ¿Quién sabe si esta atmósfera se ha condensado en los valles de nuestro satélite, ya que sus montañas carecen de ella? ¿Quién sabe en fin si ese globo reune todas las condiciones de habitibilidad en aquel de sus hemisferios que nosotros no podemos distinguir? De manera que con tal de hacer pasar un sueño del cual está enamorada, la astronomía es capaz de declarar con la mejor voluntad del mundo, que es muy poco lo que sabe; mas en cambio si se trata de producir testimonios en contra de la religion, substituye con asertos rotundos todas sus dudas y vacilaciones, y habla cual si los hubiese sentido, de los vientos alisios que agitan la atmósfera de Vénus, y de los temporales que reinan en el cielo de Júpiter, y de las nieblas que pasan sobre la superficie de Marte, y finalmente hasta de los mares que limitan los continentes, y de las lluvias que refrigeran las praderas de los mundos estelarios (1). Es decir, que para acreditar una sola de sus fantasías, no tiene inconveniente en convertir en dudas muchas de sus demostraciones; en tanto que para arruinar una verdad divina, no vacila en convertirlas en evidencias.

Muchas veces hemos sido testigos de tales inconsecuencias. Por ejemplo, muchos sábios se han reido de la credulidad de ciertos ascéticos que establecen el paraiso en el sol, habiendo existido un tiempo en que se miraba con tanta prevencion la habitabilidad de dicho astro, que el doctor Esliot fué exonerado como loco por el tribunal de *assises*, por haber profesado dicha doctrina: acontecia es-

(1) Flammarion *idem*.

to en en la época de la astronomía escéptica. Mas al cabo de poco tiempo aparecieron Herschel, Humboldt y Arago, que adoptaron una constitucion física del foco solar, perfectamente compatible con una poblacion viviente: despues de ellos el aleman Bode llegó hasta el extremo de hacer de dicho astro una mansion de delicias y de longevidad, en la cual las ventajas biológicas deben estar en relacion con la importancia de un mundo que fecunda, que gobierna y que domina todos los demás, y desde este momento la astronomía mística ha dejado muy atrás á los teólogos.

Líbreme Dios de poner en duda aquella parte de la ciencia que se halla completamente comprobada; pero tampoco sería justo hacer extensivo á todos sus asertos, el beneficio de la infalibilidad. Cierto que la astronomía se apoya sobre cifras que no engañan; mas esas cifras descansan á su vez en observaciones físicas que engañan frecuentemente. Poco importa por consiguiente que el cuadrado de tal ó cual número sea igual á tal distancia ó á determinada cantidad, si el número en cuestion no se halla debidamente establecido: en física se demuestra teóricamente, que puesto el péndulo en movimiento no se detiene jamás, y sin embargo en la práctica se ve que se va parando, gracias á la resistencia de los medios y al juego de los roces, que desmienten los razonamientos en virtud de los cuales debería marchar constantemente. ¡Cuantas veces desde la tierra á las estrellas, los cálculos astronómicos, inatacables en sí mismos, pueden verse confundidos por la resistencia de los medios y por el juego de los rozamientos!

Hemos de insistir áun, y esto no para negar la ciencia, sino para impedir que salve sus fronteras. La razon se ofende al ver que se considera indigno de crédito el símbolo de los apóstoles, por los que no hace mucho creian en la posibilidad de comunicar con los habitantes de la luna, por medio de la reflexion de espejos inmensos establecidos en el suelo de la Siberia! Es una verdadera anomalía el aclamar como axiomas desde los observatorios, bizarras extravagancias que serian recibidas con burla y desprecio si las anunciáramos en el púlpito. Mas señalados al lector este peligro y semejante injusticia, podemos entrar en materia. Por lo demás puesto de manifiesto el lado débil, el punto vulnerable en la armadura que viste nuestro nuevo adversario, no tanto interesa combatirlo, como demostrar que no tenemos porque temerlo.

Dos tendencias perfectamente marcadas caracterizan los antagonismos de la astronomía anticristiana. La una se inspira en el estudio de los libros santos y dirije sus negaciones al encuentro de la cosmogonía Bíblica; la otra procede de la discusion dogmática y afirma falsamente contra algunas de nuestras creencias. La primera es principalmente exegética, la segunda es más esencialmente filosófica: vamos á contestar á las dos, una en pos de otra.

I.

Las objeciones propuestas por la ciencia moderna contra la astronomía bíblica, pueden reducirse á estos cuatro puntos principales: 1.° ¿Porqué razon los cuerpos celestes que son millares y millones de veces mayores que la tierra, son representados por Moisés como meros accidentes de esta, es decir, como luminares y cronómetros puestos á su servicio? 2.° ¿Cómo se explica que nuestro planeta haya sido creado antes que el sol que es centro de su movimiento? 3.° ¿Es verosímil que Dios haya empleado cinco dias en formar y organizar nuestro mundo, cuando uno solo le bastó para crear todos los mundos del espacio sideral? 4.° ¿Cómo puede, finalmente, concebirse que la produccion de la luz, la sucesion de los dias y de las noches, y la vegetacion, es decir tres fenómenos atribuidos al sol, hayan tenido lugar en la tierra antes de la aparicion del sol (1)? Tales son en substancia las especiosas objeciones dirigidas por la astronomía á la narracion genesíaca. Apresurémonos sin embargo á consignar que semejante oposicion proviene de un error y que este error es resultado, ó de las temeridades de la astronomía, ó de una falsa inteligencia de la Sagrada Escritura.

Es realmente un hecho que la tierra solo desempeña un papel secundario en nuestro sistema planetario; mas tambien lo es que el Génesis, de acuerdo con la apreciacion vulgar, habla de ella como de la parte más importante de la creacion, con la circunstancia de que áun cuando Moisés hubiese poseido en astronomía tantos y tan profundos conocimientos como Leverrier, cosa que era completamente inútil para la mision de que estaba encargado, no habria empleado un lenguaje diferente del que empleó.

Para el escritor sagrado, no es de gran importancia el que la tierra no sea más que uno de los planetas más pequeños que giran en derredor del sol, ni la tiene mayor el que el mismo sol no sea acaso más que una estrella que, á la manera de los planetas, gira á su vez en derredor de otro sol perdido en las regiones de lo infinito. Moisés no traza la historia de los otros mundos, ocúpase únicamente en la de este; no escribe una cosmogonía, ya lo hemos dicho; sólo se ocupa en redactar una geogonía. Hacerle, pues, un cargo de haber subordinado lo que era para él accesorio, á su asunto principal, vale tanto como echarle en cara el haber sido lógico, y haber compuesto segun la razon, más bien que para enseñanza de los naturalistas venideros.

---

(1) Véase David Strauss: *Las doctrinas del Cristianismo.*

Por lo mismo que su propósito iba encaminado á la educacion de las almas, y no al entretenimiento de los espíritus curiosos, en cuanto hubo enseñado que Dios creó el cielo y la tierra, no tuvo inconveniente en abandonar á otros el cuidado de describir detalladamente el cielo, reservándose el extender los anales de la tierra. Esto es lo que ha hecho. Libres son de pensar lo que quieran los partidarios de la pluralidad de los mundos habitados, en órden á la especie relativa á si cada uno de ellos ha tenido su historiografo semejante á Moisés; mas, guárdense muy bien de hacer cargos á Dios ni á su autor inspirado, porque la Biblia no contenga el acta de nacimiento ni la crónica de todos los globos. Así limitado el divino modelo del autor sagrado, el cargo que por él se le dirige, tiene el valor de un elogio. La tierra no es el centro del universo, es el centro de la revelacion mosáica, y el teatro de todos los acontecimientos que á ella se refieren. Moisés no la considerará por lo tanto bajo el punto de vista de la astronomía, sinó teniendo en cuenta los grandes intereses de la humanidad confiados á su inspiracion. Por esto, en tanto que otros estudiarán la constitucion interna de los astros, sus relaciones mútuas, el lugar que ocupan en los campos del espacio, él, que es el padre de la historia terrestre, no los considerará ni los mencionará más que como las antorchas y los relojes luminosos de la tierra.

Y hablará de las comunicaciones del firmamento con la raza humana, segun las apariencias y segun la opinion popular, y en manera alguna con un rigor científico, que le está prohibido, porque no conduce á su fin. Ahora bien, para el fin que se proponia el analista sagrado, el presentarnos las estrellas como luces destinadas á adornar nuestra morada, y á deleitar nuestras miradas con su nocturno centelleo, á servirnos para orientarnos en nuestros viajes y travesías, y para elevarnos en nuestras contemplaciones y ejercitar nuestra sagacidad en las investigaciones que realizáramos, era mucho más importante y oportuno que el enseñarnos operaciones propias de la direccion hidrográfica, ó del observatorio astronómico. A más de que es preciso repetir con San Crisóstomo y Santo Tomás, que hasta físicamente pueden justificarse los errores astronómicos de la Biblia, puesto que si da el nombre de luminares mayores al sol y á la luna, no tanto es por causa de sus dimensiones, como en virtud de la influencia que ejercen sobre la tierra. «Aun cuando las estrellas sean de un volúmen mucho más considerable que la luna, los efectos de esta son extraordinariamente más sensibles para el globo que habitamos, y su diámetro parece desde él muchísimo mayor (1).»

Finalmente, la cuestion científica se complica en este punto con

(1) Santo Tomás, 19, 70, á 1 ad 5.

otra consideracion. La astronomía ha calculado, segun pretende, que Saturno pesa 100 veces y Júpiter 338 veces más que nuestro globo, y que serian menester casi *trescientas cincuenta mil tierras puestas en el platillo de una balanza para equilibrar el peso del sol*; mas, ¿está segura la astronomía de que la importancia de un mundo, esté en razon directa del número de sus kilómetros ó del de sus kilógramos? En la geografía de nuestro planeta, escribe juiciosamente el doctor Reusch, la Palestina ocupa un lugar insignificante entre los diversos países, y Belen, uno más insignificante todavía entre las villas y ciudades, y no obstante, por lo que á la historia de la religion se refiere, Palestina tiene más importancia que la América entera, y Belen y Jerusalen la tienen mayor áun que Lóndres y París. Por consiguiente, sea el que quiera el modesto papel que la tierra desempeñe en un sistema de astronomía, no cabe dudar que Moisés procedió acertadamente, concediéndola uno más brillante en las combinaciones del plan divino, y que con todo y ser la último en la gerarquía física de los mundos, nuestro planeta es el realmente primero en el órden moral.

Por lo demás, no hay por qué nos cansemos fatigando prematuramente el oido del libre pensamiento, con la relacion de los privilegios concedidos por el Creador al hombre en la tierra. El libre pensamiento tiende esencialmente á reducir la dignidad del hombre y la de nuestro universo, para disminuir proporcionalmente los derechos de Dios y sus propios deberes. Mas adelante nos haremos cargo de esta ingrata manera de saldar las deudas; mas, entretanto, debemos insistir que áun en la hipótesis de que la tierra sólo tuviese una importancia moral proporcionada á su volúmen, Moisés habria hecho perfectamente hablando de ella como de un objeto principal, y ocupándose de los cielos como de un accesorio, porque en la historia religiosa de los habitantes de la tierra, la tierra pasa ante todo y los cielos deben aparecer únicamente como episodio de la narracion, por lo mismo que no son más que el pabellon que cubre nuestra morada terrenal.

Despues de esta objecion sacada de la ley de las proporciones planetarias, preséntase la segunda, deducida de premisas que parecen todavía más rigorosas. ¿Cómo es posible que la tierra haya sido formada ántes que el sol, que se halla en el centro de su órbita, que es el regulador necesario de su marcha, el principio de su fecundidad, y segun todas las probabilidades científicas, su foco generador? Un dia, dice la astronomía que más crédito goza actualmente, en lo más remoto de las edades pretéritas, el sol trabajado por una fuerza expansiva estalló en haces de fuego, y las chispas de ese chisporroteo inmenso, lanzadas á distancias inconmensurables por la accion centrífuga; apagadas y solidificadas por el frio del éther; y retenidas en el vasto torbellino de su astro central, por medio de

la gravitacion, formaron los planetas. De manera, que así como se escapan estrellas de fuego de determinadas piezas pirotécnicas, los asteróides que forman parte de nuestro sistema solar no serian más que partes desprendidas del hogar prodigioso que ilumina el mundo, y los cielos podrian compararse á un sublime fuego de artificio perdurable é inmenso.

Dejemos á la ciencia las inocentes delectaciones de su poesia, y volvamos á la cuestion. Consignemos desde luégo, que el Génesis, léjos de afirmar que la tierra hubiese sido producida ántes que el sol, parece insinuar todo lo contrario por medio de las palabras con que empieza, las cuales colocan el cielo ántes que la tierra en el órden cronológico de la creacion. Por consiguiente, el sol podia muy bien existir, segun la Biblia, cuando la tierra se hallaba áun en estado rudimentario; solo que los vapores del período caótico impedian que sus rayos llegaran á nuestro horizonte, y que el cuarto dia del hexameron señala la hora en que los dos *grandes luminares* comenzaron á brillar, para nuestro globo, y no aquella en la cual brotaron de la nada. Se dirá que esta obra se halla anunciada en el texto sagrado con la palabra creatriz *fiat;* mas el efecto de este *fiat* es aquí relativo y no absoluto: expresa el nacimiento de dichos astros con relacion al mundo que habitamos y no en sí mismos; y si Moisés que se extiende en lo relativo á la formacion de la tierra, nada dice absolutamente respecto de la de las estrellas, es porque en realidad de verdad nada tenia qué decir, desde el momento en que habia fijado el dia en que entraran en relaciones visibles y normales con la esfera cuya historia iba á referir. Nótese, además, que su *fiat* se halla perfectamente justificado merced á esta explicacion, porque el establecimiento de las relaciones entre las estrellas y la tierra es un acto de la actividad creadora, del mismo modo que la obra de los tres primeros dias. El mismo poder se requeria para enviar los rayos solares á puntos á los cuales no habian alcanzado todavía, que para inflamar su inmenso foco.

Ni se diga en son de objecion, diremos con Kurtz, que segun el texto genesíaco, Dios coloca el sol y la luna en la *rakiah*, es decir, en lo más elevado de los cielos; porque esto debe entenderse del cielo terrestre en el cual tuvo á bien colocarlos el Creador, en el instante en que los hizo aparecer. En cuanto á las palabras que siguen: «Aquel dia creó Dios el cielo, la tierra y las estrellas (1), no se explican con ménos perfeccion y claridad, puesto que significan que en dicho dia Dios dispuso los astros de manera que iluminaran la tierra, y que comenzaran á existir para ella. Cosa que no excluye en manera alguna la posibilidad de su formacion antes del nacimiento de la tierra, ni se opone tampoco á ninguno de los

(1) C. I, v. 16.

sistemas que representan la tierra como un anillo apagado del sol.

Por consiguiente, en lo que concierne al orígen de los astros, el Génesis enseña que no son en manera alguna eternos, y que tienen el principio de su sér en la voluntad creadora de Dios; mas en lo que dice relacion, á si fueron creados en un estado rudimentario, ó tales cuales hoy dia los contemplamos; á si lo fueron ántes ó despues del dia cuarto, nada determina el sagrado texto, dejando á cada cual en libertad de establecer y plantear sus teorías, con tal que no tenga la pretension de imponerlas.

En cuanto á nosotros, léjos de mirar con prevencion la opinion que admite la preexistencia de los globos celestes con anterioridad al que nos sirve de morada, debemos manifestar que participamos de ella; puesto que en vez de contemplar en la misma un estorbo para nuestra verdad, vemos un principio fecundísimo en soluciones, que hasta el presente ha pasado desapercibido. Sin abrigar la pretension de mezclar para nada al Espíritu Santo en interpretacion alguna personal, no tardaremos en demostrar, fundados en numerosos pasajes bíblicos, la existencia del sol con anterioridad á la de la tierra, que de esos mismos textos claramente se desprende, resultando de ello más perfectamente esclarecida y determinada la obra de los primeros dias, sin que resulte más obscura la del cuarto.

Vengamos ya á la tercera dificultad de la astronomía anticristiana. ¿En qué consiste que Dios empleara cinco dias en disponer y organizar nuestro mundo, cuando le bastó una sóla palabra para suscitar todos los demás?

Moisés, historiador de la tierra, pero no, en manera alguna, de la totalidad de la creacion, refiere la manera cómo preparó Dios la cuna de la humanidad. ¿A qué vendria el relato y la enseñanza de los preparativos llevados á cabo para la formacion y la organizacion de tantas otras esferas que no pertenecen al cuadro de su sublime crónica? Tales mundos sólo incidentalmente tocan á su objeto; mas, ¿han exigido mayores ó menores cuidados que el nuestro á la omnipotencia del Creador? Abandona esa inmensa incógnita á las hipótesis de la astronomía novelesca, y conténtase con decir cuánto sabe. ¡Cuántos, despues que él, dirán sobre el mismo asunto lo que no saben, y sin embargo, jamás sabrán lo que se dicen!

¿Ha creado Dios simultáneamente la totalidad de la materia, ó por medio de transformaciones sucesivas? ¿Hála suscitado tal cual hoy la contemplamos, ó del estado incandescente ha pasado al gaseiforme, despues al líquido, para venir en último término á refrigerarse bajo la accion de las bajas temperaturas reinantes en las regiones del éther? ¿Ha empleado más tiempo en la conclusion del sol que en la de la tierra, que es un millon cuatrocientas mil veces más pequeña? En una palabra: ¿Ha seguido Dios las leyes de

la progresion, produciendo lentamente, lo que instantáneamente podia evocar? ¿Ha seguido las leyes de la analogía, obrando sobre los demás planetas como sobre la tierra? ¡Misterio, misterio! ¿Quién será capaz de revelar el secreto de las generaciones astronómicas? Moisés no ha abrigado jamás semejante pretension: en cuanto consiguió establecer la nocion de un Dios creador, ordenador y conservador, retiróse al silencio de la adoracion y... ¡ojalá hiciera la ciencia otro tanto, ya que todo espíritu que se empeñe en sumergirse en esos abismos, perecerá en ellos!

¡Por una estraña inconsecuencia, los que no prestan fé á los asertos del analista sagrado, en lo que al orígen de la tierra se refiere, quieren ser creidos cuando se les antoja imaginar la historia de todos los astros! Exigen la evidencia de nosotros, en tanto que por su parte solo nos oponen la vaciedad de las congeturas. Preguntadles por la edad de cada uno de los planetas, y os la dirán sin la menor equivocacion: pedidles que os refieran las evoluciones y transformaciones de las nebulosas, y os las contarán cual si las hubiesen presenciado; inquirid de ellos el pasado, el presente y hasta lo porvenir de cada uno de los globos celestes, y la semiciencia que no se muerde la lengua, os dirá que para pasar del estado gaseoso al líquido, toda estrella que marche regularmente, debe emplear cincuenta millones de millares de años; para pasar del liquido al sólido, otros cincuenta millones de millares, total de la edad de los mundos: cien millones de millares de años, y si no lo creeis; si lo escuchais con la sonrisa en los lábios; si lo negais,... sois un ignorante.

Procuren, pues, los sábios ser verdaderamente dignos de este nombre, y no se transformen en decidores de salon: acaso pierdan los gajes que han de proporcionarles sus ediciones populares; pero, en cambio, la ciencia ganará muy mucho.

No desconozco las razones que se alegan para sostener la formacion lenta de los astros. La materia de las estrellas, se dice, se halla en las nebulosas, de tal manera, que estas vienen á ser la simiente de los soles venideros. ¡Vana imaginacion! Ross, Bond y otros astrónomos, con el auxilio de poderosos anteojos, han llegado á resolver algunas nebulosas y las han visto compuestas de un número inmenso de estrellas completamente formadas, y no de embriones de estrellas que han de nacer.

Tambien se añade: Los cuerpos celestes que componen nuestro sistema solar, ofrecen diferentes grados de condensacion. Mercurio, por ejemplo, es más denso que la Tierra; Júpiter lo es cuatro veces ménos, y apénas tiene la consistencia del agua; Saturno lo es ménos todavía; los cometas son substancias vaporosas; finalmente, todos los planetas nacidos probablemente en estado de gas, y dotados de poderosa elasticidad, han visto endurecer insensiblemente su corteza; por consiguiente, las demás estrellas han pasado por las mismas fases, y ese trabajo exige muchos siglos para realizarse.

Pasemos por ello, con tal que no se tenga la pretension de convertir la hipótesis en dogma. La astronomía formal no vacila en reconocer con Burmeister, que jamás podrá conocerse exactamente la constitucion física de los astros á consecuencia de la distancia á que se hallan. La ciencia fija la edad de un árbol ó de un hombre con sólo verlos, porque se dejan tocar y analizar; mas nunca sucederá otro tanto con los astros que están fuera del alcance de nuestros sentidos, en lo que concierne á un número inmenso de investigaciones científicas.

Mas áun cuando la obra de los seis dias hubiese sido incomparablemente más larga, respecto de otros mundos, que respecto del nuestro, poco le importaria á la exegesis cristiana. La cronología indeterminada, indeterminable de la época prehistórica, se presta fácilmente á todas las suposiciones: el período sin medida del cáos, concede al Creador todo el espacio necesario para llevar á cabo sus creaciones siderales, con las incalculables lentitudes que la ciencia le prescribe.

Finalmente, y este es el supremo argumento en favor de la antigüedad indefinida de los astros. Segun Humboldt, la rapidez con que se propaga la luz, es con corta diferencia igual á cuarenta y dos millas geográficas por segundo, de donde resulta que las estrellas de la via lactea emplean más de cuarenta mil años para transmitirnos sus fulgores, al paso que Herschel evalúa en dos millones de años, y Madler, en ochenta millones de años el tiempo que los rayos luminosos de ciertas nebulosas invierten en el camino ántes de tocar á los confines de nuestro horizonte; de lo cual resulta, que para brillar el cuarto dia sobre la tierra, el sol y las estrellas, han debido existir muchos siglos ántes.

Repitámoslo una vez más: la exegesis ortodoxa se declara neutral en cuanto se refiere á tales conclusiones, siquiera tenga derecho para exigir de los astrónomos el que se pongan de acuerdo en punto á las cifras, á fin de objetárselas con la debida autoridad. Mas al propio tiempo la exegesis enemiga debe convenir en que el autor de la luz pudo acelerar su marcha en el instante de producirla, porque si ha querido, por ejemplo, que los astros hayan sido visibles al par que creados, nada se oponia á ello, puesto que el milagro de su visibilidad, no es en manera alguna superior al de su creacion: mas áun, hasta puede decirse que dicha visibilidad era un complemento indispensable de su creacion, porque en tanto que los globos destinados á parecer no parecen, existen respecto de su autor; pero no con relacion á sus contempladores.

Llegamos á la cuarta dificultad: la existencia de la luz, la sucesion del dia y de la noche, la vegetacion; tres fenómenos atribuidos al sol y mencionados en los primeros períodos del hexameron, y que no pueden admitirse en una época en que el sol no estaba áun en comunicacion con la tierra.

A esta cuestion podemos dar dos contestaciones: negativa la una, estableciendo que las objeciones no están probadas; afirmativa la otra, demostrando que lo están los asertos bíblicos.

Cuando Moisés hace brotar la luz el primer dia y el sol el cuarto, debió tener para ello razones profundísimas, puesto que no podia ignorar lo que saben hasta los niños de la escuela, es decir que la luz no existe, ordinariamente, sin el sol. La imposibilidad de suponer, razonablemente, semejante distraccion en el historiador sagrado, engendra la siguiente cuestion. ¿Que es la luz? La ciencia no lo ha dicho todavía. Segun la teoría de las emanaciones, la luz es una materia sútil que se desprende de un cuerpo brillante: segun el sistema de las ondulaciones, es una materia difundida en el ether, y puesta en movimiento vibratorio en virtud de una causa exterior. Lo mismo en uno que en otro caso, el calórico y la electricidad, sin contar otros agentes todavía desconocidos, pueden engendrar una luz distinta de la producida por el sol. A mas de que, ¿quién será osado á imponer al Creador la necesidad de servirse del sol para iluminar su obra primitiva, hoy precisamente en que la ciencia no considera al sol como fuente de luz, sinó á la fotósfera que rodea y envuelve ese globo en sí mismo opaco y obscuro? Finalmente, muchos físicos ven con Humboldt en la aurora boreal, una prueba decisiva en favor de la opinion que sostiene que la tierra, además de la claridad que recibe del disco solar, está dotada de la facultad de emitir una luz que le es propia. Ahora bien: si tan variados son los manantiales de la luz terrestre, ¿quién será osado á afirmar que ántes de la organizacion completa de los diversos cuerpos que componen el universo, no haya podido existir en otra parte el foco de luz? Podrá negarse, mas no probarse semejante negacion.

En cuanto á la sucesion del dia y de la noche únicamente tiene un valor metafórico, si de la jornada hexamérica se hace un lapso de tiempo indefinido y en manera alguna un período de veinticuatro horas. Por consiguiente esta objecion, por lo mismo que carece de fundamento, no merece ser contestada.

Y por lo que se refiere á la vegetacion del tercer dia, hemos de confesar que no sabemos explicarnos el que los plutonistas extremados, partidarios de un fuego central inextinguible, se admiren de ver crecer la yerba sobre un suelo, hace poco tiempo calentado hasta una temperatura elevadísima, de la cual no se habia enfriado completamente. Si existian el calórico y los demás imponderables, ¿por qué no habian de existir tambien las plantas? Hoy han menester el calor y la luz del sol; entónces les bastaba el calor de la tierra y el de la luz imperfecta que la iluminaba. Los argumentos negativos crecerian hasta lo infinito, si nos empeñáramos en buscarlos.

Mas este triple ataque puede ser rechazado por medio de una contestacion más positiva. Ya que segun todas las probabilidades científicas el sol fué creado ántes que nuestro planeta, ¿qué incon-

veniente hay en que le trasmitiera la luz y la fecundidad ántes áun de mostrarle sus rayos? ¡Cuantas veces, durante muchos dias las espesas brumas que reinan en Suecia y en Inglaterra, impiden distinguir el lugar que el sol ocupa en el horizonte, siendo así que sus rayos iluminan tibiamente el suelo? Ahora bien, ¿quién es capaz de describir las intensas brumas que envolvian nuestro mundo acabado de salir del fondo de los mares? ¿Cómo imaginar los fenómenos de evaporacion y de obscurecimiento de ello resultantes? Los mismos geólogos admiten un período de tinieblas durante el cual el núcleo terrestre se hallaba en una temperatura tan elevada, que los metales flotaban en estado de gases en el aire, la atmósfera de nuestro planeta se elevaba hasta la luna, y los vapores que subian y las lluvias que se precipitaban incesantemente, mantenian en la tierra una obscuridad y unas perturbaciones indescriptibles.

Pues bien, un dia, en medio de esas escenas confusas de una naturaleza envuelta en las tinieblas de la noche, el Señor exclamó: «*¡Fiat lux!*» y la luz del sol alcanzó por vez primera hasta profundidades inmensas en las cuales jamás habia penetrado. Otro dia dijo el Señor: «Que la luz sea separada de las tinieblas,» y la atmósfera de nuestro mundo adquirió un grado más de transparencia. Otra vez dividió las aguas superiores de las inferiores y la claridad aumentó áun. Finalmente, el dia cuarto, habiéndose retirado las olas, y purificado el aire, y replegádose las nubes, los dos grandes luminares de la tierra aparecieron por vez primera sobre su diáfano horizonte. Contar lo que fué esa expléndida aurora, en la cual el sol bañaba con toda la fuerza de sus rayos, una naturaleza vírgen que acababa de salir de las manos del Creador, no es del dominio de la apologética sinó del de la poesía: consignemos sin embargo que nuestra apologética se halla perfectamente de acuerdo con los datos de la ciencia, y añadamos que á pesar de ello, mina por su base todas las objeciones que la ciencia le dirige respecto del particular, puesto que, sosteniendo que el orígen de la luz, la sucesion de los dias y de las noches, y por último el comienzo de la vegetacion, no han tenido lugar sin el sol, siquiera se hayan realizado ántes de su aparicion, lo incomprensible queda reemplazado por el órden natural.

II.

Vencida la astronomía en el terreno de la exegesis, se refugia en la oposicion filosófica; y á fin de tener una razon para atacarla, empieza por desfigurar la religion, adoptando el sistema de esos abogados más quisquillosos que leales, que suponen en los adversarios mayores delitos, con el propósito de mejorar la causa que de-

fienden. Desde que Lucrecio dijo: «Este universo visible no es el único que existe en la naturaleza; en las regiones del espacio existen otras tierras y otros hombres,» la hipótesis de la pluralidad de los mundos habitados ha seducido muchas inteligencias. Desde el *Somnium astronomicum* de Keplero, á la obra de Campanela escrita en la *Ciudad del Sol;* desde el obispo Witkins componiendo un tratado sobre la *Luna habitable*, hasta el padre Atanasio Kircher, refiriendo su *Viaje celeste* en el cual visita los diversos planetas; desde las conversaciones relativas á la *pluralidad de los mundos* por Fontenelle, hasta el *Ensayo sobre las tierras celestes* por el astrónomo Huygens, y *Tierra y Cielo* por Juan Reynaud, son innumerables las lucubraciones llevadas á cabo con el mismo intento, bien que sin prevencion alguna por lo que dice relacion al dógma cristiano.

Mas al presente algunos plagiarios de los siglos precedentes se han preguntado, que es lo que podrian hacer para dar vida á esas fantasías añejas y parecer nuevos bajo los despojos de los soñadores más anticuados, y al efecto mezclando con lo antiguo que tomaron de unos, algo nuevo que han tomado de otros, han involucrado el Cristianismo en utopias inofensivas respecto del mismo, manifestando por último que en vez de sostener la existencia de un conflicto entre la religion y la ciencia, iban á fundar la *religion por la ciencia*, resultando de esta preocupacion la que llamamos astronomía filosófica.

Indudablemente provocó en parte esta agresion William Whewel intentando probar que la doctrina de la pluralidad de los mundos es contraria á la fé cristiana; mas en cambio sir David Brewter, en un concienzudo trabajo llevado á cabo para contestar al precedente, demostró que dicho opinion está de acuerdo lo mismo con la ciencia que con la religion. Gracias á esta grave réplica fundada por otra parte en la tésis del doctor Chalmers, sobre las concordancias entre las verdades astronómicas y la enseñanza evangélica, el Evangelio debia quedar para siempre jamás fuera de la cuestion; pero los publicistas que tienen ideas *que perder*, como decia Fontenelle, ó mejor áun, ideas que enagenar, no han dejado pasar desapercibida la favorable coyuntura que se les venia á las manos para enjaretar una novela astronómica, habiendo resultado de todo ello cierto número de escritos, en los cuales la ciencia, profanada por hábiles manipuladores, sirve únicamente de pantalla á la especulacion. La astronomía descendida de las alturas de su observatorio, á esos teatrillos de arrabal, acusa al dógma cristiano de un optimismo tan orgulloso como poco justificado en favor de nuestro universo, formulando del modo siguiente sus prevenciones.

1.° Astronómicamente hablando, la tierra tiene grandes desventajas, y no ha sido en manera alguna constituida cual podría serlo el mejor de los mundos; por consiguiente no puede admitirse que haya presidido á su formacion una causalidad final.

2.° Los habitantes de la tierra, con relacion á la humanidad universal, diseminada en los innumerables continentes del firmamento, solo constituyen una minoria muy exigua; por consiguiente Dios no ha creado el firmamento exclusivamente para delectacion de los habitantes de la tierra.

3.° La tierra tiene carácteres incontestables de inferioridad, respecto de otros globos; por consiguiente éstos han de ser patria de una raza superior á la nuestra.

4.° Finalmente, siendo como es la tierra una de las obras más insignificantes que han salido de las manos del Creador, ¿porqué ha de haberla elegido Dios como lugar de su revelacion y de su encarnacion?

En primer lugar, ¿en qué bases descansa la opinion de los que dicen que nuestro mundo está mal hecho, y lo reciben de manos del Creador como una especie de trabajo sujeto á correccion y enmienda? Constituye este uno de los curiosos capítulos de las divagaciones de la ciencia, resuelta á confesar lo absurdo antes que reconocer la Providencia.

El más audaz de estos adversarios, Augusto Comte, desea que se trabaje en rectificar el eje de rotacion de nuestro globo sobre el plano de su órbita, á fin de mejorar las condiciones biológicas de la humanidad, destruyendo la desigualdad de los dias, y la diferencia de los climas y de las estaciones. Pero además de la dificultad que ofrece la realizacion de esta modificacion cósmica, para los séres que son mil veces menores, respecto de la circumferencia terrestre, de lo que lo son las hormigas, respecto de la cúpula del Panteon, no ha calculado Comte probablemente, que en su sistema los habitantes del círculo ecuatorial se verian condenados perpétuamente á todos los inconvenientes de la temperatura tórrida, al paso que los del círculo polar tiritarian de frio todo el año. Prescindiendo de que las alternativas de invierno y de verano son necesarias para que germinen y maduren la mayor parte de las substancias alimenticias, si un dia llegaba á disminuir la oblicuidad de nuestra eclíptica, en tanto que los dos tercios de la humanidad perecerian achicharrados por el calor ó arrecidos de frio, el otro tercio sucumbiria víctima del hambre.

Otros astrónomos, en ódio á toda causalidad final, echan en cara á nuestro globo su fragilidad. Asústanse pensando que su corteza sólida sólo tenga algunas leguas de espesor y se extremecen al considerar ora que el océano de fuego sobre el cual marchamos, bajando sus olas, sepulte nuestros continentes en un cráter sin fondo; ora que levantándolas, eleve la superficie submarina, y arroje el océano á la cima de las Cordilleras. Mas nada prueba mejor la prevision creadora, que esta perpétua dependencia en que nos tiene de las fuerzas de la creacion. Por lo mismo que ante todo se pro-

puso el Creador en su obra un fin moral, debia adoptar el medio más á propósito para moralizarnos. Ahora bien, si el sábio se declara Dios, cuando es más débil que la naturaleza, ¿que aconteceria el dia en que la dominara? La humanidad se tornaría podredumbre si se elevara hasta la supremacía, es decir, que emancipándose de las energías superiores que inclinan su cabeza y hacen doblar sus rodillas, convertiriase en una obra mil veces más imperfecta todavía que el mundo.

Por su parte M. Flammarion pretende que la tierra no tiene porque mostrarse satisfecha de los rayos nocturnos que la luna le envia, puesto que reflejando los planetas mucha más luz que sus satélites, la tierra recibe de la luna trece veces ménos claridad de la que le envia. Confieso que semejante objecion me obliga á adorar el plan divino con un sentimiento más profundo. En efecto, la prueba incontestable de que la Providencia alcanza de uno á otro extremo, la tenemos en que provee al par á la armonía de todos los astros, haciendo con ello, y en virtud de una sola disposicion la felicidad de la tierra y la de la luna.

A su vez Arago cree ser decisivo contra el dógma de la finalidad, haciendo notar que para la justificacion de esta idea, los planetas deberian tener tantos más satélites, cuanta mayor fuese la distancia á que se hallaran del sol, cosa que realmente no acontece. ¿Mas con que derecho la ciencia pretenderia substituir al órden divino la mezquina simetría de sus combinaciones? Si Neptuno que gira mucho más lejos que Urano y que Júpiter, se halla dotado de un número de satélites más reducido ¿no consiste pura y exclusivamente en que su funcion en nuestra economía planetaria no exije ni tanta luz ni tantos reflectores?

Finalmente, Laplace lamenta que la luna, siempre en oposicion y á una distancia cuadruple de aquella en que se encuentra de la tierra, no realice su revolucion de manera que jamás permanezca oculta en ausencia del sol, con lo cual todas nuestras noches estarian iluminadas. El fundador del positivismo va más léjos todavía, pues pregunta, porque razon la naturaleza no ha hecho, en obsequio de la tierra, el gasto de dos satélites de tal manera dispuestos que la aparicion del uno sobre nuestro horizonte coincidiera con la desaparicion del otro. Cuando tan conocida es la influencia de la luna en la mecánica celeste, en los movimientos oscilatorios de la tierra, en la vida astral de este planeta, en su meteorología, en sus mareas, y en sus condiciones fisiológicas, sorprende el que tan eminentes sabios puedan condenarse á la irrision, en odio á lo que llaman el optimismo teológico. La substitucion de una luna llena permanente, ó de dos lunas llenas relevándose alternativamente, en lugar del órden actualmente establecido, no seria en manera alguna una correccion útil, sinó por el contrario el trastorno completo del conjunto planetario. Acontece con la verdad de la naturaleza lo

que con la verdad de la religion: podrá atacarsela; mas de seguro no se conseguirá sustituirla con una cosa mejor.

Por lo demás en este punto la astronomía filosófica se contesta á sí misma. «¿Presumís acaso que las causas finales y el verdadero destino de los séres, son realmente los que concebimos en nuestra pigmea inteligencia? ¿Creeis que el plan general de la inmensa y solidaria naturaleza, puede estar al alcance de nosotros, átomos miserables de ella? ¿Persistís pues en el empeño de confundir el órden universal de los séres, con vuestros sistemas de clasificacion? ¿No imaginais que el hombre y toda su historia y su ciencia toda, y su destino en la tierra, no es más que el fuego efímero de una libélula cerniéndose en el océano sin límites del espacio y del tiempo, y que para juzgar de las cosas en su verdadero órden, nos seria indispensable conocer el conjunto del mundo? (1).»

Segun los cálculos al presente más acreditados, Neptuno, el más lejano de los planetas de nuestro sistema, se halla á más de mil millones de leguas del sol. La distancia que separa nuestro sol de la estrella más próxima, es ocho mil veces mayor que la existente entre el sol y Neptuno. Esto sentado, imagínese lo demás; asciendase de una á otra estrella, y cuando se haya llegado á la cumbre de la arquitectura celeste, contémplense sus detalles todos, y podrán apreciarse los lados defectuosos. Miéntras esto no suceda, respeto y silencio. Las causas finales aparecen con bastante frecuencia en la armonía de la creacion, para que sea permitido negarlas en las raras ocasiones en que se eclipsan. Segun Newton el mundo es un reloj, es decir, un mecanismo complicado. Ahora bien, si la confirmacion minuciosa de los rodajes que para tales fines se emplean, es indispensable para producir un engranaje que marque veinticuatro horas, ¡que inmenso trabajo de apropiacion al fin, no habrá sido menester, para construir el colosal cronómetro del universo, que desde los tiempos de Hiparco, es decir durante el dilatado período de dos mil años, en que se halla científicamente vigilado, no ha modificado sus indicaciones en un céntimo de segundo!

La astronomía negativa dice tambien: siendo tan reducida la humanidad que vive sobre la tierra, respecto de la poblacion de otros mundos, es imposible que Dios haya creado estos para nosotros.

Pero, ¿existe poblacion en los otros mundos? Como no queremos involucrar la religion en este asunto, ni lo afirmamos ni lo negamos; únicamente tomamos acta de que el partido adverso en su argumentacion sienta como hecho inconcuso lo que está áun por probar.

Nosotros pensamos tambien con verdadero placer, que el firmamento no es un desierto brillante; que Dios es conocido y alabado

(1) Flammarion. *Pluralidad de los mundos habitados.*

en el conjunto de esa inmensidad embellecida por su magnificencia; que los mundos invisibles para nosotros, no lo son en manera alguna para otras miradas; que este planeta en fin no es el único dominio de la vida, lo que daria como resultado el que el resto del espacio fuese un campo destinado perennemente á la esterilidad y á la muerte. Mas para justificar esta hipótesis, ¡cuántas hipótesis y conjeturas deben formarse! Algunas indicarémos sin prometernos por ello convertir á nuestros adversarios, ya que no en vano, valiéndose de la pluma de Fontenelle han escrito. «La vida existe en todas partes, y si la luna no fuese más que un monton de rocas, ántes la haria roer por sus habitantes, que convenir en que no existen en ella.»

La primera hipótesis se refiere á la temperatura de los mundos. La causa preponderante del calor en la superficie de los planetas, depende de las distancias respectivas á que se encuentran del sol, de manera que en el caso de que haya en ellos habitantes, al paso que en unos se asarán, en otros han de perecer helados. La astronomía poética resuelve esta dificultad, echando mano de innumerables imaginaciones sobre el estado calorífico de los globos lejanos, y apelando á la potencia infinita de la naturaleza.

Otras hipótesis sobre las condiciones atmosféricas de estos globos. La atmósfera ejerce innumerables influencias sobre el sistema físico de este mundo, pues es un fluido indispensable para la respiracion de los hombres, de los animales, y hasta de los vegetales. Es el conductor necesario de las vibraciones que trasmiten la palabra y el sonido, de manera que un mundo desprovisto de atmósfera, sólo puede ser poblado por sordo-mudos, y constituir la mansion del silencio perpétuo. Realiza la difusion de la luz de tal manera, que sin ella sólo serian visibles los objetos expuestos directamente á los rayos solares, y la claridad reflejada de la aurora y del crepúsculo, de la sombra y de nuestras habitaciones, se trocaria en una noche profunda. Es una especie de invernáculo destinado á conservar el calor terrestre, ya que si no se hallase este retenido por el aire, seria enviado al espacio, y nos veríamos reducidos á la ruda temperatura de las regiones boreales, ó de las alturas del Himalaya. Es finalmente una envoltura necesaria para la conservacion de los líquidos sobre el globo, en virtud de la presion que ejerce, puesto que sin ella seria imposible que existiese una sola gota de agua sobre la superficie de nuestro planeta... Esto sentado, pregunto: ¿cómo imaginar la existencia de los habitantes en los astros desprovistos de atmósfera, por ejemplo la luna? La dificultad se resuelve fácilmente, poblando dichos mundos de existencias sin analogía alguna con las manifestaciones de la vida terrestre.

Finalmente, hipótesis relativas á la intensidad de la gravedad. El peso de los cuerpos en la superficie de un globo, depende de la masa de dicho globo y de su volúmen, por consiguiente la gravedad es en Júpiter tres veces mayor que en la tierra, y mucho más

todavía en el sol. Segun Plisson, en los planetas menores, un terrícola de setenta kilógramos, podría caerse desde la altura de un cuarto piso sin esperimentar más daño que si en la tierra saltára desde una silla; en tanto que la caida más insignificante, en el sol, haría su cuerpo mil pedazos, cual si lo hubiesen majado en un almirez (1). Esta diferencia de intensidad en la gravedad, en cada uno de los diversos planetas, indica una gran divergencia en los organismos que los habitan, lo cual obliga á concluir, que si para vivir en la tierra bastan las fuerzas de un niño, para vivir en un mundo incomparablemente mayor, es indispensable la constitucion de una raza incomparablemente más vigorosa que la nuestra.

Nuestros contradictores no retroceden ante esta consecuencia; pues bien, tampoco retrocederémos nosotros: únicamente nos limitarémos á preguntarles, ¿cómo acogerían nuestras palabras si en nombre de la fé nos atreviámos á profetizar las humanidades más ó ménos quiméricas que entreven en el extremo de sus anteojos? Cuando la Biblia habla de algunas generaciones de gigantes que existieron en las más remotas edades, sólo logra escitar la risa de los que aprovechándose de ello la ridiculizan. Cuando la ciencia ha menester razas nuevas y más que gigantescas para *amenizar* un sistema, las siembra en todas las estaciones del mundo sideral y es creida á puño cerrado, hasta por aquellos que en nada creen.

Mas aceptemos como hecho incontrovertible lo que no es más que mera suposicion. ¿Que contestaríamos al argumento, los habitantes de la tierra son una fraccion mínima de la humanidad universal, luégo el mundo no ha sido hecho para ellos?

Lo que es para ellos exclusivamente no. La revelacion dice, para los elegidos, esto es, para toda criatura capaz de glorificar á Dios por una accion moral, y digna de estas contemplaciones eternas, en comparacion de las cuales, todas las maravillas astronómicas no son más que juegos de niños: *omnia propter electos*. De manera que si se colocan elegidos en todos los mundos, los mundos existen para esta muchedumbre de predestinados lo mismo que para nosotros: por nuestra parte convenimos en ello no sólo con pesar, sinó con verdaderos transportes de júbilo. Amamos á Dios tan intensamente, que nuestra suprema beatitud despues de nuestro amor estriba en verle amado. Hermanos en inteligencia, en amor, en libertad, que os cerneis sobre nuestras cabezas: ¡os tiendo la mano! De seguro no perteneceis á la raza de Adan como yo, pero formais parte de la de los hijos de Dios: bajo este título vuestro pensamiento hace palpitar mi corazon. ¡Que importan los abismos que nos separan, si nuestras almas se hallan unidas en el amor y adoracion del mismo Dios! ¿Qué importa la diversidad de nuestras pátrias astronómicas

(1) *Los Mundos*. 275.

si ha de reunirnos una sola y misma pátria? ¿Qué importan, finalmente, las diversidades accidentales de nuestras revelaciones, si todas ellas reconocen á Dios por autor, á Dios que tiene tantos medios para salvar los mundos, como los tuvo para crearlos? Permitid pues que me lance hácia vosotros cuando los blasfemos de nuestro planeta impelan mi corazon á expátriarse: no faltan quienes os emplean para objetar la verdad de mi fé, y mi fé os acoje como mi felicidad; porqué si existís, por fuerza adorais á Dios; si le adoráis, Él os abre su seno, y así como las diferentes creaciones materiales glorifican la fecundidad del Creador; del propio modo, nosotros, sus creaciones morales diseminadas actualmente en el espacio, un dia formarémos en sus abrazos paternales, una unidad mil veces más bella que la armonía de las esferas.

Y bajo otro punto de vista, ¿cómo no ven nuestros adversarios, que nos apoyan, precisamente cuando creen derribarnos? Enciérrase para su razon en nuestro dogma un gran motivo de escándalo, que consiste en el número relativamente pequeño de elegidos que alcanzan su supremo fin en la tierra. Mas, puébleuse los otros mundos de criaturas más fieles, llénese la Iglesia triunfante con un millon de otras Iglesias militantes, más santas áun que la nuestra en sus miembros, é inmediatamente el número inmenso de los elegidos se substituye á la creencia contraria, sin inconveniente para la verdad evangélica; porqué la economía evangélica sólo abraza los destinos de la humanidad terrestre. ¿Mas ha dirigido Dios su palabra á otras sociedades que no pertenecen á este aprisco? Imposible no es á su poder, ni indigno de su sabiduría, ni opuesto á su enseñanza; esto es cuanto nos cumple decir respecto del particular.

Poned, pues, en los campos estelarios tantas naciones como se os antoje; multiplicad hasta lo infinito si quereis esas que llamais *civilizaciones astronómicas;* imaginad, por último, humanidades en todos los grados de temperatura física y moral: con tal que todo esto proceda de Dios y vuelva á Dios, por caminos trazados por su mano, la fé está á salvo.

Mas, por vuestra parte, es indispensable que convengais en que áun cuando la humanidad adamita fuese la única á gozar el espectáculo de los cielos, no por esto resultaria desproporcion entre la magnificencia de esa cúpula y la grandeza moral de nuestra mansion. Una sóla gota de la sangre de Jesús, vertida sobre la tierra, la haria digna de semejante privilegio. El Omnipotente no se ha propuesto como fin principal de la creacion, alinear ejércitos de soles, profundizar océanos inmensos, y, en una palabra, suscitar en cierto modo una fantasmagoría sublime, sinó producir virtudes. Cuando la bóveda celeste para nada más sirviera, que para mantener la nocion y la adoracion de Dios en el alma de los hombres, tendria razon suficiente de ser. Como decoracion para el encanto de-

nuestros ojos, seria acaso demasiado; pero como medio de educacion y de moralizacion al servicio de nuestra raza, y prueba indestructible de la existencia de su Autor, jamás el explendor de las cosas creadas será superior á semejante fin: *Cœli enarrant gloriam Dei* (1).

Podrán decir, si quieren, los bufones de la ciencia, henchidos de estúpida vanidad, que «la mision del sol se reduce á madurar los nísperos, acogollar las berzas, y evitar que nos demos de testarazos contra las paredes (2),» pues no obstante sus manifestaciones, el sol existe y existirá especialmente para iluminar y prestar calor á las creaciones que revelan á Dios, y á las criaturas que le sirven; pero áun cuando solo sirviera para que maduraran los frutos que sirven de alimento á los santos, para iluminar su camino y guiar sus pasos, y finalmente, para servir de testigo y de medio á sus virtudes, siempre concurriria á la realizacion de una obra más grande que él mismo. El hombre que tenga en más la belleza moral que las magnificencias materiales, considerará que el universo trocado en templo y en escuela de santidad, es preferible á este universo de parada cantado por los éxtasis, por punto general, ateistas de la astronomía. Podrá Júpiter balancearse en el espacio con la majestad de una superficie cien veces mayor que la de la tierra, y prevalerse Saturno del brillante explendor de su anillo, y ufanarse Urano de su cortejo de satélites: el mundo sobre el cual se padece, y se ora y se hacen merecimientos, y desde el cual por el pensamiento y la esperanza se eleva el hombre á alturas superiores á las de todos los mundos, es el sitio más glorioso de toda la creacion.

Nuestros antagonistas continúan: Por lo mismo que la tierra tiene caractéres de inferioridad, comparada con determinados planetas, no sólo bajo el punto de vista de su volúmen, sinó tambien como mansion propia para llenar los fines de la vida, hemos de considerar que en dichos planetas ha de vivir una raza superior á la nuestra. Ni acepto ni rechazo esta idea: limítome á esperar que se aduzcan las pruebas de semejante aserto, y presumo que tendré que esperarlas mucho tiempo. Sea esto dicho sin ofensa de Cristian Wol, que en su ensayo demuestra que estando la dilatacion de la retina en relacion con la intensidad de la luz, los habitantes de Júpiter, más intensamente iluminados que nosotros, deben tener un órgano visual proporcionado, y por consiguiente, una talla comun de catorce piés y dos tercios; es decir, la misma talla que tenia Og, rey de Basan, cuyo lecho, segun la relacion de Moisés, media nueve codos de largo y cuatro de ancho.

---

(1) Psalmo 18-1.
(2) Cyrano de Bergerac.

Mas, dejémonos de bromas y tomemos de nuevo las cosas en sério. La ballena y los elefantes, tienen los ojos muy pequeños relativamente á su volúmen, ¿qué inconveniente hay en que los Jovinos estén constituidos segun esta ley de conformacion? Y, por otra parte, ¿en qué descansa la hipótesis sistemática, que hace, por pura analogía, de las estrellas más grandes, la capital de las humanidades más desarrolladas? ¿Por ventura, así como estableció en las pequeñas ciudades de Tyro, Sidon y Cartago las metrópolis de muchas otras extraordinariamente más grandes, no podria fundar en una de sus obras más pequeñas, el sitio de la realeza intelectual y moral del universo? ¡Extraña inconsecuencia del libre pensamiento! Si se le habla de la formacion de los ángeles, tuerce el hocico; mas, si para sus fines tiene necesidad de poblar el espacio de séres sobrehumanos, por creacion astronómica ó por transformacion darwiniana, no vé en ello la dificultad más insignificante: es decir, que cree posibles todos los milagros, con tal que no sea Dios autor de ellos. Habladles del paraíso cristiano en el cual los elegidos subirán eternamente de una en otra claridad, y se compadecerá de nuestra ingénua sencillez y de nuestra simplicísima credulidad; mas, profesad el dogma de la pluralidad de las existencias, y de un Eden astronómico, con emigraciones ascensionales de una á otra estrella, de manera, que los actuales habitantes de la tierra sean los moradores futuros del sol, y vereis que M. Flammarion os dice que semejante opinion está perfectamente de acuerdo con los principios de la ciencia. ¡Ah! debemos advertir, que con la piadosa intencion de hacer creer que el mundo de que nos habla, pertenece á la clase de los reales, dicho escritor ha tomado la precaucion de componer los *mundos imaginarios;* mas la verdad es que nadie ha tragado el anzuelo. El autor me merece demasiado respeto para que no crea que él es el único que se ha equivocado.

Mas, tomemos á los habitantes de otros planetas tales cuales se nos dan, es decir, como séres más grandes que nuestro tipo: el dógma no ha de resentirse de su magnitud, como no se resiente de su existencia. ¿Ha realizado, ó realizará Dios sobre esta tierra una série de creaciones más perfectas que la nuestra? ¿Ha realizado ó realizará creaciones más perfectas en los cielos? ¿Ha constituido la humanidad en jerarquías escalonadas como las de los Angeles, y nos hallamos nosotros en el primero ó en el último grado de esta escala biológica? Cuestiones son estas en las cuales es ocioso y excusado ocuparse, puesto que son insolubles. El Creador ha hecho las revelaciones necesarias á cada ciclo humano; no desdeñemos, pues, la nuestra, so pretexto de que otras tienen una distinta, porque todo sér moral será juzgado en conformidad á la ley que le ha sido impuesta. La palabra de Dios, como su presencia, puede dividirse en miríadas de esferas, sin perder cosa alguna de su integridad; y el que declina sus deberes de ciudadano religioso de la tierra, porque

haya ó pueda haber habitantes en la luna, se parece á esos niños egoistas que quieren ménos á su padre al paso que les concede nuevos hermanos. ¡Insensatos, que admirarian más á Dios si fuese ménos admirable!

Tocamos al término de la cuestion, haciéndonos cargo de la objecion encaminada á demostrar, que no gozando la tierra preeminencia alguna astronómica, Dios no puede haberla elegido para teatro de su revelacion y de su encarnacion.

Todo esto no es más que continuacion de la misma paradoja: la extension geográfica tomada como medida del valor intrínseco; Dios, obligado arbitrariamente á manifestarse á los grandes astros, con preferencia á los pequeños, y despojado de la santa libertad de sus preferencias. Por lo demás, esta libertad no se la han dejado los abusos de la libertad humana. Ha visto en la tierra iniquidades que reparar, y ha bajado á la tierra á repararlas. Poco importa que la tierra sea únicamente una pequeña provincia en el imperio ilimitado del espacio, y un simple átomo comparado con la universalidad de los mundos; sobre este grano de polvo tenia que salvar en lo pasado y en lo porvenir incalculables miríadas de hombres: y los que no permiten á Dios que castigue á uno sólo en el infierno, ¡le echan en cara el que se haya incomodado por tan poca cosa! ¡No se le perdona su justicia y se escandalizan de su amor!

Y sin embargo, ¿qué es lo que ha hecho este amor en las otras tierras, si en ellas ha habido mal moral que destruir y humanidades culpables que regenerar? Yo respeto el secreto de su misericordia; mas lo que sé es, que con la Eucaristía en una mano y la cruz en la otra, podré presentarme un dia ante la magna asamblea de los hijos de Dios y desafiar á todas las tribus de todos los soles, á haber sido salvadas por medio de una redencion más preciosa que la mia.

Respecto del particular pueden formarse tres hipótesis igualmente admisibles.

O bien ha habido otros mundos pecadores, y en este caso Dios habrá querido rescatar todas las generaciones caidas, visitándolas unas en pos de otras. ¿Qué razon hay para que su fecundidad y su bondad no hayan imaginado para cada caida un plan de redencion apropiado y compuesto de tantos evangelios, como rebaños descarriados que volver al buen camino han existido en el infinito? Su poder revelador carece de límites como su poder creador, y léjos de menguarse con esto mi fé, elévase considerando esta incesante peregrinacion de Dios en medio de sus obras, para reparar por medio del amor, las brechas abiertas en el órden por los extravios de la libertad.

O bien el mal moral no existe únicamente en la tierra y en este caso diré con el doctor Chalmers: «Supongamos que entre las innumerables miríadas de los mundos, exista uno visitado por una epi-

demia moral, que se extendiera sobre todas sus gentes, arrastrándolas á una muerte segura: por cierto no constituiria una mancha para la perfeccion de Dios, el que lanzara esta ofensa léjos del universo de que se hubiese apoderado. Mas tampoco deberíamos sorprendernos de que por entre la muchedumbre de los otros mundos que encantan nuestro oido con el himno de sus oraciones, dejara que el mundo extraviado pereciera solitariamente en la culpabilidad de su rebelion. Mas, decidme, decidme, ¿no constituiria un acto de la ternura más elevada y esquisita en el carácter de Dios, el que procurara atraer de nuevo á su corazon esos hijos seducidos por el error, y que, siquiera fuesen poco numerosos, comparados con la multitud de sus adoradores, les enviara mensajeros de paz para llamarles, con tal de no perder el único mundo que se apartara del camino recto (1)?»

O bien finalmente, debemos volver á la primera hipótesis que supone un gran número de humanidades inficionadas por la lepra del mal, y entónces nos encontramos con esta nueva y perentoria solucion.

«Cuando murió el Salvador, la influencia de su muerte se extendió á lo pasado sobre millones de hombres que jamás habian oido su nombre, y á lo porvenir sobre muchos más millones que jamás debian oirlo. Aun cuando la redencion irradiara únicamente desde la ciudad santa, extendióse á las tierras más lejanas y á toda la raza existente en el antiguo y en el nuevo mundo. La distancia en los tiempos y en el espacio no disminuia lo más mínimo su virtud saludable. Omnipotente para el ladron sobre la cruz en contacto con la fuente divina, conserva la misma virtud al través de las edades, lo mismo para el Judio y el Piel-roja del Occidente, que para el Arabe que mora en las regiones orientales. Gracias á la fuerza de misericordia que nosotros no podemos comprender, el padre celestial extiende hasta ellos su perdon saludable. Ahora bien, ¿qué inconveniente hay en que esta misma accion, en virtud de la misma ley, haya podido extenderse á las razas planetarias del pasado y de lo porvenir?

«Supongamos que nuestro globo se hubiese partido en dos mitades, como parece haber acontecido en 1846 con el cometa de Biela, y el antiguo y el nuevo mundo hubiesen continuado viajando ora como estrella doble, ora independientemente la una de la otra, ¿acaso habrian las dos partes dejado de disfrutar de los beneficios de la cruz? Por consiguiente, si los rayos del sol de justicia llevando la curacion sobre sus alas, hubiesen atravesado el vacío que en tal caso habria separado el mundo americano del mundo europeo, todas las tierras del espacio, bañadas por la aurora del mismo sol,

---

(1) *Astronomical. Discourses*, III.

¿habrian dejado de experimentar los beneficios de sus bienhechoras emanaciones (1)?

Despues de lo que llevamos dicho, nos parece agotado el tema de discusion, y la astronomía solo puede tener pretextos ó ilusiones de telescopio que oponer á la fé. No hablemos de Galileo, hemos expuesto cual es la parte de responsabilidad que puede caber á la Iglesia en este discutido episodio de la historia científica. No hablemos de Josué, es tan fácil al que ha construido un reloj, atrasarle, siquiera algunas horas, y adelantarlo luégo, hasta ponerlo en su punto, que no hay para que nos detengamos en demostrarlo. En suma, puesta la mano sobre la conciencia, comparemos las objeciones á las respuestas, y si la astronomía no ve las luminosas claridades de nuestro dógma al través de las nubes que se complace en amontonar, le dirémos que ha perdido el sentimiento de las verdades morales, contemplando la licuacion de las nieves en las llanuras de Marte, y midiendo las montañas de cincuenta mil metros de altura en el mismo planeta: es decir, que como el filósofo de la antigüedad, distraido en la contemplacion de los astros, ha caido en un pozo profundísimo.

La única conclusion lógica de semejante exposicion la tenemos integra en esta brillantísima página de un escritor tan querido para la ciencia como para la fé.

«Si al contemplar esa inmensa flota de mundos y entre ellos nuestra tierra, navegando concertadamente en rededor de esa isla de luz que es nuestro sol; si al contemplar las alternativas de luz, de calor, de movimiento, para los mundos alejados del centro, y despues la increible escentricidad y la especie de vértigo de los cometas, que parecen resistirse á la ley á que se hallan sometidos, del mismo modo que los mundos habitables, y su sorprendente mobilidad de formas, sus furiosas combustiones ora sometidos al calor, ora sujetos al frio; si al contemplar toda esa geometría en accion, toda esa física viviente, todo ese maravilloso mecanismo de la naturaleza, siempre sostenido por la presencia de Dios y manifiestamente regulado por su sabiduría, en fuerza de leyes que son su propia imágen; si al contemplar la vida y la muerte en el cielo, un mundo hecho pedazos cuyos fragmentos giran en derredor nuestro, el cielo arrastrando en pos de sí sus propios cadáveres, como la tierra lleva los suyos; si al contemplar las estrellas que se extinguen en tanto que otras nacen, crecen, se ensanchan; si al contemplar estas nebulosas—que ora sean grupos de soles, ó grupos de átomos, ora sean soles las unas, y átomos las otras, ó polvo del átomo ó polvo de sol, lo mismo importa—; si al contemplar los grupos de la misma raza pero de diferentes edades, que bajo nues-

(1) Sir Brewter. *More Worlds. Thou. onc*, etc. cap. 9.

tras miradas han alcanzado grados diferentes de formacion, y permiten observar la marcha de su desenvolvimiento, como vemos en medio de los bosques de encinas, el desenvolvimiento del árbol en todas sus edades; si al contemplar en todos los mundos las alternativas de noche y de dia, la sucesion de las estaciones en consonancia con la vida de la naturaleza, y hasta me atreveria á decir con la vida de nuestras almas y de nuestros pensamientos, vicisitudes y alternativas, inevitables en todas partes, escepto en ese mundo central donde reinan un estío y un medio dia perennes... Si al contemplar tan indescriptible espectáculo no descubris en la astronomía, ni poesia, ni filosofía, ni religion, ni moral, *ni esperanzas, ni conjeturas respecto de la vida eterna* y del estado estable del mundo futuro; si no creeis en esta profecía de S. Pedro, «Habrá nuevos cielos y una nueva tierra,» y en este oráculo de Cristo: «No habrá más que un rebaño:» Si en presencia de esos caractéres grandiosos y de esos rasgos fundamentales de la obra visible de Dios, mirais sin ver y sin comprender, sin sospechar la posibilidad del sentido, entónces, oh, entónces, verdaderamente os compadezco (1)»

(1) A Gratry *Les Sources*, cap. 9.

CAPITULO X.

La fé y la biología.

La fé nada debe temer de la geología ó sea la ciencia de la tierra, ni de la astronomía ó sea la ciencia del cielo. ¿Estará más segura por lo que respeta á la biología, es decir la ciencia de la vida? Naturalistas ateos han pretendido hacer creer esta falsedad. Con las piezas del proceso en la mano, vamos á ver lo que debemos pensar de semejante opinion.

En cuanto hubo Dios producido los mundos, ocupóse en sembrarlos y poblarlos: el mismo poder se necesitó para fecundar la materia que para sacarla de la nada; para que la molécula pasara de su inércia nativa al movimiento de la vida, que para crearla. Por esto el Génesis enseña que Dios produjo las plantas y los animales por medio de un *fiat* de su omnipotencia. Por lo que se refiere á los vejetales da vida *á la verdura, á las yerbas que llevan semilla y á los árboles fructíferos, cada uno segun su especie;* por consiguiente, no á una sola especie, sinó á una gran variedad de especies. Inmediatamente despues, pasando del reino vejetal al reino animal, creó los *animales acuáticos, los animales aéreos, los animales terrestres* siempre *segun sus especies* (1), de dónde resulta, que no sólo los animales y los vejetales que hoy existen, descienden de los que Dios hizo aparecer milagrosamente en el principio, sinó tambien que descienden de ellos con variedades análogas. Análogas decimos, entiéndase bien, y no idénticas, porque la narracion genesíaca no nos obliga en manera alguna á admitir esta identidad absoluta. ¿Por ventura no vemos hoy en nuestros jardines, flores que no existian hace cien años? Pero si una porcion de circunstancias naturales pueden modificar las especies minerales y vejetales, el transformarlas sólo le está concedido á Dios. Por esto los tipos que creó continúan existiendo en todos los individuos que de ellos descienden, inmutables en cuanto á su esencia, siquiera variados en sus accidentes. Tal es

---

(1) *Gén.* I-1.

el dógma en su augusta sencillez y hasta podríamos decir, tal es la ciencia, porque casi todas sus verdades se hallan de acuerdo con el dógma, al paso que únicamente las utópias son las que lo contradicen.

Sin embargo, el materialismo que ni siquiera explica la materia, abriga la pretension de explicar el fenómeno de la vida en el seno de la materia, y despues de haber hecho el Génesis de los astros y el de la tierra, ha imaginado el de todos los séres vivientes que nuestro planeta encierra. No cabe negar que es una verdad demostrada, que la vida no ha existido siempre en este mundo, y que en un principio apareció en él bajo su forma más elemental; ¿mas en qué época y en virtud de que prodigio? Misterio es este completamente inextricable, para quien no quiere admitir el misterio tan eminentemente explicativo de una creacion divina.

A pesar de estas dificultades el materialismo zanja la cuestion definiendo la vida una mera manifestacion de ciertas propiedades de la materia, lo que equivale á considerar la materia como el seno material de todos los organismos vivientes, y cómo un seno maternal que no ha menester ser fecundado *ab extra* para producir. Esta aptitud para el engendramiento reconocida en la materia, abstraccion hecha de todo principio generador, ha dado pié naturalmente á la supersticion de las generaciones expontáneas. Entiéndese por generacion expontánea ó *heterogenia*, la formacion de ciertos séres vivientes sin gérmenes pre-existentes, en virtud del juego exclusivo de las fuerzas físicas y químicas inherentes á la materia ambiente, en cuanto se han desprendido á consecuencia de circunstancias favorables.

Esta opinion en estado de creencia inofensiva es tan antigua como el mundo. Flourens, en su libro de la *longevidad*, la hace remontar hasta Epicuro, calificándola de «hipótesis tan cómoda como absurda.» Sin embargo, ántes que Epicuro habian profesado este error fisiológico, Aristóteles, Diodoro Sículo y Virgilio, y despues de Epicuro, Plinio, Plutarco, el P. Kircher y toda la Edad media, bien que con intenciones las ménos agresivas, y á veces hasta con los propósitos más piadosos respecto de la divinidad.

Sin embargo, dicha opinion, en el estado de negacion anti-cristiana, ha alcanzado actualmente una boga y un favor tristemente célebres. ¿En qué consiste que lo que no era más que una creencia añeja, y en otro tiempo ortodoxa, háyase convertido al presente en un argumento apasionado contra la religion? Dos razones pueden darse para contestar á esta pregunta. Consiste la primera en que los heterogenistas antiguos no negaban en manera alguna ni la creacion, ni el Creador. Presumian únicamente, que despues de haber creado por sí mismo y de un modo directo, Dios habia depositado en la materia energías fecundantes con objeto de continuar su obra. De manera que segun el lenguaje de la escuela, en el primer caso era

creador *in actu*, y en el segundo *in potencia*. En cambio en nuestros dias se ha convenido en que si la materia se ha organizado por sí misma una vez, nada se ha opuesto á que haya podido obrar siempre del mismo modo, y se ha hecho de la generacion expontánea una eliminacion más ó ménos manifiesta de la creacion y del Creador.

La segunda razon se reduce á que los heterogenistas antiguos no creian que el trabajo expontáneo de la materia bastara á más que á producir organismos superiores á la animalidad más rudimentaria; al paso que los heterogenistas científicos modernos, más modestos áun, limitan su poder creador á hacer que de una substancia putrescible resulten infusorios y vegetales microscópicos. Mas vienen en pos de ellos los heterogenistas filosóficos que explotan la ciencia en provecho de sus sistemas, sin perjuicio de torturarla con objeto de que deponga falsamente, y dispuestos á corromperlo todo á fin de poder negar, se expresan en estos términos: Puesto que la materia produce las mónadas, ¿por qué motivo, despues de largos siglos de elaboracion, no ha de ser poderosa á procrear mamíferos? ¿Qué inconveniente hay en que despues de otros millares de siglos, no engendre monos antropómorfos? ¿Qué puede impedir que acumulándose continuamente los siglos, al cabo resulten séres humanos? De esta suerte, la generacion expontánea que no era más que un mero entretenimiento en los siglos pasados, se ha convertido al presente en una terrible blasfemia.

Así ha acontecido sin embargo desde los tiempos de Voltaire, que negaba á Dios el poder creador, al par que reconocia en Needham el talento de fabricar anguilas con un poco de harina y otro poco de grasa de carnero, prometiéndose decia, que habia de llegar un dia *en que fuese tan fácil crear hombres como lo era el confeccionar anguilas*.

Es decir que la heterogenia cuenta al par con sus sábios lo mismo que con sus sectarios: los primeros ingénuos entusiastas por la investigacion, y ocupados únicamente en un descubrimiento de laboratorio: los segundos solapados, encarnizados contra la fé, y con el oido atento á todas las novedades, con el objeto de basar en ellas sus negaciones. Uno de los últimos exclama con aire de vencedor: «La cadena de la vida es infinita, y la heterogenia sopla sobre el milagro de la creacion.» Otro, llevando más adelante todavía sus manifestaciones, exclama con no ménos orgullo: «Trátase de averiguar si el milagro, que no desempeña papel alguno en la embriogenia actual, ha sido el artista más importante en la primera aparicion de los más antiguos representantes de cada especie, y si la ciencia va á plegar banderas ante la taumaturgia.» Finalmente, un tercero refiere la série de metamórfosis en virtud de la cual una gota de agua del mar, se eleva á la *dignidad de insecto* (1). Verdadera

---

(1) Michelet. *El Mar*.

filosofía de la degradacion, que aconseja á la humanidad menospreciarse sopretexto de humildad; que hace salir la inteligencia, la moralidad y el honor de una entumecencia de fango calentado por el sol; y que mereceria ser marcada con el estigma de el vegetalismo.

Hénos ahí pues en presencia de una doble heterogenia. La primera, reducida estrictamente á su principio, nada distingue más allá de este resultado inocente: la materia no organizada puede dar nacimiento, sin huevos y sin gérmenes, á séres organizados. La segunda, más especialmente ocupada en sus consecuencias, se encierra en esta conclusion: puesto que la materia, en virtud de una fuerza que le es propia, anima organismos vegetales y animales, de esta virtud plástica ha podido deducir al hombre. Bajo este segundo aspecto la heterogenia penetra en la magna cuestion de la transformacion de las especies y se refiere más especialmente á la antropología. Aplazamos para más adelante el considerarla en este terreno. Mas bajo su primer punto de vista, es decir, considerada como estudio del orígen de la vida, la heterogenia constituye lógicamente el asunto del presente capítulo. Lo que desde el principio nos anima es que para servir la causa de la verdad, en semejante litigio, no tanto habrémos menester iluminar la cuestion, como despejarla, ya que siendo el órden el sol de la discusion, no hay para que crear la luz puesto que la lleva consigo mismo.

Por lo demás, debemos confesarlo; la fé ha tenido, respecto del particular, sus partidarios decididos como los ha tenido la opinion de las generaciones expontáneas. Así como estos han deducido fácilmente el nacimiento del hombre desde el de los microzoarios, merced á exclusiones progresivas de la materia; de la propia suerte, ciertos espiritualistas no han reflexionado con la detencion debida, que el hombre formado por Dios, fuese capaz de poner en el mundo artificialmente, ciertos animálculos, toda vez que puede engendrar á sus semejantes. Por desgracia cuando se suscita una nueva teoría, los espíritus preocupados ó lijeros, la juzgan segun sus consecuencias reales ó supuestas, y no segun las pruebas que aduce.

No permita Dios que considere como cosa probada y fuera de toda duda las generaciones expontáneas, ya que vamos á demostrar precisamente todo lo contrario; mas en rigor podrian serlo en adelante. Ahora bien: ¿qué de cargos no se harian, y con motivo, á la religion, si hoy mirara como materialista una hipótesis que mañana se veria obligada á admitir como demostrada?

De seguro no ha de contarse con un futuro Galileo entre los partidarios de la generacion expontánea; pero puede muy bien suceder que bajo los misterios de esta teoría, existan verdades con las cuales deberá contarse andando el tiempo: no vayamos pues á proclamar su incompatibilidad radical con el cristianismo. Por lo demás, lo que nosotros decimos respecto de la cuestion, es prudencia de estrategia, no debilidad de defensa, puesto que bajo las ventajas de

tales reservas, nos proponemos demostrar: 1.° que la generacion expontánea no constituye un hecho probado: 2.° que tampoco es probable: 3.° que áun cuando estuviese probada, nada probaria contra la fé.

I.

En los últimos grados de la escala descendente de las especies, sean animales, sean vegetales, existen indivíduos que en vez de nacer de padres de la misma especie, son producto de una naturaleza no viviente! Es este un hecho que debe ser iluminado por la observacion, y en manera alguna por razonamientos *á priori*. Separemos pues un instante las probabilidades lógicas del asunto, para mejor apreciar la prueba material: no investiguemos lo que debe ser, sinó lo que es; y pasando del estudio de los mundos á la de la creacion microscópica, sepamos de dónde procede.

Tal es el estado de la cuestion, tal cuál puede abarcarla y resumirla un narrador poco competente, es cierto; pero en cambio sinceramente imparcial.

La heterogenia no abriga la pretension de producir organismos complexos y voluminosos: solo elabora los infusorios y los vegetales de un órden ínfimo, lo mismo por sus proporciones que por su organizacion. Hay más áun: esos séres siquiera se produzcan expontáneamente, no nacen en el estado adulto, sinó que proceden de un huevo que se desarrolla segun las leyes fisiológicas: y como de nada. nada resulta, para engendrar este huevo, se necesita materia organizada animal ó vegetal.

Por su parte, la teoría contraria, ó sea la panspermia, formula su programa del modo siguiente:

Todo sér vivo proviene de otro sér vivo. *Omne vivum ex vivo*, sin que escapen á esta ley los corpúsculos microscópicos cuyos gérmenes flotan en la atmósfera; por consiguiente, la atmósfera es la que los disemina, y la materia orgánica en via de descomposicion, sin que constituya su principio, ayuda á su produccion.

Bajo la primera enseña militan en Alemania Carus, Tiedemann, Bremser, Burdach; en Italia Montegazza; en Francia MM. Ponchet, Joly y Musset. Figuran en las filas del partido opuesto la mayor parte de los naturalistas franceses, entre ellos Cuvier, Blainville, Eheremberg; y más especialmente MM. Pasteur, Coste y Lemaire, que en virtud de experimentos recientes, han venido á fijar, si así cabe decirlo, el estado de la ciencia respecto de esta cuestion, y la popularidad de sus adversarios.

El motivo de la diferencia entre unos y otros es por demás sencillo, siquiera el resultado sea de dificilísima comprobacion. Si se

hace macerar una substancia orgánica cualquiera, en un vaso expuesto al aire, despues de un período de tiempo, que varia segun la temperatura, descúbrense en la superficie del contenido innumerables animálculos; mónadas, bacterios, vibriones. ¿Cuál es el principio de esta poblacion microscópica, cuyas generaciones se renuevan y transforman con tanta rapidez? Para los heterogenistas, es la materia orgánica macerada en la solucion: para los panspermistas, los huevos existentes en el seno del líquido, independientemente de la materia orgánica, y de los cuales ordinariamente es el aire el propagador. Examinemos las pruebas experimentales en que funda su doctrina cada uno de los partidos.

Los heterogenistas dicen: En la maceracion hay tres ingredientes; el aire, el agua, y la materia orgánica, y una sóla de esas tres substancias puede introducir en aquella los gérmenes de los infusorios. Ahora bien, si se practican experimentos con el aire, con el agua ó con una materia orgánica, absolutamente desprovistas de todo gérmen vegetal ó animal, y no obstante resultan de semejante fermentacion especies animales y vegetales, tendrémos que la generacion expontánea se impone con la autoridad de su evidencia.

Hay más áun, añaden; la materia orgánica no es el vehículo de los gérmenes, porque los gérmenes perecen á la simple temperatura del agua hirviendo, y las substancias empleadas en esos experimentos han estado sometidas á un calor de 200 á 300 grados: hasta se ha llegado al extremo de carbonizar algunas, tales como habichuelas, y no obstante, sus cenizas, tratadas por la disolucion indicada, la han poblado de innumerables protozoarios.

Tampoco puede ser el vehículo de los gérmenes el agua, puesto que no contentos los esponteparistas con emplear para sus trabajos el agua destilada, han llevado el escrúpulo de la exactitud experimental, hasta el extremo de producir el agua artificialmente por la combinacion eléctrica del oxígeno y el hidrógeno, que es el agua más desprovista de todo corpúsculo extraño que se pueda imaginar, y no obstante esta precaucion, los infusorios se han producido en gran abundancia.

. Finalmente, tampoco puede ser el aire el vehículo de los gérmenes, puesto que se ha empleado el aire á una temperatura muy elevada, en virtud de haberlo hecho pasar por el interior de tubos de hierro enrojecidos al fuego, y áun cuando todos los gérmenes de animálculos han debido perecer en esta operacion, sin embargo no han dejado de aparecer tambien en abundancia. Por consiguiente, los tres elementos de la maceracion no han sido, pues, simplemente los propagadores de la vida microscópica, sinó los verdaderos agentes, y esta disolucion no tan sólo ha hecho brotar los gérmenes preexistentes, sinó que ha operado una verdadera creacion.

Pero todavía llevan mas léjos sus demostraciones. Si los infuso-

rios provienen del aire, dicen, cuantos más puntos de contacto tenga este gas con una maceracion, tanto mayor será el número de gérmenes. Y sin embargo, en los frascos llenos de este líquido, expuestos durante dos horas consecutivas á la corriente de aire producida por un poderoso ventilador, no han sido más numerosos los microzoarios que en los frascos cubiertos con una campana que contenia apénas un litro de aire.

Y prosiguen: se han dispuesto ocho frascos puestos en comunicacion por medio de tubos de vidrio, cada uno de los cuales contenia la misma cantidad de maceracion, y despues se ha hecho circular el aire en el seno de este aparato: si fuese el aire el que contiene los gérmenes, los primeros frascos, por lo mismo que reciben más directamente la influencia de la corriente atmosférica, deberian ser los más poblados en animálculos y los ménos poblados los últimos: y sin embargo, no es este el resultado que produce el experimento.

Y dicen tambien: Si en un mismo recipiente y unas al lado de otras, se colocan diferentes probetas, cada una de las cuales contiene una maceracion de materia orgánica distinta, si el recipiente ó la cubeta se llena de agua destilada de manera que suba un centímetro sobre el nivel de las probetas, y el conjunto se cubre con una campana que aisle el aparato de la atmósfera, ¿qué es lo que sucede? En tanto que, segun la teoría panspermista, el volúmen de aire puesto en contacto con las probetas bañadas por la misma agua, deberia depositar en cada una de ellas el mismo resíduo microscópico, vemos, por el contrario, cada probeta habitada por productos diferentes, segun sean las substancias orgánicas que contienen.

Llegados á este extremo, no por esto se dan por satisfechos los heterogenistas. Han demostrado que el aire no era el depósito de los gérmenes; quieren demostrar que la materia orgánica es su causa eficiente. Al efecto vierten en un plato una cantidad de líquido que contiene substancias vegetales en descomposicion. Establecen sobre el mismo una probeta llena de la misma disolucion; pero mucho más concentrada, y pasados algunos dias, ¿qué es lo que han visto? Que el plato, siquiera accesible al aire, por su mayor superficie, se halla casi exhausto de infusorios, en tanto que pululan en la pequeña abertura de la probeta. ¿No es esta una nueva prueba que puede añadirse á las demás, y que demuestra que la materia orgánica es el verdadero productor de la multiplicacion microscópica?

A mas de que, dice en forma de argumento supremo la heterogenia: Puesto que los gérmenes moleculares de este fenómeno existen en el aire, ¿en qué consiste que no los haya podido observar en él ningun micrógrafo? Miéntras no aparezcan, la ciencia estará autorizada para creerlos formados á expensas de las substancias putrescibles. Despues de lo cual la heterogenia canta victoria, y desafía á sus adversarios á que se la arrebaten.

Esto, sin embargo, no es tan difícil como á primera vista podria creerse. Estos empiezan por discutir los experimentos de la heterogenia antes de oponerles los suyos. En vano pretende esta emplear substancias orgánicas desprovistas de toda suerte de gérmenes por la accion del agua hirviendo, pues dichos gérmenes resisten lo mismo á la desecacion que á las temperaturas más elevadas: y en prueba de ello, pueden citarse los rotíferos ó animales resucitantes que segun los notables experimentos de MM. Doyère y Broca, plenamente aceptados por M. Milne-Edwars, resisten las pruebas de la combustion más intensa. En vano presenta la heterogenia el líquido de sus maceraciones como tanto más fecundo en infusorios, cuanto es más rico en materia orgánica. La abundancia de esta determina un desprendimiento más ó ménos notable de calor y de electricidad; luego estos fenómenos físicos son los que influyen en la produccion de los gérmenes, de donde resulta que si se ven más gérmenes donde existe más cantidad de materia, y ménos allí donde la cantidad es menor, consiste en que la materia fomenta el nacimiento y sostiene la vida de los animálculos, no en que los produzca. En vano alega la heterogenia que los frascos ventilados durante mucho tiempo, no han sido más fecundados por el aire, que los frascos sometidos á una atmósfera fija; pues esto prueba cuando más, que en un aire agitado y purificado por medio de la ventilacion, existen ménos gérmenes que en un aire en reposo, y que si la produccion de la vida ha resultado en razon directa de la cantidad de materia fermentescible, consiste en que dicha materia encerraba y ha desarrollado los gérmenes, no en que los haya creado. En vano aducen los esponteparistas el argumento de los ocho frascos llenos de soluciones distintas y produciendo animales diferentes, á pesar de hallarse sumergidos en la misma atmósfera y en el agua misma; puesto que no hay en todo esto nada de sorprendente, pues en virtud de las afinidades químicas y orgánicas, los huevos de las diversas especies contenidos en el agua, se adhieren á la solucion que les es más favorable. Esto es todo. Por lo demás, los animales del microscópio, lo mismo que los que se alimentan en nuestras llanuras, varian segun el alimento de que se nutren.

Finalmente, la heterogenia no tiene fundados motivos para jactarse de la exactitud y rigor de sus experimentos. Esta exactitud y estos resultados deben ser admitidos á beneficio de inventario. Así por ejemplo la heterogenia que ha visto ciertas cosas invisibles para todos los demás, jamás ha podido sospechar el hecho experimentado por M. Coste, consistente en que seis filtros de papel superpuestos, no son obstáculo para que los atraviesen ciertos infusorios que acaban por desarrollarse en el líquido clarificado. Por esto el sábio embriogenista sólo ha obtenido actos de incredulidad de parte de aquellos que estaban interesados en no prestarle crédito.

El panspermismo no se limita á derribar por el suelo el apara-

to experimental de sus adversarios, sinó que los combate además valiéndose de sus propios experimentos: y si bien es verdad que el mundo científico no ha declarado los de estos decisivos, manifiesta abiertamente que los de los heterogenistas no son tan concluyentes. Limitémonos á los principios.

Schwam que introduce en las frascos de que se sirve, una cantidad determinada de levadura de cerveza azucarada, y que somete dicho contenido á la ebullicion, á fin de expulsar el aire que se halla en contacto con el líquido; y que luégo, á fin de hacer posible la vida en los recipientes, los pone en comunicacion con el aire atmosférico calcinado, por medio de tubos calentados al rojo, ¿qué resultado ha obtenido? El de no haber visto jamás que se desarrollaran microzoarios en semejante infusion. En cambio, ha bastado con que practicara la misma operacion en frascos expuestos á una atmósfera no purificada de gérmenes, para que instantáneamente apareciera una gran muchedumbre de infusorios y de mucedíneas. Por consiguiente, el aire es el que lleva en simiente las innumerables falanges del mundo microscópico, cosa que se comprende fácilmente cuando se tiene en cuenta que sobre el ala de una mosca han llegado á contarse hasta treinta de esos esporos destinados en su imperceptible pequeñez á convertirse en animales completos.

Despues de Schwam nos encontramos con M. Lemaire que se explica en los siguientes términos. «He recogido en un gran balon cierta cantidad de aire, procedente de la superficie de un estanque de la Sologna y condensado por medio de una mezcla frigorífera el vapor de agua que tenia en suspension. En el instante mismo en que se realizó la condensacion, puede distinguir los esporos esféricos, ovoideos y fusiformes que contenia el líquido. Trasvaselo despues á un frasco tapado que contenia un volúmen igual de aire comun, y al cabo de veinticuatro horas, pude contar más de dos cientos mónadas en una sola gota de agua: al cabo de cuarenta horas distinguíase además un verdadero enjambre de bacterias, vibriones y espirilas.» Despues de esto ¿puede negarse áun que sea el aire la mansion flotante de todos esos pequeñísimos séres que pueden desovar, nacer, flotar y morir en su seno, sin que, sensiblemente, se altere? Y digo sensiblemente, porque en realidad todos los medios atmosféricos no producen idéntica cantidad de infusorios. En las cimas de las más altas montañas, en cuyas alturas los gérmenes no son conducidos por las ondas aéreas; en las cuevas y subterráneos, en los cuales los gérmenes se precipitan sobre el suelo, porque la inmovilidad del aire es obstáculo para que floten, son raras ó nulas las producciones microscópicas, y en cambio, son innumerables en las capas más densas de la atmósfera.

Por último, M. Pasteur ha añadido por su parte tantos y tan poderosos testimonios á la teoría panspermista, que involuntariamente se siente uno inclinado á considerar sus manifestaciones como la úl-

tima palabra de la cuestion. El ingenioso autor de la *Memoria sobre los corpusculos organizados, en suspension en la atmósfera,* prueba su existencia y su accion en las maceraciones, llamadas proligeras de la heterogenia, por medio de numerosas demostraciones, de las cuales es la más notable é incontrovertible la siguiente.

Colóquese en un balon de cuello largo un líquido claro que mantenga en disolucion una materia orgánica: caliéntesele hasta la ebullicion, déjesele enfriar y póngasele en comunicacion con el aire exterior. Al cabo de pocos dias el líquido se enturbia y contiene infusorios.

Tómese otro balon exactamente igual al primero, y colóquese en él la misma cantidad de materias putrescibles. Despues de esto reblandézcase, sometiéndolo á la llama de un mechero de gas, el cuello del balon; dóblese en ángulo recto; afílese en punta, de suerte que su extremidad inferior sea casi capilar, y solo presente una abertura reducidísima: hágase entónces hervir y déjese enfriar despues la disolucion, y al revés de lo que ha sucedido en el caso precedente, permanecerá infecunda.

¿De qué proviene esta diferencia en los resultados ya que ninguna ha habido en las operaciones? De que el primer balon puesto en comunicacion con el aire por medio de un largo cuello, ha sido, si así podemos decirlo, ensemenlado por la atmósfera; en tanto que el segundo, gracias á la curvatura de su cuello, y por lo mismo que tiene su estrechísimo orificio colocado horizontalmente respecto del suelo, no puede recibir los gérmenes que en virtud de la gravedad se precipitan verticalmente. Y esto es tan cierto, que si se agita con fuerza el balon de manera que penetre aire en su interior, el gas conduce con él, polvo impalpable que es el gérmen de una rápida produccion.

M. Pasteur no satisfecho con haber aducido tales pruebas y semejantes irrebatibles argumentos en favor de su doctrina, pretendió someterla al primer jurado del mundo científico, la Academia. Aceptado el reto por M.M. Ponchet, Joly y Musset, nombróse una comision compuesta de M.M. Flourens, Milne-Edwards, Dumas y Balard que como jueces de campo, desinteresados en la cuestion, hallábanse dispuestos á pronunciar un fallo solemnísimo, sobre tan solemne cuestion científica. Fijóse dia para la celebracion de este torneo; el resultado de esa lucha en que sólo debian esgrimirse las armas corteses del saber, era esperado con impaciencia; los contendientes se hallaban dispuestos..... pero ello es que la justa no se ha celebrado áun. ¿Porqué motivo? La juventud de las aulas y ciertas pasiones irreligiosas han contribuido á ello poderosamente y no han vacilado en achacar la culpa á los panspermistas: la Academia y otros que no son la Academia piensan de otro modo. Por lo que á mi dice relacion, por lo mismo que debo tratar con la misma caridad á los unos que á los otros, conténtome con consignar el hecho.

sin acriminar á nadie, seguro de haber llenado el fin que me propuse, pudiendo manifestar resueltamente que la heterogenia no está probada.

En resúmen: el hombre se halla colocado entre esas dos inmensidades que causaban vértigo y desvanecimiento al génio profundo de Pascal: lo inmensamente grande y lo inmensamente pequeño. El hombre se eleva hasta el último de los soles; va á llamar á las puertas de lo infinito, y lo infinito le responde: Tu grandeza consiste en preguntarme; la mia en permanecer impenetrable á tus investigaciones. Desde esas alturas desciende el hombre hasta el arador microscópico, con el objeto de explicarlo, y el arador le dice: Podrás medir los astros; mas en mi misma exigüidad y pequeñez llevo millones de átomos que nunca pesarás. De manera que por encima y por debajo el espíritu humano llega al límite; pero aprisionado entre ambos extremos, experimenta una postracion que le hace caer de rodillas á pesar suyo. Sí, llega un instante en que la adoracion es el éxtasis de la razon más bien que su anonadamiento, y el sublime movimiento de una inteligencia que respecta sus fronteras; pero que siente un más allá y se lanza á él.

II.

No existe hecho alguno incontrovertible en apoyo de la generacion expontánea: siempre y cuando se han tomado las precauciones indispensables para una buena experimentacion, esos hechos pretendidos no han llegado ha producirse. Por consiguiente la doctrina heterogenista está condenada hasta el presente en el tribunal de la ciencia positiva. En confirmacion de lo dicho añade M. Flourens: «Con posterioridad á Redi (1668) no hay quien crea en la generacion expontánea de los insectos; la de las lombrices intestinales no tiene ya defensores serios despues de Van Beneden (1853); ya no se sostiene la de los infusorios despues de Balbiani, y con posterioridad á los experimentos de M. Pasteur, ha sido generalmente abandonada con relacion á toda especie de animálculos» Perdida la batalla, sólo algunos jefes de escuela, interesados en la cuestion, pretenden hacer una retirada honrosa, y á su lado, ciertos hombres apasionados, que nada conocen de la teoría, no tendrian inconveniente en beneficiar con ella el materialismo de sus principios ó el de sus costumbres.

Mas sentado que la generacion expontánea no se halla probada, ¿es acaso imposible? Nada autoriza á deducirlo. Por esto hemos procedido con verdadera prudencia, ciñendo nuestro juicio á los siguien-

tes términos: No es probable. Fundados ahora en el testimonio del hecho, consultemos *á priori* al de la razon.

Primera presuncion desfavorable á esta opinion: el campo de sus observaciones es el dominio de lo infinitamente pequeño; remite la prueba científica á los últimos confines de lo sensible, en cuyo punto los experimentos son tan difíciles que, para afirmarlos, es indispensable muchas veces una gran dósis de buena voluntad por parte de los creyentes. Fuéranos dado volver á aquellos benditos tiempos de las generaciones expontáneas perceptibles á simple vista para todo el mundo, en que Van-Helmont convertia en ratoncillos los granos de trigo, valiéndose simplemente de la compresion de la ropa sucia; y el Padre Kircher sacaba un abundante semillero de ofidios, valiéndose del polvo de culebra desecada, y era posible distinguir á las ratas y á los cocodrilos saliendo del vaso del Nilo, sin padre que los hubiese engendrado ni madre que las hubiese parido, y nos quedaria siquiera el recurso de ir á verlo para convencernos; mas en estos en que vivimos, en los cuales las generaciones expontáneas han retrocedido á los últimos confines del horizonte microscópico, en los cuales son muchos los que nada saben distinguir y muy pocos los que ven las cosas tal cual son realmente,—y nada lo prueba tanto como el que dos hombres dotados de buena vista y mejor voluntad, no siempre suelen ver unos mismos objetos—en estos tiempos repetimos, es muy difícil comprobar el hecho. Si realmente existe, ¿porque motivo no se realiza en otras esferas del mundo animal?

A esto contesta Buchner, que los organismos más elementales deben proceder de la generacion más sencilla; pero lo que constituye la perfeccion en un organismo, no es en manera alguna el tamaño, sino el juego de los órganos y el de sus funciones. Bajo este punto de vista los moluscos son inferiores á las hormigas. El hombre, indudablemente el más perfecto de los animales, no es en manera alguna el más grande de todos. «Por consiguiente no puede deducirse de la pequeñez la imperfeccion, y por tanto, la pretendida imperfeccion de los infusorios no explica porque razon la generacion expontánea tiene sólo lugar en el mundo infinitamente pequeño (1).» Añádase á lo dicho, que la organizacion de los microzoarios es á veces tan compleja y tan rica como la de un mamífero. En el rotífero que solo mide un décimo de línea ha distinguido Ehrenberg, una boca, dientes, un estómago, las glándulas intestinales, vejigas y nervios, lo cual inspiraba á Diderot esta frase memorable: Para confundir al ateo no hay necesidad de aplastarle bajo el peso del universo, bastan las alas de una mariposa.

(1) Janet, *Materialismo contemporáneo*.

Otra presuncion que compromete en gran manera á las generaciones expontáneas la tenemos en que esta teoría ha retrocedido al compas de los adelantos de la ciencia. ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que Aristóteles creia que todo cuerpo seco, humedeciéndose, y todo cuerpo húmedo, desecándose, producian animales con tal que tuvieran de que alimentarse; en que Virgilio indicaba un procedimiento para procurarse abejas por medio de la putrefaccion de las entrañas de un toro; y en que Avicena hacia brotar generaciones de hombres del seno de los cadáveres en descomposicion? Al presente la heterogenia ha reducido extraordinariamente sus pretensiones y sus límites; su maravilloso tiende á sumergirse de cada vez más en los misterios del microscópio, pudiendo decirse que ha perdido todo el terreno conquistado por el progreso científico. Convengamos en que no es esta en manera alguna la marcha seguida por las verdades fundadas. ¿Y no bastaria esto para deducir con razon suficiente, que no lo es la heterogenia? De manera que hace mal en prevalecerse de su antigüedad y de las profundas raices que tiene echadas en los tiempos pasados. No hay punto alguno de semejanza entre la exponteparidad de los griegos y latinos y la de los experimentadores contemporáneos; por consiguiente estos procederán como deben, no contando á Aristóteles en el número de sus adeptos, puesto que entre este y aquellos, nada más hay de comun que una palabra de doble sentido: dánse antepasado y á duras penas puede decirse que hayan tenido precursores.

Tercera presuncion en contra de la generacion expontánea: seria una anomalía en la naturaleza. Dios preside á la conservacion y á la reproduccion de los séres segun leyes fijas y determinadas. Sólo de tarde en tarde consiste en derogar dichas leyes á fin de probarse á sí mismo por medio de una escepcion brillante; y el milagro que se le niega seria el atributo normal de la heterogenia! La naturaleza procede en virtud de esta economía: para engendrar la vida ha menester la vida; y los sponteparistas harian salir la vida de la muerte, es decir de una materia orgánica á la cual hubiese la muerte alcanzado! Y al lado de la creacion divina sometida á la condicion de las parejas y de los sexos, ¿podria existir una especie de creacion humana, producida por una simple manipulacion de la materia? ¿Y este órden se aplicaria exclusivamente á los últimos grados de la escala biológica, para expirar en la region en que podria ser autenticamente demostrada? No, miéntras no resulte probado lo contrario de un modo evidente, no puede ser admitida esta irregularidad del plan divino: los únicos partidarios lógicos de la heterogenia son los que deducen de ella consecuencias materialistas, es decir, los que consideran las producciones microscópicas como el punto de partida de todos los entronques zoológicos y haciendo nacer de las mónadas los kolpodos, y de estos los vortice-

lios, llegan de este modo, por progresion darwinista, desde los infusorios al elefante y al hombre.

Digamos sin embargo que estos lógicos de pandilla, que hacen oficio de sacrificar el sentido comun de la ciencia, á las exigencias del sistema, han sido renegados por su padre, ya que Darwin los arroja del seno de su escuela, empleando los siguientes durísimos términos: «¿Existe por ventura hecho alguno, ó siquiera resquicio de hecho, del cual pueda deducirse que elementos inorgánicos hayan podido producir un sér viviente? Hasta el presente semejante resultado es inconcebible. Se me ha increpado el haberme valido de una expresion del Pentateuco, hablando de una forma primitiva á la cual fué inspirada la vida: acaso haya hecho mal empleando dicha palabra en una obra puramente científica; mas paréceme la más adeacuda para formular la confesion de nuestra ignorancia lo mismo sobre el orígen de la vida, que sobre las fuerzas de la materia (1).» Y por si la heterogenia materialista pudiese levantarse de tan rudo embate, otro de sus patronos acaba de darle el golpe de gracia. M. Littré, en un momento lúcido de su filosofía positivista ha escrito: «Las condiciones complexas necesarias para el nacimiento de los elementos anatómicos, hacen presumir que es imposible reunirlas en número suficiente, para que se formen tales elementos por la generacion expontánea y fuera de la económica: esto es lo que demuestran esperimentalmente los esfuerzos infructuosos hechos en este concepto. Con mayor motivo seria imposible hacer nacer expontáneamente organismos que vivieran aislados áun cuando no fueran más que simples infusorios (2).» Conclusion: si la heterogenia va hasta el fin de ella misma, es una monstruosidad doctrinal y científica; y si se detiene en mitad del camino, es una verdadera anomalia.

Cierto que no le faltan ejemplos especiosos admitidos en apoyo de su teoría. Si existiera únicamente un solo modo de generacion, dice, podrian considerarse las generaciones expontáneas, como contrarias á la ley general; mas hay variedades de generacion por demás abundantes: ¿por qué una de estas, en el grado inferior en la escala de la animalidad, no puede ser la heterogenia?

Convienen los naturalistas en que así para los animales como para los vegetales, hay tres géneros distintos de reproduccion: por apareamiento sexual, por gemmiparidad ó yema, y por fissiparidad ó por estaca, escision, division, etc... Para ver el corto alcance que tienen tales asimilaciones, basta observar; que en todos los casos alegados y en todos los grados intermedios que presentan los mismos, se vé en algun modo brotar la vida de la vida: á un ele-

(1) *Origen de las especies.*
(2) *Diccionario de Neyton.*

mento animado animar al que no lo estaba; en tanto que la heterogenia pretende que la vida brote de lo que no la tiene. Segun sienta M. Quatrefages, las yemas, y hasta las mismas bulbillas, son el producto de un huevo preexistente, que viene á ser el gérmen primario, al paso que la yema no es más que el gérmen secundario, de suerte que, mediata ó inmediatamente, todo animal remonta á un padre y á una madre, siendo la existencia de los sexos un carácter distintivo de los séres organizados y una de esas leyes primordiales cuya raza debemos renunciar á inquirir (1).»

Y no pretenda la heterogenia hacer pasar sus anomalías, oponiéndonos otras acreditadas en la historia natural del pueblo, tales como el nacimiento de los entozoarios ó lombrices intestinales, la reviviscencia de los tardigravos ó rotíferos, merced á la accion de la humedad, etc., etc.; pues si bien á primera vista parece que las lombrices intestinales por su naturaleza vienen en apoyo de la hipótesis relativa á la conversion de una materia animal no organizada en animales vivientes, hoy no es ya un misterio para nadie la existencia de esos gusanillos que nacen en los tegidos más secretos, en el interior de los músculos y hasta en el interior de la caja del cerebro. ¡Quién habria imaginado anteriormente á la época en que Van Beneden produjo sus pruebas, que uno de esos parásitos deposite en el estómago de un carnívoro los huevos que son expelidos al exterior; que esos huevos mezclados con los vegetales son tragados por un hervíboro, en el interior del cual comienzan su desarrollo embrionario; y por último, que los entozoarios que contienen, no han de llegar á estado adulto en tanto no hayan cambiado por tercera vez de hospedaje, en virtud de haber sido el hervíboro devorado á su vez por un carnívoro! Así se explica que el cordero alimente al *cœnuro* que en el interior del lobo se transforma en *tenia*. Mas en la explicacion de todo esto para nada interviene la generacion expontánea, pues los micrógrafros descubriendo sexos y huevos en esos animálculos han resuelto definitivamente la cuestion.

Por lo que se refiere á la pretendida reviviscencia de los rotíferos y de los tardigravos, nos limitarémos á hacer una sola pregunta: ¿Está perfectamente segura la heterogenia de que se hallaban completamente muertos, cuando creyó que resucitaban? ¿Cuántos grados de temperatura se necesitan para matarlos de un modo auténtico? Dicen unos que se necesitan 100; otros 200; otros en fin, 300. Es decir que lo único que se sabe de positivo respecto del particular, es que los animales desecados, pueden reanimarse sometidos al contacto de la humedad; que el calor al parecer les arrebata la vida; que la frescura se la devuelve; mas no porque se remuevan despues de haber permanecido en reposo, puede decirse

(1) *Metamórfosis del hombre y de los animales.*—Cap. 23.

que revivan. Subsistente la integridad de su organismo, sólo se han necesitado circunstancias favorables para ponerlo de nuevo en juego. Por consiguiente cuando la heterogenia ve en esto un caso de generacion expontánea, va contra todas las indicaciones de la naturaleza: en cambio, cuando suponemos una muerte aparente, estamos de acuerdo con la naturaleza y con la experiencia, puesto que la naturaleza ofrece millares de ejemplos de muertes aparentes y no ofrece un sólo caso de resurreccion.

Por lo demás, y entramos con esto en la cuarta presuncion en contra de nuestros adversarios, las generaciones expontáneas no sólo constituirian una anomalía en el reino animal, sinó que serian además una superfetacion. Los geólogos enseñan que la vida no se ha manifestado en el globo, en el estado en que hoy se nos ofrece, y que las diversas especies de animales sólo se han mostrado sucesivamente. Hay más áun: el estudio de las capas sedimentarias nos revela que esas creaciones progresivas han tenido lugar únicamente en épocas caracterizadas por cambios importantes, realizados en la superficie de nuestro planeta, y que, durante la larga série de los siglos que separan tales cataclismos, la naturaleza se han limitado á reproducir los tipos antiguos sin crear jamás uno nuevo. Al presente han desaparecido especies animales florecientes en otro tiempo; mas no por esto han sido reemplazadas por especies de orígen mas reciente. De manera que hasta segun una ley geológica, el hombre ha cerrado el círculo de las obras divinas en el órden de la animalidad. Con posterioridad á su aparicion, no se ha demostrado la de una sola familia desconocida entre los animales superiores, y siendo esto cierto como lo es, respecto de los últimos, ¿aconteceria una cosa distinta respecto de los infusorios? Convengamos por lo ménos en que es una anomalía científicamente improbable. La naturaleza no cambia en la tierra las especies vivientes, como no sea cambiando las condiciones materiales de la vida; es pues indispensable que la heterogenia trabaje en hacer aparecer otros continentes, en abrir otros mares, en modificar nuestra atmósfera, en suma, en crear nuevos cielos y nuevas tierras, y entónces creerémos en la posibilidad de sus nuevos animales.

No se me oculta que con un acento de profunda conviccion religiosa, que no puedo ménos que agradecerle, ha dicho: «Toda vez que Dios ha creado, ¿por qué no ha de continuar creando? ¿Por ventura habria dejado de ser el Dios vivo la Providencia? ¿Quién ha penetrado en el manantial de su poder y ha medido sus límites? ¿Quién tendrá valor para asegurar en presencia de los millares de mundos, que Dios ha terminado su obra y que descansa eternamente? ¿Por qué decir á Dios, basta con lo infinito nada más (1)?»

(1) *Los heterogenistas en los glaciares de la Maladetta.*

Tales palabras pertenecen indudablemente á la más irreprochable ortodoxia, y podrian proponerse como modelo de conciliacion á los teólogos y á los heterogenistas absolutos que se tratan como enemigos irreconciliables; pero como los derechos y la libertad de la fé se hallan reservados respecto del particular, considero más conforme con la economía providencial la siguiente respuesta felizmente expresada: «¿Acáso para que la potencia creadora pueda ser afirmada, ha menester hacerse sentir incesantemente y sin utilidad? ¿Acáso no es necesario distinguir lo que Dios *puede* hacer de lo que *quiere* hacer? ¿Acáso perderia su poder por someterse á las leyes primitivas que ha establecido? No indudablemente: porque obedeciendo el primero á su propia sabiduría, no hace más que establecer una vez más que es Dios infinitamente perfecto (1).»

Finalmente, última presuncion contra la teoría de la espontepa-ridad: presta á la materia muerta é ininteligente un poder creador superior á ella. Es un prodigio admirable el de la unidad armónica del sér viviente; ¡qué profundas combinaciones supone la correlacion de las partes con el todo, en un organismo animado! «Si los intestinos de un animal, dice Cuvier, están de tal modo organizados, que puedan digerir la carne y especialmente la carne fresca, es menester tambien que sus mandíbulas estén construidas para devorar una presa; sus garras para apoderarse de ella y destrozarla; sus dientes para romperla y dividirla; el sistema entero de sus órganos, de movimiento para perseguirla y alcanzarla; sus ojos, sus oidos, su olfato, dispuestos de manera que pueda sentirla y distinguirla desde grandes distancias: es indispensable, igualmente, que la naturaleza haya colocado en su cerebro el instinto necesario para saber ocultarse y preparar celadas á sus víctimas. Tales serian las condiciones generales del régimen carnívoro; todo animal destinado á ser guiado por semejante régimen las reunirá infaliblemente, puesto que sin ellas su raza no habria podido subsistir (2).» Hé ahí el trabajo de preparacion y de elaboracion que ha menester la creacion de un animal. Y téngase en cuenta que no porque sea pequeño ofrezca ménos patentes estos caracteres de una maravillosa apropiacion. Hasta podria añadirse que cuanto más pequeño es, mayores son los prodigios de su estructura. ¡Y sin embargo, preténdese que una obra tan admirable sea el producto de una fermentacion pútrida! ¡Y la vida y la inteligencia brillarian en el efecto sin hallarse en la causa! ¡En verdad que es suponer en la materia mucho poder, con la exclusiva mira de despojar de él á su autor!

Yo bien sé que los séres inorgánicos, las cristalizaciones, por

(1) *De la generacion expontánea*, por E. Jeanbernat.
(2) *Discurso sobre las revoluciones del globo.*

ejemplo, toman formas regulares en las cuales existe correlacion entre las partes y el todo, corriendo las moléculas á agruparse cual si obedecieran á la idea de un tipo preexistente; mas una cosa es la armonía geométrica de los minerales y otra cosa la armonía orgánica. Aquella no es más que una justa posicion de partes, independientes las unas de las otras, hasta tal punto, que un cristal dividido forma tantos cristales completos, como partes han resultado en la division, bien que de volúmen más reducido. La segunda, en cambio, es una combinacion de partes que actúan y reaccionan las unas respecto de las otras, de tal manera enlazadas en virtud de sus servicios recíprocos, y por su accion comun, que faltando una sóla, deja de existir el todo. Ahora bien, si para producir una obra inorgánica, basta la materia inorgánica, para dar nacimiento al fenómeno incomparablemente más complexo de la vida, es indispensable la vida.

Por lo demás, bajo el punto de vista de la manera de crecimiento, ¡qué notable diferencia entre los séres vivientes y los minerales! En el primer caso, el crecimiento se opera por intussuscepcion, es decir, interiormente: en el segundo por justa posicion exterior. En los minerales, las moléculas se agregan á las antiguas sin romperlas; mas «en las profundidades más ocultas de los séres vivientes, reinan dos corrientes contrarias; una que, molécula á molécula va arrebatando alguna cosa al organismo; otra que ocultamente y con la medida necesaria va reparando las brechas que como fueran muy extensas acabarian por determinar la muerte (1).» «Este doble movimiento que háse llamado torbellino vital, renueva nuestro físico doce veces al año, sin que experimente la transformacion más insignificante nuestro yo moral: ¡qué prueba más poderosa y convincente en favor del alma! Finalmente, el sér viviente no difiere únicamente del mineral por el crecimiento, sinó que se distingue tambien por el decrecimiento y por la muerte; prueba evidente de que haciendo proceder la generacion de los animales, lo mismo que la de los minerales, de una combinacion expontánea de la materia, la heterogenia compara efectos radicalmente incomparables (2).

A más de que, ¿cómo se concibe que la materia orgánica pudiese conseguir por sí sola, lo que el hombre no puede conseguir, esto es, componer la vida? Cierto que mediante la síntesis química es posible reconstituir artificialmente determinadas substancias: por lo mismo que toda materia viviente puede reducirse á elementos minerales, de los cuales los más comunes son el hidrógeno, el oxígeno, el nitrógeno, el carbono, etc., parece que los minerales

---

(1) Quatrefages, *Metamórfosis*, etc.
(2) Janet, *Materialismo contemporáneo*.

deberian formar recíprocamente la materia viviente; y sin embargo, entre el sér inorgánico y el orgánico, media un abismo inmenso. Cierto que la ciencia cuenta con procedimientos para extraer del azúcar, étheres, alcoholes, etc.; mas, ¿fabricará con ello, nervios. tejidos, manos, piés, carne, huesos? Por más que diga, yo me guardaré muy bien de participar, respecto del particular, de todas sus credulidades de laboratorio.

Por lo demás, aun cuando la ciencia llegara á crear de nuevo la materia de los séres vivientes, siempre le quedaria por resolver una dificultad mil veces más insuperable, la creacion de la vida en el seno de la materia. Despues de lo que llevamos expuesto, dígase si es posible que un poco de substancia macerada pueda dar vida á millones de muscedíneas, cuando el génio todo del género humano no ha logrado suscitar una sola. No se nos oculta que es el hombre el que establece dicha substancia en las condiciones indispensables para la produccion de la vida; mas hay ocasiones en que dicha substancia se encuentra en ésas mismas condiciones sin el concurso del hombre, y por consiguiente resultaria más fuerte que él. Se dirá tambien que la materia produce vrgetales, en tanto que no le es posible al hombre crearlos; mas lo que realmente acontece es. que á los vegetales sólo les dá lo que ella tiene, es decir, virtud germinativa, en tanto que á los animales les comunicaria aquello de que carece, es decir, el instinto de la vida. En suma, las generaciones expontáneas serian una exageracion de las energías materiales en perjuicio de la supremacía del hombre, y en tanto no sean verdaderamente probadas, la razon las rechazará en principio como desprovistas de toda probabilidad.

III.

Mas, todavía iremos más léjos: supongamos que estuviesen probadas. ¿Probarian algo contra la fé? Ya hemos entrevisto que la contestacion á esta pregunta es negativa, sin embargo conviene precisarla.

Existe una heterogenia moderada que solo admite la generacion expontánea con relacion á los infusorios de la especie vegetal ó animal. Esta puede vivir en buena inteligencia con la ortodoxia más adusta. Los teólogos, así como los naturalistas antiguos, la admitian para una determinada clase de organizacion. San Agustin, comentando el capítulo primero del Génesis, ha escrito: «Muchos animálculos nacen de materias húmedas, de exhalaciones de la tierra ó de los cadáveres, de la consuncion de la madera, de los vegetales

y de los frutos. Dios, sin embargo, es el autor de todas las cosas; mas esos animalillos solo *potentialiter* y *materialiter* han sido creados con el cuerpo de que emanan (1).» Despues de San Agustin, Pedro Lombardo, Santo Tomás y otros muchos teólogos, han aceptado la propia hipótesis, en un sentido mucho más extenso áun que los heterogenistas modernos; de donde resulta que semejante cuestion, circunscrita á sus justos y naturales límites, carece completamente de importancia teológica. Para hacerla hóstil á la religion, es preciso desfigurarla. Por consiguiente, la fé no ha de resultar impugnada de que Dios, creador de la materia, abandone á causas secundarias, en el laboratorio inmenso de la materia, la formacion de algunos séres infinitamente pequeños. Jamás las mónadas, las bacterias, las confervas, los vibriones, los kolpodos, los vorticelios, todos esos átomos organizados, que se quisiera convertir en verdaderos mónstruos respecto del dogma, jamás perderán á nuestros ojos sus proporciones microscópicas. Sí en el órden de las creaciones heterogenistas, el pulgon es, como se ha dicho, un mastodonte, convengamos en que son verdaderamente insensatos los que nos lo ofrecen como un argumento colosal! ¡Y todavía son más insensatos los que pretenden convertir en objeciones formales, hechos que distan mucho de ser verdaderos! Si la ciencia tiene problemas que resolver, debe procurar dilucidarlos ántes de convertirlos en arma de oposicion.

En pos de la heterogenia moderada, se presenta la que podríamos llamar *inicial*. Segun esta, la precedente no existe; mas, en cambio, habria existido en otro tiempo una mucho más extensa. «Actualmente, dice Burmeister, en que existen por todas partes séres en número suficiente para reproducirse, no hay para que se engendren otras nuevas de las materias primeras; mas, en un principio, pasaron las cosas de muy distinta manera, y por esto tambien la formacion de los séres era entónces probablemente distinta (2).» Si hoy la tierra no produce por sí misma ningun sér viviente, añaden los mismos teóricos, consiste en que se asemeja á una matrona respetable en cuyo seno háse agotado la fecundidad; pero que, cuando jóven, concebia facilísimamente. Y hélos ahí abarcando todos los milagros y todos los misterios de una creacion por las fermentaciones del fango, para evitar los misterios y los milagros de una creacion mediante la accion divina. ¡Como si el lodo creador no hubiese sido creado á su vez, y si el Dios que pretende verse en el segundo escalon de su obra, no debiese indispensablemente colocarse tambien en el primero!

---

(1) De Gen. ad litt. 3, 14.—Pedro Lombardo, sent. 2.—*Ibid.*—Santo Tomás, 1-9. 71-1, 9-72.

(2) *Geologische Bilder*, etc., etc.

Varias contestaciones podríamos emplear en contra de esta nueva clase de contradictores; mas bastará con que les dirijamos una sola. Evocan en su apoyo lo desconocido, cuando se hallan desmentidos por la realidad: ya hemos dicho que no hay absurdo que no pueda revindicar el beneficio de semejante confirmacion. Hoy dicen no pasan las cosas de este modo; mas, antiguamente era muy distinto. Y como no hay un solo testigo que pueda venir á contarnos la manera como pasaban ántes tales cosas, es indispensable dar crédito á todos los sueños é imaginaciones de la ciencia, para que no le califiquen á uno de ignorante. ¡Bonita manera de sobrevivir á la derrota!

Convencida de ser quimérica al presente en que podría ser verificada, la heterogenia se propone como realidad de un pasado en el cual no hay quien pueda comprobarla, es decir, que en la imposibilidad de subsistir por el razonamiento, tiende á sostenerse por medio de la hipótesis. Mas desembaracémosla de las tinieblas de que se rodea. Cuando para establecer sus teorías contra la fé, necesita echar mano de fuerzas eternamente idénticas en el mundo, profesa la identidad y la eternidad de esas fuerzas; cuando ha menester el auxilio de fuerzas variables, las multiplica y diversifica á voluntad, lo que equivale á decir, que áun cuando la verdad la aplastara con sus evidencias, jamás le faltarian subterfugios para eludirla.

Por lo demás que esta heterogenia de los tiempos prehistóricos, se tome el trabajo de explicarse; pues ó bien es atéa, y entónces no puede ser admitida para testificar relativamente al fenómeno de la vida, en tanto permanezca muda sobre el de la materia que le precede lógicamente; ó bien es deista, y en este caso tal vez habria posibilidad de llegar á un acuerdo. ¿Atribuye acaso á la materia una fuerza expontánea y productora independientemente de la causa primera? En este caso nada la autoriza á considerar lo contrario de lo que es, como la base de lo que fué. Mas si pretende insinuar que el Creador fué á buscar en su primera creacion, es decir en la materia, los elementos principales de sus obras subsiguientes, entónces nada se opone á semejante transaccion. Lo importante es que la materia no lo haga todo sin haberse hecho ella á sí misma.

La creacion se escalona pues, siguiendo una série de grados superpuestos de la nada á la materia, de esta á los organismos vegetales, de los organismos vegetales á la animalidad, de esta finalmente al hombre. Entre cada uno de estos diferentes estados media una laguna inmensa que solo puede llenar la omnipotencia creadora. Cuando este dato se respeta, todo se salva en el símbolo genesíaco; mas desde el momento en que, bajo el nombre de generacion expontánea se admite que la nada puede convertirse en polvo impalpable, en gramínea, en animal, en hombre. se cae indifectiblemente en la blasfemia por el absurdo. Humboldt que nada tiene por

cierto de sospechoso, considerando la ligereza de Strauss complaciéndose en esos juegos de sofística, concibió una tristeza mezclada de desprecio, y bajo el imperio de semejante impresion escribió las graves palabras que á continuacion trasladamos. «Lo que más me ha disgustado en Strauss es la frivolidad científica en virtud de la cual no ve dificultad alguna en que los séres organizados puedan resultar de la materia inorgánica, y en que el hombre haya sido formado desde luégo del limo de la Caldea (1).»

Pero si la heterogenia *moderada* es compatible con la ortodóxia; si la *inicial* puede llegar á ponerse de acuerdo con ella; existe otra á la cual llamarémos *transformista* que debe ser excluida y rechazada. Más adelante expondrémos los motivos. Al presente nos limitarémos á consignar que los incrédulos de nuestros tiempos, se han precipitado sobre este dato, del mismo modo que sobre su presa el ave de rapiña, despues de lo cual lo han convertido en tema de objeciones contra el orígen del hombre y la paternidad de Dios. Ritgen hace brotar de la tierra á sus semejantes de la misma manera que si fuesen hongos; Oken escribe á la cabecera de uno de sus capítulos *hagamos el hombre* y lo saca del fondo de los mares; Michelet, ese anciano niño, que se goza fingiendo una embriaguez que no le domina, con el proposito de alcanzar siquiera las sonrisas de un siglo que no le presta ya atencion séria, Michelet que no cree en un Dios personal, cree en la membrana prolígera respecto de la cual ha dicho: «Vivimos en una época de milagros, es indispensable decidirse (2).»

Esto sentado, no me sorprende que el alma elevadísima de Lamartine, sintiéndose atormentada ante tales excesos exclamara: «Han vislumbrado la forma humana, luchando durante millares de siglos contra el limo que resistia al movimiento; dotado despues, y sucesivamente, del instinto, á ese preludio de la razon; de la palabra, á ese resúmen razonado del instinto; y finalmente de todas las facultades maravillosas que hacen al presente del hombre, la miniatura compendiada y perecedera de un Dios.»

«¡Singular sistema, que toma por creador, una pellita de lodo desecado de un pantano; un poco de calor pútrido, tomado de un rayo de sol; un poco de movimiento sin objeto, pedido á los vientos y á las olas; y además un instinto, pedido á una potencia sorda vegetativa, y todo esto para prescindir de Dios, ó para relegarlo á los abismos de la abstraccion y de la inercia (3)!»

(1) Humbolt. *Cosmos.*
(2) *El Mar*, p. 116.
(3) *Curso de literatura. Conferencia* III.

CAPÍTULO XI.

La fé y la paleontología.

¿Qué relacion lógica existe entre este capítulo y el que inmediatamente le precede? Este trata de la ciencia de la vida; el presente de la ciencia de la muerte de los séres organizados. La paleontología tiene por objeto el conocimiento de las razas de animales y de vegetales que existieron en otro tiempo en la superficie del globo, y cuyos restos ó vestigios fósiles, se encuentran hoy en las profundidades de la costra terrestre.

Los fósiles no son siempre petrificaciones y nada lo prueba mejor que los rinocerontes y los mammouths sepultados, durante el período glaciar, bajo las grandes masas de yelo del norte y cuya carne ha sido arrojada sobre las arenas de la Siberia en un estado perfecto de conservacion. Sin embargo, generalmente los fósiles se hallan endurecidos por una accion química experimentada en su sedimento geológico. Son organismos ó fragmentos orgánicos cuyas partes blandas fueron disueltas, en tanto que las demás se petrificaron, merced al elemento que las envolvia.

Algunas veces el fósil no es un cuerpo organizado, sinó la forma del mismo amoldada en el sitio que él mismo ocupó. Por ejemplo, á consecuencia de una de las revoluciones de la tierra, base hallado incrustado en las capas interiores de la misma, el tronco de un árbol: sus partes orgánicas, consumidas gracias al contacto de la humedad, se licuaron; y el espacio que, al disolverse, resultó vacío, llenóse de una substancia mineral, que reproduce los contornos del tronco desaparecido.

A esta clase de fósiles pertenecen tambien las trazas de ciertos animales que, al pasar sobre un sedimento arcilloso, dejaron impresa lo forma plástica de su pié; hasta tanto que habiendo una nueva capa recubierto y llenado la cavidad de la impresion plantaria, esta se encuentra grabada en hueco en la arcilla inferior, y en relieve en la arcilla superior. Ahora bien, los paleontólogos, han encontrado gran cantidad de tales huellas, y hasta han reconocido los cuadrúpedos que las dejaron, y determinado si deben referirse á las patas delanteras ó á las traseras.

Y no es esto solo todavía, pues las investigaciones científicas han llegado hasta los límites de lo increible, en el interior de las entrañas de la tierra. Así se explica que unas veces haya dado con coprolytos, es decir con excrementos petrificados, pertenecientes á las animales del mundo primitivo y que presentaban al par la prueba de ciertas especies en una época determinada, y la de las substancias que les servian de alimento. Otras ha podido comprobar, sobre antiguas capas de gres, huellas redondeadas y glóbulos en relieve á los cuales ha bautizado con el nombre de gotas de lluvias fósiles, con la circunstancia de que, sus inducciones respecto del particular, son tan terminantes, que no ha vacilado en consignar que direccion llevaba el viento durante esos chaparrones del período triásico. Por nuestra parte no hemos podido ménos que experimentar un movimiento de incredulidad en presencia de tan sorprendente como rotunda afirmacion; ¿mas qué hacer cuando sólo puede oponerse la repugnancia del sentido comun á las decisiones paleontográficas? Afortunadamente, Vogt, en su *Historia de la creacion*, ha venido á tranquilizar nuestra conciencia científica de los escrúpulos que la atormentaban, y á desembarazar el verdadero *credo* de la paleontología de este artículo exhorbitante. Segun dicho autor, las pretendidas gotas de lluvias fósiles, no serian más que eflorescencias del cemento de las rocas, es decir, un trabajo de fermentacion, y en manera alguna un rocío petrificado; lo cual permite conservar en toda su integridad la definicion dada por el nunca bastante llorado M. d'Archiac: Los fósiles son cuerpos organizados ó huellas de los mismos que pueden reconocerse y se encuentran en las capas de la tierra (1).

Establecida la nocion de la ciencia de los fósiles, nada más fácil que reconocer su íntima conexion con la historia de la tierra, y en particular, con las revelaciones del Génesis. Los restos orgánicos petrificados en la masa de los terrenos sedimentarios, ¿hállanse sepultados segun el órden resultante de la narracion bíblica? ¿Las épocas paleontológicas, constituyen la confirmacion de los seis dias de la creacion, ó la contradicen? Aun cuando en este debate, hayamos puesto, valiéndonos de principios generales de solucion, la narracion mosáica á cubierto de todo ataque, importa justificarla de las objeciones de que es objeto por medio de contestaciones especiales.

De lo que acabamos de manifestar resulta, que los fósiles han sido llamados, con razon, unas veces, las medallas conmemorativas de la creacion; otras, las inscripciones del mundo antidiluviano. Y en efecto: así como las medallas certifican la época en que fueron echadas las bases de ciertos monumentos, ó fijan su edad los carac-

(1) Introduccion al *Estudio de la paleontologia estratigráfica*.

teres arquitectónicos de un edificio; de la propia manera la disposicion de las capas terrestres y su contenido dan fé, recíprocamente, de su acta de nacimiento. Bajo este punto de vista la paleontología, con relacion á las obras de Dios, es lo que la arqueología con relacion á las del hombre, es decir: el medio de clasificar los géneros, de recomponer el plan, y de reconstituir el pasado.

Reconocidos estos títulos de nobleza de la paleontología, hácese indispensable sin embargo no concederle mayor autoridad de la que realmente le corresponde; por consiguiente no debe considerársela al par de la Biblia en lo que dice relacion á su infalibilidad.

Para esto debe tenerse en cuenta que la paleontología hállase todavía en su infancia: que apénas si hace dos ó trescientos años que se estudia la mineralogía: que en los siglos décimo sexto y décimo séptimo léjos de apreciar los fósiles como restos orgánicos, sólo eran considerados como formaciones geológicas semejantes á las estalactitas y á las cristalaciones. Su semejanza con las conchas, con las osamentas de los animales, y con los troncos de los árboles ó de las plantas les valia, de parte de los sábios, el calificativo de «*caprichos de la naturaleza.*» Apoyados en este dato, resultaron muchos y estupendos chascos. Así por ejemplo preguntóse á un médico italiano respecto de los fragmentos de vagilla y cerámica que constituian una gran parte del *Monte testaccio*, y contestó: Caprichos de la naturaleza. En 1696 el duque de Gotha preguntó al cuerpo médico de Burgtonna que debia pensarse de un esqueleto entero de mammouth que recientemente se habia descubierto, y aquella sabia corporacion contestó: Caprichos de la naturaleza. Los estudiantes de Franconia enterraban peces y otros animales elaborados por sus manos en ciertas capas estractificadas, despues de haber grabado sobre los mismos caracteres hebreos, griegos ó latinos, y exumándolos para someterlos al exámen de un profesor de medicina de Wurzbourg, el doctor Beringer; este resolvia la dificultad diciendo tranquilamente: Caprichos de la naturaleza; y apesar de que los galopines, tuvieron la crueldad de jactarse de la jugarreta, el sapientísimo médico persistió en su afirmacion, autorizándola con disertaciones que, para mayor ilustracion, iban adornadas de viñetas explicativas. Finalmente, en tiempo de Voltaire era tan poco lo que se sabia de los misterios de la fossilisacion, que el gran incrédulo no vacilaba en admitir respecto del particular lo imposible más bien que lo cierto. Para él las conchas petrificadas que recogidas en la cima de las Cordilleras se le ponian de manifiesto, eran las mismas que los peregrinos de Jerusalen habian depuesto en aquel punto despues de haber atravesado el océano con el propósito de aducir pruebas de la leyenda del diluvio. ¿Descubríanse en Etampes las osamentas de reno ó de hipopótamo á veinte metros de profundidad? Antes que convenir, decía, en que el Nilo y la Laponia se hubiesen dado cita para encontrarse entre Paris y Orleans,

imaginaba que un aficionado habia sacado dichos esqueletos de su gabinete, para hacerlos perdidizos y enterrarlos en aquel lugar. Goethe se sublevaba ante semejantes ligerezas: ¿que debió pensar de ellas el grave génio de Cuvier?

Mas si la paleontología negativa ha cometido errores de tanto bulto, ¿qué no ha fantaseado la que afirma con esceso? En la época en que los fósiles se atribuian á la accion del diluvio mosáico, encontróse en los esquistos calcáreos de Œninga un esqueleto que fué calificado por Scheuchzer de *homo diluvii testis*, y al cabo de cien años, la paleontología francesa reconocia en el mismo fragmento la osamenta de un reptil colosal de que hemos hablado en otra ocasion. Cierto dia en las costas de Guadalupe encontráronse restos humanos petrificados en medio de un depósito calcáreo, bastando semejante invencion para que se dijera que habíase dado con el hombre fósil; mas en tanto que el hombre fósil debe remontar su antigüedad hasta el mundo primitivo, demostróse plenamente que esos miembros fosilisados, databan apenas de tres cientos años. En una palabra: hubo un tiempo en que la paleontología sólo veia caprichos de la naturaleza en las petrificaciones de la creacion; y en cambio hoy, por una reaccion diametralmente opuesta, toma fácilmente por petrificaciones lo que no son otra cosa que caprichos de la naturaleza. ¡Cuán embarazados se verian por ejemplo nuestros antepasados de la edad de piedra, para reconocer en algunos de los objetos de nuestros escaparates, muchos de los utensilios de tocador ó de cocina que adjudicamos á su civilizacion! De esta suerte, en materia de raciocinio, los extremos son los polos imantados que atraen al humano espíritu, cuando la razon no le mantiene sujeto en el justo medio.

No se crea sin embargo que pretendamos quebrantar la verdadera autoridad de la paleontología. Es cierto que no todos los fósiles pueden referirse á una formacion diluvial contemporánea de Noé: que se encuentran en profundidades en las cuales no ha podido producir sus efectos una inundacion tan corta, puesto que á veces yacen á centenares de pies debajo del nivel del mar: que no están mezclados y confundidos los unos con los otros como aconteceria si hubiesen sido acarreados y depositados por un solo y mismo diluvio: que se encuentran dispuestos por capas distintas, conteniendo una plantas y animales marítimos; otra, plantas y animales terrestres: que se hallan finalmente sepultados en terrenos que, por lo mismo que no tienen la misma composicion, no pueden pertenecer á la misma época y se han de haber superpuesto lentamente. Estos son datos ciertos y positivos cuya importancia no es ni para desconocida ni para exagerada.

Convengamos además en que la paleontología es un complemento de la geología, puesto que sólo ella puede proporcionarnos el cronómetro mediante el cual podamos medir las edades de la tierra.

Que así como el telescópio reduce, al parecer, las distancias en el espacio, la ciencia de los fósiles nos pone de manifiesto perspectivas inmensas en la inmensidad de lo pasado. La paleontología es igualmente el auxiliar, y si así podemos decirlo, una de las ramas de la historia natural, porqué á la fana y á la flora contemporáneas agrega las del mundo antiguo, y estudia las innumerables formas de la vida en sus manifestaciones ascensionales desde las familias extinguidas, hasta las maravillas botánicas y zoológicas de los tiempos presentes. Finalmente la paleontología arroja igualmente gran luz sobre las condiciones físicas de nuestro globo en la época prehistórica, porque constantemente existe solidaridad entre los caracteres de los séres orgánicos y la composicion química del aire y del agua, la naturaleza de la temperatura y de los climas, la profundidad de los mares y de los lagos; de tal manera que los fósiles representan el termómetro de esos tiempos geológicos con relacion á los cuales la vida de un pueblo equivale apénas á un segundo de su inconmensurable antigüedad (1).

Ya se ve pues que no escatimamos en lo más mínimo la verdadera importancia de la paleontología. El dia en que examinando los depósitos sedimentarios, y caracterizándolos por las materias que los componen y por los fósiles que encierran, ha trazado al par el árbol genealógico de la tierra, de los animales y de los vegetales, y las leyes físicas de un mundo desaparecido, ha engendrado en las tinieblas del suelo y en las de los pasado un verdadero *fiat lux*. Mas en medio de la embriaguez de sus triunfos no debe echar en olvido cuanto ignora. Seria en nosotros temeridad imperdonable la pretension de hacer de la paleontología una pieza confirmativa de la Biblia. Si hoy apoya á esta, mañana podria contradecirla. Y quien nos garantizará, dice con razon Queinstet, que el siglo venidero no se ha de reir de nuestro saber, como nos reimos nosotros del saber de nuestros antepasados! Contentémonos pues con probar que la paleontología no se halla en manera alguna en oposicion con la enseñanza revelada, y no vayamos á comprometer á esta en las fluctuaciones del progreso científico. Por lo demás, basta este resultado para mantener el imperio y la dignidad de la fé, y para asegurarle los respetos de la ciencia que á sí misma se respeta (2).

Por lo demás, ántes de abordar esta tésis puramente defensiva, es oportuno examinar la fuerza que como prueba tiene la paleontología. Entre los terrenos primitivos que no contienen fósiles, porque entónces no habia comenzado áun la vida sobre la tierra, y los terrenos superiores que no los contienen, existen numerosas gradaciones llamadas capas, unas veces, distinguidas otras con el nom-

(1) D' Archiac. *Idem.*
(2) *Epochen des Natur.*

bre de rocas sedimentarias, que pertenecen al dominio exclusivo de la fosilisacion. Este dominio se extiende desde el granito que sirve de envoltura al fuego central, hasta el suelo de la época cuaternaria, y se compone por lo ménos de una veintena de sedimentos diversos en los cuales yacen otras tantas generaciones animales y vegetales. Si estas veinte capas se hallasen en todas partes regularmente superpuestas como las hojas de un libro, bastaría con levantarlas del mismo modo que se vuelven las páginas, para leer con toda certeza la edad relativa á cada formacion fosilífera. Mas es el caso que las hojas de dicho libro no existen completas en parte alguna; que frecuentemente se hallan dispersas, y algunas veces mutiladas y otras barajadas y revueltas como en un libro que tiene invertida la numeracion, y de aquí la necesidad para el paleontólogo de hacer intercalaciones y contractaciones que restablezcan el sentido en los pasajes sin enlace. Ahora bien, nada prueba cuanto tiene de hipotético semejante trabajo, como el que veinte sábios distintos reconstruyen el libro dando cada cual diferente disposicion al órden de las páginas. De suerte que al paso que son irrecusables algunos de los asertos de esta ciencia, hay otros que varian hasta lo infinito. Es pues en vano que treinta paleontólogos distintos se empeñen en constituir una autoridad colectiva contra la religion, puesto que ante todo es indispensable que se pongan de acuerdo relativamente á sus asertos contrarios á la religion.

Pues bien, tal es el estado en que la cuestion se encuentra y por lo tanto puede afirmarse decididamente que las afirmaciones de la paleontología, despojadas de todo prestigio fantástico en nada contradicen á la fé, 1.° porque ofrecen un pequeñísimo número de hechos ciertos: 2.° porque es posible colocar los hechos *ántes*, *despues*, ó *durante* la semana del exámeron.

I.

No darémos en este lugar un plano colorido que represente el córte ideal de la corteza sólida de la tierra, acompañado de indicaciones técnicas. Queremos separar de sus accesorios la cuestion apologética. La verdad más rotunda que de los estudios paleontológicos resulta encuéntrase en la siguiente reflexion de Lyell. «Las pruebas hasta ahora recogidas para demostrar la completa armonía entre las esferas animales y vegetales de la actualidad y las que se han extinguido, no nos permiten abrigar la menor duda relativamente al hecho de que, el órden y la belleza que admiramos en la creacion viviente, han caracterizado tambien al mundo organizado en los períodos más remotos de los tiempos pretéritos.» Pero escepcion hecha de este sentimiento admirativo, el gran geólogo in-

glés vése obligado á convenir en que: «Al paso que ensanchemos nuestros conocimientos con la inagotable variedad que resulta en la naturáleza viviente, y reverenciamos la sabiduría y el poder infinito que manifiestan, es preciso reconocer que á duras penas distinguimos los postreros eslabones de una cadena de creaciones, cuyo número y duracion nos es imposible apreciar (1).» En efecto: si la paleontología ha conseguido resolver algunos problemas de *geología* y de *historia natural*, y hasta de *cronología*, suscita en cambio muchos más en el dominio de estas tres ciencias.

De seguro que el geólogo no experimenta dificultad alguna en comprender que los estratos de la corteza terrestre hayan sido depositados lentamente por las aguas, cuando considera que el Ganges y el Misisipí, acarrean anualmente mil millones de piés cúbicos de substancias sólidas mantenidas en disolucion ó suspension en sus aguas. No cabe dudar que las capas inferiores de esos depósitos deben ser consideradas como más antiguas y como más modernas las capas superiores. De seguro que cada una de dichas capas encierra fósiles particulares, que no se encuentran ordinariamente ni en las formaciones precedentes, ni en las sucesivas, y que por esta razon han sido llamadas características. De seguro que los animales y los vegetales sepultados en esas capas deben haber preexistido á las mismas, ya que estas les han servido de sepulcro. De seguro, finalmente, que esta sucesion de inundaciones y de petrificaciones, supone un trabajo inmenso de parte de la naturaleza y partos verdaderamente gigantescos; mas en medio de estos puntos luminosos, ¡qué lagunas más profundas, qué insondables abismos!

Los sedimentos fosilíferos, ¿hánse formado lentamente como las capas de fango y arena, ó de un modo brusco á consecuencia de una série de cataclismos? Los quietistas y los convulsionistas disputarán largo tiempo y acaso nunca lleguen á entenderse. La geología tal vez no sepa jamás á qué atenerse, y en tanto lo ignore, todas sus suposiciones relativas al nacimiento y á la historia subterránea de nuestro globo, se sostendrán sobre puntas de alfiler.

Y si de estas cuestiones pasamos á las consideraciones zoológicas, ¿qué representan los animales y los vegetales fósiles, hasta el presente conocidos, respecto de la fauna y de la flora enteras del mundo primitivo? ¿Cuáles fueron los organismos de los períodos paleontológicos que han desaparecido completamente, por la razon sencilla de que no pudieron llegar á fosilisarse, como aconteció, por ejemplo, con los volátiles, que al caer sobre el suelo, corrompíanse bajo la influencia del aire, ántes de que la tierra los hubiese

(1) *Elementos de Geología.*

cubierto; ó con los hongos, los acalefos, etc., cuyas partes blandas, en virtud de una descomposicion rápida, se sustraían á la accion lenta de una petrificacion? ¿Háse la vida orgánica renovado completamente sobre la tierra en repetidas ocasiones, ó algunas especies se han conservado de una á otra época, de tal manera, que el hilo biológico jamás se haya roto? Por último, ¿las especies actuales descienden de la era paleozoológica, ó fueron objeto de una creacion especial? Otras tantas dudas son las que acabamos de exponer, que mantendrán en reserva durante mucho tiempo á los naturalistas que se ven reducidos á callar por temor de desmentirse.

En otro tiempo creíase como cosa positiva el que sólo se encontraban fósiles en las formaciones hulleras: posteriormente se ha creido reconocerlos en el terreno devoniano, que es mucho más antiguo. Antes del año 1844, se presumia que los reptiles no habian existido con anterioridad á la época permiacea. Diez años más tarde se encontraron en la época carbonífera y hasta anteriormente. En 1848, no se habian descubierto áun los restos orgánicos de los cuadrúpedos de sangre caliente, que en el período terciario corresponden casi á la superficie del suelo actual. Despues se han encontrado los mismos vestigios en el Jura, en el triásico, y en las formaciones silurianas que son casi las más antiguas. Finalmente, hace algunos años en el Canadá, se descubrió un zoófito en las capas llamadas azoicas, en las cuales se imaginaba que no habia sido posible la vida. Todo lo cual influye para que Lyell, valiéndose del pensamiento de Quenstedt, manifieste que la segunda mitad de este siglo casi no ha hecho más que corregir las opiniones científicas de la primera. En resolucion, tenemos que la ciencia, antes de pretender reformar la religion, deberia procurar formarse á sí misma. Mas, acaso esos mismos cambios llevados á cabo tan frecuentemente por la paleontología, son los que le dan tanto imperio sobre las imaginaciones en detrimento del juicio. Indudablemente no puede decírsele: prometeis mucho, y cumplís más; pero si hoy por hoy no cumple mucho de lo ofrecido, en cambio hace grandes promesas para lo porvenir, y váyase lo uno por lo otro: el público, con su bonachona credulidad le presta bajo palabra.

No obstante lo dicho, las incertidumbres de la paleontología, en sus relaciones con la geología, la zoología y la botánica, nada son comparadas con sus audácias y divagaciones en materia de cronología. ¿De cuántos siglos se compone la era ante-histórica? La ciencia de los fósiles ha demostrado con muy buenas razones á la opinion contraria, que dichos siglos son más numerosos de lo que pudiera pensarse; mas habria hecho perfectamente si no hubiese tratado de contarlos. Arago estima en 313,600 años la duracion del trabajo geogónico, desde la primera formacion de los terrenos hullíferos, hasta la época terciaria; Bischof, en un primer cálculo en

1.300,400 años; despues en 9.000,000. Quenstedt se entrega á las siguientes inducciones: Si las capas carboníferas de Saarbrüch, que no miden ménos de 400 piés, se han formado de montones de substancias vegetales, ha sido indispensable para constituirlas una montaña de leña de 400 piés de elevacion: ahora bien; como nuestros bosques invierten un siglo para formar una capa de leña de dos pulgadas, esa masa vegetal ha debido emplear por lo ménos 1.500,000 en su crecimiento, y más áun para carbonizarse. Finalmente, otros han encontrado ingeniosos términos de comparacion, para apoyar esta vertiginosa antigüedad de la tierra. Herodoto, dicen, aprendió de los sacerdotes egipcios, que debajo de Memfis el limo del Nilo crecía apénas una vara cada cien años. Las observaciones recientes han dado, se dice, un máximum de tres á cuatro pulgadas; por consiguiente, el lecho de hulla y de esquisto arcilloso perteneciente á las precipitaciones más disgregadas, da pié para suponer en su formacion el concurso de un número de siglos incalculable.

Si la ciencia estratigráfica se atuviera á esta enseñanza, podría negársele la adhesion; pero, por lo ménos, se sabria lo que piensa. Mas, ¿lo sabe ella acaso? Al verla demoler hoy con una mano el edificio cronológico que levantara ayer con la otra, hay motivos poderosos para sostener que duda.

Véase sino lo que puede pensarse fijándose en otras notabilidades científicas que nos ofrecen el lado opuesto de estas apreciaciones, afirmando que «la geognosia contemporánea ha presentado ignominiosamente hipótesis en lugar de hechos, y meras imaginaciones en vez de resultados legítimamente deducidos (1).»

Así tenemos á Vogt que nos dice, que pidiendo millones de años para las formaciones hulleras, no se peca por exageracion; pero que los cálculos fundados en nuestros fenómenos climatéricos, caen por su base, porque con la vegetacion lujuriosa del período de transicion, la carbonizacion era más rápida, gracias á la abundancia de ácido carbónico de que se hallaba entonces saturada la atmósfera (2).» Göppert, por su parte, manifiesta que «nadie puede estimar, ni áun aproximadamente, el tiempo que ha sido menester para la realizacion de los depósitos carbonizados. Yo he visto, escribe, vegetales, que despues de haber pasado dos años sumergidos en agua casi hirviendo, se han cambiado en una especie de lignito oscuro, y un trapo expuesto durante seis años al vapor de agua, convertirse en carbon negro y brillante. Recuerdo, añade, estos hechos tomados de la ciencia, á aquellos geólogos que se complacen en henchir las cifras geológicas, y se gozan hablando de millones y de billones de años (3).» Y es que, manifiesta un sábio poco sospe-

(1) Haffner, *Del materialismo moderno*, p. 30.
(2) *Lherb. dev. geol.*, t. II, p. 311.
(3) Wagner. *Gesch. der Urwelt.* t. II, p. 561.

choso de parcialidad bíblica, es imposible precisar el tiempo necesario para que se deposite un sedimento cualquiera, por lo mismo que son muchas y de diferente naturaleza, las circunstancias que pueden influir en retardar ó activar la precipitacion. Finalmente, por lo que á los depósitos de carbon se refiere, lo mismo que por lo que dice relacion á otras capas fosilíferas, añaden Veith y Bosizio, el tiempo invertido en su formacion depende del sistema adoptado para darse cuenta de ello.

Segun unos, el nivel del terreno se habria desde luego bajado, y la vegetacion habria quedado cubierta por el mar de una capa de limo, sobre la cual, levantándose de nuevo el suelo, habríase coronado de nuevos bosques, para ser de nuevo sumergidos y devastados, esperando el momento de una tercera fecundacion; y la repeticion de los mismos fenómenos durante un número infinito de años, explicaria la intermitencia de las capas de carbon y de arena que constituyen la cuenca hullera. Esto, respecto de los partidarios de la antigüedad ilimitada del globo.

Segun otros los lechos de carbon se han formado de un modo semejante á lo que acontece con los hornagueros, y puesto que al presente un hornaguero, en cuarenta ó cincuenta años puede formar un depósito carbonífero de seis piés de espesor, ¿no es razonable presumir que la grandiosa vegetacion y los abundantes pantanos del terreno de transicion, produjeron en ménos tiempo idénticos resultados? En cuanto á las capas intermedias de calcárea, que en ocasiones miden hasta mil piés de profundidad, si se supone que se han formado lentamente como los depósitos de arena acarreados por la lluvia en nuestros jardines, seria menester el transcurso de treinta mil años, para un aluvion de treinta mil piés; mas si se consideran las irrupciones repentinas del mar, y los considerables derrumbamientos de montañas, tales cuales autoriza á suponerlos la combatida naturaleza del mundo primitivo, necesitaríanse muy pocos años para las capas de más espesor. Así se explican los que no creen en las eternidades geológicas.

Tenemos pues que la paleontología es gran maestra «en crear mundos que el talisman de las *mil y una noches* jamás hubiese osado evocar (1).» Podrán otros felicitarla por ello; por lo que á nosotros toca, es esto motivo de profunda tristeza. Porque para nosotros que buscamos la verdad en la ciencia, y no la poesía, es motivo de desencanto el número por todo extremo reducido de hechos incontrovertibles que nos ofrece, y sin erigirnos en escépticos respecto de ella, no podemos ménos que reconocer que puede aplicársele perfectamente lo que con finísima ironía escribia Elias Bertrand en 1763. «Hay muchas cosas en la ciencia, decia ese ilustre escritor

(1) Quinet, *Nuevo Génesis*.

que sólo sirven para hacer amena la conversacion ó para satisfacer la curiosidad : tal acontece con los fósiles ; ellos constituyen el lujo de nuestra ciencia, y hoy por hoy el lujo penetra en todas partes. Con todo importa no ser muy severo, á fin de no disgustar á las gentes que tienen tiempo y dinero en abundancia, y que no lo emplearian en hacer colecciones, si entre los objetos que las constituyen, no pudiese haber curiosidades agradables (1).»

Ya sé que de cien años acá la paleontología no merece tan duro epígrama, y en prueba de ello podemos aducir las objeciones de que nos hemos hecho cargo. Dicha ciencia puede decirnos: convengo que en vasto dominio existen cosas problemáticas; mas tampoco podrá negárseme que así como á veces hago el mundo muy viejo, en cambio vosotros lo habeis hecho muy jóven, y que os veis muy apurados para establecer la concordancia entre vuestras tablas cronológicas y las mias. Implícitamente hemos contestado ya á este ataque, pero el asunto vale la pena de que lo tratemos detenidamente.

II.

No bajo la inspiracion de una nueva exegesis, sinó siguiendo la antigua doctrina de S. Agustin y de Santo Tomás, sostenemos: que la narracion bíblica y la historia paleontológica de las plantas y de los animales no pueden completarse ni contradecirse. Son independientes una de otra, porque las revoluciones biológicas de que nos dan testimonio los fósiles, pueden ser colocadas, sin violencia alguna para el texto sagrado así como para la verdad científica, despues, ántes ó durante la semana genesiáca.

Despues del hexameron, sin dificultad alguna: Keil, Veiths, Vosizio, Estéban Kutorgo, y el conde Franz de Marcuzi participan de esta opinion. Segun su explicacion, sólo han transcurrido seis dias naturales entre el primer acto del Creador y la aparicion del hombre. Todas las especies típicas de vegetales fueron suscitadas el tercer dia, todas las especies de animales el quinto y el sexto: por consiguiente es indispensable referir los fósiles y los estratos fosilíferos, á los acontecimientos sobrevenidos con posterioridad á la caida del primer hombre. El diluvio ha sido una de esas revoluciones, y si Moisés no menciona las demás, consiste en que no tuvieron el carácter de un castigo predicho, y por lo mismo no interesan en manera alguna para el fin moral que el historiador sagrado se pro-

(1) *Dict. orvet.* Discurso preliminar.

puso. Lo que dicen los naturalistas de las faunas y las floras prehistóricas, es pura imaginacion: no hay más que una flora y una fauna, las de la semana genesiáca, y no ofrece mayor dificultad incluir todos los fósiles en las clasificaciones de animales y de vegetales que viven en el dia.

Cierto que son muchas las especies extinguidas, y que muchas otras existentes en la actualidad no se han mezclado á aquellas, en los sedimentos que las conservan; pero el porvenir pondrá de manifiesto el vínculo genealógico entre las unas y las otras. Por consiguiente, si no se ha dado ya con el hombre fósil, se encontrará andando el tiempo. Este descubrimiento léjos de crear dificultades á la exegesis bíblica, le servirá de justificativo. Cuando el interior del Asia, residencia primitiva del hombre, se haya excavado y examinado cuidadosamente, estamos seguros de que vendrán á confirmar nuestros presentimientos las petrificaciones humanas. Hace treinta años Cuvièr negaba la existencia de los monos fósiles, y posteriormente se han encontrado en los terrenos terciarios. ¿Quien nos asegura que un dia no aparezcan huesos humanos en formaciones anteriores, demostrándose con ello que los períodos paleontológicos, se han realizado en una época en la cual estaba completamente terminada toda la creacion (1).

Bajo el punto de vista exegético nada hay que corregir en semejante opinion; mas ¿podemos decir otro tanto bajo el punto de vista científico? No nos atreverémos á decirlo, porque los argumentos que se le oponen encierran no poco de arbitrario. Con todo, no se crea que ofrezca graves dificultades explicar que todas las capas fosilíferas se han ido depositando con posterioridad á la creacion del hombre.

Segun el calculo más generalmente admitido, el tiempo que media entre Adan y el diluvio parece insuficiente para la formacion de todos los sedimentos paleontológicos, por lo mismo que alcanza únicamente una duracion de dos á tres mil años. Los depósitos de hulla de 180 piés de espesor, especialmente, como los hay cerca de Zittan y separados alternativamente por lechos de esquisto y arena, necesitan un prolongado amontonamiento de vegetales carboníferos y de substancias minerales, que difícilmente puede conciliarse con la cronología bíblica. Finalmente, la série completa de los terrenos estratificados, alguno de los cuales mide hasta 1,200 piés de espesor, exige más tiempo todavía, y no es posible imaginar que hayan podido producirlos las edades históricas.

Sin embargo, en tanto permanezcan desconocidas las causas y la intensidad de las revoluciones terrestres, sus efectos serán problemáticos. Dichos efectos cambiarán segun varien las causas ex-

(1) Véanse los autores citados.

plicativas que se adopten. Un quietista ha menester millones de siglos para que el universo pase del estado caótico al que hoy nos ofrece: para un convulsionista bastan algunas catástrofes escalonadas y formando sus aglomeraciones con el desenvolvimiento rápido de los deltas, de las dunas, de las calcáreas concrecionadas, etc. ¿Mas con qué derecho excomulgarán los primeros á los segundos de la ortodoxia científica? No lo comprendemos. Por esto sin adherirnos extraordinariamente á esta primera conciliacion de la Biblia con la ciencia de los fósiles, creemos poder revindicar en favor suyo el respeto de aquellos que le niegan su adhesion.

A más de que, si no quieren aplazarse los períodos paleontológicos para despues de la obra de los seis dias, ¿qué inconveniente hay en fijarlos en una época anterior? Tomás Chalmers, Butkland, Kurtz, Andrés Wagner, Schubert, Raumer y otros muchos sábios representan esta opinion, con gran variedad de matices, en la exposicion y en los detalles concernientes á las interpretaciones.

Segun esta hipótesis que someramente hemos indicado en otro lugar, entre el primer acto creador, y el primer acto de la creacion hexamérica expresada por las palabras *Fiat lux*, ha transcurrido un lapso de tiempo considerable. Mucho ántes de la grande semana genesiaca existia la tierra y habia sido habitada por séres orgánicos. Este mundo de vegetales y de animales anterior al nuestro, fué destruido por una catástrofe cuyos efectos describen las palabras siguientes: *La tierra estaba inerte y vacia, y las tinieblas cubrian las profundidades del abismo*. De manera que todo cuanto la paleontología nos enseña, con relacion á las vicisitudes de los organismos fósiles, debe entenderse de una creacion que precedió á la hexamérica. Ahora bien: ¿fué esta la primera, será la nuestra la última que se realice sobre el suelo que pisamos? Postulado inmenso es este, cuyo secreto se ha reservado la Divinidad.

Los que sostienen esta teoría nada tienen que ver con la ciencia que nos ocupa. Por su parte estos paleontólogos pueden enseñar que en el mundo que precedió á este, la vida animal y vegetal comienza bajo las formas más rudimentarias; que los organismos se multiplicaron al perfeccionarse; que esas fanuas y esas floras primitivas han desaparecido á consecuencia de catástrofes repentinas, ó por medio de una extincion lenta. La historia bíblica sólo comienza en el instante en que termina la historia paleontológica, y por consiguiente como no existe entre ellas el contacto, tampoco es posible que exista roce alguno: aquella pertenece á los teólogos, la segunda corresponde á los sábios. El imperio de esta se extiende en la estratigrafía del globo desde los terrenos primitivos á los sedimentos cretáceos; el de aquella desde la época terciaria al suelo plioceno, teatro de la creacion actual.

Indudablemente, en el terreno de los hechos, ofrecerá no pocas

dificultades la determinacion de los límites entre ambos poderes; mas en el terreno del derecho, los límites están fijados, y puesto que él descrito por la Biblia, no es el antiguo, sinó el nuevo ordenamiento de la tierra, el espíritu humano no debe confundir lo que el poder divino ha distinguido. Por lo demás esta aspiracion, del mismo modo que la precedente, deja intacta la interpretacion de la semana hexamérica, en sentido literal, y ora sea el campo de la paleontología anterior á los hechos del Génesis bíblico, ora sea posterior, los seis dias continúan siendo períodos de veinticuatro horas, lo cual dispensa al texto sagrado de prolongarse, para dar lugar por medio de transacciones, á las novedades científicas.

Sin embargo, ¿porqué no ha dicho Moisés una sola palabra de los animales y de los vegetales fósiles? Por la misma razon que no ha dicho una palabra de los mundos y de los acontecimientos extraños á la crónica de la humanidad actual: es decir, porque no ha hecho más que la historia del ciclo particular de que fué constituido historiador. ¿Que luz pudo iluminar el universo de los siglos paleontológicos, ya que no se habia pronunciado áun el *fiat lux* del Génesis bíblico? Lo hemos dicho ya; ó la de otros astros, ó la de los astros que hoy dia nos iluminan y que brillaban con anterioridad á la época en que la era del caós, impidió que llegaran sus rayos á la tierra. Hé ahí pues una latitud inmensa concedida á los estudios científico-naturales! Que la paleontogía esplique su mundo valiéndose de ella, la Biblia por su parte siempre dará razon del suyo. ¿Cabe imaginar un manantial más fecundo en recíprocas tolerancias?

Tal es la hipótesis que se ha llamado de *restitucion*, para insinuar, que la creacion actual no era en cierto modo más que la restauracion de antiguas ruinas, de la misma manera que en lo moral, la redencion es una reparacion de la creacion actual. No obstante, cuando el Creador emprendió de nuevo su taréa, despues del descanso del período caótico, ¿inventó nuevos tipos zoológicos, ó exumó las especies anonadadas? ¿Corrigióse á sí mismo, á la manera de artista que se perfecciona, ó se limitó al papel de mero continuador? ¿Contentóse finalmente con destruir la vida orgánica en el Oriente, de tal suerte que Adan no fué más que el padre de una tribu, ó renovó simultáneamente todas las generaciones? Nada hay, por extravagante que sea, que no haya cruzado por la fantasía humana: nosotros que no nos hemos impuesto la mision de satisfacer las curiosidades pueriles, nos contentamos con afirmar que la paleontología se halla desarmada contra la fé, desde el momento en que la fé le impide invadir el campo de su jurisdiccion, relegándola al espacio comprendido entre el primer y el tercer versículos del hexameron.

Existe sin embargo una teoría llamada *concordista*, que coloca

todos los fenómenos de fosilisacion en la semana genésiaca, haciendo de los seis períodos de esta, dias-épocas, no dias astronómicos. Dicha teoría constituye tal vez un campo más ancho y más seguro ofrecido á la transaccion. Segun esta teoria, no es necesario creer que separando en el dia tercero el continente del mar, fijara Dios irrevocablemente sus límites respectivos: no, aquel dia la tierra dejó de estar enteramente cubierta por las aguas y la *seca* pareció, de tal suerte, que la tierra y el mar fueron dos regiones distintas. Mas semejante trabajo no significa en manera alguna que la corteza marítima no haya de ser conmovida en adelante por el levantamiento de las montañas, ni que la costra terrestre no deba ser invadida en adelante por las inundaciones. Ahora bien: admitido este dato, escribe Delitzsch, entre el dia tercero y la creacion del hombre, se halla una época durante la cual, la superficie de la tierra ha podido formarse con sus capas fosilíferas, y nada impide admitir que durante esta formacion hayan sobrevenido catástrofes que hayan destruido los vegetales del tercer dia y los animales del quinto y del sexto, catástrofes que pudieron tragar generaciones enteras (1).»

Convengo en que de la narracion de Moisés, resulta que los vegetales y los animales del hexameron son los antepasados de la flora y de la fauna actuales; más áun cuando Dios hubiese repetido, con posterioridad á la semana inicial, muchas veces su acto creador, despues de cada una de la revoluciones terrestres que sepultaron una parte de las creaciones precedentes, siempre resultará cierto que el mundo animal y vegetal actual, desciende de aquel que Dios suscitó, y es incontestable que la produccion de este mundo, fué la obra característica de los dias tercero, quinto y sexto, que es todo lo que se necesita para dejar fuera de duda la verdad dogmática y la exactitud histórica de la Biblia.

Esto sentado, resulta cosa hacedera el combinar las épocas de la geología con los períodos del Génesis, máxime cuando este, por lo mismo que sólo se ocupa de la poblacion y ornamentacion de la tierra, en sus relaciones con las exigencias de la revelacion, concede extensamente la palabra á las ciencias naturales respecto del particular. Relacionando los hechos de la narracion mosáica y los resultados de la investigacion paleontógica, se llega á una historia de los séres organizados segun el órden siguiente:

Dios creó la tierra en el estado caótico. Su primer trabajo sobre esta masa informe, fué la evocacion de la luz: el segundo la separacion de las aguas inferiores de las superiores y el establecimiento del firmamento: el tercero la primera germinacion vegetal sobre el terreno primitivo fecundado ora por el calor central, ora por la luz de los astros invisibles en sí mismos: el cuarto, la aparicion de los

---

(1) *Commentar über die Genesis.*

astros en su foco y no ya solamente en su claridad reflejada: el quinto en medio de una vegetacion terrestre y marítima, subsistente segun las condiciones siderales y climatéricas de este período, creacion de los animales; de los animales acuáticos primero, porque la Biblia como la ciencia nos pone de manifiesto la vida comenzando en las aguas; despues de los animales volátiles: finalmente el sexto, produccion de los animales terrestres. No es otro el plan de la obra divina, tal cual se halla trazado en las páginas de la Biblia y en los cimientos de la naturaleza.

Preciso es convenir en que á veces se han encontrado fósiles de animales debajo de las primeras petrificaciones vegetales; mas respecto de esta anomalía ha respondido Burmeister. «La vida animal supone necesariamente la vida vegetal; y si bien es cierto que muchos animales se nutren de la carne de otros animales, en último término es preciso referirse á los que se alimentan de vegetales. De donde resulta que en la época primitiva, ningun organismo animal pudo haber vivido con anterioridad á la existencia de los organismos vegetales. áun cuando pueda admitirse que su formacion se haya seguido á cortísima distancia (1).»

Es decir que si la tierra, en algunas ocasiones ofrece sus capas dispuestas de una manera contraria á esta ley, consiste en que los extremecimientos del globo han revuelto las hojas del libro de que tantas veces hemos hablado, colocando la segunda página sobre la primera. Tambien podria decirse que si los restos de la obra del dia quinto se encuentran á veces en capas más profundas que los restos de la del tercero, no depende esto de que aquella haya precedido á esta, sinó de que Dios ha continuado y desarrollado tal vez su trabajo del tercer dia, al tiempo que trabajaba en realizar la del quinto. Partiendo de esta base exegética, ábrese ancho campo á las interpretaciones. La paleontología, puede medir las épocas genesiácas por las épocas geológicas; establecer un cuadro de sus diversos terrenos sedimentarios en presencia del primer capítulo del hexameron; hacer subir las capas de los primeros, hasta determinada altura del segundo, y finalmente cifrar la cronología de la creacion, de modo que cada una de las obras de Dios resulte reparada como cada uno de los versículos de la narracion sagrada, por millones de siglos, sin que la Biblia presente la más insignificante reclamacion, guardando para sí, la eterna gloria de una narracion que la ciencia no puede destruir, y dejando á la ciencia la responsabilidad de todos los comentarios indignos de la gravedad de dicha narracion.

Por lo demás y para concluir, consignemos la siguiente solucion perentoria, por la cual debíamos acaso haber empezado. Existe una interpretacion de los seis dias llamada ideal, en virtud de la

(1) *Geschiste dei schopfgum*, p. 313.

cual la narracion genesíaca tendria únicamente una importancia dogmática, cuyo límite hemos procurado fijar, y que no impondria opinion alguna cronológica, ni sobre la duracion, ni sobre el órden serial de las creaciones. Es decir, que segun ella, las creaciones hexaméricas serian hechos ciertos; la determinacion de su sucesion, seria mero objeto de especulacion científica. Dios realiza sus obras y el hombre las clasifica; pero Dios trabaja sin contar ni los dias ni los siglos, porque los dias y los siglos no se cuentan, ni nada significan con relacion á su eternidad. La paleontología podrá, pues, practicarse, sin traba ni cortapisa, desde lo más profundo á lo más elevado de la corteza terrestre: cuando la fé ha entonado su *Credo* al divino Creador sobre las regiones de la tierra, tiene muy buen cuidado de remontar su vuelo, y en lugar de sepultarse en las obscuras catacumbas de este mundo, prefiere lanzarse en pos del innumerable ejército de los mundos que brillan sobre las alturas del espacio.

No ignoramos, que no obstante refutar las objeciones de la ciencia, es imposible contestar todas sus preguntas: mas no debe por ello mostrarse satisfecha, puesto que nosotros podríamos hacer otro tanto respecto de ella. Por consiguiente, que no nos pregunte por qué razon hubo organismos petrificados y creaciones destruidas antes de que el hombre pudiera gozar de ellas. ¿Proporcionóse Dios espectadores dignos de la belleza de su obra durante las primeras manifestaciones de su poder creador? Lo ignoro; mas, como quiera que sea, concedamos á su sabiduría el honor de las presunciones favorables. Cuando en los acontecimientos históricos se ofrecen momentos de obscuridad durante los cuales la Providencia se eclipsa; tempestades tremendas que mientras duran impiden reconocer, ó por lo ménos dan pié para que se imaginara aletargado el Supremo Ordenador, reconócese al cabo en el conjunto la direccion divina, no obstante ocultarse en ciertos detalles. Para resolver todos los problemas históricos, bastaria con conocer á fondo toda la filosofía de la historia; pues bien, otro tanto acontece con los hechos que se refieren á la crónica de las rocas estratificadas: para apreciarla debidamente, seria indispensable ver la cadena de un extremo á otro: la geología y la paleontología, que por algunos de sus fragmentos á primera vista parecen acusar á Dios, son una justificacion sublime de la divinidad en la unidad armoniosa de su plan. Los hombres de génio que lleguen á dominar este hecho científico, serán adoradores arrebatados.

No debe sorprendernos, dice Agassiz, que nos sean desconocidas las intenciones del Creador en el cosmos primitivo; puesto que no comprendemos el por qué de lo que vemos. ¿A qué viene la brillante magnificencia de la vegetacion tropical y la variedad de esos animales errantes en los bosques vírgenes, que viven y mueren sin

que haya podido contemplarlos la mirada del hombre? ¿A qué vienen esas innumerables estrellas que nuestra raza no logró contemplar con anterioridad á la invencion del telescopio, sin contar las que no obstante dicha invencion, ni ahora ni nunca podrán ser contempladas? ¿A qué vienen esas generaciones microscópicas que producen millones de séres en un cubo de agua de algunos centímetros, y en una hoya insignificante, mayor número de infusorios que habitantes cuenta la Europa entera; poblacion inmensa que nuestros antecesores no conocieron, y que son contados aquellos de nuestros contemporáneos que pueden darse la satisfaccion de contemplar? Responded á estas preguntas, y entonces os diré para lo que han servido la fauna y la flora que brotan hoy de la tierra en restos petrificados. Así como las hojas caen del árbol y perecen, sin haber llegado á estado perfecto de desarrollo y madurez muchas flores y muchos frutos, sin que por esto hayan dejado de llenar su fin providencial; de la propia suerte nacieron y murieron numerosas generaciones vegetales y animales, sobre cuyo destino vela la Divinidad, siquiera no les haya proporcionado espectadores de nosotros conocidos. ¡Inconsecuencia del hombre! Tan pronto no se reconoce con grandeza suficiente para que el mundo haya sido creado para él, como se subleva contra las bellezas del mundo en cuanto se apercibe de que no le están exclusivamente destinadas!

Repitámoslo otra vez, cuanto mejor penetre el hombre el plan general del Creador, mejor comprenderá su sábia economía. Si el dia de nuestras formaciones hulleras, presenciando el espectáculo un libre pensador hubiese preguntado á Dios, por qué sepultaba tan espléndida vegetacion en abismos de lodo, Dios habria podido contestarle: con el objeto de constituir depósitos de combustible en los cuales tu posteridad pueda proporcionarse calor para sus inviernos, vapor para sus viajes, motores para sus máquinas, uno de los agentes más poderosos para su civilizacion. Y ¿quién será osado á dirijir á Dios un cargo por haber empleado innumerables infusorios en la formacion de los ópalos y de las piedras para bruñir; por haber compuesto con las conchas de los rios y los moluscos del mar, los mármoles de nuestros templos y de nuestros palacios; con diversas especies de pólipos, la cal que empleamos en nuestras construcciones? Quizás nunca muestra mejor su soberanía el Señor de todas las cosas, que cuando de tal modo hace salir lo útil de lo inútil, lo nuevo y lo imperecedero de los despojos de la muerte.

CAPÍTULO XII.

La fé y la antropología transformista ó el orígen del hombre.

La ciencia de los fósiles completa la de las especies sepultadas en las capas fosilíferas y por consiguiente la historia zoológica de los primeros dias. Mas en una época posterior á los períodos paleontológicos, fué creado un sér cuyos restos fósiles, dado que existan, son raros; que, por lo mismo que es el primero en órden de dignidad, fué el último en venir á la tierra; sér al cual se halla subordinado el resto de la obra de Dios, como lo está el palacio con cuanto contiene, á aquel que debe habitarlo. Nos referimos al hombre. Como es la obra principal de la omnipotencia creadora, ninguna como ella ha sido más disputada á Dios por la ciencia negativa. Mas Dios revindica su obra maestra con acentos, contra los cuales no puede prevalecer sutileza alguna. Llegado el dia sexto, y habiendo Dios suscitado los animales terrestres segun su especie, dijo: *Hagamos el hombre á nuestra imágen y semejanza, que domine á los peces del mar y á las aves del cielo y á toda la tierra.* Y cuando el hombre hubo entrado en posesion de este vasto reino, solamente entónces *los cielos, la tierra y su ornamentacion, estuvieron realizados* (1).

Contra este dógma colocado en la cima de la creacion, como rasgo de union sublime entre lo creado y el Creador, la ciencia ha levantado cuatro antagonismos procedentes del *orígen*, de la *constitucion*, de la *unidad* y de la *antiguedad* del linage humano.

El primero saca sus consecuencias de la teoría de Lamark y de Darwin relativas á la transformacion de las especies. Dado un protoorganismo, hace salir de él todos los animales, mediante el desenvolvimiento contínuo de la seleccion natural. «Segun este sistema dice Cárlos Vogt, el hombre no es una criatura separada, sinó que emana del grupo de los mamíferos más próximos á él por la organi-

---

(1) *Gén.*, c. 1 y 2.

zacion, los monos; y el Creador personal con su intervencion alternativa en los cambios progresivos de la creacion orgánica, y en particular en la produccion de nuestra especie, queda despedido.»

El segundo de estos antagonismos consiste en hacer del hombre un animal, no solo en su nacimiento, sinó tambien en su constitucion, por consiguiente, en establecer su estrecho parentesco con el gorilla, el chimpanzé y otros ascendientes, bajo el doble punto de vista de la estructura anatómica y las semejanzas morales, justificando por tal medio la conclusion que formula diciendo, que ni fué provisto de un alma particular, ni formado de un soplo divino.

El tercero, despues de haber afirmado que el hombre proviene del mono, niega la unidad de orígen del europeo y del negro. Hace más áun: admite transmutaciones capaces de cambiar el vegetal en animal, bien que sin admitir las modificaciones capaces de hacer pasar el tipo humano del color blanco al color amarillo. Fundado en esto se levanta contra el dógma de la descendencia de todos nuestros semejantes de una sola pareja; rechaza la paternidad adámica, y convierte las *razas* humanas en otras tantas *especies* con progenitores distintos, con troncos diferentes, y con pátrias originales á veces muy distantes unas de otras.

El cuarto procura establecer por medio de suposiciones poco fundadas, lo contrario de este aserto: «La historia sagrada y la geología nos prueban hasta la evidencia que el hombre es en la tierra una criatura reciente (1).» En tanto que, segun la interpretacion ordinaria, la Biblia estima en unos 6,000 años próximamente, la antigüedad del género humano, esta negacion calcula que descendiendo el hombre de los antropoideos, ha debido emplear por lo ménos cien mil años para convertirse de orangutan en ciudadano de París. A este argumento añade Lyell, que áun cuando no hubiesen sido necesarios tantos años para el desarrollo orgánico de nuestra especie, se habrian necesitado para su elevada civilizacion; porque hay una distancia inconmensurable, de tiempo como de perfeccion, entre las impotencias que caracterizan el estado salvaje y las maravillas de Babilonia ó de Memfis. Finalmente, los instrumentos y los restos de la actividad humana hallados sea en las cavernas óseas, sea en las ruinas de las ciudades lacustres, atestiguan que la aparicion del género humano en la tierra, se pierde en los tiempos oscuros que preceden á la época histórica, bajo un horizonte cuyos límites es imposible demarcar. Por cuyos motivos la ciencia se considera autorizada para sacar de los anales antropológicos, datos para desmentir la revelacion.

Ahora bien: trátase aquí de distinguir lo verdadero de lo falso, lo real de lo imaginario, en un asunto en el cual la imaginacion ha

---

(1) Houbard, *Geologia*, t. I p. 282.

trabajado tanto por lo ménos como la ciencia, con la circunstancia de que hasta los mismos sábios han sacrificado muchas veces la ciencia á la imaginacion. Despojemos pues el asunto de las arideces tecnológicas de que la han rodeado los especialistas, y de las hipótesis gratuitas de que la han sobrecargado los novelistas de la historia natural, y sepamos si la antropología encierra alguna verdad opuesta á la fé relativamente á estos cuatro puntos: el *orígen*, la *constitucion*, la *unidad*, la *edad aproximada* de la especie humana.

I.

Hasta ahora únicamente hemos estudiado el mundo primitivo, ó los períodos de la historia de la tierra que han precedido á la creacion del hombre. Al presente nos hallamos colocados en una capa más elevada. Hállase esta formada por aglomeraciones diluviales resultantes de una inundacion universal, muy anterior á la de Noé, que cierra la era paleontológica bajo un postrer sedimento llamado *diluvium*. ¿De qué manera ha hecho el hombre su aparicion sobre este teatro? La Biblia y la verdadera ciencia dicen: mediante una formacion instantánea; la antropología materialista dice: por una série de transformaciones ascensionales que, partiendo de la mónada, terminaron en Adan, gracias á evoluciones cuyo número y duracion son igualmente incalculables. ¿Qué debe pensarse de esta ingeniosa quimera segun el buen sentido de la ciencia y de la fé? Ambas las rechazan con desdén.

Yo bien sé que Philippo de Philippi, hacia ingénuamente marchar al par en su símbolo, la fé en transformacion de las especies y la fé en la revelacion; que M. Langel ha escrito: «La ley que amasa eternamente los elementos de la vida, puede ser el ministro de un pensamiento divino»; que M. Janet ve «en la eleccion natural guiada por una voluntad previsora y dirigida á un fin determinado por leyes intencionales, una economía conciliable con el espiritualismo;» que M. Alberto Gaudry, finalmente, ha exclamado al terminar uno de sus estudios: «¿Por qué razon el grande artista no habrá hecho obras maestras sucesivas recomponiendo la misma arcilla, en vez de servirse continuamente de arcilla distinta?» No pasan estos de esfuerzos poderosos de conciliacion, cristianamente inaceptables. El traductor aleman de Darwin, Broun, tiene pues razon de sobras al decir que «siquiera para el primer sér organizado, será siempre necesario recurrir al poder de un Creador personal, y que siendo así, poco importa que el primer acto creador se haya extendido únicamente á una sola especie, ó haya abarcado cien mil.» Fuerza es añadir sin embargo, que si semejante resultado basta para

satisfacer al deista, que de sus concesiones sólo le interesa sacar á salvo la nocion de un Dios autor del universo, no basta en manera alguna para nosotros, que además debemos dejar justificada la verdad que se encierra en la narracion bíblica.

Ahora bien: ¿es realmente cierto que todas las especies de plantas y animales, incluso el hombre, pueden referirse á una sola forma primitiva, sin inconveniente para la revelacion genesíaca? ¿Es realmente cierto que cuando Dios dice: *Que la tierra produzca verdura y las yerbas lleven sus semillas y los árboles sus frutos*, el texto sagrado exprese solamente que la verdura, las yerbas y los árboles son criaturas de Dios, y no que á su voz la tierra se ha cubierto simultáneamente de diversas especies vegetales? ¿Es realmente cierto que cuando el Creador añade, *que la tierra produzca los animales*, esto quiere decir que suscita el invisible arador, destinado á convertirse, por la fuerza intrínseca de desarrollo, en hipopótamo ó en elefante, y no que al par anima una poblacion compuesta de los principales tipos zoológicos? ¿Es realmente cierto que cuando pronuncia estas magníficas palabras: *Hagamos el hombre á nuestra imágen*, elige un mono para elevarlo á la dignidad del hombre, y no que amase un pedazo de barro que ha de palpitar á impulsos de una nueva vida inspirada por el soplo de la vida de la divinidad? ¿Es realmente cierto que las opiniones de Darwin sean inofensivas, como de ello se alaba su autor, con relacion á las convicciones religiosas del mundo cristiano? Para creerlo así, se necesita más optimismo que perspicacia, y acaso haya más prudencia que franqueza en esta manifestacion hecha por el naturalista al consignarla.

Por lo que á nosotros toca, repugna á nuestra conciencia el suscribir á semejante compromiso, no sólo porque segun todas nuestras tradiciones exegéticas el acto creador pobló las aguas, los continentes y el aire de organismos completamente formados, sinó tambien porque la teoría darwiniana no merece que ante ella se inclinen los textos sagrados. Cierto que las clasificaciones del hexameron, en materia de historia natural, carecen de importancia científica, y que la Biblia no se ha propuesto agrupamiento alguno metódico, de los reinos de la naturaleza: ¿qué necesidad tenia Moisés de empeñarse en esas divisiones del imperio orgánico é inorgánico, con harta frecuencia sobradamente artificiales, cuyos contornos modifica cada sábio á medida de su antojo? Mas, como quiera que sea, no puede desconocerse que la Biblia afirma en términos positivos, que Dios creó los animales segun sus *especies*. Ahora bien: en los cuadros botánicos y zoológicos las especies son la base ménos convencional; por consiguiente, importa dejar establecido que el Creador las evocó separadamente en lugar de hacerlas nacer las unas de las otras; y por consiguiente, que el hombre procede directamente de Dios, sin haber pasado por los antropóideos.

La nocion de la especie hállase fundada en dos caractéres prominentes de los individuos del mismo género, la semejanza y la filiacion. Por esto Laurent de Jussieu la define: una sucesion de individuos enteramente semejantes, perpetuada por medio de la generacion: Buffon, una sucesion constante de individuos semejantes, que se reproducen: y Blainville, el individuo repetido en el tiempo y en el espacio. Mas, de individuos de una misma especie, nacen á veces descendientes que reunen al par la semejanza típica tomada de los padres, y rasgos que les son propios. Esos descendientes que conservan la fijeza de la especie en sus caractéres fundamentales, representan y prueban la variabilidad bajo ciertas relaciones secundarias, y cuando tales variedades se perpetúan por la generacion, constituyen ese grupo relativamente inferior, esta sub-especie, si así podemos decirlo, que se distingue con el nombre de raza. Así se explica que de un par específico de palomas hayan resultado hasta hoy más de ciento cincuenta razas de palomos distintos, y que de un sólo par primitivo de la especie canina, por medio de multiplicados cruzamientos, se haya ramificado hasta formar un considerable número de razas.

Establecida esta distincion fundamental entre la especie y la raza, tenemos un dato apologético de capital importancia. Entre individuos de razas distintas, bien que pertenecientes á la misma especie, las uniones son siempre fáciles y fecundas: entre individuos de especies diferentes, por más vecinas que sean, la inmensísima mayoría de los matrimonios resulta estéril. Cuando es posible el cruzamiento, la fecundidad disminuye ordinariamente en una medida extraordinaria; de suerte, que los productos híbridos resultantes, al cabo de breve tiempo se extinguen por infecundidad ó bien se desvanecen volviendo á uno de los dos tipos primitivos. Ejemplo: los dogos, los zarceros, los lebreles, y otras razas caninas, no obstante la gran variedad de sus formas, pertenecen todos á la misma especie, puesto que pueden tener una posteridad de fecundidad permanente: en cambio, el caballo y el asno, tan próximos por sus caractéres morfológicos, no pertenecen á la misma especie, puesto que si llegan á juntarse, sus productos son estériles pasadas algunas generaciones. En otros términos, el mestizaje ó cruzamiento de razas, bajo las múltiples influencias del medio ó de la domesticacion, produce variedades innumerables y perpétuas, al paso que la hibridacion ó cruzamiento de las especies, altera ó agota sus facultades reproductivas, inmediatamente ó al cabo de breve tiempo. La conclusion de tales premisas es óbvia: Luego el transformismo darwiniano cae por su base, porque las especies son inmutables, puesto que son impropias para multiplicarse recíprocamente, y si son inmutables, la especie humana no puede proceder de una especie inferior á ella misma en la série animal.

Y no se nos venga, para eludir esta conclusion, con alegacio-

nes de hechos apócrifos de fecundacion contínua entre los híbridos. Estas escepciones de la gran ley que acabamos de establecer, no existen auténticamente, ni en el reino animal ni en el reino vegetal. Dios ha puesto un cuidado exquisito en establecer una barrera insuperable entre las especies, á fin de que el hombre, mezclándolas, no pueda disputarle la gloria de haberlas creado. Y sobre todo, que no se me diga que en las edades zoológicas la propagacion de las especies ha debido seguir un órden diferente de aquel que hoy dia contemplamos, puesto que nada autoriza para hacer cambiar de esta suerte las leyes del mundo orgánico, con el objeto de justificar la pretendida variabilidad de las especies. Por consiguiente, son hoy lo que han sido siempre en sus propiedades esenciales. «Las revoluciones del globo, dice M. Godron, no han podido alterar los tipos originariamente creados. Las especies han conservado su estabilidad, mientras nuevas condiciones no han hecho imposible su existencia: en este caso han perecido, pero no se han modificado.»

Tal es la doctrina general, á despecho de lo que pudiera llamarse la ciencia de partido. Para sostener que la materia por sí sola engendra la vida, y que el tiempo la perfecciona, de manera que los primeros séres expontáneamente nacidos del cáos, se han modificado multiplicándose hasta el punto de poblar el universo con todas las formas biológicas actuales, es indispensable tener en ello un interés de pasion ó de sistema. Las ideas naturales del hombre no se encaminan á tales conclusiones, las exigencias de la teoría preconcebida son las únicas que á ello le pueden conducir.

Al testimonio precedente, en favor de la inmutabilidad de las especies, la historia añade el suyo. Los hypogeos egipcios nos suministran datos interesantísimos, sobre la vegetacion de esas épocas remotas. «Hánse encontrado en ellos numerosos vegetales que crecen áun en las cercanías, y la comparacion entre los ejemplares recogidos en esos antiguos sepulcros y las plantas vivas, ha demostrado que no solo las especies propiamente dichas, sino tambien ciertas razas, continúan sin haber variado lo más mínimo desde el tiempo de los faraones. Esta identidad de carácter ha sido demostrada igualmente de una manera asaz singular en el caso siguiente. El viajero Keninken habia traido del alto Egipto panes hallados en los sepulcros, que se confeccionaron en época remotísima: dichos panes fueron enviados al célebre botánico Roberto Brown, que reconoció y sacó de la masa glumos ó fragmentos de cebada completamente intactos. Estudiándolos detenidamente, observó en la base de los mismos un rudimento de órgano que no se habia descrito en la cebada de nuestros campos, y quizás imaginó por un instante tener ante sus ojos una prueba de variacion en esas cubiertas florales; pero un exámen más detenido de nuestras cebadas le hizo ver el mismo órgano rudimentario. El estudio atento de ese

resto de una planta molida hace cinco ó seis mil años, ha revelado pues la existencia de un rasgo harto insignificante para haber escapado al lente de muchos botánicos, y que ha subsistido sin la menor alteracion durante tan larga série de siglos (1).»

Otro argumento deducido de las especies vegetales actualmente vivientes. «La edad de los árboles dicotilodoneos, se reconoce por el número de capas concéntricas que constituyen su tronco. Segun los cálculos fundados en esta observacion, existe en Foullebec un tejo, cuya circunferencia acusa una antigüedad de mil doscientos años; encuéntrase otro en Fortingall, Escocia, que remonta á tres mil años. Adamson ha estudiado en Cabo Verde un boaboap de veintidos metros de circuferencia, que por lo ménos debe haber vivido cinco mil años; Golbery ha medido otro que señala una edad más avanzada todavía. Finalmente, en California se ha descubierto recientemente una especie de pino colosal que á veces alcanza hasta 100 metros de elevacion, y habiéndose contado las capas concéntricas de su inmenso tronco, se ha visto que pasaban de seis mil, lo cual supone un orígen contemporáneo de las primeras dinastías egipcias. Indudablemente durante este dilatado transcurso de siglos, han tenido estos veteranos de la flora actual, todas las ventajas requiridas por Darwin para componer y engendrar una nueva especie; pero los hechos vienen á desmentir la teoria del naturalista, y escepcion hecha de las dimensiones, esos gigantes de una vegetacion casi tan antigua como la aparicion del hombre sobre la tierra, ofrecen los mismos rasgos de identidad que los árboles más tiernos de la propia especie que los rodean. Lo cual significa que durante sesenta siglos, las leyes que presiden á la formacion de las especies, no han permitido la transformacion.

A estos ejemplos tomados de nuestro período geológico, podemos añadir una prueba deducida de fenómenos anteriores. Removiendo las arenas del *diluvium*, hánse encontrado granos pertenecientes á la vegetacion del mundo primitivo, y que han permanecido sepultados durante un número de siglos superior al que nos separa de la civilizacion egipcia. Dichos granos no habian perdido sus propiedades germinativas, y en consecuencia han producido plantas, y los indivíduos procedentes de esa sementera fortuita, son enteramente iguales á los que nacen de los granos más recientes. No puede negarse que entre los unos y los otros han transcurrido innumerables siglos, y removido la tierra repetidas catástrofes geológicas. La *seleccion* y la *lucha por la vida* han tenido todo el tiempo necesario para llevar á cabo sus milagros de transmutacion; mas ello no obstante el *Galium anglicum* encontrado en simiente en las cercanías de Dile, ha resucitado de los bancos del *diluvium* completamente igual al de nuestros dias.

---

(1) Dé Quatrefages, *Unidad de la especie humana.*

Los animales presentan la misma inmutabilidad específica que los vegetales. Remontémonos de nuevo á los hypogeos egipcios. Sus pinturas de una época tan remota y de un dibujo tan elemental, representan especies y razas animales que fácilmente pueden reconocerse por su semejanza con los tipos actuales. Los mismos hipogeos sin perder cosa alguna de su carácter sepulcral, semejan aveces gabinetes de historia natural, en los cuales se hallan admirablemente conservados los representantes de la fauna del tiempo de los Faraones. Pues bien, de estas colecciones reunidas en las necrópolis de Tebas, resulta, segun sienta Lacepede, que los animales de aquellos tiempos son completamente iguales á los de nuestros dias.

Todavía podemos ir más léjos. Merced á la resistencia que ofrecen sus esqueletos ó sus conchas, los animales han dejado en los terrenos cuaternarios, restos ó vestigios fáciles de estudiar. Las cavernas óseas, así como las arenas y los aluviones han conservado un buen número de especies antidiluvianas que la paleontología compara á la de nuestros dias. ¿Qué conclusion podemos establecer en vista de lo expuesto? Que si por consecuencia de revoluciones geológicas han desaparecido algunas especies, y otras han emigrado en virtud de vicisitudes atmosféricas, las que realmente subsisten, son iguales á las que existian en la era pre histórica, sin que hayan experimentado la modificacion más insignificante, ni en virtud del tiempo ni de los cataclismos terrestres.

Finalmente, la historia de los animales inferiores, confirma igualmente la invariabilidad de las especies. M. Agassiz se vale, entre otros muchos que pudiera aducir, del siguiente ejemplo en apoyo de semejante aserto. Ciertos zoófitos de los mares tropicales viven en familias innumerables, sobre puntos determinados, y sus generaciones sucesivas van superponiéndose incesantemente, acabando por constituir islas y verdaderos archipiélagos. M. Agassiz ha podido contar los siglos que se necesitan para la formacion de cuatro arrecifes de coral que encontró en la punta extrema meridional de la Florida, y que evalua en ochenta, en decir ocho mil años. Hay más áun: la misma Florida en una extension de dos grados de latitud, le ha parecido hallarse completamente formada de esos polipos calcáreos producidos por el mismo amontonamiento, y soldados entre sí por una accion lenta cuya duracion estima en cien mil años. Pues bien, las rocas de esta tierra y las masas de esos arrecifes de orígen animal, ofrecen al observador mariscos idénticos á los que se pescan vivos en los mares vecinos, de manera que los moluscos y los zoófitos del golfo mejicano no ofrecen el menor rasgo de transformacion de dos mil siglos á esta parte.

¿Dirése acaso que antiguamente se pasaban las cosas de otro modo? ¿Cómo se sabe? Por nuestra parte hemos demostrado que los últimos trastornos que el globo ha experimentado no han cambiado

sus leyes en lo más mínimo, ¿por qué han de haberlas modificado los primeros? Cuando Darwin atribuye al mundo una antigüedad inconmensurable, y explica los enigmas de la creacion actual por medio de las obscuridades de las creaciones precedentes, léjos de disminuir las tinieblas las aumenta: procura escapar á las explicaciones refugiándose en lo desconocido, y finalmente se comprende que léjos de resultar de su sistema, la ilimitada antigüedad del universo, adjudica al universo esa antigüedad ilimitada á fin de salvar su sistema. Acaso el espíritu humano jamás ha abusado tanto como en ese libro (1) del expediente poco demostrativo «presumo que... hay motivos para pensar que... es muy posible que...» ¡Cuantos absurdos podrian acreditarse bajo la proteccion de esta fórmula! No cabe dudar que es posible la existencia en la luna de un país que se llama Francia, y de montañas que llevan el nombre de Alpes, y de un hemisferio apellidado América: es posible tambien que semejante prodigio se repita en todos los planetas; mas áun cuando sea posible, nada tiene de probable; y levantar sistemas destinados á hacer que prevalezca semejante probabilidad, equivale á endosar á la ciencia los más indignos juegos de espíritu (2).

Por consiguiente las extinguidas especies de los reinos animal y vegetal, no constituyen en manera alguna el tronco materno de las especies actuales, y entre las unas y las otras jamás se han descubierto las modificaciones progresivas que deberian enlazarlas si realmente derivaran de un comun prototipo: prueba palmaria de que la transformacion de las especies, científicamente considerada, debe relegarse á la categoría de las hipótesis, en tanto que la doctrina de su fijeza permanece inquebrantable.

Eliminada la realidad de la transformacion de las especies, ¿qué resta de las teorías de Darwin y de Lamark? Nada más que un edificio sin cimientos. Demostrado el error, parece excusado discutir las pruebas, puesto que las pruebas de lo falso es imposible que sean verdaderas; con todo, con el objeto de poner más de relieve una verdad tan importante como la de nuestro orígen, no estará demás derribar el edificio contra el mismo levantado, sinó tambien las piedras que lo constituyen.

El hecho que ha servido de punto de partida al sistema de Darwin es de un órden tan vulgar, que á primera vista es imposible reconocer todo su alcance. El mejoramiento de los animales constituye una industria que tiene sus reglas y sus métodos: de estos es sin duda alguna el más importante el llamado de *seleccion* ó *elec-*

---

(1) *Origen de las especies.*

(2) Véase M. de Quatrefages. *Unidad de la especie humana*. Seguimos al pié de la letra á dcho autor.

cion. Véamos en que consiste. Cuando un ganadero quiere obtener el mejoramiento de una raza en determinado sentido, elige para reproductores á los indivíduos más notables bajo el punto de vista de la cualidad que apetece: si es la gordura, los más gordos; si la talla, los más altos; si la ligereza, los más ágiles y esbeltos. Los productos resultantes de esta primera eleccion poseerán las cualidades de sus padres en mayor grado, puesto que los caractéres individuales se transmiten y acumulan por la herencia. Si se opera con estos productos del mismo modo que se ha hecho con los primeros indivíduos, la cualidad apetecida irá incesantemente en aumento y al cabo de muchas generaciones, se habrán obtenido esas hermosas razas, todas de creacion humana, que constituyen el encanto de nuestras exposiciones y concursos agrícolas.

Lo que por medio del arte realiza el hombre; ¿por qué no lo ha de hacer expontáneamente la naturaleza por medio de una seleccion inconsciente, llevada á cabo por la infinita duracion y la infinita variedad de las cosas? De esta suerte, ¿por qué razon los caracteres individuales, resultado primero de ciertos accidentes, no han de haberse transmitido y acrecentado por via de herencia? Finalmente, ¿por qué razon esas transmisiones hereditarias, en un momento determinado, no han de haber forzado la barrera que separa las especies, para impulsarlas hácia adelante, elevándolas en la escala de la animalidad?

Admitamos además con M. Darwin un segundo principio, sin el cual el primero no podria dar de sí, todo lo que contiene: el principio de la *concurrencia vital*. Hé aquí, en que consiste: Todos los séres de la creacion se disputan el alimento; todos luchan para subsistir. Ahora bien: para un número determinado de animales existe únicamente cierta cantidad de subsistencias. No es posible el que todos puedan igualmente conservarse: en esta batalla por la vida, los débiles sucumben necesariamente, y sólo los fuertes resisten y establecen el nivel entre la poblacion y las subsistencias! En resúmen: la ley de Malthus trasladada de la economía política á la historia natural.

Mas dada esta ley, los indivíduos debidamente armados para la concurrencia vital, resultan los propagadores de su especie. Cuando hayan adquirido los caractéres más ó ménos ventajosos, los legarán por generacion, y en cuanto se hayan establecido y perfeccionado esos caractéres en sus descendientes, merced á una seleccion ciega y frecuentemente repetida de la naturaleza, existirá en la especie una variedad que será superior en mucho, y sólo habrá menester influencias ambientes favorables, para lanzarse á un grado superior de la série animal (1).

(1) Véase M. Paul Janet. *Materialismo contemporáneo.*

Tal es el procedimiento en virtud del cual los monos se han trocado en hombres, despojando la objecion de todos los detalles tecnológicos, que podrian obscurecerla y de todas las amplificaciones que las podrian complicar! Yo me guardaré muy bien de desconocer el talento y la ciencia que su autor ha puesto al servicio de esta tésis; mas por lo mismo que la tésis se halla perfectamente expuesta, es indispensable poner de manifiesto las mistificaciones que encubre; las falsedades y peligros que encierra.

Imaginemos en primer lugar que la naturaleza haya practicado de una manera suficientemente contínua é inteligente, la seleccion empleada por los ganaderos más instruidos para rendir productos de primera cualidad. Acumúlense cuanto se quiera estas ventajas por medio de la herencia, y sólo se obtendrán razas y en manera alguna una especie nueva. El Creador no ha puesto en estas la energía indispensable para producir algo superior á ellas mismas. Seria este un salto, dice Leibnitz y la naturaleza no procede por salto: las especies varian en su propio seno; pero al propio tiempo se hallan circunscritas por fronteras invariables. Esto se explica cuando se recuerda lo que hemos dicho en órden á que no pueden comunicar su fecundidad á otras especies. En presencia del siguiente hecho, desvanécense todas las hipótesis de Darwin. Tómese un prototipo orgánico; rodeésele de todas las favorables circunstancias y proporciónensele todas las ventajas que los medios pueden ofrecer, y por más que se haga no se alcanzará que la acumulacion de fuerzas en un indivíduo haga del vegetal un animal; de los moluscos, vertebrados; de los peces, aves; y de los mamíferos, hombres.

No se me oculta que Darwin, con el objeto de dar cuenta del reino orgánico exige un número determinado de tipos primordiales; mas ¿que motivo hay para que las cuatro ramificaciones, en virtud de su mismo principio, no se refieran á un sólo tronco primitivo? A mas de que, ¿no existe la misma dificultad para hacer proceder por seleccion, por ejemplo, la especie caballar de la posteridad del carnero, que en trocar, como lo hace Du Maillet, las carpas en aves? Pongan manos á la obra esos naturalistas que pretenden transformar la creacion por medio de la domesticacion; reunan colecciones de monos tan numerosas como quieran, conságrenles los más minuciosos cuidados, prodíguenles las selecciones y los medios más propicios, y cuando á fuerza de variar y desarrollar las razas gimianas hayan logrado hacer nacer un hombre, nos convencerémos de que el Darwinismo es algo más que un esfuerzo poderoso del espíritu, destinado á disimular una antigua utopia.

Cierto que, segun Darwin, el hombre no desciende del mono; porque si descendiera, como aquel tiene sobre este grandes ventajas, habria vencido en la concurrencia vital, y por consiguiente absorvido y destruido. Nó, el mono y el hombre derivan de un mis-

mo tipo que se ha perdido y del cual son únicamente desviaciones divergentes. En una palabra, los monos no son nuestros abuelos, sinó nuestros primos hermanos. (1)

¡Singular genealogía la del género humano, segun la teoría transformista! ¡Saturno devoraba á sus propios hijos; la humanidad habria inmolado á sus progenitores, movida por el interés de suplantarlos! Despues de lo dicho, tómese en sério, si se puede, la piedad de los comentadores de Darwin. «Es solamente resultado de la preocupacion el que nuestros sentimientos se subleven al considerar que los brutos pertenecen al número de nuestros antepasados...» De esta suerte el hombre es el jefe legítimo de todas las criaturas. No obstante con cada una de ellas tiene un vínculo de parentesco. Además de la soberanía que tiene sobre ellas, la naturaleza le impone el deber de amarlas y protejerlas, la tan encomiada superioridad del hombre, no es superior á los méritos de la inmensa mayoría de los séres que le obedecen... (2). Conclusion: Vosotros que no diferís de los animales por la esencia, sinó por la gradacion, bimanos y bipedos, andadores y viviparos de la especie humana, no encerreis en jaulas á los monos que son vuestros parientes colaterales en primer grado; no toqueis á los reptiles, porque los monos descienden de ellos, y por consiguiente los reptiles son vuestros abuelos; por último y finalmente no comais ranas, porque las ranas tienen en su aparato locomotor una semejanza extraordinaria con la estructura del cuerpo humano. «La rana es el único animal, escepcion hecha del hombre, cuya pierna tiene pantorrilla.» (3)

Y en lo que concierne á los autores de vuestros dias, no los separeis de la concurrencia vital. Con tal que seais un instrumento de seleccion capaz de hacer subir de un sólo grado, en la escala biológica, la animalidad que representais, es bastante. Y ¿qué importa que hayais dado muerte á vuestros antepasados, si vuestros pequeñuelos resultan muy hermosos! Al llegar á este punto el naturalismo darwiniano conmovido ante el espectáculo de su belleza moral, hasta el extremo de verter lágrimas, exclama: «El que no reflexione juzgará visible la materia; pero el hombre verdaderamente piadoso hallará una enseñanza llena de interés en la consideracion de que todo cuanto vive se halla enlazado (4).» Así sea: que las ranas y los reptiles viertan lágrimas de ternura; pero que los padres de las especies destinadas á ser vencidas en la concurrencia vital, se pongan en guardia contra los seleccionistas de lo porvenir.

---

(1) P. Janet. *Idem*.
(2) C. Vogt.
(3) Idem.
(4) Idem.

La eleccion que no podria ser fecunda entre especies diversas, áun practicada artificialmente, ¿no es acaso moralmente imposible, cuando se espera de combinaciones inconscientes de la naturaleza? ¿Nunca conseguirá esta, gracias á la casualidad, lo que el hombre no puede obtener merced á una industria calculada? Para alcanzar su fin el ganadero elije dos factores provistos de las cualidades que pretende perfeccionar, y renueva la propia eleccion y el mismo ensayo sobre innumerables individuos, ántes de haber producido el múltiplo destinado á llevar por herencia la acumulacion de los caractéres deseados. Mas, fuera de la seleccion artificial, el macho dotado de esta ventaja, ¿tendrá la inteligencia indispensable para buscar la hembra semejante á él? Y los descendientes de estos padres, ¿renovarán el mismo prodigio de penetracion hasta la generacion centésima? Porque no debe olvidarse que la variedad se producirá entre dos factores semejantes á condicion de un encuentro nunca interrumpido. De lo contrario, desviándose á cada nueva cópula, la accion modificadora se debilitaria al dividirse, y la transformacion deseada jamás podria obtenerse.

No cabe dudar que en la especie humana se encuentran variedades provenientes de la eleccion: testigo de ello el tipo judío que subsiste casi inalterado en países tan distintos, porque los Israelitas se casan entre ellos; testigo la poblacion de una aldea cercana á Postdam, que ha quedado célebre por su elevada talla, porque desciende de altas y robustas aldeanas elegidas por el padre de Federico el Grande, para esposas de sus granaderos (1). Mas, admitir que la naturaleza, con el sólo apoyo de la concurrencia vital alcanzará el complicado fin de una seleccion permanente, es contar con coincidencias tan improbables como el agrupamiento de los átomos engarabitados. Por esto quizás, lo mismo los partidarios de la eternidad de los átomos, que los de la transformacion de las especies, exigen miriadas de siglos para el resultado de sus operaciones. No es extraño, esta hipótesis les dispensara de la prueba: hagamos notar, sin embargo, aun cuando para ello debamos repetir lo que hemos dicho, que su sistema no establece la antigüedad del mundo, sino que se valen de la antigüedad del mundo para establecer su sistema.

Por lo demás, ¿no se observa un defecto muy notable en las concesiones de Darwin respecto del particular? Puesto en presencia de los ejemplos que hemos aducido en apoyo de la identidad perseverante de las especies, la reconoce y hasta confiesa que la ley de la eleccion natural no ha llevado á cabo una sola transformacion con posterioridad al período glaciario. ¿Sabeis por qué? Porque para ello faltaba un accidente favorable que no ha tenido

(1) *Idem.*

lugar. ¡Qué inmensa brecha abierta á la contradiccion! Y en vano se hace fuerte Darwin detrás de esta comparacion paradojal: «¿Qué se pensaria de un hombre que negara el derrumbamiento del Mont-Blanc, porque la cadena de los Alpes no ha aumentado en treinta siglos?» porque esto no es un argumento, sinó un recurso de polémica. Solo existe un Mont-Blanc, y si la naturaleza no es tal que pueda cambiar de un dia para otro, en cambio existen millares de especies cuya naturaleza consiste en cambiar incesantemente. ¿De qué proviene, sin embargo, que se multipliquen sin cesar, sin haberse transformado jamás, sino de que una voluntad eterna las eterniza al par, en esta movilidad y en esta fijeza? Y para probar qué nuestras razas actuales son especies en via de formacion, recurrir al expediente de remitirnos á millones de siglos adelante, ó á millones de siglos atrás, porque la historia no ofrece un sólo testimonio de lo que se sostiene... convengamos que vale tanto como poner la ciencia bajo la proteccion de la fé más complaciente.

Pero vamos más allá áun del período glaciario. La ley de seleccion y sus efectos son tambien verificados y desmentidos hasta durante el curso indeterminable de las épocas geológicas. En dicha época jamás se encuentran, como seria menester para la justificacion del sistema, dos especies perfectamente distintas, enlazadas por los innumerables intermediarios que necesitaria la seleccion preludiando una transformacion lenta. El mismo Darwin escribe: «El descubrimiento en estado fósil, de una série semejante debidamente graduada de especímenes, no tiene la menor probabilidad.» Davidson, gracias á estudios de una sagacidad indubitable, ha podido reducir á un centenar, las doscientas sesenta especies de braquíopodos fósiles hasta entonces admitidas, y ha reducido á una sóla quince especies aisladas por sus predecesores. Valenciennes ha hecho, respecto de muchos de los moluscos vivientes, el trabajo realizado por Davidson sobre los braquíopodos fósiles: en una palabra, el progreso científico tiende por todas partes á agrupar un considerable número de variedades secundarias, en derredor de un número reducido de tipos específicos, y á demostrar las transiciones entre las razas, en tanto que subsisten los abismos entre las especies.

Es cierto que los séres organizados, considerados en conjunto, presentan una especie de progresion orgánica, de los más sencillos á los más complicados. Pero estas semejanzas demuestran que los organismos proceden de un mismo pensamiento creador, y no los unos de los otros; revelan que existe entre ellos el parentesco de un orígen comun, no el de la filiacion recíproca. Y para sostener lo contrario, no vale echar mano de la insuficiencia de los documentos geológicos. Es una desgracia para las ideas darwinianas, que todo cuanto nos queda del famoso *libro* deponga contra ellas, y que sus

pruebas subsistan únicamente en los volúmenes extraviados ó en las páginas perdidas. Por lo demás, consignemos con M. d' Archiac, que existen terrenos perfectamente estudiados de los cuales conocemos la casi totalidad de fósiles; añadamos con M. Pictet, que incesantemente se descubren nuevos y ricos depósitos. Ahora bien, si la doctrina de Darwin tiene fundamento, ¿no debe sorprendernos el que nuestros coleccionistas recojan únicamente ejemplares pertenecientes á las especies ya descritas, y que si las monografías paleozoológicas exhuman tipos desconocidos, sean apariciones bruscas, y no formas intermediarias, cuál seria menester para la justificacion de las teorías transformistas?

Por consiguiente, trácese si se quiere con la imaginacion, el árbol genealógico del reino animal, en el seno de ese vasto campo de la muerte que se llama la era paleontológica, por más que se haga, nunca se determinará de un modo seguro dónde está el tronco, y dónde las ramas de esta creacion quimérica, y puesto que el mismo M. Gaudry declara que el asno, el caballo, la zebra y la hemiona se parecen hasta tal punto, bajo la relacion del esqueleto, que seria imposible distinguirlos por los solos caractéres osteológicos; ¿qué debemos pensar de un sistema que se contenta con algunas formas de transicion, confusamente tomadas de especies diversas en las más remotas edades, para deducir de ello la mutabilidad de estas?

Puede decirse por último que la idea de Darwin es una concepcion sin cabeza ni piés. ¿Qué debemos pensar de la célula primordial, de lo infinitamente pequeño, vegetal ó animal, que fué como la universal matriz de los séres? Darwin se calla en la cuestion relativa al orígen de la vida. ¿Qué debe pensarse tambien de las futuras evoluciones de las especies? ¿Hasta cuando deberémos aguardar la aparicion de alguna generacion desconocida, el nacimiento de una humanidad perfeccionada? Darwin guarda respecto del particular el mismo silencio, de manera que su explicacion es una hipótesis suspendida sobre dos abismos, una quimera que gira al rededor de dos interrogaciones. Por esto despues de un instante durante el cual la razon humana ha permanecido presa de la fascinacion y de la duda, sepárase de aquella horrorizada, para abrazarse á Dios creador y conservador de las especies.

Por lo demás, segun el sistema fundado en la seleccion por la concurrencia vital, el mundo se halla subordinado á una sola ley la de la fuerza. Engendrar vigorosos reproductores: tal es el único fin de la creacion, hasta en la misma especie humana. Ahora bien, el hombre sacrifica tambien á la virtud, á la belleza, al amor, al deseo el ejercicio de sus facultades reproductoras, síguese de aquí, que el único sér capaz de realizar á sabiendas y perseverantemente la seleccion, emplea dicha ley contra ella misma, y que de toda la teoría sólo queda un juego de espíritu hábilmente dispuesto, pero nunca practicado y jamás practicable.

Una consideracion del órden más práctico, viene á coroborar las precedentes. Si los más poderosos selectores se buscasen instintivamente, los últimos múltiplos de la union transformista, que provienen de fuerzas durante más largo tiempo acumuladas, serian superiores á los primeros. Pues bien; esta ley ascensional no sólo no existe, sinó que hasta podria establecerse la ley opuesta. Lo mismo las tradiciones antiguas, que los nuevos descubrimientos, tienden á probar que los tipos específicos de otras épocas, eran superiores en talla y en longevidad á los de nuestros dias: cuanto más se acercan los séres, en el tiempo, á su primer antepasado, son tanto más florecientes: en cambio cuanto más distan de este factor, en el cual Dios amasó virtualmente la energía repartida más tarde entre toda una posteridad, tanto más se deterioran. Y si bien es verdad que los séres, al través del transcurso de los siglos, progresan bajo el punto de vista de la perfeccion de las formas, no lo es ménos que disminuyen en el concepto de la grandiosidad de las mismas: tanto es así que la leyenda de los antiguos gigantes queda justificada por los resultados de la investigacion, y la fuerza de los héroes de Homero, la estátua colosal de Carlomagno, y las armaduras de la Edad media nos enseñan que la naturaleza procede en sentido inverso del que ha imaginado la utopia darwinista.

¿Mas abandonaremos este terreno, sin hacer mencion, siquiera no sea más que para consignarlo, de otro sistema de transmutacion inventado por Lamark? En manera alguna. A las metamórfosis realizadas por la seleccion natural y la concurrencia vital, substituye este principios distintos de transformacion. Gracias á una generacion expontánea incesantemente resultante de las fuerzas físico-químicas, la naturaleza es á sus ojos un manantial perenne de organismos primarios cuyas formas elementales, en virtud de una progresion graduada, se elevan á todas las ramas biológicas desde el infusorio hasta la humanidad. Los agentes principales de este trabajo inmenso son el medio, la costumbre y la necesidad.

«Si fuese el medio el que modelando, doblegando el animal á sus influencias, le hiciera propio para vivir en el seno de dichas influencias, ¿habria motivo para sorprenderse del acuerdo existente entre los órganos y el medio? Tanto valdria admirarse de que un rio encontrase abierto el lecho por dónde debe discurrir, cuando precisamente es el rio el que se abre el lecho (1).» Efectivamente, en este caso no podria decirse que se dieron al ave alas para que volara, sinó que trocando el órden, deberia concluirse que vuelan porque tienen alas. De manera que la Providencia creadora resultaria reemplazada por las circunstancias ambientes que se llaman

(1) *Materialismo contemporáneo.*

aire, agua, accidentes meteorológicos; en una palabra, la causa final desvanecida por la soberanía vaga, impersonal, llamada medio.

No cabe dudar que las circunstancias exteriores obran sobre las modificaciones orgánicas; mas la accion más poderosa que respecto del particular haya podido observarse, la domesticacion, ¿ha creado acaso un solo órgano nuevo? Ciertos animales respiran por los pulmones, otros por las branquias, dos especies de aparatos perfectamente apropiados á los dos medios del aire y del agua. ¿Será menester decir que esos medios han producido el prodigio de este ajustamiento tan complexo de los medios con el fin? ¿Cuál es la causa exterior combinada para recibir la sangre de los órganos y enviarla de nuevo á los mismos? ¿Qué influencia plástica es la que ha obrado, para que todos los órganos se hayan enlazado formando un sistema completo, en el cual se correspondan todas sus partes? Finalmente, ¿cómo se explica el que la luz haya producido el órgano de la vision, este maravilloso instrumento de óptica en el cual veía Newton reflejarse con la imágen del mundo la mano de su autor, cuando escribia: «¿Es posible que no haya conocido las leyes de la óptica el que ha hecho el ojo?» Convengamos en que para reconocer en los medios esta accion modificadora, se necesita una gran dósis de complacencia. Y sin embargo, no se olvide, repetiremos, que los mismos naturalistas que conceden á los medios el poder de cambiarse en animal un arbusto, le niegan el que de la raza caucasiana haya podido nacer la raza mongólica. ¿No revela esto mucha credulidad respecto de lo increible, y mucho escepticismo relativamente á lo verosímil?

Embarazado Lamark en este punto, para sostener hasta el fin su primer principio de transformacion; obligado además á convenir en que la accion del medio, es con frecuencia perturbadora en el trabajo de las apropiaciones orgánicas, se pregunta si la vida, esta causa ciega, inconsciente, mecánica en ocasiones, no cuenta con otros medios para acomodar todas las partes del animal á sus usos respectivos, y se contesta. Dos nuevos agentes completan esta obra, la costumbre y la necesidad: esta produce los órganos, aquella los desarrolla y fortifica.

Consignemos desde luégo que la necesidad no podria orgánicamente engendrar más que lo útil: ahora bien, existe en la creacion una parte superior que no puede proceder de esta causa, me refiero á lo bello. Dios ha impreso un reflejo de su explendor sobre las diversas formas de la vida. ¿Cómo han adquirido su dorado plumaje el faisan y el pavo real? De seguro que no será bajo el imperio de la necesidad que de ello hayan sentido, puesto que visten sus colores sin saberlo. ¿De qué suerte ha venido á adquirir el zorro su pomposa cola, que léjos de favorecerle le estorba para la caza, y facilita á los que lo cazan el que puedan apoderarse de él? De seguro

que no es la necesidad la que le ha provisto de un apéndice que le incomoda tanto como le embellece.

Sí, en el organismo de los animales existe un elemento, que ménos todavía que lo bello, puede resultar de la necesidad: este elemento es lo incómodo. ¿Qué necesidad puede, por ejemplo, haber impuesto al palomo-volteador, su torpe vuelo interrumpido incesantemente por extravagantes movimientos? ¿Qué necesidad puede haber influido en la disposicion especial de la cola del palomo-pavo, que á causa de ello no puede volar contra viento, y huir por consiguiente de sus enemigos? Y ciertas palmipedas que nunca nadan, ¿en virtud de qué necesidad se hallan provistas de piés aplanados, y de la membrana interdigital que dificulta su marcha, en lugar de un pié de cinco dedos que la facilitaria? En cambio, ¿por qué razon la trompa presta tantos servicios al elefante, y no han logrado proveerse de ella, á fuerza de desearla, todos los cuadrúpedos que la han menester?

Es una verdadera irrision imaginar que la produccion de un nuevo órgano reconoce por causa un movimiento impreso á los fluidos del animal. ¿Cómo se las compondrán dichos fluidos para dirigirse del lado dónde la necesidad existe, haciendo brotar en consecuencia el órgano precisamente necesario para satisfacer una necesidad? Un dia, una tortuga experimenta la necesidad de volar á fin de sustraerse á la persecucion: ¿de qué manera la necesidad y el esfuerzo conseguiran que los miembros inferiores del animal tomen la forma de ala, de ese remo aéreo, tan delicadamente construido, que el género humano con todo su saber, jamás ha logrado imitar? Nosotros mismos, desde los tiempos de Ícaro, nos hemos dejado atormentar por el deseo de remontarnos por los aires, llegando al extremo de inventar los globos para hacernos la ilusion de que disfrutábamos de semejante ventaja. Ante el espectáculo de la inmensidad del Océano y de los astros del firmamento, nuestra alma experimenta la necesidad de lanzarse más allá; ¿en qué consiste que nuestras alas no hayan nacido todavía y que el movimiento de nuestros fluidos no nos anuncie, siquiera en un plazo lejano, el crecimiento de tan precioso aparato?

Es cierto que Lamark reconoce la dificultad de probar, por medio de la observacion, que la necesidad produce el órgano; pero cree que la verdad de semejante principio se deduce del siguiente: el órgano se desarrolla á consecuencia del hábito. ¡Estraña confusion de ideas! Es decir, que porque, dado un órgano, crece ó se desarrolla por el ejercicio, ha de deducirse que la necesidad puede producir este órgano que no existe! La produccion de un órgano que no existe, ¿puede parecerse en manera alguna al desenvolvimiento de un órgano que existe? Oigamos como la última palabra de la ciencia y del buen sentido, relativamente al punto de estas transformaciones, las reflexiones magistrales de Cuvier (1).»

---

(1) *Anatomía comparada.*

«Los naturalistas materiales en sus ideas, viendo que el mayor ó menor uso de un miembro aumenta ó disminuye su fuerza ó volúmen, han imaginado que el hábito y las influencias exteriores, durante mucho tiempo continuadas, han podido cambiar gradualmente los animales, hasta el punto de hacerlos llegar sucesivamente al estado en que vemos al presente á las diversas especies: idea acaso la más superficial y vana de cuantas hemos debido refutar. Gracias á ella, los cuerpos organizados vienen á considerarse, en cierto modo, como una pella de masa ó arcilla, susceptible de ser trabajada con los dedos. Por esto, en el instante mismo en que dichos autores han tratado de entrar en detalles, han caido en el ridículo. No falta quien dice con la mayor seriedad del mundo, que un pescado á fuerza de mantenerse fuera del agua, podria ver sus escamas recortarse y convertirse en plumas, trocándose él mismo en pájaro; y que un cuadrúpedo á fuerza de penetrar en caminos estrechos, es decir, de pasarse por una hilera, podria cambiarse en serpiente; todo lo cual sirve únicamente para revelar la ignorancia supina que en materia de anatomía tiene el que así se expresa.»

Sin afectar aquí el aire de vencedores, que no toma nunca la verdad que defendemos, nos juzgamos con derecho para decir: ¿Qué queda de la *filosofía zoológica* de Lamark, y del *origen de las especies* de Darwin? Dos actos de fé escesivos á las energías latentes de la materia, y esta moral inevitable: el hombre ha aparecido en la tierra únicamente por via de creacion, puesto que no puede ser el resultado de ninguna transformacion.

CAPITULO XIII.

La fé y la antropologia materialista, ó la constitucion del hombre.

¿Difiere el hombre esencialmente del animal? La repugnancia que experimento al hacerme esta pregunta, constituye acaso el mejor argumento en favor de la existencia de mi alma, puesto que es una verdadera protesta. Y no se crea que esto es orgullo, no, es un testimonio del sentimiento íntimo, que sofisma alguno podrá nunca destruir; apreciacion fatal, si así podemos decirlo, del hombre respecto de sí mismo, que no puede evitar, sin evitar su propio pensamiento. Resistir á la conciencia que nos impone este respeto á nuestra dignidad y á los remordimientos que acompañan semejante violacion, es una depravacion vergonzosa del valor y de la modestia. Jamás el libre pensador contemporáneo podrá librarse del estigma que ha impreso sobre su frente al ultrajar la naturaleza, lo mismo el dia en que se proclamó Dios, que aquel en que se glorificó de ser un bruto.

En rigor, el darwinismo no implica semejante abdicacion ni esta blasfemia. Dios podia elegir el momento en que el hombre empieza *á diferenciarse del mono*, para dotarle de un alma é imponerle las correspondientes responsabilidades. Con todo, nos sentimos satisfechos habiendo probado que el hombre no fué un animal por su orígen. Mas fácil nos será áun dejar establecido que no lo es por su constitucion.

Y téngase en cuenta que no se trata en este lugar de oponer consideraciones especulativas á objeciones de hecho; de tomar la cuestion desde un punto de vista elevado, con aquellos que afectan considerarla por el extremo opuesto; en fin, de substituir *á prioris* y fenómenos subjetivos á la ciencia experimental. Consideremos al hombre á la manera del naturalista, no como hacen los teólogos, y sepamos si entre el mono y él, media únicamente la distancia que existe entre dos diferentes grados de una misma escala y no la que separa á un reino de otro reino. La constitucion del hombre se ofrece á nuestra observacion bajo tres diferentes aspectos: bajo la

relacion del organismo y de la estructura anatómica; bajo la relacion de la inteligencia y de las obras maestras por ella producidas, y bajo la relacion de la moralidad, y de las virtudes de la misma resultantes. Pues bien: *física*, *intelectual* y *moralmente*, Dios ha establecido entre el hombre y los animales una distancia que estos no pueden en manera alguna salvar, de suerte, que con razon ha podido decirse: que el hombre, más bien que un animal perfeccionado, es un ángel comenzado.

La conclusion de este estudio puede formularse científicamente valiéndonos de los siguientes términos de un eminente naturalista. «El hombre es un animal, por consiguiente, ¿qué lugar le corresponde en nuestros cuadros zoológicos? Las contestaciones dadas á esta doble cuestion han sido numerosas y muy varias. El cuadro de las contradicciones del espíritu humano ofrécese en este punto completo: ni una sola casilla existe vacía... No tengo para qué discutir todas las opiniones, entre las cuales las hay por cierto bien estrañas: bastará con justificar la que he adoptado resueltamente hace ya algunos años, y que cuanto más lo considero, más fundada y verdadera me parece. En mi concepto, el hombre difiere del animal, tanto por lo ménos y por las mismas razones, como difiere este del vegetal: él sólo debe formar un reino, el reino *hominal* ó reino *humano*, y este reino hállase marcado tan perfectamente y con caractéres tan determinados, como los que separan unos de otros á los grupos primordiales que acabamos de enumerar (1).»

I.

¿Considerado en su estructura y en el juego de sus aparatos, ofrece el hombre fenómenos extraños al animal? La fisiología comparada reconoce hasta en los tipos inferiores los órganos esenciales del hombre, y una identidad casi absoluta de composicion anatómica. La micrografía ha puesto patentes notables semejanzas entre los elementos del organismo animal y los del organismo humano. La química ha confirmado dichas observaciones. Hasta la situacion vertical, el *os sublime* de Ovidio, no es honor exclusivo del reino humano; puesto que hay muchos pájaros que se sostienen naturalmente derechos, por ejemplo: los pingoninos, y cierta especie de patos domésticos. Si la estacion de la mayor parte de los mamíferos es horizontal, la de los monos antropomorfos es naturalmente oblícua; con frecuencia y expontáneamente toman una actitud que recuerda la del hombre y por consiguiente fundándose en los prece-

(1) Quatrefages, *Unidad de la especie humana; Recuerdos de un naturalista.*

dentes datos la paradoja concluye: luégo, del animal al hombre, sólo media la diferencia de más á ménos; pero nada esencialmente nuevo.

Este argumento exagerado tambien por la ciencia espiritualista, movida por el deseo de fijar los caractéres diferenciales del hombre fuera del organismo, jamás prevalecerá contra las conclusiones opuestas que brotan del exámen anatómico. Sí, el conjunto de la creacion zoológica, presenta una infinita variedad de formas, asociada á cierta identidad de fondo. Casi todos los organismos se hallan provistos de un aparato respiratorio, ó de pulmones; de un órgano para la circulacion ó de un corazon; de medios para la locomocion, es decir, de piernas ó de alas; finalmente, de huesos, tejidos, músculos, glandulas y nervios. Hay más áun: la composicion química de los cuerpos más diferentes, es por punto general una agregacion de los mismos elementos diferentemente combinados. Mas, ¿hay motivo suficiente para confundir las especies, porque tengan sus semejanzas fundamentales de conformacion? ¿de disputar al hombre la gloria de la posicion vertical, porque ciertos cuadrúpedos la tienen á la fuerza ó casualmente? ¿de poner por último al descendiente de Adan al nivel de la posteridad de los monos, porque su carne analizada deja en el fondo del alambique, los mismos resíduos, con corta diferencia, que la de los demás animales? En verdad que esto es abusar de la ciencia contra el sentido comun, y al decir de la ciencia, entiéndase que me refiero á la falseada por el sofisma y á la pervertida por el sistema.

Y sin embargo, véase hasta que extremo llegan Lamark y sus secuaces. Fundados en las semejanzas que dejamos expuestas, explican del modo siguiente el génesis del género humano. A consecuencia de un motivo cualquiera, una raza de monos renunció á la costumbre de encaramarse á los árboles, y de andar en cuatro piés; y habiendo perseverado en ello durante muchas generaciones, halláronse las manos posteriores convertidas en piés; en virtud del uso exclusivo que de ellas se hacia para la marcha:—consigna singular concebida y ejecutada por animales dominados por el deseo de convertirse en hombres.—Al cabo de poco tiempo, esos antropóideos, en via de progresion transformista, no hubieron menester sus mandíbulas para proporcionarse frutos ó pelearse, puesto que para tales menesteres podian contar con sus piés delanteros convertidos en manos, en tanto que sus manos posteriores se habian trocado en piés. Paulatinamente y bajo el imperio de la inaccion, su hocico se redujo y su rostro se hizo más vertical, hasta que avanzando todavía un paso más en el camino de la humanizacion, su mueca se convirtió en gracioso sonrís, y sus gritos confusos fueron sonidos articulados.

Despues de tan luminosas explicaciones, no es nuestra la culpa si no conseguís formaros idea exacta de la manera como pasó la

cosa. Deberíamos consignar en virtud de que juego de metamórfosis dicha raza perdió su cola, y los macacos del mundo primitivo dieron orígen á la Venus de Milo; de que modo los gritos de los habitantes de los bosques, se transformaron en la lengua de Homero y de Racnie; finalmente, en virtud de que milagro el chimpanzé alcanzó el génio de Bossuet y las virtudes de los santos: pero cuando se establece un sistema no puede preverse todo.

Hé ahí, pues, establecida la cuestion: no se trata de compararnos orgánicamente con los batracios ni con los delfines, sinó con los monos. Durante algun tiempo, al decir de la anatomía materialista, fué un sapo enorme cuyos vestigios fósiles semejantes á las manos, se descubren en el gres rojo moderno: más tarde fué el delfin, cuyo hemisferio encefálico se compone de tres lóbulos, á semejanza del nuestro, y presenta más repliegues y cavidades que el de cualquier otro animal. Como prueba irrecusable de este parentesco se añade que el delfin se goza en la sociedad del hombre, y entretiene á los navegantes jugueteando en derredor de los buques; no ha faltado mucho para que se adujeran tambien como prueba, los hombres salvados por los delfines, en los naufragios mitológicos de la antigüedad! Mas hoy los delfines y los batracios han quedado en el debate fuera de concurso, y los únicos antepasados que nos adjudica la ciencia sin preocupaciones, son las cuatro especies de monos honrados con el título de antropóideos: es decir, el gibbon, el orangutan del Asia oriental, el chimpancé y el gorila del Africa occidental. Coloquemos por un momento el organismo humano en frente de esas razas, cuyos rasgos nos repugnan más bien que se nos parecen, y veamos si aquel puede resultar de estas.

Nadie ha demostrado mejor la distancia que separa al hombre del animal más bien organizado, que Cárlos Vogt, conocido por algunos con el nombre de el ateo cínico. Tomamos esta descripcion de un apologista tan poco sospechoso, bien que prescindiendo de las bufonadas con que la sazona.

En primer lugar lo que distingue absolutamente al hombre del mono, es la posicion vertical que es una propiedad esencial de nuestra especie, en tanto que el mono sólo accidentalmente la ocupa, y esto cuando á ello se ha visto obligado por la educacion. Esta actitud le es tan poco fácil cuanto puede comprenderse desde el momento en que se considera que ha sido incluido por los naturalistas en el género de los *trepadores*, y por consiguiente separado del de los *andadores*, por una diferencia característica. Por lo demás, el privilegio de mirar á lo alto, constituye en nosotros otra grandeza; pues es el signo físico de esta facultad superior, que nos permite leer en los cielos, remontarnos por medio de la mirada sobre la creacion, conocer al autor de la misma, buscar sus leyes, y aplicar sus fuerzas todas en provecho propio. Puede muy bien asegurarse

que áun cuando la especie gimiana hubiese concebido su Newton, no habria podido educarlo, porque gracias á su marcha horizontal á la tierra, no habria distinguido el firmamento con la perfeccion necesaria para explicarlo debidamente.

Despues de lo dicho cojamos al hombre por la cabeza, y consideremos las dos mitades que la componen; el cráneo, y la cara. En el hombre, el cráneo tiene mayor desarrollo, que la cara: en el mono se verifica lo contrario. En el hombre, la cara anatómica comprendida entre las cejas, la barba y las orejas, es sólo un apéndice, relativamente poco considerable, del cráneo, que desde las cejas hasta la nuca ofrece una bóveda suficientemente espaciosa para alojar un voluminoso cerebro: entre los monos al contrario, la frente se halla deprimida, y la cara aplastada sobre la caja craneana, reduciendo en consecuencia la masa cerebral.

Los monos tienen siempre el gran orificio occipital colocado hácia atrás en el último tercio del cráneo: el hombre lo lleva ordinariamente colocado precisamente en el centro, y en todo caso, más bien hácia adelante que hácia atrás.

El ángulo facial varia en nuestra especie de 70 á 85 grados y difícilmente podria citarse un sólo cráneo humano que midiera ménos de 64. El del chimpancé adulto llega á veces hasta los 35 y el del orangutan hasta los 30.

La misma diferencia se observa bajo el punto de vista de la capacidad craneana. Aun cuando el gorila mida la misma talla que un negro australiano, y por tener las piernas más cortas su tronco deba ser más voluminoso, su caja osea se halla con relacion á la más pequeña de la especie humana, en la proporcion de 34 pulgadas cúbicas á 63.

Si pasamos á las dimensiones del cérebro, de seguro no podrá decirse que, segun la opinion vulgar, el hombre esté provisto del mayor, porque el elefante, la ballena, el narval tienen una masa encefálica más considerable: pero entre el cerebro del hombre más obtuso, y el del mono más inteligente, existe segun manifestacion de Huxley una diferencia de peso y de volúmen tanto más notable, cuanto que el gorila pesa, con corta diferencia, lo que ciertas mujeres de Europa.

Independientemente de toda cuestion de cantidad, la forma del cerebro humano la hace esencialmente distinta del de los animales. Relativamente á la masa de los nervios de la cabeza, es mayor que el de cualquiera otra especie zoológica. Los hemisferios de dicho cerebro se hallan divididos en su superficie en numerosas eminencias, separadas por surcos tortuosos, y estas eminencias que se hallan irregularmente contorneadas sobre sí mismas, se distinguen con el nombre de circunvoluciones. Ahora bien, en los monos esas circunvoluciones son ménos numerosas y más regulares que en el hombre. Cada hemisferio del cérebro se divide en cinco lóbulos, colocado el

uno en el interior, el otro en la region de la frente, el tercero en la parte occipital, el cuarto encima, y el quinto en la fosa temporal interna. Pues bien, Gratiolet hace notar que en el hombre como en el mono, además de las circunvoluciones existen sinuosidades cerebrales que desde el lóbulo occipital van disminuyendo hácia el de la parte superior de la cabeza. Sólo que así como dichas sinuosidades son en el hombre largas y poco profundas, en el mono llenan un surco vertical que sirve de demarcacion entre los dos lóbulos mencionados en último lugar.

Finalmente, otros caractéres diferenciales: en la especie gimiana, el lóbulo medio del cérebro parece y se acaba delante del lóbulo frontal, en tanto que las circunvoluciones frontales aparecen las primeras en el cérebro del hombre. Además, cuanto más elevado es el grado que en su especie ocupan los monos, tanto más preeminente es el lóbulo: y en cambio cuanto más descienden, tanto más aumentan los lóbulos occipital y anterior, al paso que el primero disminuye. Por todo lo cual Huxley no vacila en afirmar que «Las diferencias anatómicas existentes entre el hombre y los monos, que más se le parecen, autorizan para pensar que el primero forma una familia distinta de los últimos» y Vogt añade: «Un órden del mismo rango, bien que perteneciente á la misma série de mamíferos.» Preciso es confesar que esto es algo.

No obstante si se recuerda que el hombre abarca toda la creacion viviente en sus clasificaciones, en tanto que el mono consentirá eternamente en dejarse clasificar por nosotros, sin clasificarnos jamas; se verá que esos naturalistas se asignan una plaza muy modesta por debajo de los titis de sus escaparates. Por lo que á mí toca, en tanto los antropóideos no hayan hecho sobre mi cérebro las observaciones que respecto del suyo acabo de transcribir, persistiré en la creencia de que no debo figurar con ellos en dos órdenes de *rango igual pertenecientes á la misma série de mamíferos.*

Pero volvamos á las observaciones de anatomía comparada. Pasando del cráneo al aparato de masticacion, se descubren relaciones más distantes todavía. Los dientes del gorila, á pesar de algunas analogías con las del hombre, ofrecen diferencias notables en el número de sus raíces y en el órden de su nacimiento. Las diferencias son más notables áun, cuando se compara con los monos del nuevo continente: el cefó por ejemplo, conserva ciertas semejanzas con el hombre, al paso que la dentadura ha perdido todos los caractéres de esta semejanza.

Antes de abandonar la cara del hombre, lancemos una ojeada sobre esa boca de dónde brota la elocuencia de Demóstenes, la armonía de Mozart, la sabiduría de san Pablo, y júzguense por comparacion el chillido repugnante, el grito inarticulado del mono. Y despues fíjese la mirada en esa risa que en Moliere alcanza la belleza de lo súblime, y en esas lágrimas que en Racine provocan las

nuestras, y al lado de unas y otras, que la mueca ridícula é idiota de los cuadrumanos traduciendo su alegría ó su dolor, nos diga si son estas las expresiones de una misma animalidad.

Dejemos finalmente ese noble jefe habitado por el pensamiento, y pasemos á los miembros. Los brazos y las manos del hombre, penden libremente á cada uno de los lados de su cuerpo, por lo mismo que le sirven únicamente para cojer y no para marchar. En cambio la mano anterior y la posterior, son para el mono un aparato de locomocion. El hombre tiene el brazo más corto y la pierna más larga, de suerte que si quiere tomar la posicion de los cuadrúpedos se vé obligado á replegar las piernas, á fin de que la columna vertebral quede paralela al suelo. Entre los monos las cosas se pasan de muy distinto modo, pues ó bien las extremidades tienen la misma longitud, ó bien la pierna es más corta que el brazo. Así vemos que cuando el hombre se mantiene incorporado, con la extremidad de sus dedos sólo alcanza á la mitad de la parte superior de su muslo, en tanto que el chimpanceé sin bajarse se llega á la rótula y el orangutan al tobillo. La diferencia entre las proporciones es más saliente áun, si se compara al hombre y al mono bajo la relacion de las manos y los piés. En el hombre la extremidad anterior es una verdadera mano, y la extremidad posterior es un pié de forma tan especial que Bursmeister ve en él el signo más distintivo de nuestro organismo: en el mono sucede todo lo contrario; las extremidades posteriores son verdaderas manos y las extremidades anteriores más bien parecen piés que manos, y con mucha frecuencia faltan los pulgares.

Si continuamos descendiendo á lo largo de este bello armazon que constituye el esqueleto humano, verémos que la série de sus diferencias con el esqueleto del mono no está agotada áun. El bacinete del hombre, dice Huxley, es de una forma que le es manifiestamente propia. Los huesos iliácos muy desarrollados, ofrecen una larga superficie que contiene las vísceras ventrales en su posicion vertical y tienen la extension suficiente para que en ellos pueda fijarse con la mayor solidez la extremidad de los grandes músculos, lo cual permite al hombre ocupar fácilmente dicha posicion. Bajo este punto de vista el bacinete del gorila difiere considerablemente del del hombre y el del gibbon más áun que el del gorila. En una palabra: los contrastes se generalizan hasta tal punto, entre ambas especies, que ha podido decirse, que cada hueso particular del gorila lleva las señales que permiten distinguirle fácilmente del que en el cuerpo humano le corresponde (1).

Por esto un eminente antropólogo resume en estas palabras memorables la precedente série de contrastes: La naturaleza y la dis-

(1) Huxley, Ueber, etc. p. 117 y 119.

posicion del pelo, la longitud del cuerpo que no pasa de tres piés, la imposibilidad de acostumbrarse á todos los climas y á todos los alimentos, la duracion normal de su vida, que no pasa de treinta años, son otros tantos hechos que caracterizan la animalidad del mono: el crecimiento lento, la larga infancia, la pubertad tardía, los instintos escaseamente desarrollados, la menstruacion, una porcion de enfermedades peculiares, una existencia media de sesenta años, la facultad de hablar, de reir y llorar, son caractéres fisiológicos propios del hombre (1).» ¿No es esto más de lo que se necesita para colocar este cuerpo apellidado por la fé el *templo del Espíritu Santo* fuera de todo paralelo con el resto del fango organizado? ¿Y los que no convengan en ello, mejor que adeptos de la verdadera ciencia, no deben ser considerados como descendientes de aquellos de quiénes habla el salmo, al decir: «Cuando el hombre ha sido elevado en honor, no ha comprendido su propia escelencia y se ha comparado á las bestias que carecen de razon (2)?»

Por lo que á mí hace, me apresuro á salir de esta fisiología mal sana, porque si Galeno miraba su diseccion anatómica como un himno en honor de la divinidad, paréceme que esta ultraja al par, al Creador y á la obra maestra que analiza.

Por lo demás, y áun cuando la estructura no sea en manera alguna el carácter diferencial más decisivo que existe entre el hombre y el animal, hemos de hacer constar que respecto de ello la parte adversa se declara vencida. Actualmente, niega el inmediato parentesco entre nuestra especie y las razas cuadrumanas; mas, en cambio, presume haber encontrado en ellas el verdadero padre de la humanidad, hé ahí su descubrimiento.

¿Han existido en otro tiempo monos más semejantes al hombre que el gorila, ú hombres que se parezcan más á los monos que el negro? A esta pregunta la ciencia más escrupulosa dice que sólo puede contestarse negativamente. Mas, ¿quién puede asegurar que las capas inexploradas del globo no encierren las osamentas fósiles de un mono cuyas analogías con el hombre sean más pronunciadas, y que este no sea el inmediato ascendiente del género humano? Acaso la resolucion de semejante problema se halla reservada á los paleontólogos de lo porvenir.

¡Siempre lo desconocido invocado en apoyo de los argumentos insuficientes! ¡Siempre la incredulidad presente fundada en los motivos de duda que no pueden faltar en lo porvenir! Dejemos á los futuros teólogos el cuidado de esta apologética eventual; mas consignemos entre tanto que ese sistema de ataque á beneficio de

---

(1) In Wartz.
(2) Psalm. XLVIII, 21.

justificacion ulterior, más se parece á impotencia que á ciencia verdadera.

Hénos, pues, de nuevo, dentro de la hipótesis de Darwin; el hombre engendrado por un sér más parecido á él que el mono, y que habrá hecho desaparecer piadosamente, en virtud de la concurrencia vital, en una lucha por las subsistencias. Pero el mundo ha sido explorado en las profundidades mucho ménos accesibles que aquellas en que la humanidad habria sepultado á sus pretendidos mayores despues de haberlos destruido. Se ha recompuesto la fauna y la flora de las capas más ocultas, y sin embargo, jamás se ha dado con el fragmento más insignificante de nuestros inmediatos predecesores, por cierto incomparablemente más fáciles de encontrar que los depósitos silurianos. ¿No es verdaderamente absurdo levantar sistemas sobre posibilidades tan improbables? ¡Extraña contradiccion en las objeciones que los naturalistas irreligiosos nos dirigen! Tan pronto nos dicen la prueba de que el hombre desciende del mono, la tenemos en que sus diferencias anatómicas son más insignificantes que las que existen entre diversas clases de monos,—y en confirmacion de ello, toman de entre estos la primera y la décima clase de la série, por ejemplo, con el objeto de establecer la comparacion, en lugar de tomar dos clases consecutivas como el rigor de la comparacion exigiria,—como, desesperados de llenar la laguna existente entre el hombre y el gorila, exclaman: si bien es verdad que la transicion entre uno y otro es todavía inexplicable, debe existir un tipo intermediario que la explicará. Cada cual puede elegir entre ambas conclusiones la que mejor le parezca; pero la ciencia no puede emitirlas sin contradecirse, siendo todavía más imposible tratar de probarlas, sin hacerse cargo de los asertos ménos susceptibles de prueba.

No ignoro que se han descubierto dos cráneos, uno en Engis-sur-Meuse, y otro en la cuenca del Neander, de los cuales se ha procurado sacar partido para apoyar la existencia de un tipo que, más perfecto que el mono, es ménos perfecto que el hombre; pero la mistificacion ha seguido de cerca á la credulidad del público respecto del particular. Huxley, que deseaba ardientemente la realidad de semejante encuentro, ha dicho hablando del primero de dichos cráneos: «Sus proporciones son exactamente las mismas que las de muchos de los cráneos europeos, y en último resultado, es un hermoso cráneo mediano, que lo mismo pudo pertenecer á un filósofo, que encerrar el cerebro de un salvaje sin cultura alguna (1).» Respecto del cráneo descubierto en la cuenca del Neander, Lyell se expresa en los siguientes términos: «Es muy aislado, muy escepcional y de edad muy incierta, para que de sus formas anormales pueda sacarse un argumento en favor de la opinion de que

(1) *Loc. cit.*, p. 178.

perteneció á un sér intermedio entre el mono y el hombre. Lo más que puede asegurarse es que hubo un hombre cuyo cráneo se acercaba ligeramente al del mono (1).»

Tal es el testimonio de la verdadera ciencia, siquiera divorciada de la ortodoxia: por esto no puede ménos que apoderarse de todo corazon recto é instruido, respecto de la cuestion, la compasion más profunda, al ver á espíritus aventureros deducir de la existencia de esos cráneos, que ha existido una raza de hombres diferente de la nuestra, y señalarle en los cuadros zoológicos un lugar bajo el nombre de *homo Neanderthalensis!*... Establecer semejantes generalizaciones so pretexto de *ciencias exactas* fundadas en la *observacion*, en la *induccion anatómica*, en el *método positivo*, sin más base que un ejemplar repudiado por jueces como Lyell y Huxley, es burlarse de sus contemporáneos, en tanto llega el momento de convertirse en objeto de pública irrision.

Digámoslo, sin embargo, antes de dar por terminada esta parte del presente capítulo: el lado físico del hombre es el que ménos se presta para distinguirlo del animal. «Existe una analogía muy marcada entre el armazon del cuerpo humano y el de los mamíferos de las clases superiores: los sentidos, del mismo modo que muchos de los órganos, son, sinó por la perfeccion, por lo ménos, en cuanto á la especie, los mismos en el hombre que en los animales; con la circunstancia de que, dado que existan diferencias, ceden estas en provecho de los segundos. El buitre tiene una mirada más penetrante; el perro un olfato más fino; el caballo miembros más vigorosos que el hombre; mas la demostracion de tales analogías y diferencias es completamente ociosa, cuando se busca el orígen y naturaleza de nuestra especie (2). Lo que de más esencial hay en el hombre, es su inteligencia, delante de la cual pierden toda su importancia todos los caractéres geológicos. Los séres sólo pueden ser medidos segun sus semejantes: las piedras, segun las piedras; las plantas, segun las plantas; los animales, segun los animales, y el hombre, segun el hombre (3)... Poco importa, pues, que estos, segun su constitucion anatómica, se hallen tan próximos al mono como lo están entre sí dos clases ó dos familias de mamíferos. Hay un punto de vista, del cual la ciencia no puede prescindir, y que consiste en que el hombre se halla dotado de un alma inteligente y libre, y en virtud de semejante prerogativa hállase en posicion mucho más elevada que los mamíferos, que los vertebrados, que todo el reino animal, en una palabra; y forma, en una majestad incomparable y solitaria, el reino *humano* ú *hominal*. Lo que sigue lo demostrará mejor todavía.

---

(1) *Das alter*, p. 305.
(2) *Revista de Edimburgo*. Abril, 1863.
(3) Giebel, *Tagisfragen*, p. 50.

II.

No quisiéramos en manera alguna dramatizar un asunto científico, ni reemplazar por ficciones de efecto argumentos de fuerza. Sin embargo, no vemos el menor inconveniente en aceptar aquellas inspiraciones que con ser hijas exclusivamente de la imaginacion, pueden comunicar á las pruebas mayor fuerza. Supongamos pues, que la especie superior á la nuestra, de que nos habla el darwinismo, hallando un dia nuestros huesos muy parecidos á los de los antropóideos, los colocara en los mismos escarapates de determinada exposicion: en este caso, para proporcionar á lo porvenir una demostracion súblime, bastaria con que Dios reanimara aquellos cadáveres. Recobrando entónces el hombre el uso de la palabra, podria exclamar en presencia de aquellos rebaños mudos: Soy el autor de la *Iliada* y de la *Summa* de Santo Tomás: me llamo Platon, Agustin y Bossuet: he compuesto los cantos de Píndaro, de Rossini y de Gluck: he hecho extremecer al mundo antiguo con los acentos de Eurípides, y al moderno con los de Corneille: he construido el Parthenon, y lanzado á los aires la cúpula del Vaticano: he pesado los astros en mi balanza, y seguido el itinerario de los soles en las profundidades del cielo: he descubierto continentes ignotos y surcado como dominador los mares desconocidos: he hablado con mis hermanos de un extremo del mundo al otro con la rapidez de la eléctricidad, y uncido á mis carros el vapor: por último obra mia son las civilizaciones de Babilonia, de Atenas, de Roma y de Francia. Por consiguiente, ó que se me pongan de manifiesto los libros, las ciudades, los descubrimientos, las obras maestras llevadas á cabo por esos antropóideos que en otro tiempo me obedecian sumisos, y á los cuales al presente se me compara, ó que se me aparte de su lado para siempre jamás. No me bastan á mí los osarios de un gabinete de história natural, reclamo y me corresponde la bóveda de un panteon.

Naturalistas hay, lo sabemos perfectamente, áun entre aquellos que más distantes están del materialismo, que no ven un carácter del reino humano en las facultades del espíritu. Sin asimilar el desarrollo intelectual del hombre á la inteligencia rudimentaria de los animales, no descubren entre el primero y los segundos, un fenómeno esencialmente nuevo. El animal dicen, tiene sus facultades fundamentales, siente, quiere, recuerda, raciocina, y la seguridad y exactitud de sus juicios tiene, á veces, algo de maravilloso. Entre los animales, además, y de uno á otro grupo, pueden observarse desigualdades muy notables. Las aves son superiores á los

peces, los mamíferos á las aves. ¿Qué razon impide sostener que el hombre sea el más perfecto de los mamíferos?

Cierto que el hombre goza de la palabra, es decir, de la voz articulada; mas tambien existen muchas clases de animales que tienen voz, que producen sonidos y que con ellos traducen impresiones: conocidos son sus gritos de amor, de cólera, de placer, de dolor, de atencion y de alarma. Y si bien es verdad que dichos acentos son monosilábicos, y se hallan compuestos únicamente de interjecciones, bastan á satisfacer las necesidades de los séres que los emplean; de suerte que del lenguaje de las aves al del hombre, más bien que una diferencia radical, nótase simplemente un progreso. M. Agassiz y los antropologistas americanos llegan hasta el extremo de sentar la siguiente afirmacion: «Fácil seria hacer derivar unos de otros, los gruñidos de diversas especies de osos, del mismo modo y por los mismos procedimientos de que se valen los lingüistas para demostrar las relaciones existentes entre el griego y el sanscrito!...»

Finalmente, las facultades del corazon, que al par participan del instinto y de la inteligencia, tampoco faltan en los animales: aman y aborrecen. El afecto del caballo, la fidelidad del perro, la envidia y la abnegacion de determinados animales domésticos, han inspirado la imaginacion de los novelistas y son asunto de ciertos cantos populares y ha podido decirse que en lo que más se ácercan el hombre y el animal es en el carácter (1).

Vivamente impresionados por estas lejanas relaciones, los pensadores contemporáneos han derrochado profusamente el ingenio para probar que son animales! Esto sin embargo constituye una especie de suicidio afectivo del cual jamás será capaz la humanidad á sangre fria y en masa. En efecto, descender, siquiera por una simple operacion del espíritu, de su dignidad de hombre, al rango de la animalidad, vale tanto como abjurar la vida propia para aceptar otra más mezquina: es engañar á la conciencia y renegar del sentido comun.

Veamos, sin embargo, si el hombre puede oponer únicamente una protesta íntima á esta asimilacion, y si es verdad que sólo medie una cuestion de cantidad entre el instinto y la razon, de manera, que la definicion «el hombre es un animal racional,» deba cambiarse en la siguiente: «el hombre es un animal más racional que los otros.»

No, careciendo el animal de los caractéres constitutivos de la razon, no puede decirse que sea ménos racional que nosotros, puesto que no lo es en manera alguna. Cierto que provee á su conservacion; pero tambien las especies vegetales están dotadas de movi-

---

(1) Quatrefages. *Idem.*

mientos expontáneos en cuya virtud se dirigen hácia el sol si es necesario á su crecimiento: ¿las declararemos dotadas de inteligencia en virtud de este hecho? Cierto que comprende tambien: mas mejor todavía comprenden los ángeles; ¿y concluiremos de ello que entre el ángel y el animal no media la distancia de dos reinos, fundados en que existe la semejanza de algunas percepciones? Cierto que quiere; mas siempre es en conformidad á sus necesidades ó á sus placeres, en tanto que la voluntad del hombre remonta esas dos corrientes y se ejerce en sentido opuesto. Cierto que raciocina; mas únicamente respecto de las cosas sensibles, en tanto que el infante en la cuna, se apodera de las que no lo son. Cierto, finalmente, que lleva á cabo verdaderos prodigios de destreza; pero es imperfectible, pues tal cual fué el primer dia del mundo lo vemos hoy, existiendo una palabra que eternamente le separará de nosotros: la palabra progreso.

Sí, esta sola palabra señala el profundo abismo abierto entre el instinto y la razon: Hasta podria decirse que resume sus diferencias, ¡y qué diferencias! El instinto es una especie de razon inferi r que tiene de la materia la fatalidad que la gobierna. Constituye la materia inteligente; pero no la inteligencia. Así se explica que marche con toda seguridad; pero siempre en el mismo sendero: que evolucione; pero sin desarrollarse jamás. Todo lo contrario acontece á la razon humana: libre en sí misma, tiende incesantemente á elevarse; más grande hasta en sus extravíos que el mismo instinto que no se extravía, porque el poder de errar es en ella la prueba de su actividad progresiva. Hé ahí por que, de la una á la otra de nuestras exposiciones, la razon humana recorre un camino que nunca andará el instinto animal. Es más inmutable que el mar que cambia sus orillas, y que los astros que modifican sus rádios. Tal es la razon en virtud de la cual, la raza negra, que es de las de nuestra especie la ménos inteligente, ha proporcionado un contingente al instituto, en tanto que seria en vano esperar que los monos puedan llamarnos á su palacio de cristal, ni á sus observatorios astronómicos, ni á sus bibliotecas, ni á sus cámaras de diputados. De seguro no existe uno sólo entre los que nos dirijen sus objeciones que espere semejante transformacion; mas el hombre abusa de todo contra las conclusiones que rechaza. Si Dios no hubiese concedido el instinto á los animales, el hombre habria rechazado á Dios como á un creador sin providencia: pero se lo ha otorgado, y el hombre blasfema, haciendo de igual naturaleza, ya que no rebajándola al mismo nivel, la inteligencia del paquidermo que se dirije á apagar su sed á la vecina fuente, y la de Colon yendo en pos de un mundo presentido.

Hay en particular tres operaciones intelectuales que son un reto sempiterno á la inteligencia mecánica de los animales, y que parecen constituir en propia la individualidad de la razon humana. Di-

chas operaciones constituyen la funcion de esas cuatro percepciones: el sentimiento de lo bello, el de lo bueno, el de lo verdadero, el del lenguaje.

El instinto jamás ha concebido otra cosa que lo útil: nunca se ha elevado á la nocion de lo bello. El castor y la curruca construyen su morada con una industria que nos sorprende; pero que no traspasa los límites de lo puramente indispensable. Ni aquel añadirá jamás un nuevo tabique á su casa, ni esta una brizna de vellon á su nido, con el propósito de embellecer su estancia ó sorprender a su posteridad. El mundo de la estética hállase completamente cerrado á los ojos de los animales. Si su sistema nervioso llega á conmoverse en fuerza de determinados sonidos, ó cautivan su mirada ciertas reproducciones del arte, esto es resultado de una sorpresa, no de un sentimiento de admiracion; así como aquello más bien que una impresion comprensiva es una escitacion. La region de lo ideal, que es algo parecido á la eminencia de la razon humana, por cuyo medio alcanza al cielo, es inaccesible á las aspiraciones del instinto. De manera que en tanto que el hombre procura lo bello en sus amores, en sus obras, en sus moradas, en sus vestidos, y sufre la fascinacion de ese mirage con dolor, cuando no puede alcanzarlo, el animal nada más desea que la comodidad. Su lujo se reduce á la satisfaccion de sus apetitos, y no es cosa rara el vérselos llenar lo mismo en lo horrible que en lo delicado. Por consiguiente la superioridad del reino humano se ha marcado perfectamente con un rasgo incomparable, cuando se ha dicho de su inteligencia que concibe lo bello y lo realiza.

Otro rasgo característico de la humana inteligencia consiste en percibir la idea de lo bueno ó la nocion de justicia. El animal conoce lo que es bueno con relacion á él, no lo que lo es en sí mismo; de manera que sacrifica á su interés todo el resto de la creacion. Sólo el hombre conoce una ley, una regla superior, á la cual sacrifica su interés ó juzga que lo deberia sacrificar. Es verdad que los animales evitan la comision de aquellos actos por los cuales podrian ser castigados; mas no es la inmoralidad de los mismos lo que les detiene, sinó el castigo que les acompaña. En cambio el hombre puede desafiar el castigo; mas no puede desconocer la inmoralidad de que están revestidas las faltas que comete. De aquí que cuando Vogt compara nuestra especie, retrocediendo ante el mal, á los oseznos temerosos de las correcciones paternales, ultraja su razon más bien que la nuestra; pues no ignora que los osos conocen los golpes que la comision del mal les proporciona, sin que por esto conozcan el mal intrinsecamente, en tanto que el hombre huye el mal, y frecuentemente le causa más horror que los castigos que le siguen. Prueba irrecusable de que independientemente de la moralidad maquinal, existen nociones de moralidad especulativa que el

instinto no puede alcanzar. El instinto jamás sabrá lo que está prohibido, al paso que la razon comprende lo que debe serlo.

El sentido de lo verdadero constituye tambien una grandeza específica del reino humano. Convenimos en que el sentido de lo verdadero físico, no falta en manera alguna á los animales. Ora están dotados de una vista ó de un oido finísimos, ora de un olfato muy delicado, con frecuencia de un aparato sensorio sumamente perfecto, siempre de una costumbre de comunicaciones con la naturaleza llevada á tal punto, que les es fácil por demás conocer este órden de fenómenos; mas el sentido de lo verdadero, especulativamente considerado, les falta por completo. La verdad abstracta, esta noble pasion de la humanidad, jamás ha hecho latir el corazon de un animal, por la razon sencillísima de que no puede penetrar su espíritu. El dia en que un filósofo positivista ó darwinista haga comprender á su perro de aguas el primer axioma de su sistema, admitirémos que el hombre no es más que un animal desarrollado. Mas no haya miedo que tal suceda. Los perros sábios adiestrados en las demostraciones algebráicas, ejecutan de una manera mecánica los movimientos indispensables para la solucion, sin conocer absolutamente nada del problema en sí mismo. Tal es la barrera prodigiosa establecida entre uno y otro reino. El que no la vé, es porque se empeña en cerrar los ojos; pasa por encima, pero no la suprime, y se complace en aproximarse al animal por la negacion, mas no por las facultades intelectuales.

Finalmente, el lenguaje hablado ó escrito constituye la manifestacion más acabada, y la prueba más irrecusable de las radicales diferencias existentes entre el instinto y la razon. Los animales tienen la voz; pero no la palabra: cantan; pero carecen de lenguaje. Léjos de nosotros la idea de desconocer la terrible belleza que se encierra en el rujir del leon, ni la suave melodía del canto del ruiseñor; pero con todo esto hoy, al cabo de tantos siglos, dan la nota misma que el primer dia de su existencia en el mundo, y lo mismo sucederá hasta que llegue el de su extincion. Compárense pues esos gritos monótonos á los acentos que brotan del pecho de la humanidad desde los cánticos de Israel, hasta las partituras del *D. Juan*, del *Profeta* y del *Guillermo Tell*, y dígase si es posible confundir los cantos del organismo con los de la inteligencia. Por su parte el loro y otros animales pacientemente educados, acaban por emitir algunas sílabas del lenguaje humano, sin comprender una jota: pues bien, compárense esas ramas de todos los idiomas articulados por nuestra familia en el universo, por ejemplo, una urraca á Demóstenes ó á Ciceron; los gritos y ahullidos de una coleccion de fieras á los períodos de una sesion académica, y sosténgase, si hay valor para ello, que sólo existe desproporcion y no un nuevo fenómeno en-

tre el lenguaje del instinto y el de la razon. A más de esto debe tenerse en cuenta, que los animales por medio de sus zarpas jamás han logrado dejar impresa otra cosa que la huella de las mismas. La humanidad, si así podemos decirlo, gracias á la escritura, habla con sus manos como con su lengua: mas áun, habla para lo porvenir como para el presente: habla no sólo á un hombre sinó al par á muchos pueblos y á varias generaciones. Colecciónase su palabra en las bibliotecas, conducésela en camino de hierro de uno á otro extremo del mundo, y no vacilo en afirmar, que para ver en el gorjeo de los pájaros, ó en el ahullido del lobo los rudimentos de esas inmortales comunicaciones, es indispensable tener hecha una apuesta contra la verdad.

¿Convenia pues que el Creador no comunicara nada del animal al hombre, para que este no fuese clasificado en el reino de los animales? ¿Acaso las plantas no tienen sus caractéres propios como los organismos zoológicos? ¿Por ventura, químicamente, no se componen de muchos elementos idénticos? ¿Es qué no se hacen extensos cuadros de sus mútuas analogías? Y sin embargo, ¿quién ha pretendido confundirlas? ¿Y por qué el instinto goce de algunas luces que son propias de la razon, ha de hacerse de aquel el principio de esta? Tanto valdria tomar la luz del fósforo por la del sol, só pretexto de que ambas iluminan. Despues de lo dicho no hay para que insistir en las exclamaciones sentimentales sobre las cualidades simpáticas de los animales.

Cierto que á veces vemos en los perros mayor grado de fidelidad que en los hombres: mas esto consiste en que los perros son fieles por necesidad, no por eleccion, de manera que respecto del particular, las ventajas del hombre resultan patentes hasta en sus desventajas. Cierto que el Criador ha puesto el amor en los nidos para la propagacion de las especies, ¿mas este amor sobrevivirá á la fase despues de la cual seria libre? ¿Háse visto al cabo de diez años á los vástagos de una misma cria, reconocerse y sacrificarse el uno por el otro? Venerable vírgen de la familia humana; dulces y santas figuras de nuestras madres y abuelas, ¿á quien, ó mejor, con que se os ha comparado! ¿Dónde se hallan, entre los monos los bienhechores de los que sufren? ¿Qué héroes puede ofrecernos la zoología que hayan dado su sangre por amor? De mí sé decir que cuando veo á una ciencia sin pudor que hace proceder el corazon de San Vicente de Paul, y el génio de Píndaro de la sangre de los gorilas, léjos de participar de la creencia de que la humanidad proceda de la animalidad, me pregunto si no es más bien posible que se convierta á ella; tanto me extremece la consideracion del placer infame que el hombre puede experimentar en rebajarse cuando se hace objeto de su propia adoracion.

Además de lo dicho, ¿encontrarémos todavía en el hombre algo más eminente áun y más extraño al animal? Sí, y con ello llegamos

al alma de la cuestion. Despues de los caractéres orgánicos é intelectuales, vamos á estudiar su lado moral. La tarea es tanto más fácil, cuanto que en este terreno contamos con el apoyo de naturalistas eminentes, que hace un momento debíamos considerar como adversarios ilustres.

III.

Dado que fuera posible cerrar los ojos á la evidencia, respecto de las ventajas que en el cuerpo y en el espíritu llevamos sobre los animales, seria imposible dejar de reconocer una supremacía que escapa á toda comparacion, en un paralelo entre los hijos de Adan con la animalidad, respecto de estos tres puntos de vista característicos: la libertad, la moralidad, la religiosidad.

La libertad, que es el fundamento de la moralidad, no es posible al instinto. Por lo mismo que es ciego puede obrar; mas no deliberar ni elegir. De aquí que el buen sentido del mundo no haya imputado jamás responsabilidad alguna á los animales. A los perros atacados de la hidrofobia se les mata porque lo están, no porque se les juzgue capaces de estarlo. Tal vez proviene de esto que la ciencia que hace proceder al hombre de otras especies zoológicas, le niegue el privilegio de la libertad en lo interior, aun cuando en virtud de una estraña inconsecuencia, revindique para él todas las libertades del exterior. Mas, ¿qué mayor derecho puede tener á la libertad, que los tigres del jardin de plantas, un sér necesariamente arrastrado al mal que comete? Si la bestia humana ha menester su jaula para librarla de la fatalidad de sus instintos, resultará que los tiranos son domadores necesarios. Y volviendo al argumento, ¿por qué razon la sociedad castiga al delincuente que hiere á su semejante, y no encarcela al caballo que lanza al ginete que lo monta? No puede negarse que el primero tiene más conocimientos; pero, en cambio, es ménos dueño de sí mismo que el segundo. Téngase, pues, el valor de una completa asimilacion entre los dos términos comparados, si se abriga la conviccion de una semejanza completa; mas en tanto no pueda aplicarse la doctrina del hombre animal, sin escitar la risa en el género humano, y sin trastornar la tierra, siempre veremos en ello una prueba de que esta doctrina no es más que un juego de espíritu para los que la sostienen, destinado acaso á entristecer á los que la rechazan.

Y en segundo lugar, ¿cómo conciliar el dogma del animal hecho hombre, con la moralidad de este? El hombre no posee únicamente las nociones de la moralidad, sino que tiene, además, con-

ciencia moral, es decir, la facultad de gozar del bien que hace, y de padecer á consecuencia del mal que comete, y aquel que ha llegado á perder esta sensibilidad santa del alma, el remordimiento, más bien que un representante, es una degradacion de la especie. ¡Nuevo atributo exclusivamente reservado al reino humano! Es preciso convenir, además, en que es justo, porque únicamente el mortal que es libre en sus movimientos, debe tener la noble prerogativa de ser desgraciado. Y sin embargo, por más desarrollada que esté la inteligencia de los animales, ¿háse logrado comprobar jamás que les quite el sueño una injusticia cometida, ó el pesar de la sangre derramada?

¿Dónde está el mártir de sus escrúpulos en el órden zoológico? ¿Qué carnívoro ó qué reptil han hecho honrosa enmienda de sus asesinatos ó de sus latrocinios? Y no se diga que el remordimiento es preocupacion de la educacion, no fruto expontáneo del alma humana; porque si bien es verdad que la sociedad lo desarrolla por medio de sus enseñanzas, tambien es cierto que el hombre, por su naturaleza, ni puede evitar la sociedad, ni los remordimientos; y donde quiera que existe un lenguaje suficientemente formado, para expresar las ideas generales y abstractas, encuéntranse palabras que dan idea del vicio y de la virtud, y almas que se conmueven y extremecen ante semejantes ideas. Plutarco ha demostrado la existencia de Dios por medio de los remordimientos: con mayor motivo y más fácilmente áun, puede deducirse la moralidad de las inquietudes, que son la desolacion de la inmoralidad. Santos dolores que elevan al hombre mil veces más sobre el animal, de lo que pudiéramos encarecer, puesto que despues de los ángeles, que son incapaces de hacer el mal, los primeros, en la escala de la virtud, son los séres capaces de arrepentirse.

Finalmente, todavía existen en nosotros otras nociones que prueban de una manera más decisiva si cabe, el objeto de esta tésis. Donde quiera que existan hombres unidos por un vínculo social, se cree en otro mundo distinto de este, en ciertos séres misteriosos que lo habitan, en una vida futura, en la supervivencia de una parte de nuestro sér en cuanto se destruye el cuerpo, y dichas nociones, por más vagas que sean, engendran símbolos y prácticas correspondientes. En una palabra, en todas las familias humanas, sean civilizadas ó yazgan sumidas en la barbarie, encuéntrase el altar mencionado por Plutarco, con los accesorios que le acompañan. Pues bien, nunca nada análogo ó parecido se ha descubierto en los grupos de animales. Raras veces levantan al cielo sus miradas, y jamás ven en ellos la mano de su Autor. La religiosidad, es decir, el conjunto de las facultades que en nosotros buscan á Dios, elévanse hácia él y hacen de su comercio una necesidad, son pamonio exclusivo de nuestra especie. Por esto cuando el hombre ha

hablado, cuando ha cantado, no siempre se le distingue del animal; mas cuando ha elevado al cielo sus plegarias, ha puesto de manifiesto su realeza, y en el instante en que se hinca ante Dios, la naturaleza entera se postra delante de él.

A estos hechos se han opuesto alegaciones erróneas. Háse, dicho por ejemplo: las lenguas australianas no encierran palabra alguna que exprese la idea de *honestidad*, *justicia*, *pecado*, etc... Mas, esto no prueba que en Australia no se tengan las nociones por estas voces expresadas. Tampoco estas lenguas poseen las palabras genéricas *árbol, pescado*, etc., y sin embargo, nécio seria el que de ello dedujera que en dicho país se confunden los alcornoques con los tiburones. Ello no es más, en último resultado, que pobreza de lenguaje, no carencia de ideas; y tanto es así, que una observacion un tanto detenida confirma nuestras conclusiones.

Nuestros adversarios continúan: los Cafres y los Hotentotes no tienen nocion alguna de Dios ni de la vida futura. No es cierto. Campbell ha descubierto hasta entre los Boschimenes la idea de un sér supremo, y á fuerza de preguntas, de las cuales se juzgan dispensados los touristas insustanciales, ha adquirido el convencimiento de que dicha idea se subdividia en otras dos: la de *Goha*, dios macho, superior á todos los hombres, y la de *Ko*, dios hembra, inferior á los mismos. Por lo demás, ¿cómo poner en duda las creencias sobrenaturales de un pueblo que entierra sus muertos con su arco y su flecha, para que puedan cazar en un paraíso en que la caza es siempre abundante?

En cuanto á los Hotentotes, propiamente dichos, admiten una teodicea, si así podemos decirlo, maniquea, y por consiguiente un principio bueno y otro malo, una vida ulterior, el culto de los grandes hombres muertos, en una palabra, cuanto es menester para dejar fuera de duda su religiosidad. Y sin embargo, ¿cómo se concibe que hayan podido formarse y emitirse tan falsas congeturas sobre las razas meridionales del Africa? Puede hallarse la explicacion á semejante fenómeno, en un contraste señalado por el más intrépido de los exploradores de esas comarcas. «La ausencia de ídolos, de culto público, de sacrificios de ninguna especie, entre los Cafres y los Bechuanas, hace creer á primera vista que dichos pueblos profesan el ateismo más absoluto;» mas el docto viajero se apresura á añadir: «por más degradadas que esten dichas poblaciones, no hay necesidad de hablarles de la existencia de Dios y de la vida futura, porque ambas verdades estan universalmente reconocidas en Africa... hallándose tanto más desarrolladas las ideas religiosas entre los naturales, cuanto más se avanza hácia el Norte (1).»

---

(1) Livingstone.

Si del África pasamos al Nuevo Mundo, tambien hallarémos asertos contradictorios á propósito de los cultos de este país; mas el autor de un trabajo sobre el *hombre americano* que se ha hecho clásico, nos dice: Es evidente que hasta las naciones más salvajes de este hemisferio tienen una religion, sea la que quiera (1). Dichas palabras se hallan justificadas hasta por cuanto procede de los bosques cien veces seculares del Amazonas, habitadas por tribus de costumbres atroces, en las cuales, bien que profundamente desfiguradas, la divinidad y la inmortalidad son perfectamente conocidas. En cuanto á las poblaciones del Asia no hay para que hablar, más bien que de atéas se las acusa de supersticiosas. De dónde resulta que la idea religiosa cubre el globo entero con su benéfica influencia; que la libertad, la moralidad, la religiosidad son universales en el hombre, y no existen en manera alguna en los animales; y finalmente, que obran sobre nuestra especie á la manera de esas propiedades fundamentales que caracterizan los diferentes reinos de la naturaleza. Sí, cuando Linneo, el padre de la verdadera nomenclatura en historia natural, ha querido señalarel rasgo distintivo de los vegetales, y de los animales, ha definido á los primeros diciendo que son cuerpos organizados *vivientes*, *mas no sentientes* y á los segundos que son cuerpos organizado *vivientes-sentientes y que se mueven expontáneamente*. Ahora bien, lo característico del hombre, como dice la ciencia, ¿dónde podrá encontrarse? En esas aptitudes que levantan una frontera tan elevada como la de los demás reinos, entre nosotros y la animalidad: El hombre es un sér servido por órganos superiores, de una inteligencia zoológicamente hablando, incomparable, y dotado de libertad, de moralidad y de religiosidad.

Llegado á este punto, el hombre tiene el derecho de levantarse ante los que le insultan, impulsado por noble orgullo. Y si desgraciadamente las apostasías de lo porvenir profanaban sus restos colocándolos en la categoría de los restos animales, podria exclamar: Esta boca ha pronunciado las homilias de S. Juan Crisóstomo y consolado los desgraciados de todos los siglos: estas manos hánse visto aherrojadas por la cadena de S. Vicente de Paul, y sostenido la pluma que escribió los Evangelios: estos piés han conducido á la casa de los pobres el pan de la caridad cristiana, y la verdad de san Francisco Javier á las más remotas regiones: este corazon fué el órgano de los raptos de Santa Teresa de Jesús, y del amor intrépido de los mártires: estos ojos fueron santificados por el llanto de S. Pedro, y por las súblimes visiones de S. Pablo: esta cabeza, en fin, fué la expresion de un alma inmortal y el reflejo del rostro de Dios. Que se me arranque pues á la ignominia de las compara-

(1) A d' Orbigny.

ciones con organismos sin almas; para mí que he luchado, orado y creido, no es bastante un lugar bajo la bóveda de un panteon: mis huesos tienen derecho á descansar debajo de los altares, en tanto llega el momento de su glorificacion en la eternidad incorruptible del seno de Dios.

Si en presencia de estas pruebas y de semejantes destinos existe todavía un hombre incapaz de reconocer su superioridad respecto del animal..... tentado estoy para responderle que tiene razon..... mas no, es preferible rogar por él.

CAPÍTULO XIV.

La fé y la antropología poligenista ó la unidad de la especie humana.

Hemos probado que el hombre procede de Dios, y no de las energías transformistas de la naturaleza; y que ha sido constituido en una dignidad orgánica, intelectual y moral superior á la animalidad. Mas ¿ha resultado de uua sola pareja, ó en el árbol genealógico de la humanidad deben contarse tantos primeros padres, cuantas razas existen? ¿El negro y el blanco, el Mongol y el Americano descienden del mismo Adan, ó más bien que una sola familia humana, son grupos separados de hombres?

Bajo el punto de vista científico la cuestion es muy importante, porque si cada raza procede de un tronco distinto, las razas se convierten en especies, y la unidad del género humano queda destruida hasta el punto de tener que rehacerse las clasificaciones antropológicas.

Además, la cuestion tiene una importancia inmensa bajo el punto de vista teológico. Si se suprime en el origen del género humano la pareja primitiva y única, la solidaridad humana, sea en la caida, sea en la redencion no puede existir. La transmision genealógica del pecado original es imposible entre los que carecen de parentesco: la falta cometida por un primer padre de color blanco en Asia, no puede alcanzar ni por herencia, ni por complicidad, á los hijos de un padre negro que vive en el África; y la culpabilidad, inoculándose con la sangre, no podria inocularse ni comunicarse entre dos sangres que no se mezclan. El dogma de la redencion, del mismo modo que el de la caida, descansan en la fé sobre la unidad de la especie humana. Así como todos hemos pecado en Adan, segun S. Pablo, todos hemos sido redimidos por Jesucristo: así como no existe un solo hombre á quien se niegue la virtud redentora, tampoco hay uno sólo para el cual sea inútil. En rigor, y segun hemos visto, el diluvio puede ser considerado como una catástrofe local; mas la inundacion del pecado y la de la redencion se han extendido sobre toda la tierra. De dónde resulta, repito, que

la economía evangélica descansa en el hecho de la unidad de la especie humana hasta tal punto, que destruido este hecho, el cristianismo pierde las bases sobre las cuales descansa y por consiguiente se viene abajo.

Finalmente, la cuestion es tambien capital bajo el punto de vista filantrópico. Si los hombres no proceden de un mismo tronco, ¿estarán obligados al cumplimiento de deberes de afecto recíproco, porque se parezcan unos á otros? De ser así, los tres dógmas del símbolo filosófico libertad, igualdad, fraternidad, pasan al rango de meras supersticiones. ¿En virtud de qué derecho, nosotros, gentes de la raza caucásica, hemos de conceder la libertad al negro que juzgamos indigno de ella; de considerar igual nuestro al Iroqués, que dista mucho de serlo; de mirar como hermanos á todos aquellos pueblos que, no siendo de procedencia adámica no hemos de mirar como tales hermanos? Estas consecuencias son tan lógicas, que la diplomacia esclavista no ha vacilado en emplearlas en su favor. En 1844, M. Calhoum, Ministro de negocios extranjeros en los Estados Unidos, desestimó las instancias de las potencias negrofilas, apoyándose en las diferencias radicales que separan los diferentes grupos humanos. Los naturalistas Morton, Niot, y Gliddon, sugirieron tan bárbara excusa á las conciencias Anglo-americanas, si es que merecen el nombre de naturalistas, los que emplean su ciencia en propagar sentimientos contrarios á la naturaleza. Ya se alcanza que no eran en manera alguna razones zoológicas, las que alegaban los plantadores para sostener la conveniencia de la esclavitud de los negros; mas áun cuando tales razones no se aducian sinceramente, en cambio eran tales en el terreno de la lógica: si el pretexto carecia de las condiciones de buena fé, reunia las de arma de ley en buena guerra, y la negacion de nuestra unidad específica, autorizaba estas consecuencias fratricidas.

El cristianismo no está únicamente interesado por sus dógmas y por su moral en la cuestion que ventilamos, lo está tambien por su historia. Con anterioridad al mismo, cada pueblo se atribuia un órigen particular. Los Pelasgos, los Helenos, los Troyanos, y muchos otros se proclamaban autóctonos. El Evangelio derribó la barrera que separaba unos de otros dichos grupos y las influencias de la fraternidad en Adan y en Jesucristo, hicieron una sola familia de todos los pueblos de la tierra: al presente, gracias á haber abjurado esta creencia, el anticristianismo ha caido en flagrante contradiccion. Científicamente enseña la pluralidad de las especies humanas, lo cual vale tanto como decir que, por lo mismo que no son hermanos todos los hombres, no vienen obligados al cumplimiento de los deberes que impone la fraternidad, al paso que profesando políticamente el cosmopolitismo, tiende á borrar la frontera de las nacionalidades, despues de haber levantado entre las diferentes razas un muro insuperable. Así se explican los dos movimientos en

sentido opuesto que caracterizan nuestras tendencias sociales: egoismo espantoso, y afectadas protestas de amor universal; es decir, que la negacion predica la simpatía, que acaba de destruir, cual si quisiera sincerarse de su crímen.

Aun cuando el dógma de la unidad de la especie humana sea de orígen cristiano, no debe presumirse que no haya tenido impugnadores en el seno mismo de la comunion cristiana. Lapeyrére, gentil-hombre protestante, al servicio del príncipe de Condé, publicó un sistema de filosofía fundado en la hipótesis de generaciones preadamitas, de las cuales existirian todavía descendientes. Segun él y sus secuaces, Moisés refirió la historia de dos creaciones sucesivas: la narracion de la primera, terminaria en el versículo cuarto del capítulo segundo del Génesis; la de la segunda, comenzaria en estas palabras: *Hé aquí cuales son las generaciones del cielo y de la tierra.* En este sistema la historia de Adan y de su posteridad es simplemente la de la raza judáica. Los Gentiles creados anteriormente, es decir en el dia sexto de la semana hexamérica, al propio tiempo que los mamíferos, habrian formado una poblacion aparte, y aparecido simultáneamente sobre toda la tierra: de esta suerte, como se vé, se habria desarrollado un número prodigioso de troncos humanos, el último de los cuales, representado por Adan y Eva, se distinguiria por el rasgo característico de haber venido con posterioridad á los demás, y de haber dado nacimiento al pueblo de Dios.

Semejante utopia caida hace mucho tiempo en el mayor descrédito, se ha tratado de rejuvenecer en América, dónde las mayores extravagancias tienen asegurado el éxito. Acostumbrado dicho país á decidirlo todo por medio de la Biblia, ha considerado de gran efecto la conciliacion de las hipótesis de la antropología materialista sobre la pluralidad de las especies, con los téxtos sagrados. Los slavistas han venido á ser la expresion genuina de esta singularidad doctrinal, que han apoyado con gran aparato de consideraciones filosóficas, históricas y geográficas. Mas ello es que cuantos esfuerzos han practicado para poner de manifiesto la concordancia, caen ante la evidencia luminosa de estas dos autoridades. El Génesis da el nombre de Eva á la *madre de todos los vivos* (1) y por consiguiente del género humano entero. Por su lado San Pablo nos asegura *que así como gracias á un sólo hombre, ha penetrado el pecado en el mundo, de la propia manera, la muerte ha sido comunicada á todos los hombres por aquel en quien todos han pecado* (2).

¿Qué pueden responder á tales soluciones los poligenistas que se preocupan de la ortodoxia? Nada que valga la pena de ocuparse

(1) *Gén.* 3-20.
(2) *Rom.* 5-12.

en ello. Dejémoslos pues que luchen con las dificultades exegéticas mil veces más inextricables que la dificultad científica á la cual pretenden escapar, y apresurémonos á resolver esta.

Recordemos aquí, segun Buffon, que la especie es una sucesion constante de individuos parecidos que se reproducen. Recordemos tambien, que la semejanza fundamental de los indivíduos, no excluye ciertas variedades muy secundarias, y que cuando tales variedades se han perpetuado por herencia constituyen una raza. Establecidos cual corresponde tales precedentes, vamos á demostrar por medio de argumentos científicos, que el género humano procede de una sola pareja primitiva. Esta verdad de primer órden descansará sobre dos motivos generales. 1.° Que las semejanzas existentes entre las razas humanas atestiguan la unidad de la especie, 2.° que las objeciones de la ciencia nada prueban contra esta unidad.

I.

Que las semejanzas existentes entre las razas humanas, prueban la unidad de la especie humana, es una tésis, acaso ménos prudente que esta: las diferencias existentes entre dichas razas, nada prueban contra esta unidad. En efecto, la segunda, meramente defensiva, no exije en manera alguna de la ciencia el que produzca certezas opuestas á la unidad, al paso que la primera, más ámplia, empéñase en la lucha en nombre de la unidad contra la ciencia: sin embargo, como se completan recíprocamente, y como tan incontestable nos parece la una como la otra, no vacilarémos en sostener que la unidad de la especie humana resulta de los caractéres *genealógicos*, *psicológicos* y *anatómicos* propios de todas las razas.

Pongamos patentes una vez más á los ojos del lector, las inconsecuencias de la negacion en este asunto. Es por cierto cosa estraña, que en unos tiempos en que tanto empeño se pone en demostrar el parentesco entre el hombre y el mono, se ponga en duda el parentesco original entre el Europeo y el Africano. En la misma página en que admite Vogt la posibilidad de que procedamos de los cuadrumanos, niega la de que el negro y el caucasiano procedan de la misma pareja. Hasta pretende, no recuerdo dónde, que la pluralidad de las especies seria una cosa indudable, «si no enseñara lo contrario un cuento viejo, inserto en los libros de Moisés.» Lo cual me autoriza para decir, que de seguro no atacaria la unidad de nuestra especie, sinó fuera por el placer de combatir el cuento viejo.

Y sin embargo, el cuento pretendido hállase perfectamente de acuerdo con la ciencia, y aduzco como prueba las que he llamado

relaciones genealógicas de las razas. Hemos visto que la union de dos especies diversas resulta estéril, ó lo más, goza de una fecundidad limitada á algunas generaciones. En virtud de esta ley, si las razas humanas fuesen otras tantas especies, su cruzamiento resultaria ineficaz para la multiplicacion. Sin embargo, en la práctica resulta todo lo contrario. Los enlaces entre las razas más diferentes son fecundos, con la circunstancia de que cuanto más se acentúa la diferencia, tanto mayor es la fecundidad. Por consiguiente, basta este sólo hecho para decir que las razas humanas son formas distintas de una misma especie. De ser especies de un mismo género, su descendencia resultaria herida de esterilidad. Los numerosos y variados experimentos realizados con este propósito revelan que la ley es indubitable; de manera, que el carácter diferencial más positivo de las especies del mundo animal, se aplica á la especie humana, y para desconocerlo, la ciencia se vé obligada á negar sus principios, es decir, á concluir de una manera extra-científica.

El hecho de esta reproduccion y de esta propagacion entre individuos de razas diversas es permanente y por lo tanto puede demostrarse en todos los puntos del espacio, y en todos los momentos del tiempo. Con todo, es sumamente curioso verificarlo en el conjunto de sus fenómenos, en cuyo caso se obtiene de parte de la geografía y de la historia la siguiente brillante confirmacion.

Todos los tipos humanos pueden reducirse á uno sólo, el de la raza caucásica. La raza negra, que es la que más se separa, dice M. Quatrefages, se une á aquella por medio de la raza malaya ó atezada (morena), que ha formado entre ambas la transicion: así como la raza mongola ó aceitunada, se refiere ó enlaza con la raza blanca, por medio de la americana ó cobriza. Bajo cuales influencias se han determinado las variantes de color, de talla ó de conformacion de esas diferentes especies, lo diremos más adelante; al presente nos contentaremos con dejar consignado que el sello específico entre una y otra se halla gradualmente marcado, y que es mucho más fácil admitir tales variedades procediendo de la misma unidad, que reducir á la unidad específica cada una de dichas variedades.

Y esto es tan cierto, que á los adversarios de la unidad de la especie podria negárseles la pluralidad de las razas, ó por lo ménos la clasificacion que hacen de las mismas. Los signos característicos de la raza no son ni suficientemente constantes, ni harto precisos, dice Juan Muller, para que pueda decidirse sin incertidumbre. No se conoce principio científico alguno que permita discernirlos de un modo seguro: Blumenbach cuenta cinco; Pritchard, siete; Flourens los reduce á tres. El Tártaro y el Finés, ¿pertenecen al tronco caucásico ó al mongólico? Los Papouas y los Alfourons, ¿son negros ó malayos? Dichas preguntas constituyen otras tantas dudas que arrojan sobre los rasgos de las razas una indeci-

sion que pone de relieve la unidad de la especie. En efecto, el verdadero Génesis del género humano se destaca más patente al través de esos cruzamientos de líneas en el sentido de que cuanto ménos acentuados tienen sus límites los grupos humanos, tanto más se revela la unidad del tipo primordial.

Humboldt manifiéstase especialmente sorprendido de ese carácter unitario, que se observa hasta la variedad de las razas, cuando de estas diferencias graduadas deduce, expresándose en los siguientes términos, la unidad de la especie. «Cuando se considera á las razas simplemente en sus variedades extremas, se las juzga procedentes de troncos distintos; mas cuando se han observado las numerosas gradaciones que la ciencia geográfica ha visto en el color de la piel y en la estructura de los cráneos; cuando se conocen los profundos trabajos de Tiedeman sobre el cerebro de los negros, y de los europeos, y los estudios anatómicos de Vrolik y de Weber sobre la configuracion del bacinete; cuando se nota la arbitrariedad que preside al agrupamiento de las razas, hasta tal punto que este agrupamiento varia incesantemente, por lo mismo que no existe uno sólo que se funde esencialmente en un principio de la naturaleza; por último, cuando se comparan los tipos humanos, no en sus formas extremas, sino teniendo en cuenta los matices intermedios por los cuales dichos extremos se enlazan, llégase más fácilmente á afirmar la unidad de nuestra especie, que á sostener la opinion contraria (1).»

¿Puede aducirse una razon más imparcial, más desinteresada, ni que se apoye en más seguros fundamentos, al servicio del dogma que defendemos? Pues todavía puede tener más firme apoyo en argumentos fisiológicos no ménos evidentes.

Existe en el hombre una parte invisible no ménos verdadera que su estructura física, por la cual, ménos sujeto á la mutabilidad, lleva más visiblemente impreso el sello de la unidad específica. Todas las razas humanas, se hallan dotadas por ejemplo, de una inteligencia *sui generis*, y siquiera sea en distinto grado, las costumbres, la educacion, una porcion de causas externas, pueden reducir á tal punto esta diferencia, que los negros educados en las mismas condiciones que los Europeos, llegan frecuentemente al mismo grado de desarrollo, al paso que los europeos educados entre salvajes no sobrepujan el nivel intelectual de los individuos que les rodean. Más ó ménos todas las razas humanas hállanse dotadas de pasiones idénticas, cual si con ello dieran testimonio de que han participado de la misma caida. Donde quiera que se lea una tragedia de Racine ó una comedia de Moliere, si el lector está dotado de

(1) *Cosmos* t. 379-423

inteligencia, no podrá ménos que exclamar á la vista de esas admirables pinturas del hombre, sea Cafre ó Europeo, Hotentote ó Australiano, conozco á este hombre. En más ó en ménos, todas las razas humanas se hallan dotadas de conciencia ó de sentimiento moral. Los caníbales de la Australia se ocultan para celebrar sus horribles festines de carne humana, y despues de haberlos terminado los niegan y se defienden como de un crímen. En el Soudan, donde ciertas tribus negras se cazan y se devoran mútuamente, como rebaños de bestias (1), asegura Livingstone que son debidamente honradas otras prescripciones de la conciencia natural. Finalmente, los pueblos que tienen ménos moralidad, son susceptibles de adquirirla mediante el contacto de la civilizacion cristiana, y un misionero del Evangelio, en pocos dias de predicacion, eleva el alma del Boschisman á ciertos escrúpulos de conciencia, de que jamás se preocupará el mono más inteligente.

Todas las razas humanas, en mayor ó menor escala, se hallan dotadas de la facultad de hablar. Ahora bien, mas adelante demostraremos, que el estudio comparativo de las lenguas tiende á disminuir el número de aquellas que pueden ser consideradas como tipos, y á reducirlas á la unidad. Hay más, este resultado, siquiera en parte, se ha obtenido ya. Y así como las lenguas semíticas é indogermanas, han demostrado por sus afinidades recíprocas su orígen comun, del propio modo hay motivos para suponer que las demás aparecerán al exámen filológico como simples variedades de una misma lengua primitiva, es decir: como pruebas indirectas de nuestra unidad específica.

En más ó en ménos, todas las razas se hallan dotadas del sentimiento de la fraternidad. A los ojos de la legislacion, como á los de la conciencia individual; ante la filosofía negativa, del mismo modo que en presencia de la ley cristiana, jamás se establecerá la menor diferencia entre el asesinato de un blanco ó de un negro, entre la vida de un malayo y la de un mongol. Cierto que fué este un sentimiento que corroboró y robusteció el cristianismo; mas, fíjese bien la atencion en que lo corroboró, no lo suscitó como cosa nueva en la naturaleza caida: de aquí que en nuestros dias la naturaleza no puede renegar de él, ni áun en aquellos libre pensadores en que pretende dejar de ser cristiana. Hé ahí, sin embargo, una fraternidad puramente de convencion, dado que todos los hombres no procedan de una misma familia. ¿A qué vienen las simpatías de parentesco entre semejantes que no son parientes? Esto no puede explicarse sin un sentimiento expontáneo, profundo, universal de nuestra unidad específica, contra la cual no puede prevalecer utopia alguna.

(1) Richardson. *Vida del Negro.*

Finalmente: en más ó en ménos, todas las razas humanas se hallan dotadas de religiosidad. Segun dejamos consignado, en todas partes se reza, se adora, y se ofrecen sacrificios bajo distintas formas; pero con una inclinacion igualmente invencible. Es para el hombre una tendencia tan natural arrodillarse, ó postrarse para honrar al Señor de todas las cosas, como lo es el echarse para dormir, ó el elevar la voz al cielo en demanda de socorro, ó el verter lágrimas para expresar el dolor. Ahora bien: si esta propension no es una herencia de familia, ¿de qué modo puede explicarse? Si la humanidad ha resultado de diferentes parejas primordiales, ¿en qué consiste que no se haya encontrado una sola de estas parejas que fuera libre pensadora, ni una sola de sus posteridades que no haya tenido necesidad de Dios? Las coincidencias tan frecuentemente repetidas de los mismos instintos religiosos, simpáticos, morales, intelectuales en el hombre, ¿no son una prueba patente de que sus rasgos son hereditarios, no fortuitamente idénticos, y de que se desenvuelve á manera de cadena suspendida por uno de sus eslabones, y no como plantío compuesto de muchos piés que crecen independientemente los unos de los otros?

De la propia suerte encontramos la identidad de la fisonomía moral, impresa en todas las razas, mucho más favorable al dógma de la unidad, que sus semejanzas físicas; y si Humboldt, con sólo haberse fijado en las últimas, considera á todos los hombres como la posteridad de un mismo hombre, despues de haber estudiado la primera se proclama todavía más rotundamente la propia conclusion. No de otra suerte en una galeria de familia pueden observarse diferencias harto notables en los retratos de niños; mas el ojo experimentado, al través de esta variedad de rasgos, reconoce fácilmente á los hijos de un mismo padre.

Las relaciones genealógicas y psicológicas de las razas salen pues al apoyo de la ley que estamos demostrando: otro tanto acontece con las semejanzas anatómicas.

Delitzsch, Pritchard, Perty y muchos otros naturalistas han hecho notar que las razas humanas más diferentes, acuérdanse pérfectamente respecto de los siguientes extremos: una misma estructura orgánica; idéntica duracion media de la vida; la misma propension á la enfermedad; la propia temperatura media del cuerpo; la misma frecuencia media en los latidos del pulso; idéntica duracion en la preñez; igualdad en la duracion de los períodos menstruales. Ahora bien, semejantes conformidades, añaden dichos sábios, jamás se encuentran en las diferentes especies de un mismo género, sinó en las razas de una misma especie.

Y no hay cosa más anticientífica que no creer en la identidad de un organismo que se presenta bajo diferentes aspectos. El niño, el jóven, el anciano, ¿no son acaso un sér revestido de tres apa-

riencias distintas? ¿Es por ventura cosa nueva ver á un mamoncillo rubio y rosado, convertirse, de adulto, en moreno con pelo negro, y á un ángel de belleza en tipo de fealdad? Y descendiendo la escala del reino animal, ¿quien no ha contemplado con sorpresa las transformaciones de la larva en crisalida y de esta en mariposa? Y sin embargo las indicadas no son más que variedades de unos mismos indivíduos: las de la misma especie han de ser precisamente más pronunciadas y numerosas.

Si del reino animal pasamos ahora al vegetal, verémos que los cambios de un tipo primitivo se operan continuamente en condiciones no ménos sorprendentes. Gracias al cultivo y á la trasplantacion, los árboles enanos se convierten en gigantes; las flores sencillas en dobles; las frutas silvestres de que se alimentan los animales en los bosques, adquieren en nuestros vergeles un sabor y una belleza que las hace dignas de figurar en la mesa de los príncipes. En una palabra, la fauna y la flora de cada pais varian con el suelo, el clima, los hábitos y los cuidados de la domesticacion. ¿Qué tiene pues de particular que se modifique la especie humana bajo las mismas influencias? Sin embargo merced á una consecuencia, que tiene muy poco de científica, se encuentra muy sencillo y natural que los productos de ambos hemisferios sean desemejantes, y muy extraño el que no se parezcan completamente los hombres de ambos hemisferios.

Tres variedades fundamentales resumen las divergencias de las razas entre sí: la estatura, el color, y la forma de la cabeza; ninguno de estos carácteres prueba que las razas sean especies, ó que la misma especie no haya podido modificarse hasta el punto de producir todas estas razas (1).

Las naciones del Norte son generalmente de menor estatura que los habitantes de las zonas templadas; mas por una especie de compensacion de la naturaleza, no se encuentran verdaderos enanos. Cinco piés, talla de la cual difícilmente escede la inmensa mayoría de los Europeos, forman un mínimo del cual apénas desciende un pueblo entero, en tanto que seis piés parecen ser el máximo de altura que puede alcanzar una nacion, siquiera existan algunos indivíduos que de ella escedan. La relacion entre la estatura del Patagon y la de los Esquimales apénas es la de dos ó tres, en tanto que para ciertas variedades de perros varía de uno á doce, existiendo variedades de bueyes domésticos en los cuales la diferencia va de uno á seis (2). Es un principio incontestable en historia natural que los organismos y los órganos se mantienen en relaciones de

(1) Véase el escelente trabajo que, respecto del particular, acaba de dar á luz Monseñor Meignan, Obispo de Chalons, con el título de *El hombre primitivo*.

(2) Schubert, *Gesch. der natur.* III, 407.

proporcionalidad mucho más normales entre las diversas razas de hombres, que entre las diversas razas de animales: el límite variable de la talla, en particular, está tres ó cuatro veces más circunscrito entre los hombres, que entre los animales. ¿Por qué han de aducirse en contra de la unidad del reino animal estas diferencias que jamás se invocan contra la de las especies animales?

En cuanto al color de la piel, tampoco prueba nada en favor de la antropología poligenista. Cierto que la raza Caucásica es blanca, y la Mongola es amarilla, y la Etiópica negra, y la Americana roja y la Malaya morena; mas estas diferencias de coloracion hállanse explicadas por una porcion de circunstancias, con tanta exactitud como las diversidades de orígen. La piel de todas las razas se compone de las mismas capas, dispuestas en el mismo órden: la dermis, la epidermis, y un cuerpo mucoso. Este cuerpo es susceptible de teñirse de todos los colores, por grados imperceptibles, desde el blanco al negro, bajo la influencia de causas en parte estudiadas. De aquí los variados matices de la piel en las razas humanas, matices que primitivamente han sido determinados ó por accidentes bruscos perpetuados por la herencia, ó por la accion lenta de los medios.

Los accidentes bruscos no son en manera alguna una suposicion quimérica. Un viajero inglés vió en el Hauran, al este del Jourdain, una familia en la cual el padre y la madre eran blancos, como lo habian sido todos sus antecesores, y todos los hijos eran negros. En cambio entre los negros se encuentran á veces individuos blancos, cuyo color excepcional se trasmite de padres á hijos (1). Bufon refiere el ejemplo, completamente auténtico, de un jóven y una jóven que á la edad de quince años vieron cambiado en blanco su color negro de un modo tan completo, que el negro sólo se distinguia en estado de *pecas*, que *embellecian* su rosada epidermis. En realidad las pecas no son más que puntos negros sembrados en el cuerpo de un blanco como para atestiguar que, puesto que subsiste la transicion del uno al otro de dichos extremos, han podido confundirse en un momento dado. Por su parte nos dice Camper que una jóven, durante el estado de gestacion, convirtióse en negra. Y si pasamos á las categorías inferiores en el reino animal, verémos que nada hay tan sujeto á cambios como el pelage y la coloracion del pelo, de manera que ha sido posible aplicar á los organismos lo que decia Linneo del aspecto de las plantas: *Nimium ne crede colori*.

¿Qué se requiere sin embargo, para constituir un grupo de color diferente? Que dichas anomalías se hayan fijado y transmitido por via de generacion. El carnero padre de la raza *mauchamps*, nació hace cuarenta años en Rambouillet de un verdadero capricho de-

(1) Pritchard. I, 222,-229,-126.

la naturaleza: al presente se ha multiplicado, y lo que no era más al principio que una excepcion, constituye hoy el gérmen de una posteridad numerosa.

Ewards-Lambert, americano, dice M. Quatrefages, justifica plenamente el apodo que se le diera de *el hombre-puerco espin;* pues estaba provisto de una cubierta oscura, de una pulgada de espesor que mudaba anualmente. Tuvo seis hijos de los cuales murieron cinco: el que sobrevivió contrajo matrimonio y á su vez tuvo dos hijos con cubierta como su abuelo. A poco que hubiese crecido esa familia de envoltura callosa, de seguro no habria faltado algun libre pensador que hubiese dicho y áun anunciado satisfecho, la aparicion de una nueva especie, y sin embargo sólo habria podido verse en ella la existencia de una raza más.

El abuelo de Colburu, el célebre calculador, tenia seis dedos en cada mano y en cada pié: casóse, y tuvo tres hijos que ofrecian el mismo fenómeno. La raza de los sexdijitarios hallábase en vías de formacion: de haber crecido, ¡qué argumento en favor de las opiniones poligenistas! y sin embargo, nada habria probado (1).

Es imposible imaginar el número de ramificaciones y de subdivisiones que habrian caracterizado el reino hominal, si los padres y las madres en lugar de favorecer las deformidades de su familia, no hubiesen procurado hacerles desaparecer por respeto á la santa imágen de Dios. Mas como el tinte más ó ménos pronunciado de la piel no constituye una alteracion de la forma humana, los primeros negros no tuvieron motivo para ver con repugnancia el proporcionarse una posteridad de su propio color. Es verdad que áun cuando la hubiesen experimentado, no habrian podido evitar las consecuencias, porque una vez impresa en el cuerpo una marca particular, debe persistir, si los indivíduos que la llevan, se unen entre sí durante muchas generaciones, sobre todo cuando las circunstancias que han influido en el nacimiento de esta particularidad, son favorables á su conservacion. Siempre resulta, escribe Waitz, que estas observaciones nos proporcionan un medio á propósito para explicar el orígen de las diversas razas (2).

Por lo demás la coloracion de la piel en negro ó en rojo no fué en manera alguna consecuencia de un accidente sobrevenido de un modo brusco, y repetido indefinidamente por herencia: la accion lenta de las influencias ambientes podria explicarla.

Los africanos se blanquean en nuestra zona templada sin llegar jamás á ser tan blancos como los europeos; al paso que los pueblos blancos se ennegrecen bajo la influencia de los trópicos, sin convertirse completamente en negros en Africa, ni en rojos en América.

---

(1) *El mundo y el hombre primitivo.* pp. 226, 722.
(2) *Antropologia de los pueblos*, etc.

Imagínese, sin embargo, una pareja blanca y la descendencia de la misma procedente, establecida perpétuamente bajo los rayos perpendiculares del ecuador; ¿no llegará un dia en que los lejanos vástagos de esos antepasados blancos, sean suficientemente obscuros para confundirse con los indígenas? Para observar esta fusion de colores, seria menester un experimento de muchos siglos. El hombre, cuya duracion sobre la tierra es efímera por demás, no puede llevarla á cabo; pero Dios que puede disponer de la eternidad, ha realizado insensiblemente el fenómeno. Sostener lo contrario es más fácil que probarlo. »

Lo que hay de cierto es, que el color de la piel no depende en manera alguna de una organizacion especial de la epidermis. Debajo de esta membrana existen granulaciones colorantes que contienen una materia más ó ménos obscura, granulaciones que, como en las demás razas, se encuentran en la blanca; por consiguiente puede decirse que existe en todos los organismos una propension, ó cuando ménos una disposicion á ennegrecerse. Esto es tan cierto, que los tipos más puros de la raza caucasiana, al aproximarse á los países y al régimen de la raza etiópica, adquieren el color de un modo muy pronunciado, de cuyo principio puede deducirse que durante los primeros tiempos del género humano, esta disposicion, desenvolviéndose en un grupo, en virtud de las influencias climatéricas llegó á perpetuarse, constituyendo la raza negra.

En cuanto al pelo tiene tan escasa importancia en la cuestion que nos ocupa, que sólo la ignorancia puede haber opuesto sus innumerables variedades á la teoría monogenista. «En efecto, el pelo es lanudo y crespo, ó largo y lácio, negro ó blanco, rubio ó rojo segun el régimen higiénico, el país y la mezcla de las razas. Lo mismo en el hombre que en todos los mamíferos, de todas las partes del cuerpo es el pelo la más sujeta á variaciones. Así se explica que pierda fácilmente su carácter nativo y se le vea experimentar las modificaciones más inesperadas.

Aquí puede decirse que entre nosotros y la raza que fué llamada de los *hombres hocicudos* existen otras diferencias que las del color; mas así como no son inconciliables con la unidad de nuestra especie las diferencias del color, tampoco lo son las de la conformacion del cráneo.

Nada ménos positivo ni más arbitrario, con frecuencia más contradictorio, y siempre ménos concluyente, que la aplicacion de la craneometría á la resolucion de las dificultades que nos ocupan. Ni la capacidad, ni la forma del cráneo se distinguen con perfecta determinacion entre unos pueblos respecto de otros. Así se explica que existan tantos sistemas como clasificadores de las variedades encefálicas de nuestra especie. Dos grandes fisiólogos han dicho respecto del particular la última palabra del buen sentido, para aquellos que no tienen opinion preconcebida contra semejante autoridad.

«Por más prevenido que se esté, escribe M. de Quatrefages, no podrá ménos que reconocerse que el esqueleto de la cabeza varía de una raza de animales domésticos á otra, infinitamente más que entre grupos humanos.» Por ejemplo y sin comparacion, la diferencia de las cabezas óseas no es ménos considerable entre el Caucasiano y el Mongol, que entre el jabalí y el cerdo, ó bien entre el perro de Filipinas, tamaño como un jumento, y el falderillo pequeño como el puño. Sin embargo, Linneo, Bufon, los dos Cuvier, Isidoro, Geoffroy-Saint-Hilarie, hacen descender todas las razas de perros de una sola pareja y refieren toda la raza porcuna al jabalí! ¿En qué consiste pues que las grandes desviaciones de la semejanza original no impidan á la ciencia el reconocer la unidad de las especies, y vea en pequeñas alteraciones motivos suficientes para negar nuestra unidad específica? Probablemente en que la ciencia es únicamente el pretexto para tales conculsiones.

Por consiguiente no puede atribuirse al indicio encefálico el valor de un carácter de especie; lo único que en él debe verse es un signo de la raza.

Otro sábio, cuya especial competencia es universalmente reconocida, M. Flourens, resume sus observaciones ante la Academia de ciencias, expresándose en estos términos memorables: «Los hombres, sea la que quiera la raza á que pertenezcan, blancos ó negros, rojos ó amarillos, tienen todos con cortas diferencias, que en último resultado no pasan de individuales, la misma capacidad craneana.»

«El cerebro además, no presenta diferencia alguna, absolutamente ninguna, ora pertenezca al hombre blanco, ora al hombre negro. Al contrario, el cerebro del negro difiere del del orangutan en todo, por su volúmen, y por sus lóbulos cerebrales: la parte dónde reside la inteligencia es dominante y característica en el cerebro del negro.

«En el dominio puro de la psicología, puede fácilmente marcarse el límite preciso que separa al instinto de la inteligencia; mas de hombre á hombre, de raza á raza, no existen más que variedades, matices, grados distintos que hace desaparecer la educacion: la unidad de la inteligencia es la última y definitiva prueba de la unidad humana (1).»

En presencia de semejantes testimonios, ¿qué importancia merecen las diferencias que afectan exteriormente á la constitucion del cráneo? La de una anomalía singular digna de ser observada; pero en manera alguna la de una objecion séria y formal. La formacion y la deformacion de los cráneos depende á veces, en su orígen, de presiones artificiales: muchos son los pueblos antiguos

(1) *Elogio de Tiedemann.*

que han acostumbrado comprimir la cabeza de los niños, para comunicarles lo que consideraban como el ideal de la belleza. En la actualidad existen provincias en las cuales pueden observarse tipos de cabeza prolongada y frente hundida, que son obra de las matronas que aprietan más de lo justo las vendas con que envuelven á los recien nacidos. De esta suerte se han obtenido cráneos achatados, prolongados, cónicos y esas diversas formas producidas desde luégo intencionalmente, han podido concluir por ser hereditarias por transmision.

Todavía concurren á la produccion del mismo fenómeno, más que las causas artificiales, influencias exteriores. Bar ha observado que los pueblos que moran á orillas del mar, y en las llanuras, tienen el cráneo más achatado que los montañeses, en los cuales se ofrece alto y abovedado. Pritchar ha manifestado que el método de vida no carecia de influencia en estas variaciones orgánicas, y en prueba de ello cita á los Irlandeses que, arrojados hace doscientos años de los condados de Antrim y de Down, gracias á una política bárbara, para ser confinados á una playa árida, han contraido en la miseria una fealdad repugnante: mandíbulas salientes, boca enorme y hundida, nariz aplastada, pómulos prominentes, piernas arqueadas, talla mezquina, miembros desmirriados hasta la deformidad; en una palabra: todas las condiciones físicas de los aborígenes de la Tierra-del-Fuego, y de la Nueva-Holanda.

Finalmente, el régimen alimenticio puede dilatar ó reducir la periferia de la caja osea. Tómense dos pueblos vecinos, consagrado el uno, por ejemplo, á la agricultura y á la jardinería, y alimentándose con trigo y arroz, como hacen los tártaros del Kour y los de Kasan, y otro pueblo ménos industrioso y ménos civilizado, pero que acostumbre á alimentarse de carne, y se verá que así como el primero, por lo comun, ofrece una superficie craneana poco desarrollada, el segundo tiene la faz más larga y las arcadas zygomáticas separadas. La gran separacion de dichas arcadas, dice un naturalista, da lugar á una amplitud de cráneo que está en relacion con el uso más ó ménos frecuente que el individuo hace de la carne. Por esto los carnívoros tienen esta separacion más pronunciada que los hervívoros, habiendo por consiguiente motivo fundado para preguntarse si semejante particularidad no demuestra la influencia de la alimentacion en las variaciones de la especie humana. A lo cual no tendria inconveniente en contestar de un modo afirmativo, porque todos los pueblos que se nutren de carne tienen las arcadas zygomáticas mucho más separadas que aquellos cuyo régimen alimenticio tiene una base puramente vegetal, como acontece con los Indos y los pueblos indogermánicos (1).»

(1) Bericht, etc., p. 10.

Despues de estas demostraciones, ¿á qué emplear en contra de la unidad de la especie anomalías que léjos de excluirla, no son más que la manifestacion de su libre desenvolvimiento? ¿A qué sorprenderse principalmente de que las influencias climatéricas é higiénicas produzcan en los hombres pequeñas transformaciones, cuando no causa la menor maravilla el verlas producirse en grande escala en los animales? En las Indias occidentales, por ejemplo, han sido vanas cuantas tentativas se han hecho para obtener lana, puesto que gracias á las cualidades del terruño, los rebaños pierden la lana y se cubren de pelo; en Guinea difícilmente pueden reconocerse los corderos como no se les oiga balar, gracias á hallarse cubiertos de un pelaje mondo semejante al de los perros. En cambio, en Angora, los carneros, las cabras, los gatos y hasta los conejos, se hallan cubiertos de un pelaje largo y sedoso. Obrando tan poderosamente la naturaleza física sobre el reino animal, ¿debe sorprendernos el que nuestro ángulo facial dependa un tanto de la latitud en que vivimos? Apliquemos á los hombres las leyes que rigen en la propagacion y modificacion de las especies inferiores, y comprenderémos las diversidades de la nuestra.

Por consiguiente, áun cuando sea imposible explicar históricamente, por falta de documentos, el orígen de las razas humanas, la fisiología permite creer en su derivacion de una sóla especie, por lo mismo que este modo de su formacion nada tiene de imposible, considerado científicamente.

II.

¿Las objeciones opuestas á esta verdad por la antropología poligenista tienen fuerza bastante para destruirla? Hemos enunciado lo contrario; mas nos falta probarlo. No necesitamos disminuir el número, ni rebajar el alcance de tales argumentos para vencer en definitiva: consignémoslos, pues, con toda su crudeza de expresion. 1.° Puesto que las razas humanas no son más que variedades de la especie perpetuadas, ¿por qué no se forman nuevas razas ya que todos los dias se producen nuevas variedades en la especie? 2.° ¿Cómo puede explicarse que una sóla pareja creada en la meseta del Asia haya podido ser el tronco de la poblacion americana? 3.° ¿De qué manera una sóla pareja, despues de la creacion y del diluvio, ha podido bastar á la multiplicacion rápida y prodigiosa de que tan frecuentemente se habla en los libros sagrados? 4.° Finalmente: ¿La inferioridad notoria de los negros, en lo que á su inteligencia se refiere, no es signo evidente de un orígen ménos noble? Todo este aparato de argumentacion es especioso; pero carece completamente de solidez. Contestemos á esta cuádruple dificultad de-

ducida de la estabilidad de las razas, de su dispersion, de su multiplicacion y de su desigualdad intelectual y moral.

¿Por qué razon no se forman nuevas razas? En apoyo de esta objecion aducen nuestros adversarios algunas de las pruebas de que nosotros nos valemos. Convenimos, dicen, en que para los hombres los límites de la variacion deben ensancharse más que para las especies animales. El clima es el que determina tales variaciones, y el hombre soporta mayor número de climas distintos que el animal. El método de vida influye tambien en las variaciones, y los hombres cambian incesantemente, al paso que los animales observan el mismo constantemente. Tambien entra por mucho el grado de civilizacion, y al paso que el hombre sube y baja en la escala que la constituye, los animales permanecen constantemente estacionarios. Por consiguiente, por lo mismo que el hombre tiene mayor espacio para cambiar, la mutabilidad de su constitucion física debe extenderse mucho más. ¿En qué consiste, sin embargo, que no cambie? ¿No debe verse en esto la prueba de que las razas son tipos, y no modificaciones de un tipo anterior?

¿Es realmente cierto que si quisieran perpetuarse por la seleccion las anomalías orgánicas de nuestra especie, no se llegaria á formar una posteridad de sexdigitarios, de hombres con cubierta, etc., etc., y por consiguiente de una nueva raza? Por mi parte me guardaré muy bien de resolver la cuestion en sentido negativo, mas presumo que el que no se forme hoy una nueva raza, no autoriza para sostener que ántes no se haya formado.

Hoy son las razas casi constantemente idénticas á sí mismas, porque han alcanzado los límites extremos de su variabilidad; pero en una época más atrasada, en la cual las condiciones biológicas y meteorológicas del globo eran muy diferentes, las razas experimentaban modificaciones que al par se agotaron y transmitieron: algunos grupos ya nombrados las personifican. Bajo esta relacion la humanidad es comparable al hombre. Durante la infancia, existe en él una virtud plástica que comunica crecimiento y solidez á los miembros, la forma característica á los rasgos más salientes, desenvolvimiento y vigor á los músculos; más tarde esta virtud deja de obrar, esperando el momento en que su propio trabajo decrezca en el organismo del anciano. De la propia suerte durante la infancia del mundo, cuando tenian lugar las grandes revoluciones telúricas y siderales, existia en la naturaleza una tendencia general á imprimir rasgos muy marcados en los habitantes de nuestro planeta. Entónces, al propio tiempo que nuevos continentes, surgian razas nuevas, porque las modificaciones destinadas á convertirse en rasgos indelebles, eran recibidas más fácilmente por un género humano en su cuna, y más profundamente grabados por una creacion que producia grandiosos partos. Más tarde, habiendo dismi-

nuido la fuerza de compresion de la naturaleza y aumentado respectivamente la fuerza de resistencia de la humanidad, estableciéronse las razas mediante este equilibrio.

Y no se diga que habiendo desaparecido los accidentes modificadores, representados por los trastornos geológicos, debieron terminar las modificaciones en virtud de la ley, *cessante causa, cessat efectus*. Todos los cuerpos se hallan dotados de una propiedad que se llama inercia, segun la cual tienden á permanecer tales cuales son, en tanto no concurre á cambiar su estado una fuerza que obre en sentido inverso: la inercia orgánica de las razas las conserva hoy porque las energías de la naturaleza carecen de fuerza suficiente para destruirlas, y si en otro tiempo no las han preservado de algunas vicisitudes, consiste en que cedió á las violencias exteriores. Por esto el árbol del género humano que en un principio se dividió en muchas ramas, posteriormente sólo se ha desarrollado por el tronco. Mas ¿no es este precisamente el modo como crecen todos los árboles?

Por lo demás, ¿no podríamos volver al revés el argumento que acabamos de rebatir? Los poligenistas imaginan crearnos obstáculos diciendo: si las razas no son más que ramas y no troncos, ¿porqué no se forman otras nuevas? A nuestra vez les dirémos: si las razas constituyen troncos autóctonos, ¿porqué ha terminado su multiplicacion? ¿Porqué se ha concluido la semilla que debia producir nuevos séres? ¿En qué consiste que se haya agotado el seno maternal? Ponednos pues de manifiesto una nueva especie, y dejarémos de creer en la unidad de las antiguas.

La parte adversa hostiga tambien á los que sostienen la monogénia, preguntándoles de que modo explican científicamente que pueda atribuirse á una sola pareja primitiva, procreada en el Asia, la poblacion del Nuevo Mundo descubierto casi sesenta siglos despues.

Hagamos notar desde luégo que si los pueblos de América tienen entre sí no pocas semejanzas, bajo el punto de vista de la estructura craneana ofrecen diferencias que así les asemejan á la raza mongólica como á la malaya. «La semejanza entre la raza americana y la mongólica dice Humboldt, se observa principalmente en el color de la piel y en el pelo, en la barba que es escasa, en los pómulos que son prominentes, y en la direccion de los ojos. La especie humana no encierra razas que guarden entre sí más analogía que la americana y la mongola, así como las de los Mandchoux y los Malayos (1).»

Admitidos estos hechos, la emigracion del Antiguo mundo al

(1) Citado por Pritchard, p. 363.

Nuevo ha podido realizarse por el estrecho de Behering, que, en el punto más reducido, mide únicamente diez millas de anchura. Los Esquimales que habitan en las regiones hiperbóreas, pertenecen al tipo mongol, que se halla extendido sobre todas las comarcas vecinas al polo norte. Posible es que otros pueblos mongoles hayan pasado del Asia á la América por la cadena de las islas Aleutianes: al sud del Asia, en la direccion de la América meridional, existe igualmente una extensa série de islas agrupadas en una extension de cien grados, con la circunstancia de que los otros cincuenta grados ofrecen una laguna completa; lo que prueba que dicho archipiélago, hasta las islas Sandwich, ha sido poblado primitivamente por los Asiáticos, es la conformidad de sus habitantes, bajo el punto de vista de la constitucion física, de los idiomas y de las costumbres, semejantes en un todo á las asiáticas.

Tambien se explicaría fácilmente la inmigracion de estos insulares á la América, suponiendo, con ciertos geólogos, que dichas islas son restos de una lengua de tierra que servia en otro tiempo de puente entre el Asia y la América meridional, y que con posterioridad fué roto por las corrientes marítimas. Si se fija la atencion en el Grande Océano, escribe Vogt, puede decirse que antiguamente, en el lugar que ocupa, existia un continente que ha desaparecido y del cual solo restan las cimas más elevadas, formando hoy los innumerables grupos de las islas que lo cubren. Esta opinion parece tanto más verosímil, en cuanto el fondo del mar pacífico se halla sembrado de arrecifes (1).

Finalmente ¿no podría suponerse tambien, con gran verosimilitud, que los habitantes de la costa oriental del Asia fueron transportados á América á consecuencia de algun naufragio? Tenemos recientes ejemplos de buques japoneses arrojados por la tempestad á las playas de las islas Sandwich en el norte, del Gran Océano, y áun hasta la misma embocadura de la Colombia (2).

Tales son las vías por medio de las cuales los inmigrantes malayos ó mongoles han podido trasladarse desde el Oriente á América; con la circunstancia de que tampoco sería imposible que una parte de la inmigracion hubiese partido del oeste de Europa. Ya en el siglo décimo los Normandos llegaron á las costas orientales de América, pasando por la Irlandia y la Groenlandia. De manera que, segun lo expuesto, Caucasianos, Mongoles y Etíopes, mucho ántes del descubrimiento del Nuevo-Mundo, pudieron llegar, unos en pos de otros, al hemisferio occidental, confundiendo en él su sangre y sus sudores.

Y puesto que lo que acabamos de exponer relativamente á la

---

(1) *Geología* II. § 1005.
(2) *La Biblia y la Naturaleza.*

propagacion de las razas, no pueda ser debidamente demostrado, es por lo ménos muy verosímil. Waitz y Giebel, que no reconocieron en manera alguna la unidad de orígen de la especie humana, admiten sin embargo la posibilidad de semejante dispersion. «Aun en el estado primitivo, dice Giebel, podia el hombre disponer de tantos medios de transporte, para trasladarse de un extremo del mundo al extremo opuesto, que no es lícito poner en duda la mera posibilidad de la difusion de la especie humana por toda la tierra partiendo de un punto central.» Waitz añade por su parte: «La dificultad en las peregrinaciones no puede oponerse en manera alguna á la opinion que sostiene que los hombres se han extendido partiendo de un solo punto. Esta dificultad en ningun punto se ofrece más grave que en el mar del Sud, y sin embargo la perfecta unanimidad que reina en toda la Polinesia, bajo el punto de vista del lenguaje, de las tradiciones y de la religion, no permite suponer en esos insulares un orígen distinto (1).»

¿No es esto más de lo que se necesita para explicar la dispersion de la posteridad adamita, sobre la extension de la tierra? ¿Puede la unidad del género humano experimentar el más insignificante perjuicio, á consecuencia de esta marcha asignada á las emigraciones primitivas? ¿Dejaríamos de ser hijos de una misma familia, porque en un momento dado, la familia, numerosa en demasía, hubiese refluido de uno á otro hemisferio?

El argumento basado en una multiplicacion desproporcionada á la fecundidad de una sola pareja, es la tercera objecion de los poligenistas. Vogt la ha formulado en los siguientes términos. «El que presta fé á la Biblia, ha de prestarla á todo cuanto encierra: por consiguiente el que reconoce á Adan como padre único del género humano, debe tambien conceder dicha dignidad á Noé que, despues del diluvio, quedó sólo en la tierra con sus tres hijos. Ahora bien, ¡qué prodigiosa fecundidad debió ser la de las tres razas de Sem, Cham y Jafet, para producir en unos quinientos años, cuando más, millones de hombres, solamente en las regiones del Egipto, puesto que los monumentos de Nínive y Babilonia atestiguan que naciones numerosas poblaron el Asia Menor inmediatamente despues del diluvio?» El autor de la objecion con una inconveniencia por cierto muy distante del asunto añade: «Los ratones y los conejos, debieran desesperar de tener en tan reducido período tan numerosa posteridad.»

Vogt ha dicho tambien, no recordamos precisamente dónde, que no es matemático, y en verdad que para conocerlo, no es menester que lo diga, basta con examinar sus cálculos. Suponiendo que cada

---

(1) Wiseman, disc. IV.

pareja humana haya engendrado por término medio seis hijos en el período comprendido entre los veinticinco y cincuenta años, el número de los hombres al cabo de cuatro siglos y medio despues del diluvio, habria podido alcanzar la cifra de 800 millones. Es verdad que actualmente no existe país alguno en que la poblacion crezca con tanta rapidez; mas entónces no existian las causas que en el dia. A pesar de esto, en época muy reciente se han aducido ejemplos análogos de semejante progresion. A fines del siglo anterior, algunos marineros ingleses y algunos indígenas de Tahiti, establecié-ronse en una isla del Oceano Pacífico: en 1800 existian en dicha isla, 19 niños, un hombre y algunas mujeres: en 1855, encontrá-banse 187 personas, con la circunstancia de que habian muerto muchas á consecuencia de accidentes extraordinarios y fortuitos. En otra isla habitada por vez primera en 1589 por náufragos ingleses, existia al cabo de ochenta años una poblacion de 12,000 almas que descendia toda de cuatro madres.

Acosta que ha escrito la historia de la Nueva España, nos dice que no era cosa rara encontrar propietarios de cien mil carneros; y esta prodigiosa multiplicacion habíase operado en cien años, puesto que á la llegada de los españoles no existia en el país un sólo carnero. Los caballos y los bueyes sólo fueron conocidos en América despues del descubrimiento llevado á cabo por Cristóbal Colon; y sin embargo hoy se encuentran en rebaños de millares de cabezas, que viven en estado salvaje en las montañas y en las llanuras, sin contar los muchísimos que emplea el hombre en su servicio. Finalmente, en el siglo precedente se exportaban cada año un millon de cueros de buey de Buenos Aires y del Paraguay, lo cual supone una posteridad innumerable, resultante de las siete vacas y un toro abandonados en esas comarcas en 1546. Ahora bien, si dichos animales, en cierta manera han pululado en un tiempo relativamente corto, no obstante la persecucion de los hombres, ¿por qué razon no ha de haber crecido el género humano en circunstancias más favorables y durante un período mucho más largo (1)?

Por consiguiente nada se opone á que nuestra especie humana proceda de una sola pareja: por esto como si Vogt estuviese convencido de la falta de exactitud de sus cálculos, llama á la Biblia en su auxilio.

Despues del asesinato de Abel, dice, la posteridad de Adan se hallaba concentrada en la persona de Cain, porque Seth y los demás hijos é hijas que menciona el Génesis, no habian nacido todavía, segun todas las probabilidades. Cain se lleva consigo á su mujer, y funda una ciudad y Dios le imprime sobre la frente una señal para que nadie le mate, este signo podia servir únicamente para los

---

(1) Vagnes II. 180.

hombres, puesto que el lobo no respeta al cordero señalado, y si era para los hombres, es una prueba de que el mundo se hallaba ya poblado por una familia que no era la de Adan.

Una brevísima explicacion bastará para dejar completamente disipados tales errores. El Génesis sólo contiene algunas noticias sueltas de la historia primitiva. En la narracion mosáica van continuados unos en pos de otros, acontecimientos diversos, que se hallan separados cronológicamente por intérvalos muy considerables. Ahora bien: el texto sagrado no fija la época del fratricidio, ni la de la fuga de Cain, ni la de la fundacion de la ciudad. Entre esos diversos acontecimientos pueden haber transcurrido siglos enteros. ¿Fundó Cain la ciudad inmediatamente despues de haber cometido el crímen? No se consigna. Lo que sí se expresa es que la mujer de Cain era ó una hija de Adan, es decir, una de sus hermanas, nacidas despues de Seth, ó una de sus sobrinas. Enseña San Agustin en la *Ciudad de Dios*, que estos enlaces entre parientes eran entónces, necesarios porque la humanidad debia descender de una sola pareja.

Cuando Cain abandonando el país de Edén expresa el temor de perder la vida, no revela con ello que considere como habitadas otras comarcas. Lo que de sus recelos se deduce es el temor de que la familia de Adan, cruelmente herida por su crímen, vengue un dia la sangre por su mano derramada, y como le quedaban muchos años de vida, nada tenian de quiméricos sus temores, puesto que de las cifras que dejamos consignadas, á la edad de cincuenta años, Cain debia tener, ante ochocientos millones de descendientes, la responsabilidad de su fratricidio (1).

El dógma de la unidad triunfa pues del argumento de la dispersion, del mismo modo que del de la multiplicacion humana. ¿Ofrecerá para él mayores inconvenientes el que se funda en las desigualdades intelectuales y morales de las diversas razas?

Los poligenistas han exagerado en apoyo de su tésis los caractéres físicos en virtud de los cuales se distinguen los negros de los blancos. En efecto, no todos los negros se parecen á las poblaciones de la Guinea, consideradas como el tipo de la raza. En el Congo, y sobre las costas de Mozambique, encuéntranse hombres de pelo lanudo y piel negra, cuyos rasgos son sin embargo europeos. Muchos grupos de este color parécense en el fondo á ciertas figuras de la Grecia, hasta tal punto, que los lábios abultados y la nariz deprimida, constituyen para ellos el rasgo caracterìstico de los séres degradados.

Pero especialmente bajo el punto de vista intelectual y moral,

---

(1) Véanse Delitzsh p. 205, y Reusch. p. 325 y sigs.

dice un piadoso misionero, se les ha hecho más negros de lo que realmente son. El juicio de M. Flourens, que dejamos expuesto, constituye en este asunto una sentencia inapelable, confirmada diariamente por las observaciones etnográficas. «Entre hombre y hombre, entre raza y raza, sólo existen grados, variedades, matices de inteligencia que la educacion hace desaparecer.»

«Despues de haber permanecido durante veintitres años entre los descendientes de Cam, dice Cazalés, y haber procurado serles útil, me siento movido todavía á hacer cuanto pueda en beneficio de una raza cuyas desgracias han conmovido profundamente mi corazon, y que no obstante su envilecimiento, considero no ménos perfecta que la nuestra, bajo el punto de vista de las facultades del alma, del corazon y de la inteligencia.»

Los Hotentotes, los Cáfres, los Bosquismanes, los mismos Australianos, esos descendientes degenerados del negro, no son en manera alguna tan *incivilizables* como se ha dicho. Convenido que no tienen como nosotros la propension y naturales condiciones para adquirir el desenvolvimiento individual y social, y que no sin motivo preguntado el Reverendo Liebermam por el éxito de su apostolado en el Africa, decia: «hasta ahora sólo hemos alcanzado una cosa, morir»; mas que el Cielo envie durante largo tiempo á esos pueblos, en vez de civilizadores armados que les arrebatan el oro dejándoles en cambio los vicios, civilizadores que se sacrifiquen por ellos, y ante semejante espectáculo se reconocerán las criaturas de un mismo Dios, y la mútua simpatía engendrará todos los progresos.

Los Slavistas han rebajado á los negros para darse la razon contra ellos, y han acusado al apostolado de optimismo respecto de sus neófitos. Sublime optimismo en todo caso, aquel que hace tomar la defensa de sus verdugos. Pero el misionero que pasa su vida entre los negros, es siempre más digno de fé en lo que dice, que los viajeros insustanciales, ménos deseosos de ver, que de regresar á su país para poder contar lo que han visto. En cambio los viajeros contemporáneos, y los sábios más distinguidos han hecho á los negros la misma justicia que sus apóstoles. Los Fantis y los Archantis, es decir, las tribus más atrasadas de la raza africana, tienen leyes, artes, ciudades, un culto, y por consiguiente una civilizacion elemental. No obstante sus desventuras, la posteridad de Cham ha contado en su seno héroes de humanidad y de valor, escritores, sábios y poetas. El célebre negro Linette Geoffroy á quien he aludido en uno de los precedentes capítulos, fué nombrado en el siglo último correspondiente de la Academia de Ciencias de París. Los negros Bassoutos tienen una literatura propia, ó cuando ménos ciertos rudimentos poéticos, algunos de los cuales hánse creido dignos por Cazalés de ser vertidos al francés. En general, es cosa sabida, los negros se elevan á este grado de cultura, mediante los productos intelectuales de las otras razas; mas tampoco debe perderse de

vista que el desenvolvimiento de nuestro espíritu resulta del contacto con las inteligencias de todos los siglos. La revelacion divina y humana forma una masa de ideas á la cual debemos acudir constantemente, si queremos vivir y crecer en el terreno de la inteligencia. En el mero hecho de que los negros puedan acudir á este manantial inmenso, en cuanto se pone á su alcance, debemos ver una prueba de que como nosotros son susceptibles de desenvolvimiento, y de que, ya que no tengan nuestra civilizacion, son aptos para alcanzarla.

Por lo que dice relacion á sus facultades morales, no ignoro hasta qué punto se afecta encontrar al negro inferior, con el objeto de tener una razon para declararle, no sólo de otra raza, sino tambien de distinta especie. Su pereza, su ingratitud, su insensibilidad respecto de las bondades que se le prodigan, su supersticion, han hecho el gasto, durante mucho tiempo, á las teorías anti-humanas de sus opresores. Y sin embargo, ¿qué es su pereza, sino resultado natural de su prolongada esclavitud? El hombre ha menester la escitacion al trabajo con la esperanza del lucro. El negro, sea activo, sea indolente, emplee bien ó mal el dia, no ve mas recompensa al término de su jornada, que su pan negro y su mísera cabaña. Su insensibilidad respecto de las bondades que se le dispensan, se explica perfectamente si se considera que al verse vendido como artículo de comercio, juzga las atenciones que se le guardan como medio para explotarle mejor. Devuélvasele la libertad, y contestará con el reconocimiento y la gratitud á los beneficios que se le dispensen. La supersticion más bien que verdadero signo de la inferioridad de su orígen es el fruto de su ignorancia, y el crímen de aquellos que le mantienen en ella para mejor dominarle.

No se desespere, pues, del negro, y sobre todo, no se le desespere; establézcase su libertad en las costumbres y sobre todo en las leyes; despójense los blancos de ese desden innato, de esa prevencion íntima con que miran á sus hermanos de color, que sobrevive á los decretos de emancipacion; no se rechace el matrimonio con las hijas del negro; no se avergüence nadie de tenerle por comensal; no se cambie de sitio en las fondas y en los cafés de América, al ver en la misma sala ó en la mesa vecina á un hombre cuyas uñas están matizadas de negro; en suma, tratemos á los negros como hijos de un mismo Dios, como descendientes de un mismo padre, cubiertos con la sangre de la misma redencion, y predestinados á la misma gloria, y no tardaremos en obtener el trabajo y la gratitud, en cambio de un verdadero amor.

Cuanto en bien y en mal se ha dicho de los pueblos negros, puede aplicarse á los australianos. Postrados en virtud de las mismas causas, se elevarán por los mismos medios. Esas causas son una prueba de la fé, más bien que una objecion que oponer á la misma. Para la antropología transformista, la inmovilidad de los

negros y de los australianos constituye un problema difícil de resolver. En efecto, puede decírsele: Puesto que la naturaleza por sí sola, en virtud de su fuerza intrínseca, se eleva al perfeccionamiento orgánico y moral, ¿en qué consiste que permanezca estacionaria en este grado de civilizacion tan extremadamente bajo, en que ha sido posible tomar al negro por hermano del orangutan, y al australiano por congénere del mandril?

Mas, á los ojos de la religion, el asunto cambia de aspecto: los negros no representan en manera alguna una especie detenida en su crecimiento, son al contrario, la expresion de una decadencia. Segun la clasificacion eminentemente científica adoptada por Flourens, son la posteridad de Chanaan, que fué maldecida por su padre, y vienen á ser, sin comparacion absoluta, como dos pecados originales reunidos sobre su cabeza. ¿Hay por qué admirarse de que opongan al parecer una resistencia invencible á la educacion de la civilizacion europea y del Evangelio?

Por lo demás, esta maldicion no se ha perpetuado en la raza negra sin la culpa de sus abuelos. La inmoralidad, largo tiempo perseverante de estos últimos, acumulando sus consecuencias en su posteridad, basta para explicar todas las degradaciones. «Entre los pueblos adolescentes y jóvenes, cuando han sacudido el yugo de la religion, la caida no tiene límites. Chanaan y su descendencia han escandalizado la historia con el asqueroso espectáculo de sus vicios... Entre los Fenicios encontramos la voluptuosidad erigida en acto de religion... Si vicios semejantes han llegado á imperar durante siglos continuados entre los negros y los australianos, ¿no tenemos lo suficiente para ver en ello la esplicacion de su envilecimiento? La maldicion de Dios agravada por el progreso del pecado se traduce por rebajamientos graduales. Su término es el estado salvaje para un pueblo entero, y una degradacion fisiológica é intelectual, cuyo estigma se transmite por herencia á los individuos.

«El error de los poligenistas consiste en haber explicado, mediante la diferencia de especie, lo que no es más que resultado de los vicios endémicos y seculares de un pueblo... y principalmente, en declarar incurables las llagas que el cristianismo puede tratar con éxito, no obstante su grandísima profundidad.

«Cuando se piensa en que el dogma de la fraternidad humana ha sido enseñado en el Pentatéuco en una época en que todos los pueblos, perdido el recuerdo de su fraternidad original, se odiaban mútuamente, se comprende que la Biblia ha sido inspirada por Dios.»

De cuanto acabamos de exponer, resulta que los diversos gru-

---

(1) *El Mundo y el hombre primitivo*, pp. 363 á 369.

pos humanos pueden reducirse á un sólo tipo constituyendo la especie, y que Adan y Eva han podido dar nacimiento á todo el género humano. Por via de consecuencia, resulta tambien, que la unidad de la especie humana no es solamente una doctrina de gran alcance moral y un dogma cristiano, sinó que es además una importante y profunda verdad científica (1).

(1) De Quatrefages.

CAPÍTULO XV.

La fé y la antropologia antehistórica ó la antiguedad de la especie humana.

El hombre procede de Dios como hijo y en línea recta, no como el producto de una série ascendente de transmutaciones. Por su superioridad física, intelectual y moral, forma un reino superior á la simple animalidad. Resulta de una sola pareja sin que exista dificultad alguna propiamente científica que pueda prevalecer contra las pruebas de semejante orígen. Queda todavía por resolver una postrer cuestion antropológica, y es la que se refiere á la época en que apareció el hombre en la tierra. No tenemos la pretension de saberlo con exactitud; mas nos bastará probar que no están nuestros adversarios más enterados que nosotros, para que el terreno resulte despejado de una objecion más rebatida que formal, y la Fé quede libre de toda responsabilidad que pueda comprometerla en semejante debate.

Difícil es, por todo extremo, manifestar hasta qué punto se ha ejercitado la imaginacion de los *sábios* en las obscuridades de nuestro pasado. El uno retrasa las primeras edades de la humanidad hasta una época *inconmensurable* (1). El otro, en vista de las armas con puntas de hueso y fragmentos de sílice elaboradas por nuestros abuelos, juzga que cuentan veinte mil años; lo cual no le impide descubrir en tales fragmentos, bien que dejándose llevar de cierta inclinacion á una *curiosidad fantástica*, que nuestros padres fueron aficionados á la cerveza y tenian el pelo bermejo (2). Este no se sorprenderia si le aseguraban que la especie humana cuenta cien mil años de existencia (3). Aquel se siente desvanecido ante la nueva consideracion del tiempo extraordinario que ha debido transcurrir desde que el hombre ocupa la Europa occidental. Por último, en tan-

(1) Bertillon. *Moniteur*, 1867.

(2) Eduardo de Beaumont. No se confunda con Elías, del mismo apellido, el más circunspecto y autorizado de los geólogos franceses.

(3) W. Simonis.

to que M. Boucher de Perthes, con una reticencia harto expresiva escribe: Dios es eterno; pero el hombre es muy viejo, no faltan quienes pretenden insinuar que el hombre podria ser no ménos eterno que Dios, si quedase lugar para Dios en un sistema que erige en principio la *eternidad de la vida orgánica* (1).

La antropología negativa llega á dichas conclusiones por diferentes caminos. Á veces argumenta como Darwin y Lamark, basándose en la falta de fijeza en las especies, y calcula que para desarrollarse en inteligencia desde el mandril á Voltaire, la naturaleza ha menester un lapso de tiempo dos ó tres mil veces secular. Dejamos contestada la objecion presentada en estos términos, al refutar el sistema transformista que le sirve de base. Otras veces procede la negacion de la teoría del progreso contínuo, y sienta que si la humanidad, para salvar tal distancia, ha necesitado tal número de siglos, el dato inicial de su marcha debe referirse á tal época. Mas, llegados á este punto, surgen no pocos obstáculos para acreditar dicha conclusion. ¿Son conocidas todas las etapas de la humanidad? ¿Puede adicionarse su presunta duracion, sin temor de equivocarse en el total? ¿Es realmente cierto que la humanidad no se haya fijado y permanecido en un punto más que en otro, y á veces hasta retrogradado un dia para ganar en el siguiente el camino perdido, cual esos peregrinos de la Meca que dan un paso atrás para cada dos hácia adelante? Una negacion que en tales bases se funda es demasiado incierta para ser peligrosa: á más de que, por lo mismo que pertenece completamente á la filosofía de la historia, mas bien que á la ciencia, no tenemos por qué ocuparnos de ella en este lugar. Finalmente, la antropología ante-histórica se apoya en testimonios arqueológicos, y bajo este punto de vista debemos considerarla y combatirla.

Expongamos ahora sumariamente esta doctrina. Encuéntranse huesos humanos, productos de la humana industria y restos de las especies animales, depositados en las profundidades de un mismo terreno no *removido*. Estos hombres y estas especies evidentemente han vivido juntos, puesto que los huesos pertenecientes á las últimas llevan entalladuras, estrias, quebraduras y otras señales hechas intencionalmente, que revelan que el hombre mató los animales para consumirlos, ó por lo ménos quebrantó sus miembros para labrarse utensilios. Ahora bien, añade la arqueología antidiluviana, las transformaciones geológicas que han debido realizarse con posterioridad á la formacion del depósito en que descansan dichos fósiles, no pueden explicarse, si no se admite una duracion que traspasa todos los sistemas cronológicos.

Aquí la objecion se subdivide, segun que se trata de uno de los

---

(1) Dally.

tres objetos mencionados en la fórmula general, es decir, de los huesos humanos, ó de las labores ejecutadas por la mano del hombre, ó de los huesos de las especies animales; y en cada uno de estos objetos basa inducciones igualmente atrevidas, relativamente á la edad del mundo y á la del hombre.

A propósito de los fósiles humanos, dice: Hasta ahora se habia creido que el hombre habia hecho su aparicion sobre la tierra durante el período cuaternario ó post-plioceno, y que no se le descubriria debajo del sedimento llamado *diluvium* (1), proveniente de este cataclismo, ó mejor, de esta série de cataclismos que, en opinion de algunos geólogos, fueron la sepultura del mundo primitivo. Sin embargo, los trabajos de M. Boucher de Perthes sobre el *hombre ante-diluviano*, los fósiles de Denise encontrados en una roca volcánica próxima á Puy-en-Velay, y finalmente, las observaciones hechas por M. Desnoyers y por el Rdo. Bourgeois en las canteras de Saint-Prest, en las cercanías de Chartres, prueban que el hombre habitó el suelo superior, y acaso la capa media del terreno terciario, llamados por Lyell plioceno y mioceno. Pero como en opinion de todos los geólogos, las capas terciarias han exigido un lapso de tiempo incalculable para su formacion, si el hombre es de esa época, ¡de cuántas miríadas de siglos ha de estar fechada su acta de nacimiento!

En lo que concierne á los huesos fósiles de los animales, la objecion se presenta bajo esta forma. El descubrimiento llevado á cabo en Aurignac, proporciona un ejemplo perfectamente comprobado de una sepultura humana, indudablemente contemporánea de las hienas, del oso grande de las cavernas, del rinoceronte, y de otras muchas especies extinguidas, frecuentemente calificadas de antidiluvianas. La reunion, en este punto, de restos de animales diversos, débese indudablemente á la intervencion exclusiva del hombre; en primer lugar, porque ha sido imposible el acarreo de tales restos por otros agentes, ya que nada acusa en este sitio invasion acuosa alguna, ni trastorno topográfico; y despues, porque tenemos una prueba de que dichos animales fueron introducidos en la caverna despues de haberlos muerto, en el hecho de haber sido roidos los huesos por las hienas, despues de haberlos el hombre hecho pedazos (2). Por su parte, M. Desnoyers ha encontrado huesos del *elephas meridionalis* marcados con incisiones practicadas por la mano del hombre, cosa que probaria la cohabitacion del hombre con este animal, en una misma formacion geológica. La conclusion de tales premisas no puede ser más óbvia. Si el hom-

---

(1) Como se ve, se toma la causa por el efecto. En virtud de la misma figura, y á fin de *distinguir* cosas que ofrecen muchas semejanzas; los depósitos y otras huellas dejadas par el agua, durante el período histórico se han llamado *aluvion*.

(2) Lartel. *Memoria*.

bre es tan antiguo como estas especies, lo es infinitamente más de lo que dice la historia.

En cuanto á los productos de la industria humana, hachas, cuchillos, rascadores de pedernal, javalinas con puntas de hueso, esquifes y restos de habitaciones, sepultados aquellos en las profundidades del suelo, estas en el limo de los lagos, deponen elocuentemente en favor de la antigüedad del hombre, por muchos de sus caractéres: 1.° por los dibujos que llevan grabados, y que por lo mismo que son reproduccion de una fauna y una flora antidiluvianas, revelan la existencia de escultores antidiluvianos; 2.° por la materia de que están compuestas dichas obras, materia que, segun los elementos que las constituyen, las hace referir á uno de los cuatro períodos antehistóricos, la edad de la piedra bruta, la de la piedra pulimentada, la del bronce, ó la del hierro; 3.° y finalmente, por la profundidad á que se encuentran sepultadas, que puede servir de cronómetro á los que miden los siglos por los alzamientos del suelo.

Moralidad más ó ménos manifiesta de tales teorías: El Génesis del hombre, segun la Biblia, es una leyenda que carece de valor histórico.

Tal es, con toda la claridad de que parece susceptible, la cuestion propuesta al exámen de la razon. ¿Puede resolverse en favor de la Fé? Lo creemos firmemente, fundados en los siguientes motivos que vamos á desarrollar: porque la Fé no se halla empeñada en este debate; porque áun cuando lo estuviera, no se veria comprometida por el mismo.

I.

La Fé sólo podria verse empeñada en la compleja cuestion de la antigüedad del hombre, si respecto del particular hubiese aceptado fechas, opiniones científicas ó dógmas que estuviesen en oposicion con los hechos archeo-geológicos. A pesar de la creencia contraria ora de sus adeptos poco instruidos, ora de parte de los sistemáticos detractores de la ortodoxia, no es así: la Fé está desinteresada lo mismo en lo pasado que en lo porvenir de este litigio, porque ni cronológica, ni científica, ni dogmáticamente ha tomado partido alguno contra las verdaderas demostraciones científicas.

Cronológicamente, resulta de un conocimiento siquiera poco exacto de los cómputos bíblicos. La exegesis reduce unas veces á cuatro mil años el tiempo transcurrido entre la creacion del hombre y la venida de Jesucristo, otras lo extiende á cinco y hasta á seis mil. Ocasiones hay en que se fija en estas cifras, otras vá más allá todavía. En vista de tantas y tan diversas opiniones, casi todas

apoyadas en graves autoridades, la Iglesia jamás ha fijado dogmáticamente su cronología hexamérica. Queda pues franco y expédito el camino á la ciencia de nuestros orígenes, y la antropología, so pena de heregía, no puede verse obligada á fijarse en tal ó cual límite, en sus suposiciones relativas á la edad de los habitantes de la tierra. Indudablemente la version de los setenta, en cuanto á sus datos principales, nos parece preferible al texto hebreo; mas por lo mismo que difieren respecto del particular, el texto hebreo y el samaritano y el de los setenta, no estamos obligados á este ó á aquel, ni á ninguno de ellos. No censuro á los expositores que, siguiendo las huellas del doctor Reusch, esfuérzanse en encuadrar todos los acontecimientos históricos y pre-históricos en el período de seis mil años, con tanto menor motivo, en cuanto hay muchos sábios que se han propuesto probar con Leonhard, «que el hombre es una criatura muy reciente en la tierra (1).» Sin embargo, conviene no apoyarse nunca en cálculo alguno exegético, como si fuera autoridad infalible, para combatir los descubrimientos de las ciencias profanas, especialmente cuando tales descubrimientos son un hecho.

Eusebio de Cesaréa habia vislumbrado las ventajas de semejante procedimiento cuando escribia hace mil quinientos años, «Nadie pretenda adquirir un conocimiento exacto de los tiempos. Vosotros no podeis saber ni las horas ni los tiempos que el Padre ha reservado á su poder. Segun el modo de hablar de nuestro Dios y Señor, no aplica únicamente esas palabras tan precisas al tiempo marcado para el fin de las cosas, sinó tambien á todos los tiempos, á fin de detener á aquellos cuyo espíritu se aplica á investigaciones vanas y por demás atrevidas. Por consiguiente dirémos que no nos es posible comprender ni la cronología de los Griegos, ni la de los Bárbaros, ni la de los Hebreos.»

No se juzgue que sea esta la teoría del escepticismo histórico; cuando ménos estaria muy fuera de lugar en la apología de una religion fundada en la historia. Mas si la substancia de los hechos es de fácil conservacion, los signos que expresan los números pueden alterarse con la mayor facilidad. Cada pueblo ha tenido sus divisiones particulares del tiempo y su modo de contar. Nada más fácil que la conversion de ciertos períodos y de ciertas fechas antiguas, en su equivalente aritmético de nuestros dias. Los copistas, con frecuencia poco versados en la ciencia de los números y en la de las medidas astronómicas, han cometido respecto del particular errores muy groseros cuya responsabilidad no asume la Fé. Silvestre de Sacy decia con razon que no existe cronología bíblica, ora porque las cosmogonías de las diferentes versiones autorizadas no están de acuerdo entre sí, ora porque las cifras adoptadas por dichas versio-

(1) *Geología*. I. 222.

nes resultan más bien de combinaciones, de conjeturas, ó de interpretaciones particulares, que de una certeza histórica. De aquí que la Iglesia pueda suscribir sin restriccion la apreciacion siguiente de un eminente paleontólogo.

«En el Génesis no se encuentra fecha alguna limitativa de los tiempos en los cuales puede comenzar la humanidad primitiva. Son cronologistas que, pasados quince siglos, esfuérzanse en encuadrar los hechos bíblicos en las coordinaciones de sus sistemas. Así vemos que se han formado más de ciento cuarenta opiniones sobre el único dato de la creacion, y que entre las variantes extremas, existe un desacuerdo de 3,194 años únicamente para el período comprendido, entre el principio del mundo y el nacimiento de Jesucristo. Esta diferencia se refiere principalmente á las porciones del intérvalo más próximasá la creacion. En el momento pues en que se ha reconocido que la cuestion de los orígenes humanos está separada de toda subordinacion al dógma, queda reducida á lo que realmente debe ser, es decir, á una tésis científica accesible á todas las discusiones y á todos los puntos de vista, susceptible de recibir la solucion más conforme con los hechos y con las demostraciones experimentales (1).»

¿Existen acaso las autoridades sagradas y profanas indispensables para establecer esta verdad? Creemos que no; sin embargo, como respecto del particular deseamos declinar hasta la más leve sombra de interés personal, añadirémos á los expuestos el testimonio de un teólogo muy acreditado, el respetable sábio Reverendo Le Hir. «La cronología bíblica, dice, flota indecisa. A las ciencias humanas corresponde pues averiguar la fecha de la creacion de nuestra especie. Mas estas ciencias deben prescindir de las exageraciones, de las ilusiones, y fijarse únicamente en pruebas irrecusables: no deben dar como ciertos, hechos que sólo son probables ó mejor, que ni siquiera son probables. Cuando se haya alcanzado la evidencia respecto del particular, cesará toda discusion, porque habrá desaparecido todo motivo de divergencia (2).»

Científicamente, ¿tiene la Fé interés, ni compromisos contraidos, que puedan inspirarle la injusticia preconcebida contra el progreso arqueo-geológico? Tampoco. Algunos defensores de la fé han formulado sistemas cosmogónicos favorables á su cronología tradicional. La Fé ha bendecido sus intenciones, sin aceptar la responsabilidad de sus sistemas. Cierto que durante mucho tiempo se ha apoyado en la opinion del baron Cuvier, que establece en principio que, venido el hombre recientemente á la tierra, no ha podido ser el con-

---

(1) Ed. Lartet. *Nuevas investigaciones*, etc.
(2) *Estudios religiosos. Antigüedad del hombre*, 514.

temporáneo de ciertas especies perdidas y cuyos restos se hallan sepultados en las más profundas capas cuaternarias. Mas desde que los descubrimientos llevados á cabo por Abbeville han venido segun parece á demostrar lo contrario, la Fé con MM. Brongniart, Flourens y Dumas, se ha antepuesto al mismo M. Boucher de Perthes para escucharlo, animarlo y proclamar que si la ciencia impía exagera caprichosamente la edad del género humano, con el propósito de tener una razon para acusar los téxtos bíblicos, la ciencia ortodoxa no lo rejuvenece movida de un interés opuesto.

La fé tiene tan poco empeño en explicar este punto de un modo particular, que se le echa en cara el acomodarse á todas las explicaciones para no tomarse el trabajo de combatirlas. Cierto que su verdadero sistema consiste en no tener ninguno; ¿más con que razon puede la ciencia acriminarla por sus evoluciones, cuando precisamente se determinan por las de ella misma? De seguro no cambiaria la una, si á ello no la obligaran los cambios de la otra. ¿Porqué ha de tener, pues, la segunda el derecho de censurar las variaciones que ella misma ha tenido que llevar á cabo?

Es imposible concebir mayor libertad y más dignidad en la actitud, de la que la fé pone en la suya relativamente á las novedades paleo-geológicas. Véase sinó: una escuela, con M. Figuier y otros, considera los fósiles hallados en los arenales de Moulin-Quignon como restos del diluvio mosáico; la fé que, á lo que parece, tendria motivos para congratularse de ello, se guarda muy bien, así de aceptar la opinion como de contradecirla. Ch. Lyell por su parte, opina que el *diluvium* del valle de la Somma, en el cual se han descubierto dichos fósiles, remonta á más de cien mil años; en tanto que el geólogo Elias de Beaumont cree que es de formacion reciente: la fé concede á estos dos jueces eminentes todo el respeto que merecen, sin adherirse á ninguna de sus opiniones. Bukland enseña que «el número considerable de las especies extinguidas de animales diseminados en las cavernas y en las capas superiores del *diluvium*, así como la ausencia de huesos humanos, prueban de un modo indubitable la anterioridad de tales especies á la creacion del hombre»; al paso que otros afirman la coexistencia del hombre y las de las referidas especies: pues bien, la fé no expide certificado de ortodóxia ni á la primera ni á la segunda de dichas opiniones. Durante mucho tiempo se ha creido que los fósiles humanos sólo se encontraban debajo de una capa diluvial, haciéndose de la era antidiluviana el sinónimo de los tiempos antehistóricos; en cambio M. Lartet ha descubierto en Aurignac todos los vestigios de este postrer período, en un terreno que no ha estado invadido por las aguas: la fé ha permanecido indiferente respecto de ambas hipótesis. Finalmente, en otro tiempo vino á ser una especie de axioma geológico, que no existian ni podian existir restos humanos antes de las formaciones post-pliocenas; hoy se cree haberlos encontrado casi en

todas las zonas del terreno terciario, y existen sábios ortodóxos, del mismo modo que sábios librepensadores, que se alaban á competencia, de haber conocido al hombre pliòceno, y hasta al mioceno, y no desesperan de dar dentro de poco con el hombre eoceno.

Ahora bien, la fé permanece tan apartada de las conclusiones de esta tésis, que se ve á eclesiásticos, como el Rdo. Bourgeois, apoyarlas con su autoridad científica, y á obispos como Monseñor Meignan que hacen de ella la base de sus apologías. Semejantes adhesiones se explican perfectamente. Segun estas teorías el hombre fósil constituiria un elemento integrante de la apologética cristiana; llenaria una laguna en vez de crear una dificultad, porque habiéndo presenciado el dia sexto de la creacion del hombre y la de ciertos animales, la contemporaneidad del primero y de los segundos en la fauna prehistórica, es una confirmacion del texto sagrado.

Por lo demás, á las hipótesis de la ciencia ¿no tendrá derecho, como hemos dicho, de oponer las suyas la religion? Suponiendo que se pretenda extremar la objecion del hombre fósil, ¿está prohibido creer en las creaciones anteriores á aquella que nos refiere Moisés? ¿En la existencia de las razas preadamitas, no tenemos una contestacion á todas las objeciones fundadas en los descubrimientos de la antropología prehistórica? Esta opinion ha sido adoptada por ciertos Padres que no tenian una fé más supersticiosa que la de muchos de los paleontólogos contemporáneos. ¿Porqué no hemos pues de devolver á la ciencia fantasía por fantasía? En último resultado siempre tendrémos que las nuestras serán más admisibles que las suyas, puesto que por lo ménos, no destruyen ni la dignidad, ni la moralidad, ni las nociones del género humano.

La religion no abriga pues recelo alguno respecto de las ilimitadas perspectivas que la arqueología abre sobre nuestro pasado, y por consiguiente, léjos de coartar la curiosidad de esta, participa de ella, de manera que no hay inconveniente en aplicarle las siguientes palabras de un elocuente panegirista de la ciencia: «Monumentos ciclopeos, ciudades inmensas sepultadas bajo los bosques cinco ó seis veces superpuestos, suelo helado de la Siberia y de la Groenlandia, *tumulos* del Ohio y de la Escandinavia, grutas sepulcrales en forma de galeria, dolmens y menhires, habitaciones trogloditas, ciudades lacustres de la Suiza, la Saboya y el Vicentin, terramares de la Emilia, grutas y volcanes de Auvernia, diluvium de los valles y las llanuras, cavernas huesíferas, bancos oseos, la *religion* todo lo ha examinado, todo lo ha preguntado, hasta los montones de humus, sin que tema por esto manchar sus manos virginales. Hasta los restos de la cocina primitiva de los Escandinavos que los arqueólogos daneses han designado bajo el nombre medianamente bárbaro de *kjækkenmoddingers* (1).» Y en el término

(1) *Discurso sobre la remota antigüedad del género humano* por Mr. Joly.

de estas exploraciones la religion puede decir á la ciencia: te he seguido de uno á otro extremo del mundo y te he retado á que produjeras un sólo testigo verídico contra mí.

Dogmáticamente ¿qué relacion puede existir entre la fé y la antropología prehistórica? No debería existir ninguna más que la de una fraternidad bienhechora, cual conviene entre dos hermanas de las cuales tiene una la mision de dar á conocer á Dios, y la otra á su obra. Pero la ciencia no sabe dar un sólo paso sin retroceder para dar algun golpe atrás, y esto lo mismo respecto de las creencias más sólidamente establecidas, que de las más vulgares preocupaciones. Aquí su tema era fácil y no lo ha descuidado.

¿No revelan, dice, los guijarros rotos con más ó ménos arte; los pedazos de pedernal que han servido de armas ó utensilios primitivos; todos los restos testigos y testimonios de las más lejanas sociedades que en lo pasado existieron, que la humanidad ha empezado por el estado salvaje, que sus usos más primitivos han sido groseros, y sus costumbres parecidas en todo á los de los pueblos hoy dia incivilizados? Efectivamente, dónde quiera que se encuentra la huella de esta inferioridad, no puede ponerse en evidencia la de la grandeza original de nuestros antepasados; por consiguiente el paraiso terrestre, jamás ha existido como no sea en las páginas legendarias de la Biblia y con razon se ha dicho y ha podido escribirse: «la edad de oro no debemos buscarla en lo pasado sinó en lo venidero, léjos muy léjos en lo porvenir (1).»

¿No es conceder más honor del que merece á esta antítesis, el reconocerle el valor de un argumento? Sí, de juzgarla en su valor intrínseco; no, si se la pesa en la balanza de las preocupaciones contemporáneas. No probamos aquí la tésis del pecado original y de la ruina intelectual y moral resultado del mismo: áun cuando tengamos respecto del particular tradiciones, y reseñas extraordinariamente más exactas y positivas que las objeciones opuestas por la arqueología, renunciamos por ahora á ellas y discutimos las objeciones.

¿Qué importa que hayan desaparecido los vestigios del Eden, si las huellas de la caida se encuentran patentes en todas partes? Las delicias del Paraiso sólo pudo disfrutarlas un hombre y compartirlas con él una mujer: las miserias resultantes de la caida, han sido patrimonio de la humanidad entera. Las dulzuras del Paraiso han tenido por teatro un sólo lugar, las desventuras de la caida han reinado sobre todo el planeta. Las primeras han durado un dia, las segundas dilatados siglos. Y no obstante esto háse negado la caida, porque no se han encontrado en estado fósil las ramas ó los frutos

(1) *Monitor* 1867.

del árbol del bien y del mal. ¿Qué pensador formal será capaz de sostener que nuestro estado presente no es una restauracion, fundado en que la misma comenzó hace mucho tiempo.

De seguro no se han apercibido de ello los enemigos del cristianismo que han transformado en objecion una prueba robusta. La rebelion y la desobediencia primitiva que niegan, hállanse atestiguadas por el estado miserable en que vivió la humanidad en las cavernas y en las ciudades lacustres. Con tal que se crea en la justicia divina, compréndese fácilmente que tales castigos fueron consecuencia natural de un gran crímen cometido contra la libertad humana; y si pasando cabe las ruinas de Babilonia y de Nínive, de Sidon y de Gomorra, el viajero comprende que cada piedra que pisa constituye una prueba de las maldiciones divinas, como las grutas sepulcrales del mundo primitivo, desprovistas hoy de sus muertos; los restos de los banquetes fúnebres que bajo sus bóvedas tuvieron lugar, hace más de veinte mil años; los dibujos informes trazados toscamente con un buril de pedernal, y los punzones y javalinas de una humanidad nómada que vive del producto de la caza y lucha incesantemente contra los animales temibles en sitios generalmente inhabitables, y de mares que á cada momento salian de su lecho, revelan perfectamente la existencia de un tremendo castigo. O Dios es injusto, ó los descubrimientos de la paleontología humana constituyen la prueba del pecado original.

De la propia manera los datos de la etnografía y la linguística están de acuerdo con la revelacion, respecto del lugar aproximado en que estuvo el paraíso terrestre. Para la ciencia, lo mismo que para la fé, el Asia central ha sido la cuna del género humano. Sus montañas graníticas y su inmensa meseta en la cual no han tenido tiempo de formarse sedimentos acuosos, fueron indudablemente las primeras tierras que se vieron libres de la general inundacion. «En derredor de esa meseta, se encuentran los tres tipos fundamentales de la humanidad reunidos por intermediarios, y las lenguas, al presente muy diversas, representan las tres grandes divisiones linguísticas universalmente admitidas. De dónde resulta que la tradicion del paraiso terrestre sobrevive á todos los cataclismos, resiste á todas las caidas, y que áun cuando el hombre cediendo á sus pasiones se haya alejado del edén, vuelve á él por sus sentimientos, por sus recuerdos, hasta por medio de la ciencia, con el invencible instinto que le guia al hogar de su nacimiento.

Completemos estas pruebas en favor de las prerogativas primordiales del género humano valiéndonos de estas graves palabras de Schelling: «Entre los numerosos sistemas falsos y nuevos que en los modernos tiempos han visto la luz, es indispensable poner en primer término las pretendidas historias de la humanidad, que van á buscar sus ideas respecto del estado primitivo de nuestra especie, en las descripciones que nos hacen los viajeros del estado de barba-

rie de los pueblos salvajes; sin considerar que toda barbárie es resultado de una civilizacion extinguida... creo pues firmemente que la civilizacion ha sido el estado del primer hombre.»

II.

La fé, hemos dicho, no se halla empeñada en esta cuestion; mas en el supuesto de que lo estuviera ¿correria algun riesgo? De ningun modo; puesto que la paleontología no puede oponerle certeza alguna capaz de comprometerla. Líbrenos Dios de suscitar el escepticismo científico para favorecer la fé religiosa; mas no consintamos tampoco que se establezca la creencia científica sobre las ruinas de la fé cristiana. El buen sentido necesita proclamar, que el estudio de los tiempos pre-históricos cuenta tambien con sus novelistas, que llenan de ficciones las páginas vacías de los anales humanos. Existe un punto en la remota antigüedad en que fallan los testimonios auténticos, otro en que hasta las leyendas desaparecen, y entónces sólo reina la hipótesis tanto más audaz y atrevida en cuanto ménos puede ser contrarestada, con la circunstancia verdaderamente sorprendente, de que ella misma concluye por imaginar la realidad. No desconocemos que del conjunto de los descubrimientos geológicos resulta que la humanidad cuenta más años de lo que se creia; ¿mas cual es la medida exacta de esta edad? ¿Es tan ilimitada como presumen Lyell y sus partidarios? Procederémos prudentemente poniéndolo en duda. Las dudas se amontonan sobre los restos antidiluvianos con una abundancia que no debe sorprendernos, porque la arqueología pre-histórica no constituye una ciencia todavía, ya que es hija de la geología, y la hija no puede anteponerse á la madre. En prueba de ello recordarémos algunos de los misterios que se ciernen sobre los tres objetos que nos ocupan: los huesos humanos; los restos de la industria humana; los huesos de las especies animales contemporáneas del hombre y anteriores á la época histórica.

No hemos de temer que se encuentren huesos humanos en estado fósil; al contrario lo deseamos, puesto que convendria hallarlos hasta en los terrenos terciarios, para la justificacion completa de los demás descubrimientos llevados á cabo por el Reverendo Bourgois, y para dejar justificada la teoría de Monseñor Meignan; mas de los fósiles de esta naturaleza, ¿puede hacerse un cronómetro exacto relativamente á la edad del globo y á la de la humanidad? Nó, nada más problemático, ó por lo ménos, más discutible que esas exposiciones llamadas antidiluvianas, si se las considera en sí mismas, relativamente á la capa sedimentaria de dónde provienen y especialmente á la edad de dicha capa.

No recordemos de nuevo el pretendido fósil humano en que reconoció Cuvier una salamandra inmensa. ¿Nuestros fragmentos contemporáneos gozan de una autenticidad tal que les ponga á cubierto de toda sospecha? «Los maliciosos cuchichean, dice el profesor M. Joly, hablando de la célebre mandíbula hallada en Moulin-Quignon. A pesar de la sentencia pronunciada por el tribunal supremo de la ciencia, confieso haber concebido alguna sospecha: lo digo en voz baja (1).»

En efecto, un obrero se ha jactado de haber enterrado el famoso hueso maxilar en el sitio requerido para las necesidades del sistema, y de seguro transcurrirá mucho tiempo antes que se ponga en claro cuanto existe hoy de obscuro respecto del particular. Sea como quiera, este fósil, verdadero ó falso ¿remonta á una antigüedad de cien mil años como pretenden sir J. Lubkok y sir Ch. Lyell? ¿O hemos de creer á Elias de Beaumont y al profesor Philips, que afirman que su lecho es de formacion reciente? Hé ahí para el pro y el contra todo el valor científico de tan pretensioso cronómetro. En suma, sólo señala para aquellos que creen que ha de serles tan fácil enterrar la autoridad de Moisés, como los fósiles necesarios para su justificacion. Líbreme Dios de hacer á Boucher de Perthes responsable directo de esta mistificacion científica; mas ya que no se haya llevado á cabo por él, puede haberse hecho para él. Lo que no cabe dudar es que Vogt no vacila en calificar á dicho sábio de arqueólogo de gran mérito; *pero muy exaltado y con harta frecuencia muy extravagante*, y en prueba de ello, cita su pretendida invencion de instrumentos antidiluvianos, con los cuales nuestros antepasados de la edad de piedra afilaban sus uñas y cortaban su pelo. Cuando se considera que sir Falconer, J. Prestwich y todo un congreso de sábios ha hecho acto de fé ante semejantes reliquias, hay motivos poderosos para mostrarse sorprendido de que se muestren tan exigentes respecto de la verdadera fé.

Otro fósil existe que frecuentemente se cita en apoyo de la propia tésis, y se conoce con el nombre de los *hombres de Denise*. ¿Es su autoridad más incontestable? Compónese como se sabe, de huesos humanos hallados sobre la pendiente de un volcan apagado, llamado Denise, cerca de Puy, en una masa de toba lijera y porosa que se considera formada por la última erupcion del cráter. Si se admiten dos cosas: 1.ª que las erupciones volcánicas de la Francia central terminaron todas ántes del período cuaternario; 2.ª la *coetaneidad* de esos huesos y del terreno que los contiene, llégase fácilmente á la conclusion de que el fósil referido pertenece á una época muy remota; mas da la casualidad de que ninguno de dichos extremos se halla establecido. El centro de la Francia ha sido

(1) *Discurso sobre la remota antigüedad del linaje humano.*

trabajado durante largo tiempo por fermentaciones volcánicas y se halla sembrado á cada paso de cráteres extinguidos y pozos enfriados. No puede en manera alguna asegurarse que con posterioridad al período terciario la pendiente de Denise no haya sido surcada por algunas nuevas capas de lava erúptiva. En segundo lugar ¿los huesos son de la misma época que el lecho de piedra en que han sido hallados? Esto es muy dudoso, puesto que, aceptados como fósiles por los unos, y rechazados por los otros, especialmente por MM. Lartet y Hebert, que en virtud de un estúdio de los mismos y de las localidades en que fueron hallados, creyeron reconocer las trazas de una sepultura posterior á las tobas volcánicas donde se hallaron los huesos; podemos decir que no es más conveniente el nuevo dato aducido para establecer el calendario ante-histórico, que ha menester pronta reforma.

¿Harémos mencion de los fósiles americanos? Si, para demostrar una vez más los cálculos arbitrarios y los errores que este estúdio puede ocasionar cuando sirve en él de guia la imaginacion. En la llanura de Nueva-Orleans, á 16 piés de profundidad, háse descubierto madera quemada y el esqueleto de un hombre cuyo cráneo se hallaba debajo las raices de un ciprés. La ciencia de la comarca, representada por Bennet-Dowler ha considerado que el esqueleto tenia 57.600 años. ¿De qué manera ha procedido para determinar este número? Muy sencillamente: en este suelo, que se halla sobre el nivel del mar, ha dicho, existen fragmentos de ciprés superpuestos: la ciencia presume pues que en este suelo han existido muchos bosques, cada uno de los cuales ha ido desapareciendo paulatinamente debajo de las aguas por el abajamiento del suelo. Despues de esto, habiéndose el suelo de nuevo levantado se habrá cubierto nuevamente de bosque. Ahora bien, *suponiendo* que este fenómeno se haya reproducido diez veces, añade la ciencia, serian menester para alcanzar los niveles actuales 158.400 años; y *suponiendo* que la formacion de cada una de dichas capas haya exigido 14.400 años, tendrémos que el esqueleto en cuestion, que se encuentra en la cuarta capa, debe contar 57.600 años.

Lo cual viene á decir: concededme el número 14.400 por un lado y el número 4 por otro y no podreis negarme que multiplicado el primero por el segundo dejen de darme 57.600; pero es el caso que el 4 y el 14 sólo son supuestos y para el rigor de la operacion seria menester que no fuesen un valor ficticio. Por esto cuando Lyell dice «Yo no puedo juzgar los cálculos geológicos de que se vale el doctor Dowler para evaluar la edad del esqueleto,» y sobre todo cuando en su obra magna no habla una palabra de este descubrimiento, parece confesar implícitamente, que no quiere comprometer su mérito científico, adoptando tan fácil modo de conceder siglos al género humano.

Tambien metió mucho ruido en su tiempo el hombre fósil de

Guadalupe. Era este un esqueleto humano que se halló en 1804 en una capa calcárea atribuida al período terciario. Mas ¿qué se descubrió al cabo de breve tiempo? Que dicha capa era de orígen reciente, y una de esas formaciones rápidamente realizadas, como se vé frecuentemente en las regiones tropicales. Tambien se pretende haber encontrado en S. Luis dos ichnolitos humanos, es decir las huellas impresas por el pié desnudo de un antidiluviano, al marchar sobre un suelo arcilloso. ¿Qué resultó del exámen debidamente practicado? Que las huellas no estaban impresas en un terreno blando, sinó en la peña dura. Ahora bien: las tribus indias al cambiar de domicilio, suelen grabar en la piedra esas señales, con el fin de indicar á los que les sucedan la direccion que han emprendido: ¿y han podido ser tomados como vestigios anti-históricos, esos bosquejos informes que datan apénas de 300 años?

No se me oculta que la ciencia tiene prevenidos y dispuestos otros huesos humanos fósiles, que se hallan á cubierto de los fracasos y desconsideracion que dejamos expuestos. Tales son por ejemplo, la mandíbula del ahujero de la Nanlette, cerca de Dinant, en Bélgica; las de Aurignac y de Arcy, contemporáneas del *ursus spelæus;* y especialmente el cráneo de Engis y el de Arezzo que es el más antiguo de todos, sin contar los pedernales labrados recogidos por el Rdo. Bourgeois en los terrenos miocénos del Eura-y-Loir. Prescindamos por ahora de las piedras y fijemos nuestra atencion exclusivamente en los huesos. Para que tuvieran la significacion que se les concede, seria menester que pudiesen resolverse las siguientes dificultades.

¿Es cierto que todos estos fósiles se han encontrado en capas más antiguas que el período cuaternario? ¿Es cierto que se han hallado en terrenos completamente vírgenes de toda remocion? ¿Es cierto que las revoluciones de la naturaleza no hayan intervenido más que la mano del hombre en esa cuna sedimentaria? ¿Es cierto que su proveniencia no ha sido alterada ni por las falsificaciones de Museo, ni por ninguna interpretacion sistemática? Si la parte adversa contesta negativamente, entónces podré decirle: en este caso vuestros fósiles no tienen autoridad alguna cronométrica; y si responde afirmativamente continuaré preguntando: ¿es posible distinguir perfectamente y en todos los casos, las capas terciarias superiores de las primeras capas cuaternarias? ¿Cuales son los signos infalibles para esta distincion? ¿Existe una medida para apreciar la duracion de las formaciones geológicas y fijar cuantos miles de años es la una más antigua que la que sigue? ¿Es posible sobre todo, determinar con auxilio de esta medida, á que época se remonta cada una de estas formaciones? Si todas y cada una de estas preguntas no constituyen un obstáculo á los cronologistas de la arqueología anti-histórica, verémos en ello una prueba cuando ménos, de que tienen ménos escrúpulo que inventiva, y si existen espí-

ritus á quienes tales fósiles impidan creer en la Biblia, debemos convenir en que provienen más bien de la idea incompleta que de lo que enseña la Biblia tienen formada, que de lo que prueban los fósiles.

Despues de los huesos humanos los productos de la industria humana en una capa determinada, atestiguan igualmente la existencia del hombre durante el período correspondiente. Dichos restos son numerosos y de muchas especies, segun se desprende de lo que llevamos dicho en otras ocasiones. Ora se hallan en los *kjækkenmoddingers* y los hornagueros de Dinamarca, como en las ruinas de las ciudades lacustres de Suiza y en las cavernas de huesos, ora en las arenas de ciertas playas, como en los lechos inferiores de ciertos deltas. Algunos de estos instrumentos tales como las hachas de pedernal, más comunes que los otros, hanse encontrado segun se dice, lo mismo en París que en el cabo de Buena Esperanza; en la cuenca del valle de la Somme, que en las cavernas del Languedoc y del Perigord; cabe los dolmenes de Bretaña y del Aveyron, como en las ruinas de Nínive y de Babilonia, en el campo de batalla de Maraton, como en las márgenes del Ohio y del Misisipí (1)... ¿Qué valor tienen esos diversos indicadores para servir como medida del tiempo en los siglos pasados? ¿Qué caractéres encierran los productos de la industria, para que puedan deponer acerca de la antigüedad del hombre? A estas preguntas contesta la ciencia diciendo: la materia de que se componen y la naturaleza de los lugares en que se las encuentra. Puesto que debemos ver en ellas, si así puede decirse, las dos saetas de este reloj científico, examinemos lo que debe pensarse de la regularidad de sus movimientos.

La materia que compone estos restos no puede dar testimonio de su edad si no resulta de su perfecta identidad. Antes de determinar si una hacha ó una punta de lanza se remontan á la era de la piedra bruta ó pulimentada, es preciso asegurarse de que el objeto es una hacha ó una punta de lanza. Ahora bien, sin negar los hechos ¿seria caso raro el de las supersticiones arqueo-geológicas? ¿Quién seria capaz de enumerar, por ejemplo, los falsos pedernales y las hachas contrahechas, elaboradas por los obreros de Abbeville, que han pagado los ingleses á peso de oro para enriquecer sus colecciones? ¿Cuántas veces la jente del oficio, al encontrarse en nuestras exposiciones ante los pedernales llamados cuchillos, rascadores, etc., ha exclamado: *Esto se hace sólo, de un mazazo, ó á consecuencia de un derrumbamiento* (2)?

Cuantos fragmentos considerados como obras maestras por los espectadores que hacían ostentacion de su competencia, no llega-

(1) M. Joly. *idem.*
(2) *Estudios religiosos La edad de piedra*

rian á llamar su atencion si no les sirviera de aviso la tarjeta que contiene su nombre? ¿Quién ha olvidado finalmente el departamento de Saint-Germain, titulado el *arte humano durante la edad de piedra*, y en el cual pueden verse los pájaros nadadores en los cuales nadie cree, y que sólo se conservan por pura consideracion y como acto de cortesía respecto de la celebridad que los regaló? En verdad que esos señores hacen mal en reirse de la autenticidad de nuestras reliquias, cuanto tanto hay que decir respecto de las suyas. Más fácilmente puede creerse en los restos de los apóstoles y de los mártires, que en las agujas y punzones de que se servian nuestros antepasados, hace cien mil años.

Mas admito por un momento que el objeto ha sido realmente lo que se dice ¿la materia de que se compone será por ventura una especie de estiaje, en que irá dejando sus huellas el curso de los tiempos? ¿Podrá referirse este objeto á tantos millares de años adelante ó atrás, segun que sea de piedra, de bronce ó de hierro? En una palabra, los períodos que llevan los nombres que acabamos de consignar, fueron sucesivos y progresivos, es decir, dispuestos en la historia del hombre como en nuestras clasificaciones? Es muy dudoso y lo que es mas, hasta improbable. En la misma época un pueblo puede haberse servido de armas de piedra y de armas de metal, dado que estas hayan sido más raras y por consiguiente más caras. En el norte es comun hallar en el mismo sepulcro javalinas de piedra y de bronce. Por consiguiente, en tanto no se descubra que el pedernal precedió á los metales, no puede decirse que el bronce no era desconocido, ni que el primero indique un período más remoto que el segundo.

En tanto que la isla de Chipre producia el cobre en abundancia y casi puro de toda aleacion, los pueblos del Mediterráneo apénas empleaban el hierro porque su fundicion era más difícil. Pues bien, síguese de aquí, que, geológicamente hablando, deban los griegos ser colocados en la edad de bronce? Por consiguiente la sucesion de los períodos carece de valor cronométrico, porque si se ha realizado regularmente con relacion á un país, es arbitraria la aplicacion general que se ha hecho. Por esto la ciencia abandona esta teoría, por considerarla como una falsa division de la duracion de las obras debidas á la industria pre-histórica. «Hace algunos años, la direccion del museo central romano-germánico de Maguncia se habia servido, en el primer volúmen de una obra sobre las antigüedades paganas de este país, del método que distingue las tres edades; pero en el segundo volúmen publicado en 1864, abandonó decididamente dicho método, excusando la aplicacion que habia hecho del mismo en el primer tomo con las ideas generalmente aceptadas al tiempo de su publicacion» (1). ¿Se ne-

(1) Reusch., p. 551.

cesita más para probar que, frecuentemente, los tres períodos, sólo representan en el cuadrante de las edades ante-históricas, tres horas distintas, que vienen á ser una sola designada con nombres diferentes?

¿La profundidad á que han sido hallados los productos de la industria primitiva proporciona las bases de una evaluacion más favorable á su *inconmensurable* antigüedad? Dichos productos, hanse encontrado en diferentes lechos y en distintas profundidades sea en los deltas, en los hornagueros, en las ciudades lacustres, en las playas desecadas, ó en los resíduos de la cocina danesa; pero en ninguna parte atestiguan de una manera cierta la fabulosa cronología que se pretende hacerles apoyar.

Los deltas tienen un crecimiento muy variable para que puedan servir de cronómetro geológico. Un árbol aumenta anualmente una zona leñosa: si se sierra pueden contarse sus zonas y determinar su edad con precision; pero las elevaciones de los terrenos en la embocadura de los rios y los depósitos sucesivos de limo que esos rios acarrean en sus crecidas y en sus corrientes constantes, no siguen una progresion tan regular: el lecho del Nilo, por ejemplo, y la tierra de Egipto se elevan de una manera desigual segun la diferencia de las circunstancias, y de ménos en ménos, al paso que aumenta su proximidad al mar. Por consiguiente, áun cuando se conociera de un modo exacto cuanto ha crecido el suelo en un lugar determinado y durante un siglo, nada podria concluirse de ello, ni respecto de otro lugar, ni con relacion á otro siglo. La base de la estátua colosal de Ramses II en Memfis, que con posterioridad al año 1360 antes de Jesucristo, se ha ido cubriendo insensiblemente por sedimentos que miden nueve piés y medio, lo habria sido en menos tiempo en Elefantina, junto á la primera catarata del rio, y mucho más tarde en Roseta, donde las aguas y el limo se distribuyen en una estension mucho más considerable.

Por esto cuando Horner, despues de haber descubierto á treinta y dos piés debajo del lecho, fragmentos de un vaso de arcilla y ladrillo, sienta, fundándose en el crecimiento secular del suelo, que se han necesitado doce mil años para sepultar á tales profundidades esas obras de la mano del hombre, parte de una porcion de premisas gratuitas; pues para ello seria necesario en primer lugar, que los depósitos del Nilo se hubiesen formado siempre y constantemente del propio modo y con las mismas proporciones; y despues, que los fragmentos en cuestion, hubiesen sido primitivamente depositados sobre la superficie del suelo y cubiertos inmediatamente en el mismo sitio, dado que no hubiesen sido arrojados á alguno de esos pozos, de que nos habla Herodoto, que se hallaban en otro tiempo sobre las orillas del rio, y á los cuales jamás alcanzaban las aguas, sinó que se llenaban mas considerablemente en cuanto los invadia la capa fangosa.

Un inglés residente en las Indias, J. Fergusson, ha hecho la siguiente observacion, verdaderamente digna de ser tenida en cuenta, con motivo de los cálculos cronométricos fundados en las formas de los deltas ó de los aluviones locales. «Lo que por mí mismo he podido comprobar es lo que sigue: los ladrillos que formaban los cimientos de una casa, que habia mandado construir, fueron arrastrados por la crecida de un rio, y quedaron depositados en el lecho del mismo, á una profundidad de treinta á cuarenta piés: posteriormente el rio se ha retirado, y en el sitio donde se levantara un dia mi casita; pero cuarenta piés encima de sus ruinas, se encuentra actualmente una nueva aldea. Si un dia se practican excavaciones en aquel suelo se encontrarán mis ladrillos, y en su vista y teniendo en cuenta la profundidad á que se encuentran, calcularán el número de miles de años que van pasados desde que yo existia (1).» El mismo geólogo ocupándose en el estudio de las variaciones que ha experimentado el delta del Ganges, considera que la llanura regada por dicho rio, no fué habitable hasta mil años despues de Jesucristo, y que el delta propiamente dicho, solo comenzò á poblarse en el siglo décimo cuarto. ¡Qué leccion de moderacion y de prudencia para aquellos que han estimado en 158,400 años la edad del delta del Missisipi!

La turba no procede en su crecimiento con más regularidad, y no puede constituir un cronómetro más infalible. Es imposible, dice el mismo Lyell, evaluar en siglos la edad de los restos humanos más antiguos, descubiertos en los hornagueros. Si se tuviese la seguridad de que la turba crece anualmente de una manera determinada, no habria nada más fácil que medir el pasado, fundándose en el crecimiento vertical de esas aglomeraciones leñosas; mas no puede admitirse de modo alguno este procedimiento. El aumento y la densidad de la turba dependen de la constitucion del suelo, de la duracion de los inviernos y los veranos, y principalmente de las especies vegetales que sirven de alimento á estos vastos laboratorios de la naturaleza. Esto explica que casi todas las monedas, hachas y utensilios de cocina, hallados en los hornagueros ingleses y franceses, sean de procedencia romana, en tanto que segun la apreciacion de algunos, relativamente á la pretendida lentitud de tales formaciones, los objetos que se encuentran á determinada profundidad deberian remontarse á una época antidiluviana.

Debe además tenerse en cuenta, que cuanto más líquida es la turba, mas se hunden en ella los objetos, y en cambio, cuánto más densa, flotan más cercanos á la superficie, y como la turba es tanto más líquida cuanto más reciente, síguese de ello que las antigüedades halladas en su seno, constituyen una escala cronométrica en

(1) *Quarterly Journal of the Geological society*. 1863, p. 327.

sentido inverso al del nivel que ocupan. ¿Quién ignora las contradicciones de los sábios respecto del particular? Boucher de Perthes imagina que la turba crece únicamente tres metros en cada siglo; segun otros, las excavaciones practicadas á seis piés de profundidad en los hornagueros de la Frisia oriental, hánse llenado en treinta años. Conclusion resultante de dichas observaciones: para una capa de turba de treinta piés de profundidad, segun las observaciones que acabo de citar, serian menester 200 años, y en virtud de la teoría de Bucher de Perthes 30,000 años. ¿Es posible fiar en un contador que está sujeto á tan profundas variaciones?

Las habitaciones lacustres ó levantadas sobre estacas, construidas hace muchos siglos en los lagos de Suiza y otras partes, y de las cuales hace poco tiempo, durante las aguas bajas, hánse encontrado pilotes, útiles fabricados de asta, de oro, de piedra, y casi todo el mobiliario, en su estado primitivo, hánse invocado frecuentemente, en nuestros dias, como testimonio de la inaudita antigüedad de nuestra especie. ¿Cuál es el valor exacto de esta medida de los tiempos pasados? El de una moda especial de argumentar, valiéndose de semejantes descubrimientos, contra la cronología tradicional del género humano; pero la verdadera ciencia ha venido á reaccionar contra esos arreglos ménos científicos que anti-religiosos.

En resúmen, los cráneos más antiguos encontrados en las ruinas fangosas de los edificios lacustres, son completamente parecidos á los de los Suizos de estos tiempos. Las plantas y los animales de los cuales se han encontrado restos, pertenecen todos á la fauna y á la flora actual del mismo país. Geológicamente hablando, todo induce á creer que esas habitaciones son de época reciente, y de aquí que poco á poco vaya modificándose la opinion que respecto á su exagerada antigüedad se les habia atribuido. Kochstetter considera muy verosímil que no remontan á más de diez siglos antes de la era cristiana. Franz Maurer los refiere al período transcurrido entre el octavo y el quinto siglo antes de Jesucristo. Hassler juzga que muchas de ellas son todavía de época más reciente. Por último, Fernando Keller ha rechazado constantemente la idea de emitir suposiciones, siquiera aproximativas, respecto de la edad del género humano, y de esas ciudades sepultadas en las aguas, porque todo cálculo de este género careceria de base sólida. Si añadimos que los sábios cuyos nombres acabamos de citar, han fijado sus cifras sin la más insignificante preocupacion bíblica, difícilmente puede evitarse la indignacion legítima que siente el animo contra aquellos que, en ódio á la Biblia, se permiten suposiciones por demás extravagantes, basadas en dichas construcciones y que en revistas y periódicos, publican como ciertos los descubrimientos más problemáticos.

Las playas desecadas encierran igualmente restos de la industria antehistórica y han servido de falso calendario á la antropolo-

gía, cuyos escesos combatimos. ¿Qué debemos pensar de la exactitud de semejante cronómetro? En diversos puntos de Escocia y de Suecia se han encontrado á veces á sesenta piés debajo del nivel del mar, y á mayor profundidad áun en el suelo de la playa, canoas é instrumentos debidos á la industria humana. De esto se ha deducido con fundamento, que estas regiones estuvieron en otro tiempo cubiertas por las aguas, y que estas se retiraron, bien porque se levantara el terreno, bien porque el Océano cambiara de sitio, retrocediendo desde una de sus orillas para ganar terreno por el lado opuesto. Es evidente que si pudiera calcularse en qué proporciones ha tenido lugar anualmente el levantamiento del suelo ó la retirada del Océano, se sabria á punto fijo en qué época estuvieron amarradas las lanchas en la playa, y este dato seria un mojon seguro establecido en los obscuros horizontes del mundo primitivo; mas, lo cierto es que la experiencia destruye todas las suposiciones de semejante método cronométrico.

Si se conociera exactamente el número de metros ó siquiera la proporcion en que crece el suelo en un período de cien años, nada seria más fácil que decir: esta elevacion supone tal número de siglos; mas la naturaleza, en sus movimientos, procede con una imprevision y con unas irregularidades que no se prestan á sistema alguno. Lyell se ve precisado á convenir en que todas las evaluaciones hechas respecto del particular, tienen únicamente un valor congetural. A veces el suelo se levanta un año para descender en el siguiente; en un punto determinado se eleva y en otro cercano desciende su nivel; en Spitzberga sube más que en el norte de la Noruega; en el norte de esta más que en el mediodía.

En 1819, durante un terremoto, formóse instantáneamente en el delta oriental del Indo un dilatado dique de once millas geograficas, de diez piés de altura. En la América meridional, sobre la costa de Valparaíso, el 20 de febrero de 1835, levantóse el terreno de cuatro á cinco piés para deprimirse de dos á tres en el siguiente mes de abril. Además de esto, tenemos que la experiencia ha demostrado que las lanchas, las áncoras y los remos encontrados en los lechos muy profundos de ciertas playas, no atestiguan en manera alguna que aquel sitio haya sido en otro tiempo el lecho del mar, sino que allí hubo una hoya ó un canal que posteriormente fueron cegados, lo cual ha contribuido á que se confundiera la obra del hombre con el trabajo de la naturaleza. Finalmente, si á estas causas de levantamiento y depresion se añaden las que la historia nos oculta y las que la ciencia ignora, tendremos que convenir en que estamos reducidos á la más completa incertidumbre relativamente á la edad de los restos marítimos que estudiamos.

Idéntica obscuridad reina en los cálculos basados en las invasiones y retiradas del mar. El más ligero accidente acaecido en el nivel de la corteza marítima, puede traducirse por una crecida ó

una desecacion realizada en la playa. La crecida ó la desecacion, responden pues á un movimiento del suelo, más bien que á una medida de su duracion: en prueba de ello, podemos citar las tres columnas que subsisten áun del templo de Sérapis en Pouzzoles, que á considerable altura en sus grietas y ahugeros, ofrecen una zona de terebrátulas, resultado evidente de una invasion del mar. Ahora bien, como dichas columnas no fueron primitivamente establecidas en el agua, y como hoy tampoco lo están, sus cinturones de mariscos sirven para enseñarnos que el agua, alternativamente y sin regla, puede realizar movimientos de avance y de retroceso. A corta distancia del mencionado, encuéntranse las ruinas de otro templo cuyo pavimento hallábase en seco en 1807, y al paso que en 1845 tenia encima veintiocho pulgadas de agua, en 1852 podia demostrarse una disminucion de una pulgada por año en el caudal de dicha inundacion. Sobre las costas occidentales de Creta, se ve la huella del antiguo nivel del mar á veintisiete piés encima del nivel actual: cuarenta millas más allá se distinguen, en cambio, las ruinas de antiguas ciudades griegas, cubiertas al presente por las olas.

Además la costa del Medoc nos demuestra claramente las innumerables modificaciones que resultan en las relaciones entre la tierra y el mar. El peñasco de Cordouan sobre el cual existe actualmente un faro, formaba en otro tiempo parte integrante del continente en tanto que hoy dista del mismo el espacio de tres leguas. De 1818 á 1830 se ha calculado que el Océano ha avanzado 180 metros en la tierra, es decir, por término medio 15 metros por año. Siguiendo la misma proporcion, doce años despues, es decir, desde 1830 á 1842, habria debido ganar otros 180 metros; pero en realidad ganó 350, de manera que el término medio de 15 metros fué sustituido por otro de 20. ¿Es posible probar que no hayan tenido efecto cambios más importantes en los litorales, en los siglos más próximos á las épocas geológicas, en las cuales era mucho menor la estabilidad del suelo; y es posible, sobre todo, que hayan podido considerarse como regulador cronométrico los accidentes marítimos, no más estables que la ola que los determina?

Los *kjækkenmoddingers* son pequeños montículos formados de las conchas de ostra, almeja, musquecillo, litorina y otros moluscos, de especies semejantes á las que dejamos nombradas, que se encuentran áun en el Océano. Dichos montículos no son en manera alguna bancos depositados naturalmente en una época en la cual era más alto el nivel del mar, puesto que todos los indivíduos pertenecientes á esas diferentes familias de moluscos habian llegado á completa madurez. Especies que no se encuentran en el mar á una misma profundidad, hállanse aquí reunidas; las capas que los separan no contienen casquijo, lo cual excluye la hipótesis de un levantamiento de arenas. Finalmente, entre las conchas se encuen-

tran huesos de animales, utensilios, alfarería toscamente labrada, carbon, cenizas, lo cual ha influido para que se dé el nombre de desechos de cocina á estas lijeras excrecencias de las playas de Dinamarca.

¿Pueden ser considerados como dato cierto de la antigüedad del hombre? Indudablemente nó, porque las conchas son testigos de la existencia de moluscos, y los huesos de mamíferos y de pájaros pertenecientes á especies que viven en la actualidad, y por consiguiente amontonadas en un período no muy distante. Cierto que Lyell hace remontar á fecha muy lejana dichos montones. Las conchas, dice, no son en el dia tan grandes en el mar Báltico, lo cual indica que antes era más salobre, por hallarse unido al Océano Atlántico por medio de estrechos más prolongados, lo cual sólo puede admitirse estableciendo la hipótesis de una larga antigüedad. En cambio Vogt rechaza este argumento fundado en el motivo perentorio de que la disminucion de los elementos salinos no explica el decrecimiento de las conchas. Los romanos habian logrado hacer vivir las ostras en Nápoles, en los lagos de agua dulce, y las almejas se naturalizan con mucha facilidad en los estanques salobres. Nueva prueba añadida á las muchas que dejamos consignadas y que, no obstante sus sutilezas, demuestra que la antropología prehistórica afirma gratúitamente sus cálculos, y que si retrasa indefinidamente el primer momento de la humanidad, es más bien á consecuencia de un capricho, que en virtud de una regla fija. Por lo que á nosotros toca, despues de haber pesado el pró y el contra de tan solemne debate, debemos convenir, en que si enseñáramos en nombre de la religion la mitad de los misterios que la ciencia profesa, de seguro no economizaria esta la acusacion de charlatanismo: no se la dirigimos; mas conste que es únicamente porque nos hallamos movidos por un sentimiento de caridad.

Despues de lo que acabamos de decir, no pueden tener importancia alguna los restos fósiles de especies animales. Las cavernas y las brechas óseas no pueden realmente gozar mayor autoridad en favor de la antigüedad ilimitada del género humano; que los testimonios precedentes, de manera que en virtud de lo expuesto quedan reducidos, ó á una objecion confirmativa, ó á una objecion conjetural.

A una objecion confirmativa, porque ¿cual es su significacion antibíblica? Como encierran huesos humanos y trabajos debidos á la mano del hombre mezclados con restos de ciertas especies animales llamadas antidiluvianas, prueban la contemporaneidad del hombre con dichas especies, y por consiguiente la antigüedad indefinida del primero. Léjos de contradecir semejante aserto, la fé lo admite. Hay más, confirma esta contemporaneidad, que encuentra establecida en el texto del Génesis que resume la obra del dia

sexto. «Produzca la tierra grandes animales y reptiles. Despues de lo cual añadió el Señor: hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (1).» ¿Por qué se ha creido, durante mucho tiempo, que la presencia simultánea del hombre y de esas especies no podia conciliarse con la ortodoxia? Probablemente sin más fundamentos que el hallarse dichas especies extinguidas, de lo cual pretendíase deducir que el hombre no habria sobrevivido al cataclismo que produjo su destruccion. Debia sin embargo haberse tenido en cuenta que esos cataclismos fueron puramente locales, y que los cambios de temperatura debieron favorecer extraordinariamente la accion destructora de los diluvios, y sobre todo que el hombre, por lo mismo que estaba interesado en la destruccion de tales huéspedes, por lo comun más peligrosos que útiles, les declaró una guerra á muerte, de manera que si se encuentran frecuentemente mezclados los huesos de aquellos con los de este en el fondo de las cavernas, proviene de que en cuanto los habia apresado, conducíalos á su morada para que le sirvieran de alimento. Sobre todo tenemos que su coexistencia durante el dia sexto, resulta de un texto evidente, en tanto que la extincion completa de tales especies, antes de la aparicion del hombre, no es más que una hipótesis geológica. La hipótesis ha pasado ya de moda, en tanto que el texto subsiste áun.

Confirmativa en cierto modo, la objecion puede ser conjetural segun el punto de vista bajo el cual se la considere. Existe en geología una crítica radical que lo niega todo, hasta el testimonio de las mismas cavernas. Para ella los huesos de los animales se habrian depositado mucho tiempo antes de la venida del hombre en los lugares en que se encuentran barajados y revueltos. Los restos del período humano se habrian introducido posteriormente, y por lo mismo las cavernas no podrian servir en manera alguna para establecer un sincronismo fundado. Nosotros sin embargo no llegamos á tan extremas conclusiones. «Es cierto que los hombres primitivos han habitado en las cavernas á las cuales han sido precedidos por animales extinguidos en la actualidad. Esos hombres han dejado en ellas sus utensilios, sus armas y los restos de los manjares con que se alimentaban. Cavernas hay tambien que han servido de sepultura al hombre. Pruébase que las cavernas no han sido posteriormente visitadas, durante el transcurso de largos siglos, con el hecho de las capas de tierra y los restos vejetales que obstruyen su entrada, y por las estalactitas formadas en el interior, encima de los depósitos. Al penetrar en estos, causa verdadera sorpresa el descubrir un órden de superposicion que se reproduce con bastante exactitud en muchas cavernas. Por ejemplo en Arcy (Yonne) en la capa inferior, se han encontrado dos mandíbulas

(1) *Gen* I.

humanas asociadas á los huesos del elefante, del rinoceronte, del oso. de la hiena y del reno. Encima cuchillos de piedra y algunas hachas pulimentadas, con huesos de reno y de especies extinguidas; y en la capa superior lodo de las cavernas, y antigüedades galo-romanas (1).»

Cuando se lee esta descripcion y los descubrimientos de M. M, Filhol, Rames, Garrigou, en la caverna del Herm, (Ariege) y principalmente la memoria de M. Lartet sobre una antigua *estacion humana, con sepultura contemporánea á los grandes mamíferos reputados característicos del último período geológico*, no puede abrigarse la menor sospecha relativamente á la antigüedad del hombre; pero la parte de la conjetura y de lo desconocido resta siempre tan importante en esos sistemas, que escepcion hecha de los iniciados, fascinados por los mirajes á que á veces ellos mismos han dado vida, los hombres más juiciosos experimentan una repugnancia invencible en seguir las teorías hasta el fin, y los extravíos de la ciencia, respecto del particular, hallarán siempre su correctivo en la oposicion dimanada del sentido comun.

Admitamos sin embargo por un momento, que el hombre sea muy viejo: nada prueba que lo sea tanto como se dice. Respecto del particular la apologética no corre riesgo de verse confundida por el estúdio del hombre antes de la historia. En otro tiempo buscó en la geología la confirmacion de la Biblia, pero este período de armonía entre la ciencia y la exegesis no duró mucho tiempo. Suscitáronse á poco terribles hostilidades, y la ciencia rompió con la teología. Actualmente ha empezado un tercer período del cual resultará la victoria definitiva en favor de los teólogos. Su trabajo consiste en probar, no que la narracion bíblica esté de acuerdo con los nuevos descubrimientos, sinó que no existe certeza alguna científica que esté en contradiccion con las verdades de la Biblia. Colocada en este terreno, la fé puede desafiar todas las provocaciones y las audaces locuras de la antropología prehistórica. Lyell, vacilando en pronunciarse á favor de la edad de las ciudades lacústres, contestó en estos términos á Morlot. «Se necesita un valor caballeresco para empezar.» Y Lyell tenia razon de sobras: el dia en que se ha decidido á determinar en cifras el pasado de la humana especie, ha dado pruebas de tener un valor inmenso... Apresurémonos, sin embargo, á añadir que los enemigos de la fé, con un valor tan grande, sólo lograran causarse más daño á sí mismos del que á ella puedan causarle.

---

(1) *Estudios religiosos.—La Edad de piedra.*

CAPÍTULO XVI.

La fé y la fisiología cerebral.

No hemos terminado todavía el estúdio del hombre. ¿Es una inteligencia servida por los órganos? ¿Es un puro organismo dirijido por una inteligencia más perfecta que el instinto? A esta última pregunta la fisiología espiritualista contesta negativamente; la escuela materialista afirmativamente. El error que niega en nosotros el principio espiritual ha recibido el nombre de organicismo. A sus ojos «el alma es el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal:» el cerebro segrega hasta la conciencia, como decia Cabanis ántes de su retractacion: la percepcion es una resultante del sistema nervioso: la voluntad es inherente á la substancia encefálica del mismo modo que la contractilidad á los músculos: finalmente, nuestras facultades no son más que un modo de la actividad cerebral. De esta manera la virtud y la inteligencia humanas tienen por causa y por sostén, las fuerzas físico-químicas. El cérebro y el alma son una misma cosa y el hombre queda reducido á un mecanismo viviente salido de la materia en virtud de un acto inherente á las propiedades de la misma.

En presencia de esta hipótesis que no explica al hombre por completo y de la cual tampoco puede dar el hombre una explicacion completa, se encuentra otro sistema que busca la razon de la vida, no en la materia y en sus energías brutales, sinó en un principio superior é inteligente, que es al par causa de la vida y de la muerte, en el sentido de que anima al cuerpo miéntras en él mora, ó lo entrega á disolucion en cuanto lo abandona. De manera que segun el organicismo la vida es una simple combinacion química y la física engendra la moral en el hombre. Segun la doctrina del animismo existe un agente superior que preside á todos los fenómenos de la economía viviente, y «el principio que anima el cuerpo humano no puede ser considerado como el resultado de la accion de las partes; es una substancia distinta, un ser real que, por su presencia, im-

prime á los órganos todos los movimientos de que se componen las funciones (1)».

En esta forma establecida, resultan dos cuestiones distintas que pueden expresarse en los siguientes términos. ¿Existe en realidad el agente superior? ¿Ha demostrado la fisiología materialista, en el caso negativo, que no existe? Bajo el segundo punto de vista debemos nosotros examinarlo.

Convengamos en que las relaciones del órgano del pensamiento con el pensamiento mismo constituyen y constituirán siempre un misterio. «Las funciones del cérebro, dice Cuvier, suponen la influencia mútua, siempre incomprensible, de la materia divisible y del yo indivisible, hiato irreductible en el sistema de nuestras ideas, y piedra eterna de escándalo en todos los sistemas filosóficos. No solo no comprendemos, ni comprenderémos jamás de qué manera algunas huellas impresas en nuestro cérebro, pueden ser percibidas por nuestro espíritu, hasta el punto de producir imájenes; sino que por más minuciosas que sean nuestras investigaciones, esas huellas no se ofrecen en manera alguna á nuestros ojos, y hasta ignoramos cual sea completamente su naturaleza.»

No obstante su ignorancia á propósito de las relaciones del cuerpo con el alma, Cuvier no dudaba en manera alguna de la realidad del alma. A ejemplo de Cuvier, el género humano no deja de ignorar y de creer en el mismo objeto. ¿Estará la ciencia en posesion de una evidencia capaz de destruir esta fé? De ello por lo ménos se ha alabado, dando á entender que las pruebas del alma se habian buscado exclusivamente en la psicología, y que la negacion del alma se deducia exclusivamente de la observacion fisiológica, siendo así que la primera de dichas autoridades carecia completamente de valor cuando estaba contradicha por la segunda. ¡Atrevido conjunto de afirmaciones gratuitas y erróneas! En primer lugar, es falso que las demostraciones psicológicas carezcan de valor científico, puesto que tambien son experimentales. En segundo lugar, es no ménos falso que las conclusiones de la frenología permitan ó autoricen para negar el alma, puesto que lógicamente no podrian afirmar la existencia. Tal es el hecho que se trata de establecer al encuentro y en contra del organicismo.

Hemos defendido y ganado la causa del alma, y dejamos sentados los hitos que separan el dominio de la razon del instinto; lo que nos proporciona el sentimiento de lo bello, de lo verdadero especulativo, de lo bueno, del deber respecto de Dios, percepciones, todas y cada una de ellas, enteramente cerradas á la mirada de la simple animalidad: este *yo* concibiendo algo más allá de los sentidos, adorando, esperando, moralizándose, ménos por el concurso

(1) Cabanis, *Carta póstuma.*

de los sentidos, que no obstante su oposicion, no es en manera alguna la resultante de las fuerzas orgánicas, «el trabajo de un laboratorio químico,» una forma particular de la mecánica; es la prueba y la esencia de nuestra personalidad espiritual. En vano se trata de eludir esta afirmacion por la ciencia, pues por más que se haga, se cae de nuevo en ella por la fuerza del sentido comun. En efecto, siempre será negada el alma porque no es visible, y siempre será admitida porque la humanidad no puede suicidarse desconociéndola.

Vamos pues á hablar, colocándonos en el punto de vista de nuestros adversarios; es decir, á examinar sus razones más bien que á emitir las nuestras. Y si bien es verdad que las objeciones son mil veces más atacables que la tésis, siempre quedará en favor del alma la autoridad de estas verdades primordiales, que solo se siente el hombre inclinado á juzgar insuficientemente probadas, por la razon sencilla de que siempre son más claras en sí mismas que en sus pruebas.

Respecto del particular se han producido dos exageraciones en sentido contrario. Los fisiologistas han echado en cara á los filósofos el erigir hipótesis metafísicas contra las realidades anatómicas, y el hacer, en nombre de dichas hipótesis, una oposicion absoluta á todas las investigaciones experimentales sobre el principio de la vida. En cambio los filósofos pueden volver el argumento de los fisiologistas, porque estos á su vez arreglan, mutilan, y amplifican los datos experimentales en provecho de su negacion; y si se les habla de un sér distinto de los órganos, sonrien *á priori* sin exámen prévio, como de una cosa extra-científica. Sin embargo si hay un alma, ¿hay nada más científico que decir que existe, y en cambio, nada ménos científico que sostener que no existe? «El que en nada más cree que en la materia, no debe adjudicarse el monopólio de la verdad científica y relegar al país de las quimeras al que cree en el espíritu. Puede reclamarse que suspendamos nuestro juicio; mas esta suspension no debe constituir una ventaja para nadie, ni debe aprovecharse la ventaja de un armisticio para establecerse con más fuerzas en el terreno disputado (1).»

Bajo el beneficio de estas reservas y de tales explicaciones preliminares, emprendemos la refutacion de la fisiología materialista, estableciendo: 1.° que la anatomía cerebral no destruye en manera alguna las pruebas del alma; 2.° que le opone otras completamente desprovistas de toda autoridad científica.

---

(1) *El cerebro y el pensamiento.* P Janet.

I.

Independientemente de las consideraciones expuestas y desarrolladas en el capítulo relativo á la constitucion, existen cuatro carácteres que suponen, en el yo humano, una autonomía inmaterial: la indivisibilidad, la invariabilidad personal, la libertad y la enfermedad. El yo espiritualmente entendido, siendo indivisible, en tanto que no lo es la materia cerebral; inmutable, siendo así que esta se renueva incesantemente; libre, al paso que se halla sometida á la fatalidad orgánica; enfermo, no obstante que no se descubre en esta, huella alguna de lesion, ¿no es la prueba más concluyente de que el yo habita en nosotros sin que de él forme parte la materia?

La indivisibilidad del yo resulta de este explendor interno que se llama el sentido íntimo. Tan imposible nos es dudar de nuestro yo como de su existencia. El *yo*, es decir, el resúmen de mi substancia pensante es esencialmente *uno*. En mí, no hay más que un yo; para hallar dos, seria indispensable ser loco. Sin embargo, una cosa muy distinta acontece con la materia: léjos de ser una, es infinitamente múltiple, porque es infinitamente divisible. Por consiguiente: para que el alma fuera materia, seria indispensable que un sér esencialmente uno, fuera al par y al propio tiempo dos, tres, cuatro, etc., lo cual es absurdo, resultando de ello la demostracion matemática y su espiritualidad.

Y aquí apelo al testimonio de cuantos han hecho algun estudio del cerebro, del cerebelo, de la médula y de todo el conjunto que constituye el aparato encefálico. ¿Cómo puede explicarse que la simplicidad del yo, provenga de semejante complexidad de elementos? No cabe dudar que mi alma está sujeta al funcionamiento de este mecanismo; pero en manera alguna es producto de él, porqué la causa es múltiple, el efecto uno: la causa es materia, el efecto es inmaterial.

No cabe dudar que el cerebro es el órgano de la inteligencia: pruébalo el hecho de que sentimos nuestro pensamiento en la cabeza, y que toda afeccion cerebral impide ó altera las funciones del espíritu; mas ¿quiere esto decir que el cerebro segregue todo este sér compuesto de percepciones é innumerables voliciones que se halla expresado por el yo? No, no, yo soy uno y mi cerebro se divide en partes, sin contar las partes de estas partes; yo soy la individualidad pensante y mi cerebro es un simple agregado de moléculas que sirve de vehículo al pensamiento. Identificar el alma con esta porcion del organismo, es confundir la lira con el agente

que la hace vibrar, y sin el cual no vibraría, agente que por este motivo es llamado alma del instrumento. De aquí el que un cerebro, anatómicamente inalterado, deje de pensar desde el instante en que deja de ser habitado por el principio pensante.

Poco importa pues que el pensamiento libre, exija, para manifestarse, la reunion armónica en el cerebro, de una porcion de condiciones orgánicas, físicas ó químicas. Las condiciones á que se halla subordinada mi conciencia ó el sentimiento de mi personalidad, no constituyen mi personalidad en manera alguna. Convengo en que esta depende de tales disposiciones en los centros nerviosos y en los lóbulos cerebrales, durante la actual union del cuerpo con el alma; pero ¿no podria subsistir tambien áun prescindiendo de esta union? ¿Qué podrémos responder á la propension invencible que á creerlo me lleva, y sobre todo á la imposibilidad absoluta que existe de extraer lógicamente el pensamiento, de la materia, y un yo tan eminentemente simple, de un organismo tan complicado? No se hable pues de la anastomósis ó soldadura que viene á unir unas á otras las ideas y á formar de esta suerte nuestra unidad intelectual, de fragmentos relacionados por el órgano cerebral. ¿Qué es más esta anastómosis que una hipótesis y un absurdo? Una hipótesis, porqué no existe ningun fisiólogo que haya demostrado semejante trabajo de agregacion sobre ideas resultantes de materia en camino de formar la personalidad; un absurdo porque no cabe concebir la operacion que iria á buscar aquí y allá en la masa cerebral el tercio, el cuarto, la mitad, el todo en fin de esta unidad esencialmente indivisible que constituye el yo. Ahora bien, lo que es completamente irreductible á partes por el pensamiento, ¿puede provenir de partes orgánicamente dispuestas?

Al presente, por lo ménos, los fisiólogos prudentes se abstienen respecto de la cuestion del alma. Unos la consideran como una *incógnita* que científicamente jamás puede ser hallada, otros con M. Claudio Bernard la aplazan para el siglo vigésimo; pero la fisiología que considera al alma como un cerebro en accion, no como el principio que pone en actividad el cerebro; como el efecto, no como la causa de la célula pensante, podrá hacer ostentacion de toda la ciencia que quiera, más no por esto alcanzará mayor aprecio. Deducir de la causa una consecuencia superior á ella, es un trastorno de la razon. Y sin embargo, así es como raciocinan aquellos que conceden á la materia todos los atributos del yo, del cual ni el gérmen encierra, y la misma unidad del yo del cual parece ser el antípoda, puesto que siempre puede ser dividida.

El conocido principio de que nada es en el efecto, como no esté, siquiera en potencia, en la causa, domina de tal suerte los atrevimientos de la ciencia, que reduce á limitadísimo número los partidarios de la generacion expontánea. En efecto, limitadísimo es el número de los que admiten que la materia, inerte de suyo, pueda

ser el principio de la vida animal. Por una singular contradiccion, los mismos que niegan á la materia la energía necesaria para producir animálculos, le conceden el honor de engendrar el alma humana: médicos que no son en manera alguna materialistas tratándose del nacimiento de un arador, lo son en el lecho de muerte de sus semejantes. Acaso llevan su inconsecuencia hasta el punto de creer en el alma de las bestias, al paso que niegan la del hombre. Vergonzosa abdicacion de una razon corrompida por el interés, porque, en general el hombre no rebaja sistemáticamente su dignidad, como no sea para reducir sus deberes en una medida proporcionada. Afortunadamente los organicistas se hallan reducidos á la medianía, y refutados por el hecho mismo de su blasfemia. Sí, la mejor prueba de la existencia del alma la tenemos en que jamás comprenderá completamente al hombre el que no cuente con ella. Será un anatómico, no un fisiólogo; un cirujano, no un médico. Hasta se han visto cirujanos ilustres que manejaban el escalpelo con la religiosa admiracion de Galeno: Dupuitren era uno de ellos, y por esto con su habitual franqueza contestaba á un colega que se envanecia de ser médico materialista: «No digais médico, caballero, sinó veterinario.»

El yo no sólo es indivisible sinó tambien invariable en la esencia de su personalidad, lo cual constituye un segundo carácter incompatible con la hipótesis organicista. Los séres vivientes se hallan sometidos á un contínuo trabajo de destruccion y de reconstruccion. Los huesos, los músculos, la piel, las mucosas se renuevan incesantemente en el organismo. Resultado de ello es que los elementos que este pierde por medio de la respiracion, la transpiracion, etc., los recobra por la asimilacion, y este flujo y reflujo contínuos en nosotros de la materia anatómica, bajo el imperio del principio vital, ha recibido el nombre de torbellino, como el más á propósito para dar á conocer la rapidez del movimiento molecular que determina. Ahora bien, esta ley de la renovacion periódica se aplica al cerebro del mismo modo que á todos nuestros órganos. Y sin embargo, si hay hecho alguno positivamente afirmado por la conciencia, es la permanencia del yo. Físicamente, cambiamos sin cesar: psyquicamente, somos siempre los mismos. «Por consiguiente, si la materia y el espíritu son idénticos, si este es el producto de aquella, el yo que era en mí hace algunos años, no es el mismo yo que en mí reside actualmente. Siendo la materia mi único principio, arrastra en su torbellino pensamiento, sentimiento, voluntad, y hace en mí un nuevo indivíduo pensante, senciente y voliente (1).» Esto es por lo ménos lo que

(1) *La ciencia de los ateos*, p. 337-38.

deberia suceder, si el organicismo fuese una verdad, y sin embargo, no es esto lo que pasa, puesto que la conciencia me revela la inmutable identidad de mi sér.

¿Se dirá tal vez que ántes de separarse los elementos anatómicos de mi cerebro han transmitido sus impresiones á los siguientes; que les han hecho pensar y obrar como ellos pensaban y obraban, en virtud de una especie de consigna; y que la inmutabilidad de mi persona moral es el efecto de esta inteligencia existente entre las moléculas? ¿Pero no equivale esto á conceder á cada molécula el alma que se niega al hombre entero? Dados por otra parte ciertos recuerdos que se avivan con el transcurso de los años, ¿cómo explicar que las moléculas de hoy sean más vivamente heridas, en ocasiones, por mis impresiones antiguas, que las moléculas que las experimentaron? ¿En qué consiste, sobre todo, que yo sienta invenciblemente y siempre la responsabilidad de actos pasados, que mi cerebro actual no ha concebido ni querido? ¿Es posible explicar al hombre, ese conjunto tan completo y tan armonioso, por la extravagante comunicacion de las moléculas que parten á las que llegan? Y sobre todo, y en ello insisto una y otra vez, ¿es lícito ser animista respecto de las moléculas y materialista respecto del cerebro, en suma, cabe adjudicar á la parte una energía inmaterial que no se reconoce en el todo?

Nó, el alma no es un producto de la materia, «es la primera de las realidades y la única plena, puesto que la materia no es más que un agregado multiple, separable, sin unidad, un agregado fortuito que se hace y se deshace, que no tiene identidad alguna permanente, ni individualidad, ni libertad (1).» ¿Vióse jamás al error confirmar más explícitamente la verdad?

La libertad moral es un hecho tan embarazoso para el materialismo, que para evitarse el tener que contestarle prefiere negarlo. La tendencia general de los organicistas consiste en explicar los fenómenos psíquicos por la fisiología, y por consiguiente en confundir la vida del alma con las funciones del organismo. Indudablemente todo acto de nuestra conciencia física, intelectual y moral corresponde á un estado molecular, definido, del cerebro; mas en manera alguna resulta de esto, que el agrupamiento y el movimiento de las moléculas cerebrales expliquen todos nuestros pensamientos y todos nuestros sentimientos. De las relaciones ó coincidencias existentes entre los hechos orgánicos y los hechos psíquicos, no puede deducirse su identidad, y si bien es verdad haberse establecido que el cerebro es el órgano del alma, no hay razon para que se haga del mismo la causa generatriz.

---

(1) Renan, *Ensayo de moral y de crítica*, p. 63.

Y sin embargo, en virtud de esta confusion, el génio háse definido una neurosis; el entusiasmo un eretismo mental; el éxtasis, una alucinacion histérica; la moralidad, un don de la naturaleza como la belleza, y la inmoralidad un morbo. Pero la conciencia protesta contra esta absorcion completa del hombre moral por el organismo, y particularmente contra la teoría del fatalismo frenológico. El mismo Gall tenia muy buen cuidado de decir que al localizar ciertas inclinaciones en las protuberancias craneanas, ni pretendia en manera alguna suprimir el alma, ni reconocer en las inclinaciones de la misma un ascendiente incompatible con la libertad. En efecto, esta subsiste perfectamente no obstante las solicitudes que obran en sentido contrario, con tal que no le falte el poder necesario para no dejarse arrastrar.

Esto es lo que resulta de las revelaciones de la conciencia, y esto lo que asegura la verdad del alma contra todas las negaciones del materialismo. ¿Es por ventura caso raro el que habiendo, si así cabe decirlo, separado en mí mismo los dos elementos de mi sér por medio de un acto de virtud, y, en tanto que mi cuerpo decia sí á la tentacion, le haya contestado mi alma con un nó capaz de arrojarle sobre un lecho de espinas? Pues bien, la porcion de mi sér, capaz de pulverizar hasta tal punto mi envoltura material, ¿no debe ser distinta de esta? La accion de la voluntad sobre el físico del hombre, brilla por medio de signos tan manifiestos que se la vé retardar ó precipitar el curso de ciertas enfermedades. ¿Y este agente que así domina el organismo sería mera secrecion de él? Mi estómago experimenta una necesidad y rehuso satisfacérsela; mi cerebro se halla cansado y puedo negarle el reposo; la ley de mi existencia es vivir y puedo quitarme la vida; si todo es materia en mí, ¿cómo explicar tan opuestas energías? ¿Una sola y misma substancia puede tener al par y sobre el mismo objeto voluntades opuestas? ¡Ah! en medio de la humanidad doliente, el organismo niega el alma porque se hálla oprimida por el cuerpo: en cambio, en la sociedad de los hombres virtuosos, se cree fácilmente en el alma porque se vé á la materia prestándola obediencia.

Sí, semejante espectáculo ofrece dos pruebas por cada una de la existencia del alma. Si esta fuese una fuerza idéntica á la materia, no gozaria la libertad que no puede darle la materia, porque carece de ella. Si no fuese distinta de la materia, no se elevaria á una moralidad de la cual no fué ni será jamás capaz. El remordimiento no es una preocupacion de educacion, es una ley santa de la naturaleza, y para concebirlo se necesita algo más que substancia cerebral. El animal siente el mal que ha causado por el que le proporciona: es la moralidad egoista y fatal del instinto. Al hombre le pesa del mal que comete por el mal mismo: es la moralidad libre y desinteresada de las almas. El hijo de Dios llorando sus pecados es la refutacion más bella del materialismo, porque semejante senti-

miento está muy por encima de las relaciones orgánicas para que pueda provenir de ellas.

Finalmente; hasta la misma enfermedad es un testimonio auténtico de una vida psiquica, completamente independiente de los fenómenos fisiológicos.

Por lo mismo que el hombre es un compuesto de dos elementos, el espíritu y la materia, armonizados y fundidos en una impenetrable unidad, no debe sorprender el que ciertas perturbaciones orgánicas produzcan un desorden correlativo en el espíritu. Por esto cuando Broussais ha escrito. «Desde el instante en que supe que el pus acumulado en la superficie del cerebro destruye nuestras facultades, y que la evacuacion de dicho pus determina su reaparicion, no pude ménos que considerarlas como simples actos de un cerebro viviente.» Broussais ha consignado una ingenuidad grosera. En efecto, la consecuencia conduce directamente al siguiente extremo: sería indispensable que el alma estuviese completamente independiente del estado de los órganos para ser distinta, y esto jamás lo admitirá el sentimiento universal.

En prueba de esto, fíjese la atencion en la siguiente conclusion inversa que del propio fenómeno puede deducirse: Si el alma fuese una funcion del sistema nervioso cerebral, como la transformacion de los alimentos en quilo es una funcion del estómago, resultaria que siempre y cuando hubiese una perturbacion intelectual, existiria una lesion cerebral, y recíprocamente, que cuando hubiese lesion cerebral habria perturbacion mental: ahora bien, semejantes hechos se hallan desmentidos por la observacion de los alienistas, y la prueba mejor de que el alma no es un cerebro viviente, podemos verla en el hecho, ó más bien en el contraste de que puede estar enferma en tanto que el cerebro está sano, del mismo modo que en el de hallarse este enfermo, en tanto que no lo está el alma.

Ahora bien, cuantos alienados ha habido, segun Sthal, Heinroth, Ideler, Leuret y otros, en los cuales la autopsia, despues de su muerte, no ha descubierto lesion alguna apreciable, y en cambio, cuantos hombres sensatos han experimentado profundas alteraciones cerebrales sin dejar de gozar de toda la plenitud de sus facultades racionales? Y toda vez que existe frecuentemente semejanza perfecta entre el cerebro del loco y el del sabio, ¿no es esto una prueba de que el estado del pensamiento no puede deducirse del cerebro y que por lo tanto no puede establecerse identificacion legítima entre el alma y su órgano?

Nada más científicamente probado por la anatomía patológica que el hecho de la pérdida de la razon sin lesion orgánica, y el de las lesiones orgánicas sin pérdida de razon. «Puede establecerse en principio, dice uno de los maestros en medicina mental, M. Jules Falret, que las más ligeras lesiones de las membranas ó de la superficie

del cerebro se hallan acompañadas de muy notables perturbaciones en las funciones intelectuales, en tanto que pueden existir durante largos años, en el encéfalo, las lesiones más considerables, sin determinar perturbacion notable en las funciones cerebrales, y á veces hasta sin dar lugar á síntoma alguno apreciable... ¿Cómo explicar por otra parte las intermitencias frecuentes de los síntomas, coincidiendo con la constancia de las lesiones (1)?»

Esquirol, Georget, Pinel y M. Lélut han confirmado la misma doctrina con su autoridad, y valiéndose de observaciones universalmente aceptadas. Segun ellos, la alteracion de los órganos cerebrales sólo tiene lugar cuando la locura es complicada, y el último nos asegura que, sobre veinte casos de manía aguda por él observados, lo ménos ha encontrado diez y siete sin la menor huella de lesion. ¡Qué elocuente testimonio en apoyo del principio espiritual!

Convengo en que, mediante otros medios de investigacion, puede llegar el caso en que se descubran ciertas relaciones, que hasta el presente han pasado desapercibidas, entre la locura y ciertas lesiones cerebrales; mas entre tanto el organicismo tiene ménos derecho, está ménos autorizado que el espiritualismo para aprovecharse de esta incógnita. ¿Qué puede responderse, por otra parte, á aquellos que niegan, no sólo que la aberracion mental tenga por causa alteraciones orgánicas, sinó tambien, que dichas alteraciones, cuando existen, sean siempre las mismas? Y sin embargo, ¿no han sostenido algunos médicos alemanes, tales como Nasse, Jacobi y Flemming, por ejemplo, que la locura es una afeccion visceral que se transmite al cerebro por irradiacion mórbida? ¿No la refieren otros á una hipertrofia y otros á una atrofia del cerebro? Prueba de que su causa física está todavía por explicar, y que, hasta como prueba en contrario puede ser considerada como un fenómeno esencialmente psicológico.

Por lo demás si la locura tuviese su principio único en los órganos, ¿no descansarian acaso las clasificaciones de sus diversas especies en una nomenclatura de los desórdenes orgánicos correspondientes á esos desórdenes cerebrales? Y sin embargo no es esto lo que sucede: consúltese á Esquirol, M. Baillarger, M. Delasiauve, y por último á M. Guislain en su obra sobre las *frenopatías*, y se verá que todos caracterizan los diversos géneros de alienacion por medio de un signo que es psicológico más bien que fisiológico. El uno se llamará por ejemplo locura de la tristeza, el otro de la cólera, el otro de la singularidad; pero ninguna llevará el nombre de locura que tiene su asiento en los nervios, en los lóbulos ó en otros apéndices cerebrales. Tan cierto es que, con la mayor frecuencia, esta enfermedad es una perturbacion exclusivamente moral y que el organismo solo interviene subsidiariamente.

(1) *Semeiología de las afecciones cerebrales.*

Algunos médicos y filósofos espiritualistas están por la localizacion de la locura en un órgano, apoyándose en el principio de que es una enfermedad y que el alma no puede estar enferma. Pero si nosotros admitimos que los sufrimientos del alma pueden ser causa de locura, no sé ver la razon de que el alma no pueda estar enferma. Respecto del particular podemos acudir á la doctrina cristiana, capaz de desvanecer por sí sola los obstáculos que halla á su paso la filosofía. Las almas manchadas por el pecado no gozan de modo alguno el privilegio de impasibilidad que les atribuye el espiritualismo racionalista. El dógma del purgatorio, del cielo y del infierno, antes de la resurreccion, ¿no constituye una prueba de que las almas pueden ser dichosas ó castigadas, áun desprovistas de sus vínculos corporales? No retrocedemos pues ante la consecuencia. Que el orígen de la locura resida ó no en los órganos, siempre acaba por alcanzar al alma, por que es un desórden positivo del entendimiento y una perversion de las afecciones morales que son facultades del alma. Mas sea esta enfermedad consecuencia ó causa de una perturbacion orgánica, siempre resulta un testimonio patente en favor de la vida psíquica, porque en tanto que todas las demás enfermedades imprimen su huella en el cuerpo, la de que tratamos jamás ha grabado la suya, cual si con esto quisiera advertírsenos que no debemos olvidar que su principio reside en la materia sin emanar de ella.

Reduzcamos la cuestion á los términos más sencillos. En el sér humano, como en todos los séres vivientes, puede distinguirse la vida y la organizacion. ¿Es la organizacion causa de la vida? ¿Constituye la vida el principio de la organizacion? El organismo cree lo primero, el vitalismo opina lo segundo. Ambos tienen sus defensores; pero el primero cuenta entre sus impugnadores un adversario invencible: el género humano. Por esto los que blasfeman del alma, tienen mucho que escudriñar áun en las células cerebrales, para probar que no existe. En tanto no lo consigan, la humanidad, puesta la mano en la conciencia, contestará incesantemente: Yo afirmo su existencia fundado en la unidad, en la identidad, en la libertad, en los sufrimientos de mi yo inmaterial, y el género humano obtendrá más crédito que los doctores del materialismo, reducidos por otra parte á creerse á sí mismos, y áun así con harta dificultad. Por lo demás, ¿creen realmente? Pronto lo sabremos. Fácil les es recusar las explicaciones que damos del sér humano, veamos si valen mas las suyas.

II.

Es el que va á ocuparnos un nuevo aspecto de la misma verdad. ¿Los argumentos de la fisiología organicista están mejor establecidos que los nuestros? Fácil nos será juzgarlo. Dada á su

negacion la base general de «faltando el cerebro falta el pensamiento,» razona del modo siguiente: si el alma no es más que un cerebro que funciona, la fuerza de la inteligencia ha de estar en razon directa del volúmen, del peso, de la forma y de la composicion química del cerebro: es así que esta relacion preside á la ley del desenvolvimiento intelectual, luégo el cerebro no es solamente el órgano inmediato del alma, sinó tambien su *factor*. El silogismo estaría perfectamente establecido y seria irrefutable, siendo cierta la menor; pero como no solamente es una mera hipótesis, sinó una atrevida contraverdad; de la discusion de sus alegaciones sólo quedará en nosotros la piedad que nos inspiren... y acaso algo peor por lo que á sus autores se refiere.

En primer lugar, ¿es realmente cierto que las facultades del hombre sean «proporcionales á su masa cerebral» como afirman Buchner y Liebig? ¿Un principio que excluye á Ciceron, á Rafael y á Napoleon de la categoría de los hombres de génio, porque no tuvieron una gran cabeza, en el sentido vulgar en que emplean esta palabra los sombrereros, no queda juzgado en cuanto se enuncia? Analicémoslo sin embargo detenidamente, á fin de darnos perfecta cuenta de su alcance.

Es cierto que los animales privados de cerebro, por ejemplo, los zoófitos, tienen escaso instinto; es cierto que los moluscos, dotados de un sistema nervioso ganglionar, son en esto superiores; es cierto tambien que las abejas y las hormigas, provistas de un aparato encefálico muy notable en su pequeñez, tienen maravillosas aptitudes; es cierto finalmente que el cerebro aumenta en dimensiones y perfeccion en su estructura, á medida que se eleva la escala de los peces á las aves, de estas á los mamíferos, y que la inteligencia sigue de abajo arriba las gradaciones del desarrollo cerebral; pero de estas observaciones, á la regla general que de ellas se pretende deducir, media una distancia inmensa, distancia que es mayor aun, cuando se consideran las leyes que rijen la formacion del cerebro de los animales, y la que ordena los movimientos del cerebro humano. Restablezcamos la verdad de la ciencia respecto del particular, y sustituyámosla á las fantasías que se nos ofrecen con pretension de científicas.

Es una ley general de la fisiología que la fuerza de los órganos está en relacion con su masa; pero esta ley, aplicada á la masa cerebral, está sujeta á numerosas escepciones. El perro tiene menos cerebro que el buey y no tiene más que el carnero; no obstante su inteligencia es extremadamente superior á la de ambos. La ballena y otros muchos cetáceos son superiores al hombre en cuanto á su volúmen encefálico, y francamente, no creo que se hallen en disposicion de disputarnos los sillones de la Academia.

Mas, se dice, no es precisamente el volúmen del cerebro lo que

en absoluto se ha de considerar, sinó su volúmen relativo al del cuerpo. La razon, dice regocijadamente Andrieux, en virtud de la cual los asnos son estúpidos, consiste en que su encéfalo no pesa más que la 250ª parte de su masa total. La razon en cuya virtud los ratoncillos son tan traviesos y vivarachos, la tenemos en que su cabeza es la 31ª parte de su corpezuelo.

Llegados á este punto nos encontramos con un nuevo y abundante manantial de artificios teóricos y de decepciones prácticas ó experimentales. No nos engolfemos, por el lado especulativo, en un debate que para nuestro objeto seria demasiadamente largo, y limitémonos á contrastar el principio valiéndonos de los hechos. Resulta desde luégo del principio establecido, que un individuo cuya lozanía variase, aun quedando el mismo el volúmen de su cerebro, seria más ó méuos inteligente, segun que estuviese mas gordo ó más flaco; tambien resultaria de esta medida proporcional, que el hombre seria inferior á muchas especies de monos, tales como los barbudos y los uistitis, y sobre todo á muchos pájaros, especialmente al gorrion, al abejaruco y al canario, que son los cabezas cuadradas de la poblacion ornitológica. En cuanto al perro y al caballo, en virtud del propio cálculo, quedan relegados el uno despues del murciélago y el otro despues del conejo. ¿Se necesita más para juzgar á los fantaseadores de anfiteatro, capaces de creer á pié juntillas semejantes utopias mejor que de prestar fé á su alma?

Para sostener el aventurado sistema que mide el pensamiento por la masa cerebral, el materialismo no ha retrocedido ante imaginacion alguna. Ha alegado la capacidad craneana de los alienados; pero los especialistas le han conducido á Bicetre, y le han dicho por boca de M. Lelut: «Más de la mitad de nuestros enfermos tienen la elevacion y la circunferencia del cráneo que pasan de las dimensiones medias.» El materialismo ha puesto de relieve la diferencia existente entre el cerebro de un etíope y el de un parisien; pero Tiedemann considera una supersticion esas pretendidas diferencias, y Flourens ha demostrado la igualdad física de todas las razas bajo este mismo punto de vista. El materialismo no se ha avergonzado de inventar «que los cráneos de los hombres más antiguos, desenterrados por la geología, ponen de manifiesto formas poco desarrolladas y semejantes á los de los animales.» Se le ha dicho que «los cráneos más antiguos que se han desenterrado,» la mandíbula encontrada en Abbeville particularmente, revelan un tipo más cercano al Caucásico que al Negro, y que si existe alguna diferencia entre los fósiles mas importantes de nuestros incultos abuelos, y las cabezas contemporáneas, dichas diferencias entran en los límites de las variaciones actuales. Finalmente, para acumular argumentos no ha tenido inconveniente en escribir. «Los sombrereros saben perfectamente que las clases ilustradas necesi-

tan sombreros mayores que las clases del pueblo ínfimo (1).» Mas al oir esto el buen sentido popular háse acordado inmediatamente del sitio ocupado por las pelucas, y por el tupé, en el interior de los sombreros de las clases ilustradas, y ha vuelto la espalda sin dignarse contestar.

Despues del volúmen, se ha aducido el peso del cerebro, por los partidarios del organicismo, como criterio de la superioridad intelectual. Nueva fuente de errores.

Que existan relaciones generales entre el entendimiento y el cerebro, cosa es que no puede dudarse; mas, cuantas veces se trate de someter tales relaciones á leyes rigorosas, se encontrarán resultados imprevistos, como si dijéramos, una fuerza invencible é imponderable que viene á falsear las operaciones del materialismo, para obligarle á que la reconozca. De aquí que el sistema ponderativo, haya dado lugar á más mistificaciones todavía que el de la cubicacion, aplicada al órgano del pensamiento. «¡Qué lástima, dice irónicamente Gratiolet, que semejante sistema resulte falso! De no ser así, contaríamos con inteligencias de 1,000 gramos, de 1,500 gramos, de 1,800 gramos; mas, ¡qué le hemos de hacer, no es cosa tan fácil y hacedera!»

En efecto, si los médicos del tiempo de Pascal nos dicen que cuando se hizo la autopsia de su cabeza, encontróse en ella «una extraordinaria abundancia de cerebro;» si los cerebros de Byron y de Cromwell, han justificado, puestos en la balanza, la elevada opinion que de su génio tenemos, tambien es exacto que los de Dupuytren, de Voltaire y de Napoleon, sometidos á la misma experiencia, constituyen un flagrante mentís lanzado al valor de dicha ley. Rodolfo Wagner ha tenido la paciencia de pesar 964 cerebros humanos, y ¿cuál ha sido el resultado que este catálogo comparativo le ha proporcionado? Que si bien Cuvier ocupa uno de los primeros lugares, Gauss, el ilustre geometra; Hermann, el filólogo; Hausmann, el mineralogista, y otros muchos, más eminentes áun, se hallan muy cerca del último.

No debemos tampoco olvidar, que el peso del cerebro varia con la edad, y que los fisiólogos no se entienden respecto del punto de su extremo crecimiento; ni que á falta del cerebro, por demás propenso á la descomposicion, hánse pesado frecuentemente los cráneos llenos de granos de mijo ó de un líquido; ni tampoco el que este estudio abunda prodigiosamente en demostraciones contradictorias, y se pierde continuamente en incógnitas insondables, y convendremos en que el alma, mas bien que la dificultad, es la solucion de la cuestion. «Mas que el peso y el volúmen, dice Gratio-

(1) *Fuerza y materia*, p. 124.

let, tenemos en cuenta la energía vital, la potencia intrínseca del cerebro.» «Lo que en el cerebro importa, añade M. Lelut, ménos que la cantidad es la cualidad.» Mas, ¿qué es esta energía vital, esta potencia intrínseca, esta cualidad superior, que constituye á veces un cerebro muy fuerte en un organismo muy débil? En verdad que si no es el alma, no comprendo en manera alguna que pueda ser la materia.

Eliminados el peso y la masa como medida de inteligencia, los adversarios del animismo se refugian en la forma. ¿Existe en este signo una característica positiva de la extension del pensamiento? Solo el espíritu de sistema puede responder afirmativamente. Todos los datos teóricos y experimentales fundados en la sabiduría conducen á una conclusion negativa.

Si la correlacion establecida es cierta, cuanto más se parezca al del hombre el cerebro de los animales, mas inteligentes serán dichos animales; y sin embargo, no es esto lo que vemos, pues los peces que por su sistema nervioso, se parecen mucho al hombre, como todos los vertebrados, tienen el instinto mucho ménos desarrollado que las abejas y las hormigas. Por otra parte, si bien es verdad que el mono tiene un tipo cerebral conforme con el del hombre; el perro y el elefante, que tienen uno completamente distinto, no dejan de tener una inteligencia extraordinaria. ¿No es esto prueba suficiente de que no debe atribuirse á la forma de la substancia encefálica una importancia decisiva (1)? Por lo que se refiere á las relaciones existentes entre la cabeza de los cuadrumanos y la cara del hombre, no olvidemos que proporcionan un argumento al espiritualismo, puesto que si la forma del cerebro es lo que determina la inteligencia, no se explica que dos cerebros, casi idénticos en cuanto á su forma, sean tan distintos por lo que á su inteligencia se refiere. Decimos mal, se explica teniendo en cuenta que la inteligencia procede de otra parte.

La doctrina que estamos combatiendo ha sido además formalmente desmentida por los anatómicos más importantes. No es el cráneo, dicen Vesale, Laffargue y Bouvier (2), el que se adapta á la forma del cerebro, sino el cerebro el que se amolda á la forma del cráneo. Por consiguiente, el cerebro y el cráneo son estrechos y puntiagudos cuando el animal escarbador debe servirse de la frente y del hocico para abrir la tierra; y por el contrario, anchos, cuando para alimentarse, para ver y para oir, ha menester una boca ancha, vastos ojos y grandes orejas, todo lo cual da como resultado el desarrollo del cráneo en sentido bilateral. Conclusion: el cere-

(1) Leuret. *Anatomía comparada*.
(2) Apreciacion de la *doctrina frenológica*. — *Memorias sobre la forma del cráneo*.

bro depende de las atribuciones que la inteligencia nativa da al animal, y esta inteligencia no depende del cerebro. Bajo otro punto de vista, ¿qué relacion puede razonablemente establecerse, entre la forma redonda, cuadrada, oval ó puntiaguda del cerebro, y la memoria, la imaginacion, el juicio (1)? Compréndese perfectamente que los dientes estén destinados á triturar ó á cortar, segun su estructura, porque aquí se trata de una funcion mecánica; pero un cerebro predestinado á la poesía ó á las matemáticas, porque tenga tal ó cual configuracion, aun cuando no falta quién lo haya imaginado, la verdad es que la ciencia no lo ha visto, ni lo comprende el buen sentido.

Llegamos al exámen de las dos condiciones que son consideradas en la conformacion del cerebro como la normal medida de nuestro nivel intelectual.

En la superficie del cerebro existen pliegues variados é irregulares que dan lugar á la formacion de prominencias y concavidades: aquellas han recibido el nombre de circunvoluciones; estas el de anfractuosidades. Pues bien, hé ahí la ley que han creido descubrir ciertos naturalistas: la extension y la fuerza de la inteligencia están en razon del número de las circunvoluciones y de la profundidad de las anfractuosidades. Ejemplos que se aducen en apoyo de esta opinion: los roedores, que son los ménos inteligentes de todos los mamíferos, carecen de circunvoluciones; en los rumiantes que lo son más, las circunvoluciones aparecen ya; los paquidermos son superiores á los rumiantes, y en ellos las circunvoluciones se acentúan, y así sucesivamente en progresion ascendentehasta los carniceros, los monos, y finalmente el hombre, que es de todos los animales el más rico en circunvoluciones cerebrales.

Pero esta doctrina, rejuvenecida por Desmoulins, data ya de tiempos muy antiguos; y si durante mucho tiempo ha estado en descrédito, consiste en que Galeno pudo decir á su autor Erasistrato: «No soy de vuestra opinion: segun esta regla los asnos, que son animales brutos y estúpidos, deberian tener el cerebro unido, y la verdad es que lo tienen lleno de circunvoluciones.» Los fisiólogos contemporáneos afirman, por su parte, que á pesar de la proporcion establecida por Desmoulins, los rumiantes tienen ménos circunvoluciones que los carniceros; que el perro y el caballo están completamente privados de ellas, siquiera sean susceptibles de una educacion superior; y finalmente, que por el número y extension de circunvoluciones, el elefante es superior al hombre, lo cual es el golpe de gracia dado á la autoridad de semejante ley. Por esto M. Baillarger la ha modificado sobre la base siguiente: el grado de desarrollo intelectual, léjos de estar en razon directa de la exten-

(1) Lelut *Fisiologia del pensamiento.*

sion relativa á la superficie cerebral, parece más bien en razon inversa. Los que no creais en el alma, escojed entre esas teorías contradictorias, y si las considerais de más fácil asentimiento, no os alisteis en las filas de los espíritus exigentes.

La otra condicion morfológica á la cual se concede gran importancia como signo de inteligencia, es el desarrollo del cerebro de alante atras. Cuanto más recubren los hemisferios cerebrales, por su extension, las demás partes del encéfalo, se dice, tanto más el animal es inteligente, y se empieza de nuevo y con la mayor imperturbabilidad la escala de proporcion establecida con motivo de las circunvoluciones. Pero habiendo comprobado estos hechos M. Leuret, sin negarles completamente su valor, no les reconoce en manera alguna la autoridad de una ley. La prueba que da de su opinion es irrecusable. Segun esta regla la zorra y el perro, estarian colocados intelectualmente en el mismo grado que el carnero y mucho más bajos que la foca y la nutria. En cuanto al mono estaria tan bien dotado como el hombre y en ocasiones hasta le sobrepujaria. ¿Como atribuir á esas indicaciones cuya significacion es tan dudosa, el valor absoluto de un criterio fisiológico?

Finalmente, la composicion química de los cerebros, ¿puede explicar la diversidad y la desigualdad de las inteligencias? Organicistas hay que lo han considerado más fácil que admitir el alma; pero vamos á ver que en lógica proceden como los fariseos en el órden moral: prescinden de los mosquitos y se tragan los camellos.

Respecto del particular no han hecho más los fisiologos que aceptar como propia la siguiente teoría de un célebre novelista. «El idiota es aquel cuyo cerebro contiene ménos fósforo: el loco aquel en cuyo cerebro se halla con esceso; el hombre vulgar aquel que tiene poco; el hombre de génio aquel que lo tiene saturado en grado conveniente (1).» De manera que el fósforo se ha convertido en el gran agente del pensamiento, en el estimulante intelectual, en suma, en alma. Feuerbach, llega al extremo de señalar como causa del rebajamiento de los caractéres en Europa, el uso inmoderado de la patata que contiene poco fósforo; y propone, para regenerar el temperamento moral de los pueblos, reemplazar la patata por el puré de guisantes que es un alimento muy fosforado. Con anterioridad á Feuerbach, Couerbe habia calculado que la ausencia del fósforo en el encéfalo reduce al hombre á la condicion de bruto; que un esceso de la misma substancia irrita el sistema nervioso y lo lleva á un delirio espantoso; finalmente, que una proporcion media restablece el equilibrio y produce esta armonía admirable que no es más que el alma de los espiritualistas. Molescott no se anduvo en tantos repulgos y justificaciones para formular su frase de efecto: «Poco fósforo, poco juicio.»

(1) Balzach. *Investigacion de lo absoluto.*

Esto por lo que se refiere al arreglo del engaña bobos que se llama la teoría; mas ¿en el terreno de la práctica pasan las cosas de la propia suerte? M. Janet, de quien tomamos la mayor parte de los datos relativos á esta cuestion, contesta: «El cerebro de los peces, que no pasan por cierto por grandes pensadores, contiene mucho fósforo. M. Lassaigne que ha analizado cerebros de alienados no ha encontrado más fósforo que en los de los hombres sanos en general. Finalmente, los trabajos de M. Couerbe sobre la química del cerebro, han sido enteramente destruidos y refutados en una sábia memoria de M. Fremy (1).» Despues de lo dicho, confesemos para no omitir cosa alguna, que la composicion química del cerebro no carece de influencia en el pensamiento. En prueba de ello puede citarse el cretinismo que proviene de la ausencia del iodo y otras substancias en el aire atmosférico; más sostener que con fósforo, íodo y otros elementos combinados, se puede reemplazar el alma, como han pretendido ciertos organicistas, equivale, á aventurar apuestas contra el sentido comun bajo pretexto de ciencia.

En suma, la refutacion del materialismo hállase completa en este resúmen del pensamiento de Gall. «Cuando digo que el ejercicio de nuestras facultades morales é intelectuales depende de condiciones materiales, no quiero dar á entender que nuestras facultades sean un producto del organismo; esto seria confundir las *condiciones* con las *causas eficaces*.»

Y sin embargo no es otra la incesante confusion en que yace y sobre la cual vive la teoria del organicismo. Afortunadamente tales abusos de razonamiento no ejercerán jamás una gran influencia en las propensiones contrarias de la naturaleza, y cuando se trata del alma, si por un lado existen algunos incrédulos sistemáticos, contemplarémos siempre en el opuesto á la humanidad entera.

Y es natural, porque es esta para ella, cuestion de vida ó muerte. El organicismo acaba con la humanidad en la tumba, el animismo la hace vivir más allá. La protesta universal de nuestra especie contra el primero de esos destinos y en favor del segundo, no es en manera alguna metafísica, es la voz de la naturaleza, y la naturaleza no hace necesidad de lo imposible. Pero si el alma no es nada sin el cerebro, ¿qué sucede y qué es de ella cuando los órganos han dejado de ser? Como persona humana, ¿cuya es su suerte cuando se han roto los vínculos que la unian á la materia? La ciencia lo ignora; pero el hombre que no quiere acabar completamente, necesita saberlo, y se lo preguntará á la psicología, á la metafísica, á la religion, y si todas las autoridades de su naturaleza le garantizan su inmortalidad personal, ¿con qué derecho pretenderá con-

(1) *El cerebro y el pensamiento.*

tradecirla una ciencia que no tiene argumento alguno convincente que oponerle? Es verdad que no podemos formarnos idea alguna positiva de la existencia de ultratumba; mas esto no es causa suficiente para declararla imposible. ¿Comprende el embrion en el interior del claustro materno, las condiciones de existencia que tendrá fuera de él? ¿A tener conciencia de la hora de su nacimiento, no la tomaria por la de su muerte? Entónces ¿porqué razon lo que juzgamos nuestra muerte no ha de ser un verdadero renacimiento, y la redencion de nuestro pensamiento, más bien que su extincion? Sócrates declaraba dulce y útil para el hombre «extasiarse ante tan noble esperanza,» la razon, la moral nos prohiben renunciar á ella: podrá la ciencia inscribirse contra semejante necesidad; pero por más que haga, léjos de vencer, sucumbirá en la demanda.

CAPITULO XVII.

La fé y la etnología.

Hemos agotado las objeciones deducidas por la ciencia del estudio del hombre individualmente considerado: fáltannos examinar aquellas que se deducen de la consideracion de los hombres contemplados en esas aglomeraciones que se llaman pueblos. La primera categoría pertenece á la historia natural; la segunda á la historia propiamente dicha. Aquella todavía es poco conocida y por lo mismo exigia una exposicion sintética al par que una refutacion detallada; la otra encierra ménos atractivos y tiene ménos novedad, por esto tratarémos de ella sucintamente. Además este es el lado de la cuestion explorado por el sábio cardenal Wiseman: ¿qué necesidad hay pues de empezar de nuevo su apologética? Nosotros contestamos á los sofismas *del dia*, nó á los de la víspera, impulsados por el deseo de que nuestras refutaciones puedan establecerse triunfantes sobre de los sofismas para que pierdan con ello su oportunidad. El consuelo mayor de los defensores de la verdad consiste en ver que sus obras resultan inservibles por haber muerto los errores que han combatido.

La ciencia de los pueblos los considera ora en sus emigraciones y en sus evoluciones sobre la superficie del globo, y entónces toma el nombre de etnografía; ora en sus leyes, usos, costumbres y conjunto de su individualidad histórica, y entónces se llama etnología. ¿Qué armas ha podido forjar el escepticismo contra la fé con esos elementos tradicionales? ¿No es indispensable corromper la etnología para que deponga contra la religion? Vamos á averiguarlo.

La etnología estudia desde luego los pueblos bajo el punto de vista de su antigüedad; discute la época de su nacimiento; la edad de su civilizacion; y deduce de todo ello la conciliacion ó la incompatibilidad entre el cómputo de la Biblia y el de su historia. Segun hemos visto la cronología bíblica ha quedado fuera de toda duda en el tribunal de la antropología prehistórica. ¿Será acaso dudosa bajo el punto de vista de la etnología? Aun cuando la se-

gunda de estas dos cuestiones tenga un interés insignificante para la solucion de la primera, importa sin embargo dejar debidamente establecido que, segun los textos históricos, del mismo modo que segun la geología; segun los testimonios escritos, de la propia suerte que en virtud de los vestigios hallados en las entrañas de la tierra, la aparicion de nuestra raza en este mundo es relativamente reciente. Unos han fijado la fecha á seis mil años, otros á siete mil. ¿Han probado lo contrario los indianistas, los chinólogos y los egiptólogos? Tal es la primera objecion que estamos llamados á resolver; y que dimana su orígen de la cronología.

La etnologia estudia tambien los pueblos bajo el punto de vista de sus lenguas é idiomas, y la fé se halla interesada en este estudio por un lado importante. ¿Pueden reducirse las lenguas á un tipo único y primordial, confirmativo de la unidad de la especie humana? Si todos los hombres descienden de un mismo padre, debieron hablar en un principio una misma lengua; si proceden de vários, han debido hablarlas distintas; son estos dos hechos, corolario el uno del otro: ahora bien, del mismo modo que las diversidades de conformacion y coloracion entre las razas no perjudican á la unidad de la especie, las diferencias características de las lenguas ¿son compatibles con el dógma de un sólo dialecto inicial? ¿Es posible conciliar el hecho de nuestro orígen monogenista, es decir, de una sola pareja primitiva, hablando y transmitiendo un mismo lenguaje, con las variantes sin número y sin analogía que presenta la palabra humana entre los diferentes pueblos? Es esta la segunda objecion que debe ocuparnos, la cual nace de la filología.

Finalmente la etnología estudia los pueblos bajo el punto de vista de sus costumbres, de sus escritos, de sus monumentos, y esta parte de sus investigaciones aplicada al Oriente, háse convertido en muchos conceptos en complemento de la apologética. Actualmente los estudios orientales ponen de manifiesto tantas semejanzas entre nuestros libros santos y las literaturas sagradas de dichos países, que ha sido necesario vengar nuestros libros de la acusacion de plagios. Hubo un tiempo, sin embargo, en que la objecion se presentó en sentido inverso. El Oriente, todavía desconocido, no habia aportado los justificativos de la ciencia profana á los textos revelados y entónces se preguntaba: ¿Hállase marcada con el sello de autenticidad que se llama color local? ¿Encuéntranse en ella fielmente retratados los usos y costumbres de las naciones vecinas y contemporáneas de Israel? ¿La historia comparada de las razas semíticas corrobora la de los hijos de Abrahan? Tercera y última objecion que debemos resolver, que abarca cuantas materias quieran imaginarse y que procede de una rama de la ciencia, conocida en el dia con el nombre de orientalismo. Digamos de pasada que esta solucion será breve, puesto que no tenemos nece-

sidad de probar que la Biblia es una fiel reproduccion del Oriente, á los que la acusan de ser una copia servil.

I.

¿Qué debemos pensar de esas dinastías, de esas literaturas y de esas religiones que tienen la pretension de remontarse á centenares de miles de años? ¿Pueden producir pruebas en apoyo de tan prodigiosa antigüedad? Consignemos desde luégo que áun cuando pudieran, el cristianismo no tendría por qué inquietarse. «En el estado actual de los conocimientos, dice un autorizado relator de este debate, es imposible señalar en época precisa el nacimiento del género humano; la Biblia no fija cifra alguna positiva respecto del particular; y en realidad carece de cronología para las épocas iniciales de la existencia humana, lo mismo que para la que media entre la Creacion y el Diluvio, y la que va desde el Diluvio á la vocacion de Abraham. Los datos que los comentadores han pretendido deducir, son completamente arbitrarios y carecen de toda autoridad dogmática. Entran de lleno en el dominio de la hipótesis histórica» (1). No obstante lo dicho, no queremos aprovecharnos de las ventajas de esta posicion contra los partidarios de la cronología fabulosa. En lugar de declinar la responsabilidad de nuestros datos, preferimos discutir los suyos. En efecto, del mismo modo que la paleontología, retrasa la cronología á su capricho el pasado de la humanidad, y aun cuando el placer que con este juego se proporciona, no nos causa perjuicio alguno, cumple poner de manifiesto que forja novelas en vez de dar historia. Esta verdad se aplica á los anales de tres pueblos que se han envejecido á sí mismos hasta un extremo increible, con el propósito de ennoblecerse, y cuya nobleza se ha exagerado á sabiendas á fin de disminuir la de los Hebreos: aludo á los Indos, á los Chinos y á los Egipcios.

Con anterioridad al siglo décimo séptimo, sólo teníamos de la India un conocimiento verdaderamente legendario. Alejandro y Seleuco Nicator apénas la habian reconocido: posteriormente los Lágidas, los Arabes, los Portugueses, los Holandeses, los mismos Franceses la habian frecuentado sin darla á conocer, de suerte que los gusanos de seda que en el siglo sexto trajera el monje Cosmus, constituian acaso el único resultado que reportara la Europa de esas lejanas relaciones. Mas convertidos los ingleses en dueños de ese suelo riquísimo, merced á la influencia de la compañía de las Indias orientales, solo tuvieron dos preocupaciones: monopolizar

(1) Lenormant, *Hist. ant. del Oriente.*

en provecho propio sus riquezas materiales, y compartir con el resto del universo los tesoros históricos y literarios. Una sociedad asiática fundada en Calcuta en 1783, fué el foco activo de esas nuevas investigaciones. Tres hombres notabilísimos, William Jones, Colebrooque, y H. Wilson la dirigieron sucesivamente, durante los primeros años de su existencia, viniendo á ser los iniciadores de una erudicion indianista, que acogió con entusiasmo el filosofismo europeo, por la única razon de proporcionarle argumentos contra la fe. Tres objetos de esta erudicion en particular, sirvieron de instrumento á los rencores anticristianos: la astronomía, la historia, y la literatura, á lo que se decia, desmesuradamente antiguas de los Indos.

El promovedor más acreditado de las antigüedades astronómicas de la India en Francia, fué el desgraciado Bailly. Este escritor que era un artista extraviado en las sendas de la política, pagó con la cabeza el error de haber desconocido su vocacion. Fundado en una tradicion tomada del *Timeo* y el *Critias* de Platon, creia en el continente sumergido de la Atlántida, y no daba fé á la revelacion bíblica. Abrigaba la conviccion de que habia existido una civilizacion fantástica que debió ser tragada por el Océano; de la cual eran los Indos la prueba y los representantes, y no lo estaba de la verdad de nuestras tradiciones. De aquí que su imaginacion arrastrada en pos de Fontenelle viese las quimeras y negase las realidades. En virtud de semejante alucinacion concedia á los Indos una ciencia muy adelantada, les declaraba una nacion poderosamente constituida tres mil quinientos años ántes de Jesucristo, y les atribuia tablas astronómicas de una antigüedad, si cabe, superior. A grandes bromas han dado lugar las tablas referidas, y más habria sido áun, si la simpática memoria de Bailly no hubiese puesto á cubierto del ridículo sus vanas fantasías; ¿mas qué dirémos nosotros para informar la conciencia del lector?

Delambre manifiesta: «Que no existe razon para admitir la realidad de las pretendidas observaciones de los Indos.» Laplace se pronuncia formalmente contra la antigüedad de tales cálculos, considerándolos como tomados de la astronomía Griega de los alejandrinos. Klaproth, Lassen, Weber, este especialmente, consideran toda la astronomía de los Indos como fundada en las observaciones hechas con posterioridad á Alejandro-Magno. Cierto que Strabon, habla, respecto del particular, de las nociones brahmánicas; pero es simplemente aludiendo á ciertas observaciones siderales que nada tenian de científicas. Finalmente, Bentley, despues de haber analizado todos los tratados indios de matemáticas, traducidos por Colebrooke, afirma que nada autoriza á creer que los Indos hayan establecido jamás, de un modo correcto, las bases de una astronomía; que su libro de ciencias (*Surya siddhanta*), al cual atribuyen los brahamas una antigüedad de muchos millones de años, no cuenta

más allá de siete siglos de existencia, y que el punto de partida de sus observaciones no es anterior á mil doscientos años ántes de Jesucristo.

Conozco el ruido que se ha metido con una cierta leyenda intitulada *Krisna*, que, por su título y por su accion recuerda el nombre de Cristo y su historia, de manera que colocando su orígen en una antigüedad inmemorial, se creyó echar, por este mero hecho sobre el Evangelio el descrédito de una obra de imitacion. Pero Bentley, fundándose en la posicion de los planetas, tal cual se halla descrita en este relato apócrifo, demuestra que no remonta más allá del siglo séptimo de nuestra era y que es un grosero *pasticcio* del Evangelio inventado por los brahmanes, con el objeto de evitar que los naturales del país abrazaran el cristianismo. ¡Singular documento justificativo en apoyo de los incomensurables periodos estudiados por la astronomía védica!

Ni merece tampoco mayor crédito la historia de dichos países. Causa admiracion leer en la Biblia que ciertos patriarcas vivian más de nueve cientos años: pues bien, los Indios conceden á sus primeros reyes una longevidad de doce docenas de siglos. El más formal de sus analistas, el hijo de un primer ministro que por los años de 1200 escribió la *Crónica de Kachmir*, hace vivir tres siglos á un rey que habia existido algunos ántes de la época en que él escribia, porque convenia así para ajustar debidamente la narracion. Es decir, que se escribiria una historia más verósimil con los recuerdos mitológicos de la Grecia, que con las tradiciones de la India. Los *Pouranas* y los *Vedas* no pueden en manera alguna servir de pauta histórica, más que al espíritu de sistema llevado hasta la demencia. A bien que nada tiene de demencia dar crédito á narradores que no creen ni en ellos mismos, M. Vilfort empleaba como auxiliar en sus investigaciones relativas á los textos indios á un *pandit*, que consideraba completamente concienzudo. Un dia le sorprendió borrando y cambiando versos á centenares en los libros sagrados, y como le echara en cara su infidelidad y atrevimiento, contestó que era un procedimiento usado entre ellos, para mejor honrar á los héroes y á los dioses: véase por consiguiente lo que son las honradas elucubraciones presentadas á Europa como más verídicas que nuestros Libros sagrados! Por esto no existe quien de sincero se precie, que se decida á lanzarse, seguro de no perderse, en el inextricable laberinto de la cronología indiana. A duras penas ha logrado Klaproth fijar el comienzo, de un modo formal se entiende, en el siglo duodécimo, y Lassen coloca entre dos mil y mil quinientos años, ántes de nuestra era, el orígen de los gobiernos regulares á orillas del Ganges; lo cual significa que se penetra nuevamente en el órden bíblico por medio del buen sentido, cuando se ha abandonado por la hipótesis, puesto que la Biblia remonta á veinte siglos ántes de Jesucristo la fundacion de los más antiguos imperios.

En cuanto á la literatura sagrada de los Indos los incrédulos la han ensalzado ridículamente con el propósito de rebajar la nuestra. Segun ellos los libros de los *Vedas* son más antiguos que el Pentateuco; pero segun Colebrooke y todos los verdaderos críticos, los *Vedas* son posteriores en doscientos años al siglo de Moisés, y á duras penas anteriores en mil quinientos al comienzo de nuestra era. ¡Á esto se reducen las suposiciones de la cronología de invencion! ¿Quiere saberse, por lo demás, que fé prestan los espíritus fuertes, á la antigüedad de los libros distintos de la Biblia? Escuchemos los sones de la trompeta tocada por Voltaire en favor de un descubrimiento de este género.

«Una casualidad feliz ha permitido descubrir en la biblioteca de «París un antiguo libro de los brahmas, el *Ezour-Veidam*, escrito «ántes de la expedicion de Alejandro á la India... traducido por «un brahma. En realidad no es el mismo *Veidam* sinó un resú-«men de las opiniones y de los ritos contenidos en esta ley. Por «consiguiente podemos envanecernos de tener hoy algun conoci-«miento de los escritos más antiguos que existen en el mundo. Al «presente no cabe dudar de la verdad, de la autenticidad de este «ritual de los brahmanes, etc., etc. (1).»

¿Mas es esta la historia verdadera del *Ezour-Veidam*? De ningun modo: nosotros vamos á darla despojada de todos los ornamentos con que la embelleció la supersticion volteriana. Sir Alejandro Johnson, superior de la justicia en Ceylan, recibió el encargo de redactar un código de leyes para los naturales del país, por cuyo motivo trató de proporcionarse el *Ezour-Veidam*, con el propósito de inspirarse en esta obra, considerada como una maravilla por la escuela filosófica. Habiéndose trasladado á Pondichery, alcanzó del gobernador, que lo era el conde Dupuis, autorizacion para examinar los manuscritos de la biblioteca de los jesuitas, que no habia sufrido el menor desarreglo con posterioridad á la época en que habia salido de la India. Con gran sorpresa de sir Johnson, encontróse entre aquellos legajos llenos de polvo el *Ezour-Veidam*, que en vano habia buscado por todas partes. Sin embargo, M. Ellis, superior del colegio de Madras examinólo detenidamente, y gracias á semejante estudio pudo convencerse de que el texto primitivo de la obra se debia á los cuidados de un sábio jesuita, Roberto de Nobilibus, sobrino del cardenal de Bellarmino, que en 1621 la hizo componer con el objeto de convertir al cristianismo á los Indios y especialmente á los brahmanes.

De manera que Voltaire tenia entre manos la obra de un jesuita, y la tomaba por el trabajo de un brahma: tenia ante sus ojos un comentario del Evangelio, y consideraba á este, como pálido refle-

---

(1) *Ensayo sobre las costumbres.*

jo de aquella: finalmente esta obra databa del siglo décimo séptimo, y él la proclamaba «más antigua que Alejandro, escrita por un autor antiguo sobre un texto más antiguo todavía!» Dígase ahora que los cronologistas del libre pensamiento no están á cubierto de toda sorpresa! Despues de tales errores es indispensable saltar hasta los zodíacos de Denderah.

Ya que el pasado remoto de la India, bajo el punto de vista astronómico, histórico y literario, tiene sólo una certeza mitológica, ¿gozará más autoridad el pasado de la China? Los Chinos no se paran en barras cuando se trata de adjudicarse años; pero su fraude es tan conocido que apénas hay necesidad de discutirlo.

El analista más antiguo de la China, Confucio, vivia de cuatro cientos á quinientos años antes de Jesucristo. Su libro el *Chou-King*, quemado por órden imperial doscientos años despues de su publicacion, fué recompuesto, segun parece, bajo la direccion de un anciano de prodigiosa memoria que lo recordaba de un cabo á otro. Eeste es el único título que garantiza la modesta antigüedad de *tres millones, dos cientos sesenta y seis mil años*, que se adjudican los hijos del Cielo.

Klaproth y Lassen no vacilan en declarar que no existe certeza alguna histórica en las crónicas chinescas, con anterioridad al siglo VIII antes de nuestra era. Es verdad que Abel Remusat se halla dispuesto á extender esta certeza hasta 2637 años antes de Jesucristo y hasta á pensar que los caractéres chinos datan de tres ó cuatro generaciones despues del diluvio; mas prescindiendo de que esta hipótesis no contradice en manera alguna la cronología de los setenta, es preciso convenir en que los trabajos de los sinólogos, últimamente llevados á cabo, son ménos favorables á las conclusiones de Abel Remusat que á las de Klaproth y de Lassen. En resúmen el Celeste imperio comienza á tener historia cuando la literatura hebráica camina á su ocaso; lo que prueba que el árbol genealógico de los Hebreos tiene en lo pasado raíces mucho más profundas que el de los Chinos. ¡Estraña contradiccion! Para los escépticos de nuestros dias, todo aquel que pretende remontar á la época de las cruzadas sus timbres de nobleza, es un simple aventurero; en cambio se considera digno de fé, y merece ser tomado en sério el pueblo que falsifica su cronología en muchos millones de años, con tal que su falacia desmienta la verdad religiosa.

Despues de la India y de la China, el país de las antigüedades quiméricas es el Egipto. La cronología aventurera, descubrió en él hace como medio siglo, pretendidas observaciones astronómicas que databan de siete mil años antes de Jesucristo, siendo así que eran meras representaciones astrológicas, ú horóscopos del tiempo de Adriano. MM. Champollion y Letronne han confundido los cálcu-

los mistificadores de Esneh y de Denderah; mas ¿qué podrémos decir para encerrar en breves líneas las incertidumbres del caos decorado con el nombre de egiptología?

Convenimos, desde luégo, en que el Egipto posee los monumentos más antiguos. Canteras de una piedra de tal calidad que es casi inalterable; el limo del Nilo admirablemente apropiado para la fabricacion de tejas imperecederas; una corteza leñosa y suave que ofrece una superficie muy apta para los ensayos de pintura y escritura; un clima por demás favorable, por su sequedad, para la conservacion de los objetos; un cielo despejado que convida al hombre á espaciarse en la contemplacion sideral; finalmente, el instinto de los naturales que los lleva á utilizar las aptitudes de su pais para la perpetuacion de los recuerdos; tales son las causas que explican la riqueza del Egipto como museo arqueológico: pero nada existe que pueda justificar ni la antigüedad que se le atribuye, ni el partido que de ella pretende sacarse contra la fé.

Tambien convenimos en que Lepsius y Bunsen son dos egiptólogos de una autoridad imponente y en que fijan la aurora de las verdades históricas, cabe los bordes del Nilo, á unos cuatro mil años antes de Jesucristo. En cambio, otros no ménos bien informados, han emitido un juicio completamente distinto: Wilkinson reduce este período á la mitad; MM. Stuar Poole, Champollion, de Sacy, Rosellini, Th.-H. Mortin, comparten la propia opinion: finalmente, M. Mariëtte, cuya autoridad en esta materia es muy respetada, declara que los Egipcios jamás han tenido cronología. Muchas son las causas que explican lo enorme de los errores cometidos en tales suposiciones.

1.° Los Egipcios carecen de era comun que les sirva de punto de apoyo para juzgar de la época en que se realizaron los acontecimientos. Contaban los años por los reinados y el primero de cada uno de estos conducia de nuevo á la unidad; de manera que el adicionar estos fragmentos de historia para componer un todo escalonado con exactitud en los datos y en los sincronismos, es un trabajo casi imposible, en el cual la conjetura debe usurpar continuamente el lugar de la verdad.

2.° Herodoto que visitó el Egipto hácia el año 450 antes de Jesucristo, nos dá únicamente una cronología llena de incoherencias y contradicciones. Diodoro de Sicilia que llevó á cabo el propio viaje antes de la era cristiana, nos refiere que los sábios del país disputaban para saber si la primera pirámide contaba entónces mil, ó tres mil cuatro cientos años de existencia.—Como si dijéramos una fruslería, tratándose de un acontecimiento por otra parte muy difícil de comprobar!—Por último la mayor parte de las cronologías egipcias descansan en la relacion de Manethon, gran sacerdote de Heliópolis. Ahora bien, ¿que fé merece esta historia? Josefo acusa al autor de haber compuesto *narraciones increibles y cuentos fala-*

ces (1). A fines del siglo segundo el texto original de Manethon se perdió y sólo se encuentra en copias en las cuales las variantes, las glosas, las contradicciones más groseras no tardaron en desfigurar el fondo. De aquí el que la restauracion del texto auténtico, varias veces emprendida por los eruditos, no haya producido más resultado que marearles y acabar con su paciencia.

Añádase á esto que si han existido realmente las treinta dinastías de reyes mencionadas por Manethon, despues de Menes, es probable que fueran simultáneas, es decir, sobre diferentes tronos de la misma nacion al propio tiempo; por ejemplo en Memfis, en Sais y en la Etiopía, y por consiguiente deben ser contadas unas al lado de otras, no á continuacion, lo cual modifica singularmente las evaluaciones cronológicas. Es preciso recordar tambien que Josefo, Eusebio, el griego Eratóstenes, M. Bunsen y los más eminentes egiptólogos de nuestros tiempos profesan esta opinion, que reduce en gran manera la trascendencia de los cálculos manethonianos, y se convendrá en que es preciso hallarse dotado de una fé original para no creer en la Biblia, porque se cree en las dinastías divinas y humanas del Egipto.

3.ª Además de lo dicho, tenemos que los monumentos que, hace cincuenta años, parecian prometer importantes revelaciones á los investigadores de ruinas egipcias, ofrecen las mismas lagunas que la historia. A veces pasa una larga série de dinastías sin dejar huella de su existencia. Cinco listas de los reyes de dicho país se han entregado á la curiosidad del mundo sábio formadas con los fragmentos arqueológicos, y la verdad es que se contradicen mútuamente. El canon de estos nombres conservado sobre papíros en el museo de Turin, la tabla de Karnakh, la de Sakkarah, y las dos de Abydos presentan séries discordantes y conjuntos inconciliables. ¿Cuál es el medio de componer cuadros cronológicos con esta cronografía lapidaria desprovista de claridad y sin clave para su interpretacion?

¿Quién sabe si el mismísimo Menes, colocado por los egiptólogos en el punto de partida de su cronología, es el Manu de la India; el Minos de Creta; el Magnés de la Frigia; el Manos de la Lydia, ó el Mannus de la Germania? Nada sorprende como *quidproquo*, en el estudio de semejante país. Cuando se considera que la carencia de monumentos significativos ha hecho dudar á los sábios si la dominacion de los Hiksos duró quinientos ó dos mil años, se asusta el estudioso de la latitud concedida á las combinaciones sistemáticas, y se sorprende, al par, de la facilidad con que se aprovechan de ella ciertos espíritus.

Digamos, pues, para concluir, valiéndonos de las palabras de un crítico de grande autoridad: «Que sea la que quiera la precision

---

(1) Contr. App. l. xxxii.

aparente de sus cálculos, la ciencia moderna fracasará siempre en sus tentativas para restituir á la historia del Egipto lo que no poseían los Egipcios, el escrúpulo de la exactitud. Por lo demás, restituir á las listas de Manéthon el elemento cronológico que le han quitado las alteraciones de los copistas, es obra enteramente imposible. De la misma suerte que la ciencia se siente hoy con capacidad suficiente para afirmar que un monumento pertenece á tal ó cual dinastía, da prueba de su recto proceder, evitando el pronunciarse sobre la fecha absoluta á que dicho monumento se remonta. La duda aumenta en semejante materia, á medida que esta se aparta de los tiempos próximos á nuestra era (1).»

Hé ahí un acto de conciencia de que han sabido dispensarse frecuentemente los anticuarios del país de los Faraones. ¿Hablaremos ahora de la Caldea con sus anales eternos, en los cuales se ve á diez reyes ocupar el trono durante un período de cuatrocientos treinta y dos mil años? No pasan tales hechos de puerilidades imaginadas por Beroso, sacerdote babilonio, cuya audacia rivalizaba con la del gran sacerdote de Heliópolis. Ambos escritores vivieron en la época en que el Oriente vencido por Alejandro, queria eclipsar la Grecia por las glorias de un pasado espléndido, y tomar en la historia la revancha de sus humillaciones presentes; mas cometen la mayor de las insensateces los lectores del siglo décimo nono que se hacen cómplices de este fraude absurdo, juzgándola harto espaciosa para obscurecer al Evangelio!

II.

El restablecimiento de la verdad cronológica es un suplemento de nuestras pruebas precedentes contra la antigüedad fabulosa del género humano: la respuesta á la objecion basada en la multiplicidad de las lenguas primitivas, que implicarian la pluralidad de las especies humanas, es un nuevo argumento en favor de la antropología monogenista.

Los progresos de la lingüística han dado vida y crédito á este género de ataques. Desde el comienzo de este siglo, las relaciones y las diferencias observadas entre las varias y distintas lenguas, han creado estudios comparativos respecto del particular, y nuestros descubrimientos filológicos se han considerado de no menor importancia por algunos, que la aplicacion del vapor á las artes mecánicas, y la de la electricidad á la comunicacion del pensamiento. No ha bastado con adivinar y referir á la unidad las for-

---

(1) M. Mariette.

mas gráficas del Egipto, ni con descifrar las más misteriosas inscripciones del Oriente y de la Escandinavia, sinó que se han analizado los dialectos, clasificado sus familias, reducido todas sus ramificaciones á algunas ramas principales, y deducido de todo ello que en un principio debian existir diversos linajes humanos, ya que habia diferentes lenguas. El argumento seria decisivo si en vez de una conclusion no expresara un problema.

La fé, sin definir nada absolutamente respecto del origen del lenguaje, nos enseña por su lado, que Adan habló desde los primeros dias de la creacion; que despues del diluvio, reunidos los hombres al pié de la torre de Babel, eran todavía de *una sola palabra;* mas que á partir de este instante, las diferencias entre dialectos se acentuaron de tal modo, que la comunicacion oral entre pueblo y pueblo resultó imposible. Contra este castigo divino es imposible establecer oposicion alguna verdaderamente histórica. El recuerdo de Babel y de la confusion de las lenguas háse conservado entre los Babilonios de la llanura de Sennaar. Una inscripcion perteneciente á la época de Nabucodonosor, llama á la torre de Babel «la torre á pisos, la casa imperecedera, la torre de las lenguas que construyó el primer rey sin poder terminar lo comenzado. Los hombres la habian abandonado despues de los dias del diluvio, profiriendo sus palabras en desórden.» Segun esta inscripcion, dice M. Lenormant, pueden reconocerse los restos gigantescos del monumento entre las ruinas de la antigua Babilonia. Los habitantes del país dan actualmente á estos restos el nombre de la torre de Nemrod. Levántase en la llanura como una montaña. Es un monton inmenso de ladrillos simplemente secados al sol, que al hundirse han formado varias colinas.

De manera, que basta lo dicho para dejar perfectamente establecido el triple hecho de la unidad primitiva del lenguaje, de la confusion posterior, y de la dispersion del género humano. ¿Qué opone la filología anti-cristiana á estos datos fundamentales de la cuestion? Un sistema de lingüística, nó pruebas. Acaso sueños fantásticos en lugar de la realidad histórica.

Josefo, Onkelos, y con ellos toda la edad media, habian equivocadamente presumido que las lenguas de los gentiles eran una transformacion de la lengua hebrea, y que Adan y Eva hablaron dicha lengua en el Paraíso terrestre. Cierto que fundándose en los trabajos de gramática y lexicografía general, llevados á cabo en nuestros dias, háse asegurado que todas las lenguas pueden reducirse á las tres grandes familias, semíticas, indo-europeas, y chinescas. Mas, anteriormente á la formacion de estas, ¿no ha existido una lengua primitiva que sirvió para toda la especie humana? ¿La unidad original del lenguaje, es inconciliable con las verdades indubitables de la filología? Solo la filología temeraria ó poco concienzuda puede sostenerlo.

En efecto, ¿cuál es la base de su argumentacion? Vamos á decirlo. Así como la corteza terrestre se divide en diversos sedimentos, existen en el lenguaje tres estados ó condiciones sucesivas de existencia que responden á otras tantas estratificaciones: su primera forma y la más antigua, es aquella en que las palabras constituyen un sonido único; de aquí las lenguas monosilábicas, por ejemplo, el chino: la segunda forma es aquella en que el mecanismo gramatical se complica y constituye las lenguas, llamadas aglutinantes, como la turaniana: por último, la tercera es aquella en que las lenguas experimentan una modificacion más fundamental áun, haciéndose flexibles; por ejemplo, las aryánas y las semíticas. Pues bien, dice la filología anti-unitaria, no existe lengua alguna que haya podido pasar del estado monosilábico al de aglutinacion, y de este á las inflexiones, y por consiguiente, los hombres han creado de un sólo golpe esas diversas categorías de lenguaje, y el género humano ha empezado por muchas familias, puesto que ha comenzado por muchos idiomas.

Si fuesen ciertas las premisas, admitiríamos la consecuencia; pero nunca como en esta ocasion, lo que se ha convenido en calificar con el nombre de *ciencia*, ha abusado hasta tal punto de la credulidad del público, para darle enigmas á manera de cosa perfectamente demostrada.

¿En qué se fundan, el profesor Polt y su escuela, para sostener que no es posible transicion alguna de un grupo á otro de estas lenguas? Propiamente hablando no existe lengua alguna que se halle exclusivamente encuadrada en una de estas tres familias. El mismo chino encierra formas que pertenecen de lleno á la segunda categoría. Por su lado las lenguas aglutinantes tienden sin cesar á darse el carácter de la inflexion. La línea de demarcacion entre los tres géneros existe más bien en la teoría que en la realidad. Acontece con esto lo que con las capas fosilíferas cuyos productos son distintos en principio, pero realmente hállanse con frecuencia mezclados. El carácter dominante, y esto no es exclusivo de las lenguas, es, pues, lo que sirve de base á sus clasificaciones, ya que ninguna excluye rigorosamente los procedimientos de la otra. Nada existe en la estratificacion terciaria del lenguaje, dice Muller, que no tenga sus antecedentes y su explicacion en la estratificacion secundaria ó primaria; y cuando las cosas pasan de este modo ante nuestros ojos, hoy que las lenguas son viejas y su fuerza progresiva se halla agotada, ¿hay valor para afirmar que en el exuberante verdor de su juventud, carecieran del empuje necesario para elevarse del monosílabo á la aglutinacion y de esta estacion intermedia á la inflexion? ¿Y los mismos que creen en la transformacion de las especies vivientes, no pueden prestar fe al movimiento ascensional de las formas del lenguaje?

Este cuadro es demasiado estrecho, y harto notoria nuestra in-

competencia para que nos aventuremos en semejante demostracion; mas con pruebas irrefragables podemos afirmar que si no hubiese una pasion volteriana empeñada en la cuestion de la unidad primitiva del lenguaje, la filología negativa temeria comprometer su honra en esas conclusiones tan poco autorizadas contra esta verdad.

Por lo demás, suponiendo que no pudiera probarse que las lenguas aryanas y semíticas hayan sido idénticas en el período del monosilabismo, es preciso convenir por lo ménos en que no existe fundamento alguno para sostener lo contrario. Los esfuerzos que se han hecho para remontar desde el estado presente del lenguaje á las tres formas iniciales ya mencionadas, ora se recurra á las leyes gramaticales, ora se consulten las asonancias y la eufonía parecen más bien un juego que una empresa científica. Los que, estudiando el organismo de las lenguas, han sostenido que Adan habia hablado el chino ó el celta, y áun el vasco, así podian basar su opinion en las probabilidades de la lingüística como los partidarios de los tres idiomas primitivos, y esto sin contar con que se hallaban metidos dentro de un círculo inquebrantable. Para sacar de semejantes sombras argumentos contra la fé, es preciso amar muy poco á la fé, y mucho á las sombras.

Yo bien sé que si los filólogos no prueban que hayan existido muchas lenguas en el orígen de las cosas, tambien nos faltan los monumentos para probar que no haya habido más que una; pero nuestra prueba resulta de muchas otras ya aducidas, en tanto que la suya es puramente conjetural y constituye el *desideratum* de gramáticas apénas bosquejadas, de léxicos formados á medias, y en ocasiones todavía ménos comprendidos. Por lo demás no puede decirse que sea de la esencia de nuestra tésis el que no deba ser probada. La confusion del lenguaje se halla referida en el Génesis como un acontecimiento milagroso y por consiguiente inexplicable. Al paso que la filología irreligiosa jamás dará cuenta de sus hipótesis de un modo que satisfaga completamente, nuestra verdad subsistirá con tanto mayor imperio en cuanto es inexplicable, puesto que subsistirá como hecho divino en vez de ser mera probabilidad humana (1).

III.

La etnología aplicada al estudio de las costumbres, de las literaturas y de las antigüedades orientales, es fecunda en confirmaciones bíblicas. La dificultad más grande que presenta, no tanto

(1) Véase *el Mundo y el Hombre primitivo*, por M. Meignan: el Cardenal Wiseman, *Primer discurso.*

consiste en descubrir materiales para la apologética como en saberlos elegir. Los viajeros de todos los países nos han inundado de relaciones sobre las semejanzas existentes entre los asiáticos de los tiempos pasados y los de nuestra época. En cada nueva edicion encontramos nuevas revelaciones y hasta hemos presenciado un cambio de frente operado por el enemigo, á consecuencia de esta superabundancia de luces. Hubo un tiempo en que se echaba en cara á la revelacion el no estar suficientemente justificada por los estudios orientales: más tarde ha encontrado tan completa dicha justificacion, que acusa á la revelacion de no ser más que un plágio de la sabiduría oriental. La primera de estas objeciones se halla destruida por la segunda y como hemos contestado á esta al tratar de los falsos cultos, y de los orígenes del cristianismo, no sabemos comprender que debamos empeñarnos en refutar á un adversario que se ha refutado á sí mismo, y en destruir, por el mero placer de combatirlos, antagonismos que han dejado de serlo.

Con todo, no carece de interés el ver extinguirse la aurora de esta luz que del fondo del Oriente se ha levantado sobre nuestras tradiciones, y cuya plena claridad ha sido convertida en tinieblas por una ciencia dispuesta á corromper cuanto sabe y cuanto enseña.

Algunos ejemplos citados por el cardenal Wisemann pondrán de relieve el rigoroso paralelismo que existe entre el Oriente tal cual nos lo pinta la Biblia, y el Oriente tal cual es en realidad.

El Génesis nos habla de una copa en la cual José leia lo porvenir. Elevado á la dignidad de intendente del Faraon, y ocultándose á sus hermanos tras semejante disfraz les hace decir: *La copa que habeis hurtado es aquella en que mi Señor bebe y lee lo porvenir. ¿Por qué habeis hecho esto? ¿Ignorais que nadie me iguala en la ciencia de la adivinacion* (1)? Desconcertados por la obscuridad del pasaje transcrito, propusieron antiguos críticos, ora interpretaciones, ora traducciones á cual más extravagantes con el objeto de eludir las dificultades de un sentido textual. Uno de ellos Houbigant, llega al extremo de decir: «¿Quién oyó jamás la peregrina especie de hablar de augurios obtenidos por medio de una copa?» Mas hé aquí que los viajeros modernos han descubierto en Egipto el uso por demás antiguo de las copas adivinatorias (2). En una obra chinesca, escrita en 1792 se lee el siguiente rasgo de las costumbres tibetinas. «A veces los habitantes de este país clavan la mirada en un tazon lleno de agua y ven en ella lo que debe suceder.» Tambien los Persas, segun cuentan sus poetas, se valian de una copa que servia de instrumento para sus augurios. Por último San Efrem, que es el más antiguo de los padres siríacos, nos ma-

---

(1) Gén. XLIV, 5, 15.
(2) *Viajes de Nordem.*

nifiesta que en su tiempo se sacaban oráculos del sonido que producian las copas al ser golpeadas. De manera que gracias á una série creciente de explicaciones, un texto considerado hasta hace poco, como inexplicable y además dudoso, recibe las más inesperadas justificaciones.

Otra coincidencia aclarada por el orientalismo contemporáneo. Los comentadores se han perdido en suposiciones infructuosas sobre la razon de la órden que obligó á José á ir á Belen, con su esposa la Vírgen, para ser inscrito y registrado, con motivo del recuento ó empadronamiento general. ¿Por qué á Belen mas bien que á otra poblacion más cercana? El Evangelio nos dice como razon convincente, que José era de la familia de David, y que Belen era la ciudad de David; ¿más qué extraña anomalía la de hacer inscribir á los pobres, obligándoles á emprender un viaje lleno de dificultades, en la capital de la tribu, más bien que en la poblacion cabeza de su residencia? Veinte siglos de tradicion habian visto esta anomalía sin lograr explicársela; y al cabo de ellos aparece una crónica oriental que encierra la explicacion. «Abdal»melich, escribe Dionisio, hizo un recuento de los Syriacos »en 1692, publicó un decreto ordenando que cada individuo se »trasladára á su país, á su pueblo y á la casa de su padre, á fin »de hacerse inscribir, y con la obligacion de dar su nombre y el »de sus parientes, con el número de sus rebaños, de sus viñas, y »de sus plantaciones de olivos (1).» De manera que los Syriacos del tiempo de Luis XIV, proceden punto por punto del mismo modo que los del tiempo de Augusto, y el texto de S. Lúcas se halla confirmado por las modernas narraciones de Levante.

Todavía podríamos añadir nuevos motivos de sorpresa para el lector, mostrándole la geografía de la Escritura dilucidada por los descubrimientos realizados en la literatura egipcia; las ciudades mencionadas por los profetas y por el libro de los Números, designadas por medio de un signo geroglífico correspondiente á las márgenes del Nilo; en fin, todo el estado físico y moral de los Hebreos reproducido y perpetuado en las costumbres de los orientales contemporáneos (2).

El Nuevo Testamento ha tenido su parte en las aclaraciones que resultan de tales estudios. Algunos rasgos de semejanza entre los textos sagrados y profanos pondrán más de manifiesto su perfecta concordancia.

Durante mucho tiempo los expositores y los investigadores del estilo evangélico se preguntaron cual era el orígen de ciertas expresiones puestas en boca de Jesús que no son de procedencia hebrea

(1) Assemani. *Biblioteca oriental*, t. II, p. 104.
(2) Véase el curioso libro de Bynæus. *De calceis Hebræorum*.

tales como la *carne*, el *espíritu*, la *luz*, las *tinieblas*, es preciso *nacer de nuevo*, etc.: y esta duda ha subsistido hasta tanto que se descubrieron muchos sistemas de filosofía oriental, de los cuales con todo intento tomó el Salvador dichas locuciones. En efecto, procedentes de la Persia esas misteriosas doctrinas, habian penetrado entre los Fariseos y debian dar nacimiento en breve á las primeras sectas cristianas. Pues bien, Jesús las refutaba de antemano dando á entender que las conocia y reprobaba, y cuando se servia de sus fórmulas hablando á sus adeptos, se proporcionaba las ventajas del vencedor que reduce á sus adversarios valiéndose de sus mismas expresiones. ¿Habria podido presumirse que semejante sello de autenticidad saliera de las inscripciones arqueológicas de la filosofía oculta, en apoyo de los textos revelados?

Si fijamos por un momento nuestra atencion en el primer capítulo de S. Juan, verémos que ofrece varias de estas analogías con la historia de Oriente, que constituyen el sello más irrecusable de la fidelidad. Sabíase indudablemente mucho tiempo há, que cuando el águila de Patmos se lanza al seno de Dios y exclama: *En el principio era el Verbo*, no empleaba en manera alguna tales palabras para dar una medida de su vuelo atrevido; sinó para contestar á los Ebionitas y á los Corintios que atribuian á Dios tres hijos, el *Verbo*, la *luz* y el *unigénito*. Mas, ¿por qué razon insiste el cuarto Evangelista en la inferioridad de S. Juan relativamente á Jesús? ¿No le dispensaba la evidencia de las cosas de escribir: *Aquel no era la luz, sinó que habia venido solamente para dar testimonio de la luz?* Durante mucho tiempo hemos dejado establecida esta cuestion, ignorando cuales eran las circunstancias que habian determinado la afirmacion de S. Juan. Mas hace un siglo próximamente, que un jesuita misionero en Asia, el P. Ignacio, reveló á la Europa la existencia de una secta semi-cristiana, establecida en las cercanías de Bassora, que evidentemente derivaba de los antiguos Gnósticos. Pues bien, esta secta llamada de los Sabeos ó de los *Mende-jahia*, discípulos de Juan, hacia á S. Juan Bautista superior á Jesús, y el *Codex Nazaræus*, que es su Evangelio, publicado por el profesor Norberg, dá fé explícita de esta aberracion hasta ahora desconocida. Despues de lo dicho debe sorprender que S. Juan Evangelista, testigo de semejante heregía, apele á su autoridad de Iluminado, para certificar la verdad opuesta, que entónces se ponia en duda, siquiera hoy nos parezca incontestable: *¿Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine?*

Si se sigue detalladamente esta confrontacion de los asertos bíblicos, con las piezas justificativas que les proporciona el Oriente, se llega al grado más elevado de certeza relativamente á la autenticidad de las fuentes de la revelacion, pero basta indicar esta mina apologética á los espíritus avidos de tales demostraciones, para que tengamos que detenernos en explotarla. Por otra parte hemos

ya llenado nuestro cuadro, y hora es ya de que dejemos respirar al lector. Seguros estamos de no haber agotado el asunto; mas el hallarse al término de la tarea siquiera no se haya recorrido paso á paso, constituye al par tormento y satisfaccion para los defensores de la verdad.

Retrocediendo ahora con el pensamiento en el camino que dejamos recorrido, nos asalta el pesar de no haber realizado por completo nuestros propósitos; mas nos queda la satisfaccion de haber hecho para conseguirlo cuanto estaba á nuestro alcance. Y es que si nos hemos engañado en la ejecucion, estamos seguros de haber acertado en la intencion. ¿No podríamos añadir que ésta, además de recta ha sido fundada? Este género de obras es tal vez la única buena accion de la cual están obligados á disculparse los autores. En ellas deben habérselas no sólo con los incrédulos que no quieren ser convencidos, sinó tambien con ciertos cristianos que no toleran en manera alguna verse turbados en la simplicidad de su fé, ni siquiera por medio de argumentos capaces de robustecer la fé de los demás; y con ciertos teólogos rutinarios que hallan más cómodo atenerse á la apologética que saben, que á la que les cumpliria aprender. Los primeros no deben olvidar que dichas controversias, inútiles para ellos, son á otros indispensables, y que en el mero hecho de aprovechar á algunos, tienen derecho á la indulgencia de todo el mundo. Los segundos se hallan en formal oposicion con la tradicion de la Iglesia y con las más imperiosas necesidades de su tiempo: dejémosles entre aquel pasado y este presente que les condena y vámonos dónde haya almas que amparar.

Personas hay, dice Clemente de Alejandría, que por tener una elevada idea de sus buenas disposiciones, no quieren aplicarse á la filosofía ó á los estudios dialécticos, ni siquiera á la filosofía natural: contentándose con la fé desnuda y sin ornamentos, proceden con el mismo fundamento que si quisieran cosechar uvas en una viña que hubiesen dejado sin cultivo. Nuestro Señor es llamado alegóricamente una viña cuyos frutos recojemos mediante un cultivo asiduo, segun la palabra del Verbo eterno. Debemos cortar, cavar, ligar y llevar á cabo los demás trabajos necesarios, y así como en agricultura y en medicina, pasa por más entendido el que ha estudiado mayor número de ciencias útiles á ambas artes, nosotros debemos mirar tambien como el más apto para el desempeño de nuestro arte sublime, al que de todas las ciencias deduce lo que contienen de útil á la defensa de la fé (1).»

Por su parte S. Gregorio de Nesa alaba en Basilio el que *habiéndose apropiado*, mediante los estudios de su juventud, *los despojos*

---

(1) Top. opera. t. 1, c. IX, p. 342.

del Egipto, los consagró á Dios, y adornó con tales preseas el tabernáculo de la Iglesia (1). El edicto de Juliano que prohibia á los cristianos los estudios profanos por el provecho que de los mismos podia resultar á nuestra verdad, fué siempre considerado como una de las más terribles persecuciones. S. Gregorio Nacianceno en la oracion fúnebre de S. Basilio le ensalza porque poseia no sólo la ciencia divina, «*sinó tambien la ciencia humana, que hombres poco esclarecidos rechazan como peligrosa y capaz de desviar al alma de Dios* (2)» San Jerónimo se expresa con verdadera dureza hablando de aquellos que «*consideran su ignorancia como santidad* (3).» Finalmente, S. Agustin declara que el cristiano debe apoderarse de las verdades que encierran las obras paganas, para mejor predicar el Evangelio, proponiendo como modelos á Cipriano, Lactancio, Victorino, Optato, Hilario y tantos otros como regresaron del Egipto, es decir del estudio de las cosas naturales, cargados de oro, de plata y de los más preciados ornamentos (4).

No cabe desconocer que los Padres de la Iglesia han estudiado más la filosofía y la metafísica que las ciencias de la naturaleza; mas consiste esto en que en su tiempo los errores eran de un órden metafísico y en que defendian la fé allí dónde la veian atacada. Si las negaciones hubiesen salido entónces de los laboratorios de la materia, ¡qué de magníficos tratados hallaríamos al presente en las obras de esos grandes, apologistas relativos á los asuntos que acabamos de desflorar!

Perdónenos Dios esas breves líneas consagradas á nuestra defensa, cuando deberíamos darnos por satisfechos con las puras satisfacciones que concede á los que se consagran á la defensa de su verdad. Sea la que quiera la suerte que á nuestro libro esté deparada, no nos verémos defraudados en la recompensa que de él nos prometemos, puesto que trazamos las últimas palabras dominados por el sentimiento de que se hallaba poseido el ilustre maestro que al terminar su trabajo escribia:

CONCLUIDO ANTE LA PRESENCIA DE DIOS (5).

(1) *De Vita Moises.*
(2) *In laudem Basilii,*
(3) *Epist.* XV *ad Marcellam.*
(4) *De Doctrina Christi*, lib. II, c. 2.
(5) Weber.

ACTO DE FÉ.

¡Dios mio! al dar por terminado el presente trabajo, me postro á vuestros piés para ofrecéroslo y pedirme á mismo estrecha cuenta de las creencias que he procurado comunicar á los demás.

Con la mano puesta sobre vuestro Evangelio afirmo ante el siglo escéptico que me oye, que despues de haber pesado los problemas que lo extravian, y considerado la razon de sus blasfemias, hallo más viva en mi alma la fé de mi primera comunion y de mi primera misa.

Afirmo que el pesár más grande de mi vida consiste en no haberla más intimamente sacrificado á esta divina conviccion!

Afirmo que mi mayor felicidad y mi suprema dicha consistirian en alcanzar la gracia de morir por confesarla!

Si, la única firma digna de figurar al pié de tal apología, debería estar escrita con la sangre vertida por los autores: ¡dichosos mil veces los que como Justino y S. Cipriano son capaces de reunir en sus pruebas ese doble testimonio!

Mas vos lo sabeis, Jesus mio: en la palabra de honor de vuestros testigos se encierra el precio de la sangre, cuando se hallan dispuestos á derramarla ántes que á faltar á ella.

Ojalá esta seguridad que doy á mis contemporáneos, puestos mis lábios sobre vuestros piés traspasados, pueda resonar en el corazon de aquellos que no os conocen, y que prestan más fé á la conciencia de vuestros defensores que á vuestras revelaciones.

Lo espero de vuestra intervencion misericordiosa, porque este trabajo fué emprendido en coloboracion con vuestra gracia, y puesto que mi accion termina en este punto, la vuestra debe comenzar ahora.

Acabad pues mi libro, ¡oh Padre de las almas: el hombre propone y demuestra vuestra fé, sólo vos teneis el poder de concederla!

DECLARACION DEL AUTOR.



Hijo sumiso de la Iglesia, quiero vivir y morir unido á su fé: si en el curso de esta obra, que abarca numerosos puntos de doctrina difíciles, y á veces inexplorados, me he apartado de la verdad, ruego á Dios se digne perdonármelo; á su Vicario en la tierra que por ello me reprenda; y por mi parte me desdigo, me retracto, y aun repruebo cuanto haya escrito en oposicion á este juicio infalible.

TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE DE MATERIAS.

EXPOSICION.

FUENTES DE LA NEGACION ANTI-CRISTIANA.—LA PASION.—LAS IMPERFECCIONES DEL ESPÍRITU.—LOS ESTUDIOS EXCLUSIVOS.

LIBRO PRIMERO.

DE LA INCREDULIDAD ENGENDRADA POR LAS PASIONES.

CAPITULO PRIMERO.

Debilita la luz natural.—Vela la luz sobrenatural insinuando el escepticismo: en la inteligencia,—en el corazon,—en la voluntad.

CAPITULO II.

Numerosas relaciones del uno con la otra.—Amor propio de explicárselo todo.—De ensalzarse á sí mismo.—De singularizarse,—como escritor,—como sábio,—como hombre de partido,—como hombre público,—como hombre gastado.

CAPITULO III.

Relaciones lógicas entre este desórden y la apostasía de las inteligencias.—Es funesto: para el espiritualismo de las ideas,—para la elevacion de los espíritus,—para la austeridad de las costumbres,—para la dignidad de las inclinaciones, que son otras tantas grandezas tutelares de la fé.

LIBRO SEGUNDO.

DE LA INCREDULIDAD PROVENIENTE DE LAS IMPERFECCIONES DEL ESPÍRITU.

CAPÍTULO VI.

CAPÍTULO VII.

CAPÍTULO VIII.

CAPÍTULO IX.

CAPÍTULO X.

CAPÍTULO XVI.

CAPÍTULO XVII.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.